AÑO CRISTIANO

DIRIGIDO POR LOS CATEDRÁTICOS DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

LAMBERTO DE ECHEVERRIA
BERNARDINO LLORCA, S. I.
LUIS SALA BALUST
CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Con la colaboración de un gran número de autores

I

Enero - Marzo

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLIX

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

Declarada de interés nacional

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. AP. 466

MADRID • MCMLIX

Nihil obstat: Dr. Iosephus Artero, Censor.
Imprimatur: † Fr. Franciscus, O. P. Episcopus Salmantinus.
Salmanticae, 18 maii 1959.

Depósito legal: M. 5064-1959.

Sucs. de Rivadeneyra, S. A. Paseo de Onésimo Redondo, 26. Madrid.

INDICE GENERAL

FEBRERO

MARZO

INTRODUCCION

1

1. **Llamamiento universal.**—La nota característica del Evangelio es su universalidad. En el Nuevo Testamento Dios llama a todos. No hay distinción entre judío y griego, bárbaro y escita. La invitación de Cristo es general: *Venid a mí todos.*

Ahora bien, en el reino del Padre hay muchas moradas. En la Iglesia, dirá San Pablo, hay muchos dones. Todos colaboran en la edificación del cuerpo de Cristo, todos cumplen una misión, como en el cuerpo cada miembro ejercita una función. Así, hasta llegar a *la consumación de los santos en el trabajo ministerial, hasta alcanzar todos, por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, el varón perfecto, a medida de la edad llena de Cristo* (Eph. 4,12-13).

En este sentido la santidad es una realidad escatológica. Sólo en el cielo llegaremos a esa unidad y plenitud en que Cristo lo sea todo en todos. Pero la Iglesia, el reino de Dios, tiene una fase terrena. Y es aquí donde este reino *padece violencia,* es aquí donde se inicia la santidad que se consuma en la otra vida y alcanza su perfección al pasar del camino a la patria, del estado de tránsito al de posesión. La Iglesia no canoniza sino a los que han muerto.

Mas mientras peregrinamos hacia el Señor es cuando se hacen los santos. Y a la santidad, dijimos, Dios llama a todos. Nada más fácil que acumular los textos de la Escritura que incitan a la perfección. *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt. 5,48).

Esta perfección es exigente, *mayor que la justicia* o *santidad de los escribas y fariseos* (Mt. 5,20), considerados entre los judíos como los perfectos, pero que reparaban demasiado en lo legal y exterior, descuidando el espíritu, que es donde reside la santidad.

Por eso la ley cristiana es tan estricta, y se halla formulada en el sermón de la Montaña, que comienza por el código de las bienaventuranzas, el mismo que sirve de lectura evangélica en la misa de Todos los Santos (1 de noviembre).

Esta santidad cristiana no es una perfección levantada sobre virtudes abstractas. Entre el filósofo pagano, que ordena su vida según una ética rigurosa, y el santo hay una diferencia sustancial.

El primero sirve a una idea, el segundo imita a una persona. El santo es la reproducción de Cristo, quien nos intima a seguirle, a amarle, a imitarle, porque Él es el camino, la verdad y la vida. *Nadie llega al Padre, al tres veces santo, sino por mí* (Io. 8,12).

De esta manera la santidad, en lo que cabe, es fácil, porque de abstracta se hace concreta, de filosófica se hace cristiana. Más que una especulación, es un oficio, una tarea. Cristo se complace en comportarse como un buen artesano, que enseña haciendo: *Ejemplo os he dado, para que, como yo lo he hecho, también vosotros lo hagáis* (Io. 13,15).

San Pablo habla con apasionamiento de esta noble empresa. Acumula las metáforas, atrevidas a veces, para recalcar esta imitación del único modelo: *Revestíos del Señor Jesucristo* (Rom. 13,14). Nuestra vida ha de sumergirse en Cristo, como injertada en la suya: *Vivo yo, ya no yo, que es Cristo quien vive en mí* (Gal. 2,20).

2. **Como Juan Bautista.**—Así sucede que cada santo es un Juan Bautista que nos va mostrando al Señor. Cuando Jesús acudió al Jordán parecía un hombre como los demás, nada le distinguía de los otros hombres. Pero de pronto el Bautista, señalándole con el dedo, dijo:

—Éste es el Cordero de Dios.

Juan y Andrés, discípulos del Bautista, que oyeron sus palabras, siguieron a Jesús, y, además, le buscaron nuevos discípulos.

Igual hacen los santos: manifestarnos a Cristo en su vida y conducirnos a Él; son como una reproducción de Cristo hecha según la escala humana. Al mostrarnos cómo ellos han seguido a Jesús, nos estimulan a que le sigamos también nosotros.

Lo que ocurrió un día entre el Bautista, Juan y Andrés,

se repite indefinidamente a través de la historia de la Iglesia.

Los santos nos van mostrando a Jesús. Porque, si Dios es el sol de la santidad, ellos son como gotas de agua cristalina y transparente que reflejan aquel divino luminar.

3. **Diversas facetas.**—Pero los santos, como limitados, no pueden agotar el modelo que pretenden reproducir. Ya es mucho que nos den alguna faceta del mismo, algún rasgo saliente que nos recuerde a Cristo.

En cambio tienen el arte de presentarnos la imagen de Jesús situada en el tiempo y en el espacio.

Así como por el misterio sacramental entramos en contacto con el misterio de la existencia terrena del Salvador, y la liturgia nos hace revivir a través del ciclo temporal el nacimiento, la vida pública, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y por los sacramentos se aplican a nuestra santificación los frutos de redención que Él nos mereció al encarnarse, así los santos reproducen la vida del Señor tal como se habría desarrollado si Él hubiera estado en aquellas circunstancias, de tiempo (en la época precisa de la historia humana en que vivieron); de lugar (país y condiciones materiales); de posición social (ambiente familiar o racial, situación política, económica, cultural).

La historia de Jesús, su breve existencia visible, se desarrolló en un medio muy definido, en tiempos de Augusto y Tiberio, en Palestina, cuando el judaísmo se hallaba en la decadencia que le llevaría a la ruina.

De esta existencia histórica de Jesús conocemos algunos hechos por los cuatro evangelios. Durante diecinueve siglos los hombres han meditado cada línea de estos libros para tratar de vivir a su vez esa misma vida. Pero nadie se ha encontrado en las condiciones materiales y sociales idénticas a las que le tocó vivir al divino Maestro. Así los santos no han podido simplemente copiar; se han visto obligados a transportar. Mas para no dar una imagen falsa o muerta, han tenido que permanecer fieles al espíritu, más que a la letra, recreando e inventando antes que copiando, de modo que cada uno de ellos ha sacado un retrato inédito.

Y como lo que se hereda con la sangre y se adquiere con la educación no era lo mismo en los santos que en Cristo, sobre tales bases hubo de trabajar el espíritu de

Jesús, para que la fisonomía de cada santo conservara sus trazos característicos e inconfundibles, sin que se diera la reproducción en serie del mismo cliché. Los santos difieren sorprendentemente unos de otros, si bien conservan un aire de familia, que les viene de su parecido común con Jesús.

¡Qué diferencia de situación y de carácter entre San Fernando y San Pascual Bailón, entre Santa Mónica y Santa Juana de Arco! ¡Y qué diferencia entre el medio palestinense y judío del siglo primero y las circunstancias políticas, sociales y culturales de estos otros santos! Ninguno de ellos, para imitar a Jesús, hubo de renunciar a lo que les era propio, como patrimonio inalienable de su personalidad. Es como si ellos, diríamos parodiando a San Pablo, hubieran completado en su propia vida lo que faltó a la vida terrestre de Cristo para manifestarse plenamente en toda su gama de situaciones.

El amor de Jesucristo al desierto y a la oración nos ha sido revelado más explícitamente por la soledad de San Antonio Abad o San Bruno; su pobreza voluntaria, por el desprendimiento de San Francisco de Asís; su compasión hacia las miserias humanas y su actividad ingeniosa para remediarlas ha tenido más amplias manifestaciones en San Vicente de Paúl; su caridad con los pecadores arrepentidos ha vuelto a revivir en el confesonario del Cura de Ars, y su afecto a los niños florece todavía en las casas de San Juan Bosco.

La manera más fácil de imitar a Jesús es, por lo general, imitar a sus santos. Ellos están más cerca de nosotros, de nuestras condiciones de vida, quizás sus circunstancias se asemejan más a las nuestras. Esto no impedirá el volver continuamente los ojos al divino modelo; aunque algunos de sus rasgos habrían escapado a nuestra observación si no hubieran sido puestos a luz por esta o aquella alma privilegiada que los hicieron revivir. Bien pueden decir como San Pablo: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo.*

4. **No son estatuas.**—El culto cristiano a los santos ha poblado de sus efigies nuestros templos. Solemnes, hieráticos, los vemos levantados sobre sus altas hornacinas. Vestidos de ricos ropajes que pintores e imagineros rivalizaron en decorar con oros y cenefas, en actitudes convencionales, sometidos a la rigidez de la estatuaria, podemos llegar a pensar que los santos fueron seres impersonales, por encima de las categorías aristotélicas. El mismo arte narrativo de otros tiempos se complació en presentarlos como inasequibles a causa de una santidad que nacía con signos de predestinación o se elevaba a tales alturas, que era imposible seguirla en su raudo vuelo.

Los santos no fueron estatuas. Vivieron, se movieron, conversaron y también, a veces, pecaron. Ante sus contemporáneos no siempre tuvieron aquella aureola que se les colocó el día de su canonización.

El mismo Jesús, hasta los treinta años, era tenido por un sencillo artesano, y el "Santo de Dios" pasó tan desapercibido entre los habitantes de Nazaret, que se preguntaban con extrañeza y sorna: ¿Pues no es éste el hijo de José, el carpintero?

María, su madre, la más grande de las santas, fué otra aldeana que pasó su vida entre la cocina, la costura, el taller y los pocos animales domésticos de un hogar obrero.

Cuando Teresita acababa de expirar, una monja dijo a su compañera: "¿Qué podrá decir la priora de sor Teresa? No ha hecho nada de particular." A los ojos de aquella carmelita la vida de Santa Teresa del Niño Jesús era como la de todo el mundo. La verdadera santidad no se ve, está en el corazón.

Precisamente, una de las presencias de Cristo en su Iglesia es a través de sus santos, de modo que ha querido santificar por medio de ellos todas las edades, todas las profesiones, sexos, lugares, naciones, razas.

Igual que se multiplica en las hostias consagradas, multiplica también su santidad en aquellas almas excepcionales. No siempre una lámpara luce junto a cada santo, como luce frente a la puerta del sagrario. Estas lámparas las enciende la Iglesia el día de la canonización. Y con ello nos dice al mismo tiempo que el fenómeno de la santidad heroica es inherente a la Iglesia católica, y una de sus señales apologéticas. Siempre ha habido y habrá santos en el mundo. ¡Quién sabe si ahora, a nuestro lado, hay un santo irradiando caridad a nuestro alrededor!

Esta presencia de la santidad debe estimularnos a todos los cristianos. Porque los santos **no fueron todos monjes u obispos.**

Santa Juana de Arco y San Pascual Bailón fueron pas-

tores. San Fernando fué rey, intervino en varias guerras y contrajo segundas nupcias; tuvo la suerte de triunfar siempre en sus empresas militares. Su primo San Luis, también rey, sólo cosechó derrotas; tuvo once hijos y sufrió no poco con las desavenencias entre su madre y su esposa. Santa Blandina y Santa Zita fueron criadas; Santo Tomás Moro ocupó altos puestos en la política; Santa Mónica, una viuda con un hijo descarriado, al que logró reducir a fuerza de lágrimas; Santo Domingo Savio fué un estudiante de quince años; Santa María Goretti, una niña semianalfabeta; San Benito José de Labre, un mendigo que recorrió pidiendo muchas ciudades... Hubo santos médicos, como San Cosme y San Damián; abogados, como San Andrés Avelino; pintores, como Fra Angélico; catedrático y concejal, como el Beato Contardo Ferrini; poetas, como San Juan de la Cruz; negros, como el Beato Porres y los mártires de Uganda. El santo más joven es un japonés, San Ignacito, de nueve años, mártir.

Los santos aparecen unas veces en la historia solos, como los cedros en la llanura; otras, se relacionan entre sí. Santa Teresa estuvo en comunicación con toda la pléyade de santos españoles del siglo XVI, con San Juan de la Cruz, con San Pedro de Alcántara, con el Beato Avila... En el París del siglo XVII coinciden San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac, Santa Francisca Fremiot de Chantal y la Beata María de la Encarnación. Es interesante el grupo de santos torineses del siglo pasado: Bosco, Cafasso, Cottolengo, Savio. Todos recordamos, por lo demás, la frase tan repetida del Martirologio: San X y compañeros mártires... Es que la santidad es contagiosa, porque el bien tiende, naturalmente, a difundirse, y Dios hizo al hombre como ser sociable, que se ayuda para lo bueno, pero, desgraciadamente, también para lo malo.

5. **Los santos viven.**—Aunque murieron terrenalmente, los santos viven en el cielo, y los cristianos podemos beneficiarnos de su poder intercesor. Los santos no están alineados en la gloria como las estatuas que pueblan las archivoltas de nuestras catedrales.

Poco antes de morir dijo Santa Teresita: "Quiero pasar mi cielo haciendo bien sobre la tierra." Con ello quería decir que no pensaba emplear su vida celeste en cantar

salmos sentada en una silla coral, sino que el doble amor que animó su vida aquí abajo, podría emplearlo igualmente en el cielo amando a Dios y haciendo beneficios a los hombres.

Cómo sea esta vida del cielo no podemos explicarlo, porque transciende nuestros pobres sentidos; pero sabemos que los santos tienen poder intercesor ante Dios, según explica con precisión teológica Santo Tomás:

> "Cuanto más perfecta ha sido la caridad de los santos que están ya en la Patria, tanto más interceden por aquellos que están todavía en camino, ya que pueden ayudarles con sus oraciones; y cuanto más unidos están a Dios, tanto son más eficaces estas oraciones suyas. Así se realiza el orden divino que hace refluir sobre los inferiores la excelencia de los superiores, como la claridad del sol se desparrama en el aire" (*S. Th.* 2-2 q.83 a.11).

Sale al paso una objeción sutil: "¿Cómo pueden los bienaventurados conocer lo que pasa en la tierra? ¿Cómo pueden, en particular, tener conocimiento de las súplicas que se les dirigen?"

La respuesta nos la da nuevamente Santo Tomás: "Cada santo debe ver en la esencia divina todo lo que es necesario para su felicidad." Ahora bien, la bienaventuranza supone el perfeccionamiento en Dios de todo lo que aquí era incompleto. Si los afectos terrestres son queridos por Dios, deben finalmente hallar su plenitud en Él. Y Dios no puede privar a los bienaventurados de conocer en su luz las súplicas que se les dirigen, ni rehusar aquellas cosas buenas que les pidan.

6. **Santos patronos.**—En esta doctrina se funda el patronato que la Iglesia señala a los santos. El más universal es el concedido a cada cristiano en el santo bautismo. El canon 761 ordena:

> "Procuren los párrocos que se imponga nombre cristiano al bautizado; y si no pudieren conseguirlo, añadan al dado por los padres el nombre de algún santo, y consignen ambos en el libro de bautizados."

Por este acto la Iglesia nos liga a un santo determinado, y nos encomienda a su protección, exhortándonos a la vez a que le imitemos en sus virtudes.

Después vienen los patronos de las corporaciones. Lo expresa con claridad el canon 1.278:

> "Es laudable elegir a los santos, y, con la confirmación de la Sede Apostólica, constituirlos Patronos de las naciones, de las diócesis, de las provincias, de las cofradías, de las familias religiosas y de otros lugares y personas morales."

Estos patronazgos suelen nacer en virtud de alguna relación entre el santo y la entidad que se encomienda a su poder intercesor. Con frecuencia fué un hecho milagroso el que determinó la elección. Santiago fué elegido patrón de España a raíz de la victoria de Clavijo, atribuída a su intervención milagrosa. En otros casos es por ser santos del propio país; por esta razón San Francisco de Asís y Santa Catalina de Sena son patronos de Italia. Otras veces, razones de tipo histórico. Las expediciones de los catalanes a Grecia y de los ingleses a Tierra Santa determinaron el escoger por patrón a San Jorge, muy venerado en Oriente, mas de cuya vida tenemos escasas noticias, pero sí frondosas leyendas.

En cuanto a las profesiones, se busca el parentesco espiritual del patrón sobre los del gremio. San Juan Crisóstomo, de arrebatadora elocuencia, lógicamente debe ser el patrón de los predicadores. San Gabriel Arcángel, que fué comisionado para la más feliz embajada de todos los tiempos, es patrón de la carrera diplomática. Santa Apolonia, que sufrió el martirio de arrancarle todos sus dientes, es patrona de los odontólogos, etc.

Así los santos están ligados a nuestra vida, y después de muertos siguen enviando, como prometiera la Santa de Lisieux, una lluvia de gracias sobre la tierra.

Y Dios ha querido concedernos patronos aun para las cosas pequeñas. Y no hay que atribuir a superstición el que los fieles invoquen a San Antonio para que les ayude a encontrar los objetos perdidos, porque sin duda que el Santo, compasivo también en el cielo, acude en socorro de quien le invoca en estos cotidianos apuros.

7. **Influjo en la historia.**—El patronato de los santos ha dejado huella imborrable en la historia, en la geografía, en la literatura y en el arte. ¿Se podrá hacer la historia de Venecia prescindiendo de San Marcos? ¿Se podrá hablar de Madrid olvidando a San Isidro? ¿Se podrá escribir la historia medieval sin mencionar el carácter religioso de los gremios, ligados a un patrón, personaje vivo y real, no sólo en la capilla o en la ermita donde se le festejaba, sino en el cotidiano quehacer del oficio respectivo?

Numerosas ciudades portan todavía el nombre de sus santos patronos: San Sebastián, San Francisco, Santiago de Chile o de Compostela, Saint Moritz, Saint Michèle... Tantas veces el santuario venerable dió ocasión al núcleo urbano o la tumba fué origen de peregrinaciones, que crearon toda una corriente de cultura, como en el caso del camino de Santiago.

Además de ciudades y pueblos existe una rica toponimia con nombres de santos, ligados a vías de comunicación, puentes, valles, montañas, castillos, oratorios, ermitas... La tradición, la leyenda, el folklore se benefician de tales circunstancias, porque fué alguna reliquia del santo, algún milagro, algún monasterio o santuario el que determinó tales denominaciones.

El caso de América es excepcional. El viajero que toma el tren en Los Angeles va desgranando el nombre de las estaciones como unas letanías: San Francisco, San Diego, Santa Clara, San Juan de Capistrano. Nuestros navegantes y conquistadores bautizaban con santos del calendario de la Iglesia los valles, las ensenadas, las ciudades y los contornos geográficos. Nuestra honda religiosidad se hizo geografía.

8. **En la liturgia.**—La intercesión de los santos se hace más intensa en el culto oficial de la Iglesia. La misa comienza con las invocaciones del *Confiteor*, en que imploramos perdón por el valimiento de la Virgen María, de San Miguel Arcángel, de San Juan Bautista, de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo y de "todos los santos".

Ya dentro del canon, antes y después de la consagración, los santos vuelven a los labios del celebrante, entrando en comunicación con ellos para rogarles su ayuda o para desear vernos algún día en su compañía en el cielo.

La Iglesia ha inventado, además, las letanías, que son súplicas breves y apremiantes elevadas a Dios por medio de los santos. Estas letanías sólo ocurren en la liturgia en momentos graves, en que la intercesión de los bienaventurados es de todo punto necesaria ante la magnitud de la

gracia que se postula. Entonces la Iglesia de la tierra requiere a la Iglesia del cielo para que presente sus demandas al Todopoderoso.

Estas letanías revisten en ciertos casos un rito peculiarísimo y único, que sólo entonces se emplea: la postración. Durante las ceremonias de la ordenación sacerdotal, para invocar sobre los elegidos la benevolencia divina, éstos se postran sobre su faz, tendidos en el suelo y como aniquilados, y sobre ellos caen una a una las invocaciones de las letanías. También en la profesión de las religiosas suele formar parte del ceremonial.

Las letanías resuenan la noche del Sábado Santo, durante la vigilia pascual, antes de la bendición de la fuente, para que Dios otorgue a las aguas el poder santificador que las convierta en materia apta del santo bautismo.

Para pedir el fruto de las cosechas se bendicen los campos durante tres días anteriores a la Ascensión y el día de San Marcos; son las rogativas. En ellas se cantan procesionalmente las letanías.

Pero nunca resultan éstas tan solemnes como rezadas cabe el lecho de un moribundo en la "recomendación del alma". Ciertos santos más relacionados con los enfermos, y después todos, clasificados por grupos, son invocados para que acojan el alma de aquel cristiano, que dentro de poco comparecerá en la presencia de Dios. Ellos, como buenos intercesores, abogarán por él, para que no se sienta desamparado en el momento del juicio.

9. **A través del año litúrgico.**—En el ciclo litúrgico, además del "propio del tiempo" que gira alrededor de la festividad de la Pascua y conmemora las fiestas del Señor, tenemos el "propio de los santos", o sea el conjunto de fiestas que tienen un día fijo en el calendario eclesiástico. Al proponernos tales conmemoraciones la Iglesia quiere estimularnos con el ejemplo de las virtudes de aquellos cuyas fiestas celebramos.

Mas el motivo fundamental de su culto estriba en que ellos son los medianeros de la gracia, de la que en virtud de la "comunión de los santos" ellos pueden socorrer nuestra indigencia, por ser dentro del cuerpo místico los miembros privilegiados y pletóricos de ese don divino que nos hace hijos de Dios. Lo más grande en ellos no son sus eximias virtudes, sino la gracia que los santificó.

Según esto, la propia liturgia propaga no sólo el culto de los santos, sino también el conocimiento de sus vidas. De éstas ofrece un resumen en el segundo nocturno de maitines del Breviario. Además, la celebración de la misa comporta unos textos que van en función de la vida del santo que se festeja, con lo que su recuerdo alcanza a un público más extenso que el eclesiástico, obligado al rezo del oficio. De hecho, los fieles a los santos incluídos en el calendario litúrgico es a los que más conocen y estiman, y así les hemos tenido muy presentes al componer este "Año Cristiano".

Según esto, tales santos gozan de una indiscutible ventaja sobre los restantes. Discernir cómo entraron determinados santos en el calendario litúrgico, es labor prolija; baste decir que no siempre han sido razones apriorísticas, sino, con frecuencia, puramente circunstanciales. Pero conviene saber que aparte del calendario de la Iglesia universal existen los calendarios nacionales, diocesanos y de institutos religiosos, de manera que casi todos los santos registrados en el "Martirologio" son venerados litúrgicamente en esta o aquella parte. Siendo unos trescientos los días libres del año, descontadas las fiestas del ciclo temporal, no todos los santos pueden recibir veneración litúrgica. Y aun hoy se considera que los santos ocupan un lugar desmesurado en la liturgia, siendo la tendencia a podar, como lo han demostrado la reforma de San Pío X, en 1914, y otra más reciente, de 1956, y se espera que prevalezca igual criterio en la anunciada reforma de los libros litúrgicos.

10. **Culto a los santos.**—Este culto a los santos se manifiesta en el oficio litúrgico propio, como acabamos de decir, y en la veneración de sus reliquias e imágenes. No es culto de "latría" o adoración, sólo debido a Dios, sino culto de "dulía" o veneración, honrándoles como a "amigos y familiares de Dios".

Referente al culto de las reliquias y sagradas imágenes dice el canon 1.276:

> "Es saludable y útil invocar humildemente a los siervos de Dios, que están reinando con Cristo, y venerar sus reliquias e imágenes; pero sobre todos los demás deben todos los fieles honrar con filial devoción a la Santísima Virgen María."

El culto concedido a las reliquias de los santos tiene un fundamento humano, que nace del aprecio que guardamos a los objetos de aquellas personas que amamos y también su sepultura la rodeamos de respeto, por contener el cuerpo de un ser querido. Y tiene un fundamento teológico, en cuanto los cuerpos de los santos fueron templos del Espíritu Santo, santificados por el martirio o las austeridades y *también porque dichos cuerpos son como semillas* de un futuro glorioso. Por todas estas razones parece obvio concederles muestras de veneración, lo cual se hace hasta con los héroes de la patria o los personajes distinguidos en la ciencia, la política o las letras.

Por eso la Iglesia fomenta el culto de las reliquias, aunque han de gozar de autenticidad, haciendo responsable de tal garantía a los obispos (canon 1.283). Por la historia sabemos los numerosos milagros que Dios ha querido obrar al contacto con las reliquias de los santos o también sobre su sepulcro.

Actualmente está prescrito que para la consagración de los altares lleve la piedra del ara un sepulcrito con reliquias de santos, especialmente mártires. En la antigüedad, en las catacumbas y en las basílicas, no se celebraba misa sino sobre las tumbas de los mártires. Al incluir también ahora sus reliquias debajo del altar se recuerda que los santos se unen en su sacrificio al propio de Cristo.

El culto a las sagradas imágenes fué defendido valientemente por la Iglesia contra los iconoclastas; no es idolatría, porque el culto no se dirige al objeto, sino a lo que representa. Gracias a esta norma el mismo arte se benefició copiosamente, como lo dicen los retablos, esculturas y cuadros que llenan nuestros templos, y después de las depredaciones y desamortizaciones del pasado siglo también los museos. "La Iglesia—dice Pío XII—quiere que en nuestros templos sean expuestas las imágenes de los santos, a fin de que imitemos las virtudes de aquellos que veneramos" (Enc. *Mediator Dei,* 20 nov. 1947).

11. **Clasificación litúrgica de los santos.**—Desde antiguo la liturgia ha intentado una clasificación de la santidad. Ya en el *Te Deum,* que se remonta al siglo IV, hallamos huellas de esta distribución: "Te alaba el coro glorioso de los apóstoles, el laudable conjunto de los profetas y el blanco ejército de los mártires." Por entonces no

habían encontrado todavía culto los confesores ni las vírgenes.

La fiesta de Todos los Santos nos ofrece otra distribución semejante, aunque más completa, que se remonta a la Edad Media. "Angeles, arcángeles (se enumeran los restantes siete coros), patriarcas y profetas, santos doctores de la ley, apóstoles, todos los mártires de Cristo, santos confesores, vírgenes del Señor, anacoretas y todos los santos" (antífona al *Magnificat* de las primeras vísperas). Y en los maitines de la misma solemnidad los responsorios celebran cada uno de estos grupos con gran belleza. Las letanías de los santos los distribuyen también siguiendo la pauta del "Común de los santos", en que éstos van agrupados según el orden que les asigna la liturgia. Por la historia conocemos el origen y proceso de esta clasificación.

El culto de los santos nació del culto de los mártires, del sacrificio eucarístico que la comunidad cristiana ofrecía sobre su tumba. Era un culto totalmente local. Pronto al recuerdo de los mártires se unió el recuerdo de los apóstoles, que son como los fundamentos sobre los que se levanta la Iglesia. Ellos son los únicos mencionados en el *Te Deum,* Se habla también allí de los profetas, como en la antífona del oficio de Todos los Santos se mencionan los patriarcas y doctores de la ley; pero conviene saber que la Iglesia latina no da culto litúrgico a los santos del Antiguo Testamento; por eso, fuera de estas alusiones, no los encontraremos en más sitios.

El mártir era considerado en la primitiva Iglesia como el "santo" por antonomasia, por lo que sólo a él se daba culto; pero habiendo cesado el martirio en el siglo IV el ideal de la santidad hubo de sufrir modificación. Entonces apareció el grupo de las vírgenes y de los confesores. Las primeras, porque con el sacrificio de su vida pura emulaban a los mártires, según dice San Ambrosio, y además porque son como la imagen de la Iglesia, la esposa virginal de Cristo. Dentro de las vírgenes la más perfecta imagen de la Iglesia es la madre virginal, María.

Los confesores comenzaron siendo los mártires frustrados, aquellos que "confesaron" públicamente su fe, pero no alcanzaron la muerte en los tormentos. Quedaban equiparados a los mártires. Cuando ya desaparecen las persecuciones surgen los anacoretas y penitentes, que con su vida austera imitan en cuanto cabe a los mártires. Un cris-

tiano es mártir cuando abandona los goces del mundo y se consagra por completo al Señor. Entre ellos merecen especial mención los que dirigen las Iglesias, los obispos, padres de la grey cristiana, entregados al ministerio salvífico. Los primeros confesores que recibieron culto fueron un obispo, San Martín de Tours, y un papa, San Silvestre.

12. **Martirio, ascesis, virginidad.**—Igual que existe una clasificación para los coros de los ángeles, la Iglesia ha clasificado la santidad en tres grandes grupos: mártires, confesores y vírgenes, como tipos de santidad propuestos a los cristianos que peregrinan en la tierra. Porque este triple ideal puede encarnar alguna de las maneras de participar el hombre en el misterio de Cristo, que es necesariamente participación en su muerte y resurrección. En el martirio se propone la participación en la muerte de Cristo, en la virginidad se propone el ideal de la resurrección y en la ascesis el camino ambivalente hacia el martirio o la virginidad.

Cristo y la Iglesia son uno. Cuando Cristo muere místicamente en la misa, la Iglesia se ofrece con él. Cuando un mártir muere, Cristo continúa su acto redentor. La Iglesia se identifica con Cristo y el mártir se identifica y configura con el mismo Cristo.

Toda la vida cristiana está empeñada en una lucha que no conoce reposo. El alma no puede abandonarse a una falsa seguridad; sólo en la esperanza de la ayuda divina encontrará firmeza. Esta lucha comporta muerte y victoria. Muerte de sí mismo, victoria y resurrección en Cristo; pero con la angustia de la inseguridad. Mientras el mártir sabe que ha muerto, pero ha vencido, el asceta siempre está pendiente de su triunfo definitivo, porque ya dijimos que la santidad es una realidad escatológica. El confesor (traducción griega del nombre de mártir) muere a su yo y a sus pasiones para asimilarse a Cristo por la gracia, dando testimonio de Él.

El Antiguo Testamento no conoció la virginidad, mientras la conocieron los paganos, si bien la redujeron a pura renuncia y esterilidad, como sacrificio a la divinidad que también impuso la muerte. Mas la virginidad es la vida de los hijos de la resurrección, la vida angélica, donde no se conoce el matrimonio y "seremos como los ángeles de Dios". La virginidad configura la resurrección de Cristo,

haciendo participar del carisma del amor eterno, porque no es precisamente la castidad o renuncia el distintivo propio de la virginidad, sino el amor, la caridad que funde al alma con Dios.

La liturgia, al clasificar a los santos, quiere que nos fijemos en el prototipo, sin perdernos en detalles individualistas, de manera que cada cristiano pueda seguir libremente, y a su modo, su ideal, fijo en el conjunto y en lo esencial. Después la biografía de cada santo evita las generalizaciones, resaltando sobre un fondo común la vida concreta como realización en el individuo del modelo último, que es Cristo.

13. **También los ángeles.**—Mas la Iglesia no sólo celebra las fiestas de los santos, sino las de los ángeles, pues también ellos tienen parte en la vida de los fieles.

Todas las páginas de la Escritura están llenas de revuelos de ángeles.

Un ángel con espada de fuego cierra la puerta del paraíso después de la prevaricación, otro ángel detiene el cuchillo de Abraham cuando iba a dar muerte a su hijo Isaac, otro ángel cruza las casas de los egipcios la noche de Pascua, dando muerte a sus primogénitos, y ángeles incansables son los que cantan el trisagio en la visión de Isaías.

El Nuevo Testamento nos trae los ángeles que prepararon los caminos de la redención.

Un ángel anuncia el nacimiento de Juan Bautista; Gabriel pide a María su consentimiento para madre de Dios, y otro ángel desvanece los recelos de José para recibir a su esposa. Sobre la cuna de Belén millares de ángeles entonan el *Gloria in excelsis*. Y la vida del Niño la protege un ángel que avisa oportunamente a José para que huya a Egipto o regrese a Nazaret.

En la vida pública del Señor vemos a los ángeles sirviéndole después del ayuno en el desierto. En Getsemaní un ángel bueno le conforta y la mañanita del domingo de Resurrección ángeles de blancas vestiduras hacen huir a los soldados y dan el grato mensaje a las santas mujeres.

Todavía los ángeles se aparecerán a los discípulos, absortos después de la ascensión del Señor, y otro ángel abrirá la prisión a Pedro, cautivo.

Las vidas de los santos están llenas de historias de ángeles. A través de este "Año Cristiano" los veremos desfilar acompañándoles, animándoles, sugiriéndoles nobles pensamientos.

La doctrina católica nos dice que todos tenemos un ángel custodio que vela por nosotros. La Providencia ha sido generosa al encomendarnos a estos celestiales guardianes.

Por eso la Iglesia los invoca a cada paso en su liturgia. Y aunque sus fiestas no sean muchas en comparación de las de los santos—dos a San Miguel, una a San Gabriel, otra a San Rafael y otra a los Angeles Custodios—, sin embargo, siempre están presentes en la oración oficial de la Iglesia.

En la misa, al trisagio, justamente llamado himno angélico, nos unimos con las nueve jerarquías del cielo, convocándoles a nuestra alabanza para, todos juntos, entonar aquel cántico a la santidad de Dios.

Cada domingo, después de asperjar a sus fieles, pide el celebrante al Señor que "se digne enviar su santo ángel para que guarde, asista, proteja, visite y defienda a todos los allí reunidos".

El ritual está lleno de estas invocaciones a los ángeles, pero cuando se hacen más apremiantes y emocionantes es en la liturgia de los enfermos, sobre todo en la recomendación del alma. Junto con los santos son invocados con apremio los ángeles en las letanías y en las oraciones que siguen se encomienda a ellos el alma de aquel fiel próximo a pasar a las manos de Dios.

Esta insistencia perdura en la liturgia funeraria. ¡Qué bella y consoladora la antífona que se canta al ser conducido el cadáver del cristiano a la sepultura! Es como una procesión hacia el cielo: "¡Condúzcante los ángeles al paraíso... y te lleven a la ciudad santa de Jerusalén!"

Los ángeles, como hermanos mayores, velan por nosotros, están ligados a nuestra existencia, entramos en contacto con ellos por medio de la liturgia.

Ellos son espíritus puros, no tienen cuerpo; mas el arte, cuando ha querido representarlos valiéndose de formas plásticas, unas veces los ha hecho casi incorpóreos, con cabeza y dos breves alas; otras, como breves mancebos de amplios ropajes y alas voladoras, prontos a cumplir las órdenes de Dios; otras los hizo niños pequeños, como

"amorcillos"; otras, mofletudos y gordezuelos, como en el barroco.

Los ángeles son también protectores nuestros y nos podemos encomendar a su patrocinio. Lo dice así una oración: "Dios, que con inefable providencia te dignaste enviar tus santos ángeles para nuestra custodia, concédenos el ser siempre defendidos con su protección y poder gozar eternamente de su compañía."

Sí, ellos, después de la Encarnación, forman también parte de nuestro orden sobrenatural, centrado en Cristo, según se dice en el prefacio: "Por el cual (Cristo) alaban tu majestad los ángeles, la adoran las dominaciones, la tiemblan las potestades..."

14. **De arriba abajo.**—Es admirable el influjo que unos santos han ejercido en otros a través de los siglos. Los santos han anudado una amistad que no conoce fronteras ni edades. En la capilla del Carmelo, de Lisieux, se ven representados cuatro santos: Santa Cecilia, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y el Beato Teófilo Vénard, misionero mártir. Eran los cuatro santos que Santa Teresita había escogido como sus protectores.

Santa Juana de Arco aseguraba que Santa Catalina y Santa Margarita la habían espoleado durante años para que salvara a Francia.

Cuando Don Bosco fundó su congregación, la puso bajo el patrocinio de San Francisco de Sales. Después de dos siglos, el santo obispo de Ginebra se convertía en inspirador y animador de una obra pujante.

Por encima de los siglos o de las distancias, lazos misteriosos han ido uniendo los santos entre sí y con los cristianos.

¡Qué admirable el caso de San Agustín! Dos santos intervienen en su conversión: las lágrimas de su madre, Santa Mónica, y las exhortaciones del obispo de Milán, San Ambrosio, pero en el instante preciso de su cambio no fueron ellos, sino la vida de San Antonio Abad, escrita por San Atanasio, la que determinó su conversión. Uno de sus amigos le habló de dicha *Vida* y su lectura le produjo honda conmoción. Impresionadísimo, salió al jardín de su casa a serenarse y entonces le pareció oír la cantinela de un niño que decía: "Tolle et lege; toma y lee." Lo consideró inspiración de lo alto y tomando las *Epís-*

tolas de San Pablo, que tenía allí cerca, leyó unas frases. Agustín era otro.

De esta manera dos personas cercanas y otras mucho más distantes decidieron su vuelta a Dios.

Once siglos después San Agustín influiría en otra alma excepcional, que a su vez continúa haciendo el bien con sus escritos. Cuando Santa Teresa tenía cuarenta años y era monja adocenada de un convento de Avila, la lectura del pasaje de las *Confesiones* en que el Santo de Hipona narra su conversión, determinó también la suya, y aquello fué el punto de partida para una vida nueva, encendida de amor divino.

15. **Las vidas de los santos.**—De esta manera las vidas de los santos han ejercido una saludable influencia en los fieles, iniciándoles en la santidad precisamente por el sistema pedagógico más eficaz: el ejemplo.

Ya hemos visto el caso de San Agustín y el de Santa Teresa. También San Ignacio, convaleciente de sus heridas en el cerco de Pamplona, pide para solaz de su aburrimiento algún libro de caballería; pero en su casa de Loyola sólo tienen la *Vida de Cristo,* de Dionisio el Cartujano, y el *Flos sanctorum,* de Jacobo de Vorágine. Leyendo las *Vidas* de San Francisco y Santo Domingo es cuando tomó la resolución de entregarse a Dios. "Lo que estos santos hicieron por Cristo, ¿no lo tengo yo que hacer?"

No es que las *Vidas* de los santos tengan un poder mágico, que conviertan a la fuerza, sino que electrizan a las almas bien dispuestas con sus hermosos ejemplos. Llenan nuestra imaginación de nobles imágenes y nos inspiran buenos sentimientos. Nos sacan de la rutina de la tierra y sacuden nuestra pereza, poniendo en el alma una llamada hacia Dios.

Cuando el futuro San Pedro Celestino oye a su madre preguntar, después de leer a sus hijos la vida de un santo: "¿Quién de vosotros será como él?", el niño contesta, sin dudarlo: "Yo seré santo", es por el impacto que ha dejado en su alma la narración materna, que le provoca a una imitación sublime.

Estos casos nos demuestran el valor espiritual de las *Vidas* de los santos, cuya perennidad sobrevive a las edades.

16. **Propaganda.**—La popularidad de los santos encierra extrañas paradojas. Muchos de los más invocados y amados del pueblo cristiano, como San Blas, San Cristóbal, San Jorge, Santa Bárbara o Santa Cecilia, carecen de historia. Su popularidad se debió no a la vida, sino a la leyenda, o a otras circunstancias, como el ser patronos de ciertas enfermedades o profesiones, hasta meterlos en la entraña del pueblo.

Pero lo corriente es que la publicidad literaria y la piedad filial sean las que contribuyan a la extensión del culto de los santos.

Si San Pablo es el más conocido de los apóstoles, lo debe a ser el principal protagonista del libro de los *Hechos,* escrito por San Lucas, y sus catorce cartas, en las cuales nos ha dejado un reflejo de su ardoroso espíritu.

Es un caso parecido al de Santa Teresita, la santa más popular de los tiempos modernos. Si su priora no hubiera tenido el feliz acuerdo de obligarla a escribir sus memorias en el delicioso libro de la *Historia de un alma,* sor Teresa, después de dejar un grato recuerdo entre unas monjas de un convento de Normandía, hubiera sido olvidada con los años por las mismas religiosas de su comunidad. Pero al leer su libro millones de lectores, se encomendaron a su intercesión, hasta conseguir ponerla en los altares.

No se atribuya este hecho simplemente a las posibilidades de difusión de nuestros días. Porque en el siglo IV tenemos otro caso similar. Sulpicio Severo publica la *Vida* de San Martín el mismo año de su muerte, en 397. El año 400 ya era largamente difundida. Si el santo obispo de Tours rebasó los confines de su región hasta hacer que en Francia más de quinientos pueblos o lugares lleven su nombre y más de cuatro mil iglesias le tomen por patrón, se debe al escritor que le popularizó.

Otro elemento primordial en este aspecto de la extensión del culto de los santos suele ser la familia espiritual que ellos fundaron. Cada convento de franciscanos y cada residencia de jesuítas es un foco de propaganda de San Francisco y San Ignacio y aun de los demás santos de la respectiva orden. Este espíritu de familia y los recursos que cuentan las congregaciones religiosas explica también que se canonicen más sacerdotes religiosos que seculares. Se aduce como ejemplo el caso del Beato Avila, figura destaca-

dísima de la espiritualidad española del siglo XVI, maestro de santos, que hasta el pasado siglo no logró la beatificación por no ir respaldado por una entidad que apoyase fuertemente su proceso canónico.

Es fenómeno palpable que la mayoría de los santos y santas canonizados en los últimos tiempos son fundadores. Y se explica por la misma razón. Los miembros de su congregación manifiestan así su gratitud a quien les dió el ser trabajando hasta verlos con la aureola de santos, lo cual resulta, además, como una garantía de la bondad del propio instituto.

Sin embargo, la Iglesia no hace discriminaciones, y cuando la santidad aparece en almas humildes, la glorificación reviste la mayor solemnidad, como en el caso de Santa Bernardeta Soubirous o Santa María Goretti. Pero aun entonces es precisa la propaganda que ponga la luz sobre el candelero.

17. **Los santos, hoy.**—Las tendencias actuales de la hagiografía son hacia la sencillez y la veracidad. Aquellos santos milagreros de otras edades, que no mamaban los viernes y afligían con duras disciplinas sus inocentes carnes los sábados, no arrebatan ya nuestro entusiasmo como lo hacían con nuestros abuelos. Entonces la hagiografía era la taumaturgia. Santos que no hacían portentos, que no eran regalados con estupendas apariciones y tenían raptos sublimes, no podían mantener dignamente su prestigio. Tan solemnes como en sus hornacinas nos los presentaban los viejos "Años Cristianos" de otras épocas.

Ahora los hemos hecho bajar a pie. El arte narrativo de nuestros días, humanizado y sencillo, sin retórica ni amaneramiento, conocimiento mejor de la historia y las fuentes contemporáneas, gusta de presentarnos los santos en un marco natural, como debieron ser, con sus mismas deficiencias y limitaciones, con sus triunfos, pero también con sus fracasos.

De esta manera los santos se nos han hecho más cercanos, parte por el influjo de las mismas técnicas literarias, pero sobre todo por obra de los inventos actuales, que pueden abrir perspectivas insospechadas a la hagiografía.

Ya el cine ha comenzado a llevar a la pantalla, con dignidad y humanidad, a muchas figuras del santoral. San Ignacio de Loyola, San Vicente de Paúl, San Pío X, Santa Juana de Arco, Santa María Goretti, han hablado, han gesticulado, se han movido, descendiendo del nicho del retablo donde los colocó en postura estática el antiguo imaginero.

La radio y la televisión pueden tocar en sus "seriales" las vidas de los santos. Muchas personas que jamás leerán un "Año cristiano" llegarán a apasionarse con aquellas vidas singulares a través de dramatizaciones bien logradas. Lo que antiguamente hicieron el auto sacramental y las escenificaciones, pueden hoy restablecerlo, con mayores recursos y más extensos auditorios, el cine, la radio y la televisión.

Y también el microsurco. No sabemos si será el "Año cristiano" que "lean" los fieles del futuro. En vez de abrir cada día el volumen para encontrar el santo correspondiente, nos lo leerá el disco con una música de fondo, dramatizando la escena a ratos y con una ambientación más completa que la proporcionada por la pluma de ágil escritor.

Son enormes las posibilidades que las modernas técnicas de la difusión ofrecen a la hagiografía del mañana.

18. **Perennidad y actualidad.**—Así los temas antiguos cobran nueva vida y se hacen más asequibles al hombre de hoy al presentárselos con el ropaje de los nuevos procedimientos. En último término lo que interesa es el espíritu, pues bien puede Santa Teresa ser "doblada" en su prosa castiza desde el amplificador de un tocadiscos o enseñarnos monsieur Vincent a practicar la caridad desde la pantalla de una sala de cine.

Sin embargo, el "Año cristiano", en su concepción clásica de una narración en un libro, con los santos según el orden del calendario, no ha perdido su actualidad, máxime cuando se juntan la sana crítica con el buen estilo y, además, los autores que presentan las biografías evitan que se hagan monótonas, al darnos con cada santo la sensibilidad de un distinto escritor.

Ya el sistema, desconocido en España, encierra un conato de modernización muy apreciable, y esperamos que este *Año Cristiano* de la Biblioteca de Autores Cristianos se difundirá largamente entre el público de habla española, como lo estuvieron los tomos del *Flos sanctorum*, pasto espiritual de las pasadas generaciones.

II

19. **Culto de los santos en los primeros siglos.**—Es un hecho histórico bien conocido, que, ya desde la más remota antigüedad, los cristianos tributaron un culto especial a los santos. Al lado de la veneración de la Santísima Virgen aparece bien pronto el culto de los apóstoles, como más íntimamente unidos con Cristo. Los *Evangelios apócrifos* y otros escritos del mismo género, que aparecen desde mediados del siglo II, constituyen la mejor prueba de esta estima y veneración de María y de los apóstoles, y juntamente contribuyeron eficazmente a intensificarla.

Esta veneración y culto se extendió rápidamente a los mártires, que con su sangre daban testimonio de su fe. Más aún. Como prolongación de esta estima que los cristianos profesaban a los mártires debemos considerar la que manifestaban a los *confesores*, es decir, los que habían sufrido particulares tormentos por la confesión de Cristo y llevaban en sus miembros las señales de estos sufrimientos. Si a esto añadimos la especial veneración que manifestaron los cristianos, ya desde el siglo IV, a algunos papas, obispos y otros hombres insignes, que con su doctrina habían ilustrado a la Iglesia, tendremos la base necesaria para explicarnos el desarrollo del culto de los santos en los primeros años de la Iglesia y la formación del *Año litúrgico* o *eclesiástico*.

Las manifestaciones de esta veneración y culto a los santos, entre los que entran en primer lugar los *apóstoles* y los *mártires*, pero se incluyen igualmente los *doctores* y *confesores*, son numerosas y muy significativas. Tales son: una estima creciente de sus reliquias, de la que tantos testimonios poseemos en la antigüedad; el respeto extraordinario a sus sepulturas, en torno a las cuales se celebraban preciosas solemnidades litúrgicas; las oraciones dirigidas a los mártires, de las que tan hermosos ejemplos nos han quedado; la costumbre, introducida ya en el siglo III, de imponer a los bautizados nombres de los santos más venerados. Pero de un modo especial aparece esta veneración en la solemne conmemoración de sus aniversarios, para lo cual se reunían en torno a su sepulcro, donde se desarrollaba una liturgia especial, sumamente emocionante.

20. **Las Actas de los mártires.**—Ahora bien, precisamente para celebrar provechosa y solemnemente estos aniversarios de la muerte de los mártires, se compusieron aquellas *relaciones especiales de sus martirios*, que en conjunto pueden ser consideradas como el primer estadio de las *Vidas de Santos* o *Años cristianos*. Son las célebres *Actas de los mártires*, de tanta importancia para el conocimiento de la primitiva Iglesia y de que tanto se ha escrito en los últimos tiempos.

Sobre ellas conviene, ante todo, insistir, frente a las inexactitudes tendenciosas de algunos críticos modernos al estilo del protestante Harnack, que su finalidad inmediata era, según lo indicado, que pudieran ser leídas ante los cristianos en la celebración del aniversario de la muerte del mártir respectivo, por lo cual contienen una relación sintética de su martirio. Fácilmente se comprende que el recuerdo del heroísmo de los mártires tuviera una eficacia muy especial para levantar y mantener los ánimos de los cristianos, sobre todo cuando amenazaba alguna persecución.

Entre estas relaciones de martirios conviene, sin embargo, distinguir, ante todo, las que provenían de los cristianos que habían sido testigos oculares del martirio y que, por consiguiente, adquieren un valor extraordinario. Ejemplos típicos de ellas son, en primer lugar, la carta escrita por los cristianos de Esmirna, en la que dan una preciosa relación sobre el martirio de San Policarpo, que ellos mismos habían presenciado el año 155; y en segundo lugar, la relación enviada por los cristianos de la Iglesia de Lyon y Viena de Francia a las comunidades del Asia Menor y de Frigia sobre los martirios de San Potino y compañeros, de los años 177-178.

Pero las que merecen con más justa razón el nombre de *Actas de los mártires* propiamente tales, son las que constituyen el segundo grupo, que son las que están basadas sobre los protocolos oficiales del proceso. Para su redacción procurábanse los cristianos, de los archivos públicos, pagando para ello a las veces sumas considerables, los protocolos escritos por los notarios oficiales, en los que constaban todas las particularidades del proceso: las preguntas que el juez dirigía a los cristianos y las respuestas de éstos, la sentencia del proceso y su ejecución. El compositor cristiano anteponía una sencilla introducción; trans-

cribía luego al pie de la letra el protocolo oficial, y terminaba con algunas frases de exhortación. Fácilmente se comprende el incomparable valor objetivo de estas *Actas* verdaderamente auténticas. A ellas pertenecen, por no citar más que un par de ejemplos, las de los *Mártires scilitanos*, del Africa, del año 180; la *Pasión de las Santas Perpetua y Felícitas*, de los años 202-203, y las de *San Fructuoso* y sus dos diáconos, de Tarragona, del año 258.

Existe un tercer grupo de relaciones de martirios, designadas asimismo con el nombre de *Actas*. Son las *Pasiones* o *Actas posteriores*, más o menos tardías. Generalmente están compuestas sobre fragmentos o recuerdos de Actas anteriores, a lo que se añade corrientemente una mayor o menor cantidad de *tradiciones* o *leyendas*. De hecho, en los siglos VI y siguientes fueron cada vez más abundantes estas *Actas*, en las que predomina la parte legendaria, por lo cual pierden en gran parte su valor objetivo e histórico.

21. **Los martirologios. Martirologios históricos.**— No es, pues, de maravillar que, aumentando extraordinariamente el culto de los santos y las relaciones de sus vidas o martirios, se sintiera la necesidad de presentar listas más o menos completas de los mártires o santos en general. Son los *Martirologios*, que constituyen un nuevo estadio en la exposición de las *Vidas de Santos*. La base de estos martirologios o calendarios la forman los llamados *dípticos*, de las iglesias particulares, que eran una especie de carteleras de las iglesias locales, donde se notaban los aniversarios de mártires y otras fiestas que en ellas se celebraban. Así, pues, reuniendo los datos recogidos en los dípticos de las iglesias particulares, se redactaba un *Martirologio* o *Calendario* de la diócesis o provincia eclesiástica, y de ahí alguno más general de todo el Occidente o de toda la Iglesia, en el cual se indicaban, según el orden del año eclesiástico, los aniversarios de los mártires y otros santos. Indudablemente, estos martirologios adquieren una significación fundamental para el conocimiento del desarrollo del culto de los santos y ofrecen las mejores garantías de objetividad histórica.

A este tipo de martirologios pertenecen, ante todo, los dos ejemplares más antiguos que poseemos, que son los llamados *Depositio Episcoporum* y la *Depositio Martyrum*,

de la Iglesia romana, del año 354. Por otro lado se nos ha conservado un *Martirologio* semejante *de la Iglesia de Cartago*, descubierto por Mabillon en el monasterio de Cluny y que pertenece a este mismo tiempo. Más amplio todavía es el *Martirologio siríaco*, redactado en Nicomedia hacia el año 400. Pero el calendario o catálogo cristiano de santos más completo de estos tiempos antiguos es el conocido con el título *Martirologio jeronimiano*, erróneamente atribuído a San Jerónimo, compuesto hacia el año 450. De hecho no es más que la fusión de los martirologios ya citados y de otras listas existentes en Roma. La forma definitiva del *Martirologio jeronimiano*, según los críticos Duchesne, Quentin y Krusch, es de fin del siglo VI o principios del VII, y seguramente en las Galias.

A este martirologio relativamente completo se refiere indudablemente San Gregorio Magno, cuando escribe a fines del siglo VI: "Nosotros poseemos los nombres de casi todos los mártires, reunidos en un solo libro, con sus pasiones distribuídas por cada día del año, y cada día en honor de un santo, en cuyo honor celebramos la misa. Pero nosotros no tenemos en un solo volumen la relación detallada de su martirio... Están solamente los nombres, el lugar y el día de su martirio. Así, cada día, nos es propuesta una multitud de santos de todas las provincias, que han sido coronados con el martirio."

El desarrollo ulterior en la evolución de esta literatura hagiográfica condujo a la composición de los llamados *Martirologios históricos*. Efectivamente, a partir del siglo VIII se sintió la necesidad de explicar algo más los nombres, que en tan crecido número se presentaban en dichos martirologios o calendarios. Pues en realidad, siendo tantos en número y de tan diversas procedencias, a medida que se alejaban más del tiempo en que habían tenido lugar sus respectivos martirios, se vió que era indispensable dar alguna síntesis de la vida o martirio de cada uno. Por eso, mientras en Oriente se comenzó a componer los llamados *Sinaxarios* o *Menologios*, en Occidente aparecieron los *Martirologios de Beda, Floro y Adón, Rábano Mauro, Notker* y otros semejantes. La novedad consistía, en contraposición a los martirologios anteriores, sobre todo al jeronimiano, en que se sintetizaba brevísimamente cada día la pasión o vida del santo. Por eso se ha designado a estos *Martirologios* como *históricos*. En realidad, pues, po-

demos considerarlos como el primer embrión de las *Leyendas de oro* o *Flos sanctorum* posteriores.

Así, pues, en resumen, los martirologios han sido, primero, *listas de aniversarios* de una iglesia particular; luego, *martirologios* generales de una provincia o de la Iglesia, y, finalmente, un *resumen de los ejemplos* más destacados de las virtudes y méritos de los santos.

22. **"Vidas de Santos".**—Una evolución semejante experimentó la *literatura hagiográfica*, en las *Vidas de santos*, que corre paralela al desarrollo de los martirologios o calendarios, y cuyo resultado final fueron las grandes colecciones generales de la Edad Media, que constituyen los primeros *Años cristianos*.

Es bien conocido el especialísimo interés con que se leyó en todas partes y el excelente fruto que produjo la *Vida de San Antonio*, escrita por San Atanasio a mediados del siglo IV. Su ejemplo prendió rápidamente en el Oriente y en el Occidente, y así vemos cómo San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, con sus homilías en honor de los mártires, y San Jerónimo con varias *Vidas* de monjes santos, contribuyeron eficazmente a abrir camino a este importante género de literatura cristiana. Siguiendo por el mismo camino, se compusieron las *Historias de los monjes* o vida del desierto. Tales son: La *Historia lausiaca*, de Paladio, compuesta hacia el 388; la *Historia de los monjes de Egipto*, por Timoteo de Alejandría, del año 400, y otras semejantes. A éstas se añadieron otras *Vidas* particularmente ejemplares, como la de *Santa Melania* la Joven († 430), de San Porfirio de Gaza, por el diácono Marcos, hacia el 410, y otras muchas por Juan de Efeso, Cirilo de Escitópolis, Juan Mosco, San Sofronio, patriarca de Jerusalén, y otros más. Juntáronse luego otras aparecidas en Occidente, como las de San Gregorio de Tours († 594) sobre las *Virtudes de San Martín de Tours*, de *La gloria de los mártires* y la *Vida de los Padres*, que contiene veintitrés vidas de santos galos. En realidad, pues, en Oriente y en Occidente los panegíricos y las *Vidas de Santos* iban tomando un desarrollo cada vez más exuberante. Al mismo tiempo, según se indicó anteriormente, se iba desarrollando el género de las Actas de mártires posteriores, que llegaron a su punto culminante en el siglo VI.

23. **Las leyendas en las "Vidas de Santos".**—Ahora bien, a partir del siglo VIII y en plena Edad Media, toda la literatura hagiográfica, tanto las *Pasiones de los mártires* como las *Vidas de Santos*, fueron tomando un carácter cada vez más legendario. La religiosidad característica del tiempo se alimentaba con las cosas más sorprendentes y maravillosas, y los hombres de entonces, faltos del verdadero espíritu de objetividad y sana crítica, admitían sin dificultad lo más maravilloso y espectacular. Así se explica que la literatura hagiográfica que se desarrolla en este ambiente adolezca del defecto fundamental de excesiva credulidad y falta de objetividad. Por esto nos vemos obligados a compulsar detenidamente los datos que nos proporcionan las obras hagiográficas de este tiempo, sobre todo en lo que se refiere a fenómenos sobrenaturales o hechos maravillosos. En realidad, debemos confesar que toda la literatura hagiográfica de los siglos VII al XV está llena de tradiciones más o menos inconsistentes y de leyendas claramente recognoscibles.

Sobre toda esta literatura hagiográfica medieval podemos hacer las siguientes observaciones:

Por lo que se refiere a las *Pasiones* o *Actas posteriores de mártires*, notamos las siguientes características: los mártires entablan enérgicos y aun violentos dialogismos con los jueces; le increpan con palabras duras y aun ofensivas, llegando a las veces a cometer actos tan violentos y apasionados como cortarse la lengua y arrojar al rostro del juez el pedazo cortado. Todo esto llega a su punto culminante de inverosimilitud legendaria cuando se trata de una tierna doncella mártir. Son también característicos los discursos bien arreglados, con profusión de textos de la Sagrada Escritura y grandes discusiones doctrinales. Pero lo más típico de estas Actas legendarias es la multitud de fenómenos sobrenaturales que en ellas se relatan, curaciones repentinas y varias veces repetidas del mártir, muertes de los verdugos y conversiones espectaculares. A todo lo cual se añade el bien conocido truco de la multiplicación de tormentos hasta lo inverosímil, combinada generalmente con la curación repentina del mártir de las heridas recibidas. Tales son en conjunto las características de estas Pasiones o Actas posteriores de mártires.

De un modo semejante son característicos en las *Vidas de Santos* de este período los rasgos siguientes: Ante to-

do, una especie de piedad ingénita (salvo algunos casos de santos conversos), por lo cual aparece en los biografiados cierta como predeterminación para todo lo santo y piadoso y la ausencia más absoluta de todo lo humano y mucho más lo que pudiera ser pecaminoso. Pero lo que más caracteriza este género de literatura es la profusión extraordinaria de fenómenos sobrenaturales, de milagros estupendos y toda clase de maravillas.

Otras veces se trata de historietas o leyendas, más o menos originales, que se presentan como hechos históricos en torno a una persona, pero con la finalidad específica, abiertamente declarada, de sacar de ellas conclusiones y aplicaciones morales. Ejemplos clásicos de este género de literatura son las diversas *Vitae patrum*, en las que se ofrecen diversos ejemplos de los Padres del desierto, y sobre todo la incomparable obra *Florecillas* de San Francisco de Asís. Y para que se vea hasta qué punto llegaron a familiarizarse con toda esta literatura los hombres de la Edad Media, es bien conocido el hecho que las *Pasiones de los mártires* y las *Vidas de Santos*, con todo su atuendo legendario, se cantaban o leían en el coro, de donde llegaron a formar parte esencial del Oficio y del Breviario.

24. **"Flos sanctorum". Años cristianos. Leyendas de oro.**—El paso inmediato en la evolución histórica de la literatura hagiográfica de las *Vidas de Santos*, es el que conduce a las obras generales o *Años cristianos*. Efectivamente, de la gran profusión de *Vidas* individuales; de ciertas obras de carácter más o menos general, como eran las *Vitae Patrum* o *Libro de los hermanos*, *Historia lausíaca* o *Prado espiritual*, donde se proponen ejemplos de diversos santos o personas ejemplares; de los *Martirologios históricos*, en donde se da por el orden del año eclesiástico una síntesis de las vidas de los santos más insignes de la Iglesia, se pasó fácilmente a las obras de carácter general, en que se presentaban sistemáticamente, con mayor o menor extensión, las *Vidas de los Santos* por el mismo orden del calendario.

El primer *Año cristiano* que nos ofrece la historia es el de Simeón Metafraste, personaje sumamente interesante del siglo x. En efecto, nacido en Constantinopla, fué protosecretario del emperador León VI el Sabio o el Filósofo (886-912), y aprovechándose de sus muchas riquezas

y del extraordinario influjo que poseía, recogió de las bibliotecas de los monasterios y de las iglesias episcopales y metropolitanas todos los materiales que pudo, y presentó la célebre colección general de *Vidas de Santos*, en la que se incluyen hasta ciento veintiséis. Ya el cardenal Baronio llamó la atención sobre las deficiencias fundamentales de esta colección. El autor admite ampliamente todas las leyendas de su tiempo; incluye las Actas de mártires posteriores y, en general, abunda en las descripciones más exuberantes de lo maravilloso y sobrenatural, en todo lo cual no hizo más que seguir la tendencia de su tiempo. Falto, pues, de la más fundamental crítica, su mérito consiste en haber reunido lo que, antes de él, se hallaba disperso en muchas partes, y en haber sido el primero en presentar una obra general de hagiografía. Por lo demás, esos mismos defectos fundamentales aparecen en los demás copiladores de *Vidas de Santos* de los siglos siguientes.

Después de Metafraste, el primero con que nos encontramos es el *Año cristiano* de Wolfhard, monje alemán de cerca de Eichstädt, en el siglo XI. Y a partir de este tiempo, observamos que en diversos grandes monasterios se revisan y componen *Pasionarios* completos, que son verdaderos *Años cristianos*. En el siglo XIII se nos presentan *Legendarios rimados*, o colecciones de leyendas en verso, todo lo cual desemboca a una serie de *Flos sanctorum*, *Vidas de Santos* con carácter general, o *Años cristianos*, que reciben generalmente el título de *Leyenda de oro*. La más célebre de todas es la de Jacobo de Vorágine, insigne dominico y obispo de Génova desde 1292. Publicólo con el título de *Historia lombardina seu Legenda sancta*, y fué tal la admiración del pueblo cristiano por ella, que recibió el título de *Leyenda de oro*. De ella se puede afirmar que, en realidad, es una copilación de las *leyendas de los santos*.

Semejantes *Leyendas de oro* publicaron Claudio de Rota, dominico también y profesor de Teología; Pedro de Natalibus, obispo de Fiésole, en Italia; el alemán Jorge Vicelius; el obispo de Verona, Luis Lipomano; el cartujo de Colonia, Lorenzo Surio, y otras muchas.

25. **Discusión sobre las leyendas.**—Sobre éstas y otras semejantes *Vidas de Santos*, con las deficiencias características que hemos indicado y que pueden fácilmente

comprobarse, queremos hacer dos observaciones. La primera es sobre la utilidad de su lectura. En efecto, teniendo presente la falta de objetividad de que adolecen y la gran abundancia de hechos legendarios que contienen y la imposibilidad de discernir claramente entre lo que es histórico y lo que es debido a la fantasía, ¿es realmente útil su lectura? Creemos, pues, sinceramente que su lectura no solamente es útil, sino de especial provecho espiritual, con la condición expresa de que esté bien informado el lector, de que gran parte de los hechos, sobre todo los sobrenaturales y maravillosos, no responden a la realidad. Por lo demás, como existe en ellas un fondo de piedad y un espíritu sobrenatural tan profundo, que marca la tendencia de toda la obra, puede sacarse mucho provecho de su lectura.

Más interesante para nosotros es una segunda cuestión. En efecto, ¿cómo podremos utilizar nosotros estas leyendas? Concretamente, al enjuiciar la vida de un santo, al proponerla al pueblo cristiano en nuestros días para su edificación y ejemplo, ¿podemos y vale la pena utilizar esa literatura legendaria? ¿Cómo debemos presentar, por ejemplo, el martirio y la vida de una Santa Inés o de Santa Cecilia o las vidas de multitud de anacoretas del desierto, en todos los cuales es legendario casi todo lo que se nos ha transmitido?

Indudablemente es muy delicada la respuesta a estas cuestiones. Sin embargo, podemos responder que no vemos dificultad ninguna en que se presenten, al menos algunas leyendas, las más características, de los santos. Pero en todo caso debe indicarse con toda claridad que se trata de tradiciones o leyendas y distinguir bien de ellas los datos bien comprobados y las noticias plenamente históricas. Indudablemente, es de utilidad el conocer las leyendas más típicas de algunos santos, en las que la tradición de los siglos ha unido un sin fin de enseñanzas cristianas. Son tradiciones y leyendas que nos hacen ver más claramente la amabilidad de un santo y todo el atractivo de su virtud, la íntima comunicación de Dios con los hombres y otras ideas semejantes de la más elevada espiritualidad y sana ortodoxia. Presentadas en esta forma, serán, sin duda, útiles las leyendas de los mártires y de los santos y contribuirán a dar mayor amenidad a la lectura de sus *Vidas*.

26. **Obra fundamental de los bolandistas.**—Pero, enfrente a todo este cúmulo de *Vidas de Santos*, tanto las individuales, como las de las *Leyendas de oro* de carácter general, en todas las cuales predomina la mayor confusión e inseguridad histórica, se produjo a fines del siglo XVI y principios del XVII una intensa reacción. Su tendencia y finalidad era el revisar en lo posible el valor de toda la literatura hagiográfica, ofreciendo finalmente en una obra monumental las *Vidas de Santos* en la forma más segura y objetiva que fuese posible. El iniciador de esta obra fué el jesuíta Heriberto Rosweyde († 1628), quien logró reunir gran abundancia de materiales y planeó una obra general sobre las *Vidas de santos depuradas de leyendas*. Pero el que dió la forma definitiva y comenzó la publicación en gran escala de esta obra trascendental para la hagiografía y la historia moderna fué el P. Juan Bolland († 1665), también de la Compañía de Jesús, de quien las *Vidas de Santos* o las *Acta sanctorum* recibieron el nombre de los *Bolandos* y la institución por él fundada, y existente todavía en nuestros días, se denomina los *Bolandistas*.

Efectivamente, desde el año 1630, sobre la base de los *Fasti sanctorum* y todos los materiales preparados por el padre Rosweyde, preparó Bolland y luego inició la gran colección de *Acta sanctorum*, de la que publicó una serie de volúmenes (hasta el mes de marzo) hasta el año 1665, en que murió. Su trabajo fué intensamente continuado por los PP. Godofredo Henschen, Daniel Papebroch, Fr. Baert, C. Janning y otros muchos, con cuya labor y la de otros continuadores se ha llegado hasta el principio de noviembre. En conjunto, son cincuenta y cinco volúmenes en folio, completados por las constantes publicaciones recientes aparecidas en la revista *Analecta bolandiana*.

La finalidad de esta obra monumental de los bolandistas, según lo apuntado, es presentar las *Vidas de los Santos* depuradas de su elemento legendario, ofreciéndonos al mismo tiempo los materiales más seguros y objetivos sobre las mismas vidas. Es, pues, indudablemente, la obra cumbre de la hagiografía, la obra más completa y exhaustiva sobre las *Vidas de Santos*. Sin embargo, no es una exposición destinada a la lectura reposada y edificante de las *Vidas de Santos*. En otras palabras, no es el *Flos sanctorum* o el *Año cristiano*, tal como lo concibe el pueblo cristiano; sino más bien un arsenal de materiales, dispuestos

y preparados para la redacción más fácil y objetiva de un *Año cristiano*, tal como se exige en nuestros días.

Por consiguiente, el *Flos sanctorum* o el *Año cristiano*, tal como lo exige el espíritu objetivo de nuestros días, al mismo tiempo que debe tener presentes las *Vidas de Santos*, las *Actas* o *Pasiones* de mártires antiguas con todo su bagaje legendario, debe atender a las observaciones juiciosas y objetivas de la moderada crítica de los bolandistas; debe estar basada sobre las *Vidas antiguas* y el *Acta sanctorum* bolandiana. Al mismo tiempo que aspira a la edificación de los fieles proponiéndoles los preciosos ejemplos de los santos, debe procurar distinguir perfectamente entre los hechos objetivos y bien probados y los datos proporcionados por la leyenda.

27. **"Años cristianos" en España.**—Medio siglo antes de que se iniciase el *Acta sanctorum* de los bolandos, veían la luz en España, con fines de divulgación hagiográfica, dos *Años cristianos* en romance. El primero es el del maestro Alfonso de Villegas, toledano, capellán mozárabe, que publica en 1588 en su ciudad natal el *Flos sanctorum e Historia general en que se escriben las vidas de santos extravagantes y de varones ilustres en virtud;* obra que completó más tarde con el *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum, que es libro de exemplos así de hombres ilustres en santidad como de otros, cuyos hechos fueron dignos de reprehensión y castigo, de los cuales se puede sacar importante provecho para el ejercicio de las virtudes* (Cuenca 1594). Si en la primera parte, medianamente ilustrada, sigue el estilo general del género, que busca la edificación en lo maravilloso y silencia el lado humano de los santos; en la segunda, que es un diccionario de virtudes (abstinencia...), recoge ejemplos que las reflejan tanto de santos como de no santos.

Sólo unos años después, y en 1599, otro toledano, el padre Pedro de Ribadeneira, S. I., imprimía en Madrid un nuevo *Flos sanctorum o libro de las vidas de los santos*, al que añadiría en 1604 el *Libro de vidas de santos que comúnmente llaman extravagantes, porque la Santa Iglesia no reza de ellos en el Breviario romano*. El P. Ribadeneira, ya "muy viejo y cansado", como nos dice en el prólogo, escribe este libro con el fin de alabar las maravillas obradas por Dios en sus santos y conseguir algún fruto en las almas de quienes lo leyeren. Pero este afán pastoral no excluye en él un cierto sentido crítico. Nos asegura que ha utilizado como fuentes los martirologios romanos de Beda, Usuardo y Adón; las colecciones hagiográficas del obispo de Verona, Luis Lipomani (Roma 1551-60) y del cartujo Lorenzo Surio (Colonia 1570) y que ha aprovechado diligentemente los *Anales* de Baronio y sus anotaciones al *Martirologio romano* (Roma 1588 ss., 1586).

De uno y otro *Flos sanctorum* se multiplican las ediciones hasta bien entrado el siglo XVIII. En particular el de Ribadeneira obtiene un considerable éxito y es traducido al francés. Lo aumentaron con nuevas *Vidas de Santos* los jesuitas PP. Juan Eusebio Nieremberg y Francisco García y, posteriormente, el P. Andrés López Guerrero, carmelita, llenó los días del año que quedaban vacantes. Todavía en 1896 sirve de base a la edición monumental de *La leyenda de oro para cada día del año*, que prepara en Barcelona, en cuatro tomos, don Eduardo María Villarrasa.

Pero ya hace tiempo que el rey de los *Años cristianos* es el del jesuita francés, confidente y colaborador de Santa Margarita María de Alacoque, P. Jean Croiset. Siendo rector del Colegio de Lyon publica, de 1712 a 1720, sus *Exercices de piété: pour tous les jours de l'année, contenant l'explication des mystères ou la vie du saint de chaque jour, avec des réflexions sur l'Épître et une méditation sur l'Evangile de la messe, et quelques practiques de piété propres à toutes sortes de personnes*. En España es traducido por el autor de *Fr. Gerundio*, el P. Juan Francisco de Isla, S. I., y desde 1753, en que sale el primer volumen en Salamanca, hasta el año de 1867, llega a superar la cifra de cincuenta reediciones, ordinariamente con el título de *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año*. A raíz de la expulsión de la Compañía se siguió publicando como anónimo, sin nombre de autor y traductor. En varias ediciones viene adicionado por los agustinos Pedro de Centeno y Juan de Rojas. Esta obra del P. Croiset, mezcla de *Año cristiano*, de manual de meditaciones y de misal, que tuvieron todavía en sus manos nuestros abuelos, nutrió en la piedad a generaciones enteras, creando en ellos un concepto especial de la santidad, muy espiritualizado y bastante distante de los bolandos.

Aunque nunca se tradujo al español, tuvo también in-

flujo en algunos de nuestros *Años cristianos* del siglo XIX, el magnífico de Alban Butler, *Lives of de fathers...* (Londres 1745), particularmente en la traducción libre que hizo al francés M. Godescard. Como es sabido, esta excelente obra, revisada hace unos años con gran rigor crítico por Herbert Thurston, S. I., acaba de publicarse de nuevo, puesta al día por Donald Attwater, con el título *Butler's Lives of the Saints.* En ella se han utilizado las excelentes *Vies des saints et des bienheureux,* en doce tomos, de los benedictinos de París (1935-56).

En nuestro siglo han aparecido varios *Años cristianos* de desigual valor. Ampuloso en el estilo y con mucho lujo de láminas en color es *La luz de la fe en el siglo XX,* de don Luis Calpena; digno y devoto, *El santo de cada día,* de Edelvives; muy en la nueva técnica biográfica psicológica, con drama y color local, al estilo de los que se pretendió en la colección *Les Saints,* que inició en 1895 M. Henri Joly, son las semblanzas del conocido *Año cristiano* del abad del Valle de los Caídos, Fr. Justo Pérez de Urbel. Después del año 1936 han salido de las prensas el jugoso del P. Juan Leal, S. I., y *El desfile de los santos,* del P. José María de Llanos, S. I., luminoso e incisivo, como todo lo suyo. Entre las traducciones de estos últimos tiempos citamos dos versiones del alemán: la de W. Hünermann, *El coro de los santos,* "hagiografía anecdótica para el hogar cristiano", y la de R. Quardt, *Los santos del año,* "leyendas hagiográficas para todos"; y está en curso la traducción del francés de *Los santos de cada día,* que editó el Club du Libre Chrétien, bajo la dirección de Robert Morel.

III

28. **Antecedentes.**—Las primeras señales de culto a los santos aparecen en los mismos orígenes de la Iglesia, según magistralmente demostró Benedicto XIV en su célebre libro *De servorum Dei beatificatione...* Los fieles recogían y veneraban las reliquias de los mártires, héroes de la fe; altares y oratorios eran elevados sobre sus tumbas, y allí se celebraban los sagrados misterios. A partir del siglo II se comienza a celebrar el aniversario de su muerte, o más bien el de su nacimiento al cielo: *dies natalis.* Esta fué la más antigua y más sencilla forma de canonización

y estuvo en vigor durante el tiempo de las persecuciones. Sin embargo, aun en esta época tan difícil y en la que apenas podía pensarse en procedimientos estrictamente jurídicos, la Iglesia intervino para regular este culto. No todos los mártires indistintamente tenían derecho a culto público. La distinción entre mártires *vindicati* y *non vindicati* que aparece entonces, nos muestra una importante verdad histórica: la necesidad de un juicio previo de la autoridad eclesiástica y de su sanción precisa para que se pueda dar culto a un mártir.

En aquella primera fase el obispo, en su territorio respectivo, se cuidaba de recoger las Actas de los mártires, es decir, el conjunto de documentos y testimonios que se referían al suplicio y a la muerte del siervo de Dios. Ya en esta época se estudiaba con cuidado la causa del martirio, sea por parte del perseguidor, sea por parte de la víctima, y sólo se admitía como auténticos mártires a los que realmente habían sufrido por la fe católica. El juicio del obispo sancionaba estas Actas y daba el derecho a venerar las reliquias de los mártires reconocidos oficialmente como tales.

El edicto de Milán (año 313) vino a terminar la era de las persecuciones y, por consiguiente, la de los martirios. Se comenzó entonces a honrar a los que habían confesado a Jesucristo por la heroicidad de su vida, y cuyo sepulcro había sido ilustrado por Dios con milagros y prodigios. Así tenemos el caso de San Pablo, primer ermitaño, y de San Martín de Tours. Esta heroicidad de vida era más difícil de conocer con seguridad que el martirio. Por eso fué necesario regular también severamente el procedimiento. Los obispos, en sus diócesis, hacían una encuesta jurídica a fondo, apoyándose en testimonios de testigos por encima de toda sospecha, quienes debían consignar las virtudes heroicas practicadas por el siervo de Dios, así como los milagros operados por él, ya durante su vida, ya después de su muerte, cuando habían sido invocados. La decisión del obispo llevaba consigo la inscripción del nombre del confesor en los dípticos de la iglesia.

Tanto en el caso de los mártires como en el de los confesores la canonización consistía en inscribirles en el *Album Sanctorum,* en el catálogo llamado *canon,* de donde viene la palabra canonización. Téngase en cuenta que esta palabra equivalía a lo que hoy llamamos beatificación o

reconocimiento de un culto limitado al lugar o a las personas determinadas. Sólo por comunicación de unos obispos con otros, el culto se propagaba a otras diócesis y se hacía universal.

A partir del siglo x tanto los obispos como los príncipes comenzaron a recurrir a la Santa Sede antes de otorgar a los siervos de Dios culto público. Por otra parte, los Papas se vieron obligados a intervenir para suprimir abusos, moderar la imprudente piedad de los pueblos, que, a veces, eran engañados por virtudes más aparentes que reales, y para corregir la negligencia de los obispos en cuanto a las informaciones necesarias antes de proceder a la canonización. Así Urbano II, Calixto II y Eugenio III declararon que el examen de las virtudes y de los milagros de quienes parecían dignos del honor de los altares, debían tener lugar preferentemente en los concilios, en especial en los concilios generales.

29. **Reserva a la Santa Sede.**—Alejandro III tomó ocasión de un abuso flagrante en la materia para establecer el principio de exclusiva competencia de la Santa Sede en las causas de canonización: *Non licet quempiam pro sancto venerari absque auctoritate Romanae Ecclesiae*. Benedicto XIV nos dice que no se trataba de la introducción de un derecho nuevo, sino simplemente de sancionar una tradición o costumbre jurídica ya existente en la Iglesia. Sin embargo, algunos obispos continuaron dictando sentencias de canonización. Fué Urbano VIII quien cortó la cuestión. Se aprovechó para ello de la decisión tomada por el papa Sixto V de instituir la Sagrada Congregación de Ritos. Desde que dicha Congregación nació, en 1588, el procedimiento fué precisándose más y más, y revistiendo formas cada vez más nítidamente jurídicas. Urbano VIII, en su célebre decreto de 13 de marzo de 1625, prohibió de manera absoluta a los obispos decretar la beatificación. Insistió en otro decreto de 2 de octubre del mismo año. Y confirmó los dos decretos por la bula *Caelestis Hierusalem*, de 5 de julio de 1634. Todavía dos decretos posteriores, de 13 de marzo y 20 de octubre de 1635, insistirían más y más en el mismo sentido: todo lo que tenía relación con el culto público de los siervos de Dios quedaba claramente reservado a la Santa Sede. Estaba prohibido, por consiguiente, honrar públicamente a un difunto, sin autorización de Roma. Y esta autorización se había de dar con arreglo a un procedimiento que, en sus líneas generales, fué concretado poco después por Clemente VIII y que es el que hoy encontramos en el Código de Derecho Canónico promulgado en 1917 y que entró en vigor el día de Pentecostés de 1918.

30. **Nociones fundamentales.**—Como todo el mundo sabe, la proclamación de la santidad de una persona tiene dos fases fundamentales. En la actual disciplina no puede hacerse la canonización sin que previamente haya precedido la beatificación. Importa, por consiguiente, aclarar estos dos conceptos.

La canonización es la sentencia última y definitiva del Romano Pontífice, por la cual se declara solemnemente que un siervo de Dios goza de la gloria celestial, y, por consiguiente, se recomienda a todos los fieles de la tierra el culto de dulía en su honor. En cambio, la beatificación es una sentencia auténtica, de carácter previo, declarando la santidad y la gloria de un siervo de Dios en orden tan sólo a un lugar particular y de una manera restringida.

Estas dos definiciones nos muestran claramente las diferencias esenciales que existen entre la beatificación y la canonización. Mientras ésta es una sentencia definitiva, que excluye toda posible apelación a un tribunal superior, que no existe, o a una posible revisión de la causa en el mismo tribunal, la beatificación es, por su esencia, un acto previo, ordenado al acto final de la canonización, para la que es una condición *sine qua non*. Otra diferencia se apoya en la extensión del culto. La beatificación es un decreto permisivo, concediendo un culto limitado solamente a ciertos actos y en ciertos lugares, o para algunas personas. Mientras la canonización impone obligatoriamente a todos los fieles sin excepción un culto supremo y universal hacia el siervo de Dios que ha sido elevado a los altares.

Precisamente por esto, porque se trata de una ley de carácter universal, es sentir común de los teólogos y canonistas que el Papa es infalible al pronunciar la canonización. No es que se trate de un dogma de fe, pero sí de una verdad cierta y *proxima fidei*. Sabido es que la Iglesia es infalible cuando da un juicio sobre hechos dogmáticos. Pues bien, en la canonización hay en juego dos hechos dogmáticos: la santidad y la gloria del siervo de Dios, y la

proposición que se hace a los fieles del mundo entero de un modelo de vida cristiana. Estos dos hechos están íntimamente entrelazados con la existencia concreta del dogma de la comunión de los santos y de la predicación indefectible de la moral cristiana y evangélica. No así cuando se trata de la beatificación, juicio que no tiene un carácter ni definitivo, ni irreformable, ni universal.

Recientemente se ha planteado el problema de cuál sea la finalidad que la Iglesia se propone al canonizar a algunos de sus fieles. ¿Es sólo un tributo de homenaje a sus *héroes?* ¿Es una apelación confiada a la intercesión de quienes han logrado la gloria celestial? ¿O se trata más bien de proponer a los fieles modelos vivos y eficaces de la conducta cristiana que ella enseña? La lectura de las bulas de canonización no deja lugar a dudas: aunque no pueda negarse que haya un aspecto de homenaje a sus hijos más destacados, la Iglesia se propone, declarando la gloria que han alcanzado, adoctrinar a los fieles sobre las formas prácticas de vivir con toda intensidad y en sus más elevadas manifestaciones la vida cristiana.

Hay, por consiguiente, un doble aspecto en toda canonización: de una parte se manifiesta la santidad de vida; de otra parte, la utilidad que esta vida representa en orden a alcanzar la más pura vida cristiana. Y esto por un doble camino: el del brillo de las virtudes en el siervo de Dios *(virtus morum)* y el de la voluntad de Dios de que sea glorificado *(virtus signorum)*. A esto se reducen todos los procesos. La petición de quien quiere obtener que un siervo de Dios sea canonizado se apoya, como *causa petendi*, en estos dos extremos: que está jurídicamente demostrado el hecho concreto de la vida o muerte heroica del siervo de Dios y que consta, también jurídicamente, la existencia de milagros obtenidos por su intercesión.

31. **Visión de conjunto.**—Esto, sin embargo, supone un camino ciertamente largo y complicado. Es posible que tal longitud y tal complicación no sean, sin embargo, tantas como muchas veces piensa el hombre de la calle. Por obvias razones cuando alguna de estas causas no llega a buen término, no es objeto de una sentencia negativa, ni queda, por consiguiente, excluída la causa de los catálogos de causas pendientes. Simplemente queda en suspenso, abierta, pero en expectativa, que quienes están en las inti-

midades de la causa saben que será indefinida. Los que ven desde fuera la marcha de las causas sólo alcanzan a darse cuenta de que aquello no marcha, de que la causa se eterniza. Así como en un tribunal corriente se dictan sentencias positivas y negativas, aquí no hay tales sentencias negativas y sólo queda, según hemos dicho, el recurso de dejar la causa indefinidamente pendiente. Pero, en cambio, cuando la santidad de un siervo de Dios se ha probado con facilidad y los milagros abundan y resultan también fácilmente controlables, no puede decirse que el procedimiento sea de suyo lento, tratándose de una de las causas más graves que puedan imaginarse, ya que entra en juego nada menos que el privilegio de la infalibilidad del Romano Pontífice.

En síntesis, el procedimiento se reduce a esto: alguien que está interesado en la beatificación de una persona que ha fallecido solicita del obispo de la diócesis en que este fallecimiento ocurrió que se abra un proceso para averiguar si la persona fallecida goza de fama de santidad y de milagros. Al mismo tiempo se recogen sus escritos y se averigua si se ha procedido debidamente en aspectos que pueden perjudicar a la causa. Si todo esto está en regla, interviene la Santa Sede. Un tribunal nombrado por ella recoge todos los testimonios referentes a la santidad del siervo de Dios. Este proceso se envía a la Sagrada Congregación, donde es examinado con cuidado. Del examen en conjunto de todos los resultados obtenidos en estos procesos parciales surge la posibilidad de realizar la beatificación. Ya no se volverán a examinar las virtudes o el martirio del siervo de Dios. Bastará que se realicen nuevos milagros para que se pueda proceder a la canonización.

Expliquemos ahora con algún mayor detalle estos procedimientos.

32. **Los primeros pasos.**—"Todos los fieles y todas las asociaciones legítimas tienen derecho a pedir se instruya la causa (de beatificación) ante el tribunal competente. Y si la legítima y competente autoridad eclesiástica admitiere la petición, el que la ha hecho tiene, por el hecho mismo de ser admitida, derecho a promover legítimamente la causa y llevarla hasta el fin". Esto dice el canon 2.003, que añade la posibilidad, puramente teórica, de que sea el

mismo ordinario del lugar quien de oficio instruya el proceso.

Surge aquí una figura fundamental en esta clase de procesos: la del postulador. Es cierto que quien pidió la beatificación puede ejercitar la acción por sí mismo. Pero ordinariamente no lo hará, sino que recurrirá a los servicios del "postulador", sacerdote que trata de la causa ante un tribunal competente en representación de la persona o entidad que ha solicitado que se ponga en marcha. El será, por consiguiente, quien solicite que se realicen los actos procesales; quien administrará, con arreglo a las instrucciones de la Sede Apostólica, el dinero que se ha recolectado entre los fieles para los gastos de la causa; quien presentará al tribunal los nombres de los testigos y los documentos; quien redactará y presentará al promotor de la fe los artículos sobre los que se ha de interrogar a los testigos en los procesos.

Hemos mencionado al promotor de la fe. Este, en cambio, es el encargado de la defensa del Derecho. Equivaldría a la figura del fiscal, en un tribunal ordinario. Cuida de que las leyes sean observadas; denuncia a los puntos flacos que pueda haber en las alegaciones del postulador; redacta interrogatorios para averiguar la verdad de lo que dicen los testigos; propone nuevos testigos y hace, en una palabra, cuanto puede para que, mediante su actividad, se obtenga plenamente la dilucidación de la verdad.

Sin tomar las cosas demasiado al pie de la letra, lo que sería peligroso, bien se podría decir que el proceso de beatificación es un juicio criminal al revés. Mientras en el proceso penal se trata de demostrar la culpabilidad de una persona sobre quien recaen sospechas, después de que el sumario ha demostrado que tales sospechas son fundadas, en el proceso de beatificación se trata de demostrar la santidad de una persona, después de que en el proceso informativo, o diocesano, se ha visto que hay sospechas de que, efectivamente, se trate de una persona santa.

Para esto se requieren pruebas que, tanto en este proceso como en todos los demás, han de tener el carácter de plenas absolutamente (can.2019). No habrá, por tanto, otra posibilidad de actuación, que a base de testigos y de documentos. Y esto con un criterio riguroso.

Mediante esos testigos y esos documentos habrá que demostrar que existe una auténtica fama de santidad. Es decir, que espontáneamente, sin que se haya forzado de manera artificiosa, sin que se haya basado en un falso heroísmo o en falsos milagros, existe en el pueblo cristiano la persuasión de que se trata de una persona santa. Ha de ser una opinión común, manifestada públicamente; ha de versar sobre la santidad y los milagros; ha de ser espontánea, y en aumento progresivo y constante; ha de tener como efecto la confiada veneración del pueblo cristiano y el juicio favorable de las personas prudentes.

Una vez demostrado esto, el proceso, transcrito con todas las garantías, sellado cuidadosamente, es enviado a Roma.

Pero no ha de ir él solo. Le acompañará otro, que será la reunión de todas las diligencias que se han hecho para recoger los escritos del siervo de Dios. Labor muchas veces penosa y difícil, cuando se trata de personas que han vivido una vida muy intensa, por sus cargos y su posición social. Téngase en cuenta que a estos efectos se consideran escritos "no sólo las obras inéditas del siervo de Dios, sino también las impresas; asimismo los sermones, cartas, diarios, autobiografías y, finalmente, todo lo que hubiera escrito, ya por sí mismo, ya por mano ajena" (can.2042). Todos los escritos, juntamente con los testimonios de las diligencias que se han hecho para su cuidadosa búsqueda, han de ser enviados a Roma.

Ha de ir también un tercer proceso, sumamente sencillo, al menos en la mayor parte de los casos. Como el asunto es tan delicado, quiere la Iglesia que los jueces procedan con entera libertad, sin que nada pueda prejuzgar el resultado final de la causa. Para eso se ha de evitar que el siervo de Dios esté ya recibiendo culto. Y de esto ha de constar mediante un proceso en el que el tribunal, después de examinar "detenidamente el sepulcro del siervo de Dios", la habitación en que vivió y murió y los demás lugares en que pueda sospecharse con fundamento que existen señales de culto" (can.2058), y habiendo practicado las demás investigaciones que haya solicitado el promotor de la fe (can.2059), decide por sentencia si ha habido o no culto al siervo de Dios.

Enviado todo este material a Roma, la causa puede considerarse terminada en su fase diocesana. De aquí en adelante actúa la Santa Sede por sí o por sus delegados.

33. **La introducción de la causa.**—Y así empieza por ordenar que se examinen los escritos del siervo de Dios. Unos revisores que el cardenal ponente de la causa elegirá, pero guardando en secreto sus nombres, irán leyendo todos los escritos y preparando un informe para expresar si en ellos "hay algo contra la fe y buenas costumbres y dar a conocer, en general, cuál es el carácter y cuáles las virtudes y los defectos propios del siervo de Dios, según aparecen en los escritos. Este informe lo darán por escrito, comprobándolo con argumentos y razones" (can.2068). El informe de los revisores es discutido por los cardenales y, en último término, se lleva al Papa, quien decide si se puede proceder más adelante.

Algo parecido se hace con el proceso informativo. Se estudia con todo cuidado por el cardenal ponente, oyendo las objeciones puestas por el promotor general de la fe y las respuestas que da el abogado. Hasta que un día se reúnen los cardenales de la Congregación de Ritos y se plantea en su presencia la duda: si se ha de firmar la comisión de introducción de la causa. Si el juicio de los cardenales es favorable, se propone al Papa, y si también a él le pareciere bien, se redacta y publica el decreto correspondiente.

Ya tenemos así la causa introducida en la Sagrada Congregación. Falta tan sólo examinar el tercero de los procesos, el referente al no culto. Los cardenales dan su parecer sobre si ha de aprobarse o no la sentencia que dió el ordinario. Si el parecer es favorable, se sigue adelante. Habrá llegado el momento de instruir el proceso apostólico.

34. **Los procesos apostólicos.**—La causa vuelve a su diócesis de origen, en cierta manera. La Sagrada Congregación nombra por lo menos cinco jueces que, con autoridad pontificia, estudiarán las virtudes y los milagros del siervo de Dios; el martirio y la causa del mismo, y si perdura o no la fama de santidad que anteriormente tenía. Pero no se limita únicamente a darles autoridad. Sino que a las "letras remisoriales (de nombramiento) se añadirán otras especiales del promotor de la fe designando dos subpromotores". Estos recibirán instrucciones sobre las objeciones suscitadas al introducirse la causa, sobre las informaciones extrajudiciales que hayan sido necesarias, etcétera, etc. Es decir, que la experiencia de quien ha visto en su vida muchísimos procesos de esta clase sirve de guía a quienes los están tramitando en una diócesis determinada.

El tribunal tiene dos años para instruir el proceso apostólico. Al concluirlo, harán un reconocimiento jurídico de los restos del siervo de Dios, también de acuerdo con las indicaciones que habrán recibido de la Congregación. Después cerrarán el proceso y lo remitirán a Roma.

Una vez en Roma, el proceso es examinado de nuevo para ver si ha sido válido. Es más, se volverá a examinar también el proceso informativo, por si se deslizó alguna causa de invalidez que no fué advertida. Establecida la discusión entre el promotor de la fe y el abogado, los cardenales dictan su fallo sobre la validez del proceso. Y éste queda, salvo especial privilegio concedido por el Romano Pontífice en persona, archivado, ya que "la discusión de las virtudes no ha de comenzarse antes de haber pasado cincuenta años desde la muerte del siervo de Dios" (can.2101).

Llega así el momento cumbre en toda la causa. En tres reuniones sucesivas se va a estudiar la duda fundamental. Si se trata de causas de confesores, la duda será: "a ver si consta de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad para con Dios y para con el prójimo, y de las cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza, y de sus anejas, en grado heroico, en el caso y para el efecto de que se trata". En cambio en las causas de los mártires la pregunta será: "si consta del martirio y de su causa y de las señales o milagros en el caso y para el efecto de que se trata". Por tres veces se reunirán los cardenales a discutirlo. La tercera estarán presididos por el Romano Pontífice, o por lo menos será él mismo quien dé su última resolución. Entonces se publicará un decreto declarando que están probadas las virtudes en grado heroico o el martirio del siervo de Dios. Y éste podrá ser llamado en lo sucesivo "venerable".

Se ha dado un gran paso. Pero queda aún otro muy importante: examinar los milagros obrados por su intercesión. Porque "para la beatificación de los siervos de Dios se exigen dos milagros, si fueron testigos de vista los que suministraron las pruebas de las virtudes en ambos procesos, informativo y apostólico, o si los testigos examinados en el proceso apostólico fueron al menos testigos de

oídas de los oculares; tres milagros, si en el proceso informativo los testigos lo fueron de vista, y en el proceso apostólico de oídas de los que lo oyeron; si en ambos procesos las virtudes se probaron únicamente por testigos de tradición y de documentos" (can.2117). "Con todo, si se trata de un mártir y consta evidentemente del martirio y de su causa material y formalmente considerada, pero faltan los milagros, compete a la Sagrada Congregación decidir si los signos son suficientes en el caso, y a falta de éstos, si se ha de pedir al Padre Santo la dispensa de los mismos (can.2116).

Los milagros se examinan con rigor, por peritos especializados, para demostrar: "si tratándose de una curación, el que se cree haberla conseguido, ha de tenerse por realmente curado; si el hecho presentado como milagroso puede o no explicarse según las leyes de la naturaleza". Después de tres congregaciones, similares a las que estudiaron la heroicidad de las virtudes, se dicta el decreto de aprobación de los milagros.

Ha llegado la causa de beatificación al final. En presencia del Padre Santo se discute entonces: "si puede procederse con seguridad a la beatificación del siervo de Dios". Cuando la respuesta es afirmativa, el Papa manda redactar el oportuno decreto.

35. **La beatificación.**—Es conocida la solemnidad que reviste una beatificación. Consta de dos partes. La primera, ordinariamente por la mañana, se realiza sin intervención personal del Romano Pontífice. En la basílica vaticana, en el altar de la cátedra, se congrega la multitud, presidida por los cardenales y prelados que concurren a la ceremonia. El postulador llega con el Breve de beatificación. Pide que se lea al prefecto de la Congregación de Ritos. Este lo concede, y previa la venia del cardenal arcipreste de la basílica un canónigo del cabildo vaticano procede a la lectura. Al terminarla, el siervo de Dios pasa a ser beato. Se descorre la cortina que ocultaba su imagen en la *Gloria*, de Bernini, y se entona solemnísimo *Te Deum*. A continuación se celebra una misa de pontifical.

Por la tarde la ceremonia tiene la especial solemnidad que da siempre la intervención del Romano Pontífice. Desciende éste a la basílica, hace oración ante la imagen del nuevo beato, se expone el Santísimo Sacramento y se da

la bendición, y al final es saludado por el postulador de la causa y algunas personas más íntimamente relacionadas con el nuevo beato.

36. **La canonización.**—Sin embargo, la beatificación no es, según hemos explicado, más que un trámite previo para obtener la canonización. Normalmente la causa proseguirá adelante. Pero ya no se harán nuevas averiguaciones sobre la vida y los hechos del beato, ni se examinarán de nuevo sus escritos, ni se volverá sobre las cuestiones que se discutieron para su beatificación. Lo único que hará falta será que conste jurídicamente de dos milagros obrados después de la beatificación formal. Por eso "cuando se afirma que ha sido obrado algún milagro por intercesión de un beato, la Sagrada Congregación, a ruegos del postulador y con el beneplácito del Padre Santo, expide el decreto de reasunción de la causa e instrucción de nuevos procesos" (can.2139). Cuando se ha terminado la discusión de estos procesos, y consta ya de la realización de los milagros, "el Romano Pontífice, habiendo oído el parecer de los cardenales y de los consultores, y cuando lo juzgare conveniente, da el Decreto declarando que puede procederse con seguridad a la canonización solemne del beato" (can.2141).

La canonización constituye una de las más espléndidas ceremonias que se realizan en la basílica vaticana. Actúa personalmente el Romano Pontífice, quien desciende con todo su cortejo, el de las más solemnes capillas papales, a la basílica vaticana. Allí el postulador le pide con instancia que proceda a la canonización. Y, en efecto, desde el trono, situado bajo la cátedra de San Pedro, pronuncia con toda solemnidad la fórmula de canonización, celebrando a continuación la solemnísima misa papal y pronunciando, después del Evangelio, una homilía en la que ensalza las virtudes del nuevo santo.

37. **Posibles mejoras.**—Hemos expuesto rápidamente las principales fases de los procesos de canonización y beatificación. Toda una secular sabiduría, una experiencia única en el mundo, ha venido a quedar como condensada en la sapientísima ordenación de esta clase de causas. Difícilmente se podrá imaginar un procedimiento más riguroso y más preciso. A aclarar la auténtica santidad de los sier-

vos de Dios contribuye la diligencia de los hombres, la ciencia humana de los peritos, la secular experiencia de la Sagrada Congregación y la misma intervención divina manifestada en los milagros. Esto no quiere decir, sin embargo, que tal ordenación procesal no sea perfectible, como lo es toda obra humana. El papa Pío XII, en un magistral discurso dedicado a la figura y la obra de Benedicto XIV, y que se ha publicado después de su muerte, señalaba así, con exactitud y profundidad, la situación del problema de la reforma de los procesos de beatificación:

"Los que, como vosotros, se ocupan de los procesos de beatificación y canonización, consideran justamente a Benedicto XIV como el "maestro" por excelencia de sus ordenamientos. Sabemos bien que en vuestras filas se discute si esto debe entenderse en el sentido de que sus ordenamientos representen la meta en la perfección del desarrollo de estos procesos, más allá de la cual no es posible avanzar; o bien si su obra representa sólo un elevado estadio hacia su ulterior perfeccionamiento. Establecido que la visión de la santidad católica, cual fué ofrecida por el papa Lambertini, tiene y tendrá valor permanente, es lícito, y aun útil, discutir sobre la perfectibilidad de la práctica procesal establecida por él, porque estimamos que no correspondería ni al pensamiento ni a las intenciones del mismo Benedicto XIV, si se quisiere dejar el proceso en la forma rígida que tenía en su tiempo, tal cual se presenta en su obra. La ley del desenvolvimiento histórico de las instituciones humanas podría imponer, también en esta materia, algunas mutaciones del ordenamiento procesal, a fin de hacerlo más apto para cumplir sus fines, que se han hecho más complejos y numerosos en los dos últimos siglos.

En tal caso sería necesario, ante todo, examinar si habrían de adoptarse aquellos medios puramente técnicos de que hoy se dispone, y que simplificarían notablemente los procesos. Por citar un solo ejemplo, no se admiten ahora documentos mecanografiados, sino únicamente copias manuscritas, siendo así que aquellos llevarían consigo una notable ventaja de tiempo, de exactitud, de comodidad de lectura, de facilidad para las copias. Tal recurso a medios técnicos nuevos, más que ofender la tradición, la continúa, porque es ya un hecho que el proceso de beatificación y canonización no ha permanecido inmóvil durante los últimos doscientos años, sino que se ha perfeccionado en la medida en que se han desarrollado las ciencias de las que se sirve. Esto ha ocurrido en el terreno de la crítica histórica y de su fuerza probativa. Sin querer infravalorar el sentido crítico de aquel siglo de los maurinos y del primer período de los bolandistas, que ciertamente representaba un progreso respecto al pasado, todavía es cierto que la crítica histórica sólo en el siglo XIX y en el presente ha constituído el desarrollo y el perfeccionamiento que le dan la dignidad de disciplina científica y el valor de testimonio fiel. Por eso nuestro inmediato predecesor, el papa Pío XI, eximio cultivador de tales disciplinas, no dudó en constituir para las llamadas "causas históricas" una sección especial histórica en la Congregación de Ritos, a la que corresponde examinar la autenticidad y la credibilidad histórica del proceso y hasta buscar por sí misma nuevas fuentes de documentos.

Otro notable progreso operado en los últimos tiempos concierne a las disciplinas médicas, a las cuales se debe recurrir en los procesos de beatificación y canonización antes de emitir algunos juicios. Es claro que el estado en que se encontraban hace doscientos años no resulta parangonable con el presente. Se puede tener una idea, sin alejarse del tema, en la misma obra de Benedicto XIV..., donde diserta sobre las *visiones, apariciones, revelaciones*... y donde trata de varios fenómenos, como las alucinaciones. Mientras la ascética y la mística estaban entonces en condiciones de ofrecer una gran riqueza de experiencias en cuanto al tema, los conocimientos de medicina aparecen hoy, por el contrario, rudimentarios e insuficientes. Los procesos de beatificación y canonización no podrían olvidar el enorme desarrollo que las ciencias médicas y psicológicas han conseguido de los tiempos de Benedicto XIV a hoy.

Esto mismo vale para el juicio que ha de formularse sobre los precedentes psicofísicos y psicológicos en la vida del mismo siervo de Dios; como sobre la verdad de los milagros que se atribuyen a su intercesión después de la muerte. Por eso, para lo que concierne al segundo punto, nosotros mismos hemos instituído en la Congregación de Ritos una comisión médica, encargada de examinar, en los casos de curaciones que se dicen milagrosas, si se trata de verdadera curación, de una curación determinada de una enfermedad y si tal curación es inexplicable atendiendo a la norma de las leyes naturales.

Por alguno se ha manifestado también el deseo de un cierto aligeramiento en las exigencias procesales, por ejemplo, en cuanto al cuidado de la revisión y a la repetición de las discusiones sobre el mismo argumento. De otra parte, se ofrece una importante cuestión que resolver, como consecuencia de la legítima y aun laudable tendencia hacia el perfeccionamiento de los procesos, que nada quita a los méritos de Benedicto XIV y a su fama de maestro, cuestión de orden jurídico, muy afín a la esencia de la forma procesal establecida por el mismo Benedicto XIV. Sabido es que el proceso, en la forma que él lo dejó, se funda esencialmente sobre las declaraciones juradas de los testigos. El éxito de un proceso depende, por tanto, casi enteramente de la persona de los testigos, de los que se ha logrado verificar la necesaria aptitud para testimoniar según la verdad. Se pide ciertamente que sean *omni exceptione maiores, homines bonae vitae et famae, tales, quod eorum dictis et attestationibus, in iudicio et extra, plenaria ab omnibus venit fides adhibenda (Codex pro postulatoribus)*. Comprobadas tales aptitudes en los testigos, se estimó que su deposición jurada daba el máximo de garantía al proceso. En teoría no se puede pedir más al testimonio humano; pero en concreto, ¿con qué medios se puede establecer la actitud subjetiva del testigo para otorgarle la *plenaria fides?* ¿Es siempre seguro, al menos en el grado que se reconocía, que los testimonios jurados de aquellos testigos dan certeza objetiva de la verdad? La investigación psicológica, hoy más desarrollada que en el pasado, y la experiencia judicial que hoy se posee, manifiestan dudas y aconsejan cautela. ¿Son acaso las respuestas a los interrogatorios fijados y a los artículos suficientes para formarse una plena y exacta idea de la persona de que se trata? ¿No sería acaso oportuno, como contraprueba o complemento, un informe de conjunto de competentes testimonios o de peritos, especialmente si el proceso tiene por objeto personajes que tuvieron una notable parte en la vida pública? Intentamos por ahora solamente proponer tales cuestiones al examen de los técnicos, con la esperanza de que sean estudiados con el mismo espíritu abierto, objetividad y equilibrio propios de la grande alma de Benedicto XIV."

Larga ha sido la cita, pero interesante por abrir las perspectivas que en el futuro presenta el perfeccionamiento de estos procesos. No ocultamos al lector que, pese a la extensión de estos párrafos, no son estos los únicos problemas que hay planteados. Queda en pie el problema económico, del gran costo sin posibilidad de gratuito patrocinio; el de la preponderancia de algunos sectores de la Iglesia (los países latinos, los fundadores de congregaciones religiosas...) en el resultado final de los mismos, etc., que también han de estar presentes a la hora de la revisión de los mismos.

IV

38. **Un dogma fundamental.**—Sabido es que la Iglesia, en el sentido más pleno de esta palabra, no está constituída únicamente por quienes militan en la tierra, sino que también pertenecen a ella quienes sufren y se purifican en el purgatorio y quienes gozan ya de la gloria del cielo. A cada una de estas divisiones de una misma y única Iglesia, se llama también Iglesia, pero añadiéndole, según el caso, el correspondiente adjetivo: militante, purgante y triunfante.

Entre todos los miembros de esta inmensa Iglesia existe, en virtud de la consoladora doctrina del Cuerpo místico, hermosa y gráficamente explicada por San Pablo, una íntima comunicación, o comunión, que en el Credo llamamos "comunión de los santos". Todos los miembros de esta triple Iglesia viven con una misma vida, la que redunda de Jesucristo, cabeza del Cuerpo místico. Y precisamente por esa comunidad de vida, existe también una comunidad de auxilios. La Sagrada Escritura nos muestra cómo los fieles pueden orar unos por otros, y cómo tal oración es agradable a Dios Nuestro Señor. Lo mismo se diga de las buenas obras, y así encontramos ejemplos en que ciudades enteras fueron salvadas por la ejemplaridad de algunos de estos habitantes. Si entre los vivos puede existir esa comunicación, con mucha mayor razón podrá existir con relación a los que ya fallecieron. Así, aunque la Iglesia no haya dicho nada positivamente, el común sentir del pueblo cristiano suele encomendarse a las benditas ánimas del purgatorio, sabiendo que la intercesión de quienes están en aquel lugar del sufrimiento puede servirle de mucho.

Sobre estos principios tan sencillos, pero basados en la revelación, se apoya también la doctrina del culto a los santos. Unidos íntimamente a ellos, en el seno de una mis-

ma Iglesia y participando de la vida de Cristo, podemos mirar en ellos a nuestros intercesores. En verdad sería extraño que quienes, mientras estuvieron en la tierra, ardían en caridad y deseaban vivamente favorecer cuanto pudieran al prójimo, perdieran luego esa caridad después de su muerte.

Y, en efecto, esta verdad, expresada en el Credo, la tuvieron siempre por suya los cristianos, que de hecho, desde los primeros siglos, se encomendaron a los santos. Resulta emocionante leer en las catacumbas las invocaciones con las cuales los que han quedado sobre la tierra piden a los santos que intercedan por ellos. No se diga nada de lo que ocurrió durante la Edad Media, época de espléndida eclosión del culto a los santos. Unicamente algunos herejes, como los waldenses, pudieron negar esta verdad. La misma mente de Wiclef y Hus, que algunas veces han sido alegados como adversarios de este culto, dista mucho de estar clara.

Sin embargo, correspondió al protestantismo atacar con particular fuerza una doctrina que tan pacíficamente había vivido en el seno de la Iglesia durante dieciséis siglos. Pese a las vacilaciones de Lutero, en cuyas obras se encuentran pasajes bien elocuentes en favor del culto a los santos, otros reformadores, y en especial Calvino, arremetieron con ímpetu contra él. Aun hoy día una de las características que más suele llamar la atención de un católico en las iglesias protestantes es la ausencia de imágenes de santos.

El concilio de Trento no creyó, sin embargo, oportuno hacer una definición dogmática, de carácter sistemático, opuesta a los errores protestantes. En la sesión 25 (3 y 4 de diciembre de 1563), ya con las prisas de un final que se presentía y se deseaba por parte de todos, dió un decreto de carácter predominantemente disciplinar, en el que, dirigiéndose a los obispos, señalaba cuáles eran las fuentes en las que se encontraba la doctrina del culto a los santos (uso de la Iglesia apostólica, los Santos Padres y los concilios) y de manera moderada establecía la recta doctrina acerca de la intercesión y la invocación a los santos.

39. **Intercesores.**—"Bueno y útil es invocar suplicantemente a los santos que reinan con Cristo y recurrir a sus oraciones y auxilio para impetrar los beneficios de Dios por Jesucristo Nuestro Señor, que es nuestro único Redentor y Salvador." De esta manera expresa el concilio de Trento la doctrina respecto a la intercesión de los santos.

Que puedan interceder aparece claro, y hay bastantes protestantes que no lo niegan. Al fin y al cabo, los santos, a los cuales pueden unirse los ángeles, aparecen en la misma Sagrada Escritura intercediendo por nosotros (Zach. 1, 12; Dan. 10,13 y 20 s.; 1 Mach. 15,12 ss.), ni más ni menos que, como ya hemos señalado, interceden también algunos hombres en favor de otros. La caridad continúa reinando en el cielo con mayor fuerza que en la tierra, y no hay por qué suponer que Dios Nuestro Señor se niegue a oír oraciones que los santos hagan movidos por esa caridad.

Por otra parte, la doctrina de San Pablo, tan extraordinariamente expresiva, nos muestra la íntima unión que existe entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo, de tal manera que al padecimiento de un miembro deba acompañar el de los demás, y al gozo, también sea común la alegría. Resultaría increíble que esto no ocurriera precisamente en aquellos miembros que, gozando ya del cielo, han alcanzado la máxima perfección.

Esta intercesión puede y debe concebirse como particularmente eficaz hacia algunos grupos de personas o en determinado género de necesidades. La unión más íntima que el santo pueda tener con una ciudad, una orden religiosa, el grupo de personas que ejrcita su misma profesión, etc., puede ser una razón para hacer esta intercesión más valiosa.

Ni puede oponerse que esta intercesión disminuya en nada la doctrina de Jesucristo como único mediador. A nadie le ha ocurrido nunca poner en el mismo plano a Jesucristo y a estos otros mediadores subordinados a Él, que se esforzaron en imitarle, que de Él recibieron las gracias necesarias para poder seguirle. De la misma manera que podemos llamar padres a nuestros padres de la tierra, sin que por eso a nadie se le haya ocurrido decir que esto se opone a que Dios sea también nuestro Padre, podemos tener por intercesores a los santos, sin que a nadie se le pueda ocurrir que esto redunde en menoscabo de Jesucristo.

40. **Invocación a los santos.** — Consecuencia de esta doctrina es que, si los santos interceden y pueden interceder por nosotros, a nuestra vez, podemos solicitar su intercesión e invocarlos. Tal invocación cede en honor de Dios. Es, al fin y al cabo, un reconocimiento de nuestra propia

miseria: dándonos cuenta de que somos indignos de ser escuchados, recurrimos a aquellos siervos de Dios, cuya oración le ha de ser más grata que la nuestra, para que intercedan por nosotros. Hay, por consiguiente, una exaltación de la majestad de Dios, una honra a la virtud de los santos, un humilde reconocimiento de nuestra necesidad y de nuestra miseria.

Y tal invocación puede y debe extenderse a todos los santos. Agudamente hace notar Santo Tomás la conveniencia de llamar en nuestra ayuda algunas veces a santos más desconocidos o cuya devoción ha sido menos divulgada. En ocasiones será que nuestra propia devoción se siente estimulada, y la oración, por más devota, viene a resultar más eficaz. En otras ocasiones, de esta invocación de diferente santo surgirá una agradable variedad. En otras se tratará de santos que tienen el particular cuidado de aquellas necesidades. En otras, en fin, cumpliremos con el deseo de la Iglesia de que todos los santos sean honrados por los fieles.

Ya hemos señalado más arriba cómo hay ocasiones en las que, mediante el canto de las letanías de los santos, esta invocación toma un carácter particularmente solemne.

41. **Culto a los santos.**—Sabido es que el culto lleva consigo tres actos: uno del entendimiento, por el que se reconocen las prerrogativas de una persona y se la juzga digna de obsequio; otro de la voluntad, por el que se aprueba el juicio del entendimiento y se determina reconocer prácticamente nuestra sujeción a esa otra persona; un acto externo, por el que se manifiestan estos dos actos internos. El más esencial de estos actos es evidente que es el segundo. El primero puede darse sin culto. El tercero puede hacerse por burla.

Este culto puede ser puramente civil o puede ser religioso. En este segundo caso llega a alcanzar su máxima intensidad cuando se trata de Dios, y entonces se habla de culto de latría, o adoración, o puede tener una intensidad menor, y entonces se habla de dulía, si se refiere a los santos, o de hiperdulía, si se trata de la Santísima Virgen. Pero, aun en este caso, el del culto de dulía, es la virtud de la religión la que se ejerce, ya que es Dios quien resulta honrado en sus santos. No siempre será posible encontrar, por la limitación de las actividades humanas, acciones totalmente desemejantes para cada clase de culto.

Una misma cosa, por ejemplo una genuflexión, puede ser acto de culto de latría o de dulía.

No es necesario entrar a justificar aquí este culto que a los ángeles y a los santos se tributa. Independientemente de los antecedentes que se encuentran en la Sagrada Escritura (Num. 22,31; Jos. 5,15; Jud. 13,16; 3 Reg. 18,7; 4 Reg. 2,15), la práctica de la Iglesia y de los fieles, desde los mismos orígenes de la religión cristiana, nos lo muestran puesto en práctica: la veneración a las reliquias, la celebración del día aniversario, los altares y los templos sobre sus sepulcros, los himnos en su honor, las invocaciones en sus lápidas sepulcrales, son muestras bien elocuentes. Es más: si el mismo Dios honra a sus santos, no es mucho que les honremos también quienes queremos cumplir su ley y acomodarnos a su voluntad. Y si en los santos refulgen las perfecciones de Dios, razón será honrarlas en cuanto en ellos resplandecen. Tal es el sentimiento de tales padres, y tal es también el sentir constante de la Iglesia.

42. **Las reliquias.**—En la misma sesión 25, que ya hemos citado, del concilio de Trento, se definió también que el culto a las reliquias era lícito y pío. Así aparece del mismo hecho de la virtud de que Dios quiso que estuvieran revestidas algunas cosas que habían pasado por mano de San Pablo (Act. 19,11 ss.). Pero aparece todavía mucho más clara en el honor de que los fieles acompañaron los cuerpos y las cosas que habían pertenecido a los mártires; las innumerables ocasiones en que la historia eclesiástica nos muestra que Dios ha obrado milagros por medio de las reliquias, y la constante y nunca desmentida veneración de los fieles hacia ellas. Ya el mismo San Jerónimo se alzó con fuerza frente a Vigilancio, que había osado oponerse a este culto. Que, por otra parte, tan racional aparece a quien tenga en cuenta la íntima conjunción que existe entre el cuerpo del santo y las buenas obras con las que él ha conseguido la gloria. Recordemos las hermosas palabras de San Máximo: "Honro en la carne del mártir las cicatrices que recibió por Cristo; honro las sagradas cenizas pensando en la confesión del Señor; honro en ellas las semillas de la eternidad; honro el cuerpo que Dios me muestra amar, que Dios me enseñó a no temer por Él llevar a la muerte".

El culto a las reliquias es, por otra parte, la profesión

práctica del dogma de la resurrección gloriosa del cuerpo de los santos; la visible demostración del triunfo obtenido por Cristo sobre la idolatría; una invitación a seguir sus huellas; una acción de gracias por los bienes que de su actividad redundaron para la Iglesia; una glorificación del mismo Dios. Si en el orden civil se guardan con tanto esmero las reliquias, y nos es dado visitar los panteones de hombres ilustres y los museos donde se conservan las banderas y restos gloriosos de pasadas batallas, ¿por qué no nos ha de ser lícito hacer algo parecido en el mismo orden sobrenatural?

43. **Las imágenes.**—Nada más que una alusión al culto a las imágenes de los santos, que tanto se discutió en el siglo VIII con ocasión de la herejía iconoclasta, y que con tanta fuerza fué también rechazado por los protestantes. Acaso en ninguna cuestión como en esta hayan llevado las teorías a elucubraciones totalmente alejadas de lo que cada día nos muestra la experiencia.

El hombre, compuesto de alma y cuerpo, necesita de algo que hiera a sus sentidos y alcance a su imaginación, al menos en la mayoría de los casos. Para esto pueden servir perfectamente, y de hecho sirven, las imágenes. Basta presenciar un desfile procesional en Semana Santa para darse cuenta de hasta qué punto aquellas esculturas llegan a impresionar la sensibilidad popular y a constituir una muda y eficaz predicación. Así lo definió el octavo concilio ecuménico, y así lo ha defendido siempre la Iglesia frente a las exageraciones de quienes, por mala voluntad o por una espiritualidad y un misticismo mal entendidos, trataban de arrinconar las imágenes de los santos.

44. **Utilidad.**—El culto de los santos nos lleva en primer lugar a la imitación de sus virtudes. Precisamente por el culto nos ponemos en contacto con ellos, y vemos la santidad como algo deseable, apetecible, término normal y lógico de nuestra vida cristiana.

Ese mismo culto establece entre ellos y nosotros una comunicación de la que no podemos menos de salir beneficiados. Comunicación que se traduce en gracias y dones que obtenemos por su intercesión, ya en lo espiritual, ya en lo temporal.

Nos mueve, además, el culto a los santos a la humildad, al comprobar por nuestra parte cuán diferentes somos de ellos. Y nos mueve a mayor perfección por el deseo de asemejarnos a ellos.

Caben, sin embargo, excesos, y ciertamente los ha habido a lo largo de la historia. Cuando el Santo Oficio, el 8 de mayo de 1937, ponía en guardia a los fieles contra la afición a nuevas formas de devoción, no hacía más que insistir en algo que muchas veces ha tenido que hacer la Iglesia: luchar contra la superstición, que puede esconderse incluso debajo de una realidad tan santa como es el culto a los santos.

Sapientísimamente en el Código de Derecho canónico se establecen unas normas para que este culto no derive nunca por derroteros menos sanos: establecidos unos principios generales (cáns. 1255, 1256, 1276), se insiste en que únicamente a la Iglesia corresponde otorgar permiso para el culto público (can. 1277), culto que tendrá severas restricciones cuando se trate de los Beatos (cáns. 1868 § 2, 1201 § 4). Siguiendo estas normas, el culto a los santos resultará fuente abundosa de genuino y auténtico espíritu cristiano.

Respondiendo de una parte a tan hermosas tradiciones, como las que más arriba han quedado reseñadas; de otra parte, a los vivos deseos de la Iglesia de poner en contacto a los fieles con la santidad, siempre renovada en su seno maternal, y por otra, en fin, a los deseos del público hispanoamericano, la Biblioteca de Autores Cristianos pensó en la conveniencia de editar un nuevo *Año cristiano.*

A este efecto, en agosto de 1957 dirigía la comisión que se encargaba de la obra una circular a los posibles colaboradores, en la que se exponía cuál iba a ser la orientación general del trabajo. Decía así:

"Se trata de publicar un *Año cristiano,* con las características tradicionales de esta clase de obras, convenientemente adaptado a los tiempos actuales.

Insertará cada día la semblanza de uno o dos santos o beato cuya fiesta litúrgica se celebre; escrita en un estilo literario digno, sencillo y claro; orientada hacia la edificación del pueblo cristiano; basada en datos históricos depurados, pero sin excluir la utilización de piadosas leyendas, siempre y cuando aparezcan como tales; con un sentido moderno en la interpretación de la santidad.

Las semblanzas... han de atender al marco histórico o teológico en que se desarrolló la vida del santo, de tal manera que los lectores hayan repasado, al terminar la obra, las principales épocas de la historia eclesiástica y las verdades más esenciales del dogma cristiano; han de concebirse con tal sencillez de estilo y lenguaje, que sea posible y fácil su lectura en alta voz."

A nuestros lectores, y a la crítica, corresponderá ahora decir hasta qué punto tales propósitos han conseguido ser llevados a la práctica. Creemos, sin embargo, que no será necesaria una lectura a fondo de los cuatro volúmenes para apreciar el interés que se ha puesto en ofrecer las semblanzas de los santos más modernos, de aquellos que no habían sido tratados en obras similares, y de los españoles. Se han incluido también un buen número de beatos, cuando su excepcional personalidad o su influjo en la historia eclesiástica así lo aconsejaba.

Característica singular de esta obra resultará, sin duda, el gran número de autores que han colaborado en la misma. Pareció que, siendo tan diversa la fisonomía de los santos en las diversas épocas de la història eclesiástica, no había inconveniente en confiar a plumas también muy diversas el cargo de trazarla. En algunos casos se ha tratado de verdaderos especialistas, que han hecho aportaciones interesantes aun desde el punto de vista científico. Siempre se ha cuidado, sin embargo, de que, aun no tratándose de especialistas, presentaran los autores suficientes garantías de seriedad científica y de dignidad literaria. No se intentó, en cambio, aunque tampoco se excluyó, que las semblanzas de los santos de cada orden fueran escritas por miembros de la orden respectiva; antes se procedió en esto con un criterio de sana libertad. A nadie se le ocultará que han sido muchos más los posibles colaboradores, a quienes la comisión se dirigió, sin que muchos de ellos, unos por una causa y otros por otra, pudieran llegar a colaborar efectivamente. Como no se ocultará tampoco que, siendo tantos, la inclusión de determinados nombres en nuestra lista no supone en manera alguna ningún juicio de valor sobre obras que estos mismos autores hayan podido escribir anteriormente.

Se restringió el número de semblanzas a una o dos al día, con el deseo de no aumentar excesivamente el volumen de la obra y conseguir así un fin de edificación del pueblo

cristiano. Creemos que hoy, como en siglos pasados, es mucho el fruto que puede obtenerse de la lectura de las vidas de los santos y que tal lectura se facilitará grandemente con esta obra en la que hemos puesto nuestra mejor voluntad y empeño.

Haga el Señor que, como tantas veces se pide en la sagrada liturgia, nuestros lectores, al contacto con los ejemplos de los santos, se sientan atraídos hacia su veneración y a la imitación de sus virtudes.

Salamanca, 10 de mayo de 1959. Fiesta del Beato Maestro Juan de Avila.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.
BERNARDINO LLORCA, S. I.,
LUIS SALA BALUST,
CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.

BIBLIOGRAFIA

I. PASTORAL

BAUSSAN, CH., *Images populaires des Saints* (París 1927).

BLANKEMBURG, V. VAN, *Heilige und dämonische Tiere* (Leipzig 1943).

BRAUN, J., *Die reliquiare des christlichen Kultes und ihre Entwicklung* (Friburg 1940).

BREMOND, H., *Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, t.1 (Paris 1916). *L'humanisme dévot*, p.2.ª c.3: La vie des saints.

…OCQ DE SEGANGE, L. DU, *Les saints patrons des corporations* (París 1886; 2.ª ed. 1898).

…HIER, P. CH., *Caractèristiques des saints dans l'art populaire*, 2 vols. (París 1867).

…RROUGES, M., *L'avenir de l'Hagiographie*: "La Maison-Dieu", 52 (1957) 121-133.

…LLIN DE PLANCY, *Legendes des saintes images* (París 1862).

— *Dictionnaire critique des reliques* (París 1821).

…RBLET, J., *Vocabulaire des symboles et des attributs employés dans l'iconographie chrétienne* (París 1877).

…LEHAYE, P. H., *Les legendes grecques des saints militaires* (París 1909).

— *Les caractèristiques des saints dans l'Art*: "Le Correspondant", novembre 1928.

D…ILLET, J., *Qu'est-ce qu'un saint?* (París 1957).

D…OULERS, E., *Dictionnaire des attributs, allégories, emblèmes et symboles* (Turnhout 1955).

FERRANDO ROIG, J., *Iconografía de los Santos* (Barcelona 1950).
— *Simbología cristiana* (Barcelona 1958).
FESTUGIÈRE, A. F., *La Sainteté* (Coll. Mythes et Religions) (París 1942).
"Fêtes et Saisons", *La Toussaint* (París 1956).
GANAY, M.-C. DE, *Comment représenter les saints dominicains* (Autun 1926).
GRABAR, A., *Martyrium. Recherches sur le culte des reliques et l'art chrétien antique*, 2 vols. (París 1946).
GREENE, E. A., *Saints and their symbols* (Londres 1913).
GRÉGOIRE, H., *Saints jumeaux et saints cavaliers* (París 1905).
GÜNTER, H., *Psychologie de la legende. Introduction à une hagiographie scientifique*, trad. fr. par Goffinet (París 1954).
HUSENBETH, F. C., *Emblems of saints* (Londres 1860; 2.ª ed. 1862).
JOLY, H., *Psychologie des Saints* (París 1897).
KERLER, D., *Die Patronate der Heiligen* (Ulm 1905).
KRAMER, E. VON, *Les Maladies désignées par le nom d'un saint* (Helsinki 1949).
KÜNSTLE, K., *Ikonographie der christlichen Kunst*, 2 vols. (Friburgen-Brisgau 1928).
LEPROUX, M., *Dévotions et saints guérisseurs* (París 1957).
MOUTARD-ULDRY, R., *Les saints patrons* (París desp. 1942).
NEUBNER, J., *Die heiligen Handwerker* (Munster 1929).
OESTERLEY, W., *Persian angelology and demonology* (Londres 1936).
PACAUT, M., *L'iconographie chrétienne:* Coll. "Que sais-je?" (París 1952).
PLEIDERER, R., *Die Attribute der Heiligen* (Ulm 1898; 2.ª ed. 1920).
RICCI, E., *Mille Sancti nell'Arte* (Milán 1931).
ROEDER, H., *The Attributes and Patronage of Saints* (1955).
SAINTYBES, P., *Les reliques et les images légendaires* (París 1912).
SEGUIN, J., *Saints guérisseurs, saints imaginaires, devotions populaires* (Avranches 1947).
STEIN, L., *Zur Methodenlehre der Biographik:* "Biografische Blätter" (1895) t.1 p.22ss.
STOLZ, A., *Legende oder der Christliche Stenhimmel* 15.ª ed. (Freiburg 1925).
TABOR, M. E., *The saints in art with their attributes and symbols, alphabetically arranged* (Londres 1924).

II. HISTORIA

AIGRAIN, R., *L'Hagiographie. Ses sources, méthodes, histoire* (París 1953).
"Analecta Bollandiana". *Revue critique d'Hagiographie, organe des Bollandistes* (París-Bruxelles, desde 1882).
ATTWATER, D., *A Dictionary of Saints* (Londres 1938). Indice de la gran obra de Alban Butler.
AUDOLLENT, MGR., *Histoire de l'Église par les saints* (París 1927).
BAILLET, A., *Les vies des saints composées sur ce qui nous est resté de plus authentique et de plus assuré dans leur histoire*, 4 vols. (París 1704).
BAUDOT, D. J., *Dictionnaire d'hagiographie* (París 1925).

BAUMANN, E., *La vie et les oeuvres de quelques grands saints* (París 1927).
BAZIN, R., *Fils de l'Église* (Tours 1927).
BENEDICTINOS DE PARÍS, *Vies des saints et des bienheureux selon l'ordre du calendrier*, 12 vols. (París 1935-1956).
BENEDICTINOS DE RAMSGATE, *The Book of Saints. A Biographical Dictionary* (1947).
Bibliotheca hagiographica. Publicada por los bolandistas en tres secciones: 1) Graeca (Bruselas 1895); 2) Latina (Bruselas 1898 ss); 3) Orientalis (Bruselas 1910).
BOLLANDUS, J., *Acta Sanctorum quotquot toto orbe coluntur vel a catholicis scriptoribus celebrantur*, 65 vols. (hasta principios de nov.) (Amberes 1643-1940). G. DELEHAYE, H., *A travers trois siècles. L'oeuvre des Bollandistes 1615-1915* (Bruselas 1919).
BUTLER, A., *Lives of the Saints*. Bicentenary edition revised and supplemented by H. THOURSTON and D. ATTWATER, 4 vols. (London 1956).
CEILLIER, R., *Histoire des auteurs sacrés*, 14 vols., 2.ª ed. (París 1865).
CENTRO VALENTINO DE UNIÓN APOSTÓLICA, *Flores del Clero secular*, I (Valencia 1918).
...RKE, C. P. S., *Everyman's Book of Saints* (1952).
...TE, H. DE, *Les éloges et les Vies des Reines, des Princesses et des Dames illustres en piété, en courage et en doctrine qui ont fleury dans notre temps et du temps des nos Pères*, 2 vols. (París 1647).
DELEHAYE, P. H., *Cinq leçons sur la méthode hagiographique* (Bruselas 1934).
— *Les origines du culte des martyrs*, 2.ª ed. (Bruselas 1933).
— *Les légendes hagiographiques*, 4.ª ed. (Bruselas 1957).
— *Sanctus. Essai sur le culte des saints dans l'Antiquité* (Bruselas 1927; reimpr. 1954).
— *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921).
— *Les légendes des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1906).
DUCHESNE, L., *Les origines du culte chrétien* (París 1903).
— *Liber Pontificalis*, 2 vols. (París 1886-1892).
DUFOURCQ, Artículo *Actes des martyrs:* "Dict. Géogr. Hist. Eccl.", I col.381 s.
EHRAHRD, MGR. A., *La littérature hagiographique dans l'Église grecque* (1937).
ENGELBERT, O., *The Lives of the Saints* (1951).
FEUILLET, J. B., *L'anné dominicaine* (Amiéns 1678 ss).
FRAZER, J., *The golden bough*, 12 vols. (Londres 1906-1915; ed. abreviada en francés, París 1924).
GANAY, M. C. DE, *Les bienheureux dominicaines* (París 1925).
GODEAU, A., *Eloges des evêques qui dans tous les siècles de l'Église ont fleury en doctrine et en sainteté* (París 1665).
GRASSEL, B., *Die Heiligen des prämonstratenserordens* (Pilsen 1925).
GUERIN, A. P., *Les Petits Bollandistes, Vies des saints*, 15 vols. (París 1866-1869).
GÜNTER, H., *Die christlichen legenden des Abendlandes* (Heidelberg 1910).

HALLACK, P. F., A. C., *These Made Peace. Studies of the Saints of the Thrid Order of S. Francis* (1957).
HOLWECK, M. G., *Biographical Dictionary of the Saints* (Londres 1924).
JOLY, H., Coll. *Les Saints* (París 1897 ss).
KEMPF, C., S. I., *La santidad de la Iglesia en el s. XIX*, trad. P. Gurpide (Einsiedeln 1927).
LE BLAIN, *Les actes des martyrs* (París 1883).
LECLERCQ, H., Artíc. *Martyrologe:* "Dict. Arch. Lit.", t.10 col.2523s.
— Artíc. *Saint:* "Dict. Arch. Lit.", t.15 col.373s.
LÉON, *L'Auréole séraphique: Vies des saints et bienheureux des trois Ordres de Saint-François*, 4 vols. (París 1882).
Liber Pontificalis. ed. DUCHESNE, 2 vols. (París 1886-1892); ed. MOMMSEN: "Mon. Germ. Hist.", I (1898); ed. MARCH, J. M. (Barcelona 1925).
LIPPOMANUS, L., *Historiae de vitis sanctorum*, 8 vols. (Valencia 1551-1560).
MABILLON, D., *Acta sanctorum ordinis sancti Benedicti*, 9 vols. (París 1668-1701; ed. Maçon 1935).
MALE, E., *Les saints compagnons du Christ* (ouvrage posthume) (París 1958).
MOLIEN, A., *La liturgie des saints, leur culte en général* (París 1932).
NIEREMBERG, A., DE ANDRADE, E., *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, 2.ª ed. (Bilbao 1881-1892).
NIGG, W., *Grosse Heilige* (1952).
PETIN, *Dictionnaire hagiographique*, 2 vols. Vols. 40 y 41 de "Encych. Theol. de Migne" (París 1854).
POURRAT P.-M. VILLER, S. I., *Biographies spirituelles. IV époque moderne*, 8, Collections "Dictionnaire de Spiritualité", I 1712-1714.
PROFILLET, AB., *Le Martyrologe de l'Église du Japon* (París 1897).
QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen âge* (París 1908).
RAYNAL, B. P., *Tous les saints du Paradis* (París 1946).
RUINART, T., *Acta primorum martyrum sincera et selecta*, nueva ed. (París 1859).
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires*. Texto bilingüe. BAC, n.75 (Madrid 1951).
SALES DOYÉ, F. VON, *Heilige und Selige der Römische-katolischen kirche*, 2 vols. (Leipzig 1929).
Le Sanctoral: "La Maison-Dieu", n.52 (1957).
SANZ BURATA, L., *Santos de hoy*. Colección Remanso (Barcelona 1955).
SCHONING, P., *Heilige und Selige des Karmeliterordens* (Ratisbona s.d.).
SEJOURNE, P., Artículo *Saints (Cultes des):* "Dict. Théol. Cath.", t.14 col.870 s.
SMITH, W., e H. WACE, *Dictionary of Christian Biography* (Londres 1877-1887).
STADLER, J.-J. HEIM, *Vollständiges Heiligen Lexikon*, 5 vols. (Augsbourg 1858-1882).
SURIUS, L., *De probatis Sanctorum historiis*, 6 vols. (Colonia 1570; nueva ed. Turín 1875).

TILLEMONT, S., Le Nain de, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique les dix premiers siècles*, 16 vols. (París 1693 s).
VACANDARD, E., *Les origines du culte des saints*, dans *Etudes de critique et d'Histoire religieuse* (París 1912).
VORAGINE, J. DE, *Legenda aurea, seu Liber passionalis, seu Legenda Sanctorum per anni circuitum venientium*. Muchísimas ed. en latín y en div. lenguas. Muy buena ed. 55; por J. G. GRAESE (Leipzig y Dresde 1843-1846).
WATKIN, E. I., *Neglected Saints* (1955).
WIMMER, O., *Handbuch der Namen und Heiligen mit einer Geschichte des christlichen Kalendar* (Innsbruck 1956).

III. DERECHO

AZEVEDO, E., *Benedicti XIV Doctrina de Servorum Dei Beatificatione et Beatorum Canonizatione in Synopsim redacta* (Bruselas 1890).
BENEDICTUS XIV, *De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione* (Roma 1839).
BERNARDINI, C., *De Postulatore in Causis Servorum Dei:* "Apollinaris", 9 (1936) 193-195.
BERUTTI, C., *Valore del Proceso sui Miracoli in specie fatto d'Autorità propria dell'Ordinario:* "Ephemerides Iuris Canonici", 3 (1947) 317-325.
BLAHER, D., *The Ordinary Processes in Causes of Beatification and Canonization* (Washington 1949).
CARINCI, *Acta Canonizationum ab anno 1933 ad annum 1935* (Insulae Liri 1939).
CLAEYS BOUAERT, *De Processu tum informativo tum apostolico in Causis Beatificationis:* "Collationes Gandavenses", 19 (1932) 18-23.
CONTELORI, *Tractatus et praxis de Canonizatione Sanctorum* (Lugduni 1634).
DE CLERQ, *L'établissement progressif de la procédure de Canonisation:* "Revue de l'Université Laval", 3 (1948) 473-485 672-683.
DE MATTA, *Novissimus de Canonizatione Sanctorum tractatus* (Bononiae 1628).
DECRETA *Authentica Congregationis Sacrorum Rituum, ex Actis eiusdem collecta eiusque auctoritate promulgata sub auspiciis SS. D. N. Leonis Papae XIII*, 6 vols. (Romae 1898-1927).
GALASSI, I., *Quaestiones de processibus Beatificationis et Canonizationis:* "Ephemerides Iuris Canonici", 3 (1947) 150-154.
GAGNA, *De processu Canonizationis a primis Ecclesiae saeculis usque ad Codicem Iuris Canonici* (Roma 1940).
FONTANINI, G., *Codex Constitutionum quas Summi Pontifices ediderunt in Solemni Canonizatione Sanctorum* (Roma 1729).
GARCEAU, CH., *Le Rôle du Postulateur dans les Procès ordinaires de Béatification* (París 1954).
GARCÍAS DE CARALPS, *De Canonizatione Sanctorum* (Barcelona 1618).
HERTLING, L., *Materiali per la storia del processo di canonizatione:* "Gregorianum", 16 (1935) 170-195.

INDELICATO, S., *Le Basi Giuridiche del Processo di Beatificazione* (Roma 1944).
— *Il Processo apostolico di Beatificazione* (Roma 1945).
— *De Sanctitate quae pro Beatificatione et Canonizatione Servorum Dei requiritur probanda.* "Monitor Ecclesiasticus", 75 (1950) 109-123.
KEMP, E. W., *Canonisation and Authority in the Western Church* (Wáshington 1948).
KIEDA, F., *Infallibility of the Pope in His Decree of Canonisation:* "The Jurist", 6 (1946) 401-415.
LAPPIUS, *De heroicitate virtutum in beatificandis et canonizandis requisita* (Roma 1671).
LAURI-FORNARI-SANTARELLI, *Codex pro Postulatoribus* (Roma 1929) 4.ª ed.
MALVEZZI, *Tractatus de canonizatione sanctorum* (Bolonia 1487).
MARI, *De canonizatione sanctorum* (Roma 1658).
MATTHAEUCCI, A., *Practica Theologico Canonica ad Causas Beatificationum et Canonizationum pertractandas* (Venecia 1732).
ROBERTI, F., *De Processu Informativo in Causis Servorum Dei:* "Apollinaris", 4 (1931) 383.
— *De Iudicio super Martyrio Servorum Dei:* "Apollinaris", 5 (1932) 419-421.
TROMBELLI, *De cultu sanctorum* (Bolonia 1740).
URBANI VIII, *Pontificis optimi maximi decreta servanda in Canonizatione et Beatificatione Sanctorum; accedunt instructiones et declarationes quas Emmi. et Revmi. S. R. E. Cardinales Praesulesque Romanae Curiae ad id muneris Congregati ex eiusdem Summi Pontificis mandato condiderunt* (Roma 1642).

LISTA GENERAL DE AUTORES

ABAD, Camilo María, S. I., Catedrático en la Universidad Pontificia de Comillas.

ABALOS CUERVO, Juan Manuel, Párroco de San Antonio de la Florida, Madrid.

AGUILAR, José Manuel, O. P., Director espiritual del Colegio Mayor Universitario "Aquinas", Madrid.

AGUILERA, César, Sch. P., de la Casa Pompiliana de Escritores de Madrid.

ALAMEDA, Julián, O. S. B., Monasterio Benedictino de Estíbaliz (Alava).

ALASTRUE, Pilar, de la Institución Teresiana, Directora del Colegio "Veritas" de Madrid.

ALBALÁ, Alfonso, Redactor de "Ya", Madrid.

ALCORTA MAÍZ, Pedro, Profesor en el Seminario de San Sebastián.

ALCORTA, Julián, de los sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Bétharram. Colegio de San Miguel, Fuenterrabía.

ALDEA BAQUERO, Quintín, S. I., Catedrático en la Universidad Pontificia de Comillas.

ALONSO HERNÁNDEZ, Manuel, Presbítero, licenciado en Teología, Zamora.

ALONSO SCHOEKEL, Luis, S. I., Catedrático en el Pontificio Instituto Bíblico, Roma.

ALVAREZ HERRERA, Félix, M. Sp. S., Rector del Seminario de Lima (Perú).

AMIGO, Gustavo, S. I., Director de "Latinoamérica", La Habana.

ANASAGASTI URRUTIA, Pedro de, O. F. M., Santander.

ANDRÉS, Melquiades, Rector del Seminario Hispanoamericano de Madrid.

ANGEL DE NOVELE, O. F. M. Cap., Licenciado en Historia eclesiástica, Totana (Murcia).

ARADILLAS AGUDO, Antonio, Presbítero y publicista, Azuaga (Badajoz).

ARBELOA, Agustín, Canónigo y Profesor en el Seminario de Pamplona.

ARGEMI, Aurelio María, O. S. B., del Monasterio de Montserrat.

AISA, María Angeles, Misionera secular, licenciada en Filosofía y Letras, Madrid.
ARNALDICH PEROT, Luis, O. F. M., Catedrático en la Facultad de Teología de Salamanca.
ARRATIBEL, Juan, S. S. S., Provincial de los Sacramentinos de España, Tolosa.
ARTEAGA, Cristina de la Cruz de, O. S. H., Priora general de la Federación Jerónima. Monasterio de Santa Paula, Sevilla.
ARTECHE, José de, Escritor, San Sebastián.
ARTERO PÉREZ, José, Canónigo y Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
ASENSIO, Félix, S. I., Catedrático en la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.
AUNÓS, Eduardo, ex Ministro y Presidente del Tribunal de Cuentas del Reino, Madrid.
BAIGORRI, Luis, S. S. S., Doctor en Teología, Madrid.
BALTAR, Salvador, O. F. M., Superior del Colegio Universitario de PP. Franciscanos de Salamanca.
BARBADO VIEJO, Francisco. O. P., Obispo y Gran Canciller de la Universidad Pontificia de Salamanca.
BARRANQUERO ORREGO, Jesús, Profesor en el Incarnate Word College, Texas-San Antonio, U. S. A.
BAU, Calasanz, Sch. P., Castellón de la Plana.
BATLLORI, Miguel, S. I., Académico numerario de la Real Academia de la Historia, Roma.
BEJARANO, Virgilio, Lector de español en la Universidad de Upsala (Suecia).
BENEYTO, Juan, Catedrático en la Universidad de Madrid.
BERTRAM, Juan Bautista, S. I., Profesor en el Colegio de San José, Valencia.
BILBAO ARÍSTEGUI, Pablo, Profesor en el Seminario de Bilbao.
BLAJOT, Jorge, S. I., de la Casa de Escritores de Madrid.
BREYDY, Miguel, Secretario del Patriarcado Maronita, Líbano.
BRICEÑO, Manuel, S. I., Profesor en el Colegio del Sagrado Corazón, Santa Rosa de Viterbo (Boyacá, Colombia).
CABANELAS RODRÍGUEZ, Darío, O. F. M., Catedrático en la Universidad de Granada.
CAIMARI, Andrés, Canónigo, Palma de Mallorca.
CALDERÓN, Cipriano, Operario diocesano, Cronista de "Ya", Madrid.
CALVO HERNANDO, Manuel, Redactor de "Ya", Madrid.
CALLEJO, Librado, Canónigo y Director del "Studium Christi", León.
CAMBA, Francisca, A. C. I., Barcelona.
CANTERA BURGOS, Francisco, Catedrático en la Universidad de Madrid.
CANTERA ORIVE, Julián, Canónigo y Profesor en la Escuela Superior de Teología de Vitoria.

CANTERO CUADRADO, Pedro, Obispo de Huelva.
CAPÁNAGA, Victorino, O. R. S. A., Director de "Augustinus", Madrid.
CASAS, José María, Canónigo y Profesor en el Seminario de Gerona.
CASTÁN LACOMA, Laureano, Obispo titular de Dalisando de Isauria y auxiliar de Tarragona.
CASTELL, Vicente, Profesor en el Seminario de Valencia.
CASTRO ALBARRÁN, Aniceto de, Canónigo magistral de Madrid.
CASTRO, Manuel, O. F. M., Redactor de "Archivo Iberoamericano", Madrid.
CELA Y TRULOCK, Camilo José, Académico de la Real Academia de la Lengua, Madrid.
CID, Emilio, C. M., Profesor en el Seminario Misional de Santa Marta (Salamanca).
COLOMBAS, García María, O. S. B., Monasterio de Montserrat.
COLUNGA, Alberto, O. P., Consultor de la Pontificia Comisión Bíblica, Caleruega.
CORTÉS PASTOR, Hernán, Deán de la Santa Iglesia Metropolitana, Zaragoza.
CREYTENS, Raimundo, O. P., del Instituto Histórico Dominicano de Santa Sabina, Roma.
CUNILL PUIG, Ramón, Profesor en el Seminario de Barcelona.
DALMASES, Cándido de, S. I., Superior de la Casa de Escritores de la Compañía de Jesús, Roma.
DALMÁU, José María, Profesor en el Colegio Máximo de San Francisco de Borja, de San Cugat del Vallés.
DÍAZ Y DÍAZ, Manuel, Catedrático en la Universidad Literaria de Salamanca.
DÍAZ CARBONELL, Romualdo María, O. S. B., Monasterio de Montserrat.
DÍAZ FERNÁNDEZ, José María, Operario diocesano, Vicerrector del Seminario de Segovia.
DÍAZ PARDO, Filiberto, Canónigo y Profesor en el Seminario, Toledo.
DÍEZ O'NEILL, José Luis, S. I., Madrid.
DOMINGO DE SANTA TERESA, C. D., Profesor en el S. Joseph's Ap. Seminary, Alwaye Nort P. C. (India).
DOMÍNGUEZ DEL VAL, Ursicino, O. S. A., Profesor en el Real Colegio de Estudios Superiores, El Escorial.
DUATO GARCÍA-NOMBELA, Manuel, S. I., Redactor en "Propaganda Popular Católica", Madrid.
DUMAS, Antonio, O. S. B., Abadía de Hautecombe, Saint Pierre de Curtille, Saboya (Francia).
ECHEVERRÍA MARTÍNEZ DE MARIGORTA, Lamberto de, Catedrático en las Universidades de Salamanca.
ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, Carmen, Redactora de "Senda y Alba", Madrid.

ESCARRÉ, Aurelio María, O. S. B., Abad del Monasterio de Montserrat.
ESCOBAR, Juan, O. F. M., México.
ESCRIBANO, Ignacio, Profesor en el Seminario de Albacete.
ESTAL, Gabriel del, O. S. A., Rector del Real Colegio de Estudios Superiores de El Escorial.
ESTEBAN ROMERO, Andrés Avelino, Profesor en el Seminario de Madrid.
FÁBREGAS GRAU, Angel, Profesor en el Seminario de Barcelona.
FAGOAGA, Blas, Profesor en el Seminario de Pamplona.
FELIPE, Dionisio de, C. SS. R., Santander.
FERAUD, José María, Operario diocesano, director espiritual en el Seminario de Astorga.
FERNÁNDEZ OGUETA, Jesús, Canónigo en la Catedral de Calahorra.
FERNÁNDEZ RUIZ, Doroteo, Canónigo en la Colegiata Magistral de Alcalá de Henares.
FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Santiago, Abad de la Colegiata de La Coruña.
FERRANDO ROIG, Juan, Director del "Anuario de Arte Sacro", Barcelona.
FERRIS SALES, Fernando, Director Nacional de Migración, Madrid.
FIERRO, Rodolfo, S. D. B., Madrid.
FLORISTÁN, Casiano, Profesor en el Seminario de Tudela.
FONTECHA, José Francisco, Presbítero, Licenciado en Teología, Roma.
FRANQUESA, Adalberto, O. S. B., Monasterio de Montserrat.
FUENTES, Andrés, Profesor en el Seminario de Salamanca.
FURLONG, Guillermo, S. I., Buenos Aires.
GAGO, José Luis, O. P., Convento de San Esteban, de Salamanca.
GALDUF BLASCO, Vicente, O. P., Profesor en el Estudio General de Valencia.
GALLÁSTEGUI, Luis, C. M., Vicentians College Hillside, Potters-Bar (Middlesex, Inglaterra).
GANCEDO, Eduardo, S. D. B., Madrid.
GARCÍA ALONSO, Ireneo, Canónigo y Profesor en el Seminario de Toledo.
GARCÍA BARBERENA, Tomás, Canónigo y Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
GARCÍA CORDERO, Maximiliano, O. P., Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
GARCÍA, Félix, O. S. A., Provincial de los Agustinos, Madrid.
GARCÍA FIGAR, Antonio, O. P., Madrid.
GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, Rafael, Arzobispo de Granada.
GARCÍA HERNANDO, Julián, Operario diocesano, Rector del Seminario de Segovia.

GARCÍA LAHIGUERA, José María, Obispo titular de Zela y auxiliar de Madrid.
GARCÍA MARTÍNEZ, Fidel, Obispo titular de Sululi, Bilbao.
GARCÍA MORENTE, Almudena, Religiosa de la Asunción, Madrid.
GARCÍA VILLOSLADA, Ricardo, S. I., Catedrático en la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.
GARGANTA, José María de, O. P., Profesor en el Estudio General de Valencia.
GIL, Cesáreo, Operario diocesano, Venezuela.
GÓMEZ, Elías, O. de M., Director de "Estudios", Madrid.
GÓMEZ PARENTE, Odilo, O. F. M., Redactor de "Archivo Iberoamericano", Madrid.
GOMIS, Juan, Redactor de "El Ciervo" y de "Revista", Barcelona.
GOMIS, Lorenzo, Director de "El Ciervo", Barcelona.
GONZÁLEZ Y MARTÍNEZ DE OLAGUÍBEL, Antonio, Director de "La Gaceta del Norte", Bilbao.
GONZÁLEZ, Marcelo, Canónigo y Profesor en el Seminario de Valladolid.
GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA, Albino, O. P., Obispo (fallecido) de Córdoba.
GONZÁLEZ MOLINA, Antonio, S. I., Misionero en el Japón.
GONZÁLEZ RUIZ, José María, Canónigo y Profesor en el Seminario de Málaga.
GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás, Escritor y redactor de "Ya", Madrid.
GONZÁLEZ VILLANUEVA, Joaquín, Capellán castrense, Sevilla.
GOUYON, Paul, Obispo de Bayona (Francia).
GREENSTOCK, David Lionel, Vicerrector del Real Colegio de Nobles Ingleses de San Albano, Valladolid.
GREGORIO DE JESÚS CRUCIFICADO, C. D., Profesor en el Colegio Teológico de Begoña (Vizcaya).
GÜELL, Dolores, Misionera secular, Redactora de "Propaganda Popular Católica", Madrid.
GUILLÉN CABAÑERO, José, Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
GUIM CASTRO, Ladislao, O. F. M., Barcelona.
HERRERA, José, C. M., Madrid.
HERRERO GARCÍA, Miguel, Escritor y Catedrático, Madrid.
HERVÁS BENET, Juan, Obispo titular de Dora, Prior de las Ordenes Militares y Prelado Nullius de Ciudad Real.
HORTELANO, Antonio, C. SS. R., Profesor en el Instituto de Pastoral de San Alfonso María de Ligorio, Roma.
HUERGA, Alvaro, O. P., Regente en el Estudio General de Granada.
IBÁÑEZ, María Engracia, O. D. N., Colegio de la Enseñanza, Orduña.

IBÁÑEZ ROBLEDO, Esteban, O. F. M., San Francisco el Grande, Madrid.
INIESTA, Enrique, Sch. P., de la Casa Pompiliana de Escritores, Madrid.
IPARRAGUIRRE, Ignacio, S. I., Profesor en el Colegio Máximo de San Francisco Javier, Oña (Burgos).
IRIBARREN, Jesús, Director de la Oficina de Información y Estadística de la Iglesia en España, Madrid.
ISIDORO DE VILLAPADIERNA, O. F. M. Cap., del Instituto Histórico de los PP. Capuchinos, Roma.
JANINI CUESTA, José, Profesor en el Seminario de Valencia.
JAVIERRE ORTAS, Antonio, Catedrático en el Pontificio Ateneo Salesiano, Turín.
JESÚS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, O. SS. T., Córdoba.
JIMÉNEZ DELGADO, José, C. M. F., Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero, Rector del Seminario de Avila.
JOBIT, Pierre, Catedrático en el Instituto Católico de París.
JUBANY ARNAU, Narciso, Obispo titular de Ortosia de Fenicia y auxiliar de Barcelona.
JULIÁN, Cirilo, Hermano, F. S. C., Colegio Lasalle, Almería.
JUNCO, Alfonso, Académico de la Real Academia Española de la Lengua, México.
KRYNEN, Juan, Profesor en la Universidad de Toulouse (Francia).
KRYNEN, Jacqueline, Toulouse (Francia).
LÁZARO DE ASPURZ, O. F. M. Cap., Profesor en la Casa de Estudios de los PP. Capuchinos, Pamplona.
LEAL, Juan, S. I., Profesor en la Facultad Teológica de Cartuja, Granada.
LECEA, Juan María, Profesor en el Seminario de Pamplona.
LIZCANO, Manuel, Escritor, Madrid.
LOHMAN VILLENA, Guillermo, Escritor, Madrid.
LOPETEGUI, León de, S. I., Profesor en el Colegio Máximo de San Francisco de Borja, San Cugat del Vallés.
LÓPEZ, Alfredo, Presidente de la Junta Técnica Nacional de Acción Católica, Madrid.
LÓPEZ MELUS, Rafael María, O. Carm., Villarreal de los Infantes (Castellón).
LÓPEZ MELUS, Justo, Profesor en el Seminario de Tiana (Barcelona).
LÓPEZ ORTIZ, José, O. S. A., Obispo de Túy.
LUCA DE TENA Y DE BRUNET, María Luisa, Misionera secular, Madrid.
LUIS, Angel, C. SS. R., Madrid.
LLORCA VIVES, Bernardino, S. I., Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.

MANSILLA REOYO, Demetrio, Obispo auxiliar de Burgos.
MAÑARICÚA NUERE, Andrés Eliseo de, Catedrático en la Universidad de Deusto.
MARÍA DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, Religiosa reparadora, Madrid.
MARÍA DE LA EUCARISTÍA, Religiosa de Jesús María, Directora de "Jesús María", Barcelona.
MARÍA LUZ DE LA EUCARISTÍA, Misionera cruzada de la Iglesia, Cádiz.
MARQUÉS DE LOZOYA (Juan Contreras y López de Ayala), Académico de la Real Academia de la Historia de San Fernando.
MARTÍN ARTAJO, Alberto, ex Ministro y Letrado Mayor del Consejo de Estado, Madrid.
MARTÍN ARTAJO, Javier, Consejero Delegado de la Editorial Católica, Madrid.
MARTÍN HERNÁNDEZ, Francisco, Operario diocesano, Doctor en Historia eclesiástica, Madrid.
MARTÍN HERNÁNDEZ, Pedro, Operario diocesano, Rector del Colegio Mayor San Carlos Borromeo, Salamanca.
MARTÍN NIETO, Evaristo, Profesor en el Seminario de Avila.
MARTÍNEZ ALMENDRES, Gregorio, C. SS. R., Director de "Myriam", Oporto.
MARTÍNEZ, José Julio, S. I., Director de "El Mensajero del Corazón de Jesús", Bilbao.
MATANIC, Atanasio, O. F. M., Grotaferratta (Italia).
MARTÍNEZ GOÑI, Faustino, Operario diocesano, Director de la revista "Sígueme", de P. P. C., Madrid.
MARTÍNEZ SENDEROS, Pedro de Alcántara, O. F. M., Monasterio de Guadalupe.
MARTÍNEZ DE VADILLO, Marcos, Operario diocesano, Vicerrector del Colegio Mayor Maestro Avila, Salamanca.
MARTÍNS, Mario, S. I., Redactor de Brotéria", Lisboa.
MATEO, José Antonio, S. I., Chantilly (Francia).
MAZO, Antonio del, O. P., Walberberg (Alemania).
MELCHOR DE POBLADURA, O. F. M. Cap., Director del Instituto Histórico de los PP. Capuchinos, Roma.
MELENDRES, Miguel, Canónigo en la Catedral de Tarragona.
MESEGUER, Juan, O. F. M., Redactor de "Archivo Iberoamericano", Madrid.
MILAGRO, José María, O. P., Barcelona.
MIRANDA VICENTE, Francisco, Obispo titular de Cidramo y auxiliar de Toledo.
MONTALVILLO VADILLO, Julio, Operario diocesano, director espiritual del Colegio Mayor "San Carlos", Salamanca.
MONTAÑA, Servando, Profesor en el Seminario de León.
MORALES OLIVER, Luis, Catedrático en la Universidad de Madrid.

MORILLO, Santiago, S. I., Director del Centro de Estudios Orientales, Madrid.
MORTA FIGULS, Angel, Rector del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, Zaragoza.
MUNDÓ, Anscario, O. S. B., Catedrático en el Pontificio Ateneo de San Anselmo, Roma.
MÚNERA, José, S. I., Escritor, San Cugat del Vallés.
MUÑOZ ALONSO, Adolfo, Catedrático en la Universidad de Valencia.
MUÑOZ IGLESIAS, Salvador, Canónigo y Profesor en el Seminario de Madrid.
OLAECHEA LOIZAGA, Marcelino, S. D. B., Arzobispo de Valencia.
OLIVAR, Alejandro, O. S. B., Monasterio de Montserrat.
ONA DE ECHAVE, Antonio, Obispo titular de Disti y auxiliar de Lugo.
OÑATIBIA AURELA, Ignacio, Profesor en la Escuela Superior de Teología de Vitoria.
ORDÓÑEZ, Valeriano, S. I., Profesor en el Colegio de San Ignacio, Pamplona.
ORTIZ MUÑOZ, Antonio, Escritor, Madrid.
ORTIZ DE URBINA, Ignacio, S. I., Catedrático en el Pontificio Instituto Oriental, Roma.
PALACIO ATARD, Vicente, Catedrático en la Universidad de Madrid.
PARDO, Veremundo, C. M., Profesor en el Seminario Misional de Santa Marta de Tormes (Salamanca).
PASTOR MATEOS, Enrique, del Instituto de Estudios Históricos Madrileños, Madrid.
PAULINO ALONSO (BLANCO) DE LA DOLOROSA, C. P., Archivero general de la Congregación de la Pasión, Roma.
PÉREZ ARRUGA, Luis, O. P., León.
PÉREZ DE URBEL, Justo, O. S. B., Abad del Monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.
PÉREZ LOZANO, José María, Director de "Vida Nueva", Madrid.
PÉREZ ORMAZÁBAL, Juan José, Profesor en el Seminario de Vitoria.
PÉREZ, Gabriel, Profesor en el Seminario de Salamanca.
PÍO DE MONDREGANES, O. F. M. Cap., Catedrático en el Pontificio Ateneo Urbano de Propaganda Fide, Roma.
PLACER, Gumersindo, O. de M., Madrid.
PONT Y GOL, José, Obispo de Segorbe.
PORTERO SÁNCHEZ, Luis, Profesor en las Universidades de Salamanca.
POU, José, O. F. M., Catedrático en el Pontificio Ateneo Antoniano, Roma.
PRADO, Germán, O. S. B., Madrid.

PUJOL, Buenaventura, Operario diocesano, Director de la Casa de Formación "Regina Mundi", Tortosa.
REVUELTA SAÑUDO, Manuel, Profesor en el Seminario de Santander.
REY PALOMERO, Aristeo del, Canónigo magistral, Cuenca.
RIBER CAMPÍNS, Lorenzo, Académico de la Real Academia de la Lengua (fallecido), Madrid.
RICART, Robert, Catedrático en el "Institut d'Études hispaniques" (Sorbona), París.
RÍUS SERRA, José, Archivero de la Sagrada Congregación de Ritos, Roma.
RIVERA RECIO, Juan Francisco, Canónigo y Profesor en el Seminario de Toledo.
ROBRES LLUCH, Ramón, Profesor en el Seminario de Valencia.
RODRÍGUEZ HERRERA, Isidoro, O. F. M., Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
RODRÍGUEZ VILLAR, Ildefonso, Canónigo, Valladolid.
RUIZ BUENO, Daniel, Catedrático en el Instituto de Enseñanza Media, Segovia.
RUIZ GIMÉNEZ CORTÉS, Joaquín, ex Ministro y Catedrático en la Universidad Literaria de Salamanca.
RULLÁN, Pedro Antonio, C. R., Palma de Mallorca.
SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro, ex Ministro y Académico de las Reales Academias Española y de la Historia, Lisboa.
SALA BALUST, Luis, Operario diocesano, Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
SALAS, María, Directora de la Residencia Universitaria "Nuestra Señora de la Antigua", Madrid.
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro, Capellán de Reyes Nuevos de Toledo y Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
SÁNCHEZ DE MUNIÁIN GIL, José María, Catedrático en la Universidad de Madrid.
SÁNCHEZ, Evelia, A. C. I., Salamanca.
SÁNCHEZ GÓMEZ, Juan Manuel, Profesor en el Seminario de Salamanca.
SÁNCHEZ VAQUERO, José, Catedrático en la Universidad Pontificia de Salamanca.
SANS VILA, Jorge, Operario diocesano, Vicerrector del Seminario de Barcelona.
SANZ BURATA, Luis, Publicista, Tortosa.
SANTIDRIÁN, Pedro, C. SS. R., Madrid.
SANTOS OTERO, Aurelio de, Operario diocesano, Munich.
SAURAS, Emilio, O. P., Profesor en el Estudio General de Valencia.
SERAFÍN DE AUSEJO, O. F. M. Cap., Profesor en la Casa de Estudios de los PP. Capuchinos, Sevilla.
SEGOVIA, Augusto, S. I., Catedrático en la Facultad Teológica de Cartuja, Granada.

SERDÁ PRAT, Luis, Profesor en el Seminario de Vich.
SERRANO, Vicente, Profesor en el Seminario de Madrid.
SETIÉN, José María, Profesor en la Escuela Superior de Teología de Vitoria.
SORIA SÁNCHEZ, Valentín. Jarandilla (Cáceres).
STAEHLIN, Carlos. S. I., Madrid.
TABERA ARAOZ, Arturo, C. M. F., Obispo de Albacete.
TARRACÓ, Jaime, Profesor en el Seminario de Vich.
TELLECHEA IDIGORAS, José Ignacio, Profesor en el Seminario Hispanoamericano, Madrid.
TERESA LEÓN, Tomás, Profesor en la Universidad de Madrid.
TIBAU, Narciso, Canónigo, Córdoba.
USEROS CARRETERO, Manuel, Roma.
USSEGLIO, Giuseppe, S. D. B., Catedrático en el Pontificio Ateneo Salesiano, Turín.
VACA, César, O. S. A., Director de la Residencia Universitaria "Fray Luis de León", Madrid.
VALENTINI, Eugenio, S. D. B., Rector Magnífico del Pontificio Ateneo Salesiano, Turín.
VALTIERRA, Angel, S. I., Bogotá.
VALVERDE, José María, Catedrático en la Universidad de Barcelona.
VARGAS UGARTE, Rubén, S. I., Lima.
VÁZQUEZ, Isaac, O. F. M., Santiago de Compostela.
VÁZQUEZ SOTO, Francisco, Rector del Seminario de Lugo.
VIGURI, María de los Angeles, O. D. N., Lugo.
VILLASANTE, Luis de, O. F. M., Profesor en la Casa de Estudios de los PP. Franciscanos, Aránzazu.
VILLEVERDE, Alberto, S. I., Redactor de "Latinoamérica", La Habana.
VIÑAYO, Antonio, Canónigo de la Real Colegiata de San Isidoro de León.
VIU, Antonio de, S. I., Jerez de la Frontera.
VIVES, José, Director de la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Barcelona.
VIZCARRA ARANA, Zacarías de, Obispo titular de Ereso y Consiliario Nacional de Acción Católica, Madrid.
VIZMANOS, Francisco de Borja, S. I., Profesor en el Colegio Máximo de San Francisco Javier, Oña (Burgos).
WALORECK, Mariano, Redactor en lengua polaca de Radio Nacional de España, Madrid.
XIBERTA, Bartolomé María, O. Carm., Consultor de la Sagrada Congregación de Sacramentos, Roma.
XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe, Escritor, Madrid.
YZURDIAGA LORCA, Fermín, Canónigo magistral, Pamplona.
ZURBANO, Francisco, S. I., Redactor de "Propaganda Popular Católica", Madrid.

ENERO

1.° de enero

CIRCUNCISION DEL SEÑOR

Habiendo llegado el octavo día, en que el Niño había de ser circuncidado, fué llamado Jesús (Lc. 2,21).

La circuncisión era el signo de la alianza dado a Abrahán por el que el circunciso quedaba incorporado al pueblo de Dios, obligado a toda la Ley, y destinado a participar de las promesas mesiánicas. Significaba, además, la necesidad de circuncidar el corazón con sus malos afectos y concupiscencias, para llegar a la vida eterna.

El Niño-Dios, legislador y jefe del Antiguo Testamento, estaba sobre esta ley positiva. Pero, no habiendo desdeñado la "forma de esclavo" en la encarnación, quiere llevar ahora la nota servil del pecado sobre su divina carne, como habría de cargar más tarde con la pena del mismo. Concebido del Espíritu Santo, que lo santifica todo; unido en persona al Hijo de Dios, que es el Santo de los Santos por esencia, no necesita ser circuncidado. Pero, siendo el Mesías, que realiza todas las figuras y promesas antiguas, se presenta como verdadero hijo de Abrahán; honra la Ley, que era el camino hacia Cristo, sujetándose a ella para "cumplir toda justicia" (Mt. 3,14), dando el maravilloso ejemplo de perfecta obediencia y humillación, a fin de hacernos libres de ese yugo de servidumbre. *Por su sangre debe ser nuestro Salvador*. Esta poca sangre que derrama obliga a Dios a todo lo demás; con ella empieza a comprar el inefable nombre de *Jesús*. Para hoy cuadran mejor las palabras de fray Luis de León, *Al Nacimiento:*

Noche feliz do estaban mano a mano
bailando al son del llanto del Nacido,
ángeles y pastores juntamente.

* * *

Las humillaciones de la circuncisión fueron compensadas por la gloria del nombre que recibió el Infante: *Jesús,*

que quiere decir: "Jehováh salva", "Dios es salvación", "Salvador".

No es por azar, ni por tradición de familia, ni por corazonada de hombre; sino por la intimación del Padre celestial, transmitida por el arcángel: *Y le llamarás su nombre: Jesús.*

1. Nombre eficaz, que expresa en compendio la obra y oficio de Cristo, su naturaleza y destinación en provecho de los hombres. Otros personajes israelitas habían llevado ese nombre; pero únicamente Cristo realiza lo que su nombre significa: *pues Él es el que ha de salvar a su pueblo librándole de sus pecados* (Mt. 1,21); con lo cual queda bosquejada la índole espiritual del reino mesiánico: destrucción del pecado y florecimiento de la santidad. Es, pues, *Jesús*, el nombre propio, personal y completo, del Hombre-Dios. Resuena en la cuna y brilla en la cruz a la confluencia de las naciones.

2. Sobre todos los nombres preclaros que los profetas le dieron, Él escogió el nombre que expresa toda la clemencia de un Dios misericordioso e inspira a los pecadores la máxima confianza de salvación. Habitando en Él todas las riquezas de la Divinidad, "de ninguna de sus grandezas se precia ni hace nombre sino de nuestra salud", dice fray Luis de León. "El nombre de Jesús está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos hay se endereza y encamina a que Cristo sea perfectamente *Jesús*. *Jesús* es su ser, *Jesús* son sus obras, *Jesús* es su nombre, esto es, piedad y salud". Leed todo el sabrosísimo capítulo de *Jesús* en *Los nombres de Cristo*, que es imposible extractar, y sería atrevimiento alterar en su galanura, digna de Platón, y de más alcances que los *Diálogos* griegos.

3. Oportunísimo se le pone el nombre augural en la ceremonia rígida. Se hace digno de él y de su gloria, pues comienza a comprarlo con el inefable precio de sus primicias de sangre, cuya efusión "a borbotones", en el Calvario será *la causa de salud eterna para todos los que le obedecen* (Hebr. 5,9). Ya puede proclamar San Pedro, al hacer la apología de su eficacia, en la curación del cojo de nacimiento, delante del Sanedrín protervo, que *no se ha dado otro nombre a los hombres debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos* (Act. 4,12). Por eso se consideran venturosos de revelarlo al mundo, de ser sus heraldos y testigos, y de "padecer contumelia por el nombre de Jesús". En el libro de los *Hechos de los Apóstoles* y en las *Epístolas* vibra el más emocionante poema del *nombre de Jesús*. San Pablo lo repite más de doscientas veces en sus escritos.

4. Todas las bendiciones están vinculadas en este nombre, que es para nosotros un verdadero sacramental: consuelo, eficacia en la oración, victoria en las tentaciones, luz, medicina, alimento, vida eterna.

5. Por lo que toca al Salvador mismo, es el instrumento de su gloria; por su medio se le tributa toda clase de honores, y el poder de los milagros que se suceden en el mundo ilumina este nombre magnífico. Y es, finalmente, la recompensa gloriosa de la humillación de la cruz, de manera que aún hoy, *a este nombre, que está sobre todo nombre, se doblan todas las rodillas, en el cielo, en la tierra y en los infiernos* (Filip. 2,10).

Los paganos celebran el 1.º de enero la alborotada fiesta llamada de las "Estrenas" o de los "Regalos", por los que se cambiaban entre familiares y amigos, en felices augurios de año nuevo. Las danzas callejeras degeneraban en vituperables orgías. Los Santos Padres levantaron su voz porfiadamente, y, para amparar a los fieles contra aquel turbión de locuras, instituyeron una festividad, en algunas partes precedida de ayuno. Esta celebración se interpretó diversamente desde su origen. Ya en el siglo VI las Galias conmemoraban en ella la Circuncisión del Señor.

En Roma tomó carácter de octava de Navidad, para equipararla a Pascua y Pentecostés, únicas entonces, decoradas con este breve ciclo de magnificencia.

En otras partes se daba especial relieve a la Maternidad de María que campea admirable, como pimpollo auroral en Adviento, y como realidad espléndida en toda la conmemoración navideña.

Por fin, en el siglo IX, la Iglesia Romana, aceptando el sentido de la liturgia galicana, estableció universalmente *la fiesta de la Circuncisión del Señor*.

La primitiva fiesta de la Circuncisión del Señor desdobló su riquísimo contenido al instituirse aparte, en el siglo XVI, la Conmemoración del *Santísimo Nombre de Jesús*.

Sus orígenes contrastan con la placidez del oficio litúrgico. Un nombre arrebatado, vibrante, y a la vez ungido, lo sintetiza todo: *San Bernardino de Siena*, observante franciscano. Epoca trepidante, de transición, la del *Cuatrocientos*. Violentos contrastes de religiosidad popular y de corrupción de los "intelectuales". Chocan dos mundos: la síntesis cristiana del medievo con la mentalidad clasicista, rebelde y corruptora, del falso Renacimiento.

Lorenzo Valla, "verdadera ave precursora de la borrasca", expuso el programa radical: *Sobre el placer* (1431). Beccadelli, con sus delicados cuanto procaces versos, revela toda la abominación que alienta en aquel Renacimiento literario libertino. Poggio y cien otros, que juegan alegremente a la revolución, precipitan todas las tendencias disolventes que tendrán más tarde un nombre sintético: *Lutero*, y se enfurecen, atrevidos libelistas, contra las órdenes mendicantes, porque de ellas salen los voceros de la genuina reforma, bajo la dirección de los Papas, los cuales, sin miramientos humanos, descubrían sus llagas y las cauterizaban briosamente.

Italia, empero, produjo, contra la caricatura de Valla y de Poggio, una falange de predicadores populares, cuya poderosa eficacia admiran aún hoy día los no creyentes. Bernardino de Siena es reverenciado por todos como dechado y caudillo. Un día San Vicente Ferrer pronosticó que Bernardino sería el continuador de su obra. Efectivamente, recorre el humilde franciscano toda la Italia, más embrutecida durante la ausencia de los Papas a causa del destierro de Aviñón y el deplorable cisma de Occidente. Por todas partes, luchas contra el Imperio y contra la Iglesia; guerras de ciudad contra ciudad; banderías civiles, güelfos y gibelinos, matanzas, odios, saqueos... *Ahi, serva Italia, di dolore ostello, — Nave senza nocchiero in gran tempesta*... Todo en el ardiente misionero es vivo: declamación, gesto, aspecto ascético, que recordaba a San Francisco; imágenes, refranes, toda la vida del dialecto sienés, todo, con gran dignidad, bulle en las *prediche volgari* de un *condottiero* espiritual, que sólo admite parangón con aquella otra genial compatricia suya, Santa Catalina de Siena. Las multitudes no cabían en las iglesias, y en despoblados le oían hasta treinta mil oyentes. A diferencia de Savonarola, estuvo por encima de los partidos que dividían

ciudades y pueblos. Los fieles clamaban a grandes sollozos: "*¡Misericordia!*" Se hacían grandes hogueras—*bruggiamiento della vanità*—donde eran echados montones de objetos de adorno y de superstición.

Y las ciudades se reconcilian con pactos públicos de paz. "Creíamos ser ya todos santos", dice el ingenuo cronista de Viterbo. Por ventura ninguna otra edad ofrece ejemplos tan extraordinarios de conversiones como aquel siglo.

¿Cuál era el secreto de Bernardino? Al entrar en una ciudad, le precedía el estandarte del monograma de Jesús, IHS, rodeado de doce rayos con una cruz por remate. Lo solía fijar en el púlpito, y después del sermón lo presentaba a la veneración de los fieles. A veces sacaba una tabla con el mismo monograma muy visible, para que el pueblo invocase al dulcísimo nombre. Así como Valla había asestado, en vano, sus "diálogos" contra el monacato, ahora Poggio lanza sus sarcasmos contra aquellos "jesuítas". Los humanistas, por su parte, denuncian al Papa la "innovación herética, con sabor de idolatría". Pero Martín V, que dió solución satisfactoria al gran cisma de Occidente y que alentaba y protegía a los santos varones suscitados para regenerar la Iglesia, después de maduro examen, autorizó a Bernardino para llevar el "triomphal standardo", le hizo predicar en Roma por espacio de dos meses y él mismo quiso presidir una procesión donde con el clero glorificó el santísimo nombre de Jesús, cantando sus sabrosísimas letanías. El monograma se esculpió en altares y en los muros de iglesias y en los mismos del Consejo.

Murió el Santo en 1444. El Pinturicchio escribió, con razón, en uno de los admirables frescos de Santa María de Araceli, representando varios pasajes de la vida del Santo, aquellas palabras de Jesucristo que explican también la abnegada actividad de San Bernardino: *Padre, he anunciado tu nombre a todo el mundo* (Jn. 17,6).

Clemente VII concedió la fiesta a los Frailes Menores en 1530, y en 1721 Inocencio XIII, cediendo a la devoción popular, la declaró fiesta universal para toda la Iglesia.

Al fundirse las tres corrientes litúrgicas mencionadas en una celebridad, la dejaron penetrada y perfumada de sus respectivos significados.

El carácter fundamental del oficio del día es una manera de contemplación de conjunto en el establo de Belén; una *síntesis*, que, repitiendo los mismos conceptos de Navidad—y también los mismos *Himnos*—, añade el nuevo misterio, la Circuncisión de Cristo, quien por primera vez *se ofrece Víctima por nosotros*.

"*Ad prohibendum ab idolis*" se intitula la misa de hoy en el sacramentario Gelasiano; y con un sentido de la realidad punzante en aquellos días y con el acierto de "adaptación de los textos bíblicos", tan frecuente en la liturgia se repite en la *capítula* de Laudes y en la *epístola* de la misa, la de San Pablo a Tito (2,11-15), que ha sido un tema con variaciones en los "tiempos" de Adviento y Navidad: *La gracia de Dios Salvador nuestro nos enseñó a renunciar a la impiedad y a los deseos del siglo*...

Esta es la circuncisión del corazón y el anuncio de que somos justificados por la fe en Dios y por la gracia de Jesucristo, a ejemplo de Abrahán (Lecc. I Noct.). San León Magno insiste en el misterio de la Encarnación con sus fórmulas inmortales, que han venido a ser clásicas en la materia (Lecc. II Noct.); y San Ambrosio, a su vez, expone cómo en la circuncisión de aquel "Parvulillo", "sometido a la Ley, para granjearse a aquellos que estaban bajo la Ley", "se prefiguraba la futura expiación de toda culpa" (Lecc. II Noct.).

Pero, sobre todo, son de un subido valor literario, ungido de piedad romana, la serie de *Responsorios* de Maitines, y las antífonas de Laudes, dedicadas a cantar en todos los matices las gratulaciones de la "Doncellita que agradó al Altísimo", y "concibió en su casto seno al más hermoso de entre los hijos de los hombres"; a "Aquel que yacía en el pesebre y brillaba en el cielo". En alguno de estos *Responsorios* van incrustados versos de Sedulio—la estrofa cuarta del *Himno* de LAUDES—y hexámetros extralitúrgicos del *Paschale Carmen*, algo despojados de su forma métrica para adaptarse mejor a las antiguas melodías: "Templo de Dios de pronto fué—ungido el pecho púdico;—y, sin viril consorcio, — concibe al Niño-Dios y Rey". Esta innovación meticulosa, que conservaba aún el corte romano, fué el germen de los ingenuos, y harto exuberantes a la postre, *Oficios en verso* medievales (P. WAGNER).

Los tres HIMNOS de esto Oficio, extractados del *Iubilus de Nomine Iesu*, se atribuyen, con razón, a San Bernardo († 1153). Efectivamente, parecen eco de las *Lecciones* del II y III Nocturnos del mismo Santo y un desahogo de su enamorado corazón.

La corriente mística que, arrancando de San Bernardo, templó las bárbaras magnificencias carolingias y los heroísmos de las Cruzadas, había de desembocar en el *Franciscanismo*, más puro que una alborada florentina. Un mismo movimiento de alma y una pasión tierna por la Humanidad de Cristo, envolvía la piedad nueva de los siglos medios. El *Homo Christus Iesus* de San Pablo y de San Agustín adquiría una intimidad humilde, ingenua, profunda, y como un aire de familia. Un vino nuevo que tiene todo el regusto de los odres añejos de la tradición.

San Agustín tiene un nombre que le orienta en sus fluctuaciones críticas para llegar a su "dulzura felicísima y segura", *Jesús*. "Su madre puso en sus tiernos labios la miel sabrosa de Jesús, mezclada con la primera sal de catecúmeno." Cuando el *Hortensius* de Cicerón le despertó el estudio acérrimo de la sabiduría, una cosa echa de menos en aquel libro: "Nada por sabio, por elegante, por verídico que fuese, era capaz de retenerle sin el nombre de *Jesús*". Si le "embrujan" los maniqueos, es porque "recubrieron con el delicioso vocablo de *Jesús* y del Paráclito, los bordes de su copa como con miel emponzoñada". Desengañado de ellos, hubiera confiado su alma atormentada a los académicos, "si hubiesen puesto en sus pestilentes libros el salutífero nombre de *Jesús*". Y, no obstante, los *himnos* del melifluo Doctor, adoptados ya en el primitivo Oficio franciscano, no distan menos de Prudencio, de San Ambrosio y de San Agustín que del mismo Virgilio.

La esclavitud de Jesús nos ha hecho libres. Caminemos, pues, no en el espíritu del temor servil, sino en la libertad amorosa y confiada de los hijos de Dios.

La circuncisión es, además, figura del bautismo, diciendo el Apóstol: *Hemos recibido la circuncisión espiritual de Cristo, siendo sepultados con Él por el bautismo, y con Él resucitamos a la vida de la gracia por la fe, perdonándonos graciosamente todos los pecados* (Col. 2,11-13).

Al entrar, pues, en el año civil, renovemos las pro-

mesas del bautismo. *Año nuevo, vida nueva,* dice el refrán del pueblo. ¡Vida nueva en Cristo, que es de ayer y de hoy y del futuro sempiterno!

ANDRÉS CAIMARI.

BIBLIOGRAFIA

LE CAMUS, MONS., *Los orígenes del cristianismo* (Barcelona 1903).
FILLION, L.-CL., *La Sainte Bible commentée par...* (París 1912).
ID., *Vie de N.-S. Jésus-Christ* (París 1912).
GOMÁ, CARD., *El Evangelio explicado,* 4 vols. (Barcelona 1942).
LAGRANGE, FR. J. M., *El Evangelio de N. S. Jesucristo* (Barcelona 1906).
SCHUSTER-HOLZAMMER, I., *Historia biblica...* II. *Nuevo Testamento* (Barcelona 1935).
(Puede completarse la bibliografía con la del día 13.)

2 de enero

SAN MACARIO DE ALEJANDRIA, ANACORETA

(† ca.408)

Este insigne anacoreta del siglo IV es uno de los mejores ejemplos de la vida ascética, con la tendencia al retiro del mundo y apartamiento a la soledad, que tanto predominó en este tiempo. Además, constituye una excelente prueba del tránsito de la vida puramente solitaria a la de comunidad o cenobítica, que se fué imponiendo a fines del siglo IV y durante el siglo V. De él nos informa ampliamente, sobre todo, Paladio, en su *Historia Lausiaca,* que es la más antigua y fidedigna historia del primer desarrollo del monacato.

Era originario de Alejandría, de donde se deriva el renombre con que es generalmente conocido; pero es denominado asimismo *el Joven,* en contraposición a San Macario de Egipto (15 de enero), llamado también *el Viejo,* aunque, a decir verdad, ambos son casi rigurosamente contemporáneos. Además, debe distinguírsele también de otros varios Macarios, célebres en los anales de la vida monástica, pues no puede olvidarse que la palabra griega *macarios* significa *feliz* o *bienaventurado.*

Así, pues, Macario de Alejandría, antes de entregarse a la vida de ascetismo cristiano, desempeñó hasta los cuarenta años el oficio de mercader de frutas o confitería, que dió pie, ya desde antiguo, a que sea considerado como patrono del ramo de los pasteleros. En la flor de la edad, cuando contaba cuarenta años, siguiendo la corriente ascética del tiempo, se retiró a la vida solitaria, donde perseveró con indomable constancia durante unos sesenta años, hasta su muerte. Ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte nos son conocidas, pero debió nacer hacia el año 310 y morir hacia el 408, casi centenario.

Cuando se retiró a la soledad, a mediados del siglo IV, era el tiempo en que en todo el Oriente, particularmente en los desiertos de Egipto, se hallaba en su máximo apogeo la vida anacorética. Más aún. Con San Antonio Abad había tomado cada vez más consistencia el género de vida de las comunidades de ermitaños, que vivían en sus celdas separadas, pero se juntaban para algunos ejercicios ascéticos y estaban bajo la dirección de algún maestro señalado; y con San Pacomio se daba comienzo a una vida de estricto ascetismo, pero dentro de un lugar cerrado y bajo la obediencia de un superior y observancia de una regla. Es la vida cenobítica o de comunidad, que recibió su más pleno desarrollo, en Oriente con las dos reglas de San Basilio, y en Occidente con las de San Agustín y de San Benito.

Según atestigua Paladio, Macario inició su vida solitaria en el desierto de Egipto. Tal vez se puso en un principio bajo la dirección de alguno de los maestros de más prestigio, para aprender de ellos el verdadero ascetismo cristiano. Tal vez se unió a una de las colonias que estaban bajo la dirección de San Antonio Abad († 356) o de algún otro de los maestros de la vida ascética que admitían discípulos. Tres eran los desiertos de Egipto, célebres por las grandes multitudes de solitarios, colonias de anacoretas y cenobios incipientes. El más alejado era el de la *Escitia,* en los límites de la Libia. Seguía el de las *Celdas* y de *Nitria,* que ocupaba grandes extensiones en la parte central. El tercero era el del *Bajo Egipto,* más próximo a Alejandría. Pues bien, consta que Macario recorrió estos diversos desiertos, pero que desarrolló definitivamen-

te su vida ascética y llegó a ser un ejemplo y guía de anacoretas en la región de las *Celdas*, con una especie de colonias al estilo de las de San Antonio. Por el mismo tiempo, en el desierto de Escitia, desarrollaba una vida muy semejante y reunía en torno suyo gran número de discípulos Macario el Viejo. Ambos fueron verdaderas lumbreras del ascetismo cristiano de estos tiempos. Paladio nos refiere que, en los últimos años de la vida de Macario el Joven, estuvo con él en su cabaña y fué testigo de la vida que él y los demás discípulos llevaban. Por esto su testimonio es enteramente fidedigno.

La vida de Macario el Joven y de sus discípulos, conforme a la relación de Paladio, era de una austeridad extraordinaria. Cada anacoreta tenía su celda separada, donde vivía en la más absoluta soledad durante la semana; pero los sábados y domingos se reunían para los oficios divinos. Ocupábanse en la oración; observaban el más riguroso silencio; juntamente se ejercitaban en trabajos manuales, como de tejer esteras o cosas semejantes, que les ayudaran a fomentar la contemplación y unión con Dios. En general, era admirable la alegría, buen espíritu y aun la buena salud corporal, de que disfrutaban aquellos solitarios, a pesar de que su comida se reducía a lo más frugal e indispensable para mantener la vida. Sanos de cuerpo y de alma, aquellos anacoretas, bien orientados por sus excelentes maestros, vivían sólo para Dios, a quien se habían consagrado por completo.

A esta vida de retiro absoluto del mundo, de oración y consagración a Dios, uníase la más estricta continencia, que constituyó desde un principio una parte sustancial del ascetismo cristiano, a lo cual se añadió una inmensa variedad de austeridades y penitencias, que a las veces rayaban en lo inverosímil. En todo ello fué San Macario a la cabeza; pero, según Paladio, sobresalía de un modo especial por sus austeridades, realizadas siempre con el más elevado espíritu de amor e imitación de Jesucristo en su pasión y con el ansia de reparación por el mundo, encenagado en toda clase de pecados.

Ciertamente estas austeridades parecerán exageradas y seguramente lo serían en nuestros días; pero son claro indicio del elevado espíritu de aquellas generaciones de ascetas y particularmente del extraordinario amor a Dios de San Macario. El mismo Paladio refiere el siguiente rasgo, claro índice del espíritu de mortificación de Macario y sus discípulos. Habiendo recibido Macario en cierta ocasión una cesta de uvas, la envió a un monje de la celda vecina, que se encontraba algo enfermo. Este, movido a su vez por el espíritu de mortificación, la hizo llevar a otro monje; éste, con el mismo espíritu, a un tercero, y así fué pasando la cesta por todas las celdas, hasta que el último, no menos mortificado, la llevó al mismo maestro, Macario.

A todos los demás superaba Macario en la austeridad de vida, que llegó a hacerse proverbial entre los monjes del desierto. Siete años seguidos se alimentó únicamente de plantas y algunos granos, y durante los tres siguientes se limitaba a cuatro o cinco onzas de pan diarias y un poco de agua. Impulsado por la misma ansia de mortificación, ejercitábase en largas vigilias, y para que no lo rindiera el sueño, se mantenía fuera de su cabaña, quemado por el sol durante el día y transido de frío por la noche. Dios le había dado un cuerpo especialmente apto para soportar las más duras maceraciones y sacrificios, por lo cual, movido siempre del ansia de agradar a Dios, trataba de imitar cualquier ejercicio espiritual que veía u oía de otros solitarios.

Es interesante lo que se refiere acerca de su estancia en el célebre monasterio de Tabennis, donde moraba San Pacomio con gran número de monjes. En efecto, atraído Macario por la fama de santidad y austeridad de vida de este monasterio, dirigióse a él hacia el año 349, disfrazado de campesino, y suplicó a Pacomio su admisión entre los monjes. Este le respondió que le parecía demasiado avanzado en edad para poderse acostumbrar a sus ayunos y vigilias. Pero, ante su insistencia, lo dejó siete días enteros a la puerta del monasterio, donde permaneció Macario sin probar ningún alimento. Entonces Pacomio le permitió ingresar en el claustro; pero, empezando entonces la Cuaresma, todos los monjes la observaban con el más riguroso ayuno y extraordinarias penitencias a la medida de sus fuerzas. Unos ayunaban uno; otros dos, tres o cuatro días por semana; unos estaban todo el día en pie y únicamente se sentaban durante las horas de trabajo. Macario, por su parte, se mantuvo en su rincón entregado a su trabajo y observando durante los cuarenta días el más riguroso ayuno, sin comer más que unas hojas de col cada domingo. A la vista de tan rigurosa austeridad, los monjes acudieron

durante la Pascua a su maestro Pacomio y le suplicaron no permitiera aquellos rigores que pudieran ser perjudiciales a toda la comunidad, pues los monjes querrían imitarlos y se consumirían de inanición. Pacomio se puso entonces en oración para poder determinar lo que debía hacerse en un caso tan sorprendente de austeridad y fervor religioso, y Dios le dió a entender que aquel hombre desconocido era Macario, cuya fama de santidad le era bien conocida. Entonces lo abrazó con el mayor fervor, le dió las gracias por la edificación que había dado a su monasterio y se despidió de él suplicándole rogara por sus monjes.

Todos estos detalles han sido transmitidos por Paladio, testigo de la santa vida de Macario y sus discípulos, y ciertamente, aun concediendo que pudiera haber algo de exageración, debida al entusiasmo del biógrafo, indica con toda evidencia el espíritu de santa emulación de aquellos monjes del desierto en la oración y penitencia. El mismo Paladio atestigua igualmente cómo Macario tuvo que luchar contra las persistentes tentaciones del demonio, lo cual nos lo presenta bajo un aspecto más humano y semejante a nosotros, que tanto debemos luchar contra las continuas asechanzas del enemigo. Así, en cierta ocasión, sugirióle éste la idea de abandonar el desierto, con el pretexto de que sería de más servicio y gloria de Dios, dirigirse a Roma y entregarse al cuidado de los enfermos en los hospitales. Pero él, descubriendo en ello una falacia del enemigo para hacerle abandonar aquella vida de oración y penitencia, arrojóse al suelo de su celda, mientras gritaba: "Sacadme de aquí por la fuerza, si es que podéis; pues yo os aseguro que espontáneamente yo no marcharé de aquí". Mas, como fueran cada vez más persistentes las acometidas del demonio, llenó de arena una espuerta, la cargó sobre sus espaldas y andaba con esta carga por el desierto. Viéndole, pues, de esta forma un monje, trató de ayudarle, pero él le dijo: "No, no; porque estoy atormentando a este cuerpo, que tanto me atormenta a mí".

Por otra parte, de las indicaciones de su biógrafo deducimos que luchaba igualmente contra las tentaciones de vanidad y amor propio, que tanto dan que hacer a las almas espirituales. En efecto, refiere Paladio que algunas veces, encontrándose a la puerta de la celda de Macario, oía que hablaba en el interior increpándose a sí mismo con estas palabras: "¿Qué quieres, viejo malvado? Has tomado ya una porción de aceite y vino. ¿Qué más quieres, glotón de cabellos blancos?". Otras veces dirigía duros improperios al diablo, diciéndole: "¿Es que te soy deudor de alguna cosa? ¿Qué tienes que ver conmigo? Márchate lejos de mí".

En medio de una vida de tanta austeridad, y gozando de tanta intimidad con Dios, consta que tenía un atractivo tan grande entre los demás solitarios del desierto, que eran innumerables los que vivían cerca de él y se ponían bajo su dirección espiritual. Su espíritu verdaderamente paternal y la solidez espiritual de la dirección que daba a sus discípulos, aparece claramente en esta anécdota: Desalentado en cierta ocasión uno de sus discípulos, viendo su poco aprovechamiento espiritual, acudió a desahogarse con su maestro Macario. Este le respondió: "No te entretengas nunca con esta tentación y respóndete a ti mismo: *mi amor a Jesús me obliga a perseverar aquí hasta el fin; estoy decidido a permanecer en esta celda, aunque sólo sea para darle gusto a El y cumplir su voluntad*".

De la misma suavidad de su trato y de la alegría espiritual que irradiaba en torno suyo, es buen testimonio el hecho siguiente, referido por los historiadores, que, aunque tal vez pertenezca al mundo de las leyendas, es indudablemente el mejor símbolo del atractivo humano de la virtud de Macario. En efecto, atravesando el Nilo en cierta ocasión junto con el otro Macario (el Viejo), cruzáronse con un grupo de oficiales del ejército, los cuales vivamente impresionados por el porte alegre y la felicidad que respiraban ambos anacoretas, decían los unos a los otros: "Es curioso cómo estos hombres son tan felices en medio de su pobreza". Oyendo esta expresión Macario de Alejandría, cuéntase que repuso: "Tienes razón, al calificarnos de hombres felices, pues en verdad así lo atestigua nuestro nombre (Macario, palabra griega, significa *feliz*). Pues, si nosotros somos felices porque despreciamos el mundo, ¿no es justo que os consideréis vosotros como miserables por ser sus servidores?" El mismo relato añade que estas palabras, unidas al ejemplo de los dos solitarios, produjeron tal efecto en el jefe de aquel grupo, que volvió a su casa, distribuyó todo lo que poseía entre los pobres y se hizo ermitaño.

Para que el ejemplo de su vida fuera más humano y más completo, Dios permitió que fuera víctima de persecuciones y aun calumnias. Estas llegaron a tal extremo, que por algún tiempo se vió forzado a abandonar su celda y fué desterrado por la fe católica, por obra de Lucio, patriarca arriano de Alejandría. Más aún. Dios permitió igualmente fuera su alma probada con la mayor obscuridad espiritual. Efectivamente, movido de su ansia de contemplación, refiere Paladio que se encerró dentro de su celda con el propósito de permanecer en ella cinco días seguidos. Los dos primeros días se sintió inundado de dulzura celestial; pero al tercero se sintió acometido de tal turbación y guerra del enemigo, que se vió obligado a volver a su vida normal. Por esto observaba él a sus discípulos que Dios se retira en ciertas ocasiones, para que los hombres experimenten su propia debilidad y reconozcan que la vida es una lucha.

No es, pues, de maravillar que con una vida tan santa recibiera de Dios la gracia especial de hacer milagros. Tal vez algunos de los que se le atribuyen entren en el campo de la leyenda, pero ciertamente constituyen excelentes lecciones prácticas de su vida, profundamente ascética. Refiere Paladio, como testigo ocular, que un sacerdote, con la cabeza atormentada por una llaga cancerosa, acudió a la celda de Macario; pero éste, en un principio, se resistió porfiadamente a admitirlo y ni siquiera quería darle ninguna respuesta, pues había entendido en la oración que todo aquello era castigo de un pecado de la carne. Paladio mismo, sin sospechar nada de esto, insistió con Macario para que se compadeciera de aquel desgraciado, hasta que, al fin, lo consiguió. Macario acudió al enfermo y ante su sincero arrepentimiento, le otorgó el perdón.

Respecto de su muerte, Tillemont señala el año 394, pero es más probable que tuvo lugar hacia el 408, pues se sabe que murió contando unos cien años de edad y que nació a principios del siglo IV. Algunos le han atribuído una regla para los monjes. Tal vez se puede relacionar con esta regla lo que San Jerónimo copia en su carta a Rústico. Por otra parte, el bien conocido *Codex Regularum* de San Benito de Aniano presenta una regla con el nombre de los dos Macarios, Serapión, Pafnucio de Escitia, Serapión de Arsinoe, etc. En el desierto de Nitria se mantuvo, durante varias centurias, un monasterio que lleva el título de San Macario. Su culto se introdujo en Oriente ya en la antigüedad.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., 2.
PALLADIUS, *Historia Lausiaca* c.18.
Codex Regularum, ed. PL 103. *Concordia Regularum*, ed. Menard (1638).
AMÉLINEAU, *Annales du Musée Guimet* 25,235s.
SCHIEWIETZ, *Morgenländisches Mönchtum* vol.1 p.104s. (1904).

3 de enero

SANTA GENOVEVA, PATRONA DE PARIS

(† ca.502).

Mezcla de tradición histórica o legendaria, la figura de esta santa destaca, poderosa, en medio del florecimiento cristiano primitivo, que venía a sustituir los antiguos ídolos griegos, latinos o celtas.

Su nombre está asociado a la vida de los habitantes de París, la antigua Lutecia. La montaña donde Clovis había levantado una iglesia en honor de San Pedro y San Pablo, se llamaría en lo sucesivo montaña de Santa Genoveva. Al lado del rey merovingio será enterrada y sucesivas vicisitudes llevarán sus cenizas hasta el lugar que hoy ocupan en la iglesia de San Esteban del Monte (Saint-Etienne-du-Mont) rodeados de una hermosa reja de hierro forjado, entre cirios y exvotos de sus fieles agradecidos.

Lutecia era una ciudad sin importancia, inferior a Sens o a Lillebonne. Los textos antiguos parecen ignorarla. César, en su *Guerra de las Galias*, hace mención escasa del *oppidum* de los *parisii*, cuando tuvo necesidad de cruzar por él en el año 53 antes de J. C. Lo cita como un territorio tranquilo en los límites de la Céltica y del país

de los belgas, encerrado en una isla formada por los brazos del río Sena.

En la época romana, las grandes vías de comunicación trazadas por los vencedores van a dar importancia a la ciudad recién nacida, al paso de las tropas romanas que llegarán hasta la península Ibérica, jalonando el territorio español de construcciones imperecederas.

Más adelante, de la isla, la pequeña ciudad irá subiendo hasta la montaña de Santa Genoveva. Los edificios que pudiéramos llamar oficiales la embellecían y, aunque sus habitantes siguen siendo escasos, ya se vislumbra, a través de la vida pública que comienza, un auge incesante, que las dinastías reinantes se encargarán de acrecer.

Las invasiones de los francos y germanos dejarán la traza de su afán destructivo. Los tesoros desaparecen a su paso. Las tribus bárbaras tienen predilección por sembrar de hogueras su camino. Las ciudades romanas empiezan a fortificar sus reductos. Lutecia será un *Castellum*, con lo que la vemos cercada de murallas y en las murallas las puertas que permiten su comunicación con el exterior.

En el siglo IV la isla estaba rodeada de murallas y, si añadimos que su extensión no sobrepasaba las diez hectáreas, tendremos una idea aproximada del escenario en que se desarrolló la vida de la Santa de los parisinos, cuyos datos históricos nos ha proporcionado casi en exclusividad Gregorio de Tours.

Antes de la expansión del cristianismo, los dioses de los parisinos eran los de la Galia galorromana: Júpiter, Marte, Apolo, Baco, Minerva, Venus, Diana. El culto de la diosa-madre y el de Isis eran igualmente populares. Pero fué Mercurio el más popular de todos y sus estatuas se prodigaban hasta por los últimos rincones del país. En Montmartre existió un templo dedicado a esta divinidad y de ahí le vino el nombre que ostenta: *Mons Mercurii.*

Ya en el siglo V la fe cristiana ha prendido en el alma de los parisinos. Los primeros mártires y los primeros santos van a dar testimonio de la verdad de la nueva doctrina en lucha abierta con el paganismo y, lo que es peor, con las herejías nacidas en su mismo seno. San Germán, obispo de Auxerre y el bienaventurado Lobo, obispo de

Trèves, a su paso por París para combatir a los herejes de Gran Bretaña, encontraron a una joven de extraordinaria virtud, de gran fuerza persuasiva, vehemente en su deseo de hacer el bien, dispuesta al sacrificio en favor de los pobres y necesitados. Una llama ardiendo en fe capaz de conmover a los más forzudos guerreros, de convencer al propio rey de los francos, incapaz de hacer frente a sus demandas de liberar a los prisioneros. Teodoredo, obispo de Tyro, asegura que cuando Simeón el *Estilita*, desde lo alto de su columna, reconocía entre las multitudes que venían a consultarle, a algún mercader galo, en seguida le encargaba que llevase sus saludos a Genoveva. Tal era la fama de sus virtudes, que traspasó las más lejanas fronteras.

Se sabe que Genoveva había nacido en Nanterre, cerca de París, en los primeros años del siglo V (409?, 422?) y que debió de morir a edad muy avanzada hacia el 502.

En Nanterre se puede encontrar el parque que lleva su nombre. Uno de sus biógrafos escribe: "En otro tiempo rodeada de murallas y adornada con un oratorio, este parque apenas es reconocible si no es por unas excavaciones y por una sencilla cruz de madera clavada en la tierra por una mano piadosa". Una fuente lleva también su nombre, así como un recinto, en el monte Valero, donde la tradición asegura que la Santa cuidaba los rebaños de su padre. Hay un pozo y una gruta donde parece que se retiraba a orar, en aquella actitud en que se nos la describe con los brazos en cruz, la mirada fija en lo alto, pronta a las lágrimas para recibir las inspiraciones de Dios todopoderoso. Genoveva se hallaba dotada con los dones del Espíritu Santo.

Su padre se llamaba Severo y Geroncia su madre, nombres ambos latinos así como el suyo era típicamente galo. Si sus padres fueron o no personas de buena posición, nada se opone a que la joven cuidase sus ganados en la pradera y para todos será la Santa aquella pastorcita de Nanterre, predestinada por Dios para realizar actos maravillosos y extraordinarios. Sus hagiógrafos cuentan de éstos y no acaban. Cuando San Germán hablaba con ella, arrebatado por el fuego de aquella alma que deseaba consagrarse a Dios, dicen que cayó del cielo una medalla que el santo obispo se apresuró a colocar en el cuello de la Santa. El imprudente que se atrevió a insul-

tarla quedará muerto en el acto. Su propia madre, en cierta ocasión, arrebatada por la ira, llegó a ponerle la mano en el rostro y quedó cegada. Genoveva consiguió su curación. Es muy difícil controlar la verdad histórica de todos estos acontecimientos.

Pero no serán estos hechos, con ser abundantes, los que arranquen la devoción de los parisinos, sino los más importantes de haber salvado la ciudad de calamidades espantosas.

Atila, el "azote de Dios", se dirige, a marchas forzadas, hacia la Galia. No hay barbarie que aquel poderoso ejército no se atreva a cometer. Metz, Reims, Cambrai, Besançon, Langres, Auxerre, se han convertido en un montón de ruinas, ¿por qué no habría de sufrir París, es decir, Lutecia, idéntica suerte? Las hordas amarillas se complacen en sembrar el terror. Una gran multitud de gente empavorecida llega hasta Santa Genoveva, que ya ha adquirido fama de santa entre sus conciudadanos. Ella les aconseja que vuelvan a sus moradas, que no se abandonen a la desesperación, porque sería inútil. De pie, sobre una eminencia del terreno, la tradición la recuerda dirigiendo al pueblo una arenga: "Gente de París, amigos míos, hermanos míos, os engañan. Los que se pretenden vuestros defensores empuñando las armas no deben asustaros. Atila avanza, es cierto, pero no atacará vuestra ciudad. Os lo aseguro en nombre de Dios". La profecía se cumple, con lo que Genoveva gana en prestigio ante la opinión de los parisinos. Atila ha torcido su camino y se dirige hacia Orleáns. París respira, aliviada. La salvación se atribuye a las oraciones de la doncella.

Otro hecho aún más famoso vive en la memoria de todos. Childerico acaba de morir y Clovis, su hijo, pretende sucederle. A ello se opone Syagrio, hijo de Egidio, el antecesor de Childerico. Clovis, al frente de un pequeño ejército de francos, pone sitio a la ciudad de París, reducida, por aquel entonces, a una isla. El hambre comienza a diezmar sus habitantes, sin salvación posible. Las puertas están vigiladas, y sólo un milagro explica que Genoveva, ya de edad muy avanzada, pueda salir sin ser vista por el enemigo. Ha prometido que habrá víveres para todos. Encendida de patriotismo, se lanza al río en una barca de pescadores. A su paso, se suceden hechos extraordinarios: desaparecen obstáculos infranqueables, los

graneros se abren para volcarse sobre su barca; otras barcas se unen a la suya, en un total de once regresan a la ciudad, entre las aclamaciones de la multitud.

Murió Genoveva con más de ochenta años, hacia la primera década del siglo VI. Fué enterrada junto a Clovis, como ya se ha dicho, en la iglesia de San Pedro y San Pablo, sobre la montaña que lleva el nombre de Santa Genoveva.

Las cenizas de la Santa siguieron atrayendo la devoción de los parisinos y no había solemnidad ni temida catástrofe en que no se recurriese a la urna que contenía los restos, enriquecida con donaciones de monarcas y príncipes, siendo de gran fama el manojo de diamantes ofrecido por María de Médicis. Más adelante, verdad o mentira, se aseguró que los diamantes eran falsos.

La revolución, con sus bandadas de cretinos, no respetó estas cenizas, acusadas de ser un símbolo más del obscurantismo del antiguo régimen. Lo que pudo recogerse tras la turbonada, junto con la tumba, hallada en la abadía merovingia, fué trasladado a la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont, donde aún acuden sus fieles devotos en demanda de favores.

EDUARDO AUNÓS.

BIBLIOGRAFIA

Vita Sanctae Genovevae, virginis, Parisiorum patronae. Esta *Vida,* escrita por un contemporáneo poco después de la muerte de la Santa, constituye la base de todas las demás. Hay varias ediciones y controversias sobre ella. Ed. KRUSCH: "Mon. Germ. Hist., Script. Rer. Merov.", III (Hannover 1896). Ed. C. KOHLER, *Étude critique sur le texte de la vie de sainte Geneviève* (París 1881).

KURTH, G., *Étude critique sur la vie de sainte Geneviève:* "Rev. Hist. Eccl.", 14 (1913).

LESETRE, H., *Sainte Geneviève:* Col. "Les Saints" (París 1900).

SERTILLANGES, A.-D., *Sainte Geneviève:* Col. "L'Art et les Saints" (París 1920).

REYNES-MONLAUR, *Sainte Geneviève* (París 1924).

Cf. también: SAN GREGORIO DE TOURS, *Historia de los Francos,* diversas ediciones. Por ej.: ML vol.71. Ed. ARNDT-KRUSCH, en "Mon. Germ. Hist. SS. Rer. Merov.", I (1884-1885), etc.

BEATO JOSE MARIA TOMASI-CARO, CARDENAL Y CONFESOR

(† 1713)

Don Julio Tomasi-Caro y La Restia casó el 11 de noviembre de 1640 con doña Rosalía Traina y Drago, dama de gran virtud perteneciente a la nobleza siciliana. Era sobrina del obispo de Agrigento y heredaba de su tío don Fabricio las baronías de Falconeri, La Torretta y Montecolombrino. La bendición del Señor descendió copiosa sobre el hogar de los nuevos duques de Palma, que se vió alegrado con el nacimiento de tres hijas, Francisca, Isabel y Antonia. Mas, deseando ellos un hijo varón, elevaron súplicas al cielo por mediación de San José. Al obtener la gracia suspirada, impusieron a su hijito el nombre de José María, en agradecimiento a la Virgen Santísima y al glorioso Patriarca. Más tarde nacieron Fernando y Alipia Cayetana.

Licata, pequeño puerto de la ribera meridional de Sicilia, situada en la ondulación de unas colinas costeras, al amparo de la mole roquera de Sant' Angelo, el Ecnomos de los antiguos, había sido comprada al rey de España por el obispo de Agrigento, el cual designó a su sobrino el duque de Palma para que en su nombre gobernara la ciudad. En ella nació José María el 12 de septiembre de 1649, siendo bautizado el día siguiente por el arcipreste de la misma, doctor Roque Fraynito, protonotario apostólico.

La infancia y la juventud de José María se deslizaron plácidamente en las rientes campiñas de Monteclaro, bajo la amorosa vigilancia de sus cristianísimos progenitores, los cuales procuraron infiltrar a su muy querido hijo aquel espíritu de religión y piedad que fué siempre el más preciado florón de su estirpe. En la ciudad de Palma o en el vecino castillo tenía su residencia aquella noble familia que vivía únicamente para la gloria de Dios y el bien espiritual y material de sus vasallos. Mientras el culto se celebraba en una capilla provisional, los duques fundaron y dotaron espléndidamente el nuevo templo parroquial y un monasterio de monjas benedictinas en el que ingresaron sus cuatro hijas, la segunda de las cuales, sor María Crucificada, murió en olor de santidad y es honrada con el título de venerable.

La pintoresca comarca conserva, aún hoy día, gratísimo recuerdo de esta insigne familia, y sus habitantes refieren con orgullo al visitante la obra religioso-social de don Julio Tomasi, al que llaman con simpática reverencia "Il santo duca". La reina gobernadora, doña Mariana de Austria, en la minoría de Carlos II, queriendo enaltecer los relevantes méritos del linaje Tomasi-Caro, otorgó a don Julio y a doña Rosalía el título de príncipes de Lampedusa.

En un ambiente tan selecto y profundamente cristiano, el corazón de José María sintió bien pronto la atracción de un ideal excelso. Fué su predilección por las ceremonias litúrgicas. Por esto pidió y obtuvo que le confeccionaran los ornamentos eclesiásticos conforme a su estatura, y con ellos revestido imitaba los sagrados ritos con extraordinaria devoción y admirable compostura.

Llevado de tan santas aficiones pidió licencia a su padre para usar sus propios vestidos según el color litúrgico de cada día. El duque sólo le permitió tal variedad en las medias. Conformado y satisfecho, recordaba cada noche a su aya que se las prepara para el día siguiente. Eran los ingenuos albores de su espíritu sacerdotal, los primeros pasos de su ruta hacia el altar de Dios, porque sólo Dios alegraba su juventud.

Habiendo aprendido, con extraordinario aprovechamiento, latín, griego y español, el duque concibió, ufano, el proyecto de enviarle en calidad de paje a la corte de Madrid. Pero un buen día postróse José María humildemente a sus pies para suplicarle que le permitiera ingresar en la Orden de los Clérigos Regulares, deseoso de seguir el ejemplo de su tío don Carlos, y enamorado del ideal litúrgico de la Orden.

El día 11 de noviembre de 1664, habiendo renunciado al mayorazgo en favor de su hermano Fernando, imploraba la bendición de sus padres, dió José María el adiós supremo a sus vasallos, al amado castillo roquero y a su opulento patrimonio, para dirigirse a Palermo. Pero antes quiso pasar por el santuario de Nuestra Señora de Trápani, ante cuya sagrada imagen la duquesa su madre le

había ofrecido en su infancia a la Reina de los cielos. Ahora, en el gozo de su florida juventud, agraciado con el sello de una elección divina, pide la protección de la Virgen María para corresponder con generosidad a su vocación altísima.

A los quince años ingresó, pues, José María en la casa teatina de San José en calidad de postulante. El 24 de marzo de 1665 recibió el santo hábito y comenzó el noviciado bajo la experta dirección del padre don Francisco María Maggio. En la festividad de la Anunciación de María del año siguiente emitió su profesión religiosa, y seguidamente fué trasladado a Mesina para iniciar sus estudios eclesiásticos, que continuó en las casas de Ferrara, Módena y Roma. En las Témporas de Adviento de 1673 fué ungido en la Ciudad Eterna sacerdote del Señor, y la noche de Navidad subió por vez primera al altar para celebrar las tres misas rituales en el templo de San Andrés *della Valle*. Tenía veinticuatro años.

Al sentir realizado el primogénito de los príncipes de Lampedusa el ideal sacerdotal que entreviera en los suaves crepúsculos de Monteclaro, retoñaron, con nueva y poderosa savia, sus antiguas aficiones litúrgicas que marcaron la orientación definitiva de su vida, consagrándola totalmente al esplendor del culto divino y al fomento de las ciencias sagradas.

Iniciábase un glorioso movimiento de restauración litúrgica, y podemos decir que en él ocupa el padre Tomasi un puesto destacado en primera fila. Trasladado a la casa de San Silvestre del Quirinal, pese a su complexión delicadísima y enfermiza, continuamente atormentado por una pesada cruz de escrúpulos y penas interiores, recogió la herencia del eximio cardenal Bona para dedicarse totalmente a los estudios litúrgicos y bíblicos, y a la investigación de las sagradas antigüedades. Se impuso una preparación eficiente y aprendió hebreo, caldeo, etíope, árabe y siríaco. Con afán apostólico logró convertir a la fe de Cristo a su profesor de hebreo, el docto rabino Moisés de Cavi, que al bautizarse tomó el apellido Tomasi.

El padre Tomasi pasó su vida entera escondido en las bibliotecas y archivos de Roma, especialmente en la Vaticana, la Vallicelana, la de C r i s t i n a de Suecia, la de San Pedro y la de San Pablo, que le franquearon sus tesoros bibliográficos y sus ricos fondos documentales. Con la abnegación de un santo y el entusiasmo litúrgico de un perfecto teatino, laboraba silenciosamente para desentrañar sus códices milenarios y libar en amarillentos pergaminos toda la potente vitalidad de la Iglesia en los siglos medievales. Fruto preciosísimo de sus afanes investigadores, es el nutridísimo repertorio de sus obras litúrgicas, teológicas, bíblicas y ascéticas que fué publicando desde 1679 hasta 1770. Entre ellas cabe citar el *Sacramentario Gelasiano*, el *Sacramentario Galicano*, el *Responsarial y Antifonario de San Gregorio*, el *Salterio con Cánticos*, el *Sacramentario Gregoriano* y las *Instituciones teológicas de los Santos Padres*.

Estas magníficas publicaciones tomasianas en aquel momento histórico que vivía la Iglesia fueron de una oportunidad portentosa. Aportación valiosísima al incipiente movimiento de investigación litúrgica y bíblica, constituyeron un arma poderosa para confundir a los herejes, los cuales clamaron en Holanda: *Cavete Thomasium*: "¡Guardaos de Tomasi"! Por otra parte sirvieron de base y punto de partida para ulteriores estudios sobre liturgia antigua, ofreciendo aún actualmente un provechoso instrumento de trabajo a los que a tales investigaciones se dedican.

Pero en Tomasi, el sabio, el investigador, están en función del sacerdote y del santo. No se engolfó en los estudios a título de curiosidad o erudición, sino con el propósito de entender plenamente los ritos y preces que como sacerdote debía usar en el ejercicio del culto divino, y al propio tiempo hacer participantes al clero y a los fieles del fruto de sus investigaciones, para lograr una mayor eficacia santificadora en las funciones litúrgicas. En tal sentido Tomasi es un precursor y abanderado del actual apostolado litúrgico.

Cultivador insigne de las virtudes religiosas y sacerdotales, sentía Tomasi una predilección marcadísima por la humildad, base de todas ellas. Abroquelado en su vida de trabajo silencioso, procuraba pasar desapercibido entre el fasto de la corte pontificia. Pero su virtud y su sabiduría hicieron su nombre famoso en los círculos eclesiásticos de Roma y de toda Europa. Cuando el doctísimo Juan Mabillón fué a Roma en viaje de estudios, tuvo necesidad de ir a ver al padre Tomasi para que le sirviera de mentor en sus itinerarios científicos y le hiciera partícipe de los

felices hallazgos en la investigación litúrgica. Al ser nombrado el futuro cardenal Vallemani secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, fué en seguida a buscar al humilde teatino para pedirle normas y orientaciones.

El papa Clemente XI, amigo y admirador de este hijo esclarecido de San Cayetano, le nombró consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y de la de Propaganda Fide, y calificador del Santo Oficio. Y en el Consistorio del 18 de mayo de 1712 le creó cardenal presbítero de la Santa Romana Iglesia, asignándole el título de San Silvestre y San Martín *in montibus*. Tras un dramático forcejeo con su humildad contrariada, Tomasi vino obligado a aceptar el capelo en virtud de santa obediencia y fué nombrado miembro de la misma Congregación de Ritos. En los ocho meses escasos de su cardenalato desplegó en su iglesia titular un sapientísimo apostolado litúrgico, dando el magnífico ejemplo de asistir con asiduidad a los oficios corales. Demostró con gallardía que sabía trasladar la liturgia de los fríos códices milenarios al calor del santuario para proyectarla luego en derredor suyo como una vida hecha culto y un culto transformado en vida.

El día de Navidad del mismo año, al regresar de la solemne capilla papal tenida en San Pedro, se sintió herido por una grave afección pulmonar que le tuvo en cama ocho días. Recibidos con extraordinaria devoción los santos sacramentos, dictó su testamento, en el cual consignó su voluntad de ser enterrado en la cripta de su iglesia titular, ante el altar de la Virgen, gozo de los cristianos. En la madrugada del 1 de enero de 1713, besando con gran ternura el crucifijo, voló su alma a cantar el eterno Magnificat en las delicias de la liturgia celestial. Contaba sesenta y cuatro años. Su confesor, el teatino padre Chiesa, aseguró que su alma no había perdido la inocencia bautismal.

Por la fama de sus virtudes y el esplendor de sus milagros se introdujo en la Curia Romana, en 1723, la causa de beatificación. El 29 de septiembre de 1803 fué beatificado por Pío VII en la Basílica Vaticana.

Por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, dado el 24 de mayo de 1958, se ha reanudado en la Curia la causa para la solemne canonización de este egregio cardenal teatino nacido en tierra española, a quien Cardella proclama, en sus Memorias históricas, príncipe y doctor de la liturgia de Occidente.

PEDRO A. RULLAN FERRER, C. R.

BIBLIOGRAFIA

BORROMEO, ANT. M., C. R., *Vita del cardinal Tomasi* (Venecia 1713).
BERNINO, D., C. R., *Vita del Ven. cardinal Dom Giuseppe M. Tomasi* (Roma 1722).
BONAGLIA, J. B., C. R., *Vita del cardinal Tomasi* (Venecia 1713).
RULLAN, P. A., C. R., *El Beato José M. Tomasi Caro, cardenal teatino* (Madrid 1953).
Cf. *Regnum Dei, Collectanea Theatina*, n.19-20 (Roma 1949). Dedicado totalmente al Beato Tomasi.

4 de enero

BEATA ANGELA DE FOLIGNO

(† 1309)

Angela vino al mundo a mediados del siglo XIII, probablemente hacia el año 1249. La posteridad quiso inmortalizar con su nombre el de la bella ciudad que la vió nacer y que sesenta años después, en 1309, había de ser también el lugar de su sepultura. Si bien es cierto que los santos, ya en vida, son más moradores del cielo que de la tierra, no pueden, sin embargo, al igual que todos los mortales, sacudir del todo el lastre que los hace hijos de su tiempo y de su ambiente. La época en que vivió la Beata Angela presenta rasgos singulares, ricos en contrastes, como acontece siempre en toda época de transición.

Las grandes ideas características de la Edad Media brillan ya en la mitad del siglo XIII con luces de atardecer. Todos los sucesos de la sociedad de entonces nos hacen pensar en el ocaso, diríamos con Huizinga, en el otoño del medievo. La unidad de la "respublica christiana", que naciera del consorcio del sacerdocio y del imperio, quedaba gravemente lesionada, y prácticamente destruída, con Federico II, en lucha constante con el papado. Al lado del

imperio pululaban en Alemania las ciudades libres, y en Italia los comunes, que luchaban unas veces contra la Iglesia en favor del emperador, y otras contra éste aliados con la Iglesia, según fuera su distintivo de gibelinos o güelfos. La fe operante y entusiasta que tantos cruzados empujara hacia el Oriente, languidecía con el postrer suspiro de San Luis; mientras las grandes síntesis escolásticas, expresión a la vez de la unidad y universalidad medievales, estaban perdiendo a sus geniales forjadores Alejandro de Halés, Santo Tomás y San Buenaventura. En 1308, un año antes que la Beata Angela, muere Juan Duns Escoto, último gran escolástico. Pero entre las sombras crepusculares del medievo, se dibujan ya las luces del Renacimiento, con distintos cánones y nuevas ideas, que el Dante presiente y saluda en su *Vita nuova*. El geocentrismo, antropocentrismo e individualismo de la nueva era que nace, suplantan al teocentrismo y universalismo de la Edad Media que fenece. El pujante nacionalismo deshace en jirones la vieja túnica del Imperio. El Petrarca, tenido por muchos como el primer *hombre moderno,* canta las bellezas de su patria italiana y se inspira en la naturaleza y en el paisaje.

Angela tuvo que vivir, pues, en una época fronteriza. Y en el drama de su vida, pecadora en un principio, santa después, no es difícil descubrir las huellas del ambiente en que se movió. De elevada posición, poseía riquezas, castillos, joyas y fincas. Se casó en temprana edad, y tuvo varios hijos. Tanto en sus años juveniles, como después en su estado de esposa y de madre, apuró pródiga la copa de los placeres que el mundo le brindaba. Ella misma confesará más tarde una y muchas veces sus graves desvaríos. Sin que nos veamos precisados a creer al pie de la letra la exactitud de estas confesiones, fruto más del arrepentimiento que de la verdad objetiva, no se pueden descartar tampoco los hechos que, por otra parte, están en conformidad con las circunstancias históricas que los rodean. En efecto; la cuna de Angela fué mecida por aires nada saturados de clericalismo. Foligno, ciudad obstinadamente ligada al emperador, estaba siempre dispuesta a ponerse en pie de guerra contra cualquier pretensión del Papa. Pero la suerte de las armas muchas veces le era adversa, y uno de aquellos años sufrió una aplastante e ignominiosa derrota por parte de las fuerzas pontificias de Asís y de Perusa. ¿Quién duda de que entre la distinguida estirpe de Angela no se encontrarían entonces rabiosos gibelinos, para quienes los nombres de curas, papas y frailes venían resultando sinónimos de declarados enemigos políticos? Nos dirá Angela más tarde que en su madre encontraba gran obstáculo para la conversión.

Pero la gracia de Dios iba obrando en lo profundo de su alma. Las circunstancias han cambiado con el tiempo. Es hacia el año 1285. Foligno es ahora una ciudad súbdita del Papa y protegida por él. Angela anda en sus treinta y cinco. Sus pecados de la juventud comienzan a producirle cierto escozor en la conciencia. Le llega también la prueba. En breve tiempo pierde a su madre, a su marido y a sus hijos. Huérfana de sus seres queridos, comienza a practicar la religión, pero en un principio sin apartarse del todo del pecado. Por eso hace comuniones sacrílegas, por no confesar sinceramente sus pecados. Es la hora de los confusos sentimientos; la lucha entre el espíritu y el cuerpo. Se halla sin luz, como Saulo en el camino de Damasco.

Pero allí cerca estaba Asís. "Oriente diré, que no Asís", cantó el Dante. El ejemplo de Francisco continuaba fascinando a muchas almas desde hacía casi un siglo. Para Angela constituyó también un faro en esta noche oscura del espíritu. Un día en que se encontraba atormentada por remordimientos de conciencia, pidió a San Francisco que le sacara de aquellas torturas. Poco después entró en la iglesia de San Feliciano, donde predicaba a la sazón un religioso franciscano; se sintió tan conmovida que, al bajar el predicador, se postró ante su confesonario, y, con grande compunción, hizo confesión general de toda su vida, quedando muy consolada.

El fraile se llamaba Arnaldo, cuya vida, al igual que la de nuestra Beata, no ha podido ser hasta ahora suficientemente estudiada, por falta de datos. Parece ser, sin embargo, que pertenecía a la comunidad de Asís, y que en la Orden seguía la corriente de los llamados "Espirituales", grupo que hicieron célebre, entre otros, los nombres de Pedro Juan Olivi, Angel Clareno, Hubertino de Casale y el mismo Juan de Parma, general que fué de toda la Orden. Lo que sí sabemos ciertamente de fray Arnaldo es que, a partir de la conversión de Angela, pasó a ser su confesor, su director y su confidente espiritual. Gracias a sus ruegos

y a su pluma de amanuense, la posteridad puede saborear la *Autobiografía* de la Beata Angela, conocida también con el nombre de *Memorial* de fray Arnaldo, verdadero tesoro de teología espiritual, donde se encierran las inefables experiencias místicas de esta alma, desde su conversión, en 1285, hasta el año 1296, en que se consuman sus admirables ascensiones hasta la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad.

Pasman los prodigios que la divina gracia, en tan breve tiempo, ha obrado en esta alma privilegiada. Su trato íntimo con la divinidad, sus éxtasis escalofriantes, los secretos celestiales que en ellos se le confiaban, son más para admirados que para descritos. L. Leclève no duda en afirmar que Angela de Foligno, por el crecido número de sus visiones, solamente admite parangón con Teresa de Avila; y a ambas llama reinas de la teología mística.

Nuestra pobre fraseología humana resulta inadecuada para captar los misteriosos coloquios entre Angela y la divinidad. La misma Beata sufría y se lamentaba, porque después de escuchar la lectura de lo que acababa de dictar a fray Arnaldo, le parecía que allí no se contenían más que blasfemias y burlas. Así son de mezquinos nuestros conceptos humanos cuando se los quiere hacer pasar por vehículos de realidades divinas.

Si estas dificultades encuentran los santos para exteriorizar sus propias experiencias, ¿qué pasará cuando los hombres se afanan por querer clasificarlas y analizarlas desde afuera y a distancia? Dejemos a los santos saborear dulcemente las inefables dulzuras nacidas del contacto íntimo con la divinidad. Las flores de la vida mística crecen, como las estrellas alpinas, en las cumbres de las altas montañas, y no a todos es dado llegar a esas alturas para disfrutar de su aroma. Unos habrán de contentarse con acampar muy cerca de la cima; otros, a la mitad; algunos, tal vez los más, apenas si habrán caminado unos pasos hacia la cúspide de la montaña. Pero lo que sí es cierto es que todos deben intentar subir la cuesta de la montaña espiritual; diríase con otras palabras, todos están llamados a ejercitarse en la vida ascética, mediante la posesión de las virtudes cristianas y la práctica de la perfección, rastreando los senderos, a veces tortuosos y empinados, que conducen a las recónditas alturas de la mística. En efecto, estas dos vías, ascética y mística, no se desenvuelven a

manera de dos paralelas, sino que constituyen, en el pensamiento de la Beata Angela, las dos mitades, inicial y terminal respectivamente, de una misma vida espiritual. Así, pues, si no todos los cristianos podrán tocar con sus manos el término de esa línea ascendente, todos, sin embargo, están obligados a no desistir de lanzarse a la carrera espiritual. "Y que nadie se excuse—les advierte la Beata—con que no tiene ni puede hallar la divina gracia, pues Dios, que es liberalísimo, con mano igualmente pródiga la da a todos cuantos la buscan y desean".

Cosas admirables sobre la perfección ha dejado escritas la beata Angela. En dieciocho etapas va describiendo, en el primer capítulo de su autobiografía, el laborioso proceso de su conversión, desde que comenzó a sentir la gravedad de sus pecados y el miedo de condenarse hasta el momento en que al oír hablar de Dios se sentía presa de tal estremecimiento de amor, que aun cuando alguien suspendiera sobre su cabeza una espada, no podía evitar los movimientos. A la Beata Angela se le atribuyen, además de la *Autobiografía* de fray Arnaldo, unas exhortaciones, algunas epístolas y un testamento espiritual, que han merecido a su autora el ser considerada por algunos nada menos que como *magistra theologorum*. Sin ocultar el tono de exageración que el cariño de los discípulos ha puesto en este elogio hacia la madre espiritual, hay que reconocer que los opúsculos de la beata Angela recogen lo mejor que de teología ascética habían escrito los grandes maestros de la escolástica; y colocada además providencialmente en los umbrales de una época nueva, logra trasvasar a las odres del Renacimiento los vinos añejos de la espiritualidad del siglo XIII. Los aires renacentistas de acercamiento al hombre, a lo individual y concreto, la mueven a abrazar el pensamiento franciscano que coloca a Cristo, Hombre-Dios, por centro de toda la vida espiritual, ejemplar de todas las virtudes y única vía para caminar hacia la perfección. Empapada en el espíritu de San Francisco, a cuya Tercera Orden de Penitencia se incorporó desde los primeros días de su conversión, e inspirada en el pensamiento bonaventuriano, la beata Angela es la gran mística de la humanidad de Cristo. La imitación de Cristo-Hombre, mediante el ejercicio de las virtudes, es la meta de la ascética, así como la unión con Dios, por medio de Cristo, es la consumación y remate de la mística.

Pero la espiritualidad de nuestra Beata recibe modalidades nuevas, dentro de lo franciscano; pues mientras el cristocentrismo de la escuela franciscana, en general, se orienta hacia la Encarnación, hay que reconocer que para la Beata Angela todo gira en torno a la cruz. La pasión y muerte de Cristo es la demostración más grande de amor que el Hijo de Dios ha podido dar a los hombres. Cristo desde la cruz es el Libro de la Vida, como lo llama ella, en el cual debe leer todo aquel que quiera encontrar a Dios. Era tal la devoción que sentía hacia la cruz que, si le cuadraba contemplar una estampa o un cuadro en que se representaba alguna escena de la pasión, se apoderaba de sus miembros la fiebre y caía enferma. Por eso la compañera procuraba esconderle las representaciones de la pasión, para que no las viese. Sus opúsculos fueron editados varias veces, en siglos pasados, con el título significativo de *Theologia Crucis*. En la meditación de la pasión era donde conocía con más viveza la gravedad de sus pecados pasados, y los lloraba con mayor dolor. Aquí es donde se decide a tomar resoluciones que dan nuevo rumbo a su vida. "En esta contemplación de la cruz—refiere ella—ardía en tal fuego de amor y de compasión que, estando junto a la cruz, tomé el propósito de despojarme de todas las cosas, y me consagré enteramente a Cristo." La pobreza, la estricta pobreza de espíritu, era la contraseña que ella exigía para distinguir los verdaderos discípulos de Cristo. Muchos se profesan de palabra seguidores de Cristo; pero en realidad y de hecho abominan de Cristo y de su pobreza. En las páginas de sus opúsculos el amante de la historia podrá descubrir las inquietudes en torno a la pobreza de Cristo que convivieron los espirituales franciscanos y nuestra Beata de Foligno.

Junto a la cruz, la Beata Angela aprendió a ser la gran confidente del Sagrado Corazón de Jesús, muchos siglos antes que Santa Margarita María recibiera los divinos mensajes. "Un día en que yo contemplaba un crucifijo, fuí de repente penetrada de un amor tan ardiente hacia el Sagrado Corazón de Jesús, que lo sentía en todos mis miembros. Produjo en mí ese sentimiento delicioso el ver que el Salvador abrazaba mi alma con sus dos brazos desclavados de la cruz. Parecióme también en la dulzura indecible de aquel abrazo divino que mi alma entraba en el Corazón de Jesús." Otras veces se le aparecía el Sagrado Corazón para invitarla a que acercase los labios a su costado y bebiese de la sangre que de él manaba. Abrasada en esta hoguera de amor, nada tiene de extraño que se derritiese en ardientes deseos de padecer martirio por Cristo.

El amor que Cristo nos demostró en la cruz, se perpetúa a través de los siglos de una manera real en el sacramento de nuestros altares. La devoción a la Eucaristía, tan característica de los tiempos modernos, tiene una eminente precursora en la Beata Angela. Fueron muchas las visiones, con que el Señor la recreó en el momento de la consagración, o durante la adoración de la sagrada hostia. Siete consideraciones dedica a la ponderación de los beneficios que en este sacramento se encierran. El cristiano debe acercarse con frecuencia a este sacramento, seguro de que, si medita en el grande amor que en él se contiene, sentirá inmediatamente transformada su alma en ese mismo divino amor. La Beata exhorta, sin embargo, a cada cristiano a que se haga, a modo de preparación, las siguientes consideraciones: ¿A quién se acerca? ¿Quién es el que se acerca? ¿En qué condiciones y por qué motivos se acerca?

Abrazada con Cristo en la Cruz, arrimada a su costado y confortada con el Pan de Vida, la Beata Angela recibió la visita de la hermana muerte. Eran las últimas horas del día 4 de enero de 1309 cuando esta privilegiada mujer, rodeada de un gran coro de hijos espirituales, entregaba plácidamente su alma al Redentor. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia del convento franciscano de Foligno. Sobre su sepulcro comenzó Dios a obrar en seguida muchos milagros. El papa Clemente XI aprobó el culto, que se le tributó constante, el día 30 de abril de 1707.

ISAAC VÁZQUEZ, O. F. M

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., I, p.186s. (París 1863).
HELLO, E., *Le livre des visions et instructions de la bx. Angèle de Foligno* (París 1914).
FERRÉ, M. J., *Le livre de l'expérience des vrais fidèles* (París 1927).
LECLÈVE, L., *Sainte Angèle de Foligno* (París 1936).
BORDONI, C., *B. Angela da Foligno, magistra theologorum* (Foligno 1949).
BLASUCCI, A., *La Beata Angela da Foligno* (Padua 1950).
BIONDI, T., *Angela da Foligno, gemma del misticismo umbro nel secolo XIII* (Foligno 1949).

5 de enero

SAN SIMEON ESTILITA

(† 459)

Los alrededores de Antioquía, en el extremo oriental del Mediterráneo, fueron, durante los siglos V y VI, escenario de vida eremítica. Toda la región estaba poblada de monasterios y habitada por anacoretas. El más popular de todos ellos fué San Simeón, llamado más tarde el Estilita por lo que pronto veremos.

Nació Simeón al declinar el siglo IV en Sisán, pueblo situado entre los confines de Cilicia y Siria. De pequeño fué zagalillo y, al frente de un rebaño de ovejas, recorría las montañas vecinas. Era cristiano; pero de Dios sabía lo poco que le enseñaron sus padres, gente sencilla que vivía de la tierra y del pastoreo. Un amanecer, al levantarse como de costumbre, vió todo nevado. No pudo salir con las ovejas aquella mañana y se dirigió a una iglesia. Un monje estaba pronunciando las palabras del Evangelio: "Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados; bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios..." El zagal no acababa de comprender y preguntó a un anciano: "¿Qué debo hacer para merecer la bienaventuranza?" "Lo más seguro—respondió el anciano—es dejarlo todo y llevar vida de anacoreta."

En otra ocasión, estando también en la iglesia, rogaba a Dios Nuestro Señor que le mostrase el camino en que podría servirle. Perseveró largo tiempo en esta petición hasta que se durmió y tuvo un sueño. Soñó que cavaba en la tierra para poner el fundamento de un edificio: "Ya está" —pensó entre sí—; mas una voz decía: "Es preciso que ahondes más". El joven cavó profundamente. La advertencia se repitió por dos veces hasta que oyó: "Hay bastante; ahora podrás elevar el edificio con seguridad". Despertó del sueño, fuese al monasterio más cercano y pidió ser admitido. Tenía entonces unos catorce años. Allí aprendió de memoria el Salterio, para poder rezar, pues en aquella época los libros eran raros.

No pareciéndole bastante rigurosa aquella vida, al cabo de dos años se fué cerca de Teleda, a una colonia de monjes que vivían bajo la obediencia del santo abad Heliodoro. Los otros compañeros pasaban días alternos sin comer nada. Al joven le pareció eso poca abstinencia y sólo comía los domingos. Habiendo hallado una cuerda rústica, tejida con mirto silvestre, se la enrolló estrechamente al cuerpo, y lo hizo con tanta violencia que se le adhirió al cuerpo y le llagó la carne hasta manar sangre. Eso fué la causa por la cual se descubrió tan áspera mortificación. El abad intervino. Los hermanos fueron despegando la cuerda con extrema dificultad, humedeciéndola. Una vez curado, el abad le despidió con buenas palabras, pues creyó que aquel fervor extremado podría ser motivo de escándalo para otros más débiles.

Simeón dejó el lugar y se internó en el monte. Anduvo indeciso hasta encontrar una cisterna abandonada y sin agua. Se bajó a ella y se pasó cinco días en oración. Entre tanto sus antiguos compañeros, arrepentidos de haber perdido tan ejemplar compañía, fueron en su busca y, guiados por unos pastores, pudieron dar con él. Le ayudaron a salir de la cisterna y le rogaron que volviera al cenobio, con gran admiración del joven, que no comprendía por qué tenían con él tales muestras de afecto, pues se consideraba un gran pecador.

Poco tiempo después se dirigió a un monte cerca del pueblo de Telaniso y allí emprendió vida de penitencia en absoluta soledad y sin reservas. Esto sucedía hacia el año 412, cuando Simeón contaba unos veintitrés años de edad. Al llegar la Cuaresma, pensó que podría pasarla sin comer. Pidió el parecer a un anciano sacerdote llamado Baso, que era guía espiritual de otros anacoretas. El anciano aprobó aquella santa locura, pero con la condición de que tuviese consigo agua y pan: no fuera a tentar a Dios. Simeón le dijo entonces: "Ponme, padre, diez panes y un jarro de agua; si mi cuerpo lo necesita, los tomaré". Baso tapió la puerta del anacoreta con lodo y le dejó. Simeón pasó los primeros días en pie; después rezaba el oficio divino sentado. Los últimos días era tanta su debilidad, que los pasó echado. Terminada la Cuaresma, su director fué a visitarle y lo encontró exánime. Le avivó, mojándole los labios y le hizo probar alimento.

Siempre insatisfecho, buscó un lugar más agreste hacia

el interior de los montes, más allá de Teleda. Construyóse con piedras un muro a modo de reducida clausura y ató el pie a una gran roca con una cadena. Allí, con toda libertad bajo el azul del cielo y fuera de las miradas humanas, se entregó a la contemplación. Mas el resultado fué contrario a lo que el Santo hubiera querido, pues, por ese tiempo, comenzó a trascender la fama de su santidad, y varias personas iban a visitarle. Una de las visitas fué la del corepíscopo de Antioquía, llamado Melecio, el cual le reprendió cariñosamente diciéndole que no tenía por qué encadenarse como se hace con los irracionales, pues al hombre le basta la razón, junto con la gracia, para sujetarse a unos límites y no excederlos. El Santo obedeció sin más y se dejó desatar.

Cundió la fama y la gente acudía de todas partes, no sólo de las provincias cercanas, persas, armenios, ismaelitas, árabes o georgianos, sino que la noticia llegó a Italia, a España y a Francia. Desde muy lejos llegaban peregrinos y curiosos; le pedían consejos, bendiciones, curaciones, milagros... No contentos con verle y oírle, querían tocarle y hacerse con recuerdos a costa de su andrajoso hábito. El joven anacoreta les atendía en lo posible. Sin embargo, para aislarse de los visitantes, ideó otro sistema de vivir. Hizo construir una columna o pilar, de seis codos al principio, más tarde de doce, de veinte, y al fin de treinta y seis codos (unos diecisiete metros). El resto de su vida, treinta y siete años, los pasó en la columna, a cielo raso y sin abrigo contra el sol, la lluvia o el viento. De vivir en esa columna (*stilos* en griego) le quedó el sobrenombre de estilita.

Se puede decir que no dormía, comía apenas (una sola vez por semana, poca cosa, y nada durante la Cuaresma). La mayor parte del día y de la noche la pasaba en oración, ora postrado, ora en pie. Cuando rezaba en pie, hacía reverencias continuamente hasta llegar con la cabeza a los pies. En las grandes festividades pasaba toda la noche en oración con las manos levantadas, sin dar muestras de cansancio en una postura tan penosa. Nunca se le vió echado ni sentado.

Al llegar aquí se impone una aclaración, puesto que hay motivos para pensar si todo eso que venimos contando no pasa de piadosa leyenda. La vida de San Simeón nos ha sido transmitida por Teodoreto, que también fué monje en aquella región, hasta que le sacaron del monasterio para ocupar la sede episcopal de Ciro, diócesis vecina a la de Antioquía. Conoció a San Simeón cuando ambos eran monjes y lo visitó varias veces en su columna. "Yo mismo —cuenta Teodoreto—le ví en la columna, aunque con notable peligro de mi parte; pues estando rodeada de extranjeros que iban a pedirle la bendición, en cuanto Simeón me vió, dijo a los presentes que pidieran la bendición a mí, que era sacerdote. Entonces aquella buena gente se abalanzaron sobre mí con los brazos implorantes, agarraban mis vestidos hasta romperlos y se asían a mis barbas, y de veras que ellos me mataran si el Santo desde la columna no les diera voces para que me dejasen." Evagrio, abogado de Antioquía un siglo después, es un historiador fiel que también se ocupa de su compatriota San Simeón, y lo que cuenta de él coincide con lo que escribió Teodoreto.

Confesamos que una vida de tanta austeridad no sólo está por encima de lo corriente, sino que es difícil de explicar sin una intervención de Dios Nuestro Señor. Había pasado la era de los mártires, y ahora, los anacoretas ofrecían una nueva forma de ser "mártires", o sea, testigos de Jesús. El caso de San Simeón Estilita es exponente de aquella forma de santidad que nos describen las historias del monaquismo. También hemos de confesar que no siempre hubo pureza de intención en aquellas penitencias horrorosas, extravagantes a veces y en plan de competencia mutua que algunos hicieron con el fin de granjearse popularidad y sacar partido de ella. San Simeón no fué el único estilita, puesto que su ejemplo tuvo pronto imitadores. A fines del siglo VI hay otro Simeón, también estilita, a quien el emperador Mauricio tenía en mucha veneración. Mas el principal discípulo de nuestro santo fué sin duda San Daniel, el cual hizo levantar su columna no lejos de Constantinopla. La parte superior terminaba con una pequeña balaustrada a modo de púlpito. Gennades, obispo de Constantinopla, admirado de la penitencia de San Daniel, le ordenó sacerdote en la misma columna, y el emperador León hizo construir junto a ella un pequeño monasterio para los discípulos. Fueron modos de vivir que hoy se nos antojan raros, porque no sincronizan con nuestro modo de pensar; pero que fueron de gran ejemplaridad en aquellos tiempos. Dios ha suscitado la santidad por innumerables caminos, según las necesidades de cada épo-

ca. Los estilitas escogieron el camino de la penitencia pública e integral: una predicación continuada. Se tenían por simples predicadores de la penitencia, sin pensar que fueran santos.

San Simeón nunca consiguió aislarse de la gente. Cuanto más se lo ingeniaba, más visitado fué por toda clase de personas. Dos veces al día predicaba a los que esperaban al pie de su columna, y entre sermón y sermón, atendía las peticiones, respondía a preguntas y componía pleitos. Tan duro era consigo como afable con los demás. Llama viva sobre el candelero que alumbraba a los buenos, encendía a los tibios y removía la conciencia de los pecadores. En cierta ocasión se presentaron dos grupos de extranjeros, cada uno con su filarco o capitán, y unos y otros pretendían que el Santo bendijera el suyo propio. Decían los primeros que el filarco que presentaban era merecedor de bendición y no el otro que era malo. "Razón de más—contestaban los otros—, pues si es malo, que lo bendiga el Santo para que sea bueno". Porfiaban y se impacientaban, hasta que el Santo logró que se calmaran e hicieran las paces. Unos tintoreros de Antioquía, maltratados por el prefecto de la ciudad, fueron a exponerle sus querellas e implorar su intercesión. En otra ocasión, logró que los acreedores perdonaran deudas a quienes no podían pagar.

Combatió desde la columna a los paganos, a los judíos y a los herejes; no para humillarlos, sino para atraerlos a la verdadera doctrina. Sus biógrafos aseguran que convirtió a millares de persas, armenios, georgianos y sarracenos. Un famoso asesino, Antíoco de nombre, murió de dolor y arrepentimiento al pie de la columna, después de haber oído al Santo.

Desde su célebre columna recibió a príncipes, aconsejó a reyes e intervino en los asuntos de la Iglesia. En las actas del concilio de Efeso se ha conservado una carta del emperador Teodosio II en la cual pide a Simeón que ayude la causa de la Iglesia y procure que Juan, patriarca de Antioquía, desista de sostener la herejía de Nestorio. Años después, la emperatriz Eudoxia, viuda de aquel emperador, al ver que Eutiques acababa de ser condenado en el concilio de Calcedonia, mandó emisarios al Santo para pedirle consejo. Simeón le respondió con admirable libertad y cierta galantería. Le dijo que el demonio, envidioso de

ella, tan rica en buenas obras, quería despojarla de ellas minando su fe. Del emperador Marciano, esposo de Santa Pulqueria y sucesor de Teodosio II, se cuenta que, para ver y oír al santo estilita con entera libertad, en más de una ocasión dejó el vestido imperial e iba a verle de incógnito. También le escribió el emperador León I, sucesor del anterior. Evagrio nos ha conservado otra carta que el Santo escribió a Basilio de Antioquía, su propio prelado, para animarle a que siguiera las decisiones del concilio de Calcedonia.

Su humildad era manifiesta. Se tenía por el más despreciable de todos. En la carta a Basilio de Antioquía que acabamos de mencionar se llama a sí mismo "humilde y exiguo, aborto de monjes". Sabemos por Evagrio que los solitarios vecinos estaban admirados de la humildad del Santo. Mas, como el demonio se mete entre las cosas más santas, quisieron probar si su intención era totalmente sincera y pura. Y mandaron a unos cuantos con indicaciones expresas. Esos tales se presentaron al pie de la columna y comenzaron a reprenderle porque había abandonado un camino de santidad que tantos otros siguieron y en el cual se habían santificado, para seguir en cambio los caprichos de su mente y tomar un género de vida que nadie había seguido hasta entonces. Al final le instaron, en nombre y representación de los demás anacoretas, a que descendiera de la columna y se comportara como los demás. Nuestro Santo, oídas tales razones, pensó que realmente no estaba bien singularizarse, y puesto que Dios prefiere la obediencia a los sacrificios, acto seguido pidió una escalera para bajarse. Entonces los emisarios dijeron: "Continúa en tu decisión, porque es voluntad de Dios".

Murió el 5 de enero del año 459, a los setenta de edad aproximadamente. La muerte lo halló rezando y quedó inclinado en la forma que tenía por costumbre al orar. La noticia se divulgó rápidamente por Antioquía. Los restos del Santo tuvieron que ser guardados por soldados de la ciudad, pues los habitantes de otros pueblos querían llevárselos. Su cuerpo fué colocado en la iglesia de San Casiano y, más tarde, en otra que levantaron en su honor, con el nombre de iglesia de la Penitencia. El emperador León intentó trasladar las reliquias a Constantinopla, mas los habitantes de Antioquía se opusieron inexorablemente. Su tumba fué durante muchos años lugar de cu-

raciones portentosas. En el lugar de la columna se levantó un monasterio y un patio octogonal, al que dan cuatro basílicas. La columna quedó a la vista en el centro del patio. Era la edificación más monumental de todo el Oriente cristiano. Todavía se conserva, semiderruído, con las piedras que sirvieron de base a la famosa columna. Los beduínos llaman a aquel lugar, hoy solitario, Kal'at Simân (Castillo de Simeón).

J. FERRANDO ROIG.

BIBLIOGRAFIA

TEODORETO DE CIRO, en *Historia Philothea* c.26: PG 82,1463s.
Act. SS. Boll., Ian., día 5. Trad. lat. de una vida contempor. Sobre ella véase: LIETZMANN, M., *Das Leben des hl. Symeon Stylites* (Leipzig 1908).
COSMAS DE THANIR, en E. ASSEMANI, *Act. Sanctor. Oriental.*, II. Ed. P. BEDJAN, *Act. Mart. et Sanctor.*, IV.
DELEHAYE, H., *Les saints stylites* (Bruselas 1923).
ID., *Les stylites:* "Rev. Quest. Hist." (1895, Janv.).
PEETERS, P., *Sobre los antiguos biógrafos de Sim. Est.:* "Anal. Boll.", 61 (1943) p.71s.

6 de enero

LA EPIFANIA DEL SEÑOR

La Iglesia en su liturgia considera la obra de la Redención más en su sentido místico que en su sentido demasiado realístico. Más que el simple hecho histórico, le interesa el sacramento, el misterio. En cierto modo, la Iglesia podría decir con San Pablo: "Si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos." En el sentido: que ahora vemos la razón y el fin de todas sus obras. ¡Cuántas veces confiesan los mismos evangelistas que mientras vivió Jesús no comprendieron el alcance y significación de sus actos! Y el mismo Cristo dice: "Lo que yo hago no lo comprendes ahora, lo verás después."

En esta concepción de la obra de Cristo es donde encuentran muchos fieles la mayor dificultad para vivir la liturgia. Atados a la letra, a la historia, al hecho concre-

to, quedan desorientados ante las visiones panorámicas, totales, completas de la liturgia. Si la fiesta de Navidad está ya llena de contrastes de la visión total del misterio, pues Aquel mismo que considera en el pesebre, se le aparece llevando sobre sus hombros las insignias del poder; esto se acentúa más en la fiesta de la Epifanía.

Al fin y al cabo el objeto de la fiesta de Navidad, de origen occidental, romano concretamente, es único y claro como su mismo nombre latino: "Nativitas". En cambio, en la Epifanía no sólo el nombre griego de esta fiesta —aparecida en Oriente—es misterioso, sino que su mismo objeto es complejo. No es extraño que si Navidad para muchos no pasa de ser una feliz nochebuena con cánticos al Niño Jesús, Epifanía quede reducida a "la fiesta de los Reyes".

Es una tendencia espontánea de los pueblos activos de Occidente el convertir los misterios en devociones que a veces no expresan más que aspectos muy secundarios de los mismos, pero que hablan más al sentimiento que a la razón.

Con todo, fundamentalmente, Navidad y Epifanía celebran un mismo hecho: el advenimiento de Dios en este mundo; solo que la primera de estas festividades lo celebra sobre todo bajo el punto de vista histórico, y la segunda bajo el punto de vista teológico e ideológico. Cuando, a fines del siglo IV, Roma aceptó la fiesta oriental del 6 de enero y el Oriente la romana del 25 de diciembre, ambas pudieron conservar su propio carácter y se completaron mutuamente.

Epifanía representa el desarrollo completo del misterio de Navidad. "El que aquel día nació de la Virgen —dice San León—, hoy ha sido reconocido por el mundo entero." Dios ha aparecido en el mundo no solamente tomando carne mortal, sino manifestándose a los hombres, mostrando sus obras y su poder, y tomando posesión de su pueblo al modo que los antiguos reyes la tomaban solemnemente de sus ciudades. Todo esto ha significado en el decurso del tiempo la palabra *epifanía*—o más tarde teofanía—y algo de esto se encuentra en la rica liturgia de esta festividad. En la adoración de los Magos han visto todos los Santos Padres la manifestación de Cristo a los paganos y al mundo en general, en el milagro de las Bo-

das de Caná la manifestación de su poder y en el Bautismo del Jordán, la purificación y toma de posesión de su Iglesia y de cada una de las almas.

Este es el triple misterio de la Epifanía, que resume admirablemente la antífona del Benedictus de la fiesta que, al mismo tiempo, nos hace ver la vida sacramental de la Iglesia: "Hoy la Iglesia se ha unido al Esposo celestial, pues en el Jordán Él la lavó de sus crímenes. Los Magos corren con sus presentes a las nupcias reales y los invitados se regocijan del agua convertida en vino."

En esta antífona se nos presenta la aparición de Dios en el mundo bajo el símbolo nupcial, tan usado en el Antiguo y Nuevo Testamento para expresar la unión de Dios con su pueblo. Yavé es el esposo; el pueblo de Israel, la esposa. Cristo el esposo, y la Iglesia la esposa. La esposa de Yavé fué infiel y, por lo tanto, repudiada por Dios. La esposa de Cristo, lavada de sus iniquidades en el Jordán—bautismo—como reina, sin arruga ni mancilla, avanza con los Magos, que son sus primicias, hacia el convite real que le prepara su esposo, y se sienta a su lado en la mesa, donde se alimenta de su cuerpo y se llena de gozo con el vino de su sangre. Todavía quedaba subrayada esta idea de las nupcias reales en la Eucaristía con el milagro de la multiplicación del pan y de los peces, que durante muchos siglos se conmemoraba asimismo el día de la Epifanía.

¡He aquí la idea de la manifestación de Dios en el mundo en toda su extensión y profundidad! Dios, que como esposo divino sale de los tálamos eternos para darse a conocer a la humanidad con su presencia, con su poder y con su gracia sacramental, con la cual penetra en lo más profundo del alma, a la que se une más íntimamente que el esposo a la esposa, encarnándose en cierto modo en ella. Esta unión y transformación son el último desplegamiento de la gracia de Navidad.

No basta celebrar Navidad con alegría, entusiasmo y fervor. Para sacar todas las consecuencias del misterio, hay que vivirlo en lo más íntimo del corazón, meditándolo, revolviéndolo, como lo hacía María en estos días: "María, nos dice San Lucas, conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón." Como lo hace la Iglesia, que a medida que va alejándose de la festividad parece descubrir más profundas y nuevas perspectivas de aquel "grande y admirable sacramento" de "aquel maravilloso comercio". Todo lo que va de Navidad a Epifanía no es en la liturgia otra cosa que un engolfarse en el misterio.

Imposible exponer aquí todo el riquísimo oficio de la Epifanía; pero sí que tenemos que comentar brevemente la solemne y grandiosa misa de la fiesta que litúrgicamente es de lo mejor que posee nuestro misal romano. En ella encontramos como estereotipada aquella grandeza, aquella sobriedad y aquel orden y lógica de la antigua Roma, pero envuelto todo ello con el carisma de la unción cristiana.

Reunidos espiritualmente en la Basílica de San Pedro —la basílica de la catolicidad—vemos entrar el Papa con toda la esplendidez de ministros, mientras el coro canta la antífona del Introito, canto hoy verdaderamente de entrada. "He aquí cómo viene el Señor dominador y en su mano están el reino, el poder y el imperio."

¿No hemos clamado durante todo el Adviento con aquel fervoroso e impetuoso "ven, Señor"? "He aquí que viene", se nos dice hoy. Y con la fe: en el Papa que entra en la iglesia de la cristiandad, en el obispo que hace su entrada en la catedral, en el párroco en su parroquia o cualquier sacerdote en su iglesia, recibimos nosotros la visita, la concreta epifanía del Señor para cada uno de nosotros. El salmo entero del Introito, cuyos versículos se cantan al avanzar el sacerdote hacia el altar, nos descubre todo el valor profético de la entrada del Señor en este mundo y en su Iglesia.

Como los Magos por la estrella, así nosotros somos conducidos por la fe hacia Dios. Pero la fe debe terminar en la visión de la magnificencia de Dios en su gloria. Es lo que pide la Colecta. La fe fué la primera aparición de Dios en nuestra alma; la fe es la estrella que nos hace hallar a Cristo en nuestra vida—como se lo hizo hallar a los Magos en la suya—y la fe es la que nos conducirá a su plena posesión en la gloria. He aquí la aparición de Cristo en toda su dimensión que nos hace implorar la Colecta.

Esta magnífica aparición de Dios a la humanidad había sido preparada desde todos los siglos y frecuentemente anunciada por los profetas del Antiguo Testamen-

to. La epístola de hoy es una de las más bellas de estas profecías. Con frases de una fuerza y colorido incomparable, nos describe aquí Isaías la gloria y grandeza de la Jerusalén ideal, que espiritualmente se realizan en la Iglesia. La Iglesia ha considerado esta profecía como un himno a su gracia, a su riqueza y a su gloria. Y por eso durante la Edad Media se cantaba esta epístola con una adornada melodía y su canto era envuelto de un rico ceremonial. Si la epístola nos presenta la profecía, el evangelio nos relata su histórica realización.

Como lazo de unión entre las dos lecturas está el canto del gradual y del aleluya. El gradual de hoy es un eco de la epístola, recoge unas frases características de la misma y las medita cantando. El aleluya, en cambio, anticipa, preparándolo, el evangelio, subrayando la idea principal de la fiesta: aparición y adoración, o luz y dones, que es también lo que expresa en otras palabras el gradual.

En el evangelio de hoy se ve claramente el sentido que la Iglesia da a la lectura de la palabra de Dios en la misa. No se trata solamente de escuchar una historia, una doctrina o una exhortación de labios del Señor. Es decir, el evangelio en la misa no es una lección de exégesis, de dogma o de moral, sino una presencia del Señor, el cual, por el sacramental de su palabra, nos prepara al sacramento de su cuerpo, donde todo lo leído cobra eficacia y una realidad sobrenatural en nuestras almas. "No digas—decía San Agustín—bienaventurados los que le vieron, oyeron, tocaron..., pues tú lo ves, lo oyes y tocas en su Evangelio." La lectura del evangelio en la misa es una verdadera epifanía del Señor. Por eso la liturgia envuelve esta lectura con un ceremonial tan solemne como si acompañara al mismo Señor: ministros, incienso, velas, beso y canto solemne.

Hoy no sólo escuchamos la historia de los Magos como si fuera la de nuestra vocación, sino que con ellos y como ellos nos arrodillamos para adorar al Señor.

Ellos le adoraron en el pesebre, envuelto en pañales, y nosotros le adoramos en el cielo reinando y cubierto de gloria. Y así damos pleno sentido a su adoración y a la nuestra.

Con toda verdad podemos, por lo tanto, cantar en el Ofertorio que no sólo los reyes de Tarsis y de las islas, y los reyes de Arabia o de Saba presentan dones y ofrendas, sino que todos los reyes de la tierra le adoran y las gentes le sirven. Entre esta multitud cósmica, nuestra adoración cobra una proporción y un sentido insospechado. ¡Qué bello sería expresar esta adoración y consagración ofreciendo hoy los dones al altar! Dones—el pan y el vino del sacrificio—que, como dice admirablemente la Secreta de hoy, no son ya oro, incienso o mirrra, sino los dones de la Iglesia en los cuales Cristo, juntamente con ella, será ofrecido e inmolado para entregarse luego como alimento de su esposa. He aquí el don perfecto.

El Señor apareció en nuestra carne mortal para transformarla e inmortalizarla. Siempre que recibimos la Eucaristía somos restaurados "con la nueva luz de su inmortalidad", como dice el Prefacio. Gracias a la misa, hoy tendrá una realidad sublime para cada uno de nosotros la Epifanía del Señor; aquí no sólo la celebramos y la meditamos, sino que la vivimos. ¡Qué significación tiene así la antífona de la Comunión: "Hemos visto su estrella en Oriente y venimos con dones a adorar al Señor"!

Nuestro corazón—después de la Sagrada Comunión—es el pesebre y el trono del Señor a la vez, allí hemos de ofrecerle el oro de nuestro amor, el incienso de nuestra adoración y la mirra de nuestra mortificación.

"Viene", "aparece", "hemos visto", "venimos", son las palabras que se repiten en la misa de hoy y que suponen una sublime realidad.

Pero para poder ver esta luz, y darse cuenta de esta realidad, se necesita tener los ojos claros.

Moisés temblaba ante la presencia de Dios. Isaías exclamaba: "¡Ay de mí, Señor, que soy hombre de labios impuros!"

Los misterios del Señor exigen la pureza de nuestro corazón. Sólo así podemos comprenderlos y vivirlos en una perpetua epifanía allá en lo íntimo de nuestra alma purificada por la gracia de Dios.

Este es el fruto que nos hace pedir la Poscomunión de hoy: "que purificado nuestro espíritu, tengamos la inteligencia del misterio que celebramos".

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!

ADALBERTO M. FRANQUESA, O. S. B.

BIBLIOGRAFIA

Véanse, ante todo, los comentarios de GUÉRANGER, SCHUSTER, MARMION, PARSCH, BAUR, etc.
BOTTE, B., *Les origines de la Noël et de l'Epiphanie* (Lovaina 1932).
PRÜMM, C., *Zur Entstehung der Geburtsfeier des Herrn in Ost und West:* "Stimm. d. Zeit" 135 (1939) 207s.
FENDT, L., *Der heutige Stand der Forschung über das Geburtsfest... und über Epiphanias:* "Theol. Liter. Zeit." 78 (1953) 1s.
FRAK, H., *Frühgeschichte und Ursprung des römischen Weihnachtsfestes:* "Arch. Liturgiew." 2 (1952) 1s.

7 de enero

SAN CARLOS DE SEZZE

(† 1670)

Algunos escritores modernos han llamado la atención de los teólogos místicos hacia este lego franciscano antes casi desconocido a causa de quedar todavía inéditos en su mayor parte sus numerosos escritos, que son cuarenta entre tratados y cartas; solamente seis, y no ciertamente los más importantes, merecieron el honor de la imprenta.

Nació este santo varón en Sezze, hermosa villa de la provincia romana, el 22 de octubre de 1613, de padres muy pobres de bienes temporales pero muy ricos de virtudes, los cuales le procuraron únicamente la instrucción elemental, que bien pronto tuvo que interrumpir para dedicarse a la guarda de ovejas, la cual empero sirvióle admirablemente, como a otro Pascual Bailón, para el ejercicio de la oración y la lectura de libritos piadosos. Visitaba con frecuencia la iglesia de los Frailes Menores, no muy lejana de su casa, y al contemplar en ella los toscos cuadros de los beatos (hoy canonizados) Salvador de Horta y Pascual Bailón, legos españoles de la expresada Orden, sentía tal entusiasmo que, como escribió después, exclamaba: "Si yo llego a entrar en esta religión imitaré a estos santos: pasaré las noches en la iglesia y haré asperísima penitencia".

Cayó luego en muy grave enfermedad, la cual fué

causa decisiva de su vocación religiosa, de modo que a los diecisiete años de edad pidió licencia para entrar entre los religiosos franciscanos de la provincia de Roma en el estado laical, lo cual consiguió después de larga y dura prueba, siendo enviado al convento de Nazzaro, donde vistió el pobre sayal de San Francisco el día 18 de mayo de 1635, empezando luego el noviciado. Pasado el año de probación entre rigurosos ejercicios de penitencia y grandes tribulaciones espirituales, algunos religiosos profesos estaban perplejos en permitirle o negarle la licencia para pronunciar los tres votos perpetuos, dudando que pudiese sostener el peso de la vida regular. En esta lamentable situación acudió el devoto joven a la Virgen Santísima, de quien había recibido ya tantísimos favores; esta clementísima Madre vino sin tardar en su auxilio, de modo que, desapareciendo aquellos temores, pudo el día 19 de mayo de 1636 consagrarse por siempre al Señor, cambiando el nombre de Juan Carlos por el de Carlos de Sezze.

La vida del fervoroso lego después de su profesión fué bastante sencilla, residiendo sucesivamente en los conventos de Morlupo, Ponticelli, Palestrina, Carpineto (patria del futuro papa León XIII), San Pedro in Montorio de Roma (en gran parte edificado por los Reyes Católicos Fernando e Isabel) y San Francisco a Ripa, que conserva el recuerdo de la habitación de San Francisco y donde Carlos de Sezze falleció santamente el día 6 de enero de 1670. Morando en Morlupo tuvo una tremenda visión que lo alentó en el progreso de la vida contemplativa; en Ponticelli dióse enteramente al ejercicio que llamaba "la confianza en Dios" o la pequeñez espiritual, a guisa de un niño descansando en el regazo de su madre y que tanto recomienda el Santo en sus escritos. Bien pronto le cautivó otro ejercicio saludable: rogar todos los días por la propagación de la fe en países paganos, deseando además derramar en ellos la sangre por Cristo, y al efecto pidió y obtuvo partir como misionero para las Indias de patronato portugués; pero al ir para allá le sobrevino una grave enfermedad, por lo cual fué trasladado a la enfermería de San Francisco a Ripa, llorando amargamente porque no podía acompañar a los que salían destinados a aquellas misiones.

En aquel tiempo la provincia romana abrió un convento de retiro en Castelgandolfo, donde los religiosos vivían con

extraordinaria austeridad, muy semejante a la de los antiguos anacoretas; allí acudió nuestro Carlos con permiso de los superiores; pero por lo visto el sitio no era muy sano, así es que poco después, esto es, en 1643, hubo que cerrar aquel convento a causa de las enfermedades contraídas por algunos religiosos; por lo cual el siervo de Dios fué trasladado a Carpineto, donde pudo dar pruebas de su heroica caridad durante la terrible epidemia que devastó aquella región. Viósele muchas veces asistiendo a los pobres apestados más peligrosos sin cuidarse de su propia salud y también cargando sobre sus espaldas a los muertos para darles cristiana sepultura. Dios permitió que en vez de premio por tanta abnegación y sacrificio recibiese una pública reprensión y fuese trasladado al convento romano de San Pedro in Montorio para encargarse del oficio de sacristán y más tarde del de cuestor de limosnas en la misma capital. Ejercitando este último humilde servicio recibió de Jesús Sacramentado el más estupendo prodigio de su vida, que le mereció el título de "Serafín de la Eucaristía", pues que entrando una mañana en la iglesia de San José "de Capo le Case", situada cerca de la actual plaza de España, y oyendo allí en compañía de algunos fieles y todo absorto en el amor de Jesús el santo sacrificio de la misa, al llegar al acto de la elevación un rayo luminoso partió de la hostia sagrada hiriendo el costado del Santo hasta penetrar su corazón—cuya señal se observa todavía actualmente—, con lo cual cayó el extático lego en un admirable deliquio de amor y dolor, como él mismo refiere en su autobiografía. Desde este momento la vida de fray Carlos fué eminentemente eucarística, de modo que frecuentemente después de la santa comunión experimentaba largos coloquios e íntimas comunicaciones con Jesús, a quien tanto recreaba el fervor y sencillez columbina de su siervo.

Este fidelísimo hijo del "Pobrecillo de Asís" fué decorado con el don de milagros: numerosísimos enfermos recobraron la salud mediante las oraciones que por ellos elevaba al Señor, a la Virgen Santísima y al entonces Beato Salvador de Horta, taumaturgo catalán, cuya devoción habían propagado por Italia los franciscanos de Cerdeña, en cuya capital había fallecido en 1567, y en este mismo tiempo trabajaba en Roma para su canonización el Beato Buenaventura de Barcelona, lego también fallecido igualmente como su compatricio en tierras italianas. El mismo Carlos de Sezze refiere difusamente unos veinte milagros obrados por él mediante una reliquia del prodigioso franciscano de Horta, que llevaba siempre consigo. Estos milagros lo mismo que sus excelsas virtudes y maravillosas profecías hicieron popular en el Lacio el nombre de fray Carlos, de modo que hasta algunos cardenales y papas lo colmaron de obsequios. Predijo el honor del Papado a los purpurados Chigi (Alejandro VII), Rospigliosi (Clemente IX), Alfieri (Clemente X) y Albani (Clemente XI), otros pontífices lo invitaron no pocas veces a su corte para aprovecharse de sus sobrenaturales consejos y espiritual doctrina.

Maravilla causa ver en Carlos de Sezze, que solamente había aprendido a leer y escribir, una doctrina mística tan sublime, que algunos escritores modernos la comparan a la de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz, proclamándolo uno de los mejores autores de la misma disciplina en el siglo XVII, dotado ciertamente de ciencia infusa. Es verdaderamente un escritor fecundo. No se han conservado todas sus obras, pues sabemos que estando en Carpineto su confesor le mandó quemar un libro de meditaciones, lo cual ejecutó sin resistencia alguna, y otro confesor suyo, el padre Antonio de Aquila, el cual nos ha dado la primera lista de los mismos escritos, asegura que había otros ya entonces perdidos. De todos modos, los que existen actualmente dan derecho a proclamar a San Carlos autor espiritual de grande fecundidad y seguro magisterio.

Entre sus obras, estudiadas recientemente con utilísimos detalles por el docto padre Jaime Heerinckz, descuellan por su importancia: *Le tre Vie*, tratado sobre la vía purgativa, iluminativa y unitiva; *Cammino interno dell'anima; Discorsi sopra la vita di N. Signor Gesù Cristo; Sacro Settenario*, que, según dice él mismo autor, la seráfica madre Santa Teresa de Jesús se lo dictó textualmente; finalmente la obra más extensa y de mayores vuelos: *Le grandezze della misericordia di Dio in un anima diulata dalla grazia divina*, que es su autobiografía, compuesta por inspiración divina y por mandato de su confesor. El Santo trabajó en esta última obra desde 1661 hasta 1665, mientras residía en el convento romano de San Pedro in Montorio. Describe en ella su propia vida

y sobre todo las gracias que había recibido del Altísimo desde su infancia a la edad de cincuenta y dos años. El libro está dividido en siete partes y en ciento doce capítulos, su materia está saturada de preciosas ideas y descripciones importantes no solamente por lo que se refiere a la vida del autor, sino también y principalmente por la multitud de fenómenos místicos y muy extraordinarios, en esta voluminosa obra descritos, y que pueden ser utilísimos a los cultivadores de la ciencia mística.

La doctrina espiritual de este siervo de Dios es siempre sólida y sustancial; y a pesar de que su autor no pudo dedicarse a estudios de alta teología, trata de ella de una manera maravillosa, describiendo sapientemente los grados más elevados de la mística católica, de modo que en este sujeto verificóse de nuevo la verdad de la sentencia evangélica según la cual el Señor esconde los misterios divinos a los sabios del mundo y los revela a los párvulos de espíritu.

Murió el Santo en el convento romano de San Francisco a Ripa en la fiesta de los Reyes de 1760, después de pocos días de enfermedad, durante la cual recibió, arrodillado en el suelo, el divino Viático, confortado con una celestial visión del Salvador, de la Virgen Santísima y de muchos ángeles. El papa León XIII lo elevó a los primeros honores de los altares en 1882 y Juan XXIII lo ha canonizado en este año de 1959 juntamente con la barcelonesa beata Joaquina Vedruna de Más, fundadora de las Carmelitas de la Caridad. Su sepulcro se venera en la iglesia franciscana de San Francisco a Ripa, pero el corazón incorrupto, con la señal de la cruz impresa en el acto del prodigio eucarístico referido, se conserva en la capilla del convento llamada de San Francisco.

FRAY JOSÉ M.ª POU Y MARTÍ, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA

VICENZA, A. M. DE, *Vita del beato Carlo da Sezze* (Venecia 1881).
HEERINCKX, P. J., *Les écrits de Charles de Sezze:* "Arch. Franc. Hist." 28 (1935) p.324s.; 29 (1936) p.55s.
GUZZO, P. CL., *Aureola seráfica,* I p.125s. (1951).
ID., *Luce serafica. Il B. Carlo da Sezze dei Frati Minori* (Roma 1942).
VENDITTI, V., *S. Carlo da Sezze* (Roma 1959).

8 de enero

SAN SEVERINO, ABAD

(† 482)

Al considerar un poco a fondo cada época de la historia, la primera consecuencia es de una curiosa humildad: todos los momentos históricos aparecen claves, críticos, decisivos. Objetivamente hay que acabar opinando así pese a que filósofos de la historia de talla actualmente han caído en creer nuestros años como especialmente distintos y de límite. Y es que, así como el individuo se sitúa en el centro de su mundo y su ambiente pequeño y todo lo interpreta como circunstancia personal, de igual forma cada generación y cada siglo se ha colocado en el centro de dos épocas y ha tenido la petulancia y el egotismo de juzgarse históricamente en el umbral de una nueva edad.

También puede nacer esta postura y opinión de un sentido de responsabilidad loable, de la conciencia de saberse protagonista del rumbo de su tiempo y querer redimir a la humanidad y su historia del pecado original y sus secuelas, constante lastre, constante anticristo frente al que es preciso plantarse. En realidad, todas las épocas fueron cruciales de una manera semejante. Nuestro siglo XX es decisivo para la divinización del mundo como lo fué el XIX —con todas las locuras de sus libertades sin freno—, lo fué el siglo llamado de "las luces" por su laicización general y su cultura antirreligiosa, lo fué el XVII con la universal resquebrajadura de la unidad religiosa europea. Y el XVI por el neopaganismo renacentista que afectó a la misma Roma. Los siglos de la Edad Media fueron tan críticos con el nacimiento de las naciones que su catalogación mereció el nombre preciso de "Media", de borrón y nueva cuenta. La etapa anterior se llama "Edad de Hierro" de la Iglesia, lo que era decir de la humanidad y la cultura por ser todo lo humano y culto prácticamente eclesiástico. Y el derrumbamiento del Imperio latino tuvo iguales categorías de crucial.

Siempre ha sido nuestra Iglesia la conciencia del mundo.

Siempre ha llevado ella la responsabilidad y la tarea de educar y dignificar a los hombres, de lavar heridas y levantar otra vez los muros y las instituciones, el idealismo y la espiritualidad de cada momento.

Por eso hablar de la Iglesia es hablar de la continuidad de la obra educadora de la humanidad.

Todo esto nace de la simple consideración del ambiente que rodeó y justificó la figura de San Severino quien, por vivir la inquietud de la Iglesia de su tiempo, puede ser escogido como figura tipo de su época. Entonces el anticristo se llamó Atila, como después se llamaría Lutero, Voltaire, más tarde Napoleón, Hitler y Stalin.

El ambiente del santo abad fué bronco, decisivo, de universal naufragio y de anuncio de un nuevo mundo. Si su silueta histórica es de ejemplar, sus coordenadas geográficas también resultan asimismo muestra de la tónica general del momento. El origen de Severino es un misterio; pero más importa su obra que su fuente. A su estilo austero y tan poco de este mundo, conviene maravillosamente este pasado en nieblas. Por su trato exquisito, su lenguaje escogido y su cultura hizo sospechar cuna italiana. Con ello sería una vez más Roma la madre de los pueblos.

Severino había llegado hasta la provincia romana del Nórico —entre las actuales Baviera y Hungría— cuando aquella región inhóspita se conmovía trágicamente contra las embestidas en aluvión de los pueblos bárbaros en las últimas resistencias imperiales. Corría el año 453 a grupas del corcel de Atila, el huno, ya sin jinete al haber muerto entre los coros salvajes de sus hombres que cabalgaron hasta días entre trompas de guerra en torno de su tienda en homenaje póstumo.

Los herederos de Atila se disputaban el reino húngaro y los confines del Danubio ante la temerosa espectativa de las guarniciones romanas debilitadas por el rigor invernal. Era ésta una de las primeras versiones de la gran defensa del Asia frente a la Europa culta: el hielo. Contrasta con el escenario abigarrado de violencia, la figura de Severino, el monje que llevaba una vida pobre, casta, pacífica. Ni los hielos, ni las distancias, ni los peligros de caer en manos de las partidas guerreras incontroladas, pusieron freno a su caridad, que era larga como cruel la barbarie de los invasores.

El primer campo de su acción fué la ciudad de Astura, en una de las orillas del Danubio. Vivió allí una existencia retirada hasta que se le vió llamando a penitencia a sacerdotes y pueblo. Les habla de la necesidad de mudar de vida como medio de desarmar al Señor en su ira antes de que sufran la invasión que vaticina inminente. Pero fué en vano. Todas las insistencias del Santo siguieron inútiles por lo que, después de señalar a un buen anciano que le hospedó el día y la hora en que se cumplirían sus predicciones, partió para Cumana, plaza fuerte cercana a Astura. Cumana ya había caído en manos bárbaras, pero otros pueblos amenazaban con nuevo sitio y matanza. Por ello también les amonestó al cambio de vida y, cuando empezaban los oyentes a discutir las razones del Santo, un hombre, huído de la destrucción de la vencida Astura, les dió testimonio del cumplimiento de las palabras de Severino. "Nada de esto hubiera sucedido de haber dado oídos al santo varón que nos lo anunciaba". Y señaló al monje predicador: "Este es el que quiso librarnos".

Se resolvieron a tres días de oración que terminaron con la ayuda del cielo por un terremoto que hizo huír a los bárbaros. La fama del Santo corrió y de nuevo encontró motivo en los prodigios que obró en Fabiena que, bloqueada por los hielos la navegación fluvial, perecía de hambre. También con la oración y penitencia logró Severino que se fundieran los ríos, y desde la Retia llegaron los navíos salvadores.

La crítica histórica se estrella ante el misterio de esta existencia. Ya sus contemporáneos, concretamente los habitantes de Cumana, deseosos de conocer la naturaleza de su salvador, fracasaron. La única fuente de conocimiento de esta vida pintoresca es la *Vita Sancti Severini* de su discípulo Eugipio. Este escrito tiene toda la candidez suficiente para averiguar un fondo indudable de veracidad y lograr una abundancia de detalles capaces de dibujar en el santo abad una talla de ejemplar de la Iglesia de su siglo.

Era suyo un criterio fundamental sobre las relaciones entre los desastres y la justicia vindicativa de Dios. Si Atila había dejado nombre y fama de "azote de Dios", azotes divinos sabía ver Severino en todas las calamidades que, desde la guerra, llovían sobre los territorios y los hombres de aquel imperio corrompido.

Aunque su vida transcurrió en olor de multitudes, su temperamento era inclinado a la soledad monacal. Para ella fundaba monasterios a su paso sin arraigarse en ninguno de ellos, pero buscando en todos esa vida retirada en Dios. Pese a esta vocación contemplativa, señala Eugipio que "cuanto más ardientemente deseaba darse a la soledad, tantas más revelaciones le movían a no negar su presencia a los pueblos afligidos". Por eso seguía su predicación evangélica por aquellas llanuras heladas, descalzo, ayunando, mientras se hacía respetar por romanos y bárbaros, los que, incluso siendo arrianos, le veneraban como a santo en la más universal acepción.

En campo abierto, predica y sana enfermos, siempre a cambio de la penitencia que predicaba, de la limosna a los pobres deportados por las huídas en masa que empujaba la guerra, de la confianza en Dios.

Odoacro había hecho del Nórico puente de sus incursiones en las propias tierras de Italia y, cuando se decidió a la aventura definitiva, oyó de labios de Severino una profecía que no había de olvidar jamás: "Hijo mío, pasa a Italia. Si ahora vas vestido de pieles, te verás después en situación de dispensar grandes beneficios a tus semejantes". Este reyezuelo de un pueblo mínimo acabó, en 476, venciendo las postreras resistencias imperiales y, depuesto Rómulo Augústulo, sentándose en el trono de Italia.

El prestigio del Santo crecía y le fué pedido aceptara una silla episcopal. Su reacción reveló de nuevo su ahondado deseo de solitario: "Bastante es haberme privado de la soledad para mezclarme con las multitudes". Y quedó en abad de los dos monasterios que fundó.

La misión de paz, educación y espiritualismo de la Iglesia está siempre alumbrando en la historia figuras como la de Severino. Las comunidades religiosas suelen ser la herencia que estos hombres dejan para extensión y continuidad de su estilo y su labor. Severino fundó dos monasterios de importancia y otros muchos auxiliares. Boetro —la actual Instadt—, Fabiena. También Batavia, a la que arrancó de la rapiña de Giboldo, rey de los alamanos, por quien era extraordinariamente apreciado y de quien logró el canje de prisioneros. En Instadt su fundación persiste en basílica y en ella se conserva la celda del santo abad.

Le pidieron los bátavos que fuera a solicitar del rey Flava de los susos permiso para comerciar. El Santo respondió: "Llega tiempo en que esta ciudad sea un desierto como con otras ha sucedido. ¿Para qué proveer de comercio un lugar en que ningún comerciante podrá comprar ni vender?" La rudeza de la contestación provocó a un sacerdote a increparle diciendo: "Vete, te ruego, vete deprisa y, con tu marcha, descansemos un poco de ayunos y vigilias". Estas palabras levantaron un clamoreo burlesco entre el pueblo en contra de Severino, quien marchó de la ciudad prediciendo el castigo. Poco después Curimundo invadió el lugar y el sacerdote poco amigo de las austeridades murió en el mismo sitio en que pronunciara sus palabras hirientes.

Cuenta Eugipio que en la ciudad de Tulnam había surgido una secta secreta cuyo culto califica de "nefando" el biógrafo. El Santo predicó al pueblo según su costumbre y los sacerdotes hicieron ayuno por tres días. Entonces ordenó Severino repartir cirios por las casas que después llevarían los fieles al templo con ocasión de los divinos oficios. Suplicó allí el hombre de Dios que se mostrara la luz del Espíritu Santo para que fueran descubiertos los herejes, pese al secreto en que se escondían. Después de su oración, la mayor parte de los cirios se encendieron de súbito milagrosamente mientras permanecían apagados los de los inficionados por error. Fué en esta misma ciudad donde hubo de intervenir con ocasión de una desoladora plaga de langosta. Reunió como de costumbre al pueblo para la oración y penitencia. Acudió al templo "todo sexo y edad, incluso los que con la voz aún no podían rezar" y, cuando todos estaban entregados a estas prácticas, uno dejó el resto y estuvo en su campo de mies combatiendo la plaga. Sólo después volvió a la iglesia. Su cosecha quedó devorada en medio de la abundante mies de los demás.

Esta rudeza de los medios—rezos, ayunos, penitencias—y de las reacciones justicieras, es nota que colorea la vida de San Severino de un tinte especial un tanto apocalíptico, muy propio del ambiente violento y de límite que trae consigo todo período de guerra y crueldad.

También alumbra un franciscanismo adelantado como ocurrió en Kuntzing, donde el Danubio hacía tremendos destrozos con sus riadas, y su iglesia, edificada extramuros de la ciudad, sufría aún mayor daño. Ordenó Severino grabar la señal de la cruz en el pavimento del templo y habló así al río: "No te deja mi Señor Jesucristo traspasar este signo". Y el Danubio obedeció siempre desde

entonces. Sólo una fe evangélica—la que traslada montes y tuerce ríos—es capaz de plantarse ante el caudal turbulento y correr el riesgo de esta orden tan expuesta al fracaso más público.

En tanto, Odoacro, ya rey de Italia por la caída del Imperio, no olvidó la profecía que de este triunfo le había hecho el santo abad y, en su memoria, él, arriano, no se contentó con no perseguir a los católicos, sino que los protegió deferentemente. Fué el último homenaje de los pueblos bárbaros al Santo y como el adelanto y primera cosecha de la educación que había de hacer la Iglesia, a través de toda la Edad Media, sobre estos pueblos.

Severino, sintiéndose próximo a la muerte, llamó al rey Fleteo y a su hermano Federico de Nórica, que acudieron a Fabiena para recoger el testamento del monje. "Veo cercana la muerte, les dijo, por eso os conjuro a que respetéis la hacienda de vuestros súbditos y proveáis los monasterios faltos de mi ayuda a causa de mi muerte."

Desde entonces se entregó a la preparación para el trance y a cuantos le visitaban, les anunciaba día y hora que había conocido por revelación. Llegado el momento, abrazando a los monjes y con el salmo 150 en los labios, murió: "Laudate Dominum in sanctis eius..."

Era el 8 de enero del 482. Los hielos del Danubio echaron de menos desde aquel invierno los pies de Severino evangelizando paz, evangelizando bien.

ENRIQUE INNIESTA COULLANT-VALERA, SCH. P.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 8 de enero: *Vita* (la major), por su discípulo EUGIPIUS.

MOMMSEN, en "Mon. Germ. Hist. Script. ad us. Schol." (Berlin 1898). Reproduce la *Vita* de Eugipius.

BAUDRILLART, A., *Saint Séverin apôtre du Norique* (Paris 1908).

9 de enero

SANTOS JULIAN Y BASILISA

(† ca. 304)

La familia de Julián vivía en la ciudad de Antioquía, durante el siglo IV. El recibió una formación esmerada en la ciencia y en la piedad, dirigida a constituir una continuación de la vida noble de sus antepasados. Lo cual incluía el contraer un matrimonio digno de su rango.

Al insistir sus padres que contraiga desposorios y matrimonio, se le cierran a Julián los caminos de la virginidad que un día había prometido al Señor. Ante esta actitud paterna, Julián pide unos días para deliberar calmadamente una decisión tan seria en la que se ventila la cuestión de seguir a Jesús o desobedecer a sus padres. En este punto dice la leyenda que Julián conoce por revelación del cielo la esposa con la que podrá guardar la anhelada virginidad.

Con un suave olor de flores—y seguimos copiando la leyenda—los novios Julián y Basilisa son arrastrados hacia el amor de la virginidad, apareciéndoseles Nuestro Señor Jesucristo aprobando la determinación de conservarse intactos. Acompañan a Cristo un cortejo interminable de santos y santas vírgenes, entre cuyo desfile grandioso y ante la expectación de los celestes ejércitos ven sus nombres como en un letrero inmenso.

Esta aparición fué para Basilisa y Julián como una jura de bandera, con estruendo de clarines y con sonar de armonías inolvidables. Al poco tiempo mueren los padres de Julián y ambos reciéncasados se retiran y fundan sendos monasterios.

El sitio donde se apartó Julián era un campo árido; pero allí se reunirían gran cantidad de personas deseosas de recogimiento. El espíritu los lanzaba al desierto, como sucederá en todas las épocas de la historia. Piedra a piedra fueron levantando el edificio donde reposar el cuerpo mientras trabaja la mente en sublimes y divinos pensamientos. La finalidad que estos monjes perseguían al venir en torno a San Julián era imitar a Cristo en su cua-

resma, hasta que el hambre mordiese sus entrañas, aun cuando su imaginación les sugiere convertir milagrosamente las piedras en panes, venciendo así al eterno tentador con la irrefutable contestación de que el hombre vive también de las palabras salidas de la boca de Dios.

A escuchar esas conversaciones divinas dichas al oído de las almas se encaminó Julián hasta los desiertos, abandonando el estrépito de las aguas torrenciales, de los bullicios callejeros y huyendo de las gentes, de los pequeños imperios y de las propias glorias tan tremendamente seductoras, consiguiendo subir así al monte alto de los siete círculos. San Julián fué a encontrar el ambiente recogido y ensimismado en un monasterio fabricado con el sudor suyo y de sus infatigables monjes, marchó buscando esa ciudad santa, donde los espíritus no tropiezan contra las piedras con tanta facilidad.

Este apartarse del ruido y del nerviosismo es propio de la actividad desbordante también hoy día. Asombra constatar esta tendencia a vivir como ermitaños en el centro mismo de las ingentes poblaciones, donde cada cual queda aislado, silencioso, leyendo o revisando el semanario gráfico a falta de Evangelio. No podemos negar que somos esencialmente ermitaños y monjes.

Julián, en su monasterio cercano a Antioquía, tuvo la personal vigilancia de todos los quehaceres de la comunidad y con este motivo la autoridad del santo abad tendría que abarcar a todos los monjes con cariño y con prudencia, distribuyendo equitativamente las cargas y los duros trabajos entre los componentes del monasterio. Era Julián uno más que realizaba lo de su incumbencia con la misma exactitud con que hacía ejecutar lo que ordenaba, no reprendiendo con encono ni con altanería, sino con frases amables, comprensivas y alentadoras, cargadas de amor, que llegaban hasta lo más profundo del súbdito.

Había en el monje Julián una mezcla de bronco y dulce, de amable y de áspero. Corregía, consolaba, entusiasmaba y admiraba a los monjes a quienes gobernaba con una paz y una tranquilidad tan grande, que parecían estar solos en el más solitario de los desiertos.

Tampoco nos causa asombro que su esposa Basilisa se asociase a otras compañeras en una vida conventual. Dice la leyenda que Basilisa y las demás vírgenes que residían en el monasterio no lejano al de Julián conocieron por re-

velación divina el tiempo de su muerte. Basilisa, que durante toda su vida había exhortado siempre con su ejemplo y sus palabras a la práctica de la santidad monástica, les pone delante el cielo, superabundante premio de sus mortificaciones, austeridades y renuncias. Y al poco de morir aquellas vírgenes, se aparecen a Basilisa, notificándola la fecha de su muerte; ella se acuerda de la visión primera que tuvo en compañía de Julián mientras eran novios, cuando decidieron consagrar a Dios a perpetuidad su virginidad.

Siguiendo la leyenda, encontramos a Julián, a quien habíamos visto al cargo de una comunidad de monjes a las afueras de Antioquía. Julián da sepultura a Santa Basilisa, cuando todavía reinaba la paz en la ciudad; sobre su cadáver virgen el santo esposo imploró a Dios perpetuo descanso para ella.

En la película titulada "La túnica sagrada" se oye repetir al centurión romano que presenció impertérrito la crucifixión del Señor una frase: "¿Estuviste allí?". Mientras los martillazos de las trirremes que vuelven de Palestina a Roma le recuerdan en su locura cómo clavaron y asesinaron al Mártir primero de la cristiandad en una cálida tarde frente a la populosa Jerusalén, señora del mundo. Aquel vestido sagrado sobre el que echaron suertes a los dados, mientras la sangre púrpura caía sobre la tierra oscurecida, no se le borra de la mente al centurión.

Quisiera preguntar al autor del libro donde leí los datos de la vida y martirio de San Julián, si había presenciado el suceso y si había sentido un ramalazo escalofriante al ver a los verdugos y a los cuerpos martirizados, pero me respondió un silencio en la vacía biblioteca.

Sobre Antioquía un día vinieron los conflictos y las persecuciones contra la Iglesia; y todas las saetas y tormentos empezaron a funcionar con furor y saña. A mares eran martirizados los cristianos y los muertos se amontonaban en la tierra antioquena como impasibles escombros.

El presidente de Antioquía, Marciano, ordena apresar y encarcelar a Julián y a los que con él residían en el monasterio apacible.

Pero Julián no se amedrenta y valientemente profesa su fe en la persecución. Innumerables personas mueren quemadas por declararse cristianas. La hoguera estuvo encendida para tronchar y aniquilar las vidas, como siglos más

tarde rodeará e iluminará el atormentado rostro de Santa Juana de Arco.

Hay expectación en la gente cuando Marciano increpa con solemnidad a Julián.

—Adora a los dioses.

—No hay más Omnipotente que Dios, el Padre nuestro.

—Obedece los decretos del emperador.

—Jesucristo es mi único César.

—¿Crees en un Crucificado?

—Él tiene escuadrones inmortales.

—Marcharás a la muerte.

—El emperador de Roma también es polvo y en polvo se convertirá.

Dios ayuda a los mártires y coloca en los labios de sus escogidos palabras arrolladoras que confunden y vencen a los tiranos.

—¿Te ríes de nuestros dioses y de nuestro emperador? Ante los tormentos no habrá bromas ni réplicas.

El presidente Marciano cambia ahora de táctica, cosa frecuente en los hombres astutos que no quieren conocer las derrotas propias.

—Tus padres, Julián, fueron nobles. Te daremos honores.

—Desde el cielo me miran y me alientan a permanecer en mi religión.

—El cristianismo es religión de esclavos y adoran a un crucificado. Los nobles no van a la cruz.

—Mi Dios tiene la nobleza de haber derramado toda la sangre por el bien y la salvación de los hombres.

—Basta, Julián. Que te abran dolorosos y profundos surcos sobre tu carne cristiana.

Durante la flagelación sucede un milagro, ese argumento irrefutable y enorme que tiene Dios para los incrédulos de todos los siglos.

Un verdugo daba demasiado fuerte y araba en el cuerpo de Julián con notorio encono, cuando de un latigazo flagelante le saltó un ojo. El mártir, que no se cura a sí mismo y que deja sangrar a sus martirizados miembros, implora el milagro para el mismo verdugo despiadado.

—Que le den una loción.

Se perfuma el ambiente cargado de sangre con un olor como de muchos bálsamos orientales. Después de que Julián con su sangrante brazo hace la señal de la cruz, el

sayón recobra el ojo perdido. Pero en los criminales no hay piedad, ni ternura, ni compasión.

La espada no fallará y una cabeza que había siempre pensado en Cristo cae sonando débilmente como testimonio mudo de cristiandad, para un día resucitar con una gloria inmensa por el martirio sufrido.

Las sangres de los mártires riegan las tierras más ásperas, y Julián, con su inmolación cruenta, convierte a Celso, el hijo del presidente Marciano. Ha asistido al juicio, escuchando el fallo de su padre y ha contemplado impávido la ejecución terrible de la absurda sentencia, el milagro y la muerte del santo Julián.

Es el último triunfo terreno del mártir. Celso convertido, bautizado y, valiente, muere recibiendo el galardón del martirio.

VALENTÍN SORIA.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., día 9: *Passio*. Ed. TRAUBE, en "Mon. Germ. Hist.". *Poetae lat. aevi Carol.* t.3 p.1.ª p.73-121, *Passio S. Iuliani*, por ANDRADE LE PETIT, del siglo IX.

MOLINIER, *Sources...*, n.813.

BAUDOT, etc., *Vies des Saints et des Bienheureux* vol.1 p.171s. (París 1935).

10 de enero

BEATO GREGORIO X

(† 1276)

El papa Beato Gregorio X (1271-1276) es uno de los Romanos Pontífices más insignes del siglo XIII, que constituye el apogeo de la Iglesia medieval. Con Inocencio III (1198-1216) se puede decir que la Iglesia y el Pontificado llegaron al cenit de su prestigio y significación, siendo los papas verdaderos árbitros de las coronas de los reyes, y los motivos religiosos los que guiaban en sus empresas a los hombres más eminentes del tiempo. En este estado de florecimiento religioso continuó la sociedad europea a través de todo el siglo XIII. Entre sus principales manifestacio-

nes podemos notar el gran esplendor de las universidades y estudios medievales, en París, Oxford, Bolonia, Salamanca y otros importantes centros, y con figuras tan prominentes, como Alejandro de Halés y San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Lo mismo podríamos decir del gran apogeo del arte religioso, que nos presenta las grandes catedrales góticas de París, Reims, Chartres y Amiens, Milán, Burgos, León y Toledo, por no citar más que las principales.

Pues bien, el gran mérito de Gregorio X estriba en haber sabido mantener este prestigio extraordinario de la Iglesia en un tiempo en que, debido a una serie de dificultades, existió un gravísimo y persistente peligro de decadencia eclesiástica. Sus extraordinarias cualidades naturales y, sobre todo, el esfuerzo de su virtud y espíritu eclesiástico fueron los que realizaron una obra tan trascendental para la Iglesia.

Llamábase Teobaldo Visconti y pertenecía a una ilustre familia italiana. Nacido en Piacenza en 1210, distinguióse desde sus primeros años por su aplicación y constancia en el estudio, que fué coronado con extraordinarios éxitos. Dedicóse de un modo especial al Derecho canónico, que cultivó en Italia y, más tarde, en París, donde tanto florecían a la sazón los estudios escolásticos. Pero, a la par que en sus estudios, brilló particularmente por el temple de su virtud y por su espíritu eminentemente eclesiástico. Por esto, ya en estos primeros tiempos, se mostraba siempre dispuesto a toda clase de sacrificios que el servicio de Dios le exigiera, y no había dificultad capaz de detenerlo en las empresas que juzgaba de la gloria de Dios.

Conociendo sus superiores eclesiásticos la extraordinaria erudición, relevantes cualidades y profunda virtud que lo distinguían, nombráronlo, primero, canónigo de Lyon, y poco después archidiácono de Lieja. Más aún. Inocencio IV (1243-1254) le ofreció el obispado de Piacenza; pero él renunció a tan elevado honor. Sin embargo, sus cualidades naturales y el temple de su virtud se pusieron cada vez más de manifiesto. Durante el concilio I de Lyon, que fué el XIII ecuménico, fué celebrado por Inocencio IV y significa uno de los momentos cumbres de la Iglesia en el siglo XIII, el arzobispo de Lieja quiso tenerle a su lado como acreditado canonista. Poco después, siendo archidiácono de Lieja, y mientras pasaba algunas temporadas en París, dedicado a profundizar en los estudios canónicos, San Luis, rey de Francia, le dió testimonios de muy particular veneración. Más aún. El cardenal Ottoboni tomó consigo a Teobaldo, de cuya virtud y prestigio se sirvió en su legación a Inglaterra.

De esta manera Teobaldo Visconti se fué preparando para las grandes empresas, para las que Dios lo destinaba. Apenas terminada esta legación, recibió del Papa la orden de predicar la cruzada por la reconquista de Tierra Santa, con lo que comenzó a entusiasmarse por uno de los problemas que más debían preocuparlo en lo sucesivo. Entregóse, pues, de lleno a esta gran empresa, y, para poder realizarla, procuró establecer la unión y buena inteligencia entre los príncipes cristianos, y tanto llegó a entusiasmarse con este ideal, que se dirigió a Palestina con el objeto de consolar y alentar a los caballeros cruzados, a cuya cabeza se hallaba entonces el príncipe Eduardo de Inglaterra. Fueron innumerables los sufrimientos que tuvo que arrostrar en esta peligrosa peregrinación y en la realización de su empresa; pero su alma de apóstol y su eximia caridad le comunicaban fuerzas para todo.

Hallábase, pues, en Ptolemaida, entregado en cuerpo y alma a obra tan sacrificada y apostólica, cuando recibió la noticia de haber sido elegido como Papa el primero de septiembre de 1271. En efecto, a la muerte de Clemente IV en 1268, después de tres años enteros de sede vacante, debido a las enormes dificultades y a la gran desunión reinante, los cardenales no habían podido entenderse para la elección del nuevo Papa, hasta que al fin pusieron los ojos en Teobaldo Visconti, simple archidiácono de Lieja y ausente entonces en Palestina, cuyas relevantes cualidades y eximia virtud les eran bien conocidas, y convinieron en su elevación al solio pontificio. En realidad era la mejor elección que pudieron haber realizado. Al recibir tan inesperada noticia, Teobaldo aceptó la pesada carga que Dios le imponía, tomó el nombre de Gregorio X y se dispuso a volver a Italia.

Naturalmente, los cristianos de Tierra Santa, aunque sentían la partida de tan eminente apóstol, experimentaron una satisfacción inmensa, con la seguridad de que el nuevo Papa les enviaría los socorros que tanto se necesitaban. El mismo, según se refiere, al despedirse del Oriente, ter-

minó su emocionante alocución con estas palabras: "Que mi lengua se pegue a mi paladar, si yo no pongo a Jerusalén a la cabeza de todas mis alegrías."

Llegado a Roma en marzo de 1272, recibió la Orden del presbiterado, pues era únicamente diácono; luego fué consagrado obispo y coronado como Papa el 27 del mismo mes. Como era de suponer, su ideal desde un principio fué enviar el socorro necesario a los cristianos de Tierra Santa y renovar la cruzada para su definitiva liberación. En realidad se puede decir que en él revivió por algún tiempo el espíritu de cruzada. Por esto se dirigió rápidamente por medio de una célebre carta al rey Felipe de Francia, hijo de San Luis.

Esta idea de cruzada iba en él íntimamente unida con el más intenso esfuerzo por la unión con los griegos, quienes pocos años antes (en 1261), con la reconquista de Constantinopla, habían puesto término al imperio latino oriental; pero en aquellas circunstancias eran favorables a la unión. Es cierto que su emperador, Miguel Paleólogo, se movía a ello más bien por motivos políticos, pues suponía con buen fundamento que esta unión apartaría a Carlos de Anjou de sus peligrosos planes de conquista en el Oriente a costa de los griegos; pero, de todos modos, la voluntad de unión existía en los orientales, y Gregorio X trató de aprovecharla en sus planes de cruzada y de unificación general de la Iglesia.

Penetrado, pues, de esta idea, y con el objeto de promover juntamente en la Iglesia occidental la paz y la reforma de costumbres, dirigió una importante carta a los obispos de toda la cristiandad, anunciándoles la celebración de un concilio ecuménico que debería abrirse en mayo de 1274. Hecho esto, dedicóse con infatigable celo a la preparación de tan importante asamblea.

Como primer paso para su realización, puso el Papa todo su empeño en la pacificación de los espíritus en toda la Europa cristiana. Así, trabajó intensamente para apaciguar los pueblos del norte de Italia, ensangrentados entonces por las luchas entre los güelfos y gibelinos. Por otra parte, introdujo en muchas partes medidas de reforma y, sobre todo, en medio de la división existente en Alemania sobre la sucesión al imperio, dirigió en octubre de 1273 una exhortación a los príncipes electores para que

procedieran a la elección, y al recaer ésta sobre Rodolfo de Habsburgo, el Papa lo reconoció solemnemente.

En lo tocante a la preparación inmediata del gran concilio que debía reunirse en Lyon, invitó a los más célebres teólogos a presentar sus observaciones sobre el estado de la Iglesia. Creó cardenales al dominico Pedro de Tarantasia y a San Buenaventura; invitó al más célebre de los teólogos de su tiempo, Santo Tomás de Aquino, quien murió mientras se dirigía al concilio. Finalmente, partió el Papa desde Orvieto, y a su llegada a Lyon recibió la visita del rey de Francia, quien le entregó definitivamente el condado del Venaissin.

Finalmente, el 7 de mayo de 1274 se pudo celebrar en la catedral de San Juan la primera sesión del concilio II de Lyon y XIV ecuménico, en presencia del rey Juan I de Aragón, unos quinientos obispos y gran número de abades, así como también los representantes de algunos príncipes seculares. Con su sermón, basado sobre el texto "Desiderio desideravi..." el mismo Papa, que lo presidía, dió comienzo al concilio, en el que propuso con toda claridad los tres fines que en él se pretendían: ayuda a Tierra Santa, unión con los griegos y reforma de la Iglesia.

Dios premió los innumerables trabajos que Gregorio X realizó en aquella memorable empresa. Es cierto que, por la antipatía existente entre los orientales y los occidentales, la cuestión de la unión era poco popular entre los griegos, quienes le hicieron la mayor oposición; pero al fin se impusieron sus partidarios. El 24 de junio se presentaron en Lyon los representantes del emperador bizantino, Miguel Paleólogo, y tras difíciles discusiones, en la sesión IV del 6 de julio, se proclamó la unión. Los griegos reconocieron el Primado de Roma y admitieron la fórmula del "Filioque". En cambio se les concedió poder conservar el símbolo usado desde antiguo en sus iglesias, así como también sus antiguos ritos. A la cabeza de los partidarios decididos de la unión estaba el nuevo patriarca Juan Bekkos. Aunque sincera, esta unión fué muy poco duradera. Según se refiere, Gregorio X, que tanto amaba a la Iglesia griega, derramó lágrimas de alegría al ver realizada la unión.

Por lo que se refiere a los demás objetivos del concilio, decretóse destinar a la cruzada durante seis años los diezmos de la Iglesia; pero, no obstante los abnegados esfuerzos del santo Pontífice, la cruzada no llegó a realizarse.

Por otra parte, ya en la sesión segunda, se proclamaron varios principios dogmáticos, y en la tercera, algunos decretos disciplinares en orden a la reforma eclesiástica. Entre tanto, antes de la sesión quinta del 16 de julio, murió San Buenaventura en el mismo concilio. El Papa asistió a sus funerales, celebrados en la iglesia de los franciscanos de Lyon. Luego, con el objeto de evitar la repetición de una sede vacante de tres años, como la anterior, publicó Gregorio X la constitución *Ubi periculum*, por la que se introducía el sistema del *conclave*, en el que los electores quedaban encerrados hasta que se verificaba la elección. Mas, como se tomaban ciertas medidas bastante rigurosas respecto de los cardenales, hubo de parte de éstos una enconada oposición, hasta que al fin pudo ser proclamada.

Tal fué la obra fundamental realizada en la Iglesia por el insigne papa Beato Gregorio X. Después del concilio, entregóse de lleno a poner en práctica las medidas de reforma que se habían ordenado, particularmente las que se referían a los eclesiásticos. Con no menor intensidad trabajó en reunir socorros para los cristianos de Tierra Santa y para mover a los caballeros de Occidente a realizar la cruzada; pero ésta no llegó a realizarse por las divisiones existentes en la cristiandad. Con todo esto, el Romano Pontífice y la Iglesia volvieron a recobrar el antiguo prestigio y continuaron en su apogeo medieval.

En su vida privada, Gregorio X dió durante su pontificado los más edificantes ejemplos de caridad, humildad y fervor religioso, que le conquistaron la opinión general de gran santidad y la más profunda simpatía del pueblo cristiano. Así, se nos refiere que, diariamente, lavaba los pies de algunos pobres; enviaba a algunos empleados en busca de las personas más necesitadas y repartía entre ellas abundantes limosnas. Por otra parte, observaba la mayor austeridad consigo mismo, no tomando alimento más que una vez al día y entregándose a la oración todo el tiempo posible. Pero, aunque tenía un corazón tan blando y caritativo con los pobres y desgraciados, era sumamente enérgico con los malvados y delincuentes. Es célebre en este punto el caso de Guido de Monfort, el asesino de Enrique de Alemania. Habiéndose presentado al Papa para obtener la absolución de su crimen, éste lo hizo encerrar primero en una fortaleza, y sólo un año después permitió

al patriarca de Aquilea lo admitiera en la comunión con los fieles.

Pero los trabajos que tuvo que sufrir Gregorio X durante el concilio y después de él, unidos a la austeridad de su vida ascética, lo habían agotado por completo. Dios no le concedió ver de nuevo a Roma. Mientras volvía de Lyon, después de pasar por Milán y Florencia, se vió obligado a detenerse en Arezzo de Toscana, donde, víctima de una pleuresía, murió el 10 de enero de 1276. Según se refiere, al sentir la proximidad de la muerte, pidió un crucifijo, y mientras lo besaba con la mayor devoción y recitaba la salutación angélica, entregó su alma a Dios. Incluído por la Iglesia en el número de los beatos, Benedicto XIV, en su célebre obra *Sobre la Canonización*, dedica largo espacio a la relación de su vida y milagros, tal como lo encontró en el archivo del tribunal de la Rota.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

BENEDICTO XIV, *De canonizatione*... l.2 apénd.8.
BERNARD. GUIDONIS, ed. MURATORI, *Rerum italicarum Scriptores* t.3 p.597s.
GUIRAUD, E., CADIER, L., *Regesta Gregorii X*.
MISCHI, G., *Gregorio nella cronaca di un vescovo aretino:* "Anal. Boll." 33 (1914) 254s.
DUCHESNE, L., *Liber Pontificalis*, II p.456s.
WALTER, FR., *Die Politik der Kurie unter Gregor X* (1894).
En particular, sobre el Conc. II de Lyon: HEFELE-LECLERCQ, *Histoire des Conciles* t.6 p.153s.; VERNET, F., en "Dict. Théol. Cath."; AUER, J., *Studien zu den Reformschriften für das II. Lyon. Konzil* (1910).

11 de enero

SAN PALEMON, ANACORETA

(✝ ca. 330)

La idea de soledad ha fascinado a muchos santos, y también a San Palemón lo arrastró al desierto. El Evangelio nos dice que "el niño crecía y se fortalecía en el espíritu y vivía en los desiertos..." (Lc. 1,80).

Pero el hombre no puede permanecer solitario si no está sostenido por el espíritu. El hombre puede estar alimentado de silencios y soledades, y si el silencio y la soledad nos asustan es porque comprendemos en seguida que seremos juzgados y que se derribarán nuestras máscaras y que la celeste voz no seguirá siendo sofocada por nuestra propia voz.

Aun cuando hayamos logrado que el silencio y la soledad ya no nos espanten, no por eso dejamos de ser unos falsos eremitas, porque todavía no hemos descubierto en el silencio y en la soledad lo que la renuncia exige para que realmente sea un bien: el despego incluso de las mismas ataduras espirituales. ¿Dónde se puede encontrar un silencio que dure más de un minuto? En el desierto. ¿Dónde encontrar una soledad que dure más de una noche? En el silencio amplio de los desiertos.

La época de Palemón era la edad de los desiertos, con celdas solitarias bajo el azul negruzco de los cielos inmensos. Palemón se hizo santo escuchando a nuestro Dios, hablando con Él en el enorme silencio de los descampados. Los ermitaños evocaban aquella incomparable tarde de la creación cuando el sol se alejaba de la tierra por vez primera, mientras los campos no tenían hombres que los labrasen. Dios aún no acostumbraba a pasear por el paraíso palpando la brisa del atardecer.

Los ascetas en las tardes emocionadas retañendo los campaniles y entonando rezos armoniosos llenaban las horas del crepúsculo.

Eran tardes jubilosas de quienes no temen a las tinie-

blas en soledad aunque lleguen los tremendos ruidos de las noches hondas y alargadas sin el brillar de las estrellas. Esos ermitaños solitarios sentían en voz alta, calmada o angustiada según estuviesen por dentro sus almas.

Tardes de San Palemón ermitaño, parecidas a las de los desiertos de hoy, sin sonar de semáforos ni estrépitos de fábricas ni de raíles; tardes solitarias sin estridencias. Todo era paz en los desiertos aquellos sin caminos ni flores. También por las tardes baja Dios en nuestras tardes festivas a los corazones de hoy en las misas vespertinas, a la misma hora en que la tristeza se ahonda en su corazón divino por los espectáculos y por los licores cien veces mezclados.

San Palemón hoy día se hubiera retirado a la soledad más allá de los míseros suburbios, donde los trenes no silban y donde los pesados autocamiones no crepitan, y hubiera huído de los bellos paisajes y de las estrepitosas concentraciones deportivas.

Hasta el extenso desierto en que vivió primeramente San Palemón no hay una senda; ni tampoco existen indicaciones que señalen su situación sobre la tierra. Siempre en el desierto es difícil hallar aguas inagotables, y cuando se descubre un manantial el agua despide un olor nauseabundo y como a betún; pero su gusto no es desagradable.

Deliberaba Palemón sobre su vida futura: ¿continuaría él en el desierto o buscaría un monasterio donde poder vivir en comunidad? El cielo le dió la respuesta; de este modo antepondría la vida eremítica a la monástica. La regla sería la de San Pacomio. Juntos levantaron un amplio edificio con muchas celdas. Así empezaron su renombrada santidad en medio de la mayor de las pobrezas.

Palemón, aquel solitario que rezaba en los desiertos, no querría abandonar sus silencios y su absoluto recogimiento. Está acostumbrado a mirar a los árboles y a escuchar su mudo y misterioso lenguaje. No conoce el chirriar de los portones toscos del monasterio. No ha visto nunca las celdas alineadas en pasillos anchos con arcadas y patios.

El que se mortificaba con los soles sofocantes y con los fríos de los amaneceres invernales dormirá bajo techado, defendido contra las lluvias y contra el calor del mediodía.

Acudirá Palemón a la iglesia para hacer la oración pre-

ceptuada con los otros monjes hermanos. Y en unos atriles grandes y altos del coro central colocarán libros de rezos copiados con esmero y paciencia.

Con una misma música entonarán las sacras canciones que se elevan como inciensos en las solemnidades litúrgicas de la comunidad monástica. Sinceramente, Palemón lo encuentra todo como algo ficticio. Para rezar una fórmula, para cantar unas notas idénticas, para pasear, descansar y madrugar han de tener un mismo horario. Vivirá con exactitud la regla de Pacomio, al igual que antes se ha santificado sin reglamentaciones escritas. Dios está en todo lugar y se le puede adorar en todos los rincones en espíritu y en verdad. Palemón tiende a adaptarse y lo consigue. Vestirá hábito pobre, pero limpio. Su comida será austera y estará entremezclada con los ayunos prescritos.

Ha dejado Palemón sus costumbres solitarias. Ha dejado de ser como un pastor. Y es que donde nadie está, allí se encuentran los pastores. Ellos no precisan compañía; solos bajo los astros y bajo los vientos y las lluvias; por las noches negras y cerradas y al sol de los días ardientes y espléndidos. Sus caminos, como antes los de Palemón, son caminos de estrellas y sus cartografías y sus guías tienen por orientación la cruz que forman los invisibles meridianos y paralelos. Los marinos de todos los tiempos y los pastores y ascetas de todas las épocas han mirado encariñados a los cielos, y a través de las llanuras de arenas y de las longitudes incalculables de los mares han andado las distancias de sus vidas. San Palemón para siempre ha dejado sus días ermitaños, cuando como los pastores y los soldados dividía sus horas de rezos por el avanzar y el declinar del sol y de las estrellas.

Pacomio, Palemón y Antonio fueron tres admirables hombres que se encerraron en la región de la Tebaida. El monasterio de Palemón y Pacomio fué edificado en Tabennisi. San Macario lo había levantado en Escitia. Macario, ya anciano, irá a visitar a Palemón y a Pacomio.

A fin de que el recogimiento fuese profundo y lo más parecido posible al de los ermitaños, los monjes residían en celdas separadas unas de otras; así deberían hablar menos con los compañeros y dialogar más con Dios. También la austeridad pasaría inadvertida y no se excitaría la vanidad. Muchos monjes se alimentaban exclusivamente de crudas legumbres remojadas con agua. El pan

era amasado en el mismo monasterio sosteniendo los cuerpos de aquellas almas que pensaban más en el Señor que en su sustento.

En tres partes se dividía la jornada en el monasterio de San Palemón: las plegarias públicas o privadas centralizaban la actividad monástica; mutuamente se instruían y entusiasmaban en el seguimiento de los caminos de Dios. También se dedicaban al trabajo manual y a los quehaceres precisos para el sostenimiento de la comunidad.

Cuatrocientos monjes componían la comunidad de Tabennisi. La regla era dura dentro de la discreción. Durante la Cuaresma Palemón y sus compañeros no tenían límites para sus asperezas y sus mortificaciones. Algunos no tomaban alimento más que al anochecer. Otros monjes de Tabennisi cada dos días comían; algunos resistían ayunando cinco días.

Para domar su carne y hacer penitencia, algunos permanecían de pie en oración durante la noche. Era frecuente en el monasterio de Palemón utilizar las hojas de palmera para saciar el hambre provocada por los ayunos.

Había quien prefería hojas de col. Para que el diablo no pudiera mezclarse en estas mortificaciones y combatir así el orgullo, Palemón comía algunos de estos elementales alimentos. De esta manera no se singularizaba tanto. Palemón siempre acudía a Pacomio, que era el abad de aquel monasterio, porque en los asuntos ascéticos se camina más velozmente dirigido por un experto guía espiritual. Cuando el monje obedece, las sombras y las luces separan por completo sus propios campos.

Como la sencillez de su vida fué la admirable muerte de este monje, que empezó sus caminos santos como ermitaño. En el cielo las estrellas le dejaron paso para habitar con el Señor de los bienaventurados .

VALENTÍN SORIA.

BIBLIOGRAFIA

Véanse las obras que tratan del cenobismo o monaquismo antiguo, en particular sobre San Pacomio: PALADIO, *Historia Lausiaca*: "Texts and St.", VI 1-2 (Cambridge 1898-1904). LADEUZE, *Étude sur le cénobisme pacômien*, I (París 1898).

WORKMAN, H. B., *The evolution of the monastic Ideal from the earliest times...* (Londres 1913).

AZNAR, S., *Ordenes monásticas...* (Madrid 1913).

MORIN, G., *L'idéal monastique et la vie chrétienne des premiers jours*, 3.ª ed. (París 1921).
BRÉMOND, J., *Les pères du désert*. En "Les moralistes chrét.", 2 vols. (París 1926).
DRAGUET, R., *Les pères du désert* (París 1949).

12 de enero

SAN ARCADIO MARTIR

(† ca.304)

Nada seguro se dice en las actas que poseemos de San Arcadio, sobre el tiempo ni sobre el lugar de su martirio. Entre los cronistas, unos suponen que tuvo lugar en tiempo de Valeriano, hacia el 268; otros, más probablemente, en la persecución de Diocleciano, hacia el 304. Por otra parte, algunos martirologios antiguos colocan su nombre entre los mártires del Africa, y los historiadores modernos señalan en particular Cesarea de Mauretania, como el lugar de su martirio.

Efectivamente, hacia el año 304, ardía en el Africa la persecución de Diocleciano, que tantas víctimas costó a la Iglesia. Bastaba la menor sospecha para que los esbirros del gobernador de la Mauretania penetraran en las moradas particulares, y si daban con algún cristiano, saciaban en él desde el primer momento el odio que profesaban al nombre de Cristo, lo cargaban de cadenas y conducían inmediatamente delante del gobernador. Diariamente eran apresadas nuevas víctimas, a las que se obligaba a asistir a los sacrificios públicos ofrecidos a los dioses y a ofrecer incienso a los ídolos.

En estas circunstancias, Arcadio, perteneciente a una distinguida familia, con el objeto de no comprometer a sus parientes, retiróse a un lugar solitario, donde permaneció oculto algún tiempo, mientras ejercitaba allí sus prácticas religiosas y ayudaba, en cuanto le era posible, a sus hermanos cristianos en momentos tan difíciles. Mas por su condición distinguida en la población, su ausencia no pudo pasar mucho tiempo inadvertida. Así, pues, como los magistrados públicos no lo vieran comparecer en los sacrificios ofrecidos a los dioses, enviaron sus esbirros en su busca, los cuales allanaron su casa; pero no pudieron encontrar en ella más que a uno de sus parientes, de quien no hubo manera de obtener noticia ninguna sobre el paradero de Arcadio. Así, pues, llenos de furia ante su fracaso, apresaron a dicho pariente y lo condujeron ante el gobernador.

Entre tanto continuaba Arcadio en su escondite, bien seguro de las pesquisas de los satélites del gobernador. Pero, informado rápidamente de lo ocurrido, no pudo con su corazón noble y caritativo, consentir que aquel pobre pariente estuviera sufriendo por él. Uniéndose, pues, a este sentimiento su ansia de sufrir por Cristo, salió de su retiro y se dirigió espontáneamente ante el juez de la Mauretania, y atestiguó ante todo que él era Arcadio, a quien ellos buscaban, y luego hizo expresamente profesión de su cualidad de cristiano. "Por consiguiente, añadió, si por mi causa detenéis en prisiones a ese pariente mío, ponedlo inmediatamente en libertad, pues aquí me tenéis a mí. Yo os aseguro que él es inocente y ni siquiera conocía el lugar de mi retiro."

Inmediatamente, pues, el pariente fué puesto en libertad. Pero entonces comenzó la prueba más dura de Arcadio. El juez lo invitó formalmente a ofrecer sacrificio a los dioses protectores del Imperio. Si así lo hacía, quedaría inmediatamente en libertad. El diálogo siguiente y el atroz martirio que sufrió Arcadio, nos lo refieren las Actas que se nos han conservado, que el célebre historiador Dom Ruinart incluye entre las *Actas sinceras de los mártires*, si bien modernamente no se les atribuye tanta autoridad. Según todos los indicios, el fondo es enteramente verídico; pero algunas de las circunstancias y los detalles de algunos tormentos pueden ser más o menos legendarios.

Efectivamente, según refieren dichas actas, Arcadio repuso al juez: "¿Es posible que vos me hagáis la propuesta de sacrificar a los dioses, con la esperanza de obtener la libertad? ¿No conocéis a los cristianos, o pensáis que el temor de la muerte me hará traicionar nunca a mi fe? Jesucristo es mi vida y la muerte es mi ganancia. Inventad todos los suplicios que más os gusten; pero sabed que nada podrá hacerme traicionar a mi Dios".

Es cierto que este género de respuestas de los már-

tires, por su carácter apasionado, impulsivo y acometedor, presenta todo el carácter típico de las leyendas posteriores; pero, despojándolas de lo que pueda haber de legendario o exagerado, queda en pie la firmeza inquebrantable del mártir, que espontáneamente se presenta ante el juez, hace profesión de cristiano y se niega decididamente a sacrificar a los dioses, sin dejarse amedrantar en lo más mínimo por las amenazas de los más duros suplicios y de la misma muerte. Así parece, con palabras más sencillas y objetivas, pero decididas y absolutas, en otras actas semejantes de mártires, sacadas de los mismos protocolos oficiales de los procesos.

Fácilmente se comprende la violenta reacción del juez romano ante una respuesta tan decidida de Arcadio. Con el intento de rendir la inquebrantable firmeza de Arcadio, el gobernador pone ante sus ojos con la mayor viveza los tormentos que se le aplicarán si no ofrece sacrificios a los dioses: los garfios de hierro, los azotes con puntas de plomo al estilo romano, y otros semejantes. Pero el servidor de Cristo no se deja intimidar y persiste en la más decidida confesión de su fe. Entonces el juez ordena que se practique en el mártir la más horrible carnicería: que se le corten, uno a uno, todos los músculos de los brazos, de las espaldas y de las piernas hasta los pies. Al escuchar este mandato, Arcadio siente que todo su cuerpo se estremece, pero levanta sus ojos a Dios y siente cómo Éste le comunica las fuerzas que necesita.

Las actas describen luego, con el más crudo realismo, cómo se fué realizando en el santo cuerpo del mártir la orden del gobernador. El mártir va ofreciendo el sacrificio de cada uno de sus miembros, pero, durante tan sangriento suplicio, no cesa de bendecir al Señor. Como el único miembro que le queda es la lengua, añaden las actas este rasgo, que aunque pertenezca a la leyenda, es sumamente significativo: "el mártir, se dice, continuaba bendiciendo a Dios con estas palabras: Dichosos miembros míos. Ahora sí que me sois verdaderamente caros, puesto que pertenecéis únicamente a mi Dios, a quien sois ofrecidos en sacrificio. Ahora me es más ventajoso estar separado de vosotros para estar luego unido con vosotros en la gloria". Y dirigiéndose a los testigos de aquellos tormentos, "aprended, les dijo, que todos estos tormentos no son nada para quien tiene ante sus ojos la corona del cielo. Vuestros dioses no

son verdaderos dioses. Renunciad, pues, a ofrecerles sacrificios. Solo Aquel, por el que yo sufro y muero, es el Dios verdadero. Morir por Él, es alcanzar la verdadera vida; sufrir por Él, es gozar de inefables delicias".

En medio de estos razonamientos, Arcadio entregó dulcemente su alma a Dios. Sin discutir en detalle cada uno de estos tormentos y las palabras que dirigió al juez y a los circunstantes, lo que ciertamente consta es la heroica constancia del mártir, que sin ablandarse por los más fascinadores halagos, sin desfallecer ante los más atroces sufrimientos, derramó su sangre en defensa de su fe. Es el ejemplo sublime del mártir para los cristianos de todos los tiempos, que debemos estar siempre dispuestos a sufrir toda clase de penalidades en defensa de nuestra fe cristiana, y aun en la vida ordinaria, debemos arrostrar las mayores molestias por no ofender a Dios.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., dia 12. Se incluye: *Passio Arcadii* y *Sermo* o panegírico de *Zenón.*

RUINART, DOM, *Acta Martyrum sincera* (ed. París 1689) p.590s. (sobre la *Passio* anterior). Cf. asimismo DELEHAYE, H., *Legendes hagiographiques* p.135s.

MONCEAUX, P., *Histoire littéraire de l'Afrique chrét...*, III (París 1905) p.154s., 365s.

TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'hist. ecclés...*, V p.557s., 796s. Véase "Dict. Hist. Géogr." col.1485s.

SAN BENITO BISCOP, ABAD Y CONFESOR

(† 690)

San Benito Biscop, de origen inglés, es uno de los apóstoles que más contribuyeron en el siglo VII a llevar a feliz término la obra de cristianización y organización de la Gran Bretaña, iniciada por San Gregorio Magno (590-604) y San Agustín de Cantorbery.

Nacido hacia el año 629, pertenecía a una noble familia de la corte de Oswy, rey de Northumbria, y fué desde

su primera juventud muy estimado por el rey. Sin embargo, a los veinticinco años, sintiéndose movido por Dios hacia la vida de retiro, dió el adiós al mundo, se dirigió por vez primera a Roma con el objeto de cimentar bien su piedad, visitando las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles y empapándose íntimamente en las verdades de la fe y en los principios de la perfección cristiana y, a su vuelta, se entregó de lleno al estudio de la Biblia y a la práctica de la piedad.

Pero bien pronto tuvo que interrumpir su vida de estudio y de ascética cristiana con un nuevo viaje a Roma. Egfrido, hijo del rey Oswy, que planeaba él también un viaje a Roma, pidió a Benito Biscop lo acompañara en esta peregrinación. Aceptó gustoso Benito tal invitación, particularmente grata para él; y, aunque Egfrido no pudo realizar su viaje, partió él por segunda vez a Roma, donde procuró profundizar más en la perfección cristiana y en las ciencias eclesiásticas. No sabemos cuánto tiempo se detuvo en esta ocasión en Roma; pero lo que sabemos es que, a su vuelta, se retiró al célebre monasterio de Lerins, que tanto se había distinguido por sus hombres eminentes y por su observancia regular. Allí, pues, después de la preparación conveniente, tomó el hábito religioso y, más tarde, la tonsura clerical, y durante dos años siguió con la mayor perfección la vida monástica. Después de esto hizo su tercer viaje a Roma, donde tenía intención de fijar su vida en adelante; pero el papa San Vitaliano (657-672) le ordenó volver a Inglaterra al lado de Teodoro de Tarso, obispo de Cantorbery, y de Adriano, que partían para la Gran Bretaña. Adriano se detuvo de momento en Francia; pero Benito y Teodoro llegaron felizmente al territorio de Kent, a Inglaterra.

Y con esto comienza la etapa más característica y fecunda de la santa vida de San Benito Biscop. Hallábase entonces la Iglesia de la Gran Bretaña en un momento decisivo. La obra de conversión de los anglosajones, iniciada en Kent en 597 por San Agustín y sus treinta y nueve compañeros, seguía avanzando a través de graves dificultades. Al territorio de Kent siguieron los de Essex, la Northumbria y otras provincias o reinos de la Heptarquía. El año 664 fué de gran trascendencia; pues, patrocinada por el cristiano rey Oswy de Northumbria, se celebró la célebre

discusión entre los antiguos celtas y los nuevos cristianos, con lo que se llegó sustancialmente a la unión. El nuevo arzobispo de Cantorbery y primado de Inglaterra, Teodoro de Tarso, tomó posesión de su sede en 669 y completó durante los decenios siguientes la organización de la Gran Bretaña cristiana.

Pues bien, en esta obra, fundamental y definitiva, uno de sus principales colaboradores fué San Benito Biscop, quien, con su virtud, sus conocimientos teológicos y su indomable actividad, trabajó incansablemente por consolidar la vida religiosa en Inglaterra. Efectivamente, el nuevo primado Teodoro nombró inmediatamente a Benito abad del monasterio de San Pedro y San Pablo, de Cantorbery. Era un puesto de gran influjo, desde el cual trabajó Benito durante dos años con gran celo y extraordinario fruto. Pero, a la llegada de Adriano en 671, descargó en él esta dignidad, y por cuarta vez se dirigió a la Ciudad Eterna. Benito había formado amplios planes de fundación de nuevos monasterios en Inglaterra, para lo cual necesitaba estudiar detenidamente en Roma toda la disciplina eclesiástica y las reglas monásticas. Con este objeto permaneció largo tiempo en Roma, visitó diversas partes de Italia; se procuró una buena y selecta biblioteca de los mejores libros religiosos y una gran cantidad de reliquias y de cuadros de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de algunos santos.

Con todos estos preparativos volvió de nuevo San Benito, en 674, a Northumbria, donde el sucesor de Oswy, Egfrido, le hizo una entusiasta acogida y le entregó grandes terrenos para la construcción de un monasterio. Rápidamente puso Benito manos a la obra, levantando en la desembocadura del río Wear el monasterio, denominado por eso mismo Wearmouth, que tanta fama tuvo luego en la historia, y que él puso bajo el patronato de San Pedro. Mientras se terminaba la obra del monasterio, San Benito se dirigió a Francia, de donde trajo arquitectos y obreros especializados para la construcción en piedra, con los cuales levantó la iglesia de Wearmouth, que fué la primera que se construyó en piedra en la Gran Bretaña conforme al estilo de las de Francia e Italia. Hasta entonces se construían sólo en madera, como se había hecho en *Lindisfarne*. Por otra parte, hizo adornar la nueva iglesia con altares, frescos y vidrieras de colores, lo cual constituía otra insigne novedad en Inglaterra, con lo cual y con la multitud de

imágenes que colocó en los altares, contribuyó eficazmente a que el pueblo comprendiera mejor los misterios de la religión cristiana.

Tal satisfacción produjo en el rey la obra de Benito, que le asignó otra cantidad de terreno a la ribera del Tyne, donde fué construído el monasterio de Jarrow, que se puso bajo la advocación de San Pablo. Ambos monasterios, a corta distancia uno de otro, fueron considerados casi como uno solo, que gobernó durante algún tiempo el mismo fundador, San Benito Biscop. Pero más tarde nombró un abad para cada uno, sobre todo cuando tuvo que ausentarse en su nueva peregrinación a Roma. En la iglesia de San Pedro de Wearmouth colocó hermosos cuadros de la Santímima Virgen y de los doce apóstoles, la historia del Evangelio y las visiones o revelaciones de San Juan. El de San Pablo de Jarrow lo embelleció con diversas pinturas, que dispuso en tal forma que presentaran la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y juntamente la correspondencia entre los tipos de uno y la realidad del otro. Así, Isaac, llevando a cuestas la leña que debía servir para su propio sacrificio, era explicado por Jesucristo, llevando su propia cruz en la que debía él mismo ser sacrificado. Y, de un modo semejante, la serpiente de bronce de Moisés, en lo alto de un palo, quedaba ilustrada por Jesucristo levantado en la cruz.

Para completar su obra, hizo San Benito su quinto y último viaje a Roma, de donde trajo gran cantidad de reliquias y de libros. Más aún. Deseando introducir en Inglaterra en toda su perfección y grandiosidad los oficios litúrgicos y todas las ceremonias del rito latino, obtuvo del papa San Agatón (678-681) le diera como compañero al abad de San Martín, llamado Juan, maestro de música y de ceremonias de San Pedro del Vaticano. Así, pues, el abad Juan acompañó a San Benito a Inglaterra e introdujo allí la música gregoriana, la liturgia y todo el ceremonial romano, todo lo cual contribuyó eficazmente a elevar el espíritu religioso del país. En realidad, los dos monasterios fundados por San Benito constituyeron desde entonces dos centros de cultura religiosa y progreso medieval. Sus bien equipadas bibliotecas, la magnificencia de sus iglesias y el esplendor de su liturgia, obra todo ello de las fatigas de San Benito Biscop, contribuyeron a la formación de aquellos ejércitos de misioneros, que más tarde emigraron al

continente europeo, para devolverle con creces el bien que de él habían recibido.

Durante toda su vida, San Benito Biscop fué para todos un ejemplo viviente del más puro amor de Dios y de todas las virtudes religiosas. Pero esto se manifestó de un modo especial en los últimos años de su vida. Débil ya por su edad y por varias enfermedades, dió a todos ejemplo de paciencia y resignación cristiana, que a las veces se transformaba en verdadera alegría espiritual. Durante su larga enfermedad, sentía especial complacencia, a fuer de buen anciano, en relatar sus correrías apostólicas y sus viajes a Roma, así como también los admirables ejemplos de que había sido testigo en multitud de casas religiosas. Y cuando ya no se sentía con fuerzas para hablar ni para rezar, hacía venir un monje para que le recitara las horas del oficio divino, que él seguía en la forma que le era posible. Así lo hizo, sobre todo, durante los tres últimos años de su vida, en que una parálisis le impedía casi todo movimiento.

Particularmente digno de mención es su constante esfuerzo por mantener la presencia de Dios, de donde brotaban aquellas ardientes exhortaciones que dirigía de cuando en cuando a sus discípulos: "No consideréis como cosa mía las constituciones que yo os he dado. Después de visitar diecisiete monasterios, que vivían en la mejor observancia, procuré hacer una síntesis de las reglas y prácticas religiosas que me parecieron mejores, y esto es lo que os he dado a vosotros. Tal es mi testamento."

De esta manera, después de recibir con admirable fervor el Santo Viático, descansó dulcemente en el Señor el 12 de enero del año 690. Las dos abadías de Wearmouth y de Jarrow conservaron su memoria con gran veneración hasta que desaparecieron por efecto del cisma anglicano, promovido por Enrique VIII.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

BEDA, EL VENERABLE, *Historia Eclesiástica; Vitae Abbatum Wiremuthensium et Girvensium; Homilia in natale Sancti Benedicti* (Biscop).
PLUMMER, ed. de la *Historia Eccles.* de *Beda: Ecclesiastical History.*
STANTON, R., *A menology of England and Wales* (Londres 1887).
MONTALEMBERT, *Les moines d'Occident* IV [ed. 1867] p.457s.
ALLISON, T., en "Church Quart. Rew." 107 (1928) p.57s.

13 de enero

CONMEMORACION DEL BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César..., momento ruidoso y solemne en los fastos de Israel, a la manera de los antiguos profetas, *vino la palabra de Dios sobre el mayor de ellos, Juan, hijo de Zacarías, en el desierto* (Lc. 3,1-2), donde crecía su recia juventud desde que dejara las rientes montañas de Aïn Karim.

Obedeciendo al instante, vino por toda la región cercana al bajo Jordán, frondosa de vastas praderas y estepas, *predicando* en el despoblado *un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados* (v.3).

Después de varios siglos reanudaba la tradición de los profetas, encarnando el espíritu y las trazas del más austero de ellos, Elías. Avasallaba con su ejemplo. Un vestido de pelos hirsutos de camello, y un ceñidor paupérrimo de cuero alrededor de sus lomos. Cual su indumento, tal su comida: langostas, secadas al sol o al horno y estrujadas luego, manjar de gentes pobres, y miel silvestre, destilación gomosa de ciertos árboles, a falta de la exquisitez de las abejas. Su austeridad de profeta, el tema de su predicación de profeta, que recrimina los vicios sin acepción de personas, y su mensaje de más que profeta sobre el Mesías próximo, junto con el rito inusitado de un bautismo, figurativo de la reforma interior de vida, conciliándole gran autoridad, promovía un fuerte movimiento religioso, que aquellas caravanas orientales se cuidaban de extender hasta los últimos confines.

Las turbas sencillas, los publicanos y soldados, arrepentidos, se inmergían en el baño, *confesando sus pecados*, con una especie de *confiteor* general.

Los soñadores de apocalipsis no veían represalias, ni desquites contra los gentiles, sino ejemplos de conversión real y verdadera.

El "juicio" del Mesías estaba próximo: *Ya el bieldo está en sus manos para limpiar su era, y meter su trigo en*

el granero, y quemar la paja en un fuego inextinguible (Mt. 3,12). Los saduceos, escépticos, y los fariseos, aferrados a sus tradiciones muertas, se mantenían, ciegos, a la expectativa. *¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira de Dios inminente? Haced, pues, frutos dignos de penitencia. La segur está ya puesta a la raíz del árbol. Así que, todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y arrojado al fuego* (Mt. 3,7-10).

POR AQUEL TIEMPO, Jesús, que tendría unos treinta años, *vino de Galilea al Jordán en busca de Juan para ser de él bautizado* (v.13).

Juan, empero, iluminado interiormente, con profundo respeto, *se resistía diciendo: Yo he menester ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?* (v.14). *Y Jesús responde: Déjame hacer ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia. Juan entonces condescendió con él* (v.15).

Por las mismas razones que en la circuncisión, Jesús, el Santo de los Santos, se somete a toda la Ley. Aquí da autoridad al bautismo de Juan, verdadera preparación y preanuncio del que establecerá, más tarde, el mismo Jesús para que sean los hombres incorporados de verdad en su reino, la Iglesia. Muestra prácticamente la real senda de la penitencia, necesaria a todos; y consagra el agua, comunicándole "la virtud santificadora", para que sea instrumento adecuado de regeneración.

Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua se le abrieron los cielos y vió bajar al Espíritu de Dios a manera de paloma (*o en forma corporal como de una paloma* [Lc. 3,22]) *y posar sobre Él. Y oyóse una voz del cielo que decía: Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puesta mi complacencia* (vv.16-17).

Ante este movimiento religioso, la autoridad teocrática no pudo por más tiempo permanecer indiferente y quiso tomar informes directos del caso. Era su obligación, por otra parte, investigar sobre ritos nuevos, y sobre cuanto tuviera alguna relación con el advenimiento del Mesías.

Y los judíos le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas, miembros del Sanedrín, para preguntarle: *¿Tú quién eres?*

Y Juan responde, tajante, que no es el Cristo, ni Elías, ni el profeta legendario, esperado; sino simplemente la voz

del que clama en el desierto: *Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías* (Jn. 1,20-23).

—*Pues, ¿cómo bautizas...?*

Respondióles Juan: Yo bautizo con agua—un rito exterior, extraordinario, que simboliza la remisión de los pecados, y, a lo más, excita a penitencia interna, por contraste con el bautismo—*en el Espíritu y en el fuego* (Mt. 3,11), que conferirá el Mesías.

—*Yo bautizo con agua*—dice—, *pero en medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis. Él es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar las agujetas de sus zapatos* (vv.26-27).

¡En medio de vosotros está el Rey de los judíos! ¡Qué emocionante revelación oficial a la autoridad teocrática! Un poco más y podrá señalarle con el dedo a sus propios discípulos: *¡Ved ahí el Cordero de Dios!*

Al día siguiente de esta embajada, *vió Juan a Jesús que venía*, victorioso del desierto de la cuarentena, *a encontrarle. Y Juan*, gozoso, *le señala a sus discípulos* anhelantes: *He aquí el Cordero de Dios; ved aquí el que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón, el cual ha sido preferido a mí, por cuanto era ya antes que yo. Yo no le conocía*, personalmente; *pero yo he venido a bautizar con agua, para que él sea reconocido por Mesías en Israel* (vv.29-31).

Y dió entonces Juan este testimonio de Jesús, diciendo: Yo he visto al Espíritu Santo descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre él. Yo antes no le conocía (de una manera cierta, completa, oficial); *mas el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y reposa sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios* (vv.32-34).

Tres grandes cosas entraña este nuevo, precioso y más explícito testimonio de Juan, de grandes alcances teológicos y escriturísticos.

1.º Es el *Cordero de Dios.*

a) El *cordero pascual* sacrificado por los israelitas antes de salir de la esclavitud de Egipto, significaba que el mundo iba a salir, con la venida del Mesías, de la servidumbre del pecado.

b) El *cordero* que mañana y tarde se ofrecía en el templo en expiación de los pecados del pueblo, anunciaba que Jesús iba a quitar con su sacrificio *el pecado* (raíz, suma y carga de todos los) *del mundo.* ¡Aspecto doloroso y al mismo tiempo el más noble del destino de Jesús! ¡Su vida, pasión y muerte aseguran *la universalidad de la Redención!*

c) Numerosos textos del Antiguo Testamento presentan al futuro Mesías manso y humilde, como un cordero. Isaías, más claramente que los demás profetas, en su llamada *Passio secundum Isaiam,* nos descubre el cuadro impresionante del "Siervo de Yahvé". Aquel "Varón de dolores" tomó sobre sí nuestras enfermedades, y le reputamos como leproso y herido de Dios. Llagado por nuestros crímenes, con sus cardenales fuimos sanados. Se ofreció porque quiso, y no abrió su boca como oveja que va al matadero, y como cordero que enmudece delante del que le trasquila. Habiendo Él ofrecido su vida en sacrificio por el pecado, verá una descendencia muy duradera, y la voluntad (redentora) del Señor se cumplirá por su mano (en la Iglesia) hasta el fin de los siglos (Is. cc.49 a 57).

d) La doctrina de la satisfacción substitutiva del verdadero *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo,* la satisfacción *vicaria,* ofrecida por el Mesías en vez del hombre pecador y aceptada por Dios—o sea el desagravio, la reparación de los daños y el restablecimiento del orden quebrantado—, está aquí tan típicamente perfilada que el Nuevo Testamento no hace más que llenar del nuevo y *perfecto contenido las frases correspondientes del profeta.*

e) Hemos sido redimidos—dirá San Pedro—, *no con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como del Cordero inmaculado y sin defectos, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos en gracia de vosotros* (1 Petr. 1,19-20).

f) San Pablo, resumiendo la economía del *Cordero pascual,* añadirá: *Él por medio de la muerte destruyó al que tenía el señorío de la muerte, libró del poder del ángel exterminador infernal a todos aquellos que con el miedo de la muerte estaban sujetos a la esclavitud* (Hebr. 2,14-15).

g) San Juan Evangelista, en su *Apocalipsis,* presentará la visión del *Cordero ante el trono de Dios, de pie,* resu-

citado, *como degollado*, por conservar gloriosas sus llagas, *digno de abrir los siete sellos del libro misterioso* que contiene los destinos escatológicos de la Iglesia, pues que Él fué *degollado y nos rescató para Dios en su sangre, de toda tribu y lengua, pueblo y nación, y nos hizo para nuestro Dios reyes y sacerdotes* (Apoc. 5,6-9).

2.° Otra gran cosa destaca en este último testimonio de Juan. Él es el que bautiza *en el Espíritu y en el fuego*. El Precursor bautiza con agua, un signo exterior que prepara los ánimos y los estimula a penitencia, solamente. Él, que ha sido preferido a todo profeta, por su dignidad intrínseca y divina, propina, con los dones óptimos, la gracia que nos hará *consortes de la divina naturaleza* (2 Pet. 1,4).

3.° Y, finalmente, da testimonio de que *Él es el Mesías* esperado de Israel; y este Mesías es el *Hijo de Dios*, propio, coeterno con su Padre, que imparte a los hombres la adopción de hijos y los hace herederos del cielo.

¡Qué cúmulo de ideas elevadas, de verdades consoladoras, de importantes perspectivas apologéticas, suministra este último testimonio de Juan! El propio Bautista hace resaltar que sus testimonios de la mesianidad y divinidad de Jesús se fundan en una revelación recibida de Dios, y en el prodigio que se obró en el momento del bautismo.

Yo antes no le conocía personalmente; cosa que no es de maravillar, dice el Crisóstomo, porque desde su niñez vivía Juan en el desierto, y quizá nunca había visto a Jesús, que habitaba en Nazaret. Pero *el que le envió a bautizar con agua* (cosa, por tanto, de lo alto y con un significado de preparación mesiánica), *me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y reposa sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que es el Hijo de Dios.*

Sube Jesús del agua, brota el milagro, se abren los cielos, baja el *Espíritu de Dios* (Mt. 3,16), *en forma corporal como de una paloma* (Lc. 3,22), y oye la voz del cielo: *Este es mi querido Hijo, en quien tengo puestas mis complacencias.*

Así, con esta teofanía, de rasgos trinitarios, y con aquella voz misteriosa, quedó Jesús acreditado por Dios como el *Mesías* prometido, cual le vaticinaron los profetas; *ungido con la plenitud del Espíritu Santo, Hijo de Dios* verdadero y *predilecto del Padre.*

No lo fué Jesús por el bautismo, *per aquam;* pues lo era

en su sacratísima humanidad desde el momento de la encarnación, *per sanguinem*, por la sangre recibida entonces y derramada "a borbotones" en la cruz. Pero Dios lo quiso atestiguar solemnemente en aquella ocasión inaugural del reino de Dios.

En el "gran conflicto" del Martes Santo, la comisión oficial de "los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo", arrogantes, ante la multitud del pueblo sencillo, le interrogan: *¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te ha dado esta potestad?* (Mt. 21,23).

Con hábil evasiva les contrapregunta el Maestro: *El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿del cielo o de los hombres?* Mas ellos, desleales siempre, discurrían consigo mismos esta cobardía falsa: *Si respondemos: Del cielo, nos dirá: Pues ¿por qué no habéis creído en él? Si respondemos: De los hombres, tememos que el pueblo nos apedree. Porque todos miraban a Juan como a profeta* (vv.25-26).

Y rompen con el pasado y con los profetas, representados en el último y más grande de ellos, fingiendo ignorar una cuestión esencial: *No lo sabemos. Pues tampoco yo os diré*—replica Jesús—*con qué autoridad hago yo estas cosas* (vv.26-27).

Y tomó, a su vez, la ofensiva contra aquellos hipócritas confundidos ya entre el vulgo: *En verdad os digo que los pecadores y meretrices os precederán en el reino de Dios. Por cuanto vino Juan por las sendas de justicia, y no vosotros, sino éstos, creyeron en él* (vv.28-32). Su causa estaba ligada con la de Juan. Con su Precursor comenzó Jesús la carrera mesiánica; y ahora, agradeciendo emocionado su testimonio de sangre, va a terminarla también de una manera cruenta.

La manifestación de la Santísima Trinidad que se esbozó, augural, en el bautismo de Jesús, preside la iniciación cristiana.

Instruid—dice el Señor—*a todas las naciones* en el camino de la salud, *bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt. 28,19). El bautismo, eficaz como todo sacramento, producirá en el alma la limpieza y santidad que significa, en virtud de la invocación y confesión de las tres divinas Personas. Ellas presiden el na-

cimiento espiritual del nuevo cristiano—ese "nacer de nuevo en agua y en el Espíritu Santo para ver el reino de Dios", expuesto por Jesús a Nicodemo (Jn. 3)—, ese nuevo cristiano que se vota, consagra y mancipa, con un compromiso sagrado, al servicio, al nombre, a la esencia vital de la misma Trinidad augusta.

En cada bautismo se repite en cierto modo lo que aconteció en el Jordán. Abrese el cielo, que es la herencia del neófito, el Espíritu se cierne sobre éste, y el Padre celestial le reconoce por hijo suyo, por hermano de Cristo, miembro de su cuerpo, la Iglesia, y coheredero con Cristo de los cielos.

Desde comienzos del siglo II se estableció en torno del 6 de enero la festividad de la triple "manifestación de Dios", en el Nacimiento del Salvador, en la Adoración de los Magos y en el Bautismo de Jesús en el Jordán. Cuando la *fiesta romana* de la Navidad se impuso en el Oriente, la liturgia de la Epifanía substituyó la conmemoración del Nacimiento del Salvador por la primera "manifestación de Dios" en otro orden de testimonios divinos: los milagros; y escogió el primero de ellos: el de las bodas de Caná. Al introducirse, relativamente tardía, la octava de Epifanía, se reservó para el día octavo la *conmemoración del* susodicho *bautismo de Jesús.*

Los herejes gnósticos, con Cerinto a su cabeza, ya desde los días de San Juan Evangelista, propugnaron que Jesús no era el Mesías ni el verdadero Hijo de Dios. Según ellos, Jesús era hijo de José y María. Al ser bautizado en el Jordán, una virtud del Dios supremo descendió sobre Él y permaneció en Él hasta la pasión exclusive. Semejante entidad divina era el Eón Cristo. Por su unión con ella, Jesús se transformó en Jesucristo. Con esto, si se admitía cierta mesianidad de Jesús, se negaba la identidad personal entre Jesús y Cristo. San Juan, no contento con afirmar esta identidad personal, añade que Jesús era no sólo *Mesías,* sino también *Hijo de Dios.*

Contra la ruidosa pompa de esta celebración herética clamaban las palabras del discípulo del amor: *Jesucristo es el que vino por el agua y por la sangre* (1 Jn. 5,6), es decir, en calidad de Redentor y de Hijo de Dios, no solamente en las aguas del Jordán, sino en la cruz, derramando la sangre de su cuerpo tomado en la encarnación misma, cuyo espectáculo arrancó a los circunstantes aquel grito:

¡En verdad era el Hijo de Dios! Dos actos exteriores, dos hechos históricos harto significativos, que marcan el comienzo y el final oficiales de su ministerio propiamente dicho, que era establecer el reino de Dios.

En la misma Roma antigua, menos accesible a las exaltaciones místicas del Oriente, se administraba también el bautismo solemne en aquella celebridad de las *"Santas Lumbreras"—in Sancta Lumina—*, puesto que el bautismo es la iluminación sobrenatural del alma.

Por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 23 de marzo de 1955, una vez suprimida la octava de la Epifanía, el día 13 de enero se hace conmemoración del bautismo de nuestro Señor Jesucristo, con rito doble mayor; el oficio y la misa se dicen como ahora están en la octava de la Epifanía. (AAS 4 [1955] p.218ss n.16).

ANDRÉS CAIMARI.

BIBLIOGRAFIA

AIGRAIN, ABBÉ R., *Liturgia. Enzyclopédie populaire des connaissances liturgiques* (París 1931).
CAIMARI, A., *Himnario litúrgico. I. Ciclo temporal.*
MEYEMBERG, A., *La práctica del púlpito* (Madrid 1908).
MOLIEN, L. A., *La prière de l'Eglise,* II (París 1924).
RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia,* 2 vols.: BAC, n.132 y 144 (Madrid 1955, 1956).
SCHUSTER, CARD., *Liber Sacramentorum* (Barcelona 1945s.).
(Puede completarse con la bibliografía del día 1.)

14 de enero

SAN HILARIO DE POITIERS

(† 367)

El siglo IV es la época de las grandes controversias dogmáticas en el seno de la Iglesia. Si toda disensión teológica fué peligrosa, ninguna más grave ni más desgarradora que el arrianismo predicado en Alejandría por el presbítero Arrio. Según este heresiarca, el Verbo no es Dios en el sentido propio de la palabra; ni es eterno ni formado de la sustancia del Padre; es sólo la primera de las criaturas, la

más eminente de las cosas creadas, el elemento intermedio entre Dios y las criaturas propiamente dichas. Esta doctrina es la negación de todo el cristianismo, pues de no admitir como inconmovible la divinidad de Jesús, nuestras creencias quedan por completo desvirtuadas. Por eso, en 325, el concilio de Nicea, presidido por nuestro gran Osio de Córdoba, definió como dogma de fe que Jesucristo es Dios. En este marco histórico del arrianismo se desenvuelve la actividad del primer doctor de la Iglesia de Occidente.

Hilario nació hacia el 315 en Poitiers, de distinguida familia pagana. Recibió esmerada formación cultural, tal vez en el mismo Poitiers; por aquella época florecían los estudios en las Galias y sobre todo en Aquitania, cuya capital, Burdeos, era un verdadero foco de cultura intelectual. Su estancia en Tréveris, Roma y Grecia durante diez años es incierta; pero es, en cambio, indiscutible que sus escritos reflejan una vasta cultura, así filosófica como literaria, recibida en la juventud. Hilario estudió en sus años de adolescente la filosofía neoplatónica, se ejercitó en la poesía y aprendió la elocuencia. Su formación y su cultura fueron netamente paganas, pero su espíritu fino y delicado supo eludir aquel ambiente cargado de inmoralidad y sibaritismo propio de la época; y su inteligencia penetrante tampoco se saciaba con las supersticiones del paganismo.

Hilario hizo en su juventud una vida de honestidad y pureza consagrada al estudio. Nada más razonable desde el punto de vista humano. Pero el joven Hilario sentía apetencias de lo divino, que en modo alguno satisfacían las contradicciones de la filosofía. El mismo nos cuenta en la introducción de su obra sobre la Trinidad cómo le traía preocupado el problema de nuestro destino y cómo providencialmente cayó en sus manos el evangelio de San Juan, que le dió la respuesta suspirada. Cuando leyó que el Verbo se había hecho hombre para hacer hijos de Dios a los que le recibiesen, cesó la angustia, dió de mano al paganismo y hacia el 345 recibió el bautismo. Como en infinidad de casos, una buena lectura había transformado el interior del joven pictaviense. Hilario estaba casado y tuvo una hija llamada Abra. Una y otra—la mujer y la hija—le siguieron en la conversión y en el bautismo.

Destinado con misión providencial para ser puntal de la

Iglesia de Occidente, una vez convertido se consagró con avidez al estudio de la Escritura, rompiendo para siempre con aquella ciencia profana que tanto daño le había hecho, reteniéndole en las degradantes supersticiones del paganismo. Sentía aversión por los enemigos de la Iglesia y con repugnancia se sentaba junto a ellos en la mesa. Cristiano virtuoso y ejemplar, nos cuenta Venancio Fortunato, que escribió su vida, con tal delicadeza y entrega se ejercitaba en las prácticas del cristianismo y tanta diligencia y esmero ponía en ajustar su vida a las leyes de la Iglesia, que más parecía sacerdote del Señor que seglar y hombre casado.

Muerto el obispo de Poitiers, tal vez Majencio, clero y pueblo proponen a Hilario hacia el 350 para obispo de su propia ciudad. La esposa da el consentimiento y se decide a no mirarle más que en el altar; ambos cónyuges se separan desde entonces para hacer una vida de perfecta continencia. Puesto en la silla de Poitiers, no tardó en emprender la lucha que llenó y dió unidad a toda su vida. Hasta ahora Hilario había permanecido al margen de la controversia arriana, pero los sínodos de Arlés y Milán, que depusieron una vez más a San Atanasio y el destierro de los obispos de Tréveris, Vercelli, Cagliari y Milán, decretado por el emperador Constancio, le abrieron los ojos sobre la amenaza de los arrianos.

A partir de este momento, Hilario siguió con pasión la marcha de los acontecimientos y dió pruebas de la fortaleza de su carácter. Organizó inmediatamente la resistencia de los obispos de la Galia contra el metropolitano Saturnino de Arlés, que simpatizaba con los arrianos. Para ello reunió un sínodo en París en 355, en el que los obispos franceses que asistieron determinaron apartarse para siempre de Ursacio, Valente y Saturnino, principales promotores del arrianismo en Occidente. El metropolitano arlesiano respondió convocando otro sínodo en Beziers, al que por orden de Constancio hubo de asistir Hilario. El obispo de Poitiers fué invitado a que condenase a Atanasio, y con ello lo que se había definido en Nicea. El santo obispo no sólo se opuso con firmeza a tan improcedente demanda, sino que además con valentía inusitada pidió que en medio de aquella asamblea de encarnizados enemigos se le permitiese rebatir las nefastas doctrinas de Arrio. Le fué negado, claro está, ante el temor de verse confundidos.

Por esta su intrépida postura de campeón de la ortodoxia en Francia, sus enemigos le acusaron ante el emperador como faccioso y perturbador, y obtuvieron de Constancio un decreto por el que le desterraba a Frigia, en el Asia Menor. A finales del 356 se ponía en camino hacia la otra extremidad del Imperio Romano. Con ello habían eliminado de Occidente uno de los enemigos más caracterizados del arrianismo. Hilario permaneció cuatro años en Frigia (356-360), pero supo aprovecharse ampliamente de esta época dolorosa para su perfeccionamiento intelectual. Conoció la literatura cristiana de Oriente y elaboró su obra maestra teológica sobre la *Trinidad*, monumento de alta especulación cristiana en los primeros siglos.

Pese al destierro, continuó siendo obispo de Poitiers y el alma de las diócesis de Francia. Desde Frigia sugería sabios consejos a sus colegas en el episcopado, escribía cartas, enviaba instrucciones, redactaba libros para instruir a sus fieles. Todo le parecía poco a quien se había hecho todo para todos. Hilario encontró las provincias a que había sido confinado totalmente contaminadas por la herejía. El mismo nos cuenta que apenas si encontraba un obispo que conservase la verdadera fe. El celoso obispo de Poitiers recorrió todo el Imperio oriental, discutió con los jerifaltes del arrianismo, entraba en sus iglesias, se sumaba a sus reuniones no buscando más que el apostolado. "Permanezcamos siempre desterrados con tal que se predique la verdad", repetía con frecuencia.

El trato personal de Hilario con los herejes fué en esta época de finura y delicadeza y en sus escritos usó de mucha moderación. La obra *Sobre los sínodos*, redactada en el destierro, la dirigió a los obispos de la Galia, de las dos Germanias y Bretaña, para poner a los occidentales al corriente de las luchas que en Oriente se llevaban a cabo contra el arrianismo. Esta obra preparó la pacificación de los espíritus, dando un panorama más claro de los problemas en litigio y de la posición de los partidos. Razón tenía Rufino de Aquileya cuando escribió que los éxitos obtenidos por Hilario fueron debidos a la dulzura y suavidad de carácter.

Hilario era un sabio; así nos lo dicen sus escritos; pero era no menos santo. La santidad no puede ocultarse y Dios se encarga de glorificar a sus siervos incluso en este mundo. De su estancia en Frigia nos ha conservado la tradición un hecho en este sentido. Cierto domingo entró Hilario

en una iglesia, en el momento preciso en que los católicos celebraban sus oficios religiosos. En pleno silencio una joven se abre paso en medio de la muchedumbre gritando que allí se encontraba un gran siervo de Dios y arrojándose a los pies de Hilario le pide que la admita entre los cristianos y haga sobre ella la señal de la cruz. Era la joven pagana Florencia, a quien el santo doctor instruyó en la fe y luego bautizó junto con su familia. A partir de este momento, Florencia siguió a todas partes al santo obispo y, dirigida por él, vistió el hábito religioso, alcanzando la santidad heroica de los altares. El martirologio galicano pone su fiesta el primero de diciembre.

Por todo esto, la autoridad de Hilario se afianzaba incluso en Oriente. Aunque obispo latino, fué invitado a tomar parte en el concilio de Seleucia, convocado por Constancio, que buscaba a toda costa la unión religiosa del Imperio con el arrianismo. Con la valentía que da la verdad, defendió en aquella asamblea la divinidad de Jesús y formó parte de la comisión que luego se dirigió a Constantinopla a informar al emperador sobre las discusiones. En Constantinopla se encontraba Saturnino, responsable del destierro de Hilario. El obispo de Poitiers solicitó una audiencia de Constancio para convencer al obispo de Arlés de sus errores, pero le fué negada. Entonces, con una sorprendente entereza de carácter, escribió contra Constancio un enérgico libelo, llamado corrientemente invectiva, en el que le compara con los peores perseguidores de la Iglesia.

Una actitud tan intrépida pareció peligrosísima a los arrianos orientales. Le acusaron, por lo mismo, ante el emperador de perturbador de la paz en Oriente. Constancio, a quien eran molestas las acusaciones de Hilario, dió órdenes al obispo de Poitiers de abandonar la capital del Imperio y tomar el camino de las Galias. Después de cuatro años de destierro entraba en su diócesis (360) en medio del júbilo más indescriptible. La Galia entera, nos cuenta San Jerónimo, abrazó al héroe que volvía del combate victorioso y con la palma en la mano. Como si el Señor quisiera demostrar la santidad del gran obispo, a su llegada a Poitiers, nos dice una tradición que, a ruegos de una madre, volvió a la vida a un niño que acababa de morir sin haber recibido el bautismo.

Instalado en su sede, Hilario no se permitió el menor reposo. Trabajó sin tregua por relegar de las Galias el arria-

nismo. Promovidos por él, se celebraron sínodos en todo el país, y en 361 se reunió un concilio en París con carácter nacional en el que se anatematizó a Auxencio, Ursacio, Valente y Saturnino, que acaudillaban el movimiento arriano. Con ello la fe de Nicea triunfaba en las Galias. Hilario llevó entonces la batalla a Italia, donde los arrianos tenían aún fuerzas considerables. Durante dos años trabajó con éxito al lado de Eusebio de Vercelli por el renacimiento de la fe de Nicea. En esta difícil tarea tropezó con un gran obstáculo en la persona de Auxencio, obispo arriano de Milán. En su afán de superarla presidió una asamblea de obispos italianos que pretendían conseguir del emperador la deposición del taimado obispo. No lo consiguió, porque Valentiniano estaba satisfecho con la fórmula de fe ambigua que le presentaba Auxencio. Acusado ante Valentiniano como perturbador de la paz de la Iglesia de Milán tuvo que abandonar Italia por orden imperial y encaminarse de nuevo a su diócesis. Hilario obedeció, pero con la valentía que le era característica denunció el equívoco y trapacería del obispo milanés en su libro *Contra Auxencio*.

De regreso a su diócesis (365) consagró los últimos años de su vida al cuidado espiritual de sus fieles y a su actividad de escritor. De esta época datan dos de sus grandes obras: los tratados *sobre los misterios* y *sobre los salmos*. El apostolado de Hilario no se limitó tan sólo al común del pueblo. Orientado y dirigido por él, un grupo selecto de almas se apasionó por el ideal de una vida más perfecta, abrazando los consejos evangélicos. El más ilustre de estos discípulos fué San Martín, futuro obispo de Tours, que fundó en Ligugé el primer monasterio, inaugurando así la vida monástica en Francia. Entre las almas que Hilario consagró al Señor, la tradición señala a su propia hija Abra y la noble Florencia.

Durante su estancia en Frigia pudo aprender la sorprendente eficacia de la palabra cantada. Arrio, primero, y los gnósticos, después, habían utilizado este procedimiento para divulgar sus errores. San Isidoro de Sevilla dice que Hilario fué el primero que compuso versos eclesiásticos en latín y que, pese a las dificultades que lleva consigo tal innovación, logró introducir en su iglesia antes que ningún occidental el cántico de los mismos. Hasta en la poesía, Hilario es el hombre de acción y de lucha. Con sus versos litúrgicos y populares a la vez pretendía el santo doctor gra-

bar en sus fieles las verdades esenciales del cristianismo, tan amenazadas por los arrianos.

El trabajo ímprobo de unos diecisiete años al frente de su diócesis, el destierro y la contienda con los arrianos agotaron al santo obispo. Dos de sus discípulos velaban junto al lecho del maestro. Repentinamente la habitación se llena de una luz extraordinaria que les dejó deslumbrados. Lentamente fué extinguiéndose la luz y en el momento preciso en que Hilario exhalaba el último suspiro también ella desaparecía. Era el 1 de noviembre del 367. Su venerable cuerpo reposó muchos años en la iglesia de San Hilario el Grande, en Poitiers, hasta ya mediado el siglo XVII, en que fué quemado por los hugonotes. En 1851 Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia universal, galardón bien merecido, entre otras razones, por la defensa heroica que hizo de la divinidad del Verbo.

La postura vigilante y firme con que abordó la controversia arriana, el destierro, la firmeza de carácter, la amplitud de miras, las cualidades innegables de un verdadero hombre de acción e indiscutible jefe, que conciliaba en sí la energía con la dulzura, le han valido el honroso nombre de "Atanasio de Occidente". Si la Iglesia latina, después de la muerte de Constancio, surgió con tanta rapidez se debe en gran parte al gran obispo de Poitiers.

URSICINO DOMÍNGUEZ DEL VAL, O. S. A.

BIBLIOGRAFIA

Obras: PL vols.9-10, y en "Corp. Scrip. Eccl. Lat.", 22,65.
SULPICIO SEVERO, en *Historia Sacra:* PL 20 y *Act. SS. Boll.*, Ian.
VENANCIO FORTUNATO, *Vita S. Hilarii:* PL 9 y *Act. SS. Boll.*, Ian.
LARGENT, *Saint Hilaire* (Paris 1902).
LE BACHELET, X., en "Dict. Théol. Cath.", VI col.2388s.
DORMAGEN, E., *Saint Hilaire de Poitiers et l'arrianisme* (Saint-Cloud 1864).
BECK, A., *Die Trinitätslehre des hl. Hilarius von P.* (1903).
WILMART, A., *Traité des Mystères et le livre des offices:* "Rev. Béned." 26 (1910) 10s.
WATSON, E., *The life and Writings of St. Hilary of Poitiers* (1899).
BRISSON, J. P., *Hilaire de Poitiers* (Paris 1947).

SAN FELIX DE NOLA

(✝ ca.260)

En la más vasta y fértil llanura de la Campania occidental, no lejos de la populosa Nápoles y de la señorial Caserta, se levanta la antiquísima pequeña ciudad de Nola, patria de San Félix.

Su padre, Hermias, militar, que se estableció en ella en la primera mitad del siglo III, procedía de Siria. Otro hijo del mismo nombre del padre le siguió en su dedicación a las armas. Félix escogió mejor ser soldado del reino de Cristo. Nos han llegado pocas noticias de su carrera eclesiástica cuando joven. Seguiría normalmente por los grados de las distintas órdenes, desde lector hasta presbítero. Como presbítero fué el brazo derecho de su obispo Máximo, al parecer ya anciano y demasiado débil para poder actuar con eficacia en tiempos difíciles que requerían en el clero temple de héroes, como el de nuestro esforzado Félix, que podía entregarse en cuerpo y alma al apostolado, a cultivar la viña del Señor ya que, sin apego a la riqueza, poseía amplio patrimonio que le exoneraba del cuidado de las cosas terrenas y podía dedicar buena parte de él a las necesidades de la comunidad cristiana. Así se ganó muy pronto la simpatía y la devoción de todo el pueblo fiel, que lo siguió y respetó como a padre.

El temple de héroe de nuestro Félix se manifestó esplendorosamente en los años terribles de las persecuciones desencadenadas por Decio (a.245-50) y Valeriano (256). Félix, aunque tenido con razón como mártir, no llegó a sufrir la pena capital ni el proceso judicial reglamentario que nos hubiera podido proporcionar las más preciadas noticias, como las que nos ofrecen las actas del proceso seguido en la misma época a San Cipriano, el santo obispo de Cartago.

Tenemos muchas, recogidas amorosamente y con toda diligencia, pero a distancia de más de un siglo, por Paulino, el santo obispo poeta (394-410). Es sabido que

la fama de taumaturgo de Félix en el siglo IV atrajo a Paulino, insigne patricio y senador aquitano, a retirarse, al dejar las vanidades humanas, en la recoleta ciudad de Nola, habiendo ya antes sido ordenado de presbítero en nuestra Barcelona. Erudito escritor e inspirado poeta se creyó obligado a dedicar cada año en la festividad de San Félix un poema panegírico en verso a su santo protector. Como habían pasado unos ciento cincuenta años desde la muerte del santo presbítero nolano, Paulino indagaría piadosamente sobre todos los datos históricos conservados por la tradición, embellecidos con la aureola de la ferviente devoción popular y aun coloreados por el pincel de su estro poético. Paulino no puede señalar nunca con precisión los años en que actuó Félix, pero casi con certeza puede deducirse de sus poemas que sería durante dos persecuciones, las de Decio y Valeriano.

Después de unos años de relativa paz religiosa en el Imperio, Decio, inteligente príncipe y sagaz político, desencadenó una de las persecuciones más aciagas para la Iglesia. Para destruirla, creyó que lo mejor era desorganizar sus resortes de mando; ordenó arrestar y procesar principalmente a los jefes de las comunidades, a los obispos, presbíteros y diáconos.

No pocos obispos huyeron de los centros urbanos, los más peligrosos, buscando asilo en lugares solitarios aunque sin perder el contacto y la dirección de su grey. Así San Cipriano, en Cartago. En Nola el obispo Máximo, viéndose en peligro, se dirigió al monte, escondiéndose en algunas de las anfractuosidades de los no lejanos Apeninos, quizá en las laderas del Montevergine, cuya cumbre llega a los 1.500 metros y dista pocas leguas de la ciudad nolana. El gobierno de la comunidad cristiana lo confió al intrépido Félix, que no quiso salir de su urbe para proteger mejor la perseverancia en la fe de sus encomendados. El astuto perseguidor había, en efecto, ordenado que todos los ciudadanos sospechosos de cristianismo debían hacer acto de sacrificio a los dioses del Imperio ante un magistrado civil que les libraría un certificado de ello, un libelo como se le llamó después. [Es sabido que no faltaron cristianos débiles que se procuraron éste certificado con dinero o dádivas, sin haber en realidad hecho acto alguno de culto a los dioses, pero sí un acto de cobardía que la Iglesia no podía perdonar fácilmente.]

En una ciudad tan pequeña como Nola no podía durar mucho tiempo la seguridad personal de Félix, que no temía actuar como fuera para cumplir su difícil misión pastoral. Con el alma en lo alto, según cuenta Paulino, atento a Cristo y no al mundo, llevando a Dios en su corazón y llenos sus pechos de Cristo, no disimula que es presbítero y jefe de la comunidad y por esto es arrestado. El se entrega contento en manos de los crueles esbirros. Es llevado a la cárcel, en donde es atado con cadenas de pies y manos y sin que pueda descansar su cuerpo por tener por lecho un montón de tiestos triturados, pero descansa su ánimo en Cristo, que le da fuerza y le multiplica en las penas las palmas del triunfo. Decio procuraba hacer apóstatas, no mártires, y por esto se prodigaban los tormentos agotadores hasta el desfallecimiento de la voluntad. De ahí que Félix debió pasar largas horas, días y meses en la prisión.

Entre tanto el obispo Máximo, solo en el monte, no padece menor martirio por el frío y el hambre, por la tristeza y el dolor. Lo sabe Félix y arde en deseos de ir a socorrerle. Como a Pedro, un ángel se le presenta una noche, se deshacen las cadenas y puede salir acompañado del mensajero celestial pasando entre los guardias dormidos. Ya en pleno campo, se dirige veloz al bosque en busca de su viejo venerable obispo, al que encuentra casi exánime y ya sin conocimiento. Nada tiene él con qué reanimarle cuando ve entre el espeso matorral un grueso racimo de uvas enviado del cielo. Con el reconfortante jugo del sabroso fruto vuelve a la vida el desvalido anciano, quien, al recobrar el sentido, abrazando a Félix, se le queja de la tardanza en ir a socorrerlo y le pide no le abandone más si no quiere que muera. Se lo promete el fiel presbítero y, cargándoselo en hombros, bajan al valle en busca de un refugio. Lo encuentran en casa de una anciana, a la puerta de cuya casa llaman a hora bien intempestiva. "Recibe, le dice Félix, este sagrado depósito que te entregan mis manos, testigos sólo las estrellas." Lo acepta ella gozosa. Máximo bendice conmovido a Félix, que se va a la ciudad para consolar a sus cristianos de Nola. Allí, viendo que siguen amenazadoras las circunstancias, se convence de la necesidad de refugiarse también en casa de la piadosa anciana. Lo hace por algún tiempo, hasta que se amengua la virulencia de la persecución y puede volver a tomar la cura pastoral de la comunidad, que lo recibe como un profesor de la fe digno ya de una veneración que continuará por los siglos de los siglos durante su vida y después de muerto.

Con el advenimiento de Valeriano en 253 cesa del todo la persecución. Pero duró pocos años la benevolencia de éste emperador hacia la Iglesia. En 256-57 publica un edicto contra ella que emulaba el del impío Decio. Causa motriz principal del cambio fué la codicia. Quiso apoderarse de las riquezas de la Iglesia que sus consejeros exageraron intencionadamente. A Félix le fué confiscado todo su patrimonio al mismo tiempo que se le buscaba para procesarle. Los esbirros enviados de fuera para capturarle, como no lo conocían y no lo encontraron en su casa, toparon con él y le preguntaron por Félix, el jefe de la comunidad cristiana. Disimulando no saber de qué se trataba, lo dejan en paz. Pero pronto alguien les dió tales señas del verdadero Félix, que se dieron cuenta de que era el que poco antes había sido interrogado. Vuélvense furiosos a la ciudad exultando por la que ya creían segura presa, no sin que Félix lo advirtiera cuando ya estaban muy cerca, pudiéndose meter por la ancha grieta del paredón de un derruído edificio, grieta que por milagro instantáneamente quedó tapada por un tupido velo de telarañas, lo que despistó a los perseguidores.

Pasado el peligro, se alejó Félix de la ciudad y huyó a otra región. Asilo seguro le ofreció una cisterna seca. Una anciana que vivía por allí cerca inconscientemente le procuraba la comida. La Providencia velaba por el siervo fiel. Así pasó escondido algunos meses hasta que, desaparecido Valeriano, con el reinado de Galieno, se abrió un largo período de paz para la Iglesia.

Félix puede volver a su ciudad, que lo recibe con inmenso júbilo.

Había entre tanto muerto el obispo Máximo y la comunidad cristiana quería forzar a Félix a ocupar la sede episcopal. La rehusa él decididamente alegando que este honor ha de concederse a otro presbítero, Quinto, que había sido promovido antes que él al presbiterado. Es inútil toda insistencia. Quinto, como obispo regirá la grey; Félix será su voz aleccionadora ante los fieles, su predicador con la palabra y el ejemplo. Sobre todo con el ejemplo de desprecio de las riquezas y vanidades del mundo. Le habían sido con-

fiscados todos sus bienes durante la persecución y podía reivindicarlos como hicieron otros. No todas las cosas lícitas son provechosas, observa su biógrafo. Félix prefiere lo útil a lo lícito y a los que le importunan para que reclame sus bienes, replica: "Dios no quiera que haya de volver a tener unos bienes que perdí por amor a Jesucristo".

Como presbítero, pues, y pobre, pudo Félix continuar su misión evangelizadora entre la veneración cada día más profunda de los fieles de Nola, veneración que se convirtió en ferviente devoción a su memoria, a su sepulcro, cuando Dios le llamó al cielo. Y esta devoción, con las manifestaciones del culto, traspasó bien pronto los límites de la ciudad y de la región y, con la paz constantiniana, los de Italia, llegando a ser el santuario de Nola a fines del siglo IV uno de los más celebrados de todo el Occidente.

En la misma Roma le fué consagrada una basílica, y el papa San Dámaso le dedicó un epigrama para implorar su protección en momentos de graves apuros.

San Paulino, el cantor de las glorias de Félix, hizo construir, contigua al humilde santuario que protegía el sepulcro, una espléndida basílica decorada con bellísimos mosaicos y aun otras tres rodearon pronto el primitivo santuario visible desde todas ellas, de tal manera que vino a convertirse en un templete circundado de un bosque de columnas a la manera del altar mayor de la catedral de Córdoba, perdido entre las columnatas de la antigua mezquita.

Millares de peregrinos acudían a Nola cada año por la festividad de San Félix, el 15 de enero, a pesar del tiempo poco propicio para viajar, principalmente peregrinos venidos de Roma, la ciudad santa. Los campesinos invocaban al santo presbítero como especial protector de sus ganados. Los sospechosos de falsos testimonios eran llevados, aun desde lejanos países, ante el sepulcro, en donde se manifestaba su inocencia o su perjurio. San Agustín quiso remitir a Nola a un acusador de graves crímenes contra uno de sus clérigos. Gregorio de Tours explica otras maravillas obradas junto a la tumba venerada.

JOSÉ VIVES.

BIBLIOGRAFIA

Sancti Pontii Meropii Paulini Carmina, ed. Migne: PL t.61. Ed. G. DE HARTEL, en "Corp. Script. Eccl. Lat." vol.30 p.51s.
TILLEMONT, *Mémoires pour servir...*, IV p.226s., 569s.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs...*
Artic. *Nole* en "Dict. Théol. Cath.".
BAUDRILLART, A., *Saint Paulin de Nole* c.6 p.72s.

15 de enero

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO

(✝ ca.341)

La aparición de Pablo en el escenario de la vida puede compararse a la de un meteoro cuyo paso es señalado únicamente por medios potentes de captación. En su larga carrera mortal pasó San Pablo desapercibido a los ojos del común de los mortales, y sólo la mirada de águila de San Jerónimo logró captar los destellos de virtud que irradiaba su personalidad desde las fragosidades del desierto de la Tebaida.

Pero hubo un tiempo en que este testimonio de San Jerónimo sobre la vida y virtudes de San Pablo se puso en tela de juicio, y se dudó incluso de la orginalidad de su información sobre el santo ermitaño. En efecto, en nombre de la crítica histórica se lanzó la hipótesis de que el Santo Doctor se inspiró en su obra en una versión griega anterior. El famoso padre Juan Bolando afirmó que la redacción latina jeronimiana no era original. Amelineau encontró un texto copto de la vida de San Pablo conteniendo restos de una narración compuesta por un discípulo de San Antonio Abad y utilizada por San Jerónimo. Actualmente se admite que los escritos griegos en torno a la vida de San Pablo dependen del texto jeronimiano. De esta manera la crítica histórica, después de dimes y diretes, ha confirmado la solidez histórica de unos brevísimos datos que San Jerónimo ha recogido de fuentes autorizadas, para que sirvieran de ejemplo a los mortales que aspiran a una

vida perfecta. Como San Antonio Abad encontró en San Atanasio un digno biógrafo, le fué dado también a San Pablo contar con la pluma autorizadísima de un gran doctor de la Iglesia.

Se cree que nació San Pablo hacia el año 228. Su casa natal apenas se diferenciaba de las de sus conciudadanos menos favorecidos por la fortuna, obradas con adobes de limo del Nilo, secados al sol. Sus padres eran ricos y hacendados. No sabemos cuáles eran las relaciones de la familia con los poderes de ocupación. Desde hacía casi dos siglos Egipto había perdido su independencia para incorporarse, al igual que otros pueblos de Africa y Asia, al vasto Imperio romano. Las órdenes de los césares romanos cruzaban el mar y llegaban a Egipto a través de los funcionarios imperiales. Pero sucedía muchas veces que, a pesar de las promesas de los emperadores, y en contra de su voluntad, no se hacía justicia al pueblo que enviaba sus barcos cargados de víveres a la capital del Imperio y alimentaba a funcionarios y soldados estacionados en su suelo. La familia de Pablo estaba obligada, como cualquier otra, a pagar los gastos de las tropas de ocupación y a contribuir con su tributo al erario imperial.

La familia de Pablo era cristiana, pero no sabemos cuándo la fe de Cristo se adueñó de aquel hogar y en qué grado había arraigado en el corazón de los padres del santo ermitaño. Por largos años gozó el cristianismo de paz dentro del Imperio romano y gracias a la misma fueron muchos los cristianos que escalaron puestos de responsabilidad civil y militar. En Egipto la fe cristiana se instaló en primer lugar en las ciudades de la costa mediterránea y de allí fué remontando paulatinamente hacia el interior, creándose pequeñas comunidades cristianas junto a las riberas del Nilo e incluso en los oasis del desierto. Sin embargo, el favor de que gozaba la religión cristiana, el roce continuado con los paganos, la penuria de clero docto, los obstáculos naturales que entorpecían el contacto con la jerarquía eclesiástica fueron causa de que se cultivara una fe superficial, y de que reinara en algunos lugares cierto sincretismo religioso y de que la ignorancia en materias de religión fuera espantosa. Esta fe vacilante podía desaparecer tan pronto como soplaran los vientos de la persecución. Y ésta llegó con el emperador Decio.

En octubre del año 249 Decio quedó dueño absoluto del Imperio. Enardecido por un celo fanático, llegó al convencimiento de que la veneración de los dioses era la base para la prosperidad del Imperio romano. A los cristianos hacía responsables del divorcio existente entre los dioses

En Egipto, como en otras partes, se exigió el cumplimiento escrupuloso del edicto imperial, ante el cual los cristianos reaccionaron diversamente. Como tónica general cabe señalar que los efectos del edicto fueron lamentables; el número de apóstatas sobrepujó toda previsión. Nunca la Iglesia tuvo que deplorar tanta defección. Unos renegaban de su fe públicamente, otros huían y se refugiaban en la clandestinidad. Familias, grupos enteros llegaban al cercano desierto. Individuos aislados se ocultaban en los bosques, en los cañaverales de los pantanos, en tumbas y en grutas, cuando no en la vivienda de algún pagano (Queffélec). Pero no faltaron quienes se mantuvieron valientes a pesar de las amenazas y suplicios a que se los sometía. Las recias y santas columnas de la Iglesia, dice Eusebio, fortalecidas por Él y sacando de su probada fe una dignidad, vigor y potencia proporcionados, fueron admirables testimonios de su reinado. San Jerónimo, en su vida de San Pablo, primer ermitaño, cuenta el caso de un joven cristiano que, solicitado por una mujer de mala vida y no teniendo otros medios para deshacerse de ella, tuvo el arrojo de morder su lengua, partirla en dos y escupir uno de los pedazos sobre el rostro impúdico de la que le besaba.

La persecución de Decio decidió el rumbo que tomaría en el futuro la vida de San Pablo. Contaba a la sazón unos veinte años cumplidos. El edicto imperial le ponía en la alternativa de apostatar de su fe o de morir en defensa de la misma. Sus padres habían muerto y el joven vivía en compañía de una hermana casada. Además de una rica hacienda, sus padres le dejaron en herencia una educación refinada y una cultura humanística que abarcaba el conocimiento perfecto de las letras griegas y egipcias. Si renegaba de Cristo, podía seguir al frente de sus propiedades y disfrutar de una vida apacible en el hogar; pero si decidía perseverar en la fe debía afrontar los males que caerían sobre él, incluso la muerte.

Imitando el ejemplo de muchos de sus conciudadanos también cristianos, tomó la decisión de ausentarse del pueblo natal por algún tiempo, esperando a que cediera la

vehemencia de la persecución. Poniendo en práctica sus proyectos se marchó a un pueblo lejano, con la esperanza de pasar allí totalmente desapercibido. Pero fallaron sus cálculos, por cuanto su cuñado, que debía velar por la vida de Pablo, le amenazó con delatarle a la autoridad. ¿Era o no cristiano el cuñado? ¿Había acaso renegado de la fe y quería vengarse ahora de un valiente soldado de Cristo que le confundía con su ejemplo? ¿Fué el interés el móvil que empujó al cuñado a perseguir a Pablo? No lo sabemos. De nada sirvieron los ruegos y las lágrimas de la hermana; tampoco los lazos de la sangre fueron capaces de ablandar el corazón del cuñado. Puesto Pablo al corriente de las maquinaciones de aquél, marchóse a unos montes desiertos esperando a que amainara el temporal desencadenado por Decio contra los cristianos.

También en esta ocasión se frustaron las esperanzas de Pablo, por cuanto, a la muerte de Decio, sucedióle Valeriano, aclamado emperador por sus tropas el año 253. Favorable en un tiempo a los cristianos, no tardó mucho en convertirse en perseguidor de los mismos. Por su edicto del otoño del año 257 amenazó con pena de muerte a los que asistieran a reuniones sagradas y visitaran los cementerios, exigiendo además a todos el reconocimiento del culto oficial del Imperio romano. De vez en cuando regresaba Pablo al poblado en busca de provisiones y para informarse de la marcha de los acontecimientos político-religiosos del Imperio, y otras tantas veces debía internarse en la inmensidad del desierto.

En una de las ocasiones en que volvía a su guarida, adentrándose hasta el mismo corazón del desierto, tropezó con un monte pedregoso en cuya falda divisó la entrada a una caverna medio obstruída por una grande piedra. Movido por la curiosidad penetró dentro de la cavidad y se halló frente a un vestíbulo espacioso, a cielo abierto, cubierto por las ramas de una vieja palmera. Divisó asimismo allí un manantial de aguas purísimas que tras de un brevísimo curso desaparecían en el suelo. Por la pendiente del monte existían otras muchas cuevas más pequeñas dentro de las cuales había restos de yunques, martillos y otros instrumentos que sirvieron, en los tiempos de Antonio y Cleopatra, para acuñar moneda.

Prendóse Pablo de aquel lugar y decidió instalarse allí para siempre. La palmera se encargaría de suministrarle los alimentos que hasta entonces traía de su casa con peligro de su vida; el agua del manantial apagaría su sed. El desierto, que había sido para él más humano que sus hermanos los hombres, continuaría protegiéndole de las emboscadas de los enemigos de su fe. El mundo quedaba lejos, y únicamente la carne y el demonio le siguieron hasta su escondite, amenazando de continuo la paz de su alma. Pero no era el desierto de la Tebaida un feudo de los espíritus diabólicos, porque también allí imperaba Dios sobre ellos. En otro tiempo, el demonio asmoneo huyó al Egipto superior, donde fué atado por un ángel (Tob. 8,3). Los babilonios y los antiguos pueblos árabes creían ciegamente que el desierto estaba poblado por *Djins*, o sea espíritus diabólicos. Estos seres, según ellos, visitaban los lugares habitados en otro tiempo y los cementerios. En todas partes se les podía encontrar, al roturar un campo, al excavar un pozo, al levantar una casa o una choza. Ellos se encarnan en los animales salvajes, en las aves de rapiña, serpientes, lagartos, etc. A veces se aparecen bajo el aspecto de seres híbridos, cubiertos de pelo. Según San Jerónimo, cuando Antonio abad caminaba por el desierto en busca de un ermitaño misterioso de que se le había hablado en una visión, tropezó con hipocentauros, de aspecto terrible y repugnante, pero inofensivos para todo hombre que sirviera a Dios fielmente. A ellos se juntó el coro de otros monstruos "que los gentiles llaman sátiros", cuya misión era atemorizar a Antonio y obligarle a que regresara a su monasterio. Ya antes San Antonio tuvo que mantener una prolongada y descomunal lucha contra tales monstruos, encarnación del diablo.

Por otra parte, el Dios de Israel asentó su morada visible en el desierto del Sinaí y atrajo a aquel lugar a su pueblo predilecto con el fin de hablarle allí confidencialmente al corazón. El contacto con la civilización de Egipto y de Canaán había contribuído a su progreso técnico y material, pero habían enfriado el espíritu. Israel fué adoctrinado directamente por Dios en la soledad del desierto (Os. 2,16) y nunca, en el curso de su historia, olvidó totalmente estos cursos catequísticos divinos. Los profetas recuerdan con nostalgia los días de la peregrinación de Israel por el desierto, días en que se celebraron sus desposorios con Yahvé.

Como hemos visto, en el desierto montan guardia los

ángeles, prontos a encadenar al demonio y a servir a los que triunfan de él en el combate. San Pablo sabía que, además de la compañía de animales salvajes y aves de rapiña, podía contar con la de los ángeles, invisibles a su vista, pero muy cercanos a su persona, atentos siempre a protegerle contra las potestades tenebrosas y listos para presentar al trono de Dios los méritos acumulados con sus penitencias y oraciones. Con él estaba Dios, que trabajaba a su gusto el corazón de Pablo. Nunca sabremos lo que Pablo y Dios se dijeron en la intimidad del desierto; pero aquellos prolongados coloquios de corazón a corazón llevaron al ermitaño a la cima de la santidad.

Pasaron los años. Pablo se arrastraba penosamente encorvado por el peso de sus ciento trece años. Hacía unos noventa que había muerto al mundo y pensaba morir sin volver a ver el rostro de un ser humano. Cualquier día su corazón dejaría de latir; sus carnes se pudrirían en el fondo de la cueva o serían pasto de animales y aves de rapiña. Unos huesos descarnados legarían a la posteridad el recuerdo del paso de un hombre mortal en el corazón del desierto de la Tebaida. San Pablo, en este supuesto, habría vivido para sí, desconocido, sin dejar rastro de su paso por el mundo. Pero no quiso Dios que quedaran bajo el celemín los ejemplos de su larga vida de penitencias y abnegaciones y, por lo mismo, aprovechó la coyuntura de que, al asaltar a otro viejo ermitaño el pensamiento de que no había en el desierto otro monje que le igualara en santidad, le reveló en sueños que en las honduras del desierto vivía uno mucho más perfecto que él, dándole el encargo de visitarle.

El abad Antonio esperó a que amaneciera para emprender el viaje en busca de su émulo. Con un nudoso bastón en sus manos emprendió de madrugada su viaje hacia un lugar desconocido. Contaba entonces noventa años de edad. Anduvo toda la mañana. Llegado el mediodía sin avistar alguna huella humana, se decía: "Espero que Dios me enseñará el lugar donde mora su consiervo de que me habló en una visión".

Refiere San Jerónimo que el intrépido viajero tropezó en pleno desierto con monstruos que trataban de atajarle. Pero San Antonio no se arredró por cuanto sabía que el diablo tomaba tales apariencias monstruosas furioso de ver a su viejo enemigo pasearse por el desierto. Dos días y dos noches siguió andando, guiado solamente por inspiración divina. Pero he aquí que entre dos luces divisó cómo una loba sedienta corría hacia el pie de un monte. San Antonio siguió con la vista los pasos de la fiera, y cuando ésta hubo desaparecido en el anchuroso desierto, se acercó al lugar, oteó en el interior de la cueva, todavía envuelta en tinieblas, avanzó cuidadosamente, reteniendo el aliento y aplicando el oído para captar cualquier ruido proveniente del interior. Acostumbrados sus ojos a la oscuridad, trató de acelerar el paso cuando, inopinadamente, tropezaron sus pies con una piedra. Al oír aquél estrépito el ermitaño, temiendo acaso que una fiera se introdujera en su guarida, se abalanzó hacia la entrada y la taponó con una grande piedra.

Descorazonado Antonio ante aquel inesperado recibimiento, se acurrucó junto a la puerta pidiendo insistentemente y durante largas horas que le franqueara la entrada, diciendo: "Sabes quién soy y de dónde vengo. Bien sé que no soy digno de aparecer ante tu presencia; pero no me volveré hasta haberte visto. Tú que recibes a las bestias del campo, ¿por qué rehusas conceder audiencia a un hombre? Busqué anhelosamente tu morada y di con ella; ahora llamo para que me llames. Si no alcanzo lo que deseo moriré en el umbral de tu mansión y tendrás que sacarme de aquí cadáver".

Por fin, el huraño ermitaño, sonriente, abrió la puerta y se echó en brazos de Antonio, saludándose los dos, sin haberse conocido antes, con sus respectivos nombres, y ambos dieron gracias a Dios. Repuesto Pablo de la emoción primera, se desató su lengua, diciendo: "He aquí al que buscaste con tantos afanes, estropeado por los años y en vísperas de que sus carnes sean pasto de los gusanos". De repente cambió el tono jeremíaco de su voz y abrumó a Antonio con preguntas relacionadas con el mundo que había abandonado hacía años: "¿Cómo va el mundo? ¿Se levantan nuevas construcciones en las viejas ciudades? ¿Cuál es el imperio que rige el mundo? ¿Quedan todavía individuos víctimas de los engaños diabólicos?" Muchas otras preguntas dirigió Pablo a su huésped, a las que éste contestaba complaciente.

El emocionante encuentro y el coloquio que le siguió habían hecho olvidar a los dos ancianos la comida material, pero no los había desamparado Dios, ya que, todavía

enzarzados en animada conversación, vieron que revoloteaba un cuervo sobre sus cabezas llevando un pan prendido de su pico, que depositó luego a los pies de los dos ermitaños. Ante la extrañeza de Antonio, díjole el ermitaño Pablo: "He aquí que el misericordioso Dios nos envía la comida. Por espacio de sesenta y más años me enviaba por el mismo recadero medio pan, pero con tu llegada se ha duplicado la ración". Los dos, según San Jerónimo, dieron gracias a Dios y se sentaron cabe al manantial de aguas cristalinas. Pero se entabló una amigable discusión sobre quién de los dos partiría el pan, prolongándose la misma hasta la noche. Alegaba Pablo el privilegio de la hospitalidad, Antonio oponía el de la edad. Decidieron por fin tomar cada cual el pan por un aparte, tirando hacia sí y reservándose el trozo que les quedara en la mano. Después, inclinados sobre el arroyo, bebieron un poco de agua, ofreciendo a Dios un sacrificio de alabanzas y pasaron la noche velando (Queffélec).

Un nuevo día amaneció en el desierto y con él un cambio de tono en el diálogo entre Antonio y Pablo. Sabía éste que sus días tocaban al fin y quiso aprovechar la presencia de su amigo para disponer su sepultura. "Ha llegado el momento tan deseado, dijo Pablo, de despojarme de este cuerpo de carne para ir a recibir de manos de mi Dios la corona de justicia. A ti te ha enviado Dios para que cubras mi cuerpo con tierra, o mejor, para que entierres lo que es tierra." Al oír Antonio aquellas palabras rompió en llanto, rogando entre sollozos a Pablo que le llevara consigo en el viaje hacia la eternidad. "No, contestó Pablo, porque tus hermanos necesitan todavía de tu ejemplo." Te ruego ahora, si no te es molesto, que vayas a tu monasterio y traigas el manto que te legó el obispo Atanasio, para envolver con él mi cadáver. Se admiró Antonio de que Pablo supiera lo del manto de Atanasio, infiriendo de ello que Dios se lo había revelado. Viendo, pues, que Pablo era un gran siervo de Dios, bajó la cabeza y marchó a su monasterio en busca del mencionado manto. Le era igual a Pablo, comenta San Jerónimo, que su cuerpo se pudriera estando al descubierto u oculto bajo una prenda de vestir; lo que pretendía con lo del palio era ahorrar a Antonio el dolor de verle morir.

Antes de llegar al monasterio saliéronle al encuentro dos monjes, quienes, admirados, le preguntaron dónde había estado tanto tiempo. El Santo no supo decir otra cosa que el haber encontrado en pleno desierto a un santo en comparación del cual era él un pecador. Dicho esto entró rápido en el monasterio y, sin probar alimento, salió de nuevo en dirección al desierto, acelerando su paso por miedo a que, en su ausencia, entregara Pablo su alma a Dios. Sus temores cumpliéronse desgraciadamente, por cuanto, faltando todavía unas tres horas para llegar a la meta, vió en una visión el alma resplandeciente de Pablo entre los coros de los santos. Antonio postró su rostro en tierra, quejándose dulcemente con estas palabras: "¿Por qué me abandonas, Pablo? ¿Por qué te vas sin decirme adiós? ¡Tan tarde te conocí y tan pronto te perdí!"

Refería más tarde San Antonio que, vencida la primera impresión, se incorporó de nuevo y emprendió veloz marcha hacia la cueva de Pablo. Entrando dentro de la cavidad encontró al Santo postrado de rodillas, la frente alta, extendidos los brazos hacia lo alto y el cuerpo exánime. Creyó al primer momento que estaba en oración, pero al no oírle ningún suspiro convencióse de que su amigo había traspasado los umbrales de la eternidad.

Antonio amortajó el cuerpo de Pablo con el palio de San Atanasio. Pero, llegado el momento de darle sepultura, no encontró a mano instrumento alguno para cavar la fosa. ¿Qué hacer? Ir al monasterio en su busca era imposible por la distancia del trayecto, calculado en cuatro días de viaje, dos de ida y otros dos de vuelta. Entonces se le escaparon las palabras: "Moriré, Señor, junto a tu siervo Pablo". Ocupado en estos pensamientos, vió surgir de las profundidades del desierto a dos leones que con paso veloz avanzaban en dirección a él. Durante unos momentos sintió la sensación del miedo, pero pronto se repuso al ver que, una vez junto al cadáver de Pablo, movían los leones suavemente sus colas y lanzaban al aire dolorosos quejidos, asociándose, a su manera, al dolor que embargaba el corazón de Antonio. Luego empezaron ambos a excavar la tierra con sus garras hasta abrir una zanja capaz de contener el cadáver de un hombre. Terminada aquella tarea se acercaron a Antonio cabizbajos, lamiendo sus manos y pies y esperando a que les diera su bendición y autorización para regresar a sus antros.

Antonio perdía a un amigo y la humanidad un santo. Transido de dolor su corazón ejerció para con su amigo

Pablo la obra de caridad de enterrar su cadáver. Una vez terminada la lúgubre ceremonia resolvió Antonio regresar a su monasterio. Como recuerdo inolvidable cargó con la túnica tejida con hojas de palmera que usaba Pablo para cubrir sus desnudeces y que usó Antonio en lo venidero en las solemnidades de Pascua y Pentecostés.

San Jerónimo acaba la vida de Pablo con las palabras: "Si el Señor me diera a escoger, no titubearía en elegir la túnica de Pablo con sus méritos, más que las púrpuras de los reyes con sus penas".

A San Jerónimo debemos los pocos datos históricos sobre la vida y virtudes de San Pablo, del cual dice que fué en realidad el creador del monaquismo. Es posible que San Jerónimo al escribir la vida de Pablo diera en algunas cosas rienda suelta a su imaginación, tratando de embellecer con descripciones poéticas los datos escuetos de la historia. No es posible trazar una línea divisoria entre la leyenda y la historia, pero podemos decir que no ha inventado Jerónimo a Pablo el ermitaño ni su túnica de hojas de palmera. Que entre Antonio y Pablo haya habido contactos es más que posible; como lo es que ambos hayan alabado conjuntamente a Dios en el corazón del desierto, y que ambos compartieran allí el pan de la caridad, cualquiera que fuera su procedencia. Lo cierto es que Pablo, con una vida callada en las inmensidades del desierto, ha influído en el ánimo de muchos que han buscado a Dios en la soledad y se han santificado en una atmósfera de silencio y de olvido total del mundo, atentos solamente a la voz del Maestro divino, que habla al corazón.

LUIS ARNALDICH, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA

JERÓNIMO, SAN, *Vita Sancti Pauli primi eremitae*, ed. PL 23,18s. Ed. en *Act. SS. Boll.*, 10 Ian. Ed. ROSWEYDE, en PL 73,105s.

BIDEZ, J.: *Deux versions grecques inédites de la vie de Paul de Thébes* (Gante 1900).

DECKER, J. DE, *Contribution à l'étude des Vies de saint Paul de Thébes* (Gante 1905).

NAU, F., *Le texte original de la vie de saint Paul de Thébes*: "Anal. Boll.", 20 (1901) 120s.

CHENEAU D'ORLÉANS, *Les saints d'Egypte* (París 1923).

QUIEFFÉLEC, *San Antonio del Desierto* (Barcelona 1958).

16 de enero

BEATO ANTONIO MARIA PUCCI

(✝ 1892)

El Beato Antonio María Pucci, uno de los siete hermanos de la humilde familia de Agustín y María Pucci, de Poggiole, encantador pueblecito acostado en las laderas preapenínicas toscanas, en la provincia del Dante, no ha llamado la atención de los conocedores del arte y de la cultura italiana. El párroco de Viareggio, diócesis de Lucca, pertenece a otra página de la historia de este pueblo armónicamente paradójico, capaz de ser a la vez garibaldino y rezador, papista y anticlerical, de honda cristiandad de Catacumbas y de atisbos de romanidad pagana. Es la historia de una generación de hombres santos, sacerdotes santificados en contacto con el pueblo fiel, a través de una labor pastoral, desde Juan Leonardo y Felipe Neri al papa Sarto y Juan Bosco.

El padre Pucci fué beatificado sesenta años después de su muerte por Pío XII, en 1952, y en su haber de santo cuenta extraordinariamente una cosa: cuarenta y cinco años de párroco y religioso servita ejemplar.

No obstante la heroicidad de sus virtudes, los trazos elementales de su biografía traen al recuerdo tantas vidas paralelas de seminaristas y sacerdotes, compañeros de estudios unos, conocidos otros tal vez en la propia parroquia. Ya durante su vida el padre Pucci se hizo tan familiar e íntimo a sus feligreses, que cariñosamente le llamaban, "el Curatino". Una de estas figuras de párroco, que ha visto nacer y morir casi toda una generación y ahonda en el corazón del pueblo, como una institución patriarcal.

Sin un apellido ilustre, su nombre bautismal era Eustaquio. Nació en 1819. Monaguillo servicial y piadoso, ganó la confianza de don Luigi, su párroco. En cambio de los servicios prestados recibía clase de latín y cultura general.

No conoció el Liceo del Renacimiento italiano. Y no lo echaría de menos después; su vida sacerdotal transcurrió ajena a la lucha de políticas y de culturas; y eso que su tiempo fué el de la unidad italiana y en parte pertenecía al de la "Kulturkampf". En último término, su padre no pretendía hacer de Eustaquio más que un buen labrador; y se opuso cuando el párroco de Poggiole fué a hablarle de que Eustaquio, joven ya de dieciocho años, aspiraba a "hacerse cura". Considerando su piedad mariana, don Luigi le había propuesto ingresar en la Orden de los Siervos de la Madre de Dios, de Florencia, con quienes cultivaba una sincera amistad y estima.

Al fin, el hombre del arado y de la esteva cedió al hombre de iglesia, y consintió; el padre de Eustaquio no era de los peores parroquianos de don Luigi. Y el "curato" se hace respetar mucho también en Italia, hoy todavía, entre las buenas familias de las parroquias rurales.

Conseguido el permiso paterno, Eustaquio ingresaba el 10 de julio de 1837 en el convento de la Anunciación. La primera etapa de su vida aldeana se cierra con un certificado protocolario de buena conducta, presentado por el párroco al superior de Florencia. ¡Habría hecho tantos otros para sus feligreses! Y, sin embargo, aquel del hijo de la familia Pucci sería un eslabón más del proceso de canonización de un santo.

Su inclinación al sacerdocio, observada por don Luigi y alguno de sus familiares que le habían visto jugar "a decir misa", se convirtió en realidad. Eustaquio, ahora fray Antonio María, fué ordenado sacerdote el 24 de septiembre de 1843. Los Siervos de María, cuyo origen, bordeado de leyenda, data del siglo XIII, conservan una tradición más eremítica que monacal, más pastoral que académica, caracterizada por la propagación de la devoción a la Virgen de los Dolores. En su santoral cuenta con diez santos canonizados: San Felipe Benizzi, San Pellegrino Lazioni, Santa Giulana Falconeri y los siete santos fundadores. La historiografía moderna de la Orden encuentra su máxima figura en el cardenal Lepicier, muerto en 1936.

El nombre del padre Antonio María Pucci nos lleva al ambiente recoleto donde el "Curatino" fué destinado a ejercer su ministerio: Viareggio, pequeña ciudad junto al mar Tirreno, hoy famosa playa internacional. Tres años

de coadjutor y después... siempre párroco de San Andrés. Sus feligreses eran casi todos pescadores, que se fueron encariñando poco a poco con el párroco de pequeña estatura y ojos serenos. Los más íntimos se sentirían orgullosos de tener un párroco apreciado en la curia de Lucca, de la que había sido nombrado, tan joven como era todavía, examinador prosinodal. Los primeros años de actividad pastoral no le habían impedido preparar el examen de "maestro en Sagrada Teología", título que concedía el capítulo de la Orden. En otro ambiente, el padre Pucci hubiera sido tal vez un hombre de estudios; pero si la Orden ha perdido un científico, ha ganado, en cambio, un santo.

Los que le conocieron, confiesan que no era simpático; su voz nasal y de tono monótono, la cabeza siempre inclinada, sus ligeros gestos nerviosos, no hacían de su persona una figura estética. Se diría que era un hombre con complejo de inferioridad. Algunos contemporáneos, al saber que se introducía su proceso de canonización, desconfiaban del éxito, porque consideraban que era una personalidad ordinaria. No es un caso aislado. También el alcalde de Viareggio, de aquella época liberal, respondía al superior de San Andrés, que solicitaba la dedicación de una calle en recuerdo del padre Pucci, minimizando su actuación y justificando su negativa. "Al fin y al cabo, es un cura que no ha hecho más que cumplir con su deber."

Es bella esta heroicidad humilde de un párroco que cumple durante cuarenta y cinco años con su deber. Heroicidad perseverante y desapercibida en su actividad apostólica y en su vida de religioso. Como el cardenal Laurenti, prefecto de la Congregación de Ritos, decía, de broma y de veras, al padre Ferrini, postulador general de la Orden: "Si el padre Pucci ha sido siempre buen párroco y buen religioso a la vez, es sin duda un santo de verdad."

Objetivo central de sus preocupaciones pastorales fué la organización parroquial: catequesis y beneficencia, grupos de seglares y fundación de religiosas, acción social y apostolado del mar.

Para desarrollar más eficazmente sus tareas de catequista, organizó la Congregación de la Doctrina Cristiana. Con sorprendente espíritu de dinamismo apostólico utilizaba todos los resortes para atraer los niños a la parroquia; ayudado de sus fieles militantes de la congre-

gación, daba especial relieve, religioso y espectacular a la vez, a las fiestas de las primeras comuniones, del reparto de premios, de la "Befana" (o "hada-buena"), manifestación italiana de la tradición española de los Reyes Magos, llevando él mismo los juguetes a casa de los niños.

Con una concepción orgánica de las obras parroquiales, instituyó para la formación integral de los jóvenes y en función también de la catequesis la "Compañía de San Luis". Sin conocerse, el padre Pucci realizaba con los jóvenes una labor paralela a la que contemporáneamente San Juan Bosco lleva a cabo en Turín. Humano y perspicaz psicólogo, no olvidaba prescribir a sus muchachos en el reglamento de la asociación que "buscaran un buen amigo y huyeran de los tristes". Posteriormente, esta asociación fué la base en Viareggio de uno de los primeros centros interparroquiales de la Acción Católica, promovida poco después de la muerte del padre Pucci con las directrices pontificias.

Incrementó la devoción eucarística con la Cofradía del Santísimo Sacramento y organizó los grupos apostólicos femeninos, cuya dirección encomendó a una joven piadosa, Giuliana Lucci; más tarde, con otro grupo de jóvenes de la parroquia, ingresó en las Siervas de María de Viareggio, cuyo fundación se atribuye fundadamente al Beato Pucci.

La incorporación de los seglares al apostolado parroquial, en un plano más ambicioso, llevada a cabo con un moderno espíritu de iniciativa por el padre Pucci, está vinculada a los azares políticos de la época. Eran tiempos en que el ideal mazziniano de la República italiana adquiría un intenso desarrollo. El romanticismo católico liberal añoraba un Papa, en frase de Chateaubriand, "León de la libertad italiana".

Contra tal previsión ilusionada, la unidad de Italia, sin intervención pontificia, fué proclamada por Cavour en Turín, en 1861. En 1870 las tropas italianas eran saludadas en Roma, como libertadoras y Pío IX se refugiaba en el Vaticano. Cairoli, Crispi, Zanardelli, De Pretiis son nombres de notables republicanos, antipontificios, conmemorados ahora como gloria nacional en las calles de la que en otros tiempos fué la Roma papal. Cavour resumía su ideología política en pocas palabras: "La Iglesia libre en Estado libre". El espíritu laico tomó auge en Italia después de la constitución del Reino; en 1873 era abolida la Facultad de Teología de las Universidades y suprimida la enseñanza religiosa en las escuelas.

El ambiente cargado de incertidumbre religiosa se hacía sentir también en Viareggio. Para el párroco de San Andrés la situación ofrecía un aspecto eminentemente pastoral. Frente al problema de la descristianización pública que se planteaba en Viareggio, cuyas autoridades civiles eran todas republicanas y hacían profesión de incredulidad, el "Curatino" pensó en una asociación de hombres católicos; así organzó "La Pía Unión de los hijos de San José para mantener incólume la fe católica en la familia y en la sociedad cristiana".

Podría pensarse con motivo, que el párroco de Viareggio habría sido criticado de "hacer política"; sobre todo, cuando los biógrafos aseguran que "defendía con todas las armas de la ciencia y de la historia los sacrosantos derechos de la Iglesia, incluído el poder temporal de los Papas". Pero el "Curatino" no fué tildado de clericalismo político, campaña preferida de los grupos de oposición desde que en Italia comenzó a desarrollarse la democracia cristiana. Ni siquiera los republicanos de Viareggio quisieron mezclar el recuerdo del padre Pucci con la política; porque el "Curatino" ¡había sido tan bueno! Había socorrido heroicamente a los enfermos en los días de la epidemia, 1854-55; había dado tantas veces su manteo y su colchón a los pobres ateridos de frío, no excluídos los anticlericales; había instituído para la beneficencia la Cofradía de la Misericordia y la Conferencia de San Vicente; su vida había sido una cadena de heroica caridad.

La venerable figura del párroco, recorriendo las calles a socorrer a los pobres o a asistir a los enfermos, se había grabado hondamente en los miembros del Consejo Comunal y en atención a su obra asistencial, declaraban en sesión plenaria, después de su muerte: "Que el padre Pucci, no ocupándose nunca de política, dejó esta misión a quien pertenecía, siendo así ejemplo de cómo se debería comportar el clero en la convivencia social".

El "Curatino" había conquistado de veras el amor de su pueblo. Los hechos de celo y de caridad se sucedían día a día. De sus obras asistenciales merece destacarse la Colonia Marina, que organizó para hijos de obreros, la primera en Italia, superando así con su acción su ideología social,

enmarcada en el "paternalismo" propio de la época y paralela al título que el pueblo le dió de "Padre de los pobres".

Su temple de santo se acendraba en la vida religiosa. Elegido superior de la casa de Viareggio en 1859, fué reelegido, contra toda costumbre, continuamente, llegando a ser en 1883 Superior Provincial en toda la Toscana. Pero su personalidad de párroco modelo absorbe la de religioso observante.

Para el estudioso de la historia del apostolado pastoral el Beato Pucci representa un eslabón de unión de las antiguas y de las nuevas formas con que se ha ido realizando en las diversas épocas; integración del concepto esencial de un óptimo pastor de almas del siglo XIX y de la concepción de una perfecta organización parroquial de nuestros tiempos. Se adaptó al ambiente popular y a la piedad, un tanto ritualista, de sus feligreses, pero presintió el surgir de nuevos problemas y nuevos estilos, sabiendo afrontarlos con tantas iniciativas. En este afán de juntar "lo nuevo y lo viejo" en sus métodos de apostolado, obsesionado por la salvación de sus fieles, se encuentra la continuidad extraordinaria de su santidad.

Se extinguió a los setenta y tres años. Testigos oculares hablan de éxtasis y de hechos milagrosos en su vida. A pesar de todo, prevalece la venerable figura del anciano párroco, pobre y sacrificado, fervoroso y organizador, consumido en la tarea ordinaria de apostolado. El párroco enraizado en su pueblo fiel, a quien edificó constantemente y para el que aún después de la beatificación continúa siendo sencillamente, "el Curatino santo", Eustaquio Pucci, nacido en la aldea de Poggiole.

MANUEL USEROS CARRETERO.

BIBLIOGRAFIA

SARRI, P. RAFFAELE, *La morte di un Santo. Cenni necrologici del P. M. Antonio Pucci* (Viareggio 1892).
POLETTI, E., *Viareggio e il suo Santuario* (Viareggio 1895).
BALDI, A., *P. Antonio M. Pucci dell'Ordine dei Servi di Maria* (Lucca 1935).
PANICHELLI, P., *Il Curatino di Viareggio* (Pisa 1939).
ROSSI, A. M., *Studi Storici sull'Ordine dei Servi di Maria*, 4 vols. (Roma 1939-1942).
FERRINI, F., *"Il Curatino"* (Roma 1952).

SAN MARCELO, PAPA Y MARTIR

(† 308)

En la serie de los Romanos Pontífices, San Marcelo hace el número treinta. Su pontificado es de muy escasa duración, un año nada más, que transcurre del 308 al 309. Todavía no era la suya una época muy apta para los pontificados largos, aun cuando la salud personal lo hubiera permitido. Si cualquier simple cristiano corría continuos peligros de perder la vida, mucho más los que por imperativo del deber tenían que actuar como jefes de la perseguida comunidad, en este caso con el carácter supremo y forzosamente visible a que su jerarquía le obligaba.

La Iglesia era ya una verdadera potencia en este tiempo. La fuerza avasalladora de su espíritu había ido superando todas las dificultades que, a lo largo del siglo III, se levantaron contra ella. Las persecuciones de Decio y Valeriano sirvieron para robustecerla. Y cuando el último de éstos murió, prisionero de los persas, su hijo y sucesor, Galieno, optó por abrir una era de tolerancia, como quien está convencido de que era imposible, e incluso injusto, destruir aquella religión que tan firmes raíces había logrado echar en el alma de sus seguidores.

¿Progresaría este convencimiento en sus inmediatos sucesores? La Providencia tenía dispuesto que no fuera así. Todavía habían de tardar en aparecer en el horizonte los días de la paz y la victoria definitivas. Durante los años 284 al 305 tiene lugar el largo reinado de Diocleciano, el cual, respetuoso para con los cristianos, sólo al final se desató en una implacable persecución que había de ser la última, pero también la más violenta y general de cuantas se habían decretado. En los años 303 al 305, cediendo a las instigaciones de Valerio, firmó el emperador sucesivos edictos persecutorios, y en todas las regiones del Imperio, excepto en las Galias y Gran Bretaña, innumerables mártires sellaron con su vida la fe que proclamaban. El papa San Marcelino fué una de sus víctimas en el año 304.

Sucedió a este Pontífice en la silla de Pedro, el presbítero romano Marcelo, que había sido, en los días de la persecución, uno de aquellos héroes tan frecuentes en la Iglesia de entonces, firmes puntales de la comunidad combativa, a la que, superando dificultades sin cuento, había tratado de sostener con su intrépida caridad y arrojado celo. De él la historia nos dice poco, y la leyenda no mucho. Empezando por la fecha misma de su elección, nos encontramos con que ésta no pudo hacerse hasta mayo o junio del 308, según el catálogo liberiano, o en el 307, según otras fuentes, lo cual significa que hubo un paréntesis de tres o cuatro años, desde la muerte del papa anterior, en que la Iglesia estuvo privada de su jefe visible. Al dolor de la sangre derramada por tantos hijos suyos se unió también el de orfandad y el de desamparo.

No hace falta esforzarse mucho para comprender que la única explicación de este hecho se halla en lo inseguro y turbulento de la situación político-religiosa de la época. Era imposible, mientras duraba la tempestad, que se reunieran los obispos que habían de intervenir en la elección. Es cierto que Diocleciano abdicó en el 305, y la persecución cesó. Pero no fué así en el Oriente, y aun en la misma Roma aparecieron intermitentes brotes de la misma aun después de que Majencio quedó como único dueño de esta parte del Imperio.

Elegido, por fin, Marcelo, su tarea principal fué restaurar la disciplina eclesiástica, harto quebrantada como consecuencia de la anterior situación, y reorganizar la jerarquía en los diversos grados entonces existentes. Era un hombre de carácter enérgico, aunque templado y sereno; enemigo de estridencias, pero muy tenaz en sus propósitos y valeroso en el mantenimiento de las resoluciones adoptadas. Los que le eligieron conocían sus dotes, y sabían muy bien que era el hombre que las circunstancias reclamaban.

La persecución, sabiamente dirigida mientras duró, había atacado ante todo la organización misma de la vida de la Iglesia. Sus principales objetivos fueron arrasar los templos y lugares de reunión de los cristianos, quemar los libros sagrados y documentos de los archivos, y llevar a la apostasía o a la muerte a los sacerdotes, con preferencia a los simples fieles.

El nuevo Papa se dedicó ardorosamente a habilitar nuevas iglesias, restableció o elevó a veinticinco los títulos presbiterales de la ciudad de Roma, equivalentes a otras tantas parroquias, consagró nuevos obispos y sacerdotes, estableció un nuevo cementerio, que llegó a hacerse famoso, en la Via Salaria, y abrió las puertas de la reconciliación, no sin exigir la debida penitencia, a quienes, más débiles que apóstatas, se habían separado de la Iglesia en los días amargos y buscaban ahora el abrazo del perdón. Eran los "lapsi" famosos que, con su presencia, tantas veces dieron ocasión en la Iglesia primitiva a conflictos de diversa índole y a doctrinas encontradas, bien por su intolerable rigorismo, bien por su indulgencia inadmisible. De esto último se resentía ahora la tendencia que trataba de prevalecer en Roma. Querían muchos que los que habían sido apóstatas fuesen de nuevo admitidos en la Iglesia sin hacer penitencia. A ello se opuso terminantemente el papa Marcelo.

Con tal motivo, la situación se hizo demasiado tensa entre los partidarios de una y otra tendencia, y llegaron a producirse disturbios y revueltas callejeras en Roma, incluso con derramamiento de sangre. Tachaban al Pontífice de demasiado riguroso, siendo así que él no hacía otra cosa más que mantener la necesaria disciplina penitencial. Esto es lo que dió origen a los llamados cismas romanos, semejantes en algún sentido a los que, por razones de la misma índole, surgirían poco después en Egipto con Melecio y en Africa con los donatistas.

Majencio, que a la sazón gobernaba en Roma, hizo responsable de todo al papa Marcelo y le condenó al destierro, brutal atropello equivalente a un acto de auténtica persecución. No sólo se trataba de la usurpación de funciones en materia religiosa, que en modo alguno le correspondía, sino de odio manifiesto a la firme actitud que el Pontífice mantenía en defensa de la pureza de la fe y la moral cristiana, y como restaurador de la jerarquía y sus derechos. Poco tiempo después, en enero del 309, según el citado catálogo, o del 308 según otros, moría el santo Pontífice en su destierro, consumido de dolor y privaciones.

A estos datos, de los que claramente se hace eco San Dámaso en el epitafio que medio siglo después redactó para honrar la memoria de Marcelo, se añaden algunos otros que sólo se encuentran en actas compuestas varios

siglos más tarde, en las cuales resulta difícil distinguir lo verdaderamente histórico de lo que la piadosa leyenda pudo haber añadido. Se nos dice que fué condenado a cuidar, como mozo de establo, las bestias de las caballerizas públicas de Roma, hasta que una piadosa matrona cristiana, Lucila, le brindó refugio oculto en su propia mansión. Transformada ésta más tarde en iglesia, a ella acudían los cristianos y desde allí seguía ejerciendo su acción pastoral el perseguido Pontífice. Incluso se habla de unas cartas que escribió a los obispos de Antioquía recomendándoles encarecidamente la unión con la sede de Roma. Hasta que por fin, de nuevo descubierto, el perseguidor llevó su ensañamiento al extremo de trasladar los animales a la casa de Lucila, que, de iglesia, se transformó nuevamente, ahora en un inmundo establo, en el cual se extinguió el valeroso Pontífice en un silencioso y lento martirio, nunca rendido su espíritu indomable. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Priscila.

MARCELO GONZÁLEZ.

BIBLIOGRAFIA

DUCHESNE, L., *Liber Pontificalis*, I p.XCIX y 164s.
ID., *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire...* p.382s. (París 1898).
ID., *Le tombeau de Saint Cyriaque* (Roma 1916).
QUENTIN, *Les martyrologes historiques du Moyen Age* p.85, 327s.
GRISAR, H., artículo en *Kirchenlexikon*, vol.8 p.656s.

17 de enero

SAN ANTONIO ABAD

(† 356)

El lector habrá de hacer un esfuerzo y trasladarse con nosotros muy lejos, en el tiempo y en el espacio. Debemos situarnos en el bajo Egipto, cerca del gran delta del Nilo, al sur de Menfis, en un pequeño poblado, Queman, que seguramente se identifica con el actual Quaeman-el-'Arous, allá por la segunda mitad del siglo III.

Era Egipto, en aquellos tiempos agitados por las herejías, en especial por el arrianismo, foco de correcta ortodoxia y cuna de varones ilustres, luchadores gigantescos contra Arrio y sus secuaces. No obstante las persecuciones, florecía la Iglesia en todo sentido y es entonces cuando comienza a notarse el fenómeno de algunos cristianos que, ansiosos de llevar una vida más perfecta, de acercarse más a Dios sin los estorbos que puede ofrecer el trato con los demás, abandonaban la vida de familia, yéndose a vivir a pequeñas casas situadas cerca de los pueblos donde tenían sus moradas y allí, relativamente solos, se dedicaban a una vida de austeridad y de contemplación.

Entre los ascetas que rodeaban la villa de Queman comenzó a verse, hacia el año 269 (ó 271), un joven de dieciocho o veinte años, llamado Antonio.

Era, ciertamente, un joven singular. Sus padres, que acababan de morir, habíanle dejado una copiosa herencia y el cargo de tutelar a una hermanita menor. Un buen día Antonio entra en la iglesia y escucha del sacerdote las palabras evangélicas: "Ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres..." Fué a los seis meses de quedar huérfano. Deja sus tierras y posesiones a sus convecinos; vende todos sus muebles, reservando solamente lo necesario para el sustento de su hermana. Pero otra vez escucha en la iglesia la voz del Evangelio que le amonesta a no atesorar para el día de mañana, dejando a Dios todo cuidado. En consecuencia, se despoja definitivamente de todo, confía su hermana a un grupo de vírgenes que observaban los consejos evangélicos viviendo en común y, rompiendo todas las cadenas que le sujetaban al mundo, a imitación de un asceta que vivía a las afueras del pueblo, comienza en una a modo de ermita vida retirada y ascética.

Pasaron años. Luchaba Antonio con todas sus fuerzas por adelantar en el camino emprendido. Frecuentaba el trato de los ascetas vecinos, codicioso de aprender de ellos los secretos del reino de Dios, de imitar sus virtudes. Comenzó a extenderse su fama.

Si es cierto que todos los santos brillan con fulgor espiritual propio, parece que a San Antonio quiso elegirle Dios para enseñarnos a los demás hombres a luchar contra el demonio. Efectivamente, ya en este primer retiro el enemigo le asalta constante y visiblemente con tentaciones, de impureza sobre todo. Antonio lucha virilmente. Siguiendo el

consejo evangélico se da a la oración y al ayuno. Come una vez al día solamente. Pasa las noches en vigilia. Dentro de semejantes luchas y trabajos, Antonio siente en el alma una potente voz interior: la llamada de la soledad absoluta. Había aprendido cuanto los demás podían enseñarle; era capaz ya, sin temeridad alguna, de verse a solas con Dios. Huye hacia los montes líbicos. Encuentra una tumba vacía. Un amigo se presta a llevarle de cuando en cuando el alimento imprescindible. El demonio redobla sus ataques, causando a veces ruidos tan fuertes que daban espanto. Se le aparece bajo la forma de terribles fieras que le originan sufrimientos indecibles; con el aspecto de hermosas mujeres que le invitan a la fornicación. Tan duras son las batallas que ha de sostener, que, en una ocasión. el amigo que le llevaba de comer le encuentra a la entrada de la choza completamente exánime. Creyéndole muerto, se lo lleva a la población vecina y, cuando está disponiéndole los funerales, Antonio se recobra y vuelve a su refugio, a la lucha incesante, en medio de la cual a veces viene el Señor a reforzarle en apariciones consolatorias.

Su fama le ha venido siguiendo y los hombres tornan a molestar su quietud. Otra vez vuelve a sentir la apremiante llamada de la soledad. Pasa a la orilla derecha del Nilo. En Pispir, cerca de Der-el-Meimun, en un repliegue de los montes arábigos, encuentra una vieja fortaleza abandonada en medio de un espantoso desierto, si bien provista de abundante agua. El edificio estaba infectado de serpientes, que huyen a su sola presencia. Convino Antonio con un amigo que le trajese pan dos veces al año (en Tebas duraba el pan incorrupto hasta un año y era costumbre tebana guardarlo para seis meses). Inmediatamente procedió a defender su soledad levantando un muro que le aislase por completo de la vista y trato de los hombres, de tal forma que ni aun hablaba con su amigo, quien le arrojaba el pan por encima del muro y de igual forma recogía las espuertas que hacía Antonio para huir de la ociosidad con el trabajo de sus manos. Tenía nuestro asceta treinta y cinco años y corría el 285 de nuestra era.

Aquí pasó veinte años sin interrupción. Sus familiares iban muchas veces a verle para hablar con él; las gentes venían a pedirle consuelos, consejos, milagros. Juntamente con esto sentía redoblarse los ataques del diablo. Los ecos de sus luchas eran tan fuertes y ruidosos, que llenaban de pavor a los viandantes que pasaban cerca del lugar. No obstante hallarse encerrado, debían sus palabras poseer tal fuerza de persuasión que, poco a poco, fueron acudiendo las gentes y acampando de manera estable junto a la fortaleza, a fin de beneficiarse continuamente de sus ejemplos y consejos. Un día ya no pudo contenerse la impaciencia de sus admiradores y, uniéndose, derribaron el muro construído por Antonio. Habían pasado veinte años y no se notaban en su rostro ni en su aspecto huellas de la extrema dureza de su ascesis. Todo él respiraba serenidad e íntima pureza. Pronto se llenó la montaña de hombres que iban a pedirle alientos y fuerzas para llevar una vida semejante a la suya. La montaña se llenó de ermitaños. Constantemente resonaban en ella las divinas alabanzas. Se practicaba una pobreza heroica, una caridad perfecta. Los eremitas vivían solos, o en pequeños grupos. Antonio nunca fué, propiamente, su superior; era, simplemente, una norma de vida, un ejemplo a imitar. Curaba enfermos, expulsaba demonios, enseñaba a amar al prójimo con perfección; amaestraba en la lucha contra el diablo, cuyos ardides y la forma de protegerse de ellos conocía perfectamente. San Atanasio, que fué su discípulo, nos ha recogido su doctrina en forma de un largo discurso: Antonio enseñaba que la meditación de los novísimos fortalece al alma contra las pasiones y el demonio, contra la impureza. Si viviésemos, decía, como si hubiésemos de morir cada día, no pecaríamos jamás. Para luchar contra el demonio son infalibles la fe, la oración, el ayuno y la señal de la cruz. El demonio teme, enseñaba, los ayunos de los ascetas, sus vigilias y oraciones, la mansedumbre, la paz interior, el desprecio de las riquezas y de las glorias vanas del mundo, la humildad, el amor a los pobres, las limosnas, la suavidad de costumbres y, sobre todo, el ardiente amor a Cristo.

Era el 305. Acababa de nacer, aun sin propósito premeditado de Antonio, el monacato oriental. Y aunque hubo quienes expresaron sus temores acerca de una posible infiltración de espíritu de independencia y separación de la Iglesia, la probada ortodoxia y la prudencia del Santo lograron que tal género de vida se impusiese poco a poco y terminara constituyendo un inapreciable sostén para la Iglesia de la época.

La soledad de Antonio no era infecunda. Enseñaba a preferir sobre todas las cosas la caridad. Así, cuando en el

311 estalló la persecución de Maximino, Antonio voló a Alejandría con algunos de sus monjes para fortalecer a los perseguidos por la fe y compartir con ellos el martirio. Nadie, sin embargo, se opuso a su propósito ni les infirió daño alguno, de forma que, terminada la persecución, volvieron a Pispir.

Antonio volvió cambiado: había comprendido—y lo supo viendo sufrir a los mártires—que el signo de su vivir era la cruz perfecta. Redobló su ascetismo, multiplicó los ayunos, durmió en la tierra desnuda o en tablas. Nunca se lavó, cambió de ropa, ni usó aceites o perfumes (se piense lo tremenda que es tal mortificación en el Egipto, donde el baño constituye una auténtica necesidad corporal). Y otra vez la llamada del espíritu resonó, fuerte, muy fuerte, en su corazón. Su viaje a Alejandría, su vida entera, le habían hecho más y más famoso entre las gentes, que afluían a él sin cesar. Sintió peligrar su humildad, su silencio. Dios le inspiró de nuevo. Un buen día una caravana de beduínos que iba a internarse en el desierto contempló a un hombre extraño que les pedía unirse a ellos durante el viaje. Vestía túnica de pelos de camello, sujeta por cinturón de cuero; un manto de piel de carnero, con capucha caída por la espalda. Parecía totalmente endiosado.

Fué una larga y dura caminata. Los camellos de los beduínos se internaban por un desierto sin límites, sólo alterado por las dunas; bañado por las noches de un inusitado fulgor de estrellas; abrasado durante el día por el ardiente sol. Tres días con sus noches. A medida que el paso de los camellos iba alejándole de Pispir con sus monjes contemplativos y sus multitudes ansiosas de curaciones y milagros, Antonio se sentía caminar derecho a la consumación de su vocación. Sabía que Dios le aguardaba en el desierto, lejos, muy lejos de todo.

Llegaron por fin. Habían caminado hacia Oriente, hacia el mar Rojo. Muy cerca ya de éste, en el monte Qolzoum, encontraron un pequeño oasis lleno de palmeras y con alguna tierra laborable. Allí quedó Antonio. Era el año 312; acababa de fundar lo que había de llamarse monasterio de Deir-el-'Arab.

Los beduínos le proporcionaron una azada y algunas semillas. Algunos discípulos, que no tardaron en visitarle a pesar de los horrores del desierto, le llevaron trigo. Antonio se preocupó de sembrar un trozo de tierra, a fin de poder

ayudar a los peregrinos y visitantes. Allí permaneció absolutamente solitario durante dieciocho años, hasta quince antes de su muerte, en que admitió la presencia estable de sus dos discípulos Amathas y Macario.

La vida del Santo en los años siguientes se revela extraordinaria. Regularmente visitaba el monasterio de Pispir, donde le aguardaban sus discípulos y las turbas venían a pedirle milagros. Solamente algunos, los más valientes, se atrevían a visitarle en Deir-el-Arab. Uno de éstos fué San Atanasio, el campeón de la ortodoxia oriental contra los arrianos, quien más tarde escribió su vida, contribuyendo con ello a esparcir por el mundo los ideales de nuestro asceta. Allí le escribió el emperador Constantino pidiéndole sus oraciones.

Allí refutó filósofos griegos y herejes arrianos, quienes atraídos por su fama y por la circunstancia de que Antonio era analfabeto, fueron a probar su sabiduría. Desde allí combatió el cisma de Melecio de Nicópolis; escribió duramente al obispo Gregorio, suplantador fraudulento de San Atanasio, y a Balacio, quienes habían desencadenado una violenta persecución contra los ascetas y vírgenes ortodoxos; sostuvo el prestigio de San Atanasio.

El 340 fué a visitar a San Pablo, el primer ermitaño. A su llegada, el cuervo que todos los días llevaba a Pablo medio pan como alimento, trajo un pan entero para los dos solitarios.

Antonio se había convertido casi en personaje de leyenda. La fama de sus milagros, de sus doctrinas, de sus austeridades, la noticia de su extremada soledad, habían llenado el mundo de Oriente. Pasaron los años, sumido en la contemplación de las noches del desierto, que tan extraño poder tienen para llevar las almas a Dios, para excitar el deseo de los bienes eternos.

Probablemente en el año 355, último de su vida (otros señalan el 338, a la vuelta del primer destierro de San Atanasio), fué a visitar a éste en Alejandría, para animarle y sostenerle con su autoridad legendaria en la lucha contra los arrianos y melecianos. Es indescriptible la impresión que su presencia y sus milagros causaron en la ciudad, donde convirtió muchos herejes e infieles.

Finalmente, el 17 de enero del 356, luego de haber anunciado su muerte, haberse hecho prometer por sus dos discípulos que a nadie revelarían el secreto de su tumba, a

fin de evitar honores póstumos; luego de haberles exhortado a la pureza de la fe, entregó su alma a Dios. Antes quiso legar a San Atanasio su túnica de piel de carnero y el antiguo manto que el mismo Atanasio le había regalado y que durante muchos años le había servido de lecho y abrigo. Otro manto dejó a Serapión, obispo de Thmuis. Con ello simbolizaba su unión con la jerarquía y el espíritu de su neta ortodoxia.

En Occidente, desde el 1089, se le comenzó a venerar como abogado contra la peste y epidemias, llegando a fundarse incluso una Orden hospitalaria bajo su advocación.

No obstante la dureza de la vida de San Antonio, podemos apreciar en ella contrastes que nos enseñan cómo algunas veces la santidad suple muchos valores humanos y cómo en otras no solamente no los suprime, sino que los supone y realza.

Cuenta San Atanasio, que le conoció bien, cómo, a pesar de sus ayunos, de su austeridad, jamás exageró. Supo guardar siempre la justa medida; prohibió las demasías en la mortificación entre sus discípulos; enseñó a valorar sobre las cosas exteriores la pureza de corazón y la confianza en Dios. De ordinario mostraba una faz tan resplandeciente de alegría, que por ella le conocían quienes no le había visto nunca antes. Murió sonriendo.

A pesar de haberse criado y haber envejecido en el desierto, nada se observaba de agreste en sus maneras, sino que todo él respiraba una exquisita educación.

Sorprende su intrépido espíritu apostólico y la integridad de su fe, que le constituyeron en uno de los paladines de la ortodoxia de su tiempo.

No prescribió reglas, ni hábitos especiales a sus discípulos (las reglas que circulan bajo su nombre son apócrifas), pero su influjo personal fué tan hondo que pronto se pobló Egipto, en sus lugares más desérticos y apartados (Celdas, Escita, Nitria), la Siria y el Asia Menor, de monjes que de una forma u otra copiaron su género de vida, que aún perdura en cierto modo entre los monjes del Monte Athos, los cartujos y los camaldulenses.

Sin embargo, la vida de San Antonio encierra una ejemplaridad superior. Es todo un símbolo. Nos dice que los peores enemigos del hombre no son los externos. En la soledad más estricta el hombre lleva consigo su naturaleza caída, propensa al orgullo, a la soberbia interior, a la lujuria, a la que es preciso vigilar y mortificar constantemente si el alma quiere verse libre de sus flaquezas y encontrar a Dios en la paz. Por otro lado, el demonio se encarga de afligir con sus tentaciones (presunción, soberbia, desánimo, falta de fe y confianza) al más retirado de los ermitaños. Es decir, que la vida cristiana es, esencialmente, lucha. Podremos huir del mundo; no podemos despojarnos de nosotros mismos, no podemos evitar los asaltos del demonio, que da vueltas en torno a nosotros buscando a quien devorar, como nos enseña San Pedro. Por eso el desierto se ha convertido en símbolo de lugar de tentaciones y los antiguos lo identificaron muchas veces cual morada de espíritus malignos.

Otra lección del Santo es el inestimable precio de la soledad interior para quien de veras desea darse del todo a Dios. Es menester que ninguna criatura ocupe indebidamente nuestro corazón, que sepamos tenerlo desprendido de todas, de forma que ninguna nos pueda ser impedimento a nuestra carrera hacia la unión con Dios. Espíritu de soledad que, como vemos en nuestro Santo, no es sino una forma superior de caridad, porque solamente el hombre que se ha purificado en soledad, en mortificación, en oración, es capaz de sentir fielmente la caridad y de ejercitarla exponiendo su vida. El solitario, de ninguna manera—si es auténticamente discípulo de Cristo—se desentiende de los demás. Como puede, desde su soledad, lucha por sostener en la fe, se inmola por su salvación, socorre las almas y los cuerpos. Pocos hombres de su tiempo hicieron tanto bien como San Antonio. La religión cristiana, como enseñaba a sus discípulos para combatirles una desordenada propensión a la soledad egoísta y cómoda, es una profesión de caridad fraterna.

El solitario no ha de dudar en abandonar su refugio cuando lo piden así las necesidades de la Iglesia y de las almas. Soledad, caridad, las dos inmortales lecciones de San Antonio, o lo que es lo mismo, acción y contemplación, oración y apostolado, dos ejes aparentemente opuestos, pero que se conjugan perfectamente cuando el espíritu que los anima es legítimo espíritu de Cristo. Todos necesitamos ser un poco eremitas si es que, en definitiva, queremos triunfar de los asaltos del demonio y aprender el sublime arte de amar, por Cristo, a nuestros hermanos.

FRAY PEDRO DE ALCÁNTARA, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA

ATANASIO, SAN, *Vita Scti. Antonii Abbatis:* PG 26,837s.; PL 73,125s.
Act. SS. Boll., 17 enero.
Cartas de San Antonio y documentos atribuidos a él: PG 40,972s.
DAVID, artículo en "Dict. Géogr. Hist. Eccl." vol.8 col.726s.
BARDY, A., artículo en "Dict. Spirit.".
BOUYER, L., *St. Antoine le Grand* (Paris 1950).
ID., *La vie de St. Antoine. Essai sur la spiritualité du monachisme primitif* (Waudrille 1950).
HERTLING, L. VON, *Antonius der Einsiedler* (1930).
LAVAUD, B., *Antoine le Grand* (1943).

18 de enero

LA CATEDRA DE SAN PEDRO

El divino Maestro como correspondencia a la firme confesión de su fiel apóstol Pedro: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo", le dirigió aquellas trascendentales palabras: "Bienaventurado tú, Simón Baryona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a ti que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos" (Mt. 16,17-19).

Con estas palabras el divino Redentor anunciaba la concesión a Pedro de una serie de privilegios sobre los demás apóstoles. Con ellos le hacía entrega del supremo poder de gobierno y magisterio, de legislador e intérprete de la doctrina evangélica, base esencial de la existencia misma de la obra de Jesús. 'Todo reino dividido será desolado" había dicho el mismo divino Maestro. Y como el reino de Cristo debía existir por los siglos de los siglos hasta la consumación del mundo, aquel supremo poder debía naturalmente perpetuarse en los sucesores de Pedro. Todos estos privilegios y su perpetuación en los Romanos Pontífices se quisieron simbolizar y conmemorar en la institución de la fiesta de la Cátedra de San Pedro, cuyo origen histórico y litúrgico vamos a explicar para promover la devoción a esta solemnidad.

Uno de los medios más sencillos y eficaces de enseñar e inculcar al pueblo fiel la doctrina evangélica han sido siempre las representaciones plásticas históricas o simbólicas. De ahí la riqueza de figuraciones artísticas de las diferentes escenas referentes a la institución del supremo magisterio de San Pedro.

De San Pedro, como la roca fundamento de la Iglesia, tenemos un hermoso relieve en un sarcófago lateranense. Se ven en él una basílica, un baptisterio y un palacio en el plano superior, y más abajo, las figuras del Salvador y de su fiel apóstol, todo descansando sobre una roca. No hay duda que la basílica quería representar la de Letrán, madre de todas las iglesias, como lo indica el baptisterio contiguo y el palacio que quería recordar el que Constantino regaló a la Iglesia romana. De esa manera se expresaba al mismo tiempo que esta Iglesia era la sucesora del apóstol.

Aún más expresiva es otra representación, y ésta conservada en muchos ejemplares, de la llamada "Traditio legis" o consigna, entrega de la ley a Pedro. Se quiso aplicar al apóstol, que había de ser el legislador supremo de la cristiandad, la escena tan conocida del Antiguo Testamento en que Dios entrega las Tablas de la Ley a Moisés, el legislador del pueblo escogido. Se encuentra principalmente en relieves marmóreos de sarcófagos cristianos. En ellos se ve la majestuosa figura de Jesús sobre el monte, del cual fluyen los cuatros ríos del paraíso, con la diestra en alto, alargando con la izquierda el rollo abierto de la Ley a Pedro, que lo recibe, en señal de respeto, con las manos cubiertas, y llevando al hombro una cruz ricamente decorada. La noble figura de San Pablo está al otro lado en actitud de aplaudir la elección hecha por Jesús del primer apóstol como supremo legislador. En algunos ejemplares aparecen también los demás apóstoles en la misma actitud. La ley que recibía Pedro era la doctrina y toda la doctrina cristiana, esto es, la suma de los artículos de la fe y de los preceptos. Por esto en un ejemplar de Arlés se grabó en el rollo el crismon O, símbolo de Jesús y de su doctrina.

Aunque todos los demás apóstoles tenían ciertamente

el poder, recibido directamente del divino Maestro, de enseñar la ley evangélica, no se halla ninguna representación de la entrega de la ley a ellos, porque no había de residir en sus personas ni en sus sucesores el poder supremo de legislar, independiente del de Pedro.

Con esta representación se significaba principalmente que Pedro era el depositario, el guardián de la ley cristiana, pero Jesús le hizo además el maestro por excelencia que había de transmitirla a todos los confines de la tierra. De ahí la representación simbólica de la Cátedra de Pedro. La voz *cátedra* significaba materialmente el trono o silla episcopal, pero ya los Santos Padres la usan particularmente como símbolo de la autoridad de la enseñanza cristiana, atribuída generalmente a los obispos, pero especialmente a la sede de Pedro, la de Roma. San Cipriano en el siglo III decía: "Se da a Pedro el primado para que se muestre que es una la Iglesia de Cristo y una la cátedra". Y recalcando aún más la unidad, añadía: "Dios es uno, uno el Cristo y una la Iglesia y una la cátedra fundada sobre Pedro por voz del Señor" (CIPRIANO, *Epist.* 43,5). Y que esta cátedra era y seguía siendo la de Roma, lo atestiguaba el mismo santo Doctor, quien para indicar que por la muerte del papa Fabio vacaba la sede de Roma, lo expresaba así: "Como el lugar de Fabiano, esto es, el lugar de Pedro... vacase" (ID., *Epist.* 55,8). Por lo mismo el concilio de Calcedonia (a.451) declaraba al recibir una carta del papa León Magno: "Pedro nos ha hablado por la voz de León" (MANSI, VI 971).

El apóstol, en los ejemplares más antiguos, aparece sentado sobre una roca, la de la confesión, para recordar la que, según la palabra del Señor, debía ser fundamento de la Iglesia. En las manos tiene desplegado el rollo de la doctrina evangélica, en actitud de enseñar mientras dos soldados vienen a arrastrarlo, significando así que la enseñanza de la doctrina cristiana fué la causa de las persecuciones. Hay ejemplares de esta preciosa escena, no sólo en Roma y en Italia, sino también en varias provincias del Imperio. En un ejemplar de Arlés en el rollo se ve inciso el crismon O, como en el antes mencionado relieve de la *Traditio*. Pedro enseña la doctrina de Cristo en su integridad, simbolizada en el anagrama de su nombre. Para expresar aún con más fuerza esta verdad, el artista colocó junto a Pedro la figura del Señor en actitud de hablar al apóstol, absorto en su tarea catequética. De esta manera se quiso plasmar la inspiración divina bajo cuya influencia hablaría el apóstol y sus sucesores.

En otros muchos ejemplares Pedro está sentado sobre una silla o verdadera cátedra. Tampoco conocemos una representación semejante para ninguno de los demás apóstoles.

Por otra parte, el pueblo romano veneraba una verdadera cátedra de madera ya en el siglo IV y mucho antes en la que, según la tradición inmemorable, se habría sentado el Príncipe de los Apóstoles.

Esta veneranda y preciosa pieza se conserva en el Vaticano, sustancialmente en la misma forma original. Se le añadieron al correr de los siglos algunos adornos para enriquecerla, pero sin cambiar su estructura.

Es una gran silla o trono de madera de encina formada por una caja cuadrilátera de unos 89 centímetros de ancho por 78 de alto hasta el asiento, con unos pilares en los ángulos y un respaldo o dosel terminado por un tímpano triangular. Tiene en los pilares unas anillas para poder ser fácilmente trasladado. En el cuadrilátero frontal anterior, debajo del asiento, la enriquecen tres hileras de seis casetones cada una con sendos marfiles incrustados de oro, muy antiguos. Los que asimismo adornan el dosel son aún de mayor antigüedad y seguramente tallados expresamente para esta cátedra.

Durante toda la Edad Media estuvo visible y fué muy venerada. Los peregrinos, con devoción indiscreta, tomaban fragmentos de la madera para guardarlos como reliquias. En un principio habría estado en Santa Prisca, en el Aventino, en el lugar donde, según la tradición, habría residido el apóstol. Nuestro papa San Dámaso, en el siglo IV, la trasladó al baptisterio del Vaticano por él construído. Al levantarse en el siglo XVI la actual imponente basílica Vaticana, se creyó conveniente guardar como una reliquia la veneranda cátedra. Bernini, el último gran arquitecto de las obras, emplazó en el fondo del ábside un grandioso altar barroco que tiene, a manera de imagen principal, una colosal cátedra de bronce, sostenida por ángeles y que es el relicario que custodia la antigua silla del apóstol. En ocasiones extraordinarias puede ser mostrada a la veneración de los fieles, como se hizo en 1867,

bajo el pontificado de Pío IX, al celebrarse el XVIII centenario de la muerte de San Pedro.

Si el arte y las tradiciones populares pudieron propagar así la admiración y devoción al magisterio supremo de Pedro, simbolizado en la cátedra, la liturgia debía consolidarlas y extenderlas a todo el orbe cristiano de todas las épocas. Por esto se instituyó muy pronto en Roma y en las provincias del Imperio la fiesta de la *Cátedra de San Pedro*.

El primer testimonio escrito que ha llegado hasta nosotros, es la *Depositio martyrum:* deposición de los mártires, incipiente calendario litúrgico romano del año 336, pocos lustros después de alcanzada la paz constantiniana.

Entre las poquísimas fiestas de santos, unas dos docenas, del año litúrgico, señala este calendario para el día 22 de febrero el *Natale Petri de Cathedra*, natalicio de San Pedro en la cátedra, o sea el día de la institución del pontificado de Pedro. El haber escogido este día para celebrar un acontecimiento del que no se podía saber la fecha exacta, parece se debió a querer suplantar con una fiesta cristiana importante la pagana de honrar a los muertos de la familia con banquetes frecuentemente escandalosos. San Agustín reprende duramente a los cristianos que en dicha fecha se entregaban a tales abusos. Lo mismo hace un concilio de Tours del año 567, al deplorar que haya fieles que, después de haber recibido dicho día el cuerpo del Señor, no se avergonzaran de manchar su alma con manjares dedicados al demonio. Quizá también, y en primer lugar, se puede creer que dicha fecha guarda relación con la fiesta de la basílica de Santa Prisca en donde, según lo dicho, se guardaba la cátedra, fiesta que coincide con el 22 de febrero. Sea como sea, lo que sí es seguro, que en los primeros siglos, IV y V cuando menos, nuestra fiesta de la cátedra se celebraba en Roma, no como hoy el 18 de enero, sino el 22 del mes siguiente. Así lo atestiguan varios libros litúrgicos.

Con esta fiesta se quiso solemnizar el episcopado de Pedro, su potestad jerárquica y magisterio universal y particularmente el episcopado de Roma, cabeza del Imperio, centro de la unidad, desde el año 42, que perduró durante veinticinco años.

Era costumbre antigua, continuada hasta hoy, la de conmemorar la consagración o entronización de los obispos en su sede. Pero, salvo raras excepciones, la conmemoración sólo se extendía a la propia diócesis. Sólo a la de San Pedro se le dió el nombre majestuoso de *cátedra*, y ésta fué la única que se extendió a todo el mundo cristiano. San Agustín, dirigiéndose a sus diocesanos del Africa, decía: "Cuando celebramos el natalicio de la cátedra, veneramos el episcopado de Pedro apóstol". En este texto se ve bien que la fiesta de la cátedra, sin otra distinción, era de la cátedra por excelencia, la de jurisdicción universal, la de Pedro, y, queriendo exponer el mismo santo Doctor el origen de esta denominación, advertía: "La hodierna solemnidad recibió de nuestros antepasados el nombre de cátedra, porque, según se dice, el primero de los apóstoles recibiría hoy la cátedra del episcopado". Por esto en los textos de la misa romana actual, como en los antiguos, se recuerdan principalmente los pasajes evangélicos referentes a los privilegios de magisterio y gobierno otorgados por el Señor a su fiel apóstol. "Oh Dios que al entregar las llaves del reino de los cielos a tu santo apóstol Pedro, le concediste potestad de atar y desatar..." se dice en la colecta. Después en el tracto, en el ofertorio y en la comunión se reproducen las palabras de Cristo: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia..."

Se sabe que en el siglo IV y hasta el VI se celebraba con solemnidad especial esta fiesta en la capital de la cristiandad y era motivo de atracción de grandes grupos de peregrinos. A ella acudió el año 450, según se desprende de un sermón del tiempo, el emperador Valentiniano III con sus hijas Placidia y Eudoxia. Asistieron a la vigilia litúrgica de la fiesta y al día siguiente fueron recibidos por el Papa y numerosos obispos de Italia.

Por causas no bien explicadas esta solemnidad desaparece de los libros litúrgicos romanos de los siglos VII-X. Cuando reaparece, se ha trasladado al día 18 de enero. La causa de este traslado parece fué el que la antigua fecha caía frecuentemente en la Cuaresma, tiempo de ayuno, en que se evitaban esta clase de fiestas. El papa Paulo IV, en 1558, fijó definitivamente la fecha del 18 de enero para la de la Cátedra de San Pedro en Roma, asignando a la data anterior del 22 de febrero otra fiesta de la Cátedra de Pedro en Antioquía.

En cambio en las provincias y particularmente en España, a donde había pasado ya en el siglo V, siguió cele-

brándose siempre, mientras se conservó la liturgia hispano-mozárabe, con toda solemnidad en la antigua datación del 22 de febrero.

Los libros de dicha nuestra liturgia nos ofrecen una riqueza de textos para esta fiesta no superada por ninguna otra de las liturgias occidentales. En el llamado *Oracional visigótico*, manuscrito el más antiguo de un oracional completo, del siglo VII, procedente de Tarragona y conservado hoy en Verona, adonde pasó con los fugitivos de la invasión árabe, se dan nada menos que una docena de oraciones sólo para el rezo del oficio divino, ya que el oracional era precisamente el libro del preste para este rezo. Estas oraciones van acompañadas de antífonas, responsorios, aleluiyáticos, sólo iniciados, que después vemos completos y en mayor abundancia y con la correspondiente música en el famoso antifonario de León, del siglo X, y en otros manuscritos de Toledo, San Millán, etc.

Una prueba de lo muy difundida y lo muy popular que debió ser en España ya en el siglo V esta celebración de la Cátedra de San Pedro nos la manifiesta una inscripción sepulcral, encontrada hace pocos lustros en Tarragona, en la que como datación del día del entierro se anota el de la *Deposición de Pedro apóstol*, es decir, deposición en la cátedra, como también era llamada dicha fiesta en España y en las Galias.

Concluyamos con la primera oración del mencionado *Oracional visigótico*, para las primeras vísperas: "Cristo, Hijo de Dios, que para edificar tu Iglesia sobre la roca, diste al beatísimo Pedro, príncipe de todos los apóstoles, las llaves del reino de los cielos, a fin de que la Iglesia en primer lugar edificada surgiera en aquel que mereció antes que los demás no sólo amarte, sino también confesarte; concédenos que en este día, en el cual él recibió la suprema gracia del pontificado, recibamos nosotros la santidad en toda perfección, para que por aquel a quien concediste el poder de atar y desatar en la Iglesia, por él mismo ordenes nos sean perdonados los pecados y entrar en el reino de la vida perpetua".

JOSÉ VIVES.

BIBLIOGRAFIA

KIRSCH, J. P., *La festa della Cathedra di S. Pietro:* "Riv. di Archeol. crist.", 2 (1925) 62s.

ID., *Die beiden Apostelfeste Petri Stuhlfeier und Pauli Bekehrung:* "Jahrb. Liturgiew.", 5 (1925) 48s.

WILPERT, G., *Cathedra Petri*, en *I sarcofagi cristiani antichi*, I (Roma 1929) p.185s.

CABROL, F., *La Caire de Saint Pierre à Rome:* "Dict. Archéol. Chr. Lit.", artículo *Fête de...*, III col.76s.

19 de enero

BEATO JUAN DE RIBERA

(✝ 1611)

Cuando él nace, atraviesa la cristiandad una crisis durísima. El fuego de la revolución protestante se ha corrido a media Europa. Reina la confusión y el dolor en el mundo católico, mientras herejes e infieles se mofan a coro de la Santa Iglesia esperando su agonía. Pero el soplo del Divino Espíritu vivificó de nuevo a la Esposa de Cristo y ésta empezó a mostrar de nuevo al mundo los caminos de la restauración católica o de la verdadera reforma. Una falange de santos reformadores promovieron esta corriente purificadora, especialmente en España e Italia. Don Juan de Ribera será devotísimo amigo de todos ellos: Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, Juan de Avila, Francisco de Borja, Teresa de Jesús, Luis Beltrán, Alonso Rodríguez, y otros más en nuestra patria. El papa San Pío V pensó hacerle cardenal, y San Carlos Borromeo, que le amaba entrañablemente sin haberle visto nunca, pedía consejo a Ribera para el buen gobierno de su vastísima diócesis de Milán.

Fué natural de la ciudad de Sevilla, hijo del ilustre don Pedro Afán Enríquez de Ribera y Portocarrero, conde de los Molares, marqués de Tarifa, duque de Alcalá, virrey de Nápoles y antes de Cataluña. El niño crecía sin el amor materno. Su madre, doña Teresa de los Pinelos, falleció

muy pronto. Sevilla era a la sazón la puerta de América, por donde se derramaba en Europa aquel torrente de riquezas, de conocimientos nuevos, de sustancias desconocidas: oro, plata, perlas, cacao, maíz, animales raros, hombres y mujeres de razas exóticas. Pero también riquezas del espíritu daba de sí esta ciudad al mundo. Para nuestro caso bastará recoger las palabras de un historiador local: "Es indudable que de toda la nobleza sevillana fué la familia de los Enríquez de Ribera la que más se señaló por su generosidad y amor a los pobres. Nadie como doña Catalina y su hijo don Fadrique de Rivera en caridad a los enfermos y desvalidos. Esta egregia señora, prototipo de las más egregias virtudes, fundó el Hospital de las Cinco Llagas, que luego su hijo dotó y amplió con extraordinaria munificencia". En esta misma línea de santidad familiar merece un recuerdo doña Teresa Enríquez de Alvarado, "la loca del Sacramento", de quien se cuenta que por sus manos escogía la flor de los racimos traídos de doce leguas, de Cebreros, en la provincia de Avila, por ser la más excelente uva para fabricar el vino del Sacrificio. Por sí misma cernía la harina de las hostias y la guardaba en limpia y rica orza, delante de la cual tenía siempre una luz encendida. No porque la creyese consagrada, sino porque sólo el pensar que aquella harina se había de transubstanciar en el cuerpo de Cristo, la obligaba a mirarla con tierno respeto: algo así como se mira una corona regia o como una madre contempla los vestidos que han de cubrir y abrigar el cuerpecito del esperado primogénito. Don Juan fué enviado por su padre a la Universidad de Salamanca, que por entonces vive un período áureo: lecciones de Vitoria, teólogos a Trento, introducción del método teológico salmanticense en Italia por obra de los hijos del patriarca de Loyola. Y en suma, foco del prestigio hispano que batalla con la espada y con la pluma frente a turcos y herejes. Ribera salió discípulo aventajado en aquellas aulas, sacó sus títulos y tuvo cátedra en la misma. Atenas española. Estaba para terminar el concilio de Trento y el papa Pío IV escogió para la mitra vacante de Badajoz a nuestro joven maestro, que a sus virtudes y alcurnia juntaba el ser hijo del virrey de Nápoles. Aún no había cumplido los treinta años. Para la reforma y santificación de sus ovejas lanzó pequeñas tropas de choque y conquista, reclutó misioneros y recabó la ayuda del Maestro Avila, quien dice con gran consuelo en una de sus cartas: "El obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el obispado, según él me ha escrito, y da a cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo, y aún si yo le enviara algunos, dijo daría más, si tuvieran necesidad de socorrer a padres o hermanos". El, por su parte, no se desdeñaba de administrar los sacramentos a los enfermos y sentarse para atender a las almas como confesor ordinario en su iglesia. Dormía muchas veces sobre haces de sarmientos y seguía el mismo rigor que en Salamanca. Por eso, el arzobispo de Granada respondió por carta a una que el mismo don Juan le había escrito: "Me pide V. S. Ilma. que le dé cuenta de mi vida; eso deseo saber de V. S. Ilma., que siempre desde su niñez fué santo, pues cuando V. S. Ilma. vino a Salamanca, de poca edad, yo era estudiante pasante, y ya entonces erais santo." Los avisos que él dió, a petición de los padres y del concilio provincial Compostelano, en 1565, han pasado a las actas. Entre diversas sugerencias, señala remedios prácticos para la reforma personal de los obispos, primer intento de esta clase en España, que sepamos, de aplicación de los decretos Tridentinos. En la predicación puso tal fuego y acierto, que los vecinos de los lugares circunvencinos a donde predicaba se convidaban mutuamente: "Vamos a oír al apóstol." En dos ocasiones vendió la vajilla de plata y el importe lo invirtió en comprar trigo y remediar a los pobres en años de carestía. El divino Morales nos ha transmitido la efigie del obispo de Badajoz: sus facciones revelan a un hombre de nervio, pero limpio de toda excitación exterior, contemplativo y apóstol, con aires de alta nobleza y finos modales. El día que partió de su obispado, siendo ya patriarca de Antioquía, para regir la archidiócesis valentina, dió a los pobres todas sus alhajas, dinero y bienes. Más de una vez había quedado sin un maravedí, pero siempre estuvo a punto la bolsa paterna. En Valencia, como en Badajoz, se sujetó a un horario que recuerda hábitos estudiantiles. Gran madrugador, se levantaba de tres a cuatro de la mañana y comenzaba el estudio y meditación sobre la Biblia hasta las siete; daba cuatro horas para el rezo del oficio divino, santa misa, preparar sermones y un breve descanso. A la una de la tarde, audiencia pública. Se retiraba a eso de las tres, sin tener tiempo señalado para la co-

mida, y sólo tomaba algunos higos secos, uvas o fruta del tiempo. Bebía muy poco, raramente vino con agua. Por la tarde concedía audiencia sin poner inconvenientes. Terminada esta obligación, marchaba a un jardín extramuros donde iba acumulando libros y más libros. Tornaba a palacio al anochecer, y por espacio de tres horas se recogía en oración. Tampoco para cenar había momento señalado. Antes de acostarse tenía unos momentos de solaz con los suyos. Al rigor ordinario en la comida, añadía ciertos ayunos, como en los días de Semana Santa, que se pasaba cuarenta horas sin probar alimento, y, mientras fué joven, tres veces por semana ayunaba como un monje: sólo pan y agua. Su criado, Pedro Pascual, no podía menos de maravillarse muchas mañanas al entrar en la alcoba de su señor; la cama estaba como el día anterior, y, para cerciorarse, metía las manos entre las sábanas, y, no hallándolas calientes, concluía que el patriarca no había reposado en ellas durante la noche. Tenía don Juan ciertos lugares secretos en sus habitaciones, así en palacio como en el colegio por él fundado y en su jardín-biblioteca de la calle de Alboraya, donde escondía las disciplinas y cilicios, que la curiosidad de Pedro Pascual descubría, hallándolos siempre bañados en sangre. Estos indicios hacían presagiar un pontificado santo, como el de fray Tomás de Villanueva, fallecido aún no hacía tres lustros y cuyo recuerdo amable estaba en la memoria de todos. De él escribe un cronista que a su muerte eran tal el llanto y la pena de los pobres y del pueblo en general, que el espectáculo causaba la mayor tristeza. No le llamaban de otra manera que "el arzobispo santo". Vestía un hábito humilde y apedazado, guardó en todo gran pobreza voluntaria. No hizo testamento porque no tenía de qué. Y a fin de morir totalmente desprendido, renunció en favor de su iglesia ciertos derechos que sobre ella le correspondían.

Los valencianos se percataron pronto que don Juan de Ribera, su nuevo pastor, aunque joven—llegaba a esta sede a los treinta y seis años—, era viejo en doctrina, virtud y prudencia. Solían decir los que trataban con el patriarca que de sus palabras fluía un no sé qué misterioso que infundía juntamente respeto y un gozo conmovedor. Fray Tomás había dejado abiertos con sus fatigas los primeros surcos para la reforma de esta diócesis, que por más de cien años estuvo huérfana de la presencia de sus pastores. Cierto que Ribera tenía ante sí las trazas y el ejemplo del arzobispo limosnero. Pero también una perspectiva ardua: aplicar a sus ovejas la doctrina reformatoria del concilio de Trento, que acababa de ser aceptado en España: un plan salvador, intenso, y cuyos frutos no se tocarían sino a largo plazo. Estaba también por delante la angustiosa cuestión morisca, con todos los anteriores fracasos de evangelización y apaciguamiento. Meditaba don Juan cuál sería el método adecuado para aquella tan general y variada misión entre cristianos viejos e infieles astutos, que no otra cosa eran los moros bautizados unas veces por la fuerza, otras voluntariamente, aunque para mayor amparo y encubrimiento de su infidelidad. Abrió el buen pastor su campaña con las visitas pastorales. Once veces visitó completamente, por sí o por sus delegados, todas las parroquias de su amplia jurisdicción. Cada bienio tenía noticia cabal del estado de sus 290 parroquias rurales. Lo mismo aparece el infatigable apóstol en los fragosos lugares del arciprestazgo de Villahermosa del Río, como en los no menos ásperos de la región alicantina. Aun en medio de penosas ocupaciones halla tiempo para el estudio, hurtando horas al descanso. Alojaba cierta vez en su casa el cura de Carcagente al patriarca durante la visita pastoral. Y aconteció que, habiéndose retirado todos a dormir y siendo muy entrada ya la noche, había luz en la alcoba del prelado. Movido por la curiosidad, atisbó el rector por los resquicios de la puerta y vió al arzobispo en la cama, sentado y estudiando rodeado de libros. El cura se movió a devoción, al recordar que lo mismo había leído de San Ambrosio. Entre los años 1569 y 1610 llevó a cabo 2.715 visitas pastorales, recogidas en 91 volúmenes, con un total de 91.202 folios. Celebró siete sínodos. Cada vez, los decretos eran pocos, breves y prácticos, para evitar que la muchedumbre de ellos tentase a olvidarlos. Son de carácter marcadamente sacerdotal. Del clero, en estrecha comunión con su obispo, cabía esperar con toda razón la enmienda del pueblo y una vida cristiana floreciente. Tratábalos con exquisita cortesía, ya en los retiros a puerta cerrada en la parroquia de Santo Tomás —donde solía instruirles y aun reprenderles—, ya en privado con advertencias paternales. Jerónimo Martínez de la Vega recordó toda su vida las palabras del arzobispo cuando le otorgaba licencia de confesar: "Mirad, hijo, lo que hacéis; que sois mozo y el oficio es peligroso." Y ha-

blaba el bueno del patriarca aleccionado por la experiencia. En Badajoz hubo de rechazar a una joven, la cual simulando confesión, le descubrió los torpes deseos que hacia él sentía. Ribera huyó del lazo y aun ganó aquella alma para Dios. En Valencia se repitió la escena en horas de audiencia. Mas el patriarca, puesto en pie, en voz alta y en presencia de sus criados, comenzó a reprender a la desdichada, con tanto fervor de espíritu, que parecía echaba rayos de sus ojos. Así estuvo dos horas, y al cabo logró trocar aquel corazón apasionado y la envió a casa de sus padres con la advertencia de que la perdonasen y recibiesen. Este hombre, grande por su origen y por sus ministerios, sabía tratar con los pequeñuelos. Acostumbraba a ponerse en una sillita en la plaza de Burjasot, pueblecito cercano a la capital, y enseñaba por sí la doctrina cristiana a los niños. Y luego repartía dulces, monedas, ropas y otras cosas que necesitaban. Cuidadoso de la juventud, estableció en su palacio una escuela para los hijos de los nobles, en número de unos treinta, pues, como él afirmaba, se debía a todos como pastor. Desde muy niños estaban en casa del señor patriarca aprendiendo la piedad y las letras. Servíase de ellos solamente para el mayor esplendor de los pontificales. Cuando ya cursaban estudios superiores acudían a la Universidad en carroza para oír a sus respectivos maestros. Aquella escuela parecía más bien un seminario. De ella salieron un cardenal, un arzobispo, doce obispos, amén de un buen número de religiosos, canónigos y rectores de iglesias. La experiencia pastoral había persuadido al patriarca la conveniencia de empuñar juntamente el báculo y la espada. Felipe III le nombró virrey y capitán general. La tranquilidad, largos años perturbada, vino como por encanto y la justicia se aplicaba con rectitud. Nada escapaba al ojo vigilante del virrey-arzobispo. Una viuda que llevaba pleito de importancia, se quejó alegando sospecha de parcialidad en el juez. Ribera se personó al día siguiente en el consejo y preguntó: "¿Quién de vuestras mercedes tiene la causa?" "Yo, señor", respondió el oidor. "¿En qué punto está?", tornó a preguntar el patriarca. "Ya está acordado para sentenciar y dados memoriales de ambas partes". Y mirando a los otros oidores insistió el patriarca: "¿Por qué no se da sentencia?" Y como todos guardasen silencio, prosiguió: "Venga el proceso mañana y estudien la causa, porque quiero que se dé sentencia". Cuando terminó el pleito dijo el oidor a un amigo: "Verdaderamente este señor es un santo. Yo estaba ciego con favorecer a una persona, y con sola la visita del patriarca y dos palabras que habló en consejo, cobré luz y descargué mi conciencia".

Fundó en la ciudad el Colegio y Seminario de Corpus Christi para atender a la formación del clero y en esta misma casa, una capilla—institución entre las más famosas de la cristiandad—donde se honra al Santísimo Sacramento con un ceremonial y una liturgia llena de majestad y de sosiego, aun en nuestros días. De su amor a Jesús Sacramentado diremos que con frecuencia se retiraba a celebrar el santo sacrificio a una capilla de su propia iglesia y, luego de alzar a Dios, íbase el ayudante, hasta el aviso del patriarca con una campanilla. Durábale esta misa de dos a tres horas por el arrobamiento y las lágrimas. Falleció en su amado colegio el 6 de enero de 1611. Aún pudo ver la expulsión de los moriscos por mandato de Felipe III en 1609. Ribera los había catequizado durante treinta y cuatro años, sin reducirlos al yugo de Cristo.

Cuando el anciano pastor rendía su alma a Dios, los niños en tropel cantaban por las calles de la ciudad: "El señor patriarca está en la gloria, con la palma y corona de la victoria." En sus funerales abrió los ojos y se le encendió el rostro para adorar al Señor desde la consagración hasta la comunión del celebrante. San Pío V le había llamado, hacía cuarenta años, "lumen totius Hispaniae" ("lumbrera de toda España").

RAMÓN ROBRES LLUCH.

BIBLIOGRAFIA

ESCRIVÁ, FR., *Vida del Illustrissimo... Don Juan de Ribera, patriarca de Antioquía y arzob. de Valencia* (Valencia 1612).
XIMÉNEZ, J., O. M., *Vida del Beato Juan de Ribera* (Valencia 1798).
CUBÍ, M., *Vida del Beato Juan de Ribera* (Barcelona 1912).
ESCRIVÁ, V., *Jornadas de don Juan de Ribera, arzob. y virrey* (Valencia 1942).
GONZÁLEZ CLEMENTE, V., *La personalidad artística del Beato Juan de Ribera* (Valencia 1948).

SANTA GUDULA

(† ca.712)

El viajero que llega en tren a Bruselas puede, si quiere, en vez de bajarse en la estación del Sur, situada en la periferia, continuar tranquilamente sentado en su vagón, que le llevará a través de un túnel subterráneo al mismo centro de la ciudad. Los belgas han construído en el corazón de Bruselas una estación central subterránea, modelo de pulcritud y de perfección técnica en sus servicios. Por medio de una escalera mecánica el viajero sale a la superficie. Allí mismo se encuentra la sede de la Sabena o Compañía Belga de Aviación, y un poco más abajo la monumental gran plaza de Bruselas, en que se ha logrado armonizar de un modo realmente feliz el gótico flamenco del hotel de Ville con la regia majestad del renacimiento español. Bajando de la estación central a la gran plaza, el viajero se encuentra con la iglesia colegial de Santa Gúdula. Es sin duda una de las mejores iglesias góticas de Bélgica y está dedicada a Santa Gúdula, patrona de Bruselas.

Moreau, en el *Lexikon fuer Theologie und Kirche,* nos habla de una vida de la Santa escrita en el siglo x, que no ha llegado a nuestras manos. La vida más antigua que poseemos sobre la Santa es la de un tal Hubert, monje de Lobbes, que debió escribirla, al parecer, el año 1047.

Según este escritor, la Santa nació en Brabante (Pagus Brachatensis), región situada en la parte central de la actual Bélgica y que ha tenido a lo largo de la historia un gran influjo en la historia del país. Santa Gúdula nació el año 650 en el seno de una aristocrática familia franca. Fué hija de Witger, duque de Lorena, y de Santa Amalberga.

Puede afirmarse, sin exageración, que el ambiente en que vivió Gúdula fué un ambiente de santos. Es curioso comprobar en esta época la existencia de esas cadenas familiares de santos pertenecientes a la aristocracia feudal, que pone de manifiesto el original proceso de cristianización, a partir de las clases más altas de la sociedad, que es característico de este tiempo. Santa fué la madre de Gúdula, Amalberga. De ella sabemos que cuando perdió a su

esposo se recluyó en un monasterio de Maubege, en la actual frontera entre Francia y Bélgica. Santos fueron también dos de sus hermanos, Santa Reinalda, que vivió prácticamente como monja en una de sus propiedades de Brabante, cerca de Hal, y San Emeberto, obispo que fué de Arrás y Cambrai. Santa, finalmente, fué su madrina, Gertrudis. Nació en 626 y fué hija de Pipino el Viejo, antepasado directo de los carolingios. Su madre, Santa Iludega, fundó el monasterio de Nivelles, al sur de Bruselas, del que Santa Gertrudis fué la primera abadesa a la muerte de su madre en 652. La formación escriturística y litúrgica de Santa Gertrudis, así como su piedad y caridad, debieron ser muy notables.

En el monasterio de Nivelles y bajo la tutela de su santa madrina fué educada la niña Gúdula, según la costumbre de las familias aristocráticas en esta época. Muerta Santa Gertrudis en 659, volvióse Gúdula a la casa paterna. Según unos, vivió recluída en el oratorio de San Salvador de Moorsel, a pocas millas de su pueblo natal. Según otros, permaneció en casa de sus padres, llevando una vida extraordinaria de piedad y recogimiento.

Cuenta la leyenda que le gustaba a Santa Gúdula dirigirse todas las mañanas antes de la aurora a la capillita de madera dedicada a San Salvador, en Moorsel, y que un día el demonio, furioso de verla tan devota, le apagó la linterna que llevaba en la mano. Gúdula se puso en oración, arrodillada en el barro, y la lámpara volvió a encenderse milagrosamente. Esta leyenda ha dado lugar al distintivo iconográfico de la Santa: una linterna, a veces reemplazada por un cirio, que la Santa lleva en la mano, mientras el demonio da señales de rabia a sus pies y un ángel lateral enciende de nuevo el cirio.

Hubert, el antiguo cronista de Lobbes, nos presenta a Santa Gúdula como una mujer consagrada en cuerpo y alma al socorro del prójimo. Volviendo un día de la capilla de Moorsel, encontró a una pobre mujer que llevaba en brazos un niño de diez años paralítico de pies y manos. Gúdula lo tomó en sus manos, lo acarició y rogó fervorosamente a Aquel que dijo: "Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre os lo concederá." Inmediatamente el niño se sintió curado y comenzó a dar saltos de alegría. En otra ocasión vino a su encuentro una leprosa llamada Emenfreda. La Santa examinó sus llagas, la consoló con dulces

pensamientos y después la curó. La noticia de estos prodigios se extendió rápidamente por toda la región. Y una multitud de desgraciados acudía a ella en busca de socorro.

Tras breve enfermedad Gúdula murió, probablemente el 8 de enero de 712. Hubert nos describe la desolación de las pobres gentes de la comarca que estaban acostumbradas a ver en ella una especie de hada protectora. Y nos transmite las grandes alabanzas que las gentes hicieron de la Santa con motivo de su muerte. Fué enterrada en Vilvoorde.

Después de algún tiempo fué trasladado el cuerpo de Santa Gúdula a Moorsel, donde se estableció un monasterio de religiosas que duró poco tiempo. Más tarde sus restos mortales fueron confiados a Carlos de Francia, hijo de Luis, duque de la Baja Lorena. Probablemente en 977. Durante unos sesenta años el cuerpo de Santa Gúdula reposó en la iglesia de San Géry de Bruselas, entonces simple capilla castrense, construída junto a la residencia condal. Por fin, el conde de Lovaina, Lamberto II, hizo trasladar en 1047 el precioso depósito a la iglesia de Molemberg, dedicada a San Miguel, que fué probablemente la primera parroquia de Bruselas y que después cambió su nombre por el de Santa Gúdula. Al mismo tiempo el príncipe erigió allí un capítulo.

Una antigua nota, que se conserva en los Archivos Generales del Reino de Bruselas, relata la historia de esta fundación. Puede ser que con motivo de esta última y definitiva traslación del cuerpo de Santa Gúdula se escribiera la *Vita I.ª Gudulae*, del monje Hubert.

El martirologio romano celebra la fiesta de Santa Gúdula el 8 de enero, mientras que en la archidiócesis de Malinas y en la diócesis de Gante se celebra el 19 del mismo mes.

Se comprende el mimo con que los belgas han tratado siempre a Santa Gúdula, la patrona de Bruselas, si tenemos en cuenta su antigüedad, que se remonta al período que podríamos llamar de estructuración del pueblo belga, y a la extraña ausencia de santos modernos, como es fácil constatar en un país que, por otra parte, tanto ha merecido de la Iglesia en todos los órdenes.

ANTONIO HORTELANO, C. SS. R.

BIBLIOGRAFIA

Acta SS. Belgii, vol.5 p.666s. (1789).
Anal. pour servir à l'hist. eccles. de la Belgique vol.24 (1895) p.40s.
PODEVIJN, en "Rev. Belge de Phil. et d'Hist.", 2 (1923) 619s.
ID., *Biographie* (Alost 1927).
VAN DER ESSEN, *Étude critique et littér. sur les Vitae des saints mérovingiens de l'ancienne Belgique* (Lovaina s.a.) p.296s.
MOREAU, E. DE, *Histoire de l'Eglise en Belgique* vol.4 (1945) p.198s.

20 de enero

SAN SEBASTIAN, SOLDADO

(† ca.304)

Después de la persecución de Valeriano, el emperador Galieno, su sucesor, dirigió un rescripto a los obispos por el que les permitía reanudar el culto cristiano y ocupar las iglesias que unos años antes les habían sido confiscadas. Los emperadores siguientes respetaron aquel rescripto y el cristianismo gozó de un largo período de paz. Si se dieron casos de persecución en provincias, ello fué debido más al celo intempestivo de algún prefecto que a la voluntad expresa del emperador.

Durante los años que transcurrieron del 260 hasta rayar el siglo IV, la Iglesia completó la organización por todo el Imperio y afianzó su prestigio. Había muchos cristianos en todas partes; llegando a ser mayoría en algunas ciudades de Asia Menor. Los había entre los funcionarios públicos, entre los cargos palatinos y en la milicia. Fué preciso edificar nuevos templos espaciosos, pues los locales construídos en el decurso del siglo III no bastaban para atender a la multitud de fieles. Quedaba muy lejos el tiempo aquel en que los cristianos eran mal vistos y acusados de los peores crímenes.

Los cristianos podían pensar que había llegado el momento de su triunfo sin nuevas pruebas. Mas, contra todas las previsiones, se presentó una nueva persecución; la más cruel y duradera de todas. El historiador Eusebio nos explica por qué la Providencia permitió una prueba tan dura.

Eusebio vivió aquellos hechos y sus palabras nos dan la clave de otras persecuciones habidas en la larga historia de la Iglesia. "Como comenzásemos a abandonarnos en la negligencia y desidia—confiesa humildemente—debido al mal uso de tantos años de libertad, y unos a tener envidia y criticar a otros; como nos hiciéramos nosotros mismos mutua guerra, hiriéndonos de palabra a modo de armas y lanzas; como los prelados luchasen contra prelados y pueblos contra pueblos, levantando revueltas y tumultos; finalmente, como imperase el fraude y el engaño hasta el ápice de la malicia, entonces la divina Justicia empezó a amonestarnos primero con brazo suave, como acostumbra, casi sin sentir, y moderadamente, sin tocar aún al cuerpo general de la Iglesia y pudiéndose reunir todavía las multitudes de fieles libremente; la persecución estalló en sus comienzos por los que ejercían la milicia".

Sucedía eso a fines del siglo III. El Imperio era gobernado por Diocleciano, hombre inteligente pero escéptico, en Oriente. Italia y todo el Occidente estaba en manos del emperador Maximiano, vanidoso e inculto. Fué éste el primero que emprendió la depuración de elementos cristianos en sus tropas. A los oficiales se les degradaba de momento; los veteranos eran echados ignominiosamente del Ejército. Han llegado hasta nosotros los nombres de varios mártires pertenecientes a la milicia: Maximiano en Tebaste, Víctor en Marsella, Marcelo en Tánger, el veterano Julio en Mesia, Emeterio y Celedonio en Calahorra. Pero el más ilustre de todos fué, sin duda alguna, San Sebastián, en Roma.

Se conservan los restos de San Sebastián, así como la catacumba en donde fué sepultado, con el lugar del sepulcro. Hay noticia de su culto, antiguo y nunca interrumpido. En cambio, no poseemos ningún relato contemporáneo de su martirio. La "pasión" o relato del martirio fué escrita un par de siglos más tarde y, aunque verídica en lo sustancial, es dudosa en ciertos detalles y contraria en algunos hechos históricos conocidos. Mas, como se trata del único documento que relata el martirio del Santo, en él han debido de apoyarse los hagiógrafos posteriores.

Sebastián, hijo de padre militar y noble, era oriundo de Narbona, pero creció y fué educado en Milán. De muy joven emprendió la carrera militar y llegó a capitán de la primera cohorte de la guardia pretoriana, cargo que sólo se

daba a personas ilustres. Era respetado por todos y apreciado por el emperador. Lo que ignoraba éste es que Sebastián fuera cristiano de corazón. El noble capitán cumplía con disciplina, pero no tomaba parte en los sacrificios a los dioses ni en otros actos que fueran de idolatría. No exteriorizaba su fe íntima; aunque se valía de su posición privilegiada para ejercer el apostolado seglar entre los compañeros de milicia y en ayudar ocultamente a los cristianos. Visitaba a los encarcelados por causa de Cristo, alentaba a los débiles y abatidos, daba ánimo a los que padecían tormento. Según la "pasión", intervino de un modo especial en sostener la fe de dos caballeros romanos, Marco y Marceliano, hermanos mártires, cuyo sepulcro fué identificado a principios del presente siglo cerca de la catacumba de San Sebastián.

La conducta de San Sebastián no era de cobardía, sino de cautela, y estaba de acuerdo con lo que, en distintas ocasiones, habían exhortado los prelados. El martirio se podía pedir a Dios, pero no se debía provocar, pues eso hubiera sido tentar a Dios, obligándole a conceder unas gracias especialísimas fuera de lo ordinario. El proceder de Sebastián fué, pues, el de simultanear, mientras pudo, el cargo de soldado del emperador pagano con el otro cargo de soldado de Cristo.

Esta situación duró hasta el día en que llegó la denuncia, en parte temida y en parte deseada, y se enteró el emperador. Maximiano le hizo comparecer a su presencia, reprochó su conducta y le colocó en la disyuntiva de abandonar su religión o perder el honroso cargo. Sebastián tuvo que escoger entonces una de las dos milicias. Como pudo más la convicción y su conciencia que la posición encumbrada y el bienestar material, escogió a Cristo. No soportó el emperador aquel desaire y le amenazó con la muerte. Pero Sebastián sentía por todo su ser la gracia sacramental de la confirmación que le empujaba al martirio y no dió el brazo a torcer. En vista de ello, Maximiano le condenó, sin más dilación, a morir asaeteado. Los sagitarios se lo llevaron al estadio del Palatino; desnudo lo ataron a un poste y lanzaron sobre él una lluvia de flechas. Luego se retiraron indiferentes, dejando el cuerpo erizado y dándolo por muerto.

Mas no fué así. Sus íntimos, que estaban al acecho, fueron allí y, encontrándolo vivo aún, lo desataron y se hicie-

ron con él. La "pasión" nos ha conservado el nombre de la santa matrona que lo escondió en su propia casa y le curó las heridas. Se llamaba Irene, y en los catálogos antiguos su nombre se encuentra entre los santos del día 22 de enero.

Pasado un tiempo, Sebastián quedó completamente restablecido. Sus íntimos le aconsejaban que se ausentara de Roma; mas él, que ya se había encariñado con la idea del martirio, en vez de esconderse se presentó un buen día ante el emperador y le pidió, con singular entereza, que dejara ya de perseguir a los cristianos. Maximiano, salido que hubo de su asombro, pues lo creía muerto, no se dejó ablandar, antes al contrario, enojado por todo aquello, le mandó azotar horriblemente hasta morir. Luego los soldados echaron el cuerpo en un albañal inmundo. Mas los cristianos fueron de noche, lo recogieron y enterraron en un cementerio subterráneo de la vía Apia.

Esta catacumba, que hoy lleva el nombre de San Sebastián, se halla a poco más de dos kilómetros de las antiguas murallas que circundaban la urbe. Durante el siglo IV, cuando la Iglesia pudo desenvolverse con toda libertad, se erigió una pequeña iglesia subterránea en el lugar de la tumba. En la parte superior edificaron, por el mismo tiempo, otra basílica de mayores proporciones, dedicada a San Pedro y San Pablo, pues desde el siglo anterior se venía dando culto a los dos apóstoles en aquella catacumba. Esta basílica cambió de nombre en el siglo IX y lleva desde entonces el del mártir Sebastián. Para el visitante de hoy, la iglesia ofrece un aspecto moderno, pero debajo de las molduras y estucos barrocos está la estructura romana del siglo IV. La estatua de San Sebastián, que preside el altar, obra de Giorgetti, es muy venerada por el pueblo romano. Cerca del lugar del martirio, en el Palatino, hay otra iglesia dedicada al santo mártir.

El culto a San Sebastián como protector contra la peste data de muy antiguo. En el año 680, la ciudad de Roma estaba infectada de este mal. Entonces erigieron un altar con la imagen del Santo en la basílica de San Pedro. La gente fué a invocarle y, según rezan las crónicas, la peste cesó al punto. El hecho se divulgó rápidamente y desde entonces es invocado en todas partes. En España son innumerables las ermitas y capillas dedicadas en honor suyo y son muy pocas las parroquias rurales que no tengan el

altar de San Sebastián. Tan sólo en Cataluña tiene 61 iglesias dedicadas. También data de muy antiguo en los anales de la Iglesia el invocar a San Sebastián contra los enemigos de la religión junto con otros dos santos caballeros, San Mauricio y San Jorge.

En el cielo está con doble aureola de mártir, pues padeció doble martirio, que si el segundo le quitó la vida, le bastara el primero a quitársela de no haberlo dispuesto Dios de otro modo, para mayor gloria del Santo y ejemplo de los cristianos pusilánimes.

JUAN FERRANDO ROIG.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., día 20. Ed. PL 17,10.21s.
TILLEMONT, *Mémoires...*, IV p.515s.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs*, passim. ID., "Enzycl. Britán.". ID., en "Anal. Boll.", 28 (1909) 489s.
LÖFFLER, C., en "Cath. Enzycl.", vol.13.
CHÉRAMY, H., *Saint Sébastien-hors-les-Murs* (París 1925).
MINOCCHI, S., *Il martyrio di S. Sebastiano* (1911).

21 de enero

SANTA INES, VIRGEN Y MARTIR

(† ca.304)

Un halo de leyenda, tejida poco después de su muerte y aumentada en los siglos medievales, envuelve la encantadora imagen de esta doncella mártir. Es el arquetipo y símbolo de la virginidad hasta la inmolación. Los antiguos Padres de la Iglesia loan, conmovidos, la extraordinaria entereza de esta niña frágil y delicada que, "a los trece años de edad—canta el oficio en su día—perdió la muerte y halló la vida, porque solamente amó al Autor de la vida".

San Ambrosio, en su libro *De Virginibus*, que es un conjunto de homilías, habla largamente de Inés; pero habla como quien sabe que su auditorio conoce ya los hechos que él va ensalzando: "¿Qué podemos decir nosotros que sea digno de aquella cuyo nombre mismo entraña un elogio?"

Alude a la etimología de la palabra *Inés*, en latín *Agnes*, que, si se deriva de esta lengua, significa *agnus*, cordero; y si proviene del griego, *agnos*, pura. "Esta mártir tiene tantos heraldos que la alaban, como personas pronuncian su nombre."

El sabio obispo de Milán pasa después a comentar la narración del martirio, sin duda apoyándose en las Actas que ya por entonces se conocían, y tal vez un tanto alteradas. Y dice: "Refiérese que tenía trece años cuando padeció. La crueldad del tirano fué tanto más detestable cuanto no perdonó una edad tan tierna. Pero, notemos ante todas las cosas el poder de la fe, que halla testigos de tal edad. ¿Había acaso sitio en tan pequeño cuerpo para tantas heridas? Mas, donde no había sitio para recibir el hierro, lo había para vencer al hierro. Muéstrase intrépida en las ensangrentadas manos de los verdugos; no se conmueve cuando oye arrastrar con estrépito pesadas cadenas; ofrece todo su cuerpo a la espada del soldado furioso; ignora todavía lo que es la muerte, pero está dispuesta, si es llevada contra su voluntad a los altares de los ídolos, a tender las manos hacia Jesucristo desde el fondo de la hoguera y a formar, aun sobre el brasero sacrílego, ese signo que es el triunfo del Señor victorioso. Introduce el cuello y las manos en las argollas de hierro que le presentan, pero ninguna puede ceñir miembros tan pequeños..." "No iría el esposo a las bodas con tanto apresuramiento como ponía esta santa virgen en dirigirse con paso ligero al lugar del suplicio, gozosa de su proximidad. Todos lloraban, todos menos ella. La mayor parte admiraban la gran facilidad con que, pródiga de una vida que aún no había gozado, la daba como si la hubiese ya agotado. Estaban todos llenos de asombro de que se mostrase testigo de la Divinidad en una edad en que no podía aún disponer de sí misma. ¡Cuántas amenazas emplea el tirano para intimidarla! ¡Cuántos halagos para persuadirla! ¡Cuántos hombres la deseaban por esposa! Mas ella contestaba: "La esposa injuria al esposo si desea agradar a otros. Unicamente me poseerá el que primero me eligió. ¿Por qué tardas tanto, verdugo? Perezca este cuerpo que pueden amar ojos a los cuales no quiero complacer." Llega, ora, inclina la cabeza. Hubierais visto temblar al verdugo, lleno de miedo, como si él fuese el condenado a muerte. Su mano tiembla, palidece por el peligro ajeno, en tanto que la jovencita mira sin temor su propio peligro. He aquí, pues, en una sola víctima, dos martirios: el de la pureza y el de la religión. Inés permanece virgen y obtiene el martirio."

Monseñor Federico Fofi, canónigo regular y lateranense y, durante muchos años, cura párroco de la basílica de Santa Inés, ha escrito un curioso libro sobre la vida y culto de la ilustre mártir. Y, luego de glosar los textos de San Ambrosio, de San Dámaso y de Aurelio Prudencio, y de hacer una erudita crítica sobre los escritos del cardenal Bartolini, de Mario Armellini, de Ludovico Emerenciano Le Bourgeois, de Pío Franchi dei Cavalieri, del padre Florián Jubaru, S. J., y de otros autores, y de enriquecer su obra con las Actas martiriales, reconstruye, según ellas y los comentarios del santo obispo de Milán, la vida de Santa Inés, con afectuosa devoción, aunque sin fiarse plenamente de los documentos citados.

Según Fofi, la Santa pertenecía a una noble familia romana, tal vez la Clodia. Vino al mundo hacia el año 290 de la era cristiana, recibió, después del bautismo, una educación sólidamente piadosa y se consagró a Jesucristo con voto de virginidad.

Volviendo una vez la niña de la escuela, el hijo del prefecto de Roma la vió y se enamoró de ella, ofreciéndole a cambio de su promesa matrimonial, magníficos regalos. Inés los despreció, con las palabras que pone en su boca el Oficio divino: "Apártate de mí, pábulo de corrupción, por que he sido ya solicitada por otro Amante. Él ha adornado mi diestra y mi cuello con piedras preciosas, ha puesto en mis orejas perlas de inapreciable valor. Ha puesto una señal sobre mi rostro para que no admita fuera de Él otro amante. Yo amo a Cristo. Seré la esposa de Aquel cuya Madre es virgen, cuyo Padre lo ha engendrado sin concurso de mujer, y que ha hecho resonar en mis oídos acordes armoniosos. Cuando le amare, seré casta; cuando le tocare, seré pura; cuando le recibiere, seré virgen".

El joven, desesperado, recurrió a su padre, el prefecto de Roma, el cual, averiguando que Inés era cristiana, mandó a sus esbirros que, a viva fuerza, la llevaran ante el tribunal. Amenazas, tormentos... Conducida a un lupanar y expuesta a los insultos de la plebe, el cuerpo de la virgen se cubre milagrosamente con su cabellera. Cae muerto a sus pies el hijo del prefecto, único que se había atrevido a acercarse a ella, e Inés, para demostrar la vir-

tud divina de Jesús, obtiene con sus oraciones la resurrección del joven. Se retira el prefecto, dejando en el tribunal a su ayudante, Aspasio, el cual, atribuyendo los milagros de Inés a la magia, condena a la niña a ser quemada viva. Nuevo prodigio: Inés permanece intacta en medio del fuego. Es condenada, por fin, a morir al filo de la cuchilla. La descripción de esta última escena es una de las más bellas páginas de *Fabiola*, la leyenda escrita por el cardenal Wiseman.

Los padres de Inés depositaron el cuerpo de la niña mártir en el sepulcro de su casa de campo, situado en la vía Nomentana. Pocos días después, otra flor de pureza caía deshojada sobre él. Emerenciana, la hermana de leche de Santa Inés, a quien los paganos apedrearon cuando se hallaba orando ante la tumba. En ese lugar se erigió la basílica, durante el reinado de Constantino, y fué restaurada luego por el papa Honorio I.

Nuestro poeta Aurelio Prudencio (318-413) compuso también un hermoso himno en honor de Santa Inés. Forma parte de los catorce poemas del *Peristephanon* y se basa en las Actas, ya por entonces algo mixtificadas. Preciso es el breve relato y plegaria que compuso el papa San Dámaso, en dieciséis versos. Integro se conserva, grabado en mármol, en su basílica de la vía Nomentana, y puede traducirse así: "La fama repite lo que ha poco declararon los santos progenitores de Inés: que muy niña todavía, cuando oyó los lúgubres sones de la trompeta, dejó el regazo de su nodriza—puede entenderse que se separó de su institutriz o de la doncella encargada de su cuidado—desafiando espontáneamente las amenazas y la furia del tirano cruel, cuando éste quiso que las llamas devorasen su noble cuerpo. Con fuerzas mínimas superó un gran temor, y envolvió su desnudez en su cabellera suelta, de modo que ningún mortal pudiera profanar el templo del Señor. ¡Oh digno objeto de mi veneración, santa gloria de la pureza, ínclita mártir, muéstrate benigna a las súplicas de Dámaso!" Es de notar que este ilustre Papa, poeta, en sus epitafios y loas se proponía dar siempre la verdad histórica, y algunas veces buscó a los mismos verdugos para saber, por boca de los mismos, la exactitud de los hechos.

Algo difieren las Actas martiriales de los panegíricos, himnos y narraciones que se han escrito sobre la vida y martirio de Santa Inés. Pero todos los autores coinciden en proclamarla mártir de la virginidad. Es patrona protectora de las jóvenes doncellas y de los jardineros. Se dice que su casa solariega, en Roma, estaba emplazada en el solar que hoy ocupa el Colegio Capranica, donde acabó su carrera sacerdotal el papa Pío XII. Y en la célebre basílica de vía Nomentana es donde cada año, el día 21 de enero, se bendicen los dos corderillos con cuya lana se teje el "pallium" del Santo Padre.

En nuestros tiempos de materialismo, cuando el concepto de la castidad va decayendo visiblemente, la dulce imagen de Santa Inés resalta con fulgores maravillosos. Que ella muestre a la juventud el verdadero sentido de la vida, que es amor, pureza, plenitud de Dios.

MARÍA DE LA EUCARISTÍA, R. DE J.-M.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., día 21, *Passio latina*. Se encuentra asimismo: SAN AMBROSIO, *De Virginibus*: PL 16,200s.; *Himno a Santa Inés*: ibid., col.1471s. *Passio* lat. del *pseudo-Ambrosio*: PL 22,735s.

BONGIORNI, E., *La vergine martire romana S. Agnese nelle opere di S. Ambrogio* (Brescia 1897).

PRUDENCIO, en *Peristephanon*, himno 14.

Actas en griego: FRANCHI DE CAVALIERI, P., *S. Agnese nella tradizione e nella legenda* (Roma 1899). ID., en "Anal. Boll.", t.19 (1900) p.226s. ID., *Studi e Testi* n.19 p.141s.

BARTOLINI, D., *Gli atti del martirio della nobiliss. vergine rom. S. Agnese...* (Roma 1858).

ARMELLINI, M., *Il cimitero di S. Agnese sulla Via Nomentana* (Roma 1880).

JUBARU, FL., S. I., *Sainte Agnes Vierge et Martyre de la Voie Nomentane d'après de nouvelles recherches* (París 1907).

SAN FRUCTUOSO Y SUS DIACONOS

(† 259)

Apenas parpadeaba el siglo V, cuando Aurelio Prudencio, la mejor lira hispana que ha vibrado en latín, agitaba con versos incendiados las llamas del martirio de Fructuoso, obispo de Tarragona, que subió a la pira crepitante como a un pontifical: acompañado de ministros.

Pesaban sobre la cabeza del poeta calagurritano, según confiesa él mismo, "cinco décadas de años y siete años

más", cuando cayó en la cuenta de que ante el tribunal de Dios no han de valer los días gastados en el culto de las mundanas vanidades "sin ocuparse del Señor con quien tan sólo habremos de entendernos". Y resolvió cambiar de vida: "Por lo menos, se dijo viendo acercarse el fin, que mi alma pierda su locura, y honre a Dios con sus himnos, ya que no puede con sus méritos".

Y aquel enamorado de las glorias de Roma y de sus poetas empezó a pisotear con estrofas rotundas los ídolos caducos de la Roma anticuada y a cantar a los nuevos héroes del Imperio: los mártires de Cristo.

Y ahí está el *Peristephanon*, con sus himnos triunfales en honor de Emeterio y Celedonio, de Lorenzo, de Eulalia de Mérida, de los dieciocho mártires de Zaragoza, y el más hermoso—el sexto—, en alabanza "de los beatísimos mártires Fructuoso, obispo de la iglesia tarraconense y de Augurio y Eulogio, diáconos": cincuenta y cuatro estrofas de tres versos cortados con elegancia prócer, en los cuales confía la timidez del poeta para obtener la intercesión del Santo. "Acaso—dice al terminar el poema—, como a su Tarragona, también a mí se dignará sacarme de mis penas "*dulces hendecasyllabos revolvens*": repasando mis versos de once sílabas...

El águila de Hipona se unió, en el canto a Fructuoso, al ruiseñor de Calahorra, nacido solamente seis años antes que él: a los noventa exactos del martirio del obispo y sus diáconos, que subieron al cielo por la escalera de oro de las llamas en enero del 258.

Como los versos de Prudencio, el sermón de Agustín para la fiesta de Fructuoso sigue con paso fiel las Actas de los mártires, de una tan nítida autenticidad, que hacen de nuestro Santo, al decir de Tillemont, el protomártir históricamente justificado de la España cristiana. Bastarían las pruebas internas de estas Actas; pero la aceptación del gran cantor y el gran obispo les dan aval definitivo.

La historia de ese trío de mártires gloriosos empieza con la aurora del día sexto antes de su muerte. Eran emperadores Licinio, Valeriano y su hijo Galieno, y cónsules Baso y Emiliano (para la gloria de tres mártires, el cortejo de tres emperadores); y el cónsul Emiliano vino a la capital de la España Citerior para quemar incienso ante los dioses. Pero ya en Tarragona ardían otros incensarios movidos por Fructuoso ante el altar del verdadero Dios.

La historia empieza con la aurora: "A diecisiete días de las calendas de febrero, que caía en domingo aquella vez, Emiliano se había levantado de noche; y es al rasgar el alba que manda a sus ministros imperiales a prender al obispo. Cinco oficiales de alta categoría manda el cónsul; en lenguaje curial, cinco "beneficiarios", que aquí darán más beneficio a los prendidos que al aprehensor. El cónsul no dormía, inquieto en sus falsos dioses, pero el obispo sí, tranquilamente reclinado en el verdadero Dios; las marciales pisadas le despiertan "al despuntar el día" y sale a recibirlos con las sandalias sin atar.

—Ven, le dicen los cinco—: el presidente quiere hablarte, a ti y a tus diáconos.

—Voy—contesta Fructuoso—; pero antes me calzo, si me lo permitís.

Se lo permiten y los tres son conducidos a la cárcel, donde el obispo, "cierto de la corona del Señor, no cesa en la plegaria".

La táctica de aquella persecución de los cristianos era la supresión de las cabezas destacadas, dejando en paz al pueblo fiel. Por ello la "fraternidad" puede velar de día y noche a la puerta de la cárcel y socorrer a su pastor. Hasta el viernes siguiente no fueron puestos ante el juez. Dice Emiliano a Fructuoso:

—¿Oíste lo que mandan nuestros emperadores?

Y Fructuoso contesta:

—Yo no sé lo que mandan, puesto que soy cristiano.

No sabe lo que mandan en cuanto al culto solamente, porque en orden a Dios, el César no es más que él. Dice Emiliano:

—Los emperadores ordenan que los dioses sean venerados. Yo no venero más que a un solo Dios.

—¿Sabes que hay dioses?

—No.

—Pues lo sabrás bien pronto...

"El obispo Fructuoso volvió sus ojos al Señor y se sumergió en íntima oración", dicen las Actas deliciosamente. ¿A qué perder el tiempo? Mientras, al presidente no le cabía en la cabeza que pudiera haber alguien que fuera oído, temido y adorado, si los dioses no eran honrados y no se daba culto, además, a las imágenes de los emperadores. Entonces, Emiliano se dirige al diácono Augurio:

—No escuches las palabras de Fructuoso.

Pero Augurio contesta:

—Yo adoro al Dios omnipotente.

No prosigue Emiliano, temeroso de que con su firmeza en la confesión, Augurio conforte al otro diácono; y así pregunta a Eulogio:

—¿También tu adoras a Fructuoso?

—Yo no adoro a Fructuoso, sino que adoro al mismo Dios que Fructuoso adora...

Pontífice y diáconos se inclinan igualmente ante el altar de Dios. Más: el primero en jerarquía ha de ser el primero en el divino acatamiento. Pero Emiliano ignora tales filigranas, y pregunta de nuevo a Fructuoso:

—¿Eres obispo tú?—delatando la táctica de la persecución.

—Sí, soy—contesta con firmeza el pastor.

Y, burlón, Emiliano:

—Lo fuiste—dice. Y manda que los tres sean quemados vivos. La sonrisa burlona del derrotado juez, la sabia musa de Prudencio la añade a la latina prosa sencilla de las Actas.

Fructuoso y sus diáconos fueron entonces conducidos al amplio anfiteatro, que, a pico y pala manejados por manos voluntarias hasta de hombres de letras, va siendo en estos días desenterrado totalmente de ingloriosos escombros. ¿Quién no amaba a Fructuoso, a excepción del juez inicuo? Todo el pueblo gemía, incluso los gentiles, apiñado a su vera, camino del suplicio. "Porque Fructuoso era lo que, según San Pablo, el Espíritu Santo quiere que sea todo obispo: un vaso de elección y un doctor de las gentes". Uno de la fraternidad ofrece a los condenados un cordial aromático y Fructuoso rechaza:

—No ha llegado aún la hora de romper el ayuno.

Eran las diez de la mañana y el ayuno vigía hasta las tres de la tarde. Ya tomarían en el cielo sabrosa refección.

No consiente el obispo que Augustal, su lector, le quite las sandalias.

—Hijo, mejor será que me descalce yo, fuerte, gozoso y cierto de las promesas del Señor.

Ahora un mílite cristiano pide un recuerdo en la oración del mártir. La respuesta que da en voz alta Fructuoso la airea en su sermón el verbo emocionado de Agustín, como el mejor elogio del cuerpo místico de Cristo:

—Conviene que yo tenga en mi memoria a la Iglesia Católica *extendida de Oriente a Occidente.*

Y glosa el Pastor de Hipona: "No olvida a ningún miembro, el que pide por todos... Tú, pues, si quieres que yo ruegue por ti, no te apartes de esta Iglesia por la que estoy rogando."

Todavía Fructuoso sigue pontificando con la palabra y el ejemplo. Anuncia que a su rebaño no faltará jamás pastor, y habla de que el martirio "es un mal que se esfuma, como la enfermedad de una hora". Y después de consolar a los hermanos, él, con sus compañeros, "entraron en la salud". Así rezan las Actas que acaban de llamar a las pruebas "como una enfermedad". Y empieza el recuerdo del horno bíblico con sus tres purpúreas ofrendas de Ananía, Azaría y Misael, que habrán de recoger todos los breviarios medievales. Hay una pincelada, en las referidas Actas, de verdadera mano maestra: "Así, pues, constituídos en el fuego de este mundo, el Padre no los abandonó, el Hijo los auxilió y el *Espíritu Santo estaba con ellos en medio de las llamas*". La Trinidad del cielo asistiendo a los tres héreos de la tierra "y el Espíritu Santo—el del incendio de Pentecostés—, con su cortejo ígneo en las llamas".

A la voracidad del fuego cedieron los cordeles y los mártires quedaron libres, según era costumbre entre cristianos, para alzar las manos y ponerlas en cruz. "constituídos, dice el texto, en la señal de la victoria, hasta que fueron abandonados por sus almas".

La historia comenzada con oros de la aurora, acaba con los oros del martirio por fuego, en un pontifical al que aluden los gozos que actualmente se cantan el 21 de enero en la catedral de Tarragona: "Oh trinidad tarraconense, — rojo terno de Fructuoso..."

MIGUEL MELENDRES.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., día 21, *Acta Mart.*, consideradas por todos como muy auténticas. Cf. HARNACK, A., *Chronologie bis Eusebius*, II p.473s. Véase el texto también en RUINART, *Act. Mart. sincera*, y sobre todo en RUIZ BUENO, *Actas de los Mártires*: BAC, n.75 p.781s.

DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs*, p.144s. (1921). ID., *Origines du culte des martyrs*, p.66s. (1933).

PRUDENCIO, en *Peristephanon*, himno 6. Véase en BAC, n.58 p.589s. (Madrid 1950).

22 de enero

SAN VICENTE, MARTIR

(† 304)

La situación de la Iglesia hacia el año 300 no podía ser más halagadora. Eusebio, historiador objetivo que vivió aquellas fechas, llega a decir que una muchedumbre incontable de personas diariamente se acogía a la fe de Cristo. A pesar de ello, se desencadenó una nueva persecución, la última de aquella serie y la más duradera, pues, iniciada por Maximiano y Diocleciano, fué continuada por otros emperadores hasta que Constantino y Licinio concedieron en 313 la libertad de cultos.

En marzo del 303 se publicó el primer edicto imperial, en el cual se ordenaba que las iglesias fueran arrasadas y los libros sagrados echados al fuego. Como penas, se establecía que las personas ilustres serían tachadas de infamia y que los plebeyos perderían la libertad. A poca distancia de ese edicto siguieron otros, ordenando el encarcelamiento de los jefes de la Iglesia y obligarles a sacrificar a los dioses sin parar en medios; que se diera tortura sin limitación, a criterio de los magistrados, a todo cristiano que no renegase de sus creencias; y para que nadie pudiera escapar, todo el mundo debía presentarse en determinado día para ofrecer a los dioses el sacrificio prescrito.

Las leyes no podían ser más severas ni más difíciles de burlar. Maximiano se dió prisa para que se cumplieran los edictos en nuestra Península, cuya cristiandad era floreciente, y para ello mandó al prefecto Daciano. Este estuvo en España un par de años y se dió a conocer en todas partes por su fanatismo y crueldad. A él debemos la gloria de tener tantos mártires y gracias a ellos ha perdurado el nombre de Daciano. Entró por los Pirineos. Dejó la pequeña Gerona al cuidado del juez Rufino, pasando él a Barcelona. En esa ciudad se conformó con un escarmiento pasajero sacrificando a Cucufate, un apóstol seglar, y a la jovencita Eulalia, una espontánea. Y siguió el camino hasta Zaragoza, la floreciente colonia César Augusta emplazada a orillas

del Ebro. Allí se encontró con el obispo Valerio, el diácono Vicente y un grupo numeroso de cristianos tenaces, decididos a todo menos a renegar la fe. Zaragoza fué la ciudad de España que tuvo más mártires.

Las actas que poseemos sobre el martirio de San Vicente son tardías, mas concuerdan en lo sustancial y en muchos detalles con el himno de Aurelio Prudencio y con los panegíricos que le dedicó San Agustín. Vicente descendía de una familia ilustre y era hijo de padres cristianos. Piadoso y despierto que era, se aficionó de muy joven al servicio de la Iglesia. Valerio, el obispo, era un celoso propagador de la fe, pero hallándose ya anciano y con dificultad en el hablar, adivinó en el joven Vicente un buen colaborador. Le ordenó diácono, le nombró su arcediano, o sea el primero de los siete diáconos que había en las iglesias catedralicias, y le encargó el ministerio de la predicación. Vicente predicaba y convencía. Por su elocuencia, fervor y ejemplaridad de vida pronto se hizo popular.

En eso, llega Daciano a Zaragoza. Sacrifica a los dioses según costumbre, publica el edicto y espera. Comienzan las denuncias y consiguientes encarcelamientos. Valerio y Vicente, maniatados, fueron conducidos a la cárcel. Daciano no se atrevió a juzgarlos en la misma ciudad, sin duda por temor a un tumulto. Se marchaba a Valencia y llevóse a los presos. Allí, lejos del apoyo moral de los feligreses, creía ablandarlos con más facilidad.

Ya en Valencia, fueron conducidos un día ante el tribunal. El agotado obispo no se explicaba a satisfacción del prefecto; mas allí estaba Vicente dispuesto a secundarlo, y lo hizo con frases tajantes: "No creemos en vuestros dioses. Sólo existe Cristo y el Padre, que son un solo Dios. Nosotros somos siervos suyos y testigos de esa verdad. Arráncame, si puedes, esta fe". Daciano se desentendió del anciano obispo, mandándolo al destierro; mas, para el arrogante diácono comenzaron los tormentos.

La justicia romana utilizaba la tortura como medio corriente para arrancar a los reos la verdad. Para con los cristianos sucedía a la inversa: se les atormentaba para que negasen. Había diversos grados de tortura: el potro o ecúleo, los garfios y tenazas y, finalmente, el fuego. Vicente pasó por todos ellos. En primer lugar lo extendieron sobre el ecúleo para descoyuntarle los miembros. Viendo que el joven aguantaba impávido, el juez ordenó que le desgarra-

ran el cuerpo con garfios de hierro. Entre tanto, Vicente decía: "Te equivocas si piensas que me castigas desgarrando estos miembros, mientras no puedes manchar el alma libre e intacta. Te empeñas en romper un vaso de tierra, por otra parte frágil, que de todas formas ha de quebrarse pronto".

A Daciano le desconcertó la entereza de aquel joven y, comenzando a dudar del triunfo, cambió de método. "Pase —le dice— que no quieres sacrificar a nuestros dioses; pero, entrégame por lo menos los libros de tu religión para que los eche al fuego". Vicente se niega una vez más, rotundamente, y Daciano, cegado por la ira, ordena el supremo grado de tortura, el fuego. El mártir es colocado sobre unas parrillas puestas al rojo y aplican a su cuerpo hierros candentes. Vicente permanecía inmóvil en medio de aquel horrendo suplicio; sólo levantaba los ojos al cielo, no pudiendo levantar las manos porque las tenía atadas.

Con frecuencia, los hagiógrafos nos presentan a los mártires como insensibles a los tormentos. Aunque alguna vez se pudiera dar este caso por gracia especial, lo ordinario no fué así. Los mártires sentían las torturas en sus carnes y padecían de verdad. El auxilio divino no consistía en hacer el tormento inocuo, sino en hacerlo llevadero. Y es que Dios nuestro Señor, cuando nos pone en un apuro, del orden que sea, nos da al mismo tiempo las gracias necesarias para salir de él. Nunca somos probados por encima de nuestras fuerzas. Vicente no hubiera resistido aquello humanamente. Resistía porque Dios le ayudaba. Era la gracia divina. Lo cual nunca pudieron comprender los paganos y atribuían tanta resistencia a obstinación, teatralidad o magia.

Vicente salió triunfante una vez más de aquella prueba. Antes se cansaron los verdugos de atormentar que el Santo de resistir. No sabiendo qué hacer de aquel cuerpo horriblemente lacerado y quemado, Daciano, consciente de la derrota, se lo sacó de delante, mandándolo al lugar más oscuro del calabozo.

Parece que el poeta Prudencio visitó esta cárcel, pues, unos años más tarde, al cantar el martirio de nuestro Santo, la describe en estos términos: "En el fondo del calabozo hay un lugar más negro que las mismas tinieblas, un covacho que forman las estrechas piedras de una bóveda inmunda; allí reina una noche eterna y jamás llegó a penetrar un rayo de luz". Despojando lo que hubiere de exaltación

poética, esta descripción concuerda con lo que eran algunas celdas, más lóbregas que las comunes, para castigar e incomunicar a determinados prisioneros.

Pero Dios no abandonó a Vicente. Aquella noche el calabozo se iluminó de pronto, el suelo quedó sembrado de flores, el Santo se vió sobre un lecho mullido y los ángeles descendieron junto a él y le recreaban con celestiales armonías, mientras uno de ellos le decía con rostro sonriente: "Levántate, ínclito mártir, y únete como compañero nuestro a los coros celestiales". Vicente, que había resistido tantos tormentos, no resistió el goce anticipado de la felicidad celeste y falleció en aquellas circunstancias. Se convirtió el carcelero, que se había dado cuenta de todo, y un grupo de cristianos fué a rendirle homenaje.

Pasamos por alto las hermosas leyendas que se tejieron alrededor de su entierro. El cuervo que defendía el cuerpo sagrado de la voracidad de otras aves; la piedra atada al cadáver, la cual, en vez de sumergirlo en el mar, lo retorna a la orilla. Los artistas medievales echarán mano de estos atributos para representar al santo diácono.

El culto a San Vicente se propagó en seguida. San Agustín atestigua que la Iglesia de Africa leía públicamente las actas el día de la fiesta. El papa San León Magno en Roma y San Ambrosio en Milán hicieron el panegírico en el aniversario de su muerte. Elogian la intrepidez de nuestro Santo San Isidoro de Sevilla y San Bernardo. En la Roma medieval había tres basílicas dedicadas a San Vicente. Las había también en otras partes de Italia, en Francia y en la Dalmacia (actual Yugoslavia). El culto favoreció el reparto de reliquias. Se encuentran éstas en muchas ciudades de España, Portugal y Francia, a donde las llevó, según cuentan las crónicas, el rey franco Childeberto, en el siglo VI, y las repartió por París, Metz, Castres y Benançon. Alrededor de los traslados de reliquias han surgido también curiosas leyendas, que, si no responden siempre a la estricta verdad, dan idea de la gran devoción que le tenían los fieles. San Vicente ha resultado ser el más famoso de los santos españoles, sin duda porque hasta el último momento supo hacer honor al nombre de *Vincentius*, o sea invicto.

JUAN FERRANDO ROIG.

BIBLIOGRAFIA

Passio Sancti Vincentii levitae, ed. en RUINART, *Acta Mart. sincera*, fueron posteriormente completadas. En BAC, n.75 p.995s. (1951).
Act. SS. Boll., Ian., día 22. Otras dos *Passiones*.
PRUDENCIO, en *Peristephanon*, himno 5. Véase en BAC, n.58 p.555s.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs*, p.418s.
ALLARD, P., *Histoire des persécutions*, IV p.237s.
LECLERCQ, H., *Les Martyrs*, II p.437s.
LACGER, L. DE, *St. Vincent de Saragosse* (1927).
MAILLÉ, M. DE, *Vincent d'Agen et Vincent de Saragosse* (París 1949).
HURAULT, E., *Saint Vincent martyr, patron des vignerons* (Châlons-sur-Marne 1910).

23 de enero

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, CONFESOR

(† 1275)

El siglo XII surgió en la historia de la Europa occidental animado por un espíritu creador. Nuevas estructuras políticas y sociales, nuevas corrientes literarias, nuevas formas de vida, nuevas escuelas de perfección religiosa, nuevas empresas colectivas en la unidad de la cristiandad cómo despliegue de su vitalidad interna, no por la fuerza política de un imperio cuarteado y caduco. Este impulso juvenil del siglo XII llegó a plena sazón con las grandes realizaciones del siglo XIII, en el vértice de la sociedad cristiana medieval: municipios y mercados, catedrales y universidades, el acento familiar de las lenguas romances, el vigor de las monarquías, la luz de la escolástica, el espíritu de renovación evangélica de las Ordenes mendicantes, los afanes misioneros, la plena supremacía del Pontificado Romano.

Es en el marco espléndido del cruce de los dos siglos, XII y XIII, y en algunos de sus ambientes más atractivos, donde hay que situar a San Raimundo de Peñafort si se quiere conocer con alguna exactitud su significación histórica y el sentido de su ejemplaridad cristiana.

Raimundo de Peñafort nació seguramente en el lugar de su apellido, a poca distancia de Villafranca del Panadés, en la diócesis de Barcelona, alrededor del año 1180, sin que conozcamos la fecha fija. Pertenecía a una familia de la pequeña nobleza feudal. De su casa poco se conserva; sería, más que un gran castillo, uno de esos pequeños castillos que abundan en la Cataluña vieja, un caserón de piedra situado en lugar adecuado; en el caso de los Peñafort, en un altozano. De los años de su primera infancia lo ignoramos todo, hasta la leyenda ha sido avara en relatos sobre dicho período. La primera noticia histórica es su intervención en 1204 como escribano del testamento de Raimundo de Rosanes. Ello supone cierto grado de preparación jurídica y una dedicación vocacional ya decidida de algún modo. La primera etapa importante de su vida comienza con sus estudios en la universidad de Bolonia, probablemente a partir de 1211. En Bolonia, la metrópoli de la ciencia del derecho, estudió derecho canónico y derecho romano y después se consagró durante algún tiempo a la docencia, consiguiendo muy pronto un auténtico prestigio en la difícil tarea.

Abandonó San Raimundo su vida de Bolonia para volver a Barcelona, tal vez a ruegos del obispo de la diócesis, don Berenguer de Palou. En la ciudad de Barcelona vivió como clérigo prestigioso, como lo dan a entender algunas intervenciones suyas de las que se conservan testimonios documentales. La vida antigua del Santo, escrita por autor anónimo poco después de la muerte del mismo, afirma que San Raimundo fué canónigo de la catedral de Barcelona, pero hoy se pone en duda la exactitud de esta noticia. Poco después de su establecimiento en Barcelona vistió el hábito de los frailes Predicadores en el convento de Santa Catalina de la misma ciudad. Sólo habían transcurrido dos años incompletos desde que se había extinguido en Bolonia la vida santísima del patriarca Santo Domingo. Gobernaba la Orden el Beato Jordán de Sajonia. Tiene particular significación este paso decisivo; Raimundo, hombre de leyes, abraza una forma nueva y discutida de vida religiosa, con particular empeño amparada por los Papas: precisamente este nuevo estilo de vida religiosa es el de una empresa militante y esencialmente eclesiástica.

Desde su convento dominico de Santa Catalina de Barcelona alcanzó San Raimundo, sin buscarlo, una extraordinaria fuerza de irradiación como norma viva de la justicia, hasta lograr una influencia decisiva en el establecimiento de un orden jurídico cristiano en los Estados de la corona de Aragón, en el momento de su mayor esplendor y de su

mayor eficacia política. Varias fueron las zonas alcanzadas por la acción de San Raimundo: en el seno de su provincia dominicana la dirección magistral de los religiosos consagrados al ministerio de las almas, particularmente a la administración del sacramento de la penitencia. Para ellos escribió su *Summa de Poenitentia,* que llegó a ser uno de los libros más difundidos en la baja Edad Media, manual insustituíble para todos los confesores en el ejercicio de su sagrada tarea. La inspiración de la empresa misionera de los frailes Predicadores de su provincia religiosa para la conversión de moros y judíos, particularmente en las nuevas tierras cristianas de Mallorca, de Valencia y de Murcia, y también del norte de Africa. Al calor de este empeño misionero surgieron las escuelas dominicanas de lenguas orientales. En el mismo ambiente se formó, al amparo de San Raimundo, el gran orientalista y apologista Fr. Ramón Martí, autor del *Pugio Fidei,* y por una feliz iniciativa del propio San Raimundo y para sus misioneros escribió Santo Tomas de Aquino su *Summa contra gentiles.*

Interviene San Raimundo como hombre de consejo en diversos acontecimientos de excepcional importancia, como la fundación de la Orden de la Merced, la predicación por el mediodía de Francia de la cruzada para la expedición de Mallorca, la organización de la Inquisición, la legación en España del cardenal Juan Halgrin de Abbeville. Nombrado capellán y penitenciario del papa Gregorio IX, desde la Curia romana pudo influir ampliamente en la resolución de asuntos de toda la cristiandad. Fruto maduro de su ciencia y de su experiencia fué la compilación del derecho canónico promulgada por el mismo papa Gregorio IX por la bula *Rex Pacificus* del 5 de septiembre de 1234.

No fué muy larga la estancia de San Raimundo en Roma. Su estado de salud, su amor al retiro, su empeño en evitar las consideraciones públicas le movieron a pedir con insistencia a Gregorio IX le dejara libre de sus cargos en la corte pontificia. Volvió a Barcelona y a sus tareas antiguas; el 15 de octubre de 1236 asiste a las cortes generales de la corona de Aragón. Interviene después por encargo del Papa en diversos asuntos graves: provisiones de sedes episcopales vacantes, absolución del rey de Aragón, que había incurrido en excomunión, absoluciones de herejes, dimisiones de obispos, resoluciones arbitrales de diversos asuntos litigiosos. Había vuelto a su tierra pero no para hallar reposo.

En la Pentecostés de 1238, en el convento patriarcal de Bolonia, el capítulo general de los frailes Predicadores le eligió para maestro general de la Orden, para suceder al Beato Jordán, recientemente fallecido. No se hallaba San Raimundo en el capítulo. Llegó la diputación capitular a Barcelona y San Raimundo aceptó, obligado, el supremo gobierno de su Orden, cuando ésta significaba una de las fuerzas más eficaces de la Iglesia en aquella coyuntura. Así la Orden de los frailes predicadores ha tenido en San Raimundo el codificador de su legislación interna. La revisión y aprobación del texto de las Constituciones dominicanas le ocupó dos años; logrado este objetivo, renunció al generalato de la Orden en el capítulo general de 1240. Durante su breve gobierno consiguió una serie de disposiciones legales de diversa índole de la Santa Sede para resolver su labor completiva del ordenamiento jurídico dominico.

Abandonada la suprema magistratura de la Orden, San Raimundo volvió a su convento de Barcelona para no dejarlo ya hasta su muerte. Comienza entonces el último período de su vida, largo lapso de treinta y cinco años. El Santo declinó toda clase de honores y cargos de gobierno, pero, aunque alejado de la curia y corte romanas, no pudo renunciar a su oficio de capellán y penitenciario del Papa. Durante aquel largo período y por una serie ininterrumpida de delegaciones pontificias, San Raimundo tuvo que intervenir en la resolución de múltiples y graves problemas eclesiásticos: provisiones de sedes episcopales, renuncias de obispos y abades, reforma capitular de Vich, absoluciones de herejes, dispensas matrimoniales, normas a los inquisidores, litigios entre comunidades religiosas, negocios de bienes eclesiásticos y tantos otros asuntos que el biógrafo no puede exponer sin seguir una a una las piezas documentales muy numerosas que nos han llegado de aquella etapa raimundiana y no serán pocas las perdidas.

Un lugar muy destacado, al lado de sus actividades pontificias, ocuparon en la vida del Santo durante aquellos años sus tareas de consejero de toda clase de personas, particularmente su influencia en los problemas familiares del rey Jaime I y en el litigio grave en torno a los derechos del infante don Pedro.

Complemento de estas múltiples manifestaciones de su

magisterio moral y jurídico fué la labor de escritor orientada a unos mismos fines, cristalizada en diversos opúsculos sobre la guerra y el duelo, sobre la visita de las diócesis y la cura pastoral, sobre los negocios mercantiles y no pocas resoluciones de las más varias consultas.

La vida antigua del Santo nos habla de su don de consejo, de su celo por los musulmanes y judíos convertidos, de su caridad universal, de su piedad, de su fervor en la celebración de la santa misa, de su observancia religiosa, su don de milagros, su total desasimiento de las dignidades y honores humanos. Su vida fué una total entrega a los supremos ideales de la santidad y del apostolado, sirvió a la Iglesia Romana como obrero absolutamente desinteresado. Intervino en la vida de su patria con toda eficacia en uno de los momentos cruciales de su ruta histórica.

Como ocurre con otros santos de la Edad Media, de San Raimundo no conservamos testimonios valiosos de su vida íntima, ni tampoco tenemos datos abundantes sobre su manera peculiar de actuar en los ministerios apostólicos, en sus intervenciones como consejero, en su vida comunitaria. Un relato tardío sobre su actitud con Jaime I, rey de Aragón, en el ejercicio de sus funciones de confesor, seguido del milagro de su huída a Barcelona sobre las aguas del mar, carece de valor histórico. Sin embargo, podemos conocer de algún modo la manera de ser de San Raimundo a través de los grandes hechos de su vida, de sus soluciones y sus consejos y, sobre todo, si nos ayudamos de sus escritos, todos ellos de carácter práctico, pastoral. Así podemos conocer el sentido de su vida.

Un sentido profundo de la realidad humana fué una de las características del Santo, más hecho para formar hombres que para escribir libros, como señaló el obispo de Vich, Torras y Bages.

Sentido de la Iglesia y de la sociedad civil, de las instituciones y de las leyes. Por ello el padre Gardeil vió como característica de la vida espiritual de San Raimundo el predominio del don de piedad en esta filial entrega a la Santa Madre Iglesia, a su Orden y a su patria, con los ojos fijos en su filial vinculación a Dios en la vida terrena, aceptada plenamente como una peregrinación y como un servicio.

Terminó San Raimundo su peregrinar sobre la tierra el día 6 de enero, fiesta de la Epifanía del Señor, del año de 1275. A las exequias de aquel religioso que tanto había huído los honores humanos, asistieron Jaime I de Aragón y Alfonso X el Sabio de Castilla, con prelados, príncipes y señores. A raíz de su muerte comenzó el culto público. Fué canonizado solemnemente por el papa Clemente VIII el día 29 de abril de 1601.

José M. de Garganta, O. P.

BIBLIOGRAFIA

Ríus Serra, J., *San Raimundo de Peñafort, Diplomatario, documentos, vida antigua, crónicas,* etc. (Barcelona 1954).

Balme y Paban, *Raymundiana,* t.4 y 6 de *Monumenta Hist. O. P.*

Danzas, A., *Études sur les temps primitivs de l'Ordre de Saint-Dominique* (Lyon 1885).

Constant, O. P., *Vie de Saint Raymond de Peñafort* (París 1888).

Mortier, P., *Histoires des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs* t.1 p.225s.

Valls y Taberner, F., *San Ramón de Penyafort* (Barcelona 1936).

Douais, C., *Saint Raymond de Peñafort et les hérétics:* "Moyen Age" 12 (1899) p.305s.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO

(✝ 667)

En el año 657 fallecía el arzobispo de Toledo, San Eugenio. La sede vacante fué muy breve. Toledo tenía un plantel de prelados en el monasterio agaliense. Los ojos del clero, que habían de realizar la elección en connivencia con el monarca, luego de recorrer los posibles candidatos, se fijaron en el famoso cenobio con insistencia; la voz del pueblo repetía incesante un nombre que vino finalmente a confirmbarse, Ildefonso.

Todos le conocían: estatura prócer, andar grave y perfil de asceta eran los rasgos indeleblemente impresos en cuantos acudieron alguna vez a las solemnidades religiosas del monasterio o vieron desfilar, curiosos y emocionados, a los miembros de alguno de los tres últimos concilios.

Frisaba apenas en los cincuenta y cinco años y era tal el torrente de su elocuencia que, cuando predicaba, parece que el Señor hablaba sirviéndose de su lengua dócil.

Prudente y afable siempre, sabía vindicar con energía los derechos conculcados de la justicia. Se había hecho proverbial entre las gentes la firmeza de su vocación monástica. Educado en la escuela isidoriana, fué al regresar de Sevilla cuando manifestó a sus padres el decidido propósito de abrazar la vida religiosa. Los padres se opusieron al proyecto con tenaz resistencia. Escenas ricas de color urdidas por la leyenda áurea, amiga de las figuras cumbres, matizan de episodios este percance y muchos otros de la biografía ildefonsiana. La historia nos dice tan sólo que, rompiendo al fin con los apegos familiares y las halagüeñas promesas de un porvenir brillante, huyó de la casa solariega; que el padre, airado, le buscó por todas partes y que sus pesquisas resultaron providencialmente infructuosas.

Cuando se vió libre de la persecución paterna corrió a los pies del abad agaliense y le pidió de hinojos el hábito monástico con palabras candorosas que el Beneficiado de Ubeda reconstruye en un castellano balbuciente de romance:

> Señor por Dios e por la vuestra bondat
> façetme porçionero en la vuestra santidat...
> La vida deste mundo toda es como un rato...;
> si yo non guardare mi alma faré mal recabdo...
> e para lo complir vengo vos lo a rogar.
> *Por Dios, que me querades en ello ayudar.*

Convocados a toque de esquilón los monjes, apoyaron unánimes la súplica del postulante y

> '...*entonçe muy gososo el abat se levanta*
> e todos los mayores de la compañía santa
> vestiéronle el hábito;
> todo el convento esperando el fruto desta bendicha planta
> levánronle cantando fasta el mayor altar.

Agridulce fué la despedida del monasterio y de los monjes. Retazos de una larga experiencia monacal quedaban prendidos en todos los lugares. Abad por luengos años, había pulsado día tras día el ritmo de aquella colmena donde se libaban ansias evangélicas de perfección. Solamente en el cenobio deibiense las monjas por él dotadas se alegraron con goces puros sin mezcla de tristezas.

En el marco refulgente de la basílica catedral se celebró la consagración del nuevo metropolitano el domingo, 26 de noviembre.

Ildefonso supo encontrar en las criaturas el apoyo para lanzarse a las alturas místicas. Es en un libro suyo, *Caminando por el desierto*, escrito para descubrir a los bautizados la senda que conduce a la soledad interior, donde se pone en contacto con los árboles, las plantas, los montes y las aves, encontrando en este escenario de égloga el simbolismo sobrenatural allí encerrado. Viene a ser su exposición, sin pretenderlo, comentario original a los capítulos del *Cantar de los Cantares*, cuando el Esposo adentra a la esposa en el interior de la selva tras el recorrido bucólico de los seres de la creación. El *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, puesto en versos sublimes nueve siglos después, tiene el mismo ambiente toledano que inspiró la prosa de Ildefonso, rica en paralelismos y transposiciones:

"Oh yermo bienaventurado a donde no se llega con movimiento de pies sino con los deseos del corazón. No se busca allá la ambición terrena sino la reflexión interior; el alma que allá se encamina no se cansa, porque el viaje no se cubrió con ajetreo agotador de piernas. No se inquiere allí cuándo se logrará el descanso, sino cuándo se llegará a la perfección que lo merezca. Y como el premio es allí lo que en algo se estima, ningún trabajo, por arduo que parezca, se regatea para conseguirlo."

Otros escritos precedieron y siguieron a éste. Acostumbrado a sentir las necesidades de las almas, sus obras son eminentemente prácticas. Bastantes se han perdido o han llegado hasta nosotros desconocidas, pero todavía poseemos como documento precioso de valor incalculable para el conocimiento del episcopologio toledano su continuación a los *Varones ilustres* de San Isidoro, el *Tratado sobre el Bautismo* y, amén de algunas cartas, composiciones litúrgicas y varias obras apócrifas que se prestigian con su nombre, nos queda de él, como un regalo, el renombrado opúsculo sobre la *Perpetua Virginidad de la Madre de Dios*. Pero éste recaba para sí punto y aparte.

Las letras españolas, desde Gonzalo de Berceo (siglo XIII) hasta el maestro Valdivielso († 1638), pasando por el Beneficiado de Ubeda y el insigne Lope de Vega, han glosado con galana antología la devoción de San Ildefonso a la Virgen Santísima.

Tales elogios no son épicas ficciones, sino realidad viva. La aureola mariana circuyó en vida la testa noble del arzobispo y la voz que resonó en la Edad Media procla-

mándole "capellán y fiel notario" de María se prolongó hasta nosotros transformada en piedra y mármoles, forja y pincel.

Debió cundir muy pronto entre los toledanos la noticia de que la fiesta que en honor de la Virgen promulgara el concilio décimo para el 18 de diciembre, había sido establecida a ruegos y propuesta del entonces todavía abad agaliense. Con facundia arrolladora hizo observar a los Padres conciliares que el 25 de marzo, consagrado a celebrar el misterio de la Encarnación, no podía realzarse con las solemnidades debidas por ocurrir siempre este día dentro del tiempo cuaresmal, cargado de ayes y lutos litúrgicos, o en el ciclo absorbente de la Pascua florida. Convenía, por ende, que, sin que desapareciera tal fecha del calendario eclesiástico, se eligiera otra sin agobios ni precedencias rituales en que dignamente pudiera destacarse misterio tan "celebérrimo y preclaro". Insinuó que tal fecha pudiera ser el día octavo antes de la fiesta de Navidad, a la que igualaría en rango cultual.

El concilio aprobó la propuesta y encargó al mismo ponente de la redacción del oficio de la festividad de Santa María, Madre de Dios, festividad que se celebraría todos los años con gran solemnidad litúrgica el día 18 de diciembre.

Para estas fechas ya tenía San Ildefonso compuesto su opúsculo sobre la *Perpetua Virginidad de María*, tratado indisolublemente unido al nombre de su autor que, perito en todos los estilos literarios, rompió aquí con cánones y moldes para desahogar su corazón en torrencial explosión de afectos. En él, después de rebatir a los herejes que habían negado el singular privilegio de la Madre de Dios, rinde la victoria arrodillado ante la Reina del cielo:

"Concédeme, Señora, estar siempre unido a Dios y a Ti; servirte a Ti y a tu Hijo, ser el esclavo de tu Señor y tuyo. Suyo, porque es mi creador; tuyo, porque eres la Madre de mi Creador; suyo, porque es el Señor Omnipotente; tuyo, porque eres la sierva del Señor de todo; suyo, por ser Dios; tuyo, por ser tú la Madre de Dios (...) El instrumento de que se sirvió para operar mi redención lo tomó de la sustancia de tu ser; el que fué mi Redentor Hijo tuyo era, porque de tu carne se hizo carne el precio de mi rescate; para sanarme de mis llagas con las suyas, tomó de ti un cuerpo vulnerable (...). Soy, por tanto, tu esclavo, pues tu Hijo es mi Señor y eres Tú mi Señora y yo soy siervo tuyo, pues eres la Madre de mi Creador."

La Virgen, Madre y Señora, premió los afanes de su hijo y siervo. Muy pronto el libro *De perpetua Virginitate* formó parte de la literatura litúrgica partido en siete lecciones. Hacia el final de su vida hizo el autor una nueva distribución de su escrito en seis fragmentos, coronando la obra con un sermón precioso. Se acercaba la fiesta de la Señora.

La noche clara del 17 de diciembre parecía más que nunca un manto para la Virgen, fúlgidamente matizado de estrellas. En aquella noche, el monarca y el pueblo fiel asistirían juntamente con el clero a los solemnes maitines de la festividad. Antes de la llegada de Recesvinto se abrió el atrio episcopal y, a la luz tenue de las antorchas, salió el cortejo que, presidido por el metropolitano Ildefonso, se dirigía al templo catedralicio. Chirriaron las llaves al hacerlas girar los ostiarios en las pesadas cerraduras y los clérigos penetran en la basílica. De pronto advierten que les envuelve cierto resplandor celeste; sienten todos un pavor inaudito; las antorchas caídas de las manos trémulas dan contra el suelo dejando una estela de humo denso. Mientras los acompañantes del prelado huían despavoridos, Ildefonso, dueño de sí, empujado por un estímulo interior, sigue animoso hasta el altar; postrado ante él estaba cuando, al elevar los ojos, descubre a la Madre de Dios sentada en su misma cátedra episcopal. Alados coros de ángeles y grupos de vírgenes, distribuídos por el ábside, forman modulando salmos la más espléndida corona de la Reina del cielo. Era éste el instante en que los clérigos huidizos, envalentonados con la compañía de otros muchos, tornan al templo en busca del prelado. Tampoco pueden sus ojos resistir la presencia de aquel espectáculo y vuelven a huir. Maternalmente la Virgen María invita a Ildefonso a acercarse a Ella y con palabras, recordadas después con gozo inefable, alaba al siervo bueno y le hace entrega, en prenda de la bendición divina, de una vestidura litúrgica traída de los tesoros del cielo.

Envuelta en el mismo fulgor celeste, escoltada de ángeles y vírgenes, torna a la gloria la Reina del cielo. En el templo a oscuras quedó un lugar sacrosanto, una vesti-

dura celestial y el corazón agradecido del hijo bueno premiado por su Madre.

Todavía hoy, junto a la piedra de la Descensión, que se besa con toda reverencia, una inscripción recuerda la singular visita de María Santísima.

Cuando la Reina del cielo
puso sus pies en el suelo,
en esta piedra los puso.
De besarla tened uso
para más vuestro consuelo.

No fué éste el único hecho milagroso que los testigos coetáneos transmitieron a las generaciones siguientes. En la vida de Santa Leocadia (9 de diciembre) refiérese también otro que tuvo por escenario la basílica martirial de la santa virgen toledana.

Ojos que habían visto las lumbres del cielo no pudieron resistir mucho tiempo eclipses terrenales. El 22 de enero del 667 celebró el monarca los dieciocho años cumplidos de su elevación al trono. Al día siguiente expiró Ildefonso después de haber pontificado en la sede regia nueve años y casi dos meses.

Siguiendo una tradición prelacial toledana, el cadáver del metropolitano Ildefonso recibió sepultura en la basílica de Santa Leocadia. Sobre él, como epitafio, se podía haber puesto aquel elogio, escrito por su primer biógrafo, donde se le recuerda como Sol de España, "antorcha encendida, áncora de la fe".

Allí descansó hasta mediados del siglo VIII, en que para poner a salvo sus restos venerables de la persecución de Abderramán I, los mozárabes los trasladaron a Zamora, donde se conservan.

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., día 23, *Vita* por S. JULIÁN y de CIXILA. Estas se hallan también en PL 96,43s.; 46s.
BENEFICIADO DE UBEDA, *Vida de San Ildefonso:* "Bibl. Aut. Esp.", t.67.
Obras: PL t.90.
MADOZ, J., *San Ildefonso, a través de la pluma del arcipreste de Talavera* (Madrid 1943).
ESTEVE, F., *San Ildefonso, arzob. de Toledo...* (Madrid 1941).
BRAEGELMAN, A., *Life and Writings of St. Ildefonsus of Toledo* (Washington 1942).

24 de enero

SAN TIMOTEO

(✝ 97)

En 1885 el arqueólogo Sterret descubrió unas viejas ruinas romanas junto al actual pueblecito turco de Katyn Serai. Estas se reducían a una piedra impulimentada de altar pagano con una inscripción dedicada a Augusto por los decuriones de la colonia romana. Esto es todo lo que se conserva del antiguo pueblecito de Listra, encuadrado en la provincia de Licaonia.

Capital de la provincia fué Iconio, hoy Conia. Desde aquí huían apresuradamente, en los primeros meses del año 48, Pablo y Bernabé, alegres por haber sido hallados dignos de padecer persecución por el nombre de Jesús.

En su fuga a campo traviesa recorrieron unos cuarenta kilómetros al sur, consiguiendo alcanzar las primeras casas de Listra. Quizá allí no hubiera sinagoga, pero ciertamente no faltaba una familia judía, donde pudieran alojarse los fugitivos.

De esta familia han llegado hasta nosotros los nombres de tres generaciones: Loide, su hija Eunice y el hijo de ésta, Timoteo.

De Eunice sabemos que estuvo casada con un pagano (Act. 16,1). A pesar de su ascendencia paterna pagana, Timoteo podría ser considerado como judío. Y aunque no había sido circuncidado, según la costumbre judía, al octavo día de haber nacido, recibió desde pequeño una sólida y jugosa formación religiosa de labios de su madre y de su abuela.

El mismo Pablo se lo recordará más tarde: "Quiero evocar el recuerdo de la limpia fe que hay en ti, fe que, primero, residió en el corazón de tu abuela Loide y de tu madre Eunice y que estoy seguro que también reside en ti... Ya sabes qué maestros has tenido y cómo desde tus más tiernos años conoces las Sagradas Escrituras" (1 Tim. 1,5; 3,14).

Una buena temporada se pasaron los dos apóstoles en Listra, en el seno de aquella buena familia. Como es lógi-

co, los primeros beneficiarios de la predicación evangélica fueron los que tan generosamente les habían ofrecido hospitalidad.

En el capítulo 14 del libro de los Hechos de los Apóstoles se nos narran los avatares de la actuación apostólica de Pablo y Bernabé en el pueblo natal de Timoteo.

Una tarde, quizá en los alrededores del templo de Júpiter, Pablo hablaba al aire libre a un grupo de gente; Bernabé, alto y corpulento, estaba firme y silencioso a su lado. Entre los oyentes se hallaba un pobre cojo, que escuchaba con gran atención. Viendo Pablo que el enfermo "tenía fe para ser curado, le dijo con voz poderosa: ¡Levántate y tente sobre tus pies! Y, efectivamente, se alzó de golpe y comenzó a caminar".

A la vista de tan estupendo prodigio los asistentes empezaron a gritar en dialecto licaonio: "¡Los dioses en forma humana han bajado a nosotros!" Y viendo la buena estatura de Bernabé lo tomaron por Júpiter, y a Pablo, que era el orador, lo tomaron fácilmente por Mercurio. Dió la casualidad de que los sacerdotes del vecino templo de Júpiter tenían preparados para el sacrificio dos toros adornados de guirnaldas y, naturalmente, les pareció magnífica la ocasión para ofrecérselos al propio dios en persona.

Hasta aquí Pablo y Bernabé no habían comprendido el significado de aquel barullo, ya que la turba hablaba en dialecto licaonio, desconocido para ellos, pero a la vista de los preparativos del sacrificio cayeron en la cuenta de la ingenuidad de aquel pueblo crédulo.

Como buenos israelitas, Pablo y Bernabé rasgaron sus vestiduras e hicieron desistir a la turba de semejante idolatría: ellos no eran dioses, sino hombres como el resto de los mortales.

La reacción de la turba, abocada al desengaño, cambió rápidamente de signo y en un gesto brutal de despecho se lanzó sobre los dos apóstoles, apaleándolos ferozmente hasta dejarlos aparentemente muertos. Arrojados así fuera de los muros de la ciudad, fueron a la noche recogidos por los "hermanos", que, con gran contento, pudieron comprobar que aún vivían los dos misioneros. Con suma cautela fueron llevados de nuevo a casa de Timoteo, donde pernoctaron, para salir al día siguiente de madrugada, a bordo de un jumentillo, con destino a la vecina ciudad de Derbe.

Es de suponer que ya en aquella ocasión Pablo hubiera bautizado a Timoteo, a quien él mismo habría instruído directamente en la fe, ya que lo llama "hijo suyo queridísimo" (1 Cor. 4,17).

Cuando más tarde Pablo, en su segundo viaje misionero, vuelve a pasar por Listra, piensa en Timoteo como posible candidato al ministerio evangélico; pero, no queriendo dejarse llevar por el juicio apasionado del afecto, propuso la candidatura a los cristianos de Iconio y de Listra, "los cuales dieron de él óptimos informes" (Act. 16,2).

Entonces el Apóstol lo toma definitivamente a su servicio y, para hacer más eficaz su apostolado entre los judíos, lo circuncida previamente, ya que por aquella comarca todos sabían que era hijo de padre griego.

Desde este momento Timoteo se convirtió en un compañero fiel y en un valioso auxiliar de San Pablo. Juntamente con él recorrió la Frigia y la Galacia y, después de haber evangelizado el Asia Menor, se trasladó a Europa y anduvo al lado de su maestro por Filipos, Berea y Atenas, y con él asimismo volvió a Jerusalén.

Durante el curso de este segundo viaje fué encargado de visitar y consolar a los fieles de Tasalónica (Fil. 2,22; Act. 16,3-18,22).

También acompañó a San Pablo en la tercera expedición misionera, y estuvo con él cerca de tres años en Efeso, desde donde partió para Macedonia, enviado por el Apóstol para realizar una delicada misión (1 Cor. 4,17; 16,10-12).

Allí en Macedonia esperó a su maestro y juntamente con él visitó Corinto y Tróade y, finalmente, ambos volvieron a Jerusalén.

No sabemos si Timoteo estuvo con San Pablo durante su prisión en Cesarea y el viaje a Roma para asistir al proceso imperial.

Lo que está fuera de duda es que estuvo junto a él durante la primera prisión romana, ya que encontramos su nombre en la inscripción de las cartas que en aquella ocasión escribió el Apóstol (Col. 1,1; Filem. 1).

Cuando Pablo recobró la libertad, después de la absolución dictada por el tribunal del César, volvió a llevar consigo a Timoteo en las correrías apostólicas, cuya identificación nos es hoy difícil de precisar.

Estamos en los primeros meses del año 65. Pablo vuel-

ve a Efeso, donde pasa una temporada de duración desconocida, tras de la cual abandona la metrópoli asiática, dejando allí a Timoteo con amplios poderes de inspección.

Desde Macedonia, a donde se había trasladado inmediatamente, el Apóstol escribe su primera carta a Timoteo, en la que le recuerda los consejos que de viva voz le había dado al dejarle encomendada la floreciente cristiandad de la gran ciudad. A través de este maravilloso documento paulino podemos conocer la gran estima que el Apóstol tenía del que había sido su más fiel auxiliar en la predicación del Evangelio: "Que nadie desprecie tu juventud. Al contrario, muéstrate un modelo para los creyentes, por la palabra, la conducta, la caridad, la fe, la pureza" (1 Tim. 4,12).

E incluso, conociendo la austeridad de su discípulo, le ordena que afloje un poco en su penitencia, ya que su salud no se lo soportaba: "Deja de beber sólo agua. Toma un poco de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes achaques" (1 Tim. 5,23).

Hemos de suponer que Timoteo siguió en su cargo de "epíscopo" o inspector de las cristiandades de Asia, desde su residencia en Efeso hasta la segunda prisión romana de San Pablo.

En estas circunstancias supremas del Apóstol no podía faltarle la presencia de su querido hijo Timoteo, al que reclama con acentos emocionantes, desahogándose tiernamente con él: "Apresúrate a venir a mi lado lo más pronto posible, pues Demas me ha abandonado por amor del mundo presente. Se ha ido a Tesalónica; Crescente, a Galacia; Tito, a Dalmacia. Sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráetelo contigo, pues me es un elemento valioso en el ministerio. Cuando vengáis, traeos la capa que dejé en Tróade, en casa de Carpo, así como los libros, sobre todo los pergaminos. Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho daño. El Señor le dará según sus obras. Tú también desconfía de él, pues ha sido un adversario encarnizado de nuestra predicación. La primera vez que tuve que presentar mi defensa, nadie me ha apoyado. ¡Todos me han abandonado!" (2 Tim. 4,9-16).

He aquí la verdadera grandeza de Timoteo: él fué constituído en albacea y heredero del gran Apóstol. Su último escrito fué esta segunda carta a Timoteo, que bien pudiéramos llamar su testamento y última voluntad: "He aquí que yo he sido ya derramado en libación y el momento de mi partida ha llegado. Yo he luchado hasta el final la buena lucha, he consumado mi carrera, he guardado la fe. Y ahora he aquí que está preparada para mí la corona de justicia, que en recompensa el Señor me dará en aquel día, Él, que es justo juez; y no solamente a mí, sino a todos los que habrán esperado con amor su aparición" (2 Tim. 4,6-8).

De la vida posterior de Timoteo tenemos sólo breves noticias. Según Eusebio (*Hist. eccles.* 3,4), continuó en su cargo de obispo de Efeso y cuasi metropolitano de toda el Asia Menor.

Finalmente, según sus propias Actas martiriales, que Focio pudo todavía leer, en tiempos ya de Domiciano fué martirizado en la misma ciudad de Efeso por haber intentado apartar al pueblo de una fiesta licenciosa.

Pero quizá, por encima de su propia aureola de mártir de la fe, brilla más alta y esplendente su calidad de discípulo predilecto, de auxiliar fidelísimo y de inmediato heredero de aquel que con justa razón podemos denominar el segundo fundador del cristianismo.

JOSÉ M.ª GONZÁLEZ RUIZ.

BIBLIOGRAFIA

Cf. ante todo: FOUARD, C., *Saint Paul et ses Missions*, y otras que tratan de San Pablo. Asimismo en "Dict. de la Bibl." t.4 col.2217s.
TILLEMONT, *Mémoires...*, II p.142s.
Act. SS. Boll., Ian., día 24, *Acta* de San Timoteo, ed. H. USENER.
LIPSIUS, R., *Die apokryphen Apostelgeschichten*, II p.2.ª p.372s.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs* p.66, etc.

25 de enero

LA CONVERSION DE SAN PABLO

(† ca.34)

"Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio predicado por mí no es conforme al gusto de los hombres; pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. Porque habréis oído de mi vida un tiempo en el judaísmo: con cuánto exceso perseguía yo a la Iglesia de Dios y la asolaba; y me aventajaba en el judaísmo sobre muchos de mi edad en mi linaje, siendo excesivamente celador de las tradiciones de mis padres" (Gál. 1,11-14).

Todos habían sido testigos, en efecto, de la bramante furia que contra los nacientes grupos de cristianos había desplegado aquel joven, apenas salido de la adolescencia, de estatura más bien baja y resoluto andar, en cuyas facciones se aúnan, en difícil juego, la inflexión refinada del hombre que se las ha visto con manuscritos caligráficos, y el visaje marcado, esquinudo, violento, del fanático, para quien el judaísmo es turbulencia y avatar político. De antiguo le vienen esos achaques. En Tarso, la griega, ha estado en contacto con el mundo de las letras, a la vez que arrebujado en la atmósfera densa y erizada de un islote judaico, de una de esas familias que los griegos compaisanos, excluídos siempre del acceso y trato con los escogidos—fariseos—, denominan, vengativamente, "hebreas".

A los dieciocho años, como solamente pueden permitirse los aventajados entre los de su linaje, se traslada a Jerusalén, metrópoli, para escuchar lecciones de Gamaliel el Viejo. Después vemos cómo, llevado por su celo farisaico, reaparece en la escena histórica en la lapidación de San Esteban, protomártir. No le está permitido levantar con su brazo los pedruscos contra la cándida víctima desnuda, pero recaba para sí el honor de custodiar los mantos de los apedreadores. De esta traza, el discípulo de Gamaliel conserva un contacto, si remoto, casi táctil—textil—con la lapidación.

¿Podrá extrañarnos ahora que Ananías, prevenido por una visión celeste sobre la llegada de Saulo, responda: "Señor, oí de muchos acerca de ese hombre, cuántos males causó a tus santos en Jerusalén" (Act. 9,13). ¿O que cuando Pablo, tras lo acaecido en Damasco, se presente de nuevo en Jerusalén, tenga que esperarlo todo, sumisamente, de la intercesión de Bernabé ante los apóstoles, pues "todos se temían de él, no creyendo que fuera discípulo?" (Act. 9,26).

La extrañeza y sobresalto de los buenos discípulos del Señor al oír de ese formidable cambio no es privativa de ellos solamente. Toda la humanidad, desde los días en que aconteciera aquella conversión, se ha visto constreñida a pensar sobre ella con el mismo asombro.

La respuesta no es: ni de índole psicológica—congojas e insatisfacciones de Saulo con un judaísmo con el que, por lo demás, es su voluntad de servicio, hasta el último instante, indefectible—; ni se nos da vertida en sesudas ponderaciones filosóficas—como si Saulo hubiera reconocido en Cristo la plasmación corpórea de un grave ideal, etcétera—; ni se nos ofrece nimbada en un bello mito, redondo, adornado de cisnes y prodigiosos juegos astrales, como en el nacimiento de los héroes griegos. La respuesta es crudamente histórica. Es la que Bernabé mismo ofrece a los asustados discípulos de Jerusalén. Es la que nos dan los *Hechos de los Apóstoles*. Este libro, inspirado por Dios, escrito por un historiador que sabe su oficio, y que, sobre ello, oyó de estos hechos mil veces en la predicación paulina, el evangelista San Lucas, narra puramente de una cabalgada hacia Damasco, con repique fuerte de herraduras sobre la calzada, y de una luz sobrenatural que derribó al jinete principal y creó un mudo espanto en el cortejo.

Parte este afanado grupo bien provisto de cartas que lo acreditan ante los principales de la sinagoga de Damasco. Por obra de una mutua inteligencia entre el sumo sacerdote de Jerusalén y los respectivos prefectos de las comunidades sinagogales en la Diáspora, quedan los miembros de la sinagoga sujetos a la jurisdicción de Jerusalén—jurisdicción que incluso las autoridades romanas reconocen—. Está, por tanto, facultada Jerusalén, llegado el caso, a intervenir punitivamente en los enclaves de la Diáspora: excluyendo, por ejemplo, de la sinagoga a algún miembro cuya conducta no está acorde con la ley mosaica, o reconviniendo con el

azote... ¿Qué va a ser ahora del tímido grupo de los cristianos de Damasco, que por temor a resultar sospechosos a la sociedad ambiente no se han atrevido a despegarse aún de la célula sinagogal? Saulo se propone conducirlos atados a Jerusalén, "tanto hombres como mujeres" (Act. 9,2).

Sigue el grupo de jinetes el camino que, arrancando de Jerusalén y pasando por Sichem, se interna en el frondoso valle del Jordán, bordea luego graciosamente el lago de Tiberíades y se mete en Damasco. Llevan ya los jinetes alrededor de ocho días de cabalgada. No son estrictamente un grupo armado, aunque la furia de la marcha se asemeje tanto a la avanzada de la tropa militar, ansiosa de botín. A la altura de Damasco, la calzada romana se ensancha entre tupidas arboledas. Los caballos redoblan su andadura a la querencia de los establos de la ciudad cercana.

"Y como anduviese su camino, sucedió que, al llegar cerca de Damasco, de súbito le cercó fulgurante una luz venida del cielo; y cayendo por tierra oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dijo: ¿Quién eres, Señor? Y él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. Y los hombres que con él caminaban se habían detenido, mudos de espanto, oyendo la voz pero sin ver a nadie. Se levantó Saulo del suelo, y, abiertos los ojos, nada veía: y llevándole de la mano lo introdujeron en Damasco. Y estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió" (Act. 9,3-9).

Tres días le son concedidos para rumiar la derrota: tres jornadas de ayuno, con escamas sobre los ojos—una lesión oftálmica procedente de la fulguración sobrenatural—, para que el sentido interior, adelgazado y sutil por la penitencia, fuera ordenando los hechos que tan agolpadamente se le metieron por los sentidos exteriores, la "luz brillante", la "voz". Fué bautizado al final de los tres días, y "volvió a ver". Ahora veía dos veces.

San Pablo podrá preguntar luego a sus fieles de Corinto, retadoramente: "¿Es que no he visto a Jesús, Nuestro Señor?" (1 Cor. 9,1). En esta corporal visión del Señor glorioso están las credenciales de San Pablo ante la historia. Magnífico se presenta ante nosotros, con esas cartas, el Apóstol de las gentes. La visión del Señor lo engríe, a la vez que lo colma de humildad. Sufrirá a lo largo de su vida

apostólica muchos descalabros por su fidelidad a aquella hora de Damasco. Naufragios mar adentro; en tierra, cuatro veces, sobre sus espaldas, el mismo azote que él había preparado para los asustados cristianos de Damasco. Recorre fatigosamente, en tiempos en que no se echa a la mar más que el mercader o el soldado, casi todo el orbe conocido, de límite a límite del Imperio. En un instante en que proféticamente ve llegado su fin, rinde cuentas a sus discípulos: "Plata, oro, o vestido de nadie lo codicié. Vosotros mismos bien sabéis que a mis necesidades y a las de los que andan conmigo han proveído estas manos" (Act. 24,33-34). Es degollado en Roma. En Roma se enseña el lugar en que rebotó su cabeza, por tres veces, al ser segada: *Tre Fontane*. A Roma la ensalzaron y magnificaron los Santos Padres en devotos himnos. San Juan Crisóstomo, en su florido recitado, glorifica a Roma por muchos y razonados conceptos. Pero, sobre todo, por que aloja los cuerpos de San Pedro y San Pablo. En el día de la resurrección de la carne, dice el Crisóstomo, "¡qué rosa enviará Roma hacia Cristo!".

IGNACIO ESCRIBANO.

BIBLIOGRAFIA

Véanse: *Act. Apost.* c.9.22 y 26. Asimismo: "Dict. de la Bible" IV col.2194s., y TILLEMONT, *Mémoires...*, I p.192s., y en general todas las biografías de San Pablo.
RICCIOTTI, J., *Pablo Apóstol* (Madrid 1950).
WIKENHAUSER, A., *Los Hechos de los Apóstoles* (Ratisbona 1951).
ID., *Los Hechos de los Apóstoles* (Barcelona 1957).
ADAM, CARLOS, *El Cristo de la Fe* (Barcelona 1958).

26 de enero

SAN POLICARPO DE ESMIRNA

(† ca.156)

Fué en Esmirna, la bella urbe asiática que, asentada en la ladera del monte Pagus, abraza las aguas del mar Egeo. La ciudad milenaria, resucitada de su ruina por Alejandro Magno, vivió un día más de fiesta clásica en la romanidad. Pero aquel 22 de febrero del año 155 haría que la Iglesia de Cristo, al congregarse junto al altar, volviese

su memoria y su corazón a Esmirna por los siglos venideros. Habían terminado los juegos de cacería en el estadio público; el populacho excitado e irresponsable esperaba con salvaje avidez de sangre la sentencia del procónsul sobre Policarpo, el anciano obispo de la ciudad. Hacía pocos días que en aquel mismo lugar habían exigido a gritos su muerte, al contemplar el martirio valiente de un joven cristiano, llamado Germánico. Y allí se encontraba por fin el venerable obispo ante la autoridad romana.

Jura por el genio del César. Grita mueran los ateos.

El procónsul Estacio Cuadrado, siguiendo con ello el rumor popular, designaba con el nombre de ateos al grupo cristiano, que rechazaba el culto a las divinidades paganas. Policarpo, con la gravedad de sus muchos años, levantó su brazo, y señalando los graderíos repletos, donde se agolpaban los esmirnotas seguidores de la diosa Cibeles, mientras los iba repasando con su mirada, exclamó: "Sí, mueran los ateos".

Insatisfecho con esta respuesta ambigua, el procónsul insiste:

—Jura por el genio del César. Maldice de Cristo y te pongo en libertad.

Hay algo más precioso que la libertad misma para un cristiano: Aquel, a quien libremente se ofrece la vida entera. Por eso Policarpo responde pausadamente, como reviviendo todo su mundo interior:

—Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de Él. ¿Cómo puedo maldecir de mi rey, el que me ha salvado? Si tienes por punto de honor hacerme jurar por el genio, como tú dices, del César, y finges ignorar quién soy, óyelo con toda claridad: YO SOY CRISTIANO."

¡Maldecir de Cristo... Policarpo! Cuando la persona de Jesús le aparecía confundida con los primeros recuerdos de su niñez. Cuando la lista de sus servicios a Cristo se iniciaba exactamente en la hora en que su conciencia se abría a la responsabilidad. No es palabra vacía e insustancial el ser cristiano. Sin querer viene a la memoria la definición del viejo catecismo: "Cristiano es el hombre que tiene la fe de Jesucristo y está ofrecido a su santo servicio". ¿Comprendemos en este siglo de altas traiciones o de heroicas entregas a ideales humanos lo que significa tomar

en serio la fe y el servicio de Cristo..., y esto durante ochenta y seis años? No basta el ímpetu brioso, pero breve, de quienes llegaron a Cristo en la hora undécima. No. El soportar el peso del día y del calor de toda una vida consagrada a Cristo encierra un alto significado de fidelidad extrema. La fe en Cristo iluminó la cuna de Policarpo. El pudo beber de labios de San Juan, el discípulo amado, el recuerdo caliente y minucioso de todo lo que dijo e hizo el Señor. Más tarde, fué probablemente el mismo apóstol el que encomendó a su cuidado episcopal la grey cristiana de Esmirna. Cuando cesó de latir aquel pecho que sintió reposar sobre sí la cabeza del Salvador en la noche trágica y se cerró aquel archivo viviente de recuerdos de Jesús, Policarpo pudo repasar con ansiedad el testamento del apóstol, su Evangelio espiritual, sus cartas profundas, su Apocalipsis misterioso, y asimilar definitivamente su mensaje inflamado: Dios es Amor. Amad. Amaos unos a los otros como Cristo os ha amado.

Servir a Cristo es una sinfonía de amor... también para un obispo. Pero su melodía ha de discurrir por el cauce de un real pentagrama. Porque para él servir es amar, y amar significa enseñar y vigilar y perdonar, animar y corregir, buscar y esperar, consumir su vida pensando en los demás.

Y Policarpo enseñaba sin fatiga desde su cátedra o desde la carta pastoral, que Cristo murió y resucitó por nuestros pecados y vendrá a juzgarnos de nuestras obras. Y vigilaba sobre la pureza de la fe de sus ovejas: "Todo el que no confesare que Jesucristo ha venido en carne es un anticristo, y el que no confesare el testimonio de la cruz, procede del diablo, y el que torciere las sentencias del Señor en interés de sus propias concupiscencias, ese tal es primogénito de Satanás".

Pero además de maestro era padre y por eso levantaba a los casados camino de disciplina y temor de Dios y a las viudas a mayor oración y prudencia. Ponía freno y vigor en los jóvenes, exigía blancura intachable en las vírgenes e invitaba largamente a los ancianos a la solicitud sincera por enfermos y pobres, a tener entrañas de misericordia y comprensión para con todos y a no pecar por severidad excesiva, por lucro o favoritismo.

Su programa es elemental y transpira sencillez evan-

gélica: orar siempre, hacer el bien, vivir unidos a Cristo para gloria del Padre. Porque en el centro de todo, eso sí, está Cristo, "nuestra esperanza y prenda de nuestra salvación", "el que levantó sobre la cruz nuestros pecados", "el que lo soportó todo por nosotros". Un jovencito acurrucado a los pies de Policarpo recoge este mensaje sin perder una palabra o un gesto, grabando fijamente en su memoria la figura respetable de Policarpo, sus modos de andar y hablar, hasta el timbre de su voz gastada. Es Ireneo, el futuro gran obispo de Lyon. Muchos años más tarde recordará estas escenas en una carta al amigo de la infancia con calor y viveza conmovedoras e imborrables.

¡Qué grande es después de mil ochocientos años sentirse incorporado al santo obispo en la misma fe y como hermanado con él en la gran familia cristiana! Y no todo son luces en los tiempos pasados ni fueron aquellos cristianos de otra raza. Policarpo nos insinúa en sus escritos las venganzas miserables, las lenguas venenosas que muerden en su nombre de cristiano. Entonces como hoy era indiferente apostar por los verdes o ser partidario de los blanquiazules. Pero no existía neutralidad ante la condición del cristiano. Entonces tenían la culpa de que se perdiesen las batallas o saliesen de madre los ríos; hoy de que no funcionen los trenes o prosperen los ambiciosos. Para esta raza de acusadores no basta nuestra vigilancia y le reforma constante de nuestras vidas: se requiere una virtud especial que se llama paciencia y es una manifestación brillante, aunque no aparatosa, de otra virtud que se llama fortaleza. Además, la visión gozosa de que así participamos de algo esencial del misterio del cristianismo, que es la cruz de Cristo. Ya lo dijo el obispo de Esmirna: "Seamos, pues, imitadores de la pasión de Cristo, y si por causa de su nombre tenemos que sufrir, glorifiquémosle, porque ése fué el ejemplo que Él nos dejó en su propia persona y eso es lo que nosotros hemos creído".

El aire triunfal cristiano, su serenidad de redención, nada tienen que ver con el jolgorio mundano, con la libertad contra toda ley freno, con la prepotencia política o económica. Dios y el mundo no van de acuerdo cuando se trata de poner a los hombres la corona de "bienaventurado". Pero, ¿no dijo San Pablo que "pasa la figura de este mundo"? (1 Cor. 7,31). ¿No había dicho en aquel mismo estadio de Esmirna pocos días antes el joven Germánico que "quería verse lejos de una vida sin justicia y sin ley como la de los paganos?" ¿Y no dijo el Señor que vino "a traer la guerra"? (Mt. 10,34).

Servir a Cristo ochenta y seis años representa una larguísima pelea. No la batalla fulminante en que se elimina al adversario. Sino el penoso combate del desgaste diario, en que la valentía de la ofensiva y el tesón de la defensiva se reparten por igual el mérito del heroísmo y de la fortaleza. En el servicio de Cristo hay días generosos que exigen gestos nobles y definitivos. Y días sencillos —nunca anónimos—de ofrenda humilde. Lo que importa es el amor de cada instante: que no nos falte vigor para el martirio, aunque nos falte el martirio mismo.

Policarpo conoció de cerca la garra de la persecución. Quedaba lejos el recuerdo de la muerte luminosa de los apóstoles todos. Más cerca los zarpazos de Plinio en Bitinia con las apostasías tristes y los gloriosos martirios. Luego, inolvidable la marcha hacia la muerte de Ignacio, el obispo de Antioquía. Fué el año 117 cuando, atado a un pelotón de salvajes, pasó camino de Roma, con ansias de muerte y de plenitud cristiana. Todavía vibraba su palabra deportivamente cristiana: "Sé atleta". Cristo se merecía esta actitud combativa integral. Y lo reclamaba también la solidaridad y comunión con los otros hermanos cristianos—los mártires—en tiempos en que seguir a Cristo equivalía a ser oficialmente candidato a la muerte cruenta.

"Os exhorto pues a todos—decía Policarpo en su carta—a que obedezcáis a la palabra de la justicia y ejecutéis toda paciencia, aquella, por cierto, que visteis con vuestros propios ojos, no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo, sino también en otros de entre vosotros mismos, y hasta en el mismo Pablo y los demás apóstoles. Imitadlos, bien persuadidos de que todos éstos no corrieron en vano, sino en fe y justicia..., porque no amaron el tiempo presente, sino a Aquel que murió por nosotros."

Tampoco Policarpo corrió en vano ochenta y seis años para jugárselo todo ligeramente al final de la vida. Sus últimos días tuvieron horas de servicio intensivo. Resonó en aquel estadio el odio masivo contra él: ¡Policarpo al fuego! Y vino la congoja de la huída, la angustia de quien

se siente perseguido, el lenitivo de la oración viva y reposante, o de la amistad sin ficción de quienes se arriesgaban al ocultarlo en sus villas de campo. Luego el momento negro de la delación de pobres esclavos atormentados, el instante siempre fatal del descubrimiento y el arresto sin remedio. Más tarde la sorpresa y el sonrojo de los soldados al ver la pobre vejez del tan ansiosamente rebuscado; el covachuelismo de los amigos que empujan a la cobardía y pasan del fingido amor a las injurias humillantes, el acceso penoso al estadio lleno de tumulto y el consuelo cordialmente agradecido de la voz amiga: "Policarpo, ten buen ánimo y pórtate varonilmente". Por último, tras el diálogo conciso, la confesión sincera, pero mortífera: *Yo soy cristiano.*

Su nombre es su sentencia. Se hace un silencio espeso en el ambiente y se escucha por tres veces la sentencia del heraldo desde el centro de la arena: "Policarpo ha confesado que es cristiano". La muchedumbre ruge y pide fieras contra el anciano obispo; el procónsul lo niega, pero decreta la muerte por el fuego. Mientras unos puñados de hombres buscan afanosamente por talleres y baños de la ciudad leña seca para la pira—"sobre todos, los judíos, con el fervor que en esto tienen de costumbre"—, otros vociferan en el estadio, y en su furor ciego pronuncian la bula de canonización de San Policarpo: "Ese es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que ha inducido a muchos a no sacrificarles ni adorarlos". Eran sus servicios a Cristo... los de los días ordinarios y sin relieve. "Morir cada día un poco es el modo de vivir."

Los detalles no importan. La muerte magnánima es el gesto supremo del hombre y por eso es capaz de ennoblecer cualquier existencia y de hacer respetable una causa equivocada. Pero cuando se trata de Cristo, lo dijo Él: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida" (Io. 15,13). Hay pobretones de espíritu que quieren apagar el halo martirial diciendo que es fácil morir por Cristo y difícil vivir según Cristo. Muchos que así hablan no viven plenamente con Cristo y parecen incapaces de morir por Él. Por eso conviene repetir las palabras del Maestro: Nadie tiene mayor amor... aun cuando al morir tiemblen las piernas y sienta miedo el espíritu, aun cuando sea el primero y postrero,

el único acto radicalmente cristiano de una vida humana.

El procónsul no permitió que fuesen las fieras las que acabasen con el cuerpo viejo de Policarpo. Fué la pira abundante, el golpe de gracia de la puñalada en el pecho, la cremación de sus despojos. Los huesos calcinados del venerable maestro y padre son testimonio fuerte de su amor perfecto de Cristo. No quiso que le clavaran al palo, no por temer o rechazar el sufrimiento, sino porque su amor era tan intensamente decisivo como los clavos. Atado al poste, con las manos atrás "como carnero egregio escogido de entre un gran rebaño... levantados los ojos al cielo dijo:

¡"Señor, Dios omnipotente, Padre de tu amado siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de Ti!... Yo te bendigo porque me tuviste digno de esta hora, a fin de tomar parte, contado entre tus testigos (mártires), en el cáliz de Cristo para resurrección de eterna vida... Yo te alabo por todas las cosas, te bendigo y te glorifico... por mediación de Jesucristo, tu siervo amado..."

Es su testamento, su gesto de plenitud en el amor. Levantar los ojos al cielo y con ellos todo el espíritu—lo único que no pueden atar ni clavar los hombres—y optar, escoger en suprema libertad el servicio, la esclavitud voluntaria de Cristo. Ser cristiano es transformarse sustancialmente. Y así transformado y transfigurado por el fuego se aleja del mundo el santo anciano, sumergiéndose en llamas y en Cristo, que es "llama de amor viva". Ni siquiera un ademán de perdón para sus verdugos; su alma se levanta con brío sobre nuestras categorías humanas.

Sin querer nos golpea la mente la fórmula elemental del Catecismo. Ser cristiano es tener fe en Cristo y hacer profesión de servirlo. Con la perspectiva de ser dignos de una hora de martirio, para la mayoría imposible; pero con el vigor necesario para ella. El pórtico del Catecismo nos señala una alta meta final, que se confunde ya con el pórtico mismo de la eternidad. ¿Somos verdaderamente cristianos? ¿Desde hace cuántos años?

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA.

BIBLIOGRAFIA

Martirio de San Policarpo. Nos es conocido en forma de una carta de los cristianos de Esmirna a la iglesia de Philomelium. Texto: ed. USHER, *Ignatii Antiocheni et Polycarpi Smyrnensis martyria*

(París 1647). Ed. RUINART, *Acta Mart...* Véase en part. ed. RUIZ BUENO, en BAC, n.75 p.263s.
Obras: FUNK, *Opera Patrum Apost.*, 2 vols. (Tubinga 1901). Sobre todo RUIZ BUENO, *Padres Apost.*: BAC, n.65.
LIGHTFOOT, J. B., *The Apostolic Fathers*, 2 vols. (Londres 1883).
DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs...* (Bruselas 1921) p.11s.
Cf. las referencias de SAN IRENEO, y sobre todo de EUSEBIO, *Hist. Eccles.* 1.4 c.15.

SANTA PAULA ROMANA Y SU HIJA SANTA EUSTOQUIO

(† 404)

"Noble por su sangre, pero mucho más noble por su santidad..., poderosa por sus riquezas, pero mucho más insigne por la pobreza de Cristo. De la estirpe de los Gracos, del linaje de los Escipiones..., prefirió Belén a Roma y trocó el resplandor de los dorados artesonados por la vileza de una choza de barro".

Así resume San Jerónimo, en su elocuente panegírico, la vida "de esta mujer admirable" que vino a ser la primera de sus hijas espirituales, "mínima entre todas para superarlas a todas".

La conoció en Roma, más que mediado el siglo IV (el de los grandes Padres de la Iglesia), con motivo del concilio convocado en 382 por el papa español San Dámaso, al que asistieron algunos obispos orientales, como San Paulino de Antioquía y San Epifanio. Venía con ellos Jerónimo, en calidad de intérprete y secretario, con unos cuarenta y dos años de edad, macerado ya su temperamento volcánico en las asperezas del desierto, disciplinada su retórica en el estudio de las Escrituras. Su fama, empero, corría por la Ciudad de los Césares y había un palacio en el Aventino, del que era dueña la noble viuda Santa Marcela, donde un grupo de vírgenes y matronas del patriciado sabía, hasta de memoria, las cartas que escribiera desde el yermo el literato convertido en asceta.

Al enterarse Marcela de que el Papa, gran protector de su cenáculo, retenía en Roma a Jerónimo, decidió lograr semejante maestro para las que esbozaban una vida

monástica, a imitación del Oriente, y ansiaban un guía para entrar en el huerto cerrado de los sagrados libros. Jerónimo, que ni miraba el rostro de mujer alguna, fué vencido en su hosquedad por la importunidad de la solicitante y, sin buscarlo siquiera, dió con la magnífica ocasión de plantar el estandarte de la cruz en el corazón mismo de esa Roma patricia y cesárea, cristiana desde Constantino, pero sin renunciar del todo al paganismo, porque eran los dioses sus antepasados y porque la invadían ahora los cultos y los refinamientos orientales que venían de la corte de Bizancio.

Su portaestandarte fué Paula. Llevaba, con treinta y cinco años, los velos de la viudez. De su esposo Toxocio, que heredó "la altísima sangre de Eneas y de los Julios", le habían quedado cinco hijos: un niño, del mismo nombre y de la misma religión pagana que su padre, y cuatro jovencitas: Blesila, viuda de diecisiete años, aún pendiente del mundo y del tocador; Eustoquio, la perla de todo el collar, virgen consagrada por el papa Liberio en sus dieciséis primaveras; Paulina y Rufina.

Jerónimo revolucionó aquel hogar, haciendo de Paula un espejo de virtudes evangélicas y una heroína de la caridad. Eustoquio era ya en Roma "joya preciosa de la virginidad y de la Iglesia"; Blesila, que se defendía de la influencia de tal maestro, cedió por fin al dardo certero de una cruel enfermedad que la convirtió de lleno a la vida ascética; Paulina, de vocación más corriente, dió su mano al senador Pamaquio, gran amigo de San Jerónimo, de quien reza también el martirologio romano. A través de esta familia privilegiada el Santo revolucionaba también a la alta sociedad romana, que se veía invadida por la virtud de la palabra evangélica. Era una constelación jerónima la que giraba en torno suyo: Marcela, la doctora en Sagradas Escrituras; Lea, que de su palacio hizo un convento; Asela, la virgen penitente que en la ciudad populosa vivía como en un desierto; Fabiola, la arrepentida de su divorcio, precursora de las fundaciones de caridad; Principia, Marcelina, la hermana de San Ambrosio... Sin embargo, "así como el brillo del sol eclipsa y oscurece las lucecitas de las estrellas", así—asegura Jerónimo, hablando de Paula—"superó con su humildad las virtudes de todos". "Su cántico eran los sal-

mos, su palabra el Evangelio, sus delicias la continencia, su vida el ayuno" (*Epist.* 38).

La temprana muerte de Blesila, atribuída a sus penitencias, fué la tea que, en manos del maligno, hizo arder de indignación a todo el patriciado. La misma Paula, madre al fin, no fué dueña de su corazón ni de sus demostraciones excesivas. ¡Había que acabar con la raza detestable de los monjes! Para colmo de desamparo, Dámaso había muerto. ¡Había que desterrar de Roma a Jerónimo! Se urdió contra él una calumnia, se le rodeó de una persecución que le hizo exclamar: "¡Oh malicia de Satanás, que siempre persigues a los santos! ¿No hubo otras romanas que merecieran las habladurías de la ciudad fuera de Paula y Melania, que, despreciadas sus riquezas, levantaron la cruz del Señor como un estandarte de piedad? ¡Por la buena y por la mala fama hay que llegar al reino de los cielos!" Con todo, el que ayer era el consejero de Dámaso, el que "a juicio de todos" era estimado "digno del sumo pontificado" tuvo que huir y embarcarse para el Oriente, no sin llorar antes su despedida en tumultuosa carta a Asela: "Saluda a Paula y a Eustoquio—le decía—, quiera o no quiera el mundo, mías en Cristo".

En Roma dejaba Jerónimo la primera semilla de vida monástica que prendió en el Occidente. Paula no tardó en reaccionar. Pensó que había llegado la hora de visitar los Santos Lugares, de beber, en su propia tierra, esa sabiduría bíblica que había hincado en su alma su sabio director. Superando el llanto de los hijos, Toxocio y Rufina, que desgarraba sus entrañas embarcó un día en el puerto de Ostia, con su inseparable Eustoquio, "compañera de propósito y de navegación".

San Jerónimo, que la esperaba en Antioquía, ha narrado detenidamente aquella maravillosa peregrinación que llevó a Paula, con su cortejo de doncellas, a recorrer toda la Tierra Santa, bajo la dirección del Doctor máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras. Visitó con él los monasterios egipcios, poblados por los Macarios, los Arsenios, los Serapiones y "otras columnas de la soledad" y hubiera permanecido en sus yermos a no haber sentido el llamamiento divino que la hirió en Belén.

"Yo, miserable pecadora—exclamaba Paula, después de un éxtasis memorable en la gruta de Belén—, he sido juzgada digna de besar el pesebre en el que el Dios Niño dió sus primeros vagidos y de orar en la cueva donde la Virgen Madre dió a luz el Divino Infante. He aquí el lugar de mi descanso, porque es la patria de mi Señor. Prepararé una lámpara para mi Cristo. Mi alma vivirá para Él y mi linaje le servirá."

Durante veinte años, la patricia Paula, convertida en humilde conciudadana del Salvador, se abatió tanto por la humildad que parecía la última de sus criadas. Su ensayo monástico de Roma llegó en Belén a la perfección. Más de cien vírgenes formaban su corona. Ninguna la sobrepasaba en la penitencia y en la oración. Dormía sobre el duro suelo, ayunaba sin cesar, pasaba noches enteras velando en la plegaria. El don de lágrimas cegaba casi sus ojos, la caridad dispersaba su inmenso patrimonio. Quería que, al morir, tuvieran que pedir de limosna la sábana en que la enterraran. Todo le parecía poco, sin embargo, para proveer a Jerónimo, rodeado de discípulos, de los textos griegos, hebreos, siriacos, que necesitaba para su ímproba tarea de traducir al latín la Sagrada Biblia en estudio directo sobre los textos originales.

Fué una enamorada del Verbo Encarnado y de todas sus divinas palabras, de las que le decía Jerónimo que eran como una segunda Eucaristía. Se sabía las Escrituras de memoria, se revestía de ellas "como de la armadura de Dios" en todos sus duelos y tribulaciones, que fueron grandes. A su luz fundó y dirigió el triple monasterio, organizado como las centurias romanas e inspirado en la regla le San Pacomio, donde se vivía una vida sencilla y celestial, alabando al Señor de noche y de día como los ángeles, sirviéndole en el trabajo, intelectual y manual, en la caridad y en la mortificación.

San Jerónimo, que encontró en Paula una discípula incansable, una hija y una madre, ha referido también su muerte, que fué un epitalamio. Sufría él y lloraba Eustoquio, "la perla de las vírgenes", con todas sus compañeras. Ella veía "quietas y tranquilas todas las cosas" y moría exclamando: "¡Señor he amado la belleza de tu casa y el lugar donde habita tu gloria! ¡Qué deliciosos son tus tabernáculos! Elegí ser despreciada en la casa de mi Dios, mejor que habitar en las tiendas de los pecadores".

CRISTINA DE ARTEAGA, O. S. H.

BIBLIOGRAFIA

SAN JERÓNIMO, *Cartas*, sobre todo la carta 108. Véanse PL 22,878s.
Act. SS. Boll., Ian., día 26.
LAGRANGE, Ms., *Histoire de Sainte Paule* (París 1901).
GENIER, R., *Santa Paula* (Barcelona 1929).
TON, J. DEL, *S. Paola Romana* (Milán 1950).

27 de enero

SAN JUAN CRISOSTOMO, DOCTOR

(✝ 407)

La figura de este Santo nada debe a la fábula. Juan Crisóstomo entra en la historia, antes que en la hagiografía, y, desde luego, mucho antes que en la leyenda. Por dicha, a poco de su muerte, un auténtico historiador, Palladius, escribe el célebre *Dialogus de vita Chrysostomi*. A ese mismo tiempo pertenece un *Panegírico*, que se muestra muy imparcial y objetivo. A su vez, los historiadores del siglo V. Sócrates y Sozomeno transmítennos preciosas noticias acerca de él. Luego, en el siglo VI, viene la leyenda. Pero la figura del Crisóstomo está ya definida y fija. Las falsas aureolas no lograrán desdibujarla.

Juan, hacia el 344, en Antioquía, es fruto de un guerrero y un asceta. Segundo, *Magister militum Orientis*, debió transmitirle aquel bélico ardor que luego, celestializado, él hubo de desplegar en santas batallas. Su madre le comunicó más ricos tesoros. Antusa, en el frescor de sus veinte años, adórnase ya con el crespón de su viudez. Y se concentra, toda, en el hacimiento pleno, físico y espiritual, de su hijo. Dióle un maestro de filosofía, Andragacio, y uno de retórica, Libanio, lumbre de Antioquía. Pero le dió, sobre todo, a Cristo. Libanio, prendado de su discípulo, soñó con dejarle por sucesor suyo en su escuela. Pero Juan advirtió, en seguida, que el bloque inflamado de sus entusiasmos no cabría a discurrir por los cauces fríos y mezquinos de la retórica pagana. Tomó el período, tomó el tropo, tomó el hipérbaton..., y se los guardó en el cofre, pulido y aromado, para, un día, tornarlos a lo divino. Hacia el 369—veintidós exuberantes años—hácese bautizar por Melecio de Antioquía. Libanio, al saberlo, pensó—y acertó—que Antusa se lo había robado. Y clamó: "*¡Dioses de la Grecia! ¡Qué mujeres hay entre los cristianos!*"

El bautismo fué, en el espíritu de Juan, una inundación de cristianismo pleno, de evangelio puro. Y, porque fué esto, fué un tirón hacia el recio ascetismo, hacia el desierto. Juan quiere, de verdad, vivir su bautismo. Por eso, se resuelve a vivir una vida-muerte. Por otra parte, el siglo IV es la triunfal alborada en que se abre la rosa, púrpura, del monaquismo oriental. El ambiente de Antioquía arde en fiebre de desierto. Juan, pues, quiere ser asceta, penitente, solitario. Pero, ahora, es su madre el obstáculo que se le atraviesa en el camino. Antusa toma a su hijo de la mano y le lleva junto al lecho en que le dió a luz. Y le pide, temblorosa, que no quiera causarle una segunda viudez. Juan, que es ya todo corazón, déjase vencer de las lágrimas de su madre y abandona sus planes de soledad.

Pero la soledad es menos sueño de él que plan de Dios sobre él. El que tanto había de hablar a los hombres tenía que hablar mucho primero, a solas, con Dios. La boca que había de ser torrente y cascada, debía, ante todo, llenarse de inefables silencios. El futuro reformador y moralista debía empezar por flagelar su cuerpo y crucificarse a sí mismo. La fama de santidad de aquel joven habíase desbordado de Antioquía y había llegado lejos. Un día, acercósele su gran amigo Basilio. Venía a decirle que a los dos querían hacerlos obispos. En el siglo IV era habitual la intervención del pueblo en la designación de sus Pastores. Juan se estremeció. Y, mientras lograba de su amigo que aceptase la carga, él huyó a su amada soledad. El gesto de Juan fué bellísimo. Pero no sé si no es más bello el poema en que él mismo lo celebró. Su tratado *De sacerdotio*, escrito en la lobreguez de su cueva, vino a explicar su negativa a aceptar el episcopado y la conveniencia de que su amigo lo aceptara. Ya, pues, está Juan en su soledad. En un apartado monte, no lejos de Antioquía. Primero, cuatro años en una ermita, bajo la espiritual dirección de un viejo monje. Luego, otros dos,

en una quiebra de la montaña. Largas oraciones. Ayunos extenuantes. Las púas del cilicio son espinas en la rosa ensangrentada de su carne. Las penitencias calcinan su cuerpo. Juan está, con Cristo, crucificado.

Hasta que Dios vió que aquel hombre estaba ya apto para las altas empresas que le aguardaban. Envióle—divino pretexto—una enfermedad, que amenazó acabar con él, en su cueva. Y Juan no tuvo otro remedio sino volverse a la ciudad.

En 381 es ordenado diácono por el obispo Melecio. Surge, entonces, el escritor. Durante cinco años Juan mueve la pluma en defensa de la Iglesia, del monacato, de la virginidad. Escritos bellísimos, literariamente; hijos, en la forma, del gusto literario que Libanio le comunicara. Pero, sobre todo, sus páginas rezuman una sabrosa y cordial espiritualidad. En 386, Flaviano, sucesor de Melecio, ordénale sacerdote y le encomienda la predicación en la ciudad. Y ahora sí que, por sobre el ermitaño, por sobre el escritor, descúbrese, de repente, y descuella otro Juan. El Juan predicador, digamos, el Crisóstomo.

Es entonces Antioquía una gran ciudad, bella y rica. El historiador pagano Amiano Marcelino llámala *Orientis apex pulcher*. Pero, religiosamente, es un conglomerado de cristianos, paganos y judíos; moralmente es víctima de una desaforada corrupción. En este ambiente, por doce años, desbórdase, día tras día, de la boca de Juan un impetuoso torrente. La predicación más amada del Crisóstomo—llamémosle ya así, aunque hasta el siglo VI no se le otorga este *título*—es la *homilía*. La *homilía exegética*. Setenta y seis sobre el Génesis. Muchas sobre los Salmos. Varias sobre el libro de Job. Sobre el de los Proverbios. Sobre los Profetas. Noventa sobre San Mateo. Siete sobre San Lucas. Ochenta y ocho sobre San Juan. Cincuenta y cinco sobre los Hechos de los Apóstoles. Innumerables sobre las cartas de San Pablo... Todo ese inmenso caudal ha llegado hasta nosotros. Además, otro centenar, largo, de sermones, cuyo argumento no es, directamente, la explicación de la Sagrada Escritura, sino los más diversos temas. En fin, un mar estuante; un mundo, de estrellas y de soles, de sagrada elocuencia.

Ni es lo más importante la magnitud. Lo que, en verdad, maravilla es la calidad, el metal de esta soberana

predicación. Compárasele al Crisóstomo con Demóstenes, con Cicerón. Cierto, Demóstenes tiene una elocuencia más fastuosa; Cicerón es más rotundo, más grandilocuente. Pero Crisóstomo tiene méritos inigualables. Aun como orador humano. Su palabra es prodigiosamente fácil y movida. Brota de su boca, rápida y alada, en admirables improvisaciones. Coloréala una pasión cordial, que, al mismo tiempo, la inflama. Su lengua no vibra, arde. Y hace arder. En voz alta, habla él solo. Pero, en lo íntimo, hay, entre él y sus oyentes, un diálogo no menos elocuente que su propia voz.

Mas en lo que él no tiene par es en los quilates de su elocuencia, como predicador sagrado. Y, acaso, en este aspecto, su mérito más inapreciable es el haber sabido escoger la materia fundamental que escogió para su predicación: la Sagrada Escritura. Supremo acierto. A base de él, tócale al predicador de Antioquía la gloria, exclusiva suya, de haber logrado transportar, año tras año, homilía tras homilía, la Escritura divina, todo, en bloque, al alma y a la vida de sus cristianos, más aún, al alma y a la vida de la ciudad entera. Y viene luego su personal manera de predicar. Exegeta él de la Sagrada Escritura, podría pensarse que su oratoria fuese puramente intelectualista y erudita, despegada de la realidad. Todo lo contrario. Juan Crisóstomo es un conductor de almas. Un misionero. Un reformador de las costumbres. Por eso, su elocuencia, continuamente, desde las alturas de la exegesis, desciende, rápida como un águila, a las realidades de la vida. Enfréntase, enardecido, con el vicio, con el abuso. Y fustiga, implacable. Truena, terrible. O se exalta ante la virtud. ¡Ah! Pero siempre, siempre, el discurso que brota de su boca, cae sobre el auditorio, caliente y ungido, como la llama de una gran lámpara de oro. Al fin, la fuente de donde mana no es sino hontanar de amor: su corazón. ¡Oh! ¡Su corazón! Si nos fuera lícito jugar un poco con la frase—y a él le gusta, de seguro, el juego—diríamos: *Cor* Christi, *cor* Pauli; *cor* Ioannis...

Por todo esto, es preciso confesar que, como predicador del pueblo cristiano, es incomparable. Con uno solo admitiría el parangón: con San Agustín. Pero Agustín es mucho más teórico que él. Juan Crisóstomo es el orador de la acción, del dinamismo. Por eso al de Hipona le basta su *Breviloquium*. El Crisóstomo necesita toda la

fuerza de su exuberante oratoria, de sus homilías de una hora, de dos horas.

Y es así siempre este predicador prodigioso. Pero, a veces, los hechos le sirven de ocasión para excederse a sí mismo. Por ejemplo, la coyuntura *de las estatuas.* En los comienzos del 387, el emperador Teodosio impuso a la ciudad un tributo, que pareció injusto. El populacho, desenfrenado, derribó las estatuas del emperador, de su padre, de sus hijos y de su difunta esposa Flacila. Recobrada la calma, Antioquía se estremeció amedrentada. El castigo habría de ser terrible. Llegaron, en efecto, los delegados del emperador y comenzó la justicia..., o la venganza. El viejo obispo Flaviano partió para Constantinopla y el día de Pascua tornó con el perdón... Pero, hasta entonces..., turbas alocadas, rebeliones, desafueros, miedos, terrores, estrépito de juicios. Al fin, el paroxismo de la alegría final. Y, sobre este aborrascado piélago, la voz poderosa del predicador. Una voz que increpa, que amenaza, que anima, que consuela, que sobrenaturaliza. Y una voz, que ella sola, y solo ella, domina las olas y los huracanes. Las veintiuna homilías *De signis,* pronunciadas durante aquella tempestad por el Crisóstomo, son, en verdad, un milagro de elocuencia.

Pero Juan no era sólo un predicador. Y convenía—le convenía a Dios y les interesaba a los hombres—que apareciera todo el hombre que en su fondo alentaba.

La voz del Crisóstomo resonaba por todo el mundo oriental. No es extraño que, al morir, el 27 de septiembre del 397, el patriarca de Constantinopla, Nectario, por voluntad del emperador y de su corte, fuese Juan de Antioquía propuesto al pueblo y a los obispos para ser elegido patriarca. Consagróle Teófilo de Alejandría, el 26 de febrero del 389. El nuevo arzobispo emprendió en seguida la reforma de las costumbres del clero, de los monjes, de la nobleza, de todo el pueblo. Y fué el apóstol de la caridad. En sus homilías, como ya lo había hecho en las de Antioquía, traza cuadros desgarradores de los pobres, que él mismo ha visto, extenuados de hambre, sobre la yacija de sus harapos. No son pocos los ricos que se conmueven, y el arzobispo logra socorrer, permanentemente, en la ciudad, a cinco mil necesitados. Y la Constantinopla del Crisóstomo es, en la antigüedad, modelo de ciudades limosneras, que incluso se adelanta siglos en la organización de la caridad.

Pero el hombre que, principalmente, había de revelarse en Consantinopla era el defensor de la Iglesia frente a los poderes temporales. La ocasión había de ser, simplemente, la vindicación del derecho de asilo de las iglesias. Primero, el eunuco del emperador, Eutropio, dueño de la voluntad de Arcadio, pretende inmolar a una viuda. Refúgiase ella en la iglesia. Eutropio exige su entrega. El patriarca se yergue, frente al tirano, en defensa de la mujer y en defensa, a la vez, de los fueros del lugar sagrado. Eutropio logra que se declare abolido el derecho de asilo, pero el arzobispo lo mantiene en vigor. ¿Para qué, ya, si la viuda se ha salvado? ¿Para qué? Eutropio—misterios de Dios—lo va a ver en seguida. Las cosas cambian de repente. La emperatriz logra hacer caer en desgracia, ante el emperador, al valido. El emperador ruge contra él. El pueblo pide, a gritos, su cabeza. Y Eutropio se acoge a la iglesia y se ampara... en el derecho de asilo... Pero el patriarca de Constantinopla no entiende sino de caridad y de derechos de la Iglesia. Y, también ahora, frente a las exigencias del colérico emperador, al cual secunda el pueblo, amotinado, protege al caído y mantiene la sagrada prerrogativa. Y con tal energía se opone a las reclamaciones imperiales, en defensa del derecho de la Iglesia, que, para encontrar un ejemplo parecido, habrá que esperar hasta Hildebrando o Bonifacio VIII, o Tomás Beckt.

Juan Crisóstomo triunfó. Pero su triunfo, en lo humano, iba a ser efímero. Es que su figura tenía que mostrar una nueva fisonomía: la del perseguido. Ya, de antes, sus invectivas contra la corrupción de la corte habían despertado, en las alturas, odios feroces contra él. Incluso la emperatriz, que se había creído aludida en algún sermón del patriarca, profesábale un femenino rencor, exacerbado. La actitud de Juan, ahora, en su vindicación de las prerrogativas de la Iglesia, acabó de inflamar la hoguera. De todo ello supo, taimadamente, aprovecharse nada menos que un obispo, ambicioso y vengativo, el cual veía en el arzobispo de Constantinopla un rival suyo: aquel Teófilo de Alejandría que le había consagrado obispo. Teófilo logró reunir un concilio, que condenó a Juan como reo de lesa majestad y le depuso. El emperador lo desterró. Juan reci-

bió, impávido, la sentencia. De noche, apoderáronse de él los esbirros del emperador y lo echaron en un navío. Mas la ciudad entera se fué hasta el Bósforo a despedirlo. Las lágrimas de la muchedumbre fueron el consuelo del desterrado y la condenación de los perseguidores.

Al día siguiente, algo misterioso ocurrió en el palacio imperial. El caso es que la misma emperatriz púsose de rodillas ante Arcadio y le suplicó el perdón para el desterrado. Juan volvió a su amada ciudad. Y su vuelta fué la de un triunfador. La multitud le aclamaba, le vitoreaba. Juan subió a su cátedra y pronunció su homilía... *Bendito sea el Señor*... ¡Qué bella, qué sublime homilía!

Pero los luchadores de Dios no están hechos para los triunfos de los laureles. Un nuevo resentimiento de la emperatriz Eudoxia desató, de nuevo, la guerra contra el patriarca. El emperador volvió a desterrarlo. El lugar que se le señaló fué la lejana localidad de Cucusa, en la Armenia Menor, *el rincón*—dice él—*más desierto de toda la tierra*. Allí llegó el arzobispo, después de un interminable y penosísimo viaje, medio muerto. Sesenta años tiene. En su destierro, la pena y la enfermedad le consumen. Pero aún han de mostrarse dos cosas: misionero y amigo. Su espíritu tiene aún energías para cuidar de la conversión de los godos y para ayudar a las misiones de Fenicia. Y las tiene su corazón para amar, más que nunca. El cardenal Neuman dijo de él que es el santo de la amistad cristiana. Lo es, sobre todo, en este final. Como ya no puede predicar, escribe. Escribe cartas a los que quiere y le quieren. Estas cartas son su corazón que se abre y se derrama como un caliente estío que se expandiera en invierno. Y él mismo, en su soledad, es todo corazón, que se abre en abrazos para los que, desde Antioquía, desde Constantinopla, desde Egipto, desde toda el Asia Menor, van a visitarle. ¡Cuántos son!

Todavía la corte recela de esta popularidad del desterrado, y resuelve trasladarle a otro lugar más inaccesible, a Pitionte, al pie del Cáucaso. Custodiado por dos soldados, Juan emprende el camino hacia su nuevo destierro. Pero una noche no pudo caminar más. Entráronle en una solitaria ermita y se echó en el suelo. "Gloria a Dios en todas las cosas", clamó. Y su boca se cerró en la tierra para siempre.

ANICETO DE CASTRO ALBARRÁN.

BIBLIOGRAFIA

PALLADIUS, *Dialogus de vita S. Ioannis Chrys.*: PG t.47.
MARTYRIUS, *Panegírico*: PG 47,48s.
En general, véanse las *Patrologías* o *Hist. Liter. de la Iglesia*, donde se habla ampliamente de San Juan Crisóstomo. Sus *Obras*, en MIGNE, ed. MONFAUCON, PG t.47-64. Cf. STILLING, en *Act. SS. Boll.*, Sept., IV p.401s. En la BAC: n.141, 146 y 169.
BARDY, artic. *St. Jean Chrys.*, en "Dict. Théol. Cath.".
PUECH, A., *Saint Jean Chrys. et les moeurs de son temps* (París 1891).
ID., *Un reformateur de la societé chrét. au IV s.* (París 1891).
ID., *Saint Jean Chrys.*, en "Les Saints" (París 1905).
BAUR, CR., *Johannes Chrys. und seine Zeit*, 2 vols. (1930).
MOULARD, A., *Saint Jean Chrys., sa vie, son oeuvre* (París 1949).

28 de enero

SAN PEDRO NOLASCO

(† 1258)

Ultimos del siglo XII. El brutal egocentrismo de los señores feudales hace de tea incendiaria. Unos señores baten sus espadas con otros. Y los más poderosos se enfrentan con los propios monarcas en interminables y sangrientas luchas.

Los *gremios* estaban constituídos por hombres libres, dedicados a la industria y al comercio. Dueños del dinero, influían decisivamente.

El *pueblo bajo*, la víctima de siempre, estaba entre los dos fuegos: el monarca y la organización gremial, por un lado; el feudalismo, por otro. La miseria era asombrosa. La esclavitud, humillante. De ahí que fuese materia aptísima, en cualquier momento, para una revolución. Tuviese o no matiz religioso. Díganlo los albigenses, explotadores maravillosos del hambre del pueblo, injustamente sojuzgado por la sórdida avaricia y la espada caprichosa.

Con todo—y quizá por esto mismo—, estamos en la edad de la Caballería. Los paladines de la justicia, del idealismo, del venerable respeto al humilde y al oprimido. Los caballeros, en la Edad Media, son la fruta más genuina del tiempo. Los bravos leones, amamantados por el cristianis-

mo, furiosos ante la opresión. Procedían de cualquiera de las categorías sociales. Sin distinción.

Nuestro caballero es "un piadoso mercader". Pertenece, pues, a la clase gremial. Comerciante, no al estilo de nuestros modernos y pacatos comerciantes de hoy. Eran, a la vez, valientes soldados. Lo encontramos en Barcelona y Valencia, ya a principios del siglo XIII. Jinete sobre un alma gigante. Dispuesto a deshacer el mayor entuerto de entonces: la esclavitud de los cautivos. La brillante estrella de su Dulcinea divina le alienta e ilumina en el andante caminar.

¿Cuál es el nombre suyo? Pedro Nolasch, O'Nolasch, Nolasco, De Nolasco. El porte que lleva, entre humilde y señorial, no dice bien a las claras si es barcelonés, o si corre sangre irlandesa por sus venas. Más bien, con los gestos y ademanes finísimos, parece indicarnos ser oriundo del bajo Languedoc. Concretamente del pueblecillo Mas-Saintes Puelles, entre Carcasona y Tolosa, cerca del viejo Recaudum, en la vía del Imperio Romano. Al fin, asevera algún historiador, "languedocines y catalanes venían a formar entonces un solo pueblo".

Este hidalgo, nacido hacia el año 1180, privado pronto de sus padres cristianísimos, va a lanzarse a la *más perentoria empresa de la época,* como quien es: cual pundonoroso y ardiente caballero, y cual generoso y hábil mercader. La cuestión social más acuciante salta a la vista: es el cautiverio y, por él, la apostasía. En el reino de Granada, por ejemplo, había más de quinientos mil individuos que, negando la fe católica, abrazaron locamente la secta de Mahoma. Y si esto ocurría en la Península, ¿qué no sucedería fuera de España...? Amén de la pérdida de la fe y la moral, el cautiverio bañaba en lágrimas y vestía de enlutados crespones a un porcentaje inmenso de hogares. Las penalidades del cautivo en mazmorras sobrepasaban lo imaginable.

La redención de cautivos venía ya realizándose por órdenes e instituciones religiosas, desde las mismas órdenes de caballería hasta los trinitarios. Pero los remedios no eran contundentes, cual lo exigía la candente cuestión social. La redención no pasaba de ser cosa accidental. A lo sumo se dedicaba a ella una tercera parte de algunos bienes. A fuer de fogoso caballero, Nolasco dedicaría el mayor esfuerzo a esa magna labor, hasta quedarse en re-

henes por los cautivos, perdiendo vida y libertad, si fuera preciso; y, a fuer de experto mercader, implanta nuevos métodos, ensayando las colectas de limosnas, dedicadas entera y exclusivamente a la redención, fundando cofradías en pueblos estratégicos para la recolección de las mismas limosnas, y organizando las procesiones de redimidos y redentores por los pueblos.

Cuando inicia la campaña de misericordia, así planeada, fué en momentos difíciles. Si bien habían sido abatidos los almohades en la batalla de las Navas, las divisiones y guerras intestinas entre los príncipes y reyes cristianos esterilizaron el fruto de la victoria. Jaime I de Aragón y Fernando el Santo de Castilla no estaban aún capacitados para las grandes conquistas. Los sarracenos dominaban media España y eran señores del Mediterráneo. No admitían consulados cristianos en sus Estados, ni embajadas. Echase de ver lo heroico de la gesta de Nolasco, con su puñado de compañeros, en circunstancias tales.

Para epopeya social y cristiana de tal calibre no era suficiente aquel puñado de desprendidos y animosos. Había que consolidarla con una *milicia* auténtica. Dios mismo se lo dió a entender a Nolasco con la visión del olivo, de frondosidad extraordinaria, plantado en un espacioso atrio, a quien nadie podría destruir jamás.

La Santísima Virgen, que siempre había sido la invisible capitana e inspiradora de tan excelso soldado—desde niño, más intensamente desde que se había arrodillado en Montserrat para hacer su consagración mariana y, sobre todo, desde que la había declarado la dama de sus empresas caballerescas de misericordia—, pasa ahora, desde este instante, a ser visible maestra y orientadora práctica. Fué en la templada noche agosteña de 1218. Día 2. La visión es clara, terminante, imperativa:

> Fundad una religión
> con hábito blanco y puro
> que sea defensa y muro
> de la española nación;
> de cautivos redención,
> y de la Iglesia columna
> en esta adversa fortuna
> del francés y el español.

Raimundo de Peñafort, jurista de fama y confesor de Nolasco, rubrica: "No puede estar más clara y patente

la voluntad divina". El rey Jaime I, conocedor y entusiasta admirador de los planes nolasquinos de redención, presta su decisiva ayuda a la fundación y organización de esa orden religiosa. Y es en la catedral de Barcelona, ante el obispo Berenguer de Palou, año de gracia 1218, cuando Nolasco y sus compañeros emiten los tres votos religiosos, añadiendo el cuarto, peculiar y distintivo de los mercedarios: quedar en rehenes por los cautivos, si necesario fuera.

La milicia está ya en marcha. Los frailes, caballeros como Nolasco, lucen inmaculados sayales; sobre sus pechos aguerridos campeará luego el escudo de atletas: cruz blanca de la catedral de Barcelona, barras catalanas. Caminan decididos, heroicos, con gesto humilde. Bajo las alas, siempre protectoras y maternales, de la Santísima Virgen de la Merced, con el sincero apoyo de Jaime el Conquistador. Hacia rutas sangrantes de la misericordia, jamás tan valiente y redentoramente practicada. Gregorio IX, desde Perusa, a 17 de enero del 1235, dáles el espaldarazo de la confirmación canónica.

Fundaciones en Barcelona, Perpiñán, Mallorca, Valencia, Tarragona, Tortosa, etc. El blanco ejército de cruzados lánzase en tromba. Redenciones, martirios, Nolasco, al frente, les arenga con el ejemplo y la palabra: "Alegrement sien aparelats tots temps los frares daquest Orde, si mester es, posarlos visa axi com Jesuchrist lo pus por nos" (Primeras constituciones). Y no hay páginas más hermosas, después de las del Evangelio, como las que Nolasco escribió con la sangre propia y la de sus hijos, en los anales de la caridad cristiana. Guillén de Bas, Bernardo de Corbera, Arnaldo de Carcasona, Pedro de Amer, con varios más, forman el estado mayor, de estas huestes marianas, en torno al fundador. Se inicia el interminable escuadrón de redentores, mártires y misioneros, que llega hasta el siglo xx, pasando por el norte de Africa, el Nuevo Mundo, y los pueblos todos de España y, cuyo pendón triunfante se sostiene en las manos de San Ramón Nonato, San Serapio, San Pedro Armengol, Santa María de Cervellón, Bartolomé de Olmedo y Francisco Echeverz. Al lado, integrando el mismo ejército, bajo el mando del mismo jefe, San Pedro Pascual encabeza la sabia corporación de intelectuales: teólogos, filósofos, dramaturgos, místicos. Aquí se enrolan Francisco de Zumel, Saavedra,

Tirso de Molina, Serafín Freitas; y fray Juan Falconi, con la escuela mística mercedaria, exuberante y original como ninguna otra. ¿Y las ramas femeninas, cargadas de frutos riquísimos, en que el olivo de la merced proliferó: monjas mercedarias de clausura, mercedarias misioneras, hermanas mercedarias de la caridad, mercedarias del Santísimo Sacramento, etc...?

Desde 1218 hasta el año 1249, fecha de su muerte, Pedro Nolasco llevó el timón y organizó el instituto por él fundado, hizo redenciones, acompañó a Jaime I en la conquista de Valencia y Mallorca, y a Fernando el Santo en la toma de Sevilla (1248). Podía morir tranquilo el cónsul de los cautivos. La obra estaba en marcha. ¿Qué obra? La muy soñada por él: "Que la *obra* de misericordia, la más candente del momento actual (en tiempo de Nolasco era la redención de cautivos, en el curso de los tiempos serán otras), fuera afrontada de modo heroico, con el espíritu del cuarto voto mercedario". Y para que esto se realizase conveniente, permanentemente, buscó la prolongación de sí mismo. En la Orden de la Merced. No es, pues, la redención de cautivos, la exclusiva razón de ser de la Merced. Demasiado gigante fué su fundador para dejarse aprisionar en las cadenas de lo transitorio; él, que rompiera tantas cadenas de esclavos. La permanencia siempre actual de las obras de misericordia, realizadas a la manera esforzada de Cristo, como Redentor, fué su meta y quiso que fuera el programa de sus hijos.

Quizá un trece de mayo, fiesta de la Ascensión, haya sido el día de su tránsito. Los sumos honores de los altares, mediante la demostración del culto inmemorial, se los dará Urbano VIII, en 1628. Desde siempre, la historia le venera como a héroe, la sociedad le canta como bienhechor insigne, la Iglesia le honra como a santo, y la Orden de la Merced como a padre.

ELÍAS GÓMEZ, O. DE M.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., día 31.

PÉREZ, P., *San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced*, I (Barcelona 1934).

GAZULLA, F., *La Orden de Nuestra Señora de la Merced. Estudios histór. crít.*, 3 vols. (Barcelona 1934). Contra la obra titulada *San Raimundo de Peñafort, fundador de la Orden de la Merced* (1900).

EVEN, *Une page de l'histoire de la charité* (París 1918).
VÁZQUEZ, G., *Historia de la Orden de la Merced*, I (Toledo 1931).
Estudios. Número extraordinario, homenaje a San Pedro Nolasco en su VII centenario (1249-1949) (mayo-dic. 1956).

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA

(† 1208)

En el año 1128, y en Burgos, entonces capital de Castilla, nace para la vida y la santidad el futuro obispo conquense. Fué linajuda su cuna, *piis honestis parentibus*, sus progenitores, y entre prodigios y misterios envuelto su nacimiento. Era este niño la realidad hecha vida de aquel sueño que tuvieron los padres del Santo unos meses antes de nacer él, que fué una verdadera revelación. Leyenda o realidad, pero la tradición asegura que, apenas nacido San Julián, con su manecita derecha trazó la bendición episcopal sobre padres, familiares y amigos, testigos de su nacimiento.

Al atardecer el día en que naciera, fué bautizado en la entonces parroquia de San Pedro, según se cree, y, apenas comenzado el rito sacramental, una bandada de ángeles batían sus alas en las alturas del templo, dejándose oír—nos refiere la tradición—una voz angélica, que decía: "*Hoy ha nacido un niño que, en gracia, no tiene igual.*"

Fué el hogar paterno la primera escuela de aprendizaje para su espíritu y su inteligencia, cultivadas con esmero, en aquellas escuelas catedralicias en las que, junto al clérigo de los monasterios, se habia refugiado la ciencia por aquel entonces: siglo XII.

Aquél varón singular, que se concibió, nació, vivió y murió entre prodigios y misterios, terminados sus estudios primarios en Burgos, aconsejado por sus padres y maestros, marchó a Palencia, para hacer los estudios superiores en la escuela de esa ciudad, que el obispo Poncio convirtió en *Estudio*, y Alfonso VIII elevó a la categoría de Universidad, y el papa Urbano VI enriqueció con todos los privilegios de la Universidad de París. El joven estudiante burgalés causó bien pronto la admiración de estudiantes y profesores, terminando sus estudios con el brillante título de Doctor. Reunido el claustro de profesores, bien ponderadas las extraordinarias cualidades del nuevo doctor y su esmerada y completa preparación científica, acuerda nombrarle profesor de filosofía y teología en la célebre universidad palentina, de la que sólo unos meses antes era alumno. Sucedió esto en el 1153 y tenía entonces San Julián veinticuatro años. Durante los veintiún años que estuvo en Palencia—once de estudiante y diez de profesor—su habitación no era sólo salón de estudio y oratorio, sino, además, obrador de menestral, pues por aquel su espíritu de caridad, ejercido todo a lo largo de su vida, trenzaba unas cestillas con mimbre y sarga, que luego repartía como limosna, jueves y sábados, a los pobres, que se alimentaban con el producto de su venta.

En su cátedra enseñó San Julián con claridad, sencillez y aprovechamiento tal, que Paulo V le coloca en la categoría de los grandes teólogos de su siglo.

Su fama crecía de día en día y la admiración por el joven profesor no tenía límites. Gallardo y apuesto joven, de los de calzas de raso y plumilla en el sombrero, al estilo de la época, a pesar de su modestia y recogimiento, no podía evitar que todas las miradas se clavaran en él. Se adentra más y más en sí mismo y, para alejar la tormenta que rebramaba en su alma, decide abandonar Palencia para retirarse "lejos del mundanal ruido".

Treinta y cinco años tenía San Julián cuando, pisoteando la fama y la gloria, abandona Palencia para vivir en Burgos en una humilde casa, que construye fuera de la ciudad, una vida de retiro, preparación para el sacerdocio y el apostolado.

Ya han muerto los padres de nuestro Santo. Su madre, antes de venir de Palencia, y su padre, apenas llegado a Burgos: es el año 1163. Esta situación, lastimosa y triste, favorece su inquietante idea de retiro. Recibe la tonsura y las órdenes menores, y acompañado del más joven criado de su casa paterna, el fiel Lesmes, marchan los dos a vivir a una casita en la vega de "La Semella", junto a Burgos y a orillas del Arlanzón. La oración, la mortificación y el estudio son sus ocupaciones constantes: bajo la sabia y experta dirección espiritual de un religioso agustino del cercano convento, llega a la altísima dignidad del sacer-

docio, que recibe en 1166. Permanece aún algún tiempo en aquel retiro de "La Semella" antes de comenzar su intensa vida de apostolado.

Los primeros ensayos del novel misionero los hizo por los alrededores de la capital burgalesa, penetrando después de lleno en la ciudad de Burgos: las rivalidades, envidias, egoísmos y odios de los Castro y los Lara hicieron estéril su predicación allí y se decidió por hacerse misionero por España.

Un buen día, San Julián llamó a su criado Lesmes, a quien dijo:

—¿Quieres acompañarme, Lesmes?...

—¿A dónde, señor?

—A recorrer España, dijo San Julián.

—Con vos, hasta la muerte, respondió Lesmes.

Y sin más bagaje que el breviario, un crucifijo, una estampa de la Virgen y una muda, salió San Julián, transformado en caballero andante a lo divino, sobre el brioso corcel de su celo, por toda la geografía de España.

Grande fué el fruto de su predicación y muchos los convertidos por el santo misionero San Julián. Hasta la Córdoba averroísta, donde tantas veces fuera de estudiante, conoció el trallazo de su silogismo y la fuerza de su argumentación. Hacia 1190 llegó predicando por tierras de Toledo, después de veinte años de excursión evangelizadora. En 1191 predicaba y misionaba junto a la capital toledana, y aquel mismo año muere su arzobispo González Pérez.

El mismo año de 1191 es nombrado arzobispo de Toledo don Martín López, quien en los primeros meses de su pontificado, conocida la santidad, sabiduría y celo por la gloria de Dios del misionero burgalés, le nombra arcediano de la catedral toledana, que tuvo que desistir en su negativa ante la insistencia del señor arzobispo y porque le aseguró que el arcedianato no sería obstáculo para su vida apostólica y misionera. Ya en su nuevo cargo, alternaba las tareas del gobierno de la archidiócesis, que pesaba sobre él, con la intensa vida de apostolado en predicación y administración de sacramentos, quedándole tiempo para la confección de sus célebres cestillas, que daba en limosna a sus pobres. Cada año se retiraba unos días para dedicarse más íntimamente a sí mismo en una especie de práctica de

ejercicios espirituales en la finca que en La Sagra compró al abad de Santa María de Usillos, cuyos beneficios, a la vez que los del arcedianato, entregaba en limosna a sus pobres.

Cinco años lleva San Julián de arcediano en Toledo, cinco años que han servido para que todos le admiren y quieran. El 14 de diciembre de 1195 muere "el noble y prudente" primer obispo de Cuenca, don Juan Yáñez, sede episcopal fundada por Alfonso VIII en 1182, después de la reconquista de la ciudad del cáliz y la estrella. Conocía Alfonso VIII las virtudes y celo del arcediano de Toledo y creyó, ciertamente, que ninguno mejor que él podía ser el segundo obispo de la recién creada diócesis conquense. De nada valieron las negativas y oposición de San Julián: en el mes de junio de 1196, a la edad de sesenta y ocho años, fué consagrado obispo entre la alegría y tristeza de los toledanos, que si veían hecho obispo a su santo arcediano, les dolía el perderle. Apenas consagrado obispo, acompañado de su fiel Lesmes, sale para Cuenca, cuya distancia con Toledo la salvan caminando a pie por sendas y vericuetos. En el camino se entera del gran recibimiento que preparan los conquenses, y ya, a corta distancia de la ciudad, espera que llegue la noche y hace su entrada cuando todos duermen: todos menos un rapazuelo del hoy Barrio de San Antón que les guía hasta el Palacio Episcopal y a quien el Santo protege, muriendo, según la tradición, de arcediano de Cuenca.

Sobre su labor como obispo de Cuenca, diremos lo que apunta uno de sus biógrafos: "Sólo un espíritu de dinamismo multiplicado como el de San Julián podía llegar a una actuación tan compleja y ordenada. Cuenca y su obispado estaban en aquella época ocupados por tres clases de moradores: musulmanes, judíos y cristianos: a todos visita y catequiza; a todos instruye y forma; grande es su trabajo, mayor su celo, y el fruto no se hace esperar, haciendo una ciudad cristiana: hasta en los repliegues bravíos de la serranía, en los altozanos ondulantes de la Alcarria y en las llanuras sin fin de la Mancha, dejó prendido San Julián el encendido eco de su voz apostólica y misionera.

Tuvo una gran preocupación y predilección por sus sacerdotes, que los quería santos y apóstoles. En sus célebres visitas pastorales ponía especial cuidado en corregir

el deplorable estado de muchos de sus sacerdotes, y los insolentes e incorregibles de siempre le proporcionaron serios disgustos: por ser antes el deber que la amistad para San Julián, hubo de enfrentarse con su metropolitano y gran amigo don Martín López, a quien acudían, engañándole, esos desgraciados sacerdotes descarriados. Preocupóse grandemente por el Conclave Levítico, especie de Seminario, que recogía los niños donados a la Iglesia. En definitiva: su labor episcopal en Cuenca fué tan abrumadora como de felices resultados, haciendo una ciudad y diócesis eminentemente cristiana.

De todas las virtudes de San Julián, la que más sobresale es su caridad: caridad ardiente por las almas de sus diocesanos, a quienes instruye y forma; caridad por los cuerpos, que socorre abundantemente, en sus necesidades matrimoniales. No sólo durante la peste que asoló a Cuenca y provincia en el primer año de su pontificado, sino siempre; caridad para con todos: cristianos, judíos, mahometanos; su corazón y su caridad no distinguían credos ni sectas. Para todos era su pan, muchas veces milagroso, y para todos la delicadeza y exquisitez de sus cuidados. Solía el Santo anualmente retirarse unos días a una gruta abierta sobre el Cerro de la Majestad, para practicar esa especie de ejercicios espirituales que tanto le fortalecían: días de ayunos y asperezas, de oración intensa y mortificación constante. Llamaba el Santo este sitio "*el lugar de mi tranquilo día*"; junto a la gruta, que hoy se conserva, se levanta una sencilla ermita en honor del Santo, y ese lugar lo llaman los conquenses "*San Julián el tranquilo*". En esos días de retiro fabricaba sus célebres cestillas, que repartía en limosna a los necesitados y que todos procuraban tener, pues a su contacto se veían libres de enfermedad, rubricando con esta costumbre su apodo de *obispo limosnero*.

El ídolo conquense, el hombre de santidad colmado y alma rota por el dolor ajeno, el obispo sabio y santo, predicador, apóstol y limosnero, llama a su capellán y fiel criado, a quien dice: "Lesmes, mi buen Lesmes: voy a morir y debo prepararme." Habrá que resignarse ante lo inevitable, y Lesmes, con el corazón deshecho por el dolor, prepara la llegada del capitán Cristo Jesús, hecho Eucaristía, que visita a su fiel soldado San Julián. Sobre su

cuerpo quemado por la fiebre, tiembla la llorosa amatista de los hábitos episcopales: San Julián recibió el Viático revestido de Pontifical. Arrobado y extasiado por la gracia de la Eucaristía, muere San Julián: era el anochecer del 28 de enero de 1208; los ángeles, con manos invisibles, hicieron hablar, con ronco sonido, todas las campanas de la ciudad, que decían: "Ha muerto el siervo fiel y prudente San Julián: Cuenca está de luto."

El papa Clemente VIII, por el Breve de 18 de octubre de 1594, recibido en Cuenca el 1 de febrero de 1595, conocidos los portentos obrados por intercesión de San Julián, le canonizó y concedió para Cuenca oficio y misa propia. Sus restos se conservaron en una arqueta, puesta en el altar del ábside dedicado al Santo, donde hoy se conservan los fragmentos óseos que el actual obispo don Inocencio Rodríguez Díez mandó autentizar, y donde el Santo recibe la oración plural de los conquenses, que aman de verdad al santo burgalés, que es y será San Julián de Cuenca.

ARISTEO DEL REY PALOMERO.

BIBLIOGRAFIA

ALCÁZAR, B., *Vida de San Julián* (Madrid 1693).
PRIETO, M., *Santoral Burgense* (1642).
POZA, *Vida de San Julián* (Cuenca s.a.).
MARTÍNEZ, B., *Biografía de San Julián de Cuenca* (Cuenca 1754).

29 de enero

SAN FRANCISCO DE SALES

El visitante que llega hoy a Annecy queda sobrecogido ante la increíble belleza de la ciudad y del paisaje. Si en lugar de quedarse entre calles sube a la colina en la que está edificado el monasterio de la Visitación, su admiración se acrecienta. Todo es bello: los Alpes nevados; el lago, sereno, terso y bruñido; la ciudad tendida a los pies del viajero; la iglesia y el monasterio. Cuando penetra en el templo ve, a los lados del altar mayor, dos pre-

ciosas urnas. Y en ellas los cuerpos de San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal. Ambos a dos parecen estar dormidos, bajo sus mascarillas de cera admirablemente trabajadas. Se diría que de un momento a otro van a abrir sus ojos y a saludar al visitante.

Pero el Annecy que hoy vemos era menos brillante al comenzar el siglo XVII. Ni los hombres de entonces tenían nuestra moderna sensibilidad por el paisaje, ni el turismo había embellecido tantos rincones, ni las circunstancias históricas eran propicias para aquel rincón de Saboya. San Francisco de Sales escribía en 1606 al papa Paulo V dándole cuenta de su diócesis: Annecy era una villa de su diócesis en la que se habían tenido que refugiar sus obispos hace setenta y un años, como consecuencia de la rebeldía de su propia ciudad episcopal: Ginebra. Esta rebeldía había arrastrado en pos de sí ciento treinta parroquias. Y había producido un sin fin de guerras, de rivalidades, de luchas fratricidas que habían empobrecido la diócesis. Refugiados en Annecy los obispos, habían comenzado una labor de lenta reconquista de la que el mismo San Francisco de Sales había de ser maravilloso artífice.

Aún nos parece verle andando por las callejas de la ciudad, que conservan todavía la misma fisonomía que tuvieron mientras el Santo vivía; nos lo imaginamos entrando en la casita de la galería, o ejercitando las funciones pontificales en la pobre y sencilla iglesia que había venido a sustituir a la magnífica catedral ginebrina; nos lo imaginamos subiendo aquellas montañas, visitando los últimos rincones, atendiendo a las gentes que de todas las partes de la diócesis venían a consultarle. Es cierto que la diócesis era pobre, y se encontraba en desgracia. Por eso precisamente la amaba más San Francisco. Un día que Enrique IV, el rey de Francia, le ofrecía un espléndido obispado, él contestó rotundamente: "Majestad, estoy casado; me he desposado con una pobre mujer y no puedo dejarla por otra más rica". El rey no volvió a insistir. Y San Francisco de Sales murió obispo de Ginebra, con residencia en Annecy.

Había nacido, según modernamente parece demostrado, en 1566. De noble familia, pues su padre, el marqués de Sales, había heredado, por su mujer, el rico señorío de Boisy. En el castillo de Thorens, en que sus padres residían, vió la primera luz y en la iglesia del mismo lugar recibió el bautismo. Su educación fué exquisita: primero en el Colegio de La Roche, después en el de Annecy. A los diez años hace su primera comunión y recibe la confirmación, y desde aquel momento solo desea consagrarse a Dios.

Pero el itinerario iba a ser largo. Prácticamente iba a pasar por gran parte de Europa. Primero, a los trece años, a París, desde 1581 a 1588, para estudiar bajo la dirección de los jesuítas del Colegio de Clermont. Después, tras una visita rápida a su familia, a la Universidad de Padua, en la que obtiene los grados en ambos derechos. Después un rápido viaje por Roma y las principales ciudades de Italia. Al regresar, en el verano de 1592, Francisco de Sales contaba con una formación humanística, filosófica, teológica y jurídica realmente excepcional. No es extraño que su padre concibiera grandes planes sobre él. Sin embargo, en su espíritu continuaba ardiente el deseo de consagrarse a Dios. El conflicto tenía que producirse.

De acuerdo con su primo Luis se ideó la manera de salvarlo. Obtenido en secreto el nombramiento de preboste del cabildo catedral, la primera de todas las dignidades, el padre cedió por fin. El 18 de septiembre recibía el diaconado. Y el 18 de diciembre de 1593 el sacerdocio. Ya tenemos a Francisco de Sales presidiendo el cabildo, y constituído en sacerdote.

Lo que sigue resultó increíble para sus contemporáneos. El nuevo canónigo se lanza a ejercitar intensamente los ministerio sacerdotales. Predica con una oratoria sencilla, transparente y llena de unción. Se pasa largas horas en el confesonario. Atiende a los pobres y es el paño de lágrimas de todos los desgraciados de Annecy. Y cuando ya empezaba a extrañar esta conducta se produce un auténtico golpe teatral.

La provincia de Chablais, que formaba parte de la diócesis, había sido arrasada por el protestantismo. La coyuntura política se presentaba relativamente favorable para poder restablecer allí el catolicismo. Pero hacía falta un misionero de talla que acometiera la empresa. Francisco de Sales se ofrece. El obispo acepta. En vano el anciano padre protesta. Juntos los dos primos Francisco y Luis salen, un inolvidable 14 de septiembre de 1594, camino del Chablais a pie, sin criados, y casi sin dinero. El 16 de

septiembre entraban en Thonon, sede principal de la herejía, e iniciaban su trabajo. Fueron meses muy duros. Sólo en abril de 1595 se produjeron algunas conversiones. Pero el movimiento general no había de producirse hasta mucho más tarde, en 1598, durante la visita del obispo a la región, que ya pudo considerarse recuperada para el catolicismo.

Fué precisamente en esta época de su vida cuando se produjo el episodio que habría de hacer de San Francisco de Sales el patrono de los periodistas católicos. Los protestantes, movidos unos por el miedo y otros por el respeto humano, no acudían a escuchar la predicación de los misioneros. De esta forma los esfuerzos de éstos se estrellaban ante la imposibilidad de hacerse oír. San Francisco se decidió a cambiar de táctica. Ya que no le oían de viva voz, le leerían. Dicho y hecho: durante el día redactaba unas hojas que por la noche se distribuían a las puertas de las casas. Así tenemos sus célebres *Controversias*, libro maravilloso, escrito en un estilo punzante y vivo, verdadero modelo de periodismo católico. Los descubrimientos de los manuscritos han mostrado hasta qué punto fueron estos escritos, mucho más aún que la versión que anteriormente se conocía, auténticos modelos de estilo atractivo, lleno de movimiento y de color. Y el éxito que se obtuvo en la empresa demostró también el acierto con que había sido concebida: quienes no le oían, lo leyeron y terminaron convirtiéndose.

De entonces es también el episodio emocionante de sus visitas a Teodoro de Beza. Jugándose la vida, entra Francisco en Ginebra y conversa durante varias horas con el heresiarca, ya viejo y enfermo. Parece cierto que Teodoro llegó a reconocer la verdad del catolicismo. Estaba, sin embargo, demasiado comprometido para poder romper los lazos que le retenían en el protestantismo. Francisco tuvo la pena de no poder lograr que se hiciera pública su conversión, que tanta resonancia hubiera tenido.

Cuando el obispo de Ginebra, monseñor de Granier, celebró la fiesta de las cuarenta horas en Thonon, y se pasó los días recibiendo abjuraciones, bendiciendo iglesias restauradas y confirmando a sus feligreses recobrados, no pudo menos de pensar que nadie mejor que Francisco de Sales para ser su coadjutor. Así se lo dijo al interesado.

Este, sin embargo, estaba lejos de poder pensar en tal cosa. Agotado por el trabajo de aquellos años, hubo de retirarse cinco meses a su casa natal para restablecer su salud quebrantada. Hubo un momento en que todo el mundo creyó que iba a morir. Restablecido contra toda esperanza, partió para Roma. Era noviembre de 1598. El Papa confirmó la elección, en una escena emocionante, en la que hizo el elogio público de su gran sabiduría. De regreso a Annecy el obispo electo continuó predicando, mientras llegaban las bulas y se podía celebrar su consagración.

Pero las cosas habían de complicarse aún más. La diócesis tenía territorios de Saboya, territorios en Suiza y territorios en Francia. Era necesario negociar difíciles asuntos en la corte de París. Y a París, ciudad que tan bien conocía por haber hecho allí sus estudios, volvió Francisco de Sales, desarrollando en los meses que hubo de permanecer un admirable apostolado.

Arreglados los asuntos, de regreso a Annecy, se entera en Lyon de la muerte de monseñor de Granier. Rápidamente se prepara para su consagración. Y el 8 de diciembre de 1603, en la iglesia de Thorens, donde había sido bautizado, recibe, entre maravillas celestiales, la consagración episcopal.

Es admirable la actividad que desplegó como obispo. Siguiendo las huellas de San Carlos Borromeo, a quien toda su vida admiró cordialmente y por quien sintió siempre una devoción apasionada, a pesar de las notabilísimas diferencias de carácter y de manera de concebir el gobierno episcopal que le separaba, San Francisco de Sales se constituye en uno de los más significativos representantes de la maravillosa reforma pastoral que se llevó a cabo en Francia durante el siglo XVII.

Ejemplar en el ejercicio de la catequesis. Lo que comenzó dedicado únicamente a los niños, se hizo pronto el punto de cita de todo Annecy los domingos por la tarde. Las explicaciones sencillas y claras del prelado, atraían a los mayores no menos que a los mismos niños. Fué así un maravilloso obispo catequista. Como supo continuar siendo un inimitable orador sagrado, al que se disputaban las más importantes catedrales de Saboya y Francia para predicar la cuaresma. Como supo ser al mismo tiempo admirable administrador de su diócesis, en la reunión de sí-

nodos diocesanos, en la práctica heroica de la visita pastoral, en la admirable compenetración con su clero. Así como fué también restaurador de no pocas casas religiosas que habían decaído de su primitivo fervor.

Y piénsese que su posición era verdaderamente difícil. Gran parte de su diócesis, infestada por la herejía, rodeaba a Ginebra, la ciudad en que más activamente se había desarrollado el pensamiento protestante. Sus circunstancias políticas eran delicadas, por tener el territorio diocesano dividido en tres soberanías, dos de las cuales, en especial, Francia y Saboya, distaban mucho de estar en relaciones cordiales. Con el pesado fardo de unas estructuras religiosas que, pese al terremoto del protestantismo, no acababan de rendirse a los nuevos tiempos. Es agotador ver las luchas que tuvo para lograr la dotación de sus parroquias por parte de los caballeros de San Mauricio; el tiempo que tuvo que consumir en gestiones diplomáticas en las cortes, en especial en París; las dificultades mismas que le proporcionaban gentes de mentalidad cerrada, que incluso llevaron a denunciarle a Roma como amigo de los protestantes.

Sobrio en la legislación, atiende ante todo y sobre todo a la reforma de las personas a quienes esa legislación se dirige. "Quid leges sine moribus?" Porque ¿para qué valen las leyes sin las costumbres?

Prueba de esta preocupación suya son sus maravillosos escritos. Alcanza San Francisco de Sales a vivir en una época verdaderamente de oro para la lengua francesa. Y aprovechando esta circunstancia, mediante la utilización de su espléndida formación humanística, nos ha dejado unos escritos que todavía hoy conservan toda su frescura y toda su maravillosa unción.

¿Quién osará decir que su *Introducción a la vida devota* ha perdido en lo más mínimo su actualidad? Es un libro escrito sin querer, simple reedición, retocada y sistematizada, de las cartas a una señorita que en medio del mundo quería santificarse. Y es, sin embargo, uno de los libros que mayor éxito han tenido en la historia de la literatura mundial. Y, lo que es más aún, de los que más profundamente han marcado una huella en la espiritualidad cristiana. Todo es encantador en él: el lenguaje, las comparaciones, los ejemplos. Hasta la misma disposición, tan moderna, en capítulos breves. Y la tersura en la disposición de las ideas, falta por completo de todo artificio.

Tenemos otras obras maestras que brotaron de su pluma. Así, por ejemplo, el soberbio tratado de teología, modelo acabado de controversia dogmática, digno de quien hoy ostenta el título de Doctor de la Iglesia: el primer título del *Codex Fabrianus*. Tenemos el espléndido *Tratado del amor de Dios*. Y sobre todo contamos con la maravillosa colección de sus cartas. Escribió sin cansarse, a gentes de toda clase, de cualquier condición y cultura. En ellas brilla de manera maravillosa el celo pastoral, el profundo conocimiento de la psicología humana, la caridad sin límites del Santo.

Pero, como a Santa Teresa, a San Francisco de Sales le podemos conocer no sólo por sus obras, sino también por sus hijas, las religiosas de la Visitación. Es una historia maravillosa. Cuando leemos la *Historia de las fundaciones* o las *Vidas de las primeras madres*... nos sentimos transportados a un ambiente poético, limpísimo, lleno de jugosa dulzura, similar al de las florecitas de Asís.

Dios puso en el camino de San Francisco de Sales, de manera impensada, un alma excepcional: Santa Juana de Chantal. Ambos se esforzaron por responder a una necesidad que entonces se sentía vivamente: hacer accesible la vida religiosa a quienes por su salud, su educación o sus compromisos en el mundo no tenían acceso a las formas hasta entonces existentes. Así, sin pretensiones ningunas, con absoluta sencillez, nació el 6 de junio de 1610 la Orden de la Visitación.

Hoy no podemos hacernos idea de la revolución que la nueva Orden supuso en la mentalidad de aquel siglo XVII. A pesar de que, por condescendencia con el arzobispo de Lyon, gran parte del primitivo proyecto de San Francisco no llegara a realizarse, las nuevas religiosas aparecían como algo sorprendente. Su difusión fué rapidísima, y puede decirse que en todas partes eran recibidas con entusiasmo. Por otra parte, al difundirse los escritos de San Francisco y extenderse su devoción, era lógico que por todas partes las reclamaran.

La raíz de esta universal aceptación estaba en la sobrehumana sabiduría y prudencia de que el Santo había dado muestra al redactar las constituciones. No cabe un cono-

cimiento más profundo de la psicología humana en general y de la femenina en concreto. Sin austeridades espectaculares, se logra deshacer por completo la propia voluntad y sumergir el alma en un ambiente de caridad, de amor de Dios, de continua oración y mortificación. Ambiente que no está reflejado sólo en las constituciones, sino también en un precioso libro: los "recreos" o "entretenimientos", deliciosa narración de las charlas que el santo obispo mantenía con sus hijas durante el tiempo de esparcimiento. Allí se muestra el Santo cual era, comentando algunas cosas, aclarando dudas, exhortando a la perfección a sus hijas queridísimas. Pero esto, y la narración de mil anécdotas de aquellos primeros tiempos de la Orden, exigiría un espacio de que no disponemos.

Se aproximaba el final de su vida. Fué necesario volver a París para algunos asuntos diplomáticos en la corte. Como había ocurrido antes, también ahora San Francisco se dedicó de lleno a la predicación. Tuvo, además, el gozo de conocer y tratar íntimamente a San Vicente de Paúl, a quien confió el cuidado espiritual del recién creado monasterio de la Visitación.

De regreso de París, pasa por Turín, se desvía hacia Avignon y por fin llega a Lyon. Allí se detuvo unos días. El de San Esteban, después de haber celebrado la misa, despacha diferentes asuntos y por la tarde preside el recreo de sus hijas, las religiosas de la Visitación. Al terminar, da como conclusión esas sencillas palabras: "No deseéis nada, no rehuséis nada, a ejemplo del Niño Jesús en la cuna". Al día siguiente, fiesta de San Juan, vió que se le nublaba la vista. Se confesó, celebró la misa, dió la comunión y se despidió de la superiora: "Adiós, hija mía, os dejo mi espíritu y mi corazón".

Todavía el 28 recibió algunas visitas. Pero ya por la tarde le asaltó la muerte. Y con la mayor sencillez, mientras invocaba a los Santos Inocentes, cuya fiesta se estaba celebrando, rindió su alma pura e inocente a Dios, con la misma calma y serena majestad que habían presidido toda su vida. Tenía entonces cincuenta y seis años de edad y llevaba veinte de episcopado. Era el 28 de diciembre de 1622. El 18 de enero siguiente Annecy obtenía para sí su sagrado cuerpo, y, en efecto, el 28 de enero llegaba a su amadísima catedral.

No iba a ser fácil, sin embargo, verle en los altares. Su fama de santidad fué clamorosa desde el primer momento. Santa Juana de Chantal trabajó a fondo por conseguir su beatificación. Sin embargo, defectos procesales, minúsculas rivalidades, envidia por parte de unos, nacionalismo por parte de otros..., mil obstáculos habrían de oponerse a su rápida beatificación. Unos querían que fuera una gloria de Saboya; para otros se trataba de una gloria de Francia. Sólo la tenacidad admirable de una mujer excepcional, Francisca Magdalena de Chaugy, habría de conseguir que, por fin, el 28 de diciembre de 1661, el papa Alejandro VII realizara la beatificación.

Pocos años después, en 1665, se examinaban los milagros en orden a su canonización. Ahora la cosa fué rápidamente. Ese mismo año era canonizado y su fiesta se fijaba el 29 de enero. El 16 de noviembre de 1877 Pío IX, por un breve solemne, confirmaba el decreto de la Congregación de Ritos, confiriendo a San Francisco de Sales el título de Doctor de la Iglesia.

Patrono de la prensa católica, doctor de la Iglesia, es al mismo tiempo protector de una de las obras más florecientes de la Iglesia de Dios: la que otro santo, San Juan Bosco, puso bajo su protección al iniciarla en Turín: la obra que justamente por eso se llamaba salesiana.

En la prensa católica, en la inmensa multitud de instituciones de los salesianos y salesianas, en los monasterios de la Visitación de que está sembrado el mundo entero, San Francisco de Sales continúa viviendo y operando entre nosotros. Y muerto hace siglos, aún nos habla, aconseja y estimula.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.

BIBLIOGRAFIA

PERNIN, artículo en "Dict. Théol. Cath.". Buen resumen y buena bibliografía.

Bibliographie Salesienne, latine et française, por la ACAD. SALESIANA DE ANNECY. Complemento en: VALENTINI, E., *Opere e Scritti riguardanti S. Francesco di Sales. Repertorio bibliograf. 1623-1955*: "Salesianum", 18 (1956) 311s.; 536s.

Obras de San Francisco de Sales. Ed. crítica moderna de Annecy.

LA HOZ, F. DE, *Obras selectas de San Francisco de Sales*, sobre la ed. de Annecy: BAC, n.109 y 127 (Madrid 1953 y 1954).

MARGERIE, A. DE, *Saint François de Sales*: Col. "Les Saints" (París 1901).

HAMON, A. I. M., *Vie de St. François de Sales*, nueva ed. (París 1917).

STROWSKI, F., *St. François de Sales*, nueva ed. (París 1928).
LECLERCQ, J., *Saint François de Sales, docteur de la perfection* (Tournai-París 1948).
MANDERINI, TH., *San Francesco di Sales* (Brescia 1949).
BROUTIN, P., *La réforme pastorale en France au XVII siècle* (Tournai 1957) vol.2, p.73s.

30 de enero

SANTA JACINTA DE MARISCOTTI

(† 1640)

Santa Jacinta Mariscotti, hija de Marcantonio Mariscotti y de Ottavia Orsini, condesa de Vignanello, lugar cercano a Viterbo, nació en Vignanello el año 1585, al parecer el 16 de marzo. El matrimonio Mariscotti tuvo cuatro hijos más, que fueron los siguientes: Ginebra, que el año 1594 ingresó religiosa en el convento de Terciarias Franciscanas de San Bernardino de Viterbo, donde, con el nombre de sor Inocencia, vivió santamente hasta su muerte, que tuvo lugar en el mes de julio de 1631. Hortensia (1586-1626), joven virtuosa, el año 1605 casó con Paolo Capizucchi, marqués de Podio Catino. Sforza (1589-1655) casó en 1616 con Vittoria Ruspoli, y heredó el título de la familia de los Mariscotti. Galeazzo (1599-1626) fué abreviador de las letras apostólicas, y murió en la Curia Romana.

Jacinta, a quien en el bautismo habían impuesto el nombre de Clarix, niña aún, fué enviada por sus padres al monasterio de San Bernardino de Viterbo, al lado de sor Inocencia, para que al ver de cerca la santa vida que practicaba su hermana y las venerables sor Inés Guerrieri, virgen romana, y sor Lucrecia Fracassini, tenidas por muy virtuosas dentro y fuera del convento, se educara en el santo temor de Dios. Pero estos buenos ejemplos y los de otras piadosas religiosas influyeron poco en el ánimo de la joven Clarix, que no pensaba más que en la mejor manera de hacer resaltar su conocida hermosura y hablar con vanidad y jactancia de la prosapia de su familia. Como no soñaba más que en llevar una vida mundana, y no soportó por más tiempo el retiro del monasterio, se determinó a abandonarlo para regresar al lado de sus padres.

Bella y coqueta, tenía sus pretensiones y aspiraba conseguir un matrimonio brillante; por eso fué para ella una gran decepción cuando vió que su hermana Hortensia, más joven, pero muy prudente y virtuosa, casaba con el noble romano Paolo Capizucchi, mientras que a ella no se le presentaba ningún partido ventajoso. Se volvió entonces más ligera y mundana, no pensando más que en afeites y reuniones profanas y parecía incapaz de poder tener alguna idea seria. Sus padres estaban preocupados con esta hija que, al no poder casarse, llevaba una vida tan extraviada que podía terminar en su completa ruina espiritual, por lo que deciden, aunque la joven manifiesta una extrema repugnancia hacia la vida religiosa, convencerla para que ingrese en un monasterio. Accedió Clarix, con más despecho que vocación y afecto a la nueva vida que se proponía abrazar, a tomar el hábito de Terciaria Franciscana en el mismo convento de San Bernardino de Viterbo que unos años antes había abandonado, cambiando el nombre de pila por el de Jacinta con que ahora la conocemos. Sucedió esto el 9 de enero de 1605, cuando nuestra joven contaba veinte años de edad. Los asistentes derramaron abundantes lágrimas en el rito de la vestición, mientras que ella no dió señales de la menor emoción al pronunciar las palabras rituales de su total entrega a Dios.

Durante los diez primeros años (1605-1615) lleva en el convento una vida mundana, detestando de las pequeñas habitaciones de las religiosas, por lo que se hace construir para sí una celda magnífica que adorna con todo lujo, más propio de una princesa mundana que de una servidora de Cristo. Practica con tibieza los ejercicios de piedad y soporta con fastidio los rigores prescritos por la regla del convento, amando sobre todo la vida regalada y cómoda. Ni las amonestaciones de los superiores, ni las exhortaciones de sus parientes, ni siquiera el asesinato de su padre, perpetrado el 4 de septiembre de 1608 por Ubaldino y Hércules de Marsciano en el lugar de Parrano, fueron suficientes para volverla a una conducta de vida más conforme con el espíritu del santo instituto que había profesado.

Pero en 1615, cuando tenía treinta años de edad, el Señor se dignó echar sobre ella una mirada de su divina misericordia. Sor Jacinta cayó gravemente enferma, y aque-

jada de agudos dolores, dió en pensar horrorizada qué sería de su alma si en aquel estado calamitoso y de infidelidades fuera llamada a juicio delante de Dios Nuestro Señor. Pidió, pues, con insistencia la presencia de un sacerdote que la oyera en confesión, y para atenderla espiritualmente llegó al monasterio el franciscano P. Antonio Bianchetti, varón de sólida piedad, el cual, al penetrar en una habitación tan suntuosamente enriquecida con tantos objetos lujosos impropios de la pobreza franciscana, retrocediendo rehusó oírla en confesión, declarando que el paraíso no estaba reservado para los soberbios y las religiosas de vida cómoda.

Ante esta enérgica decisión por parte del padre franciscano, muy dolorida de todos sus pecados, hizo al día siguiente confesión general de todos ellos, determinándose resueltamente a cambiar de la vida que llevaba. Pronto dió evidentes señales de este sincero arrepentimiento. No obstante la grave enfermedad que la aquejaba, se levantó del lecho en que estaba postrada, y después de cambiar por un tosco sayal la fina ropa de seda que hasta entonces usaba, presentóse en el refectorio, donde se dió la disciplina en presencia de sus hermanas las religiosas, a quienes pidió perdón con lágrimas en los ojos. Las religiosas, llenas de alegría en vista de esta súbita transformación, la consolaban y animaban a continuar en esta santa vida, prometiéndole por su parte la ayuda de sus mejores oraciones. Jacinta, que comenzaba a vivir para el Señor, no quiso que en lo sucesivo le recordaran la grandeza de los Mariscotti, para lo cual rogó que le llamaran solamente sor Jacinta de Santa María.

Eligió por patronos en el cielo a santos que como ella se habían dejado arrastrar en los primeros años de su vida por los atractivos de las vanidades mundanas: por padre escogió a San Agustín; por madre, a Santa María Egipcíaca; por hermano, a San Guillermo; por hermana, a Santa Margarita de Cortona; por tío suyo, a San Pedro; finalmente, por sobrinos, a los tres niños del horno de Babilonia. Con la ayuda de esta familia celestial que ella misma se había elegido, se proponía más fácilmente conseguir los fines que se había propuesto: santificarse en esta vida y ganar el cielo en la otra. Abrazó entonces una vida de penitencia tan austera que no podemos pensar en ella sin estremecernos. Se impuso el sacrificio de no volver a

ver a sus parientes y amigos mientras no se lo ordenara la abadesa, para practicar de esta manera la virtud de la obediencia que tantas veces había despreciado; Jesucristo sufriendo por nosotros en la cruz, será desde ahora su único pensamiento y su único amor.

Jacinta poseía la virtud de la humildad en sumo grado. Rica en todos los dones de la naturaleza y de la gracia, verdaderamente santa a los ojos de Dios y de los hombres, se consideraba la mujer más pecadora. La más pobre hermana conversa tenía un hábito mejor que el suyo y una habitación menos pobre. Aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían para ejercitar la virtud santa de la humildad. Frecuentemente iba al refectorio con una cuerda echada al cuello, y en estas condiciones besaba los pies a las religiosas pidiéndoles perdón por los escándalos que les había dado con su mala vida pasada. Cuando la nombraron vicesuperiora del convento y maestra de novicias, tuvieron que imponérselo por obediencia, pues ella no quería aceptarlo, pretextando que, no sabiendo gobernarse a sí misma, mal podía gobernar a las demás.

Profundamente convencida de los grandes pecados por ella cometidos, Santa Jacinta soportaba con una tranquilidad y una calma perfectas los sufrimientos que Dios tenía a bien enviarle y que ella consideraba el mejor medio para limpiarse y purificarse de su vida pasada. Durante diecisiete años fué atacada de cólicos casi continuos, producidos por las malas comidas a las que se había sometido y por las austeridades excesivas que se había impuesto. El demonio, que veía con furor cómo esta alma privilegiada se le escapaba de las manos, ensayó contra ella toda clase de tentaciones y astucias; pero los poderes del infierno no prevalecieron contra la esposa de Cristo, sostenida por el amor de su Dios y la gracia del Espíritu Santo, las largas meditaciones al pie del Crucificado, la lectura de los buenos libros y los sabios consejos de su confesor el P. Bianchetti.

Sentía hacia los pecadores una inmensa piedad, que se traducía en palabras y oraciones tan tiernas, que no podían menos de prometerle la enmienda y la vuelta al seno de la Iglesia. Entre los pecadores de Viterbo sobresalía Francisco Pacini, hombre atrevido, poderoso y deshonesto, a quien la Santa no solamente convirtió al Señor y lo convenció a llevar una vida de ermitaño, sino que fué en lo

sucesivo su principal colaborador en la organización y desarrollo de las dos Cofradías por ella fundadas.

La primera fué la *Compagnia dei Sacconi* (o Cofradía de los encapuchados de Viterbo), que Santa Jacinta fundó en 1636, con sede en la iglesia de Santa María delle Rose, regida por unos Estatutos que, compuestos por los mismos cofrades, fueron aprobados por el cardenal Tiberio Muti († 1636), obispo de Viterbo. El fin de la Cofradía era procurar el cuidado material de los enfermos y ayudarles a bien morir espiritualmente. Santa Jacinta añadió a los Estatutos de los cofrades especiales ejercicios que se habían de hacer en los últimos días de Carnaval, con públicas procesiones y visita a las iglesias donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento, por lo que introdujo entre estos cofrades la práctica del piadoso ejercicio de las *Cuarenta horas,* que en el siglo anterior ya había aprobado el papa Clemente VIII.

La Congregación de los oblatos de María, fundada también por Santa Jacinta en 1638, estableció su sede en la vieja iglesia de San Nicolás, en el llano de Ascarano, donde los oblatos de San Carlos Borromeo les hicieron donación del hospicio que ellos habían erigido en 1611 para ancianos e inválidos. La *Congregación de los oblatos de María* fué aprobada, después de no pequeñas dificultades, por el ordinario, Francisco María, cardenal Brancacci, el 5 de julio de 1639; el mismo ordinario aprobó, el 2 de marzo de 1643, las *Constituciones* de los dichos oblatos, redactadas por Santa Jacinta. Según las mismas, la Casa Madre era conocida con el nombre de *il Fratello* (el Hermano); se prescribe un año de probación, y el noviciado, el Oficio divino, oraciones y varias meditaciones, austeridades y abundantes penitencias. Esta legislación, que más convenía a monjas contemplativas de clausura que a una congregación de seglares, dados a obras de caridad y actividades apostólicas, fué la causa principal de que la *Congregación de los oblatos de María* tuviera escasa duración.

Sería muy largo enumerar aquí todas las conversiones que consiguió la Santa, los conventos que ella reformó por medio de severas cartas dirigidas a superioras demasiado remisas en el cumplimiento de sus obligaciones; las villas donde la fama de su santidad cambió en reuniones piadosas las asambleas mundanas y frívolas. De todas partes le

pedían consejos y oraciones. Debido a su iniciativa, Camila Savelli, duquesa de Farnesio y de Savella, fundó dos monasterios de clarisas en Farnesio y en Roma; las novicias acudían al convento de Viterbo para marchar bajo su dirección por el camino de la vida espiritual, muchas de las cuales, entre otras la Beata Lucrecia, siguieron tan a la letra sus enseñanzas que murieron en olor de santidad.

Había en el coro del convento siete capillas donde las religiosas podían ganar las indulgencias de las siete iglesias de Roma. Todas las noches, aun en invierno, Jacinta recorría las siete capillas orando devotamente delante de las imágenes de Jesucristo y de la Santísima Virgen y de los demás santos que allí se veneraban. Hacía esta especie de peregrinación llevando los pies desnudos y con una pesada cruz sobre sus espaldas, practicando al mismo tiempo otras duras penitencias, Tenía gran devoción al arcángel San Miguel, cuya asistencia invocaba en todas sus necesidades. Mas su principal abogada en el cielo era la Santísima Virgen, de manera que su corazón se consumía de amor cada vez que pronunciaba su dulce nombre. El santo sacrificio de la misa, donde el Salvador se ofrece todos los días como víctima expiatoria por los pecados de los hombres, le hacía derramar abundantes lágrimas. Oraba continuamente y sacaba de sus oraciones el consuelo y la esperanza que necesitaba para sobrellevar los sufrimientos de su vida. Dios quiso recompensar ya a su sierva en este mundo concediéndole el don de profecía, de milagros, de penetración de los corazones, abundantes éxtasis y arrebatos espirituales y otros favores que sería largo enumerar aquí. Una vida tan rica en méritos y en virtudes no podía ser coronada más que con una muerte preciosa delante del Señor. El 30 de enero de 1640 el alma de sor Jacinta volaba a las eternas moradas del cielo.

Desde el momento en que la nueva de su muerte se extendió por la villa de Viterbo, la emoción de las gentes fué general, e inmenso el número de los que concurrieron a sus funerales. Los muertos que ella resucitó, los enfermos que ella curó y tantos otros prodigios por ella realizados después de su muerte manifestaron claramente el gran poder de que ella gozaba delante de Dios. Esta ilustre virgen fué beatificada en 1762 por Benedicto XIII, de la familia de los Orsini, a la cual pertenecía Ottavia, la madre de nuestra Santa, como ya hemos visto; el 24 de

mayo de 1807 el papa Pío VII la inscribió en el catálogo de los santos. El cuerpo de Santa Jacinta descansa en el monasterio de Terciarias Franciscanas de San Bernardino de Viterbo, que había sido testigo de sus virtudes heroicas; después de dos siglos, allí se conserva incorrupto a la veneración de los fieles.

MANUEL DE CASTRO, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA

PÍO VII, *Litterae decretales super canonizatione B. Hyacintae de Marescotti* (Roma 1807).
ANNIBALI DE LATERA, O. F. M., FL. M., *Vita della Vergine Santa Giacinta Mariscotti* (Roma 1805 etc.). Utiliza los procesos de canonización.
REGIS, J., *S. Bernardino e S. Giacinta (1426-1807). Notizie storiche* (Viterbo 1907).
LÉON, P., *L'auréole séraphique. Vie des saintes et des bienheureux des trois Ordres de S. François*, I (París 1882) p.250s.
CHIAPPINI, A., *Annales Minorum, ad annum 1640...* vol.28 p.604s. (Quaracchi 1941): buen resumen, con ocasión del III centenario.
BARONCELLI, L., O. F. M., *S. Giacinta Marescotti* (Viterbo 1932).

31 de enero

SAN JUAN BOSCO, FUNDADOR

(† 1888)

Como dice Pío XI en la bula de canonización, muy difícil es bosquejar en pocas líneas esta figura gigantesca. Nació en Becchi (Castelnovo de Asti-Italia), el 16 de agosto de 1815, y el mismo día fué regenerado con el agua bautismal. A los dos años quedó huérfano de padre, que se llamaba Francisco. Afortunadamente su madre, Margarita Occhiena, inteligente y santa mujer, supo educar a sus dos hijos José y Juan y al hijastro Antonio como mejor no se podía pedir. Modelo de madres, su vida merece ser conocida, difundida e imitada.

Desde la más tierna infancia Juan manifestaba gran despejo de inteligencia, apego a su propio juicio, tenacidad en sus propósitos, tendencia al dominio sobre los demás, ternura de corazón, desprendimiento y generosidad. Margarita supo cultivar lo bueno y cercenar lo malo de todas estas inclinaciones. Ante todo, fomentó en sus hijos la piedad, una piedad varonil y profundamente sentida, franca y abiertamente practicada. "Dios nos ve; Dios está en todas partes; Dios es nuestro Padre, nuestro Redentor y nuestro Juez, que de todo nos tomará cuenta, que castigará a los que desobedecen sus leyes y mandatos y premiará con largueza infinita a los que le aman y obedecen. Debemos acostumbrarnos a vivir siempre en la presencia de Dios, puesto que Él está presente en todo."

Les enseñó a amar e invocar a la Virgen Santísima y al ángel de la guarda, y a apreciar debidamente el tesoro del tiempo.

Pronto se desarrolló en Juanito la sagrada fiebre del apostolado. Ya a los siete años reunía a sus compañeritos para enseñarles a rezar, repetirles lo que oía en las pláticas y lo que su santa madre le enseñaba, pacificarlos en sus riñas y disensiones, corregirlos cuando hablaban o procedían mal, jugar con ellos y entretenerlos "para ayudarlos a hacerse buenos".

Juan Bosco es uno de los hombres que más han "soñado", es decir, que Dios le manifestaba en sueños su voluntad y le decía muchas cosas, como a José, el hijo de Jacob, que precisamente por sus sueños llegó a ser virrey de Egipto; como al profeta Daniel; como al mismo patriarca San José. A los nueve años tuvo el primero de sus "grandes sueños". Bajo la alegoría de una turba de animales feroces que se truecan en corderos y algunos en pastores, se le indica su misión en el mundo: educar la juventud, trocar, mediante la instrucción religiosa, cívica, intelectual y moral, a los díscolos en buenos y perfeccionar a los buenos. Es el mismo Jesús quien se la asigna, y para que pueda desempeñarla, le da por madre y maestra a la Virgen Auxiliadora. Para cumplirla, desea hacerse sacerdote.

Pero ¡cuántas dificultades le salen al paso!: pobreza, oposición de su hermanastro, burlas, muerte de su principal bienhechor... Mas de todas triunfa con la constancia y la confianza en Dios.

Aunque deseara ardientemente hacer la primera comunión, sólo a los diez años—y eso tan sólo en atención a su gran preparación—se le concede. En esa ocasión hizo propósitos que fueron norma de toda su vida.

Antes de poder estudiar regularmente, y durante sus

primeros estudios, para ayudar a pagarse la pensión tuvo que servir como mozo en granjas y en cafés, trabajar de sastre, de zapatero, de carpintero y herrero, de repostero y sacristán, como que tenía que fundar y dirigir prácticamente escuelas profesionales y agrícolas. En todas partes seguía ejerciendo el apostolado. Entre sus compañeros fundó la "Sociedad de la Alegría" y una especie de academia artístico-literaria. Y para atraer a los catecismos a chicos y mayores se hizo hábil titiritero, atleta e ilusionista. Dotado de una magnífica voz y de un oído finísimo, cantaba y tocaba armonio, piano, violín y algunos otros instrumentos. Poseyendo una memoria prodigiosa y una inteligencia comprensiva, además de las asignaturas de los cursos filosóficos y teológicos, estudió a fondo las literaturas italiana, griega, latina y hebrea, y llegó a hablar el francés y el alemán lo suficiente para entender y hacerse entender. Todo esto era una providencial preparación para cumplir debidamente la misión asignada por Jesús, desde el primer sueño. Estos seguían jalonando su vida, a medida que se iba acercando el tiempo de ponerla en ejecución.

Mientras estudiaba el segundo año de teología hizo pacto con su compañero Luis Comollo de que el primero que muriera vendría, permitiéndolo Dios, a darle al otro noticia de la otra vida. Murió Comollo y la misma noche se presentó en el dormitorio con tremendo aparato, para decir al amigo, oyéndolo todos, que estaba salvo. De la impresión muchos enfermaron, entre ellos el mismo Juan, quien dice en sus memorias que esos pactos no se deben hacer, "porque la pobre naturaleza no puede resistir impunemente esas manifestaciones sobrenaturales".

Ordenado sacerdote en 1841, por consejo de su director San José Cafasso, siguió en el Convictorio Eclesiástico de Turín los tres cursos de perfeccionamiento de la teología moral y pastoral, y al mismo tiempo estudiaba las condiciones sociales de la ciudad, del campo y del tiempo en que vivía. Ejerciendo el ministerio en cárceles y hospitales, y reparando en lo que sucedía en las calles y plazas, en los talleres industriales y en las construcciones, le llamó la atención el número enorme de chicos que, abandonados de los padres, o huérfanos, vagabundeaban, con evidente peligro de perversión y constituyendo una amenaza social; y decidió remediarlo en cuanto pudiera. Así concibió la idea de los "oratorios festivos" y diarios. Pronto la Providencia

le deparó la ocasión de empezar. En la iglesia de San Francisco de Asís—el santo del amor universal—estaba revistiéndose para celebrar la santa misa, cuando entró, curioseando, un chico de quince años, albañil de oficio, y pueblerino. El sacristán le dijo que ayudara la misa y, como no sabía, lo riñó y golpeó. Don Bosco tomó su defensa y, terminada la misa, se entretuvo consolándolo y haciéndole las preguntas que convenían a su intento. Ignoraba hasta el padrenuestro y el avemaría. Lo invitó a arrodillarse con él ante un cuadro de la Virgen, y rezaron con inmenso fervor el avemaría. Y, acto seguido, le dió la primera clase de catecismo. Le invitó para el domingo siguiente. Y el chico cumplió, trayendo otros compañeros. La obra de los oratorios festivos había nacido y con ella toda la grandiosa obra salesiana. Aquella oración a la Virgen le dió gracia y fecundidad.

Al salir del Convictorio se le ofrecieron halagadores empleos en la diócesis. Mas como no sentía atractivo hacia ninguno de ellos, consultó con su santo director San José Cafasso. Este le consiguió la dirección del "refugio", obra para niñas, de la piadosa marquesa Julieta Colber de Barolo, y allí, a su vera, pudo desarrollar su Oratorio. Como éste crecía sin cesar y a la señora marquesa le molestaba la algazara de los chicos, lo puso en opción o de abandonar a los chicos o de dejar el refugio. Dejó el refugio. Y... se encontró en la calle, con una grande obra entre manos, sin un céntimo, por añadidura. En sueños, la Virgen le confortó. Y algunos medios le vinieron. El Oratorio tuvo una vida trashumante: una plaza, un cementerio abandonado, unos prados. Pero hasta de éstos tuvo que emigrar. Fué la única vez que sus chicos le vieron triste y llorar. Mientras paseaba lleno de amargura por un extremo del prado, llama su atención hacia otro prado vecino un resplandor: ve una grande iglesia y alrededor de su cúpula este letrero de luz y oro: *Hic domus mea; inde gloria mea:* ("aquí mi casa; de aquí saldrá mi gloria"). Por la noche, otro sueño más detallado le dejó entrever el porvenir y hasta la fundación de una nueva congregación religiosa adaptada a las necesidades de los nuevos tiempos.

Pudo comprar el prado. Su dueño, el señor Pinardi, le dió facilidades. La providencia le mandó bienhechores y cooperadores. Edificó una casa y una capillita.

Pero aún estaba solo. Propuso a su madre fuera a acom-

pañarlo. Y aquella santa mujer, que aun en su pobreza vivía como una reina con su hijo José y sus nietecitos, lo abandonó todo, y fuése a Turín a compartir con su hijo sacerdote la pobreza y las penalidades, pero también la gloria y las satisfacciones de un apostolado original y fecundísimo. Diez años vivió allí, siendo la madre de tantos huérfanos, viendo la proliferación de aquella obra que se consolidó en unas escuelas de externos e internos y dió origen a varios otros oratorios base de nuevas obras, hasta el 25 de noviembre de 1856, día en que el Señor se la llevó para premiarle sus sacrificios y la caridad ejercidos por su amor. Algún tiempo después se apareció a Juan y le dejó entrever una ráfaga de las delicias del cielo.

El Santo levantó una iglesia para sus niños, dedicándola a San Francisco de Sales. Las visiones o sueños le daban a entender que debía fundar una congregación religiosa que, aplicando sus métodos, educara a las juventudes, especialmente a los obreros, y tratara de armonizar las clases sociales, y que los socios tendría que formárselos entresacándolos de los mismos niños que él educaba. Así nació la sociedad salesiana, cuyos primeros socios profesaron en 1859 y que fué definitivamente aprobada en 1868.

En 1865 puso la primera piedra del santuario de María Auxiliadora, y en 1867 la última. A fuerza de milagros la Virgen se había edificado su casa. El santuario-basílica es uno de los cuatro o cinco en que se manifiesta más claro y poderoso el influjo de la Virgen. Con el santuario nació la "Archicofradía de María Auxiliadora".

En 1872 fundó la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, con reglas similares a las de los salesianos. También se fundó la Asociación de Antiguos Alumnos. En 1875 fué aprobada por la Santa Sede la "Pía Unión de los Cooperadores Salesianos" o Tercera Orden Salesiana. Por órgano le dió *El Boletín Salesiano*.

La actividad del Santo se desplegaba en todos los campos del apostolado católico. La prensa le debe multitud de publicaciones fijas y periódicas: hojas volantes, libros de texto y de propaganda, colecciones de clásicos italianos, latinos, griegos, biblioteca de la juventud, biblioteca de dramas, comedias, cantos, romanzas, zarzuelas, música religiosa. Entre los talleres de sus escuelas profesionales nunca falta la imprenta. Hasta fundó una fábrica de papel, la primera que funcionó en Piamonte. Don Bosco es también un gran escritor. Prestó a la Iglesia grandes servicios como diplomático oficioso.

Las dos congregaciones y la Tercera Orden crecieron fabulosamente. Tuvieron casas en todas partes. En 1875 inauguró las misiones, cuya primera expedición destinó a la evangelización de las tribus de la Patagonia y Tierra del Fuego, en Argentina y Chile.

"Lo sobrenatural se había hecho natural en él", según frase de Pío XI. Leía en las conciencias, predecía el futuro, curaba, con la bendición de María Auxiliadora, toda clase de enfermedades, resucitó tres muertos. Sobre todo en sus últimos años, las multitudes lo seguían pidiéndole la bendición. Triunfales fueron sus visitas a París y Barcelona. En sus últimos años edificó la iglesia de San Juan Evangelista, en Turín, y la basílica del Sagrado Corazón, en Roma.

Aunque de fibra robustísima, el Señor le purificó con frecuentes enfermedades y molestias que no lograron debilitar su celo ni aminorar su espíritu de trabajo. En efecto, Don Bosco "es uno de los hombres que más han trabajado en el mundo", como es "uno de los que más han amado a los niños". Y dejó a los suyos el trabajo y la piedad como lema.

Murió en Turín el 31 de enero de 1888. San Pío X lo declaró venerable en 1907; Pío XI, que le había tratado personalmente, lo beatificó en 1929 y lo canonizó solemnemente el día de Pascua de Resurrección, 1 de abril de 1934. Es el patrono del cine, de las escuelas de artes y oficios, de los ilusionistas...

RODOLFO FIERRO, S. D. B.

BIBLIOGRAFIA

Memorie biografiche di S. Giovanni Bosco..., 20 vols. (Turín).
LEMOYNE, J. B., *Vida de D. Bosco*, 2 vols. En italiano (Turín 1911-1913). En español: LEMOYNE-FIERRO, *Vida de San Juan Bosco* (Barcelona 1957).
CERIA, E., *S. Giovanni Bosco e la sua opera* (Turín 1932).
FIERRO TORRES, *Biografía y escritos de San Juan Bosco:* BAC, n.135 (Madrid 1955).
BARBERA, M., *S. Giov. Bosco educatore* (Turín 1942).
AMEDEI, A., *D. Bosco e il suo apostolato*, 2 vols. (Turín 1940).
CHIAVARINO, *Don Bosco que ríe. Vida anecdótica* (Bilbao 1942).
SCHNEIDER, O., *Meister Don Bosco* (Viena 1952).

SAN FRANCISCO JAVIER MARIA BIANCHI

(† 1815)

Francisco Javier M.ª Bianchi nació en Arpino, patria de Cicerón, el 1.º de diciembre de 1743, y fué bautizado el día de San Francisco Javier, cuyo nombre recibió con el agua lustral.

Su padre, Carlos Antonio, tenía una fábrica de tejidos de lana, en la que el buen ejemplo de las virtudes del propietario y la caridad con que éste conjugaba la justicia con las necesidades familiares de sus obreros, hacía del lanificio Bianchi un excelente modelo. La madre, Faustina Morelli, excedía al esposo en virtudes cristianas de toda clase, principalmente en la caridad, completamente entregada al servicio social de la ciudad arpinatense, habiendo transformado su casa en un hospital o asilo, donde se acogía continuamente a dieciséis enfermos o necesitados. Con el ejemplo de tantas virtudes se formó y templó el espíriut de nuestro santo, dando ya desde su más tierna infancia frutos prometedores de santidad.

Para completar su formación literaria, fué mandado al seminario de Nola, cursando el bachillerato, confirmándose en su ánimo la vocación religiosa, contribuyendo a ello la escogida dirección espiritual, que no escatimaba medios para poner a disposición de los futuros levitas los grandes maestros del espíritu. En este centro de formación conoció y trató con el fundador de los redentoristas, San Alfonso María de Ligorio.

Cursados los estudios de filosofía en Nola y pasado algún tiempo en Nápoles, donde tuvo que vencer muchas dificultades, entró en el instituto de los barnabitas en 1762, y habiendo hecho su profesión y realizado diversas pruebas, el año 1765 empezó el curso de teología en el colegio que los barnabitas tenían en San Carlos alle Mortelle, de Nápoles, y en esta misma ciudad recibió las órdenes mayores del subdiaconado, diaconado y presbiterado, los días 11, 18 y 25 de enero de 1767, celebrando su primera misa el día de San Francisco de Sales de dicho año.

Para reponer su salud, algo quebrantada, con los aires

de la patria, fué destinado a Arpino, enseñando en el gimnasio público retórica durante dos años, transcurridos los cuales, fué enviado de nuevo a Nápoles, al colegio de San Carlos, esta vez como profesor de filosofía. El año 1773 pasó al colegio que los barnabitas tenían en Santa María in Cosmedin o de Portanova, en la misma ciudad de Nápoles, con la misma misión pedagógica. No había aún cumplido los treinta años cuando fué nombrado prepósito de dicho colegio, cargo que regentó durante doce años.

Los testigos, llamados a declarar en los procesos de beatificación, le llaman el *San Felipe de Nápoles*, porque ambos santos, el *Bianchi* y el *Neri*, como se decía agudamente, tienen muchos rasgos paralelos, no sólo por su largo apostolado de dirección espiritual, sino también por el don de discreción de los espíritus.

Durante estos doce años, su apostolado fué fecundo, principalmente en el confesonario y en el púlpito, y, sobre todo, conforme exigían los calamitosos tiempos, con el ejemplo que dió siempre de la más observante disciplina regular. Director y consejero de la clase más escogida de Nápoles, su discreción y su cultura se propagaba entre los círculos concéntricos de su celda y del confesonario, a donde acudían cada día toda clase de personas, principalmente del ambiente intelectual. Movido por esta fama el rector magnífico de la Universidad de Nápoles, monseñor Mateo Genaro Testa Piccolomini, titular de la sede de Cartago, le ofreció una cátedra en el Estudio General, que Bianchi rehusó. A pesar de esto, el rector del Ateneo, el 15 de septiembre, extendió el nombramiento de profesor de teología dogmática y polémica a favor del padre Bianchi, y el 21 de marzo del año siguiente (1779), el príncipe de Francavilla, presidente de la Academia de Ciencias y Letras, propuso fuera nombrado socio de número de dicha Academia, propuesta que fué aceptada por unanimidad.

Debemos tener presente que el siglo XVII transmitió al XVIII gérmenes de ideas nuevas, que se manifestaban externamente en una fiebre de saber. Por otra parte, los barnabitas, con sus renombrados colegios, recogían este afán de cultura, manifestada en la amplitud y brillantez de conocimientos que comunicaban a los escolares de su tiempo, pero principalmente a los religiosos de su instituto, que habían de profesarlos en sus cátedras. San Francisco Ja-

vier alcanzó este afán, que él llamaba *intemperantia litterarum*, que fué moderada después por consideraciones espirituales, religiosas, que desembocaron en sus últimos años al apostolado de la predicación y del consejo, en medio del cual, como en su ambiente propio, terminó los últimos años de su sufrida existencia.

Así se explica la nutrida correspondencia que mediaba entre el tío, canónigo, y el sobrino, barnabita, pidiendo éste libros a don Antonio y reclamando éste su devolución. Un modelo de esta erudición son también las notas que preparaba para sus lecciones y conferencias. Y la variedad de sus conocimientos se adivina en la lista de los libros del Santo, en el cual figuran tratados de *omni re scibili*, desde las lenguas, hebreo, griego y latín, literatura italiana y cristiana, hasta la filosofía, cristiana y profana, entre cuyos autores se distinguen Voltaire y Rousseau, para combatirlos, pues sabían todos que había obtenido del Santo Oficio permiso para leer estos autores. Cuando fué decretada la persecución a las órdenes religiosas, intentó salvar dos cosas: la caja o fondo de la beatificación de la madre Francisca de las Llagas, de la que era el promotor con permiso de sus superiores, y treinta cajas de libros que quiso poner a salvo de las ruinas y destrucciones, que van siempre emparejadas con todas las persecuciones religiosas.

Los procesos están llenos de testigos, que narran sucesos extraordinarios o experimentados en sus propias personas o presenciados u obrados en otros.

Queremos reducir a pocos casos verdaderamente atestiguados por personas que los presenciaron: se refieren a las erupciones del Vesubio.

La revolución, y la invasión francesa después, habían creado en Nápoles un ambiente de materialismo capaz de ahogar el espíritu religioso y moral que había conservado la tradición de la ciudad y los grandes ejemplos de santidad dados por una legión de sacerdotes y religiosos edificantes y santos. Los terremotos habían agrietado muchas casas de la ciudad, y el Vesubio, de cuándo en cuándo, rugía arrojando de sus entrañas ríos de fuego vivo. El dedo de Dios, vengándose de tantas iniquidades, parecía evidente a las personas más temerosas y religiosas; pero, en medio de tantas pruebas, era también potente el Dios

consolador, que hacía surgir hombres extraordinarios para conservar su fe con sus prodigios.

Dos casos solamente. El 22 de mayo se hallaba el padre Bianchi en Torre del Greco, a las faldas del Vesubio, en el Retiro de la Visitación. Instantáneamente, las llamas del volcán se desbordan y avanzan hacia el Retiro. La destrucción de la casa religiosa parecía inminente. Los más desesperados intentaron salvar lo irreparable, poniendo a salvo muebles y enseres. Este nerviosismo contrastaba con la calma y serenidad del padre Bianchi, asegurando que no pasaría nada. Enfermo, a duras penas pudo subir a la terraza, y ante aquel espectáculo apocalíptico del fuego que avanza, se detiene, musita una oración rogando a Dios detuviera aquel torrente amenazador. Y la lava se detuvo al margen mismo del Retiro, y se solidificó, no pasando adelante. En el mismo muro, formado por la solidificación de la lava, el cardenal arzobispo Guillermo Sanfelice levantó una capilla.

El día 12 de agosto, desde Pietra Bianca, escribe a las religiosas del refugio de Via dei Portici que se pongan a salvo, pues el Vesubio quiere vengarse. La carta llegó al día siguiente; pero aquella noche, a las doce, el volcán irrumpió de nuevo y la casa fué destruída. El volcán estaba imponente y ante el gran peligro que todos presentían, el padre Bianchi fué llevado casi a cuestas al encuentro de la lava, y al hallarse frente a frente, venció la oración del padre Bianchi, pues la lava se detuvo instantáneamente a los pies del Santo.

La alcantarina Francisca de las Llagas le predijo una enfermedad larga y dolorosa. Y el vaticinio fué cumplido al pie de la letra. Empezó con una hinchazón en las piernas, que ni la ciencia de los médicos ni los cuidados de los amigos podían detener. Y en medio de terribles sufrimientos, recluído en la soledad de su celda, continuaba su apostolado de consejo y de edificación. A sus médicos les pedía sufrimientos, pues sus dolores eran las misericordias de Dios. Un alma eucarística como la suya sufría solamente ante el temor de no tener fuerzas para celebrar la santa misa. Sus amigos lo bajaban a la iglesia, y cuando ni esto podía hacer, le fué concedida la gracia de celebrarla en su celda. Durante la misa todos notaban la alegría que se leía en su semblante, como si le hubieran pasado todos los dolores. Se probó todo, incluso el cambio

de clima; su amigo Buoncore le hospedó en su casa de Castelamare durante los años 1804-05. Un poco de alivio animaba a Bianchi físicamente; pero las calamidades morales que se cernían sobre la Iglesia y sus amigos le atormentaban extraordinariamente y quiso volver a animar a todos desde su soledad de Portanova. La dispersión de las órdenes religiosas fué un golpe duro para su alma apostólica. El párroco de Santa María in Cosmedin se arregló para que la celda que ocupaba en el contiguo colegio de Portanova fuese considerada como formando parte íntegramente de la parroquia, atendida la impotencia en que se hallaba el padre Bianchi. Esto sucedió el año 1910. Un cáliz más amargo tuvo que apurar hasta las heces: el abandono casi total de sus amigos, precisamente cuando más necesitaba de ellos: hubo tiempo en que era un peligro para el gobierno el trato con el padre Bianchi. Y el espionaje funcionaba.

Los últimos días de su existencia no tenía fuerzas para celebrar; pero cada día tuvo el consuelo de recibir la santa Eucaristía. El último aviso llamó a su puerta el día 27 de enero de 1815 bajo la apariencia de un accidente simple y fortuito. En virtud de una especie de contrato que había hecho con la venerable Francisca de las Llagas, ésta se le apareció para anunciarle que había llegado la hora de recibir el Viático, para el cual se preparó sonriente y alegre con todos los que le visitaron. El 31 del mismo mes de enero, muy de mañana, insistió en que le administraran la sagrada Eucaristía, habiendo recibido la noche anterior la extremaunción, y poco después de haber sido confortado con el pan de los ángeles, plácidamente expiró.

La fama de su santidad corrió rápidamente después de su muerte. Las gracias por él concedidas eran innumerables. Probáronse con la suficiencia requerida los milagros necesarios, y el barnabita padre Francisco Javier Bianchi fué solemnemente canonizado por la Iglesia.

Para el mundo, la vida es un hombre entre dos fechas: 2 diciembre 1743—Francisco Javier María Bianchi—31 de enero 1815.

Para el cielo, una estrella que brilla eternamente.

JOSÉ RÍUS SERRA.

BIBLIOGRAFIA

BARAVELLI, A. M., *Vita del P. Francesco Saverio M. Bianchi* (Roma 1893).

SALA, F. M., *L'Apostolo di Napoli: S. Francesco Saverio M. Bianchi, sacerdote barnabita* (Roma 1951).

LA SAGRADA FAMILIA

En la calle que conduce a la fuente vive esta familia. Tienen una pequeña casa de adobes que la mujer ha enjabelgado recientemente. Tras el patio, la casa. En el patio, una parra antigua, con troncos que rezuman gotas de miel al sol, y una higuera fértil que da los frutos más dulces de Nazareth. Si vais por Nazareth, si necesitáis una casa donde descansar bajo una sombra apacible, o si queréis encargar las jambas de una puerta, o una cuna de madera, o una artesa, id a José. Es buen carpintero, de manos fuertes, anchas, callosas de tanto manejar la garlopa y la sierra. Sus brazos, nervudos y musculosos. Su barba, negra y crespa. Ella, la esposa, es una muchacha aún. Con el velo corrido sobre el rostro cubriéndola la cabeza. Hay también un Niño que corre, que juega, que pregunta, que duerme, que tiene hambre, que ríe, que espera. Es la familia de José. En la callecita aquella, por donde van las vacas al abrevadero, por donde caminan los rebaños que salen de Nazareth para las colinas, por donde caminan las muchachas veladas con su cántaro a la cintura. Si pasáis, escucharéis el ruido de la sierra sobre los duros troncos, las canciones de María, al fondo de la casa, y los gritos del chiquillo, que se ha caído o que juega con Ella. Si queréis, podéis sentaros en el poyo de la puerta del carpintero, sin que os vean, y estar allá en silencio, escuchando el ruido de la vida que pasa, que sigue y que siempre es el mismo.

Un día, un día como todos los años, la Familia va a Jerusalén en aquella peregrinación ritual de los buenos creyentes. El Niño se extravía. Cree José que irá con María. Cree María que irá con José. Se les angustia el corazón cuando temen que lo han perdido. Lo buscan con espanto. Alguien les dice:

—José, María, he visto a vuestro Hijo. Estaba en el templo y todos los doctores de la ley le escuchaban...

Los padres corren hacia el templo. Y allí está Jesús, mientras los rabinos le oyen con asombro.

La mirada con lágrimas de la madre tiene un reproche cariñoso:

—¿Por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con dolor...

Y el Niño tiene una respuesta misteriosa:

—¿No sabéis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?

¿Qué siente María, qué siente José ante estas extrañas palabras? María, sí; María entiende porque tiene allá, en su corazón, la clara conciencia de lo que ocurre. Sabe quién es este Hijo. Sabe de quién es. Y comprende que aquellas "cosas" reclaman ya a Jesús. ¿Y José? José vive plenamente inmerso en el prodigio. Si el Evangelio afirma que ellos no comprendieron el sentido de su respuesta, sabemos que sí comprendieron su naturaleza.

Lucas, el cronista de Nuestra Señora, concluye este capítulo de la vida de Jesús con estas palabras conmovedoras, cargadas de sugerencias, de ideas y de afectos:

"En seguida se fué con ellos y vino a Nazareth; y les estaba sujeto. Y su Madre conservaba todos estas cosas en su corazón. Jesús, entre tanto, crecía en sabiduría, en edad y en gracia, delante de Dios y delante de los hombres."

Sólo esta escueta, pero densa, referencia tenemos de la vida oculta de la Familia. Sólo esto sabemos. Pero los arqueólogos, los investigadores históricos y los poetas, han querido ahondar en el misterio de esa vida oculta para darnos la dimensión real de esta Familia entrañable, para poderla poner como ejemplo para todas las familias venideras. ¿Queréis que pensemos un poco en ellos, sin verlos ahora, sino como eso, como una familia?

Ved. José es el padre, el cabeza de familia. No saben las gentes el escalofriante secreto de esta Madre y este Hijo. Ante los ojos de todos, José pasa por ser el padre de Jesús. Nadie sabe que José, este varón bueno, este hombre justo, está asociado a la Redención. Que, entre cientos de miles de hombres, el dedo de Dios se ha detenido sobre su cabeza como si dijera:

"Este es el hombre más bueno que existe sobre la tierra. A este hombre confiaré la vida de mi Hijo y el cuidado de su Madre."

Huyamos, por favor, de esa iconografía lastimosa que nos muestra a José como un venerable anciano, el anciano que jamás fué—pues José debió morir joven relativamente—, con blancas barbas venerables y una aureola en la cabeza. ¡Pobre imaginación humana! ¿Por qué se quiere que aquella virtud tan de José—la castidad—tenga que estar justificada por los años y no por eso, por la virtud ejercida en el grado máximo? Ved a José como un hombre muy hombre. Duro, fuerte, grave, contenido, discreto, sencillo. En él nos vamos a dignificar todos los padres de familia. Por él, el trabajo nuestro, nuestro luchar por la esposa y los hijos, va a ennoblecerse maravillosamente. José no es sólo el brazo que gana el sustento. Es también la sombra fuerte sobre el hogar, el cansancio satisfecho, la ternura dispuesta, la sonrisa y la serenidad, la seguridad del futuro. ¿Cómo iba a dejar Dios aquellas dos preciosas vidas en manos de un anciano? Se ha dicho que José sería un tipo como los que pudieran guardar rebaños o los que puedan hoy pilotar un avión o un buque.

José es hombre rezador sin equívocos. Quiero decir que es un hombre íntegramente religioso. Reza dos veces al día la profesión de fe prescrita por la religión israelita, dirije el rezo en la mesa, peregrina una vez al año—con María, y luego también con el Niño—a Jerusalén, por Pascua. Pero sabe que la oración no es nada si sólo es fórmula piadosa. Si sólo es rutina. Por eso él reza todo el día. Rezar con el hacha, el cepillo o el serrucho. Con la cola y el barniz. Con el sudor de cada momento. El ha convertido su trabajo en oración, y no se sabe dónde empieza exactamente cada cosa.

Dios está con él. El Evangelio nos dice cómo los ángeles van escoltando con su cuidado la vida de la Familia, trazando los pasos de José. Un ángel le dice que al Niño se le debe poner de nombre "Jesús". Otro se le aparece, antes, para que no repudie a María. Otro le ordena que huya con María y el Niño a Egipto. Otro le dice que ya puede regresar. Dios mismo va abriendo los caminos del Señor Jesús.

El taller está en el patio. No es difícil imaginar a José serrando, bajo la sombra dulce y maternal de la parra, mientras el Niño juega en el suelo con las virutas o los

taquitos de madera. Y luego, Jesús ayudaría a su padre. Sujetarían entre los dos una gran tabla para partirla. Remataría el marco de una ventana. Se daría un golpe, quizá, con el martillo. Aprendería el oficio de carpintero bajo los ojos vigilantes de José, bajo su sonrisa divertida cuando lo hiciese mal. José, sombra de esta casa, fuego en el hogar, tronco para el apoyo, reloj para las horas, pan de cada día, sierra para el silencio, sol para el frío, mano para la caricia, confianza para el descanso, lluvia para el secano, alas para la paz...

Veamos a María. Tampoco la pensemos como nos la han dejado siglos de arte equivocado. ¡Señor, cuánto daño ha traído esa deshumanización de la Familia! No es una señora del Renacimiento, vestida con brocados. Ni esa imagen falsa adornada de oros. Ni esa actitud en éxtasis. Dios ha querido que todas las mujeres del mundo tengan en María un espejo, un espejo hermosísimo en el que poder contemplarse. Esa imagen que el espejo da es como toda mujer debe intentar ser. ¿Iba, entonces, a poner como ejemplo a una mujer que desertase de lo cuotidiano? Si el deseo del Padre es que Jesús naciese en familia pobre—y más tarde Cristo mismo consagraría la pobreza como virtud y como camino; ¡ay, vosotros los ricos que no sepáis empobreceros por el amor de Dios!—, ¿cómo iba María a llevar brocados ni a peinarse con un peine de oro? ¿Cómo iba a pasar el tiempo mirando por un ventanal gótico una perspectiva renacentista con árboles y perros, si ella tendría que coser, y fregar, y guisar, y cansarse por el amor de los suyos y por el amor nuestro?

Imaginemos más bien a María, por su aspecto, como una muchacha de aquel tiempo. Nada de ángeles cocinando, ni de arcángeles trayéndole el agua con milagros. María trabajó y desde entonces el trabajo del hogar está santificado y, como afirmaba Santa Teresa, el Señor, desde entonces, está entre los cacharros de cocina y los jerseys de punto que tejen nuestras madres.

María llevaría, tal vez, sus largas trenzas sobre la espalda. Calzaría sus pies con sandalias de suelas de madera, pero sólo los grandes días, pues es bien fácil que anduviese descalza. Abriría la puerta de su hogar, cada mañana, aún con ojos cansados, y diría adiós al primer vecino tempranero. Incluso sonreiría a cualquier vendedor ambulante que la ofrecería perfumes, bordados o telas de Oriente.

Ella encendería el sábado la lámpara, y la cuidaría con respeto y sumisión plena a la ley, porque ella, la privilegiada, no habría de pedir jamás ningún privilegio, y por eso le vendrían todos, desde nacer sin pecado original a no morir, sino dormirse, y ser llevada en alma y cuerpo a los cielos, hasta el milagro de ser madre sin que su pureza quedase manchada.

¿Veis a María, veis a la Señora trajinando en su hogar? En la cocina, el hornillo de tierra refractaria o arcilla. En un rincón, las tinajas con trigo, con higos, con agua. Cribas, odres, artesas, escudillas de madera, esteras para sentarse y para dormir, palomas en los aleros con un zureo íntimo al mediodía, pájaros en su parra, lámparas de aceite... Todo el mundo cuotidiano de la Madre, visto por Jesús, vivido por Él, y que luego saltaría en las sencillas y fuertes imágenes de sus parábolas: la mujer que barría el suelo, las lámparas de las vírgenes, el trigo del sembrador...

Pero el trabajo de la Señora no sería nunca maldición genesíaca. Para ella sería la alegría de moler el trigo, del que saldría el pan crujiente para José y para el Niño. De faldegar con blanca cal los muros para que la casa refleje blancura. De coser vestidos para el Niño con la eterna ilusión de toda madre. Ella sería como la parra que extiende sus brazos maternales sobre el patio y que da sombra, y frescura, y racimos. De espíritu fecundo, como fecundas son las cepas. ¿Pensaba Cristo en su Madre cuando dijo: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos?" También habría problemas en aquel hogar, como en los nuestros. Quizá épocas sin trabajo, y carestía de las cosas, y preocupaciones de los vecinos o amigos. Y, para Ella, la intuición del dolor. El presentimiento de un dolor ya profetizado por Simeón. El dolor de ver al Hijo creciendo, sapiente de que algún día este Hijo podría ser la llave para la alegría del mundo, pero no sin que ella diese su amargura, su tristeza, su soledad.

Me gusta pensar en la Virgen, en los grandes instantes dramáticos del Evangelio. Pero me gusta imaginarla en los momentos pequeñitos, diarios, que no han tenido el honor de llegarnos en los relatos. ¿Quiso darnos el Señor, con la "vida oculta" de la Familia, en Nazareth, la fórmula cristiana de una sencillez, una modestia, un silencio sobre el cual puede crecer la serenidad interior?

Y el Niño. María y José, los primeros cristianos, la

primera Iglesia, ¡cómo sufrirían aquella noche de Belén, cuando el chiquillo llamase a las puertas de la vida, cuando su primer lloro escalofriase las sombras, cuando el frío, el saberse solos, el caminar, el saberse ignorados, el no tener cobijo ni ayuda... Nacido el Niño, tendido sobre el halda de su Madre, nacería en María y José una desconocida ternura—porque en esto, en sentir esa ternura, sí que se sentiría José plenamente padre—, que iría creciendo en los años, cuando el muchacho creciese, hermoso y fuerte, bueno y sumiso, alegre y despierto. María seguiría siendo Madre cada día, en cada pregunta del Niño: "Madre, ¿por qué vuelan los pájaros? ¿Por qué trabaja el padre? ¿Por qué no hay sol esta tarde?"

Jesús niñito crece. Observa la vida en torno suyo. Abre los ojos asombrados ante el arco iris y ante el conejo cazado por un vecino. Ve el campo, y cómo se siembra, y cómo despunta el trigo, y cómo se dora al sol, y cómo se siega, y cómo se trilla y se muele, y cómo surge la espuma blanca de la harina y es amasada, y mezclada con el agua y la leuda para que fermente, bajo el calor de una manta, y cómo salen del horno los panes con su especial perfume tostado. Jesús irá a por agua con la Madre, y la acompañará al arroyo a lavar. La verá coser, hilar, zurcir. Buscará leña para el hornillo o subirá al terrado para extender los frutos que han de secarse al sol. Encenderá la lumbre a su Madre y la ayudará a tender la ropa o la verá planchar con una piedra alisada. Podría intentarse la hermosa aventura de encontrar todo el mundo de lo familiar y diario en las páginas del Evangelio, en las parábolas, en los sermones de Jesús, en sus charlas. Allí está todo el apretado mundo de su infancia.

Jesús crece. En él coexisten el conocimiento infuso de las cosas, como corresponde a su naturaleza divina, con el aprendizaje, el desarrollo humano, de acuerdo con su naturaleza humana. ¡Qué grande y hermoso misterio para esta pobre cabeza nuestra que sólo sabe que dos y dos son cuatro, y eso porque hemos acordado que sean cuatro!

Jesús da sus primeros pasos y se cae. Hace preguntas constantemente. Imita a María y a José en sus gestos y en sus palabras. Escucha e interviene en las charlas familiares. Empieza a trabajar en la carpintería. Antes, habrá habido un momento solemne: cuando el niño ha dicho "Dios" por vez primera. ¡Con qué amor, con qué ternura cuidaría María de su Niño, le ayudaría a desarrollar sus sentidos y su percepción humana, le diría que el azúcar es dulce y el vinagre amargo!

La donación de amor que Cristo traía iba a empezar por los suyos, por los que estaban más cercanos a su corazón. Se ha dicho que Cristo empleó tres años en redimir al mundo y treinta en santificar el hogar. Y es que ya estaba redimiendo al mundo, desde su nacimiento, aunque su tarea fuese tan reducida y tan desconocida. Pero bien sabía Jesús que había que empezar por allí, por la familia, esa célula humana fundamental sobre la que Jesús quiso basar la salvación del mundo. Y así la Familia se santificó en el trabajo, en el dolor y en el amor. Y esta santidad interna será el camino que llevará a la familia hacia Cristo. Sencilla santidad que puede ser imitada, en la esfera humana; que debe ser imitada, pues para algo existió aquella Familia. Jesús no podía crecer en gracia, porque Él era la fuente de la gracia, pero, en su presencia, María y José perfeccionarían su gracia.

Jesús, el Hijo, sería el premio de aquella Familia y de toda familia en este mundo. Sin contar el que espere en el otro. En la alegría de María y José por dar, por darse, por darle a Él cuanto pudieron. No hay más, hermanos, no hay más alegría en este mundo que la que siente el que da. ¿Veis qué pronto las cosas nuevas se nos quedan viejas, qué pronto muere la ilusión de poseer algo, qué pronto encontramos el desencanto? Pero aquel que da, conserva siempre la alegría de haber dado. Y ésta es la medida humana de un amor divino: la generosidad, manifestación humana de la caridad y del amor.

Nos lo dice el Apóstol en la epístola de esta misma fiesta, de esta entrañable fiesta de la Sagrada Familia:

"Revestíos de entrañas de compasión... Tened caridad. Sed agradecidos. Perdonaos. Tened paz. La palabra de Cristo more abundante en vosotros. Todo cuanto hiciereis sea en el nombre de Jesús..."

En la misma liturgia del día la Iglesia sabe expresar el común sentir de los cristianos ante la meditación de aquel hogar maravilloso que todos quisiéramos haber conocido, al menos como esos huéspedes que vienen un par de días a nuestra casa y están en nuestro afecto, en medio de nuestro corazón:

"Mi alma suspira por los atrios del Señor..."

Sí. Nuestra alma suspira los días y las noches por aquel atrio del cielo que fué la casita sencilla, humilde, escondida de Nazareth. Por la gracia de María, con sus trenzas y sus ojos sabios y hermosos, con sus manos activas y su sonrisa a punto, y su palabra de afecto para todos, y su ayuda generosa para el vecino, y su respeto y su amor por José. Por la serenidad del carpintero, por sus brazos fuertes y generosos, por su silencio y su aceptación, por la gravedad sencilla de su rostro y su manera de hablar hacia lo hondo. Por la alegría del Niño más niño que haya existido nunca, por la luz sobrenatural de sus ojos, por sus palabras y sus gestos, y su manera de mirar perdonando a todas las cosas.

Pero que el suspiro, que es nostalgia, sea también deseo. Deseo de revivir, en nuestro propio hogar, la serenidad, la intensidad, de aquel hogar de Nazareth.

JOSÉ M. PÉREZ LOZANO.

FEBRERO

1 de febrero

SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA

(† 107)

Si pudiera hablarse de patronazgos en el martirio o se tratara de elegir un modelo perfecto, como símbolo del testimonio máximo del cristiano, habría que proponer para ocuparlo a San Ignacio de Antioquía. Su amable figura, amasada de dulzura, de mística y de valentía que desconoce el miedo al dolor y a la muerte, resplandece, desde los tiempos apostólicos, como un faro y una invitación a cuantos tienen que sufrir por ser fieles a Jesucristo. Su estampa está envuelta en luz celestial, no por lo extraordinario de los milagros o de cualquiera forma de prodigios, sino por la sobrenatural sencillez de su conducta, moviéndose totalmente en el mundo de la fe, desde el cual adquiere una lógica incontrastable lo que, a nuestros ojos humanos, parecen aterradoras perspectivas de dolor.

Además de esto, San Ignacio es, sin pretenderlo, el cantor de su propio martirio. Sus cartas apasionadas, de estilo único, siguen vivas, estremeciendo al lector, que percibe en ellas el rugido de las fieras, el zarpazo sangrante, el crujir de los huesos triturados, todo el horror del circo romano, en el que perecían las primicias del cristianismo, convertidas en simiente de sangre, cuya espléndida cosecha recogió la historia. Pero estos horrores pierden en San Ignacio sus tonos repulsivos, para convertirse en canto de gloria. No es la muerte cruel, sino el martirio por Jesucristo; no es el sufrimiento, sino la ofrenda de una hostia pacífica, lo que allí se retrata. La crueldad queda sepultada en la caridad, la muerte es entrada triunfal en la vida eterna, la ignominia de la condenación queda convertida en apoteosis de inmortalidad. Las cartas del santo obispo de Antioquía, que hoy nos conmueven, ciertamente constituyeron, para los cristianos de los siglos de persecución, para aquellos que se sabían destinados a la muerte violenta, una arenga de combate, una fuente pura de fortaleza y de es-

peranza, porque en ellas estaba presente la eternidad, iluminando el tránsito tenebroso de esta vida hacia la otra.

Ignacio lleva como sobrenombre *Theophoros*, portador de Dios. El *Martyrium* que relata su vida atribuye al santo obispo, al presentarse voluntariamente en Antioquía a Trajano, orgulloso por su triunfo militar sobre los dacios, el siguiente diálogo, que, si históricamente no parece genuino, refleja la verdad de su vida. Trajano le pregunta:

—¿Quién eres tú, demonio mísero, que tanto empeño pones en transgredir mis órdenes y persuades a otros a transgredirlas, para que míseramente perezcan?

Respondió Ignacio:

—Nadie puede llamar demonio mísero al portador de Dios, siendo así que los demonios huyen de los siervos de Dios. Mas, si por ser yo aborrecible a los demonios, me llamas malo contra ellos, estoy conforme contigo, pues teniendo a Cristo, rey celeste, conmigo, deshago todas las asechanzas de los demonios.

Dijo Trajano:

—¿Quién es el *Theophoros* o portador de Dios?

Respondió Ignacio:

—El que tiene a Cristo en su pecho...

Nada sabemos con certeza de los primeros años de Ignacio. La leyenda, sin embargo, aureolando su figura, vió en él aquel niño que cuenta San Mateo: "En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? Él, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os mudáis haciéndoos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos, y el que por mí recibiere a un niño como éste, a mí me recibe; y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le arrojaron al fondo del mar" (Mt. 18,1-6).

San Juan Crisóstomo, que cantó en Antioquía las glorias del mártir, ante sus reliquias, afirma que convivió con los apóstoles. Tampoco esto parece cierto. Pero nada estorba la rigurosa crítica histórica a la realidad espiritual de nuestro Santo: su fe sencilla y vigorosa es la fe de niño que el Evangelio exige para el seguidor de Cristo, y

el alma de San Ignacio es apostólica en la máxima pureza primera, bebida en la fuente fresca de Pentecostés. El evangelista San Juan, el apóstol de la caridad, y San Pablo, el batallador ardiente de Jesucristo, se aúnan en el espíritu que llenó el alma de San Ignacio. Sus cartas están dictadas como glosa y fruto de ambas doctrinas entrelazadas. El amor joanístico inspira su holocausto de hostia viva. Cristo y su Iglesia constituyen el *leitmotiv* de sus exhortaciones a los cristianos, a quienes dirige sus cartas.

La fe en San Ignacio es completa, con formulaciones de un credo que preludia ya el símbolo de Nicea: Así, pues, cerrad vuestros oídos, escribe a los trallenses, cuandoquiera se os hable fuera de Jesucristo, que es del linaje de David e hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió; fué verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato y verdaderamente crucificado y muerto, a la vista de los moradores del cielo y de la tierra y del infierno. El cual verdaderamente también resucitó de entre los muertos por virtud de su Padre, quien, a semejanza suya, nos resucitará también a nosotros que creemos en Él. Sí, su Padre nos resucitará en Jesucristo, fuera del cual no tenemos la vida verdadera" (*Trall.* IX).

Sus cartas pueden considerarse como la "segunda formulación doctrinal cristiana"; en ellas se refleja lo que pensaban los cristianos de la segunda generación, la inmediatamente posterior a los apóstoles. Hay en ellas toda la doctrina evangélica y paulina, elaborada, profundamente compartida y aceptada, matizada ante los ataques de las primeras desviaciones heréticas, deseosas de romper la unidad, tanto jerárquica como doctrinal. La semejanza de doctrina no es tanto una repetición de textos cuanto un espíritu idéntico, del cual brotan las fórmulas sin citas, pero con la coincidencia exacta de quien vive en el alma la misma fe y las mismas verdades, todas emanadas de la misma fuente, Jesucristo.

Por eso, el pensamiento de San Ignacio está centrado en la unión con Cristo dentro de la Iglesia: "Como el amor no me consiente callar acerca de vosotros, de ahí que he determinado exhortaros a que corráis a una hacia el pensamiento de Dios. Y, en efecto, al modo de Jesucristo, vida nuestra inseparable, es el pensamiento del Padre, así los obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en el pensamiento de Jesucristo" (*Eph.* III,3).

El es el inventor de la palabra *católica* aplicada a la Iglesia. "En las cartas de Ignacio—escribe Grandmaison—se enlaza por primera vez el epíteto glorioso de católica al nombre de la Iglesia: "Donde apareciere el obispo, allí está también la muchedumbre, al modo que, donde estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia Católica" *(Smyrn.* VIII,2). De esta manera, el obispo encarna su iglesia particular, absolutamente como la gran Iglesia es la encarnación continuada del Hijo de Dios. ¿No creeríamos estar leyendo uno de los campeones de la unidad eclesiástica de nuestro tiempo, a un Adán Moehle, un Jaime Balmes, un Eduardo Pie?" (*Jésus Christ* II p.634).

Nos demuestra así San Ignacio que en su tiempo, fines del siglo I, la estructura y el pensamiento sobre la Iglesia es completo y maduro. Obispos, presbíteros y diáconos constituyen la jerarquía tripartita, sobre la cual se apoya toda la realidad del cristianismo. Es preciso permanecer unidos a esta jerarquía para vivir dentro del espíritu de Cristo. "Por consiguiente, a la manera que el Señor nada hizo sin contar con su Padre, hecho como estaba una cosa con Él—nada, digo, ni por sí mismo ni por sus apóstoles—; así vosotros nada hagáis tampoco sin contar con vuestro obispo y los ancianos; ni tratéis de colorear como laudable nada que hagáis a vuestras solas, sino reunidos en común; haya una sola oración, una sola esperanza en la caridad, en la alegría sin tacha, que es Jesucristo, mejor que el cual nada existe" (*Mag.* VII,1). Sin esta jerarquía no existe la Iglesia: "Por vuestra parte, escribe a los trallenses, todos habéis también de respetar a los diáconos como a Jesucristo. Lo mismo digo del obispo, que es figura del Padre, y de los ancianos (presbíteros), que representan el senado de Dios y la alianza o colegio de los apóstoles. Quitados éstos, no hay nombre de Iglesia" *(Trall.* III,1).

Ignoramos los años que rigió la iglesia de Antioquía, como segundo sucesor de San Pedro, lo mismo que los motivos concretos que provocaron su detención y condenación a muerte. Nerón había puesto a los cristianos fuera de la ley. Cualquier delación o el capricho de un gobernador bastaba para hacerles sufrir el rigor de la persecución: la acusación de ser cristiano era suficiente para ello. Plinio el Joven, gobernador, por aquellos años, de Bitinia, escribía a su amo Trajano: "A los que fueron delatados les interrogué si eran cristianos; si confesaban que sí, los sometía a nuevo interrogatorio, con amenaza de suplicio. A los que aun así perseveraban los mandé ejecutar".

San Ignacio fué detenido y condenado a ser devorado por las fieras en Roma. Oída la sentencia, el Santo contesta: "Te doy gracias, Señor, porque te dignaste honrarme con perfecta caridad para contigo, atándome, juntamente con tu apóstol Pablo, con cadenas de hierro..." *(Mart.* II,8). No hay en esta actitud nada parecido al orgullo del revolucionario o al tesón del rebelde. No existe la menor partícula de protesta contra los poderes temporales, ni siquiera contra las leyes. La disposición del mártir cristiano es algo inédito y único en la historia. Es la serenidad y el valor mantenidos por una visión sobrenatural interna, en la conciencia de cumplir una misión: la de ser testigo—eso significa mártir—de Jesucristo, haciéndose semejantes a Él en su sacrificio. Así lo afirma nuestro obispo, escribiendo a los fieles de Efeso: "Apenas os enterasteis de que venía yo, desde la Siria, cargado de cadenas, por el nombre común y nuestra común esperanza, confiando que, por vuestras oraciones, lograré luchar en Roma contra las fieras para poder de ese modo ser discípulo, os apresurasteis a salirme a ver" *(Eph.* I,1).

Desde el momento de su detención, podemos seguir paso a paso los de San Ignacio, gracias a la preciosa colección de sus siete cartas auténticas, escritas durante su peregrinación encadenada. Con Zósimo y Rufo, otros dos cristianos condenados como él, y custodiados por un pelotón de soldados, embarcan en Seleucia, puerto de Antioquía, para arribar a las costas de Cilicia o Panfilia, siguiendo desde allí el viaje por tierra. Estos ásperos caminos del Asia Menor, pocos años antes recorridos por San Pablo, haciendo sementera de cristiandades, serían para San Ignacio nuevas pruebas de su ansiada semejanza con el gran Apóstol. Las fervorosas comunidades de aquellas tierras convierten el viaje en ronda triunfal de admiración y de caridad.

Al llegar a Esmirna, toda la comunidad cristiana, presidida por su obispo San Policarpo, discípulo personal de San Juan Evangelista, sale a recibirle y le rinde homenaje como si fuera el mismo Jesucristo. Por este recibimiento les escribirá más tarde: "Yo glorifico a Jesucristo, Dios, que es quien hasta tal punto os ha hecho sabios; pues muy bien me di cuenta de cuán apercibidos estáis de fe inconmovi-

ble, bien así como si estuvierais clavados, en carne y en espíritu, sobre la cruz de Jesucristo, y qué afianzados en la caridad por la sangre del mismo Cristo. Y es que os ví llenos de certidumbre en lo tocante a nuestro Señor" *(Esm.* I). Otras comunidades vienen a saludarle y ayudarle con máxima caridad. Algunas de ellas quedan enriquecidas con sus cartas: Efeso, Trales, Magnesia. Desde el mismo Esmirna las escribe, junto con la enviada a los fieles de Roma. Esta carta, documento único e impresionante de la literatura universal, merece mención aparte.

Tuvo San Ignacio conocimiento de que los romanos trataban de interponer toda su influencia para salvarle la vida y se alarma profundamente, porque esa caridad es apartarle de su martirio, de su anhelada meta. Para conjurar esta posibilidad escribe la famosa carta. Renán mismo se vió obligado a escribir: "La más viva fe, la sed ardiente de la muerte, no han inspirado jamás acentos tan apasionados. El entusiasmo de los mártires, que fué, por espacio de doscientos años, el espíritu dominante del cristianismo, ha recibido del autor de esta pieza extraordinaria su expresión más exaltada" *(Les Evangiles,* p.489, cit. por Daniel Ruiz Bueno, *Los Padres apostólicos:* BAC, p.425). Sería necesario transcribir la carta entera, pero, no siendo posible, unos párrafos darán idea de su altura celestial.

Después de saludar a la iglesia de Roma, testimoniando su jerarquía, al decirla que "preside en la capital del territorio de los romanos" y "puesta a la cabeza de la caridad", títulos preciosos para probar que la iglesia de Roma era considerada ya como cabeza de la cristiandad, dice: "Por fin, a fuerza de oraciones a Dios, he alcanzado ver vuestros rostros divinos, y de suerte lo he alcanzado, que se me concede más de lo que pedía. En efecto, encadenado por Jesucristo, tengo esperanza de iros a saludar, si fuere voluntad del Señor hacerme la gracia de llegar hasta el fin. Porque los comienzos, cierto, bien puestos están, como yo logre gracia para alcanzar sin impedimento la herencia que me toca. Y es que temo justamente vuestra caridad, no sea ella la que me perjudique. Porque a vosotros, a la verdad, cosa fácil es hacer lo que pretendéis; a mí, en cambio, si vosotros no tenéis consideración conmigo, me va a ser difícil alcanzar a Dios... El hecho es que ni yo tendré jamás ocasión semejante de alcanzar a Dios, ni vosotros, con sólo que calléis, podéis poner vuestra firma en obra más bella.

Porque, si vosotros calláis respecto de mí, yo me convertiré en palabra de Dios; mas, si os dejáis llevar del amor a mi carne, seré otra vez una mera voz humana. No me procuréis otra cosa fuera de permitirme inmolar por Dios, mientras hay todavía un altar preparado, a fin de que, formando un coro por la caridad, cantéis al Padre por medio de Jesucristo, por haber hecho Dios la gracia al obispo de Siria de llegar hasta Occidente después de haberle mandado llamar de Oriente. ¡Bello es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, trasponga en Dios, a fin de que en Él yo amanezca!

"Por lo que a mí toca, escribo a todas las iglesias, y a todas las encarezco que yo estoy pronto a morir de buena gana por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo. Halagad más bien a las fieras, para que se conviertan en sepulcro mío y no dejen rastro de mi cuerpo, con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie. Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo. Suplicad a Cristo por mí, para que por esos instrumentos logre ser sacrificio para Dios. No os doy mandatos como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles; yo no soy más que un condenado a muerte; ellos fueron libres; yo, hasta el presente, soy un esclavo. Mas si lograre sufrir el martirio, quedaré liberto de Jesucristo y resucitaré libre en Él. Y ahora es cuando aprendo, encadenado como estoy, a no tener deseo alguno.

"Desde Siria a Roma vengo luchando ya con las fieras, por tierra y por mar, de noche y de día, atado que voy a diez leopardos, es decir, un pelotón de soldados, que, hasta con los beneficios que se les hacen, se vuelven peores. Ahora que, en sus malos tratos, aprendo yo a ser mejor discípulo del Señor, aunque no por esto me tengo por justificado.

"¡Ojalá goce yo de las fieras que están para mí destinadas y que hago votos por que se muestren veloces conmigo! Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente, y no como algunos, a quienes, amedrentadas, no osaron tocar. Y si ellas no quisieren al que de grado se les

ofrece, yo mismo las forzaré. Perdonadme, yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible ni invisible, se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz, y manadas de fieras, quebrantamientos de mis huesos, descoyuntamientos de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, tormentos atroces del diablo, vengan sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesucristo.

"Porque ahora os escribo vivo con ansias de morir. Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia; sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: "Ven al Padre". No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; su sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible."

¿Qué se puede añadir a estas expresiones sublimes? Cualquier glosa las empobrecería: son para meditar en silencio, con sobrecogida consideración de lo que es el amor sobrenatural llevado hasta las cumbres de la mística más pura.

Partiendo de Esmirna, toca en Alejandría de Troas, desde donde escribe a los filadelfios, a los esmirniotas y a Policarpo, su obispo. Sigue su viaje, parándose también en Filipos; atraviesan Macedonia. Vuelven a embarcar en Dirraquio, rodean el sur de Italia, desembarcando en Ostia.

En Roma tocaban a su fin unas fiestas nunca vistas, para conmemorar el triunfo de Trajano sobre los dacios en el año 106. Duraron ciento veintitrés días y en ellas murieron diez mil gladiadores y doce mil fieras. El 18 de diciembre del año siguiente, 107, fueron arrojados a las fieras Zósimo y Rufo, los dos compañeros de San Ignacio, y a los dos días siguientes, el 20 de dicho mes, el santo obispo de Antioquía.

Sus pocas reliquias corporales fueron enviadas a Antioquía. Pero sus verdaderas reliquias inmortales fueron sus cartas, de las cuales escribe el P. J. Huby: "Ignacio, entregado a las fieras bajo Trajano, es el tipo del pontífice entusiasta y el modelo del mártir. Es la realización viva de las palabras apostólicas: *Vivo, pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí... Deseo ser disuelto y estar con Cristo*. Sus acentos no conmovieron a la Iglesia menos

que los de San Pablo, y en ciertas frases, mil veces citadas, parece estar concentrado todo el espíritu de los mártires" (*Christus* p.1031-32).

CÉSAR VACA, O. S. A.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Febr., día 1, diversas *Actas*.
RUINART, *Acta Martyrum sincera*...
Véanse, sobre todo, las *Cartas de San Ignacio* y las obras fundamentales sobre él y sobre los *Padres Apostólicos*.
FUNK, F. J., *Patres Apostolici*, 2 vols.
HUBER, S., *Los Padres Apostólicos* (Buenos Aires 1949).
LIGHTFOOT, B., *The Apostolic Fathers* (1877-1885).
RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*: BAC, n.65, p.375s. (Madrid 1950).
BAREILLE, artic. en "Dict. Théol. Cath.".
YABEN, H., *Cartas, camino del martirio* (Madrid 1947).
MONTAÑA, I. FR., *San Ignacio Mártir y sus cartas* (1934).

2 de febrero

LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA

Muy posiblemente, con cuatro o cinco duros de los nuestros hubiera tenido bastante José, esposo de María, naturales de la ciudad de Belén, para el rescate del Niño Jesús.

La ley se expresaba así: "Habló Dios a Moisés y le dijo: Conságrame todo primogénito. Todos los primogénitos de entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales, míos son" (Ex. 13,1-2).

En los tiempos primeros estos primogénitos fueron destinados al culto de Dios. Pero cuando fué confiado este culto en exclusiva a la tribu de Leví, decidió la ley que esta exención fuera compensada mediante el pago de cinco siclos, que se destinaba a engrosar el tesoro del templo.

Hay que advertir que no era necesario llevar a Jerusalén al infante. Bastaba con que el padre pagase el impuesto al sacerdote de turno, no antes de los treinta y un días después del nacimiento, para cumplir religiosamente con lo estatuido en la ley.

Según otras disposiciones legales (Lev. 12,1-8), cuarenta u ochenta días después del alumbramiento, según se tratase de un hijo o de una hija, las madres hebreas habían de presentarse en el templo para purificarse de la impureza legal que habían contraído.

También hay que hacer constar que no siempre la madre estaba obligada a presentarse en persona. Podía ser reemplazada por alguna otra persona que ofrecía el sacrificio en su nombre, si existía alguna causa que justificase su ausencia.

Huelga decir que ni Jesús ni María estaban obligados a estos preceptos legales. Jesús estaba infinitamente por encima de toda la ley y la Virgen Santísima, al haber dado a luz virginalmente, al margen, por lo tanto, de las condiciones naturales previstas por el legislador, no tenía necesidad de purificarse de nada.

La humildad, la obediencia, el propio respeto más exquisito a las instituciones legales del pueblo de Dios y el cariño más fino a la vida ordinaria sin excepción y exenciones, hicieron posible que la Sagrada Familia se trasladara a Jerusalén para cumplir con estas prescripciones rituales.

En un mismo día se podía llegar a Jerusalén, asistir a las ceremonias legales y regresar, por la tarde, con tiempo sobrado, a Belén.

Muy posiblemente que esto sería lo que hiciera la Sagrada Familia.

La purificación de las madres tenía lugar por la mañana.

Entraría María por el atrio llamado de las mujeres, se colocaría en la grada más alta y allí sería rociada con el agua lustral por el sacerdote de turno, que a la vez recitaría sobre ella unas preces.

Aunque la parte más importante del rito consistía en la oblación de dos sacrificios. Uno que se denominaba "sacrificio por el pecado", cuya materia siempre era una tórtola o un pichón, y otro "sacrificio de holocausto", cuya víctima exigida era, para los ricos, un cordero de un año, y para los pobres un pichón o una tórtola.

Lo dice San Lucas (2,24), y, además, históricamente nos lo imaginamos nosotros, que San José compraría un par de palomas o tórtolas al administrador del templo o a alguno de aquellos mercaderes aprovechados cuyas jaulas serían volteadas un día por Cristo.

Los pobres siempre están lo que se dice de enhorabuena en la vida de Cristo.

El sacerdote cortó el cuello del ave y sin separarlo del cuerpo derramó la sangre al pie del altar.

La paloma que sirvió para el holocausto fué quemada sobre las ascuas del altar de bronce.

Las ceremonias del rescate consistían tan sólo en el pago de los cinco siclos legales.

Y ahora comienza una misa. Es el ofertorio. Terminará esta misa en el monte Calvario, cuando pasen treinta y tres años.

El primer sacrificio digno de Dios se está ofreciendo en estos instantes en el templo sagrado de Jerusalén. El velo de muchas profecías se escinde en estos precisos momentos. El templo—aquel templo de entonces—aventaja en mucho a aquel templo primero que no pudo ser marco de la vida ritual del esperado Mesías.

Cristo se ofrece al Padre. Y se ofrece así: "Entonces yo dije: Héme aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad. Los sacrificios, las ofrendas y los holocaustos por el pecado, no los quieres, no los aceptas..." (Heb. 10,7s.).

María, en nombre de toda la humanidad, se ofrece también. Es éste uno de los momentos más solemnes de la vida de la Santísima Virgen.

Ella se ofrece y ofrece. Coofrece.

Es parte integrante en la misa. Lo confirma la espada.

El mejor elogio que se pudo hacer de un hijo de Abraham, se lo hace San Lucas al anciano Simeón, que ahora aparece en escena: "Había en Jerusalén un hombre, llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel y el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Movido del Espíritu Santo vino al templo y, al entrar los padres con el Niño Jesús para cumplir lo que prescribe la ley sobre Él, Simeón lo tomó en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo: Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de todas las gentes y gloria de tu pueblo, Israel".

Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él. Simeón los bendijo y dijo a Ma-

ría, su madre: "Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones" (Lc. 2,25 ss.).

Simeón es todo un personaje colocado en la cumbre de la estructura mesiánica.

Un santo. Un iluminado. Un profeta.

Sabe acunar a Cristo en sus brazos añosos. Y llamarle "consolación de Israel". Y supo dejarnos la joya lírica del *Nunc dimittis* como un testamento precioso que suena a relevo de centinelas, a libertad de prisioneros, a feliz liberación de cautivos... y que tiene un colorido de perspectiva salvadora, de horizontes lejanos, universales, católicos...

Todo el misterio de Cristo pasa ante sus ojos venerablemente abiertos, a punto ya de cerrarse a la espera y a la carne.

¡Amigo, qué santo tan grande y tan bíblico es este viejo Simeón!

¡Y qué gran santa también aquella mujer llamada "Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, casada en los días de su adolescencia, que vivió siete años con su marido y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro, que no se apartó del templo sirviendo con ayunos y oraciones noche y día y que también alabó a Dios y hablaba de Él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén"! (Lc. 2, 36 ss.).

Ya es tarde.

El ajetreo se pierde en los recintos del templo.

Son siete u ocho los kilómetros que les separan de Belén. La Sagrada Familia se pone en camino.

La Virgen medita y contempla. En lontananza se oyen ruidos de sables.

El Niño se ha quedado dormido, acurrucadito en el regazo de María y mecido por el balanceo suave del alegre paso del burro.

José, retrasándose un poco, contempla la escena.

Simeón puede ya morir en paz. Abre los ojos y siente la caricia cordial de los ojos infinitamente hondos del Niño.

Ana prolonga aquella noche su oración en el templo un poco más tiempo del acostumbrado, dando gracias a Dios porque la redención de Israel está ya tan cerca...

Litúrgicamente comenzó a celebrarse esta fiesta en Oriente, bien pronto.

La peregrina Eteria nos habla de ella resaltando la alegría semipascual que imprimía esta fiesta en la crecida concurrencia de fieles cristianos que se reunían en Jerusalén para celebrarla.

Con el nombre de *Hypapante (occursus Domini)* se extendió por todo el Oriente y, algún tiempo después, también Roma la acogió entre sus fiestas y la celebró muy solemnemente, teñida al principio de un color vigoroso de penitencia pública.

El Papa, el clero y el pueblo, con los pies descalzos, salmodiando y cantando antífonas y llevando en sus manos candelas encendidas, se dirigían desde la iglesia de San Adrián hasta la estacional de Santa María la Mayor, en donde se celebraba la misa solemne.

Unas iglesias le dieron a esta fiesta un marcado carácter cristológico y otras liturgias resaltaron más el carácter mariano.

Históricamente es dudosa la posible procedencia de anteriores fiestas paganas, llámense *amburbalias* o *lupercales*, para explicar la procesión litúrgica de las candelas en esta celebración cristiana en la que el simbolismo de la luz tiene una dimensión tan exacta.

De suyo, la Iglesia es la única institución que existe en el mundo capaz de procesionar adecuadamente la luz.

La luz fué siempre símbolo manifestativo del honor debido a una persona. Y símbolo de gozo y de alegría.

Estos son los primeros pasos de la luz en la simbología eclesiástica.

Pero el paso más litúrgico lo da la luz en su representación de la gloria celestial y en presentarse como reflejo del resplandor de Dios, que es todo luz. La Luz verdadera.

Jesucristo fué anunciado como luz. Él mismo se llamó "luz del mundo". Las propiedades físicas de la luz anuncian la obra redentora de Cristo: permite ver las cosas en su verdadera forma: Cristo y los apóstoles—luz del mundo—, enseñaron la verdad. Y de la misma manera que la luz natural vivifica los organismos, se dice también de Cristo que "en Él estaba la vida y la vida era luz de los hombres" (Io. 1,4).

Simbólicamente, Cristo se hace presente en medio de nosotros vestido de luz. Cristo es luz. Es la Luz.

La entrada en el templo la hizo en los brazos de la Santísima Virgen. Una vela litúrgica encendida es un símbolo vivo de Cristo. Somos portadores de Cristo, con una vela en la mano.

Nosotros lo recibimos a Él, de manos de nuestra santa madre la Iglesia. Sólo la Iglesia tiene poder para darnos a Cristo. Como las de la Candelaria, las manos de la Iglesia son manos cariñosamente maternales.

Para recibir a Cristo necesitamos acudir a la Iglesia.

La fiesta de la Purificación tiene en la vida cristiana una realidad acuciantemente actual. "Antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz" (Ephes. 5,8 s.).

Amigo lector, procura que nunca se apague en tus manos esa luz. Es la luz de tu santo bautismo.

El cristiano es un ser iluminado. Es una fuente de luz. Reflejo perfecto de la luz increada y vehículo fiel del resplandor de Dios para todos los hombres. Piensa si eres tú de verdad una fuente de luz: "luz para la iluminación de las gentes".

Por definición, la luz ha de expandir sus fulgores. Por las venas del alma cristiana cabalgan mensajes de luz. Somos focos. El mundo precisa de nuestra luz. La frente pagana de tantos problemas humanos ha de ser iluminada con esos rayos de luz.

La verdad de nuestra vida cristiana es una candela encendida de luz. La mentira en la vida es un apagón de la luz. La verdad es un acto de culto a la luz. La mentira es una ceremonia del culto a Luzbel, el ángel apagado.

Que nos queme la luz en el pecho. Y que todas las luces del alma y del cuerpo que hayamos de tocar en la vida, hayan podido ser arrancadas de un pedernal litúrgico y transmitidas por un beso caliente de las candelas encendidas en la fiesta de la Purificación de la Virgen.

Es de desear que esas velas cobijen bajo su luz sagrada todos los problemas familiares de los hogares cristianos en la vida de todos los días. Que no falte entre los utensilios de las casas cristianas esa vela bendita, tratada y usada como un objeto sagrado, dispuesta a ser colocada en la mano del que muere, como un anticipo de su presentación gaudiosa ante el trono de Dios, como un recuerdo de la inmortalidad que Cristo nos ha merecido y como una señal inequívoca de la protección de la Virgen. "Tened en vuestras manos encendidas las antorchas y sed semejantes a los que aguardan a su señor" (Lc. 12,25).

Nuestra santa madre la Iglesia resume el sentido cristianamente luminoso de esta festividad en la oración de la bendición de las candelas, que es un manjar exquisito para el alma cristiana.

Léela y medítala lo más sabrosamente que puedas: "Oh Señor Jesucristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, ilustra nuestros corazones con tu invisible fuego, con el resplandor del Espíritu Santo y cura la ceguera de nuestros pecados; para que, purificada así la vista de nuestra alma, podamos conocer lo que a Ti te agrada y lo que es provechoso para nuestra salvación y merezcamos alcanzar, tras los peligros y tinieblas de este mundo, la luz inextinguible. Por Ti mismo, Salvador y Redentor nuestro, que en Trinidad perfecta vivís y reináis, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén".

Amigo, con esa luz revisa hoy tu vida. Contémplala con ojos iluminados por la presencia de Cristo. Pídele prestados los ojos al anciano Simeón y proyecta a Cristo, hecho luz, en tu vida.

Y, ya sabes, decídete a caminar ahora por el año litúrgico de cara a la luz, siguiendo las huellas luminosamente claras de Cristo, que pasó por tu vida en el momento del santo bautismo transfigurándote en foco de luz.

El anciano Simeón tan solo deseó ver un instante la luz de Dios para cerrar después sus ojos con esa imagen tan bella enclaustrada en sus pupilas, momentos antes de abrirse a los resplandores eternos de la gloria del cielo.

En la nueva economía de la gracia, el cristiano puede estar constantemente viendo a Cristo y sintiendo su caricia de hermano que se nos ofrece acunado en los brazos de la Santísima Virgen.

Por favor, que no se te olvide: históricamente es cierto que la Santísima Virgen—su madre y tu madre—, tiene todavía maternalmente extendidos sus brazos dispuesta a acunarte sobre ellos y poder así ofrecerte al Padre en el templo santo del cielo.

Es éste su oficio.

De nuevo te lo voy a recordar y a la vez—para ti, para mí y para todos—, le vamos a pedir esta gracia a la Virgen con las mismas palabras de la sagrada liturgia de la fiesta de hoy:

"Omnipotente y sempiterno Dios: suplicamos humildes a vuestra Majestad, que así como vuestro unigénito Hijo fué presentado hoy en el templo con la sustancia de nuestra carne, así nos concedáis presentarnos a Vos con almas puras de todo pecado. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén."

ANTONIO ARADILLAS AGUDO.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Febr., día 2, comentario histórico de la fiesta.
Varios artículos de *Diccionarios* y *Enciclopedias de* Antigüedades Cristianas. En partic.: "The Cat. Encycl.", III p.245s.
DUCHESNE, *Origines du Culte chrét... Liber Pontificalis,* I p.381s.
Obras generales de GUÉRANGER, SCHUSTER, PARSCH, etc.

3 de febrero

SAN BLAS, OBISPO Y MARTIR

(† ca. 316)

La Iglesia conmemora en este día a un santo muy popular, cual es San Blas, mártir, obispo de Sebaste.

La existencia de este santo armenio, su episcopado en Sebaste, su glorioso martirio, su culto antiguo extendido en la iglesia oriental y occidental, su fama de taumaturgo, la popularidad de su devoción son hechos plenamente históricos que la tradición cristiana ha encuadrado en la leyenda de San Blas, no del todo segura en cuanto a todos los detalles, por proceder de fuentes históricas que no remontan más allá del siglo IX, aunque derivan de tradición y culto muy antiguos.

Cuatro son las Actas de San Blas que traen los bolandistas. De ellas extraemos la semblanza del Santo, que presentamos a continuación, modernizada y aumentada con notas históricas referentes a su vida, devoción y culto.

Nació San Blas en Armenia, en la ciudad de Sebaste, la actual Sivas, en la segunda mitad del siglo III. Según quieren algunos, fué médico. El ejercicio de la medicina de los cuerpos lo preparó y le dió a la vez ocasión para ejercer la medicina de las almas, exigida por su fervoroso proselitismo cristiano. Ponderan las *Actas* las virtudes de este ejemplar cristiano: su humildad, mansedumbre, paciencia, devoción, castidad, inocencia; en una palabra, su santidad.

Estas virtudes contribuyeron a que, vacante el obispado de Sebaste, fuera propuesto por voz unánime del clero y pueblo para ocupar la sede.

Terribles eran las circunstancias. La persecución desencadenada por Diocleciano a principios del siglo IV y continuada por sus sucesores Galerio, Máximo y Daia y Licinio, se ensañó particularmente en la iglesia de Sebaste, e hizo allí ilustres mártires: San Eustracio y compañeros, San Carcerio y consortes, San Blas, los famosos cuarenta soldados mártires. Los cristianos vivían perseguidos y escondidos, como si fueran alimañas. San Blas fué el pastor prudente, celoso e intrépido elegido por la Providencia para presidir aquellas trágicas cuanto gloriosas circunstancias.

Escasas son las noticias que nos dan las Actas acerca de su gobierno pastoral. San Blas, oculto por la persecución, sostenía, alentaba y edificaba ocultamente a los cristianos con su palabra y con el ejemplo de su santa vida.

Las Actas nos han conservado, sin embargo, un episodio que revela el temple apostólico del Santo. San Eustracio se encuentra en la cárcel condenado a próxima muerte. Sale su obispo del escondrijo; obtiene por dinero el acceso a la prisión; besa emocionado las cadenas del confesor de Cristo; lo conforta; pasan toda la noche en celestiales coloquios; le administra la santa Eucaristía. Eustracio entrega a San Blas su testamento, confiándole la ejecución del mismo. Al rayar el alba se despiden dándose el ósculo de paz. San Blas vuelve a su escondite y Eustracio al día siguiente rubrica su fe con glorioso martirio.

Arreciando más la persecución bajo el prefecto Agrícola, comisionado por Licinio para exterminar el cristianismo, San Blas, siguiendo el consejo de Cristo, huye a las montañas (Armenia es país muy montañoso), y se re-

fugia en una gruta del monte Argeo. Allí hace vida eremítica, entregado a la penitencia y a la contemplación, privado de todo consuelo humano, pero abundando en consuelos celestiales. Cual otro Moisés, ora San Blas en el monte por su dispersa y desolada grey.

La leyenda, al relatar la estancia de San Blas en las soledades del Argeo, nos describe escenas paradisíacas. Al perseguido por los hombres le hacen compañía las fieras, que se agrupan en tropel a la entrada de la gruta, esperando respetuosas a que el santo anacoreta termine su oración, para recibir de él su bendición y obtener también la curación de sus dolencias. Así lo encontraron los satélites del prefecto Agrícola en una cacería organizada por aquellos montes, quedando estupefactos ante el nunca visto espectáculo. Comunican el caso al prefecto y ordena éste que le traigan al obispo solitario.

En la noche precedente a la prisión se le aparece por tres veces el Salvador instándole para que le ofrezca el sacrificio, entendiendo San Blas que el Señor lo llamaba para ofrecer el cáliz del martirio. Se levanta, ofrece los sagrados misterios y se presentan los ministros del prefecto. "Salte de tu gruta, le dicen; el prefecto te llama." Responde el Santo a la citación con rostro sonriente y palabras cariñosas. "Bienvenidos seáis, hijitos míos. Me traéis una buena nueva. Vayamos prontamente, y sea con nosotros mi Señor Jesucristo que desea la hostia de mi cuerpo".

El traslado de San Blas a Sebaste constituyó una apoteosis popular. Las gentes, incluso los mismos paganos, acudían en tropel para presenciar el paso del santo obispo, implorando su bendición, el remedio de los males, la curación de las dolencias. San Blas, olvidado de su extrema necesidad propia, atendía a las súplicas, repartía bendiciones, encomendaba al Señor las necesidades.

De pronto, una madre le presenta a su hijo moribundo, a causa de una espina atravesada en la garganta, clamando: ¡Siervo de Nuestro Salvador Jesucristo, apiádate de mi hijo; es mi único hijo! Compadecido San Blas, impone la mano sobre el agonizante, signa su garganta con la señal de la cruz, ora por Él..., y devuelve el niño, sano y salvo, a la desolada madre. Y dilatando su caridad a través del tiempo y del espacio, pide que cuantos recurran a su intercesión en trances semejantes obtengan la protección del cielo.

Presentado San Blas al prefecto, éste le propone con blandas palabras la renuncia al cristianismo y la adoración de los dioses. Rechaza San Blas con santa indignación la idolátrica propuesta. En consecuencia es apaleado terriblemente. El brutal castigo no arranca de San Blas una queja. Los esbirros, cansados, lo encierran en la cárcel.

Otro día intentan quebrantar su fortaleza suspendiéndolo de un madero y desgarrando sus carnes con garfios de hierro... Pero el santo pastor no había de ofrecer solo el sacrificio; lo habían de acompañar sus ovejas y corderos. Al volver a la prisión regando el suelo con sangre, siete fervorosas cristianas recogen su sangre y se ungen con ella. Detenidas por ello, confiesan intrépidas su fe en Jesucristo sin que hagan vacilar su fortaleza los más crueles y variados tormentos y alentadas por el ejemplo de su pastor perseveran firmes, hasta ser decapitadas. Una de estas heroínas encomienda a San Blas sus dos hijitos, que querían seguirla por la senda celestial del martirio.

No tardó el pastor en consumar su sacrificio. El prefecto lo condena a la decapitación con los dos niños. Y en las afueras de Sebaste es sacrificado el pastor con los dos corderos. Ocurrió el glorioso martirio, según la opinión más probable, el año 316.

El culto de San Blas se extendió prontamente por toda la Iglesia. En el Oriente se celebra su fiesta desde muy antiguo con culto solemne el 11 de febrero. En Constantinopla había un templo dedicado a San Blas. En Armenia existió la Orden Militar de San Blas. El culto de San Blas es también muy antiguo en Occidente. Según el cardenal Schuster, en la Edad Media se erigieron en Roma no menos de 35 iglesias en honor de San Blas. Una de ellas llegó a ser contada entre las 24 abadías privilegiadas de Roma.

La república independiente de Ragusa (Yugoslavia) lo tenía por patrón principal. Lo honraba con fiesta de precepto muy solemne. Su efigie figuraba en las monedas. Uno de los principales monumentos de Ragusa es el templo de San Blas. En el calendario romano figuraba la fiesta de San Blas con rito simple, pero muchas diócesis de Europa occidental la celebran con rito doble. En muchas iglesias se conservan reliquias insignes.

Paralela al culto oficial ha sido la devoción del pueblo cristiano a San Blas, devoción popular y típica. Se le cuenta entre los 14 santos protectores, llamados así porque se les tiene por abogados eficaces en las penalidades de la vida.

Se le invoca especialmente como abogado en las enfermedades de la garganta. Como tal lo reconoce el Ritual. Es considerado como especial protector de los niños: San Blas bendito, que se ahoga este angelito. En Rusia es el patrón de los ganados. En otras naciones también se le atribuye cierto patronato sobre los mismos. Los cardadores y sombrereros lo veneraban por patrón. En el día de su fiesta se bendicen pan, vino, agua y frutos que se dan después a hombres y ganados. En muchas diócesis de Alemania, Bohemia, Suiza y también de otras naciones se da la bendición de San Blas por medio de dos velas cruzadas que se ponen sobre la cabeza de los fieles y con ellas se toca la garganta. En Roma y otras partes por unción del cuello con una candela mojada en aceite bendecido.

San Blas es el santo humano, bondadoso, accesible. Invoquémoslo en nuestras necesidades, en las enfermedades de la garganta no sólo materiales, sino también espirituales: respeto humano para confesar nuestra fe, angustias de pecados mortales ocultados, intemperancias en la bebida, etc. En este sentido hay una hermosa oración indulgenciada en el *Enquiridión de Indulgencias.*

BLAS FAGOAGA.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Febr., día 3. Varias *Actas*. Cf. Anal. Boll., I (1882) p.614s.; 16 (1897) p.321s.; 20 (1901) p.210s.
PISTRÉ, *Vie de saint Blaise, évêque de Sébaste* (Toulouse 1861).
GAUTHEY, L., *St. Blaise, son histoire, son culte*... (Paray-le-Monial 1878).
GUIRAUD, J., *Du culte de St. Blaise, le miraculeux*... (París 1893).
PEDRAZ, V., *Vida del glorioso San Blas* (1856).

SAN ANSCARIO

(† 865)

"Apóstol del norte" llaman los alemanes y escandinavos a San Anscario. Durante el siglo IX los pueblos escandinavos, muy florecientes por aquel entonces, desarrollaban grande actividad. Por su dominio absoluto del comercio y navegación en los mares del norte, y más aún con sus continuas piraterías por las costas y hasta el interior del continente europeo, tenían al imperio franco en estado constante de alarma. Se comprende que así Carlomagno como Luis el Piadoso y sus sucesores pusieran el mayor interés en atraer a su órbita política aquellos fogosos pueblos; y no siendo posible imponerles el dominio político, por lo menos reduciéndolos a la paz y tranquilidad por medio de la religión. Anscario fué el hombre providencial que debía emprender la batalla pacífica del norte.

Nació probablemente en las cercanías de Amiens hacia el año 801. Apenas contaba cinco años perdió a su madre. No pudiendo atender debidamente a su formación su padre lo confió a los monjes benedictinos de Corbie, en donde tomó el hábito a los trece años de edad. Ya desde su niñez fué agraciado con visiones, que encendieron en él el deseo de evangelizar a los pueblos infieles. Aquellos favores extraordinarios lo confirmaron al mismo tiempo en el amor a las virtudes y al estudio de las ciencias. Su progreso en ambos aspectos hizo que desde los dieciocho años sus superiores le confiaran los pequeños educandos para su custodia.

En el año 822 el célebre monasterio de Corbie fundó una filial en Westfalia, que se llamó Korvey o Nueva Corbie. Entre los enviados contábase Anscario, que fué allá con el cargo de director de estudios y predicador. Pasó cuatro años tranquilos en su nueva residencia, preparándose para cuando la Providencia dispusiera el comienzo de su vocación misionera. Un día del 826 llegó a la corte de Luis el Piadoso el pretendiente al trono de Dinamarca, Haroldo, para solicitar del emperador ayuda contra sus enemigos, prometiendo en cambio su conversión al cris-

tianismo. Poco después Haroldo recibía el bautismo. Para afianzar la reciente conversión pidió al emperador algunos misioneros para que le acompañaran. El abad Wala de Corbie, consejero imperial, propuso a su fiel monje Anscario, el cual, a pesar de la oposición de muchos de sus amigos, se lanzó a su nuevo cometido, contando con un solo compañero. Empezó por fundar una escuela en el palacio real para la educación cristiana de los niños que le mandaba el rey, y de los que él mismo rescataba de los piratas, muy numerosos por aquellos mares. Pero por lo visto su primer esfuerzo apostólico dió poco fruto: apenas pudo reunir una docena de niños y convertir a algunos infieles. Para colmo de males, al año siguiente el rey Haroldo fué echado de sus tierras, con lo que Anscario tuvo que volverse a su monasterio.

Muy pronto, sin embargo, pudo reanudar sus actividades misioneras. Esta vez fué el rey de Suecia quien en 829 envió sus delegados a la corte del emperador pidiéndole misioneros. De nuevo el abad Wala propuso a Anscario, que, no hay que decir, aceptó contento el encargo. Encontróse un solo voluntario, el monje Witmaro, para acompañarle. Durante el viaje los misioneros fueron sorprendidos por los piratas, que les robaron los presentes mandados por el emperador al rey Björn, y, además, una rica colección de libros destinados a la enseñanza en la misión. Llegados al término de su viaje, dirigieron su apostolado a los cautivos cristianos, y pronto también a los paganos del país. Un gobernador, consejero del rey, que se convirtió al cristianismo, construyó la primera iglesia en aquellos territorios.

Vistos los buenos sucesos conseguidos por Anscario, el papa Gregorio IV, de común acuerdo con Luis el Piadoso, pensó en fundar una nueva diócesis en Hamburgo, para dirigir y asegurar desde allí las conquistas que para la fe cristiana se realizaran en los países del norte. Como primer titular fué elegido Anscario en 831. El nuevo obispo emprendió en seguida un viaje a Roma, en donde el Papa confirmó la erección de la nueva diócesis y le otorgó el palio arzobispal, nombrándole, además, su legado. Sus primeros cuidados como legado papal se dirigieron a consolidar la misión de Suecia. Envió allá a Gozberto, a quien consagró obispo. Sin embargo, al cabo de algunos años, ese obispo delegado tuvo que abandonar el país debido a la reacción intolerante de los paganos. Parecía otro fracaso de los esfuerzos de Anscario; pero no era más que una prueba para aquella misión, para robustecerla más tarde. En Hamburgo Anscario se consagró durante diez años a la construcción de iglesias y de un monasterio, sin descuidar la solícita instrucción de jóvenes daneses para el sacerdocio. Pero su actividad debía padecer otro grave contratiempo: en 845 los piratas normandos devastaron Hamburgo y quemaron la catedral y el monasterio con todos sus libros. Anscario huyó llevándose sólo las reliquias. Para colmo de contrariedades el nuevo rey Carlos el Calvo, en lucha contra sus hermanos, confiscó a Anscario las propiedades que para la subsistencia material de la sede hamburguesa recibiera del emperador. Con la pérdida de los subsidios materiales se apartaron de él sus pocos compañeros.

Por aquel entonces murió el obispo de Brema. Dada la situación crítica de Anscario y sus misiones, el rey Luis el Germánico quiso concederle el obispado vacante. El modo poco legal como se efectuó la nómina sin contar con la aprobación pontificia, y otras dificultades, hicieron que Anscario no aceptara inmediatamente el proyecto real. En los años sucesivos, aunque sin su participación, se arregló el asunto, quedando finalmente unidas las diócesis de Brema y Hamburgo. Anscario envió a Roma un delegado para que el Papa zanjara definitivamente el asunto. Así lo hizo Nicolás I en el año 864.

Mientras tanto Anscario, infatigable en sus empresas, había recomenzado hacia 847 la misión entre los daneses. Al fin logró la amistad del rey Horico. Con ello pudo construir una iglesia dedicada a la Virgen Santísima en Sleswig, la primera en Dinamarca. Tampoco esta vez duró mucho la bonanza, ya que el sucesor de Horico le obligó a cerrar la iglesia y no permitió a los cristianos el ejercicio de su religión. Anscario no se dió por vencido. Con paciencia y habilidad llegó a convencer al nuevo rey de la utilidad del cristianismo para consolidar su reino. Con ello obtuvo el permiso para abrir de nuevo la iglesia de Sleswig y construir otra, a la que dotó de campanas, por cierto muy temidas de los supersticiosos paganos.

Apenas algo afianzada la misión danesa, ya se había dirigido de nuevo a Suecia, gobernada a la sazón por Olaf. El rey no hizo oposición al retorno del obispo misionero.

Olaf obtuvo de la asamblea general del reino el consentimiento para que Anscario predicara el Evangelio y construyera una iglesia. Pronto tuvo que marcharse, dejando allí un sacerdote discípulo suyo para continuar la misión.

De vuelta a Brema prosiguió como antes su incansable actividad pastoral. Fundó monasterios, construyó escuelas, redimió cautivos, ayudó sin tregua a los pobres, enfermos y viajeros para los que construyó un albergue. Con todo lo cual no dejó ni por un solo día sus obligaciones de monje austero y devoto, llegando normalmente a los grados más altos de la contemplación. Se dedicaba con sus manos a confeccionar redes de pescar. Nunca quiso aprovechar en su propio favor las altas amistades que tuvo con reyes y príncipes. Aunque el Señor le favoreció con el don de milagros y con revelaciones proféticas, quiso siempre ocultarlas, y no permitió a sus discípulos que divulgaran tales favores hasta después de su muerte. Como razón de su humildad respondía que Dios haría el mayor milagro si hiciera de él una buena persona. Deseaba el martirio, que creía le concedería el Señor según una visión que tuvo; pero una nueva visión habida poco antes de morir le hizo comprender que su vida, llena de enfermedades y sufrimientos, había sido un verdadero martirio incruento. Su muerte acaeció en el día de hoy del año 865. El papa Nicolás I reconoció públicamente su santidad de vida. El sepulcro de San Anscario fué muy venerado por todos los pueblos cristianos del norte; pero con las revueltas protestantes del siglo XVI, sus reliquias fueron dispersadas por los herejes.

Los resultados obtenidos en vida por el "Apóstol del norte" pudieron parecer menguados a los ojos de sus contemporáneos. Chocó generalmente con la falta de colaboradores; los pocos que le siguieron continuaron con éxito variable la obra empezada. Sin embargo, el fruto se vió más tarde, cuando pueblos enteros, como la Sajonia superior, Dinamarca y Suecia, abrazaron en masa la fe sembrada en aquellas tierras por el humilde monje. De su actividad como escritor queda sólo alguna carta, y la narración de los milagros de su antecesor en Brema, San Wilehado. Perdiéronse una colección de oraciones sacadas de los salmos, que intituló "bálsamo oloroso", y una narración autobiográfica detallada de sus viajes apostólicos.

ANSCARIO MUNDÓ, O. S. B.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Febr., día 3. La *Vita*, por RIMBERTO, su sucesor. Puede verse asimismo en: PL 118,959s., y WAITZ, en "Mon. Germ. Hist., Script. Rer. Germ." (Hannover 1884). Cf. "Anal. Boll.", 30 (1911) p.372s.

ROBINSON, C. H., *Anskar, the Apostel of the North* (Londres 1921).

MOREAU, E. DE, *S. Anschaire, missionaire en Scandinavie* (Lovaina 1930).

OPPENHEIM, F., *Der hl. Ansgar und die Anfänge des Christentums in den nordischen Ländern* (Munich 1931).

4 de febrero

SANTA JUANA DE FRANCIA

(† 1505)

Todavía parece flotar por los campos de Francia el glorioso estandarte de Juana de Arco, la libertadora de Orleáns, la santa guerrera y valiente, cuando viene al mundo, en plena corte y no en un pueblecito aislado, otra Juana que también va a llenar de gloria a Francia y a toda la Iglesia: Juana de Valois, hija de Luis XI y de Carlota de Saboya. Gran expectación reinaba en todo el país al anunciarse el próximo nacimiento de un vástago real, el segundo, que todos, y más que nadie Luis XI, estaban convencidos sería un varón. La primogénita había sido una niña: Ana. Desagradable y decepcionante fué, pues, la noticia de que una segunda hija había venido a ocupar su sitio en la corte francesa. El rey, malhumorado, no quiso apenas verla; y cuando al transcurrir los primeros años pudo notarse que la princesita no era agradable de rostro y empezaba a exhibir una cojera incipiente debida a una desviación de cadera, mandó que la aislaran de la corte y la condujeran al castillo de Linières en el Berry. El calvario de Juana de Francia había empezado: a los cinco años se separa de su madre para no volver a verla jamás.

De esa madre desconocida, resignada y obediente a su marido hasta en los más mínimos detalles, "dama virtuosa llena de paciencia y tolerancia tan necesarias para

vivir con un rey como Luis XI"—así la pinta un cronista de la época—, heredará Juana su gran sentido de ponderación y su vida interior. De su padre, hombre extraordinariamente complejo, lleno de contradicciones, duro y dominante, político sutil, audaz en las guerras y pusilánime en las enfermedades, amante a veces de la popularidad y otras encerrado en una soledad misántropa, tendrá nuestra heroína su prudente administración en los negocios, su voluntad indomable y el convencimiento de la propia dignidad, de la majestad real a la que ha sido llamada por Dios y que conservará en todas las ocasiones al lado de su deformidad física.

La infancia de Juana se desliza, solitaria y monótona, en el castillo de Linières, cuyos dueños la tratan con cariño, respeto y solicitud, sufriendo intensamente del estado de abandono no sólo moral sino material al que la ha reducido Luis XI. Aprende a bordar y a tocar el laúd, pero sobre todo dedica la mayor parte del tiempo a leer salmos y libros piadosos y a la oración. Desde su infancia, se ve en ella a la predestinada a gozar de las comunicaciones divinas: un día revela a la señora de Linières que la Virgen le ha hablado; le ha dicho: "Antes de tu muerte, fundarás una Orden en mi honor". Y se queda pensativa considerando qué dirá su padre, el rey.

Luis XI, alguna vez acompañado de su escolta de caballeros, después de una desenfrenada caza de lobos, hace una ruidosa aparición en el castillo de Linières. Ni siquiera quiere ver un minuto a su hija. Mientras le preparan la comida, comenta brutalmente con el señor del castillo que no sabe qué espera para matar a esa hija contrahecha que le ha nacido en lugar de un varón. Una vez satisfecho su voraz apetito, por uno de esos contrastes tan desconcertantes en él, declara solemnemente que quiere velar por la buena conducta de su hija y que le pidan que elija al punto un director de conciencia. No permite la menor dilación y tienen que buscar a la princesa, que se halla ya acostada. Pero ella, a pesar de su humillante posición y de su temprana edad, es absolutamente consciente de sus derechos y deberes. Cuando el señor de Linières espera que la hija sumisa responda que hará en eso como en todo la voluntad de su señor, oye la respuesta mesurada y prudente de la futura santa: "Necesito reflexionar antes de decidir un asunto tan importante; mañana contestaré". El rey acató con deferencia la decisión de su hija y a la mañana siguiente, después de la misa, la niña anunció con naturalidad que el padre Juan de la Fontaine, franciscano, sería su confesor.

Luis XI, que no deseaba lo más mínimo encontrarse con su hija, se preocupaba no obstante de su porvenir, mejor dicho, había decidido meterla en uno de sus engranajes políticos a los que tanto acostumbraba. Un hombre que no tenía el menor escrúpulo en hacer y deshacer matrimonios a su antojo, que forzaba realmente a sus súbditos a que se casasen con quien él decidía, era natural que siguiera la misma costumbre al tratarse de su propia hija. Casi desde el nacimiento de Juana, el rey de Francia concertó su matrimonio con Luis de Orleáns, hijo del duque Carlos de Orleáns y de María de Clèves, su más próximo pariente en todo el reino, y a quien concedió el honor de ser su padrino. Pero aún le pareció poco tener por ahijado al pequeño duque y, queriendo evitar disgustos por medio de esa rama poderosa de la familia, pensó convertirlo en su yerno para tenerle más en mano. Los años pasaron y en toda Francia empezó a susurrarse que la segunda hija del rey era jorobada y coja, rumor que, naturalmente, llegó al castillo de Blois, donde Luis de Orleáns, el futuro Luis XII, huérfano ya de padre, llevaba una vida de lujo y de placer al lado de su madre, terrible contraste con la vida monótona y triste de su prometida. Al recibir María de Clèves al emisario del rey que le notificaba la ratificación de los esponsales entre su hijo y la princesa Juana, creyó que se trataba de un error y que la futura duquesa sería Ana, la hija mayor del rey, pero, al ver con sus propios ojos el escrito de Luis XI, exclamó midiendo toda la tragedia que se avecinaba: "La casa de Orleáns está perdida". Y en seguida, majestuosamente, se negó en rotundo. Para Luis XI no suponía nada la negativa, más aún: la repugnancia de los Orleáns. El monarca llegó a amenazar con la muerte al joven duque y en estas condiciones, mientras la infeliz Juana no sospechaba lo más mínimo y, mujer al fin, esperaba con ilusión la felicidad al lado del esposo que todo el mundo alababa por sus maneras afables y corteses, se decidió la boda para el 8 de septiembre de 1476 en la capilla de Montrichard. Todavía un momento antes de la ceremonia, a la que el rey no se dignó asistir, el obispo, preocupado,

preguntó al duque de Orleáns: "Monseñor, ¿estáis decidido a pasar por todo?", a lo que el joven respondió: "Se me hace fuerza, no hay remedio". Y se efectuó la triste ceremonia en la que el novio no tuvo ni una mirada, ni una palabra para la pobre princesa, que empezaba a comprender que aún le esperaba un calvario más amargo, que tenía que seguir realizando el nombre que le aplicarán más tarde: la cenicienta de los Valois.

La vida no cambió para Juana; únicamente lo que antes era como una espera de algo, se convirtió en una realidad sin esperanzas. De cuando en cuando, por orden expresa del rey, va Luis a visitar a su esposa, pero apenas se hablan ni se ven. Cada vez renace la esperanza en el corazón de la mujer que siempre amó a su marido, y de nuevo la triste realidad, la amarga desilusión. En cuanto a su padre, una vez le verá antes de morir el rey, para sufrir aún más amargamente al comprender el estupor de aquella mirada, pues nunca creyó Luis que era tanta la deformidad de su hija. Ella le quería y le admiraba, pero no pudo quedarse con él y tuvo que volver a su soledad mientras veía, sin ninguna envidia de su parte, a su hermana Ana objeto de las complacencias de su padre. Luis XI muere asistido por San Francisco de Paula y la vida de Juana va a cambiar al subir al trono su hermano Carlos VIII, que la aprecia y quiere tenerla cerca de él. Pero otra prueba la espera: durante la minoría de Carlos, es Ana de Beaujeu, la hermana mayor, la que llamaron "el rey de Francia", la que tiene las riendas del gobierno. El duque de Orleáns, levantisco y rebelde, aunque muy querido de su cuñado, se mete en varios movimientos contra la corona y es detenido y apresado. Juana emplea toda su diplomacia y todo su corazón para obtener el perdón del que tanto la martiriza a ella. En una ocasión va a verle al calabozo y su marido se vuelve del otro lado, molesto, sin tener una mirada de agradecimiento para la santa y sufrida mujer que tanto hace por él. Pero la fortuna es cambiante y movediza y cuando Luis de Orleáns ve venir a los emisarios reales, creyendo que le traen una nueva orden de detención, estupefacto los ve doblar la rodilla, llamarle señor y comunicarle el fallecimiento repentino de su cuñado y la noticia de que en un momento ha pasado a regir los destinos de Francia.

¿Será Juana la reina como parece de todo derecho? Dios le reserva aún una cruz más pesada antes de coronar la obra sublime de su santificación: los trámites de la anulación del matrimonio, que había comenzado Luis ocultamente, van a apresurarse ahora. De las causas alegadas en favor de la anulación, las dos de más valor son: la fuerza exigida al esposo y la no consumación del matrimonio. Sobre el primer argumento se encuentra una carta escrita de puño y letra de Luis XI a Antonio de Chabannes, gran dignatario del reino, en la que, además, da por hecho que Juana no podrá tener descendencia. En cuanto al segundo, ante el desacuerdo de las partes, Luis XII tiene que hacer juramento público de la no consumación del matrimonio. Por ese mismo hecho, Alejandro VI extiende la Bula de anulación y en seguida el rey contraerá matrimonio con Ana de Bretaña, la viuda de Carlos VIII.

¿Y Juana? Para darle la noticia se reúnen sus buenos amigos el cardenal de Luxemburgo y el obispo de Albi con su confesor, que se lo comunica como en broma. Ella lo comprende al punto y por un momento se siente desfallecer y temblar. Más tarde descubrió un secreto a su confesor: "En ese momento Dios le concedió la gracia de comprender que Él así lo permitía para que realizase un gran bien. Y que ahora, sin sujeción a ningún hombre, podría hacerlo plenamente".

Por orden del rey, la que debía haber sido reina se convertía en duquesa de Berry y fijó su residencia en Bourges. Entonces decidió poner en práctica lo que oyó en su oración cuando era niña: fundar una Orden religiosa en honor de la Santísima Virgen. Varias muchachas jóvenes, con deseo de vida religiosa, se reunieron con ella y, después de muchas vicisitudes, Alejandro VI aprobó la regla de la nueva Orden de la Anunciación, justo cuando alboreaba el siglo XVI. En realidad ella era la fundadora, pero siguió viviendo en el mundo y gobernando sus estados de Berry. Hizo, no obstante, su profesión religiosa el 26 de mayo de 1504 y siempre fué un ejemplo y una madre para sus hijas, que la veneraban ya como santa. El Señor juzgó que pronto debía dar el premio a una vida tan llena de sufrimientos y trabajos y en febrero del año siguiente, después de haber dado sus últimos consejos a su confesor y a sus hijas, descansó en la paz del Señor.

Desde el principio fué venerada como santa en Bourges y luego en toda Francia; los milagros se suceden alrededor de sus despojos mortales; el 13 de enero de 1632 se introduce la causa de beatificación; en 1742 se aprueba el culto público y se la declara beata. Después la causa parece sumirse en un profundo letargo, hasta que un milagro notabilísimo la hace resurgir en 1932 y culmina con la canonización solemne el día de Pentecostés de 1950 en que Pío XII quiere glorificar a Francia y a la Iglesia entera con esta nueva y esplendorosa joya: Santa Juana de Francia.

ALMUDENA GARCÍA MORENTE.

BIBLIOGRAFIA

ATTICHY, L. D', *Tableau sacré de la sainte vie et mort, vertus et miracles de Jeanne de France* (París 1625).

FLAVIGNY, *Une fille de France* (París 1896).

CAGNAC, M., *La bse. Jeanne de Valois* (París 1930).

REDIER, A., *Jeanne de France* (París 1946).

LEVIS-MIREPOIX, *Ste. Jeanne de France, fille de Louis XI...* (París 1950).

GREUTE, MGR., OB. DE MANS, *Ste. Jeanne de France. Les épines d'une couronne:* "Rev. Deux Mond.", 1 Mars 1952.

SANZ BURATA, L., *Juana de Valois, Reina de Francia...:* "Ecclesia", 27 mayo 1950.

SAN JUAN DE BRITO

(† 1693)

El jesuíta misionero, San Juan de Brito, nació en Lisboa el 1.º de marzo de 1647. Era hijo de Salvador de Brito Pereira, más tarde gobernador de Río de Janeiro y del Brasil, y de doña B. Pereira, familia noble y piadosa al servicio de los duques de Braganza. Fué martirizado por la fe de Cristo en Urgur de la India, el 4 de febrero de 1693.

Su hermano y biógrafo, Fernando Pereira de Brito, nos comunica muy pocas noticias sobre la infancia de Juan de Brito en su *Historia del nacimiento, vida y martirio del venerable P. Juan de Brito,* de la Compañía de Jesús, mártir del Asia y protomártir de la Misión del Maduré". Era

de frágil salud, inteligente y sosegado. En cumplimiento de una promesa, y también por gusto, siendo todavía pequeño, vistió la sotana de la Compañía de Jesús durante un año entero en el palacio de Juan IV, donde era paje del infante don Pedro y, más tarde, del rey de Portugal. De ahí que lo designaran con el mote de "apostoliño", pues los jesuítas eran llamados *apóstoles* en Portugal.

Así, pues, vistiendo ya la sotana de la Compañía de Jesús, entró en el noviciado en la fiesta de Navidad y continuó los estudios en Evora. Su debilidad era tan grande que llegó a arrojar sangre por la boca. De Evora partió para Coimbra a fin de cursar allí la filosofía, hasta que fué trasladado al colegio de San Antonio de Lisboa, donde enseñó humanidades. Su madre, viuda desde hacía mucho tiempo, tuvo mucha dificultad en dejarlo partir a lejanas tierras; pero, esto no obstante, embarcó él con grandes ánimos para la Misión del Maduré en la India oriental, el 25 de marzo de 1673. Contaba entonces veintiséis años de edad. Detúvose algún tiempo en Goa para terminar los estudios teológicos, llevando en este tiempo una vida de gran austeridad; no usaba cama para dormir; no comía carne ni pescado, sino solamente legumbres, hortalizas, frutas, arroz y leche, adiestrándose de este modo para la vida misionera y sufriéndolo todo por amor de Cristo.

En 1674 dió comienzo a su gesta misionera a través de la India, empezando por el Malabar. Vestido de asceta, con los pies hinchados por el mucho caminar, llevando consigo algunos libros para sus controversias con los paganos y una piel de tigre para sentarse y para dormir, recorrió los reinos de Ginje y Tanjaor; estuvo en la Costa de la Pescaría y en Travancor, disputó con los brahmanes e hindúes, sufrió persecuciones, estuvo preso, fué atormentado y convirtió millares de infieles.

Como Nóbili y otros jesuítas del Maduré, vestía a manera de *saniasi*. Con más exactitud: San Juan de Brito escogió la clase religiosa de los *pandarás-suamis,* es decir, penitentes de orden inferior, a quienes se permite tratar con varias castas de la India, con lo cual podía extender su apostolado a un círculo más amplio de personas. Pero él decía simplemente que era un *saniasi* romano. Y ésta es precisamente una de sus glorias: desprenderse, por muy doloroso que fuera, de su occidentalismo y meter a Cristo

en las duras prácticas ascéticas de los anacoretas y penitentes de la India, y esto no sólo como medio pedagógico o apostólico de conquista, sino también para gustar el sacrificio por Cristo. De esta manera, no comía carne ni huevos, no bebía vino; practicaba muchos ayunos, andaba constantemente vestido de cilicio, y tomaba sangrientas disciplinas.

Dominando así la cultura brahmana, estudiando y orando, anduvo de un territorio a otro, vestido de una túnica de cuero entre roja y amarilla, sometiéndose a los ritos sociales de los bonzos brahmanes, pero sin caer en sus errores. Sin embargo, algunas personas de mirada estrecha lo acusaron de heterodoxia a causa de este modo de obrar, y esto le hizo sufrir mucho.

Notemos otra característica de su personalidad, que podemos designar como *humanismo religioso:* poseía unas maneras agradables; gustaba de leer y escribir cartas a personas amigas, y aun mostraba cierta *galantería,* según testifica el padre Antonio Franco. Sabía sonreír y ser amable, interesarse por los sobrinos; decir al hermano que no lo tratase como *muy reverendo* ni como *señor,* etc. Todavía en la víspera de su muerte, tuvo suficiente serenidad para deshacer en el agua un pedazo de carbón y escribir desde la cárcel una última carta. Escuchemos las últimas palabras de esta carta. "Adiós, buen amigo Fevereiro, 3 de 1693. Sirva ésta para todos los Reverendos Padres. Este año bauticé a cuatro mil."

Era su último grito de alegría: en aquel año había bautizado cuatro mil almas.

Mucho peregrinará por amor de Cristo. Recorrerá a pie los caminos de la India; embarcará para Europa en 1687 en busca de misioneros y de subsidios y asimismo para dar cuenta sobre el estado de las misiones. Vientos contrarios lleváronlo a las costas del Brasil, de donde navegó a Portugal hasta entrar por la barra del Tajo. Allí habló con el rey; obtuvo dinero para sus catequistas y regresó nuevamente a la India, volviendo a la Misión del Malabar. Ahora va a morir en Urgur, después de ver quemar las iglesias y saquear las casas de los cristianos.

El 4 de febrero de 1693, lo llevaron a una colina sobre el río Pamparru; arrodillóse él para rezar, mientras el verdugo afilaba la cuchilla. De este modo permaneció una media hora. Después levantóse, sonrió y entregóse a

los verdugos en medio de mucho polvo. Hiciéronle sentar; le ataron las manos y sus grandes barbas, y seguidamente le cortaron la cabeza, y luego las manos y los pies. Al caer San Juan, quedó de costado con los ojos abiertos y las piernas extendidas. Luego, con los miembros mutilados atados al tronco, fué levantado sobre un palo. Al cabo de ocho días, todo cayó, y la cabeza rodó por la pendiente hasta sumergirse en el río, donde fué arrastrada por la corriente. Las fieras devoraron el cuerpo del mártir, de quien muy pocas reliquias se salvaron.

Para él, el día de la muerte fué el día más bello de su vida. Sentía ansias del martirio hacía ya muchos años, y ya el 22 de julio de 1691, escribía al padre Manuel da Costa: "Dicen ahora que en Marava se ha dicho que esperaban prenderme y cortarme la cabeza y así poner término a la predicación del Evangelio en sus tierras. Si así lo han de hacer, ¿para qué hablar? Iremos, pues, pronto al cielo". Y de hecho así sucedió. Bien pronto entró en el cielo a ver a Dios.

Fué beatificado en 1852 y canonizado el 22 de junio de 1947.

MARIO MARTÍNS, S. I.

BIBLIOGRAFIA

COIMBRA, M. DE, *Breve relação do illustre martirio do V. P. João de Brito* (Lisboa 1695).
PEREIRA DE BRITO, F., *Historia do nascimento, vida e martirio do Ven. P. João de Brito* (Coimbra 1722).
BEAUVAIS, G. F. DE, *La vie du V. P. Jean de Brito* (Paris 1746).
PRAT, J. M., *Histoire du Bienheureux Jean de Brito..., composée sur les documents authentiques* (Paris 1853).
Cf. "Brotéria", vol.44 (1947) p.833s.
MORESCHINI, C. A., *San Giovanni de Britto* (1948).

5 de febrero

SANTA AGUEDA, VIRGEN Y MARTIR

Santa Agueda, una de las vírgenes y mártires cristianas más populares de la antigüedad, aparece ante nosotros con una aureola de heroísmo y de santidad tan atrayente, que no es extraño haya dado motivo a la más felices leyendas que ha ido agrupando a su alrededor durante siglos la devoción siempre creciente de los fieles. Las Actas de su martirio, como lo demuestra el crítico francés P. Allard, no responden siempre a una veracidad histórica. Con todo, en ellas encontramos los pasos principales, confirmados también por otros testimonios, de la vida y martirio de la noble virgen siciliana.

Nacida en Catania o en Palermo hacia el año 230, de nobles y ricos padres, dedica su juventud al servicio del Señor, a quien no duda en ofrecer no ya sólo su vida, sino también su virginidad y las gracias con que profusamente se veía adornada. Agueda, como Cecilia, Inés, Catalina..., prefiere seguir el camino de las vírgenes, dando de lado las instituciones y promesas que pudieran ofrecerle sus admiradores.

Le ha tocado vivir, por otra parte, en tiempos de persecución, y más ahora, cuando en el trono de Roma se sienta un príncipe ladino, Decio, que pretende deshacer en sus mismas raíces toda la semilla de los cristianos, harto extendida ya en aquel entonces por todos los ámbitos del Imperio. Decio, "execrable animal", como le llama Lactancio, comprende la inutilidad de hacer tan sólo mártires entre los cristianos, y pretende ahora organizar en manera sistemática su total exterminio. Inventa nuevos artificios y seducciones; se ha de emplear el soborno y los halagos. Después, en caso de negarse, la opresión, el destierro, la confiscación de bienes y los tormentos. Sólo, como en último recurso, se les había de condenar a muerte.

Por el año 250 hace que se publique un edicto general en el Imperio, por el que se citan a los tribunales, con el fin de que sacrifiquen a los dioses, a todos los cristianos de

cualquier clase y condición, hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Es suficiente, para quedar libres, que arrojen unos granitos de incienso en los pebeteros que arden delante de las estatuas paganas o que participen de los manjares consagrados a los ídolos. Al que se negara, se le privaba de su condición de ciudadano, se le desposeía de todo, se le condenaba a las minas, a las trirremes, a otros tormentos más refinados y a la misma esclavitud. El intento del emperador, al decir de San Cipriano, no era el de no "hacer mártires", sino "deshacer cristianos", con todos los malos tratos posibles, pero sin el consuelo de la condenación y de la muerte. Esto se vino a hacer con nuestra santa, Agueda, que por entonces residía en Catania, donde mandaba, en nombre del emperador, el déspota Quinciano, gobernador de la isla de Sicilia.

Si hemos de creer a las Actas, ya de antes Quinciano, el procónsul, se había enamorado de Agueda, "cuya belleza sobrepujaba a la de todas las doncellas de la época". Esta había rechazado siempre sus pretensiones, y ahora el desairado gobernador se prometía reducirla intimándola con la persecución y los tormentos a que se hacía acreedora por su constancia en defender la religión cristiana.

Obedeciera o no a esta medida, el hecho es que Agueda, como tantos cristianos de la isla, fué llevada ante el tribunal para que prestara también su sacrificio a los dioses. La Santa no teme a la muerte, pero le hacen temblar los infames propósitos del gobernador para hacerla suya. Decidida y llena de fe y de confianza, ofrece de nuevo al Señor su virginidad y se prepara para el martirio.

No eran éstos, sin embargo, los propósitos inmediatos del procónsul que, para forzar su voluntad e intimidarla, la pone en manos de una mujer liviana y perversa, y en compañía de otras de su misma deplorable condición. Durante treinta días estuvo la Santa sufriendo duramente en su sensibilidad, pero no pudieron desviarla de seguir en su propósito de esposa de Jesucristo.

Desengañado, el procónsul manda llamar a Agueda a quien increpa ásperamente: "Pero tú, ¿de qué casta eres?" "Aunque soy de familia noble y rica—le contesta—, mi alegría es ser sierva y esclava de Jesucristo".

Quinciano se enfurece. Le hace ver los castigos a que

la va a condenar si sigue en su decisión, como a un vulgar asesino; la vergüenza que con ello vendría a su familia, la juventud, la hermosura que va a desperdiciar...

"¿No comprendes, le insinúa, cuán ventajoso sería para ti el librarte de los suplicios?"

"Tú sí que tienes que mudar de vida, le responde, si quieres librarte de los tormentos eternos."

Desarmado ante tal fortaleza, Quinciano manda la sometan al rudo tormento de los azotes, y ya despechado, sin tener en cuenta los sentimientos más elementales de humanidad, hace que allí mismo vayan quemando los pechos inmaculados de la virgen, y se los corten después de su misma raíz.

Deshecha en su cuerpo y en los espasmos de un fiero dolor, es arrojada la Santa en el calabozo, donde a media noche se le aparece un anciano venerable, que le dice dulcemente: "El mismo Jesucristo me ha enviado para que te sane en su nombre. Yo soy Pedro, el apóstol del Señor". Agueda queda curada, da gracias a Dios, pero le pide a su vez que le conceda por último la corona del martirio.

Pronto el gobernador la vuelve a llamar a su tribunal.

—¿Quién se ha atrevido a curarte?

—Jesucristo, Hijo de Dios vivo.

—¿Aún pronuncias el nombre de tu Cristo?...

—No puedo—le responde decidida—callar el nombre de Aquel que estoy invocando dentro de mi corazón.

Quinciano quiere tentar la última prueba. Allí mismo prepara una hoguera de carbones encendidos y hace extender el cuerpo desnudo de la Santa sobre las brasas. En esto, un espantoso terremoto se extiende por toda la ciudad. Mueren algunos amigos del gobernador. El pueblo mismo se solivianta. Y entonces Quinciano manda se lleven de su presencia a la heroica doncella, que está casi a medio expirar. Cuando la vuelven a meter en el calabozo, su alma se le va saliendo por las heridas, y después de balbucir: "Gracias te doy, Señor y Dios mío", descansa tranquila en la paz de su martirio y de su virginidad. Era el 5 de febrero del año 251, último de la persecución de Decio.

Los cristianos recogen sus reliquias y pronto se extiende por todas las cristiandades la fama de su heroísmo. Con la paz de la Iglesia, escriben de ella los Padres y Doc-

tores y son numerosos los templos que van levantándose por todas partes en su honor. En el pueblo queda prendida la llama de su constancia y de su martirio, llegando a ser su devoción una de las más extendidas de todos los tiempos.

Las reliquias de Santa Agueda reposaron en un principio en Catania, pero ante el temor de los sarracenos fueron llevadas por un tiempo a Constantinopla, de donde se rescataron por fin en el año 1126. Hoy se veneran todavía en la misma ciudad que fuera testigo de su martirio.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 5 de febrero, una serie de documentos: *pasión* de la Santa; poema de ALDHELMO; otra pasión métrica, etc.; sobre todo, un discurso atribuido a SAN METODIO de Constantinopla.

ALLARD, P., *Histoire des persécutions*, II p.301s.

TILLEMONT, *Mémoires...*, III p.409s.

KIRSCH, P., artículo en "Cath. Encyclop.". Asimismo, artículos en "Dict. Arch. Lit.", y "Dict. Hist. Géogr.".

CONSOLI, B, G., *Santa Agata* (1951).

LOS MARTIRES DE NAGASAKI

(† 1597)

—¿Y toda la tierra aquí señalada pertenece al rey de España?

—¡Claro que sí—respondió un contramaestre español extendiendo orgulloso un mapa del mundo—y conquistada con el valor de sus armas!

—¿Y cómo es posible, si los soldados de vuestros barcos son muy pocos?

—Señor—volvió a responder el contramaestre—, primero se envían a predicar misioneros y después llega la armada vencedora.

Quizá pocas veces unas palabras dichas falsamente a voleo habrán dado ocasión a tan desastrosas consecuencias. La jactanciosa afirmación tardó muy poco en llegar a oídos de Taikosama, emperador del Japón, que, con fingida indignación, instigado por las maquinaciones de los *bonzos*,

especialmente por el envidioso Jacuin, decidió aprovecharlas como pantalla de sus predeterminados planes de aniquilación de la "religión occidental".

A la llegada de San Francisco Javier a Japón, aquel gran Imperio, fomado por numerosas islas, no estaba bajo la jurisdicción de un solo emperador, sino que se encontraba dividido en sesenta y seis pequeños feudos, todos ellos independientes entre sí y ordinariamente en no muy cordiales relaciones.

En el invierno de 1551, fecha de partida de Javier para la India, el número de japoneses cristianos ascendía a 2.000, juntamente con dos príncipes de los más poderosos del país. La obra evangelizadora, secundada por sus inmediatos sucesores, fué creciendo rápidamente con ritmo optimista. A los veinte años de la breve estancia del Santo en el Japón, toda la isla de Amakusa era cristiana con su rey Miguel, añadiéndosele después los reyes de Bungo, Arima y Goto. Templos cristianos fueron construídos en varias provincias y las escuelas y los colegios católicos empezaron a cobrar importancia. En Kyushu, sólo en dos años fueron bautizados más de 70.000 japoneses, entre los que figuraban altos jefes civiles y militares. A la venida del padre Valiñano, S. I. (1579) en calidad de visitador, el Imperio del Sol Naciente contaba con 150.000 cristianos y 54 jesuítas, 22 de los cuales eran sacerdotes. Las alabanzas de Javier sobre la buena disposición de los "japoneses" para recibir la fe de Cristo no eran puras ilusiones de exaltado, sino auténtica clarividencia de profeta.

Pero el camino ancho y fácil no ha sido nunca la vía elegida para acercarse a Dios los hombres. El Japón, como antes el Occidente pagano, tropezó pronto con graves dificultades que le incluían sangrientamente en la economía tradicional del evangelio de un "crucificado".

En 1582 la geografía política del Japón recibió una terrible sacudida, que le costaba, primero, el trono al rey Nobunaga y después al cabecilla del partido de la oposición, Akechi, que moría asesinado al poco tiempo. De la desorientación reinante entre ambas facciones supo sacar provecho un antiguo leñador, Hideyoshi, que había obtenido los más altos cargos del ejército. Grandes dotes de gobierno, firmeza y audacia sin escrúpulos de ninguna clase, fueron los escalones que le ascendieron rápidamente hasta el poder.

Desde los primeros momentos se mostró favorable para la nueva religión y sus predicadores, pero poco a poco su vida licenciosa privada le llevó a odiar a esa "religión extranjera" que condenaba sus bestiales pasiones. En julio de 1587, escuchando las insinuaciones del *bonzo* Jacuin, decretaba la inmediata deportación de todos los misioneros y la demolición de los templos y escuelas cristianas, en el plazo de veinte días.

Sin embargo, la prudente conducta de los misioneros evitó, por el presente, derramamiento de sangre. La iglesia de Japón empezaba en este caluroso verano de 1587 su "primera época de catacumbas". Los jesuítas se vistieron a la japonesa y fueron suprimidas las manifestaciones públicas del culto.

El emperador, a pesar de estar informado de estas actividades clandestinas, "se contentaba—escribe el padre Froes, S. I., provincial entonces de los misioneros—con vernos retirados en esta forma, sin atreverse a descubrirnos y castigarnos como a transgresores de sus órdenes". Quizá también por miedo a estropear el frecuente y productivo comercio con españoles y portugueses.

En este peligroso *statu quo* en que se encontraban las relaciones de los cristianos del Japón, desembarcó la primera expedición de franciscanos procedente de Filipinas. Desde el primer día, con admirable celo se dedicaron los nuevos misioneros a la predicación y a las obras de caridad con pobres y enfermos, cosechando rápidamente abundante fruto espiritual entre los paganos. Levantaron iglesias, hospitales, etc. Gentes de todas clases sociales acudían para presenciar aquellos maravillosos espectáculos de caridad y ver a los frailes vestidos miserablemente y cuidando maternalmente a los pobres leprosos. "Dichosos frailes que tan buen Dios tenéis y tan santa ley predicáis", decían muchos presentes, según fray Ribadeneira, O. F. M., miembro de la primera expedición.

La bondad de los santos frailes se ganó pronto la simpatía de todos, aun del mismo emperador, que fué olvidándose cada vez más del exterminador edicto y mostrándose inofensivo para los legalmente proscritos cristianos.

Sin embargo, todo vino a resultar "calma precursora de tormenta"...

En noviembre de 1596, nueve años después del edicto, el galeón español *San Felipe*, en ruta desde Manila a Nueva España, tuvo una arribada forzosa en las costas de Urando, empujado por una tormenta. Nobunaga, conocedor de la formidable mercancía y de su estupendo armamento, dió inmediatamente órdenes de expropiación, a pesar de las protestas del capitán español, don Matías Landecho. Entre las cosas expropiadas figuraba un mapa marinero y a la vista del cual se desarrolló la escena referida al principio. Para encubrir este robo y violación, el emperador acusó a los frailes de predicar la fe cristiana, en contra de sus órdenes expresas, y tachó la arribada forzosa de premeditados planes militares de invasión española, aprovechando las inconsideradas palabras del citado contramaestre. De nada sirvieron las explicaciones y las embajadas. La misma noche del 8 de diciembre de 1596 ordenaba al gobernador de Osaka el encarcelamiento de los misioneros y de sus adeptos.

La promulgación del nuevo edicto en Meako y Osaka produjo una impresión desconcertante entre los millones de paganos, que no entendían la nueva y extraña manera de comportarse de estos "perros cristianos". Según todas las crónicas, más parecía que se había publicado un edicto de coronación y gloria que de muerte. Las calles se llenaban de grupos de cristianos que, con extraordinarias muestras de alegría, corrían a las casas custodiadas de los misioneros para ponerse a sus órdenes, ofreciendo sus bienes y sus vidas, orgullosos de poder confesar con su sangre la fe de Cristo. Como escribía San Pedro Bautista, O. F. M., superior de los franciscanos en el Japón y uno de los mártires: "Bendito sea Dios y Padre de N. S. J... por hacernos esta merced de padecer con alegría por su amor. El Señor dé a V. C. su divino espíritu, porque no hay lugar de escribir más..." Al poco tiempo moría crucificado.

Hasta los niños no se acobardaban al ver la fortaleza de los mayores. En Nagasaki un niño preguntó a un misionero si todos los cristianos debían morir.

—Sí—contestó el misionero—, y ¿qué harás tú cuando se enteren que eres cristiano?

—Así—contestó el pequeño, poniéndose de rodillas y bajando la cabeza.

—¿Y qué le dirás al verdugo, cuando vaya a matarte?

La pobre criatura se echó a llorar porque creía que era necesario decir algo especial y él no sabía...

—Diré ¡Jesús, María! ¡Jesús, María! Hasta que me hayan cortado la cabeza...

Pero el emperador Taikoama meditaba fríamente sus planes. Aconsejado por el gobernador Gibunoshi de los prejuicios económicos que se seguirían de una ruptura de comercio con las naves portuguesas, restringió a última hora la extensión del edicto a "sólo los que han llegado de Filipinas y a sus acompañantes". En la lista de ejecución quedaban, por tanto, únicamente cinco franciscanos de Meako, 15 japoneses bautizados por los frailes y otro franciscano con dos cristianos de Osaka. A los cuales se añadieron otros tres japoneses, encontrados en casa de los jesuítas de Osaka: Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai.

A pesar de las gestiones ante el gobernador, alegando que éstos no estaban legalmente incluídos bajo el edicto, "la lista ya está en poder del emperador", respondió secamente. Los dos últimos se hubieran podido librar, además, manifestando que no pertenecían a la Compañía de Jesús, pero prefirieron aprovechar esta ocasión del martirio y pidieron al padre Provincial ser admitidos en la Orden.

El día 3 de enero, los mártires fueron conducidos a la parte inferior de la ciudad de Meako y se les cortó la mitad de la oreja izquierda. Después, las víctimas, de tres en tres en las carretas, recorrieron las calles de la ciudad, precedidas del edicto de muerte. Al día siguiente emprendieron la sangrienta marcha hacia Nagasaki. El plan del emperador era infundir terror en los japoneses hacia el cristianismo. Pero el resultado fué asombrosamente contrario. Su presencia dolorosa por pueblos y ciudades era una exposición sublime de heroísmo y fidelidad, y en sus cuerpos mutilados resplandecía la grandeza de la fe y el valor de los cristianos.

El gobernador de Nagasaki se hizo cargo de la ejecución. Al recibir a los condenados y encontrarse entre ellos con su íntimo amigo, Pablo Miki, maldecía el san-

guinario edicto que le obligaba a tal crimen. "Mi muerte no es digna de llanto—le contestó el mártir—sino de envidia. Muero por predicar la ley del Dios verdadero y la única salvación."

El lugar señalado para la ejecución fué la colina situada enfrente de la ciudad, que actualmente se venera como *Colina de los Mártires*. Las cruces fueron enfiladas y se había señalado el orden de los mártires para que todos supieran en dónde se hallaba la víctima que más le interesaba.

La cruz japonesa consta de dos travesaños clavados a un tronco y el reo queda sujeto por medio de cinco anillos de hierro, que le aprisionan las manos, los pies y el cuello. La muerte se produce con dos lanzas que, entrando por los costados, se cruzan en el pecho y salen por los hombros.

A la señal del capitán las veintiséis cruces fueron izadas y quedaron alineadas mirando a la ciudad. Y entonces, mientras iban ascendiendo en el patíbulo, en el valle de Nagasaki empezaron a resonar las voces gloriosas de los testigos de Cristo, que se acercaban a las puertas de la muerte con un sublime *Te Deum*, de acción de gracias.

La *Colina de los Mártires* está de pie todavía ante el Japón y ante el mundo entero, como una custodia de sangre cuajada con los dolores de estos 26 mártires de Nagasaki, fusión mística y redentora de los primeros misioneros franciscanos y jesuítas en la gran empresa del Reino de Cristo.

ANTONIO GONZÁLEZ MOLINA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 5 de febrero.
MURDOCHI, J., *A history of Japan*, II (Londres 1925).
BAYLE, C., *Un siglo de cristiandad en el Japón* (Barcelona 1935).
FROIS, L., S. I., *Relación del martirio de los veintiséis cristianos en Nagasaki* (Roma 1935).
RIBADENEYRA, M. DE, *Evangelización de Filipinas y Japón* (Madrid 1947).
LAURES, J., *The Catholic Church in Japan* (Tokio 1954).

6 de febrero

SAN TITO, OBISPO

(S. I)

De San Tito no tenemos otras noticias que las que San Pablo nos suministra; y a los datos del Apóstol hemos de acordar su biografía. El primer dato sobre Tito lo encontramos acompañando a San Pablo a Jerusalén con Bernabé. El objeto del viaje fué defender Pablo el Evangelio de Jesucristo frente a los doctores judíos que querían someter a los conversos a las ceremonias legales del Viejo Testamento, murmurando de San Pablo porque se oponía a semejante servidumbre. Hacía catorce años que Pablo se había ausentado de la ciudad santa donde estuvo a raíz de su conversión, tres años después de la misma. El viaje obedecía a una "revelación" que tuvo, donde se le ordenó subir allá a verse con las "columnas de la Iglesia", como llamaban a San Pedro, San Juan y Santiago, a fin de confrontar su predicación con la de ellos; estando acordes en todo, en señal de lo cual se dieron las manos, a Pablo y a Bernabé se entiende, y no a Tito porque era gentil.

Los enemigos de San Pablo pretendían que los conversos se circuncidaran, ya que le oyeron decir que los cristianos no estaban obligados a aquella ceremonia. Furtivamente espiaban a Pablo en estas predicaciones, y fué tal la defensa que hizo de su nueva teología, que "ni aun Tito, que me acompañaba, con ser gentil, fué obligado a circuncidarse" (Gal. 2,3). No era, pues, Tito judío. ¿Dónde o en qué poblado o ciudad había nacido? ¿Creta, Corinto, Antioquía? Es inútil discurrir a este respecto. Era sencillamente, gentil. ¿Por qué, siendo gentil, acompañó a San Pablo? La palabra "gentil" se usaba para denominar a los griegos, según algunos expositores. En aquel entonces, Tito era cristiano. Venía del "gentilismo", pero era cristiano, razón por la cual, juzgándose los judíos cristianos representantes de las dos leyes, la judía y la cristiana, pretendían que los conversos aceptasen la cir-

cuncisión, sosteniendo que sin ella no podían salvarse (Act. 15). El punto de partida de San Pablo para este viaje a Jerusalén fué Antioquía, donde había muchos discípulos del Señor. El y Bernabé "se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos" (Act. 14,28). Apareciendo Tito con ellos en Jerusalén, por deducción, Tito debió ser antioqueno, convertido por San Pablo a la fe, tomándole desde entonces por "socio" y "coadjutor" suyo.

Como sujeto de toda garantía espiritual y de un celo grande semejante al suyo, San Pablo encomienda a Tito, en su tercer viaje a Tiro, Patara, Rodas, Esmirna, Tróade, Filipos, Tesalónica, Efeso, Antioquía, dos misiones delicadísimas a los corintios: la primera desde Efeso y la segunda desde Macedonia. Los corintios fueron evangelizados por San Pablo. Les cobró el Apóstol un cariño y una solicitud grandes; pero no faltaron disidentes y traidores a la causa de la fe. Algunos judíos conversos dieron nuevas a San Pablo del mal espíritu de algunos, y los mismos fervorosos cristianos le dirigieron una carta enterándole de los pecados y disensiones entre ellos. Ya en sus comienzos se vió en la necesidad de salir precipitadamente de Corinto porque los judíos le acusaron ante Galión, procónsul de Acaya, de que Pablo "persuade a los hombres a honrar a Dios contra le ley", la ley antigua (Act. 18,13).

San Pablo hubo de embarcarse navegando a Siria, bajando después a Efeso. En Efeso estaba Tito. Con lo sabido por él mismo, las noticias que fueron llegando después de su partida, la carta que los corintios le dirigieron, consultándole diversos puntos, Pablo escribió su primera carta a los corintios, encomendando a Tito le sirviera de correo, a la vez que de apóstol y encomendero suyo para ver de poner paz entre los corintios y reducirlos a la concordia. El primer punto a coordinar era la división entre los conversos, llamándose unos discípulos de Pedro, otros de Apolo, otros de Cristo y otros de Pablo. "¿Está dividido Cristo? —les dice—. ¿O ha sido Pablo crucificado por vosotros?" (Cor. 1,13). Siendo Corinto ciudad internacional, a ella acudían no solamente los ricos comerciantes, sino los filósofos, los oradores, los sofistas. Vivían pagados de su sabiduría. "Los judíos piden milagros, los griegos sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, más poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos" (ibid. 22-23).

El espíritu de partido, los pleitos entre los conversos, los vicios de la impureza, el incestuoso, etc., son temas de San Pablo. Por sabia que fuera la carta de San Pablo, el intérprete de la misma y el ejecutor había de ser Tito. Qué tino, qué prudencia, qué sabiduría, qué don de gentes necesitaba el discípulo para llevar a cabo la paz y la concordia entre todos volviéndolos al verdadero cristianismo, que era Cristo. Deseando conocer San Pablo el éxito de su carta y de las gestiones de su ardoroso y fiel discípulo, le citó en Tróade a donde se dirigía San Pablo a predicar el Evangelio de Cristo. "En medio de haber abierto el Señor una entrada, no tuvo sosiego mi espíritu, porque no hallé a mi hermano Tito, y así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia" (2 Cor. 11,12-13). La inquietud de San Pablo estaba bien justificada por la ternura que sentía por los nuevos convertidos por él, por la dificultad creada por ellos en asuntos de gravedad y por el miedo que sentía por su querido discípulo, por si no lo habían recibido bien o no había tenido éxito en sus gestiones.

Llegó San Pablo a Macedonia y crecieron sus angustias por nuevas dificultades. Muy grandes debieron de ser. Tito no estaba allí. "Pues así como llegamos a Macedonia, no he tenido consuelo ninguno según la carne, sino que he sufrido toda suerte de tribulaciones; combates por fuera, por dentro temores" (2 Cor. 7,5). Las grandes penalidades del Apóstol en Macedonia tuvieron su recompensa con la llegada de Tito. "Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la llegada de Tito y no sólo con su llegada, sino con el consuelo que de vosotros nos trajo, al anunciarnos vuestra ansia, vuestro llanto y vuestro celo por mí, con lo que creció más mi gozo". La embajada de Tito fué cumplida y triunfante, hasta el punto de que el Apóstol, que se había manifestado duro con los corintios en su segunda carta a los mismos, se sincera un poco de su filípica anterior atenuando su rigor por contraposición al amor que les tiene.

El puro elogio que hace de Tito muestra bien a las claras el valor de su obra apostólica y del tiempo con que llevó a cabo su misión. "Que si en algo me glorié con él de vosotros, no he quedado confundido, sino que así como

en todo os habíamos hablado verdad, así era también verdadero nuestro gloriarnos con Tito. Y su cariño por vosotros se ha acrecentado viendo vuestra obediencia y el temor y temblor con que le recibisteis. Me alegro de poder en todo confiar en vosotros" (ibid. 12,14-16).

Por si había quedado algún leño encendido entre los corintios, y ante las buenas nuevas traídas por Tito, San Pablo les escribe su segunda carta desde Macedonia, confiándola al *mismo* Tito, *queriendo que el que tan buen* éxito tuvo en su primera misión, acabara la obra en la segunda. El empeño era más fácil. Conocían los corintios a Tito y le amaban. Sabían los corintios el celo del discípulo de San Pablo por ellos y le recibirían y atenderían de mejor gana que en la primera. Así aconteció. "Y gracias sean dadas a Dios, que puso en el corazón de Tito esta solicitud para vosotros, pues no sólo acogió nuestro ruego, sino que solicitó por propia iniciativa partir a vosotros" (ibid. 8,16). En esta segunda carta San Pablo cambia su técnica epistolar, manifestándose más humano y comprensivo, en atención a las buenas noticias que Tito le diera de ellos. Les muestra su deseo de ir a verlos, imposible de realizar por entonces, perdona al incestuoso, canta su libertad evangélica y se declara heraldo de la verdad..., hace un resumen de sus padecimientos por el apostolado de Cristo y pregona un elogio a los corintios. "Y así como abundáis en todo, en fe, en palabra, en ciencia, en toda obra de celo y en amor hacia nosotros, así abundéis también en esta obra de caridad" (ibid. 8,7). (Pide a los corintios hagan una colecta por los pobres de Jerusalén). No deja en el tintero su ascendencia judía y farisaica frente a la vanidad de los seudo-apóstoles, a la vez que se absuelve de no haberles sido gravoso en nada ni querer nada para sí. En esta defensa incluye a Tito. "¿Os he explotado acaso por medio de alguno de los que os envié? Yo animé a Tito a ir y envié con él al hermano. ¿Acaso Tito os explotó? ¿No procedimos ambos según el mismo espíritu? ¿No seguimos los mismos pasos?" (ibid. 12,17-18). Flaqueza ha sido en el sacerdocio antiguo el interés. Los nuevos apóstoles suplican algunas limosnas para los pobres, para ellos nada quieren. Tito sigue a San Pablo en su desinterés.

En la segunda carta a Timoteo hay otra alusión a Tito. "Date prisa a venir a mí, porque Demas me ha abandonado por amor a este siglo, desertó del apostolado y se marchó a Tesalónica, Crescente a Galacia, Tito a Dalmacia" (2 Tim. 4,9). ¿Otra misión delicada? Sin duda alguna; porque, al decir San Pablo que "Demas me ha abandonado", haciendo después mención de Crescente y de Tito, no significa que estos dos últimos le abandonaran *también, sino que* hubieron de dejarlo por su misma voluntad. El viaje de Tito a Dalmacia y las razones del mismo las desconocemos. Es un inciso que San Pablo dejó en la oscuridad, mas, conociendo el celo del Apóstol por los cristianos, es de suponer que su envío allá sería por intereses grandes de los conversos y de la Iglesia. Después de su prisión, San Pablo pasó por Creta. ¿Se encontraba en la isla Tito? ¿Acompañaba a San Pablo en su viaje a la isla? Las palabras de San Pablo en la carta que le escribe, desde Nicópolis, en el Epiro, da a entender que Tito trabaja en la viña del Señor de Creta. Dice el Apóstol: "Te dejé en Creta para que acabases de ordenar lo que faltaba y constituyeses por las ciudades "presbíteros" en la forma que te ordené" (1 Tim. 1). "Te dejé en Creta para que acabases de ordenar lo que faltaba..." indicación de que allí trabajaba llevando a cabo una obra que no se había terminado, ordenándole el Apóstol que la "acabara". Fué consagrado obispo de Creta por el mismo San Pablo. En la carta que le escribe le suplica que deje Creta tan pronto como lleguen Artemas o Tíquico, que él enviaba, y fuera a verle en Nicópolis, "lo antes posible, porque tengo el propósito de pasar allí el invierno". Tito le acompañaría en todo este tiempo. Se ha dicho ya que desde Nicópolis le envió a Dalmacia.

Resumiendo la carta que le escribe San Pablo, aparte de ser una distinción muy grande, a la vez propone en ella las perfecciones que ha de tener un obispo presbítero, todo lo cual hace comprender que el modelo vivo de los obispos era Tito: "porque es preciso que el obispo sea inculpable, *como administrador de Dios; no soberbio, ni* iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni codicioso de torpes ganancias, sino hospitalario, amador de los buenos, modesto, justo, santo, continente, guardador de la palabra fiel...", "porque hay muchos indisciplinados, charlatanes, embaucadores, sobre todo, los de la circuncisión, los judíos a los cuales es preciso tapar la boca... Bien dijo uno de ellos, su propio profeta: Los cretenses, siempre embusteros,

bestias malas y glotones" (Epiménedes de Cnosos. Siglo VI a. de J. C.). Vienen después los consejos por categorías según la edad y condición. Finaliza San Pablo la carta dando consejos al mismo Tito: "Evita las cuestiones necias, las genealogías y las contiendas y debates sobre la ley, porque son inútiles y vanas". Un final muy ajustado a la doctrina del Evangelio, en lo social: "...y que los nuestros aprendan a ejercitarse en buenas obras para atender a las necesidades apremiantes *y que no sean hombres infructuosos*". Esta carta se escribió por los años 66-67. Una tradición registrada por el historiador Eusebio afirma que murió de muchos años en Creta, siendo enterrado en la catedral. Siglos después fué trasladado a Venecia, donde descansan sus restos.

ANTONIO GARCÍA FIGAR, O. P.

BIBLIOGRAFIA

Véanse los diversos lugares de SAN PABLO en que habla de Tito. Por ejemplo: 2 Cor. 2,12-13; 7,6.7.13; 8,6; 16,23; 12,18. Las cartas a Timoteo y, sobre todo, al mismo Tito.
Véanse, igualmente, las obras sobre San Pablo de PRAT, LE CAMUS y FOUARD y otras semejantes, en sus pasajes respectivos.
VIGOUROUX, artículo en "Dict. Bibl.", V col.2247s.

SANTA DOROTEA

(† 304)

El maravilloso árbol del cristianismo necesita siempre el riego fertilizante de sangre de mártires. Brotó entre las ondas de un manantial divino en la cima del Calvario. Sus primeros brotes adquirieron vigor y frescura con las rojas oleadas que alzaron las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. En sus tiempos primitivos, como en el siglo XX en que vivimos, el cristianismo se vigoriza, pasan sobre él ráfagas de juventud, se remoza y diríamos que adquiere nuevo optimismo al sentir ese riego que le da encantos de primavera. Fueron entonces los altivos emperadores romanos, más tarde los heresiarcas, vendrán las revoluciones dirigidas por fuerzas satánicas, los gobiernos ateos, el comunismo... Nunca faltarán mártires en la Iglesia de Cristo, testimonios que den su vida en defensa de la fe.

Situémonos al comienzo del siglo IV. Es la era de los mártires. Por todo el Imperio romano corre el huracán de la gran persecución. En el año 303 se han publicado tres edictos imperiales: decretan la destrucción de los edificios religiosos, la quema de las Sagradas Escrituras, la confiscación de los bienes y el encarcelamiento de todos los cristianos. Al comenzar el 304 un nuevo decreto más riguroso impone la muerte de todos los seguidores de la religión de Cristo. Hoy día los procedimientos son distintos, pero idénticos los fines: la guerra a Cristo.

Con el recrudecimiento de la persecución llegaba a la capital de Capadocia, Sapricio, el nuevo gobernador de Cesarea. No pudo pasarle inadvertida una de las más bellas figuras de aquella cristiandad: Dorotea, joven, distinguida, hermosa, con todos los encantos de la bondad, simpatía y dulzura. Era ya conocida entre los cristianos con el nombre de "esposa de Jesucristo". Había desdeñado todos los pretendientes a su mano. El amor a Cristo se había adueñado íntimamente de su alma.

Profundo dolor tenía consternada aquella cristiandad. Dos jóvenes, Crista y Calixta, aterradas ante la perspectiva de los tormentos habían apostatado de su fe. Su cobardía las hizo sucumbir e incensaron a los ídolos. Sapricio, envalentonado con este éxito, llamó a su presencia a Dorotea. Y entre el gobernador y la joven cristiana se entabló uno de esos admirables diálogos que nos han transmitido las *Actas de los Mártires*.

—¿Cómo te llamas?

—Dorotea es mi nombre.

—Te mando que sacrifiques a los dioses según las augustas órdenes.

—El Dios del cielo y de la tierra, que es el Augusto, me manda no servir sino a Él sólo, según está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás". ¿A qué emperador debemos servir, al del cielo o al de la tierra?

—Si quieres salir de aquí sana y salva, deja esas quimeras y sacrifica a los dioses. De lo contrario te abandonaré a la severidad de las leyes y tu ejemplo servirá de escarmiento a los demás.

—Yo quiero dar ejemplo de temer solamente a Dios, a fin de que no se dejen seducir por los hombres.

—Por lo que veo estás resuelta a permanecer en tu religión, insensata, y quieres morir como los otros. Atiende lo que te digo y sacrifica: es la única manera de evitar los tormentos del potro.

—Los tormentos del potro son de unos momentos; los del infierno son eternos. Tengo presentes las palabras de mi Maestro: "No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma, sino temed a quien puede mandar alma y cuerpo a los infiernos".

—Teme a los dioses, que en su cólera pueden perder tu cuerpo y tu alma si no les ofreces sacrificios.

—Sapricio, jamás me persuadirás de que sacrifique a los demonios, que moran en esos hombres cuya vida haría enrojecer el contarla, y cuya muerte es semejante a la de las bestias. Sus almas arden en el infierno y allí irán los que desconociendo a su Creador adoran esas estatuas como a dioses...

Sapricio ordenó a los verdugos:

—Extendedla en el potro; cuando se vea entre los tormentos ya consentirá.

Dorotea responde al momento:

—¿A qué esperáis?

Y a Sapricio:

—Haz lo que debes hacer. Pueda yo ir pronto por el amor a quien no renuncio ni por los tormentos ni por la muerte.

—¿Quién es ése que tú tanto deseas?

—Es Cristo, el Hijo de Dios.

—¿Y dónde está ese Cristo?

—Como Dios, en todas partes. Como hombre (ya que la débil razón humana no comprende sino lo que está contenido en un lugar) decimos que está sentado a la diestra de Dios, su Padre todopoderoso. Él nos invita al jardín de sus delicias, donde en todo tiempo los árboles dan fruto y las flores fragancia, los campos y los montes son siempre verdes, las fuentes bulliciosas, las aguas frescas y las almas de los santos rebosan alegría inmortal en Cristo. Hazme caso, Sapricio; busca tú también la verdadera libertad y trabaja para merecer entrar en las delicias de Dios.

Dorotea se mostraba irreductible. Pensó el gobernador

que la astucia sería más eficaz que las amenazas, y ordenó fuera llevada a casa de las dos apóstatas, Crista y Calixta. Estas desgraciadas la recibieron con muestras de alegría.

—Accede—le dijeron—a los deseos del juez. Sólo así te verás libre de las torturas que te aguardan.

Caricias, lágrimas, todo se puso en juego para doblegar la firmeza de la joven cristiana. Pero ésta, iluminada por la luz de la más viva fe y llena de celo por aquellas almas, les habló con palabras tan ardientes de amor a Cristo, que las dos infelices, deshechas en llanto, cayeron a sus pies arrepentidas de su apostasía.

—¿Cómo es posible—decían—que podamos volver a la fe de Cristo y nos perdone nuestro pecado?

Poco después fueron llamadas a la presencia del gobernador. El rostro de Sapricio se demudó al ver el resultado obtenido. Crista y Calixta, con energía hasta entonces no usada, le dijeron:

—Nosotras hemos pecado; por temor a los dolores de un momento nos habíamos condenado a los eternos. Estamos arrepentidas, y es nuestra hermana Dorotea con su oración quien nos ha alcanzado la misericordia de Cristo. Sapricio no pudo más. Mandó que echaran a las dos jóvenes en un enorme brasero encendido. Dorotea entre tanto las exhortaba a la confianza:

—Estad seguras que vuestro pecado ha sido perdonado, y que habéis recuperado la palma perdida.

"La esposa de Cristo" está por segunda vez extendida en el potro. Le aplican a los costados hachas encendidas, y sufre por largo tiempo el suplicio de los palos y ser abofeteada cruelmente. Al fin, vencido Sapricio por la firmeza de Dorotea, ordenó que, sacándola afuera, el verdugo le cortara la cabeza.

Salía del palacio del gobernador, cuando en el vestíbulo se cruzó con un joven abogado, llamado Teófilo, que le dijo burlonamente:

—Adiós, esposa de Cristo; ya me enviarás del jardín de tu Esposo flores y frutas...

—Sí, lo haré—repuso sencillamente Dorotea.

Al llegar al lugar de su martirio le pidió al verdugo unos instantes para hacer oración antes de morir. Y en aquel momento apareció a su lado un ángel en forma de

niño, como de cinco años, que le presentó una canastilla con tres hermosas rosas y tres frutos. Dorotea le dijo:

—Llévalo a Teófilo y dile de mi parte: "He aquí lo que me has pedido del jardín de mi Esposo".

En aquel instante la espada del verdugo remataba a la virgen de Cristo.

Estaba el abogado comentando entre risas y burlas con sus compañeros la promesa de Dorotea, cuando se le llegó el niño entregándole la canastilla con las tres rosas y los frutos. "Dorotea te envía lo que te prometió; son del jardín de su Esposo." Teófilo quedó sobrecogido; una luz sobrenatural invadió todo su interior. Y volviéndose a sus compañeros, dice:

—Creo, creo que Cristo es el Dios verdadero y que no hay mentira en Él.

—¿Estás loco, Teófilo?

—No; no estoy loco, ni hablo en son de burla: ¡Cristo es el verdadero Dios!

Los amigos lo miran con asombro.

—¿En qué mes estamos?

—En febrero.

—Sí, en febrero y un frío glacial reina en toda Capadocia: ¿cómo han podido brotar estas flores y estos frutos?

—Es cierto, ni en la estación de las flores se ven semejantes.

—Yo insulté a Dorotea al verla marchar hacia el suplicio y le pedí me enviara flores y frutos del jardín de su Esposo. Apenas ha dejado esta vida cuando ha cumplido ya su promesa. Dichosos lo que creen en Cristo y sufren por su causa.

Inmediatamente fué denunciado al gobernador por sus propios amigos.

Este le dice:

—Me admira que un hombre de tu prudencia se haya dejado seducir por los secuaces de esa religión de la que tú mismo abominabas hace un momento.

—Es verdad; y esta conducta mía debe convenceros que es el mismo Dios quien me ha convertido del error a la verdad, y me ha hecho reconocer en Cristo al Dios verdadero.

—Los hombres, de ordinario—le contesta Sapricio—, se hacen más sabios con la edad, pero tú de un golpe te has vuelto insensato, ya que confiesas por Dios al que los mismos cristianos dicen haber sido crucificado por los judíos. Pero, dinos, si ayer sacrificabas a los dioses, ¿cuándo te has hecho cristiano?

—Desde el momento en que confesé a Cristo, comencé a creer en Él. Su nombre es inmaculado, su nombre es santo, su nombre no es impostura ni mentira como son los ídolos.

—¡Qué dices! Entonces ¿reina la impostura en nuestros dioses?

—Sí, son simulacros hechos por manos de hombres... Es preciso que tú, puesto para juzgar a los que cometen imposturas, te separes de la mentira y busques la verdad.

—¡Pobre Teófilo! ¿Quieres morir de muerte desastrada? Ten piedad de tu persona, de tu patrimonio, de tus padres, de tus hijos; no te expongas a una muerte pública destinada tan sólo a locos, imprudentes y desatinados.

Teófilo, puesto a tormento, exclamaba:

—Ya verdaderamente soy cristiano, pues estoy extendido en la cruz.

Y con palabras encendidas de amor confesaba a Cristo.

Sapricio dió la orden suprema:

—Que Teófilo, quien hasta ayer había sacrificado a los dioses inmortales y que ha abjurado de su culto, sea decapitado.

Las últimas palabras del mártir fueron: "¡Oh Cristo, te doy gracias!"

Tres almas, fruto inmediato del martirio de Dorotea, eran con la suya presentadas a Cristo. Así devolvía ella a su Esposo divino las tres rosas y los tres frutos que le había enviado de su jardín celestial.

FRANCISCA CAMBA, A. C. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 6 de febrero.
Passion de sainte Dorothée: "Catalogue hagiogr. de Paris", Publicado por los *Bolland.*, II p.608s.
QUENTIN, *Les martyrologes hist. du Moyen Age*, p.156s.
TILLEMONT, *Mémoires...*, V p.497s., 782s.

7 de febrero

SAN ROMUALDO, FUNDADOR DE LOS CAMALDULENSES

(† 1027)

San Romualdo, como fundador de la Orden contemplativa de los Camaldulenses, es uno de los mejores representantes de la tendencia reformadora de fines del siglo X y del siglo XI, como reacción contra el deplorable estado de relajación en que se hallaba la Iglesia católica y gran parte de la vida monástica del tiempo. El movimiento renovador más conocido y más eficaz para toda la Iglesia en este tiempo fué el cluniacense, iniciado a principios del siglo X en el monasterio de Cluny. Pero en Italia tuvo manifestaciones características de un ascetismo más intenso, que tendía a una vida mixta, en que se unía la más absoluta soledad y contemplación con la obediencia y vida de comunidad cenobítica. El resultado fueron las nuevas *Ordenes de Valleumbrosa* y de los *Camaldulenses* y los núcleos organizados por *San Nilo* y *San Pedro Damiano*.

San Romualdo, de la familia de los Onesti, duques de Ravena, nació probablemente en torno al año 950 y murió en 1027. Es cierto que su biógrafo San Pedro Damiano atestigua que murió a la edad de ciento veinte años; pero ya los bolandistas corrigieron este testimonio, que, como resultado de modernos estudios, no puede mantenerse. Educado conforme a las máximas del mundo, su vida fué durante algunos años bastante libre y descuidada, dejándose llevar de los placeres y siendo víctima de sus pasiones. Sin embargo, según parece, aun en este tiempo, experimentaba fuertes inquietudes, a las que seguían aspiraciones y propósitos de alta perfección. Así se refiere que, yendo cierto día de caza, mientras perseguía una pieza, se paró en medio del bosque y exclamó: "¡Felices aquellos antiguos eremitas que elegían por morada lugares solitarios como éste! ¡Con qué tranquilidad podían servir a Dios, apartados por completo del mundo!"

Un hecho trágico le dió ocasión para abandonar el

mundo. En efecto, su padre, llamado Sergio y hombre imbuído en los principios mundanos, se lanzó a un duelo con un pariente, obligando a Romualdo a asistir como testigo. Terminado el duelo con la muerte del adversario, Romualdo sintió tal remordimiento por aquella muerte y tal repugnancia por el mundo, que se retiró al monasterio benedictino de Classe, cerca de Ravena, con el fin de hacer penitencia. Tres años pasó allí entregado a las mayores austeridades, y al fin se decidió a suplicar su admisión en el monasterio. El abad tuvo especial dificultad por no contrariar a su padre Sergio; mas, por intercesión del arzobispo de Ravena, antiguo abad de Classe, le permitió al fin vestir el hábito benedictino en aquel célebre monasterio.

Pero entonces comenzó un nuevo género de dificultades. La vida de observancia y penitencia del nuevo monje constituía una tácita reprensión para muchos religiosos de aquel monasterio, más o menos relajados. Por esto, se fué formando tal oposición contra Romualdo que, en inteligencia con el abad, se vió obligado a retirarse a un lugar solitario cerca de Venecia, donde se puso bajo la dirección de un tal Marino. Este, con sus formas rudas y su austera ascética, contribuyó eficazmente al adelantamiento de Romualdo en la perfección religiosa, y tal fué el ascendiente de santidad que ambos llegaron a alcanzar, que el mismo dux de Venecia, San Pedro Orseolo, se sintió impulsado a abandonar el mundo y entregarse a la vida solitaria. Así pues, ambos, juntamente con Pedro Orseolo, se dirigieran a San Miguel de Cusan, donde se entregaron a las más rigurosa vida solitaria. Movido por el ejemplo de su hijo, también el duque Sergio se retiró al monasterio de San Severo, cerca de Ravena, para expiar sus pecados. Sin embargo, después de algún tiempo, vencido por la tentación, intentaba volver a su antigua vida; pero entonces su hijo Romualdo, abandonando su retiro, acudió a su lado y consiguió mantenerlo en aquella vida de penitencia, en la que perseveró hasta su muerte.

La vida de San Romualdo durante los treinta años siguientes constituye un verdadero prodigio de ascetismo cristiano. En el monasterio de Cusan se puso bajo la dirección del abad Guérin, de quien obtuvo el permiso de retirarse a un lugar solitario, próximo a la abadía, donde se entregó durante tres años a las mayores austeridades.

Ponía ante sus ojos la vida de los santos y procuraba imitar los excesos de penitencia que ellos habían practicado. Como los antiguos anacoretas del desierto se habían impuesto ayunos rigurosísimos, Romualdo quiso también seguir su ejemplo. Durante estos años, Romualdo no comía más que el domingo, y aun entonces, una comida sumamente frugal.

En medio de todo esto, lo acometió el enemigo con las más molestas tentaciones. Poníale ante los ojos con la mayor viveza los atractivos de la vida del mundo, mientras, por otra parte, la representaba la inutilidad de los esfuerzos que realizaba y de la vida que llevaba. Frente a los repetidos asaltos del enemigo, Romualdo se entregó más de lleno a la oración, de donde sacaba la fuerza necesaria para mantenerse firme en la lucha. Según se refiere, el enemigo llegó a maltratar cruelmente su cuerpo, con el objeto de apartarlo de aquella vida de austeridad. Más aún. Excitando en su imaginación durante la noche imágenes feas y espantosas, trataba de amedrentarlo con el ejercicio de la vida de perfección.

Pero Romualdo, fiel a la oración y puesta su confianza en Dios, salió victorioso de todas estas batallas. Hacia el año 999 volvió a Italia y se incorporó de nuevo al monasterio de Classe, donde, en una celda solitaria, continuó la vida de penitencia y de retiro que había comenzado. Allí se renovaron los asaltos del enemigo. Las crónicas antiguas refieren que, habiéndolo el demonio flagelado cruelmente un día en el interior de su celda, Romualdo se dirigió al Señor con estas palabras: "Dulcísimo Jesús mío, ¿me habéis abandonado por completo en manos de mis enemigos?" Al oír el demonio el nombre de Jesús, huyó rápidamente, a lo que siguió una gran tranquilidad y dulzura del alma.

Pero Romualdo tuvo que superar otras muchas dificultades, con las que se fué purificando su alma y aquilatando su virtud, hasta disponerlo definitivamente a la fundación de la nueva Orden de los *Camaldulenses*. Estas dificultades le vinieron de sus mismos monjes. Viviendo él en su retiro, no lejos del monasterio de Classe, un rico caballero le envió una limosna de siete libras para que las distribuyera entre los monjes pobres. Así lo hizo él inmediatamente, repartiéndolo entre otros monasterios más pobres que el suyo, por lo cual los de su monasterio se enfurecieron contra él, y como ya estaban resentidos por sus grandes austeridades, lo tomaron aparte y, después de azotarlo bárbaramente, le obligaron a retirarse.

Pero, precisamente entonces, quiso el Señor valerse de él para la reforma de aquel monasterio de Classe. En efecto, hallándose a la sazón en Ravena el emperador Otón III, lleno siempre de los más elevados ideales de reforma eclesiástica, trabajó eficazmente para la reforma del monasterio de Classe, y para ello obtuvo de sus monjes que eligieran como abad a Romualdo. El mismo en persona fué en busca del solitario y lo introdujo como abad y reformador en la célebre abadía. Efectivamente, durante dos años entregóse con toda su alma a la importante obra de la reforma del monasterio; pero, viendo que no lograba su intento, acudió al arzobispo de Ravena y al mismo Otón III, y puso en sus manos su báculo, renunciando a la dignidad de abad.

Tal fué el momento preparado por la Providencia para que iniciara su obra de fundador. En efecto, con toda la experiencia adquirida durante los largos años dedicados a la vida solitaria, e impulsado siempre por sus ansias de vida contemplativa y de la más absoluta soledad, pidió entonces a Otón III le concediera los terrenos y los medios para la construcción de un monasterio, donde pudieran entregarse a una vida mixta de contemplación, soledad y obediencia, y, efectivamente, el emperador le hizo construir uno en el lugar denominado *Isla de Perea*, dedicado a San Adalberto, a donde se retiró Romualdo con algunos caballeros del séquito de Otón III, que se decidieron a seguirle. Poco después organizó otros centros de vida eremítica en Italia y en la Istria, y concibió el plan de construir uno en *Val de Castro*, consistente en un conjunto de celdas separadas, cuyos moradores debían llevar una vida de rigurosa soledad, entregados a la oración y penitencia, pero manteniendo la unión y vida de comunidad. Con esto debía realizarse su ideal de consagración a Dios.

Entre tanto, movido del ansia de derramar la sangre por Cristo, que siempre había sentido, obtuvo del Papa el permiso de predicar el Evangelio en Hungría. Púsose, en efecto, en marcha; pero, cuando estaba a punto de llegar a la meta de sus aspiraciones, se sintió atacado por una enfermedad, y como esto se repitiera cada vez que intentaba continuar su empresa, comprendió que no era aquélla la voluntad de Dios, y así volvió a Italia.

Entonces, pues, se entregó con toda su alma a la realización definitiva de su ideal monástico. Afianzóse la fundación de *Val de Castro;* continuó organizando otros centros semejantes. Llamado a Roma por el Romano Pontífice, dedicóse algún tiempo al apostolado y, con la santidad de su vida y sus ardientes exhortaciones, logró la conversión de muchos pecadores; mas, volviendo a su ideal monástico, fundó diversos centros en las proximidades de Roma, entre los que sobresale el de *Sasso Ferrato,* donde permaneció algún tiempo. Precisamente en este lugar quiso el Señor que resplandecieran de un modo especial sus virtudes. En efecto, según refieren sus biógrafos, un señor, a quien Romualdo había tratado de convertir de su desordenada vida de impureza, lanzó contra Romualdo la más inicua calumnia. Dios permitió que los monjes, demasiado crédulos, se dejaran convencer, y así, impusieron al Santo una severa penitencia y le prohibieron celebrar la santa misa. Romualdo sobrellevó aquella deshonra con el más absoluto silencio durante seis meses; pero, transcurrido este tiempo, Dios mismo le ordenó que no se sometiera por más tiempo a una sentencia abiertamente injusta, pronunciada contra él sin autoridad y sin ninguna sombra de verdad. La primera vez que celebró la santa misa después de esta prueba apareció, según se refiere, arrobado en éxtasis.

Después de esto, ya iniciado el siglo XI, pasó seis años en *Monte-Sitrio,* donde había organizado un nuevo centro de vida ascética conforme a su ideal. El mismo era un ejemplo viviente de la vida de consagración a Dios: guardaba el más absoluto silencio; observaba las más rigurosas austeridades; rehusaba a sus sentidos todo lo que pudiera darles alguna satisfacción. El emperador Enrique I, sucesor de Otón III, en su primer viaje a Italia, quiso visitar a Romualdo, de cuya santidad y austeridades estaba informado. El resultado de la entrevista fué entregarle el monasterio de *Monte-Amiato,* en Toscana, para que introdujera en él algunos de sus discípulos. Así lo realizó él, en efecto, durante los años siguientes. A este tiempo se refieren diversos hechos milagrosos, que las crónicas le atribuyen; pero estas mismas observan que Romualdo procuraba siempre obrar los milagros de tal manera que no se le pudieran atribuir a él. Así se refiere que, cuando enviaba a sus discípulos a alguna misión, les daba pan y diversos frutos benditos, con los que Dios quiso obrar algunos milagros. Durante un sueño que tuvo por este tiempo al pie de los Apeninos, mientras andaba en busca de un lugar apropiado para sus monjes, según refieren las crónicas, vió en sueños una escala que subía de la tierra al cielo, por donde subían muchos religiosos en hábitos blancos.

Con esto, dió la forma definitiva a sus fundaciones. Así, al fundar en 1012 el monasterio de *Campo Maldoli* (que se abreviaba *Camaldoli*) puso en práctica el ideal de vida en celdas independientes, del más riguroso silencio, gran austeridad de vida, pero bajo la obediencia a su superior, vida común y demás obligaciones impuestas por la regla, a lo que se añadió el hábito blanco. En realidad, pues, la obra del fundador de los Camaldulenses, San Romualdo, no comienza en 1012 con el establecimiento del monasterio de Campo Maldolo o Camaldolo. Esta fundación significa más bien el complemento final de San Romualdo. Su obra se prepara con la práctica de sus largos años de vida solitaria en los monasterios de Classe, Cusan y otros lugares en que vivió vida solitaria, y se realiza, desde principios del siglo XI, en la *Isla de Perea,* en *Val de Castro, Sasso Ferrato, Monte-Sitrio, Monte-Amiato* y, finalmente, en *Camaldolo.*

El motivo de haber tomado la Orden por él fundada el nombre de *Camaldulense* fué, como se interpreta comúnmente en nuestros días, porque en Camaldolo se realizó plenamente el ideal de San Romualdo. Por lo demás, es conocida la explicación que se ha dado tradicionalmente a esta denominación. Se supone que aquel monasterio se llamó Campo *Maldolo* por ser donativo de un caballero llamado *Maldoli.* Pero frente a esta explicación, se ha averiguado que la donación fué hecha por Teobaldo, obispo de Arezzo. En todo caso, consta que el nombre del monasterio fué Campo Maldolo o Camaldolo.

Tal fué la obra de San Romualdo, que halló en este monasterio su más perfecta realización, con lo cual se consolidó definitivamente este nuevo tipo de vida, mezcla ideal de la vida anacorética y cenobítica, que luego imitaron los cartujos y otras órdenes. Una vez establecido y bien organizado este monasterio, Romualdo volvió a su vida ambulante, visitando y afianzando los demás centros por él fundados. Finalmente, sintiendo que se aproximaba su fin, se retiró a *Val de Castro,* donde expiró el 7 de febrero de 1027, estando enteramente solo en su celda. Según se ates-

tigua, veinte años antes había profetizado que moriría en este lugar, en esta fecha y en esta forma en que moría.

La Orden de los Camaldulenses fué aprobada definitivamente por Alejandro II (1061-1073) en 1072. Contaba entonces solamente nueve monasterios. El cuarto General, Beato Rodolfo, redactó en 1102 las constituciones definitivas, en las que se mitiga un poco el extremado rigor primitivo.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 7 de febrero, *Vita*, por SAN PEDRO DAMIANO, fuente principal.
MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, IV, I p.280s.
Obras de San Pedro Damiano: PL 144,953s.
FRANKE, W., *Quellen und Chronologie zur Gesch. Romualds...* (1910).
CASTAGNIZZA, J. DE, *Historia de San Romualdo* (Madrid 1597).
PAGNANI, A., *Biografía de S. R.* (1927).

8 de febrero

SAN JUAN DE MATA

(† 1213)

Hay muchas oscuridades en la vida de San Juan de Mata, debido, parte a la humildad del interesado, poco propenso a llamar la atención, parte a la existencia de varias tradiciones, entre ellas una española y otra francesa, no siempre conformes entre sí. Y como ocurre a menudo en casos semejantes, se ha querido remediar a nuestras ignorancias con leyendas edificantes desprovistas de base histórica y acogidas con facilidad excesiva por escritores llenos de las mejores intenciones, pero faltos de verdadero sentido crítico. Trataremos, sin embargo, de entresacar lo cierto que ofrecen las varias tradiciones, aunque muchas veces resulta dificilísimo fijar la cronología.

Por ejemplo, para la fecha del nacimiento del Santo se ha hablado de 1154, mientras el año generalmente aceptado es el de 1160. Ciertos documentos españoles le llaman Joannes de Matha o de Mataplana, apellido de una familia muy

conocida en Cataluña. El hecho es que Juan de Mata nació en una aldea de la Alta Provenza, Fauçon, cerca de Barceloneta, cuando esta región dependía de la corona de Aragón. Es, por lo tanto, un santo franco-español, aunque algo más francés que español por los acontecimientos de su vida, como se verá luego. Sus padres eran Eufemio o Eugenio, barón de Mata, y Marta o María Fenouillet, de distinguida familia marsellesa.

Por esta última circunstancia se ha supuesto que, de joven, el hijo del matrimonio pudo conocer en el puerto de Marsella los daños que los piratas musulmanes infligían a los cristianos, ver a los cautivos berberiscos que vivían esclavos en la ciudad a consecuencia de las inevitables represalias, y concebir así el deseo de trabajar al rescate o al canje de los cautivos de ambas orillas del Mediterráneo. Mas, para esta obra de caridad, se necesitaba entonces pertenecer al clero, y, por consiguiente, hacia los años 1180, Juan se fué a estudiar a París, en donde tomó el grado de doctor en teología y recibió el sacerdocio. Quiere una piadosa leyenda que, durante la celebración de su primera misa (¿1193?), haya tenido la revelación de la Orden que iba a instituir: cuando la elevación de la hostia consagrada le apareció un ángel o, según otros, el mismo Jesucristo, con un vestido blanco y una cruz azul y encarnada sobre el pecho; tenía a sus lados dos cautivos, un moro y un cristiano, parecía que se disponía a canjearlos, y le ordenó fundar una Orden religiosa para la redención de los cautivos. Dos amigos de Juan, el obispo de París, y el abad de San Víctor, le aconsejaron entonces hiciera el viaje a Roma para ofrecerse al Soberano Pontífice, someterle su proyecto y acatar su decisión.

Juan llegó a Roma a principios de 1198, después de haber pasado por Fauçon para saludar a sus padres. El Papa era en aquel tiempo Inocencio III. Poco partidario de la multiplicación de las órdenes religiosas, parece que acogió al peregrino con frialdad y le negó el permiso para fundar un nuevo instituto. Pero, según otra piadosa leyenda, también un ángel o el mismo Señor Jesucristo vino a revelarle el error que había cometido, apareciéndole en las mismas condiciones que a San Juan de Mata en París años antes. Inocencio hizo llamar a Juan otra vez y él mismo le impuso el hábito blanco adornado de una cruz azul y encarnada que también había visto durante su visión. La cruz, desde luego,

es el símbolo de la Redención, y los tres colores son el símbolo de la Santa Trinidad: el blanco, color perfecto, representa al Padre; el azul, al Hijo, a causa de los sufrimientos de la pasión, el encarnado, al Espíritu Santo. Se dice, aunque no se sabe nada cierto, que el fundador puso su Orden bajo la invocación de la Trinidad porque es el dogma cristiano que más ofende a los musulmanes, a quienes, desconociendo su sentido verdadero, parece absurdo y blasfematorio, y juzgó deber glorioso confesarlo y proclamarlo frente al Islam. Después, el Papa le mandó regresar a París para elaborar con el obispo de la ciudad y el abad de San Víctor, sus amigos, la regla de la nueva Orden. Así lo hizo, y volvió a Roma para presentarla a Inocencio III, quien la reprodujo en la bula de aprobación de 17 de diciembre de 1198. De este modo nació la Orden de la Santísima Trinidad y Redención de Cautivos.

La regla primitiva de 1198 confirma, en efecto, que la Orden queda consagrada a la Santísima Trinidad. Dispone, además, que en cada convento habrá tres sacerdotes y tres legos, más el superior o *ministro,* y que las rentas de cada comunidad irán divididas en tres partes iguales: las dos terceras para el sustento y funcionamiento del mismo convento y el ejercicio de la hospitalidad, y la última para el rescate de los cautivos. Impone también el silencio, el ayuno y la abstinencia de carne en condiciones análogas a las de las demás órdenes religiosas, pero con cierta austeridad, puesto que el comer carne se autoriza únicamente unos pocos domingos y festividades del año y que a los religiosos sólo se les permite el pescado cuando están viajando fuera de sus conventos. Otros artículos se refieren al noviciado y a la entrada en la Orden, a los usos litúrgicos, al *status* de los ministros, etc. La regla primitiva dispone igualmente que los religiosos llevarán por encima del hábito blanco una capa adornada con una cruz. Es curioso notar que no precisa el color de esta cruz, que llegó a ser azul y encarnada a consecuencia de la doble tradición que hemos recordado. Esta regla de 1198, que choca por su carácter incompleto y esquemático, parece obra personal de San Juan de Mata. De todos modos, ignoramos qué parte tomaron en ella el obispo de París y el abad de San Víctor. En cuanto al papa Inocencio III, según toda probabilidad, no hizo ninguna corrección al texto que se le sometió.

La Orden, favorecida por el rey Felipe Augusto, fundó

sus primeras casas en Francia, especialmente en el lugar llamado Cerfroy o Cerfroid (actual departamento de Aisne), cuyo convento acabó siendo el centro del nuevo instituto. Inocencio le dió en Roma el convento de Santo Tomás *in Formis,* situado sobre el monte Celio. Desgraciadamente, poco sabemos de la vida del Santo entre la bula de 1198 y su fallecimiento. Parece que hizo un viaje de redención a Marruecos en 1199 y otro a Túnez en 1200 con el mismo objeto, que presidió a las fundaciones de Arlés y de Marsella hacia 1200-1203 y que procedió a varias fundaciones en España de 1205 a 1209, siendo las más importantes las de Lérida, Toledo, Segovia, Burgos y Daroca. Pasó los últimos años de su existencia en Roma, dedicándose a la predicación y al cuidado de los pobres, de los enfermos y de los prisioneros. Allí murió santamente, en el convento de Santo Tomás *in Formis,* a fines del año 1213 (17 de diciembre, aniversario de la bula de aprobación, según la fecha generalmente admitida). San Juan de Mata no ha sido canonizado oficialmente. Su culto, muy tardío, se introdujo públicamente en la Iglesia de modo indirecto con la aprobación de su oficio por la Congregación de Ritos en 14 de agosto de 1666 y con la inserción de su nombre en el Martirologio en 27 de enero de 1671. El 6 de mayo de 1679 el papa Inocencio XI fijó su fiesta en 8 de febrero y un decreto de la Congregación de Ritos de 1694 la hizo extensiva a la Iglesia universal.

Ha dicho un historiador que San Juan de Mata resultó mucho más célebre después de su muerte que durante su vida. Su existencia transcurrió en la penumbra, casi en la oscuridad. No pensó en su persona, sólo pensó en su obra y su mayor deseo fué desaparecer detrás de ella o fundirse con ella. El investigador puede lamentarlo, pues esta circunstancia le priva de datos y documentos y le complica la tarea. Pero el cristiano debe admirar tan honda abnegación, este practicar el *Ama nesciri* al pie de la letra, y aprovechar la lección de humildad que encierra. Abnegación y humildad que, como siempre, fueron muy fecundas. La Orden de los Trinitarios se difundió rápidamente por Europa, especialmente por Francia, España, Portugal e Italia. Sigue existiendo todavía, a pesar de que ha desaparecido el principal objeto de su fundación (pero siempre habrá cautivos en el mundo, prisioneros en las cárceles materiales de los hombres, prisioneros de la cárcel espiritual del pecado). De esta

Orden han salido congregaciones femeninas de renombrada historia y que actualmente se dedican útilmente a la educación de las jóvenes. Pero, para comprender convenientemente y medir en sus verdaderas proporciones el alcance de la obra de San Juan de Mata, hay que representarse las circunstancias históricas en que nació y que explican su rápido desarrollo: las luchas de la Reconquista en la península Ibérica y las piraterías marítimas de los musulmanes llenaban las mazmorras de la España mora y del norte de Africa de una muchedumbre de cristianos que sufrían y gemían en una esclavitud muchas veces durísima, y siempre expuestos, además, en un momento de dolor o de flaqueza, a renegar la fe de sus antepasados. La Orden de la Santísima Trinidad respondía, por lo tanto, a una necesidad grave y urgente. San Juan de Mata la fundó, pues, contra el peligro y el azote que hemos dicho, y que no desapareció con la toma de Granada (1492), puesto que los piratas berberiscos y turcos siguieron asolando el Mediterráneo y hasta el Atlántico oriental y atacando las costas de España, Francia e Italia. Sin disputa, uno de los mayores timbres de gloria de la Orden de San Juan de Mata es en 1580 el rescate por un padre trinitario, fray Juan Gil, del ilustre manco de Lepanto Miguel de Cervantes, cautivo en Argel desde el año de 1575, en que fué apresado por unas galeras turcas mientras pasaba de Italia a España.

ROBERT RICARD.

BIBLIOGRAFIA

GIL GONZÁLEZ DÁVILA, *Compendio histór. de las vidas de San Juan de Mata y San Félix de Valois* (Madrid 1630).

ASUNCIÓN, ANTONINO DE LA, *Monumenta Ordinis Excalceatorum SS. Trinitatis Redemptionis captivorum...* (1915).

ID., *Les origines de l'Ordre de la Très Sainte Trinité* (Roma 1925).

PRAT, J. M., *Histoire de Saint Jean de Matha et de Saint Félix de Valois* (París 1846).

DESLANDRES, P., *L'Ordre des Trinitaires pour le rachat des captives*, 2 vols. (Toulouse 1903).

XIMÉNEZ, FR. FRANCISCO, *Colonia Trinitaria de Túnez*, ed. IGN. BAUER (Tetuán 1934), vol.3.

9 de febrero

SAN CIRILO DE ALEJANDRIA

(† 731)

San Cirilo Alejandrino es uno de los Santos Padres más celebrados de la Iglesia oriental antigua.

Fué, durante treinta y dos años, patriarca de Alejandría, ciudad en que confluían la ciencia del paganismo, del judaísmo y del cristianismo. Ciudad puesta al frente de todo el Egipto en lo político y en lo eclesiástico.

Su actividad literaria coincide con el siglo de oro de la literatura patrística.

En la historia eclesiástica su nombre va vinculado al concilio de Efeso, tercero ecuménico, y en la defensa de la fe brilla como lumbrera rutilante en la magna controversia nestoriana. Su doctrina cristológica y las estrechas relaciones eclesiásticas que le unieron con la cátedra romana le hicieron acreedor de la simpatía y veneración de la Iglesia universal.

NACIÓ San Cirilo, según parece, en la misma ciudad de Alejandría. Era sobrino del prepotente patriarca Teófilo, que rigió los destinos de aquella iglesia madre entre los años 385-412 y se hizo famoso por su enconada lucha con San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla.

De posición social acomodada y cristiana, recibiría esmerada educación según "las tradiciones más puras" de la antiquísima iglesia alejandrina y frecuentaría, en su juventud, las aulas de la escuela que fundara San Panteno e ilustraron Clemente, Orígenes, Dídimo el Ciego y el gran Atanasio.

Los escritos transmitidos y su actividad pastoral nos obligan a imaginarlo dedicado de lleno a su formación sacerdotal y preparación intelectual en los últimos años del glorioso siglo IV, cuando las sedes eclesiásticas principales ostentaban figuras luminosas en ciencia y santidad, como San Ambrosio de Milán, San Dámaso en Roma, San

Cirilo de Jerusalén, San Gregorio de Nisa y San Juan Crisóstomo en Constantinopla.

Las bibliotecas de la ciudad del Nilo le ofrecerían tesoros manuscritos abundantes de las Sagradas Escrituras. La difícil convivencia de judíos, paganos y cristianos le estimularía a la futura defensa del pueblo cristiano contra los enemigos exteriores. La herencia antiarriana de San Atanasio se le metería en la medula de su formación dogmática y le pondría en guardia ante las innovaciones dogmáticas. Y, sobre todo, la influyente proximidad de su tío, el patriarca Teófilo, se dejaría sentir en su formación clerical, y el mismo gobierno de la gran metrópoli le iría capacitando para las futuras tareas de régimen eclesiástico, al tiempo que le daban oportunidad para aprender a evitar los defectos que registraba la actuación de Teófilo y que estarían completamente ausentes del gobierno de San Cirilo.

El año 412 ocupaba la cátedra alejandrina como patriarca y cabeza de todas las iglesias del Egipto romano.

Desde aquella fecha tres etapas distintas definen su inmensa actividad patriarcal: desde el año 412 al 428, de tareas inmediatas en la sede propia; desde 428 al 431, ocupado intensamente en la lucha contra Nestorio, y desde 431 al 444, dedicado a defender y consolidar la paz eclesiástica en el Oriente cristiano.

Apenas había tomado Cirilo las riendas del gobierno, cuando tuvo que actuar contra los novacianos y los judíos, por las grandes molestias que inferían a los cristianos. Los primeros se vieron obligados a dejar sus iglesias, y los segundos tuvieron que salir de la ciudad mientras sus sinagogas eran convertidas en templos cristianos. Tales triunfos los obtenía el patriarca a pesar de la reluctancia y oposición de Orestes, gobernador civil de todo el Egipto.

El año 417 la paz entre Alejandría y Constantinopla, rota por la contienda de Teófilo contra San Juan Crisóstomo, estaba totalmente restablecida: el patriarca constantinopolitano figuraba ya en los dípticos alejandrinos.

Un año después el papa Zósimo le comunicaba, por carta particular, la condenación romana del pelagianismo.

Y cada año, por deber pastoral y siguiendo la usanza antigua de su iglesia, dirigía Cirilo su homilía pascual a todos los obispos sufragáneos y a todos sus diocesanos. Veintinueve homilías son las que se nos han conservado,

correspondientes a los años 414-442. En ellas el pastor del Egipto anunciaba el ayuno cuaresmal, fijaba la fecha de la Pascua y exponía con profundidad la grandeza de la condición humana, la necesidad de austeridad y mortificación para obtener la victoria evangélica, acompañando reprensiones oportunas y exhortaciones de aliento.

La vida, pues, de Cirilo, aunque cargada de múltiples tareas cotidianas, aún no se había desbordado en aras del interés general de la Iglesia universal. En Alejandría se vivía en paz. Los sacerdotes pastoreaban espiritualmente la grey bajo las orientaciones y ejemplo de su jerarca. La comunidad florecía en virtudes. Los obispos egipcios seguían las directrices de la metrópoli. Y los monjes del desierto gozaban de quietud solitaria y espiritual, sembrados acá y allá de las riberas del gran río.

Cirilo, eso sí, vivía intercomunicado con el exterior. De Roma, de Antioquía y de Constantinopla recibía, casi a diario, noticias de actualidad eclesiástica. Y estaba, sobre todo, en guardia ante los derroteros dogmáticos que podría tomar lo que llamaba "el dualismo antioqueno", que comprometía la unidad del Dios-Hombre.

El año 428 llegaron de Constantinopla noticias alarmantes. Sus fieles representantes en la ciudad del Bósforo le anunciaron que Nestorio, patriarca de la capital del Imperio oriental, había escrito y hablado públicamente contra la unidad del Verbo encarnado y contra la maternidad divina de María. Inmediatamente Cirilo, en la homilía pascual del 429, declaraba la doctrina ortodoxa comprometida indicando el error y callando el hereje: "No un hombre corriente—decía—es el engendrado por María; sino el mismo Hijo de Dios hecho carne, y por ello María es de verdad madre del Señor y madre de Dios".

El error seguía extendiéndose. Los escritos y doctrinas de Nestorio estaban penetrando en la república monacal de su patriarcado. Informado Cirilo por los mismos solitarios de la perturbación espiritual que iba naciendo entre los monjes, se propuso, con diligencia y profundidad, atajar los perniciosos efectos de tal propaganda. Escribió, con esta ocasión, una carta dogmática a los monjes probando por la Sagrada Escritura y la tradición que a María le pertenece con todo derecho el título de *Theotokos* o Madre de Dios. Dos ejemplares envió a Constantinopla, aún sin declarar al autor de la doctrina.

Ofendido Nestorio en su soberbia y no queriendo retractar, Cirilo no dudó dirigirse personalmente a él, diciéndole: "Los fieles y obispo de Roma, Celestino, se hallan muy escandalizados. Conceded, os ruego, a María el título de *Theotokos*. No es doctrina nueva la que os pido profesar; es la creencia de todos los Padres ortodoxos".

Nestorio respondió con calumnias. Y Cirilo contrapuso una segunda carta con la exposición detallada del dogma cristológico.

Fué inútil. Nestorio abundó en insultos y siguió contumaz.

Entonces el celo apostólico y la caridad del patriarca alejandrino encontraron otro camino: el de los intermediarios. Escribió varias cartas: al obispo centenario Acacic, de Berea, para que utilizara su venerabilidad ante Nestorio; al emperador Teodosio II, para prevenirle de las sutilezas dogmáticas de su patriarca; a las princesas Arcadia y Marina, y a las mismas emperatrices Pulqueria y Eudoxia, con la misma finalidad.

De Roma, a donde había escrito Nestorio, el papa Celestino pedía información a Cirilo, a quien tenía por celoso e instruído.

Este no quería desorbitar los acontecimientos. Pretendía curar el mal reducido a sus orígenes. Pero, convencido de la imposibilidad, no regateó información: en la primavera del 430 salió su diácono Posidonio para Roma equipado con una relación-informe de todo lo sucedido, con un conmonitorio-resumen de los principales puntos nestorianos, con los escritos de Cirilo dirigidos a los monjes, a Nestorio, a la casa imperial y, parece, con los *Cinco libros* contra Nestorio.

La respuesta de Roma no podía esperarse más favorable. Un sínodo romano declaraba heterodoxas las doctrinas nestorianas y, por voluntad expresa del Pontífice, Cirilo quedaba comisionado para notificar a Nestorio la decisión, conminándole la excomunión si en el término de diez días no retractaba sus errores.

Pero Cirilo quería rematar el golpe. Con la luz de Roma delante, reunió a sus obispos, redactó una carta sinodal y formuló los *Doce anatematismos clásicos*, que debería suscribir Nestorio para quedar plenamente purgado de sus errores.

Y ahora saltó un acontecimiento inesperado. El emperador convocaba concilio general para junio del año 431 en la ciudad de Efeso. ¿Qué haría Cirilo? ¿Sería cuestión de revisar las decisiones romanas y alejandrinas? Consultado el papa Celestino, se puso en camino para Efeso.

Allí tuvo que echar mano de toda su prepotencia dogmática, eclesiástica y diplomática. Sin el auxilio poderoso de los legados romanos, que no habían llegado a Efeso, y con la ausencia intencionada de los obispos antioquenos, que, reprobando la doctrina nestoriana, no querían condenar personalmente a Nestorio, Cirilo obtuvo la condenación de la herejía y del heresiarca, aunque a costa de tres meses de arresto imperial y la enemistad con el patriarcado de Antioquía. Desde entonces la Iglesia universal reconoció en Cirilo Alejandrino al artífice del tercer Concilio Ecuménico.

En lo restante de su vida, desde 431 a 444, una preocupación de paz eclesiástica dominará toda su actividad. Paz con el patriarcado de Constantinopla, paz interior de su iglesia, paz con los orientales de Antioquía y paz, nunca interrumpida, con la cátedra de Pedro.

Apenas vuelto a su sede, el año 431 envía Letras de Comunión al nuevo patriarca de Constantinopla, Máximo, sucesor de Nestorio.

A los antioquenos, que le pedían abandonara sus *anatematismos*, les dió una gran lección de humildad y celo auténtico, contestándoles: "Estoy pronto a perdonar las injurias de Efeso, a rechazar de corazón el arrianismo y apolinarismo, a reconocer el símbolo de Nicea...; pero no puedo sacrificar los anatematismos, porque sería sacrificar la fe, condenar el concilio de Efeso y justificar a Nestorio".

En cambio, el año 433, cuando Alejandría y Antioquía firmaron el Símbolo de Unión, Cirilo tuvo prisa por escribir su epístola *Laetentur Coeli* y anunciar gozoso la paz al papa Sixto III, a Máximo de Constantinopla y a otros obispos significados.

Entre sus mismos súbditos tuvo que sufrir a algunos extremistas que tenían por claudicación la unión verificada y trajeron dolor a su corazón de pastor bueno. Ante ellos se esforzó continuamente por justificar la paz y la ortodoxia del Símbolo de Unión.

Finalmente, pidiendo sus fervientes seguidores que condenara públicamente, como había hecho con Nestorio, a

Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia, respondió que no debía "condenar a los obispos que habían muerto en comunión con la Santa Iglesia".

Pasó Cirilo a mejor vida el año 444 y la Iglesia universal le veneró y venera como el santo de la maternidad divina de María.

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., Ian., día 28.
Obras del Santo: PG t.68-77. Ed. PUSEY, 7 vols. (Oxford 1868-1877).
TILLEMONT, *Mémoires...*, XIV p.267s.
MAHÉ, J., artículo *Cyrille d'Alex.*, en "Dict. Théol. Cath.". Asimismo, artículo *Ephèse*, ibid.
Véanse obras de *Patrología*, BARDENHEWER, ALTANER, etc. Además: DUCHESNE, *Histoire ancienne de l'Eglise*, III.
REHRMANN, A., *Die Christologie des hl. Cyrillus von Alex.* (1902).
EBERLE, A., *Die Mariologie des hl. Cyrill von Alex.* (1921).
HEBENSPERGER, J. N., *Die Denkwelt des hl. Cirill von Al.* (1927).

10 de febrero

SANTA ESCOLASTICA

(† 553)

Las fuertes pisadas de los bárbaros recorrían ya todas las vías del Imperio. La capital del orbe, sobre cuyo cautiverio lloró San Jerónimo lágrimas de sangre cuando la tomó Alarico (410), había sufrido otro terrible saqueo de los alanos y de su rey Genserico (455), llamado por la misma Eudoxia, esposa del emperador Máximo. Ahora, acaba de ser depuesto Rómulo Augústulo, verdadero diminutivo de los augustos césares, por el rey de los hérulos, Odoacro (476). Los pueblos germanos se derramaban en aluvión por Italia, las Galias, Hispania y Africa. Godos, visigodos y ostrogodos, vándalos, suevos, sajones, alanos, imponían su paganismo o su arrianismo, mientras el Oriente se enredaba en la herejía eutiquiana. ¡Qué solo iba quedando el Vicario de Cristo, San Simplicio (468-83), sucesor de San León Magno, el gran papa que, al dejarlo pasar humildemente, contuvo al "azote de Dios"...

Cruel es la labor del arado que levanta y vuelca la tierra, pero ella orea los gérmenes fecundos que al fuego del sol florecerán espléndidamente. Así, de esta tierra imperial desbaratada, arada por las lanzas de pueblos jóvenes, brotaría con renovado vigor la fuerza oculta de las antiguas razas. Santa Clotilde convertiría a Clodoveo y al pueblo franco; Leandro e Isidoro se harían dueños del alma visigoda; San Patricio ganaría a Irlanda; San Gregorio el Grande, por medio de San Agustín, evangelizaría a los anglo-sajones... Y para ser los precursores de la Edad Media, la de las catedrales góticas, la de las abadías insuperables, focos del Espíritu Santo, nacieron en Italia, cerca de la Umbría, en esa "frígida Nursia" que canta Virgilio (*Eneida*, 1.8 v.715) y de un mismo tallo: Benito y Escolástica.

Se dice que sus padres fueron Eutropio y Abundancia y es seguro que pertenecían a la aristocracia de aquel país montaraz, de costumbres austeras, símbolo de la fortaleza romana, que aun bajo el paganismo había dado varones como Vespasiano, el emperador, y Sertorio, el héroe de la libertad. Si por el fruto se conoce el árbol, grande debió ser el temple puro y el cristianismo de los padres que dieron el ser y la educación a tales hijos. Del varoncito, *Benedictus*, dijo el gran San Gregorio, su biógrafo, que fué "bendito por la gracia y por el nombre"; de su hermana sabemos, por la misma fuente, que fué dedicada al Señor desde su infancia.

¿Quién influyó en quién? Benito, descendiente de los antiguos sabinos que tuvieron en jaque a los romanos, maduró su carácter cuando todavía era niño. Sin duda, dominó a su hermana, que miraría con admiración al joven, prematuramente grave, llamado a ser padre y director de almas. La ternura, la delicadeza que revela la regla benedictina, la atribuyen, sin embargo, sus comentaristas a la dulce y temprana influencia de su hermanita y condiscípula, Escolástica, en el alma del futuro patriarca.

Como en jardín de infancia, vivieron y se espigaron juntos en la finca paterna, una de esas "villas" romanas, mezcla de corte y cortijo, esbozo familiar de futuros monasterios. Según la moda del día, velaba sobre ellos Cirila, una nodriza griega, que les enseñó a balbucear la lengua helénica. ¡Qué contraste con ese doble sello de Roma y Grecia —toda la cultura antigua impresa en sus primeros años—, no haría esa invasión de los ostrogodos, que en 493 entre-

garía de nuevo la urbe por excelencia a las tropas de Teodorico!

Con todo, se decidió que Benito iría a Roma, ya adolescente, para perfeccionarse en los estudios liberales. ¡Qué dura la separación para estos gemelos, unidos antes de nacer! Escolástica, consagrada a Dios desde su infancia, llevaba, quizá, el velo de las vírgenes; ¡cuánto oraría por él joven estudiante preso de esa Roma fascinadora que, pese a todos los saqueos y a las divisiones del cisma, seguía señoreando al mundo por su arte, por su lujo, por sus escuelas!

Sujeto también a grandes peligros, en ambiente difícil, exclamaba otro hermano de la que esto escribe, héroe de la religión y de la patria: "Nos han imbuído tanto tradicionalismo y catolicismo, que no puedo faltar a lo que tengo dentro. Donde quiera que esté, llevo, como el caracol, mi casa a cuestas". Fué el caso de Benito, amparado por su educación y por el incienso de las oraciones de Escolástica, que cruzó ileso la edad de las pasiones y cuando podía ingresar en un mundo de corrupción, decidió despreciarlo.

Tendría cerca de veinte años, que es cuando se coronaban los estudios. Empapado de romanidad y de jurisprudencia, dueño de un lenguaje firme y sobrio, que la gracia castigaría aún más, pues con razón se ha escrito que "el decir conciso es don del Espíritu Santo", Benito se dispuso a imitar a los eremitas del Oriente, que San Atanasio primero, San Jerónimo después, habían dado a conocer a Roma. Buscando una sabiduría más alta que la de los retóricos, acordó dejar sus libros, su familia y su patrimonio, prueba de que su padre había muerto y de que era dueño de sí.

Los santos no llegan de repente al despojo absoluto. Es enternecedor, para nuestra flaqueza, el ver que Benito, desprendido por la distancia del amor fraterno, aún se dejó escoltar por su "chacha" griega, en el éxodo que le apartaba de Roma y siguiendo la vía Tiburtina le llevaba hacia las montañas sabinas para fijar su tienda en la aldea de Eufide, al amparo de una montaña y de la iglesia de San Pedro. ¿Cómo iba a prescindir él de sus cuidados maternales, tan necesarios para dedicarse, olvidado de sí, a la oración y al apostolado? ¡La quería tanto! Como que lloró con ella cuando la pobre mujer, consternada, vino a mostrarle los dos pedazos en que se partió el cedazo de barro para cernir el trigo que le había prestado una vecina. Benito se puso en oración hasta que los dos trozos se juntaron y floreció el milagro. "¡Es un santo, es un santo!", clamó la vecindad electrizada al enterarse del hecho, merced al entusiasmo de esta nueva samaritana. Y Benito, que huyó siempre de ser canonizado en vida, comprendió el peligro de la vanidad y del cariño, lo urgente que era romper con este último lazo de filial ternura que aún le ligaba al mundo.

¡Oh qué dramática debió ser la llegada de Cirila a Nursia, refiriendo entre sollozos a Escolástica virgen, y tal vez a su madre viuda, cómo se le había fugado, sin despedirse siquiera, el hijo de su alma! Hacia dónde, Señor, ¡sólo Dios lo sabía! Seguramente hacia una soledad abrupta, donde, lejos de los hombres, trataría a solas con Él.

Los años pasaron. Moriría Abundancia. Escolástica, en su orfandad, se uniría a otras vírgenes compartiendo su vida de oración, de recogimiento y de trabajo. No olvidaba al desaparecido, ni desfallecía, más tenaz que el tiempo, su esperanza.

Nada supo de sus tres años de soledad y penitencia extrema, vestido de la túnica que le impuso el monje Román, en la gruta asperísima de Subiaco, en lucha consigo mismo y con ese tentador que persigue a los anacoretas. Ni de que un día le descubrieron los monjes de Vicovaro y le obligaron a regir su multitud indisciplinada. ¡Cómo hubiera sufrido sabiendo que su hermano estaba en manos de falsos hijos, capaces de servirle una copa envenenada! ¡Y cómo hubiera gozado viéndole huir de nuevo a la soledad y acoger en ella a los hijos de bendición que venían a pedirle normas de vida, en tal número, que hubo de construir doce pequeños monasterios en las márgenes del lago formado por el Anio.

La luz no estaba ya bajo el celemín. Nobles patricios confiaban sus hijos, Mauro y Plácido, al abad de Subiaco; bajo su cayado, trabajaban romanos y godos y habitaban juntos el león y el cordero. Su fama voló hasta Roma, llegó a la Nursia. El padre Benito no podía ser otro que aquel santo joven que huyó de Eufide, dejando una estela milagrosa. Las lágrimas que arranca la noticia del hermano recuperado y que parecía para siempre desaparecido, debieron rodar por las mejillas de Escolástica.

Hubo, sin embargo (la persecución escolta a los santos), un clérigo envidioso, Florencio, capaz de enviar también al santo abad un pan envenenado y un coro de bailarinas que invadiera su recinto santo. Benito había aprendido la lec-

ción evangélica de no resistir. Por amor de sus hijos, a los que dejó en buenas manos, desamparó con un grupito fiel la gruta de sus amores y, como otro Moisés camino del Sinaí, se dirigió a lo largo de los Abruzos hacia el mediodía, llegó a la fértil Campania y encontró su pedestal soñado, siguiendo la vía latina de Roma a Nápoles. Era el monte Casino, magnífica altura, vestida de bosques y aislada, como palco presidencial, en el gran anfiteatro que forman las cadenas desprendidas de los Apeninos.

Allí, con más de cuarenta y cinco años, el varón de Dios, en la plenitud de su doctrina espiritual, escribió la ley de la vida monástica, ese código inmortal de su santa regla. A poca distancia del gran cenobio, que iba surgiendo como una ciudad fortificada, tuvo la dicha de recobrar en Dios lo que por Él había dejado. Escolástica, madre de vírgenes, volvió a ser la discípula de sus años maduros. No aparecía, se ocultaba; podía decir como el Bautista: "Conviene que Él crezca y que yo disminuya". El santo patriarca, "lleno del espíritu de todos los justos", florecía como la palma y se multiplicaba como el cedro del Líbano. Sus palabras, sus obras, sus milagros, esparcían el buen olor de Cristo sobre el mundo bárbaro. El era el tronco del árbol de vida, cuyas ramas se extenderían sobre Europa para cobijar a innumerables pájaros del cielo. Escondida a su sombra, con raíz vivificante, como manantial oculto que corre por las venas de la tierra, Escolástica, aún más hija del espíritu que de la letra, daba a la religión naciente esa oración virginal, esa santidad acrisolada, esa inmolación fecunda llamada a reproducirse en las exquisitas flores del árbol benedictino: Hildegarda, Matilde, Gertrudis...

Hay que pasar bruscamente del primero al último acto para comprender lo que fué la unión tan humana y divina entre aquel a quien ella llamaba *frater* y aquella a quien él respondía *soror*.

Una vez al año (no es mucho conceder al espíritu y a la sangre), nos cuenta San Gregorio con sencillez evangélica, que se encontraban ambos en una posesión, no muy distante, de Montecasino. Aquel año, ya en el umbral de la senectud, acompañaban al padre abad varios de sus hijos, a Escolástica no le faltaría su compañera. ¡Oh, cuán bueno habitar los hermanos en uno! En el gozo de aquella reunión alternaron divinas alabanzas y santos coloquios, que se acendraron en la intimidad de la refección, al caer las sombras de la noche. Era quizá la hora de completas, cuando canta el coro monástico el *Te lucis ante terminum*, pero en el calor de la conversación, se había hecho tarde y Escolástica creyó poder rogar:

—Te suplicó que esta noche no me dejes, a fin de que, toda ella, la dediquemos a la conversación sobre los goces celestiales.

—¿Qué dices, oh hermana? ¿Pasar yo una noche fuera del monasterio? ¡Cierto que no puedo hacerlo!

Y al conjuro de la observancia, el Santo miraba la serenidad del cielo y se disponía a marchar. Escolástica, que conocía su firmeza, optó por dirigirse a la suprema Autoridad. Decía su santa regla: "Tengamos entendido que el ser oídos no consiste en muchas palabras, sino en la pureza de corazón y en compunción de lágrimas" (c.20). Sus manos cruzadas para suplicar cayeron sobre la mesa y, apoyando la frente entre sus palmas, comenzó a llorar en la divina presencia.

Benito la miraba sobrecogido, dispuesto a no ceder, cuando ella alzó la cabeza y un trueno retumbó en el firmamento. Corrían las lágrimas por el rostro de Escolástica y un aluvión de agua se derrumbaba desde el cielo, repentinamente encapotado.

—El Dios omnipotente te perdone, oh hermana. ¿Qué has hecho?

Ella respondió:

—He aquí que te he rogado y no has querido oírme; he rogado a mi Dios y me ha oído—y añadió, con una gracia triunfal, plenamente femenina—: Sal ahora, si puedes, déjame y vuelve al monasterio.

Y, pese a su contrariedad, se vió precisado el Santo a pasar toda la noche en vela, fuera de su claustro, satisfaciendo la sed de su hermana con santos coloquios.

Al día siguiente se despidieron los dos hermanos, regresando a sus monasterios. Sólo tres días habían pasado cuando, orando San Benito junto a la ventana de su celda, vió el alma de su hermana que en forma de blanquísima paloma "salía de su cuerpo y, hendiendo el aire, se perdía entre los celajes del cielo". Lleno de gozo, a vista de tanta gloria, cantó su acción de gracias y llamando a sus hijos les comunicó el vuelo de Escolástica, suplicándoles fueran inmediatamente en busca de su cuerpo para trasladarle al sepulcro que para sí tenía preparado.

Hace catorce siglos que las reliquias de ambos hermanos, fundidas en el seno de la tierra madre, germinan incesantemente en frutos de santidad. Porque "todo lo que nace de Dios vence al mundo", sobrevive San Benito, en su monasterio y en su Orden, a todas las injurias de los tiempos. La vida oculta de Santa Escolástica tiene el valor de un símbolo. Ella encarna el poder de la oración contemplativa, "razón de ser de nuestros claustros", la que, en alas de un corazón virginal, lleno de fe, arrebata a los cielos su gracia y la derrama a torrentes sobre esta tierra estéril, pero rica en potencia, que con el sudor de su frente labran los apóstoles y que fué prometida a los patriarcas...

CRISTINA DE ARTEAGA, O. S. B.

BIBLIOGRAFIA

SAN GREGORIO, *Diálogos* 1.2 c.33 y 34. Fuente fundamental.
Act. SS. Boll., 10 de febrero.
MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, I p.35s.
Annales Ord. S. Bened., VI p.746s.
HEURTEBISSE, B.; TRIGER, R., *Sainte Scolastique, patrone de Mans* (1897).
MORIN, G., *La translation de saint Benoît et la chronique de Lens:* "Rev. Bened." 19 (1902) p.337s.

11 de febrero

LA APARICION DE LA VIRGEN EN LOURDES

En 1858 Lourdes era un pueblecito desconocido, de unas cuatro mil almas. Simple capital de partido judicial, tenía su juzgado de paz, su tribunal correccional y hasta un pequeño destacamento de gendarmería. Esto y un mercado bastante concurrido era lo único que le daba un poco de superioridad sobre los demás pueblecillos de los alrededores, perdidos, como él, en las estribaciones de los Pirineos.

Poco tiempo antes, un célebre escritor, Taine, garabateó en su cuaderno de viaje esta apresurada nota: "Cerca

de Lourdes, las colinas se vuelven rasas y el paisaje se entristece. Lourdes no es más que un amasijo de tejados sucios, de una melancolía plúmbea, amontonados junto al camino". Fué injusto. Hoy admiramos en Lourdes algo que no ha podido cambiar desde entonces: la belleza de su paisaje. El jugoso verde de las orillas del Gave, las perspectivas maravillosas de los Pirineos nevados, la airosa construcción del castillo dominando toda la villa... y hasta las callejuelas, empinadas algunas de ellas, no exentas de una cierta gracia pirenaica.

Si el paisaje no ha cambiado, la población en cambio se ha transformado por completo. El pueblecillo, entonces ignorado, es hoy conocido en todo el mundo. Sin sombra de duda se puede asegurar que Lourdes es, de toda Europa, el punto por el que pasan un mayor número de personas. Es cierto que otros le superan en cuanto al arte de retenerlas mucho tiempo. El flujo y reflujo de Lourdes durante la época de las peregrinaciones no conoce descanso y es algo único e impresionante. De aquí el nacimiento de una nueva ciudad, la de los hoteles y las tiendas de recuerdos, que han venido a erigirse y casi a eclipsar a la antigua.

¿Qué ha ocurrido?

Algo increíble. Y, sobre todo, inesperado. Podemos conocerlo hasta en sus más insignificantes detalles. Una literatura inmensa, una legión de investigadores, una serie de procesos cuidadosamente elaborados, nos permiten hoy saber cómo era el Lourdes de 1858, cuántos habitantes tenía, en qué se ocupaban, qué actitud tomaron ante los acontecimientos, qué periódicos se leían, qué cartas escribieron. Recientes están los descubrimientos de documentación que han acabado de arrojar completa luz sobre todo lo relacionado con las apariciones. No creemos que haya habido acontecimiento histórico sobre el que se conserve una documentación contemporánea tan abundante y tan exhaustiva.

La historia la conoce todo el mundo. Había en Lourdes una pobre niña, analfabeta, que por su rudeza no había podido aprender el catecismo ni estaba aún en condiciones de hacer su primera comunión. Ni siquiera sabía hablar francés, y tenía que expresarse en el dialecto de la región. Era hija de padres pobrísimos, que atravesaban por

aquellos días una situación de auténtica miseria. Pero, aunque pobre en las cosas materiales, era riquísima en las del espíritu: buena, humilde, caritativa, pura y, sobre todo, sincera. El testimonio de cuantos convivieron con ella a lo largo de su existencia es terminante sobre este punto: antes y después de las apariciones María Bernarda Soubirous, que así se llamaba la niña, había dicho siempre la verdad con la sinceridad más plena.

Un 11 de febrero, cuando ella llevaba escasamente quince días en Lourdes, a su regreso de Bartres, donde había estado haciendo de pastorcita, salió en busca de leña y de huesos, en compañía de una hermana suya y de una amiguita. Estaba en una pequeña isla, formada por el Gave y el canal que en él desembocaba. Sus compañeras la habían dejado sola. Era el mediodía. Oyó un fragor como de tempestad, dirigió su vista hacia una concavidad que había en la roca por encima de ella, y la encontró ocupada por una jovencita de su misma estatura, de rostro angelical, vestida de blanco, ceñida por una banda azul, cubierta con un velo, que tenía un hermoso rosario entre las manos.

Había comenzado una serie de dieciocho apariciones que se sucederían durante los días siguientes, con algunos intervalos, hasta terminar el 16 de julio. Durante esa temporada, las autoridades estarían alerta, el pueblo dividido, el clero en un silencio total y más bien reticente. Sospechas, que humanamente podían considerarse fundadas, habrían de envolver a la niña. Era mucha la miseria que había en casa de los Soubirous para que se pudiera excluir la hipótesis de que acaso se estuviese buscando una solución a tan trágica coyuntura económica.

María Bernarda sufrió con paz celestial y sin inmutarse toda clase de pruebas. Ya sea el procurador imperial, ya el comisario de policía, ya el párroco, ya los visitantes..., a todos contestará con absoluta serenidad y paz, repitiendo exactamente las mismas expresiones. En vano los visitantes buscarán con habilidad la manera de sorprender su buena fe. Ella se mantendrá firme, dando testimonio de la verdad de lo que ha visto. Cuando los alrededores de la gruta estén rebosantes de público y la aparición no se produzca, ella dirá con toda sinceridad que nada ha visto. Cuando le amenacen para que calle, ella continuará diciendo siempre que ha sido verdad la aparición. Será testigo de la verdad, sin conocer un instante de vacilación, ni un desfallecimiento.

El párroco ha pedido una señal del cielo: quisiera que floreciese el rosal que está junto a la gruta. La aparición no ha querido que fuese así. Pero se va a producir un acontecimiento con el que nadie contaba. A lo largo de una aparición extraña, que decepciona al público, mientras Bernardita prueba unas hierbas no comestibles y araña la tierra, ésta se abre bajo sus dedos y brota una fuente. El público se marcha decepcionado. Hay críticas. Más de uno siente vacilar sus anteriores convicciones, favorables a la aparición. Y, sin embargo, aquel jueves, 25 de febrero, será decisivo en la historia de Lourdes. La fuente continuará brotando, para no secarse ya jamás. Muy pronto ese agua comienza a ser instrumento de maravillosas curaciones. Y el rumor de esas curaciones empezará a atraer las muchedumbres a Lourdes, que tampoco faltarán ya jamás.

La aparición ha dado a la niña un encargo concreto: decir al clero que han de edificar una capilla, y que se ha de ir allí en procesión. El cura de Lourdes se ha mostrado severo. No puede creer en semejante encargo, sin más ni más. Por otra parte, la aparición no ha dicho todavía su nombre. Es lo menos que puede exigírsele.

Y un día, el de la Anunciación, lo dice: "Yo soy la Inmaculada Concepción". La niña no sabe lo que significa aquello. Es más, las primeras veces que cuenta lo que ha ocurrido, pronuncia mal la palabra "Concepción", hasta que las hermanas del hospicio de Lourdes la corrigen y la enseñan a decirlo bien. No importa. Esta misma ignorancia suya será una de las pruebas de que no se trata de nada que haya sido fingido. Ahora ya se sabe quién se aparece: la Santísima Virgen, a quien poco tiempo antes el Papa ha declarado solemnemente libre del pecado original desde el mismo instante de su concepción.

La serie de apariciones se va a cerrar rápidamente. El 7 de abril, doce días después de la Anunciación, tiene lugar la décimoséptima aparición, y el 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, la décimoctava. Bernardita no volverá a ver a la Santísima Virgen mientras esté en la tierra.

El demonio no podía contemplar lo que estaba sucediendo sin intentar algo por desacreditarlo. Ya en una

de las primeras apariciones, exactamente en la cuarta, unos diabólicos aullidos fueron apagados instantáneamente por una mirada severa de la Santísima Virgen. Era sólo el comienzo. Poco tiempo después, una epidemia de visionarios se produce en la pequeña ciudad pirenaica. Ahora son unas mujeres que dicen haber visto extrañas apariciones; luego unos niños momentáneamente delirantes y posesos; más tarde extravagantes hombres, que aparecen como portadores de extraños mensajes, y tienen que ser retirados por alucinados. Es cierto que nunca tan sacrílegas mascaradas llegan a poder utilizar la misma gruta. Pero sus alrededores son manchados con esta clase de manifestaciones. Es notable: el contraste con la serena majestad, con la humildad y dulzura de Bernardita, es tal, que puede decirse que esta clase de manifestaciones, lejos de servir para oscurecer su gloria, sirvió, por contraste, para enaltecerla más y más. La diferencia entre la única vidente verdadera y las burdas falsificaciones diabólicas, apareció siempre manifiesta y clara.

Con todo, no iba a ser fácil la realización de lo que la Virgen había pedido. Durante no poco tiempo la gruta misma iba a estar cerrada, y el acceso a la misma prohibido. Se conserva todavía el cuaderno en el que el guarda jurado fué apuntando, con pintoresca ortografía, los nombres de los contraventores. Un día fué la señora del almirante Bruat, aya de los hijos del emperador. El mismo día, Luis Veuillot, el temible polemista. Esta visitas producen una cierta emoción en la ciudad. Hasta que, por orden del emperador Napoleón III, desaparecen las barreras y se decreta de nuevo que el acceso a la gruta es enteramente libr. Fué un día de inmensa alegría en Lourdes.

Pero ¿hasta qué punto se podía hablar de apariciones verdaderas? El obispo de Tarbes había mantenido hasta entonces una actitud sumamente prudente. Casi al mismo tiempo que se decretaba la libertad para ir a la gruta, monseñor Laurence daba, por su parte, otro decreto constituyendo una comisión de información sobre los hechos ocurridos en Massabielle. Y la comisión comenzaba inmediatamente, de manera concienzuda, sus informaciones. Estas habrían de tardar más de dos años. Por fin, entregaba sus conclusiones al señor obispo. Este quiso presidir personalmente la sesión final, que tuvo lugar en la sacristía de Lourdes.

La asamblea era impresionante. En torno al señor obispo, todas las personalidades que formaban parte de la comisión. En medio, Bernardita, tocada con su capuchón, calzada con zuecos, hablaba con absoluta sencillez, pero con una autoridad sorprendente. Sobre todo, como siempre solía ocurrir, cuando llegó el momento en que reprodujo el gesto de la Virgen, juntó sus manos, alzó su mirada y dijo: "Yo soy la Inmaculada Concepción", y pareció envuelta de una gracia tan celestial, que un escalofrío circuló por toda la reunión. El anciano obispo sintió cómo se le humedecían las mejillas, y dos gruesas lágrimas resbalaron por su rostro. Apenas salió la niña, exclamó movido por la emoción: "¿Han visto ustedes esta niña?"

Sólo faltaba proclamar la verdad. El sábado 18 de enero de 1862 el obispo firmaba la "Carta pastoral con el juicio sobre la aparición que tuvo lugar en la gruta de Lourdes". Después de haber expuesto los antecedentes, declaraba con toda solemnidad: "Juzgamos que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, se apareció realmente a Bernardetta Soubirous el 11 de febrero de 1858 y días siguientes, en número de dieciocho veces, en la gruta de Massabielle, cerca de la ciudad de Lourdes; que tal aparición contiene todas las características de la verdad y que los fieles pueden creerla por cierto... Para conformarnos con la voluntad de la Santísima Virgen, repetidas veces manifestada en su aparición, nos proponemos levantar un santuario en los terrenos de la gruta".

Las dificultades no iban a ser, sin embargo, pequeñas. Unas veces nacerían del criterio restrictivo del ministerio de cultos, que había de dar su autorización para el nuevo santuario. Otras serían minúsculas cuestiones locales, como un pleito que hoy se nos antoja ridículo, entre el cabildo de Tarbes y la prefectura a propósito de la construcción de unos almacenes y unas cuadras en terreno de ésta; otras veces se mezclarían miras puramente humanas en lo que debiera ser única y exclusivamente sobrenatural. No importa: pese a tantas dificultades, el santuario de Lourdes habría de ser un hecho, y rápidamente. Massabielle cambiaría de fisonomía: ya el 22 de enero de 1862 escribía el párroco al señor obispo que "la nivelación del terreno le da un aspecto grandioso". El arquitecto diocesano concibió un proyecto atrevido, que en un principio se creyó irrea-

lizable: dar por corona gigantesca a la roca de la aparición un edificio que armonizase con el círculo de las graciosas colinas y cuya flecha ostentaría la cruz a una altura de cien metros sobre el nivel del Gave. De esta forma la gruta continuaría de la misma manera que cuando la consagraron las visiones de Bernardetta, abierta siempre sobre el río y su murmullo, bajo el cielo azul y las estrellas. No a todos gustó este proyecto, y se conserva la airada carta de un cura español al obispo de Tarbes, amenazándole con toda suerte de castigos del cielo si se llegaba a realizar. Pero a pesar de todo fué el que se llevó a cabo, y hoy los peregrinos agradecen tan feliz idea.

El 14 de octubre de 1862 se dió el primer golpe de pico para poner los cimientos de la futura capilla. Entre los sesenta obreros que trabajaban, se contaba Francisco Soubirous, padre de Bernardita, orgulloso de cooperar, desde puesto tan humilde, a tan grandiosa obra. El 4 de abril de 1864 se colocaba la estatua que todos los peregrinos conocen, en la gruta. Rápidamente Lourdes fué tomando el aspecto que hoy presenta. El 19 de mayo de 1866, vigilia de Pentecostés, quedaba consagrada la cripta, que había de ser el cimiento de la futura capilla. Su inauguración quedó señalada para dos días después, lunes de Pentecostés, en presencia de una inmensa multitud. Todavía pudo asistir a ella Bernardita. Pero le costaba reconocer el terreno. Estaba todo muy cambiado.

En 1873 se inician las grandes peregrinaciones francesas. En 1876 es solemnemente consagrada la basílica y coronada la estatua de la Virgen. Los veinticinco años de las apariciones se celebran con afluencia de una inmensa multitud, y colocando la primera piedra de la iglesia del Rosario, para suplir la insuficiencia de la primitiva basílica. Seis años más tarde era inaugurada esta iglesia, que fué solemnemente consagrada en 1901. Todavía con la marcha del tiempo habría de resultar insuficiente, y el 25 de marzo de 1958, el cardenal Roncalli, futuro papa Juan XXIII, consagraba una nueva y más inmensa basílica subterránea, dedicada a San Pío X.

No todas estas construcciones llenan por completo las exigencias del buen gusto. Lourdes es, en su aspecto artístico, fruto de una época de indecisión estilística. Aun sin admitir la tesis extrema de Huysmans, que sostiene que el mal gusto es la venganza que el demonio se ha tomado por

el triunfo de la Santísima Virgen, sí que hay que reconocer que tiene una parte de razón. Pero no importa mucho. Es más, creo que todos los peregrinos protestarían si la fisonomía de Lourdes se alterara. Hay un algo maravilloso que flota en el ambiente, que penetra hasta lo más profundo del alma y que hace que Lourdes sea un sitio único para saciar la devoción cristiana.

Y en primer lugar, como lugar de oración. La ciudad, con sus tiendas de recuerdos, sus hoteles y fondas, suele causar una impresión desagradable al peregrino. Una multitud tan inmensa exige todo eso. Pero desilusiona un poco ese contraste entre la finalidad espiritual del viaje y estas exigencias de la naturaleza humana. Todo cesa, sin embargo, desde el momento en que se entra en el dominio de la gruta. Hay un ambiente sobrenatural de oración, de silencio, de recogimiento. Los hombres descubiertos, las mujeres como en la iglesia, y dominando todo el rumor de los cánticos que brotan de las iglesias o de la gruta.

Al llegar a ésta, se olvida todo. No cabe más que dejarse envolver por el silencio, apenas turbado por el rumor del río y el paso de los trenes que ponen como una nota lejana de recuerdo, de que todavía existe un mundo que se afana y corre. Allí todo es calma. La muchedumbre, de rodillas, en silencio, ora sin cansarse.

Sin embargo, no todo es paz y calma. Las peregrinaciones se suceden, ateniéndose todas a un mismo reglamento. Entran en la ciudad, se dirigen a la gruta, se lee allí la sencilla narración de las apariciones. Se realizan una serie de actos piadosos, misas cantadas, de comunión, vía crucis, etcétera, para partir después y dejar su sitio a otras que le seguirán. Todo en medio de un orden admirable.

Hay, sin embargo, todos los días dos actos cumbres, a los que concurren todas las peregrinaciones presentes en la ciudad: la procesión con el Santísimo y la de las antorchas.

Exactamente a las cuatro de la tarde se pone en marcha la procesión con el Santísimo. Avanza triunfal la Custodia, entre las filas de los peregrinos. Llega a la explanada y allí es esperada por la multitud de los enfermos. Es necesario haber contemplado aquel espectáculo para captar toda su significación.

El Señor ha entrado en la plaza y, oculto bajo las es-

pecies eucarísticas, comienza a recorrer las filas de camillas y carritos en que se encuentran los enfermos. Y una voz se alza penetrante, llena de vibración y energía: "¡Señor, creemos en ti!" La muchedumbre contesta al unísono: "¡Señor, creemos en ti!"

Son miles y miles de gargantas. Toda una generación trabajada por la escuela laica, acosada por unas costumbres corruptoras, influenciada por un ambiente de escepticismo... hace el acto de fe más emocionante, más lleno de sentido que puede imaginarse. Las lágrimas pugnan por salir, mientras las invocaciones, de evangélicas resonancias, se van sucediendo. Hace más de mil novecientos años que salieron de otros labios. Ahora, el mismo Señor, oculto bajo las especies eucarísticas, vuelve a escucharlas: "¡Señor, si quieres, puedes curarme!" "¡Señor, que vea!" "¡Señor, aquel que Tú amas, está enfermo!"

Por la noche, en cambio, el espectáculo es diferente. Los treinta, cuarenta o cincuenta mil peregrinos presentes en la ciudad, cantan acompasadamente la melodía sencilla, monótona, sin especial valor, pero devotísima del *Ave*, recorriendo un largo trayecto por todo el dominio de la gruta. Al final van agrupándose, ordenadamente, en la gran plaza, que se transforma en ascua de oro y de fuego, ante la confluencia de tantos miles de antorchas. Y entonces surge potente, arrollador, el canto del *Credo*. Venidos de los puntos más diversos del orbe, cantan, sin embargo, al unísono todos los peregrinos, proclamando a una voz su única fe. Espectáculo maravilloso y conmovedor.

Hay que decir algo, sin embargo; otro espectáculo, también consustancial con Lourdes: el de los enfermos. Sacudidos por un viaje interminable, heridos de muerte por sus enfermedades, incómodamente instalados en sus carritos..., son ellos los sembradores de una suavísima sensación de paz y consuelo. La tienen ellos, y la van derramando por doquier a su paso. Cada uno de ellos, cada mirada enfebrecida, cada llaga purulenta, cada mano retorcida, inflamada y monstruosa, va dejando en el alma del peregrino una gota de la más sobrehumana y deleitosa paz. Es ésta una de las grandes paradojas de Lourdes. Uno de sus milagros permanentes.

De vez en cuando, sin someterse a ley alguna, se produce el milagro. Unas veces ante la gruta, otras durante la procesión del Santísimo, otras en el viaje de vuelta. No hay ley alguna, lo repetimos. En medio de la multitud o lejos de ella, en Lourdes, o a muchos kilómetros de allí, la Santísima Virgen viene operando maravillas a centenares, a millares. Algunas de ellas llegan a comprobarse científicamente, con un rigor que no deja nada que desear. Otras, no. El alivio que ha recibido el enfermo, o su curación, no podrán comprobarse, porque no había lesión orgánica, o por falta de datos previos, pero eso no importará nada: quien recibió el beneficio disfrutará de él. De vez en cuando, en una prosa helada, que en su misma frialdad es el mejor argumento de la veracidad del hecho, *Le Journal de la Grotte* dará la noticia de que en esta o aquella diócesis se ha reconocido canónicamente la realidad de un milagro. Pero el más colosal milagro es el que todos los días se realiza en Lourdes: el de que una inmensa multitud de enfermos que ha peregrinado allí pidiendo su salud, se retire consolada, alegre, con dulce resignación. Y el de que la multitud que le rodea, en contacto permanente con el dolor, viendo con sus propios ojos aquel espectáculo de sufrimiento que presentan los enfermos, no haga de Lourdes una ciudad triste, sino todo lo contrario. Todos los peregrinos os dirán que Lourdes es una ciudad en la que ellos han pasado días de paz, de bienestar, de profunda e íntima alegría.

No ha faltado el sello oficial de la Iglesia. En 1869, Pío IX, por un breve de 4 de septiembre, proclamaba la luminosa evidencia de los hechos. León XIII autorizó un oficio especial y una misa en memoria de la aparición, que San Pío X, su sucesor, extendió por decreto de 13 de noviembre de 1907 a la Iglesia universal. Todos los Romanos Pontífices han rivalizado en dar muestras de benevolencia a este santuario mariano. Es digna de destacarse la preciosa encíclica *Le pèlerinage*, de Pío XII, con motivo del grandioso centenario de las apariciones. Con tales testimonios de la Iglesia, el fiel cristiano puede invocar con seguridad a la Virgen de Lourdes y descansar tranquilo en su maternal regazo. Ella visitó la tierra y se dignó alegrarla con su presencia. La Iglesia de una parte, y los continuos milagros de otra, nos lo aseguran así.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.

BIBLIOGRAFIA

MOIS, R., *Lourdes 1958. Jalons bibliographiques:* "Nouv. Rev. Théol." 80 (1958) p.1076s.
MONIQUET, P., *Les origines de Notre-Dame de Lourdes* (Paris 1901).
BORDEBAT, *Les apparitions de Notre-Dame de Lourdes et la société contemporaine* (Paris 1909).
BEAUCORPS, J. DE, *Lourdes, les apparitions* (Paris 1911).
BERTRIN, G., *Histoire critique des événements de Lourdes* (Paris 1912).
LAURENTIN, R.; BILLET, B., *Lourdes. Dossier des documents authentiques,* 4 vols. publicados.
CROS, L., *Lourdes 1858. Témoins de l'événement,* ed. por P. M. OLPHE-GALLIARD, S. J. (Paris 1957).

12 de febrero

SANTA EULALIA DE BARCELONA

(† ca. 304)

Eulalia nació en la inmediaciones de la ciudad de Barcelona, probablemente hacia los últimos años del siglo tercero. Descendía, a lo que parece, de noble familia; sus padres, con quienes vivía en una quinta de su propiedad, más que amarla la mimaban cariñosísimamente, impelidos por la humildad, la sabiduría y la prudencia que resplandecían en ella de una manera impropia de su tierna edad. Por encima de todo brillaba en aquella virtuosa niña un acendrado amor a Dios Nuestro Señor; su piedad la llevaba a encerrarse cotidianamente en una pequeña celda de su casa con un grupo de amiguitas que había reunido junto a sí para pasar buena parte del día en el servicio del Señor, rezando oraciones que alternaban con el canto de himnos.

Habiendo llegado a la pubertad, hacia los doce o trece años, llegó a los oídos de los barceloneses la noticia de que la persecución contra los cristianos volvía a arder de nuevo en todo el Imperio, de manera que quienquiera que se obstinara en negarse a sacrificar a los ídolos era atormentado con los más diversos y espantosos suplicios.

Los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, que habían oído contar la rápida y maravillosa propagación de la fe cristiana en las lejanas tierras de España, donde

hasta entonces había sido tan rara aquella fe, mandaron al más cruel y feroz de sus jueces, llamado Daciano, para que acabara de una vez con aquella "superstición".

Al entrar en Barcelona hizo, con todo su séquito, públicos y solemnes sacrificios a los dioses, y dió orden de buscar cautelosamente todos los cristianos para obligarles a hacer otro tanto. Con inusitada rapidez divulgóse entre los cristianos de Barcelona y su comarca la noticia de que la ciudad era perturbada por un juez impío e inicuo como hasta entonces no se había conocido otro. Oyéndolo contar Santa Eulalia se regocijaba en su espíritu y se le oía repetir alegremente: "Gracias os doy, mi Señor Jesucristo, gloria sea dada a vuestro nombre porque veo muy cerca lo que tanto anhelé, y estoy segura de que con vuestra ayuda podré ver cumplida mi voluntad".

Sus familiares estaban vivamente preocupados por la causa de aquel deseo tan vehemente que Eulalia les ocultaba, ella que precisamente no les escondía ningún secreto, sino que siempre les explicaba con la prudencia y circunspección debidas cuanto Dios Nuestro Señor le revelaba. Pero Santa Eulalia seguía sin contar a nadie lo que iba meditando en su corazón, ni a sus padres, que tan tiernamente la amaban, ni a alguna de sus amigas o de sus servidoras que la querían más que a su propia vida; hasta que un día, a la hora de mayor silencio, mientras los suyos dormían, emprendió sigilosamente el camino de Barcelona, al rayar el alba. Llevada de las ansias que la enardecían y la hacían infatigable, hizo todo el trayecto a pie, a pesar de que la distancia que la separaba de la ciudad fuese tal como para no poder andarla una niña tan delicada como ella.

Llegado que hubo a las puertas de la ciudad, y así que entró, oyó la voz del pregonero que leía el edicto, y se fué intrépida al foro. Allí vió a Daciano sentado en su tribunal y, penetrando valerosamente por entre la multitud, mezclada con los guardianes, se dirigió hacia él y con voz sonora le dijo: "Juez inicuo, ¿de esta manera tan soberbia te atreves a sentarte para juzgar a los cristianos? ¿Es que no temes al Dios altísimo y verdadero que está por encima de todos tus emperadores y de ti mismo, el cual ha ordenado que todos los hombres que Él con su poder creó a su imagen y semejanza le adoren y sirvan a Él solamente? Ya sé que tú, por obra del demonio, tienes en tus manos el poder de la vida y de la muerte; pero esto poco importa"

Daciano, pasmado de aquella intrepidez, mirándola fijamente, le respondió, desconcertado: "Y ¿quién eres tú, que de una manera tan temeraria te has atrevido, no sólo a presentarte espontáneamente ante el tribunal, sino que, además, engreída con una arrogancia inaudita, osas echar en cara del juez estas cosas contrarias a las disposiciones imperiales?".

Mas ella, con mayor firmeza de ánimo y levantando la voz, dijo: "Yo soy Eulalia, sierva de mi Señor Jesucristo, que es el Rey de los reyes y el Señor de los que dominan: por esto, porque tengo puesta en Él toda mi confianza, no dudé siquiera un momento en ir voluntariamente y sin demora a reprochar tu necia conducta, al posponer al verdadero Dios, a quien todo pertenece, cielos y tierra, mar e infiernos y cuanto hay en ellos, al diablo, y lo que es peor, que quieres obligar a hacer lo mismo a aquellos hombres que adoran al Dios verdadero y esperan conseguir así la vida eterna. Tú les obligas inicuamente, bajo la amenaza de muchos tormentos, a sacrificar a unos dioses que jamás existieron, que son el mismo demonio, con el cual todos vosotros que le adoráis vais a arder otro día en el fuego eterno".

Oyendo Daciano tales requerimientos, mandó que la detuvieran y que inmediatamente la azotaran sin piedad. Mientras, sin compasión, se ejecutaba el suplicio, decíale Daciano, en son de burla: "Oh miserable doncella: ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué no te libra de esta tortura? ¿Cómo te has dejado llevar por esta imprudencia que te hizo ejecutar un acto tan atrevido? Di que lo hiciste por ignorancia, que desconocías mi poder, y te perdonaré en seguida, pues hasta a mí me duele que una persona nobilísima como tú, ya que vienes, según me han dicho, de rancio abolengo, sea tan atrozmente atormentada". A cuyas palabras repuso Santa Eulalia: "Esto no será jamás; y no me aconsejes que mienta confesando que desconocía tu poderío; ¿quién ignora que toda potestad humana es pasajera y temporal como el mismo hombre que la tiene, que hoy existe y mañana no? En cambio, el poder de mi Señor Jesucristo no tiene ni tendrá fin, porque es el mismo que es eterno. Por esto, no quiero ni puedo decir mentiras, porque temo a mi Señor, que castiga a los mentirosos y sacrílegos con fuego, como a todos los que obran la iniquidad. Por otra parte, cuanto más me castigas, me siento más ennoblecida; nada

me duelen las heridas que me abres, porque me protege mi Señor Jesucristo, que, cuando sea Él quien juzgue, mandará castigarte por lo que habrás hecho con penas que serán eternas".

Enfurecido y rabioso, Daciano mandó traer el potro. La extienden en él, y mientras unos esbirros la torturaban con garfios, otros le arrancaban las uñas. Pero Santa Eulalia, con cara sonriente, iba alabando a Dios Nuestro Señor, diciendo: "Oh Señor mío Jesucristo, escuchad a esta vuestra inútil sierva; perdonad mis faltas y confortadme para que sufra los tormentos que me infligen por vuestra causa, y así quede confuso y avergonzado el demonio con sus ministros".

Díjole Daciano: "¿Dónde está este a quien llamas e invocas? Escúchame a mí, oh infeliz y necia muchacha. Sacrifica a los dioses, si quieres vivir, pues se acerca ya la hora de tu muerte y no veo todavía quién venga a librarte".

Mas he aquí que Santa Eulalia, gozosa, le respondió: "Nunca vas a tener prosperidad, sacrílego y endemoniado perjuro, mientras me propongas que reniegue de la fe de mi Señor. Aquel a quien invoco está aquí junto a mí; y a ti no es dado el verle porque no lo mereces por culpa de tu negra conciencia y la insensatez de tu alma. Él me alienta y conforta, de manera que ya puedes aplicarme cuantas torturas quieras, que las tengo por nada".

Desesperado ya y rugiendo como un león ante aquel caso de insólita rebeldía, Daciano mandó a los soldados que, extendida todavía sobre el potro, aplicaran hachones encendidos a sus virginales pechos para que pereciera envuelta en llamas. Al oír aquella decisión judicial, Santa Eulalia, contenta y alegre, repetía las palabras del salmo: "He aquí que Dios me ayuda y el Señor es el consuelo de mi alma. Dad, Señor, a mis enemigos lo que merecen, y confundidles; voluntariamente me sacrificaré por Vos y confesaré vuestro nombre, pues sois bueno, porque me habéis librado de toda tribulación y os habéis fijado en mis enemigos". Y habiendo dicho esto, las llamas empezaron a volverse contra los mismos soldados. Viendo lo cual Santa Eulalia, levantando la vista al cielo, oraba con voz más clara todavía, diciendo: "Oh Señor mío Jesucristo, escuchad mis ruegos, compadeceos misericordiosamente de mí y mandad ya recibirme entre vuestros escogidos en el descanso de la vida eterna, para que, viendo vuestros creyen-

tes la bondad que habéis obrado en mí, comprueben y alaben vuestro gran poder".

Luego que hubo terminado su oración se extinguieron aquellos hachones encendidos que, empapados como estaban en aceite, debían haber ardido por mucho tiempo, no sin antes abrasar a los verdugos que los sostenían, los cuales, amedrentados, cayeron de hinojos, mientras Santa Eulalia entregaba al Señor su espíritu, que voló al cielo saliendo de su boca en forma de blanca paloma. El pueblo que asistía a aquel espectáculo, al ver tantas maravillas, quedó fuertemente impresionado y admirado, en especial los cristianos, que se regocijaban por haber merecido tener en los cielos como patrona y abogada una conciudadana suya.

Pero Daciano, al ver que después de aquella enconada controversia y que, a pesar de tantos suplicios, nada había aprovechado, descendió del tribunal, mientras, enfurecido, daba la orden de que fuera colgada en una cruz y vigilada cautelosamente por unos guardianes: "Que sea suspendida en una cuz hasta que las aves de rapiña no dejen siquiera los huesos". Y he aquí que al punto de ejecutarse la orden cayó del cielo una copiosa nevada que cubrió y protegió su virginidad. Los guardas, aterrorizados, la abandonaron para seguir vigilándola a lo menos desde lejos, según se les había ordenado.

Tan pronto se divulgó lo acaecido por los poblados circunvecinos de la ciudad, muchos quisieron ir a Barcelona para ver las maravillas obradas por Dios. Sus mismos padres y amigas corrieron en seguida con gran alegría, pero lamentando al propio tiempo no haber conocido antes lo sucedido.

Después de tres días que Santa Eulalia pendía de la cruz, unos hombres temerosos de Dios la descolgaron con gran sigilo, sin que se dieran cuenta los soldados o guardianes; y habiéndosela llevado, la embalsamaron con fragantes aromas y amortajaron con purísimos lienzos. Entre ellos había uno que dicen se llamaba Félix, que con ella había también sufrido confesando a Cristo, el cual con gran alegría dijo al cuerpo de la Santa: "Oh señora mía, ambos confesamos juntos, pero vos merecisteis la palma del martirio antes que yo". Y he aquí que la Santa le contestó con una sonrisa. Los demás, mientras la llevaban a enterrar, alegrábanse entonando cánticos e himnos al Señor: "Los justos os invocarán, oh Señor, y Vos los habéis escuchado, mientras les librabais de cualquier tribulación". Al oírse aquellos cantos, fué asociándose a la comitiva una gran multitud, hasta que con gran regocijo le dieron sepultura.

Angel Fábrega Grau, Pbro.

BIBLIOGRAFIA

Ponsich y Camps, R. de, *Vida, martirios y grandezas de Santa Eulalia, hija, patrona y tutelar de Barcelona* (Madrid 1770).

Flórez, E., *España Sagrada*, vol.29 p.287s., 371s.

García Villada, Z., *Historia Ecles. de España*, I 1 p.283s. (Madrid 1929).

Fábregas Grau, A., *Santa Eulalia de Barcelona: Revisión de un problema histórico* (Roma 1958).

Id., *Pasionario hispánico*, I p.108s.; II p.233s. (Madrid-Barcelona 1953-1955).

12 de febrero

LOS SIETE FUNDADORES SERVITAS

Se ha hablado alguna vez de "constelaciones de santos". En efecto; en el cielo de la Iglesia, como en el cielo astronómico, los astros no se suelen presentar aislados, sino formando parte de "constelaciones": grupos de santos que se influyen entre sí, se prestan mutuamente sus luces, se ayudan y se estimulan. Sin embargo, aunque esto sea verdad, no es menos cierto que cada uno de esos santos es luego, salvo el caso de los mártires, objeto de un culto individual, al que han precedido una beatificación y una canonización también individuales. Hay, sin embargo, una excepción: el caso singularísimo de los siete fundadores servitas cuya fiesta celebra la Iglesia el 12 de febrero. Este grupo de siete almas, llegó a fundirse en el único ideal de "servir" a su Señora, y servirla de manera tan perfecta que las notas personales apenas tuvieran un valor relativo. Después de su muerte, su memoria y su culto fueron y siguen siendo algo esencialmente colectivo, y así sus nombres son prácticamente desconocidos, porque siempre se

habla de ellos bajo la apelación de "los siete fundadores servitas".

Por eso, cuando las más antiguas crónicas tratan de la vida de fray Alejo de Florencia, el último en morir, y el que por estas circunstancias pudo ofrecer a los biógrafos alguna mayor ocasión de ser considerado individualmente, esos mismos biógrafos se apresuran a asegurarnos que la santidad de él mostraba la de sus seis compañeros. Oigámosles:

"Hubo siete hombres de tanta perfección, que Nuestra Señora estimó cosa digna dar origen a su Orden por medio de ellos. No encontré que ninguno sobreviviera de ellos, cuando ingresé en la Orden, a excepción de uno que se llamaba fray Alejo... La vida de dicho fray Alejo, como yo mismo pude comprobar con mis ojos, era tal, que no sólo conmovía con su ejemplo, sino que también demostraba la perfección de sus compañeros y su santidad."

Es éste el único caso que se da de culto colectivo a varios santos confesores, y la misma liturgia, en el oficio divino y en la misa de este día, se ve forzada a modificar sus esquemas habituales para poder adaptarlos a una fiesta tan singular. Caso hermosísimo, que alienta a cuantos lo contemplamos a ir por el camino de la imitación. Llegar a la santidad, es muy hermoso, pero todavía sería más hermoso aún que lográsemos esa santidad dentro de un grupo, ayudándonos unos a otros, estimulándonos con nuestro buen ejemplo, siguiendo las huellas de este hermoso caso de santidad colectiva.

Nos encontramos en el siglo XIII. Y he aquí que entonces va a producirse un fenómeno que ya antes se había producido muchas veces en la Iglesia, que hemos visto repetirse ante nuestros propios ojos en los días que vivimos, y que, sin duda, ha de continuar produciéndose también hasta el fin de los siglos. La fundación de una Orden o Congregación religiosa sin que, quienes intervienen en ella, tuvieran al principio la más remota idea de emprenderla.

No sabemos si fueron estos siete jóvenes nobles de Florencia quienes, por sus relaciones comerciales, trajeron a la ciudad toscana la idea de aquella nueva cofradía. Acaso estuviera ya fundada y llevase unos años funcionando. Poco importa para nuestro intento. Lo cierto es

que en Florencia, al comienzo del siglo XIII, encontramos una hermandad, llamada oficialmente sociedad de Santa María, pero más conocida por su nombre vulgar de los *laudesi*, o alabadores de la Santísima Virgen, a la que pertenecían siete mercaderes de las mejores familias de Toscana. Las crónicas nos han conservado su nombre: Bonfilio Monaldi, Bonayunto Manetti, Manetto de l'Antella, Amidio Amidei, Ugoccio Ugoccioni, Sostenio de Sostegni y Alejo Falconieri. Tengamos, sin embargo, en cuenta que algunos de ellos cambiaron su nombre al hacer la profesión religiosa. Los siete formaban parte de lo que hoy llamaríamos la junta directiva, es decir, el elemento más vivo y entusiasta de la cofradía. No sabemos la fecha de su nacimiento, pero ciertamente eran todavía jóvenes cuando, en 1233, comenzaron los acontecimientos que vamos a narrar.

Fué el día 15 de agosto, ese día que, además de estar consagrado a la Asunción de la Santísima Virgen, ha sido también señalado para tantos y tantos acontecimientos importantes de la historia eclesiástica. Los siete gentileshombres florentinos sintieron aquel día una común inspiración. Oigamos, una vez más, al cronista clásico: "Teniendo su propia imperfección, pensaron rectamente ponerse a sí mismos y a sus propios corazones, con toda devoción, a los pies de la Reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, a fin de que, como mediadora y abogada, les reconciliara y les recomendase a su Hijo, y supliendo con su plenísima caridad sus propias imperfecciones, impetrase misericordiosamente para ellos la fecundidad de los méritos. Por eso, para honor de Dios, poniéndose al servicio de la Virgen Madre, quisieron, desde entonces, ser llamados siervos de María."

Pidieron para eso la bendición de su obispo, que se la otorgó contento; se despidieron de sus familias, y el 8 de septiembre del mismo año 1233 se recogieron en una casita, Villa Camarzia, en un suburbio de Florencia, no lejos del convento de los franciscanos, y en las inmediaciones de la antigua iglesia de Santa Cruz. Sin embargo, la casita, que ni siquiera era propiedad de ellos, sino de otro miembro de la cofradía, resultó pronto excesivamente céntrica para sus deseos de oscuridad, olvido y renunciamiento. Pasaron a otra casa que la cofradía tenía en el Cafaggio, en la que transcurrió bien poco tiempo, y pronto se planteó

la cuestión de encontrar una sede que en cierto modo pudiera llamarse definitiva.

Pero antes un milagro vino a señalar cuán grata era a Dios la empresa que habían acometido. Alrededor de la fiesta de Epifanía del siguiente año, 1234, iban de dos en dos recorriendo las calles de Florencia y solicitando humildemente la caridad por amor de Dios, cuando se oyó exclamar a los niños, incluso los que aún no hablaban, señalándoles con el dedo: "He ahí los servidores de la Virgen: dadles una limosna". Entre aquellos inocentes niños que sirvieron para proclamar el agrado de Dios sobre la nueva Orden estaba uno que todavía no había cumplido los cinco meses, y que con el tiempo habría de ser una de sus más preciadas joyas: San Felipe Benicio.

El milagro vino a agravar la situación: las gentes empezaron a fijarse más en aquel humilde grupo y se hizo también más urgente la necesidad de alejarse de la ciudad. Por eso recurrieron ellos al obispo de Florencia, que tan acogedor se había mostrado desde el primer momento. El, con el generoso consentimiento del cabildo catedral, les ofreció una porción de terreno en el monte Senario. Y allí se instalaron el día de la Ascensión del año 1234.

Es aquí, en el monte Senario, donde se inicia propiamente la vida religiosa. Hasta entonces sólo había habido una especie de tentativa. En el monte Senario construyen una iglesia, edifican unos míseros eremitorios de madera, separados unos de otros, e inician observancia con todo rigor. Reciben la visita del cardenal de Chatillon, legado del papa Gregorio IX en la Toscana y la Lombardía, quien les anima a continuar su vida, si bien moderando sus excesivas austeridades.

Pero la mejor y más preciada confirmación la tuvieron el Viernes Santo de 1239: la Santísima Virgen se apareció para encargarles que llevaran un hábito negro, en memoria de la pasión de su Hijo, y para presentarles la regla de San Agustín. Después de esta aparición, ya no había lugar a dudas. Acudieron al obispo de Florencia para regularizar, por decirlo así, su situación canónica.

Y, en efecto, el obispo impuso a los siete el hábito que les había mostrado la Virgen, recibió sus votos y les dió las sagradas órdenes. Fué precisamente en esta ocasión cuando algunos de ellos cambiaron de nombre. Y fué también en esta ocasión cuando San Alejo Falconieri mostró sus deseos de no ser ordenado sacerdote, lo que consiguió, muriendo como hermano.

La obra estaba ya, en cierto modo, encauzada. Quienes sólo habían pensado en vivir con mayor entusiasmo los ideales de su piadosa confraternidad, se encontraban ya ordenados sacerdotes, con unos votos emitidos y con una regla, la de San Agustín, recibida al par de la Santísima Virgen y de la autoridad eclesiástica. Faltaba, sin embargo, dar un último paso para que naciera una nueva Orden religiosa: la admisión de novicios. Hubo sus discusiones, y mientras unos se inclinaban a admitirlos, contando con el favor del obispo, siempre inclinado en este sentido, otros preferían mantener su vida en el cuadro de la primitiva sencillez.

El hecho es que, en el huerto en el que trabajaban para huir del demonio de la ociosidad, se habían producido, en la noche que precedió al tercer domingo de Cuaresma del año 1239, un significativo milagro. Una viña, mientras todo el resto del terreno estaba endurecido por la helada, se cubrió de frutos sin haber tenido previamente flores, y extendió de manera maravillosa sus brazos fecundos. Ya no cabía duda: todos vieron en el prodigio una señal de la voluntad de Dios y un presagio de los futuros destinos de la naciente familia religiosa.

Y, en efecto, los novicios empezaron a llegar en gran número. El fervor se mantuvo y atrajo las simpatías de toda la región. No faltaron tampoco insignes aprobaciones. San Pedro de Verona visita el monte Senario y alienta a los servitas en su vida religiosa. Poco después, en 1249, el cardenal Capocci, legado del Papa en Toscana, aprueba la Orden y la coloca bajo la jurisdicción de la Santa Sede. Dos años más tarde, el 2 de octubre de 1251, el papa Inocencio IV nombra al cardenal Fiechi primer protector de los servitas. En 1255 un rescripto del papa Alejandro IV daba la aprobación definitiva a la Orden y la autorización para nombrar un superior general. Nuevas aprobaciones llegaron de los papas Urbano IV y Clemente IV.

¿Será necesario decir algo de cada uno? En realidad las vidas corren casi paralelas y resulta difícil separarlas.

El más anciano de ellos, Bonfilio Monaldi, fué el primer

superior que gobernó la comunidad durante los dieciséis primeros años de tentativas. En 1251 fué nombrado superior general de la Orden, de manera provisional. Cuando, en 1225, Alejandro IV aprueba solemnemente la Orden, convocó un capítulo general y dimitió su cargo. Ya desde entonces sólo se dedicó a la oración y a la penitencia en el retiro. En 1262, volviendo de visitar los conventos de la Orden, acompañando a San Felipe Benicio, devolvió dulcemente su alma a Dios después de maitines, encontrándose en el oratorio.

Le había sucedido, como general de la Orden, primero en el sentido canónico, Juan Magnetti. Pero por poco tiempo. De los siete, fué éste el primero en volar a Dios el 31 de agosto de 1257. Con una muerte hermosísima: celebró la santa misa en presencia de sus hermanos, anunció su próximo fin, dió a conocer algunos detalles de la vida futura de la Orden que le habían sido revelados por Dios. Después, como era viernes, quiso, según era uso entre ellos, comentar la narración de la Pasión. Y al llegar a las palabras: "En tus manos Señor, encomiendo mi espíritu", expiró.

También al tercero de los tres compañeros le correspondió gobernar toda la Orden. Elegido superior general en 1265, contribuyó extraordinariamente al desenvolvimiento de la Orden por su actividad y el resplandor de su virtud. Dos años después renunció a su oficio y consiguió que fuera elegido para sucederle San Felipe Benicio. A los pocos meses, el 20 de agosto de 1268, moría asistido por su propio sucesor.

Mucho más sencilla es la vida del cuarto, Amideo Amidei. Había nacido en 1204 en el seno de una familia dividida por violentas enemistades. Era de un candor tal, que su misma familia evitó siempre mezclarle para nada en aquellas animosidades. Su vida religiosa fué también sencilla, limpia, retirada, humilde. Fué elegido prior de Monte Senario y después, de Cafaggio. Pero no pudo decirse que tales dignidades llegasen a cambiar el humilde curso de su vida. El 18 de abril de 1266 entregaba su alma a Dios. Todo el convento se sintió envuelto por un perfume celestial, mientras una resplandeciente llama volaba desde su celda hasta el cielo.

Pero acaso sea todavía más encantadora la vida de otros dos de los siete compañeros: Ugoccio Ugoccioni y Sostenio de Sostegni. Eran amigos desde su misma juventud. Juntos entraron a formar parte del grupo. Juntos se santificaron en los largos años de preparación de la Orden. Cuando ésta empezó a extenderse, les fué, sin embargo, forzoso separarse. Sostegni fué elegido vicario general de Francia; Ugoccini, de Alemania. Los dos trabajaron con todas sus fuerzas en la difusión de la Orden en sus respectivas provincias. Ya ancianos, San Felipe Benicio les llamó a Viterbo para la celebración de un capítulo general que habría de reunirse en mayo de 1282. En Monte Senario, al que tantos y tan dulces recuerdos les ligaban, se encontraron los dos ancianos, y allí hablaron largamente de todas las cosas que habían ocurrido en los últimos cincuenta años, y de lo que habían hecho por la propagación de la Orden. Hablando estaban cuando se dejó oír una voz que decía: "Servidores de Dios y de María, no lloréis más la prolongación de vuestro destierro: vuestros trabajos tocan ya a su fin". En efecto, llegados al convento, el agotamiento y la fatiga les obligaron a acostarse. Y al mismo tiempo murieron, el 3 de mayo de 1282. San Felipe Benicio vió aquella noche dos lirios de una blancura deslumbrante que eran cortados en la tierra e inmediatamente presentados a la Virgen en el cielo. Comprendió que los dos ancianos habían dejado este mundo, y así se lo anunció a los religiosos que estaban con él en Viterbo.

Nos queda San Alejo Falconieri. Es el que más vivió, pues alcanzó los ciento diez años de edad. Nacido en Florencia en 1200, murió el 17 de febrero de 1310. Entró el más joven de todos en la Orden, rehusó siempre ser sacerdote y vivió con gran humildad, dedicado, como hermano lego, a recoger limosnas y a trabajar en las más humildes tareas. Fué el instrumento de que Dios se sirvió para la santificación de su sobrina, Santa Juliana Falconieri, y quien le animó a abrazar la vida religiosa. Su larga vida le hizo presenciar un episodio harto doloroso que se produjo en 1276... y su feliz solución.

En efecto, en ese año 1276 el papa Beato Inocencio V comunicó a la Orden de los servitas que la Iglesia la consideraba como extinguida, a causa del canon 223 del segundo concilio de Lyon. Habían desaparecido ya de la tierra cuatro de los siete fundadores. Otros dos de ellos estaban ausentes de Italia. La tempestad parecía amena-

zante y hubo momentos en que todo estuvo a punto de perderse. Hay quien dice que de hecho se hubiese perdido si no hubiera mediado la fortaleza y el ánimo de San Felipe Benicio.

Fué él quien levantó la bandera mariana y alegó que la Orden había sido aprobada repetidas veces por los Romanos Pontífices. Sólo San Alejo llegó a ver la victoria. San Felipe Benicio, y los otros dos fundadores supervivientes, murieron antes de que el 11 de febrero de 1304 el papa Benedicto XI la confirmara de nuevo. Todavía había de vivir seis años gozando de la admirable expansión que tras esta confirmación tuvo la Orden.

En efecto, como si el triunfo después de tan deshecha tempestad hubiera sido la señal que se esperaba para lanzarse por todo el mundo, la Orden se extendió desde entonces con particular fuerza, y en el siglo XIV contaba con más de cien conventos y con misiones en Creta y en las Indias. La reforma protestante le hizo perder un buen número de conventos en Alemania, pero la Orden prosperó en el mediodía de Francia. El final del siglo XVIII le fué funesto, como a todas las Ordenes religiosas. Pero en el siglo XIX se extendió a Inglaterra, y después a América. Muy recientemente se ha implantado también en España. En la actualidad consta de 1.550 religiosos.

Como hemos dicho, desde el primer momento, al poco tiempo de muerto San Alejo, la historia nos habla del culto colectivo a los siete fundadores. Sin embargo, habría de pasar mucho tiempo antes de que este culto obtuviera la plena aprobación canónica. Todos ellos habían muerto en el Monte Senario, salvo San Alejo, cuyo cadáver fué prontamente transportado allí. Benedicto XIV atestiguaba que en sus tiempos los cuerpos estaban conservados en la iglesia de Monte Senario, bajo el altar de la capilla situada bajo el coro. Sin embargo, este Papa creó una seria dificultad para su posible canonización, exigiendo que para cada uno de los siete fueran presentados cuatro milagros, y que, por consiguiente, las siete causas se vieran independientemente. De hecho, los primeros bolandistas no los mencionaban, con la única excepción de San Alejo.

En 1717, Clemente XI aprobaba el culto del Beato Alejo, y en 1725, el de los otros seis. Sólo en tiempo de León XIII, como consecuencia de un clamoroso milagro ocurrido en Viareggio como consecuencia de la invocación colectiva a los siete fundadores, se pudo volver al primitivo procedimiento: estudiar simultáneamente y en una sola causa la santidad de los siete. La causa tuvo éxito feliz, y el 15 de enero de 1888 fueron solemnísimamente canonizados. El 28 de diciembre del mismo año se fijaba su fiesta para el 11 de febrero. Años después, la fiesta fué pasada al 12, para dar lugar a la celebración de la aparición de la Inmaculada en Lourdes. Así sus fieles siervos cedieron, por medio de la Orden por ellos fundada, a la Santísima Virgen el lugar que venían ocupando en el calendario.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.

BIBLIOGRAFIA

HÉLYOT, *Histoire des Ordres monastiques*, III p.296s.
MORINI ET SOULIER, *Monumenta Ordinis servorum sanctae Mariae* (Bruselas 1897-1905) I p.60s.; III p.53s.
Para la historia de la Orden: "Annales Ord. S. Mar.", I 2.ª ed. Asimismo, "Monum. Ord. Serv. Mar.", t.16.
MORINI, A., *Studi storici crit.* (Siena 1888).
Sobre San Alejo: LEPICIER, A., *Saint Alexis Falconieri, des saints fondateurs de l'Ordre des serviteurs de Marie* (Bruselas 1910).

13 de febrero

SAN GREGORIO II, PAPA

(† 731)

San Gregorio II (715-731), considerado por algunos historiadores como el mejor Papa del siglo VIII, fué digno sucesor de Gregorio Magno, a quien se pareció en la alteza de miras que lo guió en todas sus acciones y en la magnitud de empresas en que tuvo que intervenir.

Procedente de una ilustre familia patricia nació en Roma, donde recibió la educación propia de la nobleza en el palacio de Letrán. De este modo se apropió ya desde un principio aquella erudición eclesiástica que luego lo distinguió y tan excelentes servicios prestó a la Iglesia. Algunos autores suponen que fué monje benedictino, pero los bolandistas lo desmienten. En realidad, no aparece como

tal en todo el desarrollo de su actividad eclesiástica. Bien pronto entró en servicio directo de la Iglesia, pues el papa Sergio I (687-701) lo puso al frente de la tesorería pontificia y luego lo ordenó de diácono. En medio de todas estas ocupaciones y honores eclesiásticos, distinguióse Gregorio ya desde entonces por la sencillez y humildad de su conducta, así como también por su absoluta fidelidad al servicio de la Iglesia.

Pero Dios lo tenía destinado para altas empresas y para defender a su Iglesia en problemas y momentos difíciles, por lo cual quiso introducirlo pronto en los asuntos más trascendentales que entonces se debatían. El papa Constantino I (708-715), a quien él debía suceder en el solio pontificio, tuvo que hacer un viaje a Oriente, con el objeto de terminar las discusiones que habían surgido después del célebre concilio Quini-Sexto o Trullano II, del año 692. Tomó, pues, consigo como asesor y técnico al diácono Gregorio, y notan los historiadores del tiempo que, gracias a su profundo conocimiento de las cuestiones eclesiásticas, se fueron resolviendo pacíficamente las dificultades que surgieron en la controversia. Por lo demás, la acogida de que fueron objeto el Papa y su acompañante fué realmente tan grandiosa, que en nada presagiaba las turbulencias que debían seguirse poco después.

No mucho después, el 19 de mayo del año 715, a la muerte de Constantino I, Gregorio fué elegido Papa y como tal tuvo que intervenir desde un principio en importantes asuntos de la Iglesia, en todos los cuales aparece siempre su extraordinaria virtud y el esfuerzo constante, puesto en la defensa de los derechos eclesiásticos y pontificios.

Siguiendo el ejemplo de su gran predecesor y modelo, San Gregorio Magno, en primer lugar, afianzó definitivamente el prestigio y posición del Romano Pontífice en Roma y en toda Italia. Ya desde la invasión de los lombardos en Italia hacia el año 570, dos poderes se disputaban la posesión de estos territorios: los lombardos, que poseían el norte con su capital en Pavía, y los bizantinos, que desde Justiniano I (527-565) dominaban el sur y centro de la península. En medio de estas dos fuerzas se hallaba el Romano Pontífice, quien, territorial y civilmente, era súbdito del emperador bizantino, mas por un conjunto de circunstancias se fué desligando de él e independizando cada vez más. Precisamente en esto consiste el mérito especial de San

Gregorio II, en haber sabido aprovechar las circunstancias para aumentar el prestigio del Romano Pontífice. De hecho, ya de antiguo poseían los Papas, en Roma y en sus cercanías, en Sicilia y aun en Oriente, algunas posesiones, fruto de donativos personales de algunos príncipes. Esto los constituía en señores feudales, como tantos otros de su tiempo y formaba lo que se llamó *patrimonio de San Pedro*. Uno de los grandes méritos de San Gregorio Magno consiste precisamente en haber organizado y valorizado debidamente este *patrimonio*, de donde se sacaban los recursos económicos para sus grandes empresas.

Pues bien, Gregorio II se propuso desde un principio dar la mayor consistencia posible a la posición en que se encontraba el Romano Pontífice. Uno de sus primeros cuidados fué reparar y consolidar los muros de la Ciudad Eterna, para poderse defender contra las incursiones posibles de los lombardos. Al mismo tiempo restauró algunas iglesias y monasterios. Es célebre, sobre todo, la restauración que realizó del monasterio de Montecasino, derruído por los lombardos ciento cuarenta años antes. Para ello envió el año 718 algunos monjes de Letrán, a cuya cabeza puso al abad Petronax. De este modo surgió de nuevo el gran monasterio de Montecasino, cuna de la Orden benedictina. Gregorio II reconstruyó asimismo otros monasterios junto a San Pablo y a Santa María la Mayor, y, a la muerte de su madre, transformó su propia casa en convento en honor de Santa Agueda.

Esta actividad constructora y renovadora ayudó poderosamente al Papa para aumentar el prestigio de la Iglesia. Pero al mismo tiempo procuró fomentar la vida eclesiástica y la disciplina interior de la Iglesia, para lo cual celebró el 5 de abril del año 721 un sínodo, al que asistieron numerosos obispos y el clero de Roma, a los que se juntaron otros veintiún prelados. Este prestigio romano fué aumentando a medida que los emperadores bizantinos se iban haciendo más impopulares en Italia. En efecto, empeñado León III Isáurico (717-741) desde el principio de su gobierno en reformar la administración del imperio, inició una serie de impuestos y exacciones sobre todas las provincias y en particular sobre Italia, que sus exarcas exigían con la mayor brutalidad. A esto se añadió poco después la violenta campaña contra las imágenes, que quiso extender asimismo a Italia e imponer por la fuerza al Romano Pontífice. El resultado fué un

aumento creciente de la antipatía del pueblo italiano hacia el emperador bizantino y, por el contrario, un crecimiento cada día mayor del prestigio del Romano Pontífice.

Todo esto aumentó extraordinariamente cuando, en diversas ocasiones, ante las incursiones de los lombardos, no obstante las reiteradas instancias del Papa, los exarcas bizantinos no acudían en su ayuda y en defensa del pueblo, y entonces el mismo Papa, con los recursos que le proporcionaba su patrimonio, se defendía a sí y al pueblo frente a las violentas acometidas lombardas. De este modo, Gregorio II mejoró notablemente la posición de los Romanos Pontífices, con lo cual se sintió con fuerzas para otras grandes empresas que iba acometiendo.

Efectivamente, el celo por la gloria de Dios y el ansia de extender su reino por todo el mundo, dieron principio a una serie de obras que constituyen una de las principales glorias del pontificado de Gregorio II. La primera es la de la evangelización del centro de Europa, sobre todo de Alemania, y en particular la protección de San Bonifacio, apóstol del gran imperio de los francos. Como San Gregorio Magno tiene el gran mérito de haber enviado a Inglaterra a San Agustín con sus treinta y nueve compañeros, y con ellos la gloria de haber iniciado la gran empresa de la conversión de los anglosajones, de una manera semejante a San Gregorio II le corresponde el extraordinario mérito de haber enviado a San Bonifacio a Alemania, y dado con ello comienzo a la gran obra de completar su evangelización y organización de sus iglesias.

Ya el año 716, segundo de su pontificado, Gregorio II había enviado tres legados a Baviera, con el objeto de erigir allí una provincia eclesiástica y fomentar el movimiento iniciado de conversiones al cristianismo. Al mismo tiempo, sostenía en la parte noroeste de Alemania la obra apostólica de San Wilibrordo. Pero el año 718 compareció en Roma un monje sajón, llamado Winfrido, a quien Gregorio II impuso el nombre de Bonifacio, por el que es conocido en la historia. A él, pues, le confió la gran empresa de completar la evangelización de Alemania. Cuatro años más tarde, después de iniciar su obra en Frisia y Hesse con la conversión de millares de paganos, se presentó de nuevo Bonifacio en Roma. Gregorio II lo consagra obispo y lo colma de facultades espirituales, de reliquias y cartas de recomendación para fomentar la evangelización germana, y durante los

años siguientes continúa apoyando con todo su poder la gran obra realizada por Bonifacio en la gran Germania. En realidad, pues, esta obra se debe en buena parte al celo apostólico del papa San Gregorio II.

Roma misma se iba convirtiendo cada vez más en centro a donde afluían los peregrinos de toda la cristiandad, a lo cual contribuía eficazmente el prestigio que iba adquiriendo San Gregorio II. Los católicos anglosajones, cuya conversión y organización había quedado terminada hacia el año 680 por la obra de Teodoro de Tarso, arzobispo de Cantorbery, experimentaban una prosperidad extraordinaria. Sus grandes monasterios, exuberantes de vocaciones y ansiosos de expansión, enviaban ejércitos de misioneros a Europa, como San Wilibrordo y Winfrido o Bonifacio. No contentos con esto, enviaban a Roma embajadas especiales, con el objeto de testimoniar su adhesión al Romano Pontífice. Gregorio II recibió las del abad Ceolfrido, quien le presentó como obsequio el famoso códice *Amiatinus*, y del rey Ina con su esposa Ethelburga, quienes fundaron en Roma la *Schola Anglorum*. Asimismo recibió las visitas y homenajes del duque de Baviera y otros príncipes de la cristiandad.

Otro problema muy diverso dió ocasión a Gregorio II a manifestar claramente su ardiente celo por la gloria de Dios y la defensa de los principios cristianos, sin detenerse ante la más horrible persecución y la misma muerte. Nos referimos a la tristemente célebre cuestión iconoclasta, es decir, la horrible persecución de las imágenes y de sus defensores, desencadenada en Oriente desde el año 726 por el emperador León III Isáurico.

Las causas que motivaron esta violenta persecución de las imágenes son muy diversas. Por una parte, la posición del Antiguo Testamento, poco simpatizante con el culto de las imágenes; la aversión de algunas sectas contra este culto; el influjo especial del Islam, que ya en un edicto de 723 no permitía ninguna clase de imágenes en las iglesias cristianas de los territorios sometidos a los mahometanos. Por otra, algunos excesos y abusos ocurridos en la veneración de las imágenes, particularmente fomentadas en la Iglesia griega y promovidas por el monacato oriental; todas estas causas habían ocasionado, hacia ya tiempo, en el seno de la Iglesia griega la formación de un poderoso partido enemigo del culto de las imágenes, cuyo principal sostén era el obispo de Nacoleo de Frigia, Constantino.

Este partido consiguió finalmente mover al emperador León III a publicar en 726 el primer decreto iconoclasta. Indudablemente, León III, que trataba de afianzarse definitivamente en el trono, perseguía fines políticos. Por una parte, esperaba con esta conducta, en el exterior, atraerse la simpatía de sus vecinos, los musulmanes, y en el interior, implantar una política de absoluto dominio en lo civil y en lo religioso que deshiciera el predominio del monacato y de la jerarquía eclesiástica.

Pero no se contentó León III con envolver a todo el Oriente en aquella violenta persecución. Mientras ésta se desarrollaba, cada vez con más rigor, en todo el Oriente y aparecían los héroes de la ortodoxia, San Germano de Constantinopla y San Juan Damasceno, el emperador se dirigía al Occidente y exigía en los territorios italianos sometidos a su dominio la admisión y aplicación del edicto iconoclasta. A esta intimación de León III respondió el papa Gregorio II con la entereza de un mártir, sin amedrentarse por el peligro a que con ello se exponía. Ante todo, según refieren algunas crónicas, celebró en Roma un sínodo, en el que se rebatieron todas las razones que oponían los orientales al culto de las imágenes y se probó con toda suficiencia su licitud. Luego, el Papa se dirigió personalmente, por medio de una carta, al emperador bizantino, en la que protestaba contra estas intromisiones en el terreno dogmático. Por otro lado, dirigió el Papa un llamamiento a la cristiandad occidental, para que estuviera alerta frente a los enemigos de Dios, que trataban de levantar cabeza.

Los acontecimientos que siguieron prueban una vez más, por un lado, la santidad, celo y entereza de Gregorio II en defensa de los intereses divinos, y por otra, la ceguera de León III, con lo que fué aumentando cada vez más su impopularidad en Italia, que fué la ocasión de la pérdida de estos territorios para el imperio bizantino. En efecto, ciego de furor por la oposición que encontraba en Italia, amenazó a sus habitantes con las más horribles represalias. Entonces, pues, levantáronse en manifiesta rebelión contra los bizantinos, y aprovechándose del desorden reinante, el rey lombardo Luitprando, en un golpe de mano, se apoderó de Ravena. La situación para el Papa era verdaderamente comprometida. Si se ponía de parte de los revoltosos o de Luitprando, comprometía su porvenir, pues los bizantinos, como los más fuertes, podían luego volver con más fuerzas y aplastarlos a todos. Por esto, no obstante los atropellos de que había sido víctima de parte de los bizantinos, pidió auxilio a Venecia en favor de Ravena, y gracias a su intercesión, los bizantinos volvieron a recuperarla.

Pero la conducta de los bizantinos acabó de exasperar al pueblo, que amaba sinceramente a los Papas. En lugar de agradecer a Gregorio II su generosidad para con ellos, el nuevo exarca de Ravena se dirigió a Roma el año 728 con el objeto de apoderarse por la fuerza de la ciudad si no se publicaba en Roma y en toda la Italia bizantina el decreto iconoclasta. El Papa, con heroísmo de mártir, contestó excomulgando al exarca Paulo. Este intentó entonces aplicar por la fuerza el edicto, pero murió en la refriega contra los insurrectos. El nuevo exarca Eutimio fué excomulgado igualmente, pero esto no obstante, con el intento de apoderarse de la persona del Papa, intentó unirse con su enemigo Luitprando; pero el Papa se le adelantó, pues, con el único intento de salvar al pueblo romano, acudió personalmente al rey lombardo y se puso a sí y al pueblo en sus manos. Conmovido éste entonces por la actitud humilde y caritativa del Romano Pontífice, se arrojó a sus pies, y entrando luego en Roma junto con el Papa, depositó ante San Pedro su espada y sus insignias reales, y para que todo terminara felizmente, pidió perdón para sí y para el exarca Eutimio, que Gregorio II concedió generosamente.

Todo parecía terminar favorablemente, pero entonces se inició una revuelta más peligrosa en Toscana, que puso en verdadero peligro al exarca bizantino. Dando de nuevo las más elocuentes pruebas de magnanimidad, Gregorio II se constituyó en defensor de los bizantinos, induciendo a los romanos a prestarle auxilio, con el que se logró dominar a los rebeldes. Pero ni aun con tan repetidos actos de magnanimidad consiguió Gregorio II desarmar a León Isáurico, quien continuó en su ciega campaña contra las imágenes y contra el Papa, todo lo cual, en último término, fué preparando la ruina de los bizantinos en Italia.

El Liber Pontificalis le atribuye obras importantes de restauración de la basílica de San Pablo extramuros, de Santa Cruz de Jerusalén y de San Pedro de Letrán. Asimismo, testifica que dejó "una suma de doscientos sesenta sueldos de oro para distribuir entre el clero y los monas-

terios, las diaconías y los mansionarios; otro legado de mil sueldos, para la iluminación del sepulcro de San Pedro"; todo esto, además de las innumerables limosnas y obras de caridad, que constantemente practicaba. Finalmente, consumido por sus trabajos, murió el 11 de febrero del año 731. Durante su vida, y sobre todo durante todo su pontificado, dió las más claras pruebas de virtud cristiana, elevación de espíritu, inflamado amor de Dios y de la Iglesia, fortaleza y constancia frente a las mayores dificultades, magnanimidad y mansedumbre frente a sus enemigos.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 11 de febrero, contiene un buen comentario histórico.
DUCHESNE, *Liber Pontificalis*, II p.396s.
MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, III 1 p.521s.
HUBERT, H., *Étude, sur la formation des états de l'Eglise:* "Rev. Hist." 69 (1899) 1s., 241s.
Artíc. en "Dict. Théol. Cath.".

LOS BEATOS SANTIAGO DE SALES Y GUILLERMO SALTAMOQUIO, MARTIRES DE LA EUCARISTIA

(† 1593)

Santiago de Sales, insigne teólogo, y Guillermo Saltamoquio, humilde hermano lego, ambos de la Compañía de Jesús, pertenecen al número de las víctimas de los hugonotes en las guerras religiosas de Francia de la segunda mitad del siglo XVI, y por haber sido sacrificados precisamente en defensa de la misa, son designados como mártires de la Eucaristía.

Santiago de Sales nació en marzo de 1556 en Leroux, diócesis de Clermont, en Francia. Su padre estaba en buenas relaciones con el obispo, por lo cual éste le sufragó los gastos para sus estudios en el colegio de Billom, de los jesuítas. A los cuatro años sintióse llamado a la Compañía de Jesús, y así, contando diecisiete de edad, entró en el noviciado. Después de su primera profesión, en 1575, obtuvo el diploma de maestro en Artes en el célebre colegio de Clermont y, ordenado sacerdote en abril de 1585, hizo finalmente la última profesión de cuatro votos, característica de la Compañía de Jesús. Destinado a la enseñanza de la filosofía en la universidad de Pont-a-Mousson, comenzó a brillar extraordinariamente por sus cualidades intelectuales, por lo cual, en 1587, por un privilegio especial, recibió la borla de doctor en teología.

Ya en este tiempo se distinguió de un modo especial por su encendido amor a la Eucaristía, a lo cual se añadía un ansia extraordinaria del martirio. Por esto, decidióse al fin a suplicar a sus superiores el destino a las Indias, a lo cual, según se refiere, le respondió el R. P. General, Claudio Aquaviva, que "él encontraría en Francia todo lo que podían ofrecerle las Indias". Bien pronto, pues, lo puso la obediencia en situación de ejercitar su celo apostólico. Habían pedido en 1590 desde Lyon un padre celoso y bien preparado teológicamente y, en efecto, fué enviado el padre Sales. Dió, pues, en Tournon un curso de teología, pero al mismo tiempo se industrió para ejercitar el apostolado, del que resultó la conversión del joven Claudio de Bane, quien, a su vez, fué luego decidido apóstol católico. Por otro lado, predicó una cuaresma en 1591 y comenzó a redactar un tratado teológico sobre la Eucaristía.

Hallábase, pues, el P. Santiago Sales en medio de los primeros fervores de su vida de profesor y apóstol, cuando en noviembre de 1592 fué enviado a Aubenas a petición del gobernador de la ciudad. Allí lo esperaba el ángel del Señor para premiarlo con la corona del martirio.

Su compañero de martirio, Guillermo Saltamoquio, era hijo de un sencillo comerciante italiano y de una madre francesa. Habiendo entrado en la Compañía de Jesús en el grado de coadjutor temporal, era sumamente sencillo, pero muy piadoso y entregado por completo al cumplimiento de los diversos empleos en que lo puso la obediencia. En esta forma había recorrido las casas de Pont-a-Mousson, Verdun y Lyon y había llegado poco antes a Tournon, donde la obediencia lo designó como compañero del P. Sales en su misión a Aubenas. A semejanza del P. Sales, distinguíase el ejemplar hermano por una especialísima y tierna devoción a la Sagrada Eucaristía.

Llegados a Aubenas ambos religiosos, fueron muy bien acogidos por el gobernador, si bien era bien conocido de

todos que la población era uno de los baluartes de los hugonotes y que éstos se hallaban en gran excitación por el giro que iba tomando la cuestión religiosa en Francia, nada favorable a su causa. El domingo, día 29 de noviembre de 1592, el P. Santiago Sales comenzó sus conferencias o sermones, sabiendo perfectamente que entre sus oyentes había muchos hugonotes. La impresión que todos recibieron fué de una erudición pasmosa, pero juntamente de un gran respeto a la opinión de otros. Por esto, terminadas las predicaciones con gran satisfacción de todos, pidió el gobernador al P. Sales que continuara con ellos hasta la Cuaresma. Accedió a ello el padre, y durante este intervalo dió algunas misiones en las poblaciones vecinas, Largientière, Chassiers y otras. En Ruoms se organizó una discusión pública entre el P. Sales y Pedro Labat, jefe local de los hugonotes, pero a última hora éste no compareció, por lo cual sus partidarios quedaron humillados.

Con todo esto, el ambiente, ya muy tenso, se fué cargando hasta lo sumo y llegó el momento de estallar. Los triunfos que iba obteniendo el jesuíta P. Sales habían ido excitando más y más a Pedro Labat y a todos los hugonotes, muy poderosos en aquella región. Así, pues, ante el presentimiento de la nueva derrota que les aguardaba en aquella discusión, Labat no quiso presentarse, pero decidió dar rápidamente un golpe de mano. Movió, pues, al señor de Chambad, jefe de los hugonotes de Vivarais, para que, cayendo de repente sobre Aubenas, se apoderaran de la población y prendieran a los jesuítas. El P. Sales tuvo noticia o una especie de intuición de lo que les amenazaba. Volvió, pues, rápidamente a Aubenas y dedicóse con más celo que nunca a enfervorizar a los católicos y a la conversión de los herejes.

La tarde del 5 de febrero de 1593, después de muchos esfuerzos, obtuvo un gran triunfo con la conversión de una distinguida dama, *Judith de la Teule*, pero el sábado, 6 de febrero, en las primeras horas del día, el padre y el hermano fueron despertados por un gran griterío y estruendo de armas fuera de las murallas de la ciudad. Grandes pelotones de caballería hugonote estaban forzando la puerta. Al tener, pues, noticia de lo que estaba ocurriendo, el P. Sales y el hermano Saltamoquio acudieron con la mayor rapidez a la iglesia para impedir se cometiera ningún

sacrilegio. El P. Sales dió la comunión al hermano y consumió lo que restaba.

Sea porque se abrieran camino por la fuerza, sea por la traición de alguno, los hugonotes realizaron su entrada en la población y, naturalmente, no tardaron mucho en descubrir al P. Sales, a quien con reconcentrado odio buscaban. Al punto fueron apresados los dos jesuítas. Mas como les exigieran que les entregaran todo el dinero y el padre no les diera más que unos sueldos, esto exasperó a los captores. Fueron, pues, arrastrados brutalmente y conducidos ante una especie de tribunal de ministros hugonotes o calvinistas, entre los cuales se encontraba Pedro Labat, quien, ciego de odio contra el P. Sales, quiso tomar de él sangrienta venganza.

Después de haberlos colmado de toda clase de injurias y haberlos hecho objeto del trato más indigno durante el resto del sábado y la noche siguiente, resolvieron celebrar su triunfo el domingo por medio de un simulacro de discusión teológica. Organizóse, en efecto, esta discusión. Labat dijo en ella todo lo que le vino a la boca, y cuando el P. Sales empezó a dar claras pruebas de su absoluta superioridad dialéctica y a tocar el tema de la Eucaristía, se lanzaron como fieras sobre él, lo arrastraron fuera de la ciudad y martirizaron bárbaramente, disparando contra él a quemarropa un arcabuz.

Su compañero, Guillermo Saltamoquio, aunque el padre Sales le había indicado que escapara y tuvo oportunidad de hacerlo, no quiso separarse de su lado, proclamando que quería morir con él en defensa de la Eucaristía. Al caer mortalmente herido el P. Sales, la chusma se abalanzó contra ellos y sació su odio en sus cuerpos con las mayores brutalidades. El fiel hermano extendió sus brazos sobre el P. Sales, y cuando posteriormente se examinó su cuerpo, se vió que había recibido dieciséis heridas de diversas armas.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

GISSEY, O. DE, *Vie et martyre du P. Jacques Salès et de son compagnon Guillaume Saultemouche* (Toulouse 1627).
DURAND, P., *Les martyrs d'Aubenas* (Lyon 1898).
BLANC, J., S. J., *Les martyrs d'Aubenas* (Valence 1906).
PERROY, H., *Deux martyrs de l'Eucharistie* (1926).
TOURNIER, F., *Le P. Jacques Salès et son compagnon, martyrs de l'Eucharistie*: "Études" 103 p.779s.

14 de febrero

SAN VALENTIN

(† ca.270)

La historia carda—dolorosamente a veces—la leyenda. ¿Por qué, cuando uno escribe sobre vidas de santos, aflora y fluye siempre, insistente y donoso, por sobre el dato histórico—veraz y escueto—el colorido jubiloso de la leyenda, donde la verdad es una maciza y ancha ternura amasada con piadosas exageraciones que la tradición mantiene severamente? ¿Por qué el pueblo cristiano incorpora su miedo o su júbilo cósmicos al santoral?...

No sólo continuamos en la Iglesia la pasión de Cristo, sino que continuamos también su Redención y esa restauración total, plena, del cosmos que, en nosotros y por medio de nosotros, realiza el sacerdocio de Cristo.

Sería interesante hacer, en la historia de la espiritualidad, una cala que mostrase esas interpolaciones que el pueblo—no sabemos cómo—ha hecho en el santoral, en función de necesidades y problemas religiosos o humanos determinados por el riesgo en que su propio "compromiso" cristiano le sitúa ante esas actitudes negativas que de vez en cuando surgen en núcleos aislados de la cristiandad.

Es posible, por ello, que el patronazgo de San Valentín sobre el amor humano obedezca al empeño de cristianizar viejas costumbres de matiz pagano, cuya reiteración conmemorativa coincidiera con el aniversario de su martirio, ocurrido hacia el año 270, en la vía Flaminia de Roma, cuando la primavera gusta de anticiparse jubilosamente —un poco franciscanamente aún— y el ciclo de la espectación de la fecundidad se inicia en la naturaleza. Vuelve a los árboles la savia por entonces, inician su regreso las aves y a Roma vuelven —*ut viderent Petrum*—, en romería, los romeros. Entraban por la puerta Flaminia, que se llamó puerta de San Valentín, porque allí, en recuerdo de su martirio, el papa Julio I—siglo IV—construyó en su honor una basílica...

Fué allí, en el umbral de Roma—cuando a Roma se llega desde la Umbría—, donde San Valentín—sacerdote

y mártir—sería degollado por orden del emperador Claudio II. Por haber socorrido a los cristianos encarcelados, Valentín hubo de soportar, ante el tribunal del emperador, un largo, severo y minucioso interrogatorio. ¡Con qué amorosa firmeza declaró, profesó y defendió la verdad San Valentín! Por ello, el prefecto Calpurnius le condena. Su lugarteniente Asterius recibe y acepta la misión de custodiarle. Pero él—Asterius—tiene adoptada una niña en casa, cuyos menudos ojos nada ven hace tiempo ya. ¿Qué movió a Asterius a la súplica? ¿Acaso aquella sensación de frialdad triste que se remansa en el rostro ciego, en la belleza inútil de las adolescentes esculturas grecolatinas? ¿Por qué condicionó Asterius su súplica a la promesa de creer en Cristo si Valentín encendía los ojos de la niña? Porque Valentín aceptó sacerdotalmente, y en nombre del Señor obró el prodigio, y con él se hizo la luz no sólo en Asterius, sino en su casa toda, y toda la familia recibe el agua bautismal, para recibir, con ella, el martirio...

Los peregrinos que de Roma vuelven, por la vía Flaminia, regresarán con reliquias de San Valentín—sacerdote y mártir— y el recuerdo de aquellos ojos muertos a los que dió videncia. Se referirá la historia fervorosamente y la fe, con el júbilo de creer y poseer la verdad, coloreará la anécdota hasta hacerse precisos varios San Valentín para completarla, y para mantenerla varias serán las ciudades de la cristiandad que reclamen después—y aún hoy—su oriundez.

Un escritor—de confesionalidad protestante—francés cuenta en un libro de viajes publicado en 1698 cómo la vigilia de San Valentín, en Inglaterra, siguiendo una—según él—antiquísima costumbre, celebran una fiesta en la que cada *Valentín* elige su *Valentina* precisamente al llegar la conmemoración del santo romano—sacerdote y mártir—, que es cuando la naturaleza va a iniciar un nuevo ciclo de pujanza y desarrollo. Y lo curioso es que no faltan severos sermonarios protestantes en los que se denunciaba ya esta efemérides como festividad de cuño "papista" y pagano al mismo tiempo.

San Francisco de Sales, en cambio—que ve también un indudable poso de pagania en la vieja tradición de los *valentinos*—, aconseja a los jóvenes que imiten las virtudes del Santo. Nosotros pensamos que muchas de las costum-

bres y celebraciones paganas que Roma extendió por su vasto imperio coincidieron, en las épocas de las persecuciones, con testimonios y martirios que, cual el de San Valentín, supusieron después, en la Edad Media, una motivación providencial para enjugar de sentido cristiano viejas tradiciones paganas. De aquí, tal vez, el que San Valentín fuera incorporado por la misma Iglesia discente, de un modo popular, colectivo y espontáneo, al patronazgo del amor humano, porque donde está el amor, y con él su proyección y su gesto, que es la caridad, allí está Dios. *Ubi charitas et amor Deus ibi est,* canta la Iglesia el Jueves Santo. Y amar—Santo Tomás de Aquino así lo afirma—es querer el bien para aquel a quien se ama.

Nuestra vocación cristiana es—*hic et nunc*—el amor. Precisamente porque hay muchas moradas en la casa, en el hogar del Padre, son muchos los llamados... Es, por ello, necesario conocer nuestra vocación específica, personal e intransferible, y darnos, entregarnos—esto es amor—a ella sin reservas, por amor de Dios Nuestro Señor... Porque el cristiano—*viator,* peregrino siempre—regresa constantemente, un día y otro, hacia Dios. Y es Cristo—*verbum Dei,* palabra, verdad, pujanza y vida—el camino. San Pablo insiste en que "cada uno ande según Dios le dió y según le pidió", y si a unos pide Dios que regresen hasta Él negándose a sí mismos, gallardamente, todo el apoyo que las criaturas de Dios prestan para posibilitar este plebiscitario, eclesial, regreso hacia Él, a otros—los más—llama Dios pidiéndoles que utilicen distintos vasos donde consagrar su vida y ofrecerla para la gloria de su nombre y la piadosa, amorosa edificación de los hermanos.

Todo amor verdadero es fecundo. Todo amor verdadero es un don de Dios. Unicamente se impone la renuncia al amor propio—el odio propio, que así le llamó Santa Teresa—, porque el don del amor exige dar, entregarse, totalizar ese sacerdocio menor para el que el amor nos prepara, desde nuestra propia e íntima vigilia de San Valentín hasta el borde mismo del sacramento en que Dios—¡aquella oración sacerdotal de Cristo: ...*ut sint unum!*—hace, de dos, una sola carne, para que alcancen—conforme a la impresionante expresión paulina—"la medida de la edad en Cristo"...

Señor San Valentín: tú que diste videncia a aquellos ojos ciegos, niños, en casa del lugarteniente Asterius, cura esta torpe, maciza ceguedad en nuestros ojos, por que logremos ver y otear la impresionante hondura, la jubilosa perspectiva de ese misterio estremecedor del amor humano, para que, como tú, sepamos dar testimonio de la verdad, en la presencia del Dios que nos une... *Congregavit nos in unum Christi amor.*

ALFONSO ALBALÁ.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 14 de febrero. Cf. *Anal. Boll.,* 11 (1892) p.471s.
MARUCCHI, O., *Il cimitero e la basilica di S Valentino* (1890).
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs* p.270s., 315,s.
GRISAR, H., *Greschichte Roms und der Päpste* I p.655s.
TILLEMONT, *Mémoires...,* IV p.679s.

BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION

(† 1618)

En Almodóvar del Campo, provincia de Ciudad Real, vió la luz Juan Bautista Rico. Esta noble villa del entonces Campo de Calatrava dió en el siglo XVI varios varones insignes, entre quienes destacan el Beato Juan de Avila y el Beato Juan Bautista Rico, conocido con el nombre y apellido religioso de Juan Bautista de la Concepción. Nacido el jueves 10 de julio de 1561 y bautizado el 17 del mismo mes y año, viene a reanudar la serie de esforzados reformadores que conoció España en aquel siglo. El ambiente religioso y severo de la familia a que pertenece, Marcos García e Isabel López Rico, distinguidos en el pueblo por su posición de acomodados labradores y por su acendrada piedad, le marca desde los primeros años y le orienta por los caminos de Dios. Los ejemplos de los santos que oyó leer y ponderar en la casa de sus padres, fueron objeto de su imitación desde los primeros años. Con ingenua sencillez y, si queremos, con puerilidad comienza desde estos años a jugar al santo. Los relatos que su hermano mayor nos ha dejado de estos años nos parecerían exageraciones si no se viesen confirmados con las señales que dejaron en Juan para toda

la vida. Cilicio, disciplinas, ayunos, lecho duro, fué probando a escondidas de sus padres y también a sabiendas, aunque procurando refrenarle. La salud se le estragó, viniéndosele a secar un lado y durándole este mal casi dos años. Más valiosas que las austeridades fueron las devociones fundamentales que de aquel hogar sacó, cuales son el espíritu de caridad con los pobres y la devoción a la Virgen María y el amor al sacramento de la Eucaristía. A imitación de una santa cuya vida leyó, hizo a los nueve años voto de virginidad.

Contaría Juan trece o quince años cuando pasó la Santa Madre Teresa por Almodóvar y se hospedó en la casa de Marcos García. Dice el hermano mayor de Juan que, al llegar éste del estudio, le dijo la Santa: "Juan, estudia, que me has de seguir". Y en la despedida, presente toda la familia, volvió sobre el mismo tema, diciendo a la madre: "Usted, patrona, tiene aquí un hijo que ha de ser un muy gran santo, patrón de muchas almas y reformador de una cosa grandísima que se verá". Esto acaeció en el 1574 o en el 1576.

Dotado el niño Juan de espíritu despejado, muy pronto fué iniciado en la gramática, que más tarde perfeccionó en dos cursos con los PP. Carmelitas Descalzos de Almodóvar. Después comenzó la teología en Baeza y la prosiguió en Toledo, donde conoció a los PP. Trinitarios Calzados. En 28 de junio de 1580 toma el hábito en el convento trinitario de Toledo y hace el noviciado bajo la dirección del padre Alonso de Rieros. Extraña mucho que, habiéndose amamantado en el austero espíritu carmelitano y profesando una entrañable devoción a la Santa Madre Teresa, cuyas obras vemos por sus escritos que conoce a perfección, fuera a parar a una Orden de regla mitigada y sin grandes austeridades. Aquí se abre un paréntesis a su espíritu penitente, que vivirá doce años con la vida más suave y llevadera de los PP. Calzados, enlazando al fin con la austeridad, al instaurar la reforma de la Orden Trinitaria y la vuelta a la regla primitiva. La pasión de Cristo fué el tema predilecto de oración durante el noviciado. Profesa el 29 de junio de 1581. El Beato Simón de Rojas, que entonces comenzaba a ser profesor de Artes y más tarde fué conocido en la corte de Felipe III, estaba probablemente en aquel año en Toledo y con él repasó la filosofía. Cursa cuatro cursos de teología

en Alcalá de Henares. Acabados sus estudios, el espíritu de este hombre no es detenido por su maltrecho cuerpo. La predicación durante las Cuaresmas y por el año era su quehacer principal. Un compañero suyo decía al padre superior: "Mande al padre Juan que no predique de esa manera, que nos acaban y quitan la vida las confesiones generales que vienen". En efecto, por las pláticas que dejó escritas vemos una elocuencia abundante, llena de imaginación, conceptuosa y llena del amor a Cristo.

El espíritu de Juan Bautista no estaba sosegado en el marco de vida morigerada que en Sevilla llevaba. Ve con buenos ojos un conato de recolección de los PP. Calzados que con modos imprevistos comenzó a ejecutarse. El padre Dueñas, que lo iniciaba, quiso tener consigo al padre Juan, pero no estaba decidido. "Mi poca salud, dice él, que aún me tenía casi de ordinario con calentura continua". Luego la consideración de sus pecados. Y, por fin, le atizaba el respeto humano de qué dirían por sepultarse en una aldea.

Con estas luchas íntimas sale de Sevilla. Ya había pasado de Ecija, cuando "viene una nube sobre mí que sin saber donde se juntó y formó, con tales truenos, relámpagos, piedras y aire, que cada relámpago que sobre mí caía era un rayo que me decía: enmiéndate, que si no acabarás. Pasó la tempestad y yo quedé Recoleto con voto y con obligación, con deseo y con voluntad".

Entonces se abrazó Juan Bautista a la voluntad de Dios de tal modo que ya jamás se desviará de ella. Consigue ir de ministro a Valdepeñas. Después decide ir a Roma para salvar la recolección. Superados muchos obstáculos, llega a la Ciudad Eterna el 21 de marzo de 1598.

Aquí fueron sus trabajos indecibles. Los PP. Calzados movilizan toda su influencia en la corte de España. El Procurador lleva la lucha contra el reformador sin escrúpulo en los medios. Este se ve inmovilizado casi dos años en el convento de los PP. Carmelitas Descalzos. En esta época sufre unas purificaciones pasivas que le acercan a Dios. Se abraza denodadamente a la cruz de Cristo. "Me enamoré de la vida de trabajos, la que acepté, la quise, la abracé, la amé y la reverencié en nombre de Jesucristo".

Consiguió el breve de erección de la reforma el 20 de agosto de 1599.

Vuelve a España y toma posesión del convento de Valdepeñas en 1600. Entonces estuvo a punto de perecer en manos de sus contrarios. Pronto comenzó a recibir nuevos religiosos que llevaban una vida de mucho rigor en la comida y en el vestido, vacaban a la contemplación y a las obras de caridad propias de los trinitarios. Desde 1601 al 1605 se preocupa de consolidar la reforma, fundando ocho conventos, entre ellos Alcalá, Madrid y Salamanca. Las dificultades que hubo de vencer en algunos de ellos fueron muy serias, añadiéndose los impedimentos que le puso el visitador a fin de prolongar un mandato que cesaba con la fundación de la octava casa. Esta contradicción brotará otra vez y será causa de padecimiento al reformador hasta la hora de su muerte.

Elegido provincial, continúa fundando hasta siete casas, algunas importantes, cuales son Salamanca, Baeza, Córdoba, Sevilla y Pamplona. Visita los conventos, alienta a los religiosos, predica, escribe y no conoce descanso. Su actividad literaria, que llena ocho nutridos tomos y es un rico arsenal místico, ascético y autobiográfico, corre durante estos años colmados de preocupaciones por la Descalcez. Es un espíritu en carne flaca, pero lleno de amor a Cristo. Cesa de ser provincial en el 1609, no sin antes haber padecido la visita del padre Andrés de Velasco, que, sin embargo, declaró no haber hallado pecado venial en la religión.

Sin amargor, sin resentimiento por los padecimientos personales, sólo se queja del daño que padece la religión. Con muchos trabajos realiza la fundación de Toledo (1611). Generosamente se ofrece a llevar a cabo la de Sanlúcar de Barrameda, a pesar de la dolorosa operación de vejiga que acaba de sufrir. Desangrado y sin fuerzas llega a Sanlúcar y comienza los trámites para fundar. Le ordena el padre provincial que suspenda sus gestiones. Obedece sin réplica y no para a considerar el modo violento con que se transmite esta orden. Se retira a Córdoba acabado de la infección que había minado su organismo, y, tendido en cama, recibe el anuncio de la muerte con las palabras del salmista: "Heme alegrado en lo que se me ha dicho; iremos a la casa del Señor". Exhaló su espíritu para entregarlo al Señor, mientras cantaban los religiosos a su alrededor el Símbolo de la Fe. Era el jueves 14 de febrero de 1618. La senda de rigor y entrega a Cristo

por él iniciada fué seguida en la Descalcez trinitaria primitiva por figuras tan grandes como son el Venerable Tomás de la Virgen y San Miguel de los Santos. El injertó nueva vida en el tronco multisecular de la Orden Trinitaria, rejuveneciéndola con una vuelta a la austeridad primitiva y al celo por la salvación de las almas que él mismo concretizó en la redención de los cautivos cristianos, en la misión entre infieles y en la predicación de la palabra de Dios entre los cristianos. Gracias a su iniciativa pudo superar la Orden los sucesivos vendavales que casi la extinguieron, teniendo su brote en la rama Descalza.

JESÚS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, O. SS. T.

BIBLIOGRAFIA

Obras, t.8 (Roma 1831). Él mismo cuenta el origen y desarrollo de la reforma.

JESÚS Y MARÍA, FR. JOSÉ DE, *Vida del apostólico varón y venerable Padre Fray Juan Bta. de la Concepción...* (Madrid 1676).

MADRE DE DIOS, FR. DIEGO DE LA, *Primera parte de la Crónica de los Descalzos de la Santísima Trinidad Redención de Cautivos*, 2.ª ed. (Buenos Aires 1944).

15 de febrero

EL BEATO CLAUDIO DE LA COLOMBIERE

(† 1682)

Lyon ha cumplido recientemente dos mil años. Con este motivo se ha recapitulado su historia religiosa, y se ha recordado el papel, tan decisivo en muchos aspectos, que le ha correspondido en la vida católica de Francia y aun de Europa entera.

Mediaba el siglo XVII cuando al colegio de la Santísima Trinidad que en Lyon tenían los padres jesuitas acudió un joven perteneciente a una familia muy cristiana radicada en Viena del Delfinado. Ya antes había sido alumno del colegio de jesuitas del Buen Socorro, en la misma Viena. Y había recibido cristianísima educación en su familia, a la que los anales de la Visitación llaman "fa-

milia de santos". Su misma madre, en el lecho de muerte, le había profetizado: "Hijo mío, tú tienes que ser un santo religioso".

Y, en efecto, en contacto con los jesuítas del colegio, Claudio de la Colombière sintió nacer en su alma la vocación religiosa. No sin repugnancia. El mismo nos dirá más tarde, en sus apuntes de ejercicios, que sentía una grandísima aversión a la vida que iba a abrazar. Porque, añade, "los planes de Dios nunca se realizan sino a costa de grandes sacrificios". Pero no importaba el precio cuando se trataba de conseguir la realización de su ideal de santidad. Su fino instinto le había dicho que en la Compañía de Jesús podría llegar a santo. Y por eso se decidió a solicitar la admisión. "He ingresado—escribía después—en la Compañía por el aprecio que siempre tuve a sus sabias reglas y por haber visto que los superiores sabían exigir de tal modo su observancia, que me persuadí sería cosa muy fácil en la Compañía santificarse uno mismo y ayudar con la palabra y el ejemplo a la santificación de los demás."

De esta manera fué como el 25 de octubre de 1658, a los dieciocho años de edad, Claudio entraba en el noviciado de Avignon. Eran días muy revueltos para la ciudad de los Papas. Como consecuencia de las disensiones entre el Beato Inocencio XI y Luis XIV, la ciudad se iba a ver invadida por las tropas francesas, ocupación que añadiría nuevas zozobras a las que ya producían la tensión existente entre los nobles y los plebeyos, y la actividad proselitista de los calvinistas. Pero todas estas cosas antes le sirvieron a Claudio de estímulo para realizar con mayor perfección sus dos años de noviciado y sus estudios de filosofía, además de ejercitarse en el magisterio con los niños, alumnos externos, en el colegio de la misma ciudad.

Avignon pacificada ya, celebró con gran solemnidad la canonización de San Francisco de Sales. El sermón que con esta ocasión pronunció el joven y fervoroso Claudio de la Colombière, le hizo destacarse de tal manera que fué destinado a estudiar teología en París, la gran ciudad formadora de santos. Allí le esperaba un cargo importante: el de regente de estudios de los dos hijos de Colbert, el célebre ministro del Tesoro de Luis XIV. Y le esperaba también una gran pena: había recogido en un cuaderno, junto a otras curiosidades literarias, un epigrama contra el ministro. Sin mala intención, puramente por el ingenio

con que estaban redactados los versos. Pero le sorprendieron el cuaderno. El ministro se quejó amargamente al padre provincial y exigió la destitución inmediata del preceptor y su alejamiento de París. Así fué destinado de nuevo a Lyon. Y en su antiguo colegio de la Santísima Trinidad trabajó, desde 1670 a 1674, como excelente maestro y, sobre todo, como acertado director le la congregación mariana.

Faltaba dar la última mano a su formación jesuítica. Por eso sus superiores le enviaron a hacer la tercera probación. Fué una época decisiva en su vida. En los ejercicios espirituales de mes, bajo el influjo de la gracia, en pleno fervor, hizo voto de guardar con exactitud todas las reglas y constituciones de la Compañía, después de haberlo cumplido algún tiempo por vía de ensayo. Sabemos cuáles fueron los motivos que le movieron a tan heroica resolución: "Imponerme la ineludible necesidad de cumplir, en cuanto sea posible, todos los deberes de mi estado y ser fiel al Señor aun en las cosas más mínimas; romper de un golpe y para siempre las cadenas del amor propio, quitándole toda esperanza de ser alguna vez tenido en consideración; adquirir en poco tiempo los méritos de una vida larga; reparar las irregularidades pasadas; dar a Dios una prueba de gratitud por las infinitas gracias recibidas, y hacer de mi parte cuanto pueda para ser de Dios sin reserva alguna".

Tal espíritu debió demostrar el joven tercerón y tales dotes debieron de brillar en él que, sin terminar su tercera probación, fué admitido a los votos solemnes, que hizo el 2 de febrero de 1675, y destinado como superior de la residencia y del colegio que funcionaban en Paray-le-Monial.

Allí, de la manera más impensada, iba a encontrar el joven jesuíta su misión en la tierra.

Tiene hoy Paray-le-Monial muy poco más de seis mil habitantes. Algunos menos tenía cuando llegaba allí el Beato Claudio. Se trataba por consiguiente de una residencia relativamente tranquila, enmarcada en un ambiente provinciano, en el que no parecía fácil que se presentaran grandes complicaciones.

Y, sin embargo, las complicaciones le estaban esperando ya. En el monasterio de la Visitación había una

religiosa que aseguraba haber tenido visiones y revelaciones, a través de las cuales se trataba de introducir una nueva devoción dirigida al Sagrado Corazón de Jesús. La religiosa estaba siendo juzgada de manera muy diversa, y no eran pocos quienes estimaban que todo aquello no pasaba de ser una ilusión, producida por su enfermiza sensibilidad. Dentro de los muros del monasterio existía una fuerte corriente de oposición, basada en las mismas constituciones de la orden de la Visitación. Y las personas de fuera que habían sido consultadas, parecían inclinarse casi unánimemente hacia esta misma solución negativa.

La religiosa, Margarita María de Alacoque, se encontraba, por consiguiente, en extrema aflicción. Pero había oído un día al Señor decirle: "Vive tranquila. Yo te enviaré a mi siervo fiel".

Y el siervo fiel llegó. El nuevo superior de los jesuítas se acercó al monasterio y dirigió una plática a la comunidad. Margarita María oyó una voz que le decía con toda claridad: "Es ése el que te he enviado". Y los acontecimientos lo confirmaron ampliamente. "Bien pronto—escribe la Santa—me di cuenta de la verdad de tales palabras, puesto que en la primera confesión que hice con él durante las témporas, sin que nunca antes nos hubiésemos visto ni tratado, me habló como quien conocía perfectamente lo que me pasaba. Volví a los pocos días y, aunque entendía ser voluntad de Dios que le hablara, experimenté una muy extraña repugnancia cuando me llegó el turno de acercarme al confesonario. Le manifesté sencillamente lo que me sucedía, y me contestó que él estaba contento de poderme proporcionar oportunidad para ofrecer un sacrificio al Señor. Libre entonces de toda pena le abrí mi alma totalmente, tanto lo bueno como lo malo. Fué grande mi consuelo cuando me aseguró que no tenía nada que temer por el espíritu que me guiaba, mientras no me desviara de la santa obediencia, y que estaba obligada a seguir sus impulsos hasta el sacrificio y la inmolación."

La reacción que esta manera tan decisiva de comportarse del joven jesuíta, recién salido de la tercera probación y apenas llegado a la residencia de Paray-le-Monial, tenía que producir, llegó en efecto. No faltaron críticas ni juicios poco favorables. "El padre—nos dice la Santa—tuvo que sufrir mucho por causa mía. Decíase que yo pretendía engañarle con mis ilusiones. Pero él no se preocupaba de habladurías, y no dejó de ayudarme en el corto tiempo que estuvo en la ciudad, y siempre ha continuado ayudándome."

No todo fueron penas. Hubo también alegrías. Así, hubo un día en que el padre fué a celebrar misa a la Visitación, circunstancia que aprovechó el Señor para conceder al director y a la dirigida extraordinarios favores. En el momento en que Santa Margarita se acercaba a recibir la sagrada comunión vió el Sagrado Corazón de Jesús ardiendo en llamas, y dos corazones que se acercaban a Él, mientras oía: "De esta suerte mi amor une para siempre estos tres corazones". Fué aquel mismo día, pocos instantes después, cuando el Sagrado Corazón dió el encargo al padre Claudio de trabajar por dar a conocer sus riquezas y los beneficios de la devoción al mismo Corazón. Encargo que él recibió humildísimamente.

Los acontecimientos se sucedían con rapidez. El día de la octava de Corpus de aquel año, 1675, el Señor hacía la gran revelación de su amor y de la extraordinaria misión que quería confiar a la Compañía de Jesús. Después de haber pedido una fiesta especial, en el día siguiente a la octava de Corpus, dedicada a su Corazón, prometió derramar con abundancia su amor sobre cuantos le dieren y procuraren que otros le tributasen honor. Y cuando la Santa, sintiéndose incapaz de cumplir tal encargo, puso alguna dificultad, el Sagrado Corazón le remitió de nuevo al padre la Colombière. El viernes después de la octava de Corpus, 21 de junio, fiel a esta invitación, el Beato Claudio de la Colombière se consagraba por entero al Corazón de Jesús.

No imaginemos, sin embargo, que todas las tareas del Beato se reducían en Paray a la dirección de Santa Margarita. Había reorganizado, dándole nuevo empuje, la congregación mariana del colegio, del que era rector, con gran fruto para toda la ciudad. Y, lo que era más importante, había fundado otra congregación mariana para nobles y profesionales, consiguiendo de esta manera agrupar a los caballeros católicos de la ciudad, permitiéndoles actuar conjuntamente y oponerse al influjo de los protestantes, que hasta entonces habían venido prevaleciendo.

Y cuando todo marchaba viento en popa, he aquí que la divina Providencia le obliga, por medio de la obedien-

cia, a dejar el confesonario de la Visitación, el cuidado del colegio y de las congregaciones, y a marchar muy lejos: a Londres. Por recomendación del padre Lachase, confesor de Luis XIV, iba a desempeñar el cargo de capellán de María Beatriz de Este.

Sabido es que esta piadosa señora, hija del duque de Módena, había prescindido de sus deseos de ir a un convento, por consejo del papa Clemente X, que le aconsejó más bien que aceptara ser esposa del duque de York, entonces católico, y futuro rey de Inglaterra con el nombre de Jacobo II. Se había concedido a la duquesa el libre ejercicio y práctica de la religión católica, con derecho a tener una capilla en su palacio, y el correspondiente capellán. Pero el padre Saint-Germain, que venía ejerciendo este oficio, fué acusado de proselitismo religioso y expulsado de Inglaterra. El padre de la Colombière iba a ser su sucesor.

Y, en efecto, después de haber pasado por París, salió a fines de septiembre para Londres, a donde llegó el 13 de octubre. Su vida en el palacio fué ejemplar en todo: en su oración y en su mortificación; en su aislamiento del torbellino de la corte, pues vivió, según él mismo decía, "como si estuviese en un desierto". Jamás subió a la terraza para contemplar el espléndido panorama que desde el palacio se divisaba, ni tuvo interés por visitar ninguno de los monumentos de la gran ciudad. Su único interés era propagar la devoción a la Sagrada Eucaristía y al Corazón de Jesús: "Lleno de compasión por estos ciegos que no quieren rendirse a creer tan grande e inefable misterio, daría gustoso mi sangre para convencerlos de esta verdad que cree y profesa. En este país en que se hace gala de negar la presencia real en el augusto sacramento, experimentó inmenso consuelo al repetir con frecuencia actos de fe en la realidad de vuestro cuerpo adorable bajo las especies del pan divino".

Trabajó con celo. Predicando en público, en la capilla del palacio con sermones exquisitamente preparados. Y con la dirección espiritual y la administración del sacramento de la penitencia. Muchas almas de la aristocracia de Londres, movidas por su ejemplo, se orientaron hacia una vida de mayor perfección. Envió a algunas a conventos de Francia y otras las reunió en Londres, cerca de la iglesia de San Pedro, en una especie de vida religiosa, sin apariencias exteriores, pero con una intensa vida interior.

Era demasiado para lo que el ambiente consentía. La persecución tenía que llegar. Y llegó por un conducto rastrero y vil. Un sacerdote francés, Verio de Fiquet, refugiado en Inglaterra por ciertos delitos que había cometido, recurrió al Beato para que le socorriera. Así lo hizo durante algún tiempo, pero, cuando el desdichado sacerdote mostró de nuevo la bajeza de sus inclinaciones, se vió obligado a despedirle. Juró venganza el apóstata, y para lograrla acusó a su bienhechor ante los jueces de haber tomado parte en la célebre conspiración amañada por Tito Oates. Bajo el peso de tal acusación, el 24 de noviembre de 1678 era detenido y conducido a la cárcel.

Dos días después comparecía ante los jueces. Nada se le pudo probar en relación con la falsa conjuración. Pero le condenaron por proselitismo religioso, por haber convertido a súbditos ingleses, haber recibido abjuraciones y fundado un convento en Londres. Sabida es la crueldad con que los ingleses trataban a los católicos. Algo le tocó conocer de la misma al Beato: devuelto a la cárcel, fué encerrado en un calabozo tan lóbrego, tan mal acondicionado y con tan deficiente alimentación, que al poco tiempo el prisionero comenzó a echar sangre, y se temió por su vida. Una intervención de Luis XIV se la salvó y pudo regresar a Francia en 1679, después de haber pasado diez días en el palacio restableciéndose lo imprescindible para poder efectuar el viaje.

El jesuíta que llegaba, en enero de 1679, a París era otro enteramente que el que poco más de dos años antes había partido hacia Londres. Completamente extenuado, deshecho por la fiebre, fué devuelto primero, durante diez días, a Paray-le-Monial y después, durante unos meses, a su pueblo natal, Saint Symphorien d'Ozon. Al llegar el otoño volvió destinado al colegio de la Santísima Trinidad de Lyon en el que había pasado su adolescencia, y donde había recibido la gracia insigne de la vocación religiosa. Iba como director espiritual de los filósofos jesuítas. Allí pudo desplegar, por consiguiente, con toda libertad su fervor y su entusiasmo por la devoción al Corazón de Jesús. Entre los jóvenes religiosos que le escuchaban se encontraba uno, el padre José de Gallifet, nombre célebre en los

anales de esa devoción, pues tanto hizo con sus escritos por propagarla y defenderla contra mil ataques e incomprensiones.

Días de inmenso consuelo espiritual, pero de tremendo desgaste corporal. El Beato veía que de un momento a otro iba a quedar reducido a absoluta inercia, pues la enfermedad avanzaba implacable. Dios dió a entender a Santa Margarita María que no entraba en sus planes que el padre la Colombière recobrara su salud. "Según las miras humanas—escribe la Santa—parece que su salud es de mayor gloria de Dios; mas los sufrimientos le dan una gloria mucho mayor... puesto que el Señor tiene gusto en dar un realce inestimable a sus padecimientos, uniéndolos a los que Él sufrió, para difundirlos después como rocío celestial sobre las semillas que Él esparció en tantos lugares, y hacerla crecer y desarrollarse en su santo amor."

Así era, en efecto. El invierno de 1681 fué durísimo para el enfermo, a pesar de que ya desde agosto los superiores habían dispuesto que se trasladara desde Lyon a Paray, donde el clima le había de resultar más benigno. Así pareció al principio, durante el otoño, pero el invierno le fué, como decimos, muy duro: "Le he visto dos veces—escribe Santa Margarita—y apenas puede hablar. Tal vez Dios lo permita así a fin de que tenga más tiempo para hablar a su gusto con el Corazón Divino".

Parecía necesario tomar una decisión. Su hermano, el canónigo Floris de la Colombière, arcediano de la catedral de Viena, en el Delfinado, logró permiso de sus superiores para tenerle como huésped en su casa. El 23 de enero de 1682 estaba todo dispuesto para el viaje. Cuando he aquí que llega una señorita con un encargo de parte de Santa Margarita. La Santa rogaba al padre que, si no era contrario a la obediencia, se quedara en Paray "porque el Señor me ha dicho que quiere aquí el sacrificio de su vida".

El superior de la casa fué de la misma opinión, y negó su permiso para el viaje. Sólo quedaban unos días de vida al santo enfermo. El sacrificio total de la vida no iba a tardar en llegar. En efecto, sus condiciones de salud fueron agravándose de día en día. Y el 15 de febrero de aquel mismo año 1682 el Beato Claudio de la Colombière entregaba su alma a Dios. Contaba sólo cuarenta y un años y trece días de edad.

Quedaba sobre la tierra, confortada por su santa muerte, Santa Margarita María. Unas horas después de los funerales decía llena de confianza a una señorita amiga: "Deje ya de afligirse; invóquelo con toda confianza porque él puede socorrernos".

Fué beatificado por el papa Pío XI en 1929.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.

BIBLIOGRAFIA

PHILIP, MARIA, *A Jesuit at the English Court* (1922).
CHARRIER y SEGUIN, Biografías del P. Claudio de la Colombière.
YEO, MRS. M., *These Three Hearts* (1940).
MONIER-VINARD, CONDAMIN, *Bx. Claude... Notes spirituelles* (1929).
Artículo en "Dict. Spit.", II col.939s.
Cf. POURRAT, P., *La spiritualité chrétienne* (París 1947).

16 de febrero

EL BEATO JORDAN DE SAJONIA, O. P.

(✝ 1237)

París, 1219. La ciudad iba a confirmar, una vez más, el hermoso papel que ha jugado y continúa jugando en la historia de la Iglesia. Porque en París iban a coincidir dos hombres. Uno de ellos venía de España, se llamaba Domingo de Guzmán, y con su palabra de fuego conmovía a las muchedumbres. Le traía a París el deseo de ayudar a la naciente comunidad dominicana, que tantas dificultades venía experimentando para desenvolverse. El otro es un joven alemán, descendiente de los condes de Eberstein, que llevaba ya unos nueve años estudiando en la Universidad. Había recibido el subdiaconado y era ya bachiller en teología. Pero estaba dudando cuál serían los planes de Dios Nuestro Señor sobre él. No acababa de encontrar su camino. La muchedumbre de estudiantes que acude a oír a Santo Domingo de Guzmán le arrastra también. Hay después una entrevista a solas. Santo Domingo le anima, le decide a recibir el diaconado y a proseguir su vida de estudio y oración. Sin embargo, Jordán, que así se

llamaba aquel joven, no entra todavía en la Orden dominicana.

Pero no es cuestión más que de unos meses. La vida y el ejemplo de Santo Domingo le han impresionado profundamente. Cuando al poco tiempo viene a París el Beato Reginaldo, otra de las grandes figuras de la Orden naciente, Jordán hace voto de entrar en ella. Pero antes de cumplirlo conquista a dos amigos suyos, fray Enrique de Colonia y fray León. El miércoles de ceniza del año 1220 entran los tres en el convento parisino de Santiago, célebre en la historia de la Iglesia universal.

Y allí se inicia la carrera fulgurante del Beato Jordán. Recibido el hábito, el capítulo general que aquel mismo año se celebra en Bolonia le encarga de comentar el Evangelio de San Lucas a los frailes de París. Al año siguiente es elegido provincial de Lombardía, la provincia más importante y difícil de administrar entre las recientemente establecidas. Y al año siguiente, el 22 de mayo de 1222 es elegido unánimemente, por el capítulo general, maestro general de la Orden, como sucesor de Santo Domingo de Guzmán, cargo que desempeñó hasta su muerte el 13 de febrero de 1237. Pocos casos habrá en que un novicio recién ingresado se transforme, en tres años, en superior general de la Orden y sucesor de su propio fundador.

¿Cuál habría de ser su papel? "Si a Santo Domingo —ha escrito el padre Mortier— pertenece el título incomunicable de fundador de la Orden, a Jordán pertenece el más modesto, pero no menos glorioso, de propagador." Y es así, en efecto. Por medio de una actividad asombrosa, que aun hoy, en tiempos de fáciles comunicaciones, nos pasmaría, el Beato Jordán consigue dar un formidable impulso a la Orden de Predicadores. Baste indicar que durante su vida se fundaron 249 conventos dominicanos, de hombres y de mujeres, y se establecieron cuatro nuevas provincias. Es más, los mismos conventos que ya existían recibían, al contacto con él, nueva vida. Así nos lo dice, con emocionadas palabras, Gerardo de Frachet, en su libro *Vidas de los hermanos*: "Los conventos donde él moraba parecían, por los muchos que entraban y por los que de allí salían destinados a otras provincias, colmenas de abejas. Por eso, al llegar a los conventos, mandaba hacer muchas túnicas, teniendo confianza en Dios de que recibiría más frailes".

Y no se piense que se trataba de vocaciones vulgares, de un reclutamiento en medios fáciles, entre gentes humildes, piadosas y sin cultura. Nada de eso. El gran empeño y la gran preocupación del Beato Jordán fueron precisamente las universidades. Tan pronto predicaba la Cuaresma en París, como en Bolonia. Y puede decirse que no hubo centro intelectual de aquel entonces al que no llegara con su palabra y su ejemplo. Pasó a Inglaterra, para visitar la Universidad de Oxford, y predicó también a los estudiantes en la universidades de Alemania. De la magnitud de sus conquistas da idea el hecho de que fuera él quien conquistó a Alberto de Falkemberg o Pedro de Tarantasia, más tarde papa Inocencio V; a Humberto de Romans; a Hugo de S. Caro; a Juan de San Gil, etc., etc. Es cierto que otras veces parecía ser excesivamente poco exigente en su manera de reclutar. Sin embargo, los hechos vinieron a darle la razón, y aquellos jóvenes a quienes él invitaba a la vida religiosa fueron la savia providencial enviada por Dios para robustecer y dilatar el árbol dominicano.

Ni cabe tampoco pensar que todo se redujo a esta labor de reclutador. Es cierto que Santo Domingo había dejado expuesto con toda nitidez cuál era el ideal de la nueva Orden. Quedaban, sin embargo, no pocos aspectos del gobierno de la misma por detallar y completar. A esta tarea se dedicó también el maestro general, dejando impresa una profunda huella en la legislación dominicana.

Tan formidable labor la pudo realizar gracias a unas cualidades que excedían en mucho de lo común: austeridad de vida, angelical integridad de costumbres, olvido heroico de sí mismo, palabra penetrante, afable acogida, maneras dulces.

Resulta encantador ver, por ejemplo, la riqueza de aspectos y la hondura sobrenatural de su amistad con fray Enrique de Colonia. "La convivencia les estrechó en una suave y entrañable unión de corazones." Cuando murió, nadie lloró tanto como fray Jordán, pero "lágrimas por el que nació para Cristo, no por el que murió en la carne", como el mismo fray Jordán nos diría. "El partió feliz—comenta—, mas a mí, miserable, me dejó en este mundo."

E idéntica sensibilidad, idéntica adaptación a una amistad auténticamente sobrenatural, limpia y pura, muestra el Beato Jordán en relación con la Beata Diana de Andaló, que en tantos aspectos recuerda la que existió entre San Francisco y Santa Clara.

Comprensivo, lleno de caridad, ardía siempre en deseos de amoldarse a todos. El mismo nos confiesa: "Siempre he procurado estudiar el modo de conformarme con la voluntad de los demás, para no situarme en oposición con la mía; esto es, amoldándome ya a un soldado, ya a un religioso, bien a un clérigo o al que está tentado".

Las *Vidas de los hermanos* nos han conservado una graciosa anécdota que bien merece la pena transcribirse: "Acaeció que llevando consigo el maestro muchos novicios que había admitido a la Orden, en cierto lugar donde no había convento, mientras rezaba las completas con ellos y con sus socios en una posada, uno de ellos soltó la risa y al verlo los demás comenzaron a reír a mandíbula batiente. Alguno de los socios del maestro comenzó a hacerles señas de que reprimiesen la risa, al paso que ellos reían más y más. Dejando entonces el rezo de las completas, y dicho el *Benedicite*, comenzó el maestro a reprender a aquel socio. Y, volviéndose a los novicios, les habló así: "Reíd, carísimos; reíd fuertemente y no dejéis de hacerlo por este fraile; yo os doy licencia para ello, pues verdaderamente tenéis motivo suficiente para alegraros y reíros, porque habéis salido de la cárcel del diablo y roto las fuertes cadenas con las que durante muchos años os tuvo atados. Reíd, pues, carsimos; reíd".

Se corre, sin embargo, el peligro, al ponderar la caridad y la comprensión de los santos, de olvidar que ellos supieron siempre unirlas a la firmeza. Así, durante las luchas entre el Pontificado y el Imperio, los dominicos supieron resistir a Federico II, y el mismo Jordán, tan inclinado siempre a la condescendencia, no temió acudir a Federico en persona para reprocharle su conducta y conjurarle a poner término a aquel escándalo que estaba dando a la cristiandad. Otras veces la firmeza en no condescender sabía teñirse de un delicado humor. Así, al procurador de un convento que le pedía con insistencia ser relevado del cargo, le contestó: "Hijo mío, este cargo lleva consigo cuatro cosas: la negligencia, la impaciencia, el trabajo y el mérito; yo te descargo de las dos primeras..., pero te dejo las otras dos".

Su característica más singular fué, sin embargo, la fuerza de persuasión que le hacía irresistible tanto en el púlpito cuanto en la conversación privada. "El Señor le había otorgado tal prerrogativa y gracia singular, no sólo para predicar, sino también para conversar, que en cualquier parte y con cualquiera que estuviese le fluían siempre palabras encendidas y alumbraba la conversación con oportunos y eficaces ejemplos, de tal modo, que a cada uno hablaba, aconsejaba y persuadía según la condición de su carácter. Por lo cual, todos estaban sedientos de oír sus palabras." Baste, como muestra, recordar una hermosa y significativa anécdota que nos han conservado las tantas veces citadas *Vidas de los hermanos*: "Cierto día de fiesta, al terminar de predicar, admitió a la Orden a un estudiante, y como estuviesen presentes otros muchos, les dirigió la palabra diciendo: "Si alguno de vosotros fuese a una gran fiesta y a un opulento banquete, ¿acaso todos sus compañeros serían tan descuidados que ninguno quisiera ir en su compañía? Pues he aquí que, sin embargo, véis a éste, que ha sido invitado por Dios a un gran festín, y ¿le vais a dejar ir solo?" Y fué tal la eficacia de su palabra, que al momento cierto estudiante dijo: "Maestro, convencido por vuestra palabra, me asocio a éste, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo".

Dios le otorgó, antes de morir, dos inmensas alegrías: la de proceder al traslado del cuerpo de Santo Domingo y la de ver el día de su solemne canonización. En efecto, por orden de Gregorio IX, los restos de Santo Domingo fueron solemnemente trasladados el 12 de marzo de 1233. Y poco tiempo después, el 3 de julio de 1234, después de una información canónica en Bolonia y Tolosa de Francia, el mismo Gregorio IX presentaba a toda la Iglesia universal, como modelo de santidad, a aquél Domingo de Guzmán con quien Jordán de Sajonia había hablado por vez primera, cuando tenía treinta años, en París, y cuyo sucesor había sido. La noticia le cogió en Estrasburgo, llegándole con una carta de San Raimundo de Peñafort, entonces en funciones de penitenciario del Papa.

Podía decirse que su misión en este mundo estaba cumplida. Así pareció apreciarlo la Providencia. En 1236,

dos años después, Jordán se embarca para visitar los conventos de la Orden establecidos en Tierra Santa y venerar los Santos Lugares. Todos los hermanos tenían pena al verle partir porque su salud estaba quebrantada. Sin embargo, el viaje se realizó con toda felicidad. No así el de retorno. La nave, asaltada por una furiosa tempestad, fué lanzada a las costas de Siria frente a Tolemaida. La mayor parte de los pasajeros perecieron ahogados. Entre ellos estaba Jordán, con dos de sus compañeros. Era el 13 de febrero de 1237. Sus religiosos lograron rescatar el cadáver y enterrarlo en la iglesia de los dominicos de Tolemaida.

Pronto los milagros vinieron a confirmar la fama de santidad de que siempre había estado rodeado, aun en vida. Sin embargo, el reconocimiento canónico de esta santidad tardó mucho. Durante cinco siglos se le venía dando tradicionalmente el título de Beato, e inscribiéndole así en no pocos martirologios. Pero sólo en 1826 el papa León XII aprobó el culto inmemorial que se le venía dando en su Orden.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.

BIBLIOGRAFIA

REICHERT, *Monumenta Ordinis fratrum praedicatorum historica,* I (Lovaina 1896).
Vitae fratrum; Chronica, de CALVAGNO DELLA FLAMMA; *Acta Capitulorum...*
BERTHIER, *Opera ad res O. P. spectantia* (Obras de J. de Saj.) (1891).
WALZ, A., *B. Iordani de Saxonia epistulae* (1950).
MORTIER, *Histoire des Maîtres Généraux O. P.,* I p.137s.
DANZAS, A., *Études sur les temps primitifs de l'ordre de Saint-Dominique,* I.
MOTHON, *Vie du bienheureux Jourdain de Saxe* (París 1885).
ARON, M., *Un animateur de la jeunesse...* (1931).
GÓMEZ, C., *Un apóstol universitario, el Bto. Jordán de Sajonia:* "Ideales" 34 (1953-1954) p.63s.

17 de febrero

BEATO FRANCISCO REGIS CLET

(† 1830)

¿Sucedió hace un siglo? ¿Ocurrió quizá ayer por la tarde? ¿Ha salido en los periódicos de esta mañana la noticia de que un sacerdote francés ha sido asesinado en China? ¿O quizá mañana? ¿O siempre? Es una vieja historia. Desde el anciano Ignacio, el de Antioquía, comido por los leones, hasta el sacerdote que quizás ahora está muriendo en una cárcel de cualquier parte, la cadena de sacerdotes pasando de mano en mano la antorcha de la fe, manchada en sangre, no muere nunca, hasta el fin. Francisco Regis Clet fué un eslabón. Nadie ha dicho que tú o yo no podamos ser otro.

Francisco Regis Clet fué un paúl francés. Francisco Regis Clet fué durante catorce años profesor de teología de un seminario. Durante un año fué director de novicios. Durante veintisiete años fué misionero en China. Desde hace ciento veintiocho años es un habitante del cielo. No fué obispo. No fué predicador de Notre Dame. No murió joven, ni fué un santo arrollador en los que el brazo de Dios obra a modo de relámpago. Apenas hizo nada que no pueda hacer un profesor de seminario. Pero tuvo el coraje de subir paso a paso hasta la cumbre.

Siempre quiso ser mártir, pero no murió mártir hasta los 72 años. Murió sin prisa, año a año, en Europa y en China, pensando siempre: "Para mí, vivir es Cristo, y morir, una recompensa". Una recompensa cuando Dios quiso, y mientras tanto evitó la muerte que dejaría a muchos cristianos sin sacerdote, huyó de las persecuciones chinas, se refugió con sus cristianos en las montañas, se escondió en los pozos y en las cuevas, huyó de casa en casa.

Una mañana, disfrazado de comerciante, con una vasija de aceite en la mano, Regis Clet salía de la última casa que le había servido de refugio. Aquella noche alguien le llamó mientras dormía:

—"¡Francisco, Francisco, que vienen los soldados, levántate!"

Francisco siguió dormido. Entonces ese alguien le tiró del brazo.

—"De manera que están los perseguidores a la puerta y tú duermes tan tranquilo."

Se levantó de la cama. No vió a nadie. (¿Será el ángel?) Celebró la misa, se disfrazó y abrió la puerta para escapar. Allí estaban los soldados. El cristiano renegado que venía con ellos dijo:

—"Ese es".

Francisco se adelantó.

—"Amigo, ¿a qué has venido?"

Sabía muy bien que ningún lugar de prendimiento, aunque sea Ho-nan, allá en China, está muy lejos de Getsemaní. Ni tampoco está muy lejos del Calvario aquella cruz de Hou-pe donde murió dos años después.

El 17 de febrero de 1820 los soldados de la prisión de Hou-pe entraron en la celda donde estaba el padre Clet con el sacerdote nativo Chen. Dijeron a Clet:

—"Síguenos".

—"¿Me volveréis de nuevo aquí?", preguntó Clet.

Los soldados callaron. Entonces el padre Chen les miró.

—"Decid la verdad. Los europeos no temen la muerte."

—"La verdad es que no ha de volver."

El padre Clet pidió unos momentos para hablar con su compañero del que recibió por última vez la absolución sacramental. Quisieron darle unos vestidos nuevos para ir al suplicio por estar ya viejos los que llevaba. "No voy al suplicio como un mártir, contestó, voy como un penitente". Antes de salir se volvió hacia los cristianos que lloraban tras él, diciendo: "No abandonéis jamás la fe". Y salió.

Apenas había amanecido. En Pekín, a muchas leguas de allí, tampoco había amanecido ni amanecería en todo el día, ni al día siguiente. Durante tres días estuvo la ciudad envuelta en tinieblas cerradísimas que muchos atribuyeron a castigo por el asesinato de Clet. En Hou-pe apenas había amanecido. Un grupo de soldados conducía hacia las afueras de la ciudad a un viejecito de setenta y dos años, mal vestido, con su barba blanca demasiado larga, encorvado y gastado, pero sonriente. Llegaron al campo de los ajusticiados. Había allí una cruz, no muy alta. Sólo lo preciso para que un hombre pudiese morir en ella estrangulado. Clet, después de haber estado un momento arrodillado junto a ella, levantóse diciendo: "Podéis atarme ya". Y le amarraron. Con las cuerdas, bajando desde el cuello, le sujetaron las manos a la espalda, y le ataron los pies, uno sobre otro.

Ya no quedaba más que morir. Pero, en China, morir estrangulado es morir tres veces. El verdugo aprieta tres veces el cuello para hacer regustar el tremendo sabor de la muerte. Los cristianos pagaron a los verdugos para evitar que el suplicio fuese tan cruel con este pobre anciano. Pero fué inútil. El verdugo apretó hasta el límite de la muerte y soltó. Un momento más de vida para volver a morir. Un instante más para volver a ver los setenta y dos años de vida que se van.

Dicen que al morir la vida aparece junta y más clara. Toda la vida como es, como un suspiro que dice el salmo. Francisco Regis Clet había reunido ahora, como en un puñadico, todo lo que quedaba de su vida, todos los recuerdos. En su prisión, cuando volvía al calabozo despedazado, hecho polvo después de las torturas de los interrogatorios, Francisco Regis Clet no dormía. Rezaba y recordaba durante toda la noche, arrodillado en un banquillo. Una noche el carcelero le vió así, sólo y despierto y aún sangrando. "¿Qué prodigio, preguntó a la mañana siguiente, qué prodigio quería obtener este anciano que ha pasado de ese modo en vela toda la noche?" El prodigio de morir por Cristo, de ofrecerle todo lo que había sido su vida. Otro carcelero puso una cadena sobre el banquillo para que no se arrodillase. Pero él hizo como si no se diese cuenta y se volvió a arrodillar allí, rezando y recordando.

Ahora, desde el umbral de la muerte, lo tiene todo fresco en la memoria, todo junto para ofrecérselo a Dios. Desde la soga de estrangulado puede ver allá lejos, más allá de estas montañas de China, mucho más allá de lagos y bosques, la dulce Francia, y aquella ciudad de Grenoble, al pie de los Alpes, donde nació el 19 de agosto de 1748. Puede recordar a su padre, comerciante de tejidos, a su madre, Claudina Bourquy. Recordar su despedida para ingresar en el seminario de la Congregación

de la Misión de Lyon. Su ordenación sacerdotal en 1773, sus años de profesor de teología en Annecy, donde era llamado "biblioteca ambulante". Su marcha a París para la Asamblea General de la Congregación, y su nombramiento de director de novicios. Y aquella noche del 12 al 13 de julio, cuando las turbas que hicieron la Revolución Francesa asaltaron la casa de San Lázaro a las dos de la madrugada. El, con los demás sacerdotes se había refugiado en las casas cercanas. Cuando volvieron al día siguiente sólo encontraron lo que queda después de una tormenta, un montón de muebles y altares destrozados en medio de unas paredes desnudas. Y muy cerca de allí un cuerpo en su ataúd. El cuerpo de Vicente de Paúl. Cuando las turbas, gritando, derrumbándolo todo, se encontraron de repente ante el cuerpo de San Vicente de Paúl, callaron. Allí estaba el padre de los pobres, el hombre del pueblo, el único corazón de Francia que podía detener todas las revoluciones del hambre y del odio. Y dejando las hachas y descubriendo las cabezas, cargaron el ataúd y en un silencio de muerte lo transportaron a la próxima iglesia.

Francisco se acuerda de Vicente de Paúl. Siempre ha vivido bajo su luz. Hace ya veintinueve años, poco después del asalto a San Lázaro, besó por última vez sus reliquias.

¡Tantas cosas sucedieron hace veintinueve años! ¡Qué lejos quedó Francia desde entonces! ¡Qué lejos su casa, su familia, su hermana María Teresa! María Teresa, la hermana mayor, había sido como una madre para los hermanos pequeños de la familia Clet. Francisco era el décimo de los quince hermanos. Son emocionantes las cartas de despedida entre los dos hermanos, antes de embarcarse Francisco para China. María le escribió llorando que no les abandonase para siempre. Francisco contestó: "Aprovecho la noche que precede a mi salida para contestar a tu tiernísima carta. Ya esperaba yo que tu constante y dulce cariño hacia mí no te había de permitir obedecer a la invitación que te hacía de que no intentaras quebrantar mi proyecto... Las cosas han avanzado demasiado y no me arrepiento en modo alguno de mi conducta. No por falta de amor hacia ti, sino porque creo que en esto sigo los designios de la Providencia hacia mí". Todo el cariño más puro y más fuerte que puede contener el pecho de un hombre se levantó entonces en el corazón de Francisco. Hace falta haber sufrido este género de pena para comprenderlo. María Teresa era para él el amor de su madre muerta, el amor de la familia, el hogar, toda su infancia personalizada en una persona. Era la parte que en su vida había cabido al amor humano. Pero la voluntad de Dios estaba más allá del mar. A pesar de todo, allí se iría, pues. No se vieron al despedirse, no se habrían de volver a ver en la vida. Pero no importa. Unos momentos antes de embarcarse le escribió de nuevo: "...Ruega al Señor que me haga cumplir exactamente su obra. Comunica otra vez mis afectos a mis queridos hermanos, así como también a mi cuñado y sobrinillos. Encomiéndame a las oraciones de mi tía, de la carmelita, y persuádete de que por muy apartado que de ti me halle, jamás te olvidaré". Y cruzó el mar, dejándolo todo detrás, dejando su tierra que amaba como un francés ama a Francia, dejando cuarenta y tres años, media vida, detrás. Ahora estaba en China, ahora iba a morir. Pero, "por muy apartado que de ti me halle, jamás te olvidaré".

Después de un noviciado de costumbres y usos chinos, marchó a la misión del Kiang-si. Pero el lenguaje chino no se aprende en un día. Francisco necesitó toda su paciencia y tesón para aprenderlo. En seguida marchó al Hou-Kouang, subdividida en las provincias de Hou-pe y Ho-nan, donde había diez mil cristianos diseminados, refugiados en las montañas por causa de la persecución de 1784 y por miedo a los Peisien-kiao, bandas de sublevados contra el emperador. Y para tantos cristianos a veces cinco sacerdotes, a veces tres, a veces sólo el padre Clet, caminando de monte en monte, disfrazado. "Para ponernos al abrigo de una sorpresa, escribe, hemos formado, en unión de nuestros cristianos, campos fortificados en las cumbres de los montes". Y ni aun esto bastaba, porque los revolucionarios venían a cualquier hora quemándolo todo. Así, escribió Clet: "Han visitado mi casa y se han llevado cuanto han querido; pero no la han incendiado. La casa tiene dos cuartos e invadieron el primero mientras yo me estaba tranquilamente en el segundo. No tenían más que abrir la puerta y me hubieran prendido. Pero no abrieron, sino que se entretuvieron en beberse el vino que encontraron, y después se marcharon". En medio del peligro salía hacia grupos de cristianos que hacía veinte o treinta años no habían visto un sacerdote. Y en los días de descanso confesaba durante nueve o diez horas seguidas, y al

final todavía conservaba su buen humor para decir: "Aquí hay algunos cristianos tibios, pero gracias a Dios no existen filósofos ni mujeres teólogas".

A todos los rincones llegaba la fama de su abnegación, sabiduría y santidad, y era considerado como el oráculo de los misioneros de China, según testimoniaba muchos años más tarde otro mártir de China, el Beato Gabriel Perboyre. Si un día libraba del demonio a una mujer con sólo tocarle con la estola, otro día conseguía una lluvia torrencial después de haberse puesto a rezar a petición de los cristianos, y de haberla anunciado. Un día, navegando por el río, le dijo el barquero: "Si no se levanta un viento favorable que nos aleje de la orilla, le reconocerán y prenderán". No había el viento suficiente para hacer temblar la hoja de una flor de loto. Pero, de improviso, mientras rezaba, se levantó un viento que alejó la barca de la costa... Volvía otro día a casa y unos paganos le esperaban en un recodo del camino para abalanzarse sobre él y despojarle de cuanto llevaba. Pero no pudieron moverse de espanto al verle venir rodeado de luz y avanzando sin pisar el suelo.

Bueno, ya estamos en el fin. Cuánto ha tardado en llegar. ¡Hacerse viejo en los escondrijos, vivir sabiendo que el mandarín ha ofrecido tres mil tails y la condecoración nacional por la cabeza de uno! ¡Y todavía en estas circunstancias tener valor y humor para escribir desde su escondite: "No deseo de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo, pues de los que me enviaron hace dos años sólo uno está medianillo. Los otros se adelantan una o dos horas al día; de pronto fueron asaltados de una calentura intermitente que los condujo a la muerte!" ¡Santo Dios! "No deseo de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo". A los setenta años, perseguido, a punto de ser capturado y estrangulado tener serenidad y coraje para decir que no desea de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo. Nunca entenderemos la maravilla de sublimidad y sencillez de que está hecho un santo.

Quizá ahora, ahora que está atado y a punto de ser estrangulado, entre sus pobres ropas, lleva su buen reloj de bolsillo. Desde ahora ya no importará que el reloj se atrase o se adelante, ¿verdad? Ya todo es lo mismo. Todo

está cumplido. Los veinte meses de prisión también. Y todos sus tormentos.

Pero a pesar de todo, aún se puede sonreír, aún está sonriendo, esperando a que el verdugo apriete definitivamente. Siempre ha sonreído, pase lo que pase. Hasta entre los tormentos y los interrogatorios, de rodillas ante el tribunal. Mientras el tribunal estaba distraído, dijo un día el padre Lamiot, que acababa de llegar encadenado, al padre Clet:

—"¡Animo! me encomiendo a vuestras oraciones. ¿Cómo estáis?

Entonces Clet sonrió:

—"Ya no sé hablar francés, ni latín, ni chino".

Y, al verles sonreír, les separaron.

C'est tout. Sencillo y emocionante. De tanta sencillez que podría hacer llorar. Pero el verdugo no llora; el verdugo aprieta. La pobre garganta ya no resistirá más. Es la garganta de un profesor de seminario y la garganta de un apóstol y la garganta de un habitante de las catacumbas. Eso, la garganta de un cristiano. Ahora ya no sabe hablar ni el francés del seminario, ni el chino de las misiones, ni el latín de las catacumbas. Ahora ya no puede hablar. Sólo sonríe.

...Más allá de las montañas está Francia. Más allá de las nubes está Dios...

El mandarín dió la señal. El verdugo le apretó por tercera vez la garganta, sin miedo, hasta el fin. Francisco Regis Clet sonrió. Eso es, sonrió. Y murió.

LUIS GALLÁSTEGUI, C. M.

BIBLIOGRAFIA

Le disciple de Jésus, obra anónima, excelente monografía (1853).
GUITTON, G.: Excelente biografía en francés (1942).
LAUNAY, A., *Histoire des Missions en Chine..., Les 52 serviteurs de Dieu* vol.2, p.287s.; *Salle des martyrs du Séminaire des Missions.*
LECLERCQ, H., *Les Martyrs,* vol.10.
WALTER, H., *Leben, Wirken und Leiden der 77 sel. Martyrer von Annam und China* (1903).
WOLFERSTAN, B., *The Catholic Church in China* (1910).

18 de febrero

SANTA MARIA BERNARDA SOUBIROUS

(✝ 1879)

Estando un día de pastorcita en Bartrès, recibió la visita de su padre. Este encontró que la niña estaba un poco triste.

—¿Qué te ha disgustado, Bernardita?

—Mire, padre; mis corderos llevan una marca verde en el lomo.

Su padre quiso gastarle una broma. Y con toda seriedad le dijo:

—Si tienen el lomo verde, es que han comido demasiada hierba.

En realidad se trataba de la marca de un ganadero que, sin saberlo la pastorcilla, había pasado por el aprisco.

—Entonces, ¿pueden morirse?

—Es muy posible.

Bernardita se echó a llorar, y su padre, secándole las lágrimas, le aclaró la verdad.

Días después, ella contaba esta historia a una compañera suya.

—Pues ¡ya hace falta ser tonta para creer una cosa así!

—¡Qué quieres! Yo no he mentido jamás y por eso no podía suponer que lo que me decía mi padre no fuese la verdad.

"Yo no he mentido jamás". Esto decía la niña, y esto hubo de repetir muchísimas veces a lo largo de su vida. Y esto, sobre todo, quedó bien claro a través de los detalles más insignificantes de esa misma vida suya. Mil ojos escrutadores, mil oídos atentos estuvieron pendientes de ella para tratar de sorprenderla en una contradicción, en una exageración, simplemente en una vacilación. Y no lo lograron. Todos, prevenidos a favor o en contra, amigos o enemigos, creyentes o incrédulos, se sintieron subyugados por la transparente sinceridad, por el absoluto candor de la niña.

Coinciden todos, y piense el lector que son centenares

los relatos que poseemos, en que su presencia era más bien vulgar. De estatura menuda, de movimientos concertados, pero nunca elegantes; de rostro sin ninguna característica especial, había, sin embargo, algo en ella que sobrecogía, y era su mirada. Todos a una proclaman que la Santísima Virgen parecía haber dejado en aquellos ojos un reflejo de su hermosura celestial. Porque Bernardita Soubirous, la pobre aldeana de un insignificante pueblecillo de los Pirineos..., había visto a la Virgen.

En verdad que nadie se lo hubiera sospechado. ¿Quién de los que intervinieron en aquel modestísimo bautizo de la hija mayor de un pobre molinero hubiera podido pensar que iba a llegar un día en que transformados ellos en personajes se buscarían con afán hasta los más mínimos detalles de sus propias vidas? Y, sin embargo, ha sido así. Al terminar el centenario de las apariciones de Lourdes nos encontramos con que este acontecimiento ha sido estudiado como acaso ningún otro a lo largo de la historia. Una masa ingente de documentos, de declaraciones, de fotografías, ha sido dada a conocer a todo el mundo. Compañeros, amigas, parientes o confidentes de Bernardita, el guardia campestre, los gendarmes, las mujercitas de Lourdes, los sabios y los doctos, los hermanos de la escuela, los curas... todos han dicho su palabra. Y del conjunto impresionante de testimonios de primera mano surge siempre, con sobrenatural pureza y transparencia, la figura de Santa Bernardita, llena de sinceridad, poseedora de un perfecto equilibrio moral y psicológico sin sombra alguna de amor propio, sin vanidad ninguna, con su buen sentido y su atrayente buen humor. Ni sombra de una iluminada, de una maniática o de una novelera. Simplemente: la auténtica santidad de un alma humilde y entregada a Dios.

Pero todo esto lo vemos después. Lo que las buenas gentes que se encontraban en la plaza de Lourdes vieron en 9 de enero de 1844 fué sencillamente un insignificante cortejo que salía de la iglesia parroquial llevando a una niña que acababa de ser bautizada. Curiosa coincidencia: aquel día se cumplía exactamente el año de la boda de sus padres. Hoy ya no existe la vieja parroquia románica, que ha cedido su lugar a la amplia plaza y al mo-

numento a los muertos. Pero la pila bautismal subsiste aún en el baptisterio de la nueva parroquia.

Todavía los tiempos son relativamente propicios a la familia Soubirous. Sin que se pueda decir que vive en la prosperidad, se va defendiendo. Rápidamente el cuadro cambiará muchísimo. La miseria se irá haciendo creciente y han de abandonar el molino de Boly por el de Laborde, y después por el de Arcizac. Las cosas van de mal en peor y en casa de los Soubirous se llega a pasar hambre auténtica. Sobre todo cuando, agotadas ya las últimas posibilidades, el padre tiene que abandonar el oficio de molinero y la pobre familia ha de acogerse a una vieja mazmorra, que da a un patio convertido en estercolero, llena de humedad, y que ha de ser la única habitación de la que se dispone para todo. Para colmo, Bernardita es perseguida desde el primer momento de su existencia por un mal implacable: el asma.

Todavía hoy los peregrinos visitan en Lourdes, sobrecogidos, la mazmorra en que la Santa pasó sus primeros años. Y viéndola, con lágrimas en los ojos, recuerda necesariamente que Dios Nuestro Señor eligió las cosas que el mundo desprecia, como dice San Pablo, para confundir a los que son o se tienen por algo.

No toda su niñez pasó allí. Primero siendo muy pequeñita, y después ya algo mayor, Bernardita marchó a pasar una temporada al vecino pueblecito de Bartrès. Así como Lourdes ha cambiado casi totalmente de su fisonomía, y a duras penas podemos recordar lo que era en tiempos de Santa Bernardita, Bartrès presenta hoy el mismo aspecto sedante, placentero y bucólico que en sus tiempos. Es una aldea sosegada y sencilla a la que Bernardita va para servir como humilde criadita, más frecuentemente como pastora, en casa de unos parientes. Allí inicia su durísimo aprendizaje catequístico. Incapaz de aprender con las demás niñas en la parroquia, pues no sabe leer ni escribir, ha de buscar una persona amiga, la señora Lagües, que le dé lecciones de catecismo. "Muchas veces la lección duraba de siete a nueve, sin lograr que la niña recordase ni una sola letra del libro. Bernardita lloraba muchas veces al ver que daba tanto trabajo", nos dirá el padre Ader en su declaración en el proceso apostólico. Juana María Garros, una de sus más fieles amigas, recordará con qué desesperación la pobre catequista tiraba a veces el catecismo diciendo: "¡Nunca sabrás nada!". Y con qué pena la niña se le echaba al cuello llorando, pidiéndole que la perdonase.

Bernardita quería hacer la primera comunión. Aquella situación era insostenible. Y por eso, aunque le costara dejar el aire puro de Bartrès, y cambiarlo por la sórdida mazmorra de Lourdes, un jueves, el 28 de enero de 1858, dejaba el pueblecito para volver a Lourdes.

"A los catorce años, nos dice uno de los testigos que declaró en el proceso apostólico de Nevers, no sabía leer ni escribir, ni conocía la lengua francesa; ignoraba el catecismo, y ella misma se consideraba como la última entre las niñas de su edad". Y, sin embargo, contra todo lo que humanamente se podía esperar, ella había sido la designada para ser objeto de una gracia excepcional.

Habían pasado quince días exactamente. Amaneció el jueves 11 de febrero de 1858. La niña, que había iniciado en estos días su preparación para la primera comunión, acudiendo a la escuela de las hermanas, disponía aquel día de su tiempo, pues, por ser jueves, tenía vacación.

Y ocurrió el acontecimiento que el mundo entero conoce ya. Pocos minutos antes de las once, la madre se disponía a salir. Al ir a cerrar la puerta observó que por un pasadizo cercano aparecía Juana Abadie, una niña de doce años, que estudiaba en la misma clase que Toneta, la hermana de Bernardita, ligeramente más joven que ella. Juana propuso a la madre de las dos niñas que les permitiera ir con ella a coger leña al bosque. Pero Bernardita estaba un poco resfriada, lo que no era de extrañar con tiempo tan frío y en una casa tan destartalada. Con todo, la madre accedió. Y las niñas salieron en dirección al bosque.

No había llegado a él y una mujercita que estaba lavando les aconsejó cambiar de dirección. Era muy fácil que, dirigiéndose hacia Massabielle, encontraran lo que deseaban con mayor facilidad y abundancia. Dicho y hecho. Las niñas se desviaron y se acercaron a lo que hoy es la explanada de la gruta. Pero para llegar a la gruta misma era necesario atravesar, entre dos bancos de arena, el lecho del canal. Toneta y Juana tiraron los zuecos, se metieron en el agua helada y pasaron a la otra orilla. Al

poco tiempo perdían de vista a Bernardita. En el campanario de la iglesia sonaron las doce campanadas del mediodía, e inmediatamente después el "angelus" puso en oración a todo el pueblo. Bernardita, que se ha quedado sola, se decide a descalzarse. Y en ese momento se abre la serie de maravillas. Oigamos su relato, tal cual salió de aquellos labios que jamás quisieron mentir:

"Casi no había llegado a quitarme una media cuando oí un rumor de viento, como cuando se acerca una tempestad. Me volví para mirar por todas partes de la pradera y vi que los árboles casi no se movían. Vislumbré, pero sin detener la vista, una agitación en las ramas y en las zarzas de la parte de la gruta.

Seguí descalzándome y, cuando me disponía a meter un pie en el agua, oí el mismo ruido ante mí. Levanté los ojos y vi un montón de ramas y zarzas que iban y venían, agitadas, por debajo de la boca más alta de la gruta, mientras nada se movía alrededor.

Detrás de las ramas, dentro de la abertura, vi en seguida a una joven toda blanca, no más alta que yo, que me saludó con una ligera inclinación de cabeza, al tiempo que apartaba un poco del cuerpo los brazos extendidos, abriendo las manos como las Santas Vírgenes. De su brazo derecho colgaba un rosario.

Tuve miedo y retrocedí. Quise llamar a mis compañeros, pero no me sentí capaz. Me froté los ojos varias veces, creía engañarme.

Al levantar los ojos, vi a una jovencita que me sonreía con muchísima gracia y que parecía invitarme a que me acercase a ella. Pero yo aún sentía miedo. Sin embargo, no era un miedo como el que había sentido otras veces, porque me hubiese quedado mirando siempre aquélla (aquéro), y cuando se siente miedo una huye en seguida.

Entonces me vino la idea de rezar. Metí la mano en el bolsillo, tomé el rosario que llevo habitualmente, me arrodillé e intenté santiguarme. Pero no pude llevarme la mano a la frente: se me cayó.

Mientras, la joven se puso de lado y se volvió hacia mí. Esta vez tenía el gran rosario en la mano. Se santiguó como para empezar a rezar. A mí la mano me temblaba. Intenté santiguarme otra vez y pude hacerlo. Desde aquel momento no tuve más miedo.

Yo rezaba con mi rosario. La joven deslizaba las cuentas del suyo, pero sin mover los labios. Mientras rezaba el rosario, yo miraba cuanto podía.

Ella llevaba un vestido blanco, que le bajaba hasta los pies, de los cuales sólo se veía la punta. El vestido quedaba cerrado muy arriba alrededor del cuello por una jareta de la que colgaba un cordón blanco. Un velo blanco, que le cubría la cabeza, descendía por los hombros y los brazos hasta llegar al suelo. Sobre cada pie vi que tenía una rosa amarilla. La faja del vestido era azul y le caía hasta un poco más abajo de las rodillas. La cadena del rosario era amarilla, las cuentas blancas, gruesas y muy apartadas unas de otras. La joven estaba llena de vida, era muy joven y se hallaba rodeada de luz.

Cuando hube terminado el rosario, me saludó sonriendo. Se retiró dentro del hueco y desapareció súbitamente."

Hacia el fin de su éxtasis Toneta y Juana vislumbraron a Bernardita. Ella de momento guardó secreto. Pero la emoción no le cabía en el cuerpo y pocos minutos después se abría a su hermana. Su vida iba a cambiar por completo.

Comienza la serie de las apariciones. Y comienza a hacerse la niña piedra de contradicción. Habrá un día, el 18 de febrero, también jueves, en que la Santísima Virgen, la niña aún no sabe de quién se trata, le dirá: "No te prometo hacerte feliz aquí en la tierra, sino en el cielo". Será este día precisamente el que en muchas diócesis del mundo se elegirá para celebrar la fiesta de Santa Bernardita.

Días inolvidables los de las apariciones. Unas veces la Santísima Virgen quiere penitencia. En otra ocasión muestra el lugar de una fuente milagrosa. Más tarde pide la erección de una capilla. Y que se vaya allí en procesión. Por fin un día inolvidable, el día de la Anunciación, la aparición declara su nombre. En *patois* lurdés declara que es la Inmaculada Concepción. Bernardita nunca había oído esa expresión, e incluso las primeras veces pronuncia mal la palabra Concepción. Pero no importa. Ahora ya se sabe de quién se trata y por más que el demonio recurra a las peores artes la aparición terminará por abrirse camino y triunfar por completo.

Bernardita, por fin, recibe la ansiada primera comunión. Fué el jueves 3 de junio, fiesta del Corpus. En la

capilla del hospicio, donde ella se había preparado. Después, pese a un complot para tratar de recluirla, consigue volver a su vida normal. Así hasta el 16 de julio en que, por última vez en su vida mortal, tiene lugar la aparición. Era la décimoctava vez que la Señora se manifestaba. Después terminó todo. Intervinieron los hombres. Se examinaron las causas. Y al final el señor obispo dió su dictamen: Bernardita no mentía; la aparición había sido verdadera; el culto a la Virgen de Lourdes quedaba autorizado.

Mientras todo aquello se estudiaba, Bernardita había estado viviendo como pensionista en el hospicio. Y allí había brotado la flor preciosa de su vocación. Hay serios indicios para suponer que la Santísima Virgen le aconsejó que se abrazara con la vida religiosa. Parece ser que éste fué uno de los secretos que ella guardó siempre tan celosamente. Lo cierto es que, después de una dura lucha con su timidez, se decidió por fin a pedir el ingreso en la congregación. Y tras algunas vacilaciones, éste le fué concedido.

El martes 3 de julio de 1886 Bernardita, acompañada de algunas hermanas, se dirigió a la gruta. Traspuso la reja y se arrodilló. En oración y con los ojos fijos en la imagen de la Inmaculada suspiró y entre sollozos repitió: "Madre mía, Madre mía, ¿cómo podré dejarte?". Se puso de pie, besó la roca y después el rosal. Al fin se arrancó de aquel lugar que tenía para ella recuerdos inolvidables. "La gruta era mi cielo", habrá de decir en alguna ocasión.

La última noche la pasó con su familia en el molino Lacadé. Dejaba a los suyos casi en la miseria. Al día siguiente le acompañaron al hospicio y allí le dieron el último adiós. Fué una escena emocionante. Todos lloraban, a excepción de Bernardita. Por fin se separaron y de allí partió para Nevers.

Había comenzado para ella una nueva vida. Una sola vez, como excepción, se le permitió hablar de Lourdes y contar sencillamente a la comunidad lo que habían sido las apariciones. Después se le impuso el silencio, que ella guardó siempre rigurosamente, evitando con extraordinaria habilidad cualquier sorpresa que le preparaban para conseguir de ella alguna palabra sobre el asunto. Fué una religiosa más. Obediente, puntual, amante de la pobreza, trabajadora, caritativa. Pero sin ninguna distinción especial.

La Santísima Virgen le había dicho que no la haría feliz en la tierra sino en el cielo. Por eso a ella no le extrañó tener que sufrir tanto.

Y sufrió en el cuerpo. La enfermedad le acompañó constantemente. Ya a los tres meses de noviciado tuvo que hacer su profesión religiosa "in articulo mortis", pues no se pensó que pudiera sobrevivir. Después, todos los años el invierno, o el más mínimo accidente, le traían tremendos sufrimientos. Se ahogaba constantemente. Y su vida era un continuo sufrir.

Sufrió también en su espíritu. Con algo que muy difícilmente podemos valorar quienes no hemos vivido la vida religiosa, y sobre todo quienes apenas podemos hacernos cargo de la sensibilidad a flor de piel que llega a producirse en una mujer joven, delicada de salud, viviendo la vida común. Pero la verdad es que también por este lado sufrió enormemente. La madre maestra de novicias, a la que prácticamente estuvo sometida toda su vida religiosa, aun después de su profesión, sintió hacia ella un despego y hasta una positiav aversión. Esto se traducía en mil pequeños incidentes, dolorosísimos para la Santa. En continuas humillaciones, e incomprensión y hasta, justo es decirlo, no pocas veces también en desconfianza.

Por si esto fuera poco, tuvo la Santa un tercer sufrimiento. El más terrible. Apenas nos lo podemos imaginar, pues se trató de una prueba mística, de esas que el Señor envía y que sólo quien las sufre puede llegar a comprender. Se había ofrecido la Santa para sufrir. Y el Señor aceptó sus sufrimientos. En su diario íntimo y en algunas expresiones que se le escaparon podemos percibir algo de lo que fué la desolación y el abandono, la purificación misteriosa, el dolor penetrante y profundo que empaparon por completo su alma. Prueba heroica cuyas dimensiones escapan por completo a toda ponderación humana.

Y así año tras año, a lo largo de su ejemplar y santa vida religiosa. Fué santa porque con tan edificante perfección supo vivir su oculta vida de inmolación. Esto fué

lo que la santificó. Las apariciones fueron tan sólo la ocasión de que el Señor se sirvió para prepararla.

Un día en que ella se encontraba en la cama, recibió la visita del señor obispo de Nevers. Venía a pedirle que escribiese una carta para el Papa, porque él iba a ir a Roma a visitarle y quería llevársela. En una carpeta, que sostenía una hermana que nos describió la escena en el proceso apostólico, la religiosa escribió la carta cuyo original conservamos aún. Es realmente emocionante el tono y la expresión de esta carta llena de ingenuidad, de humilde devoción, de auténtico perfume de santidad. Sentimos no poder reproducir más que un párrafo:

"Santísimo Padre, jamás hubiera osado tomar la pluma para escribir a Vuestra Santidad, yo, pobre hermanita, si nuestro digno obispo, monseñor de Ladoue, no me hubiese animado diciéndome que el medio seguro de alcanzar una bendición del Santo Padre era escribiros y que él tendría la amabilidad de llevar mi carta. Se establece una lucha entre el temor y la confianza. Yo, pobre ignorante, hermanita enferma, osar escribir al Santísimo Padre ¡jamás!"

Y continúa expresándole el amor que siente hacia el Papa y la alegría que le dió pensar que la Santísima Virgen se había dignado, en cierta manera, confirmar la palabra del mismo Pontífice al aparecerse en Lourdes.

El Papa correspondió con una bendición, juntamente con un precioso crucifijo de plata. Era como la preparación para el episodio final. Bernardita estaba ya lista para la muerte.

Y la muerte llegó. Antes, sin embargo, le precedió un cierto alivio. Se nombró una nueva superiora general, mucho más comprensiva para con ella. Por otra parte tuvo el consuelo también de recibir la visita de Toneta, su hermana queridísima, y la de uno de los sacerdotes de Lourdes que había sido su confesor en la época de las apariciones. A nadie más pudo ver, ni se pudo jamás arreglar un viaje a Lourdes para volver a visitar su gruta querida.

La enfermedad se fué agravando. Los sufrimientos se hacían más insoportables. El domingo de Pascua, 13 de abril, parecía estar ya inminente el desenlace. Pero su auténtica noche de Getsemaní fué la del lunes al martes de Pascua. Sufrió terriblemente y sin descanso. Un sudor helado cubría su frente. Temblaba por su propia salvación.

Y así continuó también sufriendo en la mañana del 16 de abril. A eso de las once de la mañana la colocaron en un sillón con los pies en un escabel. A eso de la una acudió la comunidad. Ella miró a la imagen de la Virgen y con intensidad exclamó: "¡La vi, la vi! ¡Qué hermosa era! ¡Cuánto ansío volver a verla!" Minutos después quedó con los ojos fijos en un punto de la pared, lanzó una exclamación de sorpresa y con la mano derecha crispada en el sillón intentó levantarse. Volvió a quedar tranquila. Así pasó el tiempo, entre sufrimientos tremendos, hasta que por fin, musitando dulcemente "ruega por mí, pobre pecadora, pobre pecadora", y apretando el crucifijo contra su corazón, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, expiró dulcemente. Tenía treinta y cinco años de edad y llevaba doce en la casa religiosa en la que había ingresado.

Su muerte fué un auténtico triunfo. La ciudad entera se conmovió. Los funerales, solemnísimos, atrajeron muchedumbres inmensas. Pronto empezó a pensarse en su beatificación.

Fué un cardenal español, Vives y Tutó, el que animó, por medio del obispo de Nevers, a la superiora general a acometer la empresa. La antigua maestra de novicias pedía que se retrasara el comienzo del proceso hasta que ella muriera. Así se hizo. Y por fin el 20 de agosto de 1909 se iniciaba el ansiado proceso. Se procedió con rapidez, y el 18 de noviembre de 1923 se declaraba la heroicidad de sus virtudes. Por fin, el 14 de junio de 1927 era declarada Beata. Y en 1933, el 8 de diciembre, canonizada solemnísimamente.

En su homilía Su Santidad Pío XI ponderó la humildad de esta "ignorante hija de unos pobres molineros, que por toda riqueza poseía solamente el candor de su alma exquisita".

Y en el Lourdes de hoy sigue presente. Bajo las arcadas está su altar. Al llegar a la estación, sale al encuentro, en una deliciosa estatua que la presenta como pastorcita, al peregrino que acude a la ciudad santa; las muchedumbres visitan la mazmorra en que ella vivió. Mientras en Nevers, encerrada en una preciosa urna, se muestra como dormida a sus devotos visitantes.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.

BIBLIOGRAFIA

Ante todo, véanse las obras fundamentales sobre Lourdes:
LAURENTIN, R., *Lourdes, documents authentiques*, 4 vols. aparecidos.
CROS, *Lourdes 1858. Témoins de l'événement* (París 1958).
Sobre la Santa, véase en particular:
TROCHU, F., *Bernadeta Soubirous* (Barcelona 1957). Obra fundamental.
LEBBE, B., *The Soul of Bernadette* (1947).
PARKINSON KEYES, F., *Sublime Shepherdess* (1940).
PETITOT, H., y otras biografías de la Santa Vidente.

19 de febrero

BEATO ALVARO DE CORDOBA

(† 1430)

El Beato Alvaro de Córdoba—como le llama vulgarmente el pueblo andaluz—o fr. *Alvarus Zamorensis*—como escriben los bularios y registros pontificios de *súplicas*—no debe ser confundido con Alvaro Paulo, *alias* Alvaro Cordobés, nacido de noble familia a principios del siglo IX en la Córdoba de los Omeyas, amigo entrañable de San Eulogio y Juan Hispalense, defensor de la fe católica y escritor de muchos quilates. El Beato Alvaro de Córdoba, dominico, vivió en tiempos quizá más difíciles que los de su homónimo: los tiempos de la *Claustra* del Cisma de Occidente.

La semblanza de este hombre excepcional hay que trazarla a través de su obra, porque en ella cristalizó lo más puro de su alma grande y, en cierto modo, también buena parte de lo que su tiempo encierra de afán de trascender y superar una situación cristiana y religiosa que motivó una de las más graves crisis del catolicismo. Esa obra se llama Escalaceli. ¿Un nombre poético? ¿Un símbolo? Eso y mucho más. Encarnación de un sueño de reforma auténtica, Escalaceli, a siete kilómetros de Córdoba, en las estribaciones de Sierra Morena, no muy lejos de las ermitas, es la obra del Beato Alvaro. Una obra que hay que valorar en sus tres características: primero, como cuna de la reforma de la vida dominicana a raíz de aquel funesto bache de la *Claustra*, provocado por la tristemente famosa *peste negra* y acentuado por el Cisma de Occidente; segundo, porque en Escalaceli se levantó, según parece, el primer *Via crucis* de Europa, y tercero, porque ese rincón de la Sierra

Morena ha sido la fuente inexhausta donde Andalucía bebió su entrañable devoción a la pasión de Cristo.

El Beato Alvaro de Córdoba es una figura señera, vibrante de inquietud y de dinamismo paulino. Maestro por la universidad de Salamanca, pasó sus mejores años en la paz de los claustros y de las aulas, pero, al nacer el siglo XV, abandonó la cátedra aguijoneado por la urgencia del apostolado y recorrió las ciudades y los asendereados caminos de España, de Provenza, de Saboya, de Italia..., atareado en la siembra de la palabra divina; buena falta hacía entonces esta labor, pues el campo de la fe era barbecho en el que germinaba la cizaña del desconcierto, de la corrupción de costumbres, de la holganza infecunda, mientras los pastores y los sembradores disputaban por la solución de un drama terrible: en la Iglesia llegó a haber tres tiaras al mismo tiempo, todas tres con ínfulas de legitimidad. El Beato Alvaro de Córdoba predica, pero también observa; reza, pero sin cerrar los ojos a la cristiandad lancinada; paladín de la unidad, anhela la solución del amargo conflicto; hay mar revuelto incluso en las Ordenes religiosas; la peste negra, que devastó a media Europa, dejó los conventos casi vacíos, y después se fueron poblando de hombres sin tensión espiritual. La crisis se agravó con el cisma, cuyo resultado más calamitoso fué la escisión de la unidad católica. Mientras unos reinos reconocían como legítimo Papa al que residía en Avignon, otros se mostraban adictos al que estaba en Roma; para empeorar las cosas, algunos cardenales se reunieron en Pisa y eligieron un tercer Papa. La algidez del problema se puso así al rojo vivo. De todas partes apremiaban a los tres Papas a renunciar a sus supuestos o legítimos derechos en bien de la Iglesia; un concilio acabaría con ese estado de confusión eligiendo un Papa único, previa la renuncia de los otros tres.

Por otra parte, los religiosos se esforzaban también en reducir a los cauces tradicionales sus propios institutos. Gracias a Dios, en medio de la desolación, abundaban los hombres de buena voluntad y de gran sabiduría. Sólo la Orden de Predicadores ofrece en esa época un magnífico santoral, casi todos ellos trabajadores incansables de la restauración de la Iglesia bajo un solo Pastor, dechados del espíritu genuino que debía animar la vida monástica de su instituto, luchadores por la paz y la unidad en el recinto

de los coventos: San Vicente Ferrer († 1419), San Antonino de Florencia († 1459), Beato Juan Dominici († 1419), Beato Alvaro de Córdoba († 1430), Beato Andrés Abelloni († 1450), etc. La relajación sesteaba a la sombra de la división. Si en la Iglesia había tres tiaras, la Orden de Santo Domingo tenía tres jerarcas, uno para cada sector de obediencia a un Pontífice. La reforma se fué llevando a cabo poco a poco, con un temple admirable de prudencia, pese a los altibajos inevitables; por eso no se resquebrajó la unidad de la Orden como iba a acontecer en otros institutos religiosos. El Beato Raimundo de Capua, confesor y biógrafo de Santa Catalina de Sena, es la figura más representativa de esa reforma. La idea clave que preside su empeño es sustraer a los observantes de la jurisdicción del provincial; un vicario general se encargará de regir los conventos reformados; a la muerte de Raimundo de Capua —5 octubre 1399— le sucede en el generalato de la Orden Tomás de Fermo, que emprendió un camino distinto. El sucesor del espíritu del capuano es fray Juan Dominici, fundador del convento de Fiésole, que dió el hábito a Antonio Pierozzi, más tarde San Antonino de Florencia. El convento de Fiésole, en un paisaje vencido por la ternura, vió cómo dos años después de su fundación, en 1407, llamaban a la puerta los jóvenes Benedetto y Guidolino, hermanos y artistas. Son de Vicchio, cerca de Mugello, donde vió la luz el Giotto. Guidolino tomó, con el hábito, el nombre de Fra Giovanni de Fiésole, pero la posteridad se lo cambiará por otro aún más bello: Fra Angélico.

Después de la coronación de Alejandro V en Pisa, 7 de junio de 1409, la situación de la Iglesia y, en consecuencia, la situación de la Orden de Predicadores se hizo más dramática; los dominicos quedaron divididos, como la cristiandad entera, en tres secciones: parte —los adictos a Benedicto XIII— bajo el régimen de Juan de Puinoix; parte —los entusiastas del concilio de Pisa y de su papa Alejandro V— a las órdenes de Tomás de Fermo; parte, en fin, fieles a Gregorio XII, congregándose en torno a Juan Dominici. El drama se agravó enormemente. Los conventuales de Fiésole, por citar un ejemplo, reciben el imperativo de Fermo para que se adhieran a Alejandro V y nieguen la obediencia a Gregorio XII. La disyuntiva era agobiante. Pero aquel puñado de auténticos religiosos optó por la huída, porque la voz de la conciencia era más fuerte que la autoridad de Fermo. Y una noche, a la luz de la luna, cruzaron la verde campiña toscana rumbo a Foligno, orando y llorando. Entre los fugitivos van artistas y santos. Algunos nos son ya conocidos. San Antonino, Fra Angélico...

En 1414 Dati sucede a Fermo; el drama se orientó, bajo su mandato, hacia la solución anhelada. Asistió al concilio de Constanza, en el que fué elegido único Papa Martín V el 11 de noviembre de 1417, y reinstauró el método de reforma esbozado por Capua, cuyo representante era Juan Dominici, cardenal y luego legado de Martín V.

El Beato Alvaro de Córdoba ha vivido intensamente esos días del plural cisma, le ha dolido el alma como a buen religioso, ha mirado con simpatía los esfuerzos de los reformistas italianos durante los días que estuvo predicando en Lombardía, a su ida y a su regreso del viaje a Tierra Santa—del que hablaremos pronto—. Fray Alvaro de Córdoba va a ser el maestro y el peón de la reforma en España. Esta empresa suya puede analizarse desde un doble ángulo de vista: primero, en lo que tiene de común con la reforma de los dominicos italianos; segundo, en lo que presenta de fisonomía propia. En el primer plano, se advierte que conoce bien el patrón de la reforma patrocinada por Raimundo de Capua y llevada adelante por Juan Dominici; en el segundo aspecto, es peculiar el tacto con que la realiza, huyendo de la lucha imprudente. En una ocasión se había acudido en Palermo a plantar un convento reformado frente por frente de otro no reformado. Casi como un reto. Fray Alvaro de Córdoba limó todo posible encono de las relaciones fraternas.

A su regreso a España es elegido confesor de la reina Catalina de Lancáster y de su hijo Juan II. Iluminado ya de unidad y esperanza el panorama de la Iglesia, fray Alvaro dice adiós a la corte. Su ideal es la reforma. El rey don Juan—el padre de Isabel la Católica—y su esposa doña María, hija del rey de Aragón don Fernando de Antequera, lo quieren como se quiere a los varones de Dios. Es un hombre virtuoso, maduro, emprendedor. No hay que cortarle la marcha. Expone sus planes y los apoyan con una crecida limosna. Fray Alvaro va a Córdoba y, en mitad de la Sierra Morena, funda a Escalaceli como una lanza erguida de reconquista espiritual. Es la conclusión de

todas sus experiencias y la puesta en marcha de un sueño fecundo. Ha trabajado incansablemente en la Corte de Castilla por la unidad de la Iglesia; en la Corte de Aragón otro dominico batalla por la misma causa: fray Vicente Ferrer.

El prestigio de fray Alvaro en la corte es extraordinario. A sus ruegos, el rey don Juan escribe a Martín V solicitando la fundación en sus reinos de media docena de conventos observantes. El 5 de febrero de 1418 Martín V expide dos breves: en uno decreta la división de la provincia de Castilla en tres—las otras dos serán la de Galicia y la de Aragón—para que puedan ser reformadas con más facilidad; en el otro accede complacido a la súplica de que se funden seis conventos reformados, autorización necesaria, pues Bonifacio VIII había prohibido a las Ordenes mendicantes hacer nuevas fundaciones sin licencia de la Santa Sede; por otra parte, el capítulo general que la Orden celebra en Metz, 1421, exige que en cada provincia haya al menos un convento de observancia. Fray Alvaro, a quien acompaña fray Rodrigo de Valencia, compra la Torre Berlanga, en la sierra cordobesa, el 13 de junio de 1423 y allí funda el primer convento reformado de su Orden en España; el breve de Martín V no ha sido letra muerta; pero, además, el paraje elegido, con sus olivares y sus torrenteras, tiene un encanto cautivador para fray Alvaro: recuerda la topografía de Jerusalén, tan pegada al alma del dominico desde los días de su peregrinación a los Santos Lugares. La vieja torre moruna fué rebautizada con un nombre bello: Santo Domingo de Escalaceli. Religiosos de espíritu austero, reclutados en diversos conventos, forman la nueva comunidad. Son ocho en total, amén del fundador: fray Juan de Valenzuela, fray Rodrigo de Valencia, fray Pedro Morales, fray Juan de Mesta, fray Juan de Aguilar, fray Bernabé de la Parra, fray Miguel de Paredes y fray Juan de San Pedro. Un mes más tarde el convento otorga públicos poderes a Pedro Sánchez de Sevilla y a Alfonso García para que reciban lismosnas para la construcción de un convento amplio y digno. Los gastos consumieron el donativo del rey, las limosnas de los cordobeses; los obreros se negaron a seguir trabajando. Fray Alvaro pasa la noche en oración y disciplinas. Dios oye su oración. Según refieren los testigos del proceso de su culto inmemorial, vinieron los ángeles y descargaron de sus carros aéreos el material que era menester. Por la mañana los obreros reanudaron, gozosos y asombrados, la obra, mientras el alba sonreía por los picos de Sierra Morena. Así se construyó, sobre roca viva, sobre penitentes oraciones, Santo Domingo de Escalaceli, primer convento reformado de la Orden en España.

Pero fray Alvaro, medidor de dificultades, solucionador a lo divino de problemas humanos, hombre prevenido —que siempre vale por dos, y aun por cien—, buscó apoyo en la corte y, por medio de ésta, en Roma. Había que ahuyentar el peligro de que el primer convento reformado naufragase por oposición o por otras causas. Necesitaba, en una palabra, cierta autonomía o independencia con relación a los no reformados. Con este fin, la reina María escribió a Martín V pidiéndole la institución de un vicario general de todos los conventos que abracen la reforma. Martín V expide el suplicado breve el día 4 de enero de 1427. Fray Alvaro, "profesor de teología, quien con licencia de la Santa Sede ha construído recientemente" un convento en Escalaceli, donde reina la más estricta observancia, es nombrado de por vida—*quoad vixerit*—prior mayor de todos los conventos reformados.

El historiador de la Orden, P. Mortier, ve en esto la primera congregación dominicana de observancia, casi en todo independiente del general de la Orden, con superiores elegidos por los mismos reformados. El módulo italiano de reforma ha sido superado en perfección y en eficacia, y se suman algunos elementos jurídicos que parecen estar inspirados en la Congregación de San Benito de Valladolid, bien conocida por fray Alvaro.

La vitalidad lograda en Escalaceli no sólo fué jurídica, sino también expansiva. En 1426 los frailes de Escalaceli fundan el convento de Portaceli, en Sevilla; y, casi por las mismas fechas, una hospedería en Córdoba con el fin de servicio auxiliar para los religiosos que bajaban del monte a las tareas apostólicas. La ciudad, conmovida por el ejemplo de los predicadores, hizo donación del solar "al honrado y sabio varón fray Alvaro, maestro en santa teología", según dice la escritura notarial. La hospedería era una cabeza de puente y, andando el tiempo, el P. Posadas la hará famosa (véase la semblanza de éste en el 20 de septiembre).

La reforma había empezado. Conducida a término su-

peraba ya las posibilidades de quien fué alma y motor de ella. Pero la semilla estaba echada. "No fueron estériles los esfuerzos del Santo cordobés—dice el P. Beltrán de Heredia—. Gracias a ello se despertó una tendencia reformadora que, luchando con enormes dificultades, logró abrirse paso hasta conquistar totalmente el campo".

Junto a este aspecto de la obra del Beato Alvaro pongamos otro que tiene un valor singular en la historia de la piedad cristiana: en Escalaceli se construyó el primer *Vía crucis* de Europa.

La Edad Media, con las cruzadas, con la predicación de San Bernardo y de los mendicantes, centró la devoción del pueblo hacia los misterios de la vida y pasión de Cristo. Fray Alvaro, hombre de su siglo, era devotísimo de la pasión del Señor. Un cuadro que se halla en San Esteban de Salamanca nos lo presenta en pie, amorosamente abrazado a la cruz. Impulsado por ese fervor pasionario peregrinó a Tierra Santa. Al empezar la reforma comprendió que era necesario orientarla por un cauce de austeridad y ascetismo. Si eligió la sierra de Córdoba para fundar fué porque la topografía presentaba una gran semejanza con la de Jerusalén; él haría que se pareciese aún más. En lo alto de la ladera del lado este del convento, pasado el valle por el que se precipitan las aguas serranas, levantó una capilla que bautizó con el nombre de "Cueva de Getsemaní"; al valle lo llamó "Torrente Cedrón"; pero hay más: desde el convento—Jerusalén cordobesa—hasta un montecico situado al sur y que dista, como han podido apreciar los técnicos, tanto como el lugar de la crucifixión de la Ciudad Santa, edificó una serie de estaciones que terminaban en el "Calvario", donde puso tres cruces. Otras capillitas construyó en torno a Escalaceli, conmemorativas de lugares santos; pero interesa, sobre todo, destacar el *Vía crucis*. No han faltado quienes han querido derribarlo con la pica de un criticismo anodino, porque, dicen, no se encuentran en él elementos *formales* ni coincidencia con la estructura definitiva; fútil argucia, aún blandida por el P. Zedelgen, pues es clara verdad que el Beato Alvaro construyó el *Vía crucis* con un obvio fin de meditación y acompañamiento del itinerario doloroso del Señor. La vida religiosa, ejercitándose en ese camino ascético, adquiría así una tónica robusta y catártica. Fray Alvaro y sus religiosos meditaban los sufrimientos del Redentor por esa *Vía dolorosa* recordadora. Los biógrafos y el proceso del culto inmemorial del Beato relatan escenas impresionantes de esta plástica devoción pasionaria del fundador de Escalaceli. Fray Alvaro pasaba las noches en oración, amparado por el silencio de los olivos y el éxtasis de las estrellas, en la capilla de Getsemaní; a veces, cuando muy de madrugada acudía a rezar los maitines con la comunidad, los ángeles le ayudaban a subir la áspera pendiente o vadear la torrentera. Un testigo del proceso cuenta haber oído a su abuelo, amigo del Santo, que éste se disciplinaba junto a aquellas cruces levantadas a la vera del camino como pregón de eternidad y redención bajo las nubes altas, fugitivas, del cielo cordobés. En una ocasión, narra otro testigo, retornaba fray Alvaro de su tarea apostólica en la ciudad y, antes de llegar al convento, halló un mendigo moribundo; lo envolvió en su capa, lo echó a su hombro y cuando intentó descubrirlo en la portería, el mendigo ya no era un mendigo: era un Cristo en la cruz, el mismo, según una secular tradición, que se venera hoy en la iglesia del convento.

Sería pueril querer buscar en el *Vía crucis* del Beato Alvaro un *Vía crucis* exacto al hoy usual e indulgenciado. Pero la idea, la sustancia es la misma. El sentido realista del hombre meridional, sensibilizador de los temas espirituales, explica el porqué del gran éxito de esta reconstrucción pasionaria que hacía en cierta manera asequible para todos la "peregrinatio spiritualis" a Jerusalén en aquella época enardecida de sueños de cruzadas, cuando la peregrinación real era punto menos que imposible.

El haber en Escalaceli otras capillas que no se refieren a la *Vía calvarii*, no es una razón suficiente—como han querido algunos—para decir que no era un *Vía crucis* lo que San Alvaro hizo en Escalaceli, como si lo más excluyese lo menos, el todo a la parte...

Los demás *Vía crucis* conocidos en Europa son todos posteriores al de Escalaceli, como el del Monte Varallo, el de Romans-sur Isere, el de Fribourg, el de Lovaina, el de Adam Krafft en Nuremberg, etc. Además, si la primacía cronológica de los *Vía crucis* le corresponde a España, también es suya la primacía de intensidad; es decir, en ninguna parte arraigó tan profundamente como en España esa devoción. En cuanto a la estructura hay que confesar que ha sufrido una notable evolución y que la obra del holandés cristiano

Adricomio—fines del siglo XVI—sobre el modo de practicar esa devoción, y los *Ejercicios espirituales*, del P. A. Daza, O. F. M., que fué el que dió el número de las 14 estaciones (1625), han ejercido un influjo definitivo. La devocion del *Vía crucis*, nacida como flor natural en el ambiente medieval de fervor por la meditación y el rescate de los Santos Lugares, plasmada por el Beato Alvaro en Escalaceli en un atisbo certero y espontáneo, alcanzó su forma última con San Leonardo de Porto Maurizio, el santo que construyó en Italia nada menos que 572 *Vía crucis*, adoptando la forma española de las 14 estaciones. De España le venía también su fervor por este apostolado, como él declara: "Habiendo sabido, por religiosos españoles que me informaron, que en España se erigían los *Vía crucis* con gran provecho para las almas, se me encendió el espíritu de un ardiente deseo de procurar un tan gran bien para Italia".

Después de haber visto las dos dimensiones anteriores de Escalaceli, tan homogéneas y ensambladas, es fácil pasar al tercer eslabón: Escalaceli ha sido la fuente donde Andalucía ha bebido su honda devoción a la Pasión, a la "Semana Santa". No es una conclusión; es un corolario de lo que precede. Por Escalaceli llegamos inmediatamente a las más profundas raíces de ese fervor del pueblo andaluz por sus Cristos, sus Macarenas y sus "pasos". El Cristo del Beato Alvaro, las cruces de Escalaceli abrieron un abismal surco en el alma religiosa de Andalucía; en él han florecido, como máximo exponente, esas procesiones—consteladas de cera y suspiros—, esos Cristos sangrantes y esas Vírgenes sublimemente consternadas, que labraron gubias tan creyentes como las de Martínez Montañés, Juan de Mesa o Cristóbal de Mora. Escalaceli fué meta de peregrinaciones; el proceso canónico del culto del Beato Alvaro abunda en confesiones de este tipo. Los peregrinos se pasaban noches enteras velando delante del Cristo del Beato Alvaro y durante el día visitaban las capillas que evocaban los santos lugares y recorrían la *Vía crucis*.

Esta es la obra—y también la biografía—del Beato Alvaro de Córdoba. Allí, en aquel nido de águilas espirituales, murió en 1430. Escalaceli siguió largo tiempo la ruta trazada por el fundador. El Beato Alvaro ha seguido velando por su continuidad. En 1530 los religiosos lo abandonaron, trasladándose al monasterio de los santos mártires Acisclo y Victoria; intentaron llevarse los restos del fundador, pero sus reiteradas intentonas se vieron frustradas por prodigios celestes. Fray Luis de Granada recibe en 1534 el encargo de reconstruir material y espiritualmente el célebre convento. Y, con su celo y juventud, renovó los mejores tiempos de Escalaceli. A fines del siglo XVI se erigió la Cofradía del Beato Alvaro, inscribiéndose en pocos años más de 4.000 hermanos. La flor de la nobleza andaluza abrazó los estatutos; en 1655 medio centenar de caballeros cordobeses escriben al P. Provincial de Andalucía ofreciéndole su ayuda para restaurar el santuario, que, por las inclemencias de los temporales y por los años, se estaba desmoronando. En el siglo XVIII el conde de Cumbre Hermosa, Lorenzo María de la Concepción Ferrari, alto personaje de la corte, tomó el hábito y, electo prior, rehizo el convento y dejó cuantiosos bienes para convertirlo en un centro de misiones, decisión que el hagiógrafo cordobés Sánchez de Feria comentó como "idea propia del cielo". Por esa época, 1741, se logró dar remate al proceso de beatificación de fray Alvaro; Benedicto XIV, el gran maestro clásico de las causas de beatificación y canonización, había estudiado detenidamente el caso típico que presentaba el proceso; en su monumental obra sobre la materia se refiere repetidas veces a este proceso. La desamortización y exclaustración del siglo XIX amenazó una vez más de ruina a Escalaceli; pero el Beato Alvaro veló por su convento. Devotos cordobeses restauran la "Hermandad del Santísimo Cristo y del Beato Alvaro de Córdoba" y la reina Isabel II con toda la familia real fueron recibidos en ella; el P. Ferrari había logrado que Fernando VI adoptase a Escalaceli bajo el patronato real. En 1900 volvieron los dominicos. Las Cortes de Cádiz habían querido reformar la Iglesia española inspirándose en la obra del Beato Alvaro, a quien dedican elogios que más parecen sarcasmos que otra cosa. Porque mientras le encendían una vela, Escalaceli se estaba derrumbando. Aún hoy sobre el Monte Calvario tres cruces medio caídas recuerdan, en su anhelo de brazos extendidos, enclavados, abiertos sobre la ciudad lejana, su historia antigua. Pero pese a esta desgracia, que el hombre malo no ha permitido remediar, unos sencillos mojones de cal y canto rematados en cruz de hierro señalan el camino del primer

Vía Crucis de Europa y la gente vuelve a subir en romería y en peregrinación durante todo el año, especialmente en el tiempo penitente y nazareno de la Cuaresma. Un poco más allá, donde arranca la primera estación, está el convento rehecho, con su castillo al lado. Y casi medio centenar de novicios dominicos están curtiendo el cuerpo y el alma bajo el patronato del santo fundador. Para el peregrino, lo mismo que para los novicios, los versos de la puerta son un memorial inolvidable:

Alcázar de la fe, sagrado asilo...
la cristiana piedad goza en tu historia,
que escala te apellida de la gloria.

Todo en Escalaceli, el convento que yergue su hermosura en el mar grisáceo de la sierra como un blanco navío, invita a enfilar el alma proa a Dios.

ALVARO HUERGA, O. P.

BIBLIOGRAFIA

MARIETA, J., *Vida del Bto. Alvaro de Córdoba* (Madrid 1601).
SOTILLO DE MESA, L., *Breve compendio de la vida... del siervo de Dios Fr. Alvaro de Córdoba...* (Córdoba 1620).
CASTAÑO, R., *San Alvaro de Córdoba y su convento de Escaladei* (Vergara 1906).
GETINO, L. A., *Dominicos españoles confesores de reyes* (Madrid 1917).
GUTIÉRREZ, M., *Fundaciones monásticas en la Sierra de Córdoba* (Córdoba 1909).
Artículo en "Dict. d'Hist. Géogr. Eccl.", II col.880s.
MORTIER, A., *Histoire des maîtres généraux...*, III p.210s.

20 de febrero

BEATO BENILDO

(† 1862)

Los mismos testigos del proceso de la beatificación del hombre de Dios se acordaban bien de aquel 29 de septiembre de 1841. Las calles del pueblo estaban llenas de música y el cortejo se acrecía en cada esquina con una tropa ingenua de chiquillos.

El alcalde y los concejales acompañaron a los nuevos maestros, precedidos todos de los alegres tambores de la fiesta.

Los corros en las puertas de las casas seguían con el comentario y los ojos a los tres religiosos. Se cubrían con un amplio sombrero de alas levantadas a modo de tricornio, y se envolvían en un manteo de extrañas mangas perdidas que abrochaban bajo una golilla lisa y blanca caída en dos tablas iguales sobre el pecho. El más pequeño de los tres, apenas metro y medio de talla, es el director. La primera impresión superficial no es muy optimista en las bocas de los campesinos recelosos: "Nos envían lo que les sobra".

Y, sin embargo, veinte años más tarde, de nuevo, todo el pueblo se echaría a la calle; pero esta vez para acompañar el entierro de aquel hombre pequeño, a quien ya todos llaman santo.

El escenario es Saugues, una pequeña ciudad del macizo central francés; tierras pobres, pastizales, ralas arboledas, en una meseta alta y fría. Capital de aldeas, centra la vida de una comarca, en la que el relativo aislamiento amasa el carácter de los hombres, para hacerlos meditativos, serios, apegados a su fe como a su tierra, buenos cristianos o pecadores que saben que lo son. Las veladas de los largos inviernos, que duran de seis a ocho meses, son fácilmente ocasión de atender, sin discurso, a la verdad de la propia vida, los ojos fijos en el fuego del hogar, que las manos inconscientes atizan.

Aquí nació el renombre de santidad del sencillo maestro del pueblo; desde aquí se extendió hasta recibir de la Iglesia el reconocimiento de valor de ejemplaridad, modelo de cristianos y camino hacia la bienaventuranza.

Y, sin embargo, cincuenta y siete años oscuros, gastados en paz en un medio ambiente reducido y monótono —el hogar paterno, el noviciado, la escuela—pudieran parecer caudal harto menguado para alimentar en una vida la aureola pública de la santidad. Pero, una vez más, en la Iglesia los humildes son exaltados en la palabra de Cristo, y a todos se ofrece camino a propósito.

El Beato Benildo recibió en el bautismo el nombre de Pedro; hijo de Juan Romançon, vivió sus quince primeros años en el hogar campesino de sus padres, en Thuret, pueblo laborioso, pacífico, siempre renovado a la sombra

de la robusta torre hexagonal de la parroquia, que antes fué abadía benedictina y presidió el nacimiento de la villa.

...Y Dios señala a quien quiere. A los diez años, Pedro Romançon juntaba a sus compañeros y repetía con ellos el catecismo que el domingo habían aprendido en la parroquia. Algunos años después, en 1818, de la mano de su madre recorre las calles de la capital de la provincia, Clermont Ferrant, y entre las tantas cosas recién estrenadas que se atropellan en sus ojos, la silueta de dos religiosos se abre paso hasta su boca. La piadosa madre satisface su curiosidad. Son los Hermanos de las Escuelas Cristianas; son unos hombres que dedican toda su vida a enseñar a los niños, sobre todo a los pobres, y, sobre todo, las cosas necesarias para servir a Dios y poseerle. Todo un presentimiento oscuro se hace luz en el alma del adolescente.

Sus padres no se oponen a sus deseos, pero tratan de asentar su elección en bases sólidas. Cerca de Thuret hay una escuela de los Hermanos. Pedro es enviado allí algún tiempo, como interno.

Su decisión se afirma, pero las puertas del noviciado de Clermont no se abren. Su talla exigua puede comprometer mañana la autoridad del profesor en el mundillo atolondrado de la escuela. Pero la negativa no es rotunda; los superiores saben que la extraña tenacidad persuasiva que brilla en sus pupilas y la firme dulzura de los rasgos de la boca y de las palabras del muchacho pueden suplir otras deficiencias. Y así fué: de esa luz persuasiva de los ojos y de la cálida expresión de sus palabras sus alumnos se acordarán siempre.

Un año, pues, de espera, y Pedro Romançon se convierte en el hermano Benildo, y se incorpora al joven Instituto de San Juan Bautista de La Salle.

Y desde ahora el apostolado de la escuela va a llenar su vida y sus aspiraciones. Lo que tantos teóricos han proclamado, él lo va a realizar en los modestos límites a que le constriñen las limitaciones humanas. Pero con una plenitud, con una densidad perfectas. Y en esto consistió su santidad según el testimonio del Sumo Pontífice Pío XI: "Hizo las cosas comunes de manera no común".

Aurillac, Riom, Limoges, Billon, Saugues: otros tantos establecimientos docentes primarios que son jalones de la carrera laboriosa y fecunda del siervo de Dios. Maestro

de las clases pequeñas, responsable más tarde de una sección de barriada de Limoges, director, finalmente, de un modesto grupo escolar en Billom y Saugues.

Pero fué en Saugues donde a través de veinte años tuvo tiempo de hacerse patente a los hombres el heroísmo de su vida.

Los cuatro hermanos de su pequeña comunidad, la escuela, y las relaciones sociales oportunas inherentes a su cargo y exigidas por su caridad van a ser sus preocupaciones para el resto de su vida. Pero este círculo reducido que rodea sus horas, está ceñido a su vez por una presencia ineludible y amada, que da sentido a todo, que avalora todo, que engendra en él la conciencia de la majestad de la misión que se ofrece a su pequeñez. Aparentemente sencilla, esta visión trascendente de la vida, vivida en Dios, es suficiente, porque es inagotable, para alimentar la tensión necesaria, que mantiene al hombre en vela de cara al advenimiento de la eternidad... El hermano Benildo tenía conciencia de esto cuando refería su vocación a la gloria de un emperador, entonces, cuando en Francia se soñaba de nuevo en hacer eternas las efímeras gestas de principio de siglo.

Y fué fiel a su vocación de vivir íntegramente la voluntad de Dios hasta en el remendar sus ropas o acechar el momento, el momento oportuno de insinuar, con la corrección, el amor al deber en la almilla turbulenta de cualquier diablejo pelirrojo, que, como aquel Senas de Sauges, se divierte en parar el reloj para que dure más el recreo.

Y apenas hay nada más en esta hermosa vida; nada más y nada menos. Y la amable sencillez y la cordialidad hecha caridad cristiana, la severidad mantenida en los límites precisos frente a un temperamento vivo y pronto, la abnegación saboreada, esculpida en el propio ser frente al modelo le la divina parábola del grano de trigo, todo se amasa con el polvo menudo de la monotonía. Y éste es el milagro de su vida: no se embotan los filos de esta alma, no se amortece su brillo ni se aflojan sus nervios. El pueblo sencillo, buen catador de esencias, dió su testimonio.

Es notorio que las madres se inclinaban al oído de sus hijos cuando pasaba el hermano Benildo y decían: "Mira, mira, los hermanos; el más pequeño—y lo señalaban con el dedo—es el santo". La sorpresa frívola y desilusionada

de la primera vez se había trocado en otra sorpresa sobrecogida y respetuosa.

Parece que no hizo milagros en su vida: empero una madre contaba en los procesos de beatificación que él la había mandado lavar a su hijo enfermo, simplemente con agua del río y que las costras caían apenas este agua de obediencia bendecía la piel del enfermito. El locutorio de la escuela era testigo de toda una filigrana de prudencia con la que el buen director mantenía a raya el fervor rudo y untuoso de sus visitantes. Las oraciones de comunidad, recuerdan los hermanos que con él vivieron, iban casi siempre aguijoneadas por intenciones encomendadas al siervo de Dios. "No somos nadie, pero no podemos desilusionar a esta buena gente. Recemos por ellos". Este era el comentario que precedía a sus plegarias y al júbilo de los que por su intercesión veían desvanecerse sus inquietudes y sus dolores.

Los hermanos de las Escuelas Cristianas que vivieron con él van sembrando de admiración creciente su camino. En el noviciado nadie hubiera predicho para el pequeño novicio la gloria de los altares. Era ejemplar, como tantos otros novicios, pero nada más exteriormente. El registro del noviciado de Clermont no añade nada a los escuetos datos biográficos de inscripción y salida. Sigue un período oscuro de veinte años en los que, siempre religioso ejemplar, cumple su deber como muchos y sigue su habla interior con la Trinidad, a la que consagró su vida. Su vida interior se trasluce apenas. No habla de sí el que siempre estaba ocupado en hablar con Dios. No escribió sus experiencias sobrenaturales. Su bella caligrafía se nos conserva sólo en algunas cartas administrativas o familiares. Vivió el espíritu de fe de su Instituto y cumplió sus reglas amorosamente. Esto atestiguan los que con él vivieron y su testimonio va ungido de la admiración de quien conoce en su propio pulso la asfixia con que la monotonía de una misión fecunda, sólo a condición de su continuidad, pretende ahogar los mejores arranques que florecen siempre en la vida de los hombres.

En los procesos de su beatificación atestiguaron muchos de sus antiguos alumnos, hombres maduros a la sazón, en la plenitud del vigor y con los recuerdos cernidos y aquilatados.

En realidad, en el plano humano ellos fueron los que

ciñeron a su maestro la corona más limpia de las famas humanas.

Mozos campesinos desde el primer momento acudieron a sus clases nocturnas; rapazuelos que durante tres o cuatro años pusieron a prueba su paciencia y gozaron de su cariño. Luego, unos afincados en la misma tierra, otros aventados por los años, sacerdotes, hermanos como él, militares, médicos... volvieron a dar testimonio de admiración y gratitud. Tuvieron otros maestros, casi todos hombres rectos y buenos, pero sólo él alcanzó la fama de santo.

Le llamaban el hombre del Rosario; se acordaban de que algunos de ellos iban por las tardes, salidos ya de clase, a la iglesia para ver a su maestro; aún les bailaban en los labios los aires sencillos que el hermano les enseñaba para que los cantasen en las eras cuando la escuela cerraba las puertas y las faenas agrícolas les llamaban al campo.

La escuela fué en sus manos un instrumento insuperable para mantener la fe de Saugues. El joven coadjutor de la parroquia, que vivió junto a él durante algunos años, lo sabía bien. Y más de doscientas vocaciones para los seminarios y noviciados hablan más elocuentemente que todos los panegíricos.

Su escuela fué su apostolado y conscientemente supo realizar la difícil transposición de unas cosas tan chicas y tan sencillas al plano sobrenatural, él que se adelantaba al saludo quitándose el amplio sombrero cuando se cruzaba en las callejas con los chicos, más ocupados en jugar que en acordarse de las composturas corteses. Algún hermano que le acompañaba protestó débilmente de esta deferencia excesiva... "Hermano—era la respuesta—, ¿es que sus ángeles de guarda no nos merecen este respeto?"

Algunos se acuerdan también del inevitable ferulazo —la férula específica de los maestros de siglos y siglos de generaciones—, pero el recuerdo agrio va indefectiblemente unido a otros recuerdos: el sosegado signo de la cruz que el santo hombre trazaba sobre sí antes de crucificar levemente la carne de sus discípulos. Al niño le impresionaba el gesto, pero se le escapaba ciertamente el significado. No le es fácil al maestro ponerse siempre en guardia contra su propia afectividad también alborotada. Lo entenderá quien tuviere experiencia de chicos.

El Beato Benildo se ingeniaba en este arte difícil. Su llavero era su mejor cilicio; cuando algún rapazuelo se propasaba—y ocurría, y ocurrió también la excepción del zueco agresivo disparado por una manecilla irascible—se encontraba con el llavero del director entre sus manos, con la orden de devolvérselo a la salida. Tiempo ganado contra posibles traiciones de su genio vivo. Cuando el alumno alargaba la mano, baja la cabeza, con el famoso llavero, era ya tiempo para los dos, maestro y discípulo, de satisfacer sin pasión a las irreemplazables oportunidades de la educación y a las exigencias de la disciplina.

La atención a la marcha general de la escuela nunca fué excusa para que el hermano Benildo se apartase del contacto directo con las clases. Las intrigas pueblerinas, inevitables en una organización dependiente del mismo municipio, acreditaron su serenidad de juicio, y su equilibrio sabía contrarrestar las injerencias a veces opuestas de ediles y párrocos. Pero su gestión administrativa no pudo anular el instinto sobrenatural de catequista y maestro, que era en él el motor de su vida.

Todos los días pasaba por las clases. Ayudaba a los mestros novicios, corregía con su propia letra los renglones titubeantes de los más pequeños; estimulaba el esfuerzo con cuidadosos y constantes sistemas de emulación, poniendo íntegra, a disposición de sus aldeanos, la acreditada tradición de su Instituto. De sus explicaciones de religión, nos han quedalo testimonios fervorosos. El mismo se ocupaba cada año de preparar los niños que habían de hacer la primera comunión, haciéndose niño con los niños para presentarlos a Cristo.

Y esto hasta el fin, hasta su última visita a las clases, ya enfermo, días antes de morir: "Hijitos, sé que rezáis por mí; pero ya no me curaré; el Señor me llama. En el cielo rogaré por vosotros". Algunos de aquellos muchachos se acordaban de los sollozos que estallaron en las clases. Y no son frecuentes estas expresiones de emoción en las escuelas.

En estas llamas mansas y continuas se gastó su vida. En el alba del 13 de agosto de 1862 las campanas de Saugues avisaban a la parroquia: se iba a administrar la extremaunción a un enfermo. Todos sabían de quién se trataba; las calles se animaron en aquella hora fría y desusada y los aldeanos acompañaron al sacerdote a la humilde escuela, y al humilde lecho del enfermo, los que pudieron entrar. El sacerdote accede a la súplica de los que le acompañan y pide la bendición del hermano Benildo para todos los presentes y para el pueblo entero. La leve resistencia se esfumó en la última sonrisa, y la misma mano que tantas veces se había levantado sobre ellos para enseñar, para corregir, para estimular, ahora se levanta para bendecir, con la misma sencillez de toda la vida. Aquella misma mañana el hermano Benildo descansaba en la paz.

No fué a Dios con gestos magníficos, ni con rudas penitencias. Hizo su camino por el camino de todos. Osciló como todos los hombres entre el dolor y la tristeza, entre la paz y el riesgo, entre el temor y la esperanza. En los últimos días nos dejó un documento a nuestra medida de la bíblica milicia que fué su existencia. Un viejo sacerdote le visita: "Habéis llevado una vida de santo, es cierto, pero los juicios de Dios son inescrutables". Cuando sale el inoportuno visitante, el enfermo llama a sus hermanos con la angustia en los ojos: "Leedme unas páginas sobre la misericordia de Dios".

Aceptó suavemente, sencillamente esta condición de la vida temporal hasta que la última campanada del tiempo fijó en Dios el péndulo de su conciencia.

HERMANO JULIÁN, F. S. C.

BIBLIOGRAFIA

RIGAULT, *Un instituteur sur les autels, le Bienheureux Bénilde* (París 1950).
Le Vénéré Frère Bénilde (Toulouse).
GOFFREDO, FR., *El Hermano Benildo de las Escuelas Cristianas, apóstol de las vocaciones sacerdotales y religiosas* (Como).
El Hermano Benildo de las Escuelas Cristianas (Madrid).

21 de febrero

BEATO ROBERTO SOUTHWELL Y COMPAÑEROS MARTIRES

(† 1695)

En el día de hoy conmemora la Iglesia, en primer lugar, a uno de los más insignes mártires de la Edad Moderna en Inglaterra, el P. Roberto Southwell, de la Compañía de Jesús; y juntamente a otros veinte que, en diferentes ocasiones, dieron su sangre por Cristo durante la terrible persecución que siguió al establecimiento del anglicanismo en la Gran Bretaña. A estos últimos se los designa como *compañeros,* no porque hubieran sufrido el martirio *juntamente* con el P. Southwell, sino porque se *asociaron* a él, derramando su sangre por la fe cristiana en diversos tiempos desde 1594 a 1679. Aparte estos veintiún mártires, conmemora la Iglesia el primero de diciembre otros cinco de la Compañía de Jesús, a cuya cabeza se halla el Beato Edmundo Campion, y el 20 de marzo otro, particularmente insigne, el escocés P. Ogilvie.

El P. Roberto Southwell tiene una doble significación en la fiesta de hoy. La primera es la propia e individual, por su particular significación y méritos personales en la Iglesia de Inglaterra. Como tal, indudablemente destaca entre los otros mártires ingleses conmemorados en este día. Pero, además, diríamos que tiene la significación de ejemplo o de símbolo. Se conmemora, pues, de un modo especial su actividad apostólica durante aquella terrible persecución, las horribles torturas que tuvo que sobrellevar y el glorioso martirio que sufrió, indicando al mismo tiempo que algo semejante se pudiera decir de cada uno de los otros mártires conmemorados. Se presenta este martirio en particular como una especie de muestra de los que sufrieron todos los demás.

Procedente el P. Roberto Southwell de una noble y rica familia católica, nació en Norfolk en 1561. Preocupados sus padres por su educación católica, lo enviaron a Douai, donde fué discípulo del célebre teólogo jesuí-

ta P. Leonardo Lessio. Luego continuó su estudio en París y, contando sólo diecisiete años, pidió su admisión en la Compañía de Jesús, gracia que por el momento no consiguió, dando con ello ocasión al primer escrito que de él poseemos, donde se explaya en ansias amorosas hacia Dios y manifiesta la estima que tiene de la vocación. Sin embargo, el mismo año 1578 fué admitido en la Orden e ingresó en el noviciado de Roma. Cursados luego allí brillantemente los estudios, fué ordenado sacerdote en 1584, y dos años después partía para su ansiada misión de Inglaterra.

Ya en esta primera etapa de su vida religiosa aparecen sus extraordinarias cualidades de escritor, como puede verse en las cartas y otros escritos que de él se han conservado. En ellos se descubre, ante todo, el intenso amor de Dios en que se abrasaba y el tierno amor que profesaba a su vocación. "¡Cuán grande es, escribe, la perfección que se exige de un jesuíta; pues debe estar dispuesto en cualquier momento a partir para cualquier parte del mundo y a cualquiera clase de gente, sean herejes, turcos, paganos o bárbaros!"

En esta actitud, en efecto, se encontraba él, como lo demostró en su entrada en Inglaterra. Pero entonces dió igualmente las más claras pruebas de las ansias de martirio que lo consumían. Conocía perfectamente la situación en que se encontraban los hijos de la Compañía de Jesús que trabajaban en Inglaterra, y los gravísimos peligros a que estaban expuestos en cada momento. Tuvo noticia del martirio de Edmundo Campion, el protomártir jesuíta de Inglaterra, y con este motivo compuso una de sus más inspiradas composiciones, en que aparecen juntamente sus condiciones de poeta y cómo se daba perfecta cuenta de que podía sucederle a él lo mismo que a Campion.

En estas disposiciones entró el P. Southwell en Inglaterra, donde durante seis años desarrolló una intensa actividad apostólica. Después de un corto período de trabajo, en el que se veía obligado constantemente a disfrazarse de las más variadas maneras, a cambiar de habitación y a correr siempre en busca de las almas, quedó algún tiempo como capellán de la condesa Ana de Arundel, tan benemérita de la causa católica, y cuyo esposo murió poco después mártir y es venerado como Beato. Sin embargo, como se sabía que ya los espías habían dado aviso

de la entrada del P. Southwell en Inglaterra, se mantuvo durante dos años enteramente oculto. Ni los criados de la casa tenían noticia de él, para lo cual se veía obligado a comer de las sobras de la mesa. Al amparo de las sombras de la noche, salía para ejercer su apostolado.

Pasados estos dos años, y suponiendo que el peligro era menor, intensificó su trabajo entre los católicos, que tan faltos se hallaban de aliento espiritual en medio de tantos peligros. Para ello, se sirvió de la pluma, componiendo en este tiempo algunos escritos y aun poesías, que le han dado fama de buen escritor y exquisito poeta lírico. Todo esto se imprimía en una imprenta clandestina, instalada en la misma casa de la condesa de Arundel y contribuyó eficazmente a levantar los ánimos de los católicos. Escribió asimismo una carta al esposo de la condesa, preso en la Torre de Londres. Son preciosos los pensamientos sobre el martirio como el mejor medio de probar a Dios nuestro amor y nuestra fe.

De particular importancia fueron otros dos escritos publicados por el P. Southwell en este tiempo. El primero es una carta, en la que trataba de instruir debidamente y proporcionar armas para la defensa de su fe a los sacerdotes y a los dirigentes seglares. El segundo era otra carta dirigida a su propio padre, que se había enfriado en la fe católica, donde con verdadera ternura de hijo, trata de inducirlo a volver al verdadero sendero de Dios. Pero el escrito más interesante es la célebre y conmovedora *súplica* redactada en 1591. Va dirigida a la reina Isabel, y en ella procura convencerla de que debe cesar aquella persecución, fundada en la falsa creencia de que los católicos eran traidores a su persona. Un buen número de poesías, como las *Lágrimas de Magdalena*, sirvieron maravillosamente para consolar v alentar a los católicos.

Con todo esto, no es de sorprender que, a pesar del cuidado con que se procedía, el nombre del P. Southwell fuera universalmente conocido, incluso entre los anglicanos, que ansiaban hacerlo desaparecer. La traición de la hija de Ana, de la familia Bellamy, a donde había ido a ejercer sus ministerios sacerdotales, lo puso finalmente en manos del verdugo Topcliffe. Era el 5 de junio de 1592. Con satisfacción y jactancia pudo escribir éste a la reina: "Nunca se ha logrado apresar una persona tan importante". Allí, pues, con las anuencia del omnipotente valido de la reina, lord Cecil, lo sometió a las más horribles torturas que pudo inventar su espíritu sanguinario y su concentrado odio a los católicos y, sobre todo, a los jesuítas. Hasta diez veces, según testificó más tarde la misma víctima, lo sometió a un horrible tormento inventado por él, en el cual se suspendía a la víctima de una pared atándole las muñecas con unas argollas y quedando suspendido con el consiguiente descoyuntamiento de miembros, y en esta forma se le dejaba seis, siete y más horas, hasta que llegaba a desvanecerse.

En medio de tan duras torturas, que se repitieron durante varios meses, mantuvo el P. Roberto Southwell aquella firme constancia que llegó a admirar al mismo lord Cecil, quien presenció alguna vez tan inaudito tormento. Por esto llegó éste a escribir que ya no sería solamente la Roma antigua la que podía gloriarse con la constancia y heroísmo de sus mártires, sino que también la época moderna e Inglaterra mismo poseía aquel jesuíta, que, sometido hasta trece veces a aquella tortura, no había titubeado en la fe.

Ante el evidente fracaso de este intento de doblegar la firmeza del P. Southwell, fué éste conducido a la cárcel de Gatehouse, donde pasó dos meses en medio de tanta suciedad y miseria, que llegó a ser presa de los más repugnantes parásitos. Poco después fué trasladado a la tristemente célebre Torre de Londres, donde pasó otros tres meses en la más absoluta soledad. Esta fué aprovechada por él para la composición de algunas de las más preciosas poesías y otras obras que salieron de su pluma. En ellas palpita el más ferviente amor a Dios, por el que está dispuesto a ofrecer su propia vida; presenta de la manera más viva la belleza de la renuncia a todos los placeres del mundo, la eterna paradoja cristiana de no tener nada y poseerlo todo. Es preciosa la versión que compuso en verso inglés del himno de Santo Tomás *Lauda Sion Salvatorem*. Sus obras poéticas colocan al P. Southwell entre los mejores poetas líricos de su tiempo.

Pero entretanto llegó el final de aquella sangrienta tragedia. El mismo P. Southwell escribió a lord Cecil suplicándole que se juzgase su causa o se le pusiera en libertad. La respuesta fué trasladarlo al penal de Newgate entre la hez de los criminales, de donde lo sacaron el 20 de febrero de 1595 para llevarlo ante el tribunal. Y es

digno de notarse, que era tal el renombre que había alcanzado el P. Southwell, que, a pesar de las medidas tomadas para realizarlo todo sin publicidad, y no obstante haber hecho circular la noticia de que se iba a ajusticiar a un vulgar criminal en el Tyburn, de hecho fué tan grande la aglomeración de público, que sólo a duras penas pudieron avanzar los esbirros que conducían al reo.

El tribunal y todo el juicio que se entabló contra el P. Southwell fueron sumamente característicos de esta clase de juicios contra los sacerdotes católicos, en los que aparece con toda evidencia, cómo éstos morían efectivamente por su fe católica y por su obediencia al Papa. El presidente Popham ponderó las sublevaciones, conjuraciones, rebeldías y guerras que habían tenido lugar, principalmente por la actitud rebelde de los católicos y sobre todo, por el influjo de los jesuítas; y luego presentó al jesuíta Roberto Southwell como reo de todos esos delitos. Y concretando más todavía, lo acusó de haberse hecho sacerdote católico y jesuíta fuera de Inglaterra, de haber regresado como tal a la patria, y de haber contravenido con todo eso las leyes del reino, lo que equivalía a una rebelión contra la reina.

A tan solemnes inculpaciones respondió el padre que admitía que era sacerdote católico y jesuíta y que daba gracias a Dios por ello. Asimismo, que había entrado en Inglaterra, aun conociendo las leyes contrarias. Pero, que invocaba a Dios por testigo, de que no le había movido ningún intento de rebeldía contra la reina, sino únicamente el deseo de obedecer a Dios y hacer bien a las almas.

Estas declaraciones excitaron hasta lo sumo el apasionamiento del tribunal, que se manifestó en una serie de nuevas y apremiantes preguntas, a las que respondía el reo con la mayor serenidad. Finalmente, vinieron a parar al punto más candente, de que, por el mero hecho de obedecer al Papa antes que a la reina, se manifestaba reo de lesa majestad. Entonces el fiscal Coake tuvo una disertación, en la que trató de probar que la reina Isabel no tenía en la tierra ningún superior, ni en lo humano ni en lo divino, y por consiguiente, obedeciendo él al Papa, se rebelaba contra su legítima soberana, y, para probar su afirmación, aducía el texto "dad al César lo que es del César". Siguiéronse violentos altercados, pues no permitían al P. Southwell que tomara la palabra por temor de que

se soliviantaran en su favor los espectadores. Al fin, pudo el reo responder con toda solemnidad: "Ni yo ni ningún católico negamos a la reina lo que se debe a un príncipe temporal. Pero damos al Papa, como representante de Dios, lo que es de Dios. Por esto el texto entero dice: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". ¿En dónde consta que Cristo haya dado su representación en lo espiritual y el poder de las llaves del cielo a otro que no sea Pedro y en él a sus sucesores?"

Con todo esto llegó al punto culminante el apasionamiento de los jueces. Trataron todavía de confundirlo con otro género de acusaciones y falacias, sobre todo por medio de la supuesta inmoralidad de la restricción mental. Respondió él de nuevo con tanto ingenio, que los dejó a todos sin palabra, por lo cual, ciegos por la pasión y por la ira, le impusieron violentamente silencio y dictaron con toda solemnidad la sentencia de muerte, por ser sacerdote católico, por haber predicado la doctrina católica en Inglaterra y por anteponer la autoridad del Papa a la de la reina, con todo lo cual se había declarado en rebelión contra las leyes del Estado y hecho reo de lesa majestad.

Lejos de inmutarse el P. Southwell al escuchar sentencia de muerte, dió las gracias al carcelero diciéndole que le había dado la mejor noticia del mundo. Al llegar al lugar de la ejecución, contempló por unos momentos la horca en ademán de satisfacción; subió luego al carro, que estaba debajo de la horca, y dirigiéndose al público, dió testimonio solemne de su fe católica, de su condición de sacerdote y jesuíta, de su respeto a la reina, y de su disposición de sufrir mil muertes por cualquier punto de la doctrina católica. Luego separóse rápidamente el carro, y el nuevo mártir quedó suspenso en el aire y entregó, momentos después, su alma a Dios. Su cadáver, descuartizado, según la costumbre inglesa, fué levantado sobre un palo, donde estuvo expuesto algunos días.

Entretanto, el P. Garnet escribía al reverendo P. Aquaviva, general de los jesuítas: "Puedo presentarle una preciosa flor de vuestro jardín, un exquisito fruto de vuestra planta, una piedra preciosa de vuestro tesoro..., un valiente mártir de Cristo. Roberto Southwell, en un tiempo mi querido hermano, es ahora mi patrono y mi modelo". En realidad, decimos nosotros, Roberto Southwell dió su vida por Cristo y por su fe. Las mismas declaraciones del

tribunal que lo condenó pusieron bien en claro que éste era el verdadero motivo de su muerte. Fué, pues, verdadero mártir.

Los otros veinte mártires ingleses de la Compañía de Jesús, conmemorados en este día, son los siguientes:

P. *Juan Cornelio,* de origen irlandés († 1594).
P. *Enrique Walpole,* muerto en York († 1595).
P. *Francisco Page,* martirizado en Tyburn († 1602).
H. *Nicolás Oven,* martirizado en la Torre de Londres († 1606).
P. *Eduardo Alcorne,* muerto en Worcester († 1606).
H. *Rodolfo Ashley,* muerto en Worcester († 1606).
P. *Tomás Garnet,* martirizado en Tyburn († 1608).
P. *Edmundo Arrowsmith,* muerto en Lancaster († 1628).
P. *Tomás Holland,* martirizado en Tyburn († 1642).
P. *Rodolfo Corby,* martirizado en Tyburn († 1645).
P. *Enrique Morse,* martirizado en Tyburn († 1645).
P. *Pedro Wright,* muerto en Tyburn († 1651).
P. *Felipe Evans,* martirizado en Cardif († 1678).
P. *David Lewis,* muerto en Usk († 1678).
PP. *Guillermo Ireland, Tomás Witbreat* (provincial) *Guillermo Hancourt, Juan Fenwick, Juan Gavan, Antonio Turner,* en Tyburn († 1679).

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

JANELLE, *Robert Southwell, the Writter* (1935). Obra fundamental.
THURSTON, H., artículos en *The Month,* febrero, marzo 1895; septiembre 1905, etc.; en "The Cath. Encycl." XIV p.164s.
CHILD, *Cambridge History of English Literature,* vol. 4.
HOOD, *The book of Robert Southwell* (1926).
BALD, *Humble Supplication to Her Majesty* (1953). Cf. "Anal. Boll.", 72 (1954) p.301s.

22 de febrero

SANTA MARGARITA DE CORTONA

(† 1297)

El pie descalzo de Francisco de Asís dejó una huella perenne de su paso en 1221 por las plazas de la indómita república cortonense: un convento de frailes menores y una siembra del ideal evangélico que germinará ubérrima, medio siglo después.

La penitente de Toscana no se asomó a la vida en Cortona. Fué en un pueblecito umbro, Laviano, situado en el valle del Chiana, cerca del lago Trasimeno. Aquí en el calor de una familia labradora, rica en piedad, sonrió por primera vez la hija de Tancredo Bartolomé en el año 1247.

Inocencio IV empuñaba enérgico el timón de la barca de Pedro, resistiendo firme los embates de Federico II, el emperador déspota que trata de imponer su "supremacía" sobre la invicta cátedra papal. Monarca, por otra parte, dotado de brillantísimas cualidades políticas, llamado por algunos "el transformador de su siglo" y que—de haber perdurado—hubiera resultado la más dolorosa sorpresa para el difunto Inocencio III. ¡Quién habría de decirle que aquel joven emperador, entonces obsequioso, protegido y exaltado por él, sería pronto el escándalo de cristianos y el azote de la Iglesia de Dios, contra el cual un sucesor suyo, de su mismo nombre, tendría que reunir todo un concilio ecuménico en Lyon!

La primera infancia de Margarita es clara y risueña. La madre, excelente, acierta a inyectarle una sencilla y sólida devoción. "Señor Jesús—repetía la pequeña esta oración aprendida de su madre—, te ruego por la salvación de todos aquellos por quienes quieres que se ruegue."

Prematuramente se quiebra este discurrir sereno y luminoso; antes de cumplir los siete años, con ojos atemorizados, contempla el ataúd de su madre. En adelante, tendrá que vivir de las reservas depositadas por aquella mujer inolvidable; y aunque, durante cierto tiempo, aquel tesoro parezca enterrado ya para siempre, el recuerdo de los ejem-

plos maternos no dejará sosegar a Margarita en la abyección, siendo, después, el germen pujante de resurrección a la gracia.

Dos años más tarde, una segunda mujer gobierna despóticamente el débil temperamento de Tancredo. La madrastra, envidiosa, se complace en postergar a la niña. Margarita crece triste, desconfiada, buscando ávida fuera del hogar la felicidad que éste le negaba. A los quince años causa impresión en quienes la contemplan, parece una princesa... Elegante, grácil y flexible, con suaves y soñadoras facciones. Le es precisa, más que nunca, la sombra tutelar materna; pero ella está sola y deseando sacudir el pesado yugo doméstico.

Un día, cuenta ya diecisiete, se le acerca un caballero de Montepulciano, Guillermo de Pécora, marqués del Monte, con señorío sobre Valiano y Palazzi. Margarita escucha sus palabras de amor y la invitación a segurile para vivir en sus castillos. Una débil resistencia (es la deshonra lo que se le ofrece) que es vencida con espléndidos regalos y la promesa, ¡ay!, falaz, de matrimonio.

El marqués dispone todo para que la huída permanezca secreta. En el sigilo nocturno rema ansiosamente para, juntos, atravesar el ensanchado cauce del Chiana. Un choque, la barca vuelca. Guillermo a nado consigue salvar a Margarita que, aterida y empapada, piensa si este primer accidente no será un aviso de lo alto. Pero seguirá esquivando, obstinadamente, la luz durante ocho años.

En Montepulciano la rodea el lujo, los halagos de una servidumbre obsequiosa y la lisonja de otros acaricia sus oídos; sin embargo, no es feliz, añora el hogar paterno en donde, si no venturosa, al menos tenía honor. Fluctúa entre la veleidad de romper con el pecado y la debilidad con su pasión; nada logra aquietar esta inquietud, ni la mirada inocente del hijo habido en esta unión ilegítima. "En Montepulciano—dirá más tarde—perdí la honra, la dignidad, la paz; todo, menos la fe." ¡Quién adivinaría esa violenta batalla cuando la veían atravesar las plazas a caballo, espléndida por su gracia, el cabello flotante, amplios vestidos de seda y escarcela de raso a la cintura!

Para acallar, en alguna manera, los gritos de la conciencia, reparte limosnas a manos llenas. Cuando los pobres quieren expresarle su agradecimiento: "No digáis eso—les opone—. Una pecadora como yo no merece esas señales de

respeto". Es su temperamento rectilíneo que, lejos de alardear su caída, la deplora como cobardía. Por eso muchas veces huye a la soledad para llorar. "¡Qué bien se puede orar aquí! ¡Qué bien se pueden cantar las alabanzas del Creador! ¡Qué bien se puede hacer penitencia!"

Cosa extraña. Llegó ella misma a predecir su conversión. "No hagáis caso de estas cosas—decía a las amigas envidiosas de su elegancia—, día vendrá en que peregrinaréis para visitar mi sepulcro".

La conversión profetizada llegó inesperadamente. Residían temporalmente en Palazzi. Una mañana el marqués va a visitar las posesiones acompañado de su inseparable lebrel. En el bosque de Petrignano unos hombres armados le cosen a puñaladas y esconden su cuerpo ensangrentado bajo unas ramas. Al segundo día, Margarita advierte la vuelta del perro, que no salta regocijado como otras veces cuando auguraba la inminente llegada de Guillermo. Hoy emite aullidos lastimeros y tira insistente de la falda de su ama como diciendo: "Sígueme". Ella le sigue, apretado el corazón con dolorosos presentimientos. En el bosque, debajo de un roble, frente al cual se detiene el can, hay amañado un montón de ramas. Margarita las separa y, en estado de putrefacción, con horrorosas heridas, reconoce el cadáver.

Como relámpago, siente la sacudida de la gracia. Primero dolor, avivado por el remordimiento; en seguida, la confianza en la misericordia divina. Enérgica, resuelve virar. Nunca es tarde.

El cambio ha de ser tan radical que decide despojarse de todo. Por un momento sube a Montepulciano, cede a los padres de Guillermo todas sus alhajas y tesoros y, cogiendo de la mano a su hijo de siete años, se encamina a Laviano, pobre como había salido, aunque ahora va enriquecida por la experiencia de la desventura que acarrea el pecado.

Pero el hogar paterno no se abre. Una vez más, Tancredo es el débil que cede. Aquella mala mujer es implacable ante el arrepentimiento de la "hija del escándalo", como la llamaba. Desorientada, llena de angustia, Margarita se sienta bajo la higuera que hay en el huerto familiar. ¿Qué hacer? El momento es estratégico, el tentador no deja inactiva su batería de ataque. "Eres hermosa, tienes veinticinco años. Regresa allí y con la riqueza no faltará quien

te ame." El combate es violento, pero la gracia sobreabunda y el recuerdo de su madre es pila de energía y decisión. *Tu padre terreno te ha abandonado, tu Padre celestial te recibirá. Ve a Cortona y ponte bajo la dirección de los frailes menores.*

Sobre la falda del monte San Gil, cresta del Apenino toscano, Cortona luce orgullosa su autonomía. Dos damas nobles, la condesa Moscari y su nuera, advierten que junto a la puerta de la ciudad se detiene indecisa una forastera triste, acompañada de un niño de corta edad. Con palabras de sincera caridad se ofrecen para ayudarla; la convertida muestra su corazón dolorido a estos otros tan acogedores.

Está decidido: ellas la protegerán, se encargarán de la educación del pequeño (luego franciscano), y, ahora, la encaminan al padre Giunta Bevegnati, admirado por su virtud y prudencia.

Este padre será el primer historiador de la Santa a cuya descripción precisarán ir a documentarse todos los posteriores. Pero más que su biógrafo, será el director experimentado que sabrá guiar su espíritu ardoroso, por la penitencia reparadora y la confianza, hasta el ápice de la unión consumada.

Desde junio de 1276 pertenece a la Tercera Orden Seráfica. Al principio los frailes menores diferían el atender sus peticiones de ingreso, como exigiéndole pruebas durables de su conversión. Un día pone Margarita tal acento en su súplica que los religiosos no demoran más el entregarle las insignias terciarias: túnica gris, cordón y velo.

Si la vida que lleva resulta admirable por su austeridad y penitencia, resplandece con mayor lustre aún por el ejercicio de la caridad, por la serenidad de su espíritu y por la radiante confianza en el perdón divino. Gusta acercarse a los pobres, y cuidar a los enfermos. Pero con quien más derrocha sus tesoros afectivos es con las mujeres que se hallan en el trance sublime de ser madres; la Santa las asiste y las vela, aceptando después, gustosa, el actuar de madrina en el bautismo. Así se lo requerían todas las familias cortonenses. Recordando aquello, es invocada hoy con especial confianza por las parturientas; sintiéndose éstas seguras bajo la protección de quien, además de haber sido madre, dió lo mejor de su amor y desvelos a las que estaban próximas a serlo.

Como vemos, la santidad de nuestra protagonista es suave y simpática, calcada en la de su seráfico Padre.

Asombra la rehabilitación de la gracia en esta pecadora. De una mujer degradada surge un ser angélico que gusta experimentalmente de las efusiones de los dones místicos más insólitos. El mismo Jesús le dió la clave de este misterio: *He dispuesto que seas como una red para los pecadores. Quiero que el ejemplo de tu conversión predique la esperanza a los pecadores desesperados. Quiero que se convenzan los siglos venideros de que siempre estoy dispuesto a abrir los brazos de mi misericordia al hijo pródigo que, sincero, se vuelve a mí.* Y continuó: *Ama y respeta a todas las criaturas y no desprecies a ninguna.*

Un día, en la célebre iglesia de San Francisco, tan frecuentada por ella, ve cómo se abren los labios del Crucificado para preguntarle: *¿Qué quieres, pobre pecadora mía?* La respuesta es inmediata: "Yo no quiero ni busco sino a Ti".

Durante varios días resuena en sus oídos, con cierto dejo de temor, el "pobre pecadora mía". "¿Me habrá perdonado Dios todos mis pecados...?" Y, la "nueva Magdalena", la que, con la penitencia, rompe continuamente el alabastro—antes manchado—de su cuerpo en perfume de reparación; la que, según ella, "amo tanto a Dios que tan grande fué su misericordia en perdonarme mucho, que ya nada me separará jamás de él"; ésta, oye palabras absolutorias semejantes a las que percibió su modelo: *Yo, Hijo del Padre Eterno y tu salvador, crucificado por ti, te absuelvo de tus pecados que has cometido hasta hoy.* La calma habitual vuelve a renacer; nunca más fallará su humilde seguridad en el perdón. Escucha también las palabras más deseadas, esas que los místicos llaman "locuciones substanciales", porque obran lo que significan. *Hija mía,* y Margarita experimenta que se le infunde el espíritu filial, desbordando su gratitud. "¡Oh bondad infinita de mi Dios! ¡Oh día prometido por Cristo y esperado con impaciencia! ¡Jesús me ha llamado hija suya!", era el 27 de diciembre de 1276. Pocos días después otra "locución", *Esposa mía,* consuma el matrimonio espiritual. Como consecuencia se establece una íntima y sabrosa comunicación de bienes, como de esposo a esposa; su alma goza un sentimiento sobrenatural y permanente de la presencia experimental de Dios y de su unión con él. *Glorifícame y yo te glorificaré;*

ámame y yo te amaré; interésate por mis cosas y yo me interesaré por las tuyas. Una mañana, después de comulgar, la gracia la impulsa a un acto de fe espontáneo y profundo, inspirado en el de Simón Pedro. "Tú eres, oh Cristo, el Hijo de Dios vivo." *Y tú*—replicó el Verbo humanado—*te declaro que eres mi esposa.*

Santa Margarita de Cortona es considerada como una de las precursoras de la devoción al Sagrado Corazón. En la oración le fué descubierta la llaga abierta del costado, refulgente de luz. La contemplativa fija en ella su ansiosa mirada y descubre al corazón, fuente inagotable de vida. Sus grandes amores son la Eucaristía, la cruz y María Santísima.

Dios la asiste también con la virtud de hacer milagros.

Las gracias místicas alientan su actividad, al par que la constituyen contemplativa. En 1286 funda un hospital y unas nuevas terciarias para asistirlo, "las Hermanas pobrecitas", aprobadas por el obispo de Arezzo, que "tenían por regla la Tercera Orden, el velo por reja y el hospital por claustro". Es la primera institución social de este género que nos presenta la Edad Media.

Pocos años después su espíritu vibra por los intereses de la cristiandad. El momento es grave, los musulmanes atenazan a los pueblos cristianos (mutuamente divididos), desplegando una amplia media luna que se extiende desde Argel hasta Constantinopla, incluyendo el corazón de los Santos Lugares, cuya liberación es preocupación constante de los Papas. Por entonces se quiere organizar una segunda cruzada, la humilde penitente aporta a esta gran causa su oración y su limitada influencia, exhortando a los de Cortona a adherirse a esta empresa que aún tardará en ser realidad.

En 1297 está gravemente enferma. Entre nostalgias de cielo y los ardores del reuma, recibe el 3 de enero el anuncio preciso de su próxima partida. "Enjuga tus lágrimas, Margarita. Al despuntar el alba del 22 de febrero volarás a las mansiones de los escogidos, donde la divina misericordia te reserva un puesto de honor." La alegría invade su alma estos días de espera. Toda Cortona acude para recoger su testamento. Este es claro y optimista, eco de su confianza en el amor: "El camino de la salvación es fácil; basta amar".

Se vuelve al padre Giunta y le reclama con voz apagada: "Padre, mostradme los tesoros de las páginas sagradas, habladme de Dios, habladme de Jesús. La Sagrada Escritura es luz para mi espíritu, fuerza para mi voluntad, licor embriagador para mi alma que olvida entonces los sufrimientos de este pobre cuerpo".

El 22, como le fué anunciado, se desmorona la cárcel terrestre, libre, vuela a las bodas eternas. "Dios mío, te amo", fué su postrer suspiro. Tenía cincuenta años.

Junto a su tumba se multiplican los milagros. En su honor se levanta una basílica, exhortando los obispos vecinos la peregrinación a ella. En 1515, el mismo sucesor de Pedro, León X, se postra ante su sepulcro y permite la celebración de su fiesta en determinadas diócesis. Urbano VIII extiende este privilegio a toda la Orden franciscana. Clemente IX inscribe el nombre de la bienaventurada en el martirologio. Finalmente, Benedicto XIII, el 16 de mayo de 1728, promulga el decreto de su canonización. Momentos antes de emitir su juicio infalible traza un paralelo entre la penitente de Magdala y la de Cortona: ambas escucharon idénticas palabras de perdón porque habían derramado las mismas lágrimas de amor.

María de San Pedro de Alcántara, M. R.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 22 de febrero, *Vita*, de Juneta de Bevagna.
Cornejo, J., *Vida de Santa Margarita de Cortona* (Madrid 1728).
Crivelli, E., *Vita di S. Margherita di Cortona* (Prato 1879).
Cutberth, A., *A tuscan penitent. The life and legend of St. Margaret of Cortona* (Londres 1907).
Córdoba, G. de, *Del solar franciscano* (Madrid 1957).
Garzi, V., *Santa Margarita de Cortona* (1952).

23 de febrero

SAN PEDRO DAMIAN, OBISPO Y DOCTOR

(† ca.1072)

San Pedro Damián fué, indudablemente, uno de los hombres que más intensamente trabajaron en el siglo XI para fomentar el espíritu de consagración absoluta a Dios y de la más austera vida de soledad y penitencia, al lado de San Romualdo, San Juan Gualberto y San Nilo. Mas, forzado por la necesidad de los tiempos y en particular por la obediencia al Romano Pontífice, trabajó también incansablemente por la reforma eclesiástica en multitud de legaciones y otras difíciles empresas, con todo lo cual debe ser considerado, al lado de San Gregorio VII, como uno de los hombres más insignes y beneméritos de la Iglesia en el siglo XI.

Nacido en Ravena en 1007, Pedro era el último de los hijos de una familia pobre y numerosa, y después de muchas privaciones, habiendo quedado huérfano en la más tierna edad, fué educado con dureza por uno de sus hermanos mayores. Tratado como un esclavo, iba con los pies desnudos y vestido de andrajos, y ya en su temprana edad fué ocupado en apacentar los animales. Mas, compadecido de él otro hermano suyo, llamado Damián, hombre piadoso y de buen corazón, lo tomó a su cargo e hizo de padre con él. De este modo, Pedro pudo adquirir una sólida formación sucesivamente en Ravena, Faenza y Parma, y, en agradecimiento a su hermano, se llamó en adelante Pedro Damián. Más aún: con sus extraordinarias cualidades, a los veinticinco años era profesor en Parma y más tarde en Ravena.

Pero ya desde entonces se sintió atraído de un modo irresistible hacia Dios. Empezó a ejercitarse en rigurosos ayunos, vigilias y oración; ciñóse un cilicio debajo de sus vestidos, para defenderse contra las tentaciones de la carne, y daba todo lo que podía a los pobres y necesitados, y sintiendo que Dios le exigía más todavía, decidióse a abandonar el mundo y abrazar la vida monástica en el más absoluto apartamiento.

Mientras se entretenía él con estos pensamientos, presentáronsele dos monjes del desierto de *Fonte-Avellana*, donde Landolfo, discípulo de San Romualdo, había fundado un monasterio. Con su mediación, se dirigió Pedro a esta soledad, donde comenzó inmediatamente a ejercitarse en las prácticas de la vida monástica. Los ermitaños de Fonte-Avellana vivían a pares en celdas separadas, ocupábanse sobre todo en la oración y lectura espiritual y llevaban una vida de gran austeridad. Pedro se entregó de lleno a este género de vida, por la cual fué pronto admitido a la profesión. Sintiéndose entonces como en su centro y movido de su abrasado amor de Dios, ejercitóse en las mayores austeridades; pero el resultado fué que experimentó fuertes dolores de cabeza y gran debilidad en su salud. Esto le hizo comprender que debía moderar aquellos excesos, y, en efecto, así lo hizo en adelante, procurando aprovechar esta enseñanza en la dirección de los demás. Todo esto le ofreció ocasión oportuna para entregarse al estudio de la Sagrada Escritura, que utilizó siempre en sus instrucciones a los monjes. Al mismo tiempo se preparó de esta manera para la composición de las importantes obras que más tarde escribió.

Con su vida ejemplar y con los conocimientos que fué adquiriendo, se constituyó bien pronto en el verdadero maestro de los ermitaños reunidos en Fonte-Avellana. La fama del monasterio atrajo cada día nuevos discípulos. Pedro Damián fué algún tiempo ecónomo y a la muerte del prior fué elegido él para sucederle en el cargo. Organizóse en las proximidades otro monasterio llamado *Nuestra Señora de Sitria*, y asimismo se fundaron otros cuatro centros de ermitaños, cuya dirección mantenía Pedro Damián. La forma de vida de los camaldulenses tomó algunas características especiales, que constituyen la obra de San Pedro Damián, cuyo centro principal era Fonte-Avellana. No nos dejó el Santo ninguna regla completa; mas, con lo que podemos ver en sus escritos, aparecen los rasgos más característicos. Se observaba el más absoluto silencio, y aunque no se habla de trabajo manual, sabemos que éste constituía una de las bases de la vida de los ermitaños. Por otra parte, él mismo les dirigía frecuentes instrucciones y les inspiró desde un principio un amor filial a la Santísima Virgen.

En realidad, pues, San Pedro Damián puede ser incluído en el número de los fundadores de este nuevo género de

vida religiosa, mezcla de vida solitaria y de comunidad, que tanto fruto reportó a la Iglesia. Entre sus discípulos sobresalieron algunos por sus altos cargos y por sus virtudes, como Santo Domingo Loricatus y San Juan de Lodi, sucesor suyo como superior, quien escribió su vida y más tarde fué obispo de Gubbio.

Pero su celo por la gloria de Dios y el bien de las almas no se limitó a estos monasterios, que estaban bajo su dirección. Todavía durante esta primera etapa de su vida, en que se nos presenta como gran asceta cristiano, como fundador de monasterios y maestro de aquella vida austera de soledad y penitencia, mantuvo contacto con diversos monasterios o religiosos de otras órdenes y aun con eminentes seglares, como aparece en algunas de sus cartas y otros escritos. Pero debemos observar que este contacto con el mundo exterior no tenía otro objeto que la exaltación de la vida de austeridad y penitencia y en corregir los vicios y corrupción, que tantos estragos hacían en todas partes.

De este modo se preparaba San Pedro Damián para lo que debía ocuparlo durante la segunda parte de su vida, que era el servicio de la Iglesia con importantes cargos y legaciones, es decir, con una vida apostólica de intensa actividad, tan contraria a su inclinación espiritual a la soledad y penitencia. Aunque apartado por completo del mundo, Pedro Damián conocía perfectamente la triste situación de la Iglesia hacia el año 1044 durante el pontificado del tristemente célebre Benedicto IX (1032-1044). Por otro lado, sabía muy bien el profundo arraigo que tenían en la Iglesia los dos vicios fundamentales de la simonía y el concubinato. Por esto saludó con transportes de alegría el advenimiento de Gregorio VI (1045-1046), quien, lleno de los mejores deseos, fué el primero en echar mano del gran Hildebrando, el futuro Gregorio VII. Luego, en 1046, asistió en San Pedro de Roma a la coronación del emperador Enrique III, quien providencialmente ponía término al estado irregular de la Iglesia, y en 1047 al concilio de Letrán, en que fueron promulgados importantes decretos de reforma.

Pedro Damián se volvió entonces a su retiro de Fonte-Avellana, decidido a seguir la vida de soledad y penitencia.

Pero entonces precisamente era necesario poner al servicio inmediato de la Iglesia y del Papado su elevado espíritu y el gran prestigio de santidad de que gozaba. Por esto, el noble emperador Enrique III, que tanto estimaba sus virtudes, lo decidió a intervenir. Así, pues, Pedro Damián, impulsado por Enrique III, compuso y dirigió una célebre carta a Clemente II (1048), en la que lo exhortaba a dar un impulso más eficaz a la reforma eclesiástica. Pero la muerte del Papa impidió se tomara ninguna medida en este punto. Fué León IX (1048-1054) quien inició con mano enérgica la nueva campaña contra la simonía y relajación eclesiástica, para lo cual nombró cardenal-diácono a Hildebrando, quien fué en adelante el alma del movimiento reformador.

Por su parte, Pedro Damián, que sólo ansiaba el mejoramiento de la Iglesia, publicó entonces su célebre obra *Libro Gomorriano*, como si dijéramos, *Libro de los incontinentes*, que dedicó al papa León IX. Su realismo vivo y a las veces algo exagerado va encaminado a convencer a los Papas y a todos los dirigentes a poner remedio a tanto mal. León IX reconoció la buena intención de Pedro Damián; pero no creyó prudente proceder con tanto rigor. De hecho, mientras Hildebrando desarrollaba una intensa actividad reformadora durante este pontificado, Pedro Damián no tuvo apenas intervención en ningún asunto público. Lo mismo sucedió durante el pontificado siguiente de Víctor II (1055-1057), si bien se conservan cartas sumamente interesantes, dirigidas por él durante este tiempo a ambos Papas.

Pero desde el pontificado de Esteban IX (1057-1058) cambió por completo la situación. El nuevo Papa decidió crearlo cardenal-obispo de Ostia y sólo utilizando los medios extremos de amenaza de excomunión logró vencer la resistencia de su profunda humildad. El mismo, personalmente, puso en su dedo el anillo episcopal. Pero la muerte prematura de este Papa frustró los vastos planes de reforma que proyectaba con la ayuda de Pedro Damián. Hubo entonces un conato de cisma y Damián se retiró algún tiempo a Fonte-Avellana; mas, con la elección de Nicolás II (1059-1061), Pedro Damián volvió de nuevo a su campo de batalla y precisamente los años siguientes significan el período de su mayor actividad por medio de las más importantes legaciones.

En efecto, ya el año 1059 recibió del Romano Pontífice su primera legación a Milán, que se hallaba en una situación desesperada, sobre todo por la simonía y la incontinencia de los clérigos. Pedro Damián y Anselmo de Lucca, designados como legados pontificios, celebraron inmediata-

mente un sínodo y, tras enconadas luchas, se restableció el orden.

El pontificado de Alejandro II (1061-1072) dió de nuevo ocasión a Damián para prestar extraordinarios servicios a la Iglesia y ejercitar su celo apostólico. Al ser nombrado el antipapa, Pedro Damián compuso una de sus más célebres obras, dirigida a la asamblea de Augsburgo de 1062, que contribuyó eficazmente a la solución del cisma. En 1063 desempeñó otra legación, acompañado de Hugón de Cluny, en favor de la abadía de Bourgogne y de otras cluniacenses frente a Drogón, obispo de Macón. El resultado fué enteramente favorable. Asimismo visitó Limoges y trabajó por la reforma de la abadía de San Marcial; estuvo en Sauvigny, donde fué ocasión de un milagro de San Odilón de Cluny. Por todo ello, los cluniacenses le quedaron sumamente agradecidos. Finalmente intervino con el joven rey alemán Enrique IV, a quien dirigió luego una excelente carta en defensa de los derechos pontificios.

Después de todo esto, renovároonsele sus ansias de soledad y de oración, por lo cual suplicó a Alejandro II le permitiera renunciar a todas sus dignidades. Hildebrando, que apreciaba en lo justo la fuerza de su virtud y ejemplo para la realización de las empresas que se le encomendaban, le opuso toda clase de dificultades, diciéndole al fin con su buen humor que, si se empeñaba en ello, le imponía una penitencia de cien años. A esto repuso Damián que aceptaba la penitencia y, en efecto, se retiró a Fonte-Avellana.

Vuelto a su amado retiro, se entregó de nuevo con alma joven a la vida de austeridad y oración, que él tanto amaba. Renovó los ayunos, vigilias y toda clase de mortificaciones. En el capítulo, después de dirigir alentadoras exhortaciones a todos, se acusaba de sus propias faltas, como pudiera hacerlo el más sencillo novicio, y tomando la disciplina, se flagelaba sin compasión. Tan precioso ejemplo sirvió para renovar el espíritu de todos los monjes.

Todavía tuvo que abandonar su amada soledad en servicio de la Iglesia. En 1066 acudió a Montecasino, donde pasó veinte días, dando los mejores ejemplos a todos sus moradores. El mismo año fué a Florencia, enviado por Alejandro II, para terminar un conflicto con los monjes de Valleumbrosa. Algo más tarde se vió de nuevo forzado a emprender, en nombre del Papa, un viaje a Alemania para tratar con Enrique IV el asunto de su divorcio, y en un

concilio hizo triunfar los derechos de la moral cristiana. Finalmente, poco antes de su muerte, a principios de 1072, desempeñó una última legación en la que logró reconciliar a los habitantes de Ravena con el Romano Pontífice.

Precisamente cuando volvía de prestar este último servicio a la Iglesia y se dirigía a Roma a dar cuenta del resultado de su misión, se sintió en Faenza atacado por la fiebre, retiróse al monasterio de Nuestra Señora de los Angeles y allí murió el 12 de febrero de 1072 en presencia de gran número de monjes.

Su muerte fué, en verdad, digna de una vida de piedad y servicio de Dios y de su Iglesia. San Pedro Damián fué un precursor de la gran obra reformadora que completó Gregorio VII (el antiguo Hildebrando) desde su elevación al Pontificado en 1073. Sus exhortaciones y sermones están llenos de la más cristiana elocuencia. Sus voluminosos escritos, que le han merecido el título de Doctor de la Iglesia, están llenos de gran erudición y con su vehemencia característica ensalzan la belleza y elevación de la vida monástica o descubren las horribles lacras de la corrupción y relajación de su tiempo.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 23 de febrero, *Vita*, de JUAN DE LODI, ob. de Gubbio, discípulo suyo. Esta *Vita* se halla también en: MABILLON, "Act. SS. Ord. Bened.", VI p.2; en PL 144,113s.
Obras de San Pedro Damiano: PL vols.144 y 145.
BIRON, R., *St. Pierre Damien*: Col. "Les Saints" (París 1908).
CAPECELATRO, *Storia di San Pier Damiano*.
BLUM, O. J., *St. Peter Damian* (1947).
KNOWLES, D., *The Monastic Order in England*, p.193s. (1949).
DUMAS, A., en "Histoire de l'Eglise", por FLICHE-MARTIN, vol.7; *Saint Pierre Damien*, p.339s. (París 1940).
FLICHE, *La Réforme Grégorienne*, I p.175s.

24 de febrero

SAN MATIAS, APOSTOL

(s. I)

Si el Evangelio no es una biografía de Jesús, los *Hechos de los Apóstoles* no son una colección de biografías de aquellos primeros héroes del cristianismo naciente. De algunos apóstoles apenas sabemos más que el nombre. De Matías sabemos solamente su nombre y su elección. De aquel colegio apostólico que actuó desde Pentecostés, de aquellos doce definitivos, Matías fué el único no elegido por Jesús. Fué el apóstol póstumo de Jesús, incorporado al colegio apostólico cuando Jesús estaba ya en el cielo.

Y es un apóstol al que se cita siempre en segundo lugar, puesto humilde que se puede comprobar sin más que abrir el misal romano por el canon. Al principio del mismo, en la oración de comunión con los santos, se nombra uno por uno a los apóstoles, pero en esa lista falta precisamente Matías, aunque se nombra a otros doce santos no apóstoles, y se cita a Pablo juntamente con Pedro, siendo también Pablo apóstol posterior, que no perteneció al grupo de los doce. Si queremos hallar una mención de Matías en el canon, tenemos que buscarlo, como escondido y de incógnito, después de Juan Bautista y Esteban Protomártir, entre una lista de santos y santas. Un título más para que nos acordemos de este trabajador evangélico que, al contrario que otros santos, se vió exaltado en vida y se ve humillado después de su muerte.

Cuando se intenta trazar la semblanza histórica de este apóstol singular, hay que limitarse a lo poco que de él nos dicen los *Hechos de los Apóstoles*. Y lo poco que nos dicen es contarnos su elección. Ni siquiera lo vuelven a nombrar más. Lo que de él nos dicen escritos posteriores, aunque sean de autores calificados, no ofrece garantías de historicidad. Y las biografías apócrifas se han encargado de rellenar con aventuras de viajes y de milagros ese silencio de los *Hechos de los Apóstoles*.

Contentémonos, pues, con abrir por su primera página ese libro de los *Hechos*. Los discípulos de Jesús, inmediatamente después de la ascensión, regresaron del monte de los Olivos a Jerusalén. Jesús se había despedido de ellos, pero ellos creían que hasta pronto. Tenía que volver para instaurar el reino de Israel. Hacía unos momentos nada más que ellos le habían preguntado si era entonces cuando iba a inaugurar su reinado, y Él se había limitado a aconsejarles que no intentasen averiguar la hora señalada por Dios. Jesús no les había dicho que fuese a tardar mucho en volver, y dos mensajeros celestiales les habían asegurado que, así como lo habían visto subir al cielo, así lo verían bajar otra vez.

Con esta mentalidad, encendida de esperanza, regresaron los discípulos a la ciudad. Pronto llegaron, pues el monte de los Olivos no está lejos. Y cuando entraron en la capital del judaísmo se dirigieron a una casa frecuentada por ellos y se concentraron en su cámara alta. Jesús les había dicho que no se alejasen de Jerusalén, sino que esperasen allí una prodigiosa manifestación del cielo, una efusión maravillosa del Espíritu Santo, que quizá confundieron ellos entonces con el mismo regreso de Jesús, triunfador y glorioso, como príncipe de Israel. Y allí quedaron todos, esperando en viva tensión el acontecimiento. Los apóstoles, once después de la apostasía de Judas Iscariote, y las mujeres galileas que heroicamente habían seguido a Jesús en sus correrías evangélicas. Y los parientes de Jesús, que, por fin y gracias a la resurrección, creían ya en él; y su misma madre, María. Y numerosos discípulos, hasta completar el número de ciento veinte, el número que se exigía a una comunidad para que pudiese tener sinagoga propia.

Qué se hacía en aquella primera concentración de los primeros cristianos, nos lo dice claramente el texto sagrado: Orar. Todos perseveraban unánimes en la oración. Iban a ser los protagonistas de un episodio decisivo para Israel. Dios iba a realizar por fin lo tantas veces anunciado por los profetas. Pero entonces surgió una dificultad en el mismo seno del colegio apostólico. Y a la mente de todos vino un nombre: Judas Iscariote.

Porque Jesús había escogido doce hombres para que fuesen sus enviados especiales, ya lo habían sido por las aldeas galileas, y ahora no eran doce sino once. Judas se había pasado al enemigo. Y los apóstoles tenían que ser doce cuando

volviese Jesús. Él les había dicho que, a su regreso glorioso, los doce se sentarían sobre doce tronos para regir las doce tribus de Israel, y ahora faltaba un hombre para un trono. El primer problema con que se enfrentó la Iglesia, apenas desaparecido Jesús, fué buscar un sustituto del apóstata. Dentro de unos cuantos años, cuando muera mártir el apóstol Jacobo, hijo de Zebedeo, no se planteará este problema. Jacobo habrá cumplido hasta el fin su misión de apóstol, y Jesús se encargará de resucitarlo cuando regrese. Pero Judas no ha cumplido su misión, y hace falta un hombre que ocupe su puesto y la cumpla fielmente.

Los *Hechos de los Apóstoles* nos ofrecen la primera alocución pontificia del primer Papa. Pedro, que siempre fué el portavoz del pensamiento de los demás apóstoles, se levantó en medio de la comunidad y dijo:

—Hermanos, era necesario se cumpliese la Escritura, lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho de Judas, que habiéndose contado entre nosotros y habiendo tenido parte en nuestra misión, se hizo guía de los que prendieron a Jesús.

Pedro, al hablar de Judas con tanta delicadeza, parece tener presente la advertencia de Jesús: "No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados". Pedro no llama a Judas ladrón ni traidor, no lo llama deicida ni suicida, no dice que Satanás se había apoderado de él. Y, sin embargo, Judas era el hombre a quien Pedro podía odiar más, y Pedro era impetuoso como pocos. Pero Jesús había enseñado la caridad fraterna que se extiende a todos, como la misericordia divina, lo mismo a los amigos que a los enemigos, y Pedro, viviendo esa doctrina del Evangelio, dijo solamente que "Judas se hizo guía de los que prendieron a Jesús".

Pero no necesitaba contar a su auditorio el desgraciado final de Judas y se abstuvo de hacer el menor comentario, ni a título de ejemplaridad y escarmiento. Pero el autor de esta página de los *Hechos*, que escribe años después para quienes quizá no recuerden lo que sucedió, añade, como intercalando un paréntesis en las palabras de Pedro, que Judas había adquirido un campo con el precio de su crimen, y, habiendo caído de cabeza, reventó por medio y todas sus entrañas se esparcieron. Y añade el escritor que el hecho fué conocido de todos los habitantes de Jerusalén, de manera que el campo se llamó en su lengua Jakal-Dema, es

decir, Campo de Sangre, haciendo esta traducción para los lectores de lengua griega.

El primero de los apóstoles continuó su breve discurso diciendo:

—En el libro de los Salmos está escrito: "Que su campamento quede desierto y no haya nadie que lo habite". Y también: "Que otro ocupe su cargo".

Estas palabras de Pedro citando el *Salterio* son versículos de dos salmos, el 69 y el 109 según la numeración hebrea. Aunque Pedro debió hablar entonces en arameo, el escritor no pone estas palabras en labios de Pedro según el texto hebreo, sino según la versión griega, y con ligeras modificaciones para acomodarlas mejor al episodio, según la costumbre que había entonces de citar la Biblia. Los dos salmos pertenecen a la serie de los imprecatorios, maldiciones dirigidas, cuando aún no existía la caridad cristiana, contra los enemigos del rey David. Interpretando esos versículos como profecías, la primera se ha cumplido ya con la muerte de Judas. Es necesario que la segunda se cumpla también, y para ello hay que proceder al nombramiento del que le haya de sustituir en el colegio apostólico. Y Pedro enuncia las condiciones previas para poder aspirar a ese cargo de apóstol de Jesús. El discurso prosigue así:

—Es menester que de todos estos hombres que se han asociado a nosotros durante todo el tiempo que con nosotros vivió el Señor Jesús—a partir del bautismo por Juan hasta el día en que fué separado de nosotros—, haya uno que llegue a ser, juntamente con nosotros, testigo de su resurrección.

Para ser apóstol, dice Pedro, hace falta haber acompañado a Jesús durante toda su vida pública, desde el bautismo hasta la ascensión. No basta haberlo seguido en una larga serie de jornadas evangélicas, ni haber vivido algún tiempo en intimidad con Él, ni haber sido enviado por Él a predicar, ni siquiera haberlo visto resucitado. Un apóstol es un testigo de Jesús, y hace falta haberle acompañado durante toda su predicación para poder atestiguar sobre toda su doctrina, como hace falta haberlo visto resucitado después de la crucifixión para poder ser testigo de la legación divina de Jesús.

Puestas las condiciones, en aquel centenar de personas se encontraron dos hombres que parecían con iguales méritos para aspirar al apostolado. Uno era José Bar-Schabba,

llamado Justos—sobrenombre que se suele traducir equivocadamente por "el justo"—, y el otro era Matatías, o, abreviadamente, Matías. Como el llamamiento al apostolado no es cosa de hombres sino de Dios, Dios tendría que elegir entre aquellos dos discípulos que parecían iguales en méritos. Y aquella incipiente comunidad cristiana oró confiadamente: "Tú, Señor, que conoces el corazón de todos los hombres, muéstranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto que ha dejado Judas al ir a su lugar". En esta primera súplica de la Iglesia hay una nueva muestra de la delicadeza y caridad que hemos visto ya en Pedro. La expresión "ir a su lugar" no significa la condenación del criminal: es una expresión acostumbrada, eufemismo arameo, para decir simplemente que un hombre murió.

Para conocer la voluntad divina, sin exigir de Dios una aparición ni una revelación—aun tratándose de algo tan importante para toda la naciente Iglesia de Jesús—, decidieron echar suertes. Es algo que hoy nos puede extrañar, pero que entonces se acostumbraba. Se apelaba a las suertes para decidirse entre dos soluciones aparentemente equivalentes, y en la providencia ordinaria de Dios, que decidía la suerte, se veía la voluntad de Dios. Aquello no era fiarse de una casualidad física, sino confiarse a la causalidad divina. Cada semana, en el templo de Jerusalén, los sacerdotes echaban suertes para repartirse los oficios. Y el último caso que registra la Biblia de una elección religiosa señalada por la suerte, es esta designación de Matías como apóstol de Jesús, con idéntica categoría que los otros once. "Y la suerte señaló a Matías, y fué uno de los doce apóstoles."

Así termina, en el libro de los *Hechos,* la historia de San Matías. Nada más se vuelve a saber de él en particular. Con esta sencillez aparece y desaparece en la documentación histórica este apóstol póstumo, puesto siempre en segundo lugar, que ni el canon cita entre los apóstoles ni tiene en el martirologio un día fijo para su fiesta.

De la literatura apócrifa que pretende narrarnos su vida, citemos solamente una frase, puesta en sus labios, que merece salvarse por su positivo sabor evangélico. Dice así: "Si peca el vecino de un elegido, pecó también el elegido, porque si éste se hubiera portado según aconseja el Verbo, el vecino se hubiera avergonzado también de su propia vida, y así no hubiera pecado".

CARLOS MARÍA STAEHLIN, S. I.

BIBLIOGRAFIA

El relato del libro de los *Hechos de los Apóstoles* es el fundamental. Existen diversas *Actas apócrifas:* BONNAT, M., *Acta Andreae et Mathiae* (Leipzig 1898). *Evangelium S. Mathiae,* en RUIZ BUENO, D.: BAC, n.148 p.62s. (Madrid 1956).

Act. SS. Boll., 24 de febrero.

TILLEMONT, *Mémoires...,* I p.406s. Buen resumen.

Véanse, en general, *Comentarios* a los *Hechos de los Apóstoles.*

25 de febrero

BEATO SEBASTIAN DE APARICIO

(† 1600)

El año de 1533 llegaba a las playas mejicanas, confundido entre los numerosos viajeros, un joven, de nombre Sebastián, que había nacido el 20 de enero de 1502 en el pueblo de Gudiña, de la provincia de Orense (España). Su niñez transcurrió junto a sus padres, Juan de Aparicio y Teresa del Prado, ambos cristianos de vieja cepa, caritativos y de nobles costumbres; su mocedad y parte de su juventud pasó en medio del campo, entregado a las labores agrícolas para ganar el sustento diario y reunir la dote suficiente para sus dos hermanas. Salamanca, Zafra de Extremadura y Sanlúcar de Barrameda vieron a Sebastián trabajar afanosamente y pudieron admirar sus grandes virtudes—pese a sus años mozos—, entre las que sobresalían su simplicidad, rectitud de corazón y su amor por la castidad.

De la antigua Veracruz donde desembarcó Sebastián, se dirigió a la ciudad de La Puebla, recién fundada por el franciscano fray Toribio de Benavente, conocido más bien con el sobrenombre de Motolinía. Las grandes extensiones de terreno baldío y la seguridad que daba la Audiencia Real a todos los españoles que quisieran residir en la dicha ciudad, atrajeron a Sebastián y lo indujeron a dedicarse a la labranza. Dotado, empero, de un ingenio natural poco común y de una mirada de vastos horizontes, Sebastián concibió la idea de adaptar el camino de Méjico a Veracruz para

que por él pasasen las carretas que muy pronto construyó con un amigo suyo español. Esas carretas fueron las primeras que, tiradas por toros o novillos amansados por el mismo Sebastián, hollaron el suelo de Méjico. Con esa obra resolvía dos problemas fundamentales: primero, el difícil transporte de mercancías, y el segundo, aliviar a los indios de la fatiga que padecían al tener que transportar todo sobre sus requemadas espaldas.

Pasados algunos años, Sebastián se dirigió nuevamente a la Real Audiencia de Méjico para pedir permiso de abrir un nuevo camino que traería prosperidad y progreso para todos. Se propuso nada menos que abrir un camino que fuese de la capital mejicana hasta Zacatecas, que empezaba a manar plata de sus entrañas. Hoy en día admira aún la obra titánica de Sebastián por sus vastas y grandiosas proporciones: tuvo que allanar hondonadas, rodear montes, construir puentes de madera, llevar provisiones para sus trabajadores y, sobre todo, lograr la amistad con las tribus chichimecas, tristemente célebres por su ferocidad y canibalismo. Ante esta obra de gigantes y de santos, Sebastián no se arredró. Su mente y su corazón aspiraban a mayores cosas y en pocos años vió terminada la obra que lo inmortalizaría para siempre. Sus cuadrillas de carretas recorrieron aquellas larguísimas distancias sin ser molestadas por los chichimecas, quienes al ver la mansedumbre y caridad con que los trataba Sebastián le amaron, le protegieron y nunca le hicieron daño alguno. Esas mismas cuadrillas se convirtieron también en seguro refugio para los pasajeros y gracias también a los esfuerzos de Sebastián los pequeños poblados aumentaron considerablemente, como la ciudad de Querétaro.

Durante unos dieciocho años Sebastián había entregado lo mejor de sus fuerzas para abrir caminos y fomentar el comercio en Méjico; pero ya en 1552 decidió dejar su oficio, que pingües ganancias le había acarreado, y compró unas tierras por las afueras de la capital mejicana, entre Atzcapotzalco y Tlanepantla. Sus nuevos proyectos fueron provechosos para todos, ya que sus campos eran una escuela práctica donde aprendían los indios la labranza; su hogar se convirtió en asilo seguro donde no sólo encontraban los pobres y menesterosos refugio, sino el pan diario y consejos para volver a amar la vida y el trabajo, y donde podían

aprender las virtudes cristianas que Sebastián no dejaba nunca de ejercitar. Entre estas virtudes sobresalía su amor ardiente al Santísimo Sacramento y a la Virgen María, cuyo rosario no omitió en todos los días de su vida.

Las riquezas que honrada y justamente había adquirido Sebastián atrajeron las miradas codiciosas de varios vecinos suyos para persuadirle a contraer matrimonio. Las proposiciones no podían ser sino ventajosas; y con todo, Sebastián las rechazó constantemente, hasta que un día él mismo resolvió casarse con una joven pobre, pero de muy nobles virtudes. Era el año de 1562. Sebastián se comportó con su esposa en público como marido que era de ella, mas en privado la persuadió a guardar la virginidad. A la hora del descanso, ella dormía en el lecho y él tendía una estera en el suelo, donde se acostaba. Un año había apenas transcurrido y Sebastián se encontró viudo. Dos años después, movido de su caridad en favorecer a otra pobre joven, de nombre María Esteban, contrajo con ella matrimonio, sin cambiar por ello su antiguo modo de dormir en el suelo y de mortificarse en todo lo que podía. A pesar del tenor de vida que Sebastián llevaba, no le faltaron dificultades y pruebas que soportó cristianamente. Una enfermedad que lo puso a un pie del sepulcro y la muerte inesperada de su segunda mujer fueron los vendavales que sacudieron hasta sus raíces aquel fuerte árbol, que, desprendiéndose más y más de los bienes terrenales, empezó a meditar consigo mismo de qué modo serviría más perfectamente al Señor y alcanzaría con menores peligros su salvación eterna.

Pasó todavía algún tiempo trabajando en sus campos, hasta que, guiado por los consejos de su confesor, resolvió dejarlo todo. Vendió sus bienes, entregó el precio a las religiosas de Santa Clara de Méjico, tomó el hábito de donado franciscano y pasó a servir a las mismas religiosas en calidad de mozo. Contaba ya en aquella sazón setenta y un años de edad. La gracia divina siguió moviendo suavemente aquel corazón que desde pequeño le pertenecía y lo envió al convento de San Francisco de Méjico, donde tomó el hábito y, a pesar de las inmensas dificultades que encontró en su resolución, profesó el 13 de junio de 1575.

Durante aquel año de recogimiento, oración y mortificación, Fr. Sebastián meditó sobre las virtudes de San

Francisco: su obediencia, su pobreza, su amor a la Pasión del Señor, su amor hacia todas las cosas por ser creaturas de Dios, y con mejores alas remontó su alma a una entrega cada vez más perfecta en las manos de la Madre de Dios, cuyo rosario traía siempre consigo y devotamente recitaba varias veces al día. Apenas habían pasado unos dos meses de su profesión, la obediencia le mandó al convento de Tecali, donde había necesidad de un hermano que cuidase de la cocina, portería y huerta pequeña. Los religiosos admiraron la virtud del humilde hermano lego, que atendía todos los menesteres del convento con alegría y prontitud; mas poco tiempo estuvo en aquel lugar, pues recibió nuevas órdenes de trasladarse al convento de Las Llagas de N. S. P. S. Francisco de Puebla de los Angeles. Partió al punto con la misma alegría y contento que había manifestado y, llegado que hubo, le encargaron de un oficio por lo demás penoso y duro, tenida cuenta de su avanzada edad: el de limosnero. Con su acostumbrada alegre obediencia tomó sobre sí el nuevo cargo. Tenía que recorrer la extensa campiña de Puebla en busca de alimentos y demás provisiones, que serían el sustento de más de cien religiosos que moraban en ese convento.

Pidió de limosna algunos toros y construyó carretas, que fueron sus inseparables compañeros hasta los últimos días de su vida. Los labradores de los pueblos circunvecinos tuvieron oportunidad de admirar su paciencia, mortificación, caridad y desprendimiento de todas las cosas. Tiraba su viejo manto sobre el suelo y dormía debajo de las carretas sin interesarle que lloviera, hiciera frío o cayera nieve. Además de esto añadía dolorosas penitencias para tener sujeto y a raya al "hermano asno", que pronto y sujeto le obedecía en el servicio del Señor. En la ciudad de Puebla repartía sigilosa y caritativamente limosnas a familias vergonzantes y jamás el convento notó la falta de lo necesario. La simplicidad de Fr. Sebastián pasó a ser proverbial. Esta no era más que el fruto precioso de su amor a Dios y de su obediencia inmediata a las órdenes de sus superiores. Tal simplicidad de corazón le abrió un camino nuevo en la vía de la santidad. Todo lo veía a través de su "fe de acero", como solía repetir, y su preocupación era "no perder a Dios de vista". Por amor a Dios llevó a cabo hasta los mínimos actos de su vida religiosa y Dios

le premió con favores inauditos. En cierta ocasión el padre guardián le ordenó ir a traer madera al monte de La Malinche, distante unos 25 kilómetros de la ciudad de Puebla. Al tener ya cargada la carreta se le rompió el eje de una rueda. Fray Sebastián no dudó en emprender el camino en esas condiciones desastrosas. Apenas había llegado al convento y se disponía a componer la carreta, el padre guardián le ordenó que fuera a Tepeaca, distante unos 36 kilómetros a traer unas limosnas. El fraile obedeció al punto. Tomó su carreta, que de hecho no tenía más que una sola rueda, y así fué y regresó sin lamentar cosa alguna. Por cumplir la obediencia Dios obró el prodigio de que la carreta cargada de leña y el mismo Fr. Sebastián volaran sobre la barranca de Quautzazaloyan (hoy en día: Barranca de los Pilares), obstruída en aquellos momentos por otras carretas descompuestas.

Tuvo un gran dominio sobre los toros y animales indómitos. Cierto día, el superior le ordenó acarrear piedra del río—que pasa cerca del convento—sobre un mulo que nadie había podido domar, pero ni siquiera acercarse a él. Fray Sebastián fué al bruto animal y le dijo que era menester trabajar. El antes salvaje y rudo mulo a las palabras del fraile dócilmente se sujetó. Otra vez venía de Atlixco a Puebla y pernoctó en un lugar donde había enjambres de hormigas. Sucedió que durante la noche se llevaron el trigo que traía. Al día siguiente, al notar Fr. Sebastián la merma del trigo, ordenó a las hormigas que lo devolviesen, cosa que ellas cumplieron al punto.

Los labradores le buscaban para que conjurara las tempestades o acabara con las plagas que azotaban sus sementeras, lo que siempre hacía llevado de su gran caridad. Su cuerda se hizo famosa en muchísimas partes. Al contacto de ella sanaban enfermos y las mujeres en difíciles partos daban a luz felizmente. Uno de los más antiguos biógrafos del Beato Sebastián, la llama el "sánalotodo" o medicamento universal. No podemos menos de citar el milagro que Dios obró por medio de su siervo. Aconteció que un niño de catorce meses de edad, hijo de unos bienhechores del convento, radicados en Huejtozingo, se metió debajo de una carreta tirada por bravos toros. Asustados éstos arrancaron y la pesada rueda pasó sobre el niño, enterrándolo en la tierra. Poco después llegó Fr. Sebastián y los padres del niño se lo presentaron muerto, rogándole hiciese algo por

ellos. El fraile rogó a Dios y el niño resucitó por sus súplicas.

Después de veinticuatro años que sirvió al convento como limosnero, Fr. Sebastián oyó la voz de Dios que lo invitaba a descansar en su reino. Llegó el 20 de febrero de 1600 atacado por fuertes dolores de la hernia que por muchos años le martirizó. Cinco días después, tirado en el suelo sobre una cobija, esperó a la "hermana muerte corporal" con toda la alegría de su espíritu. A las ocho de la noche del día 25 entregó su espíritu en las manos del Señor.

Apenas muerto, los prodigios se multiplicaron y es fama constante que hoy en día aún no cesan. Su cuerpo quedó incorrupto y despidiendo un aroma exquisito, que todavía en nuestros tiempos se percibe.

La fama de sus virtudes y milagros llegó a Roma y el papa Pío VI lo declaró Beato el 17 de mayo de 1789, concediendo al mismo tiempo oficio y misa a la Orden franciscana.

Los años han volado, pero la fama del taumaturgo poblano sigue aumentando y su culto propagándose por toda la República mejicana y fuera de ella. Los conductores de toda clase de vehículos consideran al Beato Sebastián como a celestial patrón. Esperamos que no esté lejano el día en que la inmortal Roma inscriba en el catálogo de los santos al "fraile carretero", que trabajó como pocos en Méjico, y dió pruebas de acrisoladas virtudes y lustre a la Orden de San Francisco de Asís.

JUAN ESCOBAR, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA

TORQUEMADA, FR. JUAN DE, *Vida y milagros del santo confesor de Cristo, Fr. Sebastián de Aparicio* (Méjico 1602).

LETONA, FR. BARTOLOMÉ DE, *Relación auténtica de la vida, virtudes y maravillas del V. Fr. Sebastián de Aparicio*, ed. de FR. FIDEL CHAUVET, O. F. M. (México 1947).

LEYVA, DIEGO DE, *Vida y milagros del venerable siervo de Dios Fr. Sebastián de Aparicio* (México 1685).

26 de febrero

SAN. ALEJANDRO, PATRIARCA DE ALEJANDRIA

(† 326)

San Alejandro, patriarca de Alejandría, tiene una especial significación en la historia de la Iglesia a principios del siglo IV, por haber sido el primero en descubrir y condenar la herejía de Arrio y haber iniciado la campaña contra esta herejía, que tanto preocupó a la Iglesia durante aquel siglo. A él cabe también la gloria de haber formado y asociado en el gobierno de la Iglesia alejandrina a San Atanasio, preparándose de este modo un digno sucesor, que debía ser el portavoz de la ortodoxia católica en las luchas contra el arrianismo.

Nacido Alejandro hacia el año 250, ya durante el gobierno de Pedro de Alejandría se distinguió de un modo especial en aquella Iglesia. Los pocos datos que poseemos sobre sus primeras actividades nos han sido transmitidos por los historiadores Sócrates, Sozomeno y Teodoreto de Ciro, a los que debemos añadir la interesante información de San Atanasio. Así, pues, en general, podemos afirmar que las fuentes son relativamente seguras.

El primer rasgo de su vida, en el que convienen todos los historiadores, nos lo presenta como un hombre de carácter dulce y afable, lleno siempre de un entrañable amor y caridad para con sus hermanos y en particular para con los pobres. Esta caridad, unida con un espíritu de conciliación, tan conforme con los rasgos característicos de la primitiva Iglesia, proyectan una luz muy especial sobre la figura de San Alejandro de Alejandría, que conviene tener muy presente en medio de las persistentes luchas que tuvo que mantener más tarde contra la herejía; pues, viéndolo envuelto en las más duras batallas contra el arrianismo, pudiera creerse que era de carácter belicoso, intransigente y acometedor. En realidad, San Alejandro era, por inclinación natural, todo lo contrario; pero poseía juntamente una profunda estima y un claro conocimiento de la verdadera ortodoxia, unidos con un abrasado celo por la

gloria de Dios y la defensa de la Iglesia, lo cual lo obligaba a sobreponerse constantemente a su carácter afable, bondadoso y caritativo, y a emprender las más duras batallas contra la herejía.

De este espíritu de caridad y conciliación, que constituyen la base fundamental de su carácter, dió bien pronto claras pruebas en su primer encuentro con Arrio. Este comenzó a manifestar su espíritu inquieto y rebelde, afiliándose al partido de los melecianos, constituído por los partidarios del obispo Melecio de Lycópolis, que mantenía un verdadero cisma frente al legítimo obispo Pedro de Alejandría. Por este motivo Arrio había sido arrojado por su obispo de la diócesis de Alejandría. Alejandro, pues, se interpuso con todo el peso de su autoridad y prestigio, y obtuvo, no sólo su readmisión en la diócesis, sino su ordenación sacerdotal por Aquillas, sucesor de Pedro en la sede de Alejandría.

Muerto, pues, prematuramente Aquillas el año 313, sucedióle el mismo Alejandro, y por cierto son curiosas algunas circunstancias que sobre esta elección nos transmiten sus biógrafos. Filostorgo asegura que Arrio, al frente entonces de la iglesia de Baucalis, apoyó decididamente esta elección, lo cual se hace muy verosímil si tenemos presente la conducta observada con él por Alejandro. Mas, por otra parte, Teodoreto atestigua que Arrio había presentado su propia candidatura a Alejandría frente a Alejandro, y que, precisamente por haber sido éste preferido, concibió desde entonces contra él una verdadera aversión y una marcada enemiga.

Sea de eso lo que se quiera, Arrio mantuvo durante los primeros años las más cordiales relaciones con su obispo, el nuevo patriarca de Alejandría, San Alejandro. Este desarrolló entre tanto una intensa labor apostólica y caritativa en consonancia con sus inclinaciones naturales y con su carácter afable y bondadoso. Uno de los rasgos que hacen resaltar los historiadores en esta etapa de su vida, es su predilección por los cristianos que se retiraban del mundo y se entregaban al servicio de Dios en la soledad. Precisamente en este tiempo comenzaban a poblarse los desiertos de Egipto de aquellos anacoretas que, siguiendo los ejemplos de San Pablo, primer ermitaño, de San Antonio y otros maestros de la vida solitaria, daban el más sublime ejemplo de la perfecta entrega y consagración a Dios. Estimando, pues, en su justo valor la virtud de algunos entre ellos, púsoles al frente de algunas iglesias, y atestiguan sus biógrafos que fué feliz en la elección de estos prelados.

Por otra parte se refiere que hizo levantar la iglesia dedicada a San Teonás, que fué la más grandiosa de las construídas hasta entonces en Alejandría. Al mismo tiempo consiguió mantener la paz y tranquilidad de las iglesias del Egipto, a pesar de la oposición que ofrecieron algunos en la cuestión sobre el día de la celebración de la Pascua y, sobre todo, de las dificultades promovidas por los melecianos, que persistían en el cisma, negando la obediencia al obispo legítimo. Pero lo más digno de notarse es su intervención en la cuestión ocasionada por Atanasio en sus primeros años. En efecto, niño todavía, había procedido Atanasio a bautizar a algunos de sus camaradas, dando origen a la discusión sobre la validez de este bautismo. San Alejandro resolvió favorablemente la controversia, constituyéndose desde entonces en protector y promoviendo la esmerada formación de aquel niño, que debía ser su sucesor y el paladín de la causa católica.

Pero la verdadera significación de San Alejandro de Alejandría fué su acertada intervención en todo el asunto de Arrio y del arrianismo, y su decidida defensa de la ortodoxia católica. En efecto, ya antes del año 318, comenzó a manifestar Arrio una marcada oposición al patriarca Alejandro de Alejandría. Esta se vió de un modo especial en la doctrina, pues mientras Alejandro insistía claramente en la divinidad del Hijo y su igualdad perfecta con el Padre, Arrio comenzó a esparcir la doctrina de que no existe más que un solo Dios, que es el Padre, eterno, perfectísimo e inmutable, y, por consiguiente, el Hijo o el Verbo no es eterno, sino que tiene principio, ni es de la misma naturaleza del Padre, sino pura criatura. La tendencia general era rebajar la significación del Verbo, al que se concebía como inferior y subordinado al Padre. Es lo que se designaba como *subordinacianismo*, verdadero racionalismo, que trataba de evitar el misterio de la Trinidad y de la distinción de personas divinas. Mas, por otra parte, como los racionalistas modernos, para evitar el escándalo de los simples fieles, ponderaban las excelencias del Verbo, si bien éstas no lo elevaban más allá del nivel de pura criatura.

En un principio, Arrio esparció estas ideas con la ma-

yor reserva y solamente entre los círculos más íntimos. Mas como encontrara buena acogida en muchos elementos procedentes del paganismo, acostumbrados a la idea del *Dios Supremo* y los dioses subordinados, e incluso en algunos círculos cristianos, a quienes les parecía la mejor manera de impugnar el mayor enemigo de entonces, que era el *sabelianismo*, procedió ya con menos cuidado y fué conquistando muchos adeptos entre los clérigos y laicos de Alejandría y otras diócesis de Egipto. Bien pronto, pues, se dió cuenta el patriarca Alejandro de la nueva herejía e inmediatamente se hizo cargo de sus gravísimas consecuencias en la doctrina cristiana, pues si se negaba la divinidad del Hijo, se destruía el valor infinito de la Redención. Por esto reconoció inmediatamente como su deber sagrado el parar los pasos a tan destructora doctrina. Para ello tuvo, ante todo, conversaciones privadas con Arrio; dirigióle paternales amonestaciones, tan conformes con su propio carácter conciliador y caritativo; en una palabra, probó toda clase de medios para convencer a buenas a Arrio de la falsedad de su concepción.

Mas todo fué inútil. Arrio no sólo no se convencía de su error, sino que continuaba con más descaro su propaganda, haciendo cada día más adeptos, sobre todo entre los clérigos. Entonces, pues, juzgó San Alejandro necesario proceder con rigor contra el obstinado hereje, sin guardar ya el secreto de la persona. Así, reunió un sínodo en Alejandría el año 320, en el que tomaron parte un centenar de obispos, e invitó a Arrio a presentarse y dar cuenta de sus nuevas ideas. Presentóse él, en efecto, ante el sínodo, y propuso claramente su concepción, por lo cual fué condenado por unanimidad por toda la asamblea.

Tal fué el primer acto solemne realizado por San Alejandro contra Arrio y su doctrina. En unión con los cien obispos de Egipto y de Lybia lanzó el anatema contra el arrianismo. Pero Arrio, lejos de someterse, salió de Egipto y se dirigió a Palestina y luego a Nicomedia, donde trató de denigrar a Alejandro de Alejandría y presentarse a sí mismo como inocente perseguido. Al mismo tiempo propagó con el mayor disimulo sus ideas e hizo notables conquistas, particularmente la de Eusebio de Nicomedia.

Entre tanto, continuaba San Alejandro la iniciada campaña contra el arrianismo. Aunque de natural suave, caritativo, paternal y amigo de conciliación, viendo la pertinacia del hereje y el gran peligro de su ideología, sintió arder en su interior el fuego del celo por la defensa de la verdad y de la responsabilidad que sobre él recaía, y continuó luchando con toda decisión y sin arredrarse por ninguna clase de dificultades. Escribió, pues, entonces algunas cartas, de las que se nos han conservado dos, de las que se deduce el verdadero carácter de este gran obispo, por un lado lleno de dulzura y suavidad, mas por otro, firme y decidido en defensa de la verdadera fe cristiana.

Por su parte, Arrio y sus adeptos continuaron insistiendo cada vez más en su propaganda. Eusebio de Nicomedia y Eusebio de Cesarea trabajaban en su favor en la corte de Constantino. Se trataba de restablecer a Arrio en Alejandría y hacer retirar el anatema lanzado contra él. Pero San Alejandro, consciente de su responsabilidad, ponía como condición indispensable la retractación pública de su doctrina, y entonces fué cuando compuso una excelente síntesis de la herejía arriana, donde aparece ésta con todas sus fatales consecuencias.

Por su parte, el emperador Constantino, influído sin duda por los dos Eusebios, inició su intervención directa en la controversia. Ante todo, envió sendas cartas a Arrio y a Alejandro, donde, en la suposición de que se trataba de cuestiones de palabras y deseando a todo trance la unión religiosa, los exhortaba a renunciar cada uno a sus puntos de vista en bien de la paz. El gran obispo Osio de Córdoba, confesor de la fe y consejero religioso de Constantino, fué el encargado de entregar la carta a San Alejandro y juntamente de procurar la paz entre los diversos partidos. Entre tanto Arrio había vuelto a Egipto, donde difundía ocultamente sus ideas y por medio de cantos populares y, sobre todo, con el célebre poema *Thalia* trataba de extenderlas entre el pueblo cristiano.

Llegado, pues, Osio a Egipto, tan pronto como se puso en contacto con el patriarca Alejandro y conoció la realidad de las cosas, se convenció rápidamente de la inutilidad de todos sus esfuerzos. Así se confirmó plenamente en un concilio celebrado por él en Alejandría. Sólo con un concilio universal o ecuménico se podía poner término a tan violenta situación. Vuelto, pues, a Nicomedia, donde se hallaba el emperador Constantino, aconsejóle decididamente esta solución. Lo mismo le propuso el patriarca Alejandro de Alejandría. Tal fué la verdadera gé-

nesis del primer concilio ecuménico, reunido en Nicea el año 325.

No obstante su avanzada edad y los efectos que había producido en su cuerpo tan continua y enconada lucha, San Alejandro acudió al concilio de Nicea acompañado de su secretario, el diácono San Atanasio. Desde un principio fué hecho objeto de los mayores elogios de parte de Constantino y de la mayor parte de los obispos, ya que él era quien había descubierto el virus de aquella herejía y aparecía ante todos como el héroe de la causa por Dios. Como tal tuvo la mayor satisfacción al ver condenada solemnemente la herejía arriana en aquel concilio, que representaba a toda la Iglesia y estaba presidido por los legados del Papa.

Vuelto San Alejandro a su sede de Alejandría, sacando fuerzas de flaqueza, trabajó lo indecible durante el año siguiente en remediar los daños causados por la herejía. Su misión en este mundo podía darse por cumplida. Como vigilante pastor, colocado por Dios en una de las sedes más importantes de la Iglesia, había derrochado en ella los tesoros de su caridad y de la más delicada solicitud pastoral, y habiendo descubierto la más solapada y perniciosa herejía, la había condenado en su diócesis y había conseguido fuera condenada solemnemente por toda la Iglesia en Nicea. Es cierto que la lucha entre la ortodoxia y arrianismo no terminó con la decisión de este concilio, sino que continuó cada vez más intensa durante gran parte del siglo IV. Pero San Alejandro había desempeñado bien su papel y dejaba tras sí a su sucesor en la misma sede de Alejandría, San Atanasio, quien recogía plenamente su herencia de adalid de la causa católica.

Según todos los indicios, murió San Alejandro el año 326, probablemente el 26 de febrero, si bien otros indican el 17 de abril. En Oriente su nombre fué pronto incluído en el martirologio. En el Occidente no lo fué hasta el siglo IX.

BERNARDINO LLORCA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Fuentes antiguas: SÓCRATES, SOZOMENO y TEODORETO en sus respectivas *Historias de la Iglesia.*
Act. SS. Boll., 26 de febrero, comentario de *Henschenius.*
TILLEMONT, *Mémoires...*, VI p.213s. En general, todas las *Historias de la Iglesia*, principio del *Arrianismo.*

Artículo en "Dict. Théol. Cath.", I col.764s. Asimismo, artículo en "Dict. Hist. Géogr. Eccl.", II col.182s.
HEFELE-LECLERCQ, *Histoire des Conciles*, I p.357s., nota.

27 de febrero

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA

(† 600)

Leandro vió la luz en una familia de abolengo grecoromano. En Cartagena de la Andalucía española. Y por los años de 535 a 540. Hermano de tres santos—San Isidoro, su sucesor en la silla hispalense; San Fulgencio, obispo de Ecija, y Santa Florentina, virgen—santo también fué él, con su festividad litúrgica el 27 de febrero.

La carrera de su santidad se reduce a los siguientes tramos: abrazó en buena hora la vida monástica. Y su condición de monje le abrió las puertas para ejercer una preponderante influencia en la Península, sobre todo por lo que respecta al porvenir religioso de España.

La Providencia enredó así las cosas: sus padres emigraron de Cartagena a Sevilla. Nombrado obispo metropolitano de aquella ciudad, creó una escuela—ya se había dedicado a la enseñanza cuando monje—destinada a propagar la fe ortodoxa y que sirviera, a la vez, de estímulo para el estudio de todas las artes y de todas las ciencias conocidas. El mismo llevó muy entre manos los quehaceres escolares. Entre los alumnos de esta escuela se contaron los dos hijos del rey Leovigildo, Hermenegildo y Recaredo. El ascendiente de todo buen maestro sobre el discípulo supo aprovecharlo San Leandro para mantener en la fe católica al primogénito del rey, con magnífico ejemplo y harto provecho para los católicos españoles. Hermenegildo, atraído a las lides de la fe nicena por el trato de San Leandro y los consejos de su buena esposa Ingunde, supo despreciar la herejía arriana. Leovigildo asentó la capital del reino visigodo en Toledo y asoció a su hijo en el reino, asignándole la Bética, con residencia en Sevilla. La persecución arriana—y con ella la guerra civil—estalló bien pronto contra el catolicismo. Leovigildo, en sus aires de grandeza y unificador, estimó la he-

rejía arriana como vínculo de unión y grandeza. Todo fué llevado a sangre y fuego; la violencia de la prisión o del exilio se servirá en bandeja a los recalcitrantes. A Leandro se le obligará a abandonar su iglesia metropolitana y la patria madre.

Pero antes del destierro, cuando Leovigildo, desnaturalizado padre, asediaba al joven rey, su hijo Hermenegildo, que resistía en Sevilla la impugnación de la herejía arriana, Leandro marchó a Constantinopla a implorar socorro del emperador bizantino. En Bizancio conoció el monje obispo a otro monje—a la sazón apocrisario del papa Pelagio II en aquellas tierras—destinado a la suprema magistratura de la Iglesia: Gregorio, el magistrado romano y monje, con el que trabó una íntima amistad que unirá sus vidas en criterio y afecto hasta el fin y que Leandro sabrá explotar para el bien de España. Gregorio el Grande escribirá las *Morales* (exposición del libro de Job), que tanta repercusión tendrán en la ascética moral del medievo, animado por Leandro. La correspondencia gregoriana que se nos ha conservado demuestra la fuerte y perenne amistad de estos dos santos (Cf. *Epist.* 1,41; 5,49; 9,121). Elevado a la Cátedra de Pedro, Gregorio se apresura a enviar a su amigo Leandro el palio arzobispal, con unas letras que revelan la alta estima que tenía de su virtud: "Os envío el palio que debe servir para las misas solemnes. Al mismo tiempo debería prescribiros las normas de vivir santamente; pero mis palabras se ven reducidas al silencio por vuestras virtuosas acciones". Es tradición que el Papa donó al arzobispo de Sevilla una veneranda imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Leandro regresó de Constantinopla cuando amainaba la persecución suscitada por Leovigildo. Vió el final de este rey y los buenos consejos que dió a su hijo Recaredo, sin duda influenciado por el príncipe mártir.

Una nueva era amaneció para España cuando Recaredo se sentó en el trono. Leandro pudo volver a su diócesis sevillana y el nuevo rey, vencidos los francos, convocó el histórico III Concilio de Toledo, en el año de gracia de 589. Recaredo abjura la herejía arriana; hace profesión de fe, enteramente conforme con el símbolo niceno; declara que el pueblo visigodo—unido de godos y suevos—se unifique en la fe verdadera y manda que todos sus súbditos sean instruídos en la ortodoxia de la fe católica. El alma de aquel concilio era Leandro. Y ésta es su mayor gloria. En medio

de aquellas intrigas visigóticas, supo intrigar santamente en la corte real, con el exuberante fruto de la conversión de su rey. Al santo obispo de Sevilla se le debe, como causa oculta pero eficiente, la conversión en masa del reino visigodo y la iniciación del desarrollo en España de una vida religiosa muy activa que se traslucirá en la institución de parroquias rurales y en la fundación de no pocos monasterios. La Iglesia española alcanzó, en los celebérrimos concilios de Toledo—iniciados prácticamente en este tercero—una importancia de primerísimo orden. La legislación visigótica, desde entonces, fué totalmente impregnada de cristianismo. Esta es la obra de San Leandro. Con razón podía gloriarse y exteriorizar su gozo en la clausura del concilio con estas palabras: "La novedad misma de la presente fiesta indica que es la más solemne de todas... Nueva es la conversión de tantas gentes, y si en las demás festividades que la Iglesia celebra nos regocijamos por los bienes ya adquiridos, aquí, por el tesoro inestimable que acabamos de recoger. Nuevos pueblos han nacido de repente para la Iglesia: los que antes nos atribulaban con su rudeza, ahora nos consuelan con su fe. Ocasión de nuestro gozo actual fué la calamidad pasada. Gemíamos cuando nos oprimían y afrentaban; pero aquellos gemidos lograron que los que antes eran peso para nuestros hombros se hayan trocado por su conversión en corona nuestra... Alégrate y regocíjate, Iglesia de Dios; alégrate y levántate formando un solo cuerpo con Cristo; vístete de fortaleza, llénate de júbilo, porque tus tristezas se han convertido en gozo, y en paños de alegría tus hábitos de dolor. He aquí que, olvidada de tu esterilidad y pobreza, en un solo parto engendraste pueblos innumerables para tu Cristo. Tú no predicas sino la unión de las naciones, no aspiras sino a la unidad de los pueblos y no siembras más que los bienes de la paz y de la caridad. Alégrate, pues, en el Señor, porque no has sido defraudada en tus deseos, puesto que aquellos que concebiste, después de tanto tiempo de gemidos y oración continua, ahora, pasado el hielo del invierno y la dureza del frío y la austeridad de la nieve, repentinamente los has dado a luz en gozo, como fruto delicioso de los campos, como flores alegres de primavera y risueños sarmientos de vides".

Poco después de este acontecimiento, de los más grandes en la historia del cristianismo español—la conversión de los visigodos fué real y sincera—, fué elevado al Pontifi-

cado, en 590, Gregorio el Magno. El Papa y amigo felicitó efusivamente a Leandro.

El metropolitano de Sevilla consagró el resto de su vida a edificar a su pueblo con la práctica de la virtud—luz que ilumina—y el trabajo de sus escritos—sal que condimenta—. Entre sus obras escritas—todas perdidas, a excepción de algunos fragmentos de su discurso en el III Concilio de Toledo y la que ahora indicamos—se destaca por el encanto y doctrina evangélica que contiene la *carta* que dirigió a su hermana Florentina. Es un bello tratadito sobre el desprecio del mundo y la entrega a Dios de las vírgenes consagradas. Influyó sobremanera en la posteridad para el género de vida monástico femenino. Comúnmente se llama a esta carta la regla de San Leandro.

Los últimos años de su vida, retirado de la política, fueron fecundos en obras santas, dignas del mejor obispo: penitencias, ayunos, estudio de las Sagradas Escrituras, obligaciones pastorales. Afligido por la enfermedad de la gota —la misma enfermedad que sufría por entonces su amigo Gregorio el Magno—supo recibirla como un favor del cielo y como una gracia muy grande para expiar sus faltas.

Moría probablemente el mismo año que Recaredo, en 601, dejando fama de verdadero hombre de estado y de obispo digno del apelativo de su amigo, grande.

JUAN MANUEL SÁNCHEZ GÓMEZ.

BIBLIOGRAFIA

Las *fuentes antiguas:* SAN ISIDORO, SAN GREGORIO MAGNO, SAN GREGORIO DE TOURS, y las *Actas del Concil. III de Toledo.*
Act. SS. Boll., 27 de febrero.
MONTALEMBERT, *Moines d'Occident,* II p.217s.
Obras: PL 72,21s.; "Esp. Sagr." t.15 p.383s.
VEGA, A. C., *De institutione Virginum et contemptu mundi:* "Ciud. Dios", 159 (1947) p.277s.
GÖRRES, FR., *Leander Bischof von Sevilla und Metropolit der Kirchenprovinz Baetica:* "Z. wiss. Theol.", 29 (1886) 36s.
BOURRET, CARD., *L'école chrét. de Séville sous la monarchie des Visigoths* (1855).

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA

(† 1862)

Asís, la ciudad embalsamada por el recuerdo de San Francisco y Santa Clara, fué su cuna. Cuando nació pertenecía aún a los Estados pontificios, en cuya administración de justicia trabajaba, como juez asesor, su padre.

Vino al mundo el 1 de marzo de 1838. Pocos años después, cuando el pequeño Francisco tenía sólo cuatro años, murió su madre. El quedó huérfano, junto con sus doce hermanos, al cuidado de su padre, ejemplar y cristianísimo. Y a su padre debió una firme educación familiar, gracias a la cual pudo llegar a superar el obstáculo de un carácter propenso a la cólera, y que no dejaba de dar frecuentes muestras de terca obstinación.

Francisco Possenti, que así se llamaba antes de entrar en religión, hizo sus estudios primero con los hermanos de las Escuelas Cristianas, y después con los jesuítas de Spoleto, a donde se había trasladado su padre. Ya de escolar se iniciaron en él las luchas en torno a la vocación religiosa, que tanto habían de alargarse.

A los dieciséis años, la pubertad logra enfriar algo sus fervores infantiles. Una enfermedad le sirve de advertencia, y él, vuelto hacia el Señor, le promete entrar en religión si se cura. Pero, recobrada la salud, no tarda en olvidar aquella promesa. Nuevo aviso, nueva enfermedad, más peligrosa aún que la anterior. Perdida casi toda la esperanza, se encomienda al entonces Beato San Andrés Bobola y renueva su promesa de entrar religioso. En efecto, al aplicarle la imagen de San Andrés, queda dormido y horas después se despierta completamente curado. Pero... el mundo tiraba de él con fuerza. Se encontraba en plena juventud, tenía éxito entre las muchachas de Spoleto y, por otra parte, la vida religiosa se hacía muy dura para su carácter independiente.

Nuevo aviso del cielo: el cólera se lleva a una de sus hermanas, que él quería tiernamente. Parecía ya imposible desoír la voz de Dios. Y, en efecto, Francisco habla un día seriamente con su padre y le manifiesta que quiere entrar en religión. Cosa curiosa, su padre, tan cristiano, se

niega. Le parece imposible que un muchacho tan frívolo pueda perseverar, y quiere probar antes aquella vocación que más le parece fruto de una impresión fuerte, la causada por la muerte de su hermana, que de una serena reflexión. Y hay un momento en que parece que todo le daba la razón. A pesar de haber manifestado tan seriamente su deseo de marchar del mundo, Francisco vuelve a su vida anterior, y, aun frecuentando los sacramentos, se muestra aficionado al teatro y se deja envolver por las vanidades del mundo.

El golpe definitivo iba a llegar de la manera más inesperada. El día de la octava de la Asunción de 1856 Francisco está viendo pasar, como simple espectador, una procesión en la que se lleva una imagen de la Santísima Virgen de gran veneración en Spoleto: regalo de Federico Barbaroja a la villa, se decía que había sido pintada por San Lucas. De pronto el joven levanta su mirada al cuadro de la Virgen, y se siente sobrecogido al ver fijos en él los ojos de la imagen. Le parece escuchar una voz que dice: "Francisco, el mundo no es para ti. Tienes que entrar en religión".

Se siente anonadado. Ya no hay que deliberar más. Lo que importa es poner cuanto antes por obra la decisión tomada. Pero su padre continúa oponiéndose. Y más cuando ve que el joven ha pedido su ingreso nada menos que en la austera congregación de los pasionistas. Buen cristiano, deja su padre el asunto en manos de dos eclesiásticos respetables. Los dos, al principio, se inclinan a pensar que Francisco no resistirá la vida pasionista. Los dos, después de haber escuchado al joven, se conciertan con él para eliminar las últimas dificultades. Y así el 21 de septiembre de 1856 Francisco Possenti cambiaba de hábito y de nombre. Pasaba a ser un novicio pasionista y a llamarse Gabriel de la Dolorosa. Había dejado su casa paterna y se encontraba en el retiro de Morrovalle.

Su vida religiosa iba a ser breve, pero intensísima. La adaptación le costó terriblemente. Acostumbrado al género de comidas propio de una casa acomodada, los toscos alimentos del pobre convento pasionista le causaban una repugnancia invencible. A pesar de las protestas de su naturaleza insistía en comer, hasta que los superiores, compadecidos, le permitieron temporalmente algún alivio. Lo

mismo ocurría con todos los demás aspectos de la observancia. Sin querer aceptar la más mínima singularidad, seguía siempre al pie de la letra un horario y unos ejercicios que costaban mucho a su delicada complexión.

En febrero de 1858 comienza sus estudios, que le llevan primero al convento de Preveterino, después al de Camerino y finalmente al de Isola. En todos estos conventos dejó el recuerdo de su ejemplar aplicación. Dicen que tenía siempre ante los ojos aquellas palabras que había escrito un glorioso santo de su misma congregación, San Vicente María Strambi: "Cuando tenéis que entregaros al estudio, imaginaos que estáis rodeados por una multitud innumerable de pobres pecadores privados de todo socorro y que os piden con vivas instancias el beneficio de la instrucción, el camino que conduce a la salvación". Esta era la única preocupación de Gabriel: prepararse para el sacerdocio, al que, sin embargo, por sabios designios de Dios no habría de llegar.

De una parte estarían los trastornos políticos del reino de Nápoles. Y de otra parte lo impediría también su propia salud. Cuando ya empezaba a aproximarse la fecha de su ordenación sacerdotal, cuando ya, el 25 de mayo de 1861, había recibido las órdenes menores, la salud de Gabriel empezó a empeorar rápidamente. La tuberculosis se apoderó de él. Fué necesario recluirse en la enfermería y dedicarse de lleno a aceptar, con toda alegría y sumisión a la voluntad de Dios, aquel inmenso sufrimiento. De vómito de sangre en vómito de sangre, de ahogo en ahogo, vivirá así un año enteramente entregado a Dios, ofreciéndose a Él como holocausto y víctima.

Había sido ejemplar mientras estuvo sano. Sus compañeros quedaban maravillados al contemplar la ejemplaridad de la observancia. A la meditación de la pasión, típica de la congregación en la que había ingresado, añadió siempre un amor entusiasta, ingenioso, encendido a la Santísima Virgen. Se podría sacar un tratado completo de devoción a ella, espigando detalles de la vida de San Gabriel. Desde lo intelectual, con el estudio continuo de lo que se refiere a la Santísima Virgen y la lectura repetida de *Las glorias de María*, de San Alfonso, hasta lo más menudo y cariñoso: todo un cúmulo de expresiones filiales que a cada paso surgen de sus labios y de su pluma. El amor a la Santísima Virgen fué ciertamente la

palanca que le permitió subir rápidamente por el camino de la perfección.

Ejemplar también en la práctica de las virtudes religiosas. Amante de la pobreza hasta en los más mínimos detalles. Obedientísimo siempre, con anécdotas que casi nos hacen pensar en el mismo escrúpulo. Y hasta su amor a la castidad, con el voto que hizo de no mirar nunca a la cara a mujer alguna.

Y fué también muy ejemplar mientras estuvo enfermo. La presencia de Dios, que con tanta frecuencia solía él recordar, según es uso entre los pasionistas, en sus recreos, se hizo ya para él completamente actual durante todo el día. Solo en la enfermería, podía darse de lleno a tan santo ejercicio. Sus mismos padecimientos le daban ocasión de ejercitar su caridad para con sus hermanos a quienes, ni en lo más agudo de sus sufrimientos, quería nunca molestar. Así se constituyó en la admiración y el ejemplo de todos los estudiantes del convento.

Hacia el fin de diciembre de 1861 un nuevo vómito de sangre puso en peligro su vida. Aún pudo asistir a una misa el día de Navidad. Su estado quedó estacionado hasta el domingo 16 de febrero. Nueva crisis, nuevos y más horribles dolores, nuevo vómito de sangre. Al fin se vió claro que aquello no tenía remedio humano. Cuando se lo dijeron, tuvo primero un ligero movimiento de sorpresa, e inmediatamente después una gran alegría. Recibió el viático, y pidió perdón públicamente a todos sus hermanos. Pero aún no era la hora. Sólo el 26 de febrero se le dió la extremaunción. En la noche siguiente, tras de rechazar reiterados asaltos del enemigo, Gabriel pidió por última vez la absolución. Y habiéndola recibido, cruzadas las manos sobre el pecho, iluminado su rostro juvenil por una luz celestial, rindió su último suspiro suave y dulcemente. Había comenzado el 27 de febrero de 1862.

Se le hubiera creído dormido cuando, echado en tierra sobre una tabla, según el uso de los pasionistas, le pudieron contemplar los religiosos antes de proceder a la inhumación en la capilla del convento. Pero, pese a la sencillez de su vida, transcurrida sin contacto con el mundo, entre las paredes de las casas de estudio pasionistas, pronto corrió por todas partes la voz de su admirable santidad. En 1892 se hizo la exhumación de sus restos. Iban

llegando de todas partes noticias de milagros obtenidos por su intervención. En 1908 San Pío X procedía a su beatificación, teniendo el consuelo de asistir, anciana ya, una señora que en su juventud le había tratado bastante, hasta el punto de haber entrado en los planes de la familia Possenti el proyecto de una boda entre ambos. Años después, el 13 de mayo de 1926, Benedicto XV le canonizaba.

Muerto a los veinticuatro años de edad, minorista aún, después de seis años de profesión religiosa, todo el mundo mira a San Gabriel de la Dolorosa como modelo y protector de la juventud de los seminarios, noviciados y casas religiosas de estudio. Y como modelo también de admirable y sentida devoción a la Santísima Virgen María.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA.

BIBLIOGRAFIA

BERNARD, *Vie du bienheureux Gabriel dell'Addolorata* (Arrás 1911).
ID., *Vie abrégée et lettres du bienheureux...*
Cf. *Acta Apost. Sedis*, 2 (1909) p.292s.; 10 (1918) p.252s.
DOLOROSA, A. DE, *Vida de San Gabriel de la Virgen Dolorosa* (1920)
Lettere di San Gabriele dell'Addolorata (1920).
HOLLOBOUGH, C., *St. Gabriel, Passionist* (1923).

28 de febrero

SAN HILARIO, PAPA Y CONFESOR

(† 468)

Su nombre latino es ordinariamente Hilarus, a veces Hilarius. Natural de Cerdeña. Siendo diácono de Roma fué enviado en 449 por el papa San León I al concilio [Latrocinio] de Efeso en calidad de legado pontificio. Aquí se negó a firmar la deposición de San Flaviano, patriarca de Constantinopla. Temiendo las iras de sus adversarios, Hilario partió ocultamente, llevando consigo la apelación que Flaviano dirigía a San León, texto hallado en 1882 por Amelli en la Biblioteca Capitular de Novara. Ya en Italia, el enviado pontificio escribió a la emperatriz Pulqueria, in-

formándole de lo ocurrido. Todavía diácono, despliega otra actividad muy distinta, de carácter litúrgico: encarga a un tal Victorio de Aquitania la composición de un Ciclo Pascual, donde se intenta fijar la verdadera fecha de la Pascua, punto sobre el que aún no estaban de acuerdo griegos y latinos. El mismo Hilario estudió previamente la cuestión; pero, para informarse de los escritos de aquéllos, se valió de traducciones latinas, pues, según parece, conocía bien poco el griego. Por lo demás, el cómputo de Victorio fué ley en la Galia hasta el siglo VIII.

Hilario sucedió a San León en la Sede de San Pedro a fines de 461. Durante sus siete años de pontificado no ocurrieron acontecimientos de gran importancia para la Iglesia universal. El mérito del Santo consiste principalmente en la firme defensa de los derechos de la Iglesia en materia de disciplina y jurisdicción. Ya al año escaso de su consagración, como Pastor Supremo, tuvo que dirigirse a Leoncio, arzobispo de Arlés, pidiendo informes sobre la usurpación del episcopado narbonense, llevada a cabo por Hermes: el Papa se extraña de que, siendo el asunto de la incumbencia de Leoncio, éste no le haya escrito antes sobre el conflicto. Poco después, presente "numeroso concurso de obispos" reúne en Roma un concilio donde, por bien de la paz, se consiente dejar a Hermes en la sede narbonense, pero, para prevenir futuros abusos, se le priva del derecho de ordenar obispos, derecho que pasa a Constancio, prelado de Uzés. La resolución conciliar fué enviada el 3 de diciembre, año 462, a los obispos de la Galia meridional en una carta donde también se prescribe que, convocados por Leoncio, se reúnan cada año, a ser posible, todos los titulares de las provincias eclesiásticas a quienes se dirige el documento, o sea de Viena, Lyon, dos de Narbona y la Alpina: en tales asambleas se han de examinar costumbres y ordenaciones de obispos y eclesiásticos; si ocurren causas más importantes que no puedan "terminar", consulten a Roma.

Asimismo tuvo que atender Hilario al asunto del arzobispo de Viena, Mamerto, que había consagrado ilegalmente a Marcelo como obispo de Die. El Papa, manteniendo los pincipios legales y renunciando a imponer penas (supuesta la sumisión del acusado), remite la cuestión a Leoncio, a quien pertenecía en este caso el derecho de consagrar.

Abusos semejantes, cometidos en España, fueron considerados en un concilio de 48 obispos que congregó el Papa en Santa María la Mayor (nov. del 465). En la carta referente a este sínodo, enviaba a los prelados de la provincia de Tarragona, que previamente habían consultado a Hilario, manda el Pontífice, entre otras cosas: 1.° Sin consentimiento del metropolitano tarraconense, Ascanio, no sea consagrado ningún obispo. 2.° Ningún prelado, dejando su propia iglesia, pase a otra. 3.° En cuanto a Ireneo, sea separado de la iglesia de Barcelona y retorne a la suya. 4.° A los obispos ya ordenados, los confirma el Papa, con tal que no tengan las irregularidades señaladas en el concilio.

Otro mérito de San Hilario fué el haber impedido la propaganda herética en Roma al macedoniano Filoteo, y esto a pesar del apoyo que encontró el hereje en el nuevo emperador de Occidente, Antemio.

Tal rectitud de Hilario en lo tocante a la disciplina y a la fe, brota de lo que podríamos llamar norma de su vida y su gobierno: "En pro de la universal concordia de los sacerdotes del Señor, procuraré que nadie se atreva a buscar su propio interés, sino que todos se esfuercen en promover la causa de Cristo" (epist. *Dilectioni meae*, a Leoncio, ed. Thiel, 1,139).

En cuanto a lo referente a la piedad personal y fomento del culto, señalemos que Hilario edificó, entre otros, dos oratorios en la basílica constantiniana de Letrán: el de San Juan Bautista y el de San Juan Evangelista. Otro, dedicado a la Santa Cruz, con ocho capillas, se alzaba al noroeste de aquél. El Papa profesaba especial devoción al santo Evangelista, pues a él atribuía el haberse salvado de los peligros que corrió en el Latrocinio de Efeso: en señal de gratitud hizo grabar a la entrada del oratorio la siguiente inscripción: "A su libertador, el Beato Juan Evangelista, Hilario obispo, siervo de Dios". A este mismo Papa atribuye el *Liber Pontificalis* la construcción de un servicio de altar completo, destinado a las *misas* estacionales: un cáliz de oro para el Papa; 25 cálices de plata para los sacerdotes titulares que celebraban con él; 25 grandes vasos para recibir las oblaciones de vino presentadas por los fieles y 50 cálices ministeriales para distribuir la comunión. El servicio se depositaba en la iglesia de Letrán o en Santa María la Mayor, y el día de esta-

ción se transportaban los vasos sagrados a la iglesia donde iba a celebrarse la asamblea litúrgica. También levantó Hilario un monasterio dedicado a San Lorenzo, y cerca de él una casa de campo, probablemente residencia o "villa" papal con dos bibliotecas.

Murió el Santo el 29 de febrero de 468. Fué enterrado en San Lorenzo *extra muros*. Largo tiempo se celebró su aniversario el 10 de septiembre, conforme a ciertos manuscritos jeronimianos; pero ya desde la edición de 1922 del Martirologio Romano, se trasladó su memoria al 28 de febrero.

AUGUSTO SEGOVIA, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., septiembre, vol.3.
Liber Pontificalis, ed. DUCHESNE, I p.242s.
HEFELE-LECLERCQ, *Histoire des Conciles*, II.
TILLEMONT, *Mémoires...*, XVI p.35s.
BARDY, G., en "Histoire de l'Eglise", por FLICHE-MARTIN, IV p.219s.; 337s.
AMANN, E., artículo en "Dict. Théol. Cath.", VI col.2385s.
GRISAR, H., *Geschichte Roms und der Päpste*, I p.323s.

MARZO

1 de marzo

EL SANTO ANGEL CUSTODIO DEL REINO

Conocer bien las necesidades, calcular bien las fuerzas disponibles, precisar bien las metas, he ahí algunas obligadas resoluciones en el plan de acción para la renovación total en el campo católico. Pero en estos tiempos, más que nunca, hace falta tener presente que nuestras armas o recursos son, sobre todo, los espirituales y que, entre ellos, hay que contar con la protección de los ángeles. Por algo la Iglesia reza constantemente: "Tú, príncipe de la celestial milicia, relega al infierno con divino imperio a Satanás y a los demás espíritus malignos que, en su intento de perder a las almas, recorren la tierra". Sí, que "no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires".

Los ángeles buenos son innumerables. Millones de millones. Y el Creador de ellos les dictó instrucciones detalladísimas respecto a nosotros. Y así como la Iglesia a cada nación accede gustosa a darle algún santo patrono, así también Dios a cada una le señala su correspondiente ángel custodio. De manera que, entre todos aquellos seres a quienes puede llamárseles vicegerentes supremos del Señor, "los unos son visibles, invisibles los otros. Visibles: en el orden y esfera religiosa, el Romano Pontífice; en el orden y esfera secular, el Jefe de cada Estado. Invisibles: en la esfera y orden eclesiástico, un hombre—San José, universal patrono—y un ángel—San Miguel, protector de la Iglesia como antes lo había sido del pueblo hebreo—; en la esfera y orden nacionales, un hombre—Santiago para España—y un ángel—el Angel Custodio de la Patria".

Cuando subía España la penosa cuesta del siglo más desgraciado de su historia, obtuvo como compatrono a su ángel tutelar, en honor del cual le fueron aprobados por la Santa Sede oficio y misa propios con rito doble de se-

gunda clase y octava, señalando la fiesta para el primero de octubre. Transcurrieron los años y se dió al olvido aquella concesión que, sin embargo, parecía ser tan providencial. Pero nuevamente un gran siervo de Dios, el sacerdote tortosino Manuel Domingo y Sol, destacado apóstol de la devoción general a los ángeles, promovió también ardorosamente la de aquel a quien llamaba con cariño sin límites "su" Santo Angel de España. "Nadie, decía, me estima bastante a mi Angel de España, a pesar de su patronato. Es una incuria incomprensible el olvido en que le tenemos. ¿Cómo no hemos de redoblar nuestras oraciones a él hoy que nuestra España se encuentra agitada y combatida por las sectas del infierno, que tratan de arrebatarle el tesoro de su fe y empobrecerla y humillarla? Las circunstancias críticas de España reclaman acudir a él".

Desde 1880, al menos, hasta 1909, año en que voló al cielo, se desvivió en múltiples formas para atraer la atención de España hacia el olvidado protector. Fué este entusiasmo, en el celoso sacerdote, efecto natural de su ardiente devoción a los ángeles y de su profundo patriotismo. Después de perseverantes pesquisas pudo al fin conseguir una estampa del Santo Angel del Reino editada en Valencia en 1837. No le satisfizo cuando la hubo visto y entonces ideó otra que resultó preciosa, diseñada bajo su inspiración por el dibujante barcelonés Paciano Ros y reproducida en fototipia por los talleres, también barceloneses, Thomas y Compañía. En lo alto del firmamento, un corazón envuelto en llamas, rodeado de esta inscripción: "¡Reinaré en España!" Debajo, la Purísima, con Santiago y Santa Teresa a sus lados. En el centro inferior, ya en tamaño grande, fina y bellamente dibujado, el Santo Angel, lleno de majestad, una espada en la diestra y el mapa de España delicadamente protegido con la mano izquierda. En el fondo, revolviéndose y pretendiendo erguirse, dos monstruos infernales. Finalmente, aquel texto del salmo 33: "Enviará el Señor su ángel alrededor de los que le temen y los librará". Y esta invocación: "Virgen Inmaculada, Santiago Apóstol, Santa Teresa de Jesús y Santo Angel, patronos de España, conservadnos la fe y defendednos de los enemigos de nuestra patria". Imprimió por lo pronto 85.000 estampas en diversos tamaños y 90.000 hojas de propaganda de esta devoción. Más tarde costeó otras cien mil estampas y hojas volanderas.

El 6 de mayo de 1896 le autorizó su prelado para establecer en la diócesis una piadosa liga de oraciones al Santo Angel del Reino. Dos días después, en los varios periódicos de Tortosa y en revistas de distintas capitales publicó ampliamente el proyecto. Escribió asimismo a todos los seminarios de España invitándoles a que fundasen otros tantos centros diocesanos para extender dicha unión. De más de doce sitios le contestaron en seguida aceptando encantados y los señores obispos indulgenciaron la inscripción. Simultáneamente hizo prender el fuego en los alumnos del Colegio de San José de Roma fundado por él hacía cuatro años. Y así lo atestiguan varios prelados que habían seguido allí sus estudios. Uno de ellos escribe: "De ti, amado padre, aprendí a venerar, a amar al Santo Angel Custodio de España. En el Pontificio Colegio Español de San José de Roma, con fervor piadoso y con patriótico ardimiento, inculcabas a todos los alumnos esta santa devoción. Por tu amor salgo a propagarla. Mejor que antes en la tierra puedes ahora desde el cielo lograr que se extienda y arraigue". Estas palabras constituyen la "dedicatoria" de la sustanciosa y bellísima "novena"—todo un tratado de angelología—que en honor del Santo Angel Custodio de España publicó en 1917 el Dr. D. Leopoldo Eijo y Garay, más tarde Excmo. Patriarca-Obispo de Madrid-Alcalá. Tal joya de novena fué reeditada el año 1936 en Vitoria por la Dirección General de la Obra Pontificia de la Santa Infancia. ¿No cabría pensar que la difusión de esa novena precisamente aquellos años pudo ser parte para la asombrosa victoria de quienes, en los humano, éramos impotentes ante los formidables enemigos de la guerra... y de la posguerra?

En 1920 el Santo Angel Tutelar de España tenía ya un espléndido altar en la parroquia de San José de Madrid. Fué inaugurado el 13 de mayo de ese año, con asistencia de la Real Familia en pleno. Y aquel mismo día quedó también establecida, a propuesta de Su Majestad D. Alfonso XIII, la "Asociación Nacional del Santo Angel Custodio del Reino". Alma de todo ello fué otro hijo espiritual de don Manuel Domingo y Sol: el sacerdote don Luis Iñigo, quien, como testamentario de aquél en todo lo concerniente al Santo Angel, logró ver puesta en marcha la asociación en cuarenta provincias de España. El fué quien

una vez nos dijo: "En mi última entrevista con don Manuel, me hizo prometerle que no abandonaría el asunto del Santo Angel mientras yo viviese. La primera parte de mi propósito está conseguida, pues en toda España se conoce y se practica la devoción al Santo Angel. Ahora quisiera que se fomentase entre los niños esta devoción y que, en un día determinado, los niños y niñas de los colegios asistiesen a una fiesta en la que desfilasen ante la imagen del Santo Angel y depositasen a sus pies una flor y diesen un beso a la bandera española".

Copiosa correspondencia se cruzó también entre el siervo de Dios y su joven amigo sobre otra iniciativa del primero: la de erigir en el Cerro de los Angeles, próximo a Madrid, un monumento al Santo Angel de España. No es posible expresar en pocas líneas todas las reservas de entusiasmo que el insigne apóstol dedicó a este proyecto. La tarde del 21 de abril de 1902 fué personalmente al Cerro de Getafe, entonó una salve a Nuestra Señora de los Angeles en la iglesia y después, con íntima ilusión, se puso a planear y discurrir, pareciéndole todo cosa facilísima en punto a ejecución. Las enfermedades y las atenciones a sus muchas empresas le impidieron luego caminar de prisa, pero hasta tres meses antes de morir siguió escribiendo a unos y otros sobre el acariciado anhelo. Entre otros encargos hizo éste: "Que la hermandad deje aquí un recuerdo a su abogado". Se refiere a la Hermandad de Sacerdotes Operarios del Corazón de Jesús, en cuyas constituciones, redactadas por él, nombra varias veces al Santo Angel de España, elegido para la misma como abogado especial.

Se pregunta uno ahora: ¿no sería deseable que, dentro de la más perfecta armonía arquitectónica, ese deseo de un santo quedase al fin plasmado entre las edificaciones que hoy ocupan el sagrado lugar, centro geográfico de la Península?

Cuando solamente existía allí la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, la mente de don Manuel Domingo y Sol relacionaba con dicha iglesia el soñado monumento. Ahora en cambio, ante el nuevo carácter que han revestido aquellas alturas, él, si viviese, revisaría sin duda su concepción primera, para estudiar en qué sitio preciso parecía mejor instalarlo. El no haberlo realizado medio siglo atrás puede hoy ser un bien, para que resulte posible planearlo de un modo definitivo. Una vez colocado allí el Santo Angel del Reino, se atraería fácilmente las miradas y los corazones de toda España. Podría al mismo tiempo inspirarles a los católicos extranjeros que pasan por Madrid la magnífica idea de difundir en sus naciones la devoción al respectivo ángel tutelar de ellas.

Pocos años después de haber fallecido don Manuel Domingo y Sol, el ángel de Portugal en 1916 se apareció varias veces a los privilegiados niños de Fátima. Por conducto de ellos pidió a la humanidad oración, penitencia, reparación eucarística, recurso confiadísimo al Inmaculado Corazón de María. ¡Qué gozo ver así confirmada la designación, por parte de Dios, de ángeles custodios de las naciones! Harto bien lo sabía el apostólico varón tantas veces citado, quien hablaba de los ángeles como si los estuviera viendo y escribía de ellos, por ejemplo: "Hay que poner en contacto a los ángeles de España y de Portugal. Diríase que, reñidos los españoles y los portugueses—vecinos del entresuelo y del principal—, no se cuidan para nada los unos de los otros". Ese propósito de poner en contacto a los dos celestiales confidentes y amigos suyos apuntaba en último término a su elevado plan de promover a fondo el intercambio cultural y apostólico de una y otra nación hermanas. Y así le confiaba también sus empresas de celo al Santo Angel Custodio de Francia cuando la cruzaba muchas veces en sus viajes a Roma.

¿Qué hacer entonces para aprovechar tan útil ejemplo de santo patriotismo? Ante todo, naturalmente, ahondar en la fe de que, como dice San Pablo, "todos los ángeles son gestores de Dios, puestos al servicio de quienes hemos de lograr salvarnos". Después, recordar que la custodia de los ángeles es una admirable aplicación de la providencia divina; tener presente que en todas nuestras buenas obras intervienen los ángeles. Felicitarnos, además, de que, como advierte San Bernardo, los ángeles reúnan en sí tres magníficas dotes que siempre deseamos y exigimos en los supremos gobernantes: lealtad a toda prueba, prudencia exquisita y un poder inmenso. También son luz para las almas; su vigor nos contagia; saben, quieren y pueden defender nuestros intereses materiales. ¿Caben disposiciones más deseables en el ángel tutelar de una patria?

Lo que falta ahora es que esa patria se ejercite generosamente en aquellas virtudes en que los ángeles se complacen tanto: sumisión fiel y disciplinada a las órdenes del

Altísimo; pureza e integridad cristianas; singularísima predilección por toda clase de obras consagradas a la educación e instrucción de los niños. Muy bien se ha preguntado: "¿Quién sabe si las calamidades que muchas veces llueven sobre los pueblos son la venganza de los ángeles por el abandono en que se deja a los niños, por los escándalos que se dan a los niños, por el daño que se causa a los ángeles de la tierra corrompiéndoles el corazón y la inteligencia? Espanta pensar cuán terribles deben de ser las órdenes del santo ángel de una nación a los demás ángeles, para vengar... tantos crímenes como se cometen contra los niños, aun antes de que nazcan. Quienes aman a los niños con amor cordial práctico se atraen la complacencia de los ángeles y, sobre todo, del santo ángel tutelar de la patria".

Ojalá todas las editoriales, todos los publicistas católicos, todas las familias fervorosas inunden hoy a España otra vez con estampas del Santo Angel del Reino y con impresos explicativos de la excelsa misión que le está confiada en el plan divino. ¡Quién viera en todos los hogares, junto a la imagen del ángel individual de la guarda, venerada también la del Santo Angel de la Nación! ¡Y quién viera que el amor a Él no sólo penetraba en las casas, sino que se adueñaba de las madres españolas y que éstas, con sus palabras, chispas de fuego del corazón, con miradas que son ráfagas de luz del entendimiento, con besos, insuperables para imprimir hondamente en el alma las ideas y afectos, grababan en las de sus hijitos, a la vez que la devoción al ángel de la guarda y al del Reino, el amor a la Iglesia y a la patria! ¡Quién pudiera lograr que simultáneamente esa devoción privada se transformase en pública y que en los templos se levantasen altares dedicados al príncipe de la milicia celestial guardiana de España, y que nuestras juventudes se congregasen en torno a esas imágenes para enardecerse en amor a la patria española y católica, a fin de estar dispuestas a derramar por ella la sangre cuantas veces fuera necesario!

Si para organizarlo todo ello se infundía vida nueva a la Asociación Nacional del Santo Angel del Reino, mejor aún. Finalidad suya sería propagar por todas las diócesis la devoción al mismo. Fomentar en todos los españoles la santa virtud del patriotismo. Obtener del Corazón divino de Jesús por intercesión del Angel del Reino el engrandecimiento espiritual y temporal de España. Que, al fin y al cabo, ese Corazón amabilísimo, fusilado un primer viernes de mes en su imagen, pero entronizado otra vez allí mismo en el centro de la Península, él es quien ha confiado al Angel del Reino el mando supremo de las fuerzas angélicas encargadas de la defensa individual y social de los españoles.

"¿Con cuántas divisiones militares cuenta el Vaticano?", preguntó un día Stalin. ¿Con qué posibilidades en tierra, mar y aire, con qué superproducción de armas nucleares—preguntamos nosotros—, con qué seguridades de defensa y victoria cuenta una nación como la nuestra, no opulenta ni mucho menos, en estos años explosivos de la historia del mundo?...

Respuesta primerísima: por lo pronto, con aquellas armas que un ángel dejó ver a Judas Macabeo. Y después, sobre todo, con el arma de aquella fe invencible que habló así por tantos labios y que jamás dejará de hablar: "Nuestro Dios, al que servimos, puede librarnos del horno encendido. Y si no quisiere, sábete, rey, que no adoraremos a los falsos dioses ni inclinaremos la cabeza ante la estatua que has levantado."

BUENAVENTURA PUJOL.

BIBLIOGRAFIA

EIJO Y GARAY, L., *Novena al Santo Angel Custodio de España* (Vitoria 1936).

GARCÍA GARCÍA, *El Santo Angel Custodio del Reino.* Sermón (Avila 1921).

ID., *La devoción al Santo Angel Custodio de España:* "Mater Clementiss.", nov. 1922.

TORRES SÁNCHEZ, *Vida del siervo de Dios D. Manuel Domingo Sol* (Tortosa 1934).

SAN ROSENDO, OBISPO Y ABAD

(† 977)

..."Y dicen que el obispo imberbe—dieciocho abriles—modificó las armas de sus ascendientes, quitando los adornos a la "cruz deaurata" y cambiando el alfa y omega por un compás y un espejo"...

"¿Por qué—le preguntarían hoy los reyes de armas—, ¿por qué ese cambio en su escudo?"

A diez siglos de distancia, y con la historia en la mano, me atrevo a responder yo, sin temor a herir la humildad del hijo de don Gutierre:

Prefiero la cruz sin los tres globitos que remataban sus brazos, porque el nuevo prelado quería implantar la bandera de la auténtica "cruz" de Cristo—de la cruz sin falsear—en su diócesis y en todos sus dominios. Quiso que esa "cruz" sencilla siguiese siendo de oro, porque veía en el "oro" de la cruz de sus mayores el oro de ley de las vidas crucificadas. Exigió en el escudo un "compás", porque opinaba que, para crucificarse con Cristo, debía añadir al símbolo de la Redención el compás de la vida, sometida en todo momento a una regla. Mandó que, paralelo al compás, hubiese un "espejo", porque, puesto por Dios sobre el candelero de la cátedra episcopal, se creía obligado a ser espejo para todos: lo mismo para los nobles que para los plebeyos y para los esclavos...

Según eso, el escudo de armas de San Rosendo es su mejor retrato; no sólo porque en él resaltan los tres rasgos más característicos de su vida privada: su crucifixión en la cruz del deber, su santificación en el molde de un plan o regla de vida, y su constante e intachable ejemplaridad; sino también, porque, además, en él se sintetiza toda su labor social y apostólica, esa labor que cifró: en emplear y recomendar el empleo de las riquezas—oro—en el servicio del Crucificado—cruz—, levantándole iglesias y monasterios; en poner orden—compás—en las familias y en los pueblos de aquella época tan agitada; y en exigir la limpieza de corazón—espejo—a los eclesiásticos y a los fieles de aquella edad de hierro del cristianismo.

Estudiemos, pues, ese su escudo, hecho vida por él mismo en su peregrinar hacia Dios durante setenta años, y descubriremos la figura del patriarca de los monjes del noroeste de España.

Los portugueses, con don Rodrigo de Acuña a la cabeza, tratan de hacerle nacer por casualidad en Portugal, a unas cuatro leguas de Oporto.

Los gallegos y la tradición quieren que haya abierto sus ojos a la luz en Salas, pueblo de la provincia de Orense.

Respeto la opinión del arzobispo de Lisboa, don Rodrigo, y la de los cronistas que copiaron de él. Pero me quedo con la tradición. En primer lugar, porque no me merece crédito un cronista que, siendo oriundo de Galicia, se constituye en defensor infatigable de la Casa de Braganza y se presenta como un enemigo declarado de los gallegos. En segundo lugar, porque la lógica de los hechos así lo exige: Santa Ilduara era oriunda de Puertomarín (Lugo); de ordinario vivía en las posesiones que su esposo don Gutierre tenía en la cuenca del Arnoya (Orense); cuando en 907 Alfonso III emprendió la marcha contra Coimbra, llevando consigo al conde don Gutierre, que era uno de sus principales caudillos, ¿vamos a creer que don Gutierre iba a consentir que su esposa, doña Ilduara, subiese, en estado, por la Vía Romana de Astorga a Braga, las montañas del Jurés, Santa Eufemia y Porteladome—tres leguas de cuestas empinadas y de despeñaderos peligrosísimos—y recorriese, entre soldados y carros de guerra, las otras catorce leguas que separan a Porteladome de Oporto? ¿No parece más humano que la dejase con sus familiares en Puertomarín o en alguno de los pazos que poseía entre las actuales villas de Ginzo, Bande y Allariz? Opino con la tradición que la dejó en un pazo a orillas del río Salas.

La tradición reza como sigue:

"No era estéril la condesa. Pero se le morían los hijos, recién nacidos. Una vez que el conde don Gutierre se fué en la expedición de don Alfonso III contra Coimbra, vino Ilduara, su esposa, a orar a este valle. Estando aquí, una mañana, subió a la ermita de San Salvador, sola, y descalza, y llorando. Llegó fatigadísima. Así y todo, se puso en seguida en oración. Muy devota de San Miguel, se postró lo primero ante su altar. Allí permaneció largo rato. De pronto, oyó una voz que le decía: "Alégrate, Ilduara, que

tu oración ha sido atendida. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo que será grande delante de Dios y de los hombres". Y sucedió así como el arcángel le profetizó. Santa Ilduara, para agradecérselo, mandó construirle una iglesia en aquellos contornos. Al terminarla, le nació el niño. Pensaba bautizarle en San Salvador. Pero, al subir unos carreteros al monte con la pila bautismal de la parroquia, se les rompió el carro. Fueron a buscar otro. Y, mientras tanto, San Miguel se llevó la pila a su ermita. Entendió la condesa que, con aquella faena, el ángel quería indicar su deseo de que fuese bautizado el niño en la nueva iglesia; y así lo ordenó a los suyos. Le pusieron por nombre Rosendo. Sucedió todo esto a finales del siglo nono o a principios del diez".

Como todas las tradiciones, la de San Rosendo llegó a nosotros envuelta en las gasas de la leyenda. La bola de nieve, al dar vueltas y vueltas, a través de los siglos, falseó algunos hechos y ocultó otros. Por ejemplo: hoy, a la luz de los documentos históricos, es insostenible el mayorazgo de San Rosendo, pues el mayor de los hijos logrados de don Gutierre y de Santa Ilduara consta que fué Munio, el que asistió el 27 de septiembre de 911 a la junta de prelados y magnates convocada por Ordoño II en Aliobro (Portugal) y el que fué padre de don Arias, sucesor de su tío San Rosendo en la mitra mindoniense. A la luz de esos mismos documentos históricos tampoco se puede sostener ninguna enmarcación exacta del pazo en que nació el Santo. Así y todo, la tradición es verídica en lo sustancial del relato: que el nacimiento fué anunciado por San Miguel y que el bautismo revistió mucha solemnidad.

El nacimiento tuvo lugar el 26 de noviembre del 907. El bautismo, a los pocos días. En él actuó de bautizante Sabarico, tío del recién nacido. Con tal ocasión la nobleza felicitó a los condes. Todos los colonos hicieron fiesta. Los esclavos, que recibieron la libertad aquel día, saltaron de gozo. Hubo regocijo general.

Don Gutierre, en acción de gracias, sin dejar sus cargos, se dedicó en adelante a fundar monasterios y reconstruir iglesias. Hábil gobernante y cristiano piadoso, transfundió a su hijo el rico legado de su carácter robusto.

Doña Ilduara, por su parte, fué dotando las iglesias y monasterios que su marido construía, con fincas, con vestiduras, con vasos sagrados. Noble y desprendida, fervorosa y santa, mereció el premio que le profetizara el mensajero celestial: "un hijo grande delante de Dios y de los hombres".

Rosendo, vencida la cuesta de la infancia, pasó a Mondoñedo con su tío paterno, Sabarico II. En los claustros de la iglesia episcopal aprendió los latines e hizo sus primeras escaramuzas por la sagrada Biblia. De sus años allí dicen los biógrafos: "Juventud con peso de anciano; palabras dulces y eficaces; nada de infantilismos ni de vanidades del mundo; amigo de la soledad y de la oración; aplicado en sus estudios, modesto y grave aunque sin desabrimientos; alegre y feliz, pero sin ligerezas; de rostro agradable; de estatura mediana"... Cuando uno se encuentra en los cronicones con fichas escolares como la precedente, siente la tentación de preguntar: ¿no serán elogios de relleno? En el caso del hijo de Santa Ilduara la negativa nos la dan los reyes, los prelados y los nobles que le asocian desde sus doce años a su gobierno, y a sus decisiones, y a sus escrituras—el 18 de mayo de 919 ya suscribe en la corte de los reyes de León, con los prelados y con los magnates, el diploma que su tío Ordoño II concede a aquella iglesia.

No sabemos cuánto tiempo ni en qué año, pero parece indiscutible que pasó una buena temporada en algún monasterio benedictino, que pudo ser muy bien el de San Salvador y Santa Cruz de Puertomarín. En él estudió letras y ciencias. En él saboreó la Sagrada Escritura y leyó a los Santos Padres. En él dicen algunos que fué abad durante unos meses. En él quizá le sorprendieron los que le llevaban la mitra episcopal. En él, al menos, se retiró para medir sus fuerzas antes de dar el sí. En él, sin duda, oró a Dios de esta manera:

"Señor, cuando en mi casa paterna yo crecía entre el relinchar de los caballos y los gritos de los hombres de guerra, Tú me arrancaste de aquel ambiente. Cuando, después, pasé unos años con mi tío, en Mondoñedo, entre clérigos y cortesanos, Tú me trajiste a este remanso de paz... Soy feliz con mis estudios y con mis rezos. Me encanta la soledad y el olor a tojo. ¿Por qué te acordaste ahora de mí? Déjame saborear la cruz desnuda de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Déjame vestir el hábito de San Benito..."

Y allí, en la confusión de su mente y en lo encontrado

de sus sentimientos, tuvo la revelación de que hablan todos sus biógrafos: de que su cruz era la mitra.

Hacia Mondoñedo, por el camino, las espinas de los tojos pinchaban sus pies delicados. Pero el oro de sus flores llenaba, al mismo tiempo, su alma ambiciosa. Cruz-oro, trabajo-mérito, apostolado-santidad, dolor-cielo. Ese era el programa que gritaban a sus oídos los espinosos tojales que florecían en oro en aquel invierno del 925, cuando él contaba apenas dieciocho años.

Mondoñedo—tierra verde, regada como el paraíso terrenal por cuatro ríos—le recibió con los brazos en cruz. Lo mismo el clero que el pueblo yacían sepultados en el marasmo consiguiente a la pérdida irreparable de su pastor Sabarico II; y lo mismo los nobles que los plebeyos y que los esclavos vivían en continuas y enconadas luchas: estaban en la cruz de la orfandad y en la cruz de las desavenencias. En circunstancias tan críticas necesitaban el santo que les enseñase a sacar gusto a su cruz, entusiasmándoles con la cruz de Cristo; el sabio que enfocara y centrara sus vidas desordenadas, calmando los ánimos perturbados e insatisfechos; el guerrero que humillara de una vez a los perturbadores de la paz. Todo eso esperaban del descendiente de los Arias. Todo eso prometía y hacía esperar el peso, y el saber, y la nobleza de Rosendo.

Sentado en la silla de su tío, lo primero que pidió a Dios fué la paz.

Para conseguirla, empezó por reconstruir, ayudado de sus padres, los monasterios e iglesias que lo necesitaban. Con ello serenó y conquistó a los abades de toda Galicia, la nobleza eclesiástica de entonces.

Emparentado por línea paterna y materna con reyes y condes—la nobleza civil de aquellos tiempos—se granjeó en seguida su amistad reconciliando a unos, dirimiendo las contiendas de otros, aconsejando a sus parientes los reyes de León...

De profundos sentimientos humanitarios, sufría horrorosamente ante los abusos con la esclavitud. Eso le llevó a trabajar por su abolición, empezando por dar él paulatinamente libertad a sus esclavos; y siguiendo por recomendar lo mismo a los nobles y señores. Con eso se convirtió en el padre de todos los libertos. Con eso centró en sí todas las esperanzas de todos los que aspiraban a la libertad. Y con eso calmó los ánimos de todos los oprimidos.

Esa triple actividad del hijo de Santa Ilduara: en el orden monacal, en el orden militar y político y en el orden social, refleja el carácter singular, por lo multiforme, de su episcopado en Mondoñedo.

Lo segundo que pidió San Rosendo al Señor desde la silla de su tío fué la gracia de retornar a la vida ordenada del claustro.

"Y sucedió que, hallándose una vez en oración en el monasterio de Caaveiro, le reveló el Señor que era su voluntad que fundase un gran monasterio en el lugar de Villar, en tierra de Bubal, a orillas del Sorica o Sorga, afluente del Arnoya. Esta revelación debió tenerla hacia el año 934; por ella comprendió San Rosendo que el nuevo monasterio habia de ser su lugar de descanso."

El primer paso que dió fué asegurar la posesión del solar, consiguiendo que su hermano Fruela y su prima Jimena cediesen todos sus derechos sobre la finca de Villar a favor del futuro monasterio.

Asegurada la posesión, en aquel valle de la provincia de Orense, "donde los vientos eran apacibles, los bosques bienolientes, el riachuelo suave y la soledad mucha", se oyó por primera vez el martillo y tableteo de los que preparaban andamiajes. A los pocos días, el repiqueteo desacompasado de los canteros hizo pensar en el próximo repique de las campanas y en la salmodia rítmica de los futuros monjes.

Ocho años. Donaciones de ricos y de pobres. Sobre todo, de Santa Ilduara. Idas y venidas del obispo de Mindoni. Entusiasmo en todos. Expectación.

Y el 25 de septiembre del año 942—domingo—San Rosendo vió coronados sus anhelos. Recibió el abrazo fraternal y de felicitación de once obispos—los de los reinos de Galicia y León. Le besaron afectuosamente la mano veinticuatro condes. Le reverenciaron como a padre y pastor larga serie de abades, presbíteros, diáconos, monjes. Y oyó los aplausos de la muchedumbre, entusiasmada ante la grandiosidad del monasterio y la solemnidad del acto.

Consagrada la iglesia y firmada la escritura de dotación, en la que nos dejó un perfecto retrato de su alma, entregó el báculo de Cela-nova (que así se llamó desde entonces Villar) al monje Franquila, abad que había sido de Ribas del Sil. Y Celanova fué en adelante el blanco de las miradas de todos los fieles, el espejo de todos los mo-

nasterios de Galicia, y la heredera casi forzosa de todos los familiares del Santo y de muchos condes y reyes del noroeste de la Península.

El fundador de Celanova se volvió a su Mondoñedo. Allí siguió apagando rencores, satisfaciendo avaricias, pacificando matrimonios, sofocando conspiraciones, serenando ánimos... De vez en cuando se le recrudecía la tentación de Puertomarín:

—Los nobles creen. Los demás, también. Pero las pasiones, que los siglos legaron a unos y a otros, no se calman con un soplo. ¿Qué habré hecho yo para que el Señor me condene a esta lucha y a este destierro? ¡Si mi mundo es el claustro!...

Otras veces recordaba la visión de Caaveiro:

—Señor, ya está terminada la Cela-nova. ¿Ha llegado la hora de irme?

Y un día cayó en la tentación de renunciar a la sede mindoniense. Y otro, se arrodilló ante San Franquila, abad de su monasterio, y le habló así:

—Padre, el hábito y un rincón.

Y otro, le vieron los monjes como uno de tantos, rezando y estudiando, y trabajando...

Fué feliz, lejos de los negocios y de los nobles y de las responsabilidades de la mitra. Sólo tres personas turbaron su paz: el ángel de su guarda, su madre y el rey. El ángel de su guarda porque bajaba al coro a rezar con él y le alumbraba con sus alas de luz, y le obligaba a profetizar el futuro, y le infundía compasión para que curara a los enfermos y resucitara a los muertos... Su madre porque cada día le llegaba con una nueva donación y porque, después de asegurar detrás de sí una espléndida estela de santidad, murió como los justos en su monasterio de Vilanova—a cuatro kilómetros de Celanova—el 20 de diciembre del 948. El rey Ordoño III porque le sorprendió con la orden siguiente:

"Ordoño rey, al padre y señor Rosendo: Salud en el Señor. Por el mandato serenísimo de este nuestro decreto te encargamos el gobierno de la provincia que mandó tu padre y terrenos adyacentes hasta la mar, de suerte que todos concurran allí a obedecerte en las cosas de nuestro servicio y cuanto dispongas lo cumplan sin excusa ninguna. Dado el 19 de mayo del año 955."

Es ésta otra faceta de la vida de San Rosendo. La patria le arrancó de la paz de su celda. Por la patria, monje se trocó en gobernador. Y por la patria sus labios, que sabían bendecir y salmodiar, ahora dieron órdenes y refrenaron abusos; sus manos, que habían empuñado el báculo y consagrado iglesias, ahora sujetaron las riendas de un caballo de guerra y blandieron la espada.

Durante su gobierno cruzaron los moros el Mondego y llegaron hasta el Miño, como una ola de sangre y de terror. Enterado nuestro héroe, les salió al paso. Y les obligó a retornar, maltrechos, a sus reales.

Poco después—en 968—tuvo lugar la invasión de los normandos. Un año entero de robos, de incendios, de profanaciones, de raptos..., de horror. San Rosendo, mientras reunió y armó a sus tropas, dejó que se cebara la furia y la avaricia de los invasores. Cuando vió que, cargados de despojos, intentaban embarcar para sus tierras, lanzó contra ellos al conde don Gonzalo. Y los hijos de Odín, impetuosos como su dios Thor, se encontraron con que habían agotado el furor salvaje de las valkirias y con que les arrollaba la venganza más que justa de los indígenas. Borrachos de triunfos y de botines, se habían creído inatacables. Pero la realidad fué que, en virtud de la táctica y estrategia militar de San Rosendo y del valor del conde Gonzalo, las olas vieron expirar a todos y cada uno al filo de la espada, y el mar acogió en su seno a sus naves vacías. Al día siguiente, los techos de paja de las cabañas normandas de Foz, Cervo, Villaronte y Ribadeo no echaban humo. San Rosendo, desde lo alto de la Agrela—acantilado cuyos pies lamen las olas cantábricas—respiró paz y satisfacción y agradecimiento popular. Y bendijo las aguas que tragaron a sus enemigos, y las aldeas e iglesias destruídas y a todas las familas afectadas por el horror de la invasión.

Y una riada de tranquilidad y de prosperidad inundó a toda Galicia.

Mientras tanto, su libertador, normalizadas todas las actividades industriales y agrícolas, pensó en retirarse de nuevo a las órdenes de San Manilán, el sucesor de San Franquila en Celanova.

En esto, hacia el año 970, quedó vacante la sede compostelana. Todos le señalaron a él con el dedo. Pero su humildad y la esperanza de volver a Celanova le obligaron a negarse. Sólo a instancias de los nobles y de la infanta

doña Elvira, tutora del rey don Ramiro III, aceptó la administración provisional de la diócesis del apóstol. Se cuidó, empero, muy mucho de firmar: "Apostolicae Cathedrae et Sedis Iriensis Rudesindus Episcopus commissus". Temía que diesen por hecho que aceptaba la propiedad.

Poco tiempo rigió la diócesis del apóstol. Aun así, en ese breve tiempo, reformó la disciplina de varios monasterios, revisó, para evitar complicaciones, las escrituras de dotación de las diversas iglesias, asistió a un concilio en León, acompañado de San Pedro de Mezonzo, y contagió dinamismo apostólico a los monjes y a los clérigos.

Hacia el 974 cayó definitivamente en la tentación de encerrarse en Celanova.

Allí pasó sus últimos años, entregado a la oración y a la predicación. Y a la edificación de los monjes con el ejemplo. El diácono Egilano, en una donación que hizo a Celanova, le retrata en este período de su vida con estas palabras: " A vos, egregio obispo, señor Rosendo, padre santísimo, verdadero maestro, que enseñáis a vuestros súbditos con la palabra y con las obras..."

Allí se rodeó de un buen grupo de monjes con grandes valores humanos y les dió su impronta de piedad y amor a la cruz, su impronta de disciplina monacal y su impronta de ejemplaridad para todos. Con otras palabras: allí perpetuó el simbolismo de su escudo de armas.

Y allí apagó sus días el 1 de marzo del 977, después de haber reflejado en su testamento su fe, su saber escriturístico, su humildad, su amor a la Orden benedictina, su predilección por Celanova y su deseo de vivir por toda la eternidad como había vivido todos los días de su azaroso peregrinar por la tierra: "bajo la providencia de Dios".

Los monjes que cerraron sus ojos, conservaron sus restos mortales como el mayor y mejor de los tesoros del monasterio.

CESÁREO GIL.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 1 de marzo, diversos documentos antiguos.
MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, V p.524s.
GAMS, B., *Kirchengeschichte Spaniens*, II 2 p.405s.
MIRANDA, PEDRO DE, *El Bautista español y predicador verdadero, San Rosendo* (Madrid 1665).
LÓPEZ FERREIRO, A., *Biografía de San Rosendo* (Mondoñedo 1907).
LÓPEZ Y CABALLEIRA, *San Rosendo* (1909).
SÁEZ, E., *Notas al Episcopologio minduniense y los ascendientes de San Rosendo*: "Hispania" vol.6.

2 de marzo

BEATO ENRIQUE SEUSE (SUSO), O. P.

(† 1366)

Con el Beato Enrique Seuse sube a los altares lo mejor y más seguro del movimiento místico que florece a lo largo de las orillas del Rhin en los alrededores del 1300.

En ese recodo del tiempo la historia de Europa es turbia y confusa como pocas veces. En el fondo está—ya entrado el siglo XIV—la lucha entre Juan XXII y Luis de Baviera, uno de tantos episodios que jalonan tristemente las disensiones seculares entre el Papado y el Imperio. Esta lucha envenena toda la vida social y religiosa de la inmensa mayoría de los pueblos europeos. Las disensiones florecen violentas por doquier. Se usarán todas las armas imaginables, espirituales y temporales, para conseguir cada cual sus intentos. Y los intereses sacrosantos de la gloria de Dios pagarán las consecuencias. Nuestro Beato ha tenido que vivir en el teatro más afectado por estas querellas: el sur de Alemania.

Pero no fueron sólo estos grandes problemas los que ponían por entonces en tensión los espíritus. Las guerras, la inseguridad consiguiente, el feudalismo en su retroceso inevitable, las pestes... A mediados del siglo la llamada "peste negra" pondrá el colmo a este endémico flagelo, y aumentará la confusión y el desorden por todas partes. Los postreros años del Beato estarán ennegrecidos por esta turbación agobiante.

Todo ello trajo como consecuencia una crisis espiritual excesivamente grave. Por una parte, una mentalidad inquieta en varios pensadores, rayana o algo más con la herejía. A su vez la relajación y la libertad en las costumbres. Por otra parte, una reacción espiritual que protesta reciamente ante la conculcación de los derechos del espíritu, amenazada y pisoteados. Pero—signo de los tiempos—esa reacción no sabe en muchas ocasiones mantenerse en sus justos límites, y roza con la actitud herética o cismática, si es que no incide francamente en ella.

Las sectas hereticoides pululan por Francia, por Alemania, por Italia... Particularmente doloroso es el historial de los "espirituales" franciscanos, en parte auténtico y en parte degenerado y falso. Todas aquéllas pretenden reformar y evangelizar la Iglesia. Sus consignas son, al parecer, de una pureza espiritual exquisita. Pero esconden la rebeldía ante la norma externa, y caen fácilmente en las mayores aberraciones doctrinales y prácticas. Y todo se mezcla con las turbias corrientes de la política humana, para que resulte más complicado y más difícil.

Sin embargo, la Iglesia santa, siempre a pesar de todo santa, produjo entonces también magníficos frutos de santidad. Si algunos movimientos espirituales de aquellos días son equivocados o al menos sospechosos, otros saben guardar el equilibrio conveniente y producen una cosecha de exacta y hasta llameante espiritualidad.

Uno de estos últimos nos lo ofrecen varios grupos de espirituales que se apretujan en la zona más o menos señalada por el paso del Rhin. Pertenecen principalmente a la Orden de Santo Domingo. Y tienen como maestro venerable al pobre Eckart. Su nombre hay necesariamente que evocarle al hablar de Seuse. Sin él Seuse como místico no sería quizá ni siquiera pensable. Eckart ha nacido cerca de Gotha hacia 1260. Hecho dominico, ha ejercido el magisterio en París, en Estrasburgo y en Colonia. Magisterio de la cátedra, de la predicación, y de la dirección de las almas. Indudablemente su alma ha sido de una elevación extraordinaria. Y su mente, amasada de luces evangélicas, conjugadas de platonismo y de tomismo, se ha lanzado por la pendiente de una originalidad atrevida de expresión, que ha comprometido su reputación de ortodoxo. El se ha sometido fielmente de antemano al juicio de la Iglesia, ante las acusaciones de sus émulos. Y ha muerto en 1327, no sabemos dónde, quizá caminando tristemente hacia Avignon para esperar el fallo del Vicario de Cristo... Este fué adverso y condenatorio cuando, en 27 de marzo de 1329, se dió. Pero no todo quedó hundido en esa hora negra. Sus discípulos mejores han sido fieles a la memoria buena del maestro, aunque tuviesen el cuidado de evitar los malentendidos a que se exponía la manera menos exacta de hablar de aquél, y que le mereció el justo anatema de la autoridad eclesiástica. Juan Tauler, O. P. y Enrique Seuse, O. P., serán los más valiosos

y más conocidos. Detrás de ellos una lista numerosa podría trazarse, hasta contar en ella con un nombre glorioso como pocos en toda la historia de la espiritualidad: el del Beato J. Ruysbroek. Pero volvamos a nuestro Beato. Con él, como antes ya decía, sube a los altares todo lo salvable—que es muchísimo—de la espiritualidad dominicana de la escuela de Eckart.

Para trazar la silueta biográfica de Enrique Seuse no contamos prácticamente con más documentación que sus obras escritas. Pero descartando desde el primer momento su pretendida autobiografía. Mucho se ha discutido acerca de la autenticidad o no de la misma. Para mí es evidente que no ha salido de sus manos, aunque lo sustancial de lo que allí se dice, sea quizá verdadero. Con los datos que aportan las obras indudables de Seuse y algunas otras escasas noticias, podemos reconstruir así, esquemáticamente, su vida.

Ha nacido hacia 1296, en Suabia, fría y umbrosa por sus bosques, aunque riente y casi meridional a la vez. Parece seguro que su villa natal ha sido Constanza (Uberlingen ha pretendido también ser su cuna). Quiere decir que su infancia ha discurrido junto a las aguas de su lago famoso, principal fuente del Rhin. Por su padre (un pañero de Constanza?) era von Berg. Por su madre, piadosa y sensible, era Seuse, cuyo apellido él tomó.

A los trece años, con dispensa de edad, ha sido admitido en el convento dominicano de Constanza, que desde 1236 se elevaba a orillas del lago. Pertenece a la provincia teutónica, floreciente con sus cincuenta monasterios extendidos por Brabante, Colonia, Alsacia, Suabia, Franconia meridional y Baviera. La Orden vive todavía bajo el esplendor que la dieran un Alberto el Magno (suabio también) y un Tomás de Aquino, cuyas doctrinas serán las oficiales en la Orden desde 1270. Por aquellos días la ilustra la fama del maestro Eckart "a quien parece que Dios nada ha ocultado". Seuse habrá seguido allí sus cursos de estudio: primero el latín, la lógica y la retórica, luego el año de noviciado, dos cursos después de *Officium divinum* y de estudio de las Constituciones; a continuación cinco años de filosofía, y tres de teología (uno de Biblia y dos de comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo).

Entonces, hacia sus dieciocho años de edad, tiene lu-

gar su "conversión". El *Horologium*, obra ciertamente suya, nos ha dejado constancia de aquélla. ¿En qué consistió en definitiva? Es difícil precisarlo. Pero lo que parece evidente es que desde entonces empieza una vida de fervor, que antes no existía. El alude allí a forcejeos de su alma, a una crisis de la misma que se debate algún tiempo entre altos y bajos. Habla de visiones, que parecen ser sencillamente ilustraciones de su alma (él mismo dice que no deben tomarse a la letra como realidades consistentes), transferidas en tono simbólico imaginativo por su rica y poética sensibilidad. Su fórmula es la sabiduría de los libros santos. Ella es su ideal, la esposa de su alma. Pero ideal que se encarna en Jesucristo, el Verbo hecho hombre. A ella se consagró y se entrega. Para ella serán todas las ilusiones y trabajos de su vida. Sin duda, desde este momento, su austeridad de vida aumenta enormemente. Los tiempos eran propicios para ello. Y las referencias a lo largo de sus escritos nos dicen sobradamente de ello. Sin necesidad de admitir las evidentes exageraciones de su seudoautobiografía, que habla de penitencias corporales casi inimaginables.

En 1320 es enviado a Colonia al *Studium Generale* de la provincia teutónica. Allí, durante otros tres años, cultivarán la teología los que son dedicados para ser "maestros". En Colonia el maestro de los maestros es Eckart. Seuse ha quedado encantado, por su pureza de vida y su elevación de doctrina. Pero son los años en que el venerado maestro es vencido por sus enemigos y por sus mismas audacias de expresión. Seuse le será fiel hasta morir. Por esos años él compone su *Libro de la Verdad*, que no será otra cosa más que la enseñanza de Eckart, mitigada en su manera de decir y justificada en cuanto a su contenido. De Colonia hubiera pasado a París para recibir el grado de maestro. Pero no fué así, y retornó a Constanza. Quizá se había hecho sospechoso por su adhesión a Eckart. Quizá su humildad rehuyó también esos honores humanos. En el *Horologium* nos habla de una especie de visión en la que se le adoctrina sobre la vanidad de esos títulos y preeminencias.

Parece que a partir de 1327 es "lector" en su convento de Constanza. Pero las persecuciones se abaten sobre él. Su amistad con Eckart le ha comprometido. Su *Libro de la Verdad* (y quizá ya algún otro) es sospechoso. Seuse

es juzgado en un capítulo provincial, que no resulta fácil determinar a los historiadores. Y pierde su lectorado. Ciertamente es un fraile en desgracia. La sabiduría trata así a su esposo de sangre. Para explicar esta situación no olvidemos el telón de fondo de los tiempos difíciles. No olvidemos el caso de Eckart. No olvidemos sobre todo que dentro de la misma Orden de Predicadores la división se acentúa por momentos. Las revueltas externas se filtran hacia dentro. Es cierto que los dominicos se mantuvieron generalmente fieles al Papa. Pero los vientos agitados que corrían no ayudaban, antes al contrario, al florecimiento de la vida religiosa acentuada e intensa. Los espíritus se dividen en fervientes y en laxos. Seuse es de los primeros, con Eckart, con Tauler... Pero triunfan los otros. Sin embargo, bajo los golpes de la prueba, los fervorosos se ayudan y animan a ser mejores. La llama sigue encendida y, si cabe, más ardiente. Aunque a veces también se mezcle allí la cizaña, y se den abusos condenables. Los grupos de los llamados "amigos de Dios" son admirables. Sacerdotes seculares, religiosos y religiosas, seglares... todos toman parte. Seuse está allí, entre los primeros. Cultivará su vida espiritual propia, escribirá libros y cartas, predicará por los pueblos, pero principalmente dirigirá religiosas de su Orden, cuyos monasterios son de los más florecientes en Alemania.

Su vida apostólica externa no debió ser muy llamativa. Recorre, es cierto, la Suiza, la Alsacia, el valle del Rhin... Pero no es el misionero, el predicador célebre, como lo fué Tauler, por ejemplo. De hecho no nos quedan apenas testimonios escritos: un par de sermones, y no populares, sino para auditorios escogidos.

Su gracia especial estuvo en la dirección de sus hermanas dominicas. Sobre todo, se beneficia de ella el monasterio de Töss, cerca de Winterthur, donde se encuentra su principal hija espiritual, Elsbet Stagel. Es a ella, a su veneración por su padre del alma, a quien debemos la colección de sus cartas, y seguramente también lo que de aprovechable y de verdad hay en la seudoautobiografía, que ha debido como tal amañarse en el círculo devoto del convento de Töss. Allí, en aquel ambiente cálido y deseoso, ha debido refugiarse más de una vez el alma perseguida y dolorida de Seuse, cansada de correr por los caminos espinosos de su tiempo y de sus tierras angustiadas.

De 1338 a 1349 prácticamente se nos pierde la traza de nuestro Beato. En la lucha entre Juan XXII y Luis de Baviera, Constanza vive en entredicho eclesiástico. El obispo es fiel al Papa y con él la mayoría de los dominicos. Pero la ciudad en general está por el emperador. Los padres predicadores tienen que emigrar. Uno de ellos, Seuse. No sabemos si pasa estos años en Diessehofen o en Schottenkloster. Quizá los pasa más en los caminos, en las ventas, en las hospederías de los monasterios femeninos de su Orden. Parece que nuevas pruebas llueven por entonces sobre él. La *seudovida* habla de una calumnia lanzada contra él en estos últimos tiempos—una mala mujer a la que quiso sacar de su vida de pecado habría levantado contra él un horrible testimonio falso—. Ello trajo consigo el abandono de sus amigos, y la sospecha y hasta el castigo de sus superiores. Dada la inseguridad de la fuente histórica nada podemos afirmar.

Pero sí que a lo largo de estos años maduros de su vida espiritual, los escritos van cayendo de sus manos, sembradoras del bien. Primero *El Libro de la Verdad*, de que ya hemos hablado. Especulativo, eckartiano, difícil a ratos. Luego el *Horologium sapientiae*, su obra latina, la principal obra para conocer datos sobre su vida, y quizá en conjunto de toda su doctrina. Sigue después *El Libro de la Sabiduría eterna*, y en forma dialogada como casi todos sus libros. Y como todos, a excepción del *Horologium*, escrito en su dialecto suave, viejo alemán del sur. Esta obra es menos especulativa que el *Libro de la Verdad*. Es quizá la más típica de Seuse, en que sobre la base del vuelo mental de Eckart, vuelca toda la ternura y fina sensibilidad de su alma soñadora. Prácticamente es un comentario devoto, bordado sobre los padecimientos de Cristo y de su Madre dolorosa, que él contempla con amor y compasión, muy finales de Edad Media. Las corrientes espirituales bernardina y franciscana se combinan preciosamente aquí con las corrientes doctrinales aristotélica y platónica de los maestros Tomás de Aquino y Eckart. *El Libro de la Sabiduría eterna* termina con las *Cien consideraciones* y oraciones piadosas, que son para recitar todos los días. Es posible que estas aspiraciones de su alma fuesen escritas en otra ocasión anterior, y luego añadidas a esta obra más grande. Tenemos además el *Pequeño y el grande libro de las cartas*. Ambas colecciones parecen auténticas y la mayoría de sus piezas están dirigidas a sus hijas espirituales de los monasterios dominicanos. En estas cartas aparece el alma del Beato en toda su naturalidad y frescura. Datos biográficos, doctrina, rasgos delatadores de su psicología espontánea..., todo se encuentra allí, sin esfuerzo ni retoques. Nos quedan finalmente dos *sermones* (*Lectulus noster floridus*, e *Iterum relinquo mundum*), como muestras de su predicación insinuante, mística, pero no para masas, sino para las almas selectas de sus dirigidas.

Los últimos años se consumen en Ulm. ¿Fué confinado allí como penitencia por sus supuestos e inexistentes pecados? ¿Fué por sencilla disposición administrativa de sus superiores? Nada sabemos. Ni los quehaceres que llenaron sus horas. Es de suponer que seguiría su apostolado de dirección de almas. Probablemente daría también a sus escritos las manos postreras. Los viejos documentos señalan el 25 de enero de 1366 como el de la fecha de su muerte. Y que fué sepultado junto al altar de San Pedro de Verona de la iglesia de su convento de Ulm. Sus restos no han podido ser encontrados y yacen perdidos en aquel templo, desde hace siglos, vacío y frío bajo el dominio protestante. Fué en 1831 cuando Gregorio XVI beatificó y puso en los altares a este siervo de Dios.

Más noticias que de sus hechos externos tenemos de su misma alma. Sus escritos nos la entregan en gran parte... Sin embargo, nada más en parte. Pues el alma, toda alma, máxime de la grandeza de un Beato Seuse será siempre un misterio.

Para tratar de comprenderla no perdamos de vista su tiempo y sus circunstancias. No olvidemos de situarle en aquellos momentos, ni de colocarle, al querer explicarle, en la corriente espiritual tomista—eckartiana—. De otro modo sería absolutamente ininteligible.

El Beato Seuse es evidentemente un alma mística. Mística en el sentido más estricto de la palabra. Podrían, sin embargo, despistarnos en este terreno dos dificultades que en seguida se ofrecen. En primer lugar, los antecedentes magistrales que ha vivido el Beato. La doctrina del maestro Eckart ¿se basa sobre una experiencia, o es solamente una dialéctica religiosa de vuelo sublime? Lo último es innegable: Eckart prolonga y matiza la concepción neoplatónica del cristianismo griego, representado especialmente

por el Seudo-Dionisio. El alma, imagen de Dios, vuelve a Dios, al Unum, la Nada Infinita, a través de una ascesis total y de una elevación mística que Dios mismo provoca. Eckart, con sentido sobrenatural y cristiano, ha descrito con frases incisivas la misteriosa generación mística del Verbo en el alma, cómo el Padre pronuncia allí su palabra y la une misteriosamente a su vida abisal trinitaria. A veces ha dicho, sin querer, demasiado. Pero ¿cabe allí una realidad vivida, experimentada? Sin duda que sí, sea de hecho lo que sea en cada caso. Seuse ha recogido ese esquema, lo ha prudentemente explicado y ha tratado de expresar con él las vivencias de su íntimo secreto escondido.

En segundo lugar, otra pregunta pulsa en seguida a quien se acerca a sus páginas: ¿no nos hallamos ante un artista que pinta poéticamente y que compone, por consiguiente, trasponiendo sus sueños, sus imaginaciones, las emociones de su fina sensibilidad? Ciertamente, hay que admitirlo. Sin embargo, inclinándose sobre esos escritos—ni muchos, ni pocos, los suficientes—repasándoles con cuidado, se llega a distinguir perfectamente el envoltorio y el contenido. Y se llega a la convicción de que el autor de los mismos ha conocido y gustado lo que trata de balbucir, sirviéndose para ello de las fórmulas que le ofrecían sus maestros y las que encontraba en los repliegues de su alma, transida de sentido de la belleza y de ingenio artístico.

Con todo es difícil trazar el itinerario místico de su alma. Quizá él mismo no lo hubiera podido nunca dibujar. El trazado fundamental será el siguiente:

Primero, la conversión a que aludimos antes. En el fondo del alma se ha dejado sentir la invitación misteriosa a la entrega perfecta: "Sábete que el renunciamiento interior conduce al hombre a la suprema verdad" (*El Libro de la Verdad,* 1,3).

Luego, la visión de la sabiduría divina, que encarnada en Jesucristo será el signo de toda su vida endiosada. Un día hasta externamente marcará su pecho con el nombre de Jesús.

Los estados infusos de elevación y de éxtasis serán en adelante frecuentes en su vida. Los documentos significativos podrían multiplicarse hasta la saciedad.

Pero esta unión mística florecida en el alma exige las terribles purificaciones, que hace inevitables la pureza infinita del Dios que se entrega. Seuse ha padecido esas pruebas del amor.

Pruebas internas y externas. Porque Jesús, la sabiduría divina, ha querido sellar con su cruz de un modo especial la vida de nuestro Beato. Es uno de los casos más interesantes de almas crucificadas que conocemos en la historia de la santidad cristiana. La sombra de la cruz se proyecta en ella siempre. El mismo ha dicho (Carta XXVIII): "Su pasión—de Cristo—es el tesoro de sus pobres". Para él lo fué multimillonariamente. Todos los sufrimientos llovieron sobre él. Y las páginas que arrancaron a su pluma hecha lira son tan abundantes y maravillosas, que quizá en toda la literatura cristiana no haya otras en conjunto que las puedan igualar. El ha "soportado" a Dios, según su expresión, entre lágrimas y sonrisas, entregado totalmente a su misericordia y a su amor. Una imagen, que él narra en su carta XII, es como el gráfico de su vida sangrante: un día que había tenido que sufrir mucho por penas interiores y por desprecios y humillaciones externas, vió desde la ventana de su celda a un perro que jugaba en el patio con un trapo cualquiera. Lo mordía, lo babeaba, lo arrastraba, lo rasgaba... Una luz se hizo en su alma: "Así debes tú hacer... Se te arroje en alto o se te tire abajo, aunque se te escupa..., tú debes aceptarlo todo alegremente, sin protestar, como el trapo, si él tuviese conciencia..." Así fué su vida toda, cristificada. Así se nos fué, calladamente, en un día de invierno, bajo el cielo grisáceo de Ulm, sin que nos fuese dado recoger el recuerdo de su última palabra, sin que se nos refiriese para satisfacer nuestra curiosidad devota la expresión de su última mirada. La sabiduría divina se lo llevó consigo para abismarle en la mismidad de su gloria, en su radiante luz...

Su influencia doctrinal ha sido relativamente grande. Casi siempre en el conjunto que forma esa escuela mística del Rhin. Aunque dentro de él Seuse es el más suave y afectivo, el que más ha sabido juntar la especulación alta con la ternura humana. Por eso el más cristífero de todos ellos, el más aprovechable en general. Sobre todo a través de la edición latina que hace el cartujo Surio (1555) de sus obras, Seuse fué conocido por doquiera. ¿Lo leería nuestro San Juan de la Cruz? No es posible contestar a esta pregunta. Pero no sería extraño que alguna vez pudiera

rastrearse alguna proyección más o menos indirecta de nuestro Beato en el más grande de los místicos de la cristiandad. De la escuela renana como tal, tomada en bloque, el rumor allí existe. Pero es prácticamente imposible precisar algo más. Lo que es indudable es que muchas páginas de Enrique Seuse, si no son todas, pueden todavía, y seguramente siempre, hacer bien a las almas. Que se las debe, por consiguiente, editar y propagar.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 2 de marzo, *Autobiogr.* o *Vita*, escrita por su discípula E. STAGEL, traducida al latín por L. SURIUS.
Obras de Suso: THIRIOT, O. P., *Oeuvres mystiques du Bx. Suso*, 2 vols. (1899).
ANGELET-HUSTACHE, J., *Le Bienheureux Henry Suso:* Col. "Maîtres de Spiritualité chrét." (1943).
HORNSTEIN, J. DE, *Les grands mystiques allemands du XIV siècle* (1922).
ZELLER, R., *Le Bx. Henry Suso* (1922).
LAVVAUD, B., *L'oeuvre mystique de Henry Suso*, 3 vols. (1946).
CLARK, J. M., *Horologium Sapientiae. The little book of Truth. The Life of the Servant* (autobiogr.) (1952).
BIZET, J. A., *Henry Suso et le déclin de la scolastique* (1947).

3 de marzo

SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO, MARTIRES

(† ca.298)

Con razón Prudencio se lamentaba: "¡Oh inveterado olvido de la antigüedad callada! Esto mismo se nos envidia, y se extingue la misma fama. El blasfemo perseguidor nos arrebató hace tiempo las Actas para que los siglos no esparcieran en los oídos de los venideros, con sus lenguas dulces, el orden, el tiempo y el modo indicado del martirio" (*Peristephanon* hym.I vv.73-78).

Y lo confirma Eusebio, diciendo que bajo el imperio de Diocleciano se promulgó un edicto imperial ordenando destruir los sagrados códices en los que se contenían las Actas de los mártires, para que nada de ellos quede de recuerdo (Kirch, *Enchir. Font.*, núm.446).

Por eso hemos de bucear cuidadosamente en los escritos antiguos para deducir lo que quisiéramos tener por cierto, no sea que las laudes que de los mártires Emeterio y Celedonio digamos, no se encierren en los marcos ciertos que son su mejor orla.

Calahorra celebra desde el siglo III la gloria de dos hijos suyos llamados Emeterio y Celedonio, que sufrieron martirio por la fe de Jesucristo en una de tantas persecuciones como el Imperio romano decretó contra la Iglesia.

Pocos son los documentos de la antigüedad que narren sus vidas y su martirio. El poeta Aurelio Prudencio, gloria calagurritana, ha dejado descrita parte de la vida y bellamente narrado su martirio en el primer himno del *Peristephanon*, escrito, como dicen los críticos, antes del año 401, fecha en que se ausentó de Calahorra para trasladarse a Roma.

Sabemos dónde los Santos—como Calahorra llama a sus mártires—labraron el final de su corona; no sabemos, empero, dónde el sol iluminó sus cunas ni dónde la fe los amamantó para Cristo.

Bien pudo ser Calahorra, la gloriosa e histórica, quien acunó a sus Santos, ya que en tiempos antiguos fué lugar preeminente de reclutamiento para dar soldados expertos y valientes al Imperio. Y fieles, como pocos, fueron elegidos para cuidar de la sagrada vida de los que regían los destinos del mundo, como narra Suetonio al hacernos saber que Augusto tuvo su guardia personal de calagurritanos (Suetonio, *Vitae Caesarum. Augustus*, 49,1).

Soldados sí lo fueron: "Los soldados que quiso Cristo para sí, dice el vate calagurritano, no habían llevado antes una vida desconocedora del duro trabajo; el valor, en la guerra acostumbrado y en las armas, lucha ahora en pugnas sagradas" (vv.31-33).

Y de Calahorra posiblemente fueron naturales, porque en esta histórica ciudad les sorprendió la persecución, habiendo tenido que dejar "las banderas del César, eligen la insignia de la cruz, y, en vez de las clámides hinchadas de los dragones con que se vestían, llevan delante la señal sagrada que deshizo la cabeza del dragón" (vv.34-36).

¿Cuál había de ser su refugio al abandonar la legión romana, sino su pueblo natal, donde, al abrigo de parientes y amigos, cultivan las tierras o se dedican a la artesanía, tan apreciada por entonces?

Ha sido para muchos motivo de duda, e incluso motivo de dar a los Santos la ciudad de León como lugar de nacimiento, el dato que nos suministran los antifonarios, leccionarios y breviarios de León, pertenecientes al siglo XIII. Dicen que Emeterio y Celedonio eran *ex legione*, traduciendo esa frase: de León. Sin duda alguna ha de leerse: pertenecientes a la Legión VII Gemina Pia Felix, que estuvo acampada cerca de la antigua Lancia (hoy León), y que, por ello, con toda seguridad, tiene dedicada León una calle a la Legión VII.

Aclara este concepto el documento histórico llamado *Actas de Tréveris*, del siglo VII probablemente, al expresar que "es fama que los soldados Emeterio y Celedonio fueron legionarios en el lugar del que toma hoy el nombre la ciudad".

Durante el ejercicio militar fueron honrados con la condecoración romana de origen galo llamada *torques*, o collar, como dice el poeta: "Quitadnos los collares de oro, premios de graves heridas" (v.65). Esta condecoración estaba tachada de pagana en los días de Prudencio y lo expresa la carta que los Padres conciliares de Aquiles dirigen a los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio.

No es sorprendente que a las distinciones primeras sucedan ahora los vituperios y persecuciones, porque la historia nos testifica de altos oficiales vilmente degradados, incluso soldados ignominiosamente arrojados del servicio militar por el *grave delito* de ser cristianos. Apostasía o abandonar el ejército romano, puede ser el lema de esta persecución, conforme dice Prudencio: "Sucedió entonces que el cruel emperador del mundo ordenó que todos los cristianos se llegaran a los altares a sacrificar a los negros ídolos y dejaran a Cristo" (vv.40-42), por lo que si para los ajenos a la legión era difícil pasar desapercibidos, mucho más lo sería para estos soldados, que tenían ciertos ritos paganos como obligatorios en sus ordenanzas militares.

No queda a los Santos otra salida que dejar la legión romana y retirarse a su ciudad natal, donde, al amparo de los hermanos en la fe, pueden seguir sirviendo a Cristo y ser ejemplos vivos de entereza cristiana para aquellos habitantes que no todos, por desgracia, sentían pujante en sus entrañas la vitalidad religiosa de la fe.

Sorprende un dato digno de tenerse en cuenta: como no registra Prudencio el lugar de nacimiento de los mártires, tampoco expresa circunstancias ni nombres por donde vengamos en deducir la fecha aproximada de su martirio. ¿Fué en la persecución de Diocleciano, al principio de la misma, cuando estaba en apogeo la influencia de Galerio en Oriente y en Occidente la de Maximiano Hércules? ¿Fué en la persecución de Valeriano, en la segunda mitad del siglo III como los mártires de Cirta, cuyas cabezas fueron segadas en las márgenes de un río, por donde rodaron aquellos sagrados despojos?

"Ignórase a punto fijo la época de su martirio—escribe La Fuente—y que suele fijarse a mediados del siglo III, y aun algunos escritores la adelantan al siglo II. Es lo cierto que el poeta Prudencio, nacido a mediados del siglo IV, habla de aquel suceso como de cosa antiqua, lo que no pudiera decir si el martirio hubiese tenido lugar en tiempo de Daciano, hacia el 304, época a la cual alcanzaron los padres del poeta" (*Historia eccl.* I p.106).

Sin embargo, como las fechas y el lugar no parecen tener importancia para los escritores antiguos, hemos de conformarnos con seguir la huella gloriosa que de ellos nos ha dejado el poeta en sus bellos versos tetrámetros trocaicos catalectos, relegando estos datos que a nuestra crítica moderna tanto importan. Tanto mejor para ilustrar con el dulce recuerdo aquellos años que no los podemos contar.

Existe en la parte alta de Calahorra, en donde antaño estuvo la catedral y más tarde un convento de franciscanos, una magnífica iglesia dedicada al Salvador, título que conserva, casi con seguridad, como imborrable recuerdo de aquella primera catedral visigótica dedicada al Salvador y que fué destruída por la invasión musulmana por el año 932, conforme reza el códice primero del archivo catedralicio.

Se había construído, como otras catedrales, junto a la *residencia real* y que, por su altura excepcional, fué elegida en tiempos remotísimos como lugar de defensa primordial de las márgenes del Ebro contra posibles invasiones.

A este lugar, sin duda alguna, fueron presentados ante los gobernadores romanos, especialmente ante el capitán de

la guardia romana, y de éste, al juez que habría de entender en la causa denunciada.

Y aquí serían sometidos a largos interrogatorios que nos han quedado registrados en muchas actas de mártires, en los que brilla tanto la sagacidad de los jueces con insidiosas promesas, como su odio satánico, no permitiéndose descanso hasta conseguir la apostasía o el martirio.

Antes de ser llevados a las márgenes del arenal que baña el Cidacos para su triunfo definitivo, los Santos fueron llevados y aherrojados en las oscuras mazmorras que estaban construidas en los bajos del enorme torreón que se levantaba en la parte noroeste de la ciudad, con sus puentes levadizos y con su magnífica atalaya, desde donde se domina la hermosa y fértil vega que se filtra por entre los montes que se estriban en Peña Isasa.

Aún hoy existe aquel lugar, sobre cuyas ruinas se levantó hace siglos una suntuosa "casa santa", como el pueblo devoto la llama, y a donde acuden fervientes los devotos a implorar protección, y desde donde, antaño, salían las procesiones para trasladarse a la catedral y venerar las santas reliquias en tiempos de peste y guerras.

En aquel lugar, sin luz ni ventilación apenas, se desarrollarían las dramáticas escenas que canta Prudencio: "El ceñudo tirano urgía con la espada la libre creencia que, manteniéndose firme e íntegra en el amor de Cristo, solicitaba los azotes, las segures y las uñas de doble gancho. La cárcel oprime con duras cadenas los cuellos amarrados, el verdugo atormenta por toda la plaza, la acusación corre como si fuera verdad, la voz verídica se condena. La virtud herida golpeó el triste suelo con la espada y, arrojada sobre las tristes piras, absorbió las llamas con su aliento. Dulce cosa parece a los santos el ser quemados, dulce el ser atravesados por el hierro" (vv.43-51).

La oración y santa emulación serían constantes compañeras de los soldados cristianos para sostenerse felices en la cárcel, entre cadenas y tormentos. "Ninguna de ambas cosas tratemos de evitar, podrían decir con San Ignacio de Antioquía, sino que en las injusticias aprendo yo más bien a ser discípulo, a fin de alcanzar a Jesucristo. ¡Ojalá goce yo de los tormentos que me están preparados, pues no son dignos los padecimientos del tiempo presente en parangón de la gloria que ha de revelarse en nosotros" (*Padres apostólicos:* BAC [Madrid 1950] p.508,II).

"Entonces se enardecen los corazones amados de los dos hermanos, a quienes había unido siempre la comunión de la misma fe: están dispuestos a sufrir cuanto su última suerte les depare", dice el poeta (vv.52-54).

Esta fraternidad la hallamos en los códices y breviarios, en los autores que los consideran como hermanos de sangre. No obstante, lo obvio y lógico de esta fraternidad estriba en la identidad de fe, de nacimiento, de profesión militar y de tormentos, puesto que cristianos ambos se habían amamantado juntos en la misma cuna de la diócesis calagurritana; juntos habían departido en la legión romana los días felices y las fatigas de la vida militar; juntos habían sido detenidos y aherrojados a las cárceles y juntos también bajarían al arenal para juntas volar sus almas al cielo.

Ahora podemos aplicarles bellamente aquellas palabras del misal gótico en la misa de estos Santos: "Arrojan las lanzas, se despojan de todo signo militar y se sienten movidos a trabar una batalla celeste que al principio no habían conocido".

Los Santos se hacen reflexiones que pone en sus labios el poeta Prudencio: "¿Por ventura hemos de ser entregados al demonio, nosotros que somos creados para Cristo y llevando la imagen de Dios hemos de servir al mundo? No, el alma celestial no puede mezclarse con las tinieblas" (vv.58-60).

"Ya es tiempo de dar a Dios lo que es propio de Dios", exclama el poeta de Calahorra, haciendo alusión a la vida que los mártires han llevado en el servicio del César.

"Cuando esto dijeron los mártires—prosigue Prudencio—, se ven cubiertos con mil tormentos, y el rigor airado ata con ligaduras entrambas manos y una cadena rodea en pesados círculos sus cuellos heridos" (vv.70-72). Es la secuela del odio del tirano.

"Oh tribunos: Quitadnos los collares de oro, premios de graves heridas; ya nos solicitan las gloriosas condecoraciones de los ángeles. Allí Cristo dirige las blanquísimas cohortes y, reinando desde su alto trono, condena a los infames dioses y a vosotros, que tenéis por tales los monstruos más grotescos" (vv.64-69). Es la contestación a la ira de los verdugos. Hermosa contestación de todos los tiempos y de todos los mártires, ya que el Espíritu de Dios es quien inspira a ellos lo que han de decir a los perseguidores.

Y la multitud presenció el martirio de los Santos. Tanto los testigos como el verdugo vieron con estupor dos prodigios que relata Prudencio: el anillo de Emeterio simbolizando la fe, se eleva por las nubes en tanto el pañuelo que al cuello lleva prendido Celedonio le es arrebatado para perderse en las alturas.

"Esto lo vió la multitud que estaba presente, y lo vió también el verdugo. Vacilante contuvo su mano y palideció de pavor; pero, con todo, descargó el golpe para que no faltase la gloria" (vv.91-93).

El arenal del Cidacos, por donde hoy está la bella catedral, se tiñó de sangre, en tanto las almas de nuestros Santos "volaron como dos regalos enviados al cielo e indicaron con sus fulgores que tenían abierto el camino de la gloria" (vv.83s.).

Así, como corresponde al hecho sublime, con sencilla expresión del poeta, queda narrada la gloriosa muerte de los Santos.

Sus sagrados despojos los recogió la iglesia calagurritana con inmensa devoción. Los llevó a su catedral del Salvador, donde les rindió extraordinario culto durante siglos.

Su gloria se extendió por la Iglesia española y traspasó los Pirineos. Y sus reliquias también fueron llevadas a multitud de lugares que aún en nuestros días les tributan su homenaje en iglesias a su nombre levantadas. Guipúzcoa y Vizcaya con Navarra se glorían de tenerlos en suntuosos templos. Y dicen que Santander debe su nombre a San Meder, como era llamado Emeterio en los primeros tiempos; tiene en su catedral, bajo el altar mayor de rico mármol, envueltas en ricos joyeros de oro y plata con piedras preciosas, insignes reliquias de los Santos.

Calahorra, junto al arenal, construyó su catedral y pulcro baptisterio, al que dedicó Prudencio su himno VIII del *Peristephanon*. Y en su altar mayor guarda con mimo y venera con devoción las sacrosantas reliquias. Allí acuden, somos testigos, los fieles de Calahorra y de Soria, los de Navarra y Burgos, hasta de las regiones más apartadas saben acudir fervientes, buscando amparo y alivio cabe estas reliquias sagradas.

Nadie les invoca sin fruto y el lloroso peregrino puede volver alegre a su hogar obtenido cuanto de justo pidió, pues Cristo bueno nada niega a sus testigos del arenal.

Su fiesta se celebra el 3 de marzo, pero como recuerdo del traslado de las sagradas reliquias que desde la antigua catedral del Salvador fueron llevadas en procesión, con asistencia de prelados de la Iglesia y gobernantes de España, su fiesta litúrgica más solemne ha quedado el día 31 de agosto.

"El Salvador mismo nos dió este don, terminamos con el vate, para que gocemos de él, al destinar a nuestro pueblo los miembros de estos mártires. Hoy libran de peligros a todos los habitantes de las tierras que el Ebro baña" (vv.115-117).

JESÚS FERNÁNDEZ OGUETA.

BIBLIOGRAFIA

Himno de PRUDENCIO: PL 60,275s.; BAC, n.58 p.476s. (Madrid 1950).
Breviario de Calahorra, siglo XIV, Arch. Cat.
Missale Gothicum, ed. LORENZANA (Roma 1804).
S. GREGORIO DE TOURS, *Liber in gloria Martyrum,* ed. "Mon. Germ. Hist., Script. Rer. Merov.", I p.448s.
ALLARD, P., *Les persécutions en Espagne pendant les premiers s. du Christ.:* "Rev. Qu. Hist.", 39 (1886) p.22s.

4 de marzo

SAN CASIMIRO, REY

(† 1484)

Cuando nació San Casimiro el día 3 de octubre de 1458 en el castillo de Wawel, en Cracovia, habían pasado setenta y dos años desde que su abuelo, el célebre Jaguelón, gran duque de Lituania, se posesionara del trono de Polonia con el nombre de Ladislao II. Amenazados continuamente por los asaltos de los caballeros de la orden teutónica y por las incursiones de los tártaros y los rusos, lituanos y polacos, aunque tan dispares en lengua y estirpe, habían resuelto, al fin, unir su suerte creando una federación o "república", como entonces se decía, la cual sería regida por un jefe único, pero conservando ambos estados sus derechos y sus prerrogativas, con ejército, parlamento y cargas civiles propias.

Jaguelón solamente tuvo hijos de su cuarta esposa, la

princesa lituana Sofía de Alsenai; entre éstos se encontraba el padre de nuestro Santo, llamado también Casimiro, que fué desde 1440 gran duque de Lituania y desde 1447 rey también de Polonia. Casó con la princesa austríaca Isabel de Habsburgo, de la cual tuvo trece hijos, siendo el segundo San Casimiro.

Las familias numerosas son consideradas en los salmos como una bendición: "Tus hijos, como retoños de olivo alrededor de tu mesa". Y a menudo los santos han salido de estas familias con mucha prole; y en la actualidad demuestran las estadísticas que de estas familias salen las mejores vocaciones religiosas y sacerdotales.

Volviendo a nuestro Santo hemos de decir que, como sus hermanos y hermanas, tuvo una educación sólida y profundamente cristiana.

Por lo que toca a su madre no puede dudarse. Era una de las princesas más piadosas de su siglo. Pero, además, tenemos un testimonio excepcional. Una carta de la propia Isabel de Habsburgo, escrita en 1502 a su hijo Ladislao, rey de Bohemia y Hungría, en la cual describe minuciosamente cómo deben los padres educar a sus propios hijos. Y sin duda que los sabios consejos que da la madre son sencillamente la exposición de su experiencia personal.

A esta labor básica e insustituible de los padres se juntó la obra de excelentes maestros.

En primer lugar, la del humanista polaco Juan Dlugosz, conocido entre los contemporáneos con el nombre latinizado de *Joannes Longinus senior*. Fué canónigo de Cracovia y consejero del obispo y por su defensa de los derechos de la Santa Sede mereció el destierro, que pronto le levantó el rey Casimiro para encargarle de la educación de sus hijos. Rechazó el arzobispado de Praga y posteriormente aceptó el de Lemberg, en 1479, muriendo antes de ser consagrado. Su fama literaria le viene de haber escrito una *Historia polónica*, en que hermana sabiamente el amor a la patria y a la religión. Pero haber sido preceptor de San Casimiro le sigue mereciendo mayores citaciones y probablemente también mayor gloria en el cielo.

Con él compartió la grave responsabilidad de educar a los príncipes el humanista italiano Filippo Bonaccorsi, llamado "Calímaco". En los tiempos de Pío II llegó a ser miembro de la célebre Academia Romana; pero a la muerte del papa Piccolómini, sospechoso de haber tomado parte en la conjuración contra Paulo II, hubo de huír de Roma y refugiarse en el extranjero. Fué bien acogido en la corte polaca, al servicio de la cual perduró treinta años. Calímaco debió enseñar a sus regios discípulos el latín y la retórica y para San Casimiro tuvo el preceptor italiano una frase que lo canonizaba en vida, pues le llamaba *divus adolescens*, joven divinizado. Opinión que concuerda con la del propio Dlugosz, que le definió como "mancebo maravilloso, de raras dotes y espléndida instrucción".

Claro está que ni los cuidados exquisitos de sus padres ni la competencia de sus maestros alcanzaran gran cosa si el príncipe Casimiro no hubiera correspondido generosamente a la gracia. Porque sus otros hermanos, a pesar de haber recibido la misma educación y criarse en circunstancias semejantes, no sólo no llegaron a su mismo grado de perfección, sino que su vida dejó bastante que desear en cuanto a ejemplaridad cristiana.

El primer biógrafo del Santo fué otro humanista italiano, enviado a Polonia por León X, a los pocos años de su muerte, con el fin de que recopilara los datos para su vida, por ser tan general la fama de su santidad. Zacarías Ferreri nos describe en la vida de San Casimiro, en un latín de corte clásico, sus virtudes eminentes. Nos habla de su piedad, de su mortificación, de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y de las cuatro cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza... Hemos de confesar que tal enumeración de virtudes se nos antoja un tanto convencional. Ferreri hizo el esquema y después lo fué aplicando al piadoso príncipe. Pero lo cierto es que los hechos revelan un alma de santidad no común.

El continuo esfuerzo del jovencito de agradar a Dios y estar siempre unido a él denotaba una conducta muy por encima de lo ordinario. Para domar su cuerpo y evadir los peligros de la corte renacentista, tan poco propicia a la abnegación, se ejercitaba en las mortificaciones más austeras. Usaba cilicio, se azotaba con disciplinas, practicaba el ayuno corporal, dormía en la dura tierra...

De la mortificación de los sentidos no hay que decir. Ni los vestidos ricos, ni los regalos de palacio, ni los pasatiempos frívolos, ni las fiestas mundanas conseguían atraerle. No podía concebirse mayor inocencia, mayor compostura, mayor devoción en tan tierna edad. En el tem-

plo, sobre todo, sobrecogía por su actitud piadosa y recogida, olvidado de todo y arrebatado a Dios.

Principalmente fué devoto de la pasión de Cristo.

A lo largo de toda la Edad Media las almas religiosas habían ido penetrando en el misterio insondable de la redención, y una ascética pujante llevaba a los espíritus a conformarse con Cristo crucificado.

Del hieratismo de los crucifijos bizantinos se pasó a la humanización del arte gótico. Fué una exaltación continua de los sufrimientos del Salvador, que llega a su ápice en las tablas de los maestros flamencos y de los primitivos italianos.

Las cruzadas primero y las peregrinaciones después fomentaron el mismo sentimiento de devoción a Cristo crucificado. Los grandes místicos medievales, Santa Matilde, Santa Brígida, Santa Catalina de Siena, San Francisco de Asís, crucifijo viviente, adornado de los sagrados estigmas, Ruysbroeck, con los místicos alemanes y más cercanos a nuestro santo, Gerardo Groot y los religiosos de Windesheim... todos exaltan la meditación sobre temas de la pasión de Cristo.

Nuestro joven príncipe se abismaba en la contemplación del Crucificado, y al oír hablar de los dolores y agonías que se le presentaron al Redentor en el huerto, de los escarnios que padeció en el atrio de los sumos sacerdotes, de las befas y ludibrios de la flagelación y la coronación de espinas, así como de las caídas del terrible itinerario y de la crucifixión y muerte a la hora de nona, las lágrimas brotaban de sus ojos compasivos y el corazón se le desmayaba en deliquios amorosos.

Embebido en pensamientos tan divinos, ninguna otra cosa le apetecía, y por su gusto todo su tiempo lo pasara en oración tan sabrosa.

Y no siendo esto posible, por los deberes ineluctables de su alto rango, aprovechaba las noches para tan piadosa ocupación y para visitar las iglesias, pues tan grande como su piedad hacia la pasión de Cristo era su amor al Santísimo Sacramento.

Y como no puede haber amor divino sin caridad para con el prójimo, San Casimiro socorría a manos llenas a los necesitados, amparaba a los débiles, ejercitaba su influencia en favor de los oprimidos, de los prisioneros, de los enfermos y angustiados. Vida tan santa resulta más

admirable en una corte del cuatrocientos, en un ambiente poco propicio a la abnegación y a la virtud.

Esta santidad del príncipe Casimiro nos la atestigua su propia madre, en carta que escribe a su hijo primogénito Ladislao. En ella le recuerda el ejemplo edificante de su hermano, como digno de toda imitación. Le presenta como un hombre ocupado singularmente en las cosas divinas, que buscaba en todo la verdad, concluyendo que su memoria perdura a través de los siglos. Expresiones de este género en la carta de una madre que escribe al hijo que ha sido compañero de juego y testigo de la vida cotidiana de su mismo hermano, deben asentarse en la sólida realidad.

Pero no concluyamos de aquí que Casimiro, entregado a sus devociones, se desentendiese de sus obligaciones de príncipe o rehuyese el trato social.

La historia nos le presenta como un muchacho alegre y emprendedor, de extraordinarias cualidades para el estudio, sumamente despierto. A los trece años tuvo un breve discurso latino en presencia del legado pontificio, el cardenal Marco Barbo. Dos años más tarde saludaba igualmente en latín al embajador veneciano Ambrosio Contarini.

Pero lo más admirable es la campaña que emprendió el 2 de octubre de 1471, a los trece años, para la conquista del reino de Hungría.

Los nobles húngaros, cansados del gobierno irregular de Matías Corvino, hicieron gestiones ante el rey de Polonia para que les enviase al joven Casimiro, al cual no faltaban títulos dinásticos por parte de su madre para aspirar a la corona de San Esteban. Al último momento no prevaleció su candidatura, porque Sixto IV intervino para poner paz entre Matías y sus vasallos, y porque el peligro turco aconsejaba no fomentar disensiones entre los reyes cristianos.

Sin embargo, San Casimiro continuó titulándose "señor natural por derecho de nacimiento del reino de Hungría", y no perdió las esperanzas de ocupar en la ocasión propicia aquel trono; si bien nunca llegó a realizarse aquel proyecto, que nos habla de las legítimas aspiraciones del valiente príncipe.

Lo que hizo fué asociarse al gobierno paterno, y desde los diecisiete años le encontramos continuamente en viaje,

ya con su padre, ya haciendo de lugarteniente suyo cuando se ausentaba.

Así fué como en 1475 se acercó por vez primera a Lituania, a la que tan profundo afecto profesaba su padre, que, después de haber sido por siete años gran duque de aquella provincia, no consintió en ocupar el trono de Polonia sin asegurarse primero que podría conservar íntegramente sus derechos al ducado de Lituania y la libertad de movimiento para acudir a la misma siempre que lo desease. Desde entonces su hijo, todos los años, pasaba largos períodos de tiempo en Lituania. En 1483, estando en Vilna, se ocupó de la administración del gran ducado.

Por aquella fecha su padre manifestó su voluntad de que contrajese matrimonio con una hija del emperador Federico III. Los cronistas contemporáneos nos refieren que el rey intentaba la boda de su hijo por razones de estado, pero, además, porque según el dictamen de los médicos palatinos, la salud vacilante del príncipe, que por entonces había contraído la tuberculosis, padecería grave riesgo si no se casaba.

Este peregrino consejo de los doctores, que juzgaban ser la vida austera y continente del Santo la causa de su mal, no tuvo efecto, pues él prefirió ser fiel a su voto de castidad, aunque ello le acarrease la muerte.

Efectivamente, la enfermedad se agravó , y el Santo moría de tisis el día 4 de marzo de 1484, a los veinticuatro años de edad, como otros santos que tanto se le parecen: San Luis Gonzaga, San Gabriel de la Dolorosa, Santa Teresita del Niño Jesús.

Que su muerte fué edificante nos lo abona la santidad de su vida, pero también el hecho de que supo esperarla serenamente, habiendo recibido los santos sacramentos, y con sus ojos clavados en la imagen del crucifijo e invocando a su dama, la Virgen María. Testigos hubo que aseguraron haber visto su alma, llena de gran claridad, ascender hasta el cielo, donde era recibida por los coros de los ángeles.

Murió en Gardinas (Grodno), pero su cuerpo fué enterrado en la catedral de Vilna, capital de Lituania, en la capilla de Nuestra Señora, lugar escogido por el santo doncel para ser fiel hasta la muerte a tan buena madre.

Cuando ciento viente años después, en 1604, fué abierta su sepultura para el reconocimiento de sus reliquias, fué

hallado entero y sin corrupción su sagrado cuerpo, así como sus vestidos, a pesar de la humedad del enterramiento. Y sobre el pecho del Santo se encontró una copia del himno latino *Omni die dic Mariae meae laudes animae*. No contento con haberlo rezado diariamente, para demostrar así su devoción a la Virgen, quiso el Santo llevarlo consigo al sepulcro. Este himno se compone de sesenta estrofas rimadas, de seis versos cada una:

Cada día,
alma mía,
di a María
alabanzas.
A sus fiestas,
a sus gestas,
tú les prestas
culto y prez.

Durante mucho tiempo se creyó que el propio San Casimiro había sido el autor de este himno que el juglar de la Virgen cantaba en las iglesias de Cracovia ante sus imágenes. Mas la crítica moderna ha demostrado que se trata de una composición medieval, más de cien años anterior, que algunos atribuyen a San Anselmo de Cantorbery. Con todo, queda el hecho de que el Santo fué quien la propagó, y a su gran devoción mariana se debe el que no se perdiera. Por eso hicieron muy bien los monjes de Montserrat, en la reciente decoración del camarín de la Virgen morenita, el poner la efigie de San Casimiro entre los amantes de María, pronunciando las estrofas del *Omni die*.

Entre las virtudes de San Casimiro hay que mencionar su celo por promover la fe católica. Tal vez no sea del todo exacta la noticia de las lecciones del segundo nocturno del breviario, donde se dice que consiguió de su padre una ley prohibiendo a los cismáticos rutenos levantar nuevas iglesias o reparar las ruinosas. Esta prohibición estaba ya en vigor cincuenta años antes, desde los tiempos de su abuelo; lo que sí hizo el joven príncipe fué favorecer por todos los medios la extensión del catolicismo y luchar decididamente contra las herejías y movimientos subversivos que en el siglo XV, época de hussitas y wiclefitas, tenían en conmoción al centro de Europa.

Este joven, dulce y amable, es para lituanos y polacos un santo guerrero, algo así como un Santiago de Este, que hace cara a las embestidas moscovitas.

El padre Sarbieswski, famoso latinista, celebró en versos de corte clásico las dos victorias milagrosas que el débil ejército lituano reportó de los rusos en 1518 junto a Polock, y posteriormente en 1654, cuando el general Seremetieff avanzaba con el intento de invadir el gran ducado. San Casimiro se aparece cabalgando un corcel blanco como la nieve y vestido de roja púrpura, dando a los suyos el triunfo.

La canonización de San Casimiro se fija el año 1521, habiendo compuesto su oficio litúrgico el propio Ferreri, su primer biógrafo. Su culto se extendió con rapidez por su tierra natal, congregándose el 4 de marzo millares de fieles junto a su tumba en Vilna. Desde el siglo XVIII se tiene en esta ciudad la mayor feria del año, llamada "kaziukes", corrupción popular de Casimiro. En tal ocasión se vendían hierbas medicinales y golosinas en forma de corazón. De manera tan ingenua la gente sencilla pone bajo la protección de San Casimiro la salud de los enfermos y el amor de los novios.

Los campesinos polacos y lituanos acostumbran a colocar estatuillas de madera del Santo para guardas de sus heredades, y son muchas las poblaciones que han puesto su imagen en los cuarteles de su escudo.

La opresión de la época zarista sobre Lituania y Polonia y después el comunismo soviético han obligado a la emigración a masas enormes de los habitantes de ambos países, lo que ha contribuído a extender por todo el mundo el culto a San Casimiro. En Estados Unidos, en Canadá, en Argentina, Venezuela y aun en Australia hay muchas parroquias, instituciones, organizaciones y círculos de juventudes puestos bajo la protección del glorioso Santo. El arzobispo metropolita monseñor Skvireckas alcanzó en 1943 de Pío XII que San Casimiro fuese proclamado patrón principal de la juventud lituana, "en cualquier parte del mundo que se encuentre".

Bien lo necesita el martirizado pueblo lituano. Y San Casimiro no abandona a los suyos. Precisamente, en mayo de 1953 los soviéticos convirtieron la catedral de Vilna y la capilla donde reposaban sus reliquias en museo antirreligioso. Hubo que transportar aquellos restos sagrados a un lugar más modesto, a una parroquia de los suburbios de la capital. Así, en esta hora de prueba, el Santo duque de Lituania vuelve en medio de sus hijos más humildes para sostener su fe y su esperanza.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 4 de marzo, *Vita*, por Z. FERRERI.
PRILESZKY, *Vita:* "Acta SS. Hungariae" vol.1 p.121s. (1743).
ABRAHAM, artículo en "Cath. Encyclop.".
RIBADENEIRA y LÓPEZ GUTIÉRREZ, *Flos Sanctorum*, día 4 de marzo.
FLORIDI, U. A., S. I., *San Casimiro e la Lituania:* "Civ. Catt." (1959) vol.1 p.467s.

5 de marzo

BEATO NICOLAS FACTOR

(† 1583)

Pedro Nicolás Factor vió la luz en Valencia en la festividad del Príncipe de los Apóstoles del año 1520. Es, por consiguiente, un lustro más joven que la madre Teresa de Jesús y viene al mundo cabalmente un año antes que el gentilhombre Iñigo de Loyola colgara su espada y su daga ante la Virgen de Montserrat, dando otro cauce a sus ambiciones de gloria.

A los diecisiete años ingresa en la observancia franciscana, siendo ordenado de sacerdote en 1544, a poca distancia del concilio de Trento, que se inauguró al siguiente año. Fray Nicolás pertenece al movimiento de la restauración católica que, a raíz de aquel famoso concilio, cobra un impulso poderoso y de larga significación. La España de Cisneros, que ya conoció esta inquietud reformadora, vive ahora la era gloriosa de su mística. Como densa cordillera de altas cumbres, abundarán los santos de temple, de perfil acusadamente enérgico. Pero es indiscutible que en el horizonte de toda la Iglesia destacan como figuras señeras Ignacio y Teresa—fundador y reformadora—, que en medio de una actividad increíble practican y enseñan las doctrinas más elevadas de la vida espiritual al alcance de todos. Brilla también el austerísimo fray Pedro de Alcántara, que infunde renovado vigor en el viejo tronco franciscano, al par que dirige a Teresa de

Jesús, a Luis de Granada, a Juan de Avila, a Francisco de Borja... En tanto, el maestro de Andalucía promueve la regeneración del clero y del pueblo, ayuda a la naciente Compañía y da por buenas las "locuras" del hermano Juan de Dios. Desde 1544 fray Tomás de Villanueva, asceta y teólogo, difunde entre su grey valentina aromas de subida caridad y predica el Evangelio en sermones de clásica factura.

En esta constelación gloriosa brilla con luz propia el extático Nicolás Factor. Tiene rasgos comunes con éstos y los demás santos contemporáneos. Mas su vida toda semejaba ya desde la infancia una réplica afortunada del probrecillo de Asís, sin menoscabo de su personalidad inconfundible. Como una estrella difiere de otra estrella.

El primer escenario de sus virtudes fué Valencia, su ciudad natal. Yendo de niño a la escuela, vió a la puerta de la parroquia de San Martín un pobre leproso. Arrebatado por superior impulso, se arrodilló y le besó pies y manos con mucha humildad. Repitió la escena con una enferma a las puertas del hospital de San Lázaro, y con parecidas muestras de caridad servía a los enfermos pobres. Ayunaba cada semana y con toda naturalidad agradeció a un falso delator su solicitud en corregirle, no obstante haber seguido a la acusación un azote del maestro.

Siendo religioso hubo de aceptar bien pronto prelacías, juzgando los superiores que el mejor estímulo para los religiosos sería proponerles el ideal seráfico en un modelo de carne y hueso. Así fué guardián de los conventos de Santo Espíritu, Chelva, Val de Jesús, Murviedro (Sagunto), de los recoletos de Bocairent y también maestro de novicios. Cada vez que esto ocurría, entraba en duro conflicto su voto de obediencia con su humildad. Cuando se le encomendó el monasterio de la Val de Jesús en 1568, antes de aceptar, como de costumbre, consultó en la oración la voluntad de Dios. Y con la violencia del amor divino quedó arrebatado en éxtasis, del que no podían despertarle los absortos religiosos, oyéndole repetir: "Mi corazón está aparejado, Dios mío, aparejado está mi corazón". Todos los días tomaba tres disciplinas de sangre, especialmente antes de celebrar la santa misa. Su ordinaria comida era a pan y agua, con pocas excepciones; le bastaba una sola túnica y caminaba a pie descalzo. El sueño, sobre ser brevísimo, lo tomaba en dura tabla y por

cabecera acomodaba un leño o una piedra. Era el primero en acudir a los actos de comunidad, en servir al hermano. En la oración se le veía atentísimo y perseverante, de modo que ninguna ocupación le distraía de la presencia y trato con Dios.

Su caridad necesitaba más campo y desbordábase más allá del claustro. Anunciaba el reino de Dios, aconsejaba, fué confesor ordinario de las religiosas de la Trinidad de Valencia, de las clarisas de Gandía y, por mandato de Felipe II, de las Descalzas Reales de Madrid. Atendía a los apestados y cuando el cielo negaba el agua a los campos, como aconteció en Chelva, interponía su oración y penitencias con las de la comunidad.

Este pueblo y su comarca gustaron los primeros ensayos de su predicación. Dicción sencilla y breve, palabras de fuego, la fuerza irresistible de su ejemplo y las mejores gracias con que la naturaleza puede favorecer a un orador. He aquí los elementos que conjugaban su celo ardiente y su ingenio agudo para conmover y convertir.

También sintió impulsos incontenibles de derramar su sangre en defensa de la fe, e instó para ir a tierra de infieles. Predicando en Segorbe a unos mahometanos obstinados, ofreció, como San Francisco al sultán, arrojarse entre las llamas, dejando a su voracidad la decisión sobre la verdad o falsedad de la religión.

Los pobres y los enfermos seguían siendo sus predilectos. En la olla de caridad dejaban los religiosos su limosna, que fray Nicolás recogía y aumentaba, gozando en distribuirla por sí mismo. Allegaba otros recursos más pingües, y, cuando menos podía, se desprendía de su capa y hasta de su túnica, como aconteció en Játiva. Ningún pobre marchó defraudado, incluso en tiempos de hambre y de peste. La fe del guardián superaba las urgencias de tantos infelices sin que la despensa menguara sus existencias.

La madre más tierna no trataría mejor a sus hijos que fray Nicolás a los enfermos del hospital, promoviendo con su ejemplo este género de caridad entre la misma nobleza. En los pobres llagados le parecía ver a Jesucristo llagado por nuestros pecados, y sin poderse contener les besaba pies, manos y llagas. Estas muestras de fuerte religiosidad penitencial no podían menos de herir la sensibilidad de aquellos hombres pulidos y cargados de per-

fumes. Eclesiástico hubo que le advirtió se guardase de aquellas demostraciones, calificándolas de virtud grosera. Pero qué razones no le diría el bendito fraile—que se creía por sus pecados y su ingratitud para con Dios digno de mayores humillaciones, siendo así que el Señor había sufrido tanto por él—que el prudente monitor quedó edificado y corregido. Un canónigo que le advertía lo mismo no pudo menos de conmoverse ante una de estas escenas a la puerta de la Seo, y dió su limosna al pobre. Animóle Nicolás a mejorar su disposición, y lo inaudito fué que el impresionable canónigo se arrodilló y besó al pobre por amor de Cristo. En cambio, a un religioso compañero le contuvo en otra ocasión, excusándole por lo delicado de su estómago. El hospital de San Lázaro contempló extremos mayores con los horrendos leprosos, seguidos de arrebatos extáticos.

Si San Ignacio hubiese juzgado el espíritu de fray Nicolás, hubiera dicho que estaba en el tercer grado de humildad—el más excelente—. En las moradas teresianas se hallaría sólo por lo que va dicho muy adentro de la sexta. Para San Francisco, este imitador fiel de Jesucristo había alcanzado la perfecta alegría. Realmente la locura de la cruz había hecho presa en él.

No obstante, este hombre extraño, que parecía encontrar sus delicias todas en la penitencia y en la humillación, poseía en alto grado el sentimiento de la bondad y de la belleza. La creación le extasiaba, gustaba infinito de la música, componía versos y manejaba con destreza los pinceles. Nada más agradable que gozar de su trato.

Su sensibilidad exquisita le inclinaba al cultivo de la amistad, buscando y comunicándose con los santos de su siglo. Viéndole sus frailes en cierta ocasión muy determinado a tomar viaje, le preguntaron adónde iba: "Voy, dijo, a ver a aquel grande santo rector de la Alcora, que es de las almas que hoy más agradan a Dios". Así era el venerable Juan Bautista Bertrán. En la ciudad que, promediado el siglo XVI, semejó a Pérez de Ayala una Babilonia, y lo demás—su reino—tierra de infieles, no todo era corrupción de costumbres e hipocresía morisca. Florecían los franciscanos Beato Andrés Hibernón y San Pascual Bailón, el mínimo Beato Gaspar Bono, San Luis Beltrán, el patriarca y arzobispo Juan de Ribera y una pléyade de almas de vida integérrima. A muchos de éstos

conoció y trató nuestro Beato, y los que de ellos le sobrevivieron fueron testigos excepcionales en su proceso de canonización.

Mas el amigo entrañable e íntimo fué el dominico San Luis Beltrán. De nuevo el abrazo del hábito blanco y negro con el sayal y la cuerda. La luz y el fuego fundiéndose en la misma llama. Ambos se conocían, mejor dicho, cada uno veía la santidad del otro sin reconocer la propia. En los dos la misma ambición y los mismos temores. A no ser por fray Nicolás, el austero y melancólico dominico hubiese acabado sus días en una cartuja, al paso que éste hubo de sostener la esperanza del franciscano, que le preguntaba angustiado una y otra vez: "¿Qué os parece, Luis, me salvaré?" Esta debió ser su cruz mental, la noche oscura, el contrapeso de las gracias extraordinarias durante toda su vida, que se hizo sentir más pesadamente desde la muerte del amigo (octubre 1581). Seis meses después, Nicolás Factor, anhelando mayor perfección seráfica, pasaba al convento recoleto de Onda. Y al disolver Felipe II esta provincia tarraconense, el atormentado religioso emigró a los capuchinos, recién llegados a Barcelona, que por aquellos días renovaban la vida eremítica y las estrecheces de los primeros franciscanos. Mas en junio de 1583 decide el retorno a la observancia y a su primer convento de Santa María de Jesús. Este humano fracaso lo atribuía a su carácter voluble, mientras respondía con mansedumbre edificante a los impertinentes: "Vine de santos, fuí a santos y he vuelto a santos".

Tenía el humilde franciscano éxtasis frecuentes. La hermosura de la creación, una conversación espiritual, las grandes solemnidades litúrgicas eran motivo para sus arrebatos místicos. Sabía esto el famoso arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín. Habiendo logrado hospedarle en su palacio, cuando su regreso de Barcelona, quiso obsequiarle con un rato de música. Entonaron los cantores el salmo "Laudate pueri Dominum", y no bien llegaron al segundo verso, "Sit nomen Domini benedictum", se elevó el siervo de Dios con su semblante encendido. Hizo el devoto prelado que le retratase un pintor y él mismo compuso unos versos latinos como pie del cuadro, que luego, puestos en música, se complacía en oír.

Fácil sería recoger en esta semblanza episodios reveladores de sus virtudes heroicas, del don de profecía y

milagros, de sus luchas titánicas contra el enemigo de nuestra salvación, de su devoción profunda a los sagrados misterios de la Trinidad, Eucaristía, Pasión..., de su amor inefable a la Santísima Virgen, cuya imágenes reprodujo tantas veces su devota inspiración. Estimaba en tanto su fe, que escribió una profesión de ella con su propia sangre, colgando esta cédula ante la imagen de Nuestra Señora de la Vela, en el monasterio de la Trinidad. Valga por todas las anécdotas el siguiente testimonio de San Luis Beltrán, nada amigo de lisonjas. Decía muchas veces que "Nicolás, aun estando aquí en la tierra, había llegado a amar y gozar del Sumo Bien, casi como le aman y gozan los bienaventurados".

Las cartas y opúsculos que escribió fueron breves y no forman un cuerpo de doctrina. Sin embargo, bien hubiera podido hacerlo, porque era buen escritor, gran maestro de espíritu y sabía declarar la teología espiritual con símiles maravillosos. Un tratadito que ha quedado sobre *Las tres vías* refleja la capacidad de su magisterio.

Cuando el 13 de diciembre llegó a Valencia, enfermo y extenuado, la carrera del Beato Nicolás tocaba a su fin. El día 23, fortalecido con los sacramentos y puestos los ojos en el crucifijo, dió el último aliento, pronunciando estas palabras: "Jesús, creo", que resume los ideales de su vida: el amor entrañable a la Santa Madre Iglesia y al Hijo de Dios humanado.

Había rogado que le enterrasen en un muladar, "porque no debía ser colocado entre sus hermanos un hombre tan ingrato a su Dios y Señor". En cambio, su cadáver exhalaba un perfume celestial los nueve días que permaneció insepulto, como lo atestiguan cuatro informaciones jurídicas. Aún duraba la suave fragancia cuando en 1586 Felipe II mandó abrir el féretro para venerar los sagrados despojos de su bienaventurado amigo.

VICENTE CASTELL MAÍQUES.

BIBLIOGRAFIA

Proceso de canoniz.: A. S. V., Arch. SS. Rituum Congreg., n.3369s.
MORENO, CR., *Libro de la vida y obras maravillosas del... Padre Fr. Nicolás Factor...* (Valencia 1586).
COMPANY, J., *Vida del Beato Nicolás Factor..., dispuesta con arreglo a los procesos de beatificación y canonización* (Valencia 1787).
RUBÍ, BASILIO DE, *El Beato Nicolás Factor, franciscano de la observancia regular, capuchino de Barcelona (1582-1583):* "Est. Franc.", 54 (1953) p.276s., 362s.

6 de marzo

SANTAS PERPETUA Y FELICITAS

Los nombres de las Santas Perpetua y Felícitas figuran de antiguo en el canon de la misa. Habían muerto en el anfiteatro de Cartago el año 203. En el calendario filocaliano de Roma del tiempo de San Dámaso aparece su fiesta el 7 de marzo. Después se perdió la memoria de su celebración, que a principios de este siglo restauró San Pío X. Fué con motivo de las excavaciones que se realizaban cerca de Túnez, en el emplazamiento de la vieja Cartago. Aparecieron los restos de una basílica paleocristiana y fué hallado el epitafio de estas célebres mártires. Mas como el día siete estaba ocupado por Santo Tomás de Aquino se anticipó la fiesta un día.

Las actas auténticas del martirio de las célebres santas es uno de los documentos más realistas y emocionantes que se conocen. Habremos de contentarnos con espigar algunos de sus más bellos párrafos.

Las Actas constan de tres partes, dos autobiográficas y una narrativa. La primera escrita por la pluma de la misma mártir protagonista: Santa Perpetua; la segunda débese a Sáturo, compañero de martirio de la misma, y lo restante —preámbulo y epílogo—corresponde al armonizador de toda la pieza literaria, tal vez Tertuliano, que la debió ofrecer al público en griego y latín.

Como consecuencia del edicto de Septimio Severo contra los cristianos, promulgado el 202, fueron apresados al año siguiente varios cristianos de Cartago, todavía catecúmenos: Revocato y Felícitas, que eran de condición servil, o sea, esclavos, y Saturnino y Secúndulo. Con ellos estaba Vibia Perpetua, de ilustre cuna, de exquisita formación, casada con la dignidad de las matronas, a quien vivían sus padres y dos hermanos y un niño de pecho. Tendría como veintidós años.

A estos mártires se les agregó después espontáneamente Sáturo, diácono, que había sido su maestro de catecumenado y fué quien después les sostuvo en la larga lucha.

Santa Perpetua nos va narrando los incidentes del proceso. Primero fueron detenidos en una casa particular, con guardias de vista. Allí comenzaron las luchas con su padre, que era pagano. Estando en esta custodia atenuada recibieron el bautismo y a los pocos días fueron metidas en la cárcel pública.

Quien haya visto la cárcel mamertina de Roma puede imaginarse lo que era una cárcel de los tiempos del Imperio.

"Me horroricé—dice la Santa—, jamás había sentido sensación de tal oscuridad. ¡Terrible día!, insoportable estrechez por el hacinamiento; pero mi mayor preocupación era por el chiquitín."

Entonces intervinieron dos diáconos ante los carceleros y trasladaron a los presos a las celdas del piso superior, desde donde podía verse el mar. Y dice la Santa con una frase muy meridional: "sentimos un refrigerio".

Porque, además, le permitieron tener consigo al niño. "Yo daba el pecho al niño, que estaba esmirriado por no haber mamado nada." Mas la preocupación por su familia no la dejaba sosegar. "Me consumía viendo lo que ellos se consumían por lo que me querían."

Cuando al fin, tras algunas gestiones, logró que le dejaran consigo al niño, "noté como si la cárcel se me hubiese convertido en pretorio", y ya prefería estar allí a ningún otro sitio. Sí, el pretorio era el palacio del procónsul o gobernador, algo equivalente a nuestras capitanías generales.

Aquellos días Santa Perpetua tiene una visión. Sube por una larga escalera, a cuyos lados aparecen innumerables instrumentos de suplicio y cuyo primer peldaño custodia un terrible dragón. El diácono Sáturo la anima y hollando la cabeza del dragón sube hasta lo alto. "Y ante mis ojos—dice—se abrió como un inmenso jardín."

La Santa nos hace la más bella descripción del paraíso, llena de alusiones a la representación iconográfica de Cristo en la primitiva Iglesia y a los ritos de la Eucaristía. "En medio del jardín estaba sentado un hombre alto, como en traje de pastor, y ordeñaba las ovejas. Y a su alrededor, millares de personas vestidas de blanco. Y levantando la cabeza fijó los ojos en mí y me dijo: "Bien venida, hija." Y pronunciando mi nombre, me dió a comer un bocado de queso que estaba cuajando. Yo lo recibí con las manos juntas y lo comí. Y todos los circunstantes dijeron: Amén. Al ruido de las voces volví en mí y todavía me quedaba no sé qué saboreo de dulcedumbre."

La Santa comprendió que la esperaba el martirio, que no se reduciría exclusivamente a dar la vida por la fe, sino a sufrir antes mucho por el dolor de su padre pagano.

La escena que se desarrolla ante el tribunal, al tiempo del interrogatorio, es de un patetismo conmovedor.

Subió mi padre a donde yo estaba (el tablado del tribunal) para hacerme cambiar y me dijo: "Hija mía, ten compasión de mis canas; ten compasión de tu padre, si es que merezco de ti el nombre de padre. Y, pues, he hecho con el trabajo de estas manos que llegases hasta la flor de la edad, e incluso te he mejorado sobre todos tus hermanos, no seas al fin mi baldón a los ojos de los hombres. Mira a tu madre, mira a tus hermanos, mira a tu madre y a tu tía materna, mira a tu hijito que no podrá sobrevivir a tu muerte. No seas empedernida ni la ruina de todos nosotros. ¿Quién de nosotros osará abrir la boca con libertad si te cae esta pasión?"

"Estas palabras poníale en los labios su corazón de padre. Me besaba las manos, se echaba a mis pies, y con lágrimas me suplicaba, llamándome no hija, sino señora suya. Yo era la primera en sentir el trance de mi padre, y veía que él sería el único de toda la parentela que no se alegraría de mi martirio."

La Santa le dió ánimos como pudo y el padre se apartó del tribunal entristecido.

Al día siguiente, con motivo del interrogatorio en el foro, en que todos confesaron ante el procurador Hilariano su fe cristiana, el padre volvió a la carga.

"Y como mi padre insistiera para que yo renegase, Hilariano, cansado, mandó que le echasen fuera y le golpearon con una vara. Sentí los varazos como si me los hubieran dado a mí. Entonces Hilariano falló sentencia contra todos nosotros, condenándonos a las fieras. Y todos, alegres, bajamos a la cárcel."

"Como ya el niño se había habituado a tomarme el pecho y sentía placer en estar conmigo, mandé aprisa al diácono Pomponio para que se lo pidiese a mi padre. Este se negó a darlo. Pero gracias a Dios resultó que el niño no tenía más ganas de mamar, con lo que me sentí aliviada

al verme libre de la preocupación del pequeño y de la molestia de los pechos."

Se acercaba el aniversario de Geta, hijo del emperador, en cuyo honor se darían unos juegos, siendo el número fuerte del programa el martirio de los encarcelados. La víspera les permiten recibir la visita de los parientes, y, por última vez, el padre de Perpetua quiere disuadirla. "Decía tales cosas que ablandarían a los peñascos. A mí me afligía tan infeliz vejez."

La víspera del combate Perpetua volvió a tener otra visión. Se encontró en medio del anfiteatro ante la expectación de la muchedumbre. Le tocaba luchar contra un atleta de proporciones ciclópeas, un egipcio de mala catadura. En los escritos primitivos el demonio es representado en tipo de egipcio, quizás por el color negro de la piel. La Santa logró vencerle y recibir de manos del presidente del combate un ramo con manzanas de oro, al tiempo que la besaba, diciendo: "Hija, la paz contigo." "En esto desperté. Y conocí que mi lucha acabaría no con las bestias, sino contra el diablo. Pero no dudaba de la victoria." Y termina así su relación: "Esto lo he anotado yo misma hasta la víspera de la lucha; si alguno quiere, escriba lo que ocurrirá el mismo día del "juego".

El diácono Sáturo dejó la reseña de otra visión, que venía a confirmar la victoria por el martirio, mas la relación de éste se la debemos a un autor anónimo, a quien todos identifican como Tertuliano.

Él nos refiere cómo Felícitas, la esclava, que estaba en cinta de ocho meses y temía no poder acompañar al suplicio a sus compañeros por causa del embarazo, dió finalmente a luz merced a las oraciones de todos los mártires, que unánimemente lo pidieron.

Y como se quejase por los dolores del alumbramiento, díjole uno de los guardianes:

—Pues si ahora sientes esos dolores, ¿qué será echada a las fieras?

—Ahora soy yo la que sufro—replicó ella—, pero allí otro será quien sufrirá por mí, ya que yo sufriré por Él.

Dió a luz una niña, encargándose una hermana, esto es, una cristiana, de su crianza y educación.

Perpetua lleva hasta el último momento la dirección del pequeño grupo. Ella se enfrenta con dignidad con el tribuno de la cárcel, que en los últimos días extrema su rigor con los detenidos.

—¿Cómo no miras un poco más por nuestro bien para que aparezcamos lustrosos en las luchas del aniversario del César?

El tribuno se ruboriza y les permite la visita de amigos y parientes.

La víspera de los juegos se les concede la "cena libera", como era uso en tales casos. Una comida que ellos convierten en ágape cristiano. Sáturo reprende la curiosidad de los paganos que acuden a la cárcel a contemplar las víctimas del día siguiente. Muchos marchan confusos, otros se convierten a la fe.

Brilla por fin el día del sacrificio. Van todos al anfiteatro "como en viaje al cielo, alegres, con los rostros bañados de satisfacción. Perpetua marcha llena de majestad, como matrona de Cristo, resplandeciente el semblante. Cerca Felícitas, jubilosa por haber dado ya a luz".

Llegadas a la puerta, quieren vestirles con ornamentos que recuerden los juegos paganos: los hombres como los sacerdotes de Saturno; las mujeres como las sacerdotisas de Ceres.

Perpetua se opone al atropello y al fin les ahorran tal injuria.

Tuvieron suerte los mártires en morir de la muerte que habían deseado. Ellos, a zarpazos y dentelladas de las fieras. Perpetua y Felícitas, envueltas en redes, fueron expuestas a las embestidas de una vaca, que las derribó.

Perpetua, digna hasta el fin, "apenas cayó, más preocupada del pudor que del dolor, atrajo la túnica al lado de la rasgadura para tapar el muslo. Después—bello rasgo femenino—, tomando una horquilla, se sujetó los cabellos desordenados, pues no era decoroso que una mártir diera en el momento de su gloria sensación de plañidera".

Los santos mártires no murieron del todo a causa de las heridas de las bestias. Fueron llevados a la puerta sanavivaria, donde antes de recibir el golpe de gracia, "se besaron mutuamente para completar así su martirio con el signo litúrgico de la paz".

Allí todavía Perpetua tuvo que asir la mano vacilante del verdugo y guiarla hacia su propio cuello. "Tal vez una mujer tan varonil y tan temida por el diablo no podía morir de otro modo sino queriéndolo ella."

Este es el relato de la "pasión" de los que Tertuliano llama "fortísimos y bienaventurados mártires". Una página tiernísima de la historia de la Iglesia. El, contemporáneo del suceso, dice que "estos maravillosos ejemplos de nuestros días, no menos que los antiguos, sirven para edificación de la Iglesia". Ciertamente, y su fondo familiar y humano nos parece recordar hechos de las persecuciones que actualmente ocurren. El heroísmo martirial que sin cesar se repite.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.

BIBLIOGRAFIA

Passio SS. MM. Perpetuae et Felicitatis, ed. L. HOLSTENIUS (Romae 1663); ed. H. DE VALOIS (París 1664). Asimismo en: *Act. SS. Boll.*, 7 de marzo; en RUINARD, *Acta Martyrum sincera*.
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires*: BAC, n.75 p.397s. (Madrid 1951).
PILLET, A., *Les martyrs d'Afrique. Histoire de sainte Perpétue et de ses compagnons* (Lilla, París, 1885).
MONCEAUX, P., *Hist. littér. de l'Afrique chrét.*, I p.70s.
ALÈS, A. D', *L'auteur de la "Passio Perpetuae"*: "Rev. Hist. Eccl.".
DELEHAYE, H., *Les Passions des martyrs...*, p.63s. (1921).
MASSON, A. J., *Histoire Martyrs*, p.77s. (1905).
CABROL y LECLERCQ, artículo en "Dict. Arch. chrét.".

SANTA ROSA DE VITERBO, VIRGEN

(† 1252)

Gertrudis von le Fort ha escrito que la verdadera genialidad de la mujer se encuentra en lo religioso, y que el mundo profano no ha dado a la historia nombres comparables a Juana de Arco o a Catalina de Sena. Rosa de Viterbo se halla en la línea de lo genial en el mundo religioso.

El barrio gótico de Viterbo es uno de los lugares más evocadores de la Edad Media. Cuando se habla de aquella época hay que evitar dos escollos: o considerarla como la edad ideal del cristianismo, o fijarse sólo en sus defectos, que los tuvo. Sin embargo, prevalecen los aspectos positivos. En ninguna otra edad de la historia se dejó sentir tan intensamente el influjo del cristianismo en la

vida pública y privada, política y social, cultural y artística. Un verdadero y sentido universalismo unió a los pueblos bajo la dirección del Papa y del emperador. Todos tenían fe, y se sujetaban gustosos al magisterio de la Iglesia, no faltando, naturalmente, las excepciones. ¿Qué otro tiempo puede gloriarse de creaciones como las universidades, las catedrales, las cruzadas, la *Suma* de Santo Tomás y la *Divina Comedia* de Dante? Los héroes que se llevaban las simpatías de todos eran los santos. Santos del calibre de un Tomás de Aquino, de un Domingo, de un Francisco de Asís.

Rosa nació en Viterbo en 1235. Viterbo formaba parte entonces del patrimonio de San Pedro. En 1216 había muerto Inocencio III, a quien se ha llamado el Augusto del pontificado. Con él se llegó a la cúspide de la autoridad de la Iglesia sobre el mundo. Pero, a su muerte, el emperador Federico II estuvo en lucha constante con los papas Gregorio IX e Inocencio IV. De la lucha salieron debilitados los dos poderes, el imperial y el pontificio. Se acercaban días malos para la Iglesia.

Los padres de Rosa eran pobres y excelentes cristianos. Ya en su más tierna infancia todos se dieron cuenta de que Dios tenía grandes planes sobre ella. De verdad que es asombrosa la mezcla de lo natural y de lo sobrenatural en su vida. En vez de entregarse a los juegos propios de su edad, se pasaba largos ratos ante las imágenes de los santos, especialmente si eran imágenes de la Virgen Santísima. Impresionaba la atención con que oía a sus padres cuando hablaban de cosas de Dios. Desde muy pequeña sintió ansias de vivir en soledad, ansias que casi nunca se realizaron del todo. Y siempre fué una enamorada de la penitencia. Los viterbianos se avezaron a ver por sus calles a una niña, que iba siempre descalza y con los cabellos en desorden. Grandes eran sus austeridades en la comida, llegando a pasarse días enteros con un poco de pan. Pan que muchas veces iba a parar a la boca de los pobres, otra de sus santas debilidades. Corría tras los pobres y con cariño inmenso les ofrecía todo cuanto tenía. Si fuera de su casa era caritativa, es fácil imaginar el respeto y amor con que mimaba a sus padres.

En Viterbo había un convento de religiosas, llamado de San Damián. A sus puertas llamó nuestra heroína, pero inútilmente, porque era pobre y porque era niña. Enton-

ces decide convertir su casa en un claustro. Allí se excedía santamente en las penitencias corporales, llegando a disciplinarse hasta perder el conocimiento. Los de su casa intentan apartarla del camino emprendido, pero es tanta la gracia humano-divina que se refleja en toda su persona, que convence a todos. Y las horas de oración se sucedían sin interrupción en su vida.

A los ocho años, víctima de sus penitencias, contrae una gravísima enfermedad, que dura quince meses. Fué milagrosamente curada por la Santísima Virgen, quien le mandó tomar el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, hábito que recibió en la iglesia de Santa María. Aquel día empezó su vida de apóstol. Al salir de la iglesia predicó con tal fervor sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los pecados de los hombres, que todos se volvieron compungidos a sus casas, mientras ella regresaba gustosa a su soledad. Día tras día toda la ciudad, atónita, oyó sus predicaciones. Difícilmente comprendemos hoy el ardor con que las multitudes medievales iban tras el predicador de la palabra de Dios, las conversiones, las públicas reconciliaciones que provocaba, por ejemplo, un San Antonio de Padua. Y si el predicador resultaba ser una niña de pocos años...

No faltaron las contradicciones ni las penas. Los partidarios de Federico II, enemigos de la Santa Sede, en seguida la hicieron objeto de sus ataques. Tras las mofas y las calumnias vino el destierro. Todo ello sirvió para demostrar el temple de aquella niña, quien, como los apóstoles en otro tiempo, dijo que no podía dejar de predicar la divina palabra. Y la Providencia se valió de la malicia de sus perseguidores para que la semilla de la verdad fructificara en otras partes. Con sus padres tuvo que salir de noche de Viterbo, mientras la nieve barría los caminos. Agotados por el cansancio y el sufrimiento, llegaron al día siguiente al pueblo de Soriano. Sin embargo, todos los sufrimientos físicos se desvanecieron ante el dolor de su alma por la disolución moral de aquellas gentes. Allí continúa predicando, y su predicación se convierte, al cabo de algunos meses, en abundantes conversiones. Acuden también a oírla hombres y mujeres de los pueblos vecinos. A sus oyentes un día les anunció la muerte de Federico II, ocurrida en Fiorentino de Puglia el 13 de diciembre de 1250. Al fin de su vida el emperador se reconcilió con la Iglesia.

Y los pueblos de Vitorchiano, Orvieto, Acquapendente, Montefalcone y Corneto, oyeron, extrañados y al fin convencidos, la voz de aquella niña que atraía con su sola presencia, y que, si era preciso, confirmaba su predicación con milagros. Uno de los defectos que se achacan, con razón, a la Edad Media es la excesiva credulidad con que admitía los hechos extraordinarios. Hoy los biógrafos de nuestra Santa rechazan algunos de los milagros que se le atribuyeron, pero sin duda ninguna que hizo grandes milagros, porque de otro modo no se explican la polvareda espiritual que su paso levantó por todas partes. Su vida entera era un milagro.

A los dieciocho meses de haber salido de su pueblo natal pudo regresar a él, después de la muerte de Federico II. El pueblo entero salió a recibir a la mujer extraordinaria, contentos todos de recuperar aquel tesoro, que ahora apreciaban más después de haberlo perdido.

A pesar de sus triunfos apostólicos, su alma deseaba la soledad, para entregarse más decididamente a la oración y a la penitencia. Es la constante historia de todos los verdaderos apóstoles. San Bernardo había escrito poco tiempo antes que el apóstol debe ser concha y no simple canal.

Por segunda vez intenta entrar en un convento. Esta vez el monasterio lleva el bonito nombre de Santa María de las Rosas. Pero por segunda vez se le cierran las puertas del claustro. Dios no la destinaba a la vida religiosa.

Y por consejo de su confesor, Pedro de Capotosti, decide de nuevo convertir su casa en el claustro soñado; esta vez, sin embargo, tendrá que preocuparse de la santificación de otras almas. Algunas amigas suyas de Viterbo se unen a ella para guardar silencio, cantar salmos y oír sus exhortaciones espirituales. Ante la constante afluencia de nuevas jóvenes, el confesor de Rosa les compra un terreno cerca de Santa María de las Rosas. Allí floreció una comunidad que tomó la regla de la Orden Tercera de San Francisco.

De nuevo las humanas pequeñeces estorbaron la obra de Dios. Inocencio IV suprimió la obra, a indicación de las monjas de San Damián.

El biógrafo de San Francisco de Asís, Tomás de Celano, dice que "cantando recibió la muerte". Un canto de alegría fué también la muerte de Rosa. Gastada prematuramente por las penitencias y el apostolado, se preparó para

salir al encuentro del Esposo de las vírgenes. Al recibir el viático quedó largo rato en altísima contemplación. Cuando volvió en sí se le administró la extremaunción. Pidió perdón a Dios de todos sus pecados y se despidió de sus familiares con la exquisita caridad de siempre. *Jesús, María,* fueron sus últimas palabras. Tenía diecisiete años y diez meses.

Puede fácilmente imaginarse el dolor de los viterbianos. ¡Había sido tan rápido su paso sobre la tierra! Su cuerpo, que despedía un perfume muy agradable, fué sepultado en Santa María.

Inocencio IV inició su proceso de canonización, pero la muerte le impidió terminarlo. Entonces nuestra Santa se aparece a Alejandro IV, que a la sazón se hallaba en Viterbo, y le indica que traslade su cuerpo a la iglesia de San Damián. Se organizó una magnífica procesión, presidida por el Papa, a quien acompañaban cuatro cardenales, para el traslado de sus reliquias a la iglesia aludida. Desde entonces el monasterio se llama de Santa Rosa.

Nicolás V ordenó al consejo de la villa de Viterbo que en la procesión de la Candelaria tres cirios de cera blanca recordaran a todos la luz de su apostolado, su amor a Dios y a los hombres, y su blancura virginal.

Calixto III la colocó en el catálogo de los santos. Desde su muerte, el lugar que guarda su cuerpo incorrupto ha sido centro de constantes peregrinaciones. En 1357 ocurrió en Viterbo un gran milagro. Quedó reducida a cenizas la capilla que guardaba sus reliquias, y se quemó la caja que las contenía; el cuerpo santo sólo cambió un poco de color.

Aunque su muerte ocurrió el día 6 de marzo de 1252, su fiesta se celebra el día 4 de septiembre, por ser el aniversario de la solemne traslación.

Se la representa recibiendo la sagrada comunión junto a un altar, y viendo en sueños los instrumentos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

¿La lección de Rosa? Yo diría que es una lección de sobrenaturalismo. Nuestro siglo xx, escéptico ante lo extraordinario, y excesivamente enamorado de lo humano, conviene recuerde que Dios tiene marcada preferencia por servirse de instrumentos inadecuados para obtener sus victorias. Sobre todo deberían recordar frecuentemente la vida y la obra de Rosa de Viterbo todos los que se dedican al apostolado.

JOSÉ MARÍA CASES.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 4 de septiembre, y las *Historias de la Orden Franciscana.* En partic.: WADDING, *Annales... Léon, Auréole séraphique,* III p.315s.
KERVAL, L. DE, *Sainte Rose de Viterbe, sa vie et son temps.*
BARASCAUD, D., *Sainte Rose de Viterbe* (París 1902).
MASCARÓ, A., *Espejo de perfección franciscana* (Barcelona 1914).
Vita di Santa Rosa da Viterbo (Viterbo 1929).

7 de marzo

SANTO TOMAS DE AQUINO

(† 1274)

Medieval el ambiente de intrigas, de luchas y apetencias políticas, que rodearon su aristocrática cuna napolitana. Medieval el clima de renovación monástica y de contienda universitaria, en que cuajó su vocación religiosa y su formación intelectual. Medieval también la gran crisis ideológica que dividía a la cristiandad y que habría de encontrar en Tomás el más genial y supremo moderador. Pero la figura de Tomás de Aquino trasciende todo encasillamiento temporal, conquistando actualidad y vigencia siempre palpitantes, de múltiple y fecunda irradiación.

No ha sido Tomás de los santos más desfigurados por leyendas ingenuas o tradiciones biográficas, desprovistas de rigor histórico y de penetración psicológica. Mas sus dimensiones de gigante suelen hacer que sea muy fragmentariamente conocido. La preeminencia de su misión intelectual y personalidad científica, que le colocan en la cúspide del pensamiento católico, a veces le distancian de nosotros, restando atractivo y eficacia a su patronato sobre la juventud estudiosa. Por eso no quisiéramos silenciar otros aspectos muy humanos de su vida, que le sitúan ante aquellos problemas, inquietudes y luchas propias de la edad juvenil.

Se presenta—a la visión sensible—como una naturaleza vigorosa, de dimensiones atléticas en su cuerpo y de

energías esforzadas en el alma. Alto, grueso, bien proporcionado, color trigueño y frente despejada, de porte distinguido y sensibilidad extraordinaria. Síntesis acabada de una herencia lombarda en la línea paterna de Aquino y normanda por la materna de los condes de Teate. Ultimo hijo varón de familia numerosa; doce hermanos que integraron un variado panorama de trayectorias: guerreros y caballeros, poetas y teólogos, abadesas o madres.

Destinado por decisión familiar a la vida monástica en Montecasino, recibió de los monjes negros su primera instrucción, con afición enraizada a las observancias regulares y a la vida litúrgica. Azares de guerra entre el Pontificado y el Imperio le llevaron a continuar sus estudios a la Universidad de Nápoles, donde tuvo ocasión de conocer —en sus primeros fervores—a la Orden de Santo Domingo, donde por iniciativa propia, reflexión madurada y voluntad inflexible, vino a encauzar su vocación a los diecinueve años. Frente a los derroteros del éxito fácil, que le prometían su talento y su linaje por los caminos del mundo, se dibujan en su vida—con rasgos duros—los designios de la Providencia: renuncia de su yo y entrega generosa a una vocación dominicana. Y junto a los obstáculos íntimos del alma invitada a negarse, las desgarradoras contiendas de una obstinada oposición familiar. Claro, pero espinoso y accidentado, se le abre el camino del porvenir. Tomás, revestido con los blancos hábitos de Santo Domingo, comienza virilmente la gran batalla de su destino. Hombre de carácter enfrentado con la realidad de la vida; temple recio de joven que no retrocede cuando no se debe retroceder. Supera con suave diplomacia los halagos insistentes de su madre—la condesa Teodora— y de sus amadas hermanas; se mantendrá esforzado y valiente ante el atropello brutal de sus hermanos guerreros, que le raptarán en Acquapendente cuando con el general de la Orden se dirigía a Bolonia; si dolorosa fué la lucha en que le arrancaron sus hábitos de fraile, más violenta y trascendental la pelea y la victoria cuando en el castillo de San Juan ahuyenta, esgrimiendo en la mano un tizón incandescente, la insinuante provocación de una mala mujer que sus hermanos hicieran penetrar en su estancia. "Sintió rebelarse en su cuerpo aquel estímulo carnal que siempre había sabido someter a la razón", escribe su más

antiguo biógrafo... Y "aquella victoria valió para la Iglesia toda la santidad y la ciencia de Tomás", replicaría un Romano Pontífice; conquistó también un equilibrio apacible de sentimientos y amores que jerarquizaron para siempre su varonil afectividad. Años más tarde hará inútiles las ofertas en firme y con refrendo papal de la abadía mitrada de Montecasino y de la sede arzobispal de Nápoles. La visión íntima de su vocación había quedado radiante y asegurada, por gracias especiales de Dios, por los consejos de los superiores de la Orden y por el providencial magisterio de Alberto Magno, que le reafirmarán la conciencia y responsabilidad de aquella trascendental empresa intelectual y apostólica que la Providencia les confiara. Se salvó, en la generosidad de su entrega y en la fortaleza contrastada de su defensa, no sólo la vocación personal de Tomás, sino la orientación doctrinal de su Orden, y uno de los más grandes servicios que se hayan rendido a la Iglesia.

En los designios de Dios sobre aquel joven excepcional no sólo tienen decisiva importancia las dotes extraordinarias de inteligencia preclara y laboriosidad infatigable; la trayectoria de su formación pausada y lenta enriquecerá aquellas posibilidades haciéndole alcanzar proporciones insospechadas. Ciencia de las escuelas en Montecasino y en Nápoles, es su primer bagaje de artes, letras y filosofía. Con diecinueve años de edad y catorce de estudios, llega al ambiente de formación profunda de la Orden Dominicana, cuyo lema nadie mejor que Tomás supo formular después de vivido: "Contemplar y transmitir el fruto de la contemplación". Roma y Bolonia, Nápoles y Roccasecca fueron el escenario de un noviciado muy especial, en el que las inquietudes y las luchas ayudaron a enraizar y conjuntar el estudio con la oración, la doctrina con la vida. La Orden, con visión certera, le llevará a continuar sus estudios de teología en las aulas de mejor solera: Santiago de París, en pleno ambiente de polémica universitaria, y principalmente en Colonia durante cuatro años de trascendental importancia junto a un maestro —también excepcional—, Alberto Magno. La Biblia y los Padres de la Iglesia, las sentencias y los teólogos, la ciencia natural y la renovación aristotélica de la filosofía, fueron penetrando fecundantes en aquel Tomás singular que,

al llegar a su sacerdocio en 1251, pasaría insensiblemente sin dejar nunca de aprender y estudiar, el prestigio y la fama de su saber y de su virtud le ascendieron pronto a la cátedra de la Universidad.

Podrá considerarse poco normal el que desde sus días infantiles comenzara a atormentarle aquel profundo interrogante: "¿Quién es Dios?" Mas no era tanto inquietud de duda como ansia creciente de saber y amor esforzado de la verdad. Toda su existencia vendrá a dar contestación a aquella pregunta en lenguaje de vida y claridad de ciencia. La síntesis de su programa de formación, de lo que fué su vida estudiantil aquellos largos años, nos la describe Tomás—guardando anonimato—en aquellos certeros consejos a un estudiante: "Pureza exquisita de conciencia; aplicación incansable en las horas de estudio, esfuerzo para comprender a fondo cuanto se lee y oye; trabajo para superar toda duda y llegar a la certidumbre; refugiarse cuanto pueda en la sala de armas del espíritu". ¡Qué humanos y qué al alcance de todos estos rasgos que reflejan limpieza de alma y espíritu de piedad!, pero sobre todo, subrayan insistentes el esfuerzo tenaz, la laboriosidad perseverante, la sacrificada estudiosidad, sin los cuales tantas veces quedan estériles y ocultas grandes capacidades.

Si el estudiante Tomás destacó por su talento, también conquistaba por su sencillez y humildad. Detalles generosos de compañerismo en sus tareas escolares nos han recogido sus biógrafos; más tarde se reflejarán también en las maravillosas páginas que dejará escritas sobre la amistad y el amor. La exquisita sensibilidad de su temperamento se enriqueció con experiencias de intenso convivir humano que contrapesarán siempre en él la claridad y equilibrio de su inteligencia con un sentido de realidad y aguda perspicacia de los problemas humanos.

Primeramente el servicio del prójimo y la ayuda privada a sus compañeros; más tarde las públicas disputaciones escolásticas le pusieron en marcha en las tareas de polémica y enseñanza en las que pronto habría de elevarse hasta el supremo magisterio. Comienza en Colonia, pero pasará en seguida a París, principal escenario de su magisterio, a propuesta del mismo San Alberto y del cardenal Hugo de Sancaro. Actúa como bachiller bíblico y después como sentenciario, en el Estudio General de Santiago. Ensayo turbulento de una docencia fustigada durante cuatro años por Guillermo de Santo Amor y los seculares. La distancia de siglos suaviza la tensión y acritud de aquel estado de cosas, y hoy nos resultan ridículas las invectivas violentas en aquella polémica entre unos y otros maestros, entre regulares y seculares, involucrando cosas, intrigando ante Pontífices y prelados y hasta hostilizando con plantes, huelgas y violencias en los ambientes universitarios. Sin duda, fué Tomás una de las piedras de mayor escándalo en la polémica. También fué el más contundente refutador, cuyo informe pesó más sin duda en la decisión terminante del papa Alejandro IV, que mandó conferir a Tomás—de treinta y un años de edad—el grado de maestro y la "licentia docendi". A los pies del Sagrario, en humilde súplica y encendida oración, impetraba Tomás del Señor la ciencia y la gracia para bien comenzar y cumplir exactamente su oficio de maestro. Siguieron las intrigas, y hasta las coacciones físicas, de resistencia al magisterio de Tomás, hasta que el Papa mandó a la Facultad recibir en su seno con plenitud de honores y derechos a fray Tomás de Aquino y a fray Ventura de Bagnorea. Maravillosa siempre en medio de la polémica su mesura y equilibrio en los modos, la elegancia y altura de su disertación y, sobre todo, la caridad y el amor a la verdad. Tres años duró su primer magisterio en París como regente de la cátedra de extranjeros, compatible con las delicadas tareas del asesoramiento real y del consejo al maestro general de la Orden. Y sorprendente es que aquella incansable actividad no le entorpeciera su difícil y profunda actividad científica, plasmada en *Los Comentarios a la Sagrada Escritura*, y al *Maestro de las Sentencias*, Pedro Lombardo, sus tratados *De Trinitate* y *De veritate*, y el comienzo, de la *Summa contra Gentiles*, obras—entre otras de menor importancia—escritas en aquellos agitados años de París.

Las circunstancias llevaron a Tomás al capítulo general de Valenciennes, donde con Alberto Magno, Pedro de Tarantasia, Bonhome de Bretaña y Florencio de Hesdin, redactaron una nueva "Ratio Studiorum" para las casas de formación de la Orden, de trascendental importancia en la renovación de la cultura filosófica y teológica. Se traslada seguidamente a Italia en 1259, donde durante nueve años—como teólogo del Estudio General de la Cor-

te Pontificia—desarrollará la más intensa y fecunda etapa de su vida. Profesor universitario con abrumadora concurrencia de alumnos y prestigio sorprendente; consultor pontificio de máxima autoridad, a quien se multiplican las consultas y se piden dictámenes por numerosas jerarquías de la Iglesia que le hacen colaborar en problemas de gobierno y de disciplina. No deben silenciarse aquellas conversaciones y entrevistas que juntaron en la corte papal de Orvieto a San Alberto y a Santo Tomás con el papa Urbano IV y que terminaron con el encargo oficial a Tomás de corregir y depurar los estudios filosóficos aristotélicos para que pudieran eficazmente servir en el desarrollo de la teología. Junto a Tomás, el gran helenista dominicano Guillermo de Moebeker hizo posible la revisión directa de textos e ideas de Aristóteles, que había de tener extraordinaria trascendencia en la cultura occidental y en la evolución de la enseñanza teológica.

El itinerario de su magisterio al servicio de la corte pontificia peregrinante, dibuja la ruta sinuosa de su producción escrita en esta etapa trascendental. En Anagni y Orvieto comentará a San Pablo, terminará la *Summa contra Gentes* y dará comienzo a su glosa escriturística *Catena aurea*, que será terminada en Santa Sabina de Roma, donde dará comienzo a su obra trascendental: la *Summa Theologica*, que continúa en Viterbo y concluye en París. De 1268 a 1272 quedará redactada esta obra cumbre de su genio y pieza trascendental de la ciencia sagrada.

Nuevamente en París, comienza la segunda etapa de su enseñanza universitaria; a las viejas polémicas—casi domésticas—con Guillermo de Santo Amor van a suceder otras profundas contiendas ideológicas con Siger de Brabante y Boecio de Dacia. La perversión averroísta de la filosofía de Aristóteles puso en serio peligro aquella gran renovación doctrinal que capitaneaban Alberto y Tomás. Más peligrosa y trascendental, y no menos acre y violenta, esta nueva batalla iba a poner en claro la doctrina y equilibrio de Tomás en plena madurez de inteligencia y en espléndida fecundidad doctrinal. No sólo termina la *Summa* y compone otros importantes tratados teológicos, sino que comenta ampliamente los libros de Aristóteles y polemiza sobre su sentido e interpretación en numerosos escritos. En esta época alcanza el máximo prestigio en la corte real de San Luis y la más popular adhesión de sus

alumnos, que recogieron aleccionadores y ejemplares recuerdos de su gestión universitaria. Con todo, el ambiente de huelgas y desórdenes, de intrigas y de luchas volvieron a interrumpir las tareas docentes de Tomás en París y se trasladará nuevamente a su patria, reclamado para regentar cátedra en la Universidad de su ciudad natal.

Cambio de ambiente, cambio de preocupaciones, la vida de Tomás en plena madurez parece adentrarse más en los problemas de la vida. Breve será esa última etapa de su magisterio napolitano, que nos presenta al teólogo entrañablemente ocupado en asuntos de su propia familia, para ayudar a su hermana viuda; en asuntos de su provincia dominicana, reorganizando la casa de estudios y acudiendo a los capítulos y consejos; le vemos más que nunca participando en la labor ministerial de la palabra, en largas e intensas jornadas de predicación apostólica que subrayan otra faceta de su rica personalidad, el Santo Tomás predicador. Predicador apostólico en los difíciles ambientes de aquella turbulenta Universidad, en la que mereció el nombramiento de predicador general conferido por su provincia en 1260. Predicador excepcional ante el Papa y los cardenales cuando en 1264 se le confió la delicada tarea de cantar litúrgicamente las glorias del Sacramento, en aquella obra maestra de devoción y poesía que fué el oficio del Corpus Christi, y se le encomendó también aquel trascendental y devotísimo sermón predicado ante el Consistorio, que es de los cantos más tiernos y teológicos a la Sagrada Eucaristía. Pero también predicador popular en las basílicas romanas de 1265 a 1267, singularmente en los famosos sermones de Semana Santa predicados en Santa María la Mayor, de los que se ha podido escribir este acertado comentario: "Conmovió al pueblo hasta las lágrimas cuando hablaba de la pasión de Cristo; y el día de Pascua, lo movió hasta los mayores transportes de alegría, asociándolo al incontenible gozo de la Santísima Virgen por la resurrección de su Hijo". Y tal vez más patéticos e impresionantes aquellos sermones que en 1273 predicaba en el púlpito de la iglesia de Santo Domingo de Nápoles en su propia lengua natal, el dialecto napolitano. "Predicaba con los ojos cerrados o estáticos y dirigidos al cielo", testificará en su proceso de canonización Juan de Blas, justicia de Nápoles. "La muchedumbre se agolpaba para escucharle, oyéndole con tanta atención y reveren-

cia como si hablase el mismo Dios", escribía Guillermo de Tocco. La madurez de su alma por aquellos años había elevado el rango de su magisterio intelectual a la cálida expansión de su experiencia mística. Y lo mismo que un día, después de la visión sobrenatural que iluminó intensamente su alma con la ciencia de los santos durante la celebración de la misa de San Nicolás, Santo Tomás dejará de escribir porque todo le parecía "paja" en lo escrito frente a lo contemplado, también dejará de predicar y de hablar con los hombres para quedar sumido en la intensa oración, diálogo directo con Dios Nuestro Señor, que fué regalo espléndido de Dios en los últimos días, a quien durante toda su vida se había ejercitado intensamente en la oración y mística contemplación. Nunca hubo para él ni dualidad ni oposición entre la oración y el estudio, entre la acción y la contemplación. Hombre "miro modo contemplativus" escribió de él Guillermo de Tocco, su más antiguo biógrafo. Sabiduría, caridad y paz serán las tres notas dominantes y características de su vida espiritual, comentará Mgr. Grabmann, uno de sus más modernos apologistas.

Vocación, formación, magisterio, producción científica, predicación apostólica, son dimensiones—aunque extraordinarias—humanas de la personalidad de Tomás. Su dimensión sobrenatural, la medida y matices de su santidad y ejemplaridad fueron solemnemente proclamadas por la Iglesia en Avignon el 18 de julio de 1332, medio siglo después de su dichosa muerte en el monasterio de Fossanova. Si la excepcionalidad de sus cualidades humanas lo distancian de nosotros, la heroicidad probada de sus virtudes lo elevan sin distanciarlo... porque el camino de la oración, de la humildad, de la prudencia y de la caridad, de la fortaleza y de la sobriedad, de la pureza y de la paciencia en las que Tomás sobresalió, es camino para todas las almas.

JOSÉ MANUEL AGUILAR, O. P.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 7 de marzo, biografías de TOCCO y LUCCA con otros materiales. Cf. MANDONET-DESTREZ, *Bibliographie Thomiste* (1921).
Obras de Santo Tomás: Ed. VIVÈS, 34 vols. (París 1871s.). Ed. LEONINA, I-XIV fols. (Roma 1882-1926). Ed. BAC: *Suma Teológica*, en latín, 5 vols.; bilingüe, latín y castellano, 15 vols.
SÁINZ, O. P., *Vida de Santo Tomás de Aquino, Patrono universal de las escuelas católicas* (Vergara 1909).

GETINO, L. A., *Leyenda de Santo Tomás de Aquino*, s. XIV (Madrid 1925).
GOMÁ, I., *Santo Tomás de Aquino. Epoca, personalidad, espíritu* (Barcelona 1924).
GRABMANN, M., *Santo Tomás de Aquino* (Barcelona 1930).
CHESTERTON, G. K., *St. Tomás Aquinas*, trad. españ. (Madrid 1938).
SERTILLANGES, A. D., *Santo Tomás de Aquino*, 2 vols. (Buenos Aires 1945).
RAMÍREZ, S., O. P., *Síntesis biográfica de Santo Tomás:* BAC, n.29, 2.ª ed. (Madrid 1957).

BEATO JUAN GABRIEL PERBOYRE

(† 1840)

El 6 de enero de 1802 y en el caserío de Puech, parroquia de Mongesty, diócesis da Cahors en Francia, la estrella de los Magos se vino a posar sobre el hogar de Pedro Perboyre y María Rigal, para iluminar la cuna de su primogénito y señalarle el camino de su vocación misionera en tierras de la gentilidad. Al día siguiente en el bautismo recibió los nombres de Juan Gabriel y desde entonces hasta que murió colgado en la cruz de Utchang, guardó el precepto que le impuso la Iglesia cuando le dijo por el sacerdote: *Recibe este vestido blanco que has de presentar sin mancha ante el tribunal de Jesucristo*. Todos los testigos de su vida están acordes en afirmar que la única mancha que cayó en este vestido fué la de su sangre vertida por Cristo.

Pero aquel hogar floreció otras siete veces y Dios descendió hasta él seis veces para llevar al jardín de San Vicente de Paúl a tres varones—Juan Gabriel, Luis y Santiago—para misioneros, y a dos hembras—Antonieta y Mariana—para Hijas de la Caridad, mientras que para el Carmelo se llevó a María—junto con otra prima que murió en olor de santidad—. Para demostrar el temple cristiano de esta familia que de sus ocho hijos entrega seis a Dios, basta consignar las palabras de María Rigal cuando recibió la noticia del martirio de su hijo: *¿Por qué he de vacilar en hacer a Dios el sacrificio de mi hijo? ¿No sacrificó la Santísima Virgen al suyo por mi salvación?...*

Cuando Juan Gabriel tenía quince años, después de una infancia tan piadosa como angélica, ingresó en el semi-

nario de Montauban, que pilotaba su tío Santiago Perboyre, C. M. No tardó en ocupar el primer puesto en la clase y en la conducta. Un día el profesor de retórica, repasando las composiciones de los alumnos, tropezó con una que llevaba por título: *La cruz es el más bello de los monumentos,* que firmaba Juan Gabriel. El profesor la seleccionó para ser declamada por su autor el día de la distribución de premios. Fué para el joven orador un día de triunfo. Todos le vieron transfigurado y radiante cuando pronunció esta frase en que hizo el retrato de toda su vida: *¡Qué hermosa es la cruz plantada en tierras de infieles y regada con la sangre de los apóstoles de Jesucristo!*

Y, en efecto, toda su vida gira en torno de la cruz. Hasta 1825, tanto en Montauban, donde cursa humanidades, como en París, donde cursa filosofía y teología, es el *discípulo de la cruz.* El 23 de septiembre de 1825, en la capilla de las Hijas de la Caridad, que cinco años más tarde había de ser santificada con las apariciones de la Virgen Milagrosa, se ordena de sacerdote y desde este día, antes de subir al altar, dice a Cristo esta oración compuesta por él:

¡Oh salvador mío, a quien voy a dar un ser que ahora no tienes, el ser sacramentado!: ruégote que obres en mí la misma maravilla que yo voy a obrar sobre este pan en virtud de los poderes que Tú me has otorgado. Cuando yo diga: "Este es mi cuerpo", di también Tú sobre este tu indigno siervo: "Este es mi cuerpo". Haz por tu omnipotencia e infinita misericordia que yo sea mudado y totalmente transformado en Ti. Que mis manos sean tus manos, mis ojos los tuyos y mi lengua la tuya. Que mis sentidos y todo mi cuerpo no se ocupen en otra cosa que en glorificaros. Sobre todo transforma mi alma y mis potencias... de suerte que mis actos y sentimientos sean tan iguales a los tuyos, que tu Padre pueda decir de mí lo que dijo de Ti: "Hoy te he engendrado", y "Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto mis complacencias". Destruye en mí todo lo que no sea tuyo; para que pueda decir con el gran Apóstol: "No soy yo quien vivo, sino que Cristo es el que vive en mí."

Desde entonces durante diez años fué el *maestro de la cruz,* primero en el colegio de Montdidier, luego en el seminario de San Floro y por fin en el seminario interno de

los Paúles en París, donde se forman las generaciones nuevas de los misioneros.

Un día reunió a todos los novicios de los que era director y, presentándoles los vestidos ensangrentados del Beato Francisco Regis Clet, que había sido martirizado en China en 1820, les dijo: "Ved los vestidos del señor Clet; ved la cuerda con que fué estrangulado. ¡Qué dicha la nuestra si tuviéramos igual suerte! Rogad a Dios para que mi salud se fortifique, a fin de que pueda ir a China a predicar allí a Jesucristo y morir por Él." Ya hacía diez años que venía importunando a los superiores para que le enviaran a recoger la herencia del Beato Clet; pero la respuesta era la misma: la falta de salud. La muerte de su hermano Luis en medio del océano, rumbo a China, vino a confirmar a los superiores en su decisión. Pero la víspera de la Purificación de 1835 el superior general decidió atenerse al parecer del médico y el médico dijo que no. Sin embargo, aquella noche el médico no pudo conciliar el sueño hasta que resolvió cambiar de parecer y el día 2 de febrero se decidió su partida. "El día de la Purificación—escribía, dando la noticia a su tío Santiago Perboyre—me ha sido otorgada la misión de ir a China, lo que me inclina a creer que en este negocio debo mucho a la Santísima Virgen." El 21 de marzo salió de El Havre y llegó a Macao el 29 de agosto, siguiendo la ruta del Cabo de Buena Esperanza, Madagascar y Java.

En Macao empleó unos meses en "chinizarse", que va desde saber la lengua hasta saber comer arroz con palillos, y desde el atuendo hasta las ceremonias sociales. Y así camuflado se metió en el interior para ser lo que había soñado: *apóstol de la cruz,* y hacer lo que tanto había deseado: *plantar la cruz en los países de infieles.*

En 1699 pisaba tierra de China el primer paúl Luis Apiani, comisionado por el Papa para visitar las misiones de China y fundar el seminario indígena, y con él Juan Mullener, que años más tarde fué nombrado vicario apostólico de Sutchuen. En 1712, el tercer paúl, Teodorico Petrini, era nombrado en Pekín maestro de música del palacio imperial. En 1780 los paúles portugueses y franceses sucedieron a los jesuítas en todas las misiones de China. Cuando Juan Gabriel llegó a China, terminaba la época imperial de las misiones y empezaba la de los vicariatos. De las diecisiete provincias del Imperio, siete las misionaban los

paúles; los portugueses el obispado de Macao, con las dos provincias próximas del continente, más los de Nankín y Pekín, y los franceses, los vicariatos apostólicos de Mongolia, Kiagsi, Tchekiang y Honan. A Juan Gabriel le tocó evangelizar las de Honan y Hupé, recorriéndolas durante cuatro años, en que reorganizó las cristiandades y las dotó de los instrumentos más necesarios para su desarrollo religioso. Estos años de duros trabajos le maduraron y pusieron a punto para ser triturado en el lagar del martirio. Pero antes de entrar en esta carrera Cristo bajó hasta él para dorarle en el horno de la "noche oscura". Parecíale que estaba condenado y angustiábase hasta el agotamiento ante el pensamiento de no poder amar a Cristo en la otra vida. La Virgen, el crucifijo y la Eucaristía, misterios consoladores, antes abiertos a su amor y contemplación, se volvieron mudos para él y surgían acusadores ante su conciencia atormentada. Así durante tres meses. Diríasele Cristo en el huerto. Y Cristo, como ángel confortador, se le apareció en la cruz y le dijo: *¿Por qué temes? ¿No he muerto yo por ti? Mete tus dedos en mi costado y deja de temer tu condenación.* Y con esto huyeron las sombras y las angustias y brillaron la luz y la paz. Y aquí empieza la "pasión de Juan Gabriel", que parece un calco de la de Cristo. El 15 de septiembre de 1839, misioneros y cristianos celebran en Chayuen los Dolores de la Virgen. De pronto ven acercarse ciento cincuenta soldados del Vire de Utchang, teniendo que dispersarse por los bosques y montes vecinos. Los soldados saquean, incendian y buscan. Juan Gabriel se refugia en un bosque vecino de bambúes y un catecúmeno pregunta al capitán: "¿Cuánto me dais si os lo descubro?" "Treinta taels"—le prometen—. Y con alma de Judas, el catecúmeno los conduce al bosque y les señala a Juan Gabriel. Los cristianos quieren defenderle, pero él se lo estorba y se entrega. Le cargan de cadenas, le despojan de los vestidos y, a empellones, le arrastran a los tribunales civiles y militares de Koangyintan, Kutchin, Siangyan y Utchang, con un total de sesenta leguas de recorrido y más de treinta interrogatorios, en los que se le urgía a apostatar, y, al negarse, se le sometía al tormento de los azotes en el rostro con cuarenta correazos, de palizas con cañas de bambú en todo el cuerpo, de la terible máquina de *Hangsté*, de la que colgaba durante horas por los índices y cabellos, y de las cadenas de hierro y fragmentos de tejas y cristales

sobre los que estaba de rodillas durante las sesiones y días enteros. Ni le ahorraron injurias, ni calumnias, ni tormentos del alma, como hacerle pasar sobre la cruz trazada en el suelo, o revestido de los ornamentos sagrados echarle en cara que quería hacerse proclamar rey por los cristianos y burlarse de tal realeza. Con un estilete candente grabaron en su frente los caracteres chinos de su crimen: *Propagador de una religión abominable.* Le dieron a beber la sangre de un perro para deshacer la virtud de un pretendido talismán que le hacía insensible al dolor. Y así durante un año, hasta que el 11 de septiembre de 1840 llega de Pekín el decreto imperial confirmando la sentencia del virrey de morir estrangulado. Le sacaron de la prisión con siete criminales, le cargaron el instrumento del suplicio con la sentencia escrita en él y, corriendo, salió de la ciudad y subió a la cumbre de la montaña Roja, en donde, decapitados los criminales, le colgaron en la cruz, atados sus brazos hacia atrás y las piernas en el palo vertical. El verdugo apretó por tres veces la soga que traía al cuello y un soldado le dió un puntapié en el lado izquierdo. Era viernes, a las tres de la tarde, y una gran cruz luminosa apareció en el cielo. Fué beatificado por León XIII, el 30 de mayo de 1889.

José Herrera, C. M.

BIBLIOGRAFIA

Etienn, J. B., *Notice sur M. J. G. Perboyre* (París 1842).
Larizaldie, *J. G. Perboyre, testigo de Cristo* (París 1926).
Herrera, J., *Alter Christus* (Madrid 1942). La más completa en español.
Chatelet, A., *J. G. Perboyre* (París 1943).

8 de marzo

SAN JUAN DE DIOS

(† 1550)

Que sin arrebatos de divina locura no se puede llegar a la santidad, es evidente. Los cuerdos, según el mundo, jamás llegarán a la santidad heroica. La vida sin complicaciones, sin exabruptos de generosidad, la vida atiborrada de cálculos egoístas—burguesa—, se opone diametralmente a la de los santos. No hay compatibilidad entre los santos y los que jamás abandonan sus cómodas casillas; lo mismo que no la hay entre el volcán y la llanura esteparia, ni entre los héroes—hombres de arranques—y los adocenados.

Se explica que los santos tengan que ser locos, locos de remate, para el mundo. Porque, ¿no es la doctrina evangélica la más disparatada locura de tejas abajo y la sabiduría más sublime para los que están tocados de Dios? Los santos—como los genios o los héroes—rompen moldes, los moldes de la vulgar ramplonería humana, y por eso chocan con la realidad monótona. Tienen dinamita en el alma y su generosidad les hace estallar hacia lo imprevisto e inédito.

Pero, ¿qué hacen sino seguir las huellas de Aquel que dió en la cresta a la sabihonda cordura humana, provocando ante la humanidad el más sonado de los escándalos: el de su muerte en una cruz? No cabe duda, con este hecho comenzó la era de la locura. ¡Bien venida! En pos de Él siguieron legiones de "chiflados": los que se dejaron descabezar por amor de Dios, los que abandonaron su patria—¡con lo bien que se está en casita!—para difundir el Evangelio entre caníbales, los que maltrataron sus cuerpos hasta convertirlos en piltrafas humanas, los que se abrazaron a los apestados—¡uf, qué asco!—, los que dijeron mil veces *no* cuanto todos dicen *sí*, y *sí* cuando la mayoría dice *no*...

Ahondad en la vida de los santos y veréis cómo, bajo

las apariencias más normales, existe el contagio. Todos están *tocados* por la locura de la cruz.

San Juan de Dios fué uno de esos locos. La *venada* le dió fuerte. Lo vais a ver.

Era el día de San Sebastián de 1537. En la histórica ermita del Santo de la ciudad de Granada predicaba el Beato Maestro Juan de Avila, que, cual otro Pablo de Tarso, se había hecho célebre por sus infatigables correrías apostólicas por Andalucía. Durante su sermón, atacó duramente contra los vicios y predicó sobre las virtudes y el amor de Dios.

Un hombre de cuarenta y dos años le escuchaba absorto sin perder sílaba. Era conocido en la ciudad por su tenderete de libros, y en toda la comarca, porque lo veían con frecuencia vendiendo libros, estampas e imágenes por los pueblos.

De repente se oyó un grito en la pequeña ermita abarrotada de fieles: "¡Misericordia, Señor!" Todos quedaron pasmados ante el hombre que había gritado, y mucho más cuando le vieron darse cabezadas en el suelo, mesarse las barbas y cejas y dar muestras de un profundo dolor y pesar de sus pecados.

Salió de la ermita y se dirigió precipitado hacia su tenducho. ¡Pobrecito, se había vuelto loco! Sus gestos y sus gritos lo manifestaban bien a las claras. Ya en su casa, rompió cuantos libros de caballerías tenía en venta, distribuyó los devotos entre los curiosos que le habían seguido y se despojó de sus vestidos quedándose con lo imprescindible. ¡Hecho una facha! ¡Le fallaban los cascos! Así pensaba la gente.

Nuestro hombre se confesó, entre lágrimas, con el padre Avila. Posiblemente, incluso este mismo santo varón sospechó que su penitente estaba perturbado. Pero sus sospechas hubieron de desvanecerse ante las palabras del hombre que tenía a sus pies. Lo consoló y le animó a seguir las inspiraciones de Dios.

Pero el Beato Maestro Avila tenía que ausentarse de Granada y aquí tenemos a Juan Ciudad (que este era el nombre del extraño converso) comenzando una vida nueva.

Los vecinos de Granada vieron que las locuras de Juan Ciudad seguían en aumento: se metía en los lodazales y daba saltos por las calles haciéndose el demente. Quería el

desprecio. Deseaba que le tuvieran por mentecato. Y lo consiguió.

Unos días después, Juan Ciudad era internado en el Hospital Real de Granada, donde eran cuidados los que habían perdido el juicio. No podía estar libre por las calles aquel hombre que era la irrisión de chicos y grandes, que le corrían e insultaban gritando: "¡Al loco, al loco!".

En el Hospital Real estuvo algún tiempo. Los loqueros le trataron mal. Incluso quisieron volverle el juicio a base de azotainas. Porque era, por lo visto, un remedio muy socorrido en la época éste de los azotes para curar la locura.

Sobre las flacas carnes de Juan Ciudad cayeron frecuentemente los látigos y los cordeles de los loqueros, si bien veían en él una demencia singular: se alegraba de los malos tratos que le daban, mientras que reprendía severamente a los enfermeros por la dureza con que se comportaban con los pobres dementes. Cierto; aquel hombre era un caso clínico sin precedentes...

Años más tarde, toda Granada se conmovería ante la muerte de aquel que fué tenido por loco. Y después de lustros y de siglos, cuantos leyeran la vida de Juan sentirían tal vez que las mejillas se les humedecían ante tanto heroísmo.

Pero queremos interrumpir el proceso de la santa locura de Juan para plantarnos de golpe ante su fase más aguda. Era cuando Juan estaba maduro ya en la santidad y cuando se apellidaba "de Dios". Ya no tenía curación: el amor de Dios y del prójimo se había apoderado totalmente de su ser.

Juan se pasó los últimos años de su vida en medio de la podre humana. ¿Quién sino un loco por Dios hubiera soportado lo que él soportó?

Del breve, pero interesante, epistolario del Santo entresacamos algunos párrafos que valen más que todas las descripciones que pudiéramos hacer del ambiente en que derrochaba amor Juan de Dios. Dice en una ocasión: "...en esta casa (en el hospital por él fundado) se reciben generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, ansí que aquí ay tollidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perláticos, tiñosos y otros muy viejos y muy niños...". Y en otra ocasión: "...cada día se me recresen las necesidades y angustias y en demás hagora y de cada día mucho más ansí de deudas como de pobres que vienen muchos desnudos y descalzos y llagados y llenos de piojos, que ha menester un hombre o dos que no hagan más que escaldar piojos en una caldera hirviendo y este trabajo será de aquí adelante todo el invierno...".

Ante estas y otras miserias, que sólo de contarlas dan náuseas, se derretía el alma de Juan de Dios. Y no había privación, dolor, trabajo o humillación que Juan no aceptara contento para remediarlas.

San Juan de Dios fué un santo extraordinario. Comparable a San Francisco de Asís por su sencillez, pobreza y humildad y también por su encendido amor de Dios y del prójimo. Ninguno de los dos fué sacerdote. Y, sin embargo, uno y otro conmovieron profundamente a sus contemporáneos y fueron verdaderos padres de las almas.

Es lástima que no se pueda resumir la vida de nuestro Santo en unas breves páginas. Merecería la pena, ya que es hondamente edificante. Sobre todo, desde el período de su ruidosa conversión (que rápidamente hemos transcrito), su vida fué una entrega heroica ininterrumpida a Dios y al prójimo. A todos extendía su ardorosa caridad: a los enfermos, a las viudas, a los huérfanos, a los pobres, a los ancianos, a los labradores arruinados por las cosechas, a las mujeres de mala vida, a los obreros sin trabajo, a los soldados que no recibían sus pagas, a los estudiantes que se encontraban en apuros, etc., etc. Se podrían escribir páginas y páginas con un sabrosísimo anecdotario sobre la caridad de San Juan de Dios.

Como botón de muestra de lo que venimos diciendo, queremos traer unas líneas de uno de los primeros biógrafos del Santo en la que se nos describe uno de los últimos rasgos de caridad del Santo, en el remate ya de su divina locura. Dice así: "Eran tantos los trabajos en que Ioan de Dios se ocupaba por dar remedio a los de todos, así de caminos y salidas que hacía, en que padecía muchas frialdades, como del trabajo ordinario de la ciudad, que *se desvencijó* (¡se hizo polvo! diríamos en nuestra época), y de esta enfermedad, como él le hacía poco regalo, padecía gravísimos dolores, y disimulaba cuanto él podía, por no darlo a entender y dar pena a sus pobres en vello malo, mas estaba ya tan flaco y debilitado y sin fuerzas, que no lo podía ya disimular. Y sucedió a esta sazón, que el río Genil vino aquel año muy crecido por las grandes aguas que había llovido; y dixéronle a Ioan de Dios que el río con la corriente traía mucha leña

y cepas. Y él determinóse, con la gente sana que había en casa, de illa a sacar, porque el invierno era muy fuerte de nieves y fríos, para que los pobres hiciesen lumbre y se calentasen. De meterse en el río en tal tiempo, cobró tanta frialdad, sobre la enfermedad que tenía, que aquexándole más gravemente el dolor que solía, cayó muy malo; y la causa de meterse tanto en el río fué que, de la gente pobre que venía a sacar leña, un mozuelo entró incautamente en el río más de lo que se sufría, y la corriente arrebatólo y llevábalo; y Ioan de Dios, por socorrelle, entró mucho, y al fin se ahogó, que no pudo asille. Y desto cobró mucha pena; de manera que su enfermedad se iba agravando cada día más..."

Juan de Dios siguió "desvencijado", como dice su biógrafo, pero infatigable en sus extremadas penitencias y en sus trabajos por los pobres y enfermos. Hasta que le tocó caer en la brecha. Fué el 8 de marzo de 1550. Tenía cincuenta y cinco años.

Presintiendo la hora de su muerte, ya en su última enfermedad, pidió que le trajeran el Santísimo. Antes se había confesado con gran fervor. Comulgar no pudo, por no resistir su estómago ningún alimento. Habiendo llamado a Antón Martín, a quien tiempo atrás había convertido y hecho su colaborador más fiel, le recomendó atendiera en lo sucesivo a sus pobres y enfermos. Y viendo que se moría, se levantó de la cama, se puso de rodillas y, abrazando un crucifijo, dijo: "Jesús, Jesús, en tus manos me encomiendo". Momentos después, entregaba su alma a Dios, quedando su cadáver de rodillas, con suma admiración de todos los que estaban presentes a su muerte.

Su entierro fué uno de los más solemnes que jamás conociera la ciudad de Granada. El que doce años antes había sido corrido por las calles como loco, era proclamado por todos unánimemente como santo. Pero era igual. ¿No había sido realmente loco, loco por el amor de Dios?

Había nacido Juan en Montemayor el Nuevo, pequeña ciudad de la diócesis de Evora (Portugal) en el año 1495 en el seno de una familia hondamente cristiana. Sus padres, Andrés Ciudad y Teresa Duarte, lo educaron en el temor de Dios. Sus biógrafos aseguran que hubo presagios maravillosos de lo que había de ser, desde el momento de su nacimiento. Aunque la hipercrítica los rechazara, da igual, ya que su vida —sobre todo desde su conversión definitiva—fué un prodigio continuo.

A los ocho años, no se sabe a punto fijo por qué motivos, abandonó la casa paterna para trasladarse a España. Un sacerdote lo atendió en los primeros días hasta que vino a parar a Oropesa, en la provincia de Toledo. Aquí lo prohijó un tal Francisco Mayoral, hombre probo y de excelente corazón. En esta ciudad fué durante algún tiempo pastor de los rebaños de su protector. Pasados los años, el carácter de Juan cautivó a su bienhechor, hasta el punto de que quiso casarlo con su hija. Pero él rehusó tal propuesta haciéndose soldado.

Juan comenzaba una vida nueva llena de peripecias y de peligros. Se alistó de momento en las tropas que guerreaban contra Francisco I de Francia. En 1521 se encuentra en Fuenterrabía, que el francés había sitiado. Tal vez se extravió algo entre la soldadesca. Por lo menos su fervor inicial. Hasta que, salvado por la Virgen providencialmente de la horca, a la que le había condenado uno de sus jefes por haberse dejado arrebatar un botín que a su custodia había sido confiado, decidió cambiar de vida y regresar a Oropesa. Cuatro años estuvo esta vez con su protector, que le había recibido con gran alegría. Hubo nuevas propuestas de matrimonio con su hija, y él huyó de nuevo.

Por segunda vez se alistó en el ejército. Ahora había de luchar por tierras de Austria-Hungría contra el gran turco Solimán II, que había puesto en apuro al hermano de Carlos V, Fernando.

Rechazados los turcos de las cercanías de Viena, Juan regresó a España por mar, desembarcando en Coruña. Desde allí se dirigió a su pueblo natal. Allí se enteró de que sus padres habían muerto, la madre poco después de su salida de Portugal y el padre años más tarde como religioso en un convento. Con honda pena abandonó su tierra pasando a Ayamonte, en cuyo hospital se dedicó al servicio de los enfermos. Poco después llega a Sevilla, donde se acomodó de pastor durante una temporada.

Poco después se dirige a Ceuta en compañía del caballero portugués D. Luis Almeyda, su esposa y cuatro hijas. La enfermedad postra en la cama a casi todos los miembros de esta familia, agotando todos sus recursos económicos. Entonces, Juan trabaja en las fortificaciones de la ciudad para sostener a aquellos amigos suyos que se encontraban en un duro trance. Iba ya madurando en su alma aquella caridad que no había de conocer límites.

Por evitar peligros para su alma con el contacto de los infieles, Juan pasó a la Península quedándose en Gibraltar, donde comenzó su pequeño negocio de ventas de estampas y libros piadosos. Aunque más que negocio era apostolado lo que hacía. Su alma estaba cada vez más preparada para dar el vuelco definitivo. Si sus biógrafos aseguran que Juan fue siempre muy buen cristiano, muy sencillo, caritativo y devoto de la Virgen María, hay que reconocer que es en esta época de su vida donde se va viendo más claramente que Dios le iba preparando para lo que sería después. Los historiadores hablan de una aparición del Niño Jesús en forma de pequeño mendigo, el cual, como hubiera sido atendido con inmensa caridad por Juan, le dijo que fuera a Granada, donde tendría su cruz, manifestándosele después como el Hijo de Dios. Lo cierto es que ya había dado pruebas Juan hasta estas fechas de una exquisita caridad.

Hemos hablado un poco de la conversión definitiva a Dios de Juan a poco de llegar a Granada, donde llevaba unos meses dedicado a la venta de estampas y libros piadosos, lo mismo que había hecho en Gibraltar.

También lo hemos visto tenido por loco y recluído en un manicomio. Salió por fin de allí, habiendo dejado muestras de una humildad a toda prueba y de un espíritu de sacrificio extraordinario.

A partir de este momento encontramos a Juan completamente enloquecido por Dios y soñando únicamente en servirle cada vez mejor. Para ello eligió como director de su conciencia al ya mencionado padre maestro Juan de Avila, gran santo y gran conocedor de las ciencias teológicas. Habiendo pedido consejo Juan a este santo varón, le confirmó en sus deseos de entregarse al cuidado de los enfermos. Para ello, después de haber peregrinado a Guadalupe, Juan alquila una casa y la convierte en hospital. Poco a poco va acomodando a cuantos enfermos encuentra, dando muestras, en aquella Granada que le había tenido por loco unos meses hacía, de una santidad extraordinaria.

Juan pedía limosna para sus pobres a todas horas y sin el más mínimo respeto humano, así como recogía y llevaba a hombros a los enfermos más repugnantes para cuidarlos en su hospital. Era frecuente que cambiara sus vestidos por los harapos de los indigentes. De tal modo que, para que en adelante no lo hiciera, el arzobispo de Túy, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la cancillería de Granada, mandó hacerle una especie de hábito religioso, que él mismo le impuso, cambiándole a la vez su nombre de Juan Ciudad por el de Juan de Dios.

Las virtudes que Juan de Dios practicó durante los trece años que vivió a partir de su conversión son admirables. Dios premió su generosidad con hechos extraordinarios. Obtuvo conversiones increíbles y fué mucho mayor el bien que hizo a las almas que a los cuerpos. Sus dos colaboradores más íntimos y primeros religiosos de su Orden fueron dos enemigos irreconciliables que se odiaban a muerte y que fueron subyugados enteramente por las virtudes del Santo. Nos referimos a Antón Martín y a Pedro Velasco, que murieron con fama de santidad siendo hermanos de San Juan de Dios.

Fueron también notables los viajes del Santo, siempre a pie y descalzo, buscando limosnas para sus enfermos. Uno de sus viajes, ya al fin de la vida, lo hizo a la corte, que se encontraba a la sazón en Valladolid. Felipe II y sus cortesanos quedaron maravillados de la santidad del siervo de Dios.

No es extraño que a este bendito varón le colmara el Señor con toda clase de bendiciones. Una vez se le apareció el mismo Jesucristo en forma de pobre.

Entre los hechos más notables de su vida se cuenta que, habiéndose originado un incendio en el Hospital Real de Granada, estuvo sacando enfermos del mismo en medio del fuego sin que las llamas le tocasen.

Por fin, extenuado por sus innumerables trabajos y penitencias, entregó su alma al Señor, con una muerte envidiable, como hemos visto.

La estela de sus virtudes fué imborrable y este humilde servidor de Jesucristo dejó a la Santa Iglesia una legión de hijos, émulos de sus virtudes, los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios.

Fué beatificado por el papa Urbano VIII, por un breve del 21 de septiembre de 1630 y canonizado por Inocencio XII el 15 de julio de 1691.

Esta es la historia de Juan de Dios, un "loco a lo divino", como lo han sido todos los santos.

¡Que él y ellos nos contagien de su locura!

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI.

BIBLIOGRAFIA

CASTRO, FR., *Historia y sanctas obras de Juan de Dios* (Granada 1585).

TOMÁS, M., *San Juan de Dios*: Colección "Santos españoles" (Madrid 1939).

JARDIM DE CASTRO, R., *San João de Deus* (Lisboa 1946).

GÓMEZ MORENO, *Primicias históricas de San Juan de Dios* (Madrid 1950).

ALARCÓN CAPILLA, A., *La Granada de oro. San Juan de Dios* (Madrid 1950).

AYÚCAR, P. A., O. H., *El hombre maravilloso* (Villafranca del P. 1950).

CRUSET, J., *San Juan de Dios. Una vida iluminada* (1957).

SAN JULIAN, ARZOBISPO

(† 690)

"Nació en la misma ciudad de Toledo, recibió el bautismo en la iglesia catedralicia de Santa María y fué educado en los claustros de dicho templo." Así nos introduce en la semblanza de San Julián el primero de sus biógrafos e inmediato sucesor en la sede metropolitana. De estirpe judía, aunque de padres ya cristianos, su nacimiento vino a ser como flor lozana y fragante que redime de espinas a la zarza en que brotó.

Muy niño, este toledano auténtico fué ofrecido por sus padres para que en calidad de oblato se educase en los claustros de la basílica metropolitana para el servicio del santuario.

Allí recibió su formación espiritual y literaria bajo la dirección del preceptor Eugenio, el más distinguido poeta de toda la época y que, después de haber regido como metropolitano la sede toledana, es hoy venerado como santo.

Durante el tiempo de permanencia en el atrio episcopal, Julián trabó estrechísima amistad con su compañero Gudila y se resalta el paralelismo de aquellas dos vidas destinadas a ocupar puestos de gran relieve en la administración eclesiástica de su tiempo. Hubo un momento en la vida de ambos en el que de mutuo acuerdo pensaron seriamente en abrazar la vida monástica, deseosos de mayor perfección, mas, después de pedir ahincadamente la iluminación celestial y el consejo de los prudentes, decidieron

continuar en el orden secular, ascendiendo paulatinamente por los grados de la jerarquía.

La personalidad de Julián se abrillanta cada día más en el candelero enhiesto que era la ciudad real. Fué sobre todo desde la muerte de San Ildefonso cuando descuella y alcanza creciente celebridad en sus ministerios de diácono y presbítero. El conjunto de dotes naturales, la experiencia y maestría reveladas en el cumplimiento de los cargos desempeñados, en la recta gestión de los asuntos, en el trato social, en la digna manera de comportarse; el prestigio de sus virtudes y de su saber hicieron de Julián un dechado que Toledo entero podía admirar y que no podía ocultarse como luz bajo el celemín. Era el "varón de consumada prudencia".

A la terminación del verano del 679 su alma recibió un golpe durísimo con la muerte de su entrañable amigo, a la sazón arcediano, Gudila. A principios de enero del año siguiente moría también el metropolitano Quirico. La sede vacante duró breves días, pues los electores unánimemente designaron para ocupar la silla de Toledo al esclarecido clérigo Julián, elegido el 16 de enero del 680 y consagrado el domingo, día 29, en el marco opulento de la basílica de Santa María por el obispo de Játiva.

Alrededor de los sesenta años debía de contar el nuevo metropolitano cuando recayó sobre él la pesada carga del arzobispado de Toledo, que unía a las responsabilidades comunes de los otros prelados las que particularmente se relacionaban con las peculiares de ser obispo de la sede real y metropolitano de la provincia cartaginense, integrada por una veintena de diócesis sufragáneas, con cuyos prelados había de celebrar frecuentes consultas para el mejor resultado de las gestiones pastorales y civiles, someterlos a su propio tribunal, cuando la conducta de éstos así lo exigiera, y convocarles a concilio según las normas canónicas de la iglesia hispana.

Era tal la amplitud de funciones y de ejercicio de la jurisdicción, que es fácil suponer la actividad del nuevo metropolitano.

En los comienzos del pontificado, un hambre horrenda fustigó a España. Las muertes por inanición se multiplicaban por doquier. Con tal motivo Julián hubo de desvivirse para remediar a los necesitados en grado tal, que las fuentes visigóticas, que apenas aluden en ningún momento

a la beneficencia, reservan para el metropolitano de Toledo unas frases llenas del mayor encomio: "No podía ver que nadie estuviera necesitado sin lanzarse inmediatamente en su socorro, y fué tan extraordinaria su caridad, que jamás negaba cosa alguna al que se le acercaba; con tal modo de proceder buscaba hacerse grato a Dios y útil a los hombres".

Un asunto de enorme trascendencia política se produjo cuando apenas llevaba ocho meses ocupando la sede toledana. Traidoramente se había suministrado un narcótico al rey Wamba y durante el sopor producido por el bebedizo, el conde Ervigio, taimado autor de la felonía, hizo llamar al metropolitano a la residencia real y en ella le mostró un documento firmado por el monarca, a quien todos los ajenos a la conjura consideraban gravemente enfermo y sin sentido. En este documento, que el arzobispo vió refrendado por la suscripción real, el rey manifestaba vehementes deseos de morir con la profesión y hábito de penitente público. Engañado con tamaña falacia, procedió Julián a tonsurar al inconsciente monarca, reduciéndole al estado penitencial, por lo que quedaba incapacitado, si recuperaba la salud, para continuar ocupando el trono.

La añagaza bizantina de Ervigio para adueñarse del cetro visigótico hizo de San Julián un cómplice inconsciente, pues debe descartarse toda voluntariedad en la farsa, ya que, posteriormente a ella, a la pluma ágil del metropolitano de Toledo se debe la mejor apología del depuesto monarca.

Por el bien de la paz, el gran ideal de la iglesia hispana, se aceptó el hecho consumado y el arzobispo se vió compelido por la fuerza de las circunstancias a acatar la elección de Ervigio, reconocido como rey por quienes en la legislación vigente eran los legítimos electores.

Otro incidente serio, con el que se ha querido teñir de antirromanismo cismático la aureola de San Julián, se produjo con ocasión de haberse recibido en España para la adhesión del episcopado peninsular las actas del concilio tercero de Constantinopla, sexto de los ecuménicos. A la expresa aceptación de los obispos españoles, Julián, fogoso teólogo, adicionó un escrito donde se encontraron expresiones que en la curia pontificia parecieron malsonantes, sobre todo en aquella época en la que cualquier impropiedad de léxico podía acarrear tolvaneras de polémica. Al

conocer el metropolitano la sospecha de heterodoxia, surgida en Roma sobre la pureza de su fe, tuvo una reacción enérgica; redactó otro escrito, avalado con testimonios de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, y lo remitió al Romano Pontífice con sensibles muestras de enojo, deslizando en él palabras duras para los contradictores. Esta nueva explicación, impecable desde el punto de vista teológico, satisfizo plenamente y traducida al griego se hizo llegar hasta el palacio imperial de Bizancio y tanto aquí como en la corte pontificia del papa Agatón mereció los más cumplidos elogios.

Fué durante su episcopado cuando la sede toledana alcanzó su más alto nivel en la jerarquía eclesiástica nacional. Celebrábase en los primeros días de enero del 681 el XII Concilio de Toledo. Tuvo carácter de asamblea nacional de todos los obispos del reino y en él se reunieron treinta y nueve prelados. El hecho de que Toledo fuera la sede metropolitana de la corte y el sistema en uso de la intervención real en el nombramiento de los cargos eclesiásticos inspiró la idea de que, para la mayor rapidez en la terminación de las sedes vacantes, los restantes metropolitanos cedieran en favor del de Toledo sus derechos de examen y confirmación de los obispos electos, quienes únicamente quedaban obligados a presentarse ante su respectivo arzobispo en el plazo de tres meses posteriores a su consagración. Esto, que canónicamente fué una norma de gobierno, acrecentó extraordinariamente la figura jerárquica del metropolitano de Toledo. A partir de "tan singular prerrogativa"—así se la designa en los textos conciliares—, el arzobispo de Toledo adquiere una indiscutible preeminencia sobre todos los prelados del reino. El será el primero en estampar su firma en las actas de los concilios y en presidir las sesiones sin guardar para nada el orden acostumbrado de antigüedad en la sede; en los casos de urgencia es él quien resuelve; muy en breve será su provincia la primera en reunirse para dar la norma a las demás sobre la citada adhesión al concilio ecuménico de Constantinopla, mandando los demás metropolitanos sus representantes al sínodo de Toledo. En pocas palabras, tenemos la primacía de la iglesia toledana surgida canónicamente en los tiempos en que el metropolitano Julián vive el primer año de pontificado.

La densa biografía de este insigne prelado, el más preclaro sin duda entre los celebérrimos que ocuparon la sede a lo largo del siglo VII, es difícil de condensar en una breve semblanza.

Hay, sin embargo, un aspecto, el de su producción literaria, que no puede ser pasado por alto. En la nota bibliográfica se elencan las obras llegadas hasta nosotros. En ellas se atiende a las necesidades presentes y todas manifiestan un clima de madurez, un perfilado estilo literario y una agudeza de pensamiento, que coronan el ciclo intelectual iniciado con San Isidoro a principios de la centuria.

El domingo, 6 de marzo del 690, fallecía San Julián a los diez años, un mes y siete días de haber ocupado la silla toledana. Su cuerpo, como el de sus antecesores, recibió sepultura en la basílica martirial de Santa Leocadia, junto al venerado cuerpo de la Santa.

Quien le trató íntimamente durante la vida y le sucedió a su muerte, nos ha dejdo el más cumplido panegírico de sus virtudes episcopales.

Fué—escribe—"limosnero con exceso, si en ello puede darse exceso, acudiendo prontamente al socorro de los desgraciados y poniéndose en el lugar de los débiles oprimidos.

"En sus intervenciones era discreto, y valiente en la resolución de los negocios intrincados; justo en dirimir los juicios, estuvo siempre inclinado a la aminoración de la pena, y dispuesto siempre a salir por los fueros de la justicia.

"Uníanse a estas dotes el laudable dominio de sí durante los debates, la fluidez de su palabra y la admirable devoción sentida por la exactitud en el rezo de las divinas alabanzas, estando siempre pronto para salir al paso de la más leve duda surgida sobre ello.

"Cuidadoso en extremo de la iluminación de los templos, se mostró eximio en vindicar el derecho de las basílicas, alerta en el gobierno de los súbditos y preparado siempre para escuchar a los humildes.

"Si en el ejercicio de tan alto cargo quiso rodearse de la magnificencia digna de su autoridad, privadamente estaba dotado de una humildad evangélica y sobresalía por la probidad integral de sus costumbres.

"Fué tal su misericordia que jamás hubo angustiado a

quien no procurase aliviar. y era tan caritativo que nunca negó lo que por caridad se le pedía.

"De esta forma trabajó por hacerse agradable a Dios en todo y útil a los hombres, consiguiendo siempre agradar a Aquél y, en cuanto le fué posible, satisfacer a éstos por Dios.

"Y si en las dotes naturales no fué inferior a ninguno de sus nobles predecesores, tampoco les fué desigual por la abundancia de sus dignos merecimientos."

Tan bella apología que, como una estela laudatoria de su preclara existencia ha llegado hasta nosotros, se centra en torno a las tres grandes virtudes episcopales: celo, justicia y caridad, en las que sobresalió en grado preeminente, aunque la posteridad le estime más por la herencia recibida de su insigne magisterio doctrinal.

J. FRANCISCO RIVERA.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 8 de marzo, *Biografía* de FÉLIX, sucesor de Julián.
FELIX TOLETANUS, *Sancti Iuliani toletani episcopi vita seu elogium:* PL 96,445s. ANÓNIMO TOLEDANO, ibid., col.1260s.
Obras de San Julián: PL t.96. Algunas han sido publicadas en otras colecciones o revistas
RIVERA RECIO, J. F., *San Julián, arzobispo de Toledo (s. VII). Epoca y personalidad* (Barcelona 1944).

9 de marzo

SANTO DOMINGO SAVIO

(† 1857)

Alumno de San Juan Bosco, nació en Riva de Chieri, provincia de Turín (Italia), el 2 de abril de 1842, y ese mismo día fué bautizado. Su padre era herrero y se llamaba Carlos; su madre, costurera, y tenía por nombre Brígida Agagliate; ambos muy buenos cristianos, deseosos de que sus hijos se educaran en la religión y las letras. Niño superdotado, a los cinco años sabía ayudar a misa y a los siete se le admitió a la primera comunión, a pesar de que la costumbre común no la permitía antes de los doce. De

su talento son pruebas los "propósitos" que tomó ese día: "Primero, me confesaré con frecuencia y comulgaré todas las veces que me lo permita el confesor; segundo, santificaré los días de fiesta; tercero, mis amigos serán Jesús y María; cuarto, antes morir que pecar." ¿No son un patrimonio para las juventudes de todos los tiempos?

A los doce años su padre se lo presentó a Don Bosco. Este, después de sondearle, le dice: "Me parece que hay buena tela." "¿Para qué puede servir esta tela?"—responde el hijo del herrero y de la costurera. "Para hacer un buen traje y regalárselo a Nuestro Señor." "Entendido: pues yo soy la tela y usted el sastre: hagamos ese traje." Y así entró Savio en el colegio de Don Bosco, llamado "el Oratorio".

A la entrada del despacho vió un letrero que decía: *Da mihi animas, cetera tolle.* Con el poco latín que ya sabía y la ayuda de Don Bosco, sacó su traducción: "Dadme almas y quedaos con lo demás." "Comprendo—dijo Savio—; es un negocio de cielo, no de la tierra; quiero entrar en él." Y con esas disposiciones entró en el colegio.

Poco después oyó una plática en que el director decía a sus alumnos que: Primero, *es voluntad de Dios que todos nos hagamos santos;* segundo, que como Dios no manda cosas imposibles y, además, ayuda, *es fácil hacerse santo,* aunque no sea de altar; tercero, *que hay grandes premios para quien se hace santo.* Esto confirma a Domingo en sus ideas y propósitos. Decidió hacerse santo. Y por primera medida escogió un confesor fijo y director de espíritu, tomándolo al mismo Don Bosco. Tenía una idea un poco errada de la santidad, creyendo que era necesario macerarse el cuerpo a fuerza de ayunos y penitencias. Su confesor y director le enseñó que "la esencia de la santidad está en hacer la voluntad de Dios y en servirle con santa alegría". A ciertos reparos del chico, el director le enseñó que "la penitencia que de él quería Dios—pues que no le dispensaba de ella—era: combatir las propias pasiones cuando se desordenen, conservar la paz y alegría de espíritu, sobrellevar con paciencia las molestias del prójimo y las inclemencias y variedades del tiempo, convirtiendo así en virtud voluntaria lo que es necesidad, cumplir alegremente el propio deber y, sobre todo, trabajar por la salud de las almas, ejerciendo apostolado especialmente entre los propios compañeros y en el ambiente en que se vive".

Domingo tomó con todo empeño el desarrollo de este programa de santidad, tan práctico y relativamente tan fácil. Tenía su geniecito: un día que un compañero le gastaba unas bromas demasiado pesadas, Domingo le dió unos arañazos que le hicieron sangre. Quedó tan apesadumbrado, que se propuso refrenarse a costa de cualquier esfuerzo, y lo logró tan perfectamente, que otro día respondió a un bofetón de otro compañero iracundo con estas palabras: "Mira, podía otro tanto contigo, pero no lo hago; ahora, no lo hagas con otros compañeros, que te podría ir muy mal."

Tuvo su pequeña crisis. La lucha y las naturales dificultades, la misma edad, le infundieron cierta melancolía. Su sabio director le advirtió que, "en medio de la turbación, no se puede oír la voz de Dios"; y le repitió la consigna: "Serena y constante alegría; perseverar en el cumplimiento de los deberes; empeño en la piedad y el estudio; participar siempre en los recreos de los compañeros, porque también el recreo puede y debe santificarse; hacerles todo el bien que pueda."

Tan bien comprendió la lección, que se consagró en alma y cuerpo al apostolado, tanto en el internado como en el oratorio festivo, del que era catequista, y en las calles y en el colegio a que iba a recibir las clases de bachillerato, pues el oratorio aún no las tenía, empleando acuciosidad, prudencia, amabilidad, celo, sonrisa, servicios de toda clase. Dice Don Bosco que "Savio llevaba más almas al confesonario con sus recreos que los predicadores con sus sermones".

Un día dos compañeros del instituto se enfadaron tanto el uno contra el otro, que se desafiaron "a muerte": las armas eran piedras, y el campo, la explanada de la ciudadela; la hora, una en que nadie pudiera estorbarlos. Domingo lo supo, los acompañó al "campo del honor" (¡!) y allí, a riesgo de su propia salud, logró amistarlos y hacerlos confesar.

Savio amó el deporte y practicó el canto. Tenía una voz hermosísima. Fué uno de los solistas del oratorio, en las iglesias y el teatro. No sin razón Su Santidad Pío XII lo ha nombrado patrono y modelo de los *Pueri Cantores* del mundo entero. En sus cantos ponía la mayor rectitud de intención: agradar sólo a Dios. Un día que había cantado un solo en la catedral y recibido muchas felicitaciones,

le sorprendieron llorando. Preguntado por la causa, respondió: "Mientras cantaba, sentía cierta complacencia; ahora me felicitan...; así pierdo todo el mérito." En la clase se distinguió siempre entre los primeros, siendo esto parte del buen ejemplo que daba a sus compañeros. Sabía que "cada minuto de tiempo es un tesoro".

La caridad entre sus compañeros la practicó de mil maneras: ayudándoles en los estudios y trabajos, avisándoles de sus defectos e irregularidades para evitarles castigos, socorriéndoles en las necesidades, dándoles buenos consejos, consolándoles, intercediendo por ellos y hasta prestándose a sufrir castigos por ellos. En un invierno muy crudo, regaló a un compañero sus guantes, aunque él mismo tenía sabañones. Durante una epidemia de cólera morbo, que azotó la ciudad, se prestó, con otros compañeros, a servir a los apestados.

No podía oír una palabra malsonante y mucho menos una blasfemia sin repararla con una jaculatoria, y frecuentemente avisando al mal hablado; y lo hacía con tanta gracia y caridad, que, lejos de llevárselo a mal, se esforzaban por enmendarse. Cierta vez que compañeros malos llevaron una sucia revista y los chicos se entretenían mirándola, Savio se la arrancó de las manos y la hizo mil pedazos, afeándoles su malsana curiosidad. Otra vez que un corifeo de las sectas trataba de sembrar sus perversas doctrinas entre los chicos, Savio lo apostrofó, y como no se alejara, le quitó todos los oyentes. No tenía el menor respeto humano; al contrario, era valiente y franco en la profesión de la fe, en la práctica de la oración y en el cumplimiento exacto de todos los deberes del buen cristiano.

Secundó a su maestro en practicar y difundir la más tierna y práctica devoción a María Santísima y a Jesús Sacramentado. En los días en que Roma se preparaba para la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, vibraba de entusiasmo, se preparó a la novena con la confesión general y el día de la fiesta estuvo rumiando en su interior algo especial para honrar a su dulce Madre y Señora. Don Bosco vino en su ayuda y así instituyó y perfiló esa admirable "Compañía de la Inmaculada", que pervive en todos los colegios y escuelas salesianas, haciendo un bien incalculable, y cuyo principal objetivo es santificar a sus socios mediante la exactitud en los deberes, el culto a la Santísima Virgen y a la Eucaristía, y el ejercicio activo del celo apostólico. Cuando rezaba el Angelus y el Rosario parecía un ángel.

¿Y qué decir de su amor a Jesús Sacramentado? Apenas despertaba, su corazón volaba al sagrario. Oía la santa misa como si asistiera a la última Cena y a la muerte del Señor en el Calvario. Era feliz cuando podía ayudarla. Ya a los pocos meses de estar en el oratorio su director le dió permiso de comulgar diariamente y hacíalo como pudieran los serafines. Durante el día, y especialmente durante los recreos, hacía frecuentes visitas "al Prisionero del altar", ya solo, ya acompañado de muchos condiscípulos.

Fiel alumno de Don Bosco, otra de sus grandes devociones era la de el Papa. Lo amaba ternísimamente, viendo en él al vicario y representante de Jesús. Oraba por él, hablaba de él, narraba sus hechos, secundaba, como podía, sus disposiciones y deseos. Antes de morir, le dió a su director el encargo de saludar al Papa y contarle una visión que había tenido, en la cual le había visto portando el Santísimo a través de un país nebuloso, el cual se iluminaba a medida que avanzaba; y que ese país era Inglaterra.

Nuestro Señor premió tanto amor con gracias y carismas singulares. Un día, durante la misa, después de comulgar, quedó en éxtasis hasta las dos de la tarde, en que Don Bosco lo sorprendió detrás del altar mayor elevado del suelo y con la mirada fija en la parte que daba al tabernáculo. Despertado, preguntó si ya había terminado la misa. Las dulzuras que en estos raptos disfrutaba no se pueden expresar con palabras.

En sus visitas y en sus comuniones recibía, a veces, mensajes para el Papa, las autoridades, el mismo Don Bosco. Un día, durante el cólera, le sacó urgentemente de su despacho y lo llevó a través de unas callejas, hasta una buhardilla, donde, sin que nadie se hubiera dado cuenta, agonizaba una enferma, la cual así pudo ser asistida en su muerte. Preguntado cómo lo había sabido, miró indefiniblemente a su director y se echó a llorar. Este respetó su silencio.

De pronto, una enfermedad misteriosa empezó a minar su salud. Consultado el médico, que era una celebridad, Tomás Vallauri, diagnosticó: "A esta perla de muchacho, tres limas le están royendo contemporáneamente las fuerzas vitales: la precocidad de su inteligencia, la debilidad

causada por su rápido crecimiento y la tensión de espíritu." Esta provenía de su intensa aplicación al estudio—pues deseaba ser un sacerdote sabio y santo—, de la diligencia permanente de excogitar medios de ayudar a sus compañeros y salvar almas, especialmente en las misiones, y el fervor en la oración mental, que había llegado ya a ser contemplación.

En la enfermería ayudaba al enfermero a servir a los otros enfermos.

A pesar de sus deseos de morir en el oratorio, como todos, incluso los médicos, tenían esperanza de que los aires nativos y el reposo le devolvieran la salud, tuvo que marchar a Mondonio, hermoso pueblecito en las rientes colinas del Monferrato. Los primeros días hubo alivio. Según costumbre de entonces, para curar la pulmonía, se le practicaron diez sangrías, que él miraba con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón: se unía a su Jesús.

Sintiendo acercarse la muerte, pidió los santos sacramentos, y luego a su padre que le rezara las letanías de la buena muerte, como se hace en el oratorio, y poco antes de terminarlas, abrió los ojos, levantó las manos y dijo: "¡Qué cosas hermosas estoy viendo! ¡La Santísima Virgen viene a llevarme! ¡Adiós, papá! ¡Valor!" Y así expiró. Era el 9 de marzo de 1857. Poco después se apareció a su padre y a Don Bosco, radiante de gloria y al frente de una multitud de niños y de personas mayores. Pío XI lo declaró Venerable en 1938; Pío XII lo elevó al honor de los altares como Beato el 1 de junio de 1950 y como Santo el 12 y 13 de junio de 1954.

Cuatro aspirantes de Acción Católica han hecho de él esta semblanza: "1) Fué siempre el primero en todo, por amor de Cristo Rey; 2) Vivió de Jesús; 3) Entregó su corazón a la Virgen; 4) Fué alegremente obediente; 5) Fué heroicamente leal; 6) Fué eucarísticamente puro; 7) Fué siempre alegre; 8) Fué apóstol; 9) Amó al Papa; 10) Amó a la patria."

RODOLFO FIERRO, S. D. B.

BIBLIOGRAFIA

BOSCO, SAN JUAN, *Vida de Santo Domingo Savio*, últ. ed. castell., revisada por CERIA y el P. ALCÁNTARA (Barcelona 1955).
FIERRO TORRES, *Santo Domingo Savio* (Madrid 1954).
CAVIGLIA, A., *Studi di pedagogia salesiana e di spiritualità. S. Domingo Savio nel ricordo dei contemporanei* (Turín 1957).
RAGUCCI, R., *Floreció el lirio* (Buenos Aires).

SAN PACIANO, OBISPO DE BARCELONA

(† 391)

De San Paciano tenemos noticia contemporánea: las líneas que le dedicó San Jerónimo en el libro *De viris illustribus*, escrito hacia el año 392. "Pacianus, in Pyrinaei iugibus, Barcinonae episcopus, castigatae eloquentiae (lección más segura que *castitate et eloquentia* que dan algunos manuscritos), et tam vita quam sermone clarus, scripsit varia opuscula, de quibus est Cervus et contra Novatianos. Sub Theodosio principe iam ultima senectute mortuus est." "Paciano, obispo de Barcelona, en las faldas del Pirineo, de correcta elocuencia, y tan esclarecido por su vida como por su dicción, compuso varios opúsculos, entre los cuales el *Cervus* y contra los novacianos. Murió en la extrema ancianidad, bajo el emperador Teodosio."

Por el mismo San Jerónimo sabemos que Paciano, casado en su juventud, tuvo un hijo llamado Dextro que ocupó altos cargos en la administración imperial en tiempo de Teodosio y de Honorio. Debió de ser, por tanto, Paciano, de familia distinguida. Sus obras denotan una alta cultura literaria, sagrada y profana, y confirman plenamente el elogio que tributa San Jerónimo a su elocuencia. No quedan pormenores sobre su actuación pastoral en el gobierno de la diócesis barcelonesa. Podemos con todo asegurar, así por la indicación de San Jerónimo como por los escritos del santo obispo, que su celo por el bien espiritual de sus diocesanos fué muy activo e ilustrado.

Aunque no se puede determinar con precisión el intervalo de tiempo en que gobernó la diócesis de Barcelona, parece que debió de regirla por largos años, y se le da como sucesor inmediato de Pretextato, que en 347 asistió como obispo de Barcelona al concilio de Sárdica. Comoquiera que Teodosio comenzó a imperar en 379, la muerte de San Paciano debe colocarse entre esta fecha y 391, ya que en 392 la conocía San Jerónimo.

San Paciano nos es conocido por sus escritos. Se ha perdido uno de los que cita San Jerónimo, el *Cervus*, de cuyo contenido tenemos no obstante alguna noticia por el

mismo Paciano en su "Paraenesis". Nos quedan, además, sus tres cartas *ad Simpronianum Novatianum* y un *Sermo de baptismo ad catechumenos*. Tampoco se ha conservado, si es que llegó a escribirlo, otro tratado o carta contra los novacianos, a que el mismo Santo alude en su tercera carta a Simproniano. ¿Sería el tratado que cita San Jerónimo, o se refiere éste a sus cartas a Simproniano? El conocido investigador Dom Germán Morin, O. S. B., había atribuído a San Paciano otras dos obras: *Ad Iustinum manichaeum contra duo principia et de vera carne Christi*, que en los manuscritos se dice del retórico africano Cayo Mario Victorino, y el anónimo *De similitudine carnis peccati contra manichaeos*. Este último escrito tiene por autor al presbítero Eutropio, como demostró el padre José Madoz, S. I.; ni son claros los argumentos en favor de la paternidad del primero. Se admiten, pues, como obra de San Paciano, los cinco opúsculos citados.

Estos escritos, aunque breves, dan a San Paciano un lugar apreciable en la patrología del siglo IV, como testigo y doctor de la doctrina católica en puntos importantes; y por otra parte nos ponen de manifiesto el espíritu religioso y lleno de celo por el bien de los fieles a él encomendados de un obispo santo, conforme al dechado que diseñó San Pablo en sus cartas a Timoteo y Tito.

El escrito perdido *Cervus* (o *Cervulus*, como él dice) era, según él mismo refiere, una celosa diatriba contra los perversos e impúdicos desórdenes que se cometían, aun por algunos cristianos, en una especie de carnaval de primero de año, mala costumbre conocida ya por otros autores eclesiásticos y disposiciones de los concilios de aquella época. Para entregarse la gente más libremente y sin pudor a la maldad, se disfrazaba en figuras monstruosas de animales, las más ordinarias de ciervos, de cabras y de terneras.

El *Sermo de baptismo* es una instrucción a los competentes, catecúmenos ya próximos al bautismo. En ella les quiere enseñar San Paciano "cómo nacemos y nos renovamos en el bautismo". Expone primero el estado de muerte y degradación en que yace el hombre antes del bautismo, explicando con toda precisión, según el capítulo V de la carta de San Pablo a los Romanos, la doctrina del pecado original, en forma interesante para la historia del dogma, ya que atestigua la clara conciencia que de esta doctrina tenía la Iglesia en vísperas de la negación pelagiana y antes de la defensa y ulterior explicación que de ella hizo San Agustín. De esta muerte nos sacó Cristo; tomando la naturaleza humana, redimió al hombre de la esclavitud del pecado y lo presentó puro e inmaculado a los ojos de Dios. Describe el Santo con viveza la lucha que sostuvo Cristo en su vida con el demonio y sus ministros hasta la muerte de cruz, a la que siguió la gloria de la resurrección. Esta victoria de Cristo se hace nuestra; porque, así como naciendo en Adán se hizo el hombre pecador, así renaciendo en Cristo se hace santo. Cristo nos engendra en la Iglesia por el bautismo, para que, como Cristo resucitó, así nosotros vivamos vida nueva, a la que fervientemente les invita el santo obispo.

Las tres cartas a Simproniano son más citadas por su importancia en la teología penitencial. Era Simproniano, a lo que parece, un hombre distinguido (San Paciano le llama "clarissimus"), que se había separado de la unidad católica, adhiriéndose al cisma herético de los novacianos, que ya hacía siglo y medio hería a la Iglesia. En la primera carta que Simproniano escribió al obispo de Barcelona, sin declararse claramente novaciano, se oponía al nombre de católica que se da a la Iglesia verdadera, y al perdón de los pecados por la penitencia. Paciano le contesta defendiendo el nombre de católica por el ejemplo de los santos y doctores anteriores, en particular de San Cipriano, cuyas doctrinas se apropia Paciano, y por la necesidad de distinguir con un nombre la Iglesia "principal", en medio de la confusión sembrada por las herejías. Aquí tiene Paciano la hermosa sentencia: "Christianus mihi nomen est; catholicus vero cognomen"; "cristiano es mi nombre, católico mi apellido". Católico significa, según el Santo, unidad y obediencia total de todos; la Iglesia es católica porque es una en todos y una sobre todos: "in omnibus una et una super omnes". El perdón de los pecados por la penitencia lo defiende Paciano con ardiente y sentida elocuencia y una abrumadora serie de testimonios de la Sagrada Escritura. "Nunca amenazaría Dios al que no hace penitencia, si no perdonase al penitente. Pero dirás: "Sólo Dios puede hacerlo"; es verdad, pero lo que por sus sacerdotes hace es potestad suya." En la segunda carta responde caritativa pero claramente a las argucias e indicios de poca buena voluntad con que reaccionó Simproniano a la primera del santo obispo.

La tercera, la más larga, un verdadero tratado, es la refutación de los argumentos de los novacianos, expuestos en un escrito que le había remitido Simproniano. La doctrina de este escrito era "que después del bautismo no se puede hacer penitencia; que la Iglesia no puede perdonar el pecado mortal; más aún, que ella misma perece al recibir a los pecadores". Es importante esta precisión con que por San Paciano conocemos el estadio contemporáneo de la doctrina novaciana, que varió mucho en los cuatro o cinco siglos que perduró. Con viveza y elocuente energía rechaza San Paciano los sofismas de los que se llamaban a sí mismos "cátaros", puros, porque no querían admitir a reconciliación a los pecadores penitentes. La historia de Novaciano, su jefe, le proporciona al obispo armas eficaces de combate. La santidad de la Iglesia, en la que pretendían fundarse, le da ocasión para explayar en cálidas frases su amor a ella, no sólo virgen y Esposa de Cristo, sino su mismo cuerpo, madre fecunda y llena de compasivo amor hacia sus hijos pródigos, que no se mancha por exhortarlos a penitencia y acogerlos plenamente en su seno después de cumplida la satisfacción, que no era ciertamente cosa de placer. Toda esta refutación de los errores novacianos, rica en textos bíblicos, con que deshace las falsas interpretaciones de los herejes, está impregnada de santa indignación por las argucias con que engañan a sus seguidores, pero también de caridad hacia su corresponsal, a quien invita con el espectáculo de la Iglesia católica en su unidad y universalidad, "la reina vestida toda de oro con matices de varios colores..., la vid rica en ramos que campean en sus largos sarmientos..., la casa grande que muestra su opulencia en preciosos vasos de oro puro y tersa plata, pero no se avergüenza en servirse también de vasos de barro y madera".

La *Paraenesis, sive libellus exhortatorius ad paenitentiam* nos resarce en parte de la carencia del opúsculo que se proponía escribir San Paciano como complemento de sus cartas a Simproniano. Trata el Santo directamente de la penitencia pública que se practicaba por ciertos pecados más graves; pero sus exhortaciones tienen carácter general y son aptísimas para mover al pecador a salir de su estado por la penitencia. Divide el Santo su exhortación en cuatro partes. En la primera declara cuáles son estos pecados por los que se imponía la penitencia pública: apostasía, homicidio, adulterio y fornicación; sin que pretenda dar una distinción adecuada entre pecado mortal y pecado venial. En la segunda acosa con celo pastoral a los que por vergüenza no quieren manifestar sus culpas, *post impudentiam timidos, post peccata verecundos, qui peccare non erubescitis et erubescitis confiteri,* "tímidos después de la impudencia, vergonzosos después del pecado, que no os avergonzáis de pecar y os avergonzáis de confesar". La tercera se dirige a los que, manifestadas sus culpas, no tienen valor para sujetarse a las obras penosas de la penitencia pública, semejantes a los enfermos que, declarada su enfermedad, no quieren sufrir la cura dolorosa que el médico juzga necesaria. Por último les exhorta vivamente a la penitencia con la simple representación de los castigos con que la Sagrada Escritura amenaza a los impenitentes, y con la promesa del perdón para los que con la penitencia se humillan ante Dios, recordándoles una vez más las parábolas evangélicas de la dracma y la oveja perdida y el regocijo de los ángeles por el pecador arrepentido.

El culto de San Paciano no figura en los libros litúrgicos mozárabes. Las primeras menciones de San Paciano son de los martirologios del siglo IX; en los santorales y misales de Barcelona se halla la fiesta del Santo el 9 de marzo desde el siglo XII, y actualmente tiene en la diócesis rito doble mayor. Los trabajos emprendidos en el siglo XVI por el obispo de Barcelona don Juan Dimas Loris para hallar los restos del Santo, no condujeron a resultados ciertos.

JOSÉ M. DALMÁU, S. I.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 9 de marzo.
SAN JERÓNIMO y RUFINO, en PL 13,1051s.
TILLEMONT, *Mémoires...*, VIII 539s.
Obras de San Paciano: ed. VICENTE NOGUERA (Valencia 1780).
MORIN, *Un traité inédit du IV. siècle. Le De similitudine carnis peccati...:* "Et. Text.", Déc., I 81s.
DALMÁU, J. M., *La doctrina del pecat original en S. Paciá:* "An. Sacr. Tarr.", 4 (1928) p.203s.

10 de marzo

LOS CUARENTA MARTIRES DE SEBASTE

(† 320)

La época de las sangrientas persecuciones tocaba a su fin y alboreaba para el cristianismo un período de relativa paz dentro del vasto Imperio romano. En efecto, a principios del año 312 los emperadores Constantino y Licinio publicaron conjuntamente un edicto favorable a los cristianos. Su enemigo Majencio fué derrotado por Constantino, el 28 de octubre del mismo año, cerca del puente Milvio. Con ello quedó Constantino único emperador de Occidente, pactando con Licinio, su asociado en el Imperio y soberano de Oriente, al cual dió a su hermana Constancia en matrimonio. Todo inducía a creer que las persecuciones contra la Iglesia se habían conjurado definitivamente. Constantino mostrábase cada día más propicio a los cristianos, a medida que se familiarizaba con ellos e intimaba con los obispos. Licinio, aunque pagano, quiso que la lucha que sostuvo en Oriente contra Maximino Daia tuviera el carácter de conflicto armado entre el cristianismo y el paganismo. Pero al ser vencido Daia y quedar Licinio dueño del campo, el ambicioso emperador se quitó la máscara, según frase de Eusebio (*Vita Constantini* 1.4 c.22), e inició una satánica persecución contra los cristianos sujetos a su mandato.

Un edicto imperial mandaba que los oficiales del ejército que rehusaran sacrificar a los dioses fueran degradados y juzgados como traidores al Imperio. A los soldados se les amenazó con un lento martirio en caso de mostrarse contumaces. Debían ser muchos los cristianos enrolados en el ejército de Licinio, ya que la Iglesia tenía mucho interés en que hubiera gran número de ellos ejerciendo esta profesión, como lo prueba el canon tercero del concilio de Arles (314), al dictar sentencia de excomunión contra los que abandonaran la carrera militar en tiempos de paz. Pero mientras Constantino se apoyaba preferentemente sobre tropas cristianas, Licinio quiso eliminarlas de su ejército.

La defensa del Asia Menor estaba encomendada principalmente a las legiones romanas XII *Fulminata* y a la XV *Apollinaris*. La historia ha conservado la memoria de cuarenta soldados pertenecientes a la legión que tan famosa se hizo en tiempos de Marco Aurelio por la lluvia milagrosa y la victoria conseguida por sus oraciones a causa de haberse opuesto a las órdenes de Licinio, escogiendo el martirio antes de renegar de su fe cristiana. En una traducción latina antigua de las Actas de los mártires se ha conservado el nombre de los cuarenta atletas de Cristo. Según este testimonio, que posee bastantes indicios de ser verídico, los mártires se llamaban: Domiciano, Enoico, Sisinio, Heraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Eliano, Melitón, Endicio, Acacio, Viviano, Helvio, Teódulo, Cirio, Flavio, Severiano, Cirión, Valerio, Clidión, Sacerdón, Prisco, Eutico, Esmaragdo, Filotimón, Aerio, Micalio, Lisímaco, Domno, Teófilo, Euticio, Hancio, Angio, Leoncio, Isiquio, Calo, Gorgonio y Cándido. Se admite que la tradición popular pudo desfigurar algunos de estos nombres, pero no por ello es lícito concluir que deba dudarse de la autenticidad de todos ellos. En contra de la misma se esgrime el argumento de las diferencias que se notan en los distintos documentos escritos y el silencio que sobre este particular han guardado San Basilio y otros Santos Padres.

Enterado el prefecto de que los soldados persistían en su actitud, intentó convencerles de la necesidad de acatar las órdenes del emperador como único medio de evitar un cruel martirio, precursor de una muerte lenta. Pero aquellos soldados, acostumbrados a la vida dura de la milicia, rechazaron decididamente aquella diabólica invitación, diciendo que si hasta entonces habían permanecido fieles al emperador romano y por él habían puesto en peligro sus vidas, ahora, en el trance de decidir entre servir a Cristo o al emperador, preferían oponerse a un soberano temporal antes de renegar de su Rey celestial. Esta postura varonil impresionó hondamente al prefecto, mayormente después de haber comprobado él cómo algunos otros cristianos habían apostatado cobardemente. Entonces, nos dice San Gregorio de Nisa, el prefecto trató de intimidarles, pero no sabía qué clase de martirio pudiera impresionar

a aquellos atletas. "Si les amenazo con la espada—se decía—, no reaccionarán, por estar familiarizados con ella desde su infancia. Si los someto a otros suplicios, los sufrirán generosamente. Tampoco sus cuerpos curtidos por el sol y el aire temerán el martirio del fuego." Pensó entonces en otro suplicio más molesto y largo.

Era invierno, en cuya estación se deja sentir intensamente el frío en Armenia, mayormente cuando sopla el helado cierzo del norte. Aquel día en la ciudad de Sebaste reinaba un frío tan intenso que, según expresión de San Gregorio, se helaban aun los cabellos. Un riachuelo que desciende de las montañas del norte, el actual Murdan-su o Tavra-su, se había helado. El lago (San Efrén) o estanque (San Basilio), alrededor del cual se había construído la ciudad, era duro como una piedra, tanto que los animales y personas transitaban por él sin peligro alguno (San Gregorio). Aprovechando esta coyuntura mandó el prefecto que se despojara a los mártires de sus vestidos y fueran arrojados sobre el hielo del estanque. Lejos de intimidarse ante aquella cruel orden, "la alegre juventud", en medio de juegos y risas, corrió hacia el lugar del martirio. Los circunstantes que presenciaban aquel insólito hecho quedaron pasmados de ver cómo aquellos jóvenes atletas emprendían una veloz carrera para conseguir cuanto antes la palma del martirio.

La permanencia en aquel lugar de torturas se alargaba, pero mientras el hielo entumecía sus miembros y daba un color lívido a sus carnes, crecía el valor de su ánimo. Tiritaban sus cuerpos, sus miembros iban congelándose uno tras otro, la gangrena hacía su aparición. El prefecto atendía que el tormento doblegara la voluntad de los mártires, invitándoles a abandonar aquel lugar de torturas y entrar en un estanque próximo de aguas termales. Pero ellos se animaban mutuamente a permanecer fieles hasta la muerte con estas palabras que, en cuanto al sentido, nos ha conservado San Basilio: "Amargo es el invierno, dulce el paraíso; desagradable es la congelación del cuerpo, pero dichoso el descanso que nos espera. Suframos un poco y después seremos confortados en el seno de los patriarcas. A una noche de torturas seguirá toda una eternidad feliz. Por lo mismo, que todos sean valientes; que nadie dé oídos a las voces del demonio. Somos mortales y, por lo mismo, algún día tendremos que morir; aprovechemos ahora la ocasión cuando se nos presenta en perspectiva inmediata la gloria eterna." Unánime era la siguiente oración: "¡Señor!, cuarenta hemos bajado al estadio, haz que los cuarenta seamos coronados. Que no disminuya este número sagrado que Tú y tu profeta Elías santificasteis con el santo ayuno."

El desaliento se apoderó de uno de ellos, el cual, secundando los deseos del prefecto, salió del estanque helado y buscó refrigerio en el baño caliente, en donde murió al poco de entrar. No quiso Dios que se defraudara la oración de los mártires. El encargado de custodiarlos, favorecido por una visión y movido por la entereza de los mártires, se declaró públicamente cristiano y manifestó su deseo de compartir los tormentos con aquellos mártires, ocupando el lugar que había dejado el apóstata. Despojóse de sus vestiduras y se arrojó al estanque de hielo, muriendo poco después, juntamente con sus compañeros de suplicio. Era el 9 de marzo del año 320.

No es posible aunar y dar crédito al testimonio de los historiadores en cuanto a las particularidades del martirio. Todos convienen en señalar la naturaleza del mismo, pero difieren en algunos pormenores. Por ejemplo, no puede darse crédito a la noticia conservada por Nicéforo Calixto de que, juntamente con los cuarenta soldados, fueron martirizadas sus mujeres, también en número de cuarenta. La Iglesia griega celebra su fiesta el día primero de septiembre. Tampoco convienen los historiadores en la localización del estanque helado, ni todos mencionan la existencia de unos baños termales en las cercanías. Parece incontrovertible que el martirio tuvo lugar en Sebaste, no lejos de la actual villa de Sivas.

Antes de morir, uno de los mártires, en nombre de todos, redactó un testamento, calificado por los historiadores como "pieza hagiográfica única en su género". Durante algunos años se dudó de su autenticidad, pero a últimos del siglo pasado adujo Bonwetsch buenas razones en pro de la misma. Según Leclercq: "El conjunto del testamento ofrece tales caracteres de sinceridad y supone situaciones tan concretas, que no permite suponer que sea una pieza hagiográfica fabricada como tantas otras." La finalidad del testamento era impedir que, después del martirio, los cuerpos de los mártires, que habían muerto juntos por defender las mismas santas creencias, fueran dispersados. En su

escrito manifestaban su voluntad de ser enterrados en una sepultura común, en un lugar llamado Sareim, no lejos de la villa de Zela, en el Ponto. San Gregorio dice que el lugar donde reposaron sus cuerpos no estaba lejos de Ibora, a unas cinco horas de camino de Zileh. Las Actas afirman que todos los mártires eran capadocios; pero no es fácil explicar por qué unos mártires muertos en Sebaste escogieron a Zela, en el Ponto, como lugar de su sepultura.

Según San Basilio, los cuerpos de los mártires fueron quemados y el que escapó del fuego fué precipitado en el río. Cuenta el mismo Santo Doctor que, al ir a recoger los emisarios del prefecto los cuerpos de los mártires para quemarlos, vieron que vivía todavía el más joven de ellos, de nombre Melitón. Creyendo que cambiaría de parecer, le dejaron en las riberas del estanque, mientras cargaban con los cadáveres de los otros. Al ver la madre del joven la conducta de aquéllos, se acercó a su hijo y le exhortó a perseverar fiel a su fe hasta morir. El joven así se lo prometió con una ligera señal de su mano moribunda. Entonces aquella valerosa mujer cargó con sus propias manos el cuerpo de su hijo en el carro en que iban amontonados los cadáveres de los otros, temiendo que su hijo no fuera partícipe de la corona que se reservaba a aquellos mártires en el cielo.

El martirio de los cuarenta soldados de la legión XII *Fulminata* fué muy celebrado en la antigüedad cristiana por la valentía de los mismos y su constancia en medio de los tormentos. Con su ejemplo demostraban a los jóvenes su desprendimiento al renunciar a una vida larga y a una situación de privilegio por mantener inhiesta la bandera de Cristo. En su vida supieron hermanar sus deberes religiosos con su condición de soldados, pero cuando el poder humano les exigió que renunciaran a sus creencias cristianas no vacilaron un momento en renunciar a todo lo humano con tal de permanecer fieles a Cristo, derramando su sangre por confesarle. Sus reliquias, según San Gaudencio, eran adquiridas a peso de oro. Su gran panegirista, San Gregorio de Nisa, proclamaba desde el púlpito el gran poder de intercesión de los santos soldados mártires, diciendo que tenía él tanta confianza en ellos que colocaba sus reliquias junto a los cuerpos de sus padres, para que éstos, al resucitar en el último día, lo hicieran conjuntamente con sus valientes protectores. Su culto se propagó en Constantinopla. Hacia la mitad del siglo V Santa Melania la Joven hizo depositar sus reliquias en la iglesia del monasterio que ella había edificado en Palestina. En Roma, en el Transtevere, existe una iglesia dedicada a los santos mártires de Sebaste, que sirven los Padres Franciscanos de la provincia de San Gregorio, de Filipinas.

L. ARNALDICH, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA

La *Pasión* o *Actas* del martirio de estos mártires constituye el fundamento de todas las noticias de la antigüedad sobre ellos. El texto: GEBHARDT, O. VON, *Acta martyrum selecta*, p.166s.

SAN BASILIO, *In sanctos quadraginta martyres:* PG 31,507s. Asimismo SAN GREGORIO DE NISA, en PG 46,749s.

LECLERCQ, H., *Quarante Martyrs de Sébaste:* "Dict. Arch. chr. Lit.", t.14, col.2003s.

DELEHAYE, H., *The forty martyrs of Sebaste:* "Amer. Qu. Rew.", 24 (1899) p.161s.

FRANCHI DE CAVALIERI, P., en "Studi e Testi", n.22, p.64s.

BEATO JUAN DE OGILVIE, S. J.

(† 1615)

En el otoño de 1613 desembarcaba en el pequeño puerto de Leith, a pocas millas de Edimburgo, un apuesto oficial de treinta y tres años, que decía llamarse capitán Watson. No era capitán, ni se llamaba Watson, sino Juan de Ogilvie, jesuíta disfrazado, audaz, alegre y agudo. Año y medio más tarde, el 10 de marzo de 1615, después de mil peripecias, ofrecían al joven sacerdote, en matrimonio, a la hija del arzobispo hereje Jacobo Spottiswood en una escena que superaba a toda fantasía. O boda, o muerte: la proposición se hacía en diálogo con la multitud vociferante, desde lo alto de un tablado, al pie de la horca. Minutos más tarde el verdugo tiraba de las piernas del jesuíta, para ayudarle gentilmente a dar el último suspiro. Probablemente la joven desdeñada se alegraba en su corazón de no recibir a un marido cojo, con la médula de los huesos reventada en las torturas de los últimos días. Pero la Iglesia, Esposa de Cristo, se alegraba todavía más, porque

tenía en el cielo a un nuevo mártir de la fe, del primado romano y de la castidad sacerdotal. He aquí cómo ocurrieron las cosas.

En 1572, a la muerte del sacerdote apóstata y dos veces casado, Juan Knox, amigo de Calvino en Ginebra y cabecilla de la Reforma en Escocia, quedaba ya firme y sangrientamente asentado el presbiterianismo en todo el país. Según sus doctrinas, algunos hombres están absolutamente predestinados para el cielo y los más, irremisiblemente predestinados para el infierno. La Iglesia sólo es la reunión de los elegidos. ¿Quién sabe, pues, quiénes son los miembros verdaderos de la Iglesia? En el sacramento de la Cena del Señor, el pan y el vino no se cambian en el cuerpo y la sangre de Cristo, que está sólo en el cielo. No hay distinción entre obispos y sacerdotes. No es el Papa el que tiene autoridad sobre la Iglesia. En el orden administrativo la dirección reposa sobre un órgano mixto de seglares y "ancianos", llamado presbiterio. En el orden legislativo la única autoridad es Cristo personalmente: por eso ningún rito ni ceremonia es legítimo, si "Dios no lo ha mandado con palabras expresas". De ahí que, como Cristo no lo ordenó explícitamente, en las iglesias presbiterianas no hay altar, ni baptisterio, ni crucifijo, ni velas, ni imágenes, ni, hasta hace muy poco tiempo y sólo en algunos sitios, órgano. La oración no tiene fórmulas fijas, sino que queda totalmente a la iniciativa del pastor, el cual predica incansablemente llenando con sus palabras el vacío del culto. Es rigurosísimo el reposo "sabático" del domingo, porque fué mandado por Dios; pero no existe ninguna fiesta litúrgica. La censura de las costumbres es severa y el tono y continente humano de los presbiterianos sombrío y austero. ¿Quién sabe quién se salvará?, parece preguntarse siempre adustamente el puritano escocés, a quien la aterradora incógnita no le deja lugar para ninguna clase de expansión artística. Del centenar de monasterios que florecían en Escocia no quedó ninguno. Las catedrales fueron desmanteladas como "monumentos de la idolatría y de la arquitectura", ambas cosas igualmente aborrecibles. Knox definió a la Iglesia de Roma como "la última bestia" y al Papa como "anticristo". El Parlamento escocés ordenó en 24 de agosto de 1560 que "nadie dijera misa, ni la oyera, ni estuviera presente a ella bajo la pena de confiscación de todos sus bienes y el castigo corporal a discreción de los magistrados". Knox afirmaba que "una misa era para él más temible que si diez mil enemigos armados desembarcaran en cualquier parte del reino".

En este ambiente nació en 1580 Juan de Ogilvie, de familia noble donde la madre había conservado la fe católica, pero el padre era uno de los comisarios encargados de descubrir y apresar jesuítas. El pobre hombre temblaba pensando que su mujer pudiera hacer de Juanito un "papista", y tratando de evitarlo le envió al continente, para que hiciera en Europa sus estudios, en cuanto el chico cumplió trece años. No podía imaginarse que a los dieciséis años sería católico y a los diecinueve ingresaría en la Compañía de Jesús.

Tiempos de formidable transformación del mundo los de la juventud de nuestro héroe. Cuando él nace comienza Rusia la conquista de Siberia (1581), se hace la reforma gregoriana del calendario (1582), desde la América que los españoles exploran penosamente se introduce en Europa la patata (1584), se inventa el microscopio, que abre una ventana hacia el fondo de la naturaleza (1590), se edita la Vulgata clementina (1592), se fija la primera tarifa postal en Alemania (1599), Shakespeare puebla de personajes los escenarios del teatro inglés (hacia 1600), Galileo descubre las leyes de la gravitación y del péndulo (1602), los españoles luchan en Flandes mientras *Don Quijote* hace por la pluma de Cervantes su primera salida (1605)... Descubrimientos de tierras, esplendor de las bellas artes, nacimiento de las ciencias exactas, transformación del comercio. Las universidades hablan un lenguaje común y facilitan el trasiego de las ideas y de los estudiantes desde un ricón al otro de Europa.

Juan de Ogilvie había sido puesto bajo la protección de buenos amigos de su padre. Pero ¿quién cierra las puertas al viento y corta el paso a las ideas que llegan hasta un estudiante despejado? Se instruye en la fe en Lovaina, pasa de allí a Ratisbona, luego a Olmutz y más tarde a Viena, donde se hace jesuíta. El padre Claudio Aquaviva, a la sazón general, le envía sucesivamente a París y Rouen. Es entonces cuando el contacto renovado con los emigrantes y viajeros de su tierra, cargados de noticias de amigos, de mártires, de peligros, de proezas, le aguijonea para que pida a sus superiores la difícil misión de predicador clandestino. Y ya tenemos en Edimburgo a nuestro capitán

Watson, si no acaudillando soldados, sí dispuesto a decir misas, esas terribles misas que para el hereje Knox equivalían a diez mil enemigos desembarcados en la costa.

Las leyes abiertamente injustas no obligan en conciencia: si para obedecer a Dios es preciso burlar reglamentos humanos, para el misionero no cabe opción. Entre dejar de instruir, bautizar y decir la misa o celebrar para todo ello reuniones clandestinas, usar disfraces y fingir apellidos, Juan de Ogilvie opta decididamente por la vida ilegal, bajo la constante amenaza de los guardias y de los soplones. En febrero de 1614 le encontramos en Londres consultando en la corte de Jacobo I un proyecto de tregua religiosa. Por Pascua visita París para tratar con su provincial, y el resto del tiempo tan pronto se halla en Edimburgo, como en Glasgow, lo mismo en el piso de una viuda, convertido en capilla, que en el corredor de una cárcel a donde ha logrado introducirse fraudulentamente.

No podía faltar la traición, y al cumplirse el año justo de su arriesgado juego con la boca del lobo, una falsa cita le hizo caer en la trampa del arzobispo Spottiswood.

Fué entonces cuando el jesuíta dió toda la medida de su valor humano: cabeza fría y clara, respuesta contundente, chanza en los dolores, energía en el mantenimiento de los derechos humanos y divinos contra la letra de la ley y la arbitrariedad. Son notables sus salidas con jueces y verdugos. Al obispo, no legítimamente consagrado, le dijo: "lego sois y no tenéis más jurisdicción espiritual que la que pueda tener vuestro báculo". La tortura del "quebrantapiernas" consistía en unos anillos que se cerraban sobre la pantorrilla. Por entre ellos y el hueso se introducían cuñas a golpe de martillo, hasta que el hueso oprimido se rompía y la medula se desparramaba. Cuando le amenazaron con el quebrantapiernas, Ogilvie se rió y dijo: "No estimo más mis piernas que vosotros vuestras ligas". Y como los verdugos insistieran en amedrentarle, prosiguió: "No se me da más de las amenazas de todos vosotros que del graznar de otros tantos gansos". Uno de sus guardianes le aseguró que le quemarían vivo y Ogilvie replicó: "Pues ningún tiempo más a propósito, porque estoy muerto de frío".

No era cinismo ni bravuconería hueca; en el tribunal no quiso delatar a nadie, se negó a jurar como reo decir la verdad, afirmando su derecho a ser tenido por inocente mientras no se demostraran sus pretendidos delitos, no por confesión propia, obtenida por la coacción y la tortura, sino por pruebas exteriores. Rechazó la autoridad del rey en materia religiosa y defendió el primado del Papa; y lo hizo con una agudeza y una precisión apenas concebibles en quien llevaba nueve noches y ocho días consecutivos en que no se le había permitido dormir un solo minuto. Fué providencial que un preso católico de una celda vecina pasara diariamente al padre Ogilvie algunas hojas de papel y las recogiera otra vez por debajo de la puerta, una vez que el mártir había escrito su diario. Conocemos así un relato de todas sus aventuras, lleno de humor y de sobrenatural heroísmo.

Al fin fué condenado a muerte: pero, como suele ocurrir, el tribunal tuvo exquisito cuidado en que la sentencia no pareciera recaer sobre opiniones religiosas, sino sobre delitos civiles: se le condenaba por traición al rey y por violación de las leyes del Estado. Y aquí vino la jugada maestra del audaz jesuíta, que no se resignaba a morir como un contrabandista vulgar, falsificador de pasaportes, sino que quería ser un mártir.

Sabiendo lo que ganaba el protestantismo con la adquisición de aquella energía y de aquel talento, el ministro Scott prometió al reo, camino del cadalso, la mano de la hija del arzobispo y una buena prebenda si abjuraba. Fingiendo ceder, pero querer seguridades, el jesuíta le dijo ante la multitud ávida del espectáculo de su horca: "Repetidme esa oferta con testigos". Repetida que fué, siguió preguntando el jesuíta: "Entonces, ¿no se me perseguiría por traición?" "No"—contestó el ministro, coreado por miles de voces que gritaban: "¡Baja del cadalso!" "¿Sólo es mi apostasía del catolicismo lo que importa?"—remachó el jesuíta, mientras los católicos temblaban de pena y de inquietud entre el público—. "Sólo eso"—replicó la multitud—. "Entonces, muero como mártir"—concluyó Juan de Ogilvie. Y dejó alegremente, encomendándose a la Virgen, que izaran con el nudo corredizo su cuerpo joven de treinta y cinco años. El alma voló al cielo.

JESÚS IRIBARREN.

BIBLIOGRAFIA

Autobiografía, impresa en Douay en latín, en 1615, fué utilizada por los antiguos biógrafos: NIEREMBERG, J. E., *Varones ilustres de la Com. de J.*, p.151s. (Bilbao 1890).

BROWN, W. E., *John Ogilvie* (1925). Aprovecha y reproduce documentos del proceso, etc.

FORBES, J., *Jean Ogilvie, Écossais.*
ANTONELLI, G., *Il B. Giovanni Ogilvie* (1929).
ADDIS-ARNOLD, artic. *Presbyterian, Scottish:* "Cath. Dict." (Londres 1951).
DONNALD ATTWATER, artic. *John Ogilvie:* "Dict. Saints" (Londres 1948).

11 de marzo

SAN EULOGIO DE CORDOBA

(† 859)

San Eulogio es el gran padre de la mozarabia, el renovador del fervor religioso entre la cristiandad cordobesa y andaluza en medio de la lucha que hubo de sostener con las autoridades islámicas durante el siglo IX. Conocemos su figura por sus propios escritos: las cartas, el *Memorial de los mártires,* el *Documento martirial,* y por la biografía que de él escribió su amigo Alvaro Paulo. Aunque estuvo empeñado en una lucha porfiada con el Islam, su nombre no aparece en las historias hispanoárabes, cuyos autores miraron con la mayor indiferencia la gran epopeya martirial.

Nacido hacia el año 800 en el seno de una de las más rancias familias de Córdoba que, en medio de la apostasía general, había conservado fielmente las prácticas de la vida cristiana, recibió en el hogar los primeros rudimentos de la educación religiosa. Su primer maestro fué un abuelo, que llevaba el mismo nombre que él y que cada vez que oía la voz del almuédano anunciando la hora de la oración a los musulmanes, rezaba de esta manera: "Dios mío, ¿quién puede compararse a ti? No calles ni enmudezcas. He aquí que ha sonado la voz de tus enemigos y los que te aborrecen han levantado la cabeza". Se le confió después, en vista del atractivo que tenía para él el estudio de los libros santos, a la comunidad de sacerdotes de la iglesia de San Zoilo, bajo cuya dirección dió los primeros pasos en el ejercicio de la piedad y de la ciencia sagrada. Juntóse a esto la influencia del más famoso de todos los maestros cristianos de Córdoba, el piadoso y sabio abad Esperaindeo, que gobernaba el monasterio de Santa Clara, cerca de Córdoba. Allí conoció a otro alumno que había de ser su biógrafo, Alvaro, y allí estrechó con él una amistad que había de durar mientras viviese.

Alvaro fué el amigo perfecto, el partícipe de sus santos ideales, el colaborador leal en todas sus empresas, apasionado como él de la ciencia isidoriana, y como él, inquebrantablemente asido a las viejas tradiciones patrias. El, a su vez, ve en el descendiente de los magnates de la *civitas patricia* la cifra de todas las perfecciones: un alma grande encerrada en un cuerpo fino y delineado, en cuanto irresistible en el trato, una suave claridad en el semblante, el brillo del abolengo, la agudeza del ingenio, y en las costumbres, tesoros de gracia y de inocencia. Pero lo que no puede olvidar es aquella mirada bañada en un fulgor ultraterreno. Si Alvaro es el hombre impulsivo, Eulogio tiene una naturaleza inclinada al reposo de la contemplación. Pasados los umbrales de la juventud, se entrega a las actividades de la vida clerical, y entra a formar parte del colegio de sacerdotes que servía la iglesia de San Zoilo. No tarda en darse a conocer por su inflamada elocuencia y por la integridad de su vida. "Todas sus obras, dice el biógrafo, estaban llenas de luz; de su bondad, de su humildad y de su caridad podía dar testimonio el amor que todos le profesaban; su afán de cada día era acercarse más y más al cielo; y gemía sin cesar por el peso de la carga de su cuerpo". Sólo él estaba descontento de cuanto hacía. "Señor, decía más tarde, yo tenía miedo de mis obras, mis pecados me atormentaban, veía su monstruosidad, meditaba el juicio futuro y sentía de antemano el merecido castigo. Apenas me atrevía a mirar al cielo, abrumado por el peso de mi conciencia".

Para aminorar el tormento que le causaba este sentimiento de su indignidad pensó tomar el báculo de peregrino y hacer a pie el viaje a Roma. Esto era entonces una cosa casi imposible en Andalucía, y así se lo dijeron cuantos le rodeaban. Alvaro nos lo dice con estas palabras: "Todos resistimos aquella tentativa, y al fin logramos detenerle, pero no persuadirle". Tal vez Eulogio cedió, porque entre tanto las circunstancias le obligaron a hacer otro viaje, que no era menos difícil, pero que estaba justificado por una necesidad familiar: el deseo de

saber noticias de dos hermanos a quienes los azares de la vida comercial habían llevado al otro lado de los Pirineos, y según se rumoreaba negociaban en las ciudades del Rhin. Era el año 845. Por más que hizo Eulogio no pudo salir de España. En Cataluña encontró los pasos cerrados por las luchas entre los hijos de Ludovico Pío. Retrocedió hasta Zaragoza y desde allí subió hasta Pamplona, donde le dieron las peores noticias de lo que pasaba al otro lado de Roncesvalles. Se acercó, sin embargo, a Gascuña, pero no pudo pasar el puerto. Para no perder completamente el viaje, decidió visitar los monasterios del país, Seire, Siresa, San Zacarías, etc., donde le regalaron libros preciosos, que se llevó como un botín a Córdoba. Eran obras de Porfirio, de Avieno, de Horacio, de Juvenal, de San Agustín. Los discípulos del abad Esperaindeo habían emprendido la noble tarea de restaurar en El Andalus la cultura isidoriana, sofocada por la invasión, y al frente de todos ellos estaba Eulogio. Fomentar los estudios, crear escuelas, formar librerías era para él defender la religión de sus padres y resucitar el sentimiento nacional. "Cada día, dice su amigo y biógrafo, nos daba a conocer nuevos tesoros y cosas admirables desconocidas. Diríase que las encontraba entre las viejas ruinas o cavando en las entrañas de la tierra... No es posible ponderar debidamente aquel afán incansable, aquella sed de aprender y enseñar que devoraba su alma... Y, ¡oh admirable suavidad de su alma!, nunca quiso saber cosa alguna para sí solo, sino que todo lo entregaba a los demás, a nosotros, los que vivíamos con él, y a los venideros. Para todos derramaba su luz el siervo de Cristo, luminoso en todos sus caminos: luminoso cuando andaba, luminoso cuando volvía, límpido, nectáreo y lleno de dulcedumbre."

Por el prestigio de su sabiduría y de su santidad el maestro de San Zoilo se había convertido en jefe del grupo más ferviente de la cristiandad cordobesa, sacerdotes celosos, fieles fuertemente apegados a sus creencias, ascetas de la sierra, monjes y monjas de una veintena de monasterios que había en la ciudad o en sus alrededores. La opresión musulmana, que a muchos los llevaba a la apostasía, había producido en ellos una reacción de amor exaltado a sus creencias. Es verdad que no había persecución propiamente dicha, pero la misma ley hacía la vida

insoportable para un cristiano, y a la ley se juntaba el fanatismo popular, más intolerante tratándose de monjes y sacerdotes, cuya presencia en la calle daba lugar con frecuencia a escenas desagradables. A fines del reinado de Abd al-Rahman II la intolerancia se hizo más violenta, y en los primeros meses del año 850 empezaron los martirios y las decapitaciones: primero un sacerdote, después un mercader. Los cristianos más fervorosos protestaron presentándose ante el cadí para declarar la divinidad de Jesús y las imposturas de Mahoma. Inmediatamente eran torturados y degollados. Son ufanas doncellas, vírgenes admirables educadas desde la niñez en los monasterios, anacoretas encanecidos en la penitencia, soldados y gentes del pueblo. Algunos que habían renegado del Evangelio en un momento de debilidad aprovecharon aquel procedimiento para lavar su culpa. Otros, que eran cristianos ocultos, cuando la ley los obligaba a ser musulmanes, fueron arrastrados ante el juez por sus propios parientes.

El sultán, no sabiendo qué medida tomar contra aquellos hombres que se reían de los tormentos, acudió al arzobispo de Sevilla, Recafredo, y le dió orden de que anatematizase a los mártires e hiciese callar a sus defensores y panegiristas. Pareció al principio que esta medida iba a detener aquellos entusiasmos, pero hubo un grupo numeroso que rechazaba todo pacto con la infidelidad, que fué a parar en el calabozo. Al frente de ellos estaba el maestro de San Zoilo, que, lejos de someterse a las imposiciones del metropolitano, empezó a escribir un libro intitulado *Memorial de los mártires*, en que se proponía dar una historia de sus combates y una defensa de su heroísmo. Ya le tenía casi terminado, cuando un día de otoño de 851 se presentó en su casa la policía, y entre los lamentos de su madre y de sus hermanos lo llevaron a la cárcel. Aquel encierro le llena de alegría, porque le permite convivir con los otros prisioneros, instruirles y alentarles. Un día le dicen que dos jóvenes encerradas en un calabozo cercano están a punto de desmayar, vencidas por los sufrimientos y las amenazas. Inmediatamente se pone a escribir un libro, al cual dió el título de *Documento martirial*. Destinado a sostener el ánimo de estas dos vírgenes llamadas Flora y María, tuvo un éxito completo. Al mismo tiempo lee, reza, predica y escribe. Es-

cribe su larga carta al obispo Viliesindo, de Pamplona; y con un detenido examen de los poetas clásicos, descubre las reglas de la prosodia latina, que se habían olvidado en España después de la invasión árabe.

Recobra la libertad a los pocos meses, pero sin renunciar a su culto admirativo por los confesores de la fe. La persecución arrecia cuando el emir Muhammad sucede a su padre Abd al-Rahman. Muchas iglesias fueron destruídas y muchas comunidades disueltas. El catálogo de los mártires se aumentaba cada día, y Eulogio aumentaba al mismo tiempo las páginas de su *Memorial*. Su escuela había sido clausurada, pero él seguía siendo el oráculo de la religión perseguida. Unas veces anda huído por la ciudad, otras se esconde entre las fragosidades de la sierra. Responde a los detractores de los héroes sacrificados con una obra, intitulada el *Apologético*, notable por su estilo, lleno de sinceridad y elegancia. Diez años duró aquella lucha épica, contra los musulmanes y los malos cristianos, diez años que fueron para él de un heroísmo continuado, tenso y jovial.

No obstante, Eulogio estaba triste al ver que iban muriendo y triunfando sus amigos, y que él estaba en pie. Su renombre era tal que, cuando en 858 murió el arzobispo de Toledo, el clero y los fieles de la sede primada de España eligieron para sucederle al humilde sacerdote de San Zoilo. Pero era necesaria la aprobación del emir, que le impidió salir de Córdoba. Por lo demás, Dios quería poner sobre su cabeza aquella corona del martirio, por la cual él había suspirado tanto.

Había en Córdoba una joven llamada Lucrecia, a quien la ley condenaba a ser musulmana por ser hija de un padre musulmán. Sin embargo, ella creía en Cristo, lo cual le acarreaba continuas amenazas y malos tratamientos. Huyendo de la venganza de los suyos, se refugió en la casa de Eulogio, el cual la recibió, sin temor a las leyes, que la condenaban a ella a perder la vida por su apostasía, y a él al tormento por el crimen de proselitismo. La policía se puso en movimiento. Entre tanto Eulogio rezaba, y hacía que la joven cristiana se refugiase en la casa de unos amigos. Al poco tiempo los dos fueron detenidos. Acusado de haber apartado a Lucrecia de la obediencia que debía a sus padres y al Islam, Eulogio contestó que no podía negar su consejo y su enseñanza a quien se la pedía, y que, según los principios mismos de los perseguidores, era preciso obedecer a Dios antes que a los padres. Llegó, incluso, a proponer al juez que le enseñaría el camino del cielo demostrándole que Cristo es el único camino de salvación. Irritado por estas palabras, ordenó el cadí que preparasen los azotes. "Será mejor que me condenes a muerte, dijo el mártir al verlos. Soy adorador de Cristo, hijo de Dios e hijo de María, y para mí vuestro profeta es un impostor."

Al proferir estas palabras Eulogio no era ya solamente un proselitista, sino también un blasfemo, incurso en pena de muerte. Sin embargo, el juez no se atrevió a cargar con una responsabilidad como aquélla. El primado electo de Toledo, el sacerdote más respetado por los cordobeses debía ser juzgado por el consejo del emir. Se le llevó al alcázar y allí se improvisó un tribunal, formado por los más altos personajes del gobierno. Uno de los visires, íntimo de Eulogio, compadecido de él, le habló de esta manera: "Comprendo que los plebeyos y los idiotas vayan a entregar inútilmente su cabeza al verdugo; pero tú, que eres respetado por todo el mundo a causa de tu virtud y tu sabiduría, ¿es posible que cometas ese disparate? Escúchame, te lo ruego; cede un solo momento a la necesidad irremediable, pronuncia una sola palabra de retractación, y después piensa lo que más te convenga; te prometemos no volver a molestarte". Eulogio dejó escapar una sonrisa de indulgencia y de agradecimiento, pero su respuesta fué firme: "Ni puedo ni quiero hacer lo que me propones. ¡Oh, si supieses lo que nos espera a los adoradores de Cristo! ¡Si yo pudiese trasladar a tu pecho lo que siento en el mío! Entonces no me hablarías como me hablas y te apresurarías a dejar alegremente esos honores mundanos". Y dirigiéndose a los miembros del consejo, añadió: "Oh príncipes, despreciad los placeres de una vida impía; creed en Cristo, verdadero rey del cielo y de la tierra; rechazad al profeta que tantos pueblos ha arrojado en el fuego eterno".

Condenado a muerte, fué llevado al lugar del suplicio. Al salir del palacio, un eunuco le dió una bofetada. Sin quejarse por ello, Eulogio le presentó la otra mejilla. Ya en el cadalso, se arrodilló, tendió las manos al cielo, pronunció en voz baja una breve oración, y después de hacer la señal de la cruz en el pecho, presentó tranquilamente la cabeza. "Este—dice Alvaro—fué el combate hermosísimo del doctor Eulogio; éste su glorioso fin, éste su tránsito admira-

ble. Eran las tres de la tarde del 11 de mayo." El 15 fué decapitada Lucrecia.

Los fieles de Córdoba recogieron los sagrados restos y los sepultaron en la iglesia de San Zoilo. El 1 de junio del año siguiente, 860, fueron solemnemente elevados, y en ese día empezó a celebrarse la memoria de los dos santos mártires. En 883 fueron trasladados de Córdoba a Oviedo. Su urna se conserva todavía en la Cámara Santa de esta ciudad. Los escritos del Santo: *Memorial o Actas de los mártires* en tres libros, *Documento Martirial, Apologético* y varias cartas fueron publicados por Flórez en los tomos X y XI de la *España Sagrada,* de donde pasaron al volumen CXV de la *Patrología Latina.*

Justo Pérez de Urbel, O. S. B.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 11 de marzo.
Flórez, *España Sagrada,* vols.10 y 11: *Obras de San Eulogio,* de Alvaro de Córdoba, del *Abad Esperaindeo,* etc.
Dozy, *Historia de los musulmanes españoles,* II p.130s.
Simonet, F., *Historia de los mozárabes de España* (Madrid 1897-1903).
Villada, Z. G., *Historia de la Iglesia en España,* III (Madrid 1934).
Madoz, J., *El mundo mozárabe:* "Hist. de las literaturas hispánicas", I p.264s. (Barcelona 1949).
Pérez de Urbel, J., *San Eulogio de Córdoba* (Madrid 1942).

12 de marzo

SAN GREGORIO MAGNO

(† 604)

San Gregorio Magno vivió un período de profundas convulsiones religiosas y políticas. Nacido hacia 540 en una familia de la nobleza romana, vivió los momentos más bajos de la curva de la caída de Roma y los primeros de una nueva época ascendente. Por ello puede ser considerado como el último romano, con el que se cierra el período de los grandes Padres y literatos de la Iglesia de Occidente, o como el primer hombre medieval que supo concretar en sus obras el espíritu de una nueva edad que se había de

alimentar de su moral, ascética y mística hasta San Bernardo, Santo Tomás y Santa Teresa. Precisamente con su nacimiento—en 541—termina la cronología consular, que liquida definitivamente una de las instituciones básicas en la historia de Roma.

La familia de Gregorio era hondamente cristiana. Sus padres, el senador Gordiano y la noble Silvia, están emparentados con los Anicios. El palacio familiar se asienta en las estribaciones del monte Celio, en medio de un mundo lleno de recuerdos de la Roma del Imperio y de la primitiva Roma cristiana. Entre sus antepasados se encuentra el papa Félix III (483-492). La Iglesia venera en los altares a varios miembros de su familia. Su padre se dedicó al fin de su vida al servicio de la Iglesia como regionario. Su madre pasó los últimos años en el monte Aventino, en absoluto retiro. Sus tías Társila y Emiliana consagraron a Dios su virginidad. En las homilías que pronunció durante su pontificado se complace en recordar el ejemplo de sus santas tías vírgenes. Ambas y sus padres figuran en el catálogo de los santos.

San Gregorio se formó en las escuelas de su tiempo. Por causa de las guerras habían decaído del esplendor logrado siglo y medio antes con Marciano Capella y casi aquellos mismos días con Casiodoro. Cursó derecho. De él quería hacer Justiniano la base necesaria de la unidad religiosa, política y territorial del Imperio. La formación jurídica de San Gregorio es profunda. Su alma severa y equilibrada encontró en ella una magnífica preparación para sus futuras e insoñadas actividades. Su formación literaria es menos brillante. Aún se trata en los centros universitarios de realizar el tipo ideal del orador, siguiendo las preceptivas de Quintiliano y de Cicerón. En cambio, la formación bilingüe grecolatina ha desaparecido totalmente en el siglo VI. El Santo no llegó a aprender la lengua griega, ni durante su larga estancia en Bizancio. Al terminar la carrera fué nombrado pretor (¿prefecto?) de la urbe. Eran tiempos de inseguridad y de guerras permanentes. Durante su niñez asistió a la entrada de Totila en Roma (546), a la cautividad de los romanos en Campania, a los asaltos de los godos a la ciudad en 549, a los últimos juegos circenses en el Circo Máximo, que Totila, con regia liberalidad, ofreció al pueblo romano al tiempo de despedirse. Gregorio vivió con in-

tensidad la tragedia desgarradora de Italia, arrasada por las invasiones de los lombardos, y de Roma en ruinas. Aún hoy impresionan las descripciones de San Gregorio, de Pablo Diácono y de otros historiadores. "Por todas partes vemos luto—dice el Santo—, por todas oímos gemidos. Las ciudades están saqueadas; los castillos, demolidos; la tierra, reducida a desierto. En los campos no quedan colonos ni en las ciudades se encuentran apenas habitantes... Los azotes de la justicia de Dios no tienen término, porque tantos castigos no bastan a corregir los pecados. Vemos a unos arrastrados a la esclavitud, a otros mutilados, a otros matados... ¡A qué bajo estado ha descendido aquella Roma que otras veces era señora del mundo! Hecha añicos repetidamente y con inmenso dolor, despoblada de ciudadanos, asaltada de enemigos, convertida en un montón de ruinas... ¿Dónde está el senado? ¿Dónde el pueblo?... Ya por ruinas sucesivas vemos destruídos en el suelo los mismos edificios..." Gregorio trabajó con entusiasmo juvenil en su quehacer político. Pero no encontró en sus quehaceres temporales la satisfacción que deseaba. Así comenzó a resonar en su alma la llamada a la vida contemplativa.

Entonces se cruzaron en su camino dos monjes benedictinos, Constancio y Simplicio. Procedían de Montecassino, de la generación inmediatamente posterior a San Benito. La Historia tiene que agradecerles un santo, un papa, un doctor de la Iglesia, el maestro espiritual de la Orden, el discípulo más auténtico de San Benito y uno de los ascetas más importantes de la historia de la espiritualidad. La lucha interior antes de decidirse a entrar en el monasterio y decir adiós a sus tareas temporales tan queridas fué desgarradora. La describe el mismo Santo en carta a su íntimo amigo San Leandro de Sevilla. "Yo diferí largo tiempo la gracia de la conversión, es decir, de la profesión religiosa, y, aun después que sentí la inspiración de un deseo celeste, yo creía mejor conservar el hábito secular. En este tiempo se me manifestaba en el amor a la eternidad lo que debía buscar, pero las obligaciones contraídas me encadenaban y yo no me resolvía a cambiar de manera de vivir. Y cuando mi espíritu me llevaba ya a no servir al mundo sino en apariencia, muchos cuidados, nacidos de mi solicitud por el mundo, comenzaron a agrandarse poco a poco contra mi bien, hasta el punto de retenerme no sólo por defuera y en apariencia, sino lo que es más grave, por mi espíritu". Al fin un día cambió el vestido de púrpura de gobernante por el humilde saco de monje, según noticia de Gregorio de Tours; convirtió en monasterio su palacio del monte Celio y comenzó su vida monacal. Tres fines buscó el Santo en la vida del claustro: separarse del mundo, mortificar la carne y, finalmente, la alegría de la contemplación. "Me esforzaba —dice en su epistolario—en ver espiritualmente los supremos gozos, y, anhelando la vista de Dios, decía no sólo con mis palabras, sino con la medula de mi corazón: *Tibi dixit cor meum: quaesivi vultum tuum, vultum tuum, Domine, requiram*". Se dedicó con intensidad al estudio de la Sagrada Biblia, buscando la contemplación y la compunción de corazón. Ambos son sus temas preferidos, los hilos conductores de su ascética y de su mística. No en vano se le llama "doctor de la compunción y de la contemplación". También estudió con interés especial las vidas ejemplares de los monjes de Occidente. De ahí había de salir en el futuro su obra: *Diálogos de la vida y milagros de los Padres itálicos*. Allí se hizo hombre de oración y forjó su espiritualidad. Sus fórmulas alimentaron a los monjes y eclesiásticos durante muchos siglos.

A los cuatro años de paz monacal, Benedicto I le envió como nuncio (apocrisario) a Constantinopla (578), de donde volvió hacia 586. Octubre de 586 fué un mes de prueba. Lluvias torrenciales. Las aguas del Tíber alcanzaron en algunos puntos más altura que las murallas. Personas ahogadas, palacios destruídos, los graneros de la Iglesia inundados, hambre y, finalmente, la peste. Una epidemia de peste inguinar se extendió por Roma, superpoblada de refugiados de los avances lombardos. Una de las primeras víctimas de la peste fué el papa Pelagio II. Ante aquel espectáculo, clero, senado y pueblo reunidos eligieron Papa a San Gregorio. De este modo quedó Gregorio arrancado definitivamente de la soledad que buscara en el monasterio. "Mi dolor es tan grande, escribe a un amigo de Constantinopla, que apenas puedo expresarlo. Triste es todo lo que veo y todo lo que se cree consolador resulta lamentable en mi corazón". El primer Papa monje llevó su concepción monacal a la espiritualidad, a la liturgia, al pontificado.

Al principio de su pontificado publicó la *Regula Pastoralis*, que llegó a ser durante la Edad Media el código de

los obispos, lo mismo que la regla de San Benito era el código de los monjes. Gregorio es, ante todo, el pastor bueno de su grey, es decir, de Roma y de toda la cristiandad. "Importa, dice en uno de los párrafos de la *Regla Pastoral*, que el pastor sea puro en sus pensamientos, intachable en sus obras, discreto en el silencio, provechoso en las palabras, compasivo con todos, más que todos levantado en la contemplación, compañero de los buenos por la humildad y firme en velar por la justicia contra los vicios de los delincuentes. Que la ocupación de las cosas exteriores no disminuya el cuidado de las interiores y el cuidado de las interiores no le impida el proveer a las exteriores".

Este fué el programa de su actuación. San Gregorio es un genio práctico, un romano de acción. Para él, gobernar es el destino más alto de un hombre, y el gobierno espiritual es el arte de las artes *(ars artium regimen animarum)*. Su solicitud pastoral llegó a todas las iglesias: España, Galia, Inglaterra, Armenia, el Oriente, toda Italia, especialmente las diez provincias dependientes de la metrópoli romana. Fué incansable restaurador de la disciplina canónica. En su tiempo se convirtió Inglaterra y los visigodos abjuraron el arrianismo. El renovó el culto y la liturgia con los famosos *Sacramentario y Antifonario* gregorianos, reorganizó la caridad en la Iglesia, administró en justicia el *patrimonium Petri*. Sus obras teológicas y su autoridad fué indiscutida hasta la llegada del protestantismo. En el siglo pasado y a principio del actual ha sido objeto de profundos estudios de crítica racionalista. En nuestros días es largamente estudiado por la historiografía católica. Dió al Pontificado un gran prestigio como San León Magno o el papa Gelasio. Su voz era buscada y escuchada en toda la cristiandad. Su obra fué curar, socorrer, ayudar, enseñar, cicatrizar las llagas sangrantes de una sociedad en ruinas. No tuvo que luchar con desviaciones dogmáticas, sino con la desesperación de los pueblos vencidos y la soberbia de los vencedores. Cuando los cónsules habían desaparecido, su epitafio resume su gloria llamándole "cónsul de Dios".

Como obispo de Roma su primera preocupación fué llevar al pueblo a las prácticas de la fe. Repristinó con renovado fervor la interrumpida costumbre de las estaciones. A ellas se deben las *Cuarenta homilías sobre los Evangelios*. Veinte las pronunció él mismo; las otras las leían en su pre-

sencia clérigos de su séquito, cuando sus agudos dolores de estómago le impedían predicar. Gregorio fomenta las prácticas de piedad, las buenas obras, las devociones populares, el culto a las reliquias, la doctrina de los novísimos. Presenta el ideal de la vida cristiana en toda su integridad. A la vez renueva el culto. Introduce una serie de reformas en la liturgia que ha hecho famoso el *Sacramentario gregoriano*. Mandó se dijese *alleluia* fuera del tiempo de Pentecostés; que se cantase el *kyrie eleison;* que el *Pater noster* se recitase después del canon... Se le criticó repetidamente de querer bizantinar la liturgia romana.

La reforma que más fama le ha dado es la del llamado canto gregoriano. Gregorio restauró y renovó la *Schola cantorum* y compiló el antifonario llamado en su honor gregoriano. La *Schola* llegó a ser un centro superior de cultura musical, y seminario del clero romano. La obra de San Gregorio se realizó por medio de los músicos profesionales de la *Schola cantorum*. No fué él un creador, pero su obra fué esencial y el éxito es inexplicable sin su espíritu renovador y su autoridad. Gracias a él se aunaron los diversos cantos en una sola liturgia, que poco a poco triunfó de los otros ritos y se impuso como universal expresión religiosa. Con su colección de cantos recogida en el *Antifonario gregoriano* fué el verdadero ordenador y restaurador del canto eclesiástico, en un momento crítico de la historia de Europa. Al llegar el siglo XI, el proceso de unificación musical estaba completo, salvo raras excepciones como la ambrosiana y visigoda. Europa tuvo un canto eclesiástico común, gracias principalmente a San Gregorio.

La acción del Santo se extendía a Italia, de la que era metropolitano, a Occidente, del que era patriarca, y a la Iglesia universal, de la que era primado. Su epistolario consta de 859 cartas. Por él desfilan toda clase de personas y en él se tocan multitud de asuntos canónicos y administrativos con un sentido de humanidad, justicia, defensa de los humildes, prudencia de gobierno espiritual y material extraordinario. Su estilo es sencillo, llano de conversación hablada, lleno de frescor. Gracias a las cartas, el pontificado del Santo es uno de los mejor conocidos de la antigüedad.

España fué una de las provincias más tranquilas del patriarcado de Occidente durante el pontificado de San Gre-

gorio. Dominados los suevos y vascones y reducido a su mínima expresión el territorio bizantino, Leovigildo casi había conseguido la unidad política. Faltaba la religiosa. El rey quiso realizarla en el arrianismo. Gregorio conoció en Constantinopla la rebelión de Hermenegildo por las informaciones confidenciales de su amigo San Leandro. En el libro de *Los diálogos* (libro III, cap.31) narra con amor la gloria y desventura del príncipe Hermenegildo, su derrota, encarcelamiento y martirio (año 586). Los acontecimientos se precipitaron después de la muerte del príncipe: muerte de Leovigildo, conversión de Recaredo (587), concilio tercero de Toledo y conversión oficial del pueblo visigodo. Los pueblos latino y visigodo se unieron estrechamente. Ello hizo posible aquella pequeña edad de oro de nuestra cultura. Aquellos extraordinarios acontecimientos hicieron exclamar a los obispos españoles al terminar su profesión de fe a los reyes: "Gloria a nuestro Señor Jesucristo que ha acogido en la unidad de la verdadera fe a este pueblo privilegiado de los godos y que ha establecido en el mundo un solo rebaño bajo un solo pastor". San Leandro envió largo informe al Papa. San Gregorio contestó con otra carta exultante de gozo: "No puedo expresar con palabras la alegría experimentada por mí, porque el gloriosísimo rey Recaredo, nuestro hijo común, ha pasado a la Iglesia católica con sincera devoción. Por el modo con que me habláis de él en vuestras cartas, me obligáis a amarlo sin aún conocerlo".

Su acción pastoral se extendió a Africa, a Francia, pero acaso la página más gloriosa del pontificado del Santo, en el aspecto misionero, sea la conversión de Inglaterra. La conversión de los anglosajones constituye un acontecimiento inesperado, casi increíble, por su rapidez. He aquí los hitos de una película: Año 590, asciende San Gregorio al Pontificado. 595: el Papa encomienda al presbítero Cándido comprar esclavos anglosajones de diecisiete a dieciocho años para educarlos en un monasterio cerca de Roma. Su ilusión es hacer "ángeles de los anglos". 596: el rey de los anglosajones, Etelberto, casa con la princesa católica Berta. Sale camino de Inglaterra un grupo de misioneros del convento de San Andrés de Roma. Es el responsable del grupo Agustín. Desanimados los misioneros, reciben en Lerins una carta del Pontífice: "Porque hubiera sido mejor no comenzar una obra buena que retirarse después de haberla comenzado, es necesario, amadísimos hijos, que terminéis, con el favor de Dios, la obra buena emprendida. No os atemoricen las fatigas del viaje ni la lengua de los hombres maldicientes, sino continuad con toda solicitud y fervor lo que por inspiración de Dios comenzasteis, sabiendo que a las grandes empresas está reservada la gloria de la eterna retribución... Obedeced humildemente a vuestro prepósito Agustín... El omnipotente Dios os proteja con su gracia y me conceda ver en la patria eterna el fruto de vuestras fatigas. Que si no puedo ir a trabajar junto con vosotros como es grande mi deseo, me encontraré partícipe con vosotros del gozo de la retribución. Dios os custodie incólumes, hijos míos queridísimos". Como la dificultad mayor era la lengua, Gregorio les proveyó de intérpretes. Junio de 597: Es bautizado el rey. Navidad de 597: Agustín bautiza más de 10.000 anglosajones. Gregorio envía nuevos refuerzos de misioneros y traza las líneas generales de la jerarquía católica en Inglaterra.

Como escritor, San Gregorio es el más fecundo de los papas medievales y uno de los cuatro doctores de la Iglesia occidental, con San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo. Los tres primeros son casi contemporáneos. Pertenecen a aquella generación extraordinaria que dió también los grandes doctores a la Iglesia del Oriente. El cuarto de los doctores occidentales, San Gregorio, vivió casi dos siglos más tarde. Fué un hombre más bien de acción. Escribió obras de carácter ascético y moral, que hicieron de él doctor de la vida contemplativa y de la compunción en toda la Edad Media. Una obra suya, el *Comentario a los libros de Job*, fué llamado por antonomasia *Los Morales* o *Libro de los Morales*. Fué el gran moralista de la Edad Media. Su actividad literaria se desarrolla desde el tiempo de su nunciatura en Constantinopla hasta su muerte (582-604) y está constituída por el *Registrum epistolarum, Los Morales, La regla pastoral, Las XL homilías sobre los Evangelios, Las XXII homilías sobre Ezequiel, Los cuatro libros de los Diálogos* y su intervención en el *Sacramentario* y *Antifonario* de su nombre. Sus obras ocupan cuatro volúmenes en la *Patrología latina* de Migne. Gracias a sus obras y a su actuación pastoral, la cristiandad sacral pensó, obró y cantó al unísono.

MELQUÍADES ANDRÉS.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 12 de marzo: *Vita*, de PABLO DIÁCONO, y otra de JUAN DIÁCONO.

Obras de San Gregorio Magno, en particular las *Cartas*: ed. PL vols.75-79. Las cartas, asimismo, en: "Mon. Germ. Hist., Registr. Epist. Gregor. I, P.". PERTZ, W. M., *Das Register Gregorii*, I (1917).

GRISAR, H., *San Gregorio Magno* (Roma 1904).

DUDDEN, F. H., *Gregory the Great, his place in history and in thought* 2 vols. (Londres 1905).

TACIAN, M., *Saint Grégoire le Grand, evèque de Rome; sa vie et son activité* (Gutenberg 1904).

BATIFFOL, P., *Saint Grégoire le Grand*: Col. "Les Saints" (París 1928).

GODET, P., artículo en "Dict. Théol. Cath.".

JUAN, S., *Gregory the Great, his work and his spirit* (Londres 1924).

GALLARDO-ANDRÉS, *Obras de San Gregorio Magno*: BAC, n.170 (Madrid 1958). Con buena introducción biográfica.

13 de marzo

SAN NICEFORO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA

(† 829)

No eran muy halagüeños para la Iglesia de Oriente los tiempos en que vino al mundo en Constantinopla, hacia el año 750, el pequeño Nicéforo. Su padre, Teodoro, era secretario del emperador Constantino Coprónimo, hombre caprichoso y sectario, que, siguiendo la política iniciada por su padre, León III el Isáurico, iba llevando hasta sus últimas consecuencias de crueldad y de tiranía la lucha iconoclasta contra la ortodoxia católica. La oposición a las imágenes, nacida en un ambiente de cesaropapismo oriental y en la manía dogmatizante de sus emperadores, llevaba en su misma raíz otras influencias no menos peligrosas. No se trataba ya de la lucha más o menos descarada contra una representación de la divinidad o de los santos, sino que llevaba consigo, más bien, uno de los grandes acontecimientos de la historia universal, cuyas consecuencias fueron incalculables.

A más de perturbar por una larga serie de años los asuntos religiosos y sociales del Imperio, daba lugar a una oposición cada vez más abierta contra las directrices que podían llegar de Roma, que ciertamente poco había de esperar de unos emperadores que se constituían a la vez en herejes y perseguidores, interviniendo en todos los asuntos internos de la Iglesia, y que iban metiendo insensiblemente en el pueblo y en las altas jerarquías la idea de la separación definitiva y del cisma. Eran necesarios hombres de grande fe, de fortaleza y de prudente serenidad para detener, siquiera fuera por momentos, el terrible mal que se avecinaba. Uno de ellos iba a ser nuestro santo, Nicéforo de Constantinopla.

El padre de Nicéforo, siendo éste todavía niño, es despojado de su cargo y viene a morir en el destierro, por no doblegarse ante las órdenes imperativas del Coprónimo. Educado en este heroísmo de fe, bajo la tutela de su madre Eudoxia, y con los mejores maestros de la ciudad, va recibiendo el joven Nicéforo una formación sobresaliente en lo religioso y en lo intelectual.

Con los años, nuestro Santo es conocido por todos como hombre bueno y prudente, amigo de hacer el bien, y acérrimo defensor de la ortodoxia. En el período de paz que se inicia con la emperatriz Irene y su hijo Constantino VI por el año 780, es llamado a la corte, concediéndosele con todos los honores el mismo cargo de secretario imperial que había desempeñado su padre. Desde este momento, Nicéforo va a poner toda su influencia en desarraigar del Imperio los antiguos resabios de la herejía.

Como legado del emperador asiste al segundo concilio de Nicea, VII de los ecuménicos (a. 787), donde brilla, era lego todavía, por su sólida formación literaria, el conocimiento profundo de las cuestiones eclesiásticas, y por su gran elocuencia. A pesar de esto, hay en nuestro Santo unas tendencias más señaladas, que le llevan al retiro y a la oración del claustro, donde parece encontrar el medio más adecuado para una labor de apostolado. Con este fin se retira a las orillas del Bósforo, en la costa asiática, donde construye por su cuenta un monasterio para entregarse al estudio, a la austeridad y a la oración, sin que por ello reciba el hábito de religioso. El emperador, por su parte, cuidando de aprovechar sus buenas cualida-

des, le llama de nuevo a la corte, pero Nicéforo seguirá su vida de monje aun en medio de todo el boato imperial.

Modelo de virtud, se dedica a hacer la caridad entre los necesitados. Por designación del príncipe se hace cargo del hospital general le Bizancio y por su cuenta recorre las casas de los pobres, deja en ellos su dinero y su hacienda, llenando a todos de la suavidad de su trato y de su abnegada solicitud.

A nadie pues podía extrañar, fuera de algunos monjes que no veían con buenos ojos la elevación de un lego directamente al pontificado, el que Nicéforo, a la muerte del patriarca Tarasio, fuera designado por el pueblo y por el emperador para sucederle. De este modo, el 12 de abril del año 806, habiendo vestido antes el hábito de monje, y recibidas las órdenes anteriores, el humilde funcionario de la curia imperial se sentaba en el trono patriarcal de Santa Sofía. Bien sabía Nicéforo a lo que le destinaría su dignidad y, como previéndolo, durante su consagración tuvo aferrado entre las manos un memorial, que él mismo había compuesto en defensa del culto a las imágenes, y renovando el juramento de defenderlo en el acto de la posesión, fué a depositarlo detrás del altar mayor como testimonio público de las intenciones que llevaba en el momento de recibir su alto y difícil cometido.

La subida al pontificado de San Nicéforo no había agradado del todo a las diversas tendencias religiosas que por entonces pululaban en la capital del Imperio de Oriente. Muchos entreveían una nueva intromisión del emperador en los asuntos reservados de la Iglesia; y otros aun de buena fe, como el famoso San Teodoro Studita, temían cierto servilismo de parte del patriarca a todas las iniciativas de la corte. El nuevo elegido logra, a fuerza de mansedumbre y de paciencia, inspirar confianza a todos aun teniendo que renunciar, como a veces hiciera, a ciertas prerrogativas de su dignidad en la noble intención de no suscitar divergencias, dada la situación delicada en que se encontraban todavía las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El mismo da cuenta de su modo de actuar en una carta, que envía al papa León III, donde admite humildemente que, si es cierto que hubo de ceder en algunas cuestiones transitorias ante el emperador, no lo hizo sino llevado del bien de la paz y aun de la misma libertad de la Iglesia.

Con todo, esta paz deseada no iba a ser, por desgracia, duradera. Y es ahora, cuando ya entran en juego no solamente los principios vitales de la fe, sino los derechos inviolables de la misma Iglesia, cuando Nicéforo será el primero que se inmolará a la cabeza de su pueblo por defender la verdad ante la insolencia y sectarismo de sus perseguidores. Mientras llega el momento, él trabaja como buen pastor de su grey en la mudanza y total reforma de las costumbres y sus preceptos dados desde el púlpito recibirán doble fuerza por la conducta y fiel ejemplo de su vida.

Durante este tiempo empieza San Nicéforo el copioso apostolado de su pluma, que le colocará entre uno de los más prestigiosos escritores de la Iglesia de Oriente. Sus obras, y más aún las que escribe en el destierro, dan noticia de su espíritu elevado, un conocimiento profundo de las Sagradas Escrituras y de la literatura patrística, de su amplitud de doctrina, unido todo ello a una dialéctica sutil y a una fina observación.

El 10 de julio del año 813 el patriarca Nicéforo coronaba emperador a un buen soldado, gobernador de la provincia de Natolia, León V el Armeno, que hubiera sido un excelente monarca, de no haberse dado a resolver cuestiones de teología en nada aptas a su cargo y condición. Tal vez por seguir el ejemplo de los Coprónimos o por creer que con ello iba a robustecer más su poderío, de hecho, ya desde el principio de su reinado, empieza a declararse contra lo que él llamaba "la herejía de las imágenes", rechazando todo lo decretado en el concilio anterior de Nicea. Con su conducta consigue adeptos entre algunos obispos y hombres de influencia, como el gramático Juan Hylilas. Pero el emperador busca, sobre todo, ganarse la voluntad del patriarca. Pronto se da cuenta, sin embargo, de la ineficacia de sus recursos y la situación se va agravando con ello más y más cada día.

Ya no se hace solamente cuestión del culto de las imágenes, sino de la intervención o no intervención de la autoridad civil en materia religiosa. El emperador trata con ruegos y concesiones de atraer al pontífice, pero éste permanece inflexible, llegando a decirle en una ocasión: "Nosotros no podemos mudar las antiguas tradiciones: respetamos las imágenes santas, como lo hacemos con la cruz

y con los libros del Evangelio". (Notemos que los iconoclastas adoraban la Cruz y los Evangelios, pero no las imágenes del Señor y de los santos.) El emperador no se aviene y a veces hasta usa de estratagemas para ir debilitando la decisión del Santo. Una noche anima secretamente a unos soldados de su guardia para que con todo descaro se mofen de una imagen de Cristo que estaba en la gran cruz colocada sobre las puertas de la ciudad. De ello toma ocasión para mandar que se quitaran las imágenes de todas las cruces, con el pretexto de evitar nuevas profanaciones. El patriarca ve ya lo que se avecina y con sus obispos y abades se entrega al silencio de la oración y de la penitencia.

No tarda mucho en reunir el emperador en su palacio a todos los obispos, ortodoxos y herejes, para que discutan en su presencia las diversas cuestiones. Los primeros, con Nicéforo a la cabeza, le piden con toda humildad que deje libre el gobierno de la Iglesia a sus pastores; pero León V, enfurecido, les arroja de su presencia, rodeándose de sus adictos, a quienes constituye en jefes de la Iglesia oriental. Pronto se reúnen éstos en conciliábulo y citan al patriarca para que dé razón ante ellos de sus hechos. Nicéforo se presenta, y movido de santa indignación les increpa: "¿Quién os ha dado esta autoridad? ¿Ha sido el Papa o alguno de los patriarcas? Os excomulgo, ya que en mi diócesis no tenéis jurisdicción y la habéis usurpado". Los obispos le quieren deponer, pero esperan a que se decida el emperador.

La ocasión llega pronto, con motivo de las fiestas de Navidad del año 814. León V, siguiendo la costumbre tradicional, se presenta en este día al lado del patriarca en la basílica de Santa Sofía para venerar los sagrados iconos, pero, instigado por los suyos, se niega a hacer lo mismo en la de la Epifanía. A seguida, y ya sin miramientos, empieza una tremenda persecución contra todos los adictos a la ortodoxia católica. Pronto el patriarca se ve abandonado por la mayoría de los obispos. Estos quieren hacerle comparecer de nuevo ante ellos y, como se negara, prohiben que se hiciera conmemoración de su nombre en los oficios divinos, instando a la vez al emperador para que, deponiéndole, le condenara definitivamente al destierro.

No mirando a que el venerable anciano estaba retenido

en el lecho por una enfermedad, deciden su deposición al principio de la Cuaresma. Llevándole en unas angarillas en la noche del 13 de marzo del 815, le arrojan en una barca, que le había de conducir a la orilla asiática del Bósforo, a Scútari, para ser internado en el monasterio de San Teodoro, que él mismo había construído a poca distancia de la ciudad. Desamparado de todos, ultrajado, manda en seguida su abdicación a los de Constantinopla, y se dispone a pasar sus últimos días en la soledad y el recogimiento, que tanto añorara en la juventud. En su destierro Nicéforo sufre y ora, se consuela con los libros santos y escribe a su vez, siempre con el propósito de desarraigar de su pueblo la herejía y el error.

Con el advenimiento al trono de Miguel el Tartamudo (a. 820) los ortodoxos quieren reivindicar de nuevo a su patriarca. Pero el nuevo emperador es también hereje y pretende ganarse al santo varón, haciendo que rechace de plano la doctrina que la Iglesia y los concilios habían sostenido sobre las imágenes. San Nicéforo prefiere seguir padeciendo por la verdad y de este modo, lleno de fatigas y de trabajos, en su pobre celda del destierro y a los setenta años de edad, muere gloriosamente el 2 de junio del año 829. Cuando más tarde, en la paz que dan a la Iglesia de Oriente San Metodio y la emperatriz Teodora, vuelve a sonar con gloria el nombre de Nicéforo, sus reliquias son trasladadas con todo esplendor a la basílica de los Santos Apóstoles de Bizancio, el día 13 de marzo del año 847. De nuevo se iba a encontrar el pastor entre su pueblo; martirizado, pero con la luz de la gloria, y también con la humildad y mansedumbre en que siempre había vivido.

La Iglesia griega da a nuestro Santo el título de confesor de la fe y celebra su fiesta el 2 de junio, aniversario de su muerte. La Iglesia latina lo hace el 13 de marzo, aniversario a su vez de la traslación de sus reliquias.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 13 de marzo: *Vita*, por el contempor. IGNACIO. Asimismo en PG 100,41s. Otra relación ibid., col.313s.
Obras del patriarca Nicéforo: PG t.100.
DE BOOR, C., *Nicephori archiepisc. Constantin. Opuscula historica* (Leipzig 1880).
HEFELE-LECLERCQ, *Histoire des Conciles*, III 2, p.741s. (1910).

14 de marzo

SANTA LUISA DE MARILLAC

(† 1660)

A fines del siglo XVI la situación religiosa en Francia era bien lamentable.

Mientras en Alemania cedía el protestantismo por obra de la Contrarreforma, en España la mística alcanzaba sus más altas cimas y en Italia se apagaba la bacanal del Renacimiento con una floración de nuevos santos, la iglesia de Francia tuvo bastante con sobrevivir a las guerras de religión, sin tiempo para aplicar las reformas y remedios propuestos por el concilio de Trento.

Al subir al trono francés Enrique IV, consigue la paz, aunque fuese a costa de igualar los derechos de hugonotes y católicos por el edicto de Nantes.

Bajo el vigoroso impulso de este monarca y de su ministro Sully, el país va a conocer una era de prosperidad insospechada. En el reloj de la historia ha sonado la hora de Francia, no sólo en lo político, artístico y literario, sino también en lo religioso.

Llegan a París de España e Italia las Ordenes nuevas: jesuítas, carmelitas, capuchinos y oratorianos. Francia asimila rápidamente las nuevas formas de espiritualidad, dándoles un tinte propio; además de la santidad de los claustros intentará proporcionar a los cristianos que viven en el mundo los medios de perfección.

París, la antigua Babilonia, ¿se convertirá en una equivalencia de la Ginebra protestante?

Una eclosión de fervor despierta en la gran ciudad. La mística invade los salones y los círculos piadosos hacen competencia a las tertulias del gran mundo.

Alrededor de un director espiritual se juntan las damas de la aristocracia. Se leen las obras de los místicos alemanes, los escritos de los carmelitas españoles, del obispo de Annecy y del cardenal de Berulle.

Esta piedad no se reduce a la devoción interior, sino

que se ejercita en las más variadas obras de misericordia: limosnas de alimentos y vestidos a los pobres, visitas de hospitales y cárceles, socorro a los menesterosos.

Sí, París es ahora un *carrefour de saints*, una encrucijada de santos, en que coinciden madame Acarie, en el Carmelo, sor María de la Encarnación, Francisco de Sales y Juana Francisca, San Vicente de Paúl y Luisa de Marillac.

Vicente de Paúl, a quien todos llaman familiarmente monsieur Vincent, quiere llegar a grandes metas. Pretende hacer de la caridad individualista un movimiento arrollador que acuda al remedio de todas las necesidades.

Su vida está llena de aventuras tan fabulosas que parece una novela.

Emprende la carrera eclesiástica ya mayor. Estudia en Zaragoza y en Toulouse. En un viaje por mar, desde Marsella a Narbona, cae en poder de piratas turcos, que matan a todos sus compañeros, menos a él, que es vendido como esclavo en Túnez. Después de dos años de cautiverio, huye con su propio amo, al que logra convertir. Va a Roma y desde allí a la corte de Enrique IV. Después de pasar por varios cargos eclesiásticos, es nombrado preceptor de los hijos de la familia Gondi. Entonces se percata de las circunstancias dificilísimas por que atraviesa el país y decide entregarse de lleno a las obras de caridad, fundando asociaciones de damas que socorran a los pobres, y para evangelizar a los aldeanos funda la Congregación de la Misión.

En estas circunstancias es cuando conoce a Santa Luisa de Marillac, viuda a los treinta y cuatro años, quien, por consejo de su director, San Francisco de Sales, se pone a disposición de San Vicente. Desde ahora los dos grandes santos irán asociados al más generoso esfuerzo que se haya hecho para atender a los pobres.

Santa Luisa nació el 12 de agosto de 1591. Era de la segunda nobleza. En la más tierna edad quedó huérfana de madre. Su padre, el señor de Marillac, hombre de extraordinaria inteligencia y de gran virtud, no omitió medio para que su hija recibiera una educación esmerada. Literatura, arte, filosofía e incluso el latín, fueron la base de sus estudios. Al mismo tiempo se ejercitaba en los oficios propios de su sexo.

A los quince años se entregó con gran fervor a la oración y quiso ingresar en el convento de capuchinas; pero

su constitución física, muy delicada, no se lo consintió, disuadiéndola el padre Champigny, provincial de los capuchinos: "Hija mía—le dijo—, yo creo que son otros los designios de Dios."

A esa misma edad perdió también a su padre. No pudiendo entrar en religión, ni permanecer sola en el mundo, accediendo a las instancias de sus parientes se desposó con Antonio Le Gras, secretario de la reina María de Médicis, celebrándose el matrimonio en San Gervasio, de París, el 5 de febrero de 1913, fijando su residencia en la capital francesa.

Los testigos del proceso de su beatificación declaran: "Luisa de Marillac fué un dechado de esposas cristianas. Con su bondad y dulzura logró ablandar a su marido, que era de carácter poco llevadero, dando el ejemplo de un matrimonio ideal, en que todo era común, hasta la oración, que hacían juntos."

Bendijo Dios su matrimonio con el nacimiento de un hijo. El amor que la señora Le Gras tuvo a su hijo no conoció límites. San Vicente la escribiría más tarde: "Jamás he visto una madre tan madre como usted; apenas parece usted mujer en otra cosa."

Y en otra carta le diría: "¡Oh qué dicha el ser hijo de Dios! Pues este Señor ama a los suyos con afecto aún más tierno que el que usted tiene a su hijo, con ser este amor tan grande que apenas he visto cosa igual en ninguna otra madre."

Estas experiencias maternales, valiosísimas, servirían a Santa Luisa para derrocharlas en la fundación a que el cielo la destinaba.

Porque el señor Le Gras murió santamente, en brazos de su esposa, el 21 de diciembre de 1625. Entonces ella no pensó más que en consagrarse del todo a Dios y a las buenas obras. ¿No es razón que me entregue a Dios—diría—después de haber sido tanto tiempo del mundo?"

En lo de haber sido del mundo Santa Luisa exageraba. Los directores de su espíritu declararon a su muerte que era un alma angelical, que no había perdido la inocencia de su bautismo.

Pero, ciertamente, estando desligada ya de compromisos familiares, la viuda Le Gras va a ser la colaboradora eficacísima de monsieur Vincent. Ella sabrá poner la nota femenina en sus obras de caridad. Será el ama de casa, providente y buena, que solucione con tacto femenino los conflictos que surjan a cada paso en la organización del bien.

San Vicente había fundado ya las "Caridades", asociación de damas o señoras al servicio de los pobres a domicilio, especialmente en los pueblos y aldeas, donde las dejaba como fruto de sus misiones.

Pero sin conexión con el fundador, tales obras languidecían pronto. Santa Luisa se ofrece a visitar las Caridades y el Santo la anima con estas palabras: "Parta usted, vaya en nombre del Señor. Ruego a su Divina Bondad la acompañe; que Él sea su consuelo en el camino y su fuerza en el trabajo, y finalmente nos la devuelva con perfecta salud y llena de buenas obras."

Las palabras de San Vicente no eran pura retóric-. Los viajes en aquellos tiempos eran por demás penosos y peligrosos. Malos vehículos, malos caminos, malas comidas, malos alojamientos...

Su primer biógrafo nos ha descrito aquellas correrías, que recuerdan las de Santa Teresa. "Solía llevar consigo gran cantidad de lienzos y medicinas, y sus viajes y limosnas eran siempre a sus expensas. Apenas llegada al lugar, reunía a las mujeres de la cofradía de la Caridad, las imbuía en el espíritu de la obra, animaba su fervor con el fuego de sus alocuciones y hacía por aumentar su número. Luego visitaba ella misma a los enfermos y era tanta su gracia y actividad, que a su marcha todo quedaba renovado."

Al compás del apostolado su alma crecía en ardores místicos. El 5 de agosto de 1630, aniversario de su boda terrena, escribió sus impresiones después de comulgar: "Parecióme que Nuestro Señor me inspiraba la idea de recibirle por esposo de mi alma, considerando aquel acto como una especie de esponsales."

Aquellas visitas le hicieron ver otra enorme deficiencia: el abandono de las niñas y jóvenes en punto a instrucción y educación, y también atendía con sus pláticas y esfuerzos a proveer a tan gran necesidad.

Entretanto, desgracias familiares pesan terriblemente sobre ella. Su tío, el mariscal Marillac, cae en desgracia del rey y es ajusticiado públicamente en París. Su tía muere de pena; otro pariente cercano desfallece en la prisión. Empero nunca consintió que se hablase mal de Luis XIII

ni del cardenal Richelieu, causantes de tantas desgracias.

Su alma se va afinando y acerando para las cosas de Dios. Y bien lo necesitaba aquella Francia de comienzos del XVII. En un informe al Parlamento se aseguraba que era tanta la miseria de ciertas regiones, "que los aldeanos se ven obligados a pacer la hierba de los campos a manera de las bestias".

Para remediar tales males no bastaban las "Caridades" fundadas por San Vicente, porque, siendo las damas señoras de la buena sociedad, se desdeñaban de descender a los servicios más humildes y necesarios. Había que pensar en "sirvientas de las caridades", en viudas y jóvenes que se entregaran al servicio exclusivo de ellos. La primera que colaboró con Santa Luisa en tan bella obra fué Margarita Naseau, natural de Suresnes, a diez kilómetros de París, aldeana que había aprendido a leer sola, conduciendo su rebaño y preguntando a los caminantes por el significado de las letras de su abecedario.

Otras muchas jóvenes siguieron los pasos de Margarita, y en 1633 recibía Luisa a las cuatro primeras hermanas, hasta convertirse en un verdadero noviciado al cabo de algunos meses. Santa Luisa pensó en que formularan sus votos, pronunciando los primeros en la fiesta de la Anunciación del año 1634, la fecha en que renuevan anualmente los suyos las hijas de la Caridad de todo el mundo.

A partir de entonces la bola de nieve que decía San Vicente se transforma en alud arrollador. Resulta imposible, en tan breve reseña, seguir paso a paso a los dos Santos fundadores en la obra portentosa que emprendieron en favor de sus señores los pobres, como ellos respetuosamente les llamaban.

Realizaron visitas a los hospitales, tan espantosamente abandonados, que los enfermos se resistían a la fuerza a ingresar en ellos. Baste el dato de que la escasez de camas obligaba a juntar a tres y cuatro en el mismo lecho. Donde más actividad desplegaron, con éxito rotundo, fué en el hospital de Angers, del que se hicieron cargo en 1639.

Luego vendrían las obras en el mismo París, como la asistencia y cuidado de los niños expósitos. Más de cuatrocientos eran recogidos cada año en la gran ciudad y muchísimos fallecían por falta de atenciones.

También hubo fundaciones en el arrabal de Saint Denis, con la gran basílica de San Dionisio, mausoleo de los reyes de Francia. Después en Nantes, a donde llega Santa Luisa acompañada de ocho hermanas, recibiéndolas una multitud inmensa que acude de todas partes para aclamarlas.

De 1649 a 1652 la guerra asuela las provincias de Champaña, Picardía y Lorena. Los moribundos yacen abandonados a lo largo de los caminos, las religiosas huyen de la soldadesca, las iglesias son profanadas.

San Vicente envía al campo de operaciones a las hijas de la Caridad, para cuidar a los enfermos, distribuir alimentos, procurar refugio a las jóvenes arrojadas de sus hogares. Se multiplican los casos de heroísmo, pero nuevas hermanas acuden a reemplazar a las que mueren en el cumplimiento del deber.

En 1658 es Flandes el escenario de nuevos horrores bélicos. La reina ruega a San Vicente que las hermanas se hagan cargo de los hospitales militares y establecen un ambulatorio en Calais.

Pero ya no es Francia solamente el campo de sus actividades. Luisa María de Gonzaga, hija del duque de Nevers, visitadora asidua con las damas de la Caridad del hospital de París, conoce bien a Santa Luisa y a su espíritu. La Providencia la levanta a reina de Polonia, y desde allí escribe a los Santos fundadores que manden hermanas, por hallarse el país sumido en guerras y catástrofes.

En 1653 surge otra obra nueva, un asilo de pobres de ambos sexos, gracias a la limosna de cien mil francos que donó un caballero parisiense.

Santa Luisa funda un establecimiento modelo. A los hombres los ocupa en diversos oficios, a las mujeres las dedica a hilar. Busca materias primas, cáñamo, lana, mobiliario. La alegría y el trabajo reinaban en el gran asilo general para todos los mendigos de París.

Posteriormente otro establecimiento, "Las Casitas", acoge a locos y enfermos mentales.

No hay dolencia, desgracia o miseria, material o espiritual, que no haya sido remediada por Santa Luisa y su obra.

Y a todo esto, los Santos fundadores, absorbidos por su trabajo de organización, ni se habían preocupado en dar forma canónica al nuevo instituto. Al fin, en 1655, después de veinte años, San Vicente y Santa Luisa presentan una

instancia al arzobispo de París, que erige la congregación de las Hijas de la Caridad el 18 de enero de aquel año.

El 30 de mayo reúne San Vicente a sus hijas y, después de haberles leído las reglas, les dice: "De hoy en adelante, llevaréis el nombre de Hijas de la Caridad. Conservad este título, que es el más hermoso que podéis tener."

Santa Luisa, de constitución débil, tiene un espíritu fuerte. Su actividad no conoce cansancio. Su humildad es profundísima. Jamás consintió en tener capilla ni que se dijera misa en ninguna de sus casas. "Quizá—como dice uno de sus biógrafos—temiera de que fuera en detrimento del cuidado de los enfermos y cayeran sus hijas en la tentación de hacerse religiosas."

Ya en 1647 decía San Vicente: "La señora Le Gras debiera haber muerto hace diez años; al verla se diría que sale de la tumba: tan débil está su cuerpo y tan pálido su semblante."

Y, sin embargo, hasta 1660 no entregó su alma al Creador, tras una enfermedad penosa, que comenzó por gangrenarle un brazo. No tuvo el consuelo de que San Vicente la acompañara, pues también enfermo, la envió este sencillo recado: "Usted va delante, pronto la volveré a ver en el cielo." Falleció mientras la rezaban las preces de los agonizantes, el día 15 de marzo, lunes de Pasión, entre las once y las doce de la mañana.

Parodiando a fray Luis de León al hablar de Santa Teresa, podríamos decir que a Santa Luisa de Marillac la podemos conocer por sus escritos y por sus hijas.

Asombra pensar que tuviera tiempo de escribir cientos de cartas, resumir numerosas conferencias de San Vicente, que luego se encargaba de hacer circular, hacer extractos de sus meditaciones y ejercicios espirituales, hasta formar tres volúmenes de 1.500 páginas sus obras completas.

Consejos, alientos, normas y avisos, todo se desliza en su correspondencia familiar. Parece que asistimos al crecimiento de la congregación. No caeré en la ingenuidad de citar párrafos devotos. Quizá éste retrate mejor a la fundadora: "Me han dicho que sor Marta se ha puesto tan gruesa que casi no se la conoce. ¡Oh Dios mío! ¡Cuánto temor me dan los establecimientos en donde se está con más comodidades de lo que a nuestra condición conviene! Os encargo que procuréis que esté ocupada lo más que pueda y en trabajo muy fuerte. ¿No tenéis enfermos en los pueblos vecinos?" (Carta a sor Isabel Turgis, en Chars).

Las Hijas de la Caridad son hoy unas 45.000, extendidas por todo el mundo, en más de 4.000 casas, encontrándose en París, en el número 140 de la Rue de Bac, la casa madre, en cuya capilla, la misma de las apariciones de la Virgen Milagrosa a Santa Catalina Labouré, está el sepulcro de Santa Luisa.

Contrariamente a lo que ha ocurrido con otras comunidades, las Hijas de la Caridad siempre han permanecido al servicio de los pobres, en hospitales, asilos, orfanotrofios, manicomios, casas de beneficencia.

Su espiritualidad se funda en la caridad, generadora del celo, en la humildad personal y en la sencillez, que repugna todo lo falso o afectado. Aunque aplicadas a las obras exteriores, llevan una vida interior sustentada por prácticas de devoción repartidas a lo largo del día. Se levantan a las cuatro, y toda la vida es común: dormitorio, comidas, recreo. Sus votos son anuales y se renuevan el 25 de marzo.

Sí, Santa Luisa de Marillac no ha muerto. Todavía sentimos el tintineo de su largo rosario cuando cruzan junto a nosotros las tocas blancas de alguna Hija de la Caridad.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.

BIBLIOGRAFIA

COSTE, P., *S. Vincent et les Dames de la Charité* (París 1917).
ID., *Les Filles de la Charité de S. Vincent de Paul:* Col. "Les ordres réligieux" (París 1923).
Artículo *Filles de la Charité:* "Catholicisme".
CASTAÑARES, P., *Cartas y escritos de Santa Luisa de Marillac,* 3 vols. (Madrid 1945).
ECHARRI, M. DE, *Santa Luisa de Marillac* (Vida popular) (Madrid 1943).

15 de marzo

SAN CLEMENTE MARIA HOFBAUER

(† 1818)

Cierto día, en una taberna de Varsovia, entra un sacerdote pidiendo limosna; un jugador, al verle, le insulta y le escupe en la cara. El sacerdote saca el pañuelo, se limpia y dice blandamente: "Caballero, esto es para mí; ¿puede darme ahora alguna cosa para los huérfanos del Niño Jesús?" Aquel hombre se sintió vencido y se hizo amigo de quien así le respondía. Al verle desparecer por la puerta de la taberna, todos se preguntaban quién podía ser aquel cura de manteo descolorido, que tenía tal dominio.

Era un santo, y se llamaba Clemente María Hofbauer. Noveno de los doce hijos de un carnicero, había nacido en Tasswitz (Moravia), en 1751. A los siete años, y en plena guerra, muere su padre. Desde ese momento tendrá que ir haciéndose la vida casi solo. Solo, no; después del entierro, su madre le lleva delante de un crucifijo y le dice: "Mira, hijo, en adelante Éste será tu padre. Guárdate de afligirle con un pecado."

Quiere ser sacerdote, pero la vida le obliga a mudar seis veces de ruta; a los treinta años consigue estudiar teología, gracias a la generosidad de unas señoras, a las que más tarde el Santo sabrá agradecer; sólo a los treinta y cuatro llega a ser sacerdote, en Roma, cuando entra en la Congregación de los Redentoristas.

En 1785 vuelve a Viena. El emperador José II está en el apogeo de sus reformas, con lo que se llamó el *josefinismo*, queriendo someter la Iglesia al Estado, y acaba de suprimir centenas de casas religiosas. Clemente marcha con su compañero a Polonia, para trabajar en la iglesia de San Bennón, de Varsovia. Los comienzos fueron duros; no tenían nada; dormían sobre una mesa, porque la humedad entraba por todos los lados. El aspecto de la ciudad era malo: el jansenismo y el regalismo atenazaban toda la vida católica; la masonería se había apoderado, sin trabajo, de las

clases altas; los alemanes, que formaban la colonia más numerosa, preferían ir a las capillas protestantes antes que a las iglesias polacas.

Poco a poco, la iglesia de San Bennón se convierte en un centro de irradiación religiosa, llegando nuevas vocaciones para el trabajo. Cinco veces al día se renovaba la asistencia, llenándose la iglesia, que tenía capacidad para unas mil personas; había diariamente tres sermones en polaco y dos en alemán; tres misas solemnes, a veces con orquesta, Vía crucis, visita al Santísimo Sacramento y oficio parvo, oración de la mañana y de la noche, con meditación. El Santo no perdonaba gasto ninguno para el esplendor del culto, que era una gran atracción, incluso para incrédulos y judíos, siendo el comienzo de muchas conversiones. A pesar de las influencias jansenistas, las comuniones ascienden a 104.000 por año.

Clemente presiente y utiliza los métodos del apostolado moderno. Mantiene gratuitamente una escuela de primera enseñanza y profesional, para trescientos niños y doscientas niñas, a los que enseña a ser apóstoles de sus familias. Abre un orfanato; para mantenerlo se ve obligado a mendigar por casas y tabernas; un día se le vió llamando a la puerta del sagrario. Funda un colegio-seminario de vocaciones sacerdotales. Organiza una asociación de laicos, hombres y mujeres, con algunas características de los actuales institutos seculares; tenían días de retiro, círculos de estudio y apostolado; después de un año de prueba, hacían el voto de fidelidad a la Iglesia y al Papa, y la promesa de edificar el reino de la gracia en los prójimos. Al mismo tiempo piensa en el establecimiento de su Congregación; funda personalmente seis casas, pero ve con tristeza que apenas levanta el pie, la fundación desaparece; dos tentativas en los Balcanes y Ucrania no tuvieron mejor éxito; los redentoristas que están bajo sus órdenes tienen que buscar diez casas sucesivas en once años; los gobiernos protestantes o regalistas los echan de una diócesis a otra; el mismo Clemente, por este motivo, estuvo preso.

En 1808, Napoleón, el amo de Europa, desde Bayona, expulsa los redentoristas de Varsovia, gloriándose en el decreto de haberlos expulsado de otras ciudades. El 17 de junio un batallón de militares rodea la iglesia; el Santísimo estaba expuesto; San Clemente tuvo que bajar del púlpito y los otros padres interrumpir las confesiones. Después

de una prisión de un mes, fueron dispersados por cuatro naciones. Para el Santo fué el mayor dolor. Su fe es fuerte y no desanima: "Nos abandonamos al querer de Dios... Que Él sea glorificado."

Buen caminante, después de ser preso dos veces más y de pasar por el peligro de ser fusilado como espía, llega a Viena, que lo recibe con cuatro días de cárcel, como a un ladrón. Se encuentra otra vez en el comienzo, como hacía veinte años. Pero ve una gran claridad: "Todo lo que a nosotros nos parece contrario, nos conduce donde Dios quiere."

Sus caminos se han terminado. Exteriormente su vida tiene un marco muy oscuro; desde 1813, capellán de las monjas ursulinas. A pesar de que el Gobierno mantiene sus reformas, que atan meticulosamente las actividades apostólicas y a pesar de que la situación de Europa central es, según la frase del Santo, peor que en los tiempos de Lutero, Santa Ursula se transformará en un fermento de vida católica. Después de predicar el primer domingo a media docena de personas, las monjas ven, admiradas, que el siguiente la iglesia está llena. Aquella predicación era un acontecimiento en la ciudad. Se predicaba de la caridad y del cristianismo universales, pero San Clemente habla precisamente de lo que los otros callan: de la Iglesia católica, del papa, de la Virgen, de la redención, de los sacramentos. Es un atrevimiento que cada día le trae un auditorio mayor. El grupo más numeroso, después del pueblo sencillo, es el de los estudiantes, artistas y profesores de la universidad. Toda su vida predicó sencillamente, dando la sensación de que era como un testigo que había visto y palpado las cosas. No era el gusto de oirle, era volver a casa transformado. Sus argumentos no admitían réplica; cuando habló sobre los sacramentos, había dicho una mujer: "¿Qué diría la gente si la vieja del herrero comulgase muchas veces?" Otro día alude San Clemente desde el púlpito: "¿Y qué diría la gente si la vieja del herrero fuera al infierno?" Quien no faltaba a sus sermones era la policía, que le dió el mayor disgusto de la vida: le prohibió predicar.

El confesonario y los moribundos nadie se los podía quitar; le veían de noche, envuelto en su viejo manteo y con una linterna en la mano, entrar por los barrios más apartados; solía decir que si tenía tiempo para rezar un rosario en el camino, el éxito era seguro. Cierta noche, insultado y rechazado, se clavó en la puerta, diciendo con una calma glacial: "Veo la muerte que llega y he visto morir a muchos que se salvaban; ahora quiero ver cómo muere un condenado." El moribundo se confesó. Los pobres tampoco se los quitaban, y a su entierro, entre una multitud de ellos, asistió un buen grupo de viejos soldados que los gobiernos abandonaban después de estropearlos en las guerras. Hasta las mismas monjas sintieron frecuentemente su caridad; en cierta ocasión se les presentó con un cordero bajo el manteo.

La obra más bella de estos años fué el trabajo con la juventud de Viena. Fué como el comienzo de una Acción Católica. Reunió un grupo grande de escritores, estudiantes y artistas de toda clase. El romanticismo católico fué acuñado por San Clemente. Uno de los más destacados fué Federico Schlegel, convertido del protestantismo y verdadero iniciador de la escuela romántica; junto a él podríamos poner una lista de celebridades, como Müller, Werner, Veit, Rauscher, más tarde cardenal, el poeta Brentano y muchas personas de la nobleza austríaca. El movimiento de conversiones fué grande, especialmente entre protestantes, judíos y católicos tibios. Algunos de éstos fueron a Roma, donde se formó otro centro unido a Clemente y donde maduraron muchas conversiones, como la del pintor Overbeck. Con intuición alegre de sus necesidades y aspiraciones, les dirigía personalmente y les daba una formación seria y seguridad contra el racionalismo; les acostumbraba a la pobreza, a la humildad, a la frecuencia de sacramentos; se preocupaba de sus necesidades materiales; los llevaba a pasear por las calles de Viena, haciéndoles perder el respeto humano. Les metía un rosario en el hueco de la mano y les mandaba ser apóstoles.

La influencia de estos jóvenes era como un contagio de Cristo. Fundaron un colegio para las clases dirigentes. En la universidad protestaban contra los errores de los profesores; el de Derecho llamó a la policía, que echó la culpa a Clemente, "pues trastornaba la cabeza de los estudiantes". La mayor parte eran escritores y bajo la inspiración del Santo fueron los primeros que atacaron a los enciclopedistas franceses y filósofos alemanes; fundaron varios periódicos y revistas de arte y filosofía, siendo los iniciadores del periodismo católico. A la sombra del Santo fué naciendo el partido romántico católico, cuya influencia po-

lítico-religiosa se notó en el Congreso de Viena, 1814, donde se quería reorganizar Europa y donde varios de sus discípulos tomaron parte. Estrechamente vigilado por la policía, el Santo tenía contacto directo con el nuncio y con muchos de los congresistas, que le buscaban en su propia casa, como el príncipe heredero, Luis de Baviera. Se consiguió, y no fué poco, que la Iglesia no quedase parcelada en iglesias nacionales, como muchos congresistas y eclesiásticos querían.

San Clemente era el hombre de la Iglesia, a la que amaba apasionadamente, sintiéndose totalmente feliz como hijo de ella, y para ella pensaba en todos los medios de apostolado. Era un auténtico genio católico y Zacarías Werner decía que las tres fuerzas de su tiempo eran Napoleón, Goethe y Clemente.

En noviembre de 1818 le obligan a escoger el destierro, por ser religioso. Y en los siete meses en que suspenden la sentencia y en que los treinta años de trabajo parecen una cadena de fracasos, sigue esperando; aquí está la grandeza del Santo: estar seguro de Dios. Y Dios le prepara la contradicción más bella. En 1819 el emperador Francisco II es recibido en Roma. De tal manera le habla el Papa sobre Clemente, que desde Italia da una orden que muda totalmente su suerte. El Santo, aunque sabe que no verá el triunfo en la tierra, prepara sus futuros novicios; eran treinta y dos. Su salud va decayendo y el 6 de marzo de 1820 termina su último sermón exhortando a pensar "porque el árbol, del lado que caiga, así quedará por toda la eternidad".

El 16 llega el decreto imperial autorizando la Congregación y es depositado junto al cadáver del Santo. Había muerto el día anterior, al toque del Angelus.

GREGORIO MARTÍNEZ ALMENDRES, C. SS. R.

BIBLIOGRAFIA

DESURMONT, A., *Saint Clément-Marie Hofbauer, rédemptoriste* (1751-1820).
LASILIER, G., *Un apôtre précurseur: saint Clément Hofbauer* (París 1909).
HOFER, J., *Der heilige Klement Maria Hofbauer: ein Lebensbild* (1921).
HOSP, E., *Der hl. Klemens M. Hofbauer* (1951).
RAMOS, T., *San Clemente María Hofbauer* (Madrid).

16 (del 15) marzo

SAN RAIMUNDO, ABAD DE FITERO

(† 1163)

"Fué así que, impelido y forzado de divino impulso, se levantó como en sueños, y, despavorido, se fué al aposento de Raimundo, que estaba contiguo al suyo, y con voces desmedidas y alteradas, que no parecían de su ordinaria modestia, se despertó diciendo: "Santo Padre, vamos a la guerra contra lo moros." El santo viejo, admirado de lo que miraba, como quien conocía la religión, quietud y discreción de fray Diego, le despidió con amor y con blandura. Mandóle se volviese a su aposento, diciéndole: Que la verdadera guerra del monje había de ser la quietud y soledad, hacer penitencia y llorar sus culpas y las del pueblo."

Esto ocurría en Toledo, en una noche de enero de 1158. Y es que la tarde anterior, fray Diego Velázquez, hombre de ilustre linaje, burgalés de Bureba, amado del rey emperador, muerto poco ha, había escuchado del rey don Sancho III, su amigo de infancia, el gran peligro que corría la plaza de Calatrava, llave estratégica de Toledo, y, por tanto, en aquel entonces, de la cristiandad de la península Ibérica. Sentía en sus venas el fuego del caballero de antaño, hoy escondido tras los pliegues del hábito monacal, y la pesadilla durante el sueño era la congoja del antiguo soldado. Raimundo Abad lo había llevado consigo a Toledo, desde el monasterio de Santa María de Fitero, entonces tierra de Castilla, para tener más fácil acceso ante el rey, quien había convocado Cortes en dicha ciudad imperial, al heredar de su padre Alfonso VII el reino y la corona. Era necesario confirmar los privilegios y concesiones que Raimundo en sus años de abad había conseguido para su monasterio en tiempos del emperador.

Raimundo, cuya cuna se disputan, aún hoy día, y ya quizá hasta el fin de los tiempos, San Gaudencio de Fran-

cia, Tarazona de Aragón, así como Tarragona y Barcelona, fué, desde sus más tiernos años, "en las costumbres compuesto, en el hablar parco, en las palabras grave, en las acciones modesto. Con los mayores reverente, con los iguales benévolo, con los inferiores apacible. Y en suma, por aquellas pueriles disciplinas, abrió bien a prisa camino a una gran perfección, y en aquel primer bosquejo dió bien claro indicio de la belleza de la imagen que había de representar por el tiempo adelante". Sujeto de tales prendas, era natural que su destino fuera para el santuario.

Bien pudiera ser que fuese hijo de alguno de los gloriosos conquistadores de Tarazona, ganada a los moros en 1120. Y así lo vemos canónigo de aquella iglesia, como lo atestiguará más tarde su primer obispo, don Miguel, monje benedictino, quien en escritura de donación, fechada en 1148, decía: "Hago esta donación a ti, Raimundo, venerable y religioso varón, antiguamente hijo de Nuestra Iglesia, mas ahora mudado para mejor orden y mejor hábito, abad de Nienzabas". El trato con su obispo, monje benedictino, y la fama de santidad de la Orden del Císter, ¿influyeron en la vocación monacal de Raimundo? Bien pudiera ser. Lo cierto es que de canónigo de Tarazona pasa a monje del monasterio de Nuestra Señora de Scala Dei, fundado en la provincia de Gascuña.

Su virtud, con la consecuente reputación, le traicionaba, y a pesar de su humildad, los ojos de los monjes, y más los de los superiores, se clavaban en él. Por eso, cuando el abad de Scala Dei, que se llamaba don Bernardo, quiso fundar en España, eligió como abad del nuevo monasterio al piadoso Durando, y como prior del mismo al santo Raimundo.

Con los brazos abiertos los recibió el rey emperador, quien los envió a llamar, aunque no pudo despacharse a su gusto, porque andaba en guerras con el de Navarra. Por orden del rey Alfonso VII, hicieron primer asiento en un monte llamado Yerga, donde, ya de tiempos antiguos, existía una ermita dedicada a la Santísima Virgen. Pero al año siguiente, que era el de 1140, les donó el rey una villa arruinada por los moros, y que se llamaba Nienzabas. A los cuatro años, y muerto el abad Durando, fué elegido Raimundo, cuya fama de santo y taumaturgo se extendía por todos los alrededores. Abad de Nienzabas, aparece ya en la escritura de 1146 en que el rey emperador donaba al monasterio la Serna de Cervera y los Baños de Tudesón, los actuales Balnearios de Fitero.

Como tal abad, asistió Raimundo, con los otros abades de la Orden, al capítulo general del Císter. Allí se encontraba el Sumo Pontífice, monje de igual hábito, Eugenio III. A música suave sonaría en los oídos de Raimundo, y dulce miel gustarían sus labios, el oír y leer el gran privilegio de amparo que el Pontífice concedió en esta ocasión para el monasterio de Nienzabas: "Eugenio, obispo siervo de los Siervos de Dios, a los amados hijos Raimundo, abad de Santa María de Nienzabas, y a sus monjes, así presentes como futuros... Le recibimos debajo de la potestad del bienaventurado San Pedro y nuestra... A los quince de las Kalendas de octubre, año de la Encarnación del Señor, de mil y ciento y cuarenta y ocho, de nuestro Pontificado en el tercero."

En este mismo año, y mejorando notablemente, trasladó el monasterio a Castejón, lugar más acomodado que todos los anteriores. Como abad de Santa María de Castejón, aparece en la donación que, aún en vida de su padre el emperador, hizo el futuro rey Sancho III, del castillo de Tulungen y asimismo, con igual título, en la concesión de otras mercedes, hechas por el rey don Sancho el Sabio, de Navarra. Pero Castejón tampoco fué el sitio definitivo.

Ignorado el lugar del nacimiento de nuestro santo abad, daría, empero, Raimundo existencia y vida, renombre y gloria, a una heredad, llamada Fitero (por el nombre de un montículo denominado Hitero—hito o mojón—que hoy conserva su nombre Piedrahitero) donada en 1150 por don Pedro Tizón y su mujer doña Toda, de Tudela, abuelos del gran arzobispo, navarro de nacimiento, don Rodrigo Jiménez de Rada. Allí se fundó el monasterio de Santa María de Fitero, cuyo grandioso templo de piedra, con sus tres amplias naves, sería más tarde construído, casi en su totalidad, por el antedicho arzobispo don Rodrigo. De este monasterio de Santa María de Fitero, fué primer abad San Raimundo, que, con Durando, primer fundador en España, llegarán a setenta y seis, hasta fray Bartolomé Oteyza, bajo cuyo gobierno fué suprimido en 1834. Así podrá afirmarse siempre que la mayor gloria de Fitero es su abad San Raimundo.

Al que dejaron perplejo las voces de su fidelísimo monje, fray Diego, en aquella noche de enero de 1158.

¡Calatrava! También quedaría inmortalizado este nombre, más que por el santo monje Raimundo, eso lo fué Fitero, por el guerrero valiente, invicto soldado, fundador de la orden militar. ¿Mitad monje, mitad soldado? ¡Monje de cuerpo entero, soldado de pelo en pecho!

Si tranquilo quedó fray Diego con el mandato del abad, preocupado quedó Raimundo, quien, puesto en oración, comprendió que Dios le pedía el hacerse cargo de la defensa de Calatrava. Y el abad Raimundo y fray Diego Velázquez, se presentaron al rey, caballeros andantes de páginas de leyenda, pidiéndole la defensa de la plaza de Calatrava, entregada al soberano por los caballeros templarios, defensores de la misma desde la conquista por Alfonso VII en 1147, pero temerosos ahora, 1158, ante los formidables preparativos que hacían los enemigos del nombre cristiano. La santidad del abad y el recuerdo del valor guerrero de fray Diego, movieron o Sancho III a escribir lo siguiente en Almazán: "Yo, el rey Don Sancho, por la gracia de Dios, hijo del ilustre emperador de las Españas de buena memoria, por inspiración divina, hago carta de donación y texto de escritura para siempre, valedero a Dios, y a la bienaventurada Virgen María, y a la Santa Congregación del Cister, y a vos dom Raimundo, abad de Santa María de Fitero, y a todos vuestros frailes, así presentes como futuros, de la villa que se llama Calatrava, para que la tengáis y poseáis, libre y pacífica, por juro de heredad, de ahora para siempre, y la defendáis de los paganos enemigos de la Cruz de Cristo, con su favor y nuestro... Fecha la carta en Almazán en la era de mil y ciento y noventa y seis (año 1158), en el mes de enero del año en que murió el famosísimo señor don Alfonso emperador de las Españas. Yo, el rey Don Sancho, rubrico y confirmo con mi propio sello esta carta, que yo mandé escribir."

Asegurada la defensa de Calatrava, Raimundo volvió a Fitero, y con su "Dios lo quiere" enardecido, regresó a la plaza al frente de veinte mil hombres—monjes, labradores y artesanos—a los cuales estableció en sus nuevos dominios entre campos y aldeas, alrededor de la fortaleza, convirtiendo en posición inexpugnable, lo que, hasta entonces, había sido temor y angustia insuperables.

Con esto quedó de hecho trasladada la abadía de Fitero a Calatrava, aunque no quedó la primera vacía y abandonada, ya que el abad de Scala Dei, que llevó muy a mal la obra de Raimundo por haberse hecho sin tomar su parecer, envió monjes en número suficiente para continuar la vida monacal, como hasta entonces, ejemplar y edificante.

Una tradición secular afirma que el santo abad aprovechó esta oportunidad para pedir y obtener del rey el regalo de una preciosa imagen de la Santísima Virgen, que, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, se veneraba en Toledo y a la que San Raimundo profesaba especial devoción. Enviada al monasterio de Fitero, es desde tiempo inmemorial la patrona del pueblo con el poético título de la Virgen de la Barda (barda o zarza sin espinas), y cuya fiesta se celebra el domingo inmediato posterior al 8 de septiembre. Así lo cree, así lo reza y así lo canta Fitero en su estrofa y estribillo: En Toledo venerada—fuiste algún tiempo Señora—y en Fitero sois ahora—de todos Madre aclamada. Pues sois imán verdadero—que roba los corazones—colmadnos de bendiciones —¡oh Patrona de Fitero!

Raimundo creyó llegado el momento de organizar aquella muchedumbre, que le seguía entusiasmada, al estilo de las órdenes militares, que tantos laureles obtuvieron peleando en distintos lugares de la cristiandad, y fundó en ese mismo año 1158 la orden militar religiosa de Calatrava, la más antigua de las españolas, cuya constitución fué aprobada por Alejandro III en bula de 25 de septiembre de 1164, y que tanta gloria daría a España en el transcurso de los siglos. Monjes y caballeros, bajo el manto del santo abad, según la regla de San Benito y constituciones del Cister.

El rey don Sancho fué testigo de la vida de aquellos monjes-soldados, de aquellos soldados-monjes. "Hallóse en Calatrava un día que se ofreció rebato de moros. Vió la prisa y ánimo con que los monjes y caballeros salían al enemigo, y vió a los mismos, después de recogidos, en el coro a completas, las manos cruzadas, los ojos en tierra, cantando las divinas alabanzas con notable espíritu. Admirado de tal mudanza, dijo al abad: Paréceme, padre, que el son de las trompetas hace a vuestros súbditos lobos, y el de las campanas corderos. Será, respondió el santo

abad, porque aquéllas los llaman para resistir a los enemigos de Cristo y vuestros, y éstas para alabarle y rogar por vos."

Pero quien mejor refleja lo que era la vida de aquellos calatravos es el mismo arzobispo don Rodrigo, cuando años más tarde escribía: "Su multiplicación es la corona del príncipe. Los que alaban al Señor con salmos se ciñeron espada, y orando gemían para la defensa de la patria. Su pasto es una comida tenue y ligera: su vestido la aspereza de la lana. La continua disciplina los prueba, la guarda del silencio los acompaña, el frecuente arrodillarse los humilla, la vigilia de noche los quebranta, la oración devota los enseña, y el continuo trabajo los ejercita."

Esta era la obra del santo abad, porque Raimundo era así. Podía entonar el *Nunc dimittis*, y exclamar con San Pablo: *Cursum consummavi*. En efecto, pasados cinco años de abad de Calatrava, "haciendo igual guerra a los enemigos de la cruz, a los demonios cantando en el coro, y a los infieles peleando en el campo", lo encontramos en Ciruelos, donde, adornado de múltiples laureles, obtuvo en 1163 la victoria definitiva, corona de santo monje, palma de caballero militar fundador, que el justo juez colocó sobre su cabeza y puso en sus manos.

En Ciruelos fué enterrado su cuerpo, hasta que en 1471 fué trasladado al monasterio de Monte Sión de Toledo, quedando definitivamente en sepulcro rico y curioso, mandado construir en 1570 por el abad de Fitero, venerable fray Marcos de Villalba. En él se lee esta inscripción: "Aquí yace el bienaventurado fray Raimundo, monje de esta orden, primer abad de Fitero, por quien Dios ha hecho muchos milagros; el cual, de licencia del rey Sancho el Deseado, defendió a Calatrava de los moros, e instituyó en ella el orden militar de Calatrava. Murió año de mil y ciento y sesenta y tres: trasladóse aquí, año de mil y quinientos y noventa". Hoy día, y desde el siglo pasado con motivo de la exclaustración, las reliquias del santo abad de Fitero se encuentran en la catedral de Toledo, encerradas en preciosa urna, sobre la que campea victoriosa la cruz de Calatrava. La fiesta de San Raimundo se celebra el 15 de marzo.

¿Anacrónica esta vida? ¿Trasnochada esta historia? ¿Fuera de lugar en páginas de actual "Año Cristiano?" Hermano lector, nuestra vida es lucha, combate y pelea, como dice el Espíritu Santo. Nuestra alma tiene sus tres grandes enemigos. También ella constituye para nosotros el gran castillo interior, la Calatrava de nuestro espíritu. Hay que defenderla sin tregua ni cuartel. Se nos dice que debemos ser mitad monjes, mitad soldados. Está bien. Pero, en este combate espiritual, donde la oración es el arma principal y donde la cooperación a la gracia debe ser generosa, mejor será imitar a San Raimundo, modelo para todas las épocas, siendo como él: "Monjes de cuerpo entero, soldados de pelo en pecho". Que él así nos lo alcance.

JOSÉ M.ª GARCÍA LAHIGUERA.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 6 de febrero.
Artículo en "Cath. Enzycl.".
FLÓREZ, *España Sagrada*, vol.1 p.37s.
FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE, *Historia de las Ordenes de Caballería. Orden de Calatrava* (Madrid 1864).
REVILLA VIELVA, R., *Ordenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa* (Madrid 1927).

17 de marzo

SAN PATRICIO

(† 493)

La labor y la vida del apóstol de Irlanda recuerdan las hazañas y la santidad de los grandes profetas del Antiguo Testamento. La razón no es difícil de encontrar si consideramos las circunstancias históricas que rodean su trabajo en aquella isla. El Imperio romano, al extenderse a Francia y a las Islas Británicas, dió lugar a la penetración del catolicismo en aquellas regiones; pero la fe, que había avanzado con las legiones, tuvo que retirarse juntamente con ellas y el paganismo llegó a dominarlas otra vez mediante la invasión de los bárbaros. La divina Providencia eligió nuevos apóstoles para aquellos países, apóstoles dotados de todos los carismas necesarios para la lucha contra las fuerzas primitivas del mal. Por eso las vidas de aquellos misioneros se llenaban de milagros que nos recuerdan las escenas en Egipto cuando Moisés se enfrentó con los magos de Faraón o cuando Elías retó a los sacerdotes de Baal.

El futuro apóstol de Irlanda nació en 372, pero no se sabe con exactitud el lugar de aquel acontecimiento. Algunos lo ponen en Inglaterra, otros en Francia o Escocia. Sin embargo, sabemos algo de sus padres. Su madre, Concessa, pertenecía a la familia de San Martín, obispo de Tours, mientras su padre, Calfurnio, fué oficial del ejército romano, de buena familia. Ambos fueron cristianos. En el bautismo el niño recibió el nombre de Succat—el nombre de Patricio le fué dado mucho más tarde por el papa Celestino, juntamente con la misión de predicar el Evangelio en Irlanda—. De todas maneras, nosotros le llamaremos Patricio desde ahora para evitar confusiones.

En el año 388, cuando tenía dieciséis años, unos piratas le hicieron prisionero, llevándole a Irlanda, donde fué vendido como esclavo a Milcho, jefe de Dalraida, en el norte de la isla. Según sus *Confesiones*, que escribió más

tarde, pasó la vida de esclavitud cuidando de las ovejas de su amo. La divina Providencia utilizó esta etapa de su vida para prepararle su futura misión, porque, en el silencio de las montañas, Patricio se dedicó a la oración muchas veces de día y de noche, de tal manera que podemos afirmar sin reparo que este período de su esclavitud llegó a ser también el principio de su santidad.

Un día, durante sus oraciones, Dios le mandó un ángel para consolarle en su miseria y para revelarle la futura gloria de Irlanda. Al mismo tiempo el ángel le mandó escapar de su dueño y dirigirse a un puerto lejano donde encontraría un barco que le llevaría a la libertad. Patricio obedeció este mandato divino y, efectivamente, al llegar a su destino al sur de la isla, encontró el barco tal como le había dicho el ángel, pero el capitán negóse a ayudarle en su propósito de escapar. Sin perder sus esperanzas, Patricio se puso a rezar y, de repente, el capitán cambió de parecer, le mandó subir al barco y le llevó a Francia.

Una vez conseguida la libertad, Patricio se refugió con su pariente, San Martín, quien le recibió en un monasterio cerca de Marmontier. Allí el obispo había construído pequeñas casas para algunos de sus monjes, mientras otros vivían en cuevas cercanas. En estas condiciones de vida ermitaña el joven pasó casi treinta años en preparación para su misión de apóstol. Los monjes vivían separados, reuniéndose solamente para rezar en común dos o tres veces al día según la costumbre de los monasterios orientales. En este ambiente de tranquilidad Patricio empezó el estudio de las Sagradas Escrituras, empapándose cada día más en la doctrina evangélica. Aquí también recibió otra visita angélica en la cual Dios le dió el mandato de convertir a la verdadera religión al pueblo de Irlanda. Al mismo tiempo oyó la voz de un irlandés llamándole para que volviese como misionero al país de su esclavitud.

Cuando murió San Martín, otro santo, Germán de Auxerre, tomó a Patricio bajo su protección de tal manera que se puede decir que, bajo la tutela de él, Patricio empezó la verdadera preparación para su misión. Primero se hizo monje, luego sacerdote y después se fué a la isla de Lerins, aislado del mundo, donde continuó su vida de eremita. Atraídos por la fama de su santidad, muchos otros monjes quisieron reunirse con él, y muy pronto Lerins lle-

gó a ser uno de los más famosos monasterios del mundo. Sin embargo, Patricio se dió cuenta de su obligación de prepararse cada día más para la misión que Dios le había confiado; por lo tanto se marchó a Roma para continuar sus estudios en el Colegio de Letrán.

San Germán le llevó consigo a Inglaterra para ayudarle en su labor de apostolado, pero, después de unos años, Patricio volvió a Roma y recibió del papa Celestino la comisión de ayudar a Paludio en su misión de convertir a Irlanda. Salió con verdadera alegría, pero, antes de marcharse de Italia, recibió las noticias de la muerte de Paludio y otra vez fué a ver al Papa, quien le mandó recibir la consagración como obispo, juntamente con los poderes necesarios para su misión. Le consagró Máximo de Turín en Eboria, la moderna Ivrea, en el año 432, en la presencia del papa Celestino, quien le dió el nombre de Patricio. El nuevo apóstol de Irlanda salió para empezar su apostolado cuando tenía sesenta años.

Unos meses más tarde llegó a Irlanda, y como la gente del pueblo de Bray no quisiera recibirle ni oírle, se marchó otra vez al condado de Meath. Allí convirtió a su primer irlandés, bautizándole con el nombre de Benigno. Este joven llegó a ser el sucesor de Patricio en el arzobispado de Armagh. Después de predicar unos meses en Meath, pasó al condado de Down, más al norte, y fué entonces cuando empezó aquella serie de milagros que nos recuerdan las escenas más famosas del Antiguo Testamento.

El jefe de una tribu de Down, un tal Dichu, quiso asesinar a Patricio, pero, en el momento de clavarle su espada, el Santo le paralizó el brazo derecho, convirtiéndole luego a la fe con muchos de sus súbditos. De Down viajó otra vez hacia el norte, llegando al territorio de su antiguo dueño, Milcho, quien le había tenido como esclavo, mas éste, en vez de recibirle, se mató, después de haber prendido fuego a todas sus posesiones. Pero sus hijos se convirtieron con mucha gente de la región. Era ya Pascua de Resurrección del año 433. Patricio había estado en Irlanda solamente un año; sin embargo, el éxito de su misión estaba casi seguro. Pero ahora iba a enfrentarse con la prueba más dura de todas.

Todos los años, en aquellas fechas, los sacerdotes druidas tenían la costumbre de reunirse en Tara con el rey

Laeghaire para la ceremonia del fuego sagrado. En este acto Patricio vió la oportunidad para enfrentarse de una vez con aquellos sacerdotes paganos que tenían en esclavitud el alma del pueblo entero. Para ello, cuando estaban reunidos todos para encender el fuego sagrado, apareció Patricio con sus sacerdotes en una montaña de Tara, al otro lado del valle, y allí encendió el fuego del Sábado de Gloria. Nada más ver aquellas llamas, los sacerdotes acudieron presurosos al rey Laeghaire para decirle que, si aquel fuego sacrílego no era apagado en seguida, sería imposible apagarle ya nunca.

A pesar del mandato real y de todos sus esfuerzos los paganos no consiguieron apagar el fuego que había encendido el Santo, ni tampoco matar a Patricio quien, al día siguiente, fué a entrevistarse con el rey, rodeado de sus sacerdotes. Los druidas hicieron todo lo posible para vencer al apóstol mediante sus artes mágicas, pero no contaron con el poder milagroso de Patricio. Delante de todos cubrieron el cielo con una nube que convirtió el día en noche, pero no pudieron disiparla cuando les retó Patricio, quien, con una oración, hizo salir el sol. El jefe de los sacerdotes se hizo levantar en el aire por magia, pero después de otra oración de Patricio, fué lanzado contra las rocas, con tal fuerza, que murió en el acto. Así, en un ambiente que recuerda las famosas hazañas de los profetas del Antiguo Testamento, el cristianismo triunfó en Irlanda. El rey Laeghaire dió al Santo permiso para predicar con toda libertad en la isla y muy pronto se verificó la profecía de los druidas, porque Patricio encendió el fuego de la fe entre los habitantes de Irlanda, de tal manera, que no ha sido nunca apagado desde entonces. Poco a poco consolidó la victoria ganada en Tara. En 444 construyó la iglesia de Armagh y desde allí viajaba constantemente por todas las provincias, construyendo iglesias, consagrando obispos y fundando monasterios. Según una tradición bien fundada, cuando murió había consagrado a 350 obispos y ordenado a más de 2.000 sacerdotes.

Sin embargo, como sabemos por su libro *Confesión*, escrito por el mismo Patricio, el éxito de su misión no se consiguió sin mucho trabajo y sin pasar por muchos peligros. Una docena de veces fué hecho prisionero por los secuaces de los sacerdotes druidas, escapando por milagro; otras veces trataron de matarle y en una ocasión se salvó por el

coraje de un sacerdote fiel, quien, sabiendo el peligro, ocupó el lugar de Patricio, sacrificando así su propia vida para salvar la del Santo. Peor todavía fueron las luchas con el demonio, quien hizo todo lo posible para mortificarle e impedir su labor. El Santo tenía la costumbre de retirarse del mundo a veces para rezar y meditar. En una ocasión lo hizo por cuarenta días, como Moisés, en una montaña que se llama hoy día Croagh Patrick en su honor. Esta vez la razón de su ayuno y oración fué conseguir de Dios ciertos beneficios para el pueblo irlandés. Los demonios le atacaron con más furia que nunca, sabiendo algo de sus propósitos. Después de una lucha feroz, el Santo les venció y, según la tradición, dejaron al país y sus habitantes en paz durante siete años.

Pero ahora, como Jacob, tuvo que luchar con Dios mismo para conseguir lo que quería. Continuó ayunando y rezando hasta que, por fin, el ángel se le apareció para decirle que Dios le había concedido lo que pedía. Según la tradición, los favores especiales obtenidos por el Santo en aquella ocasión fueron los siguientes: Muchas almas se librarían del purgatorio mediante su intercesión; el que, en espíritu de verdadera penitencia y arrepentimiento, rezase su himno antes de morir, conseguiría la bienaventuranza eterna; los bárbaros no vencerían nunca su iglesia; siete años antes del fin del mundo, el mar cubriría la isla para salvar a sus habitantes de las tentaciones y males del anticristo; San Patricio mismo tendría el privilegio de juzgar, juntamente con Cristo, a todos los irlandeses en el juicio final.

Su vida estaba llegando ya a su fin. Una vez afirmada la posición de la Iglesia en Irlanda, el Santo empezó a prepararse para la muerte, habiendo recibido de Dios una revelación diciéndole el día y la hora en que iba a salir de este mundo para recibir el premio de sus trabajos. San Tassack le dió los últimos sacramentos, y el día 17 de marzo del año 493 murió en la ciudad de Saul, siendo enterrado en el sitio donde hoy día está la catedral de Down.

Ahora vamos a examinar su apostolado, para ver cómo consiguió en tan poco tiempo la conversión de toda la isla de Irlanda y de una manera tan duradera. Dejando aparte la divina Providencia, fuente de todo éxito sobrenatural, el secreto de su triunfo está en el hecho de que encontramos en la labor de San Patricio un modelo del verdadero espíritu misionero.

En primer lugar, nunca estuvo contento con dejar el trabajo a sus subordinados, sino lo hizo, cuando pudo, personalmente. En todas las regiones de la isla se puso en contacto, primero con los jefes de las tribus, haciendo todo lo posible para convertirles a la fe, o por lo menos, conseguir su amistad y permiso para predicar en el territorio de ellos. La ventaja de este procedimiento se ve claramente, porque así consiguió reducir al mínimo la oposición oficial a su labor. Pero la conversión de los reyes o jefes de tribu siempre tuvo como objeto principal llegar con más facilidad al pueblo. De la misma manera, en vez de acudir a sacerdotes extranjeros para ayudarle en su trabajo, dió la sagrada ordenación a indígenas. Entre estos sacerdotes muchos fueron hijos de los jefes de tribu y alguno había sido antes sacerdote druida. Patricio fundó colegios especiales para los futuros sacerdotes y nunca ordenó a nadie sin asegurarse primero de su conocimiento de la fe y de su santidad moral. Pero quizá las dos cosas que conducían más que nada al éxito de su misión fueron su manera de predicar la fe y su revisión sabia de las leyes del país.

Predicó de una manera muy sencilla y directa, empleando imágenes y ejemplos tomados de la naturaleza y perfectamente adaptados al espíritu poético de la nación irlandesa. Quizás el más famoso es su empleo de la hoja de trébol para demostrar la Trinidad y la Unidad de Dios. Sus temas predilectos fueron la naturaleza y los atributos de Dios, la divina providencia, la redención y sus frutos, la penitencia por los pecados, las responsabilidades que siguen como consecuencia del bautismo, la necesidad de la oración y, sobre todo quizá, la señal de la cruz. El mismo hacía la señal de la cruz cien veces cada día y noche. Entre las oraciones que compuso para el uso de su pueblo, la más famosa, sin duda, es la que se llama *La coraza de San Patricio*. Es larga y sencilla. Bajo muchas figuras tomadas de la naturaleza insiste en la presencia de Dios en el mundo, sus atributos, y, sobre todo, su especial providencia, cuidando siempre del cristiano fiel.

Otro elemento de su apostolado que ayudó muchísimo para consolidar la fe en Irlanda fué la sabia reforma de las leyes civiles hecha por el mismo Patricio. Al estu-

diar la constitución civil y política de la isla, encontró un fondo muy bueno y sabio, mezclado con elementos paganos contra la ley divina o natural. Con mucha paciencia reformó aquella constitución, de tal manera, que dejó intacto lo bueno, cambiando solamente aquella parte que era pagana y falsa. Así la jurisprudencia irlandesa dió lugar al *Sanchus Mor*, el código irlandés de leyes civiles y religiosas. De aquí nació, un poco más tarde, todo el sistema penitencial de los celtas. Quizá este mismo espíritu de adaptación le llevó a determinar, como fecha para Pascua de Resurrección, una fecha distinta de la del resto de Europa, tanto como el uso de la tonsura celta, adoptada por los monjes irlandeses, y, sin duda, de origen druida. También es digno de notar que, en Irlanda, bajo el mando de San Patricio, el obispo de la diócesis fué, casi siempre, abad de un monasterio, un hecho que deriva de la constitución civil de las distintas regiones de la isla. Gran parte del éxito del apostolado de San Patricio se debe a esta adaptación del paganismo a la verdadera religión.

Los escritos del Santo, especialmente su *Confesión* y la *Epístola ad Coracticum*, nos permiten ver con bastante claridad el carácter y la personalidad del apóstol de Irlanda. Un hombre sencillo, con gran espíritu de humildad y de pobreza, demuestra al mismo tiempo un celo en su apostolado y una fortaleza que recuerdan los apóstoles de Jesús y los profetas del Antiguo Testamento. Cuando no está ocupado con el apostolado activo, se dedica a la oración y a la penitencia. Cariñoso y bondadoso, insistiendo siempre en el perdón del enemigo, se revela al mismo tiempo temible en la represión del mal, especialmente contra los enemigos de la fe. Debido a esta firmeza, el nestorianismo nunca logró penetrar el catolicismo de Irlanda, pero sí el pelagianismo, quizá por razón del origen celta de su autor. La prueba de la eficacia de su labor y apostolado se encuentra en el hecho de que el catolicismo de la nación irlandesa sigue siendo, aún hoy día, una de las estrellas más brillantes en la corona de la Iglesia de Dios.

DAVID L. GREENSTOCK.

BIBLIOGRAFIA

Sobre él nos informan, ante todo, su *Confesión* (véase en "Anal. Boll.", 26 [1907] p.340s.) y algunos otros escritos suyos y diversas *Vidas* o *Relaciones* medievales.

MORRIS, W. B., *Life of St. Patrick, the apostle of Ireland*, 5.ª ed. (Londres 1898).
BURY, J. B., *The Life of St. Patrick and his place in history* (Londres 1905).
RIGUET, *Saint Patrice:* Col. "Les Saints" (París 1911).
MÜLLER, K., *Der hl. Patrick* (1931).
RYAN, J., *Irish Monasticism* (Londres 1931), p.59s.
BIELER, *Life and Legend of St. Patrick* (1949).
ID., *Works of St. Patrick* (1953).

18 de marzo

SAN CIRILO DE JERUSALEN

(† 386)

A Cirilo de Jerusalén, lo mismo que a otros grandes obispos del siglo IV, le tocó vivir una de las épocas más difíciles de la historia de la Iglesia. Las controversias teológicas sobre la divinidad del Verbo, que exigían, ciertamente, una precisión suma en la formulación de los conceptos que se discutían, habían llegado a ser en aquellos días encarnizadas y poco edificantes. Cirilo, suave por temperamento, las aborrecía; quería permanecer neutral en la lucha, prefería estar alejado del campo de batalla, deseaba instruir más que polemizar, y por eso su figura adquiere el porte de un apóstol y de un obispo pacificador.

Nació en Jerusalén o en sus cercanías, hacia el 313 ó 315. Fué uno de aquellos jóvenes ascetas que, sin retirarse al desierto, hacía una vida de santidad y continencia perfecta. Tal vez fuese más verídico afirmar con un sinaxario griego, que desde joven se retiró a un monasterio, en donde pasó la juventud consagrado a la ciencia y al conocimiento de la Escritura. Su buena preparación le hacía un candidato seguro al sacerdocio, y por eso, alrededor de sus treinta años, San Máximo de Jerusalén le ordenó de presbítero.

En 348 era ya obispo. Sobre su consagración episcopal se cierne una sombra un tanto obscura. San Jerónimo nos dice que Acacio de Cesarea, metropolita palestinense, en acción común con otros obispos arrianos, habrían ofrecido a Cirilo la sede episcopal jerosolimitana, a condición de que repudiase la ordenación sacerdotal que había recibido

de San Máximo. Cirilo, prosigue el Solitario de Belén, habría aceptado y, después de permanecer algún tiempo como simple diácono y haber depuesto los obispos arrianos a Heraclio, nombrado por San Máximo para sucederle, habría recibido cual recompensa la sede de Jerusalén. Rufino de Aquileya parece insinuar lo mismo.

Observamos, sin embargo, que Jerónimo, al hablar de San Cirilo, transluce una información deficiente, que le lleva en muchos casos a afirmaciones erróneas; su testimonio, por tanto, es poco aceptable. Ofrece más garantía Teodoreto cuando dice que Cirilo, por su valiente defensa de la doctrina apostólica, mereció ser colocado al frente de la diócesis de Jerusalén a la muerte de San Máximo. Los Padres del concilio primero de Constantinopla (381), en carta al papa Dámaso, a más de afirmar que Cirilo fué obispo de Jerusalén y que había sido ordenado canónicamente por los obispos de la provincia eclesiástica, le presentan como un atleta, que había luchado en varias ocasiones contra los arrianos. Hilario de Poitiers fraternizó con él en Seleucia y San Atanasio le trataba como amigo.

Los primeros años de su episcopado los pasó Cirilo consagrado a una intensa actividad episcopal. La aparición de una luminosa cruz en el cielo de Jerusalén el 7 de mayo de 351 reforzó la actuación espiritual del obispo y fué un motivo poderoso de entusiasmo y fervor, tanto para él como para sus fieles. Cuando, en 357, Basilio el Grande visitó la iglesia de Jerusalén, nos asegura que estaba muy floreciente y nos informa también de que un gran número de santos le habían acogido y venerado.

De estos primeros años apacibles de su episcopado datan las principales obras de San Cirilo. En la Cuaresma del 348 predicó a los fieles de Jerusalén, de una manera sencilla, sus famosas "Catequesis". Dieciocho de ellas, dirigidas a los catecúmenos, las tuvo en la basílica de la Resurrección, erigida por Constantino en el emplazamiento del sepulcro del Señor. En ellas habla del pecado, de la penitencia, del bautismo y les comenta el *Símbolo*, artículo por artículo. Otras cinco, llamadas mistagógicas, las predicó a los neófitos, en la capilla particular del Santo Sepulcro, durante la semana de Pascua de aquel mismo año. Comenta el Santo, en un lenguaje íntimo y más cordial, las ceremonias del bautismo e instruye a los recién bautizados sobre la confirmación, la Eucaristía y la liturgia. Son

verdaderas obras maestras en su género. Por ello le considera la Iglesia como el príncipe de los catequistas.

Después de diez años de paz e intenso apostolado se inicia una vía dolorosa para el santo obispo de Jerusalén. Por la interpretación del canon séptimo del concilio de Nicea, Cirilo se vió envuelto en una controversia, triste por los resultados, con el metropolita de Cesarea, Acacio. Este canon séptimo reconocía a la sede de Jerusalén un primado de honor que Cirilo justamente reclamaba y que Acacio, antiniceno por convicción, rechazaba de plano. Un conflicto de orden puramente jurisdiccional degeneró en polémica doctrinal. Cirilo veía en Acacio un obispo arriano y Acacio en Cirilo un defensor de las decisiones de Nicea. Durante la discusión el metropolita de Cesarea citó al obispo de Jerusalén a comparecer en su presencia. Cirilo, con sobrada razón, se negó a ello. Acacio reunió un sínodo en 357 ó 358 y lo depuso, según decía él, por contumaz. Cirilo, con pleno derecho, apeló a un concilio superior e imparcial, apelación que fué aceptada por el emperador Constancio, pero que antes de llevarse a cabo Cirilo tuvo que acceder a la fuerza y salir de su diócesis camino del destierro. Las intrigas de Acacio se habían impuesto a los principios de la legalidad.

El obispo de Jerusalén se dirigió a Antioquía, cuya sede estaba vacante por muerte del titular. Prosiguió entonces su viaje hacia Tarso, donde el obispo Silvano le acogió benévolamente y le permitió ejercer las funciones episcopales, singularmente la predicación. Como Silvano era partidario del grupo arriano de los homeousianos, le puso en relación con los jerifaltes de este partido. Junto a ellos aparece Cirilo en el concilio de Seleucia del 359 y gracias al apoyo de este grupo y sus enérgicas reclamaciones recobró su silla. Pero al año siguiente (360), Acacio se vengó de él en el sínodo de Constantinopla, teniendo que iniciar Cirilo otro destierro, sin que sepamos ni el lugar ni las circunstancias del mismo.

A finales del 362, Cirilo entró de nuevo en su diócesis. Por esta época Juliano el Apóstata había dado órdenes a los judíos de reconstruir el antiguo templo jerosolimitano. El santo obispo, en medio de su pena, predijo el fracaso de tan impía empresa, como así efectivamente aconteció.

Por los años 365-366 había quedado vacante la sede

de Cesarea, por la muerte de Acacio. Cirilo nombró un sucesor en la persona de Filumeno. Desconocemos si por muerte o depuesto por los arrianos, el caso es que la diócesis de Cesarea volvió a quedar sin obispo. Eligió entonces Cirilo para esta sede metropolitana a su sobrino Gelasio, un sacerdote recomendado por su ciencia, por la pureza de la fe y también por su santidad. La elección no fué del agrado de los arrianos, que con sus intrigas le depusieron, y el mismo Cirilo tuvo que salir de su diócesis por tercera vez, camino del nuevo destierro, que duró once años (367-378) y del que nada sabemos.

Con la subida de Graciano al trono del Imperio, Cirilo pudo volver a su iglesia jerosolimitana, a finales del 378. Parece que durante su ausencia se habían dado la cita en Jerusalén, con permisión, naturalmente, de los obispos intrusos, todos los errores dogmáticos. El Santo encontró a sus fieles excitados y divididos. A esta división había seguido una relajación grande en las costumbres. En los ocho años que todavía permaneció al frente de su diócesis cumplió con la misión de un gran pastor para devolver a su iglesia el antiguo fervor. La historia nos dice que consiguió unir con la Iglesia católica los macedonianos de Jerusalén y que obtuvo asimismo la sumisión de cuatrocientos monjes partidarios de Paulino de Antioquía. Murió en 386, a la edad de 70 ó 72 años, después de unos veintisiete de episcopado y dieciséis de destierro. En 1882 fué declarado Doctor de la Iglesia.

Los dolores físicos de San Cirilo, inherentes a un destierro de dieciséis años, se vieron todavía aumentados con sufrimientos morales. Ya en sus días se polemizó en torno a su ortodoxia. Por sus relaciones con el partido arriano de los homeousianos se le ha considerado arrianizante por lo menos. Por otra parte, San Cirilo, en sus escritos, no habla ni una sola vez de Arrio ni de los arrianos, no usa nunca la palabra *omousios* ni otros términos que se prestaban a discusión.

Estos hechos ciertos han sido maliciados por los adversarios del santo obispo. Lo que era en San Cirilo un acto de prudencia lo convirtieron sus enemigos en motivo de escándalo. Si bien es cierto que San Cirilo comunicó con los homeousianos, es todavía más seguro que nunca varió en su fe, que fué la de la Iglesia de Roma. Porque quiso desde un principio el obispo jerosolimitano observar la más estricta neutralidad entre los partidos, por eso evita toda palabra, frase, fórmula que pueda enturbiar la convivencia o acrecentar la división. Un temperamento suave como el suyo y un auditorio sencillo, como eran sus fieles, explica satisfactoriamente que no utilizase nunca la palabra *omousios;* una catequesis dada a quienes todavía no eran cristianos, no se prestaba ciertamente para altas discusiones teológicas. Ante aquel auditorio hubiesen resultado cuestiones bizantinas. San Cirilo, con gran espíritu sacerdotal, quería instruir y no polemizar. Ni dejemos de observar que si sostuvo a los homeousianos fué en lucha con los homeos, que representaban la facción intransigente de Arrio. También San Hilario de Poitiers les apoyó. Muchos de los homeousianos en el fondo eran completamente ortodoxos.

Es indiscutible que sus enseñanzas son de una ortodoxia incensurable y que, a pesar de que evita deliberadamente la palabra *omousios*, combate, sin embargo, con decisión la doctrina de Arrio. En las obras del obispo jerosolimitano la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se halla más claramente que en todos los Padres anteriores a él. Hermosa es también la insinuación que hace a sus fieles de cómo han de acercarse a recibir la sagrada comunión. "Haced de vuestra izquierda—les dice—como un trono en que se apoye la mano derecha, que ha de recibir al rey. Santificad luego vuestros ojos con el contacto del cuerpo divino y comulgad. No perdáis la menor partícula. Decidme: si os entregasen pajuelas de oro, ¿no las guardaríais con el mayor cuidado? Pues más precioso que el oro y la pedrería son las especies sacramentales." No deja de ser un gran mérito de San Cirilo de Jerusalén haber expuesto unas enseñanzas tan claras, antes de que estuviesen en circulación las obras de los grandes escritores eclesiásticos.

San Cirilo no es un teólogo como otros escritores de su tiempo; es un catequista que enseña. No es original ni como pensador ni como escritor, pero es un testimonio acreditado de la fe tradicional. Sus "Catequesis" son eso: una exposición sencilla y popular de la fe cristiana. Su mejor elogio es el odio de los arrianos. Los arrianos le odiaban porque veían en él un enemigo temible. Por odio tuvo que salir tres veces desterrado de la ciudad santa y por mantener sus creencias se vió obligado a recorrer las ciudades del Asia Menor, cual peregrino errante que sufre por amor

a Cristo. Pero al fin sus penas recogieron el triunfo. Pocos años antes de su muerte pudo asistir al concilio ecuménico de Constantinopla, que definía como verídicas las enseñanzas de San Cirilo y de otros muchos obispos que, como él, habían sostenido una violenta lucha contra el arrianismo. El sueño de San Cirilo de ver apaciguados los espíritus entraba en su fase inicial y así entregaba su alma a Cristo, por quien tanto había sufrido.

URSICINO DOMÍNGUEZ DEL VAL, O. S. A.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 18 de marzo.

Véanse asimismo las obras generales de *Patrología*: BARDENHEWER, ALTANER, etc.

Obras de San Cirilo: PG t.33. Lo encabeza una disertación de DOM TOUTTÉE sobre su *Vida*.

Las Catequesis. Trad. castell. por A. ORTEGA (Madrid 1945).

LE BACHELET, X., artículo *Cyrile de Jérus.*: "Dict. Théol. Cath.".

TILLEMONT, *Mémoires...*, VIII p.428s.; 779s.

DELACROIX, *Saint Cyrile de Jérusalem, sa vie et ses oeuvres* (Paris 1865).

MADER, J., *Der hl. Cyrillus, Bischof von Jerusalem* (Einsiedeln 1891).

19 de marzo

SAN JOSE, ESPOSO DE MARIA

Emprendemos el estudio de San José con veneración, con respeto, casi sin ruido, dispuestos a escuchar el callado rumor de un alma que embelesa. No es la suya una vida que se deslíe en el tiempo. Si nos limitásemos a ver al Santo Patriarca únicamente tras los tenues y velados acaecimientos de la historia, no sabríamos comprender el significado de su paso por la tierra. El perfil de su figura perdería peso, quedaría apenas dibujado de no ampliar nuestro horizonte hasta más allá de lo visible. Hay vidas que aturden por el estruendo de sus hechos de un día. Son simple anécdota, emoción fugitiva. Otras, en cambio, se deslizan con levedad, con la gracia apacible de un remanso. A primera vista parecen decir muy poco; pero si ahondamos, si sabemos deletrear su sublime abecedario, nos quedamos absortos ante el deslumbramiento. Tal es la vida del humilde artesano de Nazaret. En ella, con murmurio de colmena, el hervor resuena dentro.

San José es un abismo de interioridad. Mientras su cuerpo reluce como dechado de templanza, su alma, preparada para recibir comunicaciones divinas, se nos presenta como un trasunto del paraíso, como un reino de armonía, semejante a una lira pulsada por la mano de Dios. Respira cielo. Vive en la cumbre de todas las elevaciones. No en vano tuvo a Jesús en sus brazos, le meció cuando pequeño, se oyó llamar padre por la Sabiduría y sintió el derretimiento producido por la contemplación de aquel Niño en cuyas manos había florecido la pluralidad del universo. Por algo bebió durante una treintena de años en los ojos, en la sonrisa de su Hijo adoptivo el agua transparente que salta hasta la vida eterna. ¡Misterio inenarrable! No podemos llegar hasta nuestro Santo con las manos vacías. Para entenderle tenemos que llenarnos de perfecciones, afinar nuestros sentidos espirituales y añadir una nueva vibración a nuestro lenguaje. A su lado nos sentimos muy pequeños. Pero su amabilidad, reflejo angélico, nos anima, nos atrae, nos alienta con una ternura acogedora. Lleguémonos, pues, a la orilla de su vida con amor, con el mismo amor con el que los evangelistas, los doctores, los teólogos nos hablaron, nos siguen hablando de Él.

Desde que San Lucas y San Mateo nos delinearon los trazos definidores de la figura del Patriarca, los Santos Padres, los escritores eclesiásticos, los predicadores se han ido acercando paulatinamente al Santo con un afán cada vez más firme de intuir el misterio de su vida sencilla. Los primeros siglos dejaron un tanto en la penumbra el nombre de San José, atraídos por la luz irradiante de Jesús y de su Madre. Así lo exigía la realidad de entonces. Pero a medida que avanzaba el tiempo, la semilla de las Escrituras, las lecciones de San Jerónimo, de San Ambrosio, de San Agustín y de otros santos fructificaron de tal suerte a través de San Bernardo, de San Alberto Magno, de Santo Tomás de Aquino, que las generaciones de fines de la Edad Media y de las épocas siguientes pudieron entregarnos el valioso depósito de sus enseñanzas en libros llenos de entusiasmo y de doctrina. Así empezó a cobrar la vida

de San José nuevo color y calor nuevo. Por momentos se iba interpretando más y mejor el río de su alma y día a día se agigantaba su personalidad adquiriendo dimensiones de amplitud teológica que sobrepasaban los límites de una simple hagiografía. De este modo surgió una literatura josefina prestigiada con los nombres de Gersar, Holano, San Francisco de Sales, Bossuet, el cardenal Vives, Lépicier, Sauvé, Renard, Michel y tantos más que descubrieron en la vida del Patriarca facetas de una magnitud insospechada. Por su parte Faber, verdadero poeta en prosa, supo extraer, con profundidad y maestría, un exquisito panal de belleza escondido entre los pliegues de Belén, centro de la humildad más encantadora y humana.

En este concierto de voces jubilosas, la aportación de España tuvo una especial trascendencia. Los dominicos con San Vicente Ferrer, los franciscanos con fray Bernardino de Laredo, los jesuítas con los padres Suárez y Rivadeneyra, los sacerdotes seculares con el Beato Juan de Avila ensalzaron las virtudes sobrenaturales del Santo en un alarde de confortadora agudeza. Y esto sin olvidar a los poetas, sin dar de lado el lirismo de Valdivielso, de Lope, de Antonio de Mendoza, de González Carvajal, ni el valor dramático de Guillén de Castro en su comedia ennoblecida con el título de *El mejor esposo*.

¿Cómo iban a callar quienes podían oír en la vida del santo artesano las notas estremecidas de un celeste poema? Todo se renovaba gradualmente en torno suyo. Fué, sin embargo, la espiritualidad carmelitana la que dió el toque definitivo, la que hizo triunfar, dentro y fuera de nuestras fronteras, la devoción al humilde Patriarca. Santa Teresa fué la moldeadora del prodigio. Ella tomó a San José por abogado, cantó sus excelencias, comenzó bajo su protección las *Fundaciones* y puso al cobijo de su nombre los primeros *portalitos*. Belén resplandecía. Los conventos teresianos aprendieron de su fundadora a confiar en el patrocinio del santo más bondadoso. ¡Está tan cerca de la fuente de la bondad! A partir de este instante los escritores carmelitas aquilataron hasta lo más fino su juicio y ganaron en penetración y en altura al analizar con moroso y amoroso detalle las perrogativas del padre nutricio de Jesús. Díganlo, si no, las idílicas descripciones de fray José de Jesús María y el acabado estudio del padre Jerónimo Gracián, digno de conservarse como un precioso legado.

No podía detenerse en nuestros días este impulso ascensional. Una trayectoria tan fecunda en trabajos de primera línea necesitaba conservar indemne su juventud, su vigor teológico. Así ha sucedido. La bibliografía se ha visto incrementada con las obras del obispo de Oviedo Luis Pérez, del padre Bover y de otros especialistas hispánicos cuyas investigaciones han venido a enriquecer con valores nuevos y nuevos eslabones la cadena áurea de tratados aderezada con el broche singular de la *Teología de San José* escrita por el padre Llamera.

Pero no es esto todo. Aún podemos agregar, como síntoma esclarecedor de este grato clima, el ejemplo del fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, colocando sus instituciones a la sombra del Santo de Nazaret, y la aparición de la revista de *Estudios Josefinos*, mantenedora del fuego de un amor siempre en hoguera.

Con tales antecedentes no es extraño que el culto de San José haya llegado a alcanzar proporciones inusitadas. Lo pedía el clamor de las naciones. Pronto recogieron y encauzaron con sabia mano esta devoción los Romanos Pontífices, nombrando a San José Patrono de la Iglesia universal por el decreto *Quemadmodum Deus* de Pío IX, proclamándole abogado de los hogares cristianos en la jubilosa encíclica *Quamquam pluries* de León XIII y, presentando al Patriarca como modelo de las familias pobres y trabajadoras en el "Motu proprio" *Bonum sane* de Benedicto XV. Fijémonos en que siglos antes Nueva España se había visto favorecida con una bula pontificia dirigida a premiar el buen espíritu de los vecinos del Yucatán y que, en 1679, Inocencio XI confirmaba sus letras apostólicas al patronazgo de San José sobre todos los dominios españoles. Esta España nuestra ha tenido la virtualidad de entronizar a San José en lo más entrañable de los hogares con el cariño de quien forma parte de la misma familia.

Una tradición tan amplia y persistente debía responder a un hondo fermento y afirmarse en sólidos motivos. No se explicaría de otro modo su universalidad. Algo bulle en San José que lo acerca a nosotros, que lo humaniza, que nos permite gustar como una golosina el sabroso regalo de los santos. Algo vive también en el fondo de su alma que lo eleva, que nos arrastra hasta regiones donde no llega el planear de las águilas. Dispongámonos a seguir el hilo

de su vida en el tiempo y el ritmo de su alma allí donde calla el rumor de las cosas. Penetremos en el *Sancta Sanctorum* de una existencia tejida por entero con copos blancos. Preparémonos, en suma, a aprender con San José, en su silencio, un idioma ecuménico, idioma ultraceleste, formado por una palabra única, la *Palabra*, pronunciada junto a una cuna la noche inenarrable de Belén.

Las dos únicas fuentes inspiradas, canónicas, que nos dan a conocer con veracidad absoluta la persona y la vida del Santo Patriarca son los evangelios de San Mateo y de San Lucas. Dirigido el primero a convertir el alma de los judíos, y el segundo, discípulo de San Pablo, a atraer el corazón de los gentiles, ambos se presentan constelados por narraciones de insólita belleza. San Mateo parece que siente una llamada especial por los episodios dramáticos, movidos, a veces suntuosos. Es el evangelista de la congoja de San José, de los Magos cargados de ofrendas, de la huída a Egipto en medio de asechanzas. Pero en San Lucas encontramos la escena más esencial, la que puede calificarse como piedra clave del Evangelio de la Infancia, informado por testigos presenciales, habiendo oído probablemente de labios de la misma Madre de Jesús el relato conmovedor de los misterios de Dios hecho Niño, sólo en las páginas de San Lucas podemos saborear el celeste cuadro de la noche navideña. San Lucas es como el pintor de las pinceladas luminosas, líricas, musicales. Su evangelio de los días niños es una eclosión de cánticos, de himnos, de cromatismo translúcido. Nos alucina con la escena de la Anunciación, blanca como el ala de un ángel. Nos mece con la luz indefinible de la noche santa. Nos transporta con la himnodia del *Magnificat*, del *Gloria in excelsis*, del *Nunc dimittis*, del *Benedictus*. Nos lleva de la mano al templo los días de la Circuncisión, de la Purificación de Nuestra Señor, del Niño gozosamente encontrado. ¿Quién como él ha podido sorprender el silencio de aquella casita de Nazaret, recostada al pie de una colina? Alma de poeta y de artista, San Lucas ha inmortalizado las dos aldeas más familiares, la que sirvió de cuna al Rey de los Reyes y aquella otra en la que fué creciendo, como hombre, en gracia y en sabiduría delante de Dios. Al socaire de su relato, Belén y Nazaret adquieren una luminosidad ultraterrena. En el fondo de estas estampas evangélicas plenas de delicia, no falta nunca la noble presencia del Patriarca bienaventurado.

Veamos ahora lo que nos dice el acendrado poema de su vida. Nada conocemos de sus primeros días, de su infancia, de su adolescencia, de sus ensueños. Ignoramos hasta el lugar de su nacimiento. El mutismo de los sagrados textos es aquí total. Podemos, sin embargo, pensar que, aun oriundo de Belén la real, su cuna se meció en Nazaret, que tenía nombre y aroma de flor. Lo que sí sabemos con certeza, a través de la genealogía de Jesús, puntualizada por San Mateo y San Lucas, es la prosapia y el nombre de nuestro Santo. Procedía del linaje de David, como la Virgen, y, al igual que el patriarca del Antiguo Testamento, figura suya, se llamó José, nombre que anunciaba con acento misterioso un creciente brote de virtudes y de dones en el Niño que acababa de nacer.

Pasan después los años, muchos años, alrededor de cuarenta, sin referencia alguna, en la mayor oscuridad. Pero como el gusano en su capullo, la paloma preparaba ya sus alas. Llega, por fin, el día en que San José se incorpora a la historia y le vemos pasar cumpliendo su misión excelsa en camino o en reposo, en oración o en trabajo, siempre junto al Niño, siempre al lado de la Esposa, siempre humilde, callado siempre, dándonos una lección perenne de amable, de acogedora santidad.

Su vida se desenvuelve desde ahora en la verdeante Nazaret, entre canciones de aguas y olores de pinos, en una región de viñas y terebintos, al amparo de aquella pequeña aldea que, muy en su punto, se adornaba con un nombre tan fragante. Allí trabajaba el descendiente de reyes en su modesto oficio de carpintero. Allí se desposó con la flor más bella a quien rendían acatamiento todas las azucenas del mundo. Difícil sería enumerar los merecimientos de aquella virginal doncella. Más limpia que el rayo de luna, más blanca que la nieve incontaminada de las cumbres, María era un reino de dulzura, de humildad, de ensimismamiento. Los ángeles la servían y aprendían de ella mientras meditaba el misterio de la Encarnación, absorta al contemplar dentro de sí aquel Niño, futuro Emmanuel, anunciado por el arcángel.

San José se miraba en aquella mirada que tenía la insondable serenidad de un lago. Leía el libro de la perfección en aquellos ojos. Era feliz.

Fué entonces cuando experimentó la primera y no esperada congoja. Es que Dios prueba a sus amigos en fuego de tribulación hasta darles el mejor temple. Y a excepción de Nuestra Señora, ¿quién más preparado que José para gustar estos sabrosos sinsabores? El que iba a ser padre nutricio de un Niño después crucificado necesitaba probar de antemano el acíbar del Calvario. ¿Cómo analizar la magnitud de aquel sufrimiento? ¿Cómo medir la grandeza de esa aflicción? El Eterno sabe acendrar hasta el último cuadrante el alma de sus santos. Por el dolor se sube al amor. Por el fuego del infortunio se asciende a la llama clarificada de la visión divina. Sufría la Virgen. Sufría José. Pero ambos pusieron en Dios su confianza, la delicadeza y el silencio fué la norma de su conducta y no tardó en llegar la hora del íntimo gozo, la hora del blanco mensaje. Un ángel trajo el anuncio: "No temas recibir a María... porque lo que en ella ha nacido viene del Espíritu Santo". La faz de San José se iluminó con arrobo, su alma se llenó de gratitudes.

A partir de este momento la vida de San José adquiere rasgos cada vez más definidos y se afirma y se pule con una espiritualidad que tiene el hontanar en el fondo de su alma. Una triple misión se le asigna: la de ser imagen del Padre, custodio de la Sagrada Familia y artesano diligente en su taller. ¡Y con qué decisión lo cumple entre gozos y congojas que le perfeccionan! Leer las jornadas de su peregrinación es como abrir un libro sabio en enseñanzas. Sufre el dolor humilde del pesebre, la aflicción de la sangre vertida, la amargura de la profecía, los temores de la huída, las tribulaciones del Niño no encontrado en tres días. Y en otro aspecto, ¿quién podrá medir la altura y la profundidad de sus gozos? Alegría celeste, mensajes angélicos, voces y cánticos de pastores, presencia del Niño, candor de la Madre y amor divino fueron su acompañamiento glorioso. Junto al dolor, la felicidad de una mirada con destellos de la eterna hermosura. Así se forjan las grandes almas. Para ganar el premio es preciso merecerlo. Y San José se llenó de merecimientos. En su vida se equilibraron la acción y la contemplación. Parco en palabras, fué largo en obras. Le contemplamos en tensión de camino, en tensión de trabajo. Cuando Augusto César dispone el empadronamiento, camina. Cuando Herodes busca a Jesús para matarle, camina. Cuando el ángel le anuncia que retorne,

camina. Cuando el Niño se queda en el templo, camina también. Una decisión, un vigor inquebrantable nimba su vida. Siempre alerta en Belén, en Egipto, en la apacible Nazaret, vive cumpliendo su misión de padre adoptivo. ¡Cuántas veces en el silencio de las noches, a la sombra de las palmeras o en las montañas de la verde Galilea, le animaría una voz inefable que le hablaba desde la excelsitud de su reino!

¿Y qué decir de la fatiga amarillenta del desierto? Mientras avanzaba entre arenales, con peligro de fieras y de bandidos, huyendo de los lazos de una persecución cruenta, nuevos méritos de incalculable trascendencia se engarzaban en la corona del heroico Patriarca. El desierto que le circundaba tenía su réplica en el desierto interior de los temores de su alma atenta a defender de enemigos la dulce familia que caminaba bajo su tutela. Se ha dicho que no pueden entrar fácilmente en el cielo los que no caminan por este desierto. Muy cerca de la patria eterna debía de sentirse entonces San José. El desierto era la desolación y la congoja. Pero también el impulso y el gozo de la misión bien llevada. En medio de las arenas, a su lado, caminaban dos tesoros. El Santo se veía como rey de una creación nueva. Ante esta contemplación el desierto se le transformaba en un paraíso y los rumores temibles de la noche se le convertían en gorjeos. ¡Qué prodigiosamente sabe Dios llenar de bienaventuranzas las almas que suben por la tribulación hasta los umbrales de su trono!

La leyenda vino a añadir nuevas tintas al cuadro. La imaginación popular, los apócrifos, la devoción de todos los siglos no se limitó a seguir la sencillez de las escenas evangélicas, antes al contrario, acumuló efectos sorprendentes cuyo contenido no hemos de puntualizar. Baste decir que allí donde la Sagrada Familia pasa, el perfume de la leyenda deja su rastro. El naranjo, la palmera, el trigo, el salteador, se humanizan, guardan al Niño, lo defienden en presencia de San José. Los pájaros se enternecen. El agua recibe una virtud nueva. Es el tributo de las criaturas, que quieren, a su modo, agradecer. Al fin y al cabo las más bellas leyendas nacen del amor.

Llegan los últimos años. La vida de San José se desliza en Nazaret con la levedad de una poesía a lo divino, callada, oculta, sin rumores exteriores. Le vimos aparecer en el silencio. Le veremos marcharse en el silencio. ¿Cuándo? Debió de morir antes que Jesús comenzara su predicación,

quizá a la edad de setenta años. No vuelve a sonar su nombre ni en Caná, ni en Siquem ni en Cafarnaúm. Tampoco en el Calvario. Probablemente el Hijo quiso llevarse antes de esas horas a su anciano padre adoptivo, para evitarle el último dolor. Su misión era la de acompañar, sustentar, defender a la Sagrada Familia en los años niños y formativos y la llenó de manera inigualada. Cumplida su obra, sólo le quedaba morir. Morir para nacer. Morir para recibir cuanto antes la palma del triunfo eterno; para inundar de luz sus ojos con la visión beatífica, para anegarse en la divina Sabiduría cuyos celajes había columbrado en la mirada del Niño. ¿Resucitó, como admiten Suárez y San Francisco de Sales, el mismo día que el Salvador? ¿Subió al cielo en cuerpo y alma? Es posible. Pero lo cierto es que, guiado por la sonrisa del Hijo, por la misericordia de la Madre, nos mira, nos alienta, nos guarda como un ángel y nos prepara el gran día en que nuestra alma sabrá definitivamente lo que es nacer.

¡Qué sobreabundancia de caridad, de primores, de cuidado puso Dios al moldear el alma de San José, al crear su cuerpo, al formar aquellas manos de artesano que le iban a sustentar, aquellos brazos que se extremarían en delicadezas al dormirle, aquel entendimiento arrebatado por la consideración de los misterios divinos, aquel corazón que se adelgazaba como una llama en el amor del Niño más hermoso! Dios rodeó con sus misericordias el espíritu y la vida de José. Cuando labraba su alma, cuando tallaba su cuerpo, cuando infundía la luz en la mirada de su nueva criatura, la misericordia velaba allí. Cuando preveía *ab aeterno* las virtudes del futuro Santo, la misericordia extremaba su obra. Y cuando lo soñaba para esposo de María, para padre adoptivo de su propio Hijo, para guardián de la Sagrada Familia, la misericordia envolvía en luminosidad esta creación portentosa. Era una luz que reflejaba los esplendores de la luz eterna. El Señor le concedió particulares privilegios que bastarían para llenar de admiración el cielo y la tierra. ¿Cómo no acercarnos a él? Como escribe bellamente fray Bernardino de Laredo, las armas de su genealogía son el Niño y la Virgen. Jamás un blasón semejante se había dado ni se podía dar en el mundo.

El Santo Patriarca tiene la gracia de la flor que sabe entregarnos con caridad su aroma. A su lado florece la

bondad, arraiga la dulzura, fructifica el sosiego. No es el santo de una época ni de un siglo. Es el Patriarca de todos los milenios, de ayer y de mañana, de hoy y de siempre. Pasa enseñando el valor de la vida remansada. Nos invita a contemplar la belleza de los seres humildes. A su lado nos sentiremos más niños y oiremos de nuevo dentro de nosotros la callada resonancia de un lenguaje aprendido la noche de Belén.

LUIS MORALES OLIVER.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., marzo, día 19.
LLAMERA, B., O. P., *Teología de San José:* BAC 108 (Madrid 1953).
LÉPICIER, CARD., *Tractatus de Sancto Joseph* (París 1908).
DUBOIS, CARD., *Saint Joseph:* Col. "Les Saints" (París 1927).
BOURASSE, J., *Histoire de saint Joseph* (Tours 1871).
MERCIER, S. J., *Saint Joseph d'après l'Écriture et la tradition* (París 1895).
RICART, *Saint Joseph, sa vie et son culte* (Lila 1893).
LUCOT, CANON, *St. Joseph: Étude historique sur son culte* (1875).
FILAS, F. L., *The Man nearest to Christ* (1944).
HOLZMEISTER, U., *De sancto Joseph quaestiones biblicae* (1945).

20 de marzo

SAN MARTIN DUMIENSE

(† 580)

San Martín Dumiense debe su sobrenombre a Dumio, lugar próximo a Braga, capital que era, ésta, del reino de los suevos. A él se atribuye la conversión al catolicismo de este pueblo bárbaro, establecido desde comienzos del siglo v en la parte noroeste de la Península, y como apóstol de los suevos es conocido en la historia por antiguos y modernos. Entre los antiguos aduzcamos ya el testimonio de San Isidoro de Sevilla, su contemporáneo algo posterior. "Habían —dice San Isidoro— permanecido muchos reyes suevos en la herejía arriana, hasta que subió al trono Theudemiro. Este, por celo y esfuerzo de Martín, obispo del monasterio de Dumio, hombre esclarecido por su fe y su ciencia, volvió a

los suevos a la fe católica". Al importante hecho se le asigna la fecha de 560.

Pero ni los suevos ni su apóstol son originariamente hispanos. ¿Cómo vinieron unos y otro a España? ¿Cómo se encontró el apóstol con los que, ante Dios y ante la historia, serían su gloria y su corona?

Si abrimos un mapa clásico de la antigua Germania, entre las mallas de las arterias que forman el Elba con las aguas venidas de los montes Sudetes, hallamos en grueso trazo el nombre de *Suebi*. El mapa mismo, con el confuso cruzarse y entrecruzarse de los nombres de pueblos, nos da la impresión de un hormiguero humano, aprisionado entre sus bosques, ríos y mantañas por el *limes* romano, el Danubio aquí, el Rhin más allá, las legiones por dondequiera. Los suevos, en alguna de las ramas en que aparecen ya fraccionados a comienzos del siglo I, hubieron de ser más de una vez el terror de Roma. En los días de Marco Aurelio, cuados y marcomanos están frente a Roma (166-180), y fué tal el pánico de la urbe que el emperador estoico no halló en el Imperio adivinos bastantes a quienes consultar, ni víctimas suficientes que sacrificar para asegurar el éxito de la guerra. Pero a la larga, la frontera romana se resquebrajaba por todas partes. En lo que ahora nos interesa, los últimos días del año 406, bandas de vándalos, alanos, cuado-suevos y una fracción de vándalos silingos atraviesan, por Maguncia, el Rhin, que acaso estaba helado, e inician por tierras del Imperio la marcha que, a través de la Galia, había de llevarlos a nuestra Península. "De un solo empujón—dice, resumiendo penalidades infinitas, San Isidoro—alcanzaron el Pirineo, llevándose a los francos por delante (*Francos proterunt directoque impetu ad Pyrenaeum usque perveniunt* ("Hist. Goth." c.71). Pero no lo atraviesan entonces. Aún sufren una derrota romana y sólo el año 408 ó 409 irrumpen por las provincias de España. Hasta el año 411, estos pueblos devastan las tierras por donde pasan. El 411 hubo un reparto de tierras en nuestras provincias. "Los bárbaros—dice Idacio—, inclinados por la misericordia divina al camino de la paz, se reparten a la suerte las regiones de las provincias para habitarlas. Los vándalos y los suevos ocupan la Galecia, sita en la extremidad occidental del mar océano..." (*Chronicon* c.47).

Estos suevos que de un magnífico salto han venido de las orillas del Rhin a las del Miño, rompiendo por entre las

lanzas de francos y romanos, eran paganos de religión. Todavía su rey Rékhila, que llevó sus armas victoriosas hasta la Bética y conquistó Sevilla, muere gentil el año 448. En este momento nos da Idacio esta noticicia: "Al gentil Rékhila sucede inmediatamente en el reino su hijo Rekhiario, católico" (*Chron.*, c.137). A la conversión del rey sigue la de su pueblo. A qué y a quién se debiera esta conversión de rey y pueblo, es punto oscuro en la historia —de la historia de este pueblo suevo, que tantos puntos oscuros tiene.

Lo cierto es que cuando, a los pocos años, otro rey suevo se hace arriano, el pueblo se pasa también al arrianismo (si no hay, más bien, que pensar que el pueblo fuera ajeno a estos cambios de decoración religiosa). Y es que estas conversiones religiosas—nota bien un moderno historiador—eran característicamente actos políticos. El nuevo rey arriano, Remismundo, de complicada historia política, aparece dueño único del reino suevo por el año 465. Está en relaciones con el poderoso rey godo Teodorico, con cuya hija se casa. La conversión, pues, fué también ahora acto político. El catequista fué un tal Ayax, gálata de nación, enviado, sin duda, por Teodorico. Las palabras de Idacio respiran indignación: "Ayax, gálata de nación, que, viejo ya, se había hecho arriano, álzase entre los suevos a combatir, con el auxilio de su rey, la fe católica y la divina Trinidad, propagando el virus pestífero del enemigo del género humano, que había traído de la región de las Galias, habitada por los godos" (*Chron.* c.232). Si aceptamos para la conversión del pueblo suevo al catolicismo la fecha antes notada de 560, el arrianismo habría durado desde 465 a dicha fecha: un siglo, próximamente. Y este siglo es justamente de total oscuridad histórica por silencio de las fuentes. Se duda, incluso, sobre el nombre del rey suevo que pasó con su pueblo al catolicismo: Kharriarico, según San Gregorio de Tours, o Theudemiro, según San Isidoro en texto anteriormente citado. Vamos a prescindir de la cuestión de nombres. Según San Gregorio de Tours (538-594), el rey suevo arriano habría enviado una embajada al sepulcro de San Martín, suplicando la curación de un hijo enfermo. La embajada fracasa. Envía otra con grandes ofrendas. Los enviados reciben ahora las reliquias del Santo, que, de paso, libera a los presos de la ciudad. Con próspero viento llegan, por mar, a Galicia. El hijo del rey, milagrosamente curado, sale a

recibir aquel tesoro... "Entonces llegó también de lejanas regiones, movido de divina inspiración, un sacerdote llamado Martín... El rey con toda su casa confesó la unidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo y recibió el crisma. El pueblo quedó libre de la lepra hasta el día de hoy y todos los enfermos fueron sanos... Y aquel pueblo arde ahora tanto en el amor de Cristo, que todos irían gozosos al martirio si llegasen tiempos de persecución" *(De miraculis S. Martini,* I,11).

Este texto de Gregorio de Tours, contemporáneo de los hechos que narra, siquiera sobre ellos deje indefectiblemente caer el polvillo irisado del oro de la leyenda, pone finalmente en contacto a San Martín Dumiense con el pueblo de que va a ser apóstol. No es inverosímil suponer que fué éste el momento en que, movido de divino impulso—*divinis nutibus actus,* como dirá él mismo—, se determinó a dejar las Galias y pasar a la remota Galecia, dominada por un pueblo arriano, pero dispuesto a recobrar la fe ortodoxa. La perspectiva, para un alma de temple apostólico, no podía ser más halagüeña. Y también aquí pudo haber tenido parte la política. Los francos eran católicos desde fecha remota —Clodoveo se bautizó el 25 de diciembre de 498 ó 499—y, sin duda, se disputaban con los godos la influencia sobre el pueblo suevo. Por otra parte, Martín no era un desconocido en el reino franco. Venancio Fortunato, peregrino también del sepulcro de Martín de Tours, monje primero y obispo luego de Poitiers, inspirado poeta, fué amigo suyo y le exalta con alta inspiración en uno de sus poemas, que es bien citar aquí:

Por el nuevo Martín salvada, Galicia aplaude,
de estirpe apostólica fué este varón para ti.
Por virtud a Pedro, por doctrina a Pablo, igualara.
De Santiago y Juan la protección te trajo.
De Panonia vino, según dicen, de *parte Quirinis.*
Y fué más bien la salud la Galicia sueva.

Gregorio de Tours, amigo también de Venancio Fortunato, hace del Dumiense este lapidario elogio: *Nulli secundus illis temporibus habebatur (Hist. Franc.* V,38: PL 71, 352). Acaso conoció también el monasterio y la regla de San Cesáreo de Arlés. Estas estrechas relaciones con las grandes lumbreras eclesiásticas del reino franco suponen una estancia algo prolongada en él. Cabe, pues, imaginar que fué de Francia, acaso de la tumba misma del taumaturgo

homónimo suyo, de donde San Martín Dumiense vino a España. Nada impide tampoco suponer que se agregara a la expedición regia que llevaba a Galecia las reliquias del Turonense. Ello sería por los años de 550-560.

Pero Martín no era franco ni galorromano de nación, y si la embajada piadosa del rey suevo le halló junto a la tumba de San Martín de Tours era simplemente una de tantas estaciones en una vida de largo peregrinar por tierras extrañas. Sólo en Galecia justamente hallará reposo. El mismo nos dice en el epitafio que, con ejemplar previsión, se compuso para su tumba en hexámetros virgilianos: "Nacido en Panonia, atravesando los anchos mares y movido por impulso divino, llegué a esta tierra gallega, que me acogió en su seno...".

San Martín Dumiense es, consiguientemente, de la misma patria lejana, la actual Hungría, muy hacia el Oriente, que su glorioso homónimo San Martín de Tours, de reciente memoria (relativamente, reciente, pues San Martín muere el año 397) y cuyos milagros atraían a su tumba gentes de toda procedencia y categoría. El Dumiense hubo de nacer hacia el 510-520. De su juventud no se sabe nada. Apuntemos sólo que un siglo antes (después de 414) había muerto por sus tierras del Danubio un escritor notable, Nicetas de Remesiana, cuyas obras hubo de leer antes de emprender sus peregrinaciones. Acaso la primera de éstas le llevó a Palestina, donde se hizo monje y aprendió el griego. El monacato era entonces algo muy móvil. Martín puede seguir peregrinando; pero de Palestina se trajo el espíritu monacal que instaurará en tierras de Galicia y dos preciosos opúsculos: *Verba seniorum y Sententiae Patrum Aegyptiorum,* que serán la regla de su futuro monasterio dumiense. La visita de Roma era inevitable. De Roma pasaría al reino franco, donde le hemos hallado junto al sepulcro de San Martín y hemos supuesto que, desde allí, por mar, se dirigió al reino suevo, donde había de hallar término a su peregrinación y ancho campo a su celo apostólico. Este sería el momento de su grande obra: la conversión del rey y pueblo arriano a la ortodoxia católica. Ni San Isidoro ni San Gregorio de Tours nos dicen en qué consistió la acción del Dumiense en la conversión del rey y pueblo suevos. Acaso fué obra del prestigio de su fe y de su saber. El hecho es que en el primer concilio de Braga, el año 561, San Martín desempeñaba el mismo papel que San Leandro en el tercero

de Toledo. La conversión había sido tan entera que no fué menester lanzar nuevo anatema contra el arrianismo y los ocho obispos que firman sus actas se limitaron a leer la decretal del papa Vigilio y extractar de ella su canon quinto, que manda administrar el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que la conversión hubo de estar relacionada con los milagros de San Martín de Tours lo prueban los versos del Dumiense que figuraban en la basílica de Dumio, consagrada al taumaturgo turonense: "Admirando tus prodigios, el suevo ha conocido el verdadero camino, y, para sublimar tus méritos, ha levantado estos atrios, construyendo a Cristo un templo venerable, donde tú repartes tus gracias y él derrama sus plegarias".

Pero Martín, que hubo de frecuentar la corte y mezclarse entre las muchedumbres populares y presidir un concilio para la obra de conversión, era en el fondo un monje que se había traído de Palestina la nostalgia de la soledad, del silencio y la quietud, de la gloria de la oración lejos de todo mundanal ruido, aun del que trae consigo toda obra de apostolado (y éste es acaso el brazo más pesado de su cruz). Así, y apoyado, sin duda, por el poder regio, pronto funda el monasterio de Dumio, cerca de Braga, el primero de Galicia y acaso también de toda la España visigótica. Luego seguirán otros, de los que quedan escasas noticias. Lo cual no era abandonar la obra de conversión, sino asegurarla. Acaso Martín comprendió que no hay medio de cristianizar un pueblo como esos focos de intensa vida sobrenatural, que, como el fuego su calor, la irradian luego en torno suyo, sin estruendos pero con infalible eficacia. No sabemos cómo se llevó a cabo la fundación y se formó en torno a Martín ese vasto mundo aparte que era una abadía medieval. Lo que sí sabemos es que muy pronto el abad de Dumio es creado obispo—*Dumiensis monasterii sanctissimus pontifex*, le llama San Isidoro—. Su jurisdicción debió de limitarse a la *familia servorum* del monasterio y acaso a la corte. Se supone que conoció la regla de San Cesáreo de Arlés († 27 de agosto de 543) y acaso también la de San Benito († h. 547). Pero en Dumio, Martín fué, sin duda, la regla viva. Y como fuente de inspiración para la formación de sus monjes, allí estaban los dos opúsculos que se trajera de Oriente: *Las palabras de los ancianos* y *Las sentencias de los padres egipcios*. Este último, que nos parece menos interesante, lo tradujo por sí mismo. Del primero encomendó la traducción a su discípulo Pascasio, quien antepone a su labor un breve prólogo dirigido "al señor venerable padre Martín, abad y presbítero". Este prólogo nos interesa, como todo rastro que de sí deje un alma, pues Pascasio, monje de Dumio, puede representar el ideal de cultura que San Martín señalaba a sus monjes. Pascasio emprende su trabajo, para él insólito, para obedecer a su padre santísimo. Él sabe—y es un saber precioso—que nada puede jamás leerse, escribirse o imprimirse, si el ingenio o el corazón con su íntima voz lo prohiben. Se acuerda de Sócrates y, como él, sabe que no sabe nada. Ha leído muchos libros elocuentísimos, aun por incitación de su abad, y si su versión latina no lo es tanto, no se le inculpe a él, sino al mal manuscrito de que dispone. Le pide a su abad la ayuda de su oración y si halla, en fin, su trabajo digno de ser copiado, él se digne pulirlo con su buen estilo. El buen Pascasio termina: "No sabría que mi trabajo te ha agradado, si no veo algunas cosas que te hayan disgustado". La obrita es un tesoro de doctrina ascética, con la ventaja de ofrecérsenos no en tratados abstractos o en áridas sentencias, y menos en un código de imperativos, sino en narraciones, anécdotas y palabras vivas de los Padres del yermo. Son la flor de aquellas soledades en su mejor primavera de santidad. Son zumo sabroso de unos frutos de experiencia ya secular. Es difícil resistir a la tentación de transcribir aquí algunas de esas palabras de los viejos del yermo, no sólo por su perfume y su jugo, sino porque si no son obra de San Martín, por él llegaron a Occidente y él antes que nadie hubo de sentir su hechizo y modelar por ellas su espíritu y el de sus monjes. Tomemos el postrer capítulo. Se reúnen doce anacoretas y se conviene entre ellos que cada uno diga en qué piensa y medita. El primero dijo: He puesto un muro entre mí y el mundo exterior y sólo me miro a mí mismo y esperó la esperanza de Dios. El segundo: Desde que renuncié a la tierra, me dije: Hoy has empezado a servir a Dios. El tercero: Por la mañana subo a Dios y le adoro... El cuarto: Yo me imagino estar en el monte Olivete con el Señor y sus discípulos y me digo a mí mismo: no conozcas a nadie según la carne. El quinto: Yo estoy continuamente esperando mi fin y le digo a Dios: Preparado está mi corazón... El sexto: Yo me imagino oír que el Señor me dice a la continua: Trabajad por mí y yo os daré el descanso... El séptimo: Yo pienso continuamente en la fe, la esperanza y la caridad. El octavo: Yo

miro cómo el diablo está dando vueltas buscando a quién devorar... El noveno: Yo procuro vivir con mi mente en el cielo y cuanto hay en la tierra lo reputo ceniza y estiércol. El décimo: Yo miro continuamente al ángel que me acompaña... El undécimo: Yo hago de las virtudes personas y me las imagino acompañándome por todas partes... El duodécimo: Vosotros, padres, sois hombres celestes o ángeles terrenos y por ello pensáis en el cielo. Yo bajo todos los días al infierno y me digo a mí mismo: Estáte con los que mereces, pronto te contarás entre ellos...

Recojamos alguna deliciosa narracioncilla. San Martín recomendaba a sus monjes el desprendimiento de las cosas con este ejemplo: El abad Macario sale un día de su celda. A la vuelta halla a un ladrón que estaba cargando su jumento con los enseres del monje. Macario se hace el extranjero, le ayuda a cargar la bestia y le acompaña diciendo: "Nada trajimos al mundo y nada nos llevaremos de él".

Vaya esta otra por lo breve: Un viejo le dice a otro: "Yo estoy muerto al mundo". El compañero le responde: "No confíes en ti mismo hasta que hayas salido de tu cuerpo, pues si tú estás muerto, el diablo no lo está, y sus artes son incontables".

Una sentencia de oro: "Todo trabajo sin humildad es vano...".

Contra la fácil tentación de soberbia que acecha al monje como elegido y predestinado, San Martín contaba a los suyos: El abad Silvano fué arrebatado en éxtasis en su celda. Vuelto del éxtasis, lloraba. Importunado por su discípulo, dijo finalmente: "He sido arrebatado al juicio, hijo mío, y he visto a muchos con hábito de monjes ir a los suplicios y a muchos laicos subir al cielo (*Sententiae Patrum Aegyptiorum*, 48). Y así fuera grato continuar.

Pero no eran sus monjes de Dumio la sola solicitud de San Martín. Para regular la vida del clero, recopiló, tradujo y ordenó una colección de cánones, tomados "de los sínodos de los antiguos Padres orientales", pero también de concilios españoles y africanos. Colección, sin duda, del mayor interés para el conocimiento de la organización y vida de la Iglesia y aun de las costumbres en general de aquellos tiempos. San Isidoro nos dice haber leído él mismo—*ego ipse legi*—un volumen de cartas en que "el obispo santísimo del monasterio dumiense" exhortaba a la enmienda de la vida, al fervor en la oración, a la largueza en la limosna y, sobre todo, al culto de las virtudes y a la piedad". Estas cartas se han perdido y su pérdida es bien de lamentar, pues ellas nos hubieran acaso guardado lo mejor del alma del abad de Dumio.

Al rey Miro, sucesor de Theudemiro, le dirige San Martín el opúsculo *Fórmula de la vida honesta*. El tratado hubo de ser pedido al Santo por el rey mismo, que siente—dice Martín en el prólogo—sed ardentísima de la sabiduría y quiere ir a saciarla en las fuentes de donde manan los ríos de la ciencia moral. Si esta sed la suscitó, como es de suponer, el apóstol en sus conversos, ello sería gloria suya y de ellos. La *Fórmula* es un tratado de ética natural de corte e influencia senequista. San Martín Dumiense, de origen no hispano, es nuestro primer senequista. Hasta tal punto se penetra del estilo y pensamiento del cordobés, que la Edad Media nos ha transmitido la *Formula vitae honestae* bajo el nombre de Séneca. La nueva patria le prestó acaso también algo de su espíritu. A Séneca suena esta sentencia: "¿Qué importa que no estés en tu patria? Tu patria es el lugar donde has encontrado el bienestar, y la causa del bienestar no radica en el lugar, sino dentro del hombre mismo". Lo mismo se diga del tratado *De ira*, que recuerda otro del mismo título de Séneca.

Objeto, en fin, de la solicitud del abad obispo de Dumio era el pueblo humilde de los campos, imbuído aún de supersticiones paganas, célticas y germánicas. El tratado *De correctione rusticorum*, a par de un resumen de las verdades cristianas, da noticias de las supersticiones de las gentes del campo del reino suevo (y hay que suponer que de toda España). Para desacreditar la idolatría, San Martín apela a la teoría demónica. Muchos de los demonios expulsados del cielo presiden en el mar, en los ríos, fuentes y bosques, y los hombres que ignoran a Dios les dan culto como a dioses. En el mar los llaman Neptuno, en los ríos Lamias, en las fuentes Ninfas, en los bosques Diana. En realidad, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno fueron hombres pésimos entre los griegos. Notable cruce, pues, de la teoría demónica y del evhemerismo (y notable también que aún haya quien crea hoy el aire poblado de démones...). San Martín no quiere que se den a los días de la semana los nombres de los dioses gentiles y es admirable que los portugueses le hayan obedecido. Citemos, en fin, por lo curioso, el culto a los ratones y a las polillas. Su hartazgo a

principios de año era presagio de abundancia en la casa visitada por tan incómodos huéspedes.

Sólo podemos ya citar por su mero título otras obras del Santo: *Pro repellenda iactancia, De superbia* y *Exhortatio humilitatis,* que tienen más sabor evangélico. Los opúsculos sobre la Pascua y *De trina mersione* responden a cuestiones muy debatidas en su tiempo.

San Martín fué también poeta, o, por lo menos, sabía manejar diestramente los hexámetros virgilianos. Se le han señalado influencias del poeta galorromano Sidonio Apolinar († 480-90). En el refectorio del monasterio de Dumio había una inscripción tomada casi a la letra de San Apolinar (cf. PL 72,52 y PL 58,722). En exámetros virgilianos está compuesto por él mismo su epitafio, con que cerramos esta semblanza:

"Nacido en Panonia, atravesando los anchos mares y movido de impulso divino, llegué a esta tierra gallega, que me acogió en su seno. Fuí consagrado obispo en esta iglesia tuya, oh glorioso confesor San Martín, restauré la religión y las cosas sagradas y, habiéndome esforzado en seguir tus huellas, yo, tu servidor Martín, que tengo tu nombre, pero no tus méritos, descanso aquí en la paz de Cristo".

Este descanso lo alcanzó el año 580. Cinco años más tarde moría también, bajo las armas victoriosas de Leovigildo, el reino suevo. San Isidoro le puso el epitafio: *Regnum autem suevorum deletum in Gothis transfertur, quod mansisse CLXXVII annis scribitur.* "Fué borrado el reino suevo que pasó a los godos y se dice haber durado ciento setenta y siete años". La obra, sin embargo, de San Martín no quedó borrada. Sólo unos años más tarde, España entera será católica y esta fe católica de España entera será la gran fuerza que la salvará, en lucha secular, de la suprema prueba que la historia le reservaba.

DANIEL RUIZ BUENO.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 20 de marzo.
S. GREGORIO DE TOURS, *De miraculis Sancti Martini* p.1 c.11. Asimismo VENANCIO FORTUNATO, en PL 88.
FLÓREZ, *España Sagrada* vol.4 p.151s.
MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los Heter. Esp.:* BAC, I n.150, p.257s. (Madrid 1956).
PÉREZ DE URBEL, J., *Los monjes españ. en la Ed. Med.,* 2 vols., 2.ª ed. (Madrid 1945) I p.203s.

Véanse las *Historias de la literatura cristiana* o *Patrologías* de ALTANER, BARDENHEWER, etc., en sus pasajes sobre San Martín.
BARLOW, C. W., *Martini Episcopi Bracarensis Opera omnia* (1950).

21 de marzo

SAN BENITO ABAD

(† 547)

"Hubo un varón de vida venerable, bendito por gracia y por nombre." Y fué Benito, el de Nursia. Ha tenido por biógrafo al papa San Gregorio Magno. Pero Benito escribió la *Regla de los monasterios,* y en ella tenemos retratado su propio vivir cotidiano, observando ya el mismo San Gregorio que Benito, consecuente con su doctrina, fué el primero en observar la norma de vida perfecta que él mismo dictó para monjes observantes, muy distintos de los sarabaítas y giróvagos, plaga de aquellos tiempos.

Nace Benito por los años de 480 en la provincia de Nursia, en los montes Sabinos, no lejos de Roma. Nace en una familia acomodada y tiene, por lo menos, una hermana, por nombre Escolástica.

Ya adolescente, sus padres quieren hacer de él un letrado, un orador, para lo cual le colocan en Roma, asistido en la gran urbe decadente por el aya, que suple las veces de una madre solícita y cariñosa.

Quizá no tiene ya madre en la tierra.

Benito asiste a las aulas de algún rétor y se entrena en la retórica, saliendo discípulo aventajado, como lo demostrará el estilo pulido de su futura Regla, sometido al ritmo o *cursus* de la elegante prosa entonces en boga.

Pero el joven Benito es un austero montañés, mal avenido con la corrupción de la corte, con el pensar y el vivir de gran parte de la estudiantina, en su mayoría aún pagana. Medita dejar aquel ambiente fétido y malsano, y un buen día sale de la ciudad con dirección a su tierra natal, aunque seguido por su aya, entristecida y alarmada. Se detiene en Afide, parando allí unos meses, conquistándose la simpatía del vecindario, especialmente de su párroco, quien ve en Benito un clérigo ideal. Corre un

día la voz de haber recompuesto por arte de milagro un harnero prestado de frágil arcilla.

El que antes desdeñó ser un día gramático o rétor y conseguir con ello un brillante porvenir mundano, huye ahora de la aureola de taumaturgo, buscando un escondido paraje en los cercanos montes, en la cuenca del Anio, hallándolo precisamente junto a unos viejos y desmoronados edificios que habían contemplado las crápulas de la corte neroniana.

Hay allí un embalse artificial y por eso la rocosa cueva por él recogida para mansión se llama cueva de Subiaco (sub-lago).

Enterrado en vida, no habla el intrépido solitario de unos veinte años sino con las alimañas y las aves; de vez en cuando con algún pastor de ovejas y cabras que penetran en la espesura. Un compasivo monje, Román, le viste el hábito monacal y, a hurtadillas de su abad, le propina el necesario alimento, quitándolo de su propia boca.

Ya empieza, contra el todavía imberbe, pero bravo mancebo solitario, la guerra del enemigo malo, rompiéndole a pedradas la esquila que le avisa cuando Román le descuelga por el peñasco la cestilla de pobres provisiones.

Y luego, una ruda tentación carnal, de la que Benito sale triunfador, lanzándose desnudo en el próximo zarzal. Escarmentada la carne, no volverá a rebelarse contra el espíritu.

Ahora le espera al asceta otro género de palestra. Ha visto los peligros de la completa soledad, y, cuando monjes del cenobio de Vicovaro le proponen salir de su retiro y ser su abad, Benito lo consiente, bien que temeroso de su edad y quizá también de un posible fracaso, pareciéndole difícil enderezar a hombres avezados a la indisciplina.

El que hasta entonces había vivido "solo consigo, a la vista del Supremo Inspector", vivirá en adelante con otros en la vida cenobítica o de comunidad, que él considera como la más fuerte y más segura.

Y funda en las cercanías doce conventos con doce monjes cada uno, por el patrón de los monasterios pacomianos del Egipto, en los que oración y trabajo manual están sabiamente organizados.

El abad Benito admite en su convento a gentes de toda edad y condición, a ricos y a pobres, a bárbaros y a romanos, a esclavos y a libres y libertos, con un admirable sentido de cristiana igualdad, porque—dice—"en Cristo todos somos uno y servimos en una misma milicia".

Admite incluso niños, esos *pueri oblati*, las luego célebres *Escuelas monacales*, seminario de sabios y de santos.

Entre esos niños ofrecidos por sus padres como ofrenda a Dios con una oblación ritual, están los hijos de dos patricios romanos, Plácido y Mauro, los benjamines de la familia monacal. Con ellos sale cierto día y hace manar copiosa fuente, muy necesaria, dentro del cerco de piedras colocadas por ellos, y entre Mauro y Benito, éste que manda, aquél que obedece, extraen del fondo del lago a Plácido, tragado por las aguas, caminando Mauro a pie, enjuto, sobre el líquido cristal azulado hasta asirlo por el largo cabello.

Pasan días y años en la paz benedictina, entre el *ora et labora*, dos alas que sostienen al alma en su vuelo. Pero el enemigo, que nunca duerme, concita los ánimos de ciertos monjes revoltosos contra su joven abad, mal avenido con toda liviandad, y quizá demasiado recto para ellos. Murmuran, forcejean, y, al fin, intentan envenenarle con el vino. Mas, ¡oh prodigio!, al bendecirlo en el refectorio, quiébrase el vaso. Como el presbítero Florencio, hombre influyente y disoluto, atenta también contra su vida, Benito, siempre sereno, reunida la comunidad, se despide de ella y camina hacia el sur con algunos hermanos adictos a su persona y a la Regla. Entre éstos se cuenta el obediente Mauro; está también el cariñoso cuervo, que grazna y revolotea en torno de la comitiva, cual celoso can, fiel guardador de su amo.

Y llegan juntos a la lejana villa de Cassino, ascendiendo al castro romano que domina el fértil y sonriente valle. Destruídos los simulacros de las divinidades gentiles, los monjes peregrinos establecen allí la vida monástica, aprovechando los muros de antiguos templos y fortaleza. Montecassino será en adelante un místico castillo, una atalaya desde donde los monjes oteen al mundo y calen las nubes en la oración, aunque bajen a librar las batallas del Señor cuando el interés del prójimo así lo demanda.

El monasterio de Benito, "escuela práctica del divino servicio", estará desde ahora constituído por el patrón del

cenobio basiliano. En él madura sus experiencias anteriores. Si desde su infancia demostró cierta madurez de anciano, *cor gerens senile*, podía adiestrarse más y más, y perder quizás algún resabio de aquella *nursina durities*, característica de su tierra natal. Nadie ya osa envenenar al "venerable varón de Dios, lleno del espíritu de todos los justos".

Quien no le deja en paz es su eterno émulo, Satán, contra cuya picaresca y furia tiene siempre el recurso de la oración y el signo de la santa cruz. A veces bástale el desprecio para fugarlo, cuando le molesta con ruidos, cuando le llama: *Maledicte!* al no contestarle si le dice: *Benedicte!*

Y es natural que el diablo le persiga cuando también Benito le persigue él mismo y sus monjes, quemando sus simulacros y derribando sus aras, levantando un bastión espiritual inexpugnable. En él se libran batallas y se adiestran los soldados de Cristo "verdadero Rey, empleando, ante todo, las preclaras y fortísimas armas de la santa obediencia, amando y sirviendo a ese magno Rey que ni muere ni es infiel a sus promesas".

El asedio diabólico llega a ser tan rabioso, que le mata un joven monje, de noble familia, derribando cierto día la pared en construcción. Pero Benito abad arrebata su presa a la muerte voraz. La guerra contra Benito no difiere mucho de las célebres tentaciones del abad Antonio, patriarca de monjes en Egipto. Menos importancia tuvo el imaginario incendio de la cocina monasterial. Menos también el caso de aquella piedra que, con no ser muy pesada, no pueden moverla entre todos los monjes canteros. Pero no la mueven con palanca, la levantan como una plumilla cuando Benito conjura al diablo en ella asentado. De ahí la medalla y la llamada cruz de San Benito, tan buscada por los fieles.

Otro día lo lanza del cuerpo de un monje, obseso por el maligno, quien le mueve a salirse en seguida de la oración común y aun del monasterio. Entonces el conjuro eficaz es un sonoro bofetón y el monje permanece con los demás en el coro.

Se precisa un instrumento eficaz para que la obra emprendida quede consolidada y perdure hasta el fin de los tiempos; una Regla que resuma la evangélica perfección

y recoja el espíritu y la experiencia monástica de Oriente y Occidente.

De ahí la Regla benedictina, la *Regla maestra*, la *Santa Regla*, la más sabia y prudente de las Reglas (San Gregorio M.), el código que figurará sobre el altar, junto a la Biblia, en algunos concilios de la Iglesia.

El abad Benito, buen romano, que sabe dictar leyes, pero también cumplirlas, es el primero en el coro a las dos de la mañana, cuando comienza el canto de las divinas alabanzas. El es el más asiduo en la "lección divina" diurna y nocturna, en el trabajo de manos, que ocupa al monje varias horas. No come carne de cuadrúpedos, como tampoco sus monjes, pero sí bebe una discreta hemina o módica ración del generoso vino de la soleada Campania, tan regustado por Horacio.

En el régimen abacial, como "padre que es del monasterio", procura a cada cual lo necesario, sin atender a las envidias, pero también sin demostrar injustas y odiosas preferencias, "amando más, únicamente, al que halla más aventajado en la obediencia", que todo lo resume.

Mira con especial solicitud de padre a los monjes enfermos, enfermos del cuerpo o del alma, viendo en ellos, muy especialmente, a Cristo, como también en los huéspedes.

Redacta un código penal, moderado cual ninguno en aquel tiempo, y antes de acudir al cuchillo de la separación con la oveja obstinada en perderse, discurre su caridad mil ingeniosos ardides, mil remedios de prudente médico y de avisado pedagogo. Aunque no transige en punto a los principios básicos, si alguno delinque descubre el delito con su admirable discreción de los espíritus y reprende en forma severa al par que paternal.

Todo el secreto de la evangélica perfección lo cifra en el complejo que llama humildad. Por los doce grados de ésta el alma llega infaliblemente a la celsitud de la perfección, a la unión de caridad más íntima con Dios, la cual fuga el imperfecto temor. Por eso reprende ásperamente a cierto monje joven y noble, alumbrándole él mismo en la comida, para con ello confundir su secreta y mal dominada soberbia.

Quiere con inflexible lógica que todo sea lo que se dice ser. Así el oratorio ha de servir para orar, no para charlar; el abad, que se llama padre, ha de serlo con todas sus con-

secuencias. Ha de hacer dulce la vida a sus monjes, como también éstos la del abad, y todo, principalmente, por honor y amor a Cristo.

El mayordomo, que comparte algo de la cura abacial, ha de participar asimismo del espíritu de paternidad con los monjes. No son súbditos de un señor y miembros de una sociedad religiosa, sino miembros de una familia; porque en el monasterio ha de haber cálidas relaciones familiares. Entre hermanos de toda edad, condición y temperamento, débense evitar roces dolorosos y hacer del cenobio una antesala del cielo.

El trato mutuo habrá de ser, no sólo correcto, sino delicado y exquisito. Ni el tuteo está permitido al monje, porque el amor fraterno no excluye el respeto. Benito guarda siempre un continente noble y señorial, propio de su distinguida cuna. Considera que el monje, quizá de villana extracción, elevado ya por su total entrega a Cristo, adquiere una dignidad que le prohibe todo lo rústico y lo vulgar. Ha aprendido en San Ambrosio que "nobleza es virtud", todavía más que herencia de sangre, quizá viciada y corruptible si no corrompida por el vicio, tan general entre ricos y potentados.

Pero si el padre Benito es un asceta contemplativo y mira al cielo desde la *torretta* de Montecassino, no por eso desdeña la acción de caridad y de apostolado con aquellos que se debaten en lo bajo del valle contra el pecado y la adversidad.

Desciende con frecuencia, requerido por los grandes o por los humildes. Un día será un clérigo que pide aceite para un remedio urgente; otro día vendrá un pobre aldeano acosado por su brutal acreedor; otro día resucitará al niño de cierto labrador que se lo pide con sencilla fe; una vez recibe en audiencia al bárbaro rey Totila, despidiéndole corregido después de anunciarle que, tras de conquistar Roma, pasará a Sicilia, y al nono año morirá.

Pero, si toda humana desgracia conmueve su corazón, aféctale muy especialmente la ceguera de los que no conocen a Dios ni viven como para gozarle para siempre. Y por eso, aun renunciando al propio gusto, pero sin perder por ello la presencia divina, deja con frecuencia su amada soledad claustral, atendiendo a la salud espiritual de los pueblos comarcanos e iniciando así la labor misionera que luego sus monjes habrán de proseguir y ampliar por todo el

Occidente, mereciendo con esto el título de padre de Europa que Dom Guéranger y finalmente el papa Pío XII le atribuyeron.

El diálogo con los hombres no impide su dialogar con Dios, pues al que "ve al Creador se le hace angosta toda criatura". De donde él saca mayor luz y fuerza es de su trato con la Divinidad en los divinos misterios, el *Opus Dei*, la obra de Dios por excelencia, a la que nada se debe anteponer, según él enseña, por ser ellos la fuente de toda santidad, ocupación y obra principal del monje, como de todo buen cristiano.

El abad oficia, sin duda, siquiera en los días solemnes del año litúrgico. Es el primer liturgo de la casa y bien se nota que Benito tiene de Roma la confianza e incluso los poderes sacerdotales, requeridos para ciertos actos, como son la excomunión de unas beatas insolentes con su buen capellán.

En el último decenio de su vivir terreno ve Benito extinguirse algunos luceros de la Iglesia, amigos suyos: el gran Cesáreo de Arles, como él, legislador monástico. Luego el sabio abad de Vivario, Casiodoro, mentor de reyes. Una estrellada noche ha contemplado subir a los cielos, en globo, como de fuego, el alma santa de su buen amigo el obispo de Capua, Germán. Pero más aún le afecta el vuelo de paloma al seno del Esposo de su entrañable hermana, la virgen Escolástica, que ante Dios todavía ha podido más que él, consiguiendo una furiosa tempestad para alargar unas horas la postrera despedida.

Todo esto le va despegando más y más de todo lo transitorio y apegando a lo eterno, afligiéndole asimismo la precaria situación de la patria y de la Iglesia, mal dirigida por el papa Vigilio, a quien el clero romano tilda de perjuro al credo de Calcedonia. Presiente, además, nuevas invasiones y saqueos, el incendio y destrucción de su propio monasterio, salvas únicamente las vidas de sus monjes, y todo junto abate al anciano y facilita su vuelo a las altas esferas, donde se alaba a Dios y se le canta el *Aleluya* sin cansancio.

Quizá las nieblas invernales impresionan también su salud. Resiste la Cuaresma del 547, pero el Jueves Santo, 21 de marzo, asistiendo a los divinos misterios, siéntese morir y quiere hacerlo de pie, como lo deseaba Vespasiano.

Efectivamente; el bravo atleta de Cristo, de pie, envía

su espíritu al Creador, nutrido del cuerpo y sangre de Cristo y oleado, sostenido por sus hijos, que celebran entre alegres y tristes el tránsito, la Pascua de su abad, que les había enseñado a "desear con toda concupiscencia espiritual la vida perdurable y con gozo, la santa Pascua".

Unos monjes, más favorecidos, contemplan su alma voladora subiendo sobre alfombras y entre mágicas luminarias, hasta posarse en el trono prometido a cuantos lo dejaron todo por seguir a Cristo.

Y la luminosa estela que tras él queda en el mundo, no se acaba de borrar. Benito, el *Pater, Dux et Magister Benedictus,* como dice San Bernardo, apacienta todavía con su doctrina, su vida, su intercesión, a cuantos se cobijan entre los pliegues de su amplia cogulla.

GERMÁN PRADO, O. S. B.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 21 de marzo.
SAN GREGORIO MAGNO, *Vita,* en sus *Diálogos,* 1.2: PL 66,125s. (en griego y latín). Varios *Poemas en la Ed. Med.* Cf. "Mon. Germ. Hist., Poetae Lat.", I p.36s.
MARÉCHAUX, O. S. B., *Saint Bénoît, vie, règle* (París 1911).
Regla de San Benito: PRADO, G., *Regla de San Benito de Nursia* (Madrid 1943). ARROYO, GR., *Scti. Benedicti Regula Monasteriorum cum concordantia eiusdem* (Silos 1947).
ARRUFAT, R., *Sant Benet. Vida y obra del gran Patriarca* (Montserrat 1929).
SCHUSTER, *Storia di S. Benedetto e dei suoi tempi* (Milán 1946).
CHAPMAN, *St. Benedict and the Sixth Century* (1929).
RENAUDIN, *Saint Bénoît dans l'Histoire* (París 1928).
HERWEGEN, *Der heilige Benedikt* (Düsseldorf 1951).
COLOMBÁS, M. G., *San Benito, su vida, su regla* (Madrid 1954).

SAN NICOLAS DE FLUE, PATRONO DE SUIZA

(† 1487)

Todas las naciones aspiran a poder simbolizar su espíritu nacional en alguna gran figura histórica. Sencillamente cada nación tiene un genio.

El de Francia es Juana de Arco, jefe y símbolo de la guerra. El de Suiza lo es Nicolás de Flue, consejero y símbolo de la paz.

Dichosos los católicos, dichosas simplemente las naciones que tienen un santo como suprema encarnación de su espíritu. Los valores humanos en que éstos han inspirado su conducta nunca se desviarán. Pero a sus conciudadanos les queda una indiscutible responsabilidad ante la historia.

Los franceses y suizos, conscientes de su dignidad nacional, reconocen—y esto les une—que ellos también han recibido de Juana de Arco o de Nicolás de Flue una impronta temporal.

En Suiza los católicos no son mayoría dentro de su población total y, por tanto, no son ellos quienes caprichosamente pueden elegir un príncipe temporal como patrono y protector. Para hacer realidad este sueño tendría que cambiar su Constitución. Por eso, cuando los católicos, y con ellos el Soberano Pontífice, saludan a San Nicolás de Flue como "el patrono y protector de Suiza", no piensan en el poder político, en un patrono o protector terrestre. Piensan, sobre todo, en un patrono y protector que está en los cielos, donde el amor y la oración del Santo pueden socorrer los deseos de su amor y de su oración.

Nicolás de Flue—señala Pío XII—es el santo de los católicos suizos "no solamente porque él salvó a la Confederación en un momento de crisis profunda, sino también porque él trazó para vuestro país las grandes líneas de una política cristiana".

La Suiza alemana del tiempo de Nicolás de Flue, la de los siglos XIV y XV, está toda empapada de corrientes ascéticas y místicas "favorables a la manifestación de una vida de ascesis y de visiones".

En el siglo XIV aparece en Estrasburgo el grupo de "los amigos de Dios". En Egelberg se forma un movimiento semejante. Uno de los miembros de este grupo, Matías Hattinger—venerado en vida por la población—habita en una ermita cerca de Wolfenschiessen, el pueblo natal de la madre de Nicolás.

Y estas corrientes de misticismo no quedan reducidas al clero y los monasterios. Se extienden a través de la enseñanza oral hasta llegar a los laicos, que también ocupan un lugar importante dentro de la mística alemana. Muchas de las notas de la vida espiritual de Nicolás de Flue son las características de la vida mística de su tiempo. Por ejemplo, "su ardiente reverencia y devoción por el venerable sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo". La misma contemplación de los distintos episodios de la pasión del Salvador—que Heini am Grund, su párroco, le enseña a sincronizar con la sucesión de las horas canónicas—había sido la devoción preferida de Juan Ruysbroeck y de Enrique Suso. El alto conocimiento del misterio de la Trinidad que había profundizado en sus visiones y la misma manera admirable como él quiso explicarle, pueden encontrar algunos antecedentes en los místicos de la época. Ni el hecho de un ayuno milagroso era la primera vez que sorprendía.

La idea de los grandes místicos que se mezclan en las complicadas actividades de la vida política no extraña tampoco después de los grandes ejemplos de San Bernardo, de Santa Catalina de Siena, de Santa Brígida, y, sobre todo, después de la epopeya, destinada a permanecer eternamente única, de Juana de Arco.

San Nicolás de Flue representa la suprema encarnación del genio de Suiza por ser el salvador y pacificador de la patria, el fundador de la Confederación y el primer patriota confederado. Pero al mismo tiempo es un santo, y un santo de la Iglesia católica. Y por eso nos pertenece a los católicos de todo el mundo.

Es curioso observar cómo ya en el siglo XVI tanto protestantes como católicos reclaman su patronazgo, aunque, naturalmente, por razones distintas. Zuinglio cree que lo más admirable de Nicolás son las recomendaciones hechas a los suizos para que se mantengan dentro de sus fronteras, sin mezclarse en alianzas extranjeras y en la política europea. Los protestantes quieren ver en la interpretación de Nicolás de la imagen de la Trinidad una caricatura del anticristo y del Papa.

Los católicos de aquel tiempo—precisamente como contrarreacción a la propaganda protestante—promueven la canonización oficial. En 1591 se abre el protocolo del primer proceso de canonización. Veintiún años más tarde de que San Carlos Borromeo, después de celebrar la misa ante la tumba de Nicolás de Flue, diese su juicio: "Este ha sido verdaderamente un santo". Con todo, la canonización no llegará antes de los cuatrocientos años después de su muerte. Esto mismo le sucedió a Juana de Arco. Aquí se unen la necesidad y la contingencia. Y es que la santidad, antes de ser oficialmente reconocida, está supeditada a unas contingencias históricas.

El emperador Maximiliano—que desea el apoyo de los suizos en su guerra contra Venecia—no cumple la promesa de interceder ante el Papa para obtener la canonización. En tiempo de Julio II no se introduce la causa porque el comportamiento político del cardenal Schiner y de los confederados no va de acuerdo con la doctrina enseñada por Nicolás. En tal situación es inoportuno despertar su recuerdo.

Se sabe que en 1648 Roma reconoce la existencia del culto inmemorial profesado en su país al siervo de Dios. Y que a partir de 1689 son los obispos quienes apoyan las peregrinaciones y ordenan oraciones públicas en los lugares que han tenido mayor significado en la vida de Nicolás. Dos curaciones obtenidas en 1937 y 1939 son los milagros que aprueba la Congregación de Ritos para su canonización. Del tercero dispensa.

El decreto de canonización es Pío XII quien lo promulga el día de la Ascensión de 1947. Y desde ese día el "padre de la patria suiza" pasa a ser el santo de la Confederación.

Lo que más sorprende en la vida de Nicolás es que se puedan unir así en una misma persona lo ordinario y admirablemente perfecto con lo extraordinario y evidentemente divino. Uno, siguiendo los pasos de su vida, se da cuenta de que hay hechos y conductas que trascienden el tiempo dando lecciones perdurables.

Y no cabe la duda frente a lo que aparentemente se puede quedar en pura leyenda. De San Nicolás de Flue existen biografías cargadas de esas notas que previenen las cuestiones y aseguran la confianza del lector. Para éste queda el salvar la distancia que separa el escrito de la vida, el

signo de la realidad. Para ello basta manejar los espléndidos testimonios conservados.

Nicolás de Flue nace exactamente el 1417. El mismo año en que ese concilio de Constanza puso fin al gran cisma de Occidente con la elección de Martín V.

Para sus compañeros de infancia—como ellos, trabajaba en el campo—es "un joven casto, bueno, virtuoso, piadoso y sincero". Ellos se dan cuenta de que Nicolás busca espontáneamente la soledad y la oración al regreso del trabajo. Saben también que se impone ayunos severos—aunque lo disimula—cuatro días a la semana.

Hacia los treinta años contrae matrimonio con la joven de dieciéis Dorotea Wyss. Veinte años de unión matrimonial. Diez hijos. De ellos sabemos que uno frecuenta la universidad y que su hijo primogénito llega a ser presidente de la Confederación.

De las vigilias pasadas en oración nos hablan su mujer y su hija Hans.

A los tres años de matrimonio tiene que intervenir en la liberación de Nüremberg. Durrer ha encontrado su nombre en la lista de los 699 suizos que forman la expedición. Interviene, además, en toda la vieja guerra de Zurich y en la guerra de la Turgovia contra Segismundo, duque del Tirol.

Más tarde, Segismundo fundará una misa en la capilla de Ranf y regalará un cáliz en una de sus visitas.

El gran amigo de la paz no puede tomar parte en la guerra más que por orden de sus superiores. Pero a la hora de combatir por su patria, él no puede permitir tampoco que por su falta de coraje triunfe la insolencia de sus enemigos.

A la edad de cincuenta años se retira a la vida eremítica, estableciéndose en la garganta del Ranft, donde vive entregado a la meditación y a las más duras penitencias. Y se retira con el consentimiento de su mujer y sus hijos. Desde entonces, sólo se verán cuando ella venga con el hijo pequeño a la capilla de Ranft o cuando él pase por delante de su antigua casa para ir a la iglesia parroquial de Sachseln los domingos y días de fiesta. Según Méatius, fueron sus mismos conciudadanos quienes construyeron a Nicolás su ermita. Este sería el primer gesto y signo de la extraña y misteriosa solidaridad que unirá al Santo con todos los hombres de su nación.

El amor conyugal no ha perecido en esta separación, sino que se ha transformado un poco anticipadamente en ese amor que está destinado a tener en el cielo. Es el mismo, pero más bello y sin la exigencia carnal.

Es en Ranft donde hay que descubrir la indiscutible personalidad de Nicolás. Es en Ranft donde él resuelve la aparente contradicción que existe entre lo infinito y lo finito, entre lo poco que nosotros somos y la inmensidad del amor divino. En esa celda de dos ventanas pequeñas. La una daba al interior de la capilla. Así el asceta podía ver oficiar al sacerdote. La otra se abría a la naturaleza dulce y grandiosa del país de Unterwald. Así, Nicolás podía adorar a Dios en sus obras. Esta capilla, consagrada en 1469 por el obispo de Constanza en honor de la Virgen, de Santa María Magdalena, de la exaltación de la santa cruz y de los diez mil mártires, se convertirá en el centro espiritual de Suiza. Nicolás verá acudir a ella peregrinaciones y verá fomentarse el mismo culto litúrgico que aprueba Inocencio X y la Congregación de Ritos. Allí es donde descubre los motivos que le obligan a creer en los destinos de su país. Y allí es donde ocurre ese milagro que nadie ignora en Alemania. Para prevenir toda incredulidad están también los testimonios de los suizos contemporáneos y el del obispo de Constanza, que observa atentamente su vida y costumbres. Un día someterá a prueba la obediencia de Nicolás ordenándole romper el ayuno. El carácter milagroso de este ayuno es reconocido ya en tiempo de Alejandro VII, antes que Benedicto XIV sometiese a discusión y estudio el problema de los ayunos prolongados, precisamente a propósito de este de Nicolás. Su único alimento durante estos años fué la Eucaristía. Se dice que duró veinte años porque esta abstinencia total fué el resultado prolongado de un ir suprimiendo poco a poco su alimento corporal hasta llegar a la abstinencia suma. "Si durante veinte años—dice Pío XII—él no se alimentó más que del pan de los ángeles, este carisma fué el cumplimiento y la recompensa de una larga vida de dominio de sí mismo y de mortificación por amor de Cristo".

El ayuno de Nicolás se nos revela simplemente como un esplendor exterior de una santidad interna, misteriosa, secreta. Esta es la única explicación razonable que puede coordinar los datos de la historia y los de la psicología.

El retiro del mundo no señaló para Nicolás, como lo esperaba, el fin, sino el inicio de una obra histórico-política.

Nicolás fué juez y consejero de su cantón. Diputado en la

Dieta federal de 1462 y rechazó el cargo de jefe de Estado. Su influjo en los asuntos federales aparece ya evidente en el tratado de paz perpetua con Austria en 1473. Sin embargo, su obra pacificadora importante comienza a partir de 1478.

La Confederación, a raíz de la guerra contra Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1474-77) vió surgir la división entre los cantones-ciudad y los cantones-campaña, a causa de la admisión de Fribourg y Soleure en la Confederación y de la repartición del botín de guerra. Nicolás trabajó por allanar dificultades y realizó con la Dieta de Stans el milagro de la reconciliación de unos ánimos totalmente exacerbados. Desapareció el peligro de la guerra civil y Fribourg y Soleure fueron recibidas en la Confederación con la firma del pacto de Stans, que—a pesar de la escisión religiosa—constituyó, hasta 1798, el derecho público de la Confederación. Otras muchas son las actuaciones públicas de Nicolás, pero esta de hacer nacer de nuevo la unidad de Suiza le valió el título de "padre de la patria". Título que se funda también en esa superabundancia y fecundidad de una vida que siempre había querido situarse fuera de toda política. Fué el fundador de la Confederación y fué el primer confederado. Fué un hombre integralmente fecundo.

Es cierto que la historia de la Edad Media está llena de intervenciones de los santos, de los solitarios, de los recluídos, que en las horas trágicas han llegado a salvar a sus ciudades. Recordemos, por ejemplo, a San Francisco de Asís y a San Bernardino de Siena. Pero lo que distingue a San Nicolás de Flue, comparándole con los demás, es que constituyó en alguna manera una obra política técnicamente, haciendo prevalecer práctica y teóricamente la idea de una común patria suiza, individida y capaz de desbordar las preocupaciones e intereses cantonales.

Pero volvamos a Ranf en donde aún tenemos que copiar otro capítulo importantísimo de su vida. El más íntimo y el más profundo. Y, desde luego, el más impresionantemente divino. No podremos menos de reconocer otra vez que la grandeza de Nicolás consiste en haber afirmado abiertamente la primacía de la vida interior—él, que tuvo una vida pública tan fecunda y transcendente—, en haberse dejado poseer paulatinamente por los valores eternos. Porque sólo éstos son capaces de equilibrar los temporales.

Las visiones divinas son para Nicolás la explicación de los misterios de la fe. Para todos serán el esquema de una enseñanza popular de toda la visión grandiosa de la teología. El arte suizo—el retablo de la iglesia parroquial de Sachseln y la portada de la primera edición del *Tratado del peregrino* de Strasburgo—nos ha conservado esta concepción grandiosa del misterio trinitario, que Nicolás saboreó gozosamente. El contenido de estas visiones lo conocemos por el registro parroquial de Sachseln y por un manuscrito descubierto en Lucerna por el padre Adabert Wagner. Gracias a ellas podemos entender la doctrina espiritual del bienaventurado.

Cinco visiones menores que él cuenta a Heini am Grund, el cura de Stans. Desde el seno materno vió una estrella que, como su vida, ilumina al mundo entero, una roca tan firme como su decisión ante las dificultades, su bautizo en Kerns pasando por Ranft, la puerta y los cuatro candelabros que descienden del cielo para ser colocados sobre el lugar de su futura ermita y capilla. Es un anticipo de todo lo que será su vida.

Las tres visiones de las invitaciones divinas están llenas de sabor local, de advertencias y de presentimientos. La tercera, en la que se le aparece ya la Trinidad, por su amplitud, por su simplicidad y por su fuerza preludia a las tres grandes visiones del manuscrito de Lucerna. Son una invitación al renunciamiento, no solamente de lo superfluo, sino también de lo necesario.

La visión de Liestal es el origen del milagro de su ayuno. En ella descubre Nicolás que la voluntad divina es que vaya a Ranft.

Las tres grandes visiones de la encarnación redentora. Se puede asegurar que para Nicolás son la visión de la divinidad. Tres visiones que están sin nombre. La primera se puede titular "el Cristo peregrino"; la segunda, "La fuente de la vida"; la tercera, "El hombre que presta servicio al Hijo de Dios". Las tres ilustran el gran tema dogmático del Creador, que desciende hasta los hombres para mendigar su amor. Las tres ofrecen un carácter de plenitud, de madurez, de universalidad. Para nosotros son de un precio inestimable, porque nos permiten entrar en el corazón del pensamiento de la ermita y porque miden el clima de su contemplación. Son una expresión de la articulación indiscutible que existe entre las cosas del cielo y las del mundo. Y

son, además, el criterio que nos hace ver la amplitud y la grandeza de la ortodoxia de su fe.

El decreto de beatificación o canonización—tengámoslo en cuenta—no recae más que sobre lo esencial, esto es, sobre la santidad del servidor de Dios.

Sí, Nicolás ha pasado el Jordán. Ha pasado al otro lado de las cosas. Ahora ya puede dejarlas venir hasta él. Y vendrán no para entretenerle, sino para ser elevadas. Después que ha decidido prescindir de ellas, son ellas las que han entendido que no podrán pasar sin él. Porque Nicolás, ante todo, ha sido un titán de la oración. La vida de Nicolás se cierra con una terrible enfermedad cargada de dolor y de sufrimiento. Pero hasta el último día la paciencia es de la misma medida que la pobreza. Después de ocho días de intenso dolor recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para unirse definitivamente con Él.

Hay un testigo a la hora de su muerte. Su discípulo Ulrich, nombre que probablemente se identifica con el autor anónimo del *Tratado del peregrino*. Nicolás había recibido frecuentemente sus visitas en el desierto, confiándole cosas íntimas. Entre ellas la fecha de su muerte. Cuando ésta se aproxima, ruega a Nicolás le permita habitar en una celda próxima a la suya. De esta manera puede ver morir y llorar al amigo tan admirado. 21 de marzo de 1487.

La noticia de la muerte de Nicolás se extiende en seguida por Austria, Milán, Alsacia, Bohemia y por toda la Europa central.

Ahora sólo nos queda el acompañar a la mujer, a su esposa, que está rezando sobre su tumba.

Mientras, seguimos pensando que el milagro de esta vida es haber unido en ella maravillosamente el amor de lo infinito y el amor de lo finito, la inquietud de lo espiritual y la de lo temporal, la inquietud del reino que no es de este mundo y el servicio generoso a una patria terrestre.

"Nicolás de Flue—dice Pío XII—encarna, con una plenitud admirable, la unión de la libertad terrestre y de la libertad celeste".

JOSÉ FRANCISCO FONTECHA.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 21 de marzo: buen comentario histórico.
DURRER, R., *Die ältesten Quellen über... Nikolaus von Flüe, sein Leben und seinen Enfluss*, 4 vols. (Sarnen 1914-1921).
BELLOC, J. DE, *Le bienheureux Nicolas de Flue...* (París 1889).

ANDREY, A., *Le Saint vivant* (Ginebra 1939).
LAVAND, B., *Vie profonde de Nicolas de Flue* (Friburgo 1942).
JOURNET, C., *Saint Nicolas de Flue* (París 1947).
PÍO XII, *Discurso en su canonización*, 15 mayo 1947.

22 (del 24) de marzo

SANTA CATALINA DE SUECIA, VIRGEN

(† 1381)

En Suecia, hoy día, no sólo son luteranos casi todos sus habitantes, sino que también la cultura y la vida llevan impreso el sello del protestantismo; los católicos representan sólo una exigua minoría. Sin embargo, el país de Gustavo Adolfo ha pertenecido a la Iglesia romana durante seis siglos (del X al XVI) y en aquella época produjo admirables frutos de fe, de devoción y de santidad.

Santa Catalina de Suecia, llamada también Santa Catalina de Vadstena, nació hacia 1331, de padres nobles y cristianos. Era la cuarta entre los ocho hijos del príncipe Ulf Gudmarsson y de su esposa Birgitta Birgesdotter, que no es otra que Santa Brígida, cuya festividad celebra la Iglesia el día 9 de octubre. De niña fué confiada para su educación a la abadesa del monasterio cisterciense de Riseberga. Por decisión paterna se casó a los dieciséis años con el linajudo y virtuoso conde Egard Lydersson van Kyren. De común acuerdo, los dos esposos decidieron vivir en virginidad a imitación de la Santísima Virgen y San José, y entregados a la plegaria, los ayunos y las obras de caridad. El hermano mayor de Santa Catalina, Carlos, príncipe ligero y mundano, hizo todo lo posible por apartar a su hermana de esta vida de perfección, mas en vano; en cambio, Santa Catalina, con sus exhortaciones y su ejemplo, consiguió que su cuñada Gyda, la esposa de Carlos, renunciara a la vida lujosa y disipada que llevaba.

La madre de Santa Catalina, Santa Brígida, después de la muerte de su marido se encontraba en Roma. A Santa Catalina le entró un ardiente deseo de ir a reunirse con su madre. Con permiso de su marido (pese a los intentos de su hermano Carlos para que no se lo concediera), Santa

Catalina emprendió el largo viaje a Roma en el año santo de 1350. Cuando en el verano de dicho año Santa Catalina llegó a la Ciudad Eterna, su madre estaba fuera de Roma; sólo después de algunos días, y gracias a haberse encontrado de manera providencial en la iglesia de San Pedro con el obispo Pedro de Skänninge, uno de los acompañantes de Santa Brígida, pudo ir a reunirse con ésta, que se encontraba en el monasterio de Farfa, en el Lacio.

Después de haber pasado junto a su madre unas semanas en Roma, disponíase Santa Catalina a regresar a Suecia. Santa Brígida, entre tanto, había tenido una revelación divina: que era precisamente su hija la compañera y colaboradora que Dios le había designado para dar cima a la obra que traía entre manos, es decir, para la fundación de la Orden del Santísimo Salvador. Santa Brígida le preguntó entonces a su hija si estaba dispuesta a pasar por Jesucristo penas y contrariedades; Santa Catalina le contestó afirmativamente, añadiendo que estaba dispuesta a seguir la voluntad divina, aunque para ello tuviera que dejar no sólo su patria, amigos y parientes, sino a su mismo marido, a quien—son sus palabras—amaba más que a su propio cuerpo. Poco después Santa Brígida tuvo otra revelación: que su yerno, el conde Egard Lydersson van Kyren, había fallecido en su castillo de Suecia.

Santa Catalina entonces fué invadida por una gran depresión de ánimo; en medio de su tristeza sentía un gran amargor y desaliento, viéndose obligada a permanecer en casa mientras su madre y sus acompañantes visitaban las iglesias romanas para ganar indulgencias. Apareciósele entonces la Virgen María, ordenándole la obediencia a su madre y a su director espiritual, y que abandonase la nostalgia de su tierra y amistades; al mismo tiempo, la Santísima Virgen le prometía su poderosa protección si permanecía junto a su madre. Santa Catalina así lo hizo.

En Roma vivían Santa Catalina y su madre en la más estrecha pobreza voluntaria, ganándose el sustento con el trabajo de sus manos, visitando las iglesias, dedicándose a rudas penitencias y ayunos sin abandonar por ello los ejercicios de piedad, especialmente la meditación en la pasión del Señor, y practicando la caridad: repartían limosnas a los menesterosos y enseñaban la doctrina cristiana a los pobres extranjeros. En medio de esta vida de santificación y mortificación, los biógrafos nos cuentan un hecho por el

que se pone de relieve la ternura filial de Santa Catalina. Ella y su madre dormían siempre sobre el santo suelo; pero cuando Santa Brígida se había dormido, su hija procuraba poner una almohada bajo la cabeza de su madre.

Santa Catalina era joven y hermosa, y ambas cosas iban a acarrearle una serie de dificultades por parte de los numerosos pretendientes que surgieron entre los nobles romanos. Ella había confiado a San Sebastián la salvaguardia de su virginidad, y precisamente un día en que iba a la iglesia de este Santo, salió a su encuentro un conde con intención de raptarla: la aparición inesperada de un gamo, al que sin más pensar intentó darle caza, distrajo al raptor. Este mismo conde intentó repetir su fechoría otro día en que la Santa se dirigía a la iglesia de San Lorenzo extramuros: en esta ocasión fué víctima de una ceguera repentina de la que curó después sólo gracias a las plegarias de Santa Catalina. Un día, desesperada ya, quiso estropear la belleza de su rostro por medio de un ungüento repugnante y venenoso. Cuando, oculta en el jardín de la casa romana en que vivía con su madre, iba a poner en obra su intención, le cayó sobre la cabeza una piedra de la pared hiriéndola gravemente. Dios, que la había creado tan hermosa, no permitió que su belleza fuera destruída. Pero Santa Catalina hubo de permanecer encerrada en casa hasta curarse, mientras su madre y sus amigos iban a visitar las iglesias: era una prueba más para la Santa, pero también uno de los medios de que se valía el Señor para su santificación.

Santa Catalina y su madre realizaban peregrinaciones por Italia con el fin de visitar los más famosos santuarios; estos viajes en aquellos tiempos no estaban exentos de peligros. Por ejemplo, encontrándose en Asís para visitar la iglesia de San Francisco, fueron atacadas por una partida de bandidos, de los que milagrosamente consiguieron huir. También, juntamente con su madre, hizo Santa Catalina la peregrinación a Tierra Santa.

Poco después de haber regresado a la Ciudad Eterna, Santa Brígida, que ya se había sentido enferma en Jerusalén, fallecía en 1373, siendo enterrada provisionalmente en la iglesia de San Lorenzo *in panisperna*. Algún tiempo después, Santa Catalina, en compañía de su hermano Birger Ulfsson y sus amigos y compatriotas los obispos Pedro de Skänninge y Pedro de Alvastra, trasladaron a su

tierra los restos mortales de Santa Brígida. A su paso por los diversos países de Europa, el fúnebre cortejo iba cumpliendo una verdadera actividad misionera: Santa Catalina dirigía a los pecadores saludables instrucciones, procuraba con sus hechos y palabras inspirar por doquier el santo temor de Dios, y al mismo tiempo daba a conocer las predicciones y revelaciones de su santa madre. Después de haber atravesado toda Europa, embarcaron en Danzig para Suecia, adonde llegaron, tocando tierra en Söderköping, a mediados de junio de 1374. El paso de los restos mortales de Santa Brígida a través de Suecia fué una procesión triunfal: los milagros florecían a su paso y las gentes acudían de todas partes a oír los sermones de Pedro de Alvastra. Santa Brígida fué enterrada en Vadstena el 4 de julio de aquel año con gran solemnidad.

Después de haber enterrado a su madre, Santa Catalina se encierra en el monasterio de Vadstena, pintorescamente situado a orillas del gran lago Vättern, viviendo bajo la Regla que durante nada menos que veinticinco años había practicado en Roma junto a su madre. Poco tiempo después, y a pesar de no ser ése su deseo, Santa Catalina era elegida abadesa; pero tampoco ahora iba a poder disfrutar de una existencia tranquila: el constante peregrinar era el sino de su vida. En efecto, en 1375 emprende de nuevo el largo y, en aquel tiempo, dificultosísimo viaje a Roma, esta vez con una doble finalidad: poner en marcha y activar el proceso de canonización de Santa Brígida, y conseguir del Papa la aprobación de la Orden del Santísimo Salvador. En esta ocasión Santa Catalina permaneció en Roma cinco años. La canonización de su madre se vió retrasada por el cisma de Occidente, que entonces desgarraba a la catolicidad: Santa Brígida fué elevada a los altares por el papa Bonifacio IX en 1401, mas esto ya no alcanzó a verlo Santa Catalina; en cambio, consiguió del sumo pontífice Urbano VI la constitución apostólica de 3 de diciembre de 1378, por la que se aprobaba la Orden del Santísimo Salvador y al mismo tiempo se concedían a Vadstena las mismas indulgencias que las que podían lucrar los peregrinos que visitaban la iglesia romana de San Pedro *ad vincula*.

En 1380 Santa Catalina estaba otra vez en su amado retiro de Vadstena, donde murió el 24 de marzo de 1381, después de nueve meses de penosa enfermedad, contra la

cual no quiso tomar ninguna clase de medicinas, y en cuyo largo desarrollo dió numerosos ejemplos de humildad, mortificación y paciencia. Santa Catalina recibía a diario, durante los últimos veinticinco años de su vida, el sacramento de la penitencia, y lo mismo continuó haciendo en su última enfermedad; pero a causa de los vómitos de que iba acompañada la dolencia, se veía privada de la comunión dominical (pues la costumbre de comulgar a diario no existía en la Edad Media), si bien pudo recibir la comunión antes de morir.

El final de su vida no fué el final de su influencia. Apenas había exhalado la Santa el último suspiro, se vieron sobre su cuerpo luces que lo iluminaban maravillosamente, y durante varios días estuvo luciendo una brillante estrella sobre la casa donde estaban sus restos mortales, y en su entierro aparecieron innumerables luces delante y detrás del sarcófago, pero quienes las trajeron no se mostraron visibles. De esta manera, en los funerales de Santa Catalina, solemnemente celebrados por el arzobispo Birgen de Upsala y por los obispos Nicolás de Linköping (después también elevado a los altares) y Tord de Strägnäs, y honrados por la asistencia del príncipe Erik, hijo del rey de Suecia, así como por los más importantes personajes del reino, se dió un hecho milagroso que fué como la coronación de los muchos milagros de la vida de la Santa, continuados después de su muerte.

En efecto, se nos dice en su *Vida* que ya al nacer no quiso mamar la leche de su nodriza, que era una mujer de vida mundana, mientras tomaba muy bien el pecho de su madre y de otras mujeres honestas.

En una ocasión salvó a Roma de una inundación que se presentaba devastadora: las aguas del Tíber se retiraron milagrosamente al meter en ella los pies Santa Catalina.

Estando también la Santa en Roma, cayó enferma la hermana de uno de sus conocidos, llamado don Latino; esta mujer había llevado una vida pecadora, y ahora, a pesar de estar enferma de muerte, no quería arrepentirse ni confesarse. Santa Catalina se postra de rodillas ante su lecho y pide a Dios que conmueva el duro corazón de la pecadora. De pronto, empieza a subir gran cantidad de humo desde el río, desencadenándose al mismo tiempo un violento huracán y una gran tormenta; todo lo cual produjo el

efecto de ablandar el corazón de aquella mujer, que acabó haciendo una humilde confesión que le permitió tener una muerte cristiana.

En Nápoles rogó Santa Catalina por una posesa, con el resultado de que el espíritu inmundo abandonó a la mujer.

Viajando por Prusia Santa Catalina, uno de sus criados se cayó del coche, pasándole por encima las ruedas del mismo y resultando gravemente herido; pero gracias a las plegarias de la Santa sanó en el acto.

En Vadstena sanó también a un hermano lego que se hirió gravemente al caerse de un lugar elevado.

También curó a una muchacha tullida, llamada Cristina Persdotter, que fué luego monja de Vadstena.

En Vadstena los piojos no aparecían nunca, y el hecho se creía allí un milagro de la Santa. Un hombre incrédulo, llamado Clemente, no quiso dar crédito a esto, y entonces se vió acometido por los piojos de una manera tan furiosa que no pudo verse libre de ellos sino después de rezar devotamente a Santa Catalina para que le librase de tan inmundos animalejos.

Después de su muerte, y el mismo día en que años más tarde se sacaban sus restos para cambiarlos de sitio, hizo otro milagro. Un muchacho de Mjölby, ciudad sueca hoy día populosa, se cayó en la presa de un molino; pero salió sano y salvo merced a la ayuda de una mujer vestida de blanco, que no era otra que Santa Catalina.

También Santa Catalina, como su madre, tuvo el don de las revelaciones y predicciones. Predijo, por ejemplo, la muerte en Noruega del rey de Suecia Magnus Erikson en 1374, muerte que fué comprobada seis semanas más tarde, al regresar a Suecia los servidores que acompañaban al rey.

Otros numerosísimos milagros hechos por Santa Catalina, son enumerados por sus biógrafos y certificados con fidedignos testimonios en el proceso de canonización. El proceso fué iniciado por el obispo Enrique Tidemansson de Linköping en 1469 y después proseguido en Roma; pocos años más tarde, en 1484, el papa Inocencio VIII permitía festejar la festividad de Santa Catalina como una segunda fundadora de los monasterios brigidinos.

Y no sin razón. Pues si bien fué Santa Brígida la autora de la Regla de la Orden y su comentarista, fué su hija quien de veras la puso en práctica en Vadstena, organizando conforme a ella el primer monasterio, y quien trabajó lo indecible hasta verla canónicamente aprobada. Efectivamente, la gran obra de Santa Catalina fué dejar asegurada la fundación de la Orden del Santísimo Salvador *(Ordo Sanctissimi Salvatoris)*, de monjas y frailes, bajo la jurisdicción de la abadesa de Vadstena. Su finalidad principal era y sigue siendo alabar al Señor y a la Santísima Virgen según la liturgia de la Iglesia, ofrecer reparación por las ofensas cometidas contra la majestad divina y llevar, en la oración y la meditación (sobre todo en la meditación de la pasión del Señor), una vida perfecta para el honor de Dios y la salvación de las almas. La Orden llevó también a cabo, sobre todo al final de la Edad Media, una brillante obra cultural: los brigidinos tradujeron la Biblia a los idiomas escandinavos, y los monjes de Vadstena tuvieron la primera imprenta de Suecia. En el siglo XVI, una dama española, Marina de Escobar, da impulso a la rama española de la Orden, que perdura en España y en Méjico. En Europa, por el contrario, la Orden sufrió mucho a consecuencia de la Reforma, primero, y de la Revolución Francesa, después, si bien sobrevivió en el monasterio bávaro de Altomünster.

Pero la actividad exterior de Santa Catalina, de fundadora tenaz y de incansable peregrina, cuya influencia se dejaba sentir incluso en la corte de los Papas, no era otra cosa que la manifestación de un alma ardiente llena de fe, de piedad y de fortaleza. Su figura se nos presenta en su juventud llena de encanto, lo mismo que resulta atractiva su figura de joven virgen y viuda decidida a llevar en Roma, mediante la obediencia y la oración, una vida nada común de gran humildad y pobreza. Y más todavía, si cabe, nos admira la nueva Catalina que sale a luz después de la muerte de Santa Brígida: la hija devota y decidida, que sin regatear esfuerzos traslada de Roma a Vadstena, el cuerpo de su santa y admirada madre; la organizadora vigorosa y resuelta que dirige la suerte de Vadstena durante los primeros y más difíciles años de la fundación; que viaja a Roma y remueve incesantemente los estorbos que a su actividad se oponen; que lucha y vence; que nos da ejemplo de superación de la dureza de esta vida. Sin duda todo, porque hizo de la meditación en la

pasión del Señor, el centro de su vida, y porque, como dice una secuencia medieval de la Santa:

"Con alegría abrazó voluntariamente la cruz del Señor".

Para terminar diremos que la Orden del Santísimo Salvador, cuya fundación definitiva en la Edad Media fué la gran obra de Santa Catalina, ha sido restaurada en nuestros días, e incluso ha sido construído un nuevo monasterio en Vadstena, a la sombra misma de la famosa "Iglesia Azul" (*Blakyrka*), la primera de la Orden, gracias a los infatigables desvelos de otra tenaz mujer sueca, la madre Isabel Hesselblad, fallecida en 1957. En Suecia, su amada tierra, y en otros países, las hermanas brigidinas continúan caminando sobre las huellas de las santas fundadoras. El espíritu de Santa Catalina no ha muerto.

VIRGILIO BEJARANO.

BIBLIOGRAFIA

Vita, escrita por ULF BIRGERSSON entre 1423 y 1426, con la ayuda de BENGTA GUNNARSDOTTER en 1420. Ed. en *Act. SS. Boll.,* 24 de marzo.

Processus seu negocium canonizationis beatae Katherinae de Vadstenis, ed. de I. COLLIJN (Upsala 1942-1946).

TRYGGVE LUNDÉN, *Vida y milagros de Santa Catalina de Vadstena, según documentos medievales...,* en Rev. Cat. de Ubsala *Credo,* 31 (1950) p.65s.

Ordo Sanctissimi Salvatoris (Estocolmo 1958).

23 de marzo

SAN JOSE ORIOL

(† 1727)

Barcelonés. Y lo que hubiera faltado es que encima fuera de Vich, para que formase constelación con San Antonio María Claret, con Torras y Bages, con Balmes y mi entrañable mosén Cinto, cuyas poesías tuve la osadía de leer en catalán. De todas formas, San José Oriol fué consagrado sacerdote en Vich por el obispo de esta diócesis, don Jaime Mas, el 30 de mayo de 1676, Témporas de la Santísima Trinidad... Y el seminario barcelonés no puede gloriarse de él sin someter la cuestión a "distingos", porque en los azarosos tiempos del santo beneficiado, en realidad, no existía.

Cautivado por la figura mansísima de San José Oriol, he de comenzar confesando un grave pecado: pecado de prejuicio. Porque me he enfrentado con él cargado de prejuicios malsanos. Un santo *beneficiado,* en medio de un paisaje estepario de prebendas eclesiásticas sin aureola de canonización durante varios siglos. El se habría santificado en su silla coral, rasera con el suelo, oficiando, simplemente asistiendo puntual al canto de horas en las misas conventuales, conforme al turno establecido. ¡Prejuicio! Y él sería también un caso de versión a lo divino de esa criatura de Dios que es el dinero, como hijo de un pueblo con sentido pitagórico, que sabe someter a número lo más bello que han visto mis ojos: la sardana. San José Oriol, cuya primera carta habla de reales y cuyo primer milagro convierte en monedas de plata unas tajadas de rábano, parecía tentarme a un escarceo de ascética económica, tan necesaria, sin duda.

Con situar estas dos cuestiones en su justo punto se haría algo aceptable, pero monstruosamente fragmentario. San José Oriol, que lo mismo puede enseñarme amor a los enfermos que cariño a la gramática hebrea, es un santo hecho por Dios para enseñar serenidad, efectividad en cualquier puesto, porque los suyos fueron todos simplicísimos. Hasta se podría incurrir en el gran pecado de presentarlo cargado de trivialidad. Ese beneficiado de más de cuarenta años se ha pasado diez de profesor particular de dos niños. Después hizo un viaje a Roma con buen resultado, porque de allí retornó con un beneficio en Santa María del Pino. De algo valió su amistad con los filipenses. Tiene la casa en un callejón adonde se entra por la calle de la Canuda. Le dió por marcharse a Misiones, pero no llegó más que a Marsella. Asiste a coro muy puntual. Confiesa en la capilla del Santísimo. Prefiere decir siempre la misa tarde. Al mes de tomar posesión del beneficio ya pidió que se le concediese celebrar la misa más tardía. No le fué concedido. En las reuniones de beneficiados no suele entrar en las deliberaciones. Un día se le ocurrió descolgarse pidiendo que se sustituyesen las pluviales viejas por otras menos pesadas. Muchos le tienen por santo y hasta dicen que hace milagros.

¿Queréis que os cuente lo que me dijo un taxista? Nos pusimos a hablar de curas, de los curas de la localidad, de los tres curas que él y yo conocíamos:

—Don N. se mata, no para.

—¿...?

—Es un torbellino ese hombre.

—¿Y don X?

—Ese no tiene una peseta, es un manirroto y por eso todos le quieren tanto.

—Basta. ¿Y don Z? (un pobre capellancito de monjas). ¡Ah, padre!; ése..., canela fina...

Fueron las palabras que el buen taxista supo emplear cuando quiso hacer punto y aparte con el pobre capellán de ojos silenciosos. Fué su manera de decirme que aquél era un santo.

Si nos hubiésemos acercado a cualquiera de los tejedores o terciopeleros de 1695 para preguntar por el beneficiado de ojos azules y calva venerable que se postra ante el Santísimo después del canto de horas canónicas, nos hubiese dicho ineludiblemente: "es un santo". Sin más.

Porque en esta vida de cincuenta y un años no parecen aflorar todas esas cosas gravísimas, como los puestos de responsabilidad o las incumbencias pastorales, que obligan a moverse sin descanso. Cuando el celo apostólico aguijonea y se lanza a la vanguardia, una mano invisible le asienta nuevamente en su puesto y hay el peligro de que pueda tomarse su anhelo por una "quijotada". Y, sin embargo, florece el milagro a su paso. Es el gran taumaturgo de Barcelona, donde nace, vive y muere. Y aquí va ya la versión exacta que cabe ofrecer.

El santo beneficiado es doctor en teología. Le han tocado los tiempos en que quien mandaba en Francia era Richelieu y quien gobernaba en España era el chato conde-duque de Olivares, que tan mal se vió Velázquez para hacerle un retrato que no desdijera. Lo que a Barcelona le tocó pasar ya se sabe. Y al seminario de Barcelona le tocó no funcionar durante más de noventa años. A aquel pontífice de inigualado anecdotario—Benedicto XIV—le correspondió lamentarse de este gran mal. Pero entonces había lo que hoy casi no nos atrevemos a soñar: Facultad de Teología en las Universidades civiles. En la de Barcelona se doctoró San José Oriol, antes de haber subido las gradas del altar, y con la calificación de *nemine discrepante*. Antes había opositado ya a la cátedra de hebreo. Lujo espiritual el de este Santo, que pudo dejar en el pobre inventario de sus cosas una biblia y una gramática hebraica. Había soñado mucho con convertir judíos. Y se hubiera alegrado, sin duda, de saber que Juan XXIII iba a borrarles de la liturgia del Viernes Santo el adjetivo "pérfidos". Los tiempos cambian. De conversiones de judíos no me consta. Pero ya no fué poco leer—con puntos masoréticos o sin ellos—el texto original del Libro Sagrado. Santa Teresa de Lissieux se quedó con las ganas.

Había experimentado ya muchas cosas en su vida. Se me antoja que mamá Gertrudis tenía un semblante dulce y triste. Sus pupilas quedaron colmadas de eternidad con la despedida temprana de los siete hijos primeros y la de su esposo Juan, muerto a los treinta y siete años (cuando la peste de 1651). Gertrudis unió su vida a la de Domingo Pujolar. José Oriol encontró un padre, y el hijo de Pujolar (futuro sacerdote también) tuvo una madre en Gertrudis. Fué una solución no duradera. Pujolar murió pronto. José fué monaguillo de la ilustre y respetable comunidad de Santa María del Mar. Sólo los pobres entraban en tales funciones. La situación se comprende que era menos holgada. Pero aquellos señores eran buenos y además sabían ver. La cosa comenzó con música y gramática, y todo siguió por sus pasos hasta el flameante doctorado en teología, que alguna mano negra trató vanamente de frustrar. El doctorado era cuestión de talento y codos, ampliamente comprobados en este caso, pero no bastaba en aquellos floridos tiempos demostrar ciencia y santidad para aspirar a las Sagradas Ordenes. Se prerrequería una cosa tan elemental y tan poco aérea como estar en posesión de un beneficio eclesiástico que asegurase la "congrua sustentación" del ordenando. Lo escribo sin saberlo pronunciar: *Bell-lloch*, obispado de Gerona. Gracias a un beneficio aquí vacante pudo ordenarse San José Oriol. Rentaba un *escudo de oro de cámara romano* = siete pesetas anuales. Beneficio real y simbólico a la vez, respaldado por el beneficio puramente real de un amigo sincero que se comprometió a suplir con una renta anual. Transcurre casi un mes entre la consagración sacerdotal y la primera misa, que no sé cuándo aprenderemos a llamar *la segunda*... Una primera misa solemne o rezada. Lo mismo da. Es la primera misa de un santo, que pasa a ocuparse de la preceptoría de la familia Gas-

neri, alto militar de origen milanés. Pepito tiene seis años y Paquita dos todavía. Vive con ellos en familia durante diez años. Es ésta una vida de familia algo especial, porque, desde que sucedió el prodigio del pavo, se ha decidido a comer solo; y a pan y agua nada más. Muy sencillo: que en la abastecida mesa de los Gasneri José trinchó pavo, pero al servir su plato notó el brazo inmovilizado. Insistió dos veces, y lo mismo. Una mano como de hierro le atenazaba. Mano fuerte y dulcísima, que señalaba una ruta nueva. Un camino de austeridad extremada que no endureció su semblante. El rostro macilento a medida que se iba enflaqueciendo parecía adquirir mayor ternura.

Pepito hace la primera comunión a los diez años y Paquita a los ocho. El santo preceptor los ha preparado con mimo y reciedumbre a la vez. No es que viva consagrado a ellos exclusivamente. Hace unos años que en Barcelona se han establecido los de San Felipe Neri con su género de vida tan peculiar. Tienen vida común, pero son extraordinariamente abiertos, fieles al espíritu peculiar del santo fundador. José Oriol se siente como un miembro más de la Congregación. No le han preocupado nunca esas sutiles cuestiones de frailes o no frailes. En la iglesia del Oratorio confiesa, celebra misa, reparte la comunión. Es hombre que no deja los libros y predica unos sermones poco elocuentes, pero que llegan a las almas y producen consuelo. Hay colas ante su confesonario, y los filipenses están convencidos de que es un santo, aunque ignoran que ayuna a pan y agua durante todo el año...

¿Por qué José Oriol no vivió con mamá Gertrudis, viuda? Tampoco vivió San Pío X con su madre, amándola tanto. Tiene sus exigencias el apostolado. Y tienen a veces los santos esta precaución de no hacer partícipes de sus "líos" a los seres más queridos. Estuvo siempre pendiente de ella y recogió su último suspiro.

Año 1696. Con bordón y sayal de peregrino, con los ojos puestos en las estrellas y las manos mendigando el pan, José Oriol se dirige a Roma. Es la romería de un corazón ardiente al sepulcro de los santos apóstoles... Los hijos de San Felipe Neri le ven llegar a Roma empujado por su fervor. Un ilustre conterráneo suyo había llegado años antes a Roma para agenciar un beneficio eclesiástico. Merodeaban los clérigos españoles en Roma esperando una vacante en la Península. San José de Calasanz no quiso esperar ocioso y encontró en Roma el centro de sus grandes realizaciones. Dura prueba supuso Inocencio X para su obra. Ahora reina un Papa radicalmente distinto en algún punto: Inocencio XI, el papa Odescalchi, hoy Beato Inocencio XI, que señala el puesto definitivo de su vida. El cardenal Coloredo es oratoriano e Inocencio XI lo estima en mucho. El puesto del santo barcelonés está en Barcelona. Allá debe volver para hacerse cargo de un beneficio en Santa María del Pino. No hay canónigos en esta iglesia. Solamente hay beneficiados y por debajo de éstos toda una teoría de capellanes, pasioneros y vicarios. Toda una vida compuesta de detalles a los que hay que ser fiel. Le acaban de nombrar "apuntador y bolsero". Horrible tarea la de controlar ausencias y retrasos. Más horrible aún la de dividir y subdividir las *partitiones inter praesentes* conforme a un sistema equitativo. El cargo de enfermero le va mejor. Visita y socorre, con sentido de la exactitud, con una caridad controlada que rehuye improvisaciones. Su régimen alimenticio le ha permitido hacer unos ahorros: 311 libras catalanas, que pasan a constituir la fundación de 48 misas por los pobres muertos que no tienen sufragios...

Llega siempre antes de comenzar el coro y permanece de rodillas junto a su silla coral hasta que se inicia la función litúrgica. Prefiere celebrar tarde la misa para así tener más horas de preparación. Todo se va aclarando. Corren los niños a su paso y se detiene con ellos en cualquier pórtico. Hay siempre gente esperándole en la capilla del Santísimo. Visita las cárceles, los hospitales. Va y viene sin hacer ruido, pero todos saben que hace grandes milagros. El lo sabe también, y de todo da cuenta a su director espiritual, fray Juan de la Concepción, que es carmelita descalzo y le conduce por senderos de exigencia y humildad. San José Oriol lee mucho a San Juan de la Cruz. No se toma ni las vacaciones a que tiene derecho en su beneficio. Camina siempre a pie con sotana y manteo limpísimos. Suele andar sin sombrero. (Por eso está tan nuevo el sombrero que se conserva entre sus reliquias.)

Nueva tentativa. Peregrino otra vez. Varios años llevaba en su beneficio cuando emprendió otra aventura, mejor: la misma aventura no lograda. ¡Qué misionero soñador se esconde bajo la negra muceta del beneficiado! El cura de Ars no creía en una vocación sacerdotal sin arrebatos misioneros. Cercano a Marsella le venció la enfer-

medad y hubo de regresar a Barcelona tras un mandato categórico de Nuestra Señora, que le mostró ya claro para siempre su camino.

Ha cumplido cincuenta y un años. Tiene hecho testamento desde antes de emprender la aventura misionera que Dios no quiso coronar. Es el hombre ordenado en todo, que dispone de su pobreza con la misma seriedad de quien tiene mucho que dejar: sus ropas corales, sus libros, apenas nada más. Ha sido el hijo de laboriosos artesanos que han sabido valorar el fruto del trabajo, no ciertamente con sentido maeztiano. Hasta ha sabido quejarse de que los franceses encarecían la vida, atento a la preocupación vital de la gente pobre, la más cercana a él. Si subís a su buhardilla la hallaréis paupérrima. Pero nadie tiene por qué saber el mérito de tanta pobreza. Sabe el día y la hora en que va a morir y recoge el lugar. Después del coro de la tarde ha confesado a sus penitentes y se dirige a casa de unos buenos amigos: los Llobet. Todo se sucede según el plan de Dios, no ignorado por él. Diariamente se ha confesado antes de celebrar misa. Ahora es la última confesión y la última comunión..., la unción postrera.

Los ojos inmensamente azules se han clavado en la eternidad. Pero flota como un nimbo de belleza sobre la faz macilenta del santo beneficiado, en continuos cambiantes que impiden a los pintores fijar sus rasgos con exactitud. Mientras el pueblo se reparte sus ropas en febril afán de reliquias, en su semblante se posa la serenidad de los cielos. No conozco un santo que más me cierre el camino de las evasivas. He aquí a un amigo barcelonés hecho todo de ternura y exactitud. ¿No recuerdas haber conocido otros más por este estilo? Resulta fácil intuir a San José Oriol.

JOSÉ MARÍA DÍAZ.

BIBLIOGRAFIA

Acta Apost. Sedis, I (1909) p.605s: buena síntesis de su vida en la bula de canonización.
BALLESTER DE CLARAMUNT, J., *Vida de San José Oriol, presbítero:* la vida más completa (Barcelona 1909).
Otras biografías por ANZIZU y MASDÉU, y en italiano por SALOTTI.
BUTLERS, *Lives of the Saints,* refund. por THURSTON y ATTWATER, t.1 p.666s.

24 de marzo

SAN GABRIEL ARCANGEL

Dios es el único ser que no tiene historia. Todos los seres creados son, en mayor o menor medida, seres históricos: nacen, evolucionan, mueren. Sólo que la historia de cada uno tiene un signo diferente, según el lugar que ocupe en la jerarquía ontológica. A medida que se asciende de lo inerte a lo sensitivo y de lo irracional al mundo del espíritu, la historia va enriqueciéndose y entrañándose en la esencia misma del ser. Por eso el hombre es el ser más histórico de todos los que pueblan la tierra. Sobre el cimiento de unas pocas tendencias universales y permanentes de su naturaleza, cada hombre participa en la historia general de la humanidad desde un ángulo propio e irrenunciable. Del hombre, y sólo del hombre, cabe hacer biografía. Una piedra, como tal, no tiene biografía, aunque las piedras, en su conjunto, tengan también historia.

Pero ¿y los ángeles? Hay, ciertamente, una historia universal de los ángeles, criaturas de Dios; una historia que ha quedado escrita en los Libros Sagrados, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Los ángeles nacieron de una palabra de Dios. Pronto, rebeldes unos, fieles otros, se bifurcó para siempre su historia colectiva en dos inmensos bloques, de luz y de sombras, de odio y de amor. La inmensa mayoría de los ángeles, espíritus puros, han quedado sin nombre y sin hazañas extremas. Sólo Dios sabe sus nombres y sus papeles en el gran teatro del mundo. Para nosotros son como anónimas estrellas fugaces, que de vez en cuando cruzan el firmamento del espíritu. Así los que se aparecieron a los pastores de Belén, anunciando la paz a los hombres de buena voluntad; el ángel de Getsemaní, que confortó a Cristo en su agonía; el que traspasó de una lanzada el corazón de Santa Teresa; tantos otros, que pusieron un momento de luz en la vida de algunos elegidos de Dios y se desvanecieron para siempre.

Mas hay unos ángeles, muy pocos, que tienen, además

de esa historia anónima y colectiva, algo así como una biografía personal. Entre esos pocos—San Miguel, el capitán de las huestes angélicas contra Luzbel; San Rafael, el compañero de peregrinación de Tobías—ocupa puesto preeminente el arcángel San Gabriel.

Por de pronto, San Gabriel tiene uno de los nombres más bellos que ha podido troquelar el lenguaje humano: "hombre de Dios, hombre en que Dios confía"; o también, como San Gregorio glosa, "el fuerte de Dios".

Cuando Dios va a hacer uso de su poder sobre el mundo, en su manifestación más excelsa, la de la Redención, elige como mensaje, como su embajador y plenipotenciario, a este soberano arcángel. Tres veces le vemos surgir corpóreamente en la historia de la humanidad. Se aparece en primer lugar, a Daniel—allá en el año tercero del reinado del rey Baltasar—para revelarle el sentido de la visión del combate entre el carnero y el macho cabrío. Lo hace en figura de varón y sobrecoge al profeta, que, de bruces y espantado, le contempla con un estremecedor anuncio para días lejanos: "Entiende, ¡oh hijo del hombre!, esta visión, que es para el tiempo final" (Dan. 8,15ss.). Pero aún recibirá Daniel una nueva visita del celestial mensajero, al iniciarse el imperio de Darío; y en ese encuentro se traslucirá la inmensa profundidad de la misión que Dios confía al arcángel. Mientras el profeta está postrado ante Yahveh, en ayuno, saco y cenizas, al caer la tarde, rogando y confesando sus pecados y los pecados de su pueblo y presentando su oración al Señor "grande y terrible", irrumpe Gabriel en raudo vuelo y silueta de hombre, y le anuncia las setenta semanas decretadas por Dios sobre el pueblo y su ciudad santa para expiar la iniquidad, traer la justicia eterna y ungir al Santo de los santos: "siete semanas y setenta y dos semanas hasta la llegada del Mesías príncipe (Dan. 9,1ss.).

Cuando ese plazo de Dios se cumple, el arcángel San Gabriel vuelve a la tierra con perfil de mancebo, penetra en el gran templo de Jerusalén y llega a Zacarías, el sacerdote del turno de Abías, desposado con Isabel, la hija de Aarón. El temor sobrecoge y turba al venerable sacerdote. Mas el arcángel le tranquiliza y anuncia que su oración ha sido escuchada: su mujer le dará un hijo, a quien pondrán por nombre Juan, y será gozo y alegría para él y para muchos, grande a los ojos del Señor y lleno del Espíritu

Santo desde el seno de su madre. Un hijo precursor del Señor de Israel que volverá a los rebeldes a la prudencia de los justos y preparará al Señor un pueblo debidamente dispuesto. Zacarías no acierta a comprender cómo le llegará ese regalo, en que se cifra la ilusión de toda su vida. El ya es viejo y su mujer estéril y avanzada en sus días. Pero el ángel le abre la inmensa perspectiva del misterio: "Yo soy Gabriel, que asisto ante Dios y he sido enviado para hablarte y darte estas buenas nuevas." Desde ahora Zacarías permanecerá mudo hasta el día en que se verifique el prodigio, por no haber dado fe a las palabras del enviado, que se cumplirán a su tiempo. Escasos meses tendrán que transcurrir para que la familia de Zacarías se alegre con la realización de la promesa y para que un más extraordinario acontecimiento conmueva al pueblo de Israel (Lc. 1,5ss.).

Va a sonar la hora que el arcángel anunció al profeta Daniel. Y en esa hora retornará por tercera vez Gabriel a Palestina para consumar la más alta embajada que jamás conocieron los siglos: el anuncio de la encarnación del Verbo a la Virgen María.

Tres rastros de luz nos permiten vislumbrar la suprema hermosura de ese momento: uno, en los lienzos de Fra Angélico; otro, en las páginas evangélicas de San Lucas; un tercero, en el pensamiento teológico de Santo Tomás.

Estos tres rastros son *palabra hecha luz;* luz que es calor y perfil de amanecer, Verbo encarnado y verdad de salvación. Porque el arcángel Gabriel es el portador de la palabra omnipotente, el gran mensajero, el primer embajador de Dios a los hombres.

Contemplemos la escena de su mensaje con nuestros ojos del cuerpo, poniéndolos sobre la tabla del Angélico. A la izquierda, entre el verde follaje del paraíso perdido, Adán y Eva, la primera pareja humana, que se aleja bajo la pesadumbre de su culpa. Arriba, sobre una ráfaga de oro, el Espíritu divino, y a la derecha, bajo una tenue y transparente luz de amanecer, el inefable espectáculo de la reconciliación entre Dios y la naturaleza humana, que se anuncia en el saludo del ángel, bajo la bóveda azul, tachonada de estrellas de oro, sin más testigo que la golondrina silenciosa sobre la barra de hierro entre las esbeltas columnas. El arcángel se inclina reverente ante la Vir-

gen con sus brazos cruzados. Hay en él una armonía de amapolas y de trigo maduro; hay en Ella un juego de rosas y azul. La ráfaga luminosa del Espíritu toca apenas las alas y la aureola del arcángel y besa el pecho inmaculado de la doncella, que acepta el mensaje. Todo es elegancia, suprema elegancia de cuerpo y de espíritu, que es el signo de lo angélico.

Para poner sonido de este mudo cuadro de colores divinos, se nos acerca San Lucas y nos repite con sobrecogedora sencillez las palabras del arcángel.

Gabriel, enviado por Dios a Nazaret de Galilea, está ante María, la Virgen desposada con José, el varón justo de la casa de David. Y entrando a ella le dice: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo." Se turba la Doncella al oír estas palabras y busca el significado de la desconcertante salutación. Y el ángel la serena: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin."

María, suavemente, pregunta: "¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?" Y el ángel descorre el velo del inmenso enigma: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril, porque nada hay imposible para Dios." María, rendida y humildemente, acepta: "He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra." El ángel parte. La Redención ha comenzado. La misión del embajador ha quedado soberanamente cumplida (Lc. 1,26ss.).

Pero a los hombres—a estos pobres seres que somos los hombres—nos quedan, atenazantes, unas cuantas preguntas. Para que Dios viniera al mundo a redimirnos, ¿era necesario este insólito anuncio a la Santísima Virgen, a través de un arcángel? ¿No había sido ya objeto de una profecía de predestinación el misterio de la Encarnación del Mesías en el seno de una Virgen? Y si la Virgen María tenía esa fe en la Encarnación y creía en ella con invencible certeza, como indiscutiblemente creía, ¿para qué el anuncio a través de un ángel? Aún más: si concebir en el espíritu es algo superior a concebir en el cuerpo, y son muchas las almas santas que conciben espiritualmente, ¿para qué era necesario y cómo fué posible que la Virgen de las vírgenes recibiera esa noticia de boca de una criatura, aunque fuera arcángel? La mente, a la vez poderosa y angélica de Santo Tomás de Aquino, se hace problema de estos misterios y nos abre perspectivas de luz (*Summa Theologica* 3 q.30). La anunciación a María era necesaria, no con necesidad absoluta, pero sí con necesidad relativa, de conveniencia, porque la unión del Hijo de Dios a María debía hacerse gradualmente y porque antes que concibiera a su Hijo en la carne, el espíritu de la Virgen tenía que estar advertido de la insondable maravilla. Con razón San Agustín ha podido decir que María fué más feliz al abrazarse a la fe en el Cristo que se le anunciaba, que al concebirlo en su carne. Pero, además, al ser instruída por Dios del gran misterio a través del ángel, se transformaba la Virgen Madre en el testigo más seguro y podía ofrecer a Dios, sin demora, el don voluntario de su ofrenda, de su entrega y servicio, que dejaba sellado, externa y solemnemente, el matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana entera.

Pero ¿por qué ese anuncio tenía que hacerse a través de un ángel? Si Dios se revela directamente, sin intermediario, a los ángeles supremos y si María está por encima de todos los ángeles, ¿por qué no le haría Dios directamente a Ella la revelación del misterio? De otro lado, si en el orden humano establecido por Dios, las mujeres, como enseña San Pablo, deben ser instruídas de las realidades divinas por sus esposos, ¿por qué el misterio de la Encarnación no fué anunciado a la Virgen bienaventurada a través de San José, en vez de serlo por mediación del arcángel? Y aún más: Si Dios eligió a un ángel para transmitir su palabra, ¿no debía haber sido uno de los ángeles de la jerarquía suprema, la de los serafines? Sin embargo, el texto revelado de San Lucas es inequívoco: Dios eligió precisamente a un arcángel, al arcángel Gabriel, para ser su mensajero en la Anunciación a María. Y convenía que así fuese por tres razones principales, que desgrana el genio teológico de Santo Tomás.

Dios, en su plan de gobierno del universo, reveló los misterios a los hombres por medio de los ángeles. El ar-

cángel Gabriel dió a conocer a Zacarías el próximo nacimiento de su hijo, el profeta Juan, y el mismo arcángel completaría el anuncio revelando a María el misterio por excelencia de la Encarnación del Verbo.

En segundo lugar, la humanidad debía ser regenerada por Cristo. Si un ángel de obscuridad, bajo forma de serpiente, causó la perdición de la primera mujer, convenía que un ángel de luz restaurara la paz entre la humanidad y Dios, a través de otra mujer: la Virgen María.

Por último, esa virginidad misma de la Madre de Dios requería que fuese un ángel el que le anunciara la Encarnación, porque la vida de las vírgenes es como una vida de ángeles sobre la tierra y aunque la que había de ser Madre de Dios era ya superior a los ángeles por la dignidad a la que había sido divinamente elegida, sin embargo, su estado de vida presente, de vida corpórea, la hacía inferior a ellos y entraba dentro de la armonía de los planes divinos que fuese un ángel quien se acercase a ella para anunciarle la Buena Nueva. Y ese ángel no tenía por qué pertenecer a la jerarquía suprema de los serafines, sino ser el primero del orden de los arcángeles, porque a los arcángeles les corresponde la misión de intermediarios, de mensajeros entre Dios y los hombres. Y Gabriel—recordemos—es, por su nombre mismo, "el fuerte de Dios". ¿Quién mejor que él para anunciar a una criatura humana que llegaba a la tierra el Señor de todo poder y de toda verdad?

Todavía puede asaltarnos una duda o reproche: ¿por qué Gabriel, el ángel anunciador, tomó forma corpórea para aparecerse a la Virgen? ¿No hubiera sido más alta una visión espiritual o, a lo más, una visión imaginativa, como la de San José durante su sueño? ¿No se hubiera evitado así la turbación que, según el Evangelio mismo de San Lucas, produjo a la Virgen la aparición corporal del ángel? Sin embargo, la revelación no nos permite dudar de que el arcángel Gabriel se apareció en forma corpórea a la Virgen María, con rostro rutilante, vestido resplandeciente, en actitud admirable, según le describe San Agustín: "Facie rutilans, veste coruscans, incessu mirabilis."

Podía, en verdad, haberse dado una visión espiritual o imaginativa, pero había, según el Doctor Angélico, poderosas razones de conveniencia para que la aparición fuese bajo forma corpórea. Primero, por el mensaje mismo, ya que lo que en ángel venía a anunciar era la encarnación de un Dios invisible y esta idea se hacía más clara y rotunda si una criatura invisible, como un arcángel, tomaba forma visible al acercarse a la mujer elegida entre todas las mujeres para ser Madre de Dios.

Segundo, por la dignidad misma de la Virgen Madre que había de recibir al Hijo de Dios no sólo en su seno corporal, sino también en su espíritu; y para ello importaba que sus sentidos exteriores fuesen reconfortados, al mismo tiempo que su espíritu, por una aparición angélica.

Finalmente, para que el extraordinario mensaje lograra el necesario grado de certeza, era conveniente que llegara al espíritu por vía de los sentidos, ya que el ser humano capta con mayor seguridad lo que ven sus ojos que lo que forja su imaginación.

Y no importa que esa aparición corpórea produjera turbación en la Virgen. Siempre que una fuerza superior del espíritu actúa sobre nuestras vidas, sea a través de visiones imaginativas o de apariciones sensibles, experimentamos turbación. Pero eso es motivo de honor y no de humillación, porque ese estremecimiento en las potencias inferiores tiene precisamente por causa el hecho de la elevación del espíritu a un plano más alto. Y, además, en el caso de la Virgen María, la turbación no fué de duda—como la de Zacarías frente al mismo arcángel Gabriel—, sino de humildad y pudor, y mereció la inmediata palabra tranquilizadora del mensajero: "Ne timeas", "No temas", y la plena revelación del misterio. Santo Tomás subraya agudamente—glosando a San Lucas—que lo que turbó a la Virgen no fué la vista del ángel corpóreo, sino el insondable mensaje que brotaba de sus labios; un mensaje que el arcángel cumplió en un orden perfecto, consecuente con la triple finalidad de su misión. Gabriel tenía que poner al espíritu de la Virgen en actitud de expectativa ante una gran realidad; y por ello la saluda con un saludo nuevo e insólito, al llamarla "llena de gracia", y al decir que el Señor está con Ella y que es bendita entre todas las mujeres. Además, el ángel debía instruir a la Virgen en el misterio de la Encarnación que iba a tener lugar en Ella, y lo hace con las delicadas palabras de que "concebirá en su seno" y de que "el Espíritu Santo vendrá sobre Ella". Y, por último, el ángel debía obtener del corazón de la Virgen una palabra de consentimiento, y para lograr-

la, evoca el ejemplo de su prima Isabel, grávida en su ancianidad, y, sobre todo, descorre el velo del misterio de la omnipotencia divina.

Esta es la breve y divina historia del arcángel Gabriel. Su *palabra* vence al tiempo y nos llega viva a nosotros cada vez que releemos el relato evangélico o que rememoramos la figura del enviado del Señor. Una palabra que nos abre los oídos del espíritu al ser último de todas las cosas; *palabra de fe* en el Dios Omnipotente. Una noticia que nos abre, como a la Virgen María, los ojos del alma a la belleza de la patria que no vemos; *palabra de esperanza* en la promesa, que garantiza con su sacrificio y con su redención el Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho Hombre en las entrañas de María. Un mensaje, por último, que nos abre el corazón, nuestro duro corazón de piedra, al latido del amor; *palabra de caridad* enardecida por el Espíritu, que liga al cielo y la tierra, al hombre con Dios.

¡Oh tú, arcángel San Gabriel, embajador de Dios, patrono de todos los embajadores y mensajeros de la tierra, de todos los que tienen que cumplir misiones cerca de los hombres; tú a quien contemplamos amorosamente en silencio, empújanos a ser incansables heraldos de la pureza y de la humildad de María y de la realeza y la magnanimidad de Dios!

JOAQUÍN RUIZ GIMÉNEZ.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boil., 26 de marzo.
Véanse los *textos de la Sagrada Escritura: Daniel* 8,15s.; 9,1s.; *Lucas* 1,5s.26s. Asimismo, SANTO TOMÁS, *Suma Teol.* 3 q.30.
BARDENHEWER, A., *Mariä Verkündigung:* "Bibl. Studien", 10, V, p.48s. (Friburgo de Br. 1905).
WICKENHAUSER, A., artículo *Gabriel:* "Lex. Theol. Kirche", IV col.252s. (Friburgo de Br. 1930-1938).
Artículo *Gabriel:* "Encicl. Catt.", V col.1833s.
Artículo en "Dict. Théol. Cath.", (París 1909).

25 de marzo

LA ANUNCIACION

¿Cómo fué María? ¿Cómo fué Gabriel? ¿Cómo fué aquella aurora resplandeciente para los hombres? ¿Cómo vino el sol tan callandito y se hizo de día sin que los hombres lo supieran? ¿Cómo fué Gabriel?

¿Imagináis? Es verdad que en los pintores del Renacimiento, como en el veneciano Pennacchi, vemos a María reclinada sobre silla de oro, vestida de seda y de brocado, en estancia lujosa a cuyo fondo se desvanece una perspectiva urbana de pináculo y perros fugitivos. Gabriel, en estos cuadros, despliega la gloria de sus alas, llenando la estancia mientras están frescas las azucenas del búcaro, que—como en casi todas las catedrales españolas—, son el símbolo de la pureza de María y el recuerdo cristiano de este momento. Gabriel abre su mensaje, sobre la filacteria, donde caracteres aún góticos dejan ante nuestros ojos las palabras mágicas: "Ave María, gratia plena...".

Pero ¿fué así de veras? Lástima que la ley mosaica prohibiese pintar y esculpir imágenes, lo que ha hecho imposible la existencia de una iconografía contemporánea de nuestra Madre. ¡Si ni siquiera tenemos el rostro de María! En las catacumbas de Priscila, de principios del siglo II, está la más antigua imagen de María. Pero en tal estado que apenas si se advierte la figura de María sentada, con el Niño en brazos, morena la piel, las líneas suaves y las cejas pobladas.

En las mismas catacumbas está también la primitiva representación del gran momento. Y censurada por San Juan Crisóstomo, a quien no gustaba que el ángel fuese sustituído por un joven, porque tal restaba sobrenaturalidad a la escena. Un curioso libro del padre Interiam de Ayala, publicado en 1730, señala otros errores, como el herético de Valentino, en el que un cuerpecillo baja al seno de María en el raudal de luz celeste, y critica los fondos de palacios suntuosos, las vestiduras sacerdotales o la avanzada edad

del ángel, así como la falta de equilibrio religioso o de dignidades en la escena.

Buscad, si queréis, en la historia de la pintura, de la escultura, de la miniatura... En los museos de antiguas ropas sacras y en las colecciones de miniaturas. En todo tiempo, y sobre todo durante el gótico y el románico, la Anunciación es el tema más querido de los artistas. Desde las grutas de Brudisi, del siglo XII, hasta hoy. Llenando el cántaro en la fuente, como en el díptico de Bugatti, o con anteojos y rezando el rosario, que pone a la Señora un pintor andaluz. En las planas y devotas pinturas del Giotto y Fra Angélico, de fray Lippi, de Cosa, de Ferrer Bassa, de Van Eyck...

Pero más nos gustan esas devotas y simples Anunciaciones que en los retablos levantinos anónimos, en los pórticos de las catedrales, en los remates de las columnas de los claustros, reviven la gran escena con la simplicidad admirable de una devoción fervorosa.

Pero... ¿cómo fué María? ¿Cómo fué Gabriel?

Bien sabemos que no había reclinatorios de oro, sino esterillas para el suelo, el suelo de tierra apisonada, endurecida, si acaso con algunas losas de piedra. Bien sabemos que no había estancias lujosas, sino una habitación interna, sin luz, o acaso el patio interior de la casa de María, con un brocal para el pozo, una parra para el sol y un poyo de piedra para el cansancio. Bien sabemos que no había perspectiva de pináculos y torres, ni senderos floridos de setos, sino, en todo caso, la sencilla visión de una callecita aldeana, con gallinas picoteando al sol, balidos lejanos, niños jugando en la tierra, el paso alegre de unas muchachas o el cansino y lento caminar de unos bueyes camino de la fuente comunal.

"El ángel entró a donde ella estaba...".

Sí. María estaba en su estancia, seguramente ese cuartito escaso de luz donde resplandecería misteriosamente la figura de Gabriel, correo de Dios. Como varón, igual que se presentó a Daniel en Babilonia. Su luz, sin duda, hizo ver a María, junto a las palabras, que aquél era un enviado de lo Alto.

María tenía su corazón lleno de la esperanza del Mesías. Había decidido consagrarse a la oración. Dar a Dios su virginidad total a cambio de que Yahvé apresurase el envío del que habría de redimir a los hombres. ¡Los hombres! ¡Qué triste y larga historia de caídas, de cobardías, de suciedad, de blasfemias, de idolatría, de pecado, de lodo, de pobre miseria humana! Desde el día triste en que Adán y Eva pierden el favor del Creador, los hombres esperan que una mujer quebrante la cabeza de la serpiente. Los profetas han ido trayendo retazos de esperanza. Han indicado dónde nacerá y de quién, de qué familia, y cómo ha de morir, y cómo han de jugarse los hombres sus vestidos. La esperanza del mundo ha ido haciéndose más intensa, más dolorosa, a medida que los hombres mismos han ido cayendo cada vez más abajo por el camino abrupto de las cobardías y las traiciones a la Ley.

Sobre este mundo corrupto, en cada generación un puñado de hombres buenos montan la guardia de la esperanza. Muchos morirán sin ver el gran día. Pocos podrán tener la suerte de Simeón, a quien el Espíritu ha revelado que no morirá antes de haber visto al Ungido del Señor. Pero la esperanza se ha conservado intacta, de corazón en corazón, como en relevos, hasta llegar a este día. La Doncella piensa en los libros, medita los salmos de su antecesor, el profeta y rey David, madura su corazón en lenta espera. María no espera al Salvador como a caudillo político, a cabeza de rebelión contra Roma. No ve en él, simplemente, un mejorador de la existencia humana del pueblo elegido. Sabe que esta salvación ha de ser total, definitiva, eterna. Zacarías, Ana la profetisa, Simeón, han tenido indicaciones de que el tiempo está ya cercano. Y María, que nace limpia de pecado, elegida ya desde siempre por la voluntad del Padre, está siendo cultivada por Dios mismo en esta ansia de ser mediadora, de ser holocausto, de ser tierra madre donde la semilla de Dios ha de germinar, para que crezca Jesús-Arbol, a cuya sombra el mundo tendrá sentido y la Redención pesará sobre sus secas ramas en forma de cruz. Dios mismo es quien hace nacer en el corazón de María la decisión de consagrarse. De ser santa, tabernáculo, primera custodia que mostrará a los hombres la redondez blanca de Cristo.

¿Imagináis, pues, con qué mesurada ansiedad estaría María dispuesta para algún desconocido signo que le mostrase, al fin, la voluntad de Yahvé? ¡Cómo sería remanso, para que en aguas plácidas se reflejase complacido el rostro del Padre! ¡Cómo sería silencio, para que la voz espe-

rada resonase claramente! ¡Cómo sería "sí" para ayudar al Padre en la gran redención de los hombres!

María, llena de suspiros.

Pero un rosal necesita apoyo. Necesita muro que le guarde de los vientos, de la cellisca y de la nieve. Hacía falta el muro. Hacía falta José. María y José se desposan. José será la sombra ancha y fuerte que necesitarán María y Jesús. Ambos, José y María, han decidido vivir juntos su vida de virginidad. Dice Williams que "la vida oculta de Jesús influía ya de antemano en María y José". Y así, tras la apariencia ordinaria de unos desposorios vulgares, se escondía nada menos que la preparación del hogar de Jesús.

Es en este momento—sexto mes tras la noticia de la concepción de Isabel—cuando Gabriel es enviado por el Señor "a una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, a una Virgen que estaba desposada con un varón llamado José, de la casa de David". Es ahora cuando María está en su cuarto, recogida en silencio y soledad, como un álamo suspirante de pájaros. Y Gabriel, hecho ascua de luz, delante de la doncella, da sus palabras de fuego y de sonrisa.

¿Cómo fué, María? ¿Cómo fué, Gabriel?

Vendría el ángel vestido de impaciencia. Traía, como flechas en aljaba, las palabras de Dios que disparar al corazón esperante de María. Vendría vestido de prisa y con el vestido rojo del amor. Con la sonrisa misma del Padre: "Ve a Ella y sonríele de esta manera." ¿Verdad que podemos pensar, enamoradamente, en cómo el Padre instruiría a Gabriel, en cómo le enseñaría a decir las tremendas palabras del saludo, de la felicitación, de la promesa y de la responsabilidad?

"¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo!"

Tú ya sabes, María, que eres llena de gracia. Es el tuyo, Señora, un conocimiento exacto, rotundo, sin pizca de vanidad humana, con plena conciencia de lo que eres. Tú ya sabes que el Señor está contigo, porque seguro que has venido sintiendo estos años su presencia, porque de algún modo Él tiene que haber estado en contacto contigo, aunque sólo sea convirtiendo tu oración en misterioso diálogo. Tú ya sabes que eres la única criatura a quien Dios pueda saludar así, porque, desde Adán, ningún ser humano ha estado lleno de gracia y ha poseído al Señor como Tú.

"Ella se turbó por tal lenguaje y consideraba qué podía significar aquel saludo..."

No era, no, un susto de los sentidos. Era ya el presentimiento del gran momento. María se sabe de Dios, pero ¿qué es lo que habrá de exigirla? ¿Cuál será su voluntad? Ni aun María, criatura del Padre desde su concepción sin pecado, es capaz de imaginar los planes de Dios. Por esto se turba María; esta es la dirección del "consideraba". Pensar en qué manera, Señora, vas a ser utilizada para la Redención, es algo, sin duda, esperado y, sin embargo, capaz de turbar incluso esta alma tuya, que no ha de sentir nunca las oleadas de los hombres. Pero he aquí que ya está el Padre previniendo con exquisito, con delicado amor, el pasmo de María:

—"No temas, porque has hallado gracia delante de Dios."

No temas, Señora. ¿Recuerdas ahora las palabras de Isaías?

—"El pueblo que andaba entre tinieblas y sombras de muerte ve una luz potente. A los que moraban en el país de oscuridades de muerte les brilla una luz. Tú multiplicas el pueblo y aumentas su alegría... Porque nos ha nacido un niño y se nos ha dado un hijo; sobre sus hombros descansa el señorío..."

María, absorta, tiene ya su corazón en calma. Sabe que es Yahvé mismo quien habla por boca del ángel, y que sus palabras están anunciando su destino, están diciéndole lo que se espera de Ella. Aún antes de que el ángel termine de hablar, María está diciendo que "sí" con los ritmos de su corazón. Pero Gabriel sigue:

—"Mira, vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin."

Este es el momento, el gran momento por el que han suspirado los siglos. Las profecías ya tienen sentido y las palabras empiezan a encajar en sus sitios como ladrillos de un muro. La esperanza misma tiene nombre. Se llama Jesús y viene por los caminos de María, doncella de Nazareth.

Fuera de esta estancia, ya comprendéis, todo sigue igual. Las gallinas siguen picoteando al sol, jugando los

niños en los charquitos de la calle, lejanos los hombres negados al misterio, encerrados, bobos ellos, en su prisa, su olvido, su risa y su ignorancia. No ha pasado nada fuera de esta estancia. No ha habido lluvia de estrellas, ni se ha incendiado una zarza, ni el sol ha girado en sí mismo, ni se ha eclipsado la luz. Los hombres, bobos ellos, no saben que la Luz ha venido a este mundo. Que la Luz está ya en este mundo, aunque este mundo no la conocerá sino demasiado tarde para advertirla en sí misma.

Pero aún María querrá allanar los caminos. Y pregunta a Yahvé mismo, a través de Gabriel, con la sencilla admiración de su pureza:

—"¿Cómo se efectuará esto, pues yo no conozco varón?"

—"El Espíritu Santo descenderá sobre ti—dice el ángel, explicando lección de teología, aunque casi no hace falta—y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en edad avanzada, y éste es ya el mes sexto para ella, que es considerada como estéril. Porque para Dios no hay imposibles."

María quiere saber. Saber cómo vendrá a Ella este Hijo misterioso. No es duda del poder omnímodo de Yahvé. Es el deseo, como dice algún comentarista, "de instrucción más precisa".

Y entonces María dice su palabra. Para los tiempos de los tiempos, esta será "la palabra" de María. Esta será la palabra que simbolice la aceptación gozosa de la voluntad de Dios: "Hágase." Es el "sí" de la Señora, el "sí" que el mundo espera anhelosamente en medio de su desconocimiento. Los justos que esperan resurrección al paraíso, los hombres de las generaciones precedentes, contienen un momento el aliento para escuchar la voz sencilla y cálida de María, la voz que va a allanar de veras los caminos de Dios:

—"¡He aquí la esclava del Señor! ¡Hágase en mí según tu palabra!"

A la gozosa hora del mediodía, cuando huele a pan caliente y horneado, cuando los niños gritan a la salida de los colegios; cuando los bronces de los relojes dan la letanía de las horas; cuando el sol está más arriba, millones de hombres, a lo largo de los siglos, van a repetir en la emocionante plegaria del Angelus las palabras de María. Dios mismo no ha querido forzar las cosas. ¿No ven los fatalistas, los deterministas, los que pretenden negar la libertad humana, que Dios mismo necesita el "sí" del hombre para hacer su obra sin violentarle? ¿No ve el gran respeto del Padre por sus criaturas, cuando hasta su enviado espera la aceptación de esa muchacha de Nazareth para redimir al mundo? En aquel momento, María, con su "hágase", se abre como camino para que las cosas tengan sentido. Para que el hombre pueda reconciliarse con la herencia perdida y la historia se parta en dos.

"Hágase". La misteriosa palabra de María en la Anunciación.

José María Pérez Lozano.

BIBLIOGRAFIA

Cf. obras de carácter general: *Vidas de la Virgen* o de *Cristo*. Asimismo obras de *Liturgia*, como Schuster, Parsch, etc.
Kellner, K. A., *Heortologie* (1908).
Cabrol, artículo *Annontiation:* "Dict. Arch. Lit.".
Vailhe, S., en "Ech. d'Or." IX (1906) p.138s.
Jugie, M., en "Anal. Boll." vol.43 (1925) p.86s.

26 del marzo

SAN BRAULIO, OBISPO DE ZARAGOZA

(† 651)

Hacia el penúltimo decenio del siglo VI nace Braulio, quien más tarde habría de ser obispo de Zaragoza y el más ilustre prelado, después de San Isidoro, en la primera mitad del siglo VII de la España visigótica.

Aunque ignoramos el nombre de la madre y el del lugar de su nacimiento—ciertos indicios y alusiones de sus cartas parecen apuntar hacia Gerona, en tanto que otros

orientan hacia Zaragoza—nos es conocido, por San Eugenio de Toledo, el de su padre, Gregorio; y por San Ildefonso y el mismo Braulio, el de otro hermano suyo mayor, Juan, que habría de ser su predecesor en la sede zaragozana. El propio Braulio nos habla, además, en la dedicatoria de la *Vida de San Millán,* de otro hermano, Frunimiano, abad de cierto monasterio; y en sus cartas, de dos hermanas: Pomponia, abadesa, y Basila, acogida en la flor de su juventud y temprana viudez al mismo monasterio de Pomponia, superando así, como dice el ya citado San Eugenio, *con el brillo de sus méritos el lustre de su linaje.*

Los nombres de los miembros todos de la familia revelan claramente el origen hispano-romano de ésta; y como el mismo padre, Gregorio, terminó siendo obispo, según parece indicarlo un himno de San Eugenio, de una diócesis no identificada—¿tal vez de Osma?—, se nos ofrece aquí un ejemplar no raro en aquella época—baste recordar el del mismo San Isidoro, con dos hermanos obispos, Leandro y Fulgencio, y una hermana abadesa, Florentina—de una familia ilustre, de probada ortodoxia y religiosidad, con fácil y casi hereditario acceso a las altas jerarquías eclesiásticas.

La primera formación piadosa y cultural la recibió Braulio de su hermano mayor, Juan, a quien llama *su maestro en la vida común, en la piedad y en la doctrina;* verosímilmente, en la escuela aneja al monasterio de Santa Engracia, en la misma Zaragoza, del que debió de ser abad dicho Juan, antes de su promoción al episcopado.

De otro pasaje de las cartas de San Braulio parece deducirse que tampoco fué ajeno a aquella formación su hermano Frunimiano.

San Ildefonso nos habla del docto magisterio de Juan en las sagradas letras y de su pericia en el cómputo eclesiástico y en la liturgia, para la que hubo de componer algunos himnos y otras piezas elegantes; y San Eugenio lo celebra como distinguido en toda clase de disciplinas, y *a quien la misma Grecia se inclina;* frase esta última que parece aludir a su formación humanística.

Con tan competente maestro logró Braulio adquirir aquella perfecta y amplia formación, de la que tan gallarda muestra nos dejó particularmente en su epistolario, no sólo en todo el ámbito entonces explorado de las ciencias eclesiásticas, sino también en las letras clásicas y aun en la

poesía y la música, ya que también Braulio, como su maestro Juan y su discípulo Eugenio, llegará a componer la letra y la melodía de himnos sagrados, que fueron incorporados a la liturgia de la iglesia visigótica.

Pero la plenitud y madurez de esta formación hubo de cuajar en la escuela y al lado del gran San Isidoro de Sevilla. Empujado por la sed, nunca apagada, de aprender y atraído por el prestigio de este gran doctor de la iglesia española, se traslada Braulio a Sevilla, donde, sin que podamos precisar fechas, debió de hacer prolongada estancia o pasar parte de su juventud.

De esta permanencia de Braulio al lado de Isidoro, más aún que en plan de discípulo y maestro en plan de compañerismo íntimo y aun de colaboración, data aquella profunda, tierna y nunca entibiada amistad entre ambos hombres de cultura y siervos de Dios, teñida, en todo caso, por un discreto matiz de protección paternal, de parte del anciano y renombrado arzobispo hacia el joven arcediano y más tarde obispo de Zaragoza, que tan deliciosamente se revela en la mutua correspondencia.

De regreso ya Braulio en Zaragoza y nombrado arcediano de la misma, probablemente al ser promovido el año 619 a la sede episcopal su hermano Juan, le escribe Isidoro llamándole *carísimo y dilectísimo hermano. Señor en Cristo y amadísimo hijo;* le manda algún libro y le pide otro; le ofrece como obsequio y signo de amistad un anillo y un manto; y hace votos por volver a verle alguna vez, para que, *al que contristaste alejándote, de nuevo le alegres presentándote.* Corresponde Braulio con grandes demostraciones de cariño y admiración al que llama *el más grande de los obispos y el más excelso de los hombres, luminar esplendoroso e inextinguible;* expresa, a su vez, vehementes anhelos de volver a encontrarse; le pide las actas de cierto sínodo y, sobre todo, le ruega con insistencia el envío del libro de las *Etimologías,* al que se cree con especial derecho, por la promesa que Isidoro le tiene hecha, y por haber sido escrito a ruegos del mismo Braulio.

Promovido éste, por muerte de su hermano Juan, el año 631, a la sede episcopal de Zaragoza, de nuevo escribe al arzobispo de Sevilla una larga carta, llena de elegancia y de humor, en la que simulando unas veces enfados, otras, quejas doloridas, ya actitudes agresivas, ya súplicas rendidas y humildes, trata con todo ello de obtener el envío,

tan deseado y aún no conseguido, del libro de las *Etimologías.*

Esta vez el insaciable bibliófilo obtiene su ferviente aspiración, puesto que recibe de Isidoro, junto con otros códices, los de las *Etimologías;* aunque no como él los deseaba y había pedido *íntegros, enmendados y bien dispuestos,* sino, precisamente, para que llevase a cabo la enmienda—y ello es prueba del concepto que Braulio merecía a Isidoro—, que el propio autor, por falta de salud, dice no poder terminar. En toda esta correspondencia entre ambos siervos de Dios se advierte como una puja de mutua estima y de deferencias, de respetos y de confianzas, de caridad y de humildad, de piadosa devoción y de anhelos sobrenaturales, que encanta y edifica.

La presencia de ambos en el IV Concilio de Toledo, del anciano Isidoro en el cenit de su prestigio y autoridad, como presidente de la asamblea, y del recién nombrado y aún poco conocido obispo de Zaragoza—apenas si llevaría dos años en tal puesto—, debió de ser el último encuentro de los dos grandes amigos. Pero al fallecer, tres años más tarde, el arzobispo de Sevilla, Braulio viene a recoger, como por natural sucesión, la herencia moral y el prestigio de aquél, y a constituirse la primera figura de la iglesia española.

Ya en el Concilio V de Toledo, tres meses apenas de la muerte de San Isidoro, parece haber sido nuestro Santo quien dirige las deliberaciones y redacta los cánones, ordenados casi exclusivamente a la elección pacífica y seguridad de los reyes. Pero es, sobre todo, en el concilio siguiente, el VI de Toledo, donde el prestigio del obispo de Zaragoza se impone y resplandece. Sin ser él metropolitano, y a pesar de hallarse presentes cinco de éstos: el de Narbona, el de Braga, el de Toledo, el de Sevilla y el de Tarragona, San Braulio es el comisionado para contestar, en nombre de la asamblea que reunía obispos, como rezan las *Actas, de las Españas y de las Galias,* a la queja del papa Honorio I contra los obispos españoles, por supuesta negligencia o sobrada lenidad en la defensa de la fe.

Esta queja del Papa, motivada al parecer por una defectuosa información, tal vez por una interpretación inexacta del canon LVII del Concilio IV de Toledo, en el que se censuraban las conversiones de los judíos obtenidas por la coacción, es rechazada por el portavoz de los obispos, con gran decisión y apostólica libertad, a la vez que con respetuosa y filial veneración al Pontífice, e inequívoco reconocimiento del primado de la cátedra romana. Por causas que ignoramos, San Braulio no asistió al Concilio VII de Toledo, que fué presidido por su antiguo discípulo y arcediano, ahora arzobispo de la sede primada, Eugenio, de quien el había hecho un teólogo, un poeta y un santo.

Las señaladas posición e influencia preeminentes de San Braulio en la iglesia visigótica española perdurarán ya hasta su muerte. A él acudirán de todas partes y personalidades las más ilustres en busca de consuelo o de consejo y en demanda de soluciones para sus dudas o cuestiones teológicas, escriturarias, canónicas o litúrgicas.

Entre otros: San Eugenio de Toledo, discípulo y arcediano que había sido, como ya hemos dicho, de San Braulio, y a quien éste, que tal vez le preparaba para sucesor suyo, cediera para la sede primada, forzado tan sólo por las presiones del rey Chindasvinto; y San Fructuoso, el legislador del monacato en la España visigótica y promovido más tarde a la sede metropolitana de Braga. Por una frase de San Braulio, respondiendo a éste, se ha querido deducir una relación de parentesco entre ambos. Si ello fuera verdad, tendríamos a San Braulio emparentado con la familia que dió un rey, Sisenando, al trono de Toledo.

Los mismos reyes, como Chindasvinto y Recesvinto, reciben de nuestro Santo consejo o lo solicitan en asuntos de Estado los más importantes. Al primero le sugiere San Braulio la conveniencia, para prevenir posibles perturbaciones en la elección de un sucesor en la corona, de asociar ya en vida, como así se hizo, en el trono a su hijo Recesvinto. Este, más tarde, le encarga con insistencia la revisión de un códice—probablemente el proyecto del Fuero Juzgo, presentado en su día al Concilio VIII de Toledo—en el que el rey tenía gran interés, y de cuya laboriosa corrección por el prelado zaragozano le queda muy agradecido.

Para satisfacer a toda esta correspondencia y al intercambio y copia de códices, a cuya búsqueda y adquisición, por donde quiera que averiguase o sospechase su existencia, se dedicó toda su vida con verdadera pasión de bibliófilo, hubo de organizar nuestro Santo un *escritorio,* en

el que, a veces, como él mismo dice, escaseaban los materiales o pergaminos.

Ejemplo de esa pasión bibliófila es su correspondencia con el célebre abad Tajón, quien habría de sucederle en la sede zaragozana. Este, que había acudido también a Braulio con una consulta teológica, y dejó escrito del mismo: *¿Hay en nuestra época hombre más elocuente, más sabio, más familiarizado con los secretos de la ciencia?*, había logrado traer de Roma algunos escritos de San Gregorio Magno, aún no conocidos en España, y nuestro Santo se apresura a rogarle, con gran encarecimiento, se los deje para copiarlos. Por cierto que aquí hubo de echar en olvido, y aun compensar con las más deferentes y afectuosas expresiones, las un tanto agrias con que, tiempo atrás, se había visto obligado a responder a alguna intemperancia del mismo Tajón, y de las que pueden ser muestra las siguientes líneas, en las que se revela la cultura clásica del obispo de Zaragoza: "También yo, si quisiera, podría replicar; ... que también yo, como dice Flaco, aprendí letras, y tuve que sustraer con frecuencia la palma al azote de la férula; y también a mí se podría aplicar lo de: *huye lejos que lleva heno en el cuerno;* y aun aquello de Virgilio: *también nosotros, padre, manejamos con diestra fuerte los dardos y el hierro, y también de las heridas que hacemos brota sangre*... Pero soy siervo del amor y no quiero perder el tuyo, ni quiero poner en mis palabras cosa de burla o desagradable, como aconseja Ovidio, ni hacer, como dice Apio, alarde de *facundia canina;* ... antes, imitando la humildad del Maestro y Señor Cristo, queremos seguir a aquel que dice: *ofrecí mi espalda a los azotes y mis mejillas a las bofetadas*..."

Siempre en la correspondencia del Santo aparece, por encima de todo, la más exquisita cortesía, la delicadeza, la humildad—el encabezamiento ordinario de sus cartas es el de: *Braulio, siervo inútil de los santos de Dios*—, la caridad, la bondad servicial, un gran sentido de humanismo indulgente y un equilibrio ejemplar de consejo y de conducta.

La carta que cierra el epistolario es la dirigida al abad San Fructuoso, en respuesta a las cuestiones escriturísticas que éste le habia propuesto, y viene a ser como un pequeño tratado de exegesis bíblica, en el que se pone de manifiesto el gran conocimiento en nuestro Santo de la

patrísitica, del texto griego y de la *verdad hebraica*. Hacia el final de esta carta, se lee como una especie de presentimiento de su cercana muerte.

Ya en sus últimas cartas anteriores venía hablando con frecuencia el obispo de Zaragoza de la debilidad de sus fuerzas, de su inutilidad, de sus preocupaciones y contrariedades, compañeras inseparables del cargo pastoral, pero que se hacen más sensibles cuando las energías corporales van perdiendo su poder de resistencia, de sus achaques, en especial de su falta de vista, cansada, sin duda, en la lectura asidua de códices enrevesados y de letra difícil; pero en la última carta nos dice algo más concreto: *esperando estoy cada día el fin de mi doliente condición mortal.*

Y este presentimiento, que para el Santo era una esperanza, se cumplió el mismo año de 651, fecha de la muerte de San Braulio.

Su mejor elogio fúnebre pudo ser el que en su carta le dirigía el mismo San Fructuoso, y que no era sino la expresión del común sentir de la iglesia visigótica contemporánea: "Damos gracias incesantes a nuestro Creador y Señor, que en estos últimos tiempos ha hecho que seáis tal y tan grande pontífice, que en el mérito de la vida y el don de la doctrina sigáis en todo los ejemplos apostólicos, digno de alcanzar la inefable gloria de la patria suprema, junto con aquellos cuya vida incontaminada imitáis en este tempestuoso mundo."

FIDEL GARCÍA MARTÍNEZ.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 26 de marzo. Asimismo: MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, I 205s.

Obras de San Braulio: Epistolario de San Braulio de Zaragoza, por J. MADOZ (Madrid 1941).

VÁZQUEZ DE PARGA, L., *Scti. Braulionis Caesaraugustani Episc.:* "Vita S. Emiliani" (Madrid 1943).

PÉREZ DE URBEL, J., artículo *Braulio:* "Dict. Hist. Géogr. Eccl.".

LYNCH, CH. H., *Saint Braulio, Bischop of Saragossa, his life and Writings* (Washington 1938).

LAMBERT, A., *La familie de Saint Braulio...:* Revista "Univ.", enero febrero [1933] p.65s.

BEATO DIEGO JOSE DE CADIZ

(† 1801)

Treinta años de activísima vida misionera no caben en unas páginas. No es posible reducir a tan breve síntesis la labor de este apóstol capuchino, que, siempre a pie, recorrió innumerables veces Andalucía entera en todas direcciones; que se dirigió después a Aranjuez y Madrid, sin dejar de misionar a su paso por los pueblos de la Mancha y de Toledo; que emprendió más tarde un largo viaje desde Roma hasta Barcelona, predicando a la ida por Castilla la Nueva y Aragón, y a la vuelta por todo Levante; que salió, aunque ya enfermo, de Sevilla y, atravesando Extremadura y Portugal, llegó hasta Galicia y Asturias, regresando por León y Salamanca.

Pero hay que recordar, además, que en sus misiones hablaba varias horas al día a muchedumbres de cuarenta y aun de sesenta mil almas (y al aire libre, porque nuestras más gigantescas catedrales eran insuficientes para cobijar a tantos millares de personas, que anhelaban oírle como a un "enviado de Dios"); que tuvo por oyentes de su apostólica palabra, avalada siempre por la santidad de su vida, a los príncipes y cortesanos por un lado y a los humildes campesinos por otro, a los intelectuales y universitarios y a las clases más populares, al clero en todas sus categorías y a los ejércitos de mar y tierra, a los ayuntamientos y cabildos eclesiásticos y a los simples comerciantes e industriales y aun a los reclusos de las cárceles; que intervino con su consejo personal y con su palabra escrita, bien por dictámenes más o menos públicos, bien por su casi infinita correspondencia epistolar, en los principales asuntos de su época y en la dirección de muchas conciencias; que escribió tal cantidad de sermones, de obras ascéticas y devocionales, que, reunidas, formarían un buen número de volúmenes; que caminaba siempre a pie, con el cuerpo cubierto por áspero cilicio, pero alimentando su alma con varias horas de oración mental al día; y que, si le seguía un cortejo de milagros y de conversiones rui-

dosas, también supo de otro cortejo doloroso de ingratitudes, de incomprensiones y aun de persecuciones, hasta morir envuelto en un denigrante proceso inquisitorial.

¿Cómo describir, siquiera someramente, tan inmensa labor? La amplitud portentosa de aquella vida, tan extraordinariamente rica de historia y de fecundidad espiritual, durante los últimos treinta años del siglo XVIII, a lo largo y ancho de la geografía peninsular, se resiste a toda síntesis. Sólo de la Virgen Santísima, a la que especialmente veneraba bajo los títulos de Pastora de las almas y de la paz, predicó más de cinco mil sermones. Y seguramente pasaron de veinte mil los que predicó en su vida de misiones, las cuales duraban diez, quince y aun veinte días en cada ciudad.

La misión concreta de su vida y el porqué de su existencia podría resumirse en esta sola frase: fué el *enviado de Dios* a la España oficial de fines de aquel siglo y el *auténtico misionero* del pueblo español en el atardecer de nuestro Imperio.

Nuestros intelectuales de entonces y las clases directoras, con el consentimiento y aun con el apoyo de los gobernantes, abrían las puertas del alma española a la revolución que nos venía de allende el Pirineo, disfrazada de "ilustración", de maneras galantes, de teorías realistas. Todo ello producía, arriba, la "pérdida de Dios" en las inteligencias. Luego vendría la "pérdida de Dios" en las costumbres del pueblo. Aquella invasión de ideas sería precursora de la invasión de armas napoleónicas que vendría después.

No todos vieron a dónde iban a parar aquellas tendencias ni cuáles serían sus funestos resultados. Pero fray Diego los vió con intuición penetrante—y mejor diríamos profética—, ya desde sus primeros años de sacerdocio. Por eso escribía: "¡Qué ansias de ser santo, para con la oración aplacar a Dios y sostener a la Iglesia santa! ¡Qué deseo de salir al público, para, a cara descubierta, hacer frente a los libertinos!... ¡Qué ardor para derramar mi sangre en defensa de lo que hasta ahora hemos creído!"

Dios le había escogido para hacerle el nuevo apóstol de España, y su director espiritual se lo inculcaba repetidas veces: "Fray Diego misionero es un legítimo *enviado de Dios* a España". Y convencido de ello, el santo

capuchino se dirige a las clases rectoras y a las masas populares. Entre la España tradicional que se derrumba y la España revolucionaria que pronto va a nacer, él toma sus posiciones, que son: ponerse al servicio de la fe y de la patria y presentar la batalla a la "ilustración". Había que evitar esa "pérdida de Dios" en las inteligencias y fortalecer la austeridad de costumbres en la masa popular. Y cuando vió rechazada su misión por la España oficial (¡cuánta parte tuvieron en ello Floridablanca, Campomanes y Godoy...!), se dirigió únicamente al auténtico pueblo español, con el fin de prepararle para los días difíciles que se avecinaban.

En su misión de Aranjuez y Madrid (1783) el Beato se dirigió a la corte. Pero los ministros del rey impidieron solapadamente que la corte oyera la llamada de Dios. Intentó también fray Diego traer al buen camino a la vanidosa María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV. Pero, convencido más tarde de que nada podía esperar, sobre todo cuando Godoy llegó a privado insustituible de Palacio, el santo misionero rompió definitivamente con la corte, llegando a escribir, más tarde, con motivo de un viaje de los reyes a Sevilla: "No quiero que los reyes se acuerden de mí".

Para cumplir fielmente su misión, el Beato recibió de Dios carismas extraordinarios, que podríamos recapitular en estos tres epígrafes: comunicaciones místicas que lo sostuvieran en su empresa, don de profecía y multiplicación continua de visibles milagros.

Pero Dios no se lo dió todo hecho. Hay quienes, conociéndole sólo superficialmente, no ven en él más que al misionero del pueblo que predica con celo de apóstol, acentos de profeta y milagros de santo. Pero junto al orador, al santo, al profeta y al apóstol, aparece también a cada momento el hombre. También él siente las acometidas de la tentación carnal; también él se apoca y sufre cuando se le presenta la contradicción; también él experimenta dificultades y desganas para cumplir su misión; y aun sólo "a costa de estudio y de trabajo"—dice él—logra escribir lo que escribe. Y a pesar de todo, nada de "tremendismo" en su predicación, como no fuera en contados momentos, cuando el impulso divino le arrastraba a ello. Y así, mientras otros piden a Dios el remedio de los pueblos por medio de un castigo misericordioso, "yo lo pido—escribe—por medio de una misericordia sin castigo". Y no se olvide que vivió en los peores tiempos del rigorismo. ¿Y cómo no iba a ser así, si él fué siempre, como buen franciscano y neto andaluz, santamente humano y alegre, ameno en sus conversaciones y gracioso hasta en los milagros que hacía?

Pero el celo de la gloria de Dios y el bien de las almas le dominaron de suerte, que ello solo explica aquel perfecto dominio de sus debilidades humanas, aquella actividad pasmosa, lo mismo predicando que escribiendo, y aquel idear disparates: como el deseo de no morir, para seguir siempre misionando; o el de misionar entre los bienaventurados del cielo o los condenados del infierno; o el de marcharse a Francia, cuando tuvo noticias de los sucesos de París en 1793, para reducir a buen camino a los libertinos y forajidos de la Revolución Francesa.

Dícese de Napoleón que, desterrado ya en Santa Elena, exclamaba recordando sus victorias y su derrota definitiva: "La desgraciada guerra de España es la que me ha derribado". Pero esta guerra no la vencieron nuestros reyes ni nuestros intelectuales; la venció aquel pueblo que había recibido con sumisión y fidelidad las enseñanzas del "enviado de Dios". Este pueblo, fiel a la misión de fray Diego, no traicionó a su fe ni a su patria; los intelectuales y gobernantes, que habían rechazado esa misión, traicionaron a su patria, porque ya habían traicionado a su fe.

Sólo Dios puede medir y valorar—como sólo Él los puede premiar—los frutos que produjo la constante y difícil, fecunda y apostólica actividad misionera del Beato Diego José de Cádiz. Describiendo él su vocación religiosa decía: "Todo mi afán era ser capuchino, para ser misionero y santo". Y lo fué. Realizó a maravilla este triple ideal. Su vida fué un don que Dios concedió a España a fines del XVIII. Por la gracia de Dios y sus propios méritos, fray Diego fué *capuchino, misionero* y *santo.*

SERAFÍN DE AUSEJO, O. F. M. CAP.

BIBLIOGRAFIA

VALENCINA, D. DE, O. F. M. C., *Cartas de conciencia que el Bto. Diego J. de Cádiz dirigió...* (Sevilla 1904).
ID., *El director perfecto y el dirigido santo,* 4.ª ed. (Sevilla 1924).
UBRIQUE, S. DE, O. F. M. C., *Vida del Beato Diego J. de Cádiz,* 2 vols. (Sevilla 1926).
AUSEJO, S. DE, O. F. M. C., *Reseña bibliográfica de las obras impresas del Beato D. J. de Cádiz* (Madrid 1947).

27 de marzo

SAN JUAN DAMASCENO

(† 749)

Por la brillantez de su doctrina y la elegancia abundosa de su elocuencia, la tradición apellidaba a San Juan Damasceno "Crisorroas" (Chrysorrhoas), "que fluye oro". Nosotros le religamos a su ciudad de origen al llamarle Damasceno. De hecho "Crisorroas" y "Damasceno" se emparejan. Pues el apodo antiguo surge espontáneo del ejemplo del río Barada, llamado por Strabón "Crisorroas", porque ha creado el milagro de la ciudad de Damasco. Antes el Barada ha retenido su fluir—agua alimentada por las nieves del Antilíbano y por las lluvias—, apretándolo en estrecho cauce, ahondándolo en profunda garganta. Luego se derrama de golpe, pleno, en la llanura, y surge, como por encanto, en medio de un desierto desolador, una maravilla de floración: canales, surtidores, huertos, frutales, árboles incesantes, jardines, los famosos jardines. Damasco es su única ciudad; pero una ciudad única. El Barada se agota en ella. Al salir, cansado y sucio, sólo a veinticinco kilómetros sus aguas se sumen en la tumba sedienta del desierto.

Lo mismo el Damasceno, el Crisorroas. San Juan es el último Padre de la Iglesia de Oriente. Un río abundante alimentado por dos fuentes: la tradición eclesiástica—las nieves perpetuas que reposan en las cumbres altísimas de los Doctores griegos—y la Sagrada Escritura o el fruto del Espíritu Santo, el agua que el cielo llueve. Sabe Juan, porque Dios le ha dado a conocer el misterio cristiano, que esta agua es su única fuerza. Por eso la retiene y la concentra dentro de la más fiel obediencia; le consagra su vida en servicio pleno y perenne. El día que recibe la ordenación sacerdotal, siendo ya monje de la Laura de San Sabas, rubrica su "profesión y declaración de fe", en la que pronuncia, entre otras, las siguientes palabras: "Me llamaste ahora, oh Señor, por las manos de tu pontífice, para

ser ministro de tus discípulos." Y luego: "Me has apacentado, oh Cristo Dios mío, por las manos de tus pastores, en un lugar de verdor, y me has saturado con las aguas de la doctrina verdadera." Traslada así al recinto fecundo de San Sabas el símbolo de su ciudad natal. En San Sabas, con una vida repleta de silencio, de oración y de estudio, va apretando su agua en el cauce de la regla de la fe, libre de desviaciones humanas; la ahonda en la garganta de una humildad de serias profundidades. El milagro final es la explosión de su vida y de su obra; una floración feliz, polifacética, síntesis de toda la escuela de los Padres griegos, sumergida en el aire aromático, vivificante de la santidad. Luego, por diversas causas, la floración y el agua que encerraban dinamismo en promesa para influir en toda la historia subsiguiente, se han estancado a corta distancia en el desierto de un desconocimiento extraño, injustificado. Queda sólo el monumento perenne de la explosión, como Damasco, para solaz, ejemplo y servicio del viandante, de este viajero que es todo cristiano en camino hacia la patria.

Vengamos al detalle. Iniciamos de nuevo con Damasco. Un jardín es siempre un sueño para todo el que habita en tierras áridas. Por eso a Damasco convergen esas oleadas nómadas que a principios del siglo VII fluyen del desierto arábico bajo la bandera de la media luna. Se rinde la ciudad al musulmán el año 634. Poco después (661) se convierte en la sede de los califas. Aquí, en este ambiente embriagado de islamismo, nace sólo unos quince años más tarde, alrededor del 675, Juan Damasceno. Sin embargo, su cuna familiar es un oasis de honda raigambre cristiana. A los principios los árabes dejaban cierta libertad a los cristianos: se contentaban sólo con recibir de ellos la aportación de los impuestos. El padre de Juan, Sergio Mansur, ejerce precisamente el cargo de logozeta, es decir, el representante de los cristianos encargado de recoger sus impuestos por cuenta del califa. En su ambiente familiar, noble y rico, Juan recibe una educación esmerada. En su "profesión y declaración de fe" recuerda él más tarde su cuna terrena, a la que contrapone su nacimiento a la vida sobrenatural por el santo bautismo, su participación en los diversos misterios cristianos, su crecimiento en la fe de Jesucristo. Parece que su maestro religioso fué el monje italiano Cosme, cautivo de los árabes, a quien Sergio redimió

en su casa para asegurar la formación espiritual de su hijo. Así Juan se va haciendo el "hombre perfecto en Cristo". Su discreción y prudencia le hacen digno de suceder, ya en temprana juventud, a su padre en el cargo de logozeta; pues según las Actas del VII Concilio ecuménico (787), Juan había abandonado sus bienes "al ejemplo del evangelista Mateo": San Mateo era justamente "publicano", o colector de tributos, antes de ser apóstol.

Efectivamente, muy pronto Juan Mansur renuncia a sus posesiones y a su brillante porvenir humano, para seguir de cerca a Jesucristo. No se hace sin sangre la renuncia. Dicen las Actas del VII Concilio que "prefirió el oprobio de Jesucristo a las riquezas de la Arabia, y una vida de malos tratos a las delicias del pecado". Sin duda, la crisis sacude su ardiente juventud. Por ahora, hacia el 710, los califas empiezan a ensañarse con los cristianos. Omar II (717-720) les veda incluso el derecho de ejercer toda función civil. Abundan los mártires. Juan Mansur se encara con la alternativa: o Cristo, o el cargo brillante en la corte árabe. Pero el buen soldado de Cristo no claudica: abandona al mundo y se retira a la Laura de San Sabas, un poblado monástico situado en las cercanías de Jerusalén.

San Sabas es ya en adelante su domicilio habitual. Sale, a veces, por fuerza de apostolado, pero allá regresa siempre como al lugar "verde" de su reposo, donde madura su fecundidad. Aquí la oración y el estudio. La cultura literaria y filosófica que ya poseía, conforme a su rango en el mundo, le permiten iniciarse rápidamente en los misterios de la teología, hasta llegar a ser un maestro acabado. Pronto recibe la ordenación sacerdotal de manos del patriarca de Jerusalén, Juan IV (706-734), de quien él se declara discípulo y amigo íntimo.

Con el sello del sacerdocio la fuerza incontenible de su ministerio y de su santidad se expande luego por los márgenes de Oriente. Juan IV le hace—¡al Crisorroas!—su predicador oficial en la basílica del Santo Sepulcro. Conserva siempre relaciones muy estrechas con el clero de Damasco. En general, todos los obispos, particularmente los de la iglesia siria, acuden a él como al indiscutible doctor, como al defensor incansable de la fe en toda clase de problemas doctrinales, porque a todos abarca con tino certero la privilegiada mente del Damasceno, plena de luz del Espíritu.

Su celo no conoce obstáculos. De su larga tarea espigamos algunos datos más salientes. Lo primero es la herejía iconoclasta. El año 726 el emperador de Bizancio, León III Isáurico, proclama en una bula la prohibición como idolatría, de rendir culto a las imágenes, y consiguientemente su destrucción. Se levanta la Iglesia de Oriente contra la usurpación de sus derechos: el doctor de San Sabas despunta con su pluma luminosa, que ha dejado para siempre su nombre ligado a esta cuestión. Toma, primero, parte en la sentencia de excomunión dictada con los obispos de Oriente contra León Isáurico, el año 730. Pero sobre todo abunda en los tres discursos apologéticos que escribe en nombre del patriarca de Jerusalén. Resume en ellos toda una teología definitiva y perenne de las imágenes. Es legítimo, propugna, su culto, según el uso secular de la Iglesia, que no se puede engañar. Esta es su regla siempre. Distingue luego entre el culto de latría, adoración, que se debe sólo a Dios, y el culto de veneración, que se rinde a la imagen, no por sí misma, sino por lo que representa, y además sólo en la medida de su relación con Dios, lo cual elimina el peligro de desviación idolátrica o supersticiosa, ya que el culto converge siempre en Dios. Ejercen, además, las imágenes una sana pedagogía, como un libro abierto, legible por todos, que recuerda la lección del ejemplo, de los beneficios divinos y fomenta la piedad.

Luego son todas las herejías conocidas en su tiempo, sobre todo aquellas que atañen a la cristología y a la Trinidad. Casi siempre por obediencia, ante la demanda de los obispos, combate el Damasceno las herejías nestoriana, monofisita, monoteleta. Y no superficialmente, sino con tratados serios, concienzudos. Abarca también su ardiente polémica las sectas no cristianas, como el maniqueísmo (resurgido entonces con el nombre de paulicianismo) y el islamismo, a pesar del enorme riesgo que supone encararse con los dueños políticos de la situación.

Junto a esto, todos sus escritos de orden puramente dogmático. Hablaremos luego. Como vemos, una vida repleta. Al cabo, tras una "ancianidad dichosa y fecunda", al decir de los sinaxarios griegos, entrega su alma a Dios en San Sabas, el año 749.

Dios le ahorraba en vida los latigazos de la persecución, sobre todo de la lucha iconoclasta, que se enfurecería más tarde. Hay, sin embargo, una tradición elocuente. Se-

gún ella, León Isáurico, en venganza, le comprometía ante el califa de Damasco, el cual ordenaba cercenarle la mano derecha; pero la Virgen María se la restituía milagrosamente aquella misma noche. Aunque hoy se duda de esta leyenda, retiene ella, sin embargo, todo su valor de símbolo. Símbolo del martirio incesante de una pluma que derrama en el papel el celo de un corazón dolorido por la "solicitud de la Iglesia": por su santidad borrada en las imágenes, por su unidad minada por las herejías, por sus derechos usurpados por el poder civil. El amor a la Iglesia fué siempre su norte, el afán que le empujó a gastar toda la luz de su mente y el amor de su corazón en su incansable tarea apologética y doctrinal.

Como buena señal, los herejes, después de su muerte, se cebaban en su fama. El emperador Constantino V Coprónimo (741-775) cambió su apellido de Mansur (victorioso) en Manser (bastardo), y obligaba a su clero a anatematizarle una vez al año. El conciliábulo iconoclasta de Hieria (753) decía de él y de San Germán y San Jorge de Chipre: "La Trinidad los ha hecho desaparecer a los tres." Pero pronto Dios volvía por la fama de su campeón. El VII Concilio ecuménico, que canoniza el culto a las imágenes, le grita "memoria eterna", y rectifica la frase: "La Trinidad los ha glorificado a los tres." Muy poco después de su muerte la Iglesia rendía culto a su santidad, y su nombre se insertaba en los sinaxarios griegos.

Y con toda verdad. San Juan Damasceno pertenece a la raza de los grandes santos que han ilustrado a la Iglesia a la vez con su ciencia y con su virtud. Hablábamos de su amor a la Iglesia. De su amor a Dios, en los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, nunca diríamos bastante. Se advierte a todo lo largo de su obra dogmática, apologética, homilética, como una incesante corriente subterránea. Es el que le hace exaltar con predilección la bondad entre todos los atributos de Dios. La devoción a los santos está escrita en la defensa de las imágenes. De su amor ternísimo a la Madre de Dios decía algo el milagro de la leyenda. Tenemos, además, señales elocuentes y auténticas: la homilía sobre la Natividad de María, y aquellas tres, cargadas de unción y cariño, que pronunciaba en un solo día, "ya en el invierno de su vida", sobre la Dormición de Nuestra Señora, allí mismo en Getsemaní, donde estaba la tumba vacía de la Virgen. Son, además, testimonios preciosos de la fe que ya en el siglo VIII profesaba la Iglesia en el dogma de la Asunción de María. Esta es la verdadera santidad del Damasceno. Afortunadamente, su vida no ha sido teñida con la adulteración sensiblera de lo sorprendente. Su santidad es sobria, a la vez que irresistible, lo mismo que la luz del Espíritu que le domina; está adherida a las riberas de la fe; cimentada en la humildad, en esa humildad de hondo cauce por la que, a pesar de su sabiduría, habla con sinceridad bajamente de sí mismo en muchos recodos de sus escritos, llegando incluso a juzgarse como un hombre ignorante; orientada al trabajo y al sacrificio en el celo por la salvación de las almas y por el esplendor de la Iglesia.

Los griegos solían celebrar su fiesta el 4 de diciembre. También el 6 de mayo, conmemoración del traslado de su cuerpo, allá por el siglo XIII, desde San Sabas hasta Constantinopla, donde hoy se venera. El 19 de agosto de 1890 el papa León XIII le proclamaba Doctor de la Iglesia, y extendía su fiesta a la Iglesia universal, fijándola el 27 de marzo. Imposible condensar toda esa carga de doctrina que le ha merecido el título de Doctor. Decíamos de su apologética y homilética. Ya sus homilías no se quedan en elegante superficie. Fluye oro. Son ellas, sin duda, su obra más personal. Llevan una enjundia doctrinal que las hace netamente reconocibles, con esa rara virtud de ser abundante y conciso a la vez. Luego, sus escritos polifacéticos. En exégesis, un comentario completo a las cartas de San Pablo, resumido de los grandes exegetas griegos. En ascética, un estudio sobre las virtudes y los vicios y otro sobre los pecados capitales; asimismo la obra *Paralelos sagrados*, que es una colección de textos de la Escritura y de los Padres, con ingeniosos esquemas, para encontrarlos con facilidad. Sus efluvios descuellan hasta en la poesía. Casi todo el *Octoejos*, es decir, los ocho cantos del mismo tono correspondientes al oficio ordinario de los domingos en la liturgia bizantina, se debían a su estro. Compuso, además, poesías métricas para Navidad, Epifanía, Pentecostés; poesías rítmicas para otras fiestas, y diversas piezas eucarísticas, entre ellas, tres de preparación para la comunión, bellísimas. La tradición saboreó mucho sus himnos, que, como dice su biógrafo del siglo X, "todavía se cantan y producen a todos un placer divino". Pero, sin duda, su obra maestra es la que lleva por nombre *La fuente de la*

ciencia. Se trata de una exposición del dogma católico, siguiendo el símbolo de la fe, y precedida de una doble introducción, filosófica, en la que precisa las nociones que sirven de base al dogma, e histórica, en la que considera la fe a través del prisma de las herejías.

Doctrinalmente, "San Juan Damasceno es, por excelencia, el teólogo de la Encarnación. Es el misterio que más extensamente le ocupa y del que habla en casi todos sus escritos. Su síntesis es verdaderamente representativa de toda la teología griega anterior" (Jugie). Este es su ingenio característico: el de teólogo que recoge los retazos de la tradición dogmática y los elabora, deduciendo con rigor las conclusiones teológicas. En esto es el pionero, y con mucha antelación, de los teólogos de la escolástica, sobre todo en cristología, con su exposición de los corolarios del dogma de la Encarnación. Igualmente sistematiza los dogmas de la Trinidad, de Dios Uno, de la gracia, los sacramentos, la Iglesia.

Destacamos este último por su importancia histórica. Por entonces el oriente bizantino descuidaba ya un poco su condición de subordinado en la Iglesia católica. Tal olvido, con sus pretensiones, llegaría a producir el cisma que aún lamentamos. San Juan Damasceno no dedicó un capítulo en su obra maestra a este tema tan importante. Tampoco estuvo en relaciones directas con el Papa, porque no le tocó vivir las virulencias de la lucha. Es el teólogo que trabaja en el silencio de su celda. Pero su doctrina es clara y tajante. La Iglesia, afirma con calor, es una sociedad independiente del poder civil; sociedad monárquica, que es, además, la sola manera de asegurar la paz y la unidad, y monarquía no diocesana o parcial, sino universal: descansa en la sede de Pedro—magníficos comentarios de los privilegios del jefe de los apóstoles—y sus sucesores, que deben residir en Roma, donde el apóstol murió en tiempos de Nerón. Los demás obispos y patriarcas son todos discípulos de Pedro, las ovejas que Cristo le encomendó.

Por su síntesis doctrinal se ha dicho que San Juan Damasceno fué para Oriente lo que Santo Tomás de Aquino para Occidente (véase su semblanza el 7 de marzo). Sin duda, la influencia del doctor de Damasco fué muy grande en Oriente, pero más bien como libro de texto. Le faltaron sencillamente esos discípulos que tuvo Santo Tomás para formar la escuela y prolongar la tarea y el pensamiento; por eso sus aguas quedaron estancadas pronto, injustificadamente. En momentos críticos de lucha doctrinal entre Oriente y Occidente, las obras del Damasceno fueron siempre el guía de los católicos contra los cismáticos. Y éstos, al fin, han llegado a olvidarle. Lo comprendemos. Sin embargo, en días en los que se siente, tal vez como nunca, la herida de la escisión de las iglesias, terminamos, con el padre Régnon, haciendo votos por que "llegue la hora en que para cimentar la unión entre Oriente y Occidente la Iglesia ponga en la cátedra de sus escuelas *La fuente de la ciencia*, de San Juan Damasceno, junto a la *Suma Teológica*, de Santo Tomás. Sería, a la vez, hacer justicia al teólogo de San Sabas, al Padre que cierra la serie de las grandes lumbreras de la Iglesia de Oriente.

MANUEL REVUELTA SAÑUDO.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 27 de marzo, *Vita*, escrita por JUAN, patr. de Jerusalén. Asimismo se encuentra esta *Vita* en: PG 94,429s.
Obras: PG vols.94-96, ed. Lequien.
VAILHÉ, S., *Sumario de su vida, etc.:* "Éch. d'Orient", II 15s.
JUGIE, artículo *Jean Damascène:* "Dict. Théol. Cath.".
ERMONI, *Saint Jean Damascène* (Paris 1904).
CAYRÉE, *Patrologie*, II p.322s. Buen resumen.
NASRALLAH, J., *Saint Jean de Damas, son époque, sa vie, son oeuvre* (Harissa 1950).

28 de marzo

SAN JUAN DE CAPISTRANO

(† 1456)

Los cuarenta años de vida activa del fraile franciscano Juan de Capistrano transcurrieron casi exactamente en la primera mitad del siglo XV, puesto que ingresa en la Orden a los treinta años de su edad, en 1416, y muere a los setenta, en 1456. Si recordamos que en este medio siglo se dan en Europa sucesos tan importantes como el nacimiento de la casa de Austria, el concilio, luego declarado cismático, de Basilea y la batalla de Belgrado contra los turcos, y añadi-

mos después que en todos estos acontecimientos Juan de Capistrano es, más que partícipe, protagonista, se estimará justo que le califiquemos como el santo de Europa.

Juan de Capistrano, ya en su persona, parecía predestinado a su misión europea, pues, más que de una sola nación, era representativo de toda Europa.

Es europeo el hombre: italiano de nación, porque la villa de Capistrano, donde nace, está situada en los Abruzzos, del Reino de Nápoles; francés, si no por familia, como algunos autores creen, a lo menos por adopción, pues su padre era gentilhombre del duque de Anjou, Luis I; por la estirpe procedía de Alemania, según las "Acta Sanctorum" de los Bolandos, que sigo fundamentalmente en este escrito; por ciudadanía, hablando lenguaje de hoy, podría decirse español, al menos durante un tiempo, como súbdito del rey de Nápoles, cuando lo era Alfonso V de Aragón; por sus estudios y vida seglar, ciudadano de Perusa, a la sazón ciudad pontificia; húngaro también, pues los magyares lo tienen por héroe nacional y le han alzado una estatua en Budapest, y por su muerte, en fin, balcánico, pues falleció en Illok, de la Eslovenia.

En cuanto al santo, esto es, el hombre que se santificó en el apostolado, era, si cabe, aún más europeo, ya que se pasó la vida recorriendo Europa de punta a punta. A pie o en cabalgadura hizo y deshizo caminos; por el norte, desde Flandes hasta Polonia; por el sur, desde España, aunque su paso por nuestra patria fuera fugaz, hasta Servia.

La fama de su santidad fué también universal. Corría de una a otra nación y en todas partes se le conocía con el nombre de "padre devoto" y "varón santo". Fué popular en toda Italia, en Austria, en Alemania, en Hungría, en Bohemia, en Borgoña y en Flandes, visitando no una, sino varias veces todas las grandes ciudades europeas.

Fué también intensamente európea la época del Santo. El año culminante de su vida, aunque ya en avanzada senectud, es el mismo que abre la Edad Moderna de la historia de Europa: aquel 1453 en que los turcos toman Constantinopla, amenazando seriamente la existencia misma de la cristiandad.

Divide esta trágica fecha en dos períodos, aunque muy desiguales, la vida de nuestro andariego fraile; pero llena

ambos períodos un mismo afán: la salvación de esa cristiandad en peligro. Peligro, en la primera fase, para la unidad católica de Europa, por la descristianización del pueblo, las discordias intestinas de los príncipes y los brotes crecientes de herejía y de cisma; peligro, en la segunda, por la embestida de los ejércitos del Islam. Por eso dedica el Santo su primer apostolado a reconciliar entre sí y con la Sede Apostólica a los príncipes, a restaurar el espíritu cristiano del pueblo, debelar herejías, cortar el paso al cisma y reformar la Orden franciscana, y consagra sus últimos años a predicar, con la palabra y con el ejemplo, la cruzada contra el turco; con el ejemplo, también, porque el buen fraile en persona toma parte decisiva en la famosa batalla de Belgrado, de julio del 56, en que es derrotado el ejército de Mohamed II, que ya remontaba el Danubio con la ambición de dominar el occidente europeo.

Dotó Dios a Juan de Capistrano de prendas singularmente adecuadas a su misión de universalidad. Para ganarse al pueblo, no importa en qué nación, poseía las cualidades que suele el pueblo cristiano pedir a sus santos. Ya fraile y anciano, según nos lo describen sus coetáneos, era de figura ascética: pequeño, magro, enjuto, consumido, apenas piel y huesos, y su gesto austero, pero a la vez dulce y caritativo. Vibraba su palabra en la predicación de las verdades eternas; pero hablaba, sobre todo, con el semblante luminoso y encendido; con los ojos centelleantes, magnéticos; con el ademán sobrio y a la vez cálido y acogedor. Esto explica que en sus correrías trasalpinas, predicando las más de las veces en latín, aun antes de que el intérprete hubiera traducido sus palabras, ya andaban sus oyentes pidiendo a gritos confesión y prometiendo cambiar de vida, y muchos rompían en llanto y hacían hogueras con los objetos de sus vanidades: dados, naipes, afeites y arreos de lujo, y otros le pedían ser admitidos a la vida religiosa: por un solo sermón, al decir de un cronista, 120 escolares, en Leipzig, y, por otro, 130, en Cracovia, tomaron hábitos.

Llegado a una villa predicaba por las plazas, porque en los templos no había cabida para la muchedumbre que le seguía. Hablaba durante dos o tres horas sin que la gente desfalleciera y siempre fustigando la corrupción de

costumbres e incitando a penitencia; terminada la predicación visitaba sin descanso a los enfermos, haciendo innúmeras curaciones prodigiosas.

No sólo por su celo apostólico era hombre santo, sino también por su vida de oración y por su penitencia, que no en vano tuvo por maestro de espíritu y por su mejor amigo al gran San Bernardino de Siena. Dormía dos horas, comía apenas, y andaba con frecuencia enfermo, renqueaba siempre, padecía del estómago y estaba mal de la vista. Pero a todas sus flaquezas se sobreponía su espíritu gigante.

A tan extraordinarias dotes para el apostolado popular unía Capistrano otras nada corrientes cualidades que le hacían apto para la diplomacia, arte que ejerció con acierto a lo largo de toda su vida. Era sabio y prudente en juicio y en palabra; había sido en su mocedad un buen jurisconsulto y probado dotes de gobierno cuando ejerció autoridad de juez en Perusa. Era, además, hombre muy docto en las ciencias sagradas y escritor fecundo: sus manuscritos, coleccionados en el siglo XVIII por el P. Antonio Sessa, de Palermo, suman diecisiete grandes volúmenes. Siempre fué muy dócil a la Sede Apostólica y entre sus muchos escritos canónicos sobresalen los que dedica a la defensa de las prerrogativas pontificias.

Por gozar de tales prendas fué elevado en la Orden, por dos veces, el cargo de vicario general de la observancia, lo que le permitió emprender la reforma de muchos monasterios y extenderlos por toda Europa, y cuatro Papas—Martín V, Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III—le confiaron misiones delicadas: la detracción de los Fraticelli, la lucha en Moravia contra la herejía hussita, las negociaciones para la incorporación de los griegos a la Iglesia Romana, la vigilancia de los judíos, la contención del cisma de Basilea, etc., etc.

Su fama de virtud y de ciencia no libró al Santo de contradicción. Túvola Capistrano, y la que más puede afligir a un corazón magnánimo y sensible: la que proviene de parte de los afines. Algunos minoristas "conventuales", y el más sobresaliente de ellos, el sajón Matías Doering, descontentos de la reforma de los "observantes" que el Santo llevaba al interior de los conventos, se opusieron a sus innovaciones, acusando al vicario de inquieto y revoltoso, y otros, celosos acaso de su inmensa popularidad, le imputaban ambición de honra y vanagloria; injustísima acusación hecha a un hombre que por dos veces había declinado la mitra episcopal: la de Chieti, que le brindó el papa Martín V, ya en 1428, a quien contestó, por cierto, que no quería verse "encarcelado" en el episcopado, y la de Aquila, su diócesis natal, que le ofreció, más tarde, Eugenio IV.

Tampoco le faltaron críticas por parte de personas más autorizadas, tales como el cardenal español Carvajal y aun el propio Piccolomini, en razón de las cuales, sin duda, hubo más tarde dificultades para su canonización, que no culminó hasta 1690, siendo Pontífice Alejandro VIII.

Pero, huelga decirlo, el mayor número de sus detractores y los más violentos se encontraban en las filas de los enemigos del Pontificado, sea entre los políticos laicistas de la época, como aquel Jorge de Podebrad, que pertinazmente le cerró las puertas de la Bohemia, sea entre los herejes, como el arzobispo de Praga Rokytzana, cabeza de los hussitas, o bien entre los judíos, como aquellos de las comunidades italianas que llamaban al de Capistrano "el nuevo Amán" perseguidor del pueblo elegido.

Las grandes empresas apostólicas de San Juan de Capistrano al servicio de la Europa cristiana podrían resumirse en estas seis: restauración de la vida cristiana del pueblo mediante la predicación; reforma de la Orden franciscana implantando la observancia; impugnación de la herejía hussita, que resultó ser el primer brote de la gran apostasía luterana; represión de los abusos del judaísmo, que se hallaba enquistado en los pueblos cristianos; contención del cisma incubado en el concilio de Basilea, que minaba la autoridad del Papado, y cruzada contra el turco, que amagaba sobre la cristiandad.

Dejando a un lado, como menos propias de una hagiografía, aquellas empresas del Santo que presentan un tinte político o diplomático, me detendré en las que ofrecen un carácter enteramente apostólico y misionero.

Por aquel tiempo, la Orden de los frailes menores, más o menos recluída hasta entonces en el interior de sus conventos, se echó a peregrinar por pueblos y ciudades, predicando en calles y plazas las verdades eternas y ex-

citando a la reforma de las costumbres. Esta empresa no fué obra de un hombre solo, fué obra de un equipo de hombres excepcionales, a cuya cabeza figuraba el gran San Bernardino de Siena y en el que formaron en seguida otros dos santos: Juan de Capistrano y Jacobo de la Marca; dos beatos: Alberto de Sarteano y Mateo de Girgente, y los egregios minoristas Miguel de Carcano y Roberto de Lecce, por no citar sino las figuras más descollantes. Fué la época clásica de los grandes predicadores peregrinos y el origen de las misiones populares.

Cada uno de estos grandes misioneros, acompañado de un grupo de seis u ocho frailes de su Orden, tomó por un camino y corrió por su cuenta su aventura apostólica. Pero la mayor parte de ellos se mantuvieron en los límites de la península italiana, en la que consiguieron una verdadera renovación de la vida moral y religiosa de su pueblo. Mérito singular de Capistrano es haber acometido por sí solo, más allá de los Alpes, lo que sus hermanos de Orden hicieron en el interior de Italia, consiguiendo él resultados pariguales en los principados alemanes, en Polonia, en Moravia y hasta en la Saboya, en la Borgoña y en Flandes.

Grandes fueron los frutos de este vasto e intenso movimiento religioso. El pueblo cambiaba de vida, corrigiendo innúmeros abusos: el juego, el lujo, la embriaguez, la usura, el concubinato, la profanación de las fiestas, y los príncipes, los consejeros de las ciudades y los jueces se veían compelidos a usar de su autoridad con equidad y clemencia.

Cierto que no todos estos frutos fueron durables, acaso por no guardar proporción con estas misiones populares extraordinarias la cura pastoral ordinaria llamada a mantener el fervor despertado por aquéllas; pero también puede tenerse por cierto lo que el mismo Capistrano habría de escribir después, refiriéndose a la predicación de sus hermanos de Orden en Italia: "Si no hubiera sobrevivido la predicación, la fe católica habría venido a menos y pocos la hubiesen conservado".

Importante aportación del capistranense a la renovación religiosa y moral de su tiempo, en sus cuarenta años de actividad apostólica, fué su labor como cabeza del movimiento por la observancia en lucha contra el conventualismo, empresa que repercutió no sólo en favor de su Orden, sino también en la reforma misma de toda la Iglesia. San Juan sembró la Europa central de nuevos conventos franciscanos y, mediante la reforma de los antiguos, devolvió su primitivo celo a la Orden a la sazón más popular e importante de la Iglesia católica. Y no fué pequeño servicio a la cohesión europea haber tejido por toda la haz de la Europa de entonces esta apretada red de conventos que unían en santa familia a los frailes observantes de todas las naciones.

Pasemos ya a relatar la participación personal del Santo en la cruzada contra el turco, recordando primero lo más esencial de este histórico suceso.

Corría el año 1453, último del pontificado de Nicolás V, cuando Mohamed II conquista Constantinopla, somete la Tracia al señorío turco, afianza en el Asia Menor el imperio del Islam sobre las ruinas de la Iglesia oriental y amenaza a la suerte de la cristiandad en Occidente.

Grave momento para el mundo católico y aun para la propia Iglesia. Porque si bien desde un siglo antes pisaban los turcos tierra europea y tenían sojuzgada una parte de la península balcánica, mientras quedó a sus espaldas la fortaleza de Constantinopla, Europa no se sintió verdaderamente amenazada de dominación y por eso desoyó el llamamiento a cruzada del papa Eugenio IV, ya en 1444. Pero ahora, cuando cayó la capital del viejo Imperio bizantino, toda la cristiandad comprendió que había perdido mucho más que una plaza fortificada.

Consciente del peligro, el papa Nicolás V, cuatro meses después de aquel nefasto día, publica una bula contra los turcos, que enciende en Occidente el antiguo entusiasmo de las cruzadas. En ella amonesta el Pontífice a hacer la paz entre sí, bajo pena de excomunión, a las potencias cristianas y singularmente a los Estados italianos, que, al decir de un cronista, "se despedazaban como canes": Milán contra Venecia, Génova contra Nápoles... La paz en Italia se consiguió en parte, pero no la alianza para la cruzada.

San Juan toma la decisión de marchar a la amenazada Hungría ante el temor de que su gobierno pactara un acuerdo con los turcos, como lo hicieron, poco después, con escándalo de todos, los venecianos. Por el camino pre-

dicó la cruzada en Nuremberg, ciudad libre del Imperio y bien armada; en Viena, donde levantó unos cientos de universitarios que tomaron la cruz, y en Neusdtadt, corte del emperador.

Sobreviene entonces la muerte del papa Nicolás y en la elección del nuevo Pontífice la Providencia, valiéndose de un juego de factores dentro del conclave, al parecer ajenos a esta inquietud, suscita la elección del pontífice español Calixto III, que luego probó ser la figura indicada para hacer frente a una situación de tan tremendo riesgo.

Capistrano, que desde la Estiria había escrito al Papa incitándole a que confirmase la bula de cruzada, marcha a Györ a fin de asistir a la dieta imperial de Hungría, expresamente convocada para tratar de la guerra contra el turco. Aquí las cosas de la cruzada iban mejor, porque el país se sentía directamente amenazado por el sultán y ponían espanto las noticias que llegaban de Servia sobre los atropellos de la soldadesca turca. Juan de Hunyades, el caudillo húngaro, traza un plan que el de Capistrano comunica al Papa, pidiéndole su apoyo. San Juan se aplica durante los meses siguientes a deshacer enemistades entre los caudillos y se reúne en Budapest con Hunyades y con el cardenal español Juan de Carvajal, nombrado legado del Papa para la cruzada en Alemania y en Hungría, de cuyas manos recibe el Santo el breve pontificio que le concede toda clase de facultades para predicar la bula. Los tres Juanes: el legado, el caudillo y el fraile llevarán de ahora en adelante la preparación de la cruzada.

Estando reunida la dieta húngara en Budapest, corría el mes de febrero, se recibe la terrible noticia de que Mohamed II se acercaba ya con un poderoso ejército hacia las fronteras del sur de Hungría. Hunyades acude a Belgrado. A partir de este momento cifra el de Capistrano todas sus ilusiones en marchar con el ejército cristiano al encuentro de los infieles, sacrificando en la lucha, si es preciso, su propia vida. Parte para el sur y recorre en predicación todas las regiones meridionales de Hungría, llamando al pueblo a cruzada, hasta que recibe el mensaje apremiante de Juan de Hunyades de que suspenda inmediatamente la predicación y reuniendo los cruzados que pueda los conduzca aprisa a Belgrado.

Es fascinante el relato que hace de la batalla del Neudorfehervar uno de los frailes compañeros del Santo, fray Juan de Tagliacozzo, testigo presencial del suceso. El describe con expresivos pormenores la llegada del ejército turco, su bien abastecido y pertrechado campamento de tierra, con más de doscientos cañones, y camellos y búfalos, la fuerte flota turca sobre las aguas del Danubio, el asedio de la amurallada ciudad, la tremenda desproporción de las fuerzas en presencia—sólo los genízaros eran cincuenta mil—, que hace vacilar al propio Juan de Hunyades, el gran luchador de años contra el turco, hasta el punto de pensar en una retirada, y las provocaciones del sultán, que anunciaba a gritos que había de celebrar en Budapest el próximo Ramadán. Describe, asimismo, la batalla naval sobre el Danubio, que, contra toda previsión, ganan los cruzados, el asalto de la ciudadela por los genízaros, que obliga a los caudillos militares a iniciar la evacuación de la ciudad, y, por último, la increíble y casi milagrosa victoria obtenida por los defensores, con la retirada final del ejército turco en derrota.

La intervención del Santo en la batalla fué decisiva y sin ella la ciudad de Belgrado hubiera caído sin remedio en manos de los turcos. Él aportó la legión popular de cruzados, que sostuvieron lo más duro de la lucha, y enardeció con su palabra y con su ejemplo no sólo a ese ejército popular, sino también a los naturales, poniendo en tensión su resistencia.

Juan de Capistrano salvó a Belgrado por tres veces: la primera, cuando indujo a Hunyades a lanzar su escuadra contra la flota turca; la segunda, durante el asedio de la ciudad, cuando se negó a la propuesta de evacuarla, y la tercera, en la hora del asalto turco, cuando, al dar por perdida la plaza, los caudillos militares Hunyades y Szilágyi intentaron abandonarla, juzgando la situación insostenible y él se aferró a la resistencia.

Dominado el Santo por una confianza sobrenatural en la victoria, condujo a la batalla a los cruzados con ardor y coraje sobrehumanos. Cuenta el cronista allí presente cómo, durante la acción naval, ganó el fraile capitán una altura visible a todos los combatientes y desplegando la bandera cruzada y agitando la cruz, vuelto el semblante al cielo, gritaba sin descanso el nombre de Jesús, que era

el lema de sus cruzados. Y cómo, durante los días del asedio, vivía en el campamento con los suyos, sosteniendo su espíritu religioso como única moral de guerra. Y cómo, en fin, en el asalto de la ciudadela, corría de una a otra parte de la muralla, cuando la infantería turca escalaba ya el foso, gritando él a lo más granado de los defensores: "Valientes húngaros, ayudad a la cristiandad".

Jamás esgrimió armas el de Capistrano; las suyas eran espirituales. El campamento de los cruzados, más que un cuartel militar, parecía una concentración religiosa. Él mismo daba ejemplo. En diecisiete días durmió siete horas, no se mudó de ropa y comía sólo sopas de pan con vino. Él y sus frailes celebraban a diario la misa y predicaban, y los combatientes en gran número recibían los sacramentos. "Tenemos por capitán un santo y no podemos hacer cosa mal hecha", decían entre sí sus gentes. "Si pensamos en el botín y en la rapiña seremos vencidos." Y todos le obedecían "como novicios". El fraile tenía sobre sus cruzados, al decir de los testigos, mayor poder que hubiera tenido sobre ellos el propio rey de Hungría.

En la lucha secular de la Europa cristiana contra el islamismo, la victoria cruzada de Belgrado es un hecho importante, pero no debe exagerarse su trascendencia. Como tampoco la del heroico episodio de la intervención del Santo en ese hecho de armas, aunque el triunfo fuera mérito suyo incontestable. Pero en éste como en los anteriores sucesos de su vida, importa más que los hechos mismos y más que su trascendencia en el campo militar, en el político y aun en el religioso, el valor ejemplar de su propia conducta; su santidad y su heroísmo puestos al servicio de tan noble causa: la unidad cristiana de Europa. En este terreno presentamos a nuestro héroe a la admiración de nuestros contemporáneos y le proponemos como ejemplo.

La cristiandad había seguido angustiada la lucha y de entonces viene la tradición del rezo del Angelus al toque de campana del mediodía; la "campana del turco", que mandó el Papa tañer en todas las iglesias de Europa para que el pueblo cristiano sostuviera con su oración a los cruzados.

Cuando, una semana después de la victoria, el cardenal legado, el español Carvajal, entró con un ejército verdadero en la ciudad liberada, era la gran ilusión del capistranense proseguir la guerra y anunciaba en público que para la fiesta de la Navidad celebraría misa en la iglesia del Santo Sepulcro. No eran estos, sin embargo, los planes de la cristiandad, ni hubiera podido tampoco emprenderlos nuestro Santo, pues la peste, terrible compañera de la guerra, pocos días después de la victoria, tomó posesión de su cuerpo y lo entregó en brazos de la muerte, aunque ese pobre cuerpo parecía entonces, al decir de un coetáneo, la muerte misma: un esqueleto sin carne y sin sangre, unos pocos huesos cubiertos de piel. Sólo el rostro, sereno y sonriente, expresaba la interior satisfacción de una misión histórica cumplida.

Con la vida de nuestro héroe debe terminar también este relato. Séame permitido, sin embargo, insistir en una conclusión piadosa: a Juan de Capistrano puede, en justicia, llamársele el Santo de Europa.

Él fué europeo por su persona, de parte que hoy diríamos internacional; lo fué por el ámbito geográfico en que desenvolvió su vida, siempre corriendo de una a otra parte de la cristiandad de entonces; fué europeo, también, porque sirvió—y con qué fidelidad—al Papado y al Imperio y a la unión de uno y otro, que hubiera sido la salvación de Europa; lo fué por la hora europea que vivía a la sazón el mundo y fuélo, en fin, por las grandes empresas de unidad europea a que se consagró con fe y con coraje: unidad religiosa, unidad política y, sobre todo, apretada defensa contra el enemigo común de la cristiandad.

Sea, pues, Juan de Capistrano nuestro intercesor cuando pidamos a Dios por la unidad europea.

ALBERTO MARTÍN ARTAJO.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 28 de marzo: se reproducen las tres *Vidas* de NICOLÁS DE FARA, CRISTÓBAL DE VARESE y JERÓNIMO DE UDINA, test. oculares.
Asimismo, *muchos documentos biográficos* en "Arch. Franc. Hist.", ed. Quaracchi, en partic. vols.15 y 16.
LÉON, *Auréole Séraphique*, III p.388s.
GUÉRARD, P., *Saint Jean de Capistran et son temps* (Bourges 1865).
KERVAL, L. DE, *Saint Jean de Capistran: son siècle et son influence* (Paris 1887).
ID., *Un frère mineur d'autrefois* (Roma 1908).
HOFER, J., *Johannes von Capistrano* (1936).

29 de marzo

BEATO RAIMUNDO LULIO

(† 1315)

En la isla de Mallorca, con las alas mayores que el nido, nació Ramón Llull (*Raimundo Lulio*), en año incierto del primer tercio del siglo XIII. Hijo de la primera generación de los conquistadores, acaudillados por don Jaime I, pudo identificarse ante el tribunal de la Sorbona, en París, y en un trance ambiguo, como *catalán de Mallorca*. No consiguió retenerle el sortilegio de su tierra natal y se hurtó al abrazo avaro de las costas mallorquinas. Tiempos hubo en que su nombre fué signo de contradicción y bandera de combate. Una anécdota falsa de su vida, la de un amor pecaminoso por una dama, cuyo pecho roía un cáncer con su diente asiduo, le aureoló con una celebridad romántica. Raimundo Lulio, para su gloria, no ha menester ninguna mentira.

Fué *varón de deseos*, como dijo el arcángel Gabriel, del profeta antiguo; pero lanzóse a la acción con ímpetu de arma arrojadiza. En su pecho, molido por la contrición, en el momento de su crisis espiritual, germinó un triple deseo, tan vasto, que su desmedida ambición predestinábale a un fracaso previsible. Quería la iluminación y enderezamiento de toda la infidelidad, desparramada por el universo mundo. Quería conquistar todas las mentes con el imperio apodíctico de la verdad; e inventó un sistema científico, a su parecer irrebatible. Quería coronar esta total dedicación suya con el derramamiento de su sangre, sellándola con una roja rúbrica final.

Centrada y sustanciada así la vida de Raimundo Lulio, todo lo demás en ella es lateral y adjetivo. Son armas de combate al servicio de aquel deseo triple; y las abandona tan pronto como se convence de que no le sirven para la consecución de su ideal inmediato. A la Sorbona de París llevó su sistema filósofico, su *Arte Magna*, en la que tenía una fe tan ciega, que creíala recibida de Dios, por

iluminación, como un don intelectual. No la entienden ni los graves doctores ni los leves escolares, que la conceptúan *demasiado sutil de comprender*. Raimundo sufre un inenarrable desencanto. Va a mitigar su duelo acerbísimo en las afueras de París, en una bella selva poblada de árboles, abundosa de fuentes, de verdes prados, de hierbas en flor y de aves canoras. Fracasado, como él mismo reconoce, *por manera de saber*, arrumba su *Arte Magna*, y sale de nuevo a la palestra a ver si triunfará *por manera de amor*. Fruto de esta crisis y de esta derrota, es su bellísimo y ameno *Arbol de filosofía de amor*, con el que se lanza a un camino nuevo.

En vaso infrangible lleva el tesoro del apostolado. Apóstol es, y apóstol incomparable que descuella en su multiforme y proteica personalidad. Apóstol cuando se sienta en los bancos o en la cátedra de la Universidad parisina, donde se le apoda *Ramón Barbaflorida*. Apóstol es cuando sueña, con antelación de doscientos años a Santo Tomás Moro, una suerte de cristianísima utopía, porque utopía es aquel delicioso libro de *Blanquerna* por el cual quiere atraer sobre el mundo el reino de la justicia, del amor y de la paz de Cristo. Apóstol cuando rima los versos anfractuosos y abruptos de los *Cien Nombres de Dios*. Apóstol cuando compone el rústico, digámosle *romancerillo* en prosa suelta, del *Amigo y del Amado*, con tantos versículos como tiene el año y dice al avecita cantora en la repuesta enramada de Miramar con un infinito amor franciscano: *Si no nos entendemos por lenguaje, entendámonos por amor*. Apóstol más que nunca, cuando con el favor de Jaime II de Mallorca, y anticipándose en cientos de años al Colegio de *Propaganda Fide*, funda el colegio de lenguas orientales, cuyo acabamiento y dilapidación hubo de ver con sus ojos mortales que derramaron las más amargas lágrimas de su vida, en el cáliz de ajenjo de su obra rimada: *Desconsuelo*. Apóstol cuando acude a la corte del rey de Francia, Felipe, *le bel;* y a la corte del rey de Aragón, Jaime II, y dedica el libro *De oración* a su esposa, la dulce doña Blanca de Anjou, *reina blanca de blanca paz*. Apóstol cuando acude a la corte de Roma, infructuosamente; y con sus ochenta años a cuestas, camina hacia el concilio de Viena, sobre el Ródano, durante la cautividad de Aviñón, y emplaza ante el tribunal de Cristo al papa Clemente V, de quien promete ser testigo de cargo, si el concilio se malo-

gra. Apóstol cuando acude a los capítulos generales de las grandes órdenes religiosas de su tiempo. Apóstol cuando en su opúsculo *De fine*, sólo conocido por su versión latina, excogita y ofrece planes para la conquista del norte de Africa, pasando por Málaga y Granada, camino el más rápido y seguro y primer paso para la redención del Santo Sepulcro de Jerusalén. Apóstol en sus proyectos de evangelización del universo mundo, no por violencia de armas materiales, sino con el sistema con que la cristianizaron los apóstoles, con predicación evangélica persuasiva y con derramamiento de lágrimas y de sangre. Apóstol siempre Raimundo Lulio y fiel a sus tres deseos originales, que fueron el poderoso motor de su vida; ¿consiguió el supremo galardón y la paga del apóstol, que es el martirio?

Esta es la angustiosa incógnita de nuestros días y el más agudo tormento de sus biógrafos y de sus devotos. Por largos años y generaciones se creyó así. Hasta se fijó una fecha: la que corre desde los postreros días de junio de 1314 al 2 de julio, día de su triunfal arribo a su isla natal, efemérides honrada con la celebridad de su fiesta litúrgica y popular *Nihil prius fide*. El documento en que se basaba, parece amañado. Documentos auténticos, custodiados en el archivo de la corona de Aragón, atestiguan fechas de cuatro meses y aún más posteriores a aquella data. Su martirio, si fué, es fuerza que sea posterior, pero no nos lo dice la silenciosa historia; siempre queda, fuera de toda posible duda, que si no recibió el bautismo de sangre, durante los ochenta años rebasados de su vida mortal, sufrió a la continua el aguijón urente del bautismo de fuego.

Raimundo Lulio, en el generoso ímpetu de su conversión, en su grandiosa y quizá primogénita obra del *Libro de contemplación*, escribió estas palabras grávidas de fogoso deseo y llenas, tal vez, de clarividente presagio:

"Bienaventurados son, Señor, aquellos que en este mundo se visten de rojo color y de vestiduras bermejas, semejantes a las que vestisteis Vos el día de vuestra muerte. Esta bienaventuranza y esta gracia espera vuestro siervo, todos los días, de Vos; que sus vestidos sean tintos en sangre y mojados de lágrimas el día de su muerte, si es que a Vos pluguiere que él muera por amor vuestro y por amor de aquellos que os aman." Y aun, a veces, con golosa anticipación, deléitase saboreando el cáliz embriagante del martirio entrañablemente deseado y con ardientes votos que merecieron ser oídos de Dios:

"Tanto se dilata, Señor, el día en que yo tome martirio en medio del pueblo, confesando la santa fe cristiana, que todo me siento desfallecer y morir de deseo y añoranza porque no llegué a aquel día en que esté en medio del pueblo, acosado como león u otra salvaje alimaña, rodeada de cazadores que la matan y la despedazan."

La pesadumbre de más de dieciséis lustros gravitaba en sus hombros; su barba, que en sus días de París era florida, ahora pendía cuajada en larga nieve sobre su pecho; y su cabeza blanqueaba con los rayos fríos de una aurora polar. Era llegada la hora de disponer de aquellas cosas que el Amado le diera en comanda. La avara antigüedad nos ha conservado el testamento postrero. Raimundo, como el protagonista de su *Arbol de filosofía de amor*, dejó su cuerpo al polvo de la tierra para que lo dispersase ante la faz del viento. Distribuyó su rica pobreza entre los dos hijos de su carne, Domingo y Magdalena, esposa del prócer barcelonés Pedro de Sentmenat; los frailes predicadores, los frailes franciscanos; las monjas de Santa Clara y las de Santa Margarita y las de la Penitencia y los niños huérfanos de la ciudad de Mallorca, y la obra de la bienaventurada Virgen María de la Seo, comenzada por el rey don Jaime I. Mayor preocupación le merecen sus obras seniles.

"Quiero y mando que copien sobre pergamino los libros en romance y en latín, que, mediante la divina gracia, compilé." Quiere con voluntad muy firme que de todas sus obras de su invierno que saben a enjutez de tronco, pero amadas con una ternura especial, como son amados los benjamines, que se envíen ejemplares a la cartuja de París y que uno, en pergamino, se envíe a Micer Percival Spíniola, en Génova, que había de ser la última tierra cristiana que pisó, en saliendo para el supremo apostolado africano.

¿Cuándo volvió a Mallorca, vivo o muerto? No se sabe. *¡O vetustatis silentis obsoleta oblivio! Invidentur ista nobis...* ¡Oh herrumbroso olvido de la silente antigüedad! Nos lo ocultó, por envidia, la callada vetustez con un dedo sobre la boca.

Raimundo Lulio, de quien se esperaba que pronto sería canonizado, fué sepultado, provisionalmente, en la sacristía de San Francisco de Asís. Posteriormente, fué depo-

sitado el autor del dulcísimo *Libro de Santa María*, todo leche y miel, en la capilla de Nuestra Señora de la Consolación, del mismo templo, su coetáneo, en donde espera la resurrección de la carne. El sepulcro es bello y solemne, lleno de alegorías, construido por los Jurados de Mallorca, en el declivio del siglo xv. Es imposible acercarse al monumento sepulcral sin que a través del alabastro yerto el devoto no se imagine que va a oír los recios golpes de ala de un huracán aprisionado, o el crepitar del incendio de los huesos abrasados de aquel incendio que los abrasó en vida. Y como de la boca de un oráculo parécele que va a oír aquellas ardientes palabras que el mismo Raimundo escribió en el *Amigo y el Amado*:

"Si vosotros, amadores, queréis agua, venid a mis ojos, que son fuentes de lágrimas; y si queréis fuego, venid a mi corazón y encended en él vuestras antorchas."

LORENZO RIBER.

BIBLIOGRAFIA

RAMÓN LULL, *Obras literarias:* BAC, n. 31 (Madrid 1948).
BATLLORI, M., *Introducción bibliográfica a los estudios lulianos* (Mallorca 1945).
LONGPRÉ, artículo *Llull*, en "Dict. Théol. Cath.".
ALLISON PEERS, E., *Ramón Lull. A biography* (Londres 1929).
RIBER, L., *Raimundo Lulio:* "Bibl. Eccl. Patria", n.1 (Barcelona 1935).
SUREDA BLANES, FR., *El Bto. Ramón Lull. Su época, su vida, sus obras* (Madrid 1934).

30 de marzo

SAN PEDRO REGALADO

(† 1456)

Un día del verano de 1493 la pacífica villa de Aranda de Duero hallábase agitada por una algazara y regocijo difícilmente descriptibles. Labriegos y pastores, hidalgos vestidos de fiesta, hombres y mujeres humildes del campo castellano, afluían a ella de todos los contornos para dirigirse desde allí al convento de La Aguilera. Ello era debido a que la reina Isabel se dirigía a visitar el

sepulcro de San Pedro Regalado. A su incomparable majestad de reina católica, uníase en este momento la satisfacción de ser ya señora de una España totalmente redimida. Granada acababa de ser incorporada a la corona de Castilla. El milagro de América había conmovido al mundo desde sus cimientos. Por los caminos de España corrían vientos de grandeza.

Aquel día la nación entera, representada en su reina, iba a postrarse de rodillas ante la tumba del humilde franciscano muerto treinta y siete años antes. Cuando Isabel entró en la iglesia, se volvió hacia las damas de su séquito y dijo: "Pisad despacio, que debajo de estas losas descansan los huesos de un santo".

¿Cómo era posible que, en tan corto espacio de tiempo, el que allí reposaba hubiese adquirido una fama de santidad tan grande? No es difícil contestar a esta pregunta. San Pedro Regalado es uno de esos seres afortunados, innumerables dentro del catolicismo, que responden con ejemplar disposición a un designio providencial. Nació en Valladolid, en 1390, en la famosa calle de Las Platerías, que aún hoy conserva su nombre y el antiguo rango que tuvo en la corte de España. A los trece años ingresó en el convento de franciscanos, el cual no era entonces precisamente un modelo de observancia. Estamos en una época en que la disciplina y costumbres de religiosos y sacerdotes habían llegado a un grado de relajación que hoy nos resulta inconcebible. Causas muy diversas habían producido aquella situación, que los historiadores se complacen en pintar con los colores más negros. A las naturales consecuencias del cisma de Occidente se había unido la gran peste de Europa, que dejó despoblados los conventos. Para llenarlos de nuevo, fueron admitidas gentes sin preparación ninguna, deseosas únicamente de colmar sus ambiciones al amparo de las inmunidades del claustro.

No faltaban quienes se dolían en lo más hondo de su alma de aquel estado de cosas. Y precisamente un franciscano que vivía en el convento de La Salceda, por tierras de Guadalajara, se decidió a reñir la única batalla que podía resultar victoriosa, la de la renovación profunda de la vida monástica. Era fray Pedro de Villacreces, también de origen vallisoletano, el cual tenía fama de santo en los conventos de la Orden. Un día, cuando menos

lo esperaban los religiosos del de San Francisco de Valladolid, el anciano Villacreces se les entró por las puertas causando una profunda impresión. ¿A qué venía fray Pedro?, comenzaron a comentar en corrillos los reverendos moradores de la casa.

Contrastaba con la de muchos de ellos la espiritualizada figura de Villacreces: era alto, de una delgadez ascética, de ojos negros y vivísimos, manso como un hilo de agua, ardiente como un rayo de sol. En íntimo consorcio se habían juntado en él la reciedumbre del hombre de Castilla y la amorosa suavidad del Poverello de Asís. ¿Que a qué venía fray Pedro? Pronto vieron satisfecha su curiosidad cuando supieron que con las debidas autorizaciones salió una mañana del convento, en dirección a un lugar cercano a Osma. No iba solo. Le acompañaba fray Pedro Regalado. Este, de quince años; Villacreces, de más de sesenta. Les unía un mismo espíritu: afán de santidad. El viejo formaría al joven. Algún castellano que a aquellas horas pasaba por las calles estrechas de Valladolid, pudo ver a los dos religiosos avanzar sin más provisiones que un báculo y un breviario. Camino largo, mendigando de puerta en puerta. Jornadas a pleno sol y, a ratos, a la luz de la luna, hasta que llegaron por fin a La Aguilera, donde el obispo de Osma había autorizado a Villacreces para fundar allí un humilde convento. Y empieza la nueva historia.

La Aguilera iba a ser un foco de restauración de la vida religiosa franciscana en su más auténtica pureza. Con algunos otros religiosos que pronto se le unieron, y sobre todo con los jovencitos a quienes él pudo formar desde el primer momento, Villacreces lograría hacer del naciente eremitorio una fidelísima reproducción de la austeridad impresionante que San Francisco de Asís vivió en los "primitivos tugurios" de Rivotorto y La Porciúncula. Bajo la mano del mismo, fray Pedro Regalado fué recorriendo los humildísimos cargos propios de la vida de un convento pobre en que las almas santas suelen dar pasos de gigante en su camino hacia Dios. Limosnero por los pueblos vecinos, sacristán, ayudante de la cocina, encargado de atender a los pobres que llamaban a las puertas del convento... Así vivió durante once años, hasta 1415, fecha en que Villacreces se trasladó de nuevo a la provincia de Valladolid para fundar otra casa de recolección en El Abrojo, término de Laguna de Duero. Con él llevó al Regalado para que fuese maestro de novicios, aun cuando no tenía más de veinticinco años, y sólo tres de sacerdocio.

A partir de este momento, la vida de fray Pedro Regalado es una continua entrega a las más heroicas virtudes. No conoce límites para sus penitencias, y pide a los novicios el cumplimiento exactísimo, por amor, de todas las exigencias de la regla. A veces sale a predicar por los pueblos cercanos, Tudela de Duero, las dos Quintanillas, Matapozuelos, Portillo, y sabe dar a su predicación un tono de tan encendido amor a las almas, que las gentes le siguen por los caminos deseosas de confiarle sus cuitas de toda índole. Pronto empieza a hablarse de milagros múltiples realizados por su mano.

Muerto el padre Villacreces en 1422, y tras algún breve interregno, los religiosos de ambas casas, La Aguilera y El Abrojo, le eligen prelado o vicario, confiando así a su esfuerzo la tarea de continuar el propósito reformador que había guiado al que las fundara. Nadie más indicado que él para lograrlo plenamente. Por ambas Castillas se extendió rápidamente su fama, y los buenos hijos de la Iglesia, testigos involuntarios de las profundas perturbaciones de su época, contemplan con creciente admiración aquellas casas de la reforma, llamadas *Domus Dei* la de la Aguilera y *Scala Coeli* la del Abrojo, a las que pronto seguirían otras hasta hacer "las siete de la fama"—así las llamaron en antiguos documentos—, las cuales vinieron a ser anticipados y eficacísimos focos de la renovación más tarde iniciada con carácter general por el cardenal Cisneros. Es ésta, sin duda, la gloria más insigne de San Pedro Regalado y de su maestro, el padre Villacreces: haberse adelantado ofreciendo un ejemplo vivo y estimulante a la reforma que más tarde emprende la Orden del Cister, y que después extiende a toda España el gran cardenal regente de Castilla.

Vicario, pues, de ambos conventos, distribuía el Regalado alternativamente su vida entre uno y otro, hasta que decidió morar habitualmente y durante la mayor parte del año en La Aguilera, lugar más propicio para el retiro y la contemplación a que deseaba entregarse. La casa de El Abrojo, por su proximidad a Valladolid, era frecuentemente visitada incluso por personajes de la Corte, que acudían en demanda de sus consejos. Alguna vez pudo

verse allí al entonces omnipotente favorito don Alvaro de Luna y al propio rey don Juan II de Castilla. El consiguiente ruido que tales visitas producían no agradaba a quien tenía como suprema ambición de su alma la unión con Dios y la más estrecha penitencia, para poder ser el orientador vivo de la deseada reforma.

Nada perdonó para conseguirlo. Las célebres constituciones de que San Francisco de Asís dotó a su predilecta casa de la Porciúncula, completadas en cuanto a su aplicación con minuciosas y detalladas normas que Villacreces había añadido como natural derivación de aquellas en el ambiente del momento, fueron fidelísimamente observadas. Doce horas diarias de oración mental y vocal repartidas entre el día y la noche, trabajos manuales en el campo para ayudar a los labradores y así obtener alguna limosna, prohibición absoluta de almacenar provisiones fuera de las que exigía el sustento diario de la comunidad, celdas y habitaciones del convento "abyectísimas y vilísimas", silencio casi continuo, negativa terminante a recibir dinero ni siquiera como estipendio por la misa u otras funciones litúrgicas..., tal era el género de vida de aquellas casas.

En cuanto a su formación científica, San Pedro Regalado se distinguió también como maestro de espíritus y predicador elocuente, aunque, más que por el aparato doctrinal, por la fuerza de la santidad vivida y el calor de sus exhortaciones. No eran las suyas casas de estudio; su fundador, Villacreces, quiso hombres penitentes, no estudiantes. De sí mismo decía: "Recibí en Salamanca grado de maestro, que no merezco, empero más aprehendí en la cella llorando en tinibia que en Salamanca, Tolosa e Paris estudiando a la candela. Guay de mí, que estudiamos por nuestras ciencias, e somos curiosos en los pecados e defectos agenos e olvidamos los nuestros. Mas quería ser una vejezuela simple con caridad e amor de Dios e del prójimo, que la Teologia de San Agustín e del Doctor Surtil Scoto."

En el último período de su vida, años de 1445 al 56, el Regalado vive ya sumergido plenamente en el océano sin límites de la contemplación divina. Sin abandonar nunca sus rigurosas prácticas ascéticas, ayuno diario, total abstinencia de carne, intensa flagelación corporal, se ve favorecido y goza de extraordinarios dones místicos. Su

piedad tiene tres vertientes principales: la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen y el recuerdo de la pasión del Señor. Particularmente esta última le atraía con fuerza irresistible. Muchas noches, en el cerro del Aguila, próximo al convento, se le podía ver practicando el ejercicio del Vía-crucis con una pesada cruz de madera sobre sus hombros, soga al cuello y corona de espinas en su frente.

La Virgen María, siempre tan amada en la Orden franciscana, se llevó también el corazón del gran penitente, y ella anda mezclada en uno de los más famosos milagros de su vida, recogido por cierto en el proceso de canonización. En la madrugada de un 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, hallábase rezando maitines en el convento del Abrojo, y sintió especial deseo de venerar a María en la iglesia de La Aguilera, a ochenta kilómetros de distancia, la cual había consagrado él a este dulce misterio. Y al instante fué transportado por los aires en brazos de los ángeles, guiado por una estrella que representaba a la Madre del cielo. Satisfecho su piadoso deseo, fué igualmente devuelto al Abrojo sin que los frailes hubiesen advertido su ausencia. Este prodigio es el que ha servido para inspirar la iconografía del Santo.

Murió el Regalado en 1456. La fama de taumaturgo que le había acompañado en vida creció con su muerte. En su sepulcro se obraron maravillas tantas que los frailes se vieron obligados—dice el historiador D'Ocampo—a no admitir nuevas relaciones. No sólo el pueblo humilde y sencillo, y en ocasiones crédulo, sino lo más conspicuo y representativo de la vida española de nuestros grandes siglos, veneró con fervor extraordinario la memoria del gran hijo de San Francisco de Asís. Obispos y nobles, militares y embajadores de países extranjeros, incluso nuncios y enviados del Romano Pontifice, acudieron a La Aguilera atraídos por la poderosa influencia que ejercía en toda España el humilde convento, gracias a este insigne varón de Dios y a otros que le siguieron después por idéntico camino de virtud y penitencia. Allí estuvo, en las postrimerías de su vida, el cardenal Cisneros. Allí también, el emperador Carlos, cuyo concepto de la casa era tan elevado que se le atribuye haber dicho que, al salir de Aranda hacia La Aguilera, debía el visitante ir con la

cabeza descubierta. De igual modo, don Juan de Austria, Felipe II, y los demás reyes de España.

Fué canonizado en 1746 por Benedicto XIV, y ese mismo año fué declarado patrono de Valladolid y de su diócesis.

MARCELO GONZÁLEZ.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 30 de marzo: *Vita*, por A. DAZA, en latín.
LÉON, *Auréole Séraphique*, II p.155s.
CARRIÓN, LUIS, *Historia del Convento Domus Dei...*
INFANTES, FR. JOSÉ, *Historia de la vida, virtudes y milagros del glorioso San Pedro Regalado...*
BERGUIN, *Saint Pierre Régalat, prêtre, frère mineur de l'Observance* (Périguex 1898).
GUTIÉRREZ, O. F. M., *San Pedro Regalado, Patrono de Valladolid...*

SAN JUAN CLIMACO

(† 600)

El monte Sinaí, de tantos recuerdos bíblicos, forma un macizo de cumbres y valles pedregosos y resecos sin apenas vegetación. Cuando lo visitó la monja Eteria, nuestra peregrina, el Sinaí estaba poblado de monjes. Eteria vió varios monasterios, capillas custodiadas por monjes, cuevas en las que moraban anacoretas "y una iglesia en la cabeza del valle; delante de la iglesia hay un amenísimo huerto con agua abundante, en el cual está la zarza; muy cerca se enseña el lugar donde se hallaba el santo Moisés cuando le dijo Dios: "Desata la correa de tu calzado".

Aún se conserva el monasterio de El-Arbain o de los Cuarenta Mártires, llamado así porque, a fines del siglo IV, los beduinos asesinaron en aquel lugar a cuarenta monjes. Mas la iglesia de que nos habla Eteria es, sin duda, la que hizo edificar Santa Elena en el siglo IV y que, en 527, fortificó el emperador Justiniano, lo mismo que al monasterio que está junto a ella. Dicho monasterio se lla-

ma de Santa Catalina, puesto que guarda las reliquias de la santa alejandrina desde hace muchos siglos. Justiniano fortificó también otros monasterios sinaítas para proteger a los monjes de las incursiones de los beduinos de los desiertos cercanos.

El monasterio de Santa Catalina, único que ha mantenido la vida monacal en aquellos parajes agrestes, está situado a más de dos mil metros al pie del Djebel-Musa o monte de Moisés. De la parte trasera del monasterio arranca un caminito escarpado, con peldaños labrados en la roca (tres mil en total) que lleva a la cumbre. Vive en él una comunidad de monjes ortodoxos griegos y guarda una famosa biblioteca con 500 manuscritos antiguos. En el siglo pasado fué descubierto en ella el Códice Sinaítico, del siglo IV, con todo el Nuevo Testamento y la mayor parte de la versión griega del Antiguo. Dicho códice fué regalado al zar de Rusia, el cual compensó al monasterio con 9.000 rublos. Estuvo depositado en la Biblioteca de Leningrado hasta 1933, en cuya fecha lo adquirió el Museo Británico por 100.000 libras esterlinas.

El recuerdo de Moisés y de Elías, a quienes había hablado Dios en aquel monte, atrajo desde los primeros tiempos a muchos anacoretas. Después de la legislación que Justiniano dió a los monjes, éstos vivían en recintos cerrados y sólo se permitía la vida solitaria dentro de la clausura. Cada monasterio se regía a su modo, sin regla común; mas todas estaban inspiradas en los preceptos que San Basilio había dado a los monjes. Los divinos oficios duraban seis horas. El resto del día lo ocupaban en el trabajo manual y en el estudio. Se tejían sus propios vestidos: túnica burda de pelo de cabra o de borra, ceñidor, manto y sandalias. Preparaban pergaminos, transcribían e iluminaban códices. Comían una sola vez al día y practicaban extremado ayuno en Cuaresma y Adviento. La caridad en forma de hospitalidad era característica de los monjes. Junto a cada monasterio estaba la hospedería para peregrinos y viajeros.

En este ambiente discurrió la vida de San Juan Clímaco, el más popular de los escritores ascéticos de aquellos siglos, debido a su única obra *Escala del paraíso*. Los pocos datos biográficos que han llegado a nosotros los sabemos principalmente por el monje Daniel, el cual vivía en el monasterio cercano de Raytún, situado hacia el mar

Rojo. Daniel los redactó poco después de la muerte del Santo para encabezar el libro de éste.

Juan Clímaco vivió en la segunda mitad del siglo VI y la primera mitad del VII. Era muy joven cuando un buen día se presentó al monasterio del Sinaí dispuesto a consagrarse a Dios. Ni los bienes de su casa, que eran muchos, ni la educación distinguida que había recibido, ni un porvenir halagador fueron obstáculo para emprender una vida humilde y austera. Todo lo fué olvidando heroicamente bajo las instrucciones de un excelente religioso llamado Martirio, y después de tres años de noviciado—el tiempo que preceptuaba la regla—entró en la comunidad de monjes. Desde el primer momento, la obediencia y el estudio fueron su divisa. Daniel afirma escuetamente que era monje sumiso e instruído en letras.

Unos años después había muerto el monje Martirio y nuestro Santo se retiró al extremo del monte a unos cien metros de una ermita. Allí vivía más cerca de Dios en un antro angosto o celda natural, la cual fué testigo, durante muchos años, de sus prolongadas oraciones, contemplaciones, penitencias y lágrimas. Allí aprendió lo que años después aconsejaría al abad de Raytún en una carta que se ha conservado: "Entre todas las ofrendas que podemos hacer a Dios, la más agradable a sus ojos es indiscutiblemente la santificación del alma por medio de la penitencia y de la caridad". Allí venció al demonio de la gula, comiendo poco; al mismo tiempo que dominaba la vanagloria, comiendo de todo lo que permitía la regla monástica, pues sabía que las extremadas abstinencias fueron motivo de ostentación en otros monjes. Pasó cuarenta años ajeno a la desidia, dado al estudio y al trabajo, larga la oración y breve el sueño, parco en el comer y benigno con los visitantes molestos.

Al principio vivió completamente aislado; mas corrió la fama de su erudición y santidad, y varias personas iban a él en busca de consejo. Juan las instruía con toda caridad; porque, como dejó escrito, "quien con sus enseñanzas puede contribuir a la salvación de sus hermanos y no les reparte con plenitud de caridad la ciencia que haya recibido, tendrá el castigo del que oculta el talento debajo del celemín". No faltaron envidiosos que le tildaron de charlatán, por lo cual él mismo se impuso la penitencia de no enseñar con palabras sino con obras de penitencia, dulzura y modestia. Ello duró hasta que los mismos que le habían difamado fueron a rogarle que renovara sus divinas instrucciones. No estuvo a refugio de las tentaciones, sino que pasó momentos de tristeza y desaliento con ganas de echarlo todo a rodar. Pero se tranquilizaba luego, pensando en que agradaba a Jesucristo y que muchos habían llegado a la santidad por aquel camino.

Cuando murió el abad de Monte Sinaí, los monjes fueron en busca de Juan y le rogaron que aceptara el cargo de sucesor. El Santo opuso excusas y resistencias, pero los monjes no cejaron hasta que aceptó y se fué al monasterio con ellos. No se habían equivocado: Juan desempeñó el cargo con sabiduría, bondad de carácter y vida ejemplar.

Siendo abad, redactó, o terminó por lo menos, *Escala del paraíso,* fruto de su larga experiencia ascética. Se compone de treinta grados, que son otros tantos capítulos en donde el Santo explica, en forma de aforismos y sentencias, las virtudes del monje y los vicios que deberá vencer. El estilo es muy sencillo y claro; al alcance de todos. Se sirve de ejemplos vividos en los monasterios. Así nos dice que, edificándole la virtud del monje cocinero, le preguntó una vez cómo podía andar recogido en todo momento con una ocupación tan material. El cocinero le respondió: "Cuando sirvo a los monjes me imagino que sirvo al mismo Dios en la persona de sus servidores, y el fuego de la cocina me recuerda las llamas que abrasarán a los pecadores eternamente".

Los primeros grados de *Escala del paraíso* son: la renuncia a la vida del mundo, a los afectos terrenos, al afecto de los parientes, la obediencia, la penitencia, el pensamiento de la muerte y el don de lágrimas o, como él dice, la tristeza que nos causa alegría. "Carísimos amigos—escribe el Santo—, en la hora de la muerte, el juez soberano no nos echará en cara el no haber obrado milagros, o no haber sabido sutilizar en materias elevadas de teología, como tampoco el no haber llegado a un elevado grado de contemplación, sino de no haber llorado nuestros pecados de modo que mereciésemos el perdón". Los grados siguientes son: la dulzura que triunfa de la cólera, olvido de las injurias, huir de la maledicencia, pues ésta reseca la virtud de la caridad; amor al silencio, porque el mucho hablar lleva a la vanagloria; huir de la mentira, que es un

acto de hipocresía; combatir el fastidio y la pereza, puesto que esta última destruye por sí sola todas las virtudes; practicar la templanza, porque el golosinear es una hipocresía del estómago, el cual dice que se va a saciar con aquello y no se sacia. Contentando la intemperancia, viene la impureza; de aquí que el grado siguiente sea el amor a la castidad. La castidad—dice—es un don de Dios, y para obtenerlo conviene recurrir a Él, pues a la naturaleza no la podemos vencer con sólo nuestras fuerzas. Siguen los grados que tratan de la pobreza, virtud opuesta a la avaricia, del endurecimiento del corazón, que es la muerte del alma, del sueño, del canto de los salmos, de las vigilias, de la timidez afeminada, de la vanagloria, del orgullo y de la blasfemia. Luego, las virtudes típicamente contemplativas: dulzura del alma, humildad, vida interior, paz del alma, oración y recogimiento. El último grado del libro está dedicado a las virtudes teologales.

Movido de la caridad operante, hizo edificar una hospedería para peregrinos a poca distancia del monasterio. Enterado de ello el papa San Gregorio el Grande, quiso ayudarle enviándole una cantidad junto con una carta, que se ha conservado, en la que se recomienda a sus oraciones.

Murió con la misma simplicidad que había vivido. Su *Escala del paraíso* se hizo pronto famosa. El libro fué copiado y leído en todos los monasterios, se tradujo al latín y el autor fué siempre conocido con el sobrenombre de Clímaco, del griego *clymax*, que significa "escalera". También le llamaron Juan el Escolástico, apelativo que solo se daba a personas de muchos conocimientos. Juan Clímaco es uno de los Santos Padres de la Iglesia griega.

JUAN FERRANDO ROIG.

BIBLIOGRAFIA

Act. SS. Boll., 30 de marzo: *Vita*, abreviada. Otra *Vita* más extensa se encuentra en PG 88,596s.

PARGOIRE, J., *Un prétendu document sur Saint Jean Climaque:* "Ech. d'Or." 8 (1905) p.372s. Cf. asimismo "Ech. d'Or." (1923) 440s.

Obras: PG t.88. Asimismo: RADERUS, M., *Opera Johannis Schol. Climax* (Paris 1663).

31 de marzo

BEATO AMADEO DE SABOYA

(† 1472)

El Beato Amadeo de Saboya fué el noveno de este nombre y el tercer duque de aquel Estado; vivió treinta y siete años (1435-1472); reinó solamente siete (1465-1472); y fué inscrito en el catálogo de los bienaventurados dos siglos más tarde bajo el pontificado del Beato Inocencio XI.

La Saboya fué siempre uno de los lugares más bellos de la región alpina; situada en el centro de Europa, en territorio francés, al occidente de la cadena de los Alpes, guarda dentro de sí las cumbres más elevadas desde el Monte Blanco hasta el monte Thabor. La magnificencia de sus costas, la grandiosidad de su paisaje, su infinita variedad, los contrastes de color y de vida, la melancólica belleza de las ruinas de castillos y monasterios, ofrecen un espectáculo estupendo, que arrebata la admiración. Sus habitantes son conocidos por la bondad de su carácter y por la sencillez de sus costumbres; defendidos del influjo y contacto con otras gentes por la aspereza de sus montañas, han sabido conservar sus primitivas tradiciones. El saboyano es fuerte y alegre; tiene pocas necesidades y sabe desde antiguo solucionárselas por sí mismo; es además religioso y amante de sus instituciones. Cada uno de los siete valles principales de las tierras saboyanas tiene su propia fisonomía en tipos y maneras, hablándose por este motivo de los "siete países saboyanos", variedades de un mismo tipo social montañés.

La casa de Saboya es una de las familias más antiguas e ilustres, que han reinado en Europa casi hasta nuestros días. Parece ser que su fundador fué Humberto I Blancamano, descendiente de la casa de Sajonia, que vivió en los años 985 al 1048; prestó buenos servicios al rey de Arles Rodolfo III, y al emperador Conrado el Sálico, recibiendo en recompenas numerosas tierras y pri-

vilegios. A través de los siglos el Estado saboyano fué ensanchando sus límites geográficos; las guerras entre los señores feudales, las alianzas, las capitulaciones matrimoniales y las herencias de nobles, fueron abriendo camino al esplendor de la casa de Saboya. En el siglo XV, durante el largo gobierno de Amadeo VIII, los dominios saboyanos alcanzaron la máxima extensión, comprendiendo entre otros territorios la Saboya, el Piamonte y el País de Vaud. Aunque se había avanzado notablemente en el sentido de sustituir el antiguo régimen feudal por un Estado moderno, sin embargo, aún no había desaparecido la organización feudal, que se desarrolló más en la Saboya que en el Piamonte, con grandes y poderosas casas señoriales, afincadas en los cerrados valles alpinos con escasos centros urbanos.

Amadeo VIII de Saboya, de sobrenombre "el Pacífico", consiguió en 1416 del emperador Segismundo la transformación del condado en ducado, recibiendo la solemne investidura. Destacaron en este príncipe sus inquietudes espirituales y su amor por la vida ascética, llegando a crear en la corte un acentuado ambiente de religiosidad, dentro del cual discurrieron los primeros años de vida de su nieto el Beato Amadeo IX de Saboya. Amadeo VIII "el Pacífico", después de haber llevado su casa a una altura jamás soñada en tiempos atrás, se dedicó a dejar el gobierno en manos de su hijo Luis II de Saboya y a retirarse a la vida eremítica con algunos de sus mejores amigos y fieles consejeros; fundó la Orden Militar de San Mauricio, a la que señaló como residencia un nuevo monasterio levantado por su mandato en Ripaglia, cerca de Tournon, y entró en el retiro con sus amigos el día 16 de octubre de 1434, vistiendo todos una túnica y capucha grises, llevando como distintivo un cinturón dorado y una cruz también dorada sobre el pecho. La decisión del duque de Saboya causó honda impresión en Europa, y llamó la atención de los Padres del concilio de Basilea, quienes, después de haber depuesto al papa de Roma Eugenio IV, lo eligieron como sucesor de San Pedro. El duque aceptó la tiara y fué consagrado y coronado el 24 de julio de 1440 con el nombre de Félix V; nueve años más tarde, en bien de la paz de la Iglesia, el antipapa Félix renunció al papado en el concilio de Lausana de 1449; el nuevo pontífice Nicolás V lo preconizó cardenal obispo de Saboya y delegado apostólico en Saboya y parte de Suiza; murió en 1451 y sus huesos hallaron descanso en un magnífico monumento erigido en su nombre en la catedral de Turín.

Su nieto, el Beato Amadeo IX de Saboya, nació en Tournon el 1 de febrero de 1435, habiendo sido el hijo primogénito de Luis II de Saboya y de Ana de Lusiñán, hija del rey de Chipre. La dulcedumbre del lago de Ginebra, al pie de cuyas colinas se alza el pequeño pueblo de Tournon, comunicó al joven Amadeo su encanto y su poesía, y las cimas nevadas del San Bernardo y del Monte Blanco infundieron en su alma el amor por todo lo cándido y puro. Sus cristianos padres lo educaron en el santo temor de Dios, juntamente con sus otros diecisiete hermanos. Muy pronto se manifestaron en el príncipe los piadosos sentimientos y una natural inclinación hacia la virtud; de niño, cuando jugaba y paseaba por los jardines de su palacio, gustaba de hincarse de rodillas y elevar sus manos y sus ojos al cielo, dirigiendo a Dios fervorosas jaculatorias; de joven, se apartaba del fastuoso brillo de la corte, prefiriendo la conversación con los pastores y la meditación en la pasión de Jesucristo, arrasándosele los ojos de lágrimas al contemplar el crucifijo. Su semblante siempre risueño, sus maneras apacibles, su estilo a la vez humano y majestuoso, le hicieron muy pronto dueño de todos los corazones. El Beato Amadeo de Saboya tuvo desde los primeros años de su juventud aquella dulzura, aquel encanto e irresistible simpatía que desprende la santidad verdadera; sin votos de religión, sin hábitos sacerdotales, en medio del bullicio de una corte europea del medievo, supo llevar a la práctica aquel mandamiento de Jesucristo: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto"; porque la santidad puede y debe hacerse en todos los lugares y tiempos, y en todos los modos de vida, acomodando nuestra voluntad a la voluntad de Dios y guardando sus santos preceptos.

Después del tratado de Cleppié (1453), a los diecisiete años de edad, Amadeo IX de Saboya contrajo matrimonio con Violante de Valois, también conocida con el nombre de Yolanda de Saboya, hija del rey de Francia Carlos VII y hermana del más tarde también rey de Francia Luis XI, de la cual estaba prometido desde la cuna (1436). Fué Violante una mujer afectuosa, fiel y amante

de su casa y familia; ambos esposos estuvieron desde un principio muy unidos, no sólo en la comunidad de vida, sino principalmente en la rectitud de conciencia y en idénticos sentimientos. La castidad matrimonial fué fecunda, habiendo nacido del amor conyugal nueve hijos, a los que sus padres supieron legar, además de los bienes de fortuna, su religión y virtud; una de sus hijas subió a los altares con el nombre de Beata Luisa de Saboya, la cual, muerto su marido, se encerró en un convento de clarisas, siendo autorizado su culto por el papa Gregorio XVI.

En el año 1465 el Beato Amadeo IX de Saboya sucedió a su padre en el trono, y con este motivo las virtudes que adornaron al príncipe alcanzaron mayor brillo con la diadema. Desde un primer momento, sabedor de que toda autoridad y poder viene de Dios, se esforzó en imponer en la corte sus piadosas tendencias, volviendo la vida cortesana a lograr el mismo o mayor nivel de religiosidad que tuvo en los tiempos de su abuelo Amadeo VIII "el Pacífico". El ejemplo de los príncipes es siempre poderoso y eficaz en la mejoría de las costumbres; el modo de vida del Beato Amadeo de Saboya impuso en todos sus vasallos un sello tan fuerte de honradez, que por mucho tiempo se vió el vicio desamparado en todos sus Estados. La falta de compostura en el templo, el hablar con menosprecio de la religión, las conversaciones licenciosas en la corte, eran motivo suficiente para incurrir en la desgracia del príncipe, quien siempre se mostró resoluto e intransigente cuando estuvieron por medio los intereses de Dios. Fué norma constante en su vida de gobierno el anteponer el servicio de Dios a todas las restantes cosas. No hubo a la sazón corte más brillante ni mejor arreglada en toda Europa; reinando la paz y la justicia con todos sus derechos, y extendiéndose la vigilancia del príncipe a todos sus Estados con segura política interior.

Argumento singular de santidad en el Beato Amadeo de Saboya fué su amor a los pobres; teniendo delante de los ojos aquellas palabras de Jesucristo: "Lo que hiciereis con los necesitados, conmigo lo hacéis", solía repetir, para justificar sus afanes en favor de los desvalidos: "Me conduelo tanto de los pobres, que al verlos no puedo contener las lágrimas. Si no amase a los pobres, me parecería que no amaba a Dios". Empleó mucha parte de sus riquezas en fundar hospitales y en dotar los ya existentes con mayores rentas, conservándose todavía en el Piamonte y en la Saboya numerosos vestigios de la magnificencia del caritativo príncipe. Con su propia mano atendía a los necesitados, gozando al distribuirles personalmente las limosnas; visitaba a los enfermos en sus humildes viviendas, socorriéndoles con tanto cariño y solicitud, que alguno de ellos llegó a decir, quesólo por haber sido asistido por el santo duque bendecía la hora en que Dios le había postrado en el lecho víctima de penosa enfermedad; llamábanle el padre de los necesitados, y a su palacio, el jardín de los pobres.

La tradición nos ha conservado una simpática anécdota, que nos descubre hasta dónde llegó la caridad del corazón del Beato Amadeo de Saboya. En cierta ocasión, habiéndole preguntado un embajador de un príncipe extranjero si tenía jauría de perros y si le gustaba la caza como entretenimiento, el duque le contestó: "Tengo otros entretenimientos, en los que me ocupo con mayor placer; deseo que vea el señor embajador con sus propios ojos el objeto de mis distracciones". Seguidamente el príncipe abrió el balcón de la sala, descubriéndose un gran patio, en el cual iban y tornaban numerosos criados atendiendo y dando de comer a más de quinientos pobres. "Ved ahí, señor embajador, mis divertimientos, con los que intento conseguir el reino de los cielos". El embajador intentó diplomáticamente censurar la conducta del santo duque, y le dijo: "Muchas gentes se echan a mendigar por pereza y holgazanería". A lo que respondió el caritativo príncipe: "No permita el cielo que entre yo a investigar con demasiada curiosidad la condición de los pobres que acuden a mi puerta; porque si el Señor mirase de igual manera nuestras acciones, nos hallaría con mucha frecuencia faltos de rectitud". Replicó el embajador: "Si todos los príncipes fuesen de semejante parecer, sus súbditos buscarían más la pobreza que la riqueza". A lo que contestó el Beato Amadeo de Saboya: "¡Felices los Estados en los que el apego a las riquezas se viera por siempre desterrado! ¿Qué produce el amor desordenado de los bienes materiales, sino orgullo, insolencia, injusticia y robos? Por el contrario, la pobreza tiene un cortejo formado por las más bellas virtudes". Añadió el embajador: "En verdad que vuestra ciencia, en relación con los restantes príncipes de

este mundo, es totalmente distinta; porque en todas partes es mejor ser rico que pobre, pero en vuestros Estados los pobres son los preferidos". Continuó el santo duque: "Así lo he aprendido de Jesucristo. Mis soldados me defienden de los hombres; pero los pobres me defienden delante de Dios". Ningún otro príncipe rayó a tanta altura en el ejercicio de la caridad; un día sus ministros le advirtieron que el tesoro se hallaba exhausto a causa de tantas limosnas, y el santo no dudó un momento en entregarles el rico collar de la orden militar que llevaba sobre su pecho, para remediar las necesidades más urgentes de los pobres que acudían a su palacio. Fué siempre clemente y compasivo, sin que estas cualidades le desviaran en ningún caso de la justicia, que administraba con entera rectitud.

Pero quiso Dios probar su virtud con diferentes y graves adversidades, purificando el alma de su siervo como oro en crisol, para que resplandeciera mayormente su santidad. Porque la virtud tanto más vale, cuanto mayor esfuerzo significa; por ello la santidad es patrimonio de almas heroicas, aunque ayudadas siempre de la gracia divina. Durante toda la vida se vió el Beato Amadeo de Saboya atormentado por frecuentes ataques de epilepsia; esta enfermedad, tan sensible como vergonzosa por los impropios movimientos que causan las contorsiones, le sirvió para ejercitarse en la paciencia cristiana, aceptando con alegría la voluntad del cielo. Solía repetir: "Nada más útil para los grandes y poderosos, que las dolencias habituales, que les sirven de freno para reprimir la vivacidad de las pasiones y templan las dulzuras de esta vida con una amargura saludable". Por razón de esta dolencia, los enfermos atacados de epilepsia vienen acudiendo en sus súplicas al Beato Amadeo de Saboya, desde el momento de su muerte, como a especial abogado, encontrando eficaz ayuda y remedio para su mal.

Otra fuente de numerosos sinsabores y grandes amarguras para el Beato Amadeo de Saboya fué la defensa de sus Estados, en tiempos en que la ambición de los príncipes multiplicaba las guerras. Rico de virtudes personales, pero pobre de salud, el santo duque hubiera abdicado si la duquesa Yolanda, mujer de gran energía, no se lo hubiera impedido, para asegurar la sucesión de sus hijos, ocupándose ésta directamente del gobierno de Es-

tado por encomienda de su esposo. Conocedores de esta situación de aparente debilidad, algunos príncipes de los Estados colindantes intentaron incrementar sus dominios a costa de la casa de Saboya, e incluso algún familiar del santo duque pretendió destronarlo para ceñirse la corona ducal; unos y otros tropezaron con la entereza del Beato Amadeo de Saboya en la defensa de sus derechos, quien supo poner remedio pacífico a violentas situaciones con la magnanimidad de su corazón. Concedió inmediatamente la libertad al duque Galeazzo Maria Sforcia, tan pronto como supo que sus soldados lo habían arrestado, sorprendiéndolo al atravesar disfrazado las tierras de Saboya, cuando regresaba desde Francia a sus Estados; sin embargo, no pudo conseguir la amistad del duque, desde antiguo enemigo de la casa de Saboya. Años más tarde, cuando el marqués de Monferrato rechazó el derecho del Beato Amadeo IX de Saboya al homenaje, reclamado en conformidad con el tratado de 1412, dando con ello origen a la guerra en el Piamonte, el duque de Milán, Galeazzo María Sforcia, intervino a favor del marqués; la duquesa Yolanda se alió con Borgoña y Venecia, nombró capitán general de sus tropas a Felipe de Bressa, hermano del duque de Saboya, y logró ayuda de su hermano Luis XI de Francia; mas otra vez el bondadoso corazón del Beato Amadeo se interpuso a favor del duque de Milán, firmó con él nuevos tratados, le dió como esposa a su hermana menor Bona de Saboya, logrando una paz definitiva en 1468. Felipe de Bressa, de carácter levantisco e inquieto, apoyado por el duque de Borgoña, intentó apoderarse del Estado, asediando a Montmélian en 1471, donde se encontraba la corte; pero tan sólo pudo hacer prisionero a su hermano Amadeo, mientras Yolanda se refugiaba en Grenoble, salvando a sus hijos en Francia; la intervención de Luis XI de Francia y la presión diplomática de Milán y Suiza hicieron el acuerdo; Felipe de Bressa dejó que Amadeo retornase con su mujer, devolvió las fortalezas, y obtuvo para sí la lugartenencia por benigna concesión de su hermano ya enfermo de muerte. Yolanda de Saboya condujo ahora al príncipe al Piamonte, estableciéndose en la ciudad de Verceli, en otros tiempos de la corona de Saboya, pero a la sazón en poder del duque de Milán, amparándose en la protección del duque.

Rodeado de tantas desventuras, el Beato Amadeo de

Saboya fortalecía la entereza de su carácter y la bondad de su corazón con los consuelos de la religión; muchas veces fué a pie, acompañado de su esposa, a Chambery, para tributar culto al Santo Sudario, que se venera en aquella ciudad; fué muy devoto de la Santísima Virgen, a la que llamaba su Señora y a la que honraba con frecuentes devociones; hizo a Roma de incógnito una visita, encontrando en aquellos santos lugares paz para su alma e incremento de su piedad, dejando en la iglesia de San Pedro y en otras de la Ciudad Eterna ricos presentes.

Consumido, en fin, a violencias de tantos rigores, conociendo cercano su acabamiento, llamó a su presencia a los principales señores de su corte, nombró regente de sus Estados a la duquesa, su mujer, fiel compañera, e hizo testamento político con estas palabras: "Mucho os recomiendo a los pobres, derramad sobre ellos liberalmente vuestras limosnas, y el Señor derramará abundantemente sobre vosotros sus bendiciones; haced justicia a todos sin acepción de personas; aplicad todos vuestros esfuerzos para que florezca la religión y para que Dios sea servido". Este fué su testamento, y también el programa de su política durante los pocos años de su reinado. Murió en Verceli en el año 1472 en el día 31 de marzo, fecha en que la Iglesia celebra su fiesta. La noticia de su muerte puso fin a las procesiones públicas rogativas, llevando el luto a todos los lugares de la Saboya y el Piamonte. Fué sepultado en la románica iglesia de San Eusebio de Verceli, debajo de las gradas del altar mayor, confirmando el cielo con numerosos milagros la fama de santidad que ya en vida gozaba Amadeo IX de Saboya.

Su compaisano San Francisco de Sales un siglo más tarde, haciendo viaje a Roma, quiso pasar por Verceli, para rezar delante de las reliquias del siervo de Dios Amadeo, encontrando alegría para su alma en la iglesia de San Eusebio; y testigo del vivo culto popular, alimentado con los muchos prodigios acaecidos junto a su sepulcro, rogó al papa Paulo V que fuese canónicamente reconocido; pero fué otro siglo después cuando el papa Beato Inocencio XI concedió a Amadeo IX de Saboya los honores de la beatificación, y dió licencia para que se rezase oficio y se dijese misa en su honra dentro de los dominios del duque de Saboya y dentro de Roma en la iglesia de la nación. En el largo espacio de cinco siglos no se ha entibiado la devoción de los pueblos hacia el santo duque, existiendo en la actualidad en casi todos los lugares del antiguo ducado de Saboya numerosos testimonios del culto popular.

Uno de sus sucesores, Carlos Manuel I (1580-1630), durante su reinado, mandó acuñar algunas monedas de plata con la efigie del Beato Amadeo, rodeada de la siguiente inscripción: "Bendice a tu descendencia"; el pueblo llamó a las monedas mayores de nueve florines "Beatos Amadeos", y a las monedas más pequeñas de tres florines simplemente "beatas", nombre que sirvió durante mucho tiempo para designar en general a todas las monedas de plata de pequeño tamaño en los países de Europa.

DOROTEO FERNÁNDEZ RUIZ.

BIBLIOGRAFIA

CARRONE DI SAN TOMMASO, *Tavole geneal. della Real Casa di Savoia* (Turín 1837).

VALOIS, N., *La crise religieuse du XV siècle* (París 1909). Sobre Amadeo VIII.

GABOTTO, F., *Lo Stato Sabaudo da Amedeo VIII ed Emmanuele Filiber-Yolanda duchesa di Savoia:* "Miscel. Stor. ital.", vol.31 (Turín 1894).

JENNET-THORIN, *Vie de la Bienheureusse Louisse de Savoie princesse de Châlons, religieusse clarisse* (Paris 1877).

INDICE ALFABETICO DE SANTOS Y BEATOS Y DE AUTORES

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE PRIMER VOLUMEN DEL "AÑO CRISTIANO", DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 27 DE MAYO DE 1959, VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI, EN LOS TALLERES DE RIVADENEYRA, S. A. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI